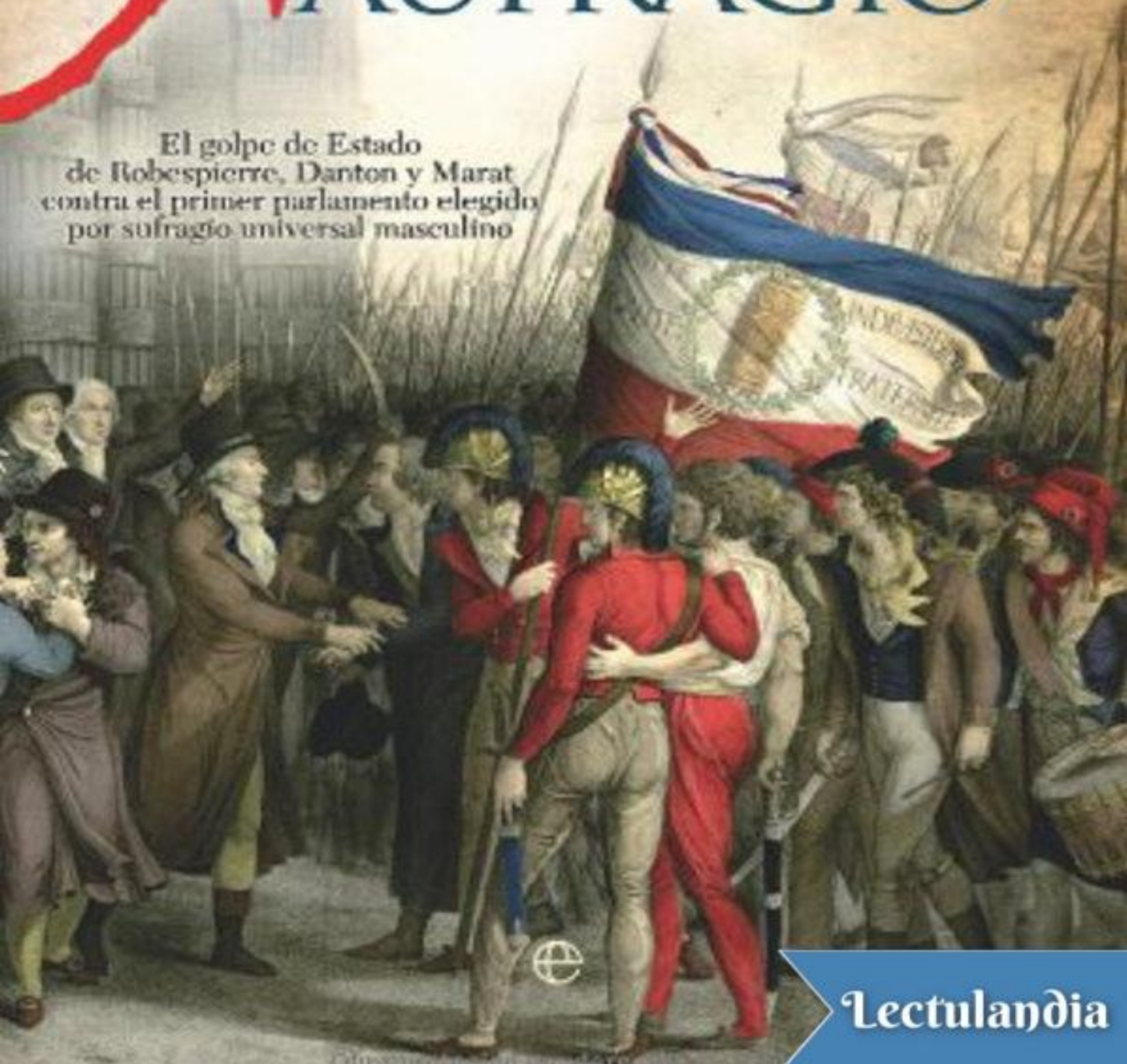


Obra protegida por derechos de autor

PEDRO J. RAMÍREZ

# EN EL PRIMER AUFRAGIO

El golpe de Estado  
de Robespierre, Danton y Marat  
contra el primer parlamento elegido  
por sufragio universal masculino



Lectulandia

La trepidante acción de El primer naufragio, entre la ejecución de Luis XVI y el triunfo del golpe de Estado jacobino, transcurre en menos de cuatro meses y medio plagados de motines urbanos, reveses militares y trifulcas parlamentarias. Su tesis se proyecta, sin embargo, sobre más de dos siglos de conflictos entre la democracia y los proyectos totalitarios que han pretendido o logrado destruirla.

Es por tanto un libro de Historia —a la vez académico y periodístico— pero también una advertencia de plena actualidad sobre los riesgos que para la causa de la libertad entraña una dinámica política dictada desde la calle, cuando una minoría organizada trata de imponer su ley a una mayoría desvertebrada y acomodaticia.

**Lectulandia**

Pedro J. Ramírez

# **El Primer Naufragio**

**El golpe de Estado de Robespierre, Danton y Marat contra el primer  
parlamento elegido por sufragio universal masculino**

ePub r1.0

Pesas5802 19.05.15

Título original: *El Primer Naufragio*  
Pedro J. Ramírez, 2011

Editor digital: Pesas5802  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



*Para Ágatha.*

*«Una idea me atormenta: ¿no será mejor esperar la libertad que poseerla?».*

PIERRE MANUEL en el Club de los Jacobinos, 5 de noviembre de 1792.

# LA REVOLUCIÓN FRANCESA EN TREINTA ACONTECIMIENTOS

**5 de mayo de 1789.** APERTURA DE LOS ESTADOS GENERALES. Agobiado por la situación financiera, Luis XVI convoca a los representantes de la nación por primera vez desde 1615. Acuden 291 representantes del clero, 270 de la nobleza y 578 del tercer estado o burguesía. En la solemne sesión de apertura en Versalles, el rey advierte contra «el deseo exagerado de innovaciones».

**20 de junio de 1789.** JURAMENTO DEL JEU DE PAUME. Tras haberse constituido en Asamblea Nacional, y al encontrarse la puerta de la sala en la que deliberaban cerrada por orden real, los representantes del tercer estado se reúnen en el frontón cubierto que servía para jugar a la pelota y juran solemnemente no separarse hasta dotar a Francia de una constitución.

**14 de julio de 1789.** TOMA DE LA BASTILLA. La destitución de Jacques Necker como ministro de Finanzas y los rumores sobre preparativos militares provocan el levantamiento armado de los parisinos, que se apropian de fusiles y cañones y cercan la prisión de la Bastilla, símbolo del despotismo. Su gobernador, De Launay, abre fuego contra los asaltantes causando un centenar de muertos, pero se ve obligado a capitular y es asesinado sobre el terreno. Los sublevados se adueñan de la capital. Tres días después Luis XVI reconoce el nuevo orden de cosas al visitar el Ayuntamiento escoltado por el marqués de Lafayette, hombre fuerte de la situación como comandante de la Guardia Nacional.

**26 de agosto de 1789.** DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE Y DEL CIUDADANO. Después de que el 4 de agosto, en una frenética sesión nocturna, la nobleza y el clero rivalizaran en pedir la abolición de sus privilegios, la Asamblea Nacional aprueba la Declaración, cuyo primer artículo establece que «los hombres nacen y viven iguales en derechos».

**5 de octubre de 1789.** MARCHA SOBRE VERSALLES. Ante la resistencia del rey a sancionar la Declaración de Derechos, y movilizadas por la carestía de la vida, las mujeres del mercado de Les Halles encabezan una marcha sobre Versalles que desemboca en el asalto al Palacio Real. Luis XVI y María Antonieta acceden a acompañar de vuelta a París a la turba para instalarse en las Tullerías.

**14 de julio de 1790.** FIESTA DE LA FEDERACIÓN. Una inmensa multitud, que incluye representantes de todos los departamentos, asiste en el Campo de Marte a la fiesta cívica que conmemora la caída de la Bastilla y celebra la unión de todos los franceses en torno a los valores de la Revolución. El rey y Lafayette son muy aplaudidos, y Charles-Maurice de Talleyrand, obispo de Autun, es quien celebra la misa solemne.

**31 de agosto de 1790.** MASACRE DE NANCY. El general De Bouillé reprime por la fuerza la rebelión de los soldados del Regimiento Suizo de Chateauvieux

acantonados en Nancy, que reclamaban su paga. Hay al menos trescientos muertos y heridos y treinta y tres soldados son ejecutados.

**21 de junio de 1791.** HUIDA DEL REY ABORTADA EN VARENNES. Sintiendo prisioneros en las Tullerías, el rey, la reina y sus hijos emprenden la huida disfrazados, según un plan elaborado por el diplomático sueco Fersen, enamorado de María Antonieta. Tras un día de viaje hacia el norte, donde tropas leales deben escoltarles hasta el otro lado de la frontera, son descubiertos y detenidos en la localidad de Varennes, y de allí devueltos a París, donde reciben una gélida acogida.

**17 de julio de 1791.** MASACRE DEL CAMPO DE MARTE. Una petición promovida desde el Club de los Cordeleros, recogiendo firmas en pro de la República, es depositada en el altar del Campo de Marte. Tras unos incidentes fruto de la detección de dos supuestos espías policiales, que son linchados en el acto, el alcalde Bailly ordena a Lafayette intervenir y la Guardia Nacional dispara contra la multitud, dejando al menos cincuenta muertos.

**14 de septiembre de 1791.** EL REY JURA LA CONSTITUCIÓN. El texto mantiene la Monarquía y concede el derecho de veto a un rey con poderes limitados. La Asamblea Constituyente se disuelve y, tras unas elecciones de carácter censatario a las que no pueden presentarse los diputados salientes, se reúne el 1 de octubre la Asamblea Legislativa.

**20 de abril de 1792.** FRANCIA DECLARA LA GUERRA A AUSTRIA. A instancias de Luis XVI, que en secreto busca la derrota de sus ejércitos, la Asamblea declara la guerra «al rey de Hungría y de Bohemia», para dar la impresión de que no lo hace contra el pueblo austriaco. Sólo Robespierre y una minoría de diputados de la izquierda se oponen.

**20 de junio de 1792.** PRIMERA INVASIÓN DE LAS TULLERÍAS. Tras una movilización contra el veto real y la destitución de los llamados «ministros patriotas» próximos a Brissot, el pueblo invade el Palacio Real. El rey es obligado a ponerse el gorro frigio y a beber a la salud de la nación. Durante los días siguientes veinte mil parisinos firman indignados una petición para que se castigue a los responsables de semejante ultraje.

**10 de agosto de 1792.** DERROCAMIENTO DE LA MONARQUÍA. La sublevación coordinada por las secciones parisinas con la ayuda de los federados llegados de Marsella desemboca en la toma por las armas y con un fuerte derramamiento de sangre del palacio de las Tullerías. El rey y su familia se refugian en la Asamblea Legislativa, y una Comuna Insurreccional se hace con el control del Ayuntamiento de París. La Asamblea suspende provisionalmente al rey y convoca una Convención Nacional.

**2 y 3 de septiembre de 1792.** MASACRES EN LAS PRISIONES. Las noticias alarmantes sobre el avance de los aliados hacia París sirven de pretexto para la organización de piquetes de degolladores que, con el apoyo de Marat desde la

Comuna y con la tolerancia de Danton desde el Ministerio de Justicia, asaltan las cárceles y asesinan cruelmente a entre mil y mil cuatrocientos presos, incluidas personas de tanta relevancia en la corte como la princesa de Lamballe, cuya cabeza es exhibida en la punta de una pica ante la ventana de la torre del Temple, donde permanece recluida su amiga la reina María Antonieta.

**20 de septiembre de 1792.** VICTORIA DE VALMY. El ejército comandado por el general Dumouriez, que incluye un gran número de patriotas voluntarios, obliga a retroceder a los mercenarios prusianos del duque de Brunswick al grito de «¡Viva la nación!». Goethe, testigo presencial, advierte que «ha comenzado una nueva época en la historia del mundo».

**21 de septiembre de 1792.** INSTAURACIÓN DE LA REPÚBLICA. La Convención se reúne, declara abolida la Monarquía y proclama la República. Aunque apenas el 10 por ciento de los franceses ejerce su derecho al voto, se trata del primer parlamento de la historia elegido por sufragio universal masculino en un país importante.

**21 de enero de 1793.** EJECUCIÓN DE LUIS XVI. Tras ser juzgado y condenado por la Convención, y fracasar todas las maniobras de los moderados para salvar su vida, el rey es guillotinado en la plaza de la Revolución a las diez horas y veintidós minutos. El redoble de los tambores impide que se oiga su voz. El verdugo levanta su cabeza ante una multitud conmocionada, que ha conocido esa misma mañana el asesinato del diputado Le Peletier de Saint-Fargeau por un antiguo guardia de Corps. Las monarquías inglesa y española se sumarán enseguida a los países en guerra contra la República Francesa.

**25 de febrero de 1793.** PILLAJES EN COMERCIOS. Las protestas por la carestía de la vida degeneran en el asalto sistemático a las tiendas de comestibles y otros productos de primera necesidad. El estallido de cólera popular coincide con un artículo de Marat incitando a colgar a los «acaparadores» a la puerta de los comercios.

**10 de marzo de 1793.** CREACIÓN DEL TRIBUNAL REVOLUCIONARIO. Las noticias de los reveses militares en Bélgica crean un clima de inquietud e indignación en París. Los diputados se reparten por las secciones para estimular el reclutamiento y se hacen eco de la propuesta de crear un tribunal que juzgue los delitos políticos sin apelación posible. Simultáneamente se amplía la lista de supuestos castigados con la pena de muerte. También se produce un intento de sublevación en París por parte de los *enragés*, con complicidades en el Club de los Jacobinos y la Comuna. En los días siguientes la católica y monárquica región de la Vendée se alza en armas contra la República.

**6 de abril de 1793.** CREACIÓN DEL COMITÉ DE SALUD PÚBLICA. La traición de Dumouriez, que se pasa a los austriacos tras ser derrotado por ellos, dispara en París todos los temores y da pie a que, en un clima de acusaciones cruzadas, la Convención acuerde crear un Comité de Salud Pública que en la práctica

ejerza el papel de un auténtico gobierno. Danton, Barère y Cambon aparecen como hombres fuertes del primer equipo elegido.

**31 de mayo a 2 junio de 1793.** GOLPE DE ESTADO JACOBINO. La alianza entre los jacobinos y los *enragés* con apoyo de la Comuna moviliza a las secciones de París contra los líderes moderados de la Convención. Al cabo de tres días de pulso, durante los cuales es acosada por la Guardia Nacional, la Convención cede y pone bajo arresto domiciliario a veintinueve de sus miembros y dos ministros. A los pocos días se aprueba la nueva Constitución republicana, que nunca entrará en vigor.

**13 de julio de 1793.** ASESINATO DE MARAT. La joven Charlotte Corday, fuertemente impactada por el papel que *L'Ami du Peuple* había desempeñado en la purga de la Convención, llega desde Caen, compra un cuchillo en el Palais Royal y asesina a Marat en su bañera. Es detenida, juzgada, condenada y guillotinata.

**27 de julio de 1793.** ROBESPIERRE ENTRA EN EL COMITÉ DE SALUD PÚBLICA. La secuela del golpe de Estado es la renovación casi total del Comité a comienzos de julio. Danton y los suyos son reemplazados por un gobierno jacobino liderado por Couthon y Saint-Just. La incorporación de Robespierre, sustituyendo a un diputado de menor rango, culmina la llegada al poder de los jacobinos y supone el inicio del Terror.

**16 de octubre de 1793.** EJECUCIÓN DE MARÍA ANTONIETA. La reina depuesta es guillotinata tras un simulacro de juicio en el Tribunal Revolucionario, durante el que llega a ser acusada de mantener relaciones incestuosas con su hijo.

**31 de octubre de 1793.** EJECUCIÓN DE LOS «GIRONDINOS». Veintiún diputados moderados, etiquetados como «girondinos», son guillotinado después de que la Convención haya alterado las normas del Tribunal Revolucionario, permitiéndole dar por finalizado un juicio en el mismo momento en que se considere lo suficientemente «instruido» como para dictar un veredicto.

**24 de marzo de 1794.** EJECUCIÓN DE LOS HEBERTISTAS. En su obsesión por eliminar a las «facciones», el Comité de Salud Pública liderado por Robespierre detiene a los líderes del sector más radical de la revolución, encabezados por Jacques Hébert, editor y redactor del popular diario *Le Père Duchesne*, e impulsa su condena.

**5 de abril de 1794.** EJECUCIÓN DE LOS DANTONISTAS. El Comité compensa su golpe contra el ala izquierda con otro similar contra los llamados «indulgentes», que con Danton a la cabeza y Camille Desmoulins como portavoz periodístico, vienen reclamando el fin del Terror. Junto a ellos serán guillotinado personajes variopintos, como el español Andrés María de Guzmán.

**8 de junio de 1794.** FIESTA DEL SER SUPREMO. La Convención rinde homenaje a la divinidad en una ceremonia en la que Robespierre, en calidad de presidente de la Asamblea, ejerce como sumo pontífice para escándalo de los sectores partidarios del ateísmo y la descristianización.

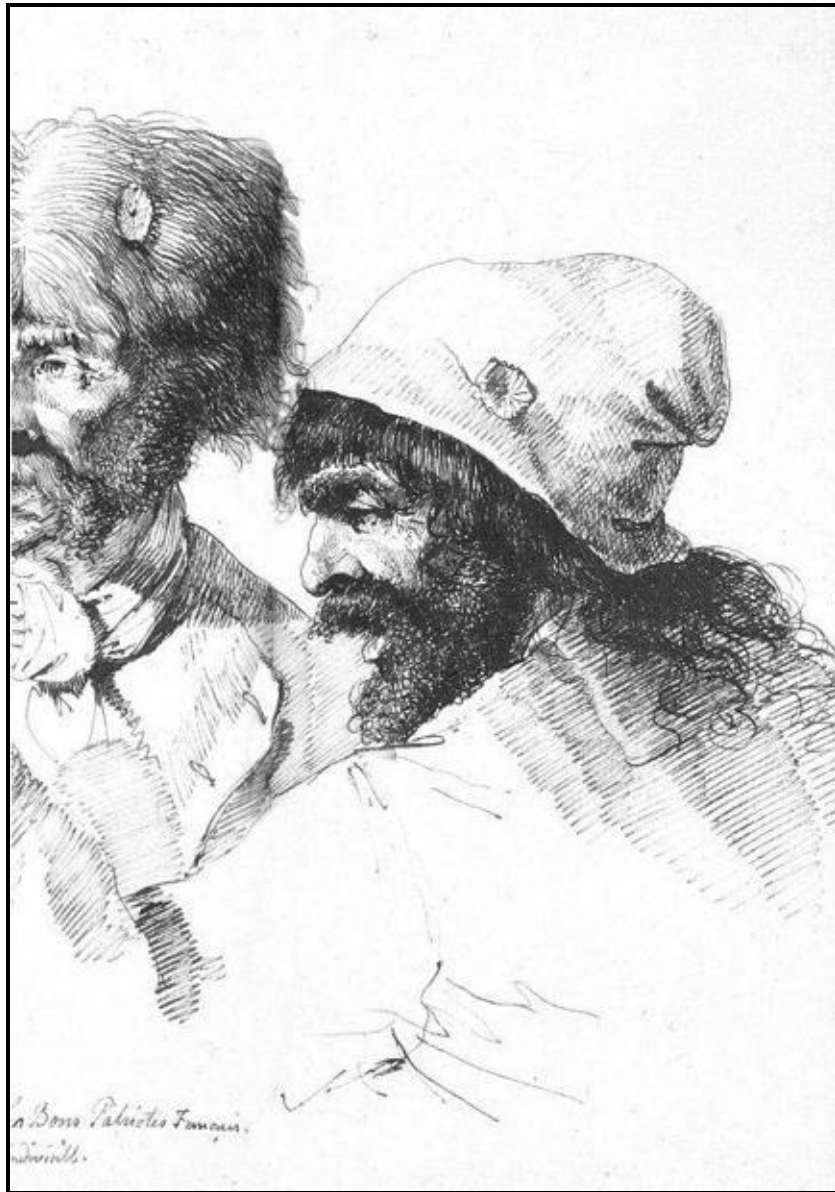
**27 de julio de 1794.** GOLPE DE ESTADO DE THERMIDOR. En la Convención se fragua una alianza entre el sector jacobino que se siente amenazado por



Robespierre y los diputados de la Planicie, habitualmente mudos. La voz de Robespierre es acallada cuando intenta pronunciar un discurso, y él y sus principales colaboradores son detenidos. Tras un fallido intento de resistencia en el Ayuntamiento —tomado al asalto por las tropas fieles a la Comuna— el Incorruptible es guillotinado, junto a su hermano, Saint-Just, Couthon y otros miembros de su entorno.

**9 de noviembre de 1799.** NAPOLEÓN TOMA EL PODER. Tras un año en el que los thermidorianos controlan la Convención, y cuatro de gobierno autoritario a través del Directorio, tiene lugar el golpe de Estado del 18 de Brumario, en el que el general Napoleón Bonaparte, recién regresado de Egipto, toma el poder como primer cónsul. Francia ya tiene el dictador reiteradamente demandado por Marat.





# **PREÁMBULO. EL TOCSÍN. 31 DE MAYO DE 1793**

## UNO

Un granuja y un lunático encabezan el pequeño grupo de *sans-culottes*<sup>[1]</sup> que pasadas las tres de la madrugada del viernes 31 de mayo de 1793 han salido del Salón de Asambleas del Arzobispado de París y se han sumergido en la semipenumbra del extremo noroeste de la Île de la Cité. Las luces de las escasas barcas que a esa hora circulan por el Sena y los contados faroles de aceite del alumbrado público desvelan esporádicamente los rostros desgredados del grupo, sus intimidantes mostachos, frondosos como el estropajo, sus pantalones a rayas, sus caramañolas grasientas, sus escarapelas lacias y sus gorros frigos de descolorida lana roja. También las picas enhiestas y los sables que unos blanden y otros llevan prendidos de la cintura.

Tras abandonar el patio que separa el ostentoso edificio episcopal de su iglesia anexa, han tomado el angosto callejón del Evêché, encajonado entre la trasera de Notre-Dame y el lugar donde más se estrecha la bifurcación del río. Enseguida se encuentran en el propio atrio de la catedral, interpuesto entre la imponente fachada gótica y el doble frente que forman el hospital del Hotel Dieu, sede de la nueva Escuela de Medicina, y el hospicio de los Enfants Trouvés. En esta amplia plaza pavimentada perdemos el eco que producen sus pasos al golpear los adoquines con sus zuecos de madera. Ninguna crónica o testimonio oral explicará ni por cuál de las tres puertas de acceso —la de la Virgen, la de Santa Ana o la del Juicio Final— se introdujeron en el templo, ni cómo consumaron el propósito de su incursión.

El granuja es Andrés María de Guzmán, un aristócrata granadino que a punto de cumplir los cuarenta se ha convertido en el más inesperado protagonista de todas las intrigas urdidas por la facción de los *enragés*,<sup>[2]</sup> compuesta por los más airados activistas parisinos. Tras haber estudiado en el colegio militar de Sorèze<sup>[3]</sup> y desarrollado una breve carrera como oficial del ejército español, troncada por su carácter conflictivo,<sup>[4]</sup> Guzmán lleva más de una década instalado en París y naturalizado francés. Su gran prioridad han sido, sin embargo, durante la mayor parte de este tiempo, los extravagantes pleitos que mantiene en Bélgica reclamando una herencia que se remonta a su bisabuelo materno, el príncipe Alberto Octavio T'Serclaes de Tilly, grande de España y una de las principales fortunas de Brabante.

El príncipe había reconocido a la abuela de Guzmán como hija habida fuera del matrimonio, pero él insistía en que, según la documentación que obraba en su poder, el nuncio del papa en Madrid zanjó el escándalo obligando al prócer brabantón a casarse con su bisabuela, y eso le convertía en legítimo heredero de todos sus bienes. Ni más ni menos. Al cabo de años y años de intrincados pleitos con derivaciones en la jurisdicción civil y en la eclesiástica, Guzmán seguía sin conseguir su objetivo —«que como todo el mundo sabe es asunto de varios millones»—,<sup>[5]</sup> pero entre apelación y apelación se había implicado en los entresijos de la política belga de la mano de su abogado, el líder nacionalista François Vonck.

Para compensar a los Habsburgo por el asentamiento de los Borbones en el trono de España, Bélgica, como el resto de los Países Bajos, había quedado en manos del Imperio Austriaco merced al Tratado de Utrecht. Pero los vientos de revolución que soplaban en Francia habían prendido también allí. Primero en Lieja y luego en el resto de Bélgica había sonado la hora de la sublevación. Dentro del laberinto de las facciones existentes, Guzmán se había asociado —ofreciéndole su experiencia militar— al partido promovido por Vonck, que en sintonía con los proyectos jacobinos de exportar la Revolución, preconizaba convertir Bélgica en una república independiente con estrechos lazos con Francia.

Si en Bruselas alardeaba de sus contactos franceses, en el ambiente enrarecido, un tanto paranoico y plagado de mil intrigas que se había adueñado de París tras la caída de la Monarquía y la ejecución de Luis XVI, Guzmán había aprovechado con gran habilidad sus conexiones belgas, ofreciéndose a unos y a otros, acercándose a quienes más le pudieran interesar. Nadie se vendía mejor a sí mismo, alardeando incluso del título de «general de la Confederación Belga».<sup>[6]</sup>

Por ese camino había logrado adquirir una cierta intimidad con Danton<sup>[7]</sup> y su círculo, pues no en vano de entre todos los líderes revolucionarios era este mercurial tribuno de la plebe, el llamado «Mirabeau de los desagües», quien más estaba implicándose en la política de anexión de Bélgica. Hasta el punto de que tanto él como su lugarteniente Jean-François Delacroix se habían convertido en los interlocutores habituales entre el general Dumouriez —jefe del ejército destinado a la conquista de los Países Bajos— y la Convención. Pero Dumouriez había pasado en cuestión de semanas de ser el héroe del momento —el vencedor de Valmy<sup>[8]</sup> y de Jemappes—<sup>[9]</sup> a convertirse en el traidor que amenazaba a la República tras haberse pasado a los austriacos; y esta voltereta había dejado a Danton en una posición bastante embarazosa.

En cambio Guzmán podía jactarse de que él había sido uno de los primeros en denunciar a Dumouriez, alegando que sus planes de campaña favorecían desde el principio al enemigo. En realidad —como el propio Guzmán reconocería más adelante— lo que había ocurrido es que el general no había querido saber nada de él, pese a la mediación de Delacroix: «Había prometido emplearme y siempre me mantuvo alejado».<sup>[10]</sup>

Guzmán cortejaba a los jefes de la Montaña, bastión físico e ideológico de la izquierda en la Convención, pero el ambiente en el que se movía realmente como pez en el agua era el de los radicales exaltados que, aprovechando las condiciones de vida miserables de una parte importante de la población parisina y el malestar por el alza de los precios y la devaluación del papel moneda plasmado en los llamados «asignados»,<sup>[11]</sup> trataban de llevar la experiencia revolucionaria más allá de los límites tolerables por la burguesía. Allí donde había una oportunidad para la demagogia y la incitación a la violencia, allí estaba Guzmán. Y eso, en términos parisinos, significaba en primer lugar intervenir en las asambleas de su sección



revolucionaria y en segundo lugar intrigar en los tugurios del Palais Royal.

París había quedado dividida desde junio de 1790 en cuarenta y ocho secciones que reemplazaban los antiguos distritos cuyo sentimiento de independencia y espíritu reivindicativo tanto temía el ayuntamiento burgués fruto de la caída de la Bastilla. Sin embargo, las secciones se habían convertido en la referencia esencial de la aceleración del proceso revolucionario. En ellas se discutía, en ellas se protestaba, en ellas se votaba. A través de ellas se era ciudadano. Guzmán vivía en el número 36 de la calle Neuve-des-Mathurins, y le correspondía formar parte de la Sección de Piques, que tenía su sede en la iglesia de los Capuchinos de la otrora aristocrática y aún burguesa plaza Vendôme, rebautizada como plaza de Piques. Era uno de sus miembros más activos. No en vano la pica —una rudimentaria lanza de madera con punta de hierro de unos dos metros de alto que la Comuna había entregado a cada ciudadano— era el arma por excelencia de sus amigos *sans-culottes*.

Alineado siempre con las tesis más extremistas, pero aprovechando a la vez con liberalidad sus medios económicos —«una fuente desconocida de dinero»<sup>[12]</sup>— para hacerse popular entre los más asiduos y necesitados, Guzmán había conseguido en octubre de 1792 ser elegido para ejercer la presidencia rotatoria de la sección. Como testimonio de su mandato quedará una propuesta sobre la organización de los hospitales de París firmada por él como presidente, por un tal Ternois como secretario, y por un individuo que pasaba ya de la cincuentena y se hacía llamar «ciudadano Louis Sade» en calidad de «redactor».<sup>[13]</sup> Era Donatien Alphonse François, marqués de Sade, excarcelado del manicomio de Charenton hacía dos años, tras trece de cautividad, y obsesionado por encima de todo con conseguir la representación de sus obras teatrales en París. Por eso no había emigrado y se había integrado en la vida de su sección —vivía en la misma calle que Guzmán— ofreciéndose a su comité como una mezcla de escritor y amanuense.

Defensor y practicante de la violencia sexual como expresión refinada de la libertad individual y metáfora de la condición humana, Sade despreciaba, sin embargo, el modelo original que la Revolución estaba destapando al devolver al hombre a su presunto estado natural y dar rienda suelta a la brutalidad de las masas ignorantes. Había relatado con horror por carta a un amigo la orgía de sangre de las llamadas «masacres de septiembre»,<sup>[14]</sup> y había montado en cólera al enterarse del asalto y pillaje de su castillo de Lacoste, que tantas bacanales y experimentos sexuales había albergado en el sudoeste de Francia.<sup>[15]</sup> Pero en la Sección de Piques él se camuflaba con el paisaje y colaboraba con un individuo como Guzmán —a fin de cuentas ambos eran aristócratas— sin hacer patente su rechazo. ¿Cómo interpretar, sin embargo, que cuando todos los que se llamaban Luis se cambiaban el nombre para no coincidir con el del monarca depuesto, él lo eligiera precisamente para su nueva vida como ciudadano de a pie, alegando que era el primero que su padre había pensado ponerle? Sólo como una forma de contestación irónica contra la vulgaridad de los *sans-culottes* y sus protectores.

Menuda sección era aquella, con antiguos aristócratas, incluidos los muy ricos de la plaza Vendôme, incrustados entre una masa de artesanos vociferantes y rodeados de una nube de indigentes desarraigados.<sup>[16]</sup> La falsa mansedumbre del tal Louis Sade no era nada comparada con la mirada de hielo de un individuo de entre verduzcos y azulones ojos felinos que Guzmán había sentido una y otra vez en su cogote durante esas reuniones en la iglesia de los Capuchinos. Era un hombre siempre perfectamente atildado, con su casaca reluciente, sus calzones impolutos y sus cabellos bien peinados y espolvoreados con fijador de harina, a modo de sucedáneo de las aristocráticas pelucas del Antiguo Régimen. Un hombre que despertaba sentimientos de amor y odio por donde quiera que pasaba. Era Maximilien Robespierre, el abogado de Arras que aspiraba a encarnar física y espiritualmente la Revolución, quien, como residente en la calle Saint-Honoré, también formaba parte de la Sección de Piques.

Robespierre detestaba tanto a quienes lo desbordaban por la izquierda como a quienes consideraba sospechosos de corrupción. Guzmán reunía ambas características, pues su éxito popular se basaba tanto en el tremendismo de sus propuestas como en la sospechosa generosidad con que repartía dinero entre los menesterosos de la sección. Formaba parte, pues, de su lista negra por partida doble. Él lo sabía, y tal vez por eso, aunque asistía a veces a sus sesiones, ni siquiera intentó hacer carrera en el Club de los Jacobinos,<sup>[17]</sup> base de operaciones de Robespierre, plataforma política del sector de diputados que en la Convención formaban el partido de la Montaña, y rudimentario pero efectivo instrumento estratégico de la élite de burgueses de izquierdas que aspiraba a arrebatar el control del proceso revolucionario a la mayoría moderada que dominaba la Asamblea.

No, aunque tenía buenos amigos entre sus dirigentes —por ejemplo el vinatero de Burdeos, François Desfieux<sup>[18]</sup> que controlaba el Comité de Correspondencia, o el influyente ingeniero y presidente del Departamento de París, Louis Pierre Dufourny —,<sup>[19]</sup> un tipo tan poco claro como Guzmán no era bien recibido entre los jacobinos. Ideológicamente su lugar habría estado más bien en el Club de los Cordeleros, pero le faltaba arraigo en los barrios de artesanos, impresores y profesionales radicales de la *rive gauche*. Danton y su amigo el periodista Camille Desmoulins habían sido las referencias de los Cordeleros durante las primeras fases de la Revolución, y ahora era Marat, el tan atrabiliario como intransigente Amigo del Pueblo, quien dominaba sus espasmos revolucionarios. Guzmán había tratado de acercarse a Marat y lo había conseguido sólo a medias. El recelo a los extranjeros, su confusa identificación como «banquero», fruto del dinero que movía, y el incipiente rumor de que podía ser un espía al servicio de los austriacos, de los británicos o de los propios españoles, pesaban ya en contra de Guzmán. Pero lo que más le perjudicaba eran los rumores que le vinculaban con el barón de Batz.

¡Ah, el barón de Batz! Su trayectoria y su actitud, siempre a medio camino entre la política y las finanzas, siempre dispuesto a enredarse en una trama más arriesgada

que la anterior, tenían mucho en común con las de Guzmán y tal vez por eso se les asociaba entre murmullos, aunque aparentemente militaran en bandos opuestos. Batz podía incluso alardear como Guzmán de ser oficial del ejército español, pues antes de la Revolución había sido enviado en misión secreta a España para intentar reforzar la alianza del Pacto de Familia entre las dos ramas borbónicas contra Inglaterra; y el gobierno de Madrid le había recompensado con un nombramiento como coronel de caballería.

Procedente de la pequeña nobleza, Jean de Batz había sido miembro de la Asamblea Constituyente, y la presidencia de la Comisión de Liquidación de Deudas le había permitido enriquecerse a costa de los sobornos que le pagaban los acreedores del Estado a los que daba prioridad para cobrar. Al mismo tiempo se había implicado en el manejo de los fondos secretos con que los últimos gobiernos de Luis XVI trataron de salvar la Monarquía corrompiendo a parte de los líderes revolucionarios.

Tras el 10 de agosto el barón de Batz había emigrado a Inglaterra para retornar poco después, provisto de varios pasaportes falsos y decidido a montar una trama de espionaje y agitación contrarrevolucionaria. La mañana de la ejecución del rey había intentado sublevar en vano a la muchedumbre al paso del carruaje que le llevaba al patíbulo por el bulevar Bonne Nouvelle, y las autoridades de París estaban convencidas de que tramaba rescatar a María Antonieta de Austria y a sus hijos, todavía encerrados en la torre del Temple.

«A los ojos del Comité de Salud Pública el barón aparecía como el director de orquesta clandestino de una inmensa conjura destinada a liberar a la reina, a enfrentar a los miembros de la Convención unos contra otros y preparar así la contrarrevolución, utilizando los excesos de los ultrarrevolucionarios y las bajezas y cobardías de los más corruptos», explicará un especialista.<sup>[20]</sup>

Es evidente que Jean de Batz existía y también que se movía por París con audacia y habilidad. A juzgar por las notas halladas en su castillo de Mirepoix por sus descendientes incluso podría decirse que, en efecto, su plan consistía en «fomentar las divisiones y las sospechas» entre los jefes de la Convención «para que terminen por caer todos juntos en los abismos que ellos mismos han abierto».<sup>[21]</sup> Pero su fantasma era igualmente útil a las autoridades, pues cuando algo se les escapaba de las manos siempre quedaba el recurso de atribuirlo a esa «conspiración de los extremos». Algo muy peligroso para quienes, como Guzmán, se movían en el borde de la más afilada de las navajas.

Además era en el Palais Royal, rebautizado como Palais Égalité —su propietario había pasado de ser el duque de Orleans<sup>[22]</sup> a convertirse en el ciudadano Philippe Égalité—, donde Guzmán campaba a sus anchas y donde el barón de Batz aparecía periódicamente para tejer sus intrigas. En esa plaza rectangular y porticada, en la que el primo del rey guillotinado había alquilado un sinfín de locales a pequeños empresarios y comerciantes, tenía lugar la vida social de París en el más amplio sentido de la palabra. Miles de personas, predominantemente burguesas, se agolpaban

todos los días bajo sus arcadas y paseaban por los jardines centrales, en torno a la carpa del circo en el que había organizado sus mítines el Círculo Social del abate Fauchet. Acudían allí con los más diversos objetivos, pero sobre todo con el de mirar y ser mirados.

Aunque la Revolución lo impregnaba todo, ni la igualdad ni la fraternidad habían llegado aún a la forma de vestir. Al menos en el Palais Royal sólo imperaba la libertad. Bajo sus levitas, fracs o redingotes ellos exhibían atrevidos chalecos de fantasía, combinándolos con calzones lisos de colores claros, ceñidos justo debajo de las rodillas, sobre las correspondientes medias y los zapatos de hebilla. Los hombres alternaban los sombreros de tres picos con los de copa alta y estrecha, levemente inclinada hacia delante. Desde julio de 1792 todos los varones menos los diplomáticos extranjeros tenían la obligación de llevar la «escarapela nacional» de colores azul, blanco y rojo, pero su incumplimiento era frecuente entre quienes conservaban sentimientos monárquicos. Quienes no querían significarse las llevaban parcialmente cubiertas bajo la banda de su sombrero en la modalidad pronto conocida como «escarapela al eclipse».<sup>[23]</sup>

Ellas paseaban sus laboriosos peinados, combinándolos a menudo con adornos florales, gorros y sombreros que podían costar entre 12 y 150 libras —el equivalente a entre una semana y tres meses del sueldo de un *sans-cu-lotte*— recurriendo a menudo a la, en su caso voluntaria, escarapela tricolor como medio de legitimar patrióticamente tal dispendio.<sup>[24]</sup> Esos tocados realzaban la belleza formal de unos vestidos siempre entallados por ceñidores, corsés o bandas enlazadas en la cintura, bajo la que se desplegaban hasta el suelo voluminosas faldas abullonadas a la polaca o acampanadas a la inglesa. De sus pliegues asomaban zapatos de cuero, satén o terciopelo bajo los que abundaban, como gran transgresión, los tacones de color rojo, otrora distintivos de la realeza. Los «abanicos revolucionarios» de papel o tela con soporte de madera, hueso o marfil eran la otra gran coartada de aquella feria de vanidades, en la medida en que desplegar una representación de la toma de la Bastilla, la Declaración de Derechos del Hombre o la propia ejecución del rey servía a su propietaria para ahuyentar toda sombra de sospecha aristocrática e incluso para aliviar cualquier sofoco «*a l'ancien régime*».

El Palais Royal era un lugar exótico y variopinto, conocido en el argot parisino como el «Campo de los Tártaros», que incluía desde lujosas joyerías a cuchitriles capaces de exhibir por 12 perras —poco más de media libra— a dos indígenas norteamericanos copulando, pasando por el gabinete de figuras de cera de Curtius, en el que había aprendido el oficio *madame* Tussaud.<sup>[25]</sup> Allí se iba de compras, allí se comía en distintos tipos de restaurantes, allí se perdía y ganaba en los garitos de juego, allí se fornicaba con la mayor variedad de prostitutas que se podía encontrar en la ciudad, allí se saludaba a las amistades, allí se intrigaba y conspiraba para ampliar la Revolución o para hacerla descarrilar.

Guzmán practicaba todas estas actividades con gran exuberancia y bastante

simultaneidad. Era asiduo a buena parte de los establecimientos de la plaza, como el Café de Foy, el restaurante Février o los garitos de juego que regentaban Descarrieres —cuñado del cervecero Santerre, convertido en flamante general en jefe de la Guardia Nacional—,<sup>[26]</sup> o las atractivas madre e hija conocidas como «las Sainte-Amaranthe». Pero su sanctasanctórum estaba en el Café Corazza —ubicado entre los números 7 y 12 de la arcada o galería de Montpensier— y concretamente en una especie de salita interior a la que se accedía desde el salón principal en el que pululaban todo tipo de clientes.

En esa suerte de reservado<sup>[27]</sup> convergían a última hora de la tarde o más bien primera de la noche, a la salida de la Convención, una serie de diputados de tendencia radical. El fogoso Tallien, hijo del mayordomo del marqués de Bercy, el excapuchino Chabot y el exactor y autor fracasado Collot d'Herbois eran de los más asiduos. Y allí coincidían con Guzmán y algunos amigos suyos de similar catadura —siempre a caballo entre el radicalismo político y el dinero fácil—, como el belga Pierre Proli, que pasaba por ser hijo natural del canciller austriaco Kaunitz, o el judío originario de Bayona Jacob Pereyra. Desfieux, Dufourny y otros se unían al elenco ya entrada la noche, cuando concluían las sesiones de los Jacobinos. Tampoco faltaban de cuando en cuando el agitador polaco Lazowski, jefe de los cañoneros del *faubourg* Saint-Marcel, ni el barón alemán Anacharsis Cloots, autodenominado «Orador del Género Humano». «¡Curioso grupo el de estos hidrófobos, extranjeros y profesionales de la degollina!», exclamará el primer autor español interesado en el asunto.<sup>[28]</sup>

Hacía tiempo que el ministro del Interior, un vasco francés llamado Garat, le tenía echado el ojo al «grupo del Café Corazza». No sólo por la fama de sus propios integrantes, sino por los estrechos vínculos que la mayoría de ellos tenían con dos personajes clave de la Comuna Revolucionaria que desde la insurrección del 10 de agosto controlaba el Ayuntamiento de París. Se trataba del procurador síndico municipal —una especie de mezcla entre fiscal, jefe de policía y delegado gubernativo— Anaxágoras Chaumette, y de uno de sus dos sustitutos o adjuntos, Jacques Hébert, más conocido a través del personaje que daba título a su tan combativo como soez diario: *Le Père Duchesne*.

Chaumette había sido bautizado como Pierre Gaspard y, tras una vida azarosa como marino, estudiante de medicina y periodista, había adoptado el nombre de un contemporáneo de Pericles ahorcado por profesar el ateísmo. Decir Anaxágoras Chaumette era pues decir anticlericalismo en vena. Era el gran valedor de los *sans-culottes* en la Comuna y pasaba por ser uno de los protectores de Guzmán.

Para no desentonar con su jefe ni en capacidad transgresora ni en inspiración clásica, Hébert se había casado con una monja exclaustrada del convento de la Concepción de la calle Saint-Honoré —la hermana Marie-Françoise— y acababan de tener una hija, inscrita en el Registro Civil a mediados de febrero como Virginia Scipion. Tras haberse dedicado a la reventa de entradas de teatro, Hébert había descubierto el periodismo y compatibilizaba la actividad política con la acumulación



de méritos para adquirir el título de «Homero de la inmundicia» que un día le concederá el crítico Ferdinand Brunot. Y es que pocos han cultivado como él, a través de las «cóleras» y «alegrías» de su personaje —un típico artesano comecuras de tupido mostacho y pipa en ristre—, la vulgaridad como género y la vileza como pauta de conducta.

La apariencia de Hébert, un individuo delgado, pálido y frágil de pulcra vestimenta burguesa, nada tenía que ver con la de su feroz personaje. De hecho nadie que echara un vistazo al comedor de su casa presidido por un lámina que presentaba a Cristo como «el *sans-culotte* Jesús», podía imaginar que en aquel lugar se hubieran redactado escritos tan vitriólicos como los dedicados al «cerdo del Temple» (Luis XVI) o la «tigresa austriaca» (María Antonieta). El lenguaje de Hébert —con su «joder» por aquí, su «jodido» por allá y sus crueles insultos a las personas más notables— les venía de perlas a individuos como Guzmán para alentar sus maniobras radicales.

Chaumette y Hébert eran, como solemnemente se decía entonces, «autoridades constituidas», pero en una Francia sin constitución —la monárquica de 1791 había quedado derogada por la proclamación de la República y la Convención no parecía tener demasiada prisa por cumplir el mandato de elaborar una nueva— nada podía ser más peligroso para el orden establecido que algunas «autoridades constituidas».

## DOS

Si el granuja es Guzmán, el lunático que colidera el «comando» de desarrapados que esta madrugada ha penetrado bajo las bóvedas de Notre-Dame es Jean Varlet, autodenominado «Apóstol de la Libertad». Así lo proclama el cartel clavado en lo alto de su pica. Varlet, virtuoso propagandista de sí mismo, también es asiduo a los conciliábulos, o más bien contubernios, del Café Corazza, pero puestos a pasarse por el Palais Royal, él prefiere las arengas en el jardín. De hecho, casi podría decirse, en su caso, que en los últimos tres años no ha habido un solo episodio o escenario del París de la Revolución en el que él no haya estado presente.

Su enorme estatura y su desparpajo oratorio contribuyen a que su presencia nunca pase desapercibida. Es un gigantón que se cree lo que dice. Si además, como también suele ocurrir en la Terraza de los Feuillants que flanquea el jardín de las Tullerías, cada vez que interviene en un espacio público se encarama a una suerte de taburete que, a modo de tribuna portátil, siempre lleva a mano, es fácil comprender que para sus amados *sans-culottes* se haya convertido en un ídolo y para las clases acomodadas en una especie de pesadilla omnipresente.

Varlet se jactaba de haber nacido un 14 de julio —en 1793 cumplirá veintinueve años— y de que la toma de la Bastilla en tal fecha de 1789 le había hecho sentirse predestinado para impulsar la Revolución de acuerdo con una visión radical de los derechos humanos. Hijo de una familia acomodada, había estudiado en uno de los colegios con mayor prestigio de París —el de Harcourt en el Barrio Latino, por el que habían pasado Racine, Diderot o Talleyrand— y había trabajado en la administración de Correos, pero hace tiempo que su única actividad es predicar la buena nueva de los ideales revolucionarios.

Varlet ha participado en todas las jornadas revolucionarias y, tras la fuga de Luis XVI abortada en Varennes,<sup>[29]</sup> ha sido uno de los más locuaces denunciadores de su traición y su ignominia. Cinco días antes del asalto a las Tullerías ha sido el portavoz que ha trasladado a la Asamblea Legislativa una de las más rotundas peticiones populares contra la Monarquía.<sup>[30]</sup> Ha celebrado el derrocamiento del rey y su subida al cadalso. Ha contribuido a promover el cambio del nombre de su sección: la Roi de Sicile ya es la Droits-de-l'Homme. Ha presentado mociones en todos los foros y es un viejo conocido de la Comuna, de los Jacobinos y de los Cordeleros. Es uno de los «sospechosos habituales» de cualquier trama insurreccional.

Todas sus intervenciones tienen un denominador común: la defensa de la democracia directa. Varlet sostiene que el pueblo es el único titular de la soberanía —por eso es el único que merece ser llamado «el Soberano»— y ello es incompatible con la democracia representativa. En sus discursos en plena calle y en los panfletos que imprime y distribuye a su propio coste alega que los diputados sólo son mandatarios y su papel se limita a ejecutar la voluntad previamente fijada por el

pueblo, que debe discutir asambleariamente en sus secciones cada uno de los asuntos que le afectan, antes de permitir que se conviertan en leyes.

Varlet había celebrado, naturalmente, que el sistema censitario por el que se eligieron tanto la Asamblea Constituyente fruto de los Estados Generales de 1789 como la Asamblea Legislativa de 1791 fuera sustituido al fin por el sufragio universal masculino. Ya no sólo podían elegir y ser elegidos los que hubieran pagado un determinado nivel de contribución, pasando el listón del llamado «*marc d'argent*»,<sup>[31]</sup> u obteniendo la consideración de «ciudadanos activos»,<sup>[32]</sup> sino que por primera vez en la historia todos los varones franceses mayores de veintiún años —excluidos los criados, influenciados por sus amos— habían podido ejercitar el derecho al voto propio de una democracia.

Sin embargo, seguía siendo una democracia que Varlet consideraba imperfecta e incompleta, pues, en primer lugar, la elección era de segundo grado —los votantes designaban a los llamados «electores», los cuales se reunían en las asambleas primarias para elegir a los diputados—; y, por otra parte, y era su objeción esencial, existía el riesgo de que los miembros de la Convención se consideraran titulares de un poder que, según él, «nunca podía ser representado» y terminaran actuando de forma «tan despótica como el rey al que han reemplazado».

«Una verdad ha quedado demostrada: el hombre, hinchado de orgullo por naturaleza, tiende en los puestos elevados hacia el despotismo», había escrito en un panfleto del que había mandado imprimir cinco mil ejemplares esa primavera. «Establezcamos ahora que es preciso embridar a las autoridades creadas para que no se conviertan en potencias opresivas. No intentemos contrapesarlas entre ellas. Todo contrapeso que no sea el pueblo mismo es falso».<sup>[33]</sup>

Varlet veía imprescindible que el pueblo conservara y ejerciera el poder de revocar el mandato de aquellos diputados que no actuaran de acuerdo con sus deseos. Proponía incluso que se creara un cuerpo de «magistrados del Soberano», constituido por una élite de patriotas insobornables con el encargo de vigilar la conducta de todos los electos. Algo así como los Guardianes de la Revolución. Pero ¿cómo elegirlos soslayando el principio de representación? ¿Y quién guardaría a la Revolución de sus guardianes? Varlet ni siquiera se planteaba estas preguntas, pues le parecía obvio que esa tarea tutelar correspondía a los patriotas abnegados como él, guía y protector de los *sans-culottes*.

Como ejemplo inmediato de mandatarios indignos veía el caso de los diputados moderados que habían votado en las históricas sesiones de enero en contra de la ejecución del rey. Nada importaba que se diera la paradoja de que la mayoría de ellos hubiera propuesto, precisamente, la llamada «apelación al pueblo», consistente en remitir a las asambleas primarias de los ochenta y cuatro departamentos que componían Francia la decisión de qué pena imponer a Luis XVI, una vez que había sido declarado culpable de traición a la nación casi por unanimidad.<sup>[34]</sup>

Varlet se consideraba lo suficientemente capacitado y autorizado para definir

quiénes eran los que constituían «el pueblo» y cuáles eran sus verdaderos designios. Y por lo tanto también en condiciones de decretar que los que habían querido remitir la suerte del rey a una especie de referéndum nacional estaban en realidad traicionando la voluntad popular de liquidar al tirano y merecían, como mínimo, ser drásticamente apartados de sus funciones. Y si la Convención no era capaz de autodepurarse, entonces era la Convención entera la que sobraba. Esa era la enrevesada cantinela que tan *sui generis* Apóstol de la Libertad llevaba repitiendo desde hacía cuatro meses.

Además, en ninguna de sus intervenciones y propuestas olvidaba establecer un puente entre el pensamiento y la acción. No en vano ese panfleto tenía por título «Declaración Solemne de los Derechos del Ciudadano en el Estado Social», e incluía en su cuerpo normativo un artículo 22 que literalmente decía: «La resistencia a la opresión es el precioso Derecho a la Insurrección; no debe conocer otras leyes que la de la necesidad».

¿Qué tenía de particular que alguien como Varlet planteara las cosas en términos tan crudos cuando ese supuesto «derecho a la insurrección» había sido discutido y aprobado en el transcurso de los propios debates del proyecto de Constitución que ocupaban a la Convención durante parte del escaso tiempo que le quedaba libre entre las feroces acusaciones y trifulcas de unos diputados contra otros?

Compartieran o no sus premisas, las exageraciones de Varlet y otros como él eran muy útiles a los dirigentes jacobinos y a los diputados de la Montaña que, en un clima de odios, rencores y animadversiones personales, querían invertir la correlación de fuerzas y dominar la Convención, aun a costa de eliminar a unos adversarios transformados en enemigos. También servían a los intereses de la Comuna de París, empeñada en un pulso institucional con la Convención en el que se dirimía no sólo algo tan genérico como quién marcaba la impronta revolucionaria, sino también algo tan concreto como si debían quedar o no impunes las masacres de septiembre, cuando todos aquellos presos habían sido sacados de las cárceles y pasados a cuchillo en sus inmediaciones por unas turbas manejadas por personajes afines al sector más extremista del Ayuntamiento y al menos toleradas por Danton durante su breve pero intenso mandato como ministro de Justicia.<sup>[35]</sup>

Todo aquel galimatías de la distinción entre «representantes» y «mandatarios» impresionaba poco a la mayoría de los oyentes de Varlet. Pero, en cambio, la vinculación que tanto él como los *enragés* más afines —el joven activista de Lyon Théophile Leclerc, su novia Pauline Léon o el cura Jacques Roux— establecían entre la «traición» de los diputados moderados que no habían querido convertirse en regicidas y la escasez de alimentos, el alza de precios y el presunto acaparamiento de mercancías con el propósito de encarecerlas, tocaba las teclas sensibles de los *sans-culottes* parisinos. No eran sino las dos caras de un supuesto gran complot contrarrevolucionario en sintonía con las monarquías coaligadas que amenazaban las fronteras y con los aristócratas emigrados que alentaban la invasión de Francia, las

subelevaciones en su territorio y la destrucción de la recién nacida República. Era el mismo mensaje que día tras día inoculaban entre los *sans-culottes* Marat y Hébert con sus virulentos periódicos.

En todo caso Varlet resultaba incontrolable hasta para sus más cercanos. Era un revolucionario en estado puro al que le perdía su afán por entrar en acción donde, como y cuando fuera. Con su imponente presencia física, su gorro frigio, su raída vestimenta —«los andrajos que yo amo»—,<sup>[36]</sup> su pica y su tribuna ambulante se había convertido en una especie de mesías de la insurrección. El hombre providencial o el profeta de nuevas degollinas, para quienes no se lo tomaban a risa o lo consideraban simplemente un pelma.

Durante el invierno había cogido un serio resfriado en una de sus arengas callejeras y los jacobinos habían enviado una delegación a visitarle en su lecho de enfermo para comprobar que no había sido asesinado por agentes del gobierno, como se rumoreaba.<sup>[37]</sup> Sin embargo, dos semanas antes de este 31 de mayo de 1793 el club de la rue Saint-Honoré le acababa de expulsar de su seno por preconizar la sublevación contra la Convención y se había negado a reconsiderar su decisión incluso cuando Varlet había irrumpido durante una de las sesiones, acompañado de una delegación de *sans-culottes*, alegando que estaba a punto de partir para la Vendée a defender la Revolución.<sup>[38]</sup>

Pero Varlet era de los que no cejan en su empeño ni se entretienen en querellas menores. Como quiera que en el propio patio del antiguo convento en el que estaba aposentado el club alguien le propinara un buen tortazo y él optara por no responder, un guardia nacional le reprochó su pasividad: «Eres un cobarde porque llevas un sable y no te vengas de la afrenta que te acaban de hacer». A lo que Varlet contestó: «Soy un buen patriota y un buen patriota debe saber aguantar una ofensa».<sup>[39]</sup> Sin embargo, dos meses antes no había sentido el menor empacho en participar en el brutal vandalismo contra las imprentas de los periódicos identificados con los moderados.

Resumiendo esta mezcla de exaltación y mansedumbre, el propio Varlet decía que tenía «una cabeza caliente y un buen corazón».<sup>[40]</sup> Probablemente las víctimas de esos actos de pillaje no compartirían lo del buen corazón, pero cuantos le conocían percibían en él una pauta de ingenuidad primaria que, por ejemplo, le había llevado a confiar la suerte de su madre enferma a los cuidados de sus queridos *sans-culottes* o a trufar sus discursos con himnos y canciones que primero componía y luego iba recitando o tarareando por doquier.<sup>[41]</sup>

No sería de extrañar que alguna de ellas, con sus rimas sencillas y ramplonas, estuviera en sus labios esta madrugada del último día de mayo en la que al acceder abruptamente a la catedral de Notre-Dame con Guzmán y los otros, Varlet cree estar alumbrando un nuevo amanecer: «*Brille par tout Liberté / nouveau soleil de ce monde; / brille par tout Liberté / consoles l'humanité*».<sup>[42]</sup>



## TRES

Pocos minutos después de que hayan franqueado la entrada, la única campana de Notre-Dame que ha sobrevivido a la fiebre de requisas y fundiciones con fines bélicos del año anterior rompe a tocar a rebato. Es el gran *bourdon* de la torre meridional, «la campana más gorda de Francia», bautizada en 1685 en presencia de Luis XIV con los nombres de Emmanuel-Louise-Thérèse.<sup>[43]</sup> Toda ella pesa más de 10 toneladas y sólo su badajo, cerca de 300 kilos. Para acceder al campanario Guzmán, Varlet y sus acompañantes han tenido que subir los 389 peldaños de una empinada escalera de caracol, y para poner en marcha el artilugio han tenido que repartirse sobre dos plataformas móviles opuestas hasta generar el efecto contrapeso. Pero el esfuerzo ha merecido la pena. «Cuando el *bourdon* suena, su gran voz atraviesa todos los ruidos de París y se extiende con sonidos lúgubres por todos los campos de alrededor», escribirá unos años después el abate Moreau, primer vicario de Notre-Dame.

La inscripción sobre el yugo de Emmanuel-Louise-Thérèse revela los múltiples usos para los que fue instalada: «*Laudo Deum verum, plebem voco; congreco clerum. Defunctos ploro; pestem fugo, festa decoro*». Ahora, sin embargo, ya tiene una utilidad más. Amén de alabar al Dios verdadero, convocar al pueblo, congregar al clero, llorar a los difuntos, ahuyentar la peste y adornar las fiestas, la superviviente de Notre-Dame también sirve para movilizar a los patriotas contra los traidores.

Un *bourdon* no sólo es una campana mayor, sino también un abejorro, y lo que brota ahora de su panza de plomo verdoso cual zumbido de alarma es el repique insistente del tocsín revolucionario. Es la señal temida y esperada. Es el sonido martilleante y febril que invita a los ciudadanos a acudir a sus secciones, movilizándolo a los *sans-culottes* y sembrando la inquietud en los barrios más acomodados. Es el anuncio de que la legalidad queda en suspenso y todo —personas, propiedades, derechos— vuelve a estar en el aire. Como el 10 de agosto. ¿Como el 2 de septiembre? Tal y como ha dicho Danton hace apenas nueve meses, es la contraseña que da paso a «la carga contra los enemigos de la patria»<sup>[44]</sup> La voz ronca, estremecedora y amenazante de la Revolución.

Es la hora de lanzarse a la calle para los activistas de sangre caliente. La de esconderse, porque la huida es imposible, para quien tiene algo que ocultar o que temer. Es decir, para cualquiera con vínculos aristocráticos, sentimientos monárquicos expresados ante los vecinos o simples afinidades moderadas. No digamos ya para quienes desafiando los draconianos decretos contra la emigración —pena de muerte y confiscación de sus bienes— han osado regresar a París tras haber salido de Francia durante los primeros espasmos revolucionarios.

Si suena el tocsín, todas las barreras estarán enseguida cerradas y la ciudad se convertirá en una ratonera sin escapatoria. Si eso ocurre, como es el caso, de

madrugada, París será distinto cuando amanezca; y no digamos cuando vuelva a ponerse el sol. Sobre todo si, después de la campana, también retumba, seco e inapelable, el cañón de alarma. Pero de momento, a pesar de los rumores y expectativas, esto aún no ha sucedido.

Sólo las «autoridades constituidas» —es decir, la Convención, el Comité Ejecutivo o gobierno sometido a sus consignas, la Comuna y el Departamento de París— podían ordenar a las secciones que hicieran sonar el tocsín desde las iglesias o edificios públicos que cada una controlaba. La ley preveía duros castigos para quien tomara la iniciativa por su cuenta e incluso la pena de muerte para quien disparara el cañón de alarma —máxima expresión del estado de emergencia— instalado en el puesto que la Guardia Nacional tenía en el Pont Neuf junto a la estatua ecuestre de Enrique IV.

¿Bajo qué autoridad han actuado Guzmán y Varlet? Bajo la suya propia, pues ambos forman parte del autodenominado —y tal vez autonombrado— Comité Central Revolucionario que pocas horas antes acaba de decretar que París está «en estado de insurrección». Acaban de dar, pues, el primer paso de la sublevación que ha venido gestándose desde hace meses. Un movimiento que los elementos más radicales han logrado encauzar a través de la llamada Asamblea del Arzobispado que, con el consentimiento e incluso la complicidad de la Comuna, ha venido reuniéndose de forma intermitente, a modo de poder paralelo al de las autoridades constituidas.

Con el pretexto de coordinar el reclutamiento del contingente de soldados que debía partir a sofocar la revuelta monárquica y clerical de la región de la Vendée y el cobro del impuesto especial sobre los ricos, que a modo de préstamo forzoso debía financiarlo, las secciones más radicales de París, a iniciativa precisamente de la de Droits-de-l'Homme en que militaba Varlet, se habían puesto de acuerdo para mandar delegados a las reuniones del Arzobispado. Allí, en el anfiteatro cubierto de bancos de madera de la llamada Sala de la Oficialidad, que otrora había servido para congregar a la élite del clero parisino y que a finales de 1789 había llegado a albergar durante un breve tiempo a la Asamblea Constituyente,<sup>[45]</sup> estaba desarrollándose la escalada radical de la democracia asamblearia. Y eso había desencadenado la respuesta represiva, la espiral de acción y reacción, que debía servir a los planes de los exaltados.

Ante las noticias cada vez más alarmantes de que tanto en las reuniones del Arzobispado como en algunas del mismo porte celebradas en la propia Maison Commune, sede del gobierno municipal, se preconizaba no ya la destitución sino la liquidación física de algunos de ellos, los diputados moderados habían planteado iniciativas que iban desde el cese del alcalde, el procurador síndico y otros cargos de la Comuna, hasta el traslado de las propias sesiones de la Convención a un lugar lejos de París. Pero el hábil y maniobrero Bertrand Barère,<sup>[46]</sup> portavoz del recién constituido Comité de Salud Pública, se había sacado un as de la manga y, a modo de componenda, había logrado que se creara una Comisión Especial formada por doce

diputados con el objetivo de investigar los complots que pudieran estar tramándose contra la Convención y proponer o adoptar las medidas necesarias para atajarlos.

Los diputados moderados cayeron en lo que los hechos demostrarían que se trataba de una trampa para osos. Formaban un grupo heterogéneo y desorganizado, fluctuante en torno a los doscientos parlamentarios, y eran calificados —o más bien descalificados— como brissotinos por el ascendiente que sobre ellos ejercía el periodista Jacques-Pierre Brissot,<sup>[47]</sup> impulsor del influyente diario *Le Patriote Français* y hombre fuerte tanto de la Asamblea Legislativa como de la Convención durante sus primeros meses de vida. También se les llamaba rolandinos por su apego al exministro del Interior Jean-Marie Roland y a su esposa<sup>[48]</sup> o buzotinos por el protagonismo parlamentario del diputado normando François Buzot,<sup>[49]</sup> muy próximo a *madame* Roland. En menor medida se les llamaba girondistas o girondinos por la pertenencia al Departamento de la Gironda de varios de sus más destacados miembros.<sup>[50]</sup>

Aun sin contar con casi ninguno de los primeros espadas, la enseguida conocida como Comisión de los Doce quedó compuesta de forma monolítica por miembros de ese sector moderado y se puso manos a la obra tras su constitución el 21 de mayo, recibiendo denuncias, ordenando a las secciones la entrega de las actas de sus deliberaciones y dictando media docena de órdenes de arresto y encarcelamiento. Una de ellas había ido dirigida —cómo no— contra Varlet por sus públicas soflamas, otra contra Hébert por los últimos artículos de *Le Père Duchesne*, dos contra los cargos policiales Jean-Baptiste Marino y Étienne Michel por sus propuestas sanguinarias para acabar con los moderados, y las otras dos contra el presidente de la Sección de la Cité, que hacía de anfitriona en las reuniones del Arzobispado, Emmanuel Dobsent —«el amigo de Hébert», según Biré—<sup>[51]</sup> y contra su secretario. A ambos se les acusaba de negarse a entregar actas comprometedoras.

Tanto la popularidad de los personajes como el hecho de que algunas detenciones se hubieran efectuado por la noche, lo que suponía vulnerar un tabú para las «autoridades constituidas», en la medida en que recordaba la arbitrariedad del viejo régimen, sirvieron para extender el incendio y acelerar la fermentación de la calle contra los diputados moderados. Las peticiones a la Convención, exigiendo la puesta en libertad de los detenidos y el ajuste de cuentas con sus captores, maceraron la movilización y estimularon el envío de delegados al Arzobispado.

En la Convención también habían empezado a ponerse las cosas feas para brissotinos, rolandinos, buzotinos y girondinos. La presión combinada de los miembros de la Montaña y de los elementos radicales agolpados en las tribunas para condicionar los debates con sus desaforados aplausos o abucheos había desembocado el 27 de mayo en la supresión de la Comisión de los Doce en medio de un gran pandemonio. Si bien al día siguiente quedaba restablecida tras una votación nominal de todos los diputados presentes, el precio era la excarcelación de los detenidos, acogidos como héroes por los *sans-culottes*.

Desde el momento en que por la vía de los hechos había quedado así en evidencia quién era el que mandaba, ya sólo era cuestión de tiempo que la insurrección se materializara. Era el momento ideal para que en aquel río revuelto un manipulador e intrigante como Guzmán pudiera hacer su ganancia de pescadores. Máxime cuando él también podía arrogarse la aureola de víctima de la Comisión de los Doce. Y encima sin haber pasado por la cárcel.

El propio 27 de mayo, mientras en la sala de la Convención se desarrollaba la trifulca, un ayudante del juez de paz de la Sección de Piques se había presentado en el domicilio de Guzmán con un oficio de la Comisión de los Doce en el que se ordenaba el precinto de todos los documentos que se hallaran en su poder. En la orden se ubicaba erróneamente la vivienda en la calle Neuve des Capucines, y eso le permitió alardear esa misma tarde en su sección de civismo y acatamiento de las leyes, pues podría haberse resistido, alegando que el mandamiento tal vez se refería a otro Guzmán, distinto a él, que habitaba en la calle Neuve des Mathurins.

Guzmán estaba exultante. Es fácil entender por qué Baroja lo describió como «uno de esos tipos históricos que no tienen cara, pero tienen careta».<sup>[52]</sup> Aquella orden judicial era una bendición para él. No en vano el motivo que se esgrimía era que había ejercido como secretario de la Asamblea de la Sección de Piques y también se resistía a entregar las actas de las últimas sesiones plenarios. Consciente de que su reacción acrecentaría su popularidad en un momento clave, se permitió incluso la arrogancia de comparecer en la iglesia de los Capuchinos y pedir su propio arresto, «pues su persona debía ser considerada tan sospechosa como sus papeles».<sup>[53]</sup>

Así se lo explicó literalmente el propio Guzmán al ministro de Justicia, Gohier, en una carta de protesta remitida dos días después, en la que le pedía el levantamiento de los precintos, aclarándole que él mismo había entregado ya las actas la víspera a la Comisión de los Doce.<sup>[54]</sup> Jugando sus bazas con esta sangre fría, Guzmán había logrado ser incluido en el Comité de los Nueve que, por un procedimiento nunca aclarado, acababa de ser elegido en el Arzobispado para encabezar la sublevación.

Su primer presidente era el propio Varlet, con el canijo y jorobado Fournerot de la Sección de los Quinze-Vingts del *faubourg* Saint-Antoine como secretario.<sup>[55]</sup> Pero esta misma madrugada se ha decidido la incorporación de Dobsent, quien ha pasado a ocupar el liderazgo de la insurrección, tal vez a causa de que, como presidente de la Sección de la Cité, ha estado jugando el partido en campo propio. El Comité de los Nueve se ha convertido así en Comité de los Diez. Pero no va a ser esta su única ampliación.

La Asamblea del Arzobispado ha ido degenerando en una reunión masiva y caótica con varios cientos de radicales presentes. Pero las decisiones importantes no se han tomado en el escenario del anfiteatro, sino tras las bambalinas de alguna habitación cercana. Prueba de ello es el testimonio del ciudadano Richebraques, oscuro chupatintas en una covachuela funcional, que aparece como firmante de algunos de los primeros decretos de los sublevados. Ha sido enviado por su sección

para averiguar lo que ocurría en el Arzobispado y se ha encontrado con que, sobre la una de la madrugada, la persona que presidía la asamblea ha tenido que ausentarse.

«Entonces se solicitó un voluntario que ocupara el sillón durante un rato», recordaría más tarde Richebraques. «Se presentó un ciudadano desconocido, pero como le fallaba la voz —“*il manquait d’organe*” [sic]—, se le pidió que se retirara y eso impulsó a algunos miembros de mi sección a proponerme y, como dijeron que tenía buena voz, no se me dio tiempo a hacer ninguna observación y se me obligó a presidir... Durante mi presidencia, que duró dos horas, me di cuenta de que todas las medidas procedían de un comité, pero yo ignoraba quién lo componía. Yo no sabía en absoluto cuál era el objetivo de esta jornada y los distintos rumores no me proporcionaron más que una idea confusa de las intenciones de sus autores».<sup>[56]</sup>

Richebraques ha vivido, pues, su algo más que un cuarto de hora de gloria revolucionaria. Ha sido su firma la que ha avalado el envío de comisarios para asegurarse del cierre de las barreras de todas las salidas de la ciudad de forma que ningún sospechoso pueda escapar; la que ha decretado la utilización del tampón y el sello de la Sección de la Cité en los documentos insurreccionales; y la que ha rubricado la propia adición de Dobsent a ese comité del que diría desconocerlo todo. Pasado este breve momento de notoriedad, ha vuelto a diluirse en el anonimato.

Los objetivos de Varlet y Guzmán son mucho más ambiciosos y permanentes. Por eso han trazado un minucioso plan, al que no son ajenas algunas instancias municipales. El primer objetivo es el control de la Comuna —o sea, el Ayuntamiento—, porque desde la toma de la Bastilla quien controla la Comuna controla París. El siguiente, el nombramiento de alguien muy afín como nuevo jefe de la Guardia Nacional. Pero para que todo eso fuera posible, primero había que hacer sonar el tocsín. Y habían decidido ocuparse personalmente de ello.

Puesto que Varlet pasa por ser el ideólogo y Guzmán el dotado de mayor capacidad operativa, la leyenda dirá que es al español a quien le ha correspondido el liderazgo a la hora de mover la campana e iniciar la insurrección. Y así resultará que un aristócrata granadino, con ínfulas de grande de España y trazas de agente al servicio del mejor postor, se convertirá para sus contemporáneos y para la posteridad nada menos que en el «Don Tocsinos» de la Revolución Francesa.<sup>[57]</sup> Esta será su «careta».

## CUATRO

Las ráfagas sonoras emitidas por el *bourdon* de Notre-Dame se han desparramado por París, sobresaltando incluso a quienes más las esperaban. Dentro de un rato y de forma escalonada las secciones más radicales secundarán al Comité del Arzobispado tocando también a rebato sus campanas y convocando a golpe de tambor a sus militantes, pero durante unos minutos el sonido subyugante y atenzador brota de un único foco y llega a cada rincón de la urbe cual si de un enorme cefalópodo con cien brazos de ondas acústicas se tratara.

El repiqueteo del tocsín ha partido de la Île de la Cité, ha cruzado hacia la *rive droite* por el Pont Notre-Dame, por el Pont au Change y por el Pont Neuf y, tras acariciar el borde del río junto al antiguo puerto del Trigo, ha alcanzado enseguida la plaza de Grève, sede del Ayuntamiento. Dentro y fuera de la Maison Commune los faroles, antorchas y candelabros permanecen encendidos a la espera de que comience la función.

Al oír el latido acuciante del bronce, el casi siempre imperturbable Jean-Nicolas Pache, alcalde jacobino de París, «Papá Pache» para los *sansculottes*, que ven en él una figura protectora, pega un respingo sobre el sillón en el que ha decidido pasar la noche en una especie de duermevela tanto física como política. Le acompañan el procurador de la Comuna y sus dos sustitutos. O sea Chaumette, Hébert y Réal, hijo de un guardabosques del duque de Noailles.

Papá Pache sabe muy bien de qué va la cosa, pues no sólo ha participado intensamente en el tira y afloja de los últimos días entre las autoridades constituidas y el movimiento popular, sino que la misma tarde anterior se ha plantado en el Arzobispado con una escolta de guardaespaldas y ha comprobado *in situ* cómo la Asamblea ha verificado los presuntos poderes, supuestamente ilimitados, otorgados por 33 de las 48 secciones a sus delegados y cómo ha decretado, en consecuencia, el estado de insurrección. Desde hace unas horas es, pues, el alcalde de una ciudad sublevada, pero eso le preocupa lo justo, porque él tampoco se ha quedado de brazos cruzados. Papá Pache es un estratega. Todo depende de que el mecanismo previsto para hacer converger el antes y el después de la insurrección se active a tiempo.

La antevíspera, o sea el 29 de mayo, el alcalde y sus colaboradores han promovido junto con el procurador síndico del Departamento de París, un tipo tan poco claro como aparentemente sumiso llamado Lullier, la convocatoria de una reunión de todas las secciones con las autoridades constituidas en la sede de los Jacobinos. Su objetivo, neutralizar o complementar lo que pudiera ocurrir en el Arzobispado y mantener el control de los acontecimientos en manos de la Montaña.

Lullier pasa por ser el hombre de Robespierre en la Sección de Bon-Conseil, que es la que ha alumbrado las primeras iniciativas contra los diputados moderados, pero también tiene muy buenas relaciones con Guzmán y sus amigos ultrarradicales, y por paradójico —o no— que pueda parecer mantiene igualmente lazos oscuros con el



barón de Batz. Hasta su nombramiento ha conservado abierto un bufete especializado en estafas, chantajes y otros asuntos turbios, pero «bajo cuerda y a cambio de sólidas retribuciones sigue defendiendo los intereses de muchos de sus antiguos clientes, la mayoría de ellos emigrados».<sup>[58]</sup> Es en ese contexto en el que ha entrado en contacto con el gran muñidor contrarrevolucionario.

El cargo en el departamento ha sido una especie de premio de consolación para él, después de no haber logrado ser elegido diputado y de haber fracasado dos veces en su intento de hacerse con la alcaldía.<sup>[59]</sup> Puesto que la ciudad de París equivale al 90 por ciento del departamento, Lullier es ahora, al menos en apariencia, un dócil peón de la Comuna.

La cita de los Jacobinos es precisamente para las nueve de la mañana de este viernes 31, y lo único que le preocupa al alcalde es el riesgo de que antes de que comience la reunión se pueda desencadenar una indeseable escalada de violencia como la de las masacres de septiembre. Son por lo tanto horas críticas, pues los militantes armados se están concentrando en sus secciones y nadie sabe lo que puede arrastrar el sonido del tocsín.

Para Pache se acerca también el ajuste de cuentas con el sector político del que, por cierto, procede. Hijo del mayordomo suizo de la mansión del mariscal de Castries, Pache había recibido una excelente educación, convirtiéndose en preceptor de los hijos del aristócrata. Hizo carrera en el Antiguo Régimen, pues llegó a ser secretario del ministro de Marina y nada menos que interventor de la Casa del Rey. Luego se trasladó a Suiza, donde falleció su esposa y, tras el advenimiento de la Revolución, decidió regresar a Francia. Un amigo de un familiar de *madame* Roland les puso en contacto y ella se lo recomendó a su marido para que lo incorporara a su equipo en el Ministerio del Interior.

*Madame* Roland descubriría demasiado tarde que bajo la «máscara de la modestia» de aquel hombre inescrutable de «costumbres patriarcales», aficionado a tocar el arpa, al que todos atribuían grandes saberes ocultos y que siempre llegaba a las siete de la mañana a la oficina con un trozo de pan en el bolsillo —su único alimento hasta las tres de la tarde—, latía una gran ambición con una brújula política autónoma.

Cuando su amigo el general Servan decidió dejar la política y volver a la milicia —octubre de 1792— los Roland promovieron a Pache al puesto de ministro de la Guerra. Fue un nombramiento tan inesperado que la propia *madame* Roland lo presentó como «el nuevo Abdalónimo», aludiendo al probo jardinero elevado por Alejandro Magno al trono de Sidón. Había muchos enemigos exteriores, pero sobre todo contaban con él para dar la batalla a los jacobinos. En su primera y última entrevista conjunta le hablaron de la creciente amenaza que suponía el radicalismo de las secciones parisinas, de los excesos de la Comuna y de las amenazas que se cernían sobre la Convención. «Pache recibió los desahogos de la confianza con el silencio de un hombre que se disfrazaba», escribiría *madame* Roland. «Se opuso en el

Consejo a todas las opiniones de Roland y no volvió a venir a verle».<sup>[60]</sup>

Pache había decidido volar solo y fue rodeándose de colaboradores cada vez más radicales hasta convertir su ministerio en una especie de bastión de los *sans-culottes* en el que todos los altos cargos, entre ellos el químico e ingeniero de minas Hassenfratz,<sup>[61]</sup> el activista del Club de los Cordeleros, Vincent,<sup>[62]</sup> o su propio yerno, el excusa François Audouin,<sup>[63]</sup> rivalizaban en aspecto *féroce* y desarrapado e imponían por doquier el tuteo para escándalo de los militares de carrera que seguían leales al poder constituido. Los Roland no se lo perdonaron<sup>[64]</sup> y, aprovechando el creciente malestar de los generales de origen aristocrático y del propio Dumouriez — conquistador y durante unos meses «virrey» de Bélgica—, pronto lograron, con la paradójica ayuda de su odiado Danton, que una mayoría de la Convención le pusiera la proa.

Pache había tenido que tirar la toalla el 4 de febrero pero, en un brillante movimiento táctico, propio del político hábil y maniobrero que era, resurgió enseguida como ave fénix, encaramándose una semana después a la alcaldía de París, que había quedado vacante tras la dimisión del médico Chambon, genuino producto de la burguesía de la capital. Si a Pache le habían hecho la vida imposible los moderados, a Chambon se la habían amargado los radicales. Convivir con un Consejo General de la Comuna controlado por tipos como Chaumette y Hébert no era fácil, y la gota que colmó el vaso de su paciencia llegó en enero, cuando los radicales lograron que se prohibiera la representación de una obra del autor teatral Jean-Louis Laya, *L'Ami des lois*, porque supuestamente caricaturizaba a los líderes jacobinos.<sup>[65]</sup> El público se amotinó y exigió que la función se llevara a cabo. Chambon se presentó en el teatro «para velar por el orden público» y fue retenido allí mientras la obra se representaba. La Asamblea Municipal censuró al alcalde y este dimitió, asegurando con una mezcla de amargura e ironía que ese día había «contraído una enfermedad» de la que no se curaría «hasta la muerte».<sup>[66]</sup>

Por lo tanto, intercambio de alfiles —el nuevo ministro era el general Beurnonville, uno de los lugartenientes de Dumouriez en Valmy—, con la peculiaridad de que, por extraño que pareciera, no era el Ministerio de la Guerra, sino la Comuna de París, o sea, el triunvirato Pache-Chaumette-Hébert, la que a través de las secciones y de la capacidad de nombrar a su comandante en jefe ejercía el control sobre las fuerzas militares existentes en la ciudad.<sup>[67]</sup>

La principal de ellas, la única con capacidad real de despliegue e intervención, era la Guardia Nacional, una milicia primero burguesa y luego simplemente popular que había nacido con la Revolución bajo los auspicios del un día idolatrado y ahora ya repudiado y denostado Lafayette.<sup>[68]</sup> Según un informe del alcalde Chambon, en enero de aquel 1793 la componían 116.452 hombres, divididos en seis legiones, que eran movilizados a través de las 48 secciones, es decir, a través de la maquinaria y el poder municipal, cuando las circunstancias lo requerían.<sup>[69]</sup>



El contingente armado permanente se limitaba a 339 gendarmes a caballo y 913 a pie —también dependientes de la Comuna—, medio millar de los llamados Vencedores de la Bastilla, que en la práctica se encuadraban en la propia Guardia Nacional, y otro medio millar de gendarmes adscritos a los tribunales y a la guardia de la Convención. Junto a ellos en la capital había desembocado un número fluctuante —en ningún momento superior a 6000— de los conocidos como «federados». Se trataba de voluntarios de algunos departamentos que teóricamente habían acudido al llamamiento de los diputados moderados para garantizar la independencia de la Convención frente a las presiones de los *sans-culottes* parisinos, pero que en la práctica habían terminado asumiendo en muchos casos sus modos y objetivos radicales.

De hecho el resultado de esta partida a vida o muerte que entraba ahora en su fase más explícita había quedado determinado casi en las escaramuzas del otoño en torno a una propuesta esencial: la creación de una guardia compuesta por contingentes de todos los departamentos, destinada a proteger a la Convención Nacional y a proporcionarle musculatura, capacidad de respuesta, en el supuesto de que fuera atacada.

Con las huellas de los regueros de la sangre derramada junto a las prisiones aún frescas en el pavimento, Buzot —en directa sintonía con los Roland— había sido el más lúcido a la hora de plantearlo: «Necesitamos una fuerza pública para hacer ejecutar la ley [...]. Una fuerza pública en la que participen todos los departamentos, porque yo no pertenezco a París más que al resto de los departamentos».<sup>[70]</sup> Su colega, el pastor protestante Marc-David Alba, más conocido como Lasource, explicó lo que latía detrás de esta moción con innecesaria y contraproducente crudeza: «Es preciso que París sea reducida a una ochentaitresava parte de influencia, como cada uno de los otros departamentos. Yo nunca me plegaré bajo su yugo, nunca consentiré que tiranice a la República».<sup>[71]</sup>

Buzot había logrado concretar su propuesta en un decreto sencillo y viable que establecía que cada uno de los ochenta y tres departamentos aportaría cuatro soldados de infantería y dos de caballería por cada diputado que hubieran elegido, hasta totalizar un contingente de 4470 hombres al servicio de la Convención. Pero el debate se había mezclado con la propuesta del marsellés Barbaroux de que los diputados suplentes fueran convocados en otra ciudad distinta —se hablaba de Bourges—, «si es que nosotros debemos morir aquí»,<sup>[72]</sup> y con la del bordelés Gensonné de que fueran las tropas ya existentes en París las que pasaran a depender de la Convención.<sup>[73]</sup>

El anárquico sector moderado de la cámara no terminó de coordinar su estrategia y el perfeccionista Buzot cayó en la trampa de permitir que se aplazara el debate y su proyecto fuera enviado a un comité. Eso proporcionó a las autoridades de París tiempo para reaccionar y Chaumette compareció ante la cámara denunciando «este proyecto odioso de ejecución peligrosa», mediante el que «se os ha propuesto

colocaros al nivel de los tiranos rodeándoos de una guardia».<sup>[74]</sup> La alusión a Luis XVI era lo suficientemente obvia como para que no pocos miembros de la Convención recordaran *sotto voce* que fue la decisión de dismantelar la guardia asignada por la Constitución al rey la que hizo posible el asalto a las Tullerías y que fueron precisamente Brissot y sus amigos del Departamento de la Gironda quienes entonces impulsaron esa medida.<sup>[75]</sup> En este, como en tantos otros asuntos, los antecedentes de buena parte de los ahora paladines del sector moderado no les ayudaban nada: «Procedían del 14 de julio (toma de la Bastilla), exaltaban el 10 de agosto (asalto a las Tullerías) y aborrecían el 2 de septiembre (comienzo de las masacres). Pero había quienes pensaban que el 2 de septiembre era la secuela del 10 de agosto, como el 10 de agosto lo era del 14 de julio».<sup>[76]</sup>

El procurador síndico se había empleado a fondo contra el proyecto de guardia departamental. «París ha hecho la Revolución, París ha dado la libertad al resto de Francia y París sabrá mantenerla», concluyó desafiante Chaumette; y al girondino Élie Guadet —nada dúctil en muchas otras ocasiones—, que ocupaba la presidencia de la cámara durante esa quincena, no se le ocurrió otra que concederle los «honoros de la sesión», que implicaban el derecho a ocupar un asiento en sus inmediaciones. Ya en estas primeras semanas clave, en las que se determinaba la correlación de fuerzas de cara a la tormenta que se estaba incubando, había quedado pues en evidencia que «la debilidad» de los moderados «era la ausencia de un plan concertado y ejecutado».<sup>[77]</sup>

Esta descoordinación había propiciado además que varios departamentos, alarmados por las noticias que recibían de París, decidieran actuar por su cuenta, acordando y sufragando el envío de sus propios contingentes de federados. Era el caso de los marseleses del Departamento de Bouches du Rhone o de los trescientos voluntarios normandos de Finistère, leales al diputado moderado Kervelegan. Pronto se mezclaron con los que se habían quedado en París tras asistir a la última Fiesta de la Federación y contribuir decisivamente al derrocamiento de la Monarquía, formando un magma susceptible de ser arrastrado por cualquier golpe de viento.

Mientras una parte de ellos se manifestaban ante los Cordeleros gritando «Marat a la guillotina», e incluso en las cercanías del Temple, pidiendo que no se juzgara al rey, dando vivas a Roland y reclamando las cabezas de Marat, Danton y Robespierre —el «triumvirato»<sup>[78]</sup> detestado por los moderados—, otra parte cada vez mayor confraternizaba con los *sans-culottes* e iba siendo captada por los jacobinos a través de la llamada Sociedad de Defensores de la República Una e Indivisible. El nombre no era baladí, pues sugería que había quienes querían desmembrar y trocear Francia, y ese pecado de «federalismo» pronto sería un delito penado por la guillotina.

La confusión sobre el estatus y la misión de los federados en París colocó a los moderados a la defensiva. Mientras arreciaban las propuestas de reenviarlos a sus departamentos o a las fronteras a combatir al invasor,<sup>[79]</sup> e incluso se pedía la remisión al policial Comité de Seguridad General de varios manifiestos, promovidos

por los departamentos, a favor de crear la Guardia de la Convención, Buzot hizo un último intento de sacar adelante su propuesta, pero sólo consiguió dejar en el *Diario de Sesiones* una descripción bastante inquietante de lo que en su opinión sucedía en París: «Cuando treinta o cuarenta hombres como máximo, saciados de crímenes, arruinados o marcados por su mala reputación, que tienen necesidad de crear problemas para vivir, componen y dirigen en cada sección las asambleas permanentes; cuando esas asambleas permanentes bastan para movilizar todo París; cuando estamos rodeados sin cesar de esos canallas, ¿se puede creer en nuestra libertad?». <sup>[80]</sup>

## CINCO

El sonido del tocsín se extiende hacia el oeste, sobrepasa el mercado de Les Halles, vientre de la ciudad, el palacio de las Tullerías reconvertido en Palacio Nacional y nueva sede de la Convención, los alrededores del Palais Royal y el propio local del Club de los Jacobinos hasta alcanzar en el número 366 de la calle Saint-Honoré el domicilio del carpintero Maurice Duplay, desinteresado casero y devoto seguidor de Maximilien Robespierre.<sup>[81]</sup> Danton llamará al inmueble «*le temple du rabot et du ragot*»: el templo del cepillo y el jabalí.

El ya conocido por muchos como el «Incorruptible», instalado en un pequeño y austero apartamento de dos piezas con entrada independiente a través de una pequeña escalera situada en el patio interior de la carpintería, no ha podido por menos que alumbrar sentimientos encontrados al escuchar el rebato de las campanadas atropelladas y urgentes. Por un lado suponen la constatación de que, tal y como él desea, la Revolución vuelve a ponerse en marcha en la dirección que día tras día ha venido predicando: el pueblo se moviliza y lo hace por razones políticas, no por una mera protesta contra la carestía de la vida como, para desazón suya, había venido ocurriendo durante los últimos meses. De nuevo queda constancia de que el pueblo es virtuoso, de que el pueblo nunca falta a su cita con el destino y, sobre todo, de que el pueblo le sigue a él de la misma manera que él seguirá al pueblo.

¿Cómo no iba a suceder así, si en realidad son una misma cosa? Lo ha dicho hace poco más de un año en el Club de los Jacobinos, dando rienda suelta a la «constante celebración de su ego»,<sup>[82]</sup> en plena diatriba con Guadet y Brissot: «Yo no soy ni el cortesano, ni el moderador, ni el tribuno, ni el defensor del pueblo. ¡Yo mismo soy el pueblo!».<sup>[83]</sup>

Si hubiera que juzgar por las apariencias, nadie lo diría. Robespierre es frío, atildado, frugal, instruido, obsesivo, pulcro, meticuloso, casto, enigmático, insobornable, abnegado, moralista, intelectual y puritano. Ni uno sólo de estos catorce adjetivos cuadraría con la clase de tropa que en estos momentos se está sublevando en París. Pero es un detalle sin importancia porque hace tiempo que Robespierre ha construido un mundo paralelo a la realidad y lo que no tiene cabida en ella sucede, cómoda y armónicamente, en su imaginación.

Una imaginación que es contagiosa, pues ha logrado transmitir a buena parte de quienes le rodean las fantasías que emanan de una visión maniquea del mundo y la sociedad, según la cual la Revolución no es otra cosa sino el catalizador de la eterna lucha entre el bien y el mal. Porque como dirá durante sus últimas semanas de vida, «la virtud y el vicio forjan los destinos de la Tierra, son los dos genios opuestos que se la disputan».<sup>[84]</sup> Y precisamente en esas masas de desarrapados, incultos, groseros, inconstantes y sanguinarios *sans-culottes* en los que otros no ven sino una chusma a la que hay que tener bajo control o como mucho un ente amorfo —el «pueblo»— al

que se debe prestar sólo pleitesía retórica, él ve la encarnación de todo lo bueno de la condición humana o más exactamente del idílico «estado de naturaleza» al que proponía regresar Rousseau.

Lo esencial no es la precisión de lo que observa, sino la perspectiva concreta desde la que lo hace. «Mientras que sus adversarios miran hacia arriba, pero hacia un lugar vacío, él se vuelve hacia abajo, hacia el pueblo que ocupa toda la escena». Esa perspectiva será la que le dará la ventaja única de ser capaz de «casarse siempre con la coyuntura»<sup>[85]</sup> o, como dirá Jaurès analizando su apoyo a la sublevación, de «dar un paso en el sentido de los acontecimientos».<sup>[86]</sup>

El paso puede ser hacia delante o hacia atrás. Robespierre es un místico encadenado a la acción. Por sus venas sólo circula ideología. Cree que en el pueblo ha quedado depositada de forma inmanente la virtud y que, al margen de cuáles sean sus normas y pautas de conducta, «a resultas de una no especificada alquimia, la democracia seguirá a la virtud».<sup>[87]</sup> Alterando así el orden de los factores, él se siente un mesías enviado por el Creador o, como dirá pronto, por el Ser Supremo, con la misión de defender ese depósito del que emanan los derechos de los más desvalidos en el entorno hostil de los complotos contrarrevolucionarios. Un mesías que no debe dudar cada vez que llega la hora de enarbolar el látigo de la denuncia para expulsar a los mercaderes del templo y «purificar» la Revolución de todos los agentes del mal que permanecen emboscados en su seno. Un mesías preparado desde el primer día para subir al altar del sacrificio y dejarse inmolar, como los primeros cristianos o los héroes antiguos, para que la sangre de su martirio sea nueva fuente de vida para la Revolución.

Incluso en un entorno tan propenso al melodrama, esa disposición grandilocuente al holocausto, esa entrega a la causa por la causa, esa apariencia de falta de ambición personal,<sup>[88]</sup> ha logrado subyugar tanto a sus partidarios como a sus detractores, pues cada vez son más quienes ven en este abogado de Arras de pluma aburrida, voz aflautada y escasas dotes oratorias —a fin de cuentas uno más de los cientos de diputados del tercer estado que llegaron a Versalles en la primavera de 1789— la encarnación misma de la Revolución.

En esta primavera de 1793 Robespierre es ya un mito, un espectáculo en sí mismo, la gran atracción de la feria revolucionaria. Los *sans-culottes* acuden a las tribunas de los Jacobinos o de la Convención con la disciplina del soldado que espera las consignas de su general; y las damas de la burguesía con la curiosidad de averiguar qué se esconde tras esa levita verde en perfecto estado de revista a juego con sus gafas, tras esos cabellos espolvoreados que cada mañana peina ritualmente un peluquero<sup>[89]</sup> y, sobre todo, tras esos «ojos azul oscuro —que muchos ven verdosos —, llenos a la vez de fuego, de seriedad y de reflexión, en los que se alía la llama del fanatismo con una expresión de dulzura indescriptible».<sup>[90]</sup>

A primeros del pasado noviembre el diputado y escritor Louvet de Couvray, célebre por su novela *Los amores del caballero de Faublas*, que mimetizaba su

propia relación con una divorciada, idealizada como Lodoïska,<sup>[91]</sup> había lanzado contra él una dura requisitoria, con más fantasía que argumentos, acusándole de aspirar a la dictadura. Robespierre encajó el golpe y al cabo de unos días pulverizó sus argumentos en una sesión memorable. Lo que a *La Chronique de Paris* le llamó la atención de esa jornada fue la preponderancia de mujeres en las tribunas: «La gente se pregunta por qué tantas mujeres siguen a Robespierre [...]. Lo que pasa es que la Revolución Francesa es una religión y Robespierre ha creado una secta: es un cura que tiene sus devotos, pero es evidente que toda su fuerza está en las hembras [...]. Se ha hecho una reputación de austeridad que apunta a la santidad. Sube sobre los bancos, habla de Dios y de la Providencia, se dice amigo de los pobres y de los débiles [...] desaparece antes de que llegue el peligro y sólo se le vuelve a ver cuando el peligro ha pasado. Robespierre es un cura y no será nunca otra cosa».<sup>[92]</sup>

Un cura, sí, pero «de temperamento bilioso [...] que no reconoce nunca sus errores, no soporta a quien le contradiga y no perdona a quien haya podido herir su amor propio», había advertido Pétion.<sup>[93]</sup> A lo largo de esos cuatro años, y muy especialmente desde la huida del rey a Varennes y la matanza del Campo de Marte<sup>[94]</sup> desencadenada por Lafayette y el alcalde Bailly, la actitud de Robespierre había ido evolucionando y «la temprana indulgencia —nada justificaba quitar la vida a un ser humano— ha dado paso a la severidad, pues no puede haber perdón para esos monstruos».<sup>[95]</sup> Desde entonces «el pueblo» le ha marcado una y otra vez la senda —asaltando las Tullerías, masacrando a los encerrados en las prisiones, saqueando las tiendas de comestibles y comercios— y él ha adaptado su mensaje a ese designio.

Robespierre no pide cabezas como Marat, ni siquiera arrastra a nadie por el fango de los insultos más groseros, como Hébert. Su especialidad revolucionaria es «desenmascarar, desvelar, revelar, descubrir, denunciar al enemigo interior, al enemigo escondido bajo apariencias patrióticas».<sup>[96]</sup> Ya en enero de 1790 el diputado de la constituyente Adrien Duquesnoy observó que su colega apuntaba condiciones: «*Monsieur* de Robespierre ha hablado como de costumbre de complots, de conspiración, etc., etc.».<sup>[97]</sup> Era la época en la que Mirabeau ironizaba sobre su integridad: «Llegará lejos, se cree lo que dice».

Pero aquello era bien poca cosa comparado con lo que ahora tiene entre manos el Incorruptible. Robespierre ha llegado al convencimiento de que «existe un lazo orgánico entre los enemigos de dentro y los enemigos de fuera»<sup>[98]</sup> y de que prácticamente todo lo ocurrido en Francia desde la declaración de guerra contra Austria, instigada por Brissot y la gran mayoría de la Asamblea Legislativa de acuerdo con el rey,<sup>[99]</sup> hasta el reciente levantamiento de la Vendée, ha sido canalizado por una trama infernal empeñada en destruir la Revolución para mantener o restaurar la Monarquía.

Antes de ascender los peldaños de la paranoia que le conducirán al pináculo del Terror, Robespierre se ha instalado en el rellano de la sospecha. Los «enemigos de



fuera» son fácilmente identificables —Pitt, ante todo William Pitt, los emperadores de Prusia y de Austria, los Borbones españoles e italianos y, por supuesto, los emigrados—; pero «los de dentro» se embozan con el manto de la Revolución y se esconden entre sus pliegues. Con la obcecación de todo cazador de fantasmas, poco a poco irá llegando a la conclusión de que los mayores traidores son los que con más destreza y convicción se revisten de la máscara del patriotismo y alardean de sus servicios a la nación. Así ocurrió con Lafayette, así ocurrió con Mirabeau,<sup>[100]</sup> así ha ocurrido con Dumouriez, así está ocurriendo con Brissot y los demás líderes de la «facción», como él bien se ha encargado de demostrar.

Las que están sonando son, pues, las campanadas de la cuenta atrás hacia ese ansiado momento en el que los traidores quedarán expuestos ante la justicia del pueblo. Pero ni siquiera un soñador tan ensimismado como él puede ignorar que este tañido incontenible que brota de Notre-Dame incluye también un factor de riesgo, y desata fuerzas que nadie es capaz de controlar. En cuestión de horas todo puede descarrilar y el proceso escaparse de las manos de los republicanos patriotas que como él han demostrado servir a los intereses del pueblo. Antes de la fuga del rey a Varennes, Robespierre defendía que se podía ser republicano dentro de una Monarquía, pues lo importante no era la forma del Estado, sino la conducta de los gobernantes.<sup>[101]</sup> Pero la traición de Luis XVI supuso para él el final de la inocencia y el comienzo de la búsqueda obsesiva de la pureza revolucionaria. Si su joven acólito Saint-Just ha dicho que «no se puede reinar inocentemente»,<sup>[102]</sup> él ha llegado al convencimiento de que no se puede anhelar el retorno de la Monarquía, o tan siquiera intentar ser clemente con un rey, sin traicionar al pueblo.

Robespierre es ya un pesimista crónico o más bien un fatalista que siempre pone la venda antes que la herida. La ejecución del último Capeto ha supuesto un gran triunfo de sus argumentos tras varias semanas de intenso debate<sup>[103]</sup> y, sin embargo, hacia el final del segundo de sus largos discursos —que terminaría resultando determinante—, ha proclamado que «la virtud ha estado siempre en minoría sobre la Tierra» y que «todo parece conspirar contra la felicidad pública».<sup>[104]</sup> El triunfo de la Revolución no es pues la regla, sino la excepción. Pero una excepción reiterada. Un milagro repetido que durante casi cuatro años ha venido retroalimentándose, encrucijada tras encrucijada.

Robespierre sabe bien cuáles son las reglas que él mismo se ha impuesto para afrontar este peligroso juego. Él no desea el derramamiento de sangre, los linchamientos, el pillaje, la violencia ciega de las turbas. Pero si todo eso se reproduce, él volverá a correr el tupido velo de la condescendencia con el mismo argumento que utilizó para hacerlo respecto a las masacres de septiembre: «Todas estas cosas eran ilegales, tan ilegales como la Revolución, como la caída del trono y de la Bastilla, tan ilegales como la propia libertad. Ciudadanos, ¿queréis hacer una revolución sin revolución?».<sup>[105]</sup>

Así es su mística. La Revolución se legitima a sí misma por cruel que sea el

camino por el que avance. Todo por la Revolución, nada sin la Revolución. A ella se supedita cualquier otra servidumbre, incluidos los valores morales más profundos, incluidas por supuesto las relaciones personales. El otrora paladín de la abolición de la pena de muerte había justificado la ejecución de Luis XVI como una «cruel excepción», de nuevo fatalmente necesaria: «Puesto que la patria debe vivir, Luis debe morir».<sup>[106]</sup> Al emprender su ofensiva contra quienes se habían negado a secundarle, «Robespierre estaba denunciando a hombres que habían sido sus amigos y atacando ideas que habían formado parte de su propio credo».<sup>[107]</sup> Antes de que concluya el año habrá sentado los lazos indisolubles entre el Terror y la virtud, pero si hubiera muerto en esta primavera de 1793 nadie habría dejado de reconocerle ni sus buenas intenciones, ni sus ideas avanzadas, ni su integridad a prueba de todo tipo de tentaciones, ni la fascinación que ha sido capaz de suscitar entre sus contemporáneos.

Sin embargo, Robespierre ha convertido en su fuero interno la discrepancia en herejía, y como todo guardián de la fe lucha simultáneamente por la preservación de su iglesia —las instituciones republicanas fruto del 10 de agosto— y por la expulsión de los cismáticos de su seno. Por todas partes ve enemigos de la Revolución dispuestos a ponerse de acuerdo para cercarla desde fuera y traicionarla desde dentro. Algunos son reales, otros imaginarios. A él le corresponde rasgar el velo de su hipocresía para desenmascararlos, reducirlos a la impotencia y hacerles recibir su merecido castigo. Entiende su papel como una desagradable obligación que desearía ejercitar en un ámbito abstracto, rayando nombres como si no conociera a las personas que los llevan, olvidando sus rostros tan pronto como se desvanezcan en la nada.

Robespierre aborrece el enfrentamiento físico por la misma razón que evita las relaciones carnales. No teme a nadie en la tribuna, donde todo es representación y metáfora, pero se siente incapaz de pegar a un animal, menos aún a una persona, y aunque no es un cobarde, le asusta el dolor por encima de casi cualquier otra cosa. Detesta «el desorden en el atuendo o en los sentimientos, la vulgaridad en la expresión» y «más genéricamente le horrorizan todas las formas de indecencia y de exhibición».<sup>[108]</sup> No busca la violencia ni jamás ha disfrutado con ella. Pero esa turbación de chico de provincias abandonado por su padre<sup>[109]</sup> no sólo no será una barrera que le impida cumplir con su deber depuratorio, sino más bien un acicate para restablecer el imperio del bien al precio que sea.

Ahora, en esta encrucijada de la primavera del año I,<sup>[110]</sup> para salvar la Revolución es preciso salvar la Convención, y para salvar la Convención hay que eliminar de ella a quienes son un obstáculo para adoptar las medidas que le convienen al pueblo. Pero como él es un demócrata y no aspira a la dictadura, su obsesión es golpear sólo a «los grandes culpables», preservando a las ovejas descarriadas en la confianza de que volverán al redil. Lo ha dicho hace mes y medio ante los Jacobinos: «Ciudadanos, en el lado derecho no hay más que un cierto número que han sido



pagados por votar a favor del tirano; los otros no son más que una tropa estúpida que ha sido arrastrada por la elocuencia de sus jefes».<sup>[111]</sup> Eliminemos, pues, a los «jefes» y la «tropa estúpida» se dejará arrastrar por otras «elocuencias». Sí, Robespierre es un demócrata que sólo pone la salvedad de que la mayoría ha de apoyar lo que él diga; porque, por supuesto, siempre será lo mismo que lo que quiera «el pueblo».

Hasta hace poco Robespierre ha propugnado solamente una «insurrección moral» contra sus detestados nuevos enemigos de la Convención, pero hace dos días ha entendido que la situación está ya lo suficientemente madura como para ser más concreto y prescribir una receta en su ágora de los Jacobinos: «Yo digo que si todo el pueblo no se levanta, la libertad está perdida [...]. Si la Comuna de París no se une al pueblo y no forma con él una estrecha alianza, estará violando el principal de sus deberes».<sup>[112]</sup>

Es decir, que una de las principales figuras de la Convención acaba de instar a las autoridades de París a plantar cara, desobedecer y replicar a un órgano como la Comisión de los Doce, elegido democráticamente por la propia Convención. Y él mejor que nadie sabe que es la Comuna la que, a través de las secciones, controla la fuerza armada. Por eso ha apelado a ella. Es evidente que si la «insurrección» se plantea en esos términos, no es para que sea solamente «moral».

Claro que a la vez que ha tirado la piedra, Robespierre ha escondido la mano con su habitual propensión a la palinodia exculpatoria: «Yo soy incapaz de prescribir al pueblo los medios para salvarse [...]. No soy yo quien tiene que indicar estas medidas, yo que estoy consumido por una fiebre lenta, la fiebre del patriotismo. Ya lo he dicho: no tengo ningún otro deber que cumplir en este momento».<sup>[113]</sup>

Poncio Pilatos no lo habría hecho mejor. Ha ido colocando una a una todas las fichas sobre el tablero, ha determinado sus movimientos y fijado el curso de la partida. Es en gran medida su guion. Pero ahora que el posible desenlace adquiere ya un halo de tragedia en marcha, «ahora que aquellos a los que él ha incitado corren el riesgo de perder sus cabezas»,<sup>[114]</sup> él se lava las manos y se aparta de la embocadura del escenario.

Dirá lo que tenga que decir en la Convención, pero deberán ser otros los que concluyan la faena. Detrás de esta «prudente retirada» hay «algo más que cobardía personal». Robespierre se ve a sí mismo como el depositario de una causa, y esa causa debe prevalecer sobre cualquier avatar o circunstancia. Cada vez que la Revolución pasa de las palabras a los hechos, su talento consiste «en ir con la corriente, nunca encabezándola, sino siguiéndola»<sup>[115]</sup> para luego aportar, con aplomo y habilidad táctica sin par, su justificación retrospectiva de los acontecimientos. Es decir, que «si las cosas van mal» —y no sería la primera vez—, él debe estar en condiciones de «desautorizar la insurrección para preservar la maquinaria insurreccional».

Y como en ese mismo discurso del día 28 ha advertido que «el pueblo ha sido engañado y la consecuencia de ello será la muerte de todos los patriotas»,<sup>[116]</sup> porque

«en poco tiempo veréis París invadido por las potencias extranjeras a las que se habrá entregado vuestras plazas fuertes», ya nada de lo que ocurra puede empeorar el diagnóstico. Cualquier cosa que se aparte de este lúgubre guion volverá a ser una sorpresa positiva, un milagro de la cuarta primavera revolucionaria, que aplazará una vez más el desenlace de la disyuntiva entre «la libertad o la muerte».

Más allá de su ampulosa retórica y de la patología psicológica que le convierte ora en fogoso actor de la Revolución, ora en espectador pasivo y despreocupado de las consecuencias de sus actos, todo esto significa que Robespierre ha dado, como en tantas otras ocasiones, un paso atrás y ha decidido quedar a expensas de los acontecimientos, en manos del destino. No busca el poder, pero tampoco saldrá huyendo el día que el poder termine por buscarle a él. Robespierre no es un hombre al acecho, es un hombre a la espera, enfrascado en sus libros, entretenido en jugar con *Brune* —el perro de los Duplay— y en disfrutar de las naranjas y pasteles que le suministra la hija mayor de la familia. Un hombre solo, replegado, pues, sobre la corteza interna de su amurallado ego.

## SEIS

Apenas trescientos metros al oeste del templo «*du rabot et du ragot*», la hoja de la guillotina vibra entre sus feroces mandíbulas de madera con la imperceptible reverberación de un diapasón. La onda sonora ha alcanzado la plaza de la Revolución, esa magnífica rotonda construida entre el jardín de las Tullerías y los Campos Elíseos en memoria de Luis XV, en la que su nieto y sucesor ha subido hace cuatro meses y diez días al cadalso.

Desde poco después de la ejecución del rey y hasta hace dos semanas la guillotina ha estado instalada en la plaza del Carrusel, a la entrada misma de las Tullerías. Pero al haberse trasladado la sede de la Convención desde la cercana Sala del Manège —el antiguo pabellón de Doma— hasta una de las alas del palacio, se ha acordado con buen criterio alejarla de nuevo al otro extremo del Jardín Nacional, no vaya a ser que la entrada y salida de los diputados coincida con alguna de las actuaciones del verdugo Sansón —como ya ocurrió el primer día— y los representantes del pueblo puedan ser alcanzados, metafórica y hasta literalmente, por las salpicaduras del mecanismo que ellos mismos han puesto en marcha.

Casi a la vez, la onda sonora se desplaza también levemente hacia el norte hasta alcanzar el Ministerio del Interior. Está instalado en la antigua mansión del Control General en la calle Neuve-des-Petits-Champs, y sirve además de domicilio a su titular, el vasco Dominique-Joseph Garat, «hombre corcho» por excelencia de la situación. Hijo de un médico de Bayona, pero arraigado en Ustaritz y educado en francés y en euskera por un tío clérigo, Garat había nacido para la literatura y para el pensamiento. Protegido en París por el académico Jean-Baptiste Suard y su esposa, su círculo había sido el de los enciclopedistas y su único culto el de la Razón. Si en algún sitio se sentía como pez en el agua era impartiendo cursos de historia en el Ateneo. Impulsado por ese sentimiento filosófico y por el ideal de un mundo nuevo, había representado junto a su hermano mayor al distrito de Labourd (Lapurdi) en los Estados Generales de 1789, convocados por el rey en Versalles, y por lo tanto en la Asamblea Constituyente en la que derivaron tras el juramento del Jeu de Paume.

Garat representaba al tercer estado, identificado en ese momento de forma casi en exclusiva con la burguesía acomodada. Alineado con las posiciones avanzadas, pero caracterizado por su gran prudencia, su más vehemente intervención ante la Asamblea fue aquella en la que trató en vano de impedir la unión del País Vasco francés con el Bearn en lo que terminaría siendo el Departamento de los Bajos Pirineos. El problema, según él, no sólo era que aquella unión fuera a hacer «infelices a ciento y pico mil individuos», sino que se trataba de «una imposibilidad absoluta». Y para constatarlo puso por testigo a uno de los más eminentes juristas del momento:

—Uno de los miembros del Comité Constitucional, *monsieur* Target, ha recorrido ese país; él dirá si se habla alguna otra lengua que no sea la de los vascos.

—Los vascos no me entendían y yo no entendía a los vascos. Pero de ello no se

puede concluir que los vascos y los bearnese no se entiendan entre sí —corroboró y matizó el aludido Target.

—Es una verdad conocida en los países gascones y franceses vecinos de esta comarca que es imposible aprender el vasco si no se habita allí desde muy joven —insistió Garat—. También se dice proverbialmente que el Diablo se fue a vivir con los vascos para aprender su idioma y no lo consiguió...<sup>[117]</sup>

Tras una incipiente carrera como colaborador de varios periódicos del momento, Garat entró en la órbita de Brissot y fue enviado primero a Londres como ayudante del embajador Chauvelin y repescado después para hacerse cargo de la cartera de Justicia cuando, tras las masacres de septiembre, Danton se vio obligado a optar y prefirió permanecer en la Convención como diputado. Según sus propias *Memorias*, fueron el filósofo y matemático Condorcet, su colega en las lides periodísticas el pastor Rabaut Saint-Étienne, y el propio Brissot quienes le «llevaron al ministerio» tras vencer su querencia por la vida intelectual.<sup>[118]</sup>

Con tales padrinos nada tan natural como que asumiera también la cartera de Interior —primero compatibilizándola con la de Justicia y luego en exclusiva— cuando el adusto Roland presentó la dimisión al día siguiente de la ejecución del rey, agobiado por una mezcla explosiva de problemas personales y políticos.

Ser entonces ministro seguía significando mucho, pero suponiendo muy poco. Tras el derrocamiento de Luis XVI, tanto la Asamblea Legislativa, durante sus últimos días de vida, como la Convención habían asumido la prerrogativa regia de designar a los ministros. Pero la incompatibilidad con la condición de diputado los convertía en meros subalternos sin poder real. Hasta el nombre del órgano que componían —Consejo Ejecutivo Provisional— daba idea de su precariedad.

En el caso del ministro del Interior la falta de resortes para ejercer su autoridad resultaba aún más llamativa, en la medida en que no sólo la Guardia Nacional como fuerza armada sino también los funcionarios de la policía dependían directamente de los ayuntamientos, y hasta para la práctica de una diligencia tan elemental como la ejecución de una orden de detención había que recurrir a ellos. En esas *Memorias* se quejaría enfáticamente de que «para que la fuerza se apoye en la ley, es preciso que la ley pueda primero contar con la fuerza».<sup>[119]</sup> Probablemente ese ser y no ser a la vez, que suponía ostentar la autoridad sin medios para ejercerla, creaba un modelo muy a la medida de la personalidad de un superviviente profesional como Garat, pues le proporcionaba un pozo insondable en el que hundir su pasividad y sus fracasos.

El primer envite a su consistencia había sido tener que comunicar personalmente al rey en el torreón del Temple el resultado de la votación que le condenaba a muerte, en calidad de presidente —el cargo era rotatorio— del Consejo Ejecutivo Provisional. En el fondo de su corazón Garat seguía siendo partidario de la Monarquía constitucional, y se había declarado contrario a que la Convención se erigiera a la vez en acusador y juez de Luis XVI.<sup>[120]</sup> Sin embargo, superado ese trance de forma absolutamente inexpresiva, Garat ya estaba en condiciones de comportarse como el

optimista crónico que le convenía aparentar ser, para así contemplar siempre el vaso de la estabilidad, la seguridad y el orden público medio lleno y jamás medio vacío.

Su primera obsesión era tratar de llevarse bien con todas las partes en conflicto; [121] la segunda, acudir a tiempo en auxilio del vencedor; y la tercera, hacerlo de la manera más discreta posible. Hablaba con todos, pero huía del compromiso como del agua hirviendo. Su único fanatismo era el de la apatía, su último credo el de la inacción. [122] Su confidente, Dutard, que lo tenía bien calado, pues no en vano estaba muy ligado a su familia, [123] lo definía como «el quietismo en estado puro».

Garat no cambió de un día para otro de camisa como literalmente hizo Pache, pero haciéndose pasar por un hombre de centro fue en realidad alejándose de sus amigos moderados y acercándose por deslizamiento a la Montaña. No porque sintiera la menor simpatía por ese «volcán» siempre a punto de entrar en erupción, sino porque había llegado a la conclusión de que «el único camino a adoptar era el de no irritar a hombres demasiado peligrosos». [124] Y como era un intelectual no le había sido difícil vestir esa disposición al apaciguamiento con el ropaje de la impostura. Por eso repetía a unos y a otros que su «neutralidad» era su «fuerza».

Una fuerza meramente «contemplativa» [125] de un escenario político explosivo, mientras sus verdaderas ilusiones y anhelos iban por otros derroteros. Tenía una joven amante camuflada como empleada doméstica, [126] mantenía viva su pasión por la literatura y dedicaba sus mayores entusiasmos a impulsar la carrera artística de su sobrino Pierre, que pronto sería reconocido como el mejor cantante lírico de su tiempo. Un boceto firmado por Boufflers lo retrataría de perfil, con nariz puntiaguda, una sonrisa entre bobalicona y cínica, peluca a la antigua y unas gafas de patillas largas y curvas por encima. [127] El mismo aire intelectual que rezuma el cuadro de Dryander que lo muestra con levita marrón y calzones amarillos recostado en un jardín sobre un busto de Voltaire.

Garat no ha pegado ojo esa noche. Hace tiempo que ha recibido el encargo de la Convención de investigar las conspiraciones en marcha y hasta el momento ha salido más o menos airoso a base de hacerse el inocente. Pero en los últimos días todo se está precipitando. La antevíspera su número dos heredado de Roland, Champagneux, le había traído varias copias de un cartel, colocado anónimamente en distintos lugares de París, en el que se denunciaba que nada menos que Robespierre, Marat, Danton, Chaumette y Pache venían reuniéndose en la cercana localidad de Charenton para conspirar contra la Convención. [128] Sin los medios ni el coraje para abrir una investigación en toda regla, Garat se había limitado a encargar a un amigo del propio Champagneux que residía allí que preguntara discretamente si alguien había visto algo parecido y la respuesta había sido negativa.

En todo caso las últimas noticias calientes que le ha transmitido el pequeño grupo de informadores que el ministro pagaba bajo cuerda no pueden ser más inquietantes. El tal Dutard, un abogado de tendencia moderada al que daba un modesto sueldo para

que auscultara el pulso de la calle, le había entregado ayer mismo, día 30, festividad del Corpus, dos notas de muy distinto calado. La primera, fechada «a las cuatro de la tarde», incluía un resumen esquemático y subjetivo de la situación:

¿Qué es lo que veo yo en este momento?

1. Un pueblo descontento que odia a la Convención, a todos los administradores y en general el estado de cosas actual.

2. Los unos detestan a toda la Convención como autora de todos los males que han afligido a Francia. Los otros no odian más que a una parte de los representantes porque una confianza ciega, o más bien el deseo de cambio, les hacen esperar de la Montaña un mejor orden de cosas.

3. Los acontecimientos [están] a punto de precipitarse sobre nosotros, tras lo cual el pueblo deberá necesariamente tomar partido...

4. La gran mayoría dice cada día que las cosas no pueden seguir igual; que nuestra gran desgracia es tener demasiados amos; que es mejor tener uno que tener setecientos; que mientras tengamos tantos, los asuntos no irán nunca bien. Y, sin embargo, nadie se atreve a pronunciar la palabra.<sup>[129]</sup>

5. Las mercancías están a punto de faltar en todo tipo de comercio. Y en ese caso, ¿qué pasará? Se verá estallar la indignación universal contra toda la clase administrativa.

Las impresiones subjetivas de Dutard se correspondían bastante objetivamente con la realidad. En mayo de 1793 los asignados de 100 libras tenían un valor real inferior al 50 por ciento de ese valor nominal. El precio del pan permanecía estable al estar subvencionado, pero el de todos los demás artículos de primera necesidad se había disparado hasta duplicar el de hacía tres años. Las subidas salariales siempre habían ido detrás de las alzas de precios, y los comerciantes guardaban sus mercancías con el cálculo de que la inflación jugaba a su favor. La escasez y las colas estaban a la orden del día, el caldo de cultivo idóneo para la insurrección.

Para salir de este atolladero Dutard había insistido ante Garat en la nota de las cuatro de la tarde en una de sus ideas habituales: el ministro tenía que obtener de la Convención permiso para reclutar entre la burguesía y los sectores que le fueran adictos una fuerza de policía de «diez mil buenas tropas, la mitad de las cuales estarían en el centro de París». Y había acabado advirtiéndole que ni siquiera la Convención estaba protegida, porque su indolencia al no proporcionar a los guardias de servicio procedentes de las secciones «una paga justa que os habría dado derechos sobre ellos» hacía que se desentendieran del servicio. «Algunos se van a cenar y desaparecen durante tres horas».<sup>[130]</sup>

Pero si Garat dejaba caer consejos como estos en el saco roto de su pasividad, el contenido de la segunda nota que le había llegado ya avanzada la tarde no le permitía hacer lo mismo. Dutard «se había enterado en su sección» —pertenecía a la de

Contrat Social, con sede en la iglesia de Saint-Eustache, junto al mercado de Les Halles— de que la Asamblea del Arzobispado estaba dando ya el paso de proclamar la insurrección y esa misma noche «se cerrarían las barreras, se haría sonar el tocsín y se dispararía el cañón de alarma».<sup>[131]</sup>

Con el papel en la mano Garat se había ido primero al Comité de Salud Pública y había propuesto comparecer ante la Convención para leerlo. Pero el fiel escudero de Danton, Delacroix, le había disuadido —no era difícil disuadir a Garat las pocas veces que se planteaba salir al encuentro de los problemas— alegando que la denuncia era demasiado vaga. Entonces se había trasladado al Ayuntamiento a ver al alcalde, y lo que allí había oído y observado no le tranquilizó nada:

Pache subía por la gran escalinata, seguido por diez o doce hombres, debajo de cuyos chalecos se veían las pistolas que llevaban en los bolsillos. El alcalde se acercó a mi oreja y me dijo en voz baja estas palabras: «He intentado oponerme, pero no lo he podido impedir. Acaban de declarar mediante un decreto que la Comuna y el Departamento de París, a los que ellos representan, están en estado de insurrección».

Pache acababa de volver del Arzobispado donde había comprobado por sí mismo cuál era la situación, y los «diez o doce» hombres armados eran sus guardaespaldas. Garat se quedó pasmado ante la puerta de la gran sala en la que se reunía el Consejo General de la Comuna o parlamento municipal, al que Pache iba a informar de sus pesquisas. «Escuché los aplausos que hacían temblar la sala, los gritos y los estremecimientos de alegría. Pensé que estaba en Táuride», escribió en sus *Memorias* el ministro.<sup>[132]</sup> Estaba claro que a las autoridades locales no les compungía entrar en la tierra incógnita de una nueva sublevación.

Sin embargo, en las calles reinaba una aparente calma y Garat llegó a acariciar la idea de que todo quedara en nada, tal y como había ocurrido el 10 de marzo, cuando varias secciones habían adoptado resoluciones parecidas sin mayores consecuencias. Pache era un hombre hábil y sutil y muy bien podía capear esta crisis como había logrado capear la otra. En todo caso, Garat ya no podía hacer otra cosa sino intentar conciliar el sueño.

Vana ilusión. A las dos de la mañana han llamado a su puerta y le han entregado una tercera nota manuscrita de Dutard: «Salgo del Arzobispado; a las siete la República estará de luto». Garat, muy impresionado, ha enviado a su secretario, Le Tellier, a ver a Pache. Su emisario ha vuelto enseguida con un mensaje tan tranquilizador como erróneo o deliberadamente falso: «El alcalde considera imposible que nada peligroso suceda en el resto de la noche o del día». Era obvio que el alcalde trataba de ganar tiempo, con todos los ases en la manga, a la espera de la reunión convocada para las nueve en el Club de los Jacobinos.

Garat ha vuelto a tranquilizarse. «En efecto —escribió en sus *Memorias*—, todo estaba en calma esa noche y nada podía turbar el reposo, a menos que la Comuna fuera un nido de conjurados y el alcalde su jefe».<sup>[133]</sup> Exactamente eso es lo que no puede por menos que pasársele por la cabeza cuando al filo de las tres y media oye el

sonido del tocsín. Tras realizar algunas pesquisas y cambiar impresiones con varios colaboradores, decide dirigirse a la sede de la Convención, pues es consciente de que lo primero que harán los diputados tan pronto como inicien la previsible sesión de emergencia será llamar a la barra<sup>[134]</sup> al ministro del Interior. No tendrán que decirlo dos veces. Allí estará él, como siempre a pie de obra, dispuesto a desplegar su más elocuente «sólo sé que no sé nada».



## SIETE

Camino de Montmartre y otros barrios populares de la periferia norte de París el inconfundible sonido de la rebelión se cierne y ensaña de forma especial sobre una casa de dos plantas con jardín en el número 337 de la calle de Clichy, muy cerca ya de la puerta y la barrera de aduanas del mismo nombre y colindante con el jardín de Tívoli. Al escuchar el tocsín el abogado bordelés y diputado por el Departamento de la Gironda, Pierre Venturin Vergniaud, no puede sino constatar que se ha desencadenado ya lo inevitable. Tal vez ha sentido también un cierto alivio al pensar que el tiempo de la incertidumbre ha concluido y la hora de la clarificación se aproxima.

Aunque muchos le consideran el jefe del partido moderado, o al menos su líder parlamentario, él nunca ha querido asumir esa responsabilidad y menos aún ejercer ningún mando. Pero si lo que se plantea al fin es una encrucijada en la que van a estar en juego tanto los principios esenciales de la democracia como la vida o la muerte de sus compañeros —y desde luego la suya propia—, él tiene decidido dar la cara con todas las consecuencias. De hecho su primer gesto, a diferencia de muchos otros diputados que ante el cariz tremendo de las últimas sesiones habían buscado refugio en lugares no habituales, ha sido pasar la noche en su domicilio. Si alguien viene a buscarle, le encontrará preparado para lo peor, victorioso ya sobre su propio miedo.

En el mismo lugar que Vergniaud se han despertado sus dos colegas y amigos Jean-François Ducos y Jean-Baptiste Boyer-Fonfrède y sus jóvenes esposas. Ducos tiene veintiocho años, está casado con Agathe Lavaud y son padres de un niño de corta edad que vive con ellos. Boyer-Fonfrède es un año más joven y está casado con la hermana de Ducos, Justine. Todos proceden de prósperas familias de comerciantes de Burdeos, aunque el padre de Vergniaud se arruinó siendo él adolescente, y durante unos años le tocó vivir muy modestamente. Las dos parejas comparten la misma pasión por la libertad del hombre, la misma fe en su progreso, el mismo apego a las ideas de Rousseau —a cuya tumba peregrinaron— y la misma admiración por el talento de Vergniaud. Desde hace tres meses viven juntos.

Ducos es apasionado, divertido, agudo y sardónico. Es un magnífico mimo, un imitador de primera, tiene muy buena cabeza y una rara capacidad didáctica para exponer los asuntos económicos. Fue elegido diputado a la Asamblea Legislativa a la vez que Vergniaud y se convirtió de alguna manera en su escudero. Hicieron juntos el viaje en diligencia de Burdeos a París, compartieron alojamiento como huéspedes de una admiradora adinerada, viuda de un recaudador de impuestos, llamada *madame* Dodun, que puso a su disposición sus suntuosos salones en el número 5 de la plaza Vendôme, y configuraron juntos con el periodista Brissot y los suyos el ala izquierda de aquella cámara que, en apenas un año de andadura, vio caer el telón sobre la efímera Monarquía constitucional, tan trabajosamente engendrada durante el primer bienio de la Revolución.

Otros tres abogados de la Gironda —la triple G de las togas de Burdeos— habían sido esenciales en la constitución de ese grupo: Gensonné, Guadet y Grangeneuve. Eran brillantes y fogosos, querían cambiar el mundo, pero estabilizar la Revolución identificándola con sus propios anhelos. Grangeneuve había sido de hecho el primer diputado que se había plantado en la Asamblea tocado con el gorro frigio.<sup>[135]</sup> En torno a ellos y a figuras similares como el joven marsellés Barbaroux, el comerciante de sedas, fabricante de perfumes y representante de los Alpes Marítimos Maximin Isnard, o los pastores protestantes Rabaut Saint-Étienne —concentrado en el periodismo al haber sido constituyente y no poder repetir en la Legislativa— y Lasource se había formado una mayoría heterogénea y desorganizada que había dominado durante el último año la política francesa. No sólo terminaron controlando la Asamblea a medida que los monárquicos se fueron quitando de en medio forzados por los acontecimientos, sino que colocaron en el gobierno a amigos y aliados como Roland, Dumouriez o el banquero Clavière, tenían en el alcalde Pétion a uno de los suyos, contaban con periódicos muy leídos como *Le Patriote Français* o *La Chronique de Paris*, e incluso llevaron la voz cantante por espacio de varios meses en el club de la calle Saint-Honoré. De hecho gran parte de los que luego serían engullidos en el abismo etiquetados como girondinos habían sido identificados no mucho antes como jacobinos.<sup>[136]</sup>

Vergniaud se había consagrado, entre tanto, como uno de los mejores oradores de la cámara, acuñando con sus discursos bien contruidos, tan plagados de argumentos lógicos como de referencias clásicas, la fama que le inmortalizaría como el «Águila de la Gironda». Si muchos otros volaban raso, él siempre se elevaba sobre la mediocridad de los debates y sobre su físico achaparrado de cuello corto, talle rechoncho y rostro picado por la viruela. El destino le había situado en la presidencia de la cámara aquella mañana del 10 de agosto de 1792 cuando, tras el asalto a las Tullerías, el rey y su familia habían abandonado a su Guardia Suiza a un estéril martirio y, tras un humillante pasacalles por el asediado jardín, se habían refugiado en el viejo pabellón de Doma —el Manège— en donde estaba instalada la Asamblea. El pueblo derrocaba al rey y el rey ponía su seguridad en manos de los representantes del pueblo. Menuda complicación.

Vergniaud salió del aprieto con un proyecto de decreto que proporcionaba protección a la familia real, pero acordaba la «suspensión» del monarca y el nombramiento de un preceptor para garantizar que el delfín sería educado en los valores democráticos. Este tercer paso parecía responder a una maniobra de largo alcance para mantener la Monarquía bajo la tutela de los diputados de la Gironda y sus aliados,<sup>[137]</sup> y fue el pretexto de los elementos más extremistas que habían pilotado el asalto a las Tullerías para romper la baraja. La nueva Comuna Revolucionaria fruto de la insurrección desbordó a Pétion —relegándole durante las semanas que duró en el cargo a mera figura decorativa— y obligó a la Asamblea Legislativa a hacerse el haraquiri de inmediato y convocar antes de un mes elecciones

por sufragio universal masculino para formar una Convención Nacional con el encargo de redactar una nueva Constitución.

Aunque el propio texto de Vergniaud ya preveía la elección de la Convención — sin concretar cuándo ni cómo—, los radicales se cebaron en él. El martes 13 de agosto el periódico de Marat afirmaba que «el cobarde Luis había buscado asilo con los suyos en medio de sus cómplices» y que «el Tartufo Vergniaud» y su bando «maquinaron para sustraerle a la justicia del pueblo que él había ordenado degollar».<sup>[138]</sup>

El primer acto de la Convención formada por 749 diputados —además de 33 de las colonias, parte de los cuales nunca se incorporaron— fue abolir la Monarquía y proclamar la República. La decisión se tomó a partir de una moción del actor y dramaturgo jacobino Collot d'Herbois, apoyada por el abate Gregoire con el argumento de que «los reyes son en el orden moral lo que los monstruos en el orden físico».<sup>[139]</sup> Muy pronto desde el partido de la Montaña, aglutinado en torno a la representación de París —físicamente elegida en el recinto del Club de los Jacobinos, ya en manos de Robespierre y sus seguidores—, brotaron las acusaciones contra Vergniaud, presentando sus mociones del 10 de agosto como una maniobra para neutralizar el efecto de la insurrección e impedir el advenimiento de la República. En el ambiente de histeria que se desencadenó entre las matanzas de septiembre y el avance en territorio francés de las tropas austriacas y prusianas que acudían a restablecer el Antiguo Régimen, era la peor de las denuncias.

En apenas unas semanas Vergniaud, Ducos, la triple G y el propio Brissot habían comprobado que ya no eran el ala izquierda de una Asamblea Legislativa inicialmente dominada por la derecha, sino que llevaban camino de convertirse en el ala derecha de una Convención que se deslizaba peligrosa y aceleradamente hacia la izquierda. Sin embargo, la aritmética parlamentaria les era de momento muy favorable,<sup>[140]</sup> pues el horror por lo ocurrido en las prisiones de París había transformado a muchos que pasaban por radicales durante el verano en moderados durante el otoño. Y, en la duda, los cientos de indecisos que, en función del lugar donde se sentaban y en contraposición con la Montaña, se identificaban con la Planicie o Llanura —la Plaine— tendían a alinearse con los más prudentes o, para ser exactos, con los menos temerarios. Esa zona de nadie también era conocida como el Pantano —le Marais—, y sus moradores eran despectivamente aludidos como los «sapos» —*les crapauds*.

Una nueva pirueta del destino había vuelto a colocar a Vergniaud en la presidencia, ahora de la Convención, en otro momento clave para la suerte de Luis XVI: la quincena en la que concluyó el juicio contra él y hubo que decidir su condena. Vergniaud había abogado poco antes por la apelación al pueblo como única vía para resolver el problema constitucional que suponía la inviolabilidad del monarca. Lo había hecho a través de uno de sus grandes discursos,<sup>[141]</sup> cargado de malévolas alusiones contra Robespierre<sup>[142]</sup> causando un enorme impacto en la

cámara y colocando a la defensiva a los partidarios de llevar a Luis XVI de inmediato a la guillotina. Sin embargo, en ese momento un oscuro diputado jacobino llamado Gasparin denunció que Vergniaud, Guadet y Gensonné habían entablado una negociación secreta con el rey en vísperas de la caída de la Monarquía.

La cosa tenía su intrínquilis, porque en el caso de Vergniaud la acusación se basaba en una carta escrita a uno de los retratistas del rey, Boze, con el claro propósito de que la leyera el monarca. Y si por un lado proponía que Luis hiciera «una declaración solemne de que nunca se separaría de la voluntad de la Asamblea Nacional», por el otro le sugería que nombrara a cuatro ministros de su cuerda, dando la sensación de que era el precio para seguir apoyando a la Monarquía.

Lo único que había pretendido Vergniaud era conseguir mediante la persuasión lo que luego terminaría sucediendo por la fuerza: el regreso al gobierno de Roland y de los otros ministros identificados como «patriotas», abruptamente destituidos por el rey el 12 de junio. Tras esa nada camuflada insinuación latía la ambición del poder, pero también una cierta maniobra defensiva, pues el diputado por Burdeos y sus amigos «sabían que el ojo simbólico del emblema de la Sociedad de los Jacobinos permanecía celosamente abierto observando sus actos y sus gestos».<sup>[143]</sup> Sólo sacando la carta de contexto se podía presentar como una traición a los principios revolucionarios, pero si bien no impidió su elección como presidente de la cámara, la polémica debilitó a Vergniaud y sus partidarios y contribuyó en buena medida a que la propuesta de apelación al pueblo fuera derrotada por 423 votos frente a 281.

Había sido una iniciativa brillante pero confusa, y la mejor prueba de ello es que mientras Guadet, Grangeneuve y Gensonné votaron a favor, tanto Ducos como Boyer-Fonfrède estuvieron entre los muchos moderados que lo hicieron en contra, sin que se resintiera para nada su amistad con Vergniaud.<sup>[144]</sup> ¿Qué clase de líder era ese que ni siquiera lograba convencer a sus compañeros de vivienda? Incluso entre los partidarios de la apelación al pueblo se habían enfrentado dos tesis: la de los diputados de la Gironda que sostenían que las asambleas primarias debían decidir la pena a aplicar al rey, y la de su habitual aliado y frecuente portavoz, Buzot, que propugnaba que la acordara la Convención pero la ratificaran o no los electores. Frente a la opinión generalizada que arrastra como un lugar común, generación tras generación, la existencia de un Partido Girondino,<sup>[145]</sup> este episodio —anticipo de muchos otros similares— debería servir para esbozar que si hubiera existido, se habría tratado del partido más desunido y con menor disciplina de voto de la historia.

Para colmo de confusión, en el momento de pronunciarse sobre la pena a imponer al rey, Vergniaud sorprendió a propios y extraños, defraudando las expectativas de muchos moderados, al pronunciarse por la muerte<sup>[146]</sup> con el único matiz de que la Convención deliberara sobre la conveniencia de un aplazamiento de la ejecución en los términos inconcretos planteados por el diputado Jean-Baptiste Mailhe.<sup>[147]</sup> Tras veinticuatro horas ininterrumpidas en las que el voto de cada convencional iba siendo acompañado de su correspondiente explicación —la mayor parte de la sesión se

celebró bajo la lúgubre luz de las velas—, se produjo un primer escrutinio en el que Vergniaud sumó a quienes se habían pronunciado por la pena de muerte sin condiciones con quienes, como él mismo, pedían además el debate sobre su suspensión, arrojando un total de 387 votos contra 334.

Las protestas de muchos moderados y una gran parte de la Planicie provocaron al día siguiente un nuevo escrutinio en el que la ejecución inmediata del monarca quedó decretada por el mínimo margen imaginable: 361 diputados se pronunciaron por la muerte sin condiciones y 360 por las demás alternativas, incluidos los 26 partidarios de la «enmienda Mailhe». Habría bastado que un solo regicida incondicional se hubiera pasado al bando de la clemencia para salvar la vida del monarca o al menos para poner en duda la legalidad de su ejecución. Aún hubo otra votación en la que el aplazamiento fue rechazado por 380 votos —incluido, para desconcierto general, el de Vergniaud—<sup>[148]</sup> contra 310, y a las diez horas y veintidós minutos del 21 de enero la cabeza del que fuera Luis XVI, condenado y ejecutado como Luis Capeto, fue separada del tronco por la máquina del doctor Guillotin ante el pedestal vacío que otrora ocupara la estatua ecuestre de su abuelo.

Tras esta secuencia de acontecimientos es fácil comprender que Vergniaud había abordado el que sería el último tramo de su carrera parlamentaria bajo la mirada recelosa de casi todos los miembros de la cámara. Junto con el del primo del rey y exduque de Orleans, Philippe Égalité, su voto fue el más comentado de todos los regicidas: si él se hubiera opuesto con claridad a la ejecución, habría arrastrado a otros y el rey se habría salvado por bastante margen.<sup>[149]</sup> Aunque pueda aducirse que Vergniaud había sido «cruelmente lógico consigo mismo»,<sup>[150]</sup> lo cierto es que más bien había terminado asumiendo la lógica de sus adversarios y abandonando la partida a la mitad.

Según Jaurès, con la propuesta de la apelación al pueblo Vergniaud «se había caído del carro de la Revolución», y al votar contra el aplazamiento «se había puesto a correr tras él», pero «será en vano» porque ya no «logrará volver a subirse».<sup>[151]</sup> En todo caso la falta de cohesión y liderazgo en el bando de los partidarios de la clemencia había inclinado la balanza del lado más trágico, arrojando a decenas de indecisos a los brazos de la maquinaria jacobina, perfectamente complementada por la furia de las tribunas.

Muchos moderados no terminaban de fiarse de Vergniaud ni de comprenderle, y los líderes más radicales —en especial Robespierre y Marat— le detestaban por la brillantez con que a menudo les hacía frente y la fascinación intelectual que seguía ejerciendo sobre una neta mayoría de la cámara. Pero unos y otros no podían por menos que respetar su inteligencia. Sabían que si en algún momento existía la oportunidad de llegar a un pacto, el interlocutor del bando moderado debía ser necesariamente él.

Sometido a ese juego de suspicacias, Vergniaud daba rienda suelta a una cierta indolencia natural y desconectaba de las tensiones políticas, desapareciendo durante

días o incluso semanas de los bancos de la Convención para volcarse en su afición al teatro —y en concreto a las jóvenes actrices como Julie Candeille—, a la vida social como soltero que era, y al placer de charlar con los amigos y en especial las amigas. <sup>[152]</sup> «Complacer a las damas será siempre la gran ocupación de Vergniaud», escribirá Albert Mathiez, aunque según él «no consideró nunca el amor más que como una diversión». <sup>[153]</sup> Puestos a elegir, prefería la tertulia mundana del actor Talma y su mujer en su casa de la calle de Chanteraine antes que las obsesivas cábalas políticas del salón de *madame* Roland o las reuniones de diputados afines en el apartamento del representante de L'Orne con pretensiones de coordinador parlamentario Dufriche-Valazé.

Pese a su apariencia tosca, más de Falstaff que de Hamlet, Vergniaud era un «epicúreo, elegante y comedido» <sup>[154]</sup> a quien le gustaba prolongar una velada en torno a un buen Saint-Émilion —en el granero de la calle de Clichy aparecerán a su muerte trescientas veinte botellas vacías—, levantarse tarde e incluso paladear la vida de forma contemplativa. «Ver el agua correr, qué placer inefable», había escrito en una de sus «poesías fugitivas» de juventud. <sup>[155]</sup> A veces daba la sensación de que «asistía a la Revolución como un espectador desde su sillón» <sup>[156]</sup> y otras que se comportaba como si la Convención fuera un teatro en el que buscaba el aplauso de las tribunas cual si se tratara del público de un estreno. Eso generaba frustración y abatimiento entre los más afines que a menudo quedaban reflejados en el *Diario de Sesiones* correteando como gallos sin cabeza. La propia *madame* Roland le atribuiría en sus *Memorias* «el egoísmo de la filosofía», advirtiéndole que «la pereza es un crimen» y que el diputado de Burdeos era culpable de cometerlo en grado superlativo. <sup>[157]</sup> Sin embargo, en las grandes ocasiones Vergniaud siempre resurgía en escena, superándose a sí mismo, emergiendo de su pobre presencia física como un intermitente géiser, pleno de vigor retórico y fuerza argumental. Era el milagro de «la transfiguración del genio», <sup>[158]</sup> sin apenas transición entre la pasividad y el heroísmo.

Para Boyer-Fonfrède —el único novato del grupo— todo lo que venía contemplando en la Convención constituía un espectáculo a la vez fascinante y sobrecogedor. Por muy acomodada que fuera su familia, él se sentía tan patriota y republicano como el que más. Muchas de sus opiniones coincidían con las de la Montaña —él y su cuñado Ducos no sólo habían votado contra la apelación al pueblo, sino también por la muerte del rey y contra su aplazamiento—, y a menudo se le veía como un hombre-puente en el día a día de la cámara. Pero aunque su voto pudiera oscilar en un sentido o en otro, al final él sabía muy bien dónde estaban sus lealtades.

De hecho uno de los gestos más valientes de aquellas desgarradas sesiones desarrolladas bajo el tumulto de los abucheos e insultos de las tribunas había llegado cuando en abril se había presentado la primera lista de veintidós diputados cuya destitución exigían los radicales de París y, al no ver incluido su nombre junto al de Vergniaud y otros compañeros de la Gironda, Boyer-Fonfrède había reclamado,



desafiante y caballeresco, figurar junto a ellos. No es de extrañar que inmediatamente después, durante la primera quincena de ese mayo turbulento que concluía ahora, el centro y la derecha hubieran premiado su coraje aupándole a la presidencia de la Convención. O que nada más concluida esa tarea fuera incluido en la Comisión de los Doce. Era, pues, uno de los valores parlamentarios en alza.

Además, al disponer de más dinero que su cuñado —la familia de Ducos había visto muy mermada su fortuna por la emancipación de los esclavos de Haití, donde tenían fuertes intereses—, y no digamos que Vergniaud, también había sido Boyer-Fonfrède quien había alquilado por 4000 libras al año la casa de la calle de Clichy, tan confortablemente amueblada con grandes espejos, paneles de madera y paredes forradas con papel pintado. Él y Justine compartían la primera planta con Vergniaud, y los Ducos y su pequeño ocupaban la segunda. Su casero, un tal Reynaud, no podía imaginar que antes de que terminara el año le sería físicamente imposible cobrarles a ninguno de los tres la renta.

Como Boyer-Fonfrède también había comprado o alquilado un carruaje rojo de estilo inglés que ocupaba una especie de cochera anexa a la vivienda, y como la casa estaba relativamente alejada de la Convención, lo más probable es que los tres utilizaran ese vehículo para desplazarse hasta las Tullerías cuando aquella madrugada ya se confundía con el alba. A medida que las cosas habían ido evolucionando a peor, Vergniaud había vuelto a implicarse más y más en la batalla parlamentaria, denunciando simultáneamente la situación ante sus electores de Burdeos y tratando de movilizar a la opinión pública de los departamentos contra las turbas parisinas. No es difícil imaginar su estado de ánimo mientras el trote del caballo de tiro iba acercándoles a la Convención. Vergniaud estaba dispuesto a llegar hasta donde fuera necesario, siempre y cuando pudiera hacer, claro está, las cosas a su manera. Y eso significaba que si había margen para pactar, él intentaría el pacto.

Boyer-Fonfrède y Ducos eran, según Michelet «dos de las personas que Francia habría debido mostrar al mundo para tratar de seducirle hacia la libertad por el encanto de la civilización».<sup>[159]</sup> Mientras recorre el trayecto junto a ellos, arropado por el mismo idealismo alegre e insensato que apenas cinco meses después les unirá en la última carreta, Vergniaud no puede por menos que darse cuenta de que ya es 31 de mayo y de que dentro de un par de horas —a las ocho de la mañana según el meticuloso apunte de su padre— cumplirá cuarenta años. Le espera una buena fiesta, nada privada y plagada de contrariedades, para celebrarlo.



## OCHO

Danton, Marat y Camille Desmoulins no sólo han escuchado el tocsín al mismo tiempo, sino que, siendo tal la proximidad de sus domicilios, casi se podría decir que lo han escuchado juntos. Pero ni han sentido las mismas emociones ni albergan las mismas expectativas. Son los tres principales referentes del barrio político por excelencia de la *rive gauche*, los tres han contribuido en mayor o menor medida a la sublevación que acaba de estallar, pero cada uno de ellos tiene opiniones y sobre todo propósitos muy distintos ante lo que se avecina. Danton quiere que pase algo que él pueda controlar; Marat que pase algo que nadie pueda controlar; y Desmoulins que, si es posible, no pase nada de cuanto él mismo acaba de proponer. Pero, claro, el atolondrado y exaltado Desmoulins ni siquiera es aún consciente de cuáles son sus verdaderos sentimientos.

La en principio bautizada como Sección del Théâtre Français, pues incluye — justo enfrente de donde vive Desmoulins— uno de los principales templos escénicos de París, el Teatro del Odéon, nueva sede de la Comédie Française, ha pasado a ser la Sección Marseille en honor de los voluntarios marseleses que a los sonos del himno de Rouget de Lisle<sup>[160]</sup> han recorrido a pie media Francia para formar parte de la vanguardia del asalto a las Tullerías. Pero este antiguo distrito de la Escuela de Medicina, al que se le ha añadido el de la Moneda, es por encima de todo territorio cordelero, y aquí el tocsín suena, o más bien se escucha, de manera diferente a como ocurre en el resto de París. Por cada ciudadano que siente miedo o pesadumbre, diez experimentan confianza o alegría.

Este vibrante núcleo urbano a la izquierda del Barrio Latino, enmarcado en forma de rectángulo entre el muelle de los Agustinos y los Jardines de Luxemburgo, con la calle Dauphine y la de La Harpe —fronteriza con la Sorbona— como referencias laterales, es el reducto sagrado de la vanguardia revolucionaria. Desde que la Sala de Teología del antiguo convento de los Grands Cordeliers se convirtiera en sede del club que adoptó su nombre y enarboló por primera vez la divisa «La Liberté, l’Egalité, la Fraternité», todos los espíritus ansiosos han mirado con esperanza o temor al barrio de los Cordeleros.

Mientras los *faubourgs* populares de la periferia, en especial los de Saint-Antoine y Saint-Marcel, han aportado el músculo, la mano de obra, la clase de tropa para la toma de la Bastilla, el asalto a las Tullerías y demás jornadas revolucionarias, el impulso de cada insurrección ha partido siempre de los Cordeleros, aunque sean los Jacobinos los que, una y otra vez, se las hayan arreglado para recoger sus frutos.

Las calles estrechas, tortuosas y entreveradas de un barrio sembrado de talleres, imprentas, librerías, pequeños comercios y todo tipo de cuchitriles y tenderetes, con gran tradición de disidencia intelectual vinculada a la universidad, al teatro y al incipiente periodismo, se habían convertido al comienzo de la Revolución en un

laberinto hostil y poco menos que inexpugnable para la autoridad establecida, algo así como: la «República Independiente de los Cordeleros». Periodistas como Camille Desmoulins, Louis Prudhomme o el propio Marat, impresores como Antoine-Françoise Momoro, autores teatrales como Marie-Joseph Chénier, o individuos tan característicos como el exaltado carnicero Legendre, instalado —cómo no— en la calle de Boucheries-Saint Germain, marcaron la impronta del barrio. Pero su jefe era Danton, el abogado de aire rústico venido del pueblecito de Arcis-sur-Aube, en la Champagne, para convertirse en «atleta de la Revolución», el imponente orador de facciones averiadas y voz de trueno, casado con la hija del dueño del cercano Café de L'École —justo enfrente del Pont Neuf— y elegido una y otra vez como presidente del distrito con abrumadoras mayorías.

Por dos veces al inicio de la Revolución —el 7 de octubre de 1789 y el 22 de enero de 1790— la milicia burguesa integrada en la Guardia Nacional de Lafayette intentó en vano ejecutar sendas órdenes de detención contra Marat. La segunda vez el barrio entero plantó cara a trescientos hombres armados en una jornada de enorme tensión que se prolongó hasta las cuatro de la madrugada, cuando los soldados comprobaron que, entre tanto, el pájaro había volado de su nido.

«Podéis dar cuenta de la bella victoria que acabáis de obtener y del número de prisioneros que habéis capturado», le dijo entonces Danton al comandante del destacamento, después de haberle amenazado con hacer sonar el tocsín y lanzar a los ciudadanos contra sus hombres.<sup>[161]</sup> Pero a resultas del lance también él fue perseguido, y tras la escabechina del Campo de Marte había tenido que escaparse a Inglaterra, acusado de ser uno de los promotores del manifiesto contra el rey que dio lugar a la concentración disuelta por Lafayette a sangre y fuego.

El barrio había celebrado su vuelta y su elección como segundo sustituto del procurador de la Comuna, Pierre Manuel, con un sueldo de 500 libras al mes. Desde este puesto Danton había conspirado contra la Monarquía de Luis XVI hasta convertirse en uno de los cerebros o al menos impulsores del asalto a las Tullerías. Y el barrio entró en éxtasis cuando emergió como ministro de Justicia, o mejor aún como el hombre fuerte de la nueva situación, una especie de jefe de gobierno *de facto* en coalición con Brissot y sus amigos de la Gironda.

La Asamblea Legislativa había asumido sobre la marcha la prerrogativa real de nombrar a los ministros, y en ausencia de más de la mitad de los diputados —los monárquicos estaban simplemente escondidos— quienes entonces se erigieron en izquierda de la cámara tuvieron pleno margen de maniobra. De los 282 diputados presentes la noche del 10 de agosto, 222 votaron a Danton. La idea había sido de Condorcet: era preciso incluir en el gobierno a alguno de los líderes de la insurrección, a modo de correa de transmisión con el pulso de la calle y —descartado Robespierre tanto por su inflexibilidad política como por su creciente enemistad con Brissot y su entorno—, Danton parecía el más presentable.<sup>[162]</sup> Lo que no podían imaginar los futuros moderados era que su fulgor político eclipsaría enseguida a

todos los demás ministros, invirtiendo la relación de dependencia que habían querido crear.

La alegría de la Sección del Théâtre Français estaba más que justificada. Lo que era bueno para Danton era bueno para el barrio: nada menos que 11 de sus 26 representantes en la Asamblea Electoral de París fueron elegidos diputados a la Convención, diez de ellos por la propia capital. Esta cifra indica mejor que ningún otro dato o argumento hasta qué punto ese barrio era medular para la Revolución: París contaba con 24 escaños, y mientras sólo una sección aportaba el 42 por ciento de los diputados, las otras 47 se repartían el 58 por ciento restante.<sup>[163]</sup> Diez de esos once diputados —todos menos Pierre Manuel, el exjefe de Danton— habían votado contra la apelación al pueblo, por la muerte del rey y contra el aplazamiento de la ejecución.

Marat y Danton, Danton y Marat. Danton protegerá a Marat siempre que pueda. Marat nunca se fijará en la corrupción de Danton. Ninguno de los dos ha tenido nunca nombre propio. Nunca nadie le ha llamado públicamente Georges al uno, ni Jean-Paul al otro. Desde aquel día de enero de 1790 ambos habían quedado unidos en la imaginación colectiva como los dos hombres feroces de la Revolución. En primer lugar por una cuestión de apariencias: tanto el rostro chato de Danton, picado de viruelas y desfigurado por sus encontronazos con sendos toros cuando era pequeño,<sup>[164]</sup> como la cara de sapo de ojos saltones y labios sin frunces de Marat, complementada por su enfermedad en la piel y su atuendo siempre sucio y raído, facilitaban las caricaturas paralelas. Y en segundo lugar por una cuestión de coincidencias generales en sus posiciones en los momentos clave. Pero en la personalidad de ambos hay diferencias siderales y al menos las mismas distancias políticas y celos personales que entre cada uno de ellos y Robespierre. Sólo sus enemigos comunes y la propaganda contrarrevolucionaria —alimentada por las fantasías frenéticas del propio Marat— podían verlos como partes armónicas de un mismo triunvirato.

Danton es pragmático, hedonista y venal. Ama el sexo, el poder y el dinero, sin distinción de orden. Es «el corazón en la mano y el derroche fácil».<sup>[165]</sup> Se ha puesto al frente de la Revolución como hombre de acción y enseguida ha demostrado que ese papel de agitador y conductor de masas encaja como un guante en su figura impactante, su rapidez mental, su facilidad oratoria, su audacia sin límites y su voz gutural y atronadora, como salida de las entrañas de la Tierra. Más que decir que está hecho para la demagogia, casi cabría alegar que la demagogia ha sido inventada para él. En lo bueno y en lo malo ha sido «el hombre de septiembre»: el político providencial capaz de desencadenar la leva en masa de los parisinos para hacer frente al invasor y obtener a su costa una victoria milagrosa y seminal en Valmy; pero también el hombre sin escrúpulos y el jurista sin principios dispuesto a consentir una inmisericorde degollina que ha ensuciado ya la Revolución con oprobio imperecedero.

Danton es una moneda de dos caras. La última vez que esa moneda comenzó a rodar sobre el tablero fue el 2 de septiembre, cuando dirigió ante la Asamblea Legislativa la más ardiente de las soflamas: «El tocsín que va a sonar no es una señal de alarma, es la carga sobre los enemigos de la patria. Para vencerlos, señores, nos hace falta la audacia, después la audacia, siempre la audacia, y Francia está salvada».<sup>[166]</sup> Sí, Francia se salvó, pero el tocsín no sólo propició el reclutamiento, sino también las masacres de las prisiones. Ahora que vuelve a sonar, ¿de qué lado caerá la moneda de Danton?

La vida no le había ido mal últimamente. Se había enriquecido con la compra a precio de saldo de «bienes nacionales», pagando al contado una cifra muy por encima de sus ingresos regulares o ahorros conocidos.<sup>[167]</sup> Tuvo que optar entre ser ministro o diputado y prefirió lo segundo. Pero sus dos meses escasos en el gobierno le dejaron el convencimiento de que Francia necesitaba ser gobernada y de que él era el hombre adecuado para hacerlo. Ni el cómo ni el con quién eran para él demasiado importantes. En la última etapa de la Monarquía Danton había recibido copiosas sumas de la lista civil manejada por el ministro de Exteriores Montmorin y por el conde Bertrand de Moleville —exministro de Marina y jefe del espionaje real—, a cambio de la vaga y en todo caso fallida promesa de proteger a la familia real ante cualquier eventualidad como la que se desencadenó el 10 de agosto.<sup>[168]</sup> «Estamos tranquilos, podemos contar con Danton», había dicho ingenuamente la hermana del rey, *madame Elisabeth*, en vísperas de la insurrección, según desvelaría Lafayette.

En la encrucijada del juicio, condena y ejecución de Luis XVI, Danton había jugado como siempre a todas las barajas. En octubre había recibido en su casa la visita clandestina del emigrado Theodore Lameth, hermano de uno de los triunviros —Alexander Lameth, Antoine Barnave y Adrien Duport— que durante una breve etapa de la primera fase de la Revolución habían controlado la Constituyente y el propio Club de los Jacobinos. Jugándose su vida, pero seguro de que Danton no le denunciaría,<sup>[169]</sup> Lameth había regresado a París desde Londres para interceder por el rey. La conversación entre ambos, recogida en las *Memorias* del monárquico constitucionalista, incluye uno de los pasajes más reveladores del pensamiento y actitud de Danton, cuando su visitante le reprocha lo ocurrido en septiembre y él trata de contextualizarlo acuñando un nuevo concepto:

—¿No sabéis que hace falta pasar por la democracia sucia para llegar a la libertad?

—Yo no lo creo. ¿Pero no es ya suficientemente deplorable la parte que vos habéis jugado en ella?

—Todo esto tendrá su final: yo engancharé el carro de la Revolución.

—No, Danton: si no os dais prisa os enganchará a vos.<sup>[170]</sup>

Danton no odiaba a Luis XVI, ni siquiera a la Monarquía. Nada le habría importado, de hecho, que tras el 10 de agosto el trono hubiera pasado al duque de Orleans, con quien mantenía lazos excelentes, probablemente también

subvencionados. Además, si alguien apelaba a sus sentimientos humanitarios estaba pulsando el resorte adecuado siempre y cuando la clemencia coincidiera con su conveniencia. El problema que él veía era la escasa consistencia de los diputados de la Gironda y otros líderes moderados en los que parecía confiar Lameth para salvar al rey: «Están espantados. Pronunciarán bellos discursos y terminarán condenándole todos». La conversación concluyó con una promesa muy suya: «Haré todo lo que pueda con prudencia y atrevimiento. Me expondré si veo que hay una oportunidad de éxito. Pero si pierdo toda esperanza os advierto de que para que mi cabeza no caiga con la suya, estaré entre los que le condenarán».

En esas mismas *Memorias* Lameth indica que Danton había estado después en el centro de una trama a través de la cual el encargado de negocios de la embajada de España, José Ocáriz, había tratado de tocar la única tecla más segura que la de sus buenos sentimientos. De acuerdo con Godoy, recién nombrado al frente del gobierno de Madrid al fracasar la política de apaciguamiento de Aranda,<sup>[171]</sup> Ocáriz había logrado que el banquero Le Couteulx de Canteleu le adelantara algo más de 2 millones de libras para comprar el suficiente número de votos para salvar la vida del primo de Carlos IV.<sup>[172]</sup>

Ocáriz habría entregado una parte —probablemente medio millón— al excapuchino Chabot, muy próximo a Danton, pero la cifra no era suficiente. Los intermediarios sostendrán que Danton había pedido que le pusieran dos millones más en un banco de Londres y que el gobierno británico apostó por la muerte del rey, manteniendo cerrado el grifo.<sup>[173]</sup> El propio Príncipe de la Paz reconocerá los pagos en sus *Memorias* y añadirá que encargó al embajador de España en Londres gestiones en la misma dirección pero «Mr. Pitt se negó obstinadamente a concurrir a aquella buena obra».<sup>[174]</sup>

Godoy recordará también cómo el 17 de enero, «acabada ya la votación sobre la suerte del rey de los franceses y comenzado el escrutinio, mientras se contaban los sufragios de vida o muerte», se anunció a la Convención un nuevo escrito del representante español en el que Ocáriz se declaraba dispuesto «a remitir a nuestra corte cualesquiera condiciones honrosas que la Convención estimase necesarias y bastantes para desistir de aquel proceso y terminarlo como asunto más propio de una solución política». Y añadirá cómo «los que ansiaban la sangre», apoyados por las tribunas vociferantes, «se opusieron a la lectura y no faltó un Danton que propusiese declarar la guerra a España en aquel acto».<sup>[175]</sup>

La parte más sombría de la advertencia a Theodore Lameth se había hecho, pues, realidad. También su pronóstico sobre sus aliados de agosto. Recién llegado de una de sus misiones a Bélgica, Danton se las había arreglado para no participar en la votación sobre la apelación al pueblo. Si Vergniaud y los moderados hubieran vencido, tal vez él se habría subido a su carro y habría apoyado la iniciativa española. Pero su aplastante derrota no dejaba lugar a dudas de por dónde soplaba el viento, y por eso aquel día, después de votar «por la muerte del tirano» alegando que «el único

lugar en el que hay que golpear a los reyes es en la cabeza», se había distinguido por su agresividad contra la maniobra a la desesperada de Ocáriz.

Dos días después también votó contra el aplazamiento. En ese momento brotaron exclamaciones de asombro —«¡Oh! ¡Oh!»— entre los bancos de la Planicie. Según Mathiez, «esos ¡oh! no tienen sentido si no se admite que la derecha contaba a pesar de todo con Danton y no pudo contener su decepción»; pero «él había visto en el proceso del rey un negocio, una mina que explotar» y ante «el rechazo imprevisto y despectivo de Pitt [...] se había dado la vuelta bruscamente y había votado la muerte, sin preocuparse de otra cosa que de su rencor personal y de su propia seguridad».<sup>[176]</sup>

El propio Mathiez ha vinculado también este áspero rebote con la carta que Bertrand de Moleville le había enviado en diciembre a Danton, asegurando tener pruebas del dinero que había recibido de la lista civil y amenazándole con hacerlas públicas si no actuaba a favor del rey.<sup>[177]</sup> No obstante, hay una interpretación más simple: ante la evidencia de que los moderados no habían logrado formar una mayoría para impedir la ejecución inmediata, e incluso de que Vergniaud se había inclinado por la muerte, Danton, con su crudo pragmatismo, había optado como tantas otras veces por ser él quien encabezara la huida hacia delante de la Revolución. «Si los Borbones españoles le habían pagado, había sido una mala inversión».<sup>[178]</sup>

La habilidad con la que meses después había jugado sus bazas con motivo de la crisis militar en Bélgica y la traición de Dumouriez, revolviéndose sobre el terreno como una fiera acosada, dándole la vuelta a una situación que parecía perdida para él, había servido para demostrar que Danton era en efecto el digno sucesor de Mirabeau. Brillante, arrollador y corrupto como él. El mayor animal político de la Convención. El gallo con mejores espolones del hexágono francés.

Danton acababa de probar que la mejor defensa es un buen ataque, poniéndoles la proa a sus antiguos amigos de la Gironda cuando ellos, avanzando como de costumbre sin orden ni concierto, le habían pedido cuentas tanto del uso de los fondos secretos que había administrado en el Ministerio de Justicia como del botín obtenido en Bélgica y de su doble juego en relación a Dumouriez.

Esta estrategia le había devuelto a sus orígenes, echándole en brazos de la Montaña e inclinando hacia la izquierda el fiel de la balanza de la cámara. Además había dado pie, después de varios pinchazos en hueso, a la formación del primer Comité de Salud Pública que, con plena autoridad sobre los ministros y máximas competencias delegadas por la Convención, ejercía ya el poder ejecutivo en Francia. Constaba de nueve miembros, incluidos Danton y su fiel Delacroix, y sólo el ubicuo Barère tenía envergadura para hacerle sombra.

Seis meses después de abandonar el ministerio, Danton volvía así a tener las riendas del poder, pero era un poder delegado y volátil que en principio debía renovarse cada mes. Los moderados podían recomponer su mayoría en cualquier momento y el Comité ya era el blanco de sus disparos. En la propia edición de *Le Patriote Français* de este viernes 31 Danton podrá leer que «la fuente de nuestros



desastres militares está en la existencia de un Comité de Salud Pública que entorpece al Consejo Ejecutivo sin sustituirlo».<sup>[179]</sup> Además él era consciente de hasta qué punto la situación se había ido volviendo frágil y peligrosa, con el Tribunal Revolucionario erigido ya en instrumento potencialmente letal de unas facciones contra otras.

Danton era un hombre para todas las situaciones. Se sentía en la república parlamentaria como pez en el agua, pero de igual manera que había aceptado el dinero de la corte, tampoco le habría hecho ascos ni a una restauración orleanista o incluso borbónica, ni a cualquier otra fórmula autoritaria. Siempre, claro está, que la autoridad la ejerciera él. Si había sido capaz de ofrecerse a salvar la vida del rey a cambio de los 2 millones de libras solicitados a Pitt, mientras se ponía al frente de la manifestación de quienes querían bañarse cuanto antes en su sangre; si había preconizado una política militar expansionista y agresiva, mientras bajo cuerda trataba de negociar la paz con los enemigos de Francia; si había aspirado a llevar de la brida el caballo de Dumouriez, mientras estimulaba a través de activistas radicales como Guzmán el tipo de movimientos que podían encabritarlo, no era de extrañar que su nueva jugada política, como en general podría decirse de todos los grandes empeños de su vida, estuviera ahora también marcada por las incongruencias.

Danton había sido muy promiscuo —era una de las razones por las que Robespierre se sentía incómodo con él—, pero había querido profundamente a su mujer, Gabrielle Charpentier. Hasta el extremo de que cuando en uno de sus viajes a Bélgica se enteró de su fallecimiento, había vuelto a uña de caballo para desenterrar el cadáver y verter emotivas lágrimas sobre ella. Ahora ya sabe quién va a ser su nueva esposa —la niñera de sus hijos, Louise Gély, de sólo dieciséis años—, y como prueba de amor está dispuesto a casarse no ya por la Iglesia, sino ante un cura refractario. Él, que ha sido feroz azote del clero.

En todo caso esta noche del 30 al 31 de mayo su estado civil es el de viudo y es probable que haya dormido solo, rodeado de muebles y libros valiosos, en su confortable y amplio piso burgués del número 20 de la Cour de Commerce, muy cerca de la esquina con la calle Des Cordeliers, detrás del popular Café Procope, lo que habrá facilitado que nada más oír el sonido del tocsín se haya puesto en danza y, asumiendo su responsabilidad como miembro prominente del Comité de Salud Pública, sea uno de los pocos diputados en llegar a la Convención cuando aún no han despuntado las primeras luces del alba.

Danton es plenamente consciente de la tormenta que se está incubando. Hace poco más de un mes ha tratado de quitar de en medio a su amigo el diputado moderado y medio paisano Beugnot, proponiéndole para una misión diplomática que en la práctica le habría permitido emigrar. Pero como él la rechazó, no le quedó otra que darle un consejo inequívoco: «Debes ser consciente de que no tendré durante mucho tiempo poder para ayudarte. Date cuenta de dónde estamos en la Convención: las personas de tu bando servirán de fichas en la partida que se va a jugar. Puesto que



no quieres ni lanzarte a la pelea ni marcharte, hazte olvidar si es que puedes».<sup>[180]</sup>

El desarrollo de esa «partida» está teniendo mucho de profecía autocumplida. Danton ha permanecido en estrecho contacto con los radicales de la Asamblea del Arzobispado y en varias ocasiones los diputados de la Gironda y sus aliados han tenido la sensación de que era él quien, en su particular ajuste de cuentas, atizaba las peticiones populares más agresivas contra ellos. De hecho, tanto la primera petición presentada el 15 de abril por treinta y cinco secciones pidiendo la destitución de los veintidós diputados girondinos, como la última esbozada en la reunión del Consejo General de la Comuna del jueves día 30 y presentada esa misma tarde —cuando el alcalde Pache ya sabía que se había declarado la insurrección—, exigiendo nada menos que la entrega de los miembros de la Comisión de los Doce al Tribunal Revolucionario, han tenido un mismo portavoz: un joven de la Sección de Unité, de sólo veinte años, llamado Rousselin de Saint-Albin, «que señalaba su adolescencia por una gran energía revolucionaria y ciertos talentos»,<sup>[181]</sup> tan devoto seguidor de Danton como para aparecer un año después como su albacea testamentario.

Barère irá más lejos en sus *Memorias* y asegurará haber visto a Danton y Delacroix «redactar sobre la propia mesa del Comité, la víspera de la propia revuelta insurreccional, la petición que le entregaron al procurador de la Comuna —Chaumette—, quien osó venir a leerla ante la barra de la Convención el 31 de mayo».<sup>[182]</sup> Claro que cuando Barère escribirá esto ni Danton ni su escudero le podrán ya desmentir.

No es difícil imaginar la frialdad con la que, en todo caso, el propio Danton se ha desentendido de la mezcla de ruego y oferta que dos moderados de escaso peso, los diputados Arnaud Meillan y Jean-Augustin Pénier, le han transmitido en la sede del Comité de Salud Pública durante la tarde del jueves 30. Básicamente querían proponerle que rompiera con los radicales y volviera a apoyarse en los moderados, que le respaldarían para que pudiera «hacer el bien» como verdadero líder de la Convención. «Ellos no tienen confianza», les ha replicado desdeñosamente Danton, sin dejar claro si se refería al resto de los miembros del Comité o a los dirigentes moderados.<sup>[183]</sup>

Al margen de cuál fuera su nivel de implicación en la insurrección, está claro que Danton tenía ya decidido golpear a quienes hacía un mes habían osado ponerle contra las cuerdas. Pero también está claro que su principal propósito era desplazar el sesgo de la cámara hacia la izquierda, de forma que él y su grupo de diputados adictos se convirtieran en la llave para constituir una nueva mayoría entorno a la Montaña. Eso era lo que había sucedido ya el día de la elección del Comité y el propio jueves 30, cuando uno de los jacobinos menos extremistas y más apocados, Mallarmé, había sido aupado a la presidencia de la Convención, derrotando a un diputado de tanto prestigio como Lanjuinais e interrumpiendo una racha de varios meses de hegemonía moderada.<sup>[184]</sup>

Danton buscaba, pues, una solución parlamentaria a la crisis que sirviera para

apuntalar su poder en el Comité de Salud Pública. Eso pasaba por la liquidación definitiva de la Comisión de los Doce como órgano competidor y por obligar a los principales líderes del ala moderada a diluirse en el anonimato de la Planicie, dejar de acudir a las sesiones de la Convención o incluso abandonar, de forma provisional o ya veremos si definitiva, sus escaños.

Pero Danton tampoco quería ir más lejos por temor tanto a que la calle se llevara por delante a la Asamblea como tal, como a que la Montaña saliera tan fortalecida de la crisis que pudiera prescindir de él. De hecho, la gran mayoría del casi un centenar de diputados que habían sido enviados a los departamentos para agilizar el reclutamiento de tropas eran *montagnards* más o menos cercanos a la línea marcada por Robespierre en el Club de los Jacobinos, y cuando se reintegraran a sus escaños, Danton bien podía volver a necesitar el contrapeso de los moderados. Era un sutil juego de equilibrios propio de quien tiene el techo de cristal. Primero había sembrado los vientos y ahora aspiraba a dominar la tempestad. Sólo un virtuoso de la cuerda floja como él podía tener alguna posibilidad de éxito.

Cuando a las cinco de la mañana se encuentra con Garat en uno de los pasillos de acceso a la sala de la Convención, Danton es bastante más expresivo y cordial que con Mellian y Pénierès. No era difícil llevarse bien con Garat. Además se trataba de su sucesor en el Ministerio de Justicia, la persona a la que había entregado sus papeles y cuentas. Si alguien podía haberle buscado las vueltas era Garat, y no lo había hecho. Danton tiene por tanto motivos muy concretos para simpatizar con él. Y, por encima de todo, aún no ha amanecido, el tocsín sigue sonando —multiplicado ya por muchas secciones desde los campanarios de buena parte de las iglesias de París —, de momento sólo ha acudido un pequeño número de diputados y ellos son los dos altos cargos de mayor rango presentes.

—¿Qué es todo esto? ¿Podéis explicármelo? ¿Quién mueve los resortes y qué quieren? —pregunta sucesivamente el ministro del Interior.

—Bah, no será nada. Bastará con dejarles romper algunas prensas y se conformarán con eso... [185]

—Ah, Danton, me temo que quieren romper otras cosas además de algunas prensas.

—Bien, habrá que estar vigilantes.

—Vos tenéis más medios que yo...

Danton se ha dado la vuelta, encogiéndose de hombros entre burlón y escéptico ante la impotencia de Garat. Mientras avanza hacia el interior de la sala de sesiones con la ironía aún pintada en el rostro, el diputado por el Departamento del Loire, Louvet de Couvray, novelista de éxito, muy en la órbita de los Roland y enemigo acérrimo de los jefes jacobinos, se dirige a Élie Guadet, el más cáustico de los arietes de la Gironda.

—¿Has visto qué terrible esperanza brilla sobre este rostro repelente?

—Sin duda es hoy cuando Clodio va a mandar al exilio a Cicerón.

Guadet, un hombre larguirucho y cetrino cuya figura resalta doblemente junto a la apariencia escuchimizada de Louvet, equiparaba así a Danton con el despreciable populista Publius Clodius Pulcher, que había saldado cuentas con quienes le habían perseguido por sus escándalos de toda índole, impulsando una ley que obligó a Cicerón a marcharse de Roma en el año 58 a. C. Louis Barthou escribiría, sin embargo, que «Danton no era Clodio», y que habría sido más apropiado que Guadet se hubiera remontado de Roma a Grecia para mencionar al juez Anitus, «cuyo beso habría podido salvar a Sócrates, pero a él le habría parecido más despreciable que la cicuta».<sup>[186]</sup>

Los moderados, sobre todo los del círculo de influencia directa de *madame* Roland, detestan a Danton. Pero, en efecto, él es el único que puede salvarles de las garras implacables que de forma concertada se ciernen sobre ellos. Es verdad que ha impulsado la creación del Tribunal Revolucionario hace dos meses bajo el lema y conjuro de «seamos terribles para que el pueblo no necesite serlo», pero Danton es de los que aún albergan la fantasía de que para ser «terrible» puede bastar con parecerlo.

## NUEVE

A Marat, en cambio, no le basta con neutralizar políticamente a sus adversarios. Él lo que quiere es liquidar físicamente a sus enemigos. Lo que tantos piensan, lo que pocos dicen. Por el bien del pueblo y de la Revolución. Para él «la Revolución es violencia». O más exactamente, precisa de constantes «sacudidas violentas» que impidan la «cristalización» de los elementos dispersados por el anterior espasmo.<sup>[187]</sup> Así de sencillo: en la política, como en la mineralogía. Él es un científico social.

Marat decía al comienzo de la Revolución que para evitar «los ríos de sangre» era preciso verter «algunas gotas». Pero si en 1789 creía que bastaría que rodaran «quinientas o seiscientas cabezas», en 1790 ya reclamaba diez mil; en 1791 pedía que se levantaran ochocientas horcas para colgar a todos los diputados de la Asamblea Constituyente, mientras pronosticaba que en 1792 los patriotas cortarían cien mil cuellos —«y eso será una maravilla»—; y su más reciente estimación en 1793 era la de «quinientas o seiscientas mil» víctimas.<sup>[188]</sup> ¿Hasta dónde llegaría la progresión geométrica?

Puesto que la última «sacudida violenta» digna de tal nombre han sido las masacres de septiembre, Marat cree que ya toca repetir la experiencia. Pero esta vez no busca la cantidad, sino la calidad. Quiere acabar con dos o tres docenas de diputados de la Convención. ¿Compañeros de fatigas parlamentarias? No, enemigos irreconciliables desde el mismo día que comenzaron las sesiones.

Además de desalojarlos de sus escaños, Marat busca despojarles de sus vidas. Le mueve un doble impulso antropófago en el que el «hambre» es la inercia de su retórica terrorista y las «ganas de comer» un feroz ojo por ojo, un implacable diente por diente: ya que vosotros intentasteis guillotinar a mí y no lo conseguisteis, ahora yo intentaré guillotinaros a vosotros y ya veremos lo que pasa. Además Marat está exhausto y siente que el tiempo se le escapa: su dermatitis inflamatoria le obliga a pasar buena parte de la jornada inmovilizado en la bañera. Marat tiene prisa por acabar de una vez, mucha prisa.

En su biografía de Fouché, Stefan Zweig alega que el gran pecado de la Revolución Francesa fue «embriagarse de palabras sangrientas» porque «los hechos siguieron fatalmente a las expresiones frenéticas».<sup>[189]</sup> Marat no ha sido el único impulsor de esa dinámica, pero sí el que la ha empujado con más entusiasmo, inteligencia y tesón. Durante casi tres años ha venido predicando que sin quemar, mutilar, degollar y masacrar, la Revolución de la igualdad será una quimera. Más que un precursor del socialismo, lo es del terrorismo. Hasta el extremo de que cabe preguntarse si su mala sangre estaba al servicio de su pesimismo antropológico o si ocurría a la inversa.

En todo caso él mismo había admitido en la única conversación conocida que mantuvo a solas con Robespierre que la incitación a la violencia era parte

consustancial del personaje y el mito que había formado en torno a *L'Ami du Peuple*, a la vez nombre de guerra personal y primer título del periódico más influyente en la extrema izquierda revolucionaria. Periódico, periodista y personaje confluían en una sola vida que «era pública cuando la publicación era permitida y subterránea cuando quedaba prohibida».<sup>[190]</sup> El encuentro con Robespierre había tenido lugar en enero de 1792 a instancias de Marat, que buscaba apoyo político y económico para relanzar el diario tras su última vuelta a la clandestinidad a raíz de los sucesos del Campo de Marte.

La crónica de la reunión, tal y como fue publicada varios meses después en el propio *L'Ami du Peuple*, no tiene desperdicio tanto por lo que revela del propio Marat, como por la imagen timorata que Robespierre daba a los más radicales cuando la Revolución iba ya por su tercer año y él aún defendía la libertad de prensa y se oponía a la pena de muerte. «Las primeras palabras de Robespierre fueron para reprocharme el haber destruido yo mismo parte de la influencia que mi periódico —“*ma feuille*”— tenía sobre la Revolución al haber mojado mi pluma en la sangre de los enemigos de la libertad, mentando la soga y los puñales, sin duda contra lo que salía de mi corazón, porque a él le gustaba creer que no eran más que palabras al viento, dictadas por las circunstancias».<sup>[191]</sup>

Marat le respondió que estaba muy equivocado si creía que esa influencia que había ejercido a través de *L'Ami du Peuple* era el fruto de «las discusiones rigurosas en las que analizaba metódicamente los vicios de los funestos decretos elaborados por la Asamblea Constituyente», sino que por el contrario era el resultado de «la audacia con la que pisoteaba todos los prejuicios» y de «las quejas violentas contra la opresión» que divulgaba. Él no recurría a la chabacanería de Hébert en *Le Père Duchesne*, pero tenía muy claro que a los lectores había que conquistarlos a través de las emociones, incitando al odio y la violencia.

Además quiso dejar constancia de que él no era un farsante, sino que sentía lo que escribía: «Los gritos de alarma y de furor que tomáis por palabras al viento eran la expresión ingenua del sentimiento que agitaba mi corazón. Sabed que si yo hubiera podido contar con el pueblo de la capital después del horrible decreto contra la guarnición de Nancy,<sup>[192]</sup> yo habría diezmado a los bárbaros diputados que lo habían aprobado. Sabed que después de las diligencias del Châtelet sobre los acontecimientos del 5 y 6 de octubre,<sup>[193]</sup> yo habría hecho perecer en una hoguera a los jueces inicuos de ese infame tribunal. Sabed que después de la masacre del Campo de Marte, si yo hubiera encontrado dos mil hombres animados de los sentimientos que desgarraban mis entrañas, yo me habría puesto a su cabeza para apuñalar al general [Lafayette] en medio de sus batallones de bandoleros, quemar al déspota en su palacio y empalar a nuestros atroces representantes sobre sus escaños, tal y como lo declaré en aquel momento».

Era imposible ser más explícito. Y esta fue la reacción que él observó en el gélido e impenetrable abogado de Arras: «Robespierre me escuchaba con espanto. Palideció

y guardó silencio durante un tiempo. Esta entrevista me confirmó la opinión que siempre había tenido de él. A las luces de un sabio senador sumaba la integridad de un verdadero hombre de bien y el celo de un auténtico patriota. Pero al mismo tiempo le faltaban la visión y la audacia de un verdadero hombre de Estado».

Marat no es, en efecto, ni un farsante ni tampoco un sádico, aunque a veces lo parezca; pero no sólo lleva hasta sus últimas consecuencias el principio revolucionario de que el fin justifica los medios, sino que, imbuido de su propia mística, atrapado por la fuerza del personaje que ha creado, hace tiempo que ha alcanzado ese punto de no retorno en el que los fines y los medios se han convertido para él en una cosa indisociable. Como si se tratara de un reflejo condicionado, impulsar la Revolución e incitar al derramamiento de sangre son ya para Marat la misma cosa.

En mayo de 1793 su fin es imponer por la fuerza una interpretación drástica de *El contrato social* de Rousseau e implantar el poder popular y la justicia social al precio que sea. Pero la concreción de ese programa no está clara, pues acaba de abominar de la «doctrina funesta» de la reforma agraria y de prevenir contra la «exageración igualitaria».<sup>[194]</sup> Lo único que ha tenido de verdad claro desde el inicio de la Revolución es que Francia necesita una dictadura. Es el remedio que ha propuesto de forma automática cada vez que se ha producido una crisis: un tribuno militar, un tribuno del pueblo provisto de autoridad absoluta.<sup>[195]</sup>

¿Y en quién estaría pensando para ese cometido? Tras descartar por diversas razones al duque de Orleans, Robespierre y Danton, su admirador y biógrafo Louis Gottschalk concluye: «La respuesta es que parece que Marat quería ser él mismo el dictador [...]. Honestamente creía que era el mejor hombre para ese puesto y lo habría considerado probablemente como un sacrificio si se lo hubieran ofrecido y lo hubiera aceptado».<sup>[196]</sup>

Muy pocos de sus contemporáneos y probablemente ni uno sólo de sus compañeros de la Convención habrían compartido, sin embargo, este diagnóstico. Marat es un francotirador, un tremendista solitario. Marat no tiene ni equipo, ni grupo, ni partido. Pero tiene lectores, y eso llena intermitentemente —Marat es un ciclotímico— el abismo que separa la alta estima que siente por sí mismo de la mezcla de desprecio y espanto con que le acogen los demás. Su fijación por la dictadura es casi más patológica que política. Es un «sueño circunstancial y compulsivo» en el que Marat «imagina atribuirse el concurso de la fuerza pública y el privilegio de castigar a los culpables».<sup>[197]</sup>

Antes que la de la dictadura ha tenido otras obsesiones a las que se ha entregado con igual dedicación y extremismo. Sucesivamente ha buscado la gloria en la literatura, la medicina y la física, y siempre ha sido rechazado por los poderes establecidos. Su resentimiento acumulado es enorme. Brissot le había conocido cuando «habiendo hecho grandes descubrimientos en la física, me dijo que abandonaba la medicina porque en París no era sino una profesión de charlatanes



indigna de él». <sup>[198]</sup>

Según Brissot, «la dureza que tenía hacia los demás también se la aplicaba a sí mismo: insensible a los placeres de la mesa y a las cosas agradables de la vida, consagraba todos sus recursos a sus experimentos. Se hubiera contentado con vivir a pan y agua con tal de humillar una vez a los miembros de la Academia de Ciencias. Ese era el *non plus ultra* de su ambición. Irritado de que los académicos hubieran desdeñado sus primeros experimentos, ardía en deseos de vengarse derribando a su ídolo más venerado, que era Newton».

Teniendo en cuenta que cuando escribió sus *Memorias* en la prisión de la Abadía sus amigos moderados ya habían reemplazado a los académicos como objeto de la venganza de Marat, que el último ídolo derribado por su furia no era Newton, sino él mismo, y que el asesinato de l'Ami du Peuple se había convertido en una especie de preludio de su propia sentencia de muerte, es preciso admitir que Brissot hizo un raro esfuerzo de ecuanimidad al juzgar su papel durante la Revolución: «Se le ha acusado de venalidad, de corrupción. Yo no he cesado de decirlo: él estaba por encima de la corrupción. Marat no tenía más que una única pasión, y era la de dominar en cualquier carrera que emprendiera. La ambición de la gloria era su enfermedad, no tenía la del dinero. Dotado de un temperamento bilioso, de un carácter atrabiliario, era tozudo en sus sentimientos y constante en su rumbo [...]. Se olvidaba de todo lo que no fuera su objetivo». <sup>[199]</sup>

El problema era que Marat no predicaba en el desierto. Sus apelaciones a la violencia no eran abstractas, sino concretas, y habían tenido un eco creciente entre los sectores radicales que recurrían al asesinato y al vandalismo más desenfrenado bajo la coartada revolucionaria. Tanto es así que sus múltiples adversarios habían podido establecer una relación de causa-efecto entre sus indicaciones y los episodios más sangrientos, al margen de cuál hubiera sido su participación en ellos. «Pido que la Convención se limite a declarar a toda Francia que ayer Marat ha predicado el saqueo y ayer por la tarde se ha saqueado», denunció Boyer-Fonfrède desde la tribuna al día siguiente del pillaje de comercios de febrero.

Pero seis meses antes, el domingo 19 de agosto, frustrado por su nulo papel en el asalto de las Tullerías, <sup>[200]</sup> insatisfecho por el tribunal especial creado para encausar a quienes se habían opuesto al ataque al Palacio Real, obsesionado por obtener protagonismo en el bando vencedor, Marat había publicado nada menos que esto: «El primer deber del pueblo es presionar para que se juzgue a los traidores detenidos en la Abadía, rodear los tribunales penales y la Asamblea y si los traidores son blanqueados, masacrarlos [...]. Lo más seguro y lo más sabio es presentarse armados en la Abadía, arrancar de allí a los traidores, particularmente a los oficiales suizos y a sus cómplices, y pasarlos a cuchillo». <sup>[201]</sup>

Aunque no haya faltado algún historiador que, aferrándose a esa fijación sobre los mandos que habían defendido heroicamente el palacio abandonado por un rey indigno de su sacrificio, discutiera que se tratara de una apelación genérica a la



masacre,<sup>[202]</sup> el final del texto no podía ser más elocuente: «Apresurémonos a armarnos y no nos dejemos sorprender por nuestros enemigos. De pie, franceses que queréis vivir libres. De pie, de pie y que la sangre de los traidores comience a correr. Es el único medio de salvar a la patria. MARAT, l'Ami du Peuple».

Y por si quedara cualquier sombra de duda de cuál era su ánimo, el desencadenamiento de las matanzas había coincidido con la cooptación de Marat al Comité de Vigilancia de la Comuna.<sup>[203]</sup> Eso no significa que él tuviera un papel activo en la organización de las escuadras de degolladores, pero «la verdad ya es suficientemente horrible como para hacerla parecer más».<sup>[204]</sup> Y la verdad es que las dos principales contribuciones de Marat desde su primer cargo público habían sido promover una arbitraria y vengativa orden de detención contra el ministro del Interior, Roland, que Danton tuvo que abortar desde el Ministerio de Justicia,<sup>[205]</sup> y redactar en términos infames un llamamiento a los departamentos para que imitaran el ejemplo parisino: «La Comuna de París se apresura a informar a sus hermanos de los departamentos de que el pueblo ha dado muerte a una parte de los conspiradores feroces detenidos en sus prisiones mediante actos de justicia que le han parecido indispensables para contener por el terror a las legiones de traidores escondidas entre sus muros, en el momento en que había que marchar contra el enemigo. Sin duda la nación entera [...] se apresurará a adoptar este medio tan necesario para la salud pública y todos los franceses gritarán como los parisinos: “Marchemos contra el enemigo, pero no dejemos detrás a los bandidos para que puedan degollar a nuestras mujeres y niños”».<sup>[206]</sup>



*Masacre de prisioneros en la cárcel de la Abadía de Saint-Germain. Grabado tomado de Révolutions de Paris, Biblioteca del Instituto de Historia de la Revolución, París.*

Su elección como diputado por París, directamente promovida por el corrupto Chabot —habitual satélite de Danton— en el Club de los Jacobinos y favorecida más sutilmente por Robespierre en la propia Asamblea Electoral,<sup>[207]</sup> había dado a sus actividades como agitador la cobertura de la respetabilidad parlamentaria. Algo inconcebible para la mayor parte de la burguesía de la ciudad y bastante chocante

incluso para sus seguidores más desenfadados.

¿Marat diputado? Quienes pensaban que su elección garantizaba en todo caso las emociones fuertes pronto vieron confirmadas esas expectativas. Cuando los moderados le pidieron cuentas desde la tribuna de uno de los carteles con los que había suplido la interrupción de su periódico y en el que había proclamado que «para salvar al pueblo es preciso nombrar un triunvirato con los hombres más esclarecidos, íntegros y virtuosos», Marat se apresuró a desvincular a Danton y Robespierre del proyecto y aseguró que un posterior escrito había dejado claras sus buenas intenciones. Y entonces recurrió a su enorme capacidad melodramática: «Si por la negligencia de mi impresor mi hoja de ese día no hubiera aparecido, entonces me habríais entregado a la espada de la tiranía. Pero yo no habría perecido como un cobarde [...] sino que me habría sustraído a la rabia de mis perseguidores, volándome el cerebro ante vuestros ojos». En ese momento Marat se echó la mano al cinturón, enarboló una pequeña pistola y la apoyó sobre su cráneo, haciendo además de suicidarse. Pasado el estupor y asombro, muchos diputados lamentaron que sólo hubiera sido un simulacro.

La única concesión a su nuevo rango de diputado republicano había sido dejar de pedir expresamente la dictadura. Pero su conducta seguía siendo en todo caso la de quien quiere provocarla. Marat jugaba al cuanto peor mejor y alcanzaba el éxtasis cada vez que se cumplían sus pronósticos catastrofistas sobre nuevas traiciones.

Desde el principio había tenido enfilado a Dumouriez, sin dejarse deslumbrar por sus triunfos militares y buscando la ocasión de ponerlo en evidencia. Creyó encontrarla en el castigo impuesto por el general a los voluntarios parisinos que habían pasado por las armas, por su cuenta y riesgo, a cuatro emigrados que habían desertado del ejército prusiano, y logró que los Jacobinos le incluyeran en una comisión encargada de pedirle explicaciones. Ni corto ni perezoso, Marat irrumpió con sus secuaces en la cena que en ese momento ofrecía el matrimonio Talma a Dumouriez con asistencia de diputados moderados como Brissot, Vergniaud o sus inseparables Boyer-Fonfrède y Ducos, además del propio jefe de la Guardia Nacional, Santerre. A todos se les cortó el aliento al ver a esa especie de gnomo gesticulante —Marat apenas rebasaba el metro y medio de estatura— afearle inquisitorialmente su conducta al huésped de honor, al salvador de la patria en peligro, al héroe de Valmy, al guardián de las Termópilas de la Revolución.

Según la carta que la actriz Louise Fusil escribiría al día siguiente a una amiga, había irrumpido en la estancia en compañía de un pequeño grupo en el que identificó a Proli y Pereyra, compinches habituales de Guzmán y el resto del grupo del Café Corazza. Lo que hasta ese momento había sido una refinada velada cultural —habían interpretado canciones del sobrino de Garat y Julie Candeille tocaba el piano bajo la atenta mirada de Vergniaud— se trocó en una escena de pesadilla. L'Ami du Peuple había escrutado despectivamente a las dos actrices, a la dueña de la casa, Julie Talma, y a otras amigas, y le había dicho a Dumouriez que no esperaba «encontrarle en

medio de una pandilla de concubinas y contrarrevolucionarios».

Su aspecto le había producido a Louise Fusil un enorme impacto: «Llevaba una caramañola y un pañuelo de Madrás rojo y sucio alrededor de la cabeza con el que probablemente dormía desde hacía tiempo. Le sobresalían mechones de cabello grasiento y su cuello estaba rodeado de otro pañuelo apenas anudado».<sup>[208]</sup>

Pese a que tanto Talma como Dumouriez afearon a Marat sus «epítetos indecentes» y a que tras su marcha el actor Dugazon trató de diluir la tensión haciendo ademán, entre bromas y veras, de desinfectar la habitación con un escanciador de perfume, «todos sintieron planear sobre ellos la sombra de la denuncia».<sup>[209]</sup> No sin motivo —a los dos días L'Ami du Peuple pondría en la picota a todos los asistentes— porque para Marat «la denuncia es la madre de todas las virtudes».<sup>[210]</sup>

Esa representación «virtuosa» de un terror que desde los sucesos de septiembre había alcanzado ya el carácter de estado de opinión, conllevaba en el caso de Marat un estilo literario plagado de truenos y relámpagos y una gesticulación estereotipada y feroz. Tanto si se trataba, cual era el caso, de un incidente social desagradable como de uno de sus múltiples altercados parlamentarios, Marat entraba en trance en el cara a cara, hinchando los globos de los ojos como si fueran a abandonar sus órbitas, golpeando el suelo con el pie para dar más fuste a sus demandas y cruzándose de brazos en actitud de desafío.

Incluso sus propios aliados políticos sentían repugnancia hacia él. «Yo lo observaba con esa curiosidad inquieta que se experimenta al contemplar a ciertos insectos repelentes», recordaría el diputado de la Montaña Lévasseur de La Sarthe. «Sus vestidos en desorden, su figura lívida, sus ojos extraviados tenían un no sé qué de repulsivo y espantoso que entristecía el alma».<sup>[211]</sup>

Y lo que sentían sus adversarios queda bien reflejado en el testimonio del historiador contemporáneo Charles de Lecretelle: «La mayor parte de los diputados se asombran de que un monstruo como Marat exista. Incluso al lado de Robespierre y de Danton es de una fealdad que asusta. El cielo parece haber escrito sobre su frente: huid de este frenético atroz».<sup>[212]</sup> O en la descripción de Buzot: «La naturaleza parecía haberle formado para reunir en un solo individuo todos los vicios de la especie humana; feo como el crimen que sudaba por todos los poros de su cuerpo repugnante y podrido por el desenfreno».<sup>[213]</sup>

Marat nunca habría salido del pozo de descrédito, marginación y soledad política en el que inició las sesiones de la Convención si algunos diputados moderados, «persiguiendo el principio mismo de la energía»<sup>[214]</sup> revolucionaria, no le hubieran convertido en el blanco de sus frustraciones y, sobre todo, si los hechos no hubieran ido dándole la razón en algunos asuntos clave. Él siempre anunciaba lo peor, y lo peor a menudo sucedía, fuera en relación a las condiciones de vida de los parisinos o a la conducta de aquellos personajes —Mirabeau, Lafayette, Bailly, ahora Dumouriez

— a los que cargaba de oprobio incluso cuando estaban en el pináculo de su popularidad. Entonces él aparecía envuelto en el aura del profeta certero en sus anticipaciones y nadie reparaba en las muchas otras ocasiones en las que había errado.

Si durante el otoño e invierno su papel ha sido el de incansable tábano de las sesiones parlamentarias, aguando la fiesta una y otra vez a los moderados entre el deleite y la complicidad activa de la chusma amontonada en las tribunas —a falta de democracia directa, ración diaria de abucheos—, los disturbios contra la escasez y el acaparamiento y sobre todo la traición de Dumouriez le habían transformado en la primavera en el hombre clarividente capaz de ver más allá de sus narices y en el oráculo que auscultaban diariamente los *sans-culottes*. Y es que la ecuación de Boyer-Fonfrède también podía verse ahora de otra manera: Marat ha pronosticado el 29 de noviembre que Dumouriez seguiría los pasos de Lafayette y emigraría «antes de final de marzo»; y el 2 de abril Dumouriez ha seguido los pasos de Lafayette y se ha pasado al enemigo.

Había sido la creciente sensación de peligro que para ellos implicaba este nuevo papel de Marat —igual de tremebundo, pero respaldado por los hechos—, junto con el componente emocional de que el vaso de su paciencia se había por fin desbordado, lo que había llevado hacía unas semanas a una amplia coalición de moderados y miembros de la Planicie a cometer la inmensa equivocación de enviarle ante el Tribunal Revolucionario. En esas circunstancias, su absolución —el «triunfo de Marat»— no podía por menos que constituir un claro augurio de la propia derrota y destrucción de los ingenieros de tamaño error de cálculo.

Para Marat la venganza es un plato que se sirve lo más caliente posible. Pero el sonido del tocsín que ha tenido que despertarle esta madrugada mientras yace junto a su devota Simonne Évrard<sup>[215]</sup> en el pobremente amueblado piso del número 30 de la rue Des Cordeliers, a cuatro pasos del domicilio de Danton y de la carnicería de Legendre, no ha debido provocarle más emoción que la de constatar que el volcán que tan meticulosa y desaforadamente ha estado cebando entraba, según lo previsto, en erupción.

Ahora hay que rematar la faena. Sí, Marat tiene prisa. Quiere acabar cuanto antes. Siente que su salud está empeorando. Que el eczema que lo devora por fuera guarda relación con las migrañas que le machacan por dentro. Cada vez necesita pasar más horas aliviando su ardor en la bañera. No sabe cuánto tiempo podrá aguantar en primera línea. Tiene convulsiones, delirios, vértigos. Esta oportunidad hay que cogerla al vuelo. Por él no quedará. Va a ir a la Convención y a la Comuna con el hacha de guerra desenterrada. Marat quiere hacer la lista de la proscripción; decidir, como Sila, quién sí y quién no. Indultar a unos, criminalizar a otros. Ser, al menos, tirano por un día.

En todo caso su principal contribución a esta nueva jornada revolucionaria ha quedado consumada horas antes en la contigua imprenta del número 39 de la calle de

la Ancienne Comédie, donde cada noche se compone y se tira la edición del día siguiente de su periódico. Forma ya parte de la historia universal de la vileza. Porque en este París aterrorizado por la moda de las «visitas domiciliarias» nocturnas, en este París en el que se forman piquetes de degolladores voluntarios, en este París en el que media Convención no se atreve a dormir en casa, l'Ami du Peuple ha entregado a su impresor, precisamente esta noche, el número 206 de *Le Publiciste de la République Française*<sup>[216]</sup> en cuya octava página, tras la correspondiente crónica parlamentaria, destinada en este caso a arrastrar por el fango al general Custine,<sup>[217]</sup> y un par de cartas incendiarias sobre la situación militar, figura, como quien no quiere la cosa, una tenue línea compuesta en letra itálica o cursiva: «Liste de la commisión des douze». Aún hoy estremece repasar, con sus arcaísmos y pequeños errores fácticos, los nombres y direcciones consignados —es decir, denunciados— a continuación:

Mollevaux, rue de l'Epron, au coin du Battoir.

Saint-Martin, rue de Beaune, fauxbourg [sic] Saint-Germain, N° 71.

J. P. Rabaut-Saint-Étienne, rue de l'Echelle-Saint-Honoré, N° 542.

Ch. Amb. Bertrand, Rue Saint-Honoré, N° 1433 [sic].

J. B. Fonfrède, Rue de Clichy [sic], N° 333.

Larivière, Rue Saint-Honoré, Hotel de la Virgule, N° 330.

Jacques Boilleau, Rue de Chartres, N° 157.

Viger, Hotel Imperial, Rue des Deux Ecus.

Gomaire, rue Traversiere Saint-Honoré, Hotel d'Artois.

J. T. M. Gardien, Rue de Colombier, fauxbourg [sic] Saint-Germain, N° 31.

Bergoeing, Rue et Hotel J. J. Rousseau.

Kervelegan, Rue des S. S. Peres, N° 1225.

Antes de que termine el año cinco de estos doce diputados estarán muertos. Pero Marat no pasará del verano.

## DIEZ

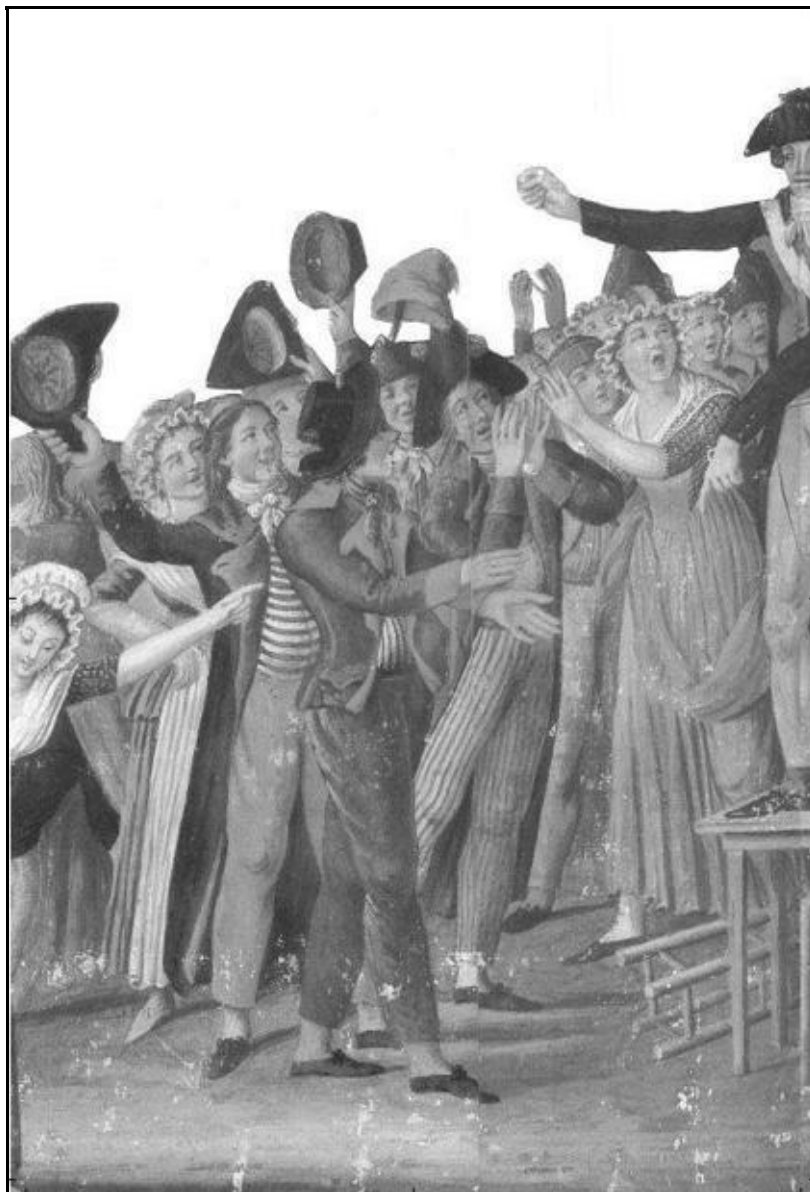
Todo el mundo quiere a Camille en el barrio, entre otras razones porque nadie como Camille quiere tanto a este barrio. «Si no vivimos como Pangloss en el mejor de los mundos posibles [...] al menos vivimos en el mejor de los distritos posibles», había escrito en su antiguo semanario, demostrando haber leído a Voltaire. Para él se trata de «el incomparable distrito de los Cordeleros, el modelo de todos los distritos». Un barrio en el que cada vez que se pasea —y Camille se pasea mucho— experimenta «un sentimiento religioso, pensando en la inviolabilidad que garantiza a las personas honradas». Un barrio en el que al ver el nombre de cada una de las calles tiene la sensación de «no estar leyendo otra inscripción sino la de una calle de Roma: la calle Sagrada».<sup>[218]</sup>

El semanario de Camille se había llamado *Les Révolutions de France et de Brabant*. Constaba de cuarenta y ocho páginas, es decir, de tres pliegos por número, salía todos los sábados bajo el lema «*Quid novi?*» —«¿Qué hay de nuevo?»— y un impresor que vivía en su misma casa le había hecho un contrato por el que le pagaba 10.000 libras al año.<sup>[219]</sup> Era el fruto de la popularidad adquirida por Camille durante los primeros meses de la Revolución. Fue maravilloso mientras duró: algo más de un año y medio hasta que la persecución por los sucesos del Campo de Marte le obligó a abandonar la publicación en julio de 1791. Como escribe Claudine Wolikow, Camille «siempre conservó la nostalgia por esos años de aprendizaje como periodista revolucionario, los de una edad de oro en la que la prensa había conquistado una libertad ilimitada».<sup>[220]</sup>

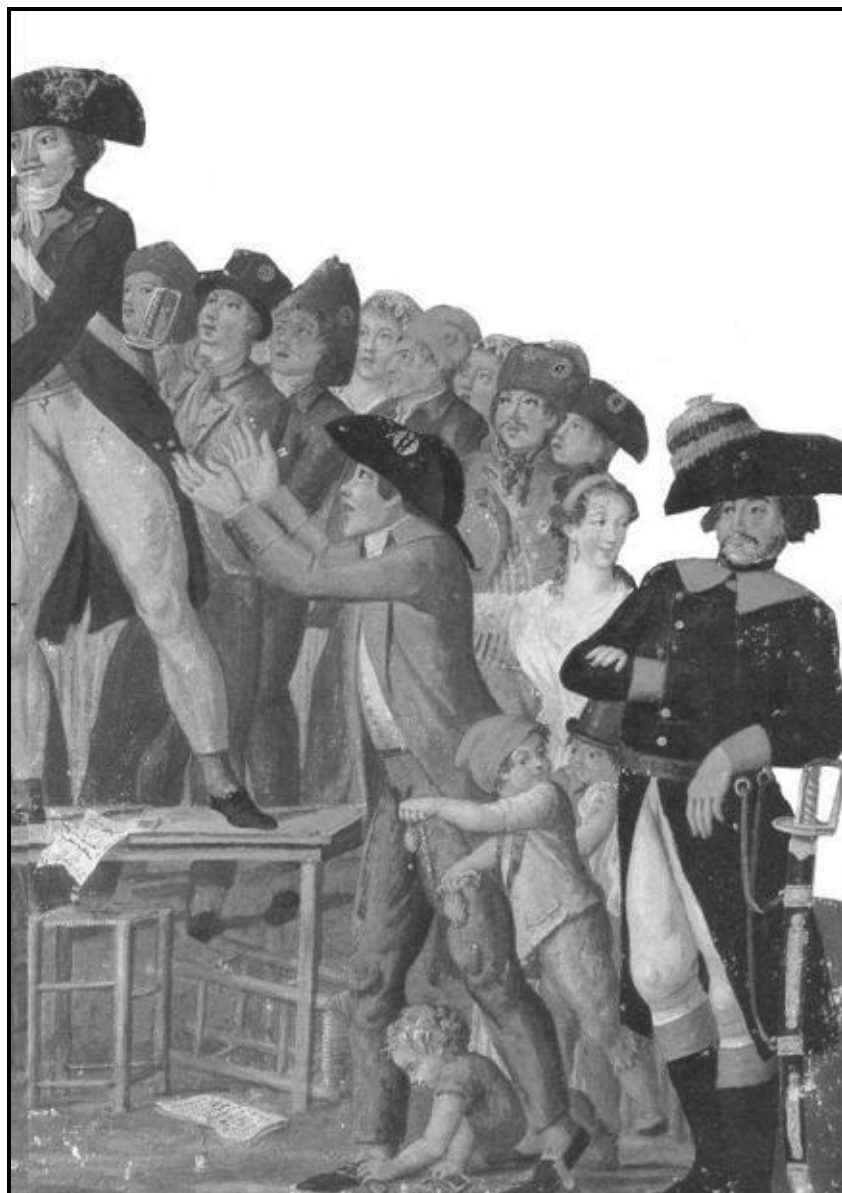
Camille por aquí, Camille por allá. Los periódicos y panfletos de Camille, las andanzas de Camille, los amores de Camille... Camille Desmoulins era el único de los grandes actores de la Revolución a quien todos llamaban por su nombre de pila y nadie por su apellido. Lo opuesto a lo que ocurría con Danton y Marat. Tal vez porque también era el único de todos los revolucionarios de la primera hora en quien nadie veía un competidor. Muchos veían en él, en cambio, a una especie de hermano pequeño tan caprichoso como brillante, tan emotivo como voluble, tan leal y comprometido como manirroto, embarullado y capaz de meterse en todo tipo de líos. Libre como un pájaro, irresponsable como un niño grande y terrible.

Camille era un personaje romántico antes de que se hubiera inventado el romanticismo. Había sido el primero en llamar a la sublevación la antevíspera de la toma de la Bastilla, encaramándose a una de las mesas del Café de Foy en el Palais Royal, enarbolando una pistola y convirtiendo las hojas verdes de los castaños del jardín —«el color de la esperanza»— en la primera improvisada escarapela que debía identificar a los alzados en armas. Ahí queda el famoso grabado de Prieur que lo muestra con su levita, sus calzones o *culotte* y su sombrero de tres picos arengando a un público similarmente burgués. La falta de medios de grabación y reproducción

sonora ha impedido averiguar cómo se las arreglaba en lances así con su tartamudeo crónico. Diversos testimonios indican que en las grandes ocasiones se le soltaba la lengua, aunque luego se le volviera a trabar.







*La libertad de la prensa. Gouache de Lesueur, Museo Carnavalet, París.*

Su pluma, en cambio, no fallaba nunca. Era una pluma mordaz, cargada de ritmo narrativo y elegancia literaria. El estilo perfecto para la polémica política. La herramienta idónea para el periodismo de opinión. Además, como el resto de la élite revolucionaria, había bebido en los clásicos griegos y sobre todo latinos, y eso le permitía ilustrar sus argumentos con ejemplos, casi siempre bien traídos, a veces con un punto de pedantería, de la historia de Roma o Grecia. Manejaba como nadie la hipérbole y la acumulación, recreándose en la suerte con frases subordinadas que, como los afluentes de un río, siempre aportaban nuevos argumentos sin dejar de llegar nunca a la desembocadura pretendida.

Probablemente no había leído a Gibbon, pero lo parecía.<sup>[221]</sup> No era un escritor de masas, pero sí un escritor de impacto. «¿Has leído lo último de Camille?», era la pregunta que podía escucharse tanto en los pasillos de la Asamblea como en las tertulias de los cafés. Las hojas de Hébert y de Marat eran banderines de enganche, la suya había generado el primer caso de periodismo de referencia en el sentido

moderno del término. «Yo soy periodista —decía—, o sea, un centinela que vela por el pueblo». En *Les Révolutions de France et de Brabant* estaban las claves de lo que pensaba el poder emergente, de lo que se cocinaba en las reuniones de jacobinos y cordeleros. A veces escribía sólo para enterados, pero los que se tenían que enterar, se enteraban siempre. Jamás resistía la tentación de una frase brillante y ésa será finalmente su perdición.

Sus primeros panfletos rezumaban entusiasmo y ardor revolucionarios. La *France Libre* había sido el cántico a la noche del 4 de agosto de 1789, cuando los nobles de ideas más avanzadas habían guiado a sus colegas hacia el haraquiri de la renuncia a sus viejos privilegios y la proclamación de los Derechos del Hombre por encima de los órdenes estamentales. Mucho más controvertido fue su *Discours de la Lanterne* en el que, con el ingenioso truco literario de hacer hablar en primera persona al farol de la plaza de la Grève, que había servido para el linchamiento de algunos próceres y no tan próceres,<sup>[222]</sup> Camille daba un repaso a todos los «linternables» que habían salido indemnes. No era, sin embargo, una incitación a las ejecuciones sumarias. De hecho el farol se quejaba de que, al no haber sido conducidas las víctimas ante el juez, se habían perdido las pruebas de sus conspiraciones, y añadía: «Mi gloria pasará y permaneceré manchado por los crímenes en la memoria de los siglos».<sup>[223]</sup> No obstante, el enfoque era tan truculento y la provocación de Camille, al autoproclamarse «fiscal general del Farol», tan petulante, que la prensa monárquica le había endosado una inmerecida fama de sanguinario.

La relación con Mirabeau —de quien llegó a ser una especie de secretario durante un breve periodo de tiempo— le había aportado serenidad y templanza. Se había batido el cobre contra esas hojas afines a las Tullerías, pero había mantenido la amistad de los tiempos del colegio con uno de sus más destacados adalides, el desventurado François Suleau, liquidado a machetazos el 10 de agosto poco después de la toma del palacio.<sup>[224]</sup> Desmoulin invitaba a comer en su casa a Suleau, procurando que no coincidiera con sus amigos cordeleros. ¿Acaso había que pensar de igual manera para mantener una relación estrecha con alguien?<sup>[225]</sup> Camille «tenía una virtud bien rara en los tiempos de la Revolución —dirá Marc Dufraisse—: la tolerancia».

Por Marat sentía, en el otro extremo del espectro, una mezcla de «fascinación y repulsión».<sup>[226]</sup> Le atraía y le horrorizaba que se le entendiera todo. Cuando él se escudaba en analogías, metáforas y otros circunloquios para crear una especie de cojín amortiguador entre las consignas y los hechos, Marat disparaba siempre al corazón. Nada le habría gustado tanto a Camille como poder excitar todas las violencias sin desencadenar ninguna. Como poder dirimir todos los conflictos reales en un espacio imaginario en el que a modo de areópago ateniense se premiaran el talento, la razón y la virtud. Eso es lo que buscaría en vano, y contribuiría —en mucha menor medida que otros— a frustrar desde los bancos de la Convención.

Cuando l'Ami du Peuple había pedido que rodaran «entre quinientas y seiscientas

cabezas», él había fingido no tomárselo en serio, relatando, de forma simétrica a como Marat lo había hecho con Robespierre, su subsiguiente encuentro: «*Monsieur Marat* —le dije sacudiendo la cabeza—, vais por mal camino [...]. Quinientas o seiscientas cabezas abatidas, me reconoceréis que eso es demasiado fuerte. Sois el dramaturgo de los periodistas. Las danaidas y los barmécidas<sup>[227]</sup> no son nada en comparación con vuestras tragedias. Ignoráis que el trágico exagerado se vuelve frío [...]. Perdonadme, querido Marat, si mi verde juventud le da consejos a una cabeza tan sana como la vuestra y que es más madura que la mía tanto por los años como por la experiencia. Pero verdaderamente comprometéis a vuestros amigos y les obligaréis a romper con vos».<sup>[228]</sup>

Marat le contestó con su intransigencia apocalíptica: «Cuando el enemigo avance sobre nuestras fronteras [...] lamentaréis amargamente que los traidores a la nación no hayan sido todos ejecutados». Sin embargo, siempre consideró a Camille como «un compañero de armas» con «una cabeza débil pero un buen corazón», al que miraba con despectiva superioridad. Él aguantaba casi siempre el tono perdonavidas mezclado de periódicos zurriagazos con que le trataba l'Ami du Peuple,<sup>[229]</sup> hasta que un día se dejó arrastrar por la brillantez de uno de sus paralelismos históricos: «Puedes seguir injuriándome, Marat, como vienes haciendo desde hace seis meses. Mientras tus extravagancias se den dentro de la Revolución, yo seguiré elogiándote porque, como en la ciudad de Saint-Malo, para defender la libertad debemos utilizar no sólo a los hombres, sino también a los perros».<sup>[230]</sup>

Pero aunque fuera capaz de enzarzarse con él a dentelladas, la «fascinación» surgía más veces que la «repulsión» cuando Camille tenía que referirse a Marat. Pocos ejemplos lo prueban tan bien como la ilustración jovial y mordaz que acompañaba al número 77 de *Les Révolutions de France* —el curso de los acontecimientos en Bélgica le había llevado a suprimir el «*et de Brabant*»—, cuyo contenido debió de ser meticulosamente dictado por Camille al dibujante. En torno al altar de la Constitución de 1791, representada por una atractiva joven de muslos y pechos desnudos que enarbolaba una corona y un cartel proclamando como divisa «*La Nation, la Loi, le Roi*», concurrían cuatro periodistas de elegantes levitas, coronados de laureles y portando las cabeceras de sus diarios o sus propios nombres. Eran Brissot, Gorsas, Prudhomme y el propio Camille. Había un quinto vestido de militar que era Audouin —fundador de *Le Journal Universel*— y una dama anónima que representaba a la muy pagada de sí misma *La Chronique de Paris*. Pero del subsuelo, evocando el sótano en el que pasaba temporadas escondido, brotaba la mano de Marat enarbolando *L'Ami du Peuple*, justo encima de un rótulo que proclamaba: «El fuego sagrado del patriotismo les anima a todos».<sup>[231]</sup> Está claro que Camille no se aburría haciendo su periódico.



*Alegoría de los periódicos patriotas. Grabado tomado de Les Révolutions de France, colección del autor.*

Camille estaba enamorado de la chica más guapa del barrio y había logrado casarse con ella. Se llamaba Lucile Duplessis y era una rubia de figura menuda y elegante, facciones delicadas y bellos ojos almendrados. Camille había comenzado tirándole los tejos a su madre, casada con un alto funcionario de la Monarquía bastante mayor que ella. La señora Duplessis tenía todo el atractivo de una mujer madura y Camille ejercía de seductor ocasional. Pero haciéndose el encontradizo con ella en los jardines del contiguo palacio de Luxemburgo<sup>[232]</sup> había descubierto la belleza magnética de la mayor de las dos hijas que la acompañaban. Además, desde la ventana de su casa en la calle del Théâtre Français se veía la de la familia Duplessis en la convergente calle de Condé —en la que también vivían los suegros de Danton—, y eso estimulaba la fantasía de Camille, que comenzó a concebir su vida como la de un caballero andante en pos de su amada.

Tras verse durante un tiempo rechazado, Camille consiguió a finales de 1790 el consentimiento tanto de Lucile como de su familia. Eufórico le escribió a su padre, magistrado en Guise, que iba a lograr casarse con la mujer a la que había amado «durante ocho años». Algo más bien exagerado, teniendo en cuenta que al contraer matrimonio Lucile acababa de cumplir los veinte. En todo caso Camille siempre identificaría el «sí» de los Duplessis con el éxito de la Revolución y su importante papel en ella. Porque en cuestión de un año y medio había pasado de ser un abogaducho sin clientes que necesitaba pedir ayuda a su familia hasta para comprarse un colchón, a convertirse en una de las celebridades del nuevo orden de cosas.

La propia boda lo puso de manifiesto. Se celebró el 29 de diciembre bajo el

imponente órgano de la iglesia de Saint-Sulpice. La novia llevaba un traje encorsetado de satén rosa con falda acampanada y el novio estrenaba un chaleco blanco estampado con flores.<sup>[233]</sup> El oficiante era el abad Berardier, prefecto del colegio de Luis el Grande, en el que Camille había coincidido con Maximilien Robespierre gracias a sendas becas otorgadas por la Corona. El propio Robespierre fue uno de los testigos de la novia, junto al escritor Sébastien Mercier<sup>[234]</sup> y nada menos que Brissot, contra el que Camille tiraría pronto —nunca mejor dicho— a degüello. Por parte del novio actuaron Sillery, secretario personal y hombre de confianza del duque de Orleáns, y Jérôme Pétion, estrella emergente de la Asamblea Constitucional que un año después se convertiría en alcalde de París.<sup>[235]</sup>

A continuación tuvo lugar un convite en el piso de la calle del Théâtre Français al que se trasladaba a vivir Lucile. Al parecer fue Robespierre quien «a los postres, según la tradición, se sumergió bajo el mantel y desprendió la liga de la novia».<sup>[236]</sup> Nadie podía augurar en aquel momento lo que terminaría sucediendo entre esas tres personas, ni tampoco el trágico final de buena parte de los hasta sesenta firmantes del acta matrimonial.

Es obvio que entre ellos tuvo que estar Danton. No sólo porque todo aquello sucedía en su territorio, sino porque sus lazos con Camille y Lucile eran lo suficientemente estrechos como para que ella pasara la noche llena de tensión y angustia del 10 de agosto de 1792 en que cayó la Monarquía en su casa de la Cour de Commerce<sup>[237]</sup>; y para que él se convirtiera en flamante secretario general del Departamento de Justicia durante las siete semanas en las que Danton fue «ministro por la gracia del cañón». Así se lo explicó Camille en otra carta a su padre, en la que sacaba pecho con su pueril vanidad de siempre y un cierto tono de desquite de jurista a jurista: «Heme aquí alojado en el palacio de los Maupeou y de los Lamoignon. A pesar de todas vuestras profecías de que yo no haría nunca nada, me he elevado hasta el último escalón al que puede llegar un hombre de nuestra toga».<sup>[238]</sup>

La llegada al ministerio había sido la culminación de una vertiginosa aventura que Camille había afrontado henchido de idealismo y vanidad y Lucile había vivido como una sucesión de cenas y reuniones, siempre ruidosas y alegres,<sup>[239]</sup> en las que el impresor Brune —futuro general de la Revolución y mariscal napoleónico—, el diputado de la Asamblea Legislativa Jacques Thuriot y los pronto diputados a la Convención Robert y Freron —también compañero de colegio de Camille— formaban la camarilla de Danton y coqueteaban sucesiva o simultáneamente con ella.<sup>[240]</sup> Apenas tendrían tiempo de saborear las mieles del triunfo. Al final de su arrogante misiva, él prometió a su padre, hombre cabal, conservador y prudente, «hacer de Francia un país tan feliz y floreciente como libre». Pero ella pronto escribiría en su diario: «Creía que tendría el poder de hacer el bien a quien quisiera. Vana quimera porque no he podido [hacer] nada».<sup>[241]</sup>

En medio quedaba la terrible experiencia de las masacres de septiembre. Camille



había podido salvar de una muerte segura y horrible al abad Berardier, encarcelado por negarse a jurar la Constitución Civil del clero, y a algunas otras personas a las que estimaba.<sup>[242]</sup> Eso prueba por un lado su sentido de la lealtad hacia los cercanos, pero también su parálisis cobarde ante la «avalancha» —la expresión preferida de Danton para referirse a la Revolución en general— que se avecinaba. Es evidente que el ministro y todo su equipo, en el que el literato Fabre d'Églantine compartía con Camille el segundo escalón, sabían la monstruosidad que se estaba engendrando y no hicieron nada por abortarla. Sin duda creían que la mayoría de los encarcelados eran culpables y constituían en todo caso un riesgo para la Revolución, y «se limitaron a aplicar un precepto de su maestro Rousseau: “No hay derecho a matar, ni siquiera como ejemplo, excepto a aquel a quien no se pueda conservar sin peligro”». <sup>[243]</sup> Aunque probablemente Camille no se comportó con el índice de villanía que le atribuyó su rival periodístico Prudhomme,<sup>[244]</sup> está claro que hasta la primavera de 1793 esta había sido su hora menos digna como revolucionario y como ser humano.

La complementariedad entre Danton y Camille era absoluta. El uno era el único gran líder revolucionario prácticamente ágrafo —no por falta de cultura sino de disciplina—; el otro uno de los pocos que huía de la tribuna, fuera la de la Convención, la de los Cordeleros o la de los Jacobinos, como del agua escaldada. Si Danton era «el Demóstenes del barrio», Camille era «su Tácito». <sup>[245]</sup> Además el pragmatismo de Danton proporcionaba sentido al idealismo de Camille y viceversa. Cualquiera diría que la voz telúrica y espesa del orador servía de transporte a las ideas e imágenes del escritor, pero también que el guion político de lo que escribía este venía inspirado por la manera que su jefe y amigo tenía de entender la Revolución.

Con toda su prosopopeya y su carisma, Camille era en el fondo un personaje en constante busca de autor. Lucile lo había moldeado como ser humano, pero en esa época no podía ser también su jefe político, porque ella no tenía el carácter de *madame* Roland, ni Camille era dócil y mansurrón como *monsieur* Roland. Nadie como Camille para componer una pieza que emocionara y convenciera, pero alguien tenía que tararearle el comienzo de la partitura. «Su naturaleza débil y fácil de conquistar siempre necesitará apoyarse en un brazo fuerte», escribirá Louis Madelin. «Apenas había escapado de la influencia de Mirabeau, cayó bajo la de Danton». <sup>[246]</sup>

Así fue hasta el día en que perecieron juntos. Pero Camille no era vasallo de un solo señor, y por muchas que fueran sus idas y venidas, nunca dejó de sentirse como un planeta más de la galaxia Robespierre. La mirada gélida, desdeñosa y puritana de su excompañero de pupitre no le abandonó ni un solo día durante los cuarenta meses que separaron su boda de su muerte. Según Marc Dufraisse, Camille «temía a Robespierre más de lo que lo quería, pero se negaba a reconocerlo». <sup>[247]</sup> No era el único al que le sucedía eso. Era una atracción siempre peligrosa, al margen de que resultara o no fatal.

Camille fue el primero que rindió pleitesía al ídolo y sentó las bases del mito:

«No todo el mundo es tan incorruptible como Robespierre», escribió en el número 39 de su semanario.<sup>[248]</sup> ¿Estaría midiéndose a sí mismo? Camille era muy bueno para los apodos. Pronto hasta las víctimas más desprevenidas de Robespierre hablarían de «el Incorruptible».

Robespierre lo consideraba un gregario con el que siempre podía contar. Seguía viendo en Camille al muchacho rebelde y caprichoso, más ocurrente que profundo, de los tiempos del colegio, al que había que reñir y tratar con severidad cuando se apartaba del camino recto. Pero se sentía con él más cómodo que con casi nadie, hasta el extremo de que, según Freron, en los días en los que se reunían en los primeros tiempos de la Convención, «Robespierre lloraba de risa con las ingenuidades que se le escapaban a Camille»; aunque añade que «era una risa inmoderada y convulsiva y enseguida recaía en una negra melancolía».<sup>[249]</sup>

A Camille le fue bien cada vez que Danton y Robespierre estuvieron de acuerdo. A los dos les debía su anhelada acta de diputado, pues ambos habían intervenido a su favor cuando en la asamblea de electores de París se habían denunciado sus presuntos lazos —Suleau, Sillery y unos cuantos más— con el partido aristocrático. Desmoulins se había impuesto en una segunda votación a un hombre de gran peso entre los moderados como el marino y aristócrata Armand de Kersaint, y eso le hizo sentirse «ebrio de alegría».<sup>[250]</sup> «¿Hubo alguna vez una misión más bella, una ocasión más favorable para la gloria?», escribiría meses después sobre su mandato como diputado.

Danton-Robespierre, Robespierre-Danton. Cuando esas dos llaves que movían su voluntad y su conciencia formaban parte de una misma combinación, encajaban en la cerradura y abrían las más pesadas puertas al unísono —incluida la que Michelet llamaría «la puerta sangrante», la de la ejecución del rey—, él siempre estaba ahí con su pluma en ristre.

Nunca podrá saberse quién de los dos influyó en mayor medida en que Camille escribiera su execrable panfleto «Historia de los brissotinos» en esa encanallada primavera de 1793 en la que la calumnia era moneda de curso legal. Probablemente la toma de partido de Danton al sentirse acosado por los peones más necios del bando moderado terminó de decidirle; pero el guion esencial e incluso buena parte de los nudos del argumento no eran sino una copia, en clave satírica y con cierta habilidad retórica, pero igualmente burda, de cuanto venía diciendo un Robespierre cada vez más paranoico contra los diputados que quería purgar de la Convención.

Camille ya había desenvainado la pluma untada en vitriolo contra el director de *Le Patriote Français* en un panfleto anterior titulado «Brissot desenmascarado». Pero se había tratado de un ajuste de cuentas personal, plagado de pequeñas mezquindades contra su testigo de boda, en respuesta a las acusaciones de Brissot vinculándole a los bajos fondos del negocio del juego. Esta vez se trataba de algo mucho más serio, pues en definitiva era una requisitoria en toda regla, endosando a Brissot y sus aliados de la Gironda los mayores crímenes de lesa patria que se podían cometer contra la



República, contra la Revolución, contra la nación y contra el pueblo.

El resumen de sus casi sesenta páginas no podía ser más demoledor: «Yo pongo de relieve que la derecha de la Convención, y principalmente sus dirigentes, son casi todos partidarios de la Monarquía, cómplices de las traiciones de Dumouriez y Beurnonville, están dirigidos por los agentes de Pitt, de Orleáns y de Prusia, y han querido dividir Francia en veinte o treinta repúblicas federadas o, mejor aún, trastornarla para que no pueda ser una República».<sup>[251]</sup>

Era un revoltijo en el que cabía todo y no faltaba de nada. Camille había dado por hecho que aunque el ministro de Defensa había intentado arrestar a Dumouriez y había sido entregado por este a los austriacos, todo era una farsa convenida entre ambos. Además presentaba a Brissot como agente de Pitt —el primer ministro británico era una de las mayores obsesiones de Camille— cuando era quien había instado a la Convención a declarar la guerra a Inglaterra. Además vinculaba a Orleáns con los moderados, cuando era la Montaña la que le había acogido en su seno y él mismo quien le había defendido no hacía mucho en la Asamblea. Puestos a buscar lazos con el entorno del exduque, ahí estaban sus estrechos vínculos con Sillery... «Yo sostengo que no ha habido en la historia una conjura mejor probada [...] que esta conspiración contra la República Francesa que yo llamo de los brissotinos porque Brissot es su alma», había escrito Camille. Pero advirtiendo simultáneamente con ligereza sin límites: «En materia de conspiraciones es absurdo pedir las demostraciones y las pruebas judiciales, porque nunca han existido, ni siquiera en la conspiración de Catilina, los conspiradores que tuvieran por costumbre ponerse al descubierto».

Camille nombraba a Vergniaud, Guadet, Gensonné, Buzot, Pétion, los Roland... prácticamente a todos los que aparecían en las listas de proscripción que desde hacía un par de meses venían manejando las secciones de París conducidas por los elementos más radicales; y les atribuía primero el intento de perpetuar la Monarquía, luego la pretensión de salvar al tirano —al votar a favor de la pena de muerte, desatendiendo las súplicas de su padre, Camille había llamado a Luis «bípedo antropófago»— y finalmente las maniobras para alentar la guerra civil, azuzando a los departamentos contra París para fragmentar Francia, facilitar la entrada de los ejércitos invasores y promover la restauración de la Monarquía, bien en la rama de los Orleáns, bien en la persona del pequeño delfín, que permanecía prisionero en el Temple. Casi nada.

El panfleto había sido presentado hacía doce días en el Club de los Jacobinos con el título completo de «Historia de los brissotinos o fragmento de la historia secreta de la Revolución, por Camille Desmoulins, diputado por París a la Convención». El club acordó sobre la marcha que sufragaría su impresión, distribución y envió a las sociedades afiliadas de toda Francia. La primera página incluía a modo de subtítulo la siguiente pregunta: «¿Es acaso eterna la raza de los bribones?».

Incluso para Ernest Hamel, panegirista habitual de Robespierre y la Montaña en

la segunda mitad del XIX, la «Historia de los brissotinos» es «una formidable acta de acusación, llena de perfidias, como por desgracia lo están todas las actas de acusación política». Aunque añade que también está «repleta de verdades terribles».<sup>[252]</sup> Ya a finales del siglo XX otro historiador generalmente comprensivo con la izquierda jacobina como Albert Soboul admitirá que «para aplastar mejor a la Gironda Desmoulins no duda en reducir la Revolución a un complot inglés».<sup>[253]</sup>

¿Ha sido consciente Camille cuando el tocsín les ha despertado a Lucile y a él esta madrugada, cuando horas después ha caminado por este barrio, símbolo de la «inviolabilidad» de las personas, y ha cruzado el Sena encaminando sus pasos hacia la Convención, de que la llamada a rebato va a suponer el inicio de un auto de fe sin ninguna imparcialidad ni garantía, en el que la propia sala de sesiones será la hoguera y en el que él, que tanto ha odiado la Inquisición, se ha convertido por anticipado en el más ruin relator del Santo Oficio?

Cuando el propio panfleto proponía «vomitar a los traidores fuera del seno de la Convención» parece imposible que, tal y como ya le había ocurrido con las masacres de septiembre, pudiera llamarse a engaño sobre lo que estaba en marcha, por mucho que Robespierre hubiera hablado de «insurrección moral». Probablemente no podía imaginar hasta dónde llegarían las convulsiones de ese vientre feroz que él acababa de estimular. Un día se arrepentirá amargamente de haber escrito un texto así. Por algo Michelet lo describirá como «ese libelo atroz, esa novela cruel en la que el niño colérico juega, sin darse cuenta de que está jugando con la guillotina».<sup>[254]</sup>

## ONCE

*Madame* Roland tiene un palpito y tal vez un plan. En su pequeño apartamento del número 51 de la calle de La Harpe, frente a la iglesia de San Cosme, Manon Philipon y Jean-Marie Roland han escuchado las primeras ráfagas del tocsín con la misma certidumbre fatal con que los colonos asentados en territorio salvaje tras una frágil empalizada oyen los tambores lejanos que anuncian el inevitable asalto de las hordas que les acosan. Sus fieles criados, Marguerite Fleury y Louis Lecoq, se han puesto en pie con el corazón en un puño. El exministro y su esposa saben que están entre los primeros objetivos de los insurrectos. Pero así como él sigue decidido a hacer todo lo posible para no ser capturado y ha resuelto aprovechar cualquier resquicio para escapar al cautiverio o el martirio, ella no lo tiene tan claro.

Debe pensar en su hija Eudora —la niña acaba de cumplir doce años, no merece vivir situaciones terribles que no ha elegido— y, desde este punto de vista, lo más seguro sería ponerse a salvo lejos de París. De hecho eso era lo previsto hasta el mismo momento en que han comenzado a sonar las campanadas. Manon tiene en su poder los pasaportes otorgados por su sección revolucionaria, permitiéndoles viajar a su modesta casa de campo de Villefranche, en el Beaujolais, muy cerca de Lyon; pero ha estado enferma unos días —un cólico, convulsiones, fiebre— y ha ido aplazando hasta esa misma mañana el trámite de acudir a la Comuna para conseguir el correspondiente sello. Lo acordado era que primero viajarían Eudora y ella y que su marido lo haría en cuanto la Convención aprobara las cuentas de su ministerio. Pero es evidente que la Comuna no va a estar dentro de unas horas para tampones y visados. Además, las barreras de todas las puertas de la ciudad quedarán pronto cerradas a cal y canto. *Madame* Roland lo interpreta como una señal del destino: no será saliendo de París como se resolverán sus problemas.

Si por carácter ella siempre prefiere dar la cara para que su virtud brille con luz propia, esta vez empieza a entrever, con morboso deleite, el lado positivo de llegar a ser encarcelada. Sobre todo si eso implica convertir en una separación física duradera la irreparable brecha emocional que, pese a compartir el mismo techo, la mantiene desde hace meses alejada de su marido. Si más allá de la leyenda negra de los periódicos que la arrastran por el fango, ella no ha podido en ningún momento decidir por la Revolución, no deja de tener su significado que en esta encrucijada de su vida la Revolución vaya a decidir por ella. Justo ahora que acaba de darse cuenta de que para salir de una prisión a lo mejor necesita entrar en otra. Justo ahora que acaba de intuir que, en sus actuales circunstancias, sólo constreñida por unos barrotes podrá tener la seguridad de ser emocionalmente libre.

Su marido había alquilado ese confortable aunque nada lujoso segundo piso interior de la calle de La Harpe firmando el 10 de marzo de 1792 un contrato por seis años con su propietario, Jean Alexandre Cauchois, a quien acababa de conocer en el

Club de los Jacobinos.<sup>[255]</sup> La renta era de 450 libras, algo menos del sueldo mensual de un diputado. Para *madame* Roland se trataba de una especie de elemento de anclaje en París, un refugio tranquilo en el que tanto ella como su marido esperaban desarrollar una actividad más intelectual que política. Sin embargo, desde el primer día ese apartamento se había convertido en una especie de inestable puesto fronterizo de idas y venidas, azotado por los súbitos y cambiantes golpes de viento de su fortuna.

De hecho, justo cuando lo iban a ocupar por primera vez<sup>[256]</sup> se produjo el inesperado nombramiento de Roland como ministro del Interior y se trasladaron a la sede del departamento en el ostentoso y antiguo Hotel del Control General en la calle Neuve des Petits Champs. El rey había encargado a Dumouriez que pilotara desde el Ministerio de Asuntos Extranjeros la formación de un gobierno en sintonía con el sector que dominaba la Asamblea Legislativa, y como ningún diputado podía ser ministro, el general había pedido nombres a Brissot. El de Roland había surgido, al parecer, en una de las reuniones en torno a Vergniaud en el salón de *madame* Dodun, en la plaza Vendôme. Luego el propio Brissot había sondeado a *madame* Roland, lo que probaba que ya era consciente de la enorme influencia que tenía sobre su marido.

*Madame* Roland, apasionadamente republicana a raíz de sus lecturas clásicas,<sup>[257]</sup> se daba cuenta de los riesgos que corría su esposo aceptando el cargo, pues no en vano se trataba de apuntalar a un rey totalmente desprestigiado tras la fuga de Varennes, en un momento en que Francia se movilizaba hacia una guerra incierta. Pero ese nombramiento suponía al mismo tiempo la consumación del mito del «virtuoso Roland», cincelado por ella, a partir de aquel hombre delgado y macilento que parecía haber nacido anciano y que incluso cuando aceptó casarse con él, trece años atrás, le había parecido «más respetable que seductor».

Cuando su marido tomó posesión ante Luis XVI, vestido de negro como de costumbre, con su sombrero redondo, su escaso pelo desgreñado y un aire de cuáquero de Pensilvania,<sup>[258]</sup> rígido e intransigente, y el jefe de protocolo de las Tullerías comunicó consternado a Dumouriez que, en vez de las tradicionales hebillas, el nuevo ministro ¡llevaba cordones en los zapatos!, *madame* Roland bordeó el éxtasis.<sup>[259]</sup> La provocación que suponía ese sentido austero y recto del patriotismo frente a las decadentes convenciones cortesanas alcanzaba su apogeo, y ella era la que movía los hilos del teatro. Entre bromas y veras ya hablaba de sí misma como de «la mujer de Catón».

«Yo sabía el papel que correspondía a mi sexo y no lo abandonaba nunca», escribirá refiriéndose a su actitud aparentemente pasiva en las reuniones políticas a las que asistía. «No me perdía ni una sola palabra de lo que se debatía y llegaba a morderme los labios para no decir lo que pensaba».<sup>[260]</sup> *Madame* Roland siempre reflexionaba «con distancia irónica» sobre el destino de las mujeres y sus relaciones con los hombres<sup>[261]</sup> pero cuando los invitados abandonaban el salón de la casa o la

sede del ministerio, la estrategia la marcaba ella.

Sólo admitiría haber sido la «pluma» que redactaba lo que su marido firmaba, pero esto ya era suficiente, al menos en lo que a esa primera etapa ministerial se refiere, pues nada tuvo la importancia de la carta dirigida al rey por Roland el 10 de junio. Fue la respuesta a la dilación de Luis XVI a la hora de sancionar dos leyes: la que permitía expulsar a los curas que no juraran lealtad a la nación y la que establecía un campamento militar permanente con veinte mil hombres a las afueras de París.<sup>[262]</sup>

A un hombre devoto hasta la beatería, atormentado por el abandono de sus deberes como monarca cristiano, su ministro del Interior le advirtió que «la Declaración de Derechos se ha convertido en un evangelio político y la Constitución Francesa en una religión por la que el pueblo está dispuesto a morir». Poco importaba que esa Constitución incluyera el derecho de veto que el rey se planteaba ejercitar. A un soberano convertido en prisionero *de facto* en su palacio y rodeado de enemigos por doquier, el hombre al que acababa de confiar la dirección política del reino le avisaba de que «la [nueva] Revolución ya está hecha en los espíritus» y «se alcanzará pagando un precio de sangre» si él no se sometía a «lo que las circunstancias exigen».

Jaurés describirá la misiva como «un disparo a bocajarro sobre el rey y la realeza».<sup>[263]</sup> Más que a Luis XVI estaba dirigida a todos los franceses y por eso incluía una definición novedosa e impactante de la nación: «La patria no es sólo una palabra que la imaginación se haya ocupado de embellecer; es un ser al que se le hacen sacrificios». Era un acto de propaganda y obtuvo, según Michelet, «el mayor éxito que podía esperar su autor»:<sup>[264]</sup> su fulminante destitución. «Yo escribí la famosa carta», alardeará *madame* Roland.<sup>[265]</sup> «No me sentí orgullosa de la entrada en el ministerio, pero sí de la salida».

Buscando la confrontación en lugar del compromiso, coqueteando incluso con la utilidad política de la violencia —«Sólo sabremos regenerarnos por la sangre», había escrito tras la frustrada huida del rey—, adoptando una actitud radical y puritana ante el poder, sólo equivalente a la que durante ese periodo mantenía Robespierre, *madame* Roland había logrado situar a su marido en la cresta de la ola de la popularidad revolucionaria justo en el momento en que se iba a desencadenar la gran convulsión del 10 de agosto. Apenas les dio tiempo a acostumbrarse al apartamento de la calle de La Harpe, pues a los dos meses justos de su despido, la propia noche posterior al asalto a las Tullerías, él fue repuesto en el ministerio —junto a los también destituidos Clavière y Servan— por la Asamblea Legislativa controlada por sus amigos.

El triunfo de *madame* Roland había quedado, sin embargo, empañado por la irrupción a su lado de un personaje al que detestaba visceralmente. Danton le causaba a ella el mismo espanto que los cordones de los zapatos de su marido le causaron al maestro de ceremonias de las Tullerías. Y por razones parecidas. «¡Qué lástima que el gobierno se haya echado a perder por la presencia de un hombre con una reputación tan mala!», había comentado aun antes de conocerle.<sup>[266]</sup>

El trato directo con el nuevo titular de Justicia sólo sirvió para empeorar las cosas. Durante todo lo que restaba de agosto Danton, acompañado a menudo de su segundo, Fabre d'Églantine, acudía con frecuencia a la sede del Ministerio del Interior con el deliberado propósito de congraciarse con *madame* Roland. Unas veces le daba conversación, otras le tiraba de la lengua, le sondeaba sobre si su marido estaba dispuesto a subvencionar a algún escritor amigo o se limitaba a pedirle un poco de sopa. Todo en vano. Ella se había aferrado al principio de que la cara es el espejo del alma y sólo se imaginaba a Danton de dos maneras: «O bien con un puñal en la mano, a la cabeza de una horda de asesinos menos crueles que él, a los que señalaba a sus víctimas [...] o bien ahíto de oro y de vino haciendo el gesto de Sardanápalo».

[267]

Esta alusión al rey de Babilonia que personifica la lujuria y la potencia sexual no es gratuita. Manon era todavía la niña sorprendida en la iglesia a los ocho años leyendo, en vez del misal, las *Vidas paralelas* de Plutarco; era todavía la adolescente fascinada por la fuerza espiritual del amor en la *Nueva Heloisa* de Rousseau; era todavía la joven que había dejado el convento en el que buscaba la paz interior para casarse con un hombre veinte años mayor que ella al que había idealizado como filósofo y por el que sólo sentía respeto intelectual; era todavía la esposa intachable que marcaba distancias con quienes, como los diputados Bancal y Lanthenas, trataban de convertir su admiración por ella en algo más material. Había sustituido la moral católica por la virtud clásica, pero seguía encerrada en un rígido sentido del deber al que sacrificaba todos sus demás anhelos.

Pese a que el único retrato contemporáneo que la mostrará de frente, el del pintor alemán Heinsius, «deja entrever un pecho soberbiamente amueblado y la carnosidad de una salud perfecta», [268] Manon nunca se había visto como un objeto de deseo sexual. Ni era una mojigata ni sentía la aversión de Robespierre por el contacto físico. Pero le resultaba imposible desligarlo de sentimientos más profundos. De ahí que le escandalizara que Dumouriez exhibiera a su amante, la hermana del periodista monárquico Antoine de Rivarol, o que mirara con repugnancia al Danton de las «pasiones brutales», al Danton «con la sonrisa del libertinaje en los labios», al Danton «cuya amplitud anuncia la voracidad».

[269]

*Madame* Roland sólo se sentía cómoda y segura pisando el terreno firme de la atracción intelectual, ejerciendo como anfitriona el papel de la «virtuosa coqueta». [270] Ella misma admitía satisfecha que «Camille [Desmoulins] tiene razón al asombrarse de que, a mi edad y con tan poca belleza, yo tenga lo que él llama adoradores». Pero su falsa modestia daba inmediatamente paso a la explicación de ese asombro: «Nunca he hablado con él».

[271]

La especialidad de *madame* Roland era la seducción por la palabra, fuera hablada o escrita. Incluso podrá decirse que tanto ella como su marido, grafómanos empedernidos hasta el punto de mezclar mejor sus escrituras que sus sentimientos, [272] «viven en la ilusión del poder de las palabras».

[273]

De hecho nada les motivaba



más en esta segunda etapa ministerial que la puesta en marcha de la llamada Oficina de Formación del Espíritu Público, un embrión de aparato de propaganda al que la Asamblea Legislativa había dotado con 100.000 libras. Con cargo a ese presupuesto se había empapelado París con el periódico mural de Louvet, *La Sentinelle*, y se distribuyeron por los departamentos las publicaciones editadas por sus amigos moderados para «esclarecer» al pueblo.

Palabras, palabras y más palabras. Los Roland creían que con la excepción de algunos desbordamientos inevitables, la Revolución era algo que sucedía a través de circulares, libros, pasquines y discursos. Por eso el desencuentro con Danton iba mucho más allá de la repulsión física. «Por primera vez *madame* Roland se encontró cara a cara con un hombre que personificaba el espíritu insurreccional. Hasta entonces ese espíritu había sido un ideal, una teoría, una oculta pero poderosa fuerza que era necesaria para conseguir lo que quería [...]. Para ella era simplemente un fuego vengador que se podía usar y apagar luego cuando le pareciera que ya era suficiente».<sup>[274]</sup>

La inmersión en la realidad fue terrible. Nadie podía controlar a Danton y ni siquiera Danton podía controlar a la Revolución, pero *madame* Roland llegó a creer, a raíz de las matanzas de septiembre, que el uno y la otra eran lo mismo. Hasta entonces los excesos violentos de las turbas le habían parecido un elemento lateral derivado de la opresión del absolutismo. Ahora la Monarquía había sido abolida y el tirano estaba encarcelado, pero la sangre corría por las calles en medio de atroces escenas en las que «las mujeres eran violadas antes de ser desgarradas por estos tigres, las tripas cortadas eran llevadas en ristras y los trozos de carne humana eran devorados crudos».<sup>[275]</sup>

Nadie mejor que ella para darse cuenta desde su atalaya de que los piquetes de degolladores habían brotado de entre las propias «autoridades constituidas» de la nueva República; o al menos habían contado con su complicidad. Pero en lugar de fijarse en la Comuna y su Comité de Vigilancia, su obsesión se centraba en el Ministerio de Justicia. No tenía pruebas, pero su imaginación era demasiado fuerte como para no caer en la tentación de asociar la repulsión que le producía lo sucedido con la que sentía por aquel tribuno de la plebe cuyo aliento espeso aún notaba sobre su nuca. «Estamos bajo el cuchillo de Robespierre y de Marat», escribió a un amigo; pero «Danton es, bajo cuerda, el jefe de esta horda».<sup>[276]</sup> Y aún distribuyó con más precisión los papeles entre ellos: «Danton lo dirige todo, Robespierre es su maniquí, Marat le lleva su antorcha y su puñal».<sup>[277]</sup>

La realidad de lo ocurrido era mucho menos nítida. Es cierto que Roland —¿o habría que decir los Roland?— envió el propio 3 de septiembre una carta a la Asamblea en la que pedía que se detuvieran las matanzas bajo amenaza de dimisión. Pero a la vez admitía que «tal vez sea preciso correr un velo sobre los acontecimientos de ayer», y establecía que «el pueblo, terrible en su venganza, aplica una especie de justicia al no tomar como víctima a todo el que se presenta ante su



furor, sino que lo dirige contra aquellos que cree que han sido durante largo tiempo protegidos por la espada de la ley, cuando el peligro de las circunstancias le persuade de que deben ser inmolados sin dilación».<sup>[278]</sup> Tremendos circunloquios. Y en lo que se refiere a Danton, hay múltiples indicios que apuntan a que él mismo rompió la orden de detención contra Roland, promovida por Marat desde la Comuna, y ninguno que le responsabilice directamente de los asesinatos.

La obcecación de *madame* Roland no tendrá límites. Cuando se produzca el robo del Guardamuebles y la sustracción de parte de las joyas de la Corona,<sup>[279]</sup> ella señalará a Danton. Cuando meses después la nueva sublevación dé con sus huesos en la cárcel, ella culpará a Danton. Si el Partido Girondino hubiera existido y fuera cierto que, como escribió Aulard entre el estupor y la desolación, «tuvo como jefe a una mujer»,<sup>[280]</sup> ese prejuicio obsesivo habría sido, desde luego, el principal obstáculo para que se forjara la única alianza capaz de mantener a raya a la Montaña tanto en las tribunas de la Convención como en los acaloramientos de la calle.

No es de extrañar que Danton se revoliera finalmente contra su obcecada perseguidora. Lo hizo durante el debate suscitado cuando se discutió la posibilidad de «invitar» a Roland a compatibilizar el cargo con el acta de diputado, al menos durante un tiempo. Danton estaba cargado de razón, porque él mismo había renunciado al ministerio. Sin embargo, aprovechó la ocasión para lanzar un efectivo golpe bajo: «Nadie como yo le ha hecho tanta justicia a Roland. Pero si le hacéis una invitación, hacédsela también a *madame* Roland, porque todo el mundo sabe que Roland no estaba sólo en su ministerio. Yo sí estaba sólo en el mío. La nación necesita ministros capaces de actuar sin ser dirigidos por sus mujeres».

Danton acababa de poner en marcha una percepción colectiva prácticamente indeleble desde entonces: la de «una feminidad desviada, culpable de haber hecho a la Revolución un mal inmenso»<sup>[281]</sup> La eficacia del sarcasmo fue devastadora, al estimular el zafio machismo de una clase revolucionaria que se preocupaba por los derechos de los negros, pero no por los de las mujeres; las excluía de toda función pública, como si lo único que respetara de la vieja Monarquía fuera la ley sálica; y ni siquiera parecía tenerlas en cuenta cuando hablaba de «libertad, igualdad y fraternidad». Roland renunció al escaño que había obtenido por el Departamento de Somme y la pareja redobló su campaña contra Danton, poniendo el foco en que no había rendido cuentas a su salida del ministerio tras quedarse con gran parte de los fondos reservados del gobierno. Pero, entre tanto, la escalada de los periódicos de Marat y sobre todo de Hébert contra la «nueva Pompadour, la nueva Du Barry» había convertido a *madame* Roland en la persona más odiada de París.

Marat había descrito a Roland en *L'Ami du Peuple* como «un fraile de los peroles al que su mujer lleva por la oreja», y explicaría ante la Convención que existía una campaña para que los departamentos pidieran la expulsión de los diputados a los que asociaban con las masacres de septiembre, como Robespierre, Panis o él mismo. «Los modelos parten del gabinete de la mujer de Roland», señalará sin vacilar. Pero fue

Hébert quien, a través de «las ordinarièces» de *Le Père Duchesne*, desarrolló de verdad todo «su arte infernal»<sup>[282]</sup> contra *madame* Roland.

Su técnica consistía en presentarla como la sustituta de «la Austriaca» —la detestada María Antonieta— o, mejor aún, de las amantes del abuelo crápula de Luis XVI. Y para eso nada como dotarla de una corte de serviles palaciegos «en la que Brissot es el caballero mayor, Louvet su chambelán, Buzot el gran canciller, [el abate] Fauchet su capellán, Barbaroux su capitán de la guardia, Vergniaud el gran maestro de ceremonias, Guadet su copero mayor y Lanthenas el introductor de embajadores».

¿Y cómo funcionaba esta nueva corte? «Se reúne todas las noches, a la hora de los murciélagos, en el mismo lugar en el que Antoinette maquinaba una nueva San Bartolomé con el comité austriaco. Como la antigua reina, *madame* Coco, extendida sobre un sofá, rodeada de todos esos buenos espíritus, razona hasta el amanecer sobre la guerra, la política, las subsistencias. Es en ese garito donde se fabrican todos los pasquines».<sup>[283]</sup>

¿Y por qué lo de *madame* Cocó? Muy sencillo: Roland era un *tondu* (rapado, calvorota), palabra que rima con *cocu* (cornudo). De *cocu* pasamos a «cocó». Él era «*Monsieur* Cocó» o el «Rey Coco»; ella, «*Madame* Cocó» o la «Reina Coco». «Nadie sabía mejor que él cómo hacer impopulares a quienes quería perder», escribirá el abate Papon refiriéndose a Hébert. «Uno de sus medios era designarles por alguna palabra que estimulara el odio, el ridículo o el desprecio».<sup>[284]</sup>

En una escena muy similar a la protagonizada por Marat en casa de Talma, Hébert irrumpió una noche en la residencia de los Roland con un grupo de *sans-culottes*, con el pretexto de seguir la pista a una partida de leña, desviada al parecer hacia el ministerio. Le bastó echar un vistazo a los comensales, entre los que estaban el enclenque Louvet y el impactante Barbaroux, y a las viandas, para construir en su periódico un relato fantástico en el que «veinte cocineros cargados de las más finas pepitorias avisaban a voz en grito: “¡Cuidado, cuidado, abrid paso, que estos son los entremeses del virtuoso Roland!”». El relato concluía con «la mujer del virtuoso Roland arrancándose de rabia sus cabellos postizos» al haber tropezado un *sans-culotte* con una de las fuentes, derramando el postre por el suelo.<sup>[285]</sup>

Este tipo de injurias —Hébert siempre la presentaba como fea, vieja o desdentada — eran las que más ofendían a *madame* Roland, orgullosa como estaba de su larga cabellera y en general del conjunto de su apariencia.<sup>[286]</sup> Manon se jactaba de que sus rasgos «tenían las características que los fisonomistas asocian a la voluptuosidad», aunque advertía «que nunca nadie ha estado tan hecho para ella y la ha practicado menos». Reconocía haber «conservado por moral y delicadeza la severidad que tenía por devoción», pero le gustaba gustar, hasta el punto de alardear a los treinta y ocho años de que nadie le atribuía «más de treinta y dos o treinta y tres».<sup>[287]</sup>

Nunca sabremos si fue primero el humo o el fuego; ni siquiera cuál fue la naturaleza de la hoguera en la que durante ese otoño había comenzado a arder su

corazón, exaltado por fantasías sublimes. El caso es que, coincidiendo con la campaña que la situaba poco menos que como sultana de un harén de sumisos adoradores, dispuesta a dar rienda suelta a todos sus instintos ante la mirada complaciente de su consentidor marido, Manon Roland se había enamorado y era correspondida por quien se comportaba además como su mayor cómplice político: el diputado normando François Buzot. En cierto modo se trataba de un alma gemela, pero también de la persona más inoportuna en el momento más inoportuno desde el punto de vista de la conveniencia política. En todo caso lo esencial no era que *madame* Roland se hubiera enamorado, sino que, en algún momento de aquel otoño cargado de electricidad en el que se incubaban todas las tempestades, ella había dado el paso inaudito de contárselo a su marido.

Buzot era seis años más joven que ella, procedía de una familia de juristas de Evreux venida a menos y estaba a su vez casado con una prima mayor que él, nada agraciada pero de cierta fortuna. Formaba parte, junto a Robespierre o Pétion, del pequeño grupo de diputados demócratas de la Asamblea Constituyente cuando los Roland habían llegado por primera vez a París. Aunque la relación se estableció entre las dos parejas, fueron Manon y él quienes más sintonizaron en las reuniones en que ella ejercía como anfitriona en su hotel de la calle Guenegaud. Durante la Legislativa —Buzot había vuelto a Évreux al no poder ser reelegido. Mantuvieron el contacto epistolar y ahora él estaba de nuevo en la palestra como miembro de la Convención.

Aunque ella lo describirá como «el hombre más dulce sobre la tierra para sus amigos y el más rudo adversario para los bribones», lo cierto es que Buzot tenía nobles ideales pero un carácter inestable y una acentuada tendencia a la melancolía. Difícilmente la materia con la que se forja un líder parlamentario en una jaula de los leones como aquella Convención. Sin embargo, era valiente y, a diferencia del intermitente Vergniaud o del muy remiso a subir a la tribuna Brissot, siempre estaba dispuesto a dar la cara. Tras las matanzas de septiembre ella le había escrito una carta henchida de indignación y espanto<sup>[288]</sup> y él había llegado a París dispuesto a ser el paladín que salvara a la Revolución de los degolladores protegidos por la Montaña.

Enseguida era ya el principal orador y el punto de referencia del sector moderado de la cámara, pero sobre todo el intérprete y el parapeto de la política inspirada por el ministro del Interior y su esposa. «Sólo Buzot piensa enteramente como Roland y como ella; sólo él combate por ellos con absoluto desinterés y soberbia elocuencia».<sup>[289]</sup>

*Madame* Roland se había convertido así en el gozne de unión entre el poder ejecutivo encarnado por su marido y el legislativo representado por su enamorado. Sería inapropiado decir «amante», porque de cuanto dejaron escrito uno y otro parece excluirse que llegara a mediar una relación física entre ambos. ¿Qué necesidad había, pues, de convertir lo que no pasaba de ser un inofensivo *ménage à trois* platónico en un infierno personal y una bomba de relojería política? En primer lugar la obsesión de *madame* Roland por la autenticidad. «Tengo una aversión natural hacia todo lo que

no sea la conducta evidente, grande y osada, como corresponde a la inocencia», escribirá en un pasaje de sus *Memorias*. «Yo siempre me muestro entera y no dejo nunca dudar de lo que soy», añadirá en otro.<sup>[290]</sup> Pero en segundo lugar, y de forma complementaria, también el riesgo a ser delatados. Porque el doctor y diputado Lanthenas,<sup>[291]</sup> viejo amigo y estrecho colaborador del ministro y fiel *chevalier servant* de *madame* Roland hasta ese momento —de hecho residía con ellos en el ministerio—, había descubierto lo que estaba pasando y, preso de celos, había empezado a correr la voz, acercándose despechado al partido jacobino.

La correspondencia que le había dirigido en forma de breves billetes durante esas últimas semanas de 1792 prueba que Manon trató de controlar la situación, ora redoblando sus muestras de aprecio hacia Lanthenas («Quizá me equivoco al decíroslo, pero la idea de vuestra aflicción me duele, me da miedo tanto hablar como callarme»),<sup>[292]</sup> ora mostrando la firmeza de sus sentimientos («Aunque tuvierais mil veces razón, el dominio que he reconocido está ya establecido y no puedo ya sustraerme a él»), ora reprendiéndole con indignación («Cuando vuestra ceguera llega al extremo de manifestar vuestro descontento a terceros, estáis faltando a la confianza que yo os había dado»). Pero todo fue inútil. El distanciamiento personal vino acompañado de la discrepancia política —es difícil saber si fue primero lo uno o lo otro— y Lanthenas propugnó enseguida el acercamiento de Roland a la Montaña o al menos una cierta distensión entre el ministerio y la Comuna y los jacobinos. Manon intentaba hacerle volver al redil y le convocaba una y otra vez a cenar o conversar. Pero el contacto sólo servía para remover la herida hasta el extremo de que el tono se había ido agriando por completo («Si os sentís capaz de venir a verme y comportaros como debéis, os recibiré con el afecto que merecéis, pero os advierto que no toleraré una tercera escena»); y ella, indignada por una sugerencia de Lanthenas sobre la naturaleza de su relación con Buzot, terminó por decirle que no se metiera donde no le llamaban («Estad tranquilo sobre el cuidado que pueda tomar por mi virtud, pues no depende ni de vos ni de nadie, de igual manera que mi estima no depende de vuestra opinión, ni mis afectos de vuestra voluntad»). Fin del trayecto.

Fuera por una especie de impulso masoquista que le llevaba a complicarse la vida o por el sentido de la lealtad que le imponía que si su marido tenía que enterarse debía ser por ella misma, el caso es que Manon confesó el más blanco e inocuo de los crímenes. En mala hora lo hizo, pues las consecuencias no pudieron ser más desagradables ni quedar mejor expresadas en su relato: «Yo honro, yo quiero a mi marido como una hija sensible adora a un padre virtuoso a quien sacrificaría incluso su amante. Pero yo he encontrado al hombre que podría ser este amante y, permaneciendo fiel a mis deberes, mi ingenuidad no ha sabido esconder mis sentimientos. Mi marido, excesivamente sensible y afectado en su amor propio, no ha podido soportar la idea de la menor alteración en su dominio. Su imaginación se ha ensombrecido, sus celos me han irritado, la felicidad ha huido lejos de nosotros. Él me adoraba, yo me inmolaba a él y los dos éramos desgraciados».<sup>[293]</sup>

Esos eran los ingredientes del melodrama. Manon estaba dispuesta a sacrificarse por su marido, manteniéndose a su lado, ofreciéndole ese cariño filial, pero no podía negar que quien ocupaba su corazón era Buzot. Para el viejo «cuáquero» aquello era doblemente humillante. Por un lado veía materializarse la caricatura de Hébert del ministro cornudo, por el otro recibía de su esposa la peor de las ofrendas: la conmiseración. Mientras vivieron en el ministerio la intensidad del trabajo político sirvió de válvula de escape a la negra nube que lo envolvía todo, pero en los últimos meses el pequeño apartamento de la calle de La Harpe en el que al fin estaban instalados se había convertido en la más insana de las ratoneras. Durante horas y horas le daban vueltas a lo mismo sin que su laberinto pareciera tener salida ni su pesadilla final.

En esa atmósfera viciada el temor a sus enemigos combinaba los elementos de la realidad con sus propias paranoias. Mientras solicitaba insistentemente a la Convención que aprobara sus cuentas y le dejara salir de París —tras plantearlo por octava vez, por fin parecía a punto de lograrlo—, Roland se empeñaba con frecuencia en ir a dormir con Manon y Eudora a casa de algún conocido en las afueras de la capital por miedo a que todos fueran pasados a cuchillo por la noche. «El temor a la muerte podría llegar a ser peor que la muerte misma», le había escrito a su amigo Bosc, revelando su estado de ánimo. «Y esa es la menor de mis pesadumbres».<sup>[294]</sup>

Ahora sabemos cuál era, con nombre y apellido, la mayor de tales pesadumbres<sup>[295]</sup> Para Manon la perspectiva de seguir cociéndose a fuego lento junto a Roland en la casa de Villefranche no podía ser más espantosa. Estaba dando todos los pasos en esa dirección porque era su deber, pero su organismo se había rebelado, provocando un retraso decisivo. Ahora el repique del tocsín acaba de abrirla una perspectiva nueva. Por un lado es cierto que el riesgo se precipita para ella, para su marido, para su enamorado y para sus mejores amigos, pero como escribirá muy pronto «los caracteres enérgicos odian la incertidumbre», y desde una perspectiva política «las muestras diarias de debilidad de la Convención» le afligen tanto que «casi son preferibles los últimos excesos en la medida en que sirvan para esclarecer a los departamentos y hacerles tomar decisiones».<sup>[296]</sup>

Además, y esto es lo más importante para ella, el nuevo escenario le muestra un camino inesperado que, de repente, se siente decidida a encarar. En su ánimo pesa de forma decisiva la única experiencia agradable de los últimos meses: el éxito que cosechó el 7 de diciembre cuando compareció ante la Convención y logró desbaratar una de las intrigas más malvadas urdidas contra ella. Un tal Achille Viard, en sintonía al parecer con el turbio Chabot, había denunciado que Roland y otros ministros mantenían contactos con monárquicos emigrados para retrasar el juicio del rey, dejando caer desde la barra, como prueba de que sabía de lo que hablaba, que él mismo había mantenido una entrevista sobre el asunto con *madame* Roland.

El ministro había pedido que se escuchara a su esposa y ella había explicado «calmadamente, sin frases inútiles, sin protestas de inocencia, sin pretender probar



nada, limitándose a relatar los hechos» cómo Viard había tratado de comprometerla. [297] Todo se había circunscrito a la pretensión del visitante de transmitir una información importante al ministro. *Madame* Roland le había aclarado que ella no era el cauce apropiado para plantear un asunto así —«Le dije que estaba en un error que, al parecer, compartía mucha gente»— y que para ser recibido por el ministro debería aguardar turno como cualquier otro ciudadano. «Sin tener el ojo muy ejercitado, creí ver en este señor a un hombre que venía más a averiguar lo que yo pensaba que a ninguna otra cosa», se limitó a añadir.

Era una de las raras ocasiones en las que una mujer había comparecido ante la barra de la Convención y el impacto causado por *madame* Roland había sido grande. El relato del *Moniteur* recoge hasta tres ocasiones en las que fue aplaudida. La primera cuando, preguntada ritualmente por el presidente Barère cómo se llamaba, ella había respondido: «Roland, un nombre del que me siento orgullosa porque es el de un hombre de bien»; la segunda al terminar su exposición («Se aplaude de manera reiterada»); y la tercera al retirarse («Atraviesa la sala en medio de los aplausos de la gran mayoría de la Asamblea») tras serle acordados los honores de la sesión. [298] Hasta Marat tuvo que reconocer en su periódico que «la comadre, que se había estudiado el papel, lo recitó como mujer capaz», y había sido despedida «entre los aplausos de sus adoradores y parásitos». [299]

Con un antecedente así el plan que Manon va dibujando en su cabeza, desde el momento en que esta madrugada ha escuchado el tocsín, cobra un sentido especial. Sabe que, como mucho, es cuestión de horas que vengan a por ellos. El apartamento de la calle de La Harpe está enclavado exactamente en el límite entre la Sección de Beaurepaire, de la que forma parte, y la de Marseille, pues la iglesia de San Cosme, justo enfrente de su inmueble, hace esquina con la propia calle Des Cordeliers. Cualquiera diría que su destino está marcado por el principio de Arquímedes: bastará que las campanadas eleven un poco la presión de la olla cordelera para que el primer desbordamiento revolucionario les alcance de inmediato. Es absurdo resignarse con los brazos cruzados a quedar escaldados.

Si pueden aguantar unas horas, aguantarán. Pero si la situación se vuelve imposible y algún piquete se planta ante su domicilio con orden de detenerles, entonces utilizarán la salida trasera del inmueble que, a través del patio interior y de la vivienda de su casero Cauchois, conduce a la calle de Macons-Sorbonne y directamente a la plaza de la universidad. Y cuando eso suceda sus caminos se bifurcarán: él tratará de esconderse en algún domicilio seguro hasta que pueda salir de París, pero ella se dirigirá a la Convención y volverá a hablar a la Asamblea, plantando cara a los malvados, intercediendo por su marido y sus amigos, pidiendo medidas severas contra los sublevados, «casi feliz de que el rayo haya por fin caído», [300] tratando de darle la vuelta a la situación política.

Si lo consigue habrá salvado a Francia y a su Revolución. Si no, encarará con entereza lo que pueda ocurrirle. Piensa que, si la tienen a ella, sus enemigos «estarán

menos furiosos, menos ardientes contra Roland», y que si la llevan ante el Tribunal Revolucionario «sabré sostenerle de manera que será útil para su gloria». Le parece una forma justa de «compensarle por sus pesadumbres». Pero no sólo se trata de su marido. Manon tiene algo más en su cabeza: nada menos que la intuición de que sólo en la cárcel podrá entregar toda su alma a la persona a la que ama, sin restricción ni remordimiento alguno. «¿No te das cuenta de que al encontrarme sola es contigo con quien vivo?», le escribirá tres semanas después a Buzot.<sup>[301]</sup> París se ha sublevado en cierto modo contra ella. He aquí a *madame* Roland escuchando el tocsín, sumergiéndose «en el ejercicio ilimitado del pensamiento libre».<sup>[302]</sup> Ese es el palpito, ese puede ser el plan.



## DOCE

Las luces de la planta principal de la Maison Commune han permanecido encendidas toda la noche. En el Salón de Plenos, cuyos siete grandes ventanales dan a la plaza de la Grève, permanecen reunidos gran parte de los ciento cuarenta y cuatro miembros del Consejo General Provisional de la Comuna presidido no por el alcalde, sino por su vicepresidente, Destournelles.

La Asamblea Municipal carga con el apellido de Provisional, pues aunque la mayor parte de sus miembros han sido elegidos por votación de las secciones, la premura con que la Convención les ha instado a sustituir a la anárquica y autonombrada Comuna del 10 de agosto ha impedido desarrollar los complejos mecanismos de selección previstos en la norma vigente desde 1790. Aunque es una asamblea netamente adicta a la Revolución, también refleja la división entre las secciones moderadas del norte y el oeste de París y las radicales del sur y del este. Incluye burgueses y *sans-culottes* e incluso al excuro *enragé* Jacques Roux, que representa a la miserable Sección de Gravilliers.

Inmediatamente a la izquierda del Salón de Plenos, vista desde la calle, hay una especie de estancia de cortesía que durante el Antiguo Régimen se llamaba Sala de la Reina. «Papá» Pache, Chaumette y Hébert han pasado en ella gran parte de la noche, rodeados de sus cargos municipales de confianza, entrando y saliendo del Salón de Plenos para coordinar la reacción del Ayuntamiento ante los acontecimientos.

Tras el tañido de la campana de Notre-Dame, la Comuna ha emitido un escueto bando que parece destinado a frenar la revuelta: «Ciudadanos, la tranquilidad es más necesaria que nunca en París. El Departamento ha convocado a las autoridades constituidas y a las cuarenta y ocho secciones para esta mañana, para tratar asuntos de salud pública. Toda medida que avanzara las que deben ser tomadas en esta asamblea podría resultar funesta. La salud de la patria exige que permanezcáis tranquilos y que aguardéis el resultado de la deliberación».<sup>[303]</sup>

El acuerdo incluye la orden de pegar el bando en las paredes de los lugares más concurridos de París<sup>[304]</sup> pero tanto el alcalde como el procurador y su adjunto están jugando una partida con las cartas marcadas. En la Sala de la Reina está también un guardia nacional llamado Bachelard, enviado al Ayuntamiento como parte de un refuerzo de seguridad, que memoriza todo lo que escucha.

—¿Qué coño hacen ellos? —le pregunta uno de sus fieles al alcalde cuando ha pasado ya un buen rato, tal vez un par de horas, desde que comenzara a sonar el tocsín—. ¿Por qué no llegan?<sup>[305]</sup>

—Es aún demasiado pronto, no pueden estar todavía aquí —le contesta Papá Pache, dando a entender que todo va según lo previsto y recomendando calma.

Entonces el munícipe inquieto se vuelve a otro de sus compañeros:

—Vete a ver qué es lo que pasa por abajo.

Pero el aludido se desentiende:

—Lo siento, yo soy demasiado conocido, búscate a otro...

De repente es desde el propio campanario del Ayuntamiento desde donde emana también el repiqueteo del tocsín. Bachelard se queda atónito. Precisamente, una de las instrucciones que ha recibido su contingente es impedir que nadie lo haga sonar ilegalmente, y para él es evidente que ni el alcalde ni el procurador han dado esa orden. Va en busca de su jefe y le propone impedir por la fuerza que la campana siga sonando. La respuesta le deja de piedra: «No hay nada que hacer, hay un nuevo comandante general de la Guardia Nacional y las órdenes han cambiado».

Pronto el sonido del tocsín se confunde con el de unos tambores que llegan batiendo la generala. Cuando el tam-tam ya domina la escena, lo que Bachelard recordará como «un cortejo horrendo» irrumpe en el Salón de Plenos —el antiguo Salón del Trono municipal con dos solemnes chimeneas a sus extremos—, donde permanece reunido el Consejo de la Comuna con Destournelles al frente. Escoltados por los percusionistas llegan Guzmán, Varlet, Fournerot —menudo contraste entre el gigantón y el canijo contrahecho— y un gran número de *sans-culottes*, lanzando vivas a la nación y entonando canciones patrióticas. Incluso en medio de esa tropa quien aparece como jefe de la banda se distingue por su aspecto desaliñado y estrafalario, pues lleva «una bata india sucia, pantuflas verdes y al cuello una corbata gorda igualmente sucia cuyo nudo le cuelga sobre el pecho».

Es Dobsent, quien haciendo constar su condición de presidente del Comité Central Revolucionario, se apropia de la campanilla depositada sobre la mesa de Destournelles, la agita repetidamente y muestra un decreto, firmado la tarde anterior por Varlet durante su efímera presidencia, que anuncia la destitución de todas las autoridades municipales. Destournelles protesta con gestos grandilocuentes y tono declamatorio:

—Ciudadanos, podéis pronunciar nuestra destitución sin tener derecho a ello; lo que no conseguiréis será que la aceptemos. La amenaza y la misma violencia serán en vano. Nos podrán arrancar de nuestros escaños, pero no nos podrán hacer descender de ellos. Leo en los ojos y en el corazón de todos mis colegas que no hay ni uno de ellos que no esté dispuesto a recibir la muerte sobre su banco, como yo la recibiré sobre este sillón si es preciso.<sup>[306]</sup>

Pero enseguida, como si hubiera cumplido ya una especie de trámite ante la posteridad, Destournelles cambia de tono e incorpora un concepto que Varlet escucha con especial satisfacción:

—Si el pueblo tiene el derecho de instituir, también tiene el de destituir. Por lo tanto, ciudadanos, si vosotros tenéis el apoyo de la mayoría de las secciones, si vosotros lo justificáis, nosotros os devolveremos inmediatamente unos poderes que habrán dejado de existir. Pretender retenerlos no sería por nuestra parte ni coraje ni virtud, sino temeridad y crimen.

Chaumette, que ha entrado en la sala, indica entonces al secretario municipal y a

sus dos ayudantes que comprueben los documentos que les muestran los intrusos. Pura formalidad. Inmediatamente queda admitido que cuentan con poderes ilimitados otorgados por treinta y tres de las cuarenta y ocho secciones. Destournelles declama entonces que procede del pueblo y vuelve a diluirse en el pueblo y cede el sillón a Dobsent. Este se dirige a Pache, Chaumette y Hébert y les comunica sus destituciones, que ellos aceptan sin rechistar, retirándose de nuevo junto a Destournelles a la Sala de la Reina.

Pero entonces, como por arte de birlibirloque, el propio Dobsent se saca de la manga —tal vez literalmente— un nuevo decreto, también firmado con antelación probablemente por Varlet, por el que en nombre del pueblo les reintegra a todos en sus funciones, pero «revolucionariamente».<sup>[307]</sup> Ellos aceptan encantados, prestan juramento de fidelidad al nuevo mandato popular ante el hombre de la bata india y las pantuflas verdes, asumen el nombre de Consejo General Revolucionario de la Comuna y se comprometen a actuar coordinadamente con el propio Comité Central Revolucionario que sobre las nueve —casi a la vez que comienza la esperada reunión de las autoridades constituidas en la sala del Club de los Jacobinos— abandona el Arzobispado y se instala en el Ayuntamiento.

Su primer paso es lograr sin problema alguno que el viejo Consejo General Provisional, o sea, el nuevo Consejo General Revolucionario, ratifique el nombramiento de François Hanriot, comandante del batallón de la Sección de Sans-Culottes —antes llamada Jardin des Plantes, una de las tres integradas en el combativo *faubourg* Saint-Marcel—, como jefe máximo de la Guardia Nacional. Otro duro entre los duros, el orfebre Boulanger, y el hombre para todo de Pache desde su etapa en el Ministerio de Defensa, el químico radical Hassenfratz, son nombrados sus adjuntos.

La farsa se ha consumado. El poder municipal ha muerto, viva el poder municipal. Pache, Chaumette y Hébert se han quitado la careta. Ya son parte de la insurrección que durante meses han estado a la vez alentando y fingiendo combatir. Dobsent ha hecho mutis por el foro tras darles el correspondiente abrazo revolucionario. Su papel ha sido el del sacerdote que administra un sacramento: los santos óleos de la unción popular.

Las autoridades constituidas de la Comuna de París no podían sublevarse contra los representantes del pueblo integrados en la Convención Nacional sin el respaldo o, mejor aún, sin el requerimiento del pueblo. Podían vulnerar la ley, pero no los principios revolucionarios. ¿Y quién es el pueblo? Pues en este caso un tipo con bata india y babuchas verdes, catapultado a la presidencia de un comité fantasma, fruto de una sucesión de motines asamblearios en los que, directa o indirectamente, incluidas todas las reuniones de las secciones levantiscas, no habrá participado ni el 1 por ciento de los menos de 700.000 habitantes de París, ni el 0,025 por ciento de los más de 28 millones de habitantes de Francia.

Varlet y Guzmán están en su salsa. Ellos, que tanto odian la Monarquía, se sienten

reyes durante unas horas. Varlet ha firmado el decreto ordenando que suene el tocsín, el que manda cerrar todas las barreras y los que conciernen a las autoridades municipales. Guzmán figura como secretario en algunos de ellos, alternándose con Fournerot. Incluso ha recibido poco después de las siete y media de la mañana un oficio del presidente de su Sección de Piques en el que, dando por hecho que el Comité Revolucionario ya controla los parques de artillería, le pide que ponga a su disposición «al menos un cañón». Nunca se había visto en otra igual.<sup>[308]</sup> Pero ¿para quién trabaja Guzmán?

El granadino ha sido comisionado además, quizá por su inflado pedigrí militar, para acompañar a Hanriot en su primera misión y proceder a detener a su antecesor en el cargo, el comandante de turno Mulot d'Anger.<sup>[309]</sup> Han cumplido el encargo y han dejado al reo a disposición de las autoridades de la Sección de la Cité.

Guzmán ha podido observar de cerca a su nuevo jefe militar. Es un hombrecillo de rostro rojizo y párpados colgantes con tan poca envergadura como mucho carácter. Ningún peligro ni escrúpulo parecen capaces de detenerle, y eso le ha convertido en el ídolo de las lavanderas del *faubourg* Saint-Marcel. Un tic nervioso encoge de cuando en cuando una de sus mejillas, revelando la impaciencia del hombre de acción.<sup>[310]</sup>

Guzmán y Varlet ven en Hanriot el personaje idóneo para sus pretensiones de llevar la Revolución hasta el paroxismo. Saben que fue uno de los empleados de las barreras de París que incendiaron los puestos de aduanas el mismo 12 de julio de 1789 en que Camille había lanzado su arenga en el Palais Royal; y que se distinguió por la saña con que arrojaba a la hoguera toda la documentación de su propia oficina. También saben que el 10 de agosto ha estado en primera línea liquidando a los suizos de las Tullerías y que probablemente no haya sido ajeno a las masacres de septiembre. Saben por último —y esto es lo más importante— que es un verdadero *sans-culotte* y que su sección no ha tomado ese nombre a humo de pajas, pues casi la cuarta parte de sus quince mil habitantes son indigentes.

Que Hanriot tuviera fama de borracho y pendenciero sólo servía para mejorar aún más las cosas. Guzmán y Varlet lo hubieran cubierto de abrazos fraternales si hubieran tenido la oportunidad de leer el informe que anteayer, miércoles 29 de mayo, el confidente Perrière ha hecho llegar al ministro Garat a la una del mediodía:

He atravesado esta mañana muchos lugares, muchos mercados; he peinado el *faubourg* St. Marceau [sic]; todo me ha parecido tranquilo, más tranquilo que de ordinario. Sólo he recogido unas palabras atribuidas al comandante del batallón de la Sección de Sansculottes [sic] —antiguamente de Les Plantes— que me han parecido atroces... «Buenos días, mi camarada —habría dicho dirigiendo su tono de voz ronco a un obrero del puerto de St. Bernard—, pronto os necesitaremos, pero esta vez no trataremos a los bribones con picas, sino con barras de hierro».

Otro día se dirigió a uno de esos hombres que suelen estar sentados en su carreta: «¿Tienes trabajo, amigo?». «Bueno, no está mal». «Oh, yo te daré trabajo del mejor

dentro de unos días; no será madera sino cadáveres lo que transportarás en tu carruaje». «¡Qué bien, qué bien!», respondió el peón. «Haremos lo que ya hicimos el 2 de septiembre y eso nos hará ganar unas perras».

El nombre de este comandante es Hanriot. Es un partidario desafortado de la Montaña y de la municipalidad. Y lo verdaderamente aciago es que es partidario de todo lo extremo y violento. Yo he tenido a menudo la ocasión de escucharle y combatirle porque vivía en su sección.<sup>[311]</sup>

Garat ya sabe, pues, con quién les va a tocar lidiar a las autoridades constituidas en las próximas horas. Desde el punto de vista de Guzmán y Varlet se trata del hombre idóneo, en el puesto idóneo, en el momento idóneo. Ellos están, como Marat, en el cuanto peor, mejor. Son conscientes de que han logrado arrojar la nave del Estado contra el acantilado y están subidos en la cresta de una ola desde la que creen que van a poder controlar el naufragio. Se fían de sus amigos del Ayuntamiento y creen que juntos van a acabar con la Convención Nacional e imponer la democracia directa, la democracia real, la que el pueblo ejercerá sin ningún tipo de intermediarios. No se dan cuenta, sin embargo, de que hay otras operaciones en marcha, de que ellos no son los que manejan los hilos, sino más bien las marionetas, o como mucho los compañeros de viaje de quienes después de haber dado cuerda a su cometa les cortarían las alas tan pronto como sientan el riesgo de que todo pueda ir demasiado lejos. Porque aunque ellos no lo saben, están metidos de hoz y coz en un golpe de Estado —el primero jamás llevado a cabo en ningún lugar del orbe contra un parlamento elegido por sufragio universal masculino—, y un golpe de Estado no se da ni para que el mundo se hunda, ni para cambiar la naturaleza de la sociedad.

Mientras ellos acampan en la Maison Commune, la verdadera partida transcurre en la Convención y en el Club de los Jacobinos. Cuando lo que acaba de comenzar termine, la posición de Robespierre, Danton y Marat —incluso la de Camille— será muy distinta a la de ahora. También la de Vergniaud, Ducos, Boyer-Fonfrède o los Roland. Pero Guzmán y Varlet se quedarán más o menos como estaban. La maniobra que les dejará fuera de juego está ya en marcha. De momento Dobsent ha dirigido la insurrección «hacia canales seguros»<sup>[312]</sup> en los que «la liga de Calígula»<sup>[313]</sup> teje su estrategia. Pronto se enterarán de que un golpe de Estado se da, única y exclusivamente, para conquistar el poder. Ni el granuja ni el lunático recibirán su parte.

# **CAPÍTULO I. SANGRE DE ENERO**

## UNO

Al filo de las tres de la tarde del lunes 21 de enero de 1793 uno de los diputados que durante esa quincena ejercían como secretarios, el moderado Bancal des Issarts, amigo de *madame* Roland y enamorado de la escritora británica Helen Maria Williams,<sup>[1]</sup> dio lectura ante la Convención Nacional de la recién proclamada República Francesa a una escueta carta que acababan de remitir a la cámara los seis integrantes del Consejo Ejecutivo Provisional. Sus firmantes eran Roland, ministro del Interior, Monge, ministro de Marina, Clavière, ministro de Finanzas, Garat, ministro de Justicia, Pache, ministro de la Guerra, y Lebrun, ministro de Asuntos Extranjeros. Su objeto era comunicar sin más a la Asamblea el cumplimiento de «los decretos [...] relativos a Luis Capeto».

Otro de los secretarios, Lesage, propuso entonces a la cámara que se leyera también el acta adjunta de la sesión del Consejo General de la Comuna de París en la que poco antes se había informado con algún detalle de lo ocurrido esa misma mañana en la plaza de la Revolución. La reacción del ala izquierda de la Convención fue rotunda.

—¡No, no! ¡No hace falta!

El *montagnard* Lamarque explicó por qué:

—Una vez que el tirano ya no existe, sus crímenes han quedado expiados. Hagamos la guerra a la tiranía y olvidémonos de los tiranos.

Fue el criterio que se impuso. Y, sin embargo, habrían bastado tres minutos para que el pleno de la Asamblea escuchara el escueto relato redactado por el excruciante Jacques Roux —designado comisario de la Comuna quizás para más escarnio de la víctima— sobre lo ocurrido desde que él y sus acompañantes llegaron al Temple «para anunciar al tirano que la hora del suplicio había llegado». Más o menos el mismo tiempo que, a modo de última pausa del destino, había precedido a esos históricos últimos instantes, en medio de la multitud congregada al pie de la guillotina: «Ha llegado a las diez horas y diez minutos. Ha tardado tres minutos en descender del carruaje. Ha querido dirigirse al pueblo. Santerre lo ha impedido. Su cabeza ha caído».

A la Convención no le interesaban esos detalles. Como escribiría esa noche Lucile Desmoulins en su diario, «han dado muerte a Capeto y todo ha transcurrido con una tranquilidad perfecta».<sup>[2]</sup> Ni siquiera había trascendido el conato de intento del barón de Batz de liberar al egregio condenado al paso de su carruaje por el bulevar de Bonne-Nouvelle.<sup>[3]</sup> Más que a la ejecución del hombre que había regido sus vidas durante los últimos dieciocho años, gran parte de los parisinos había creído asistir a la extirpación del último obstáculo que se interponía entre ellos y todas las promesas de felicidad y prosperidad engendradas por la Revolución. Tras el apasionamiento, el drama y la incertidumbre de las votaciones de la semana anterior, para la gran



mayoría de los diputados lo ocurrido esa mañana era ya el simbólico punto de no retorno, el cabo de las Tormentas tras el que el Antiguo Régimen quedaba definitivamente atrás y la nave del Estado se adentraba en el ignoto y anhelado océano de la democracia.

Tres años, seis meses y siete días después del estallido de la Revolución los representantes de la nación se quedaban al fin solos a cargo del timón. La Convención era Francia y Francia era de la Convención. «Ahí la tienes, báilala», parecía decirle el pueblo a su primer parlamento elegido por sufragio universal masculino.

La única muerte violenta que durante aquellas horas conmocionaba a los diputados no era, de hecho, la del hasta hacía cinco meses titular por derecho divino de la Corona, ordenada por ellos mismos por raspada mayoría, sino la de uno de sus compañeros, Michel Le Peletier de Saint-Fargeau, asesinado la tarde anterior en un restaurante del Palais Royal por un antiguo guardia de Corps llamado Pâris, como venganza anticipada por la ejecución de su señor.

La conmoción era doble tanto por las circunstancias del hecho (cinco de la tarde, comedor en el sótano de Chez Février, momento de ir a pagar la cuenta, un individuo vestido con una hopalanda gris de forro verde que se encara al diputado y le reprocha haber votado la muerte del rey, un sable corto desenvainado con la flor de lis cincelada en el puño que le perfora el estómago, el asesino que huye impune sin que nadie intente detenerle) como por la personalidad de la víctima.



*Asesinato de Le Peletier por el guardia real Pâris en Chez Février. Grabado de Dumoulin, Museo de la Revolución Francesa, Vizille.*

Le Peletier era uno de los hombres más ricos y de cuna más elevada de la

Convención. Una de las jóvenes estrellas del Antiguo Régimen, captada por la filosofía de las Luces para la causa de la Revolución. A los veinticinco años había heredado de su padre la presidencia del Parlamento de París<sup>[4]</sup> gracias a una dispensa de edad, liderando luego su resistencia al despotismo de la Corona. En 1789 había sido elegido representante de la nobleza de París a los Estados Generales, y aunque inicialmente se había opuesto a la deliberación conjunta de los tres órdenes que dio paso a la Asamblea Constituyente, luego se había sumado con entusiasmo al movimiento de abolición de privilegios, eliminando los escudos y otros signos señoriales de sus propias posesiones.

En la Constituyente había fracasado en su empeño de abolir la pena de muerte, pero había logrado que la más humana decapitación sustituyera al bárbaro ahorcamiento. En la Convención preparaba un gran informe sobre la reforma de la educación, y aunque era contrario a la ejecución del rey,<sup>[5]</sup> había terminado votando por ella. El motivo se lo había explicado al bretón Lanjuinais —también de cuna aristocrática pero mucho más valiente que él—: los radicales «le matarían»<sup>[6]</sup> si respaldaba la apelación al pueblo.

Le Peletier era consciente de que, tal y como habían evolucionado las cosas, su sino, como el del propio exduque de Orleáns, era seguir la deriva de la Revolución hasta donde llegara el golpe de péndulo. Así se lo había explicado a un viejo conocido: «Amigo mío, cuando se ha pertenecido al Parlamento de París y se tiene una gran fortuna, no caben sino dos opciones: hay que estar en Coblenza o acogerse a la Montaña».<sup>[7]</sup>

Él había optado por lo segundo y ahora acababa de rendir su último gran servicio a esa cada vez más firme e imponente Montaña, proporcionándole su protomártir. El hecho de que el primer diputado víctima del crimen político no hubiera caído a manos de los sanguinarios septembristas o cualquier otro grupo de enloquecidos *sans-culottes*, sino de un monárquico vengador, era una baza demasiado buena como para que la Montaña renunciara a aprovecharla, ni siquiera esa misma mañana en la que se suponía que la ejecución del rey iba a dar paso a un nuevo clima de unidad en la Convención.

—Es importante que se siga el rastro de este asesinato —clamó el jacobino Thuriot,<sup>[8]</sup> uno de los alfiles parlamentarios de la izquierda, peleón y mujeriego, apenas iniciada la sesión—. Se verá de qué lado están los puñales y hacia quién van dirigidos.

—Ya vemos de qué lado están los puñales —reiteró su correligionario, Amar.

Enseguida fue Drouet, el encargado de la posta que reconoció al rey y frustró su huida en Varennes, ahora diputado por el Departamento de Marne, quien añadió una denuncia especialmente creíble, siendo quien era:

—He recibido dos cartas en las que se me dice: «Si la cabeza del rey cae, también caerá la tuya».

Otro *montagnard*, Philippe Goupilleau, añadió que un hombre sospechoso había

hecho además de atacarle en el Café de la Unión, junto a la iglesia de Saint-Roch, mientras se tomaba un ponche.

Bentabole, un hombre del «aparato» jacobino a quien algunos llamaban «Marat el Joven» por el radicalismo de sus soflamas, el primer diputado que desde el 8 de octubre había pedido en el club de la calle Saint-Honoré la ejecución del rey, deslizó ya el principal objetivo inmediato de su grupo: era preciso renovar el Comité de Seguridad General, también llamado de Vigilancia —responsable de las labores policiales—, reduciendo su composición y haciéndolo más operativo.

—¿Cómo queréis que ese comité, compuesto por sesenta miembros, y obligado a reunir la firma de dieciocho, algo siempre difícil, para poder ordenar cualquier detención, cumpla su propósito? No es sorprendente que los emigrados vuelvan cada día a París y que afluyan los monárquicos y los contrarrevolucionarios. No es sorprendente que un crimen como el que deploramos y que ha sumido en el mayor duelo a la República y a la patria haya tenido lugar en pleno día, bajo los ojos de todos, ante la estupefacción general.

Era de esperar que nadie tuviera la «falta de delicadeza» de impedir la renovación de ese comité, rubricó Bentabole. Y un jacobino con más entidad que todos ellos, el marino y pastor calvinista Jeanbon Saint-André, un hombre cuyo celo republicano tenía siempre el tinte del fanatismo y el aroma de la revancha de la llamada «Iglesia del Desierto»,<sup>[9]</sup> lanzó entonces el primer ataque contra un colega del ala moderada:

—He visto con indignación un cartel pegado en la pared por Yzarn Valady. Me sorprende que después de que vosotros hubierais decretado que se podía juzgar a Luis, todavía se sostenga su inviolabilidad absoluta. Un ciudadano que rehúsa obedecer la ley es un rebelde, pero la rebelión adquiere un carácter más infame cuando se trata de un representante de la nación. No hay crimen parecido a ese. Pido que se llame a Valady para que reconozca este hecho y entonces yo solicitaré contra él un decreto de acusación.

El marsellés Barbaroux, meridional, corpulento y sensual, el joven en quien *madame* Roland veía la efigie misma de Antinoo —el amante del emperador Adriano—,<sup>[10]</sup> salió en defensa de su colega ausente y del elemental principio del respeto a las minorías:

—Yo he mantenido una opinión contraria a la de Valady porque yo he votado por la muerte y él por la detención. Pero no sé a cuento de qué viene la denuncia de Saint-André. Parece que no sepa leer, porque el cartel de Valady no es otra cosa sino el discurso que ha pronunciado en esta tribuna. Y ciertamente sería muy sorprendente que él no pudiera pegar en la pared una opinión que vosotros habéis escuchado y que ha sido impresa por orden vuestra.

Pese a los murmullos irónicos, Jeanbon Saint-André no soltó la presa. David lo retrataría embutido en un redingote, en además más determinado que desafiante, con los brazos cruzados y el rostro picado de viruelas, dejando asomar su pelo rizado y desgreñado bajo un ajado sombrero de copa alta. Era un hombre a la vez de

pensamiento y de acción, profundo y empeñado, con un fuego misionero en la mirada siempre dispuesto a abrasar a quien se apartara del camino recto. Su siguiente paso fue criminalizar mediante un juicio de intenciones la opinión del discrepante, vinculándola con el asesinato de Le Peletier:

—Le digo a Barbaroux que yo sé leer y que Valady no debería haber pegado su cartel, tanto si es un discurso pronunciado aquí como otra cosa, porque es contrario a la ley. La ley ha sido aprobada: todas las cabezas deben plegarse bajo su yugo. ¿Qué es lo que caracteriza el delito? La intención. Si Valady ha colocado su cartel no ha sido con intenciones cívicas. Habéis visto por el desgraciado acontecimiento por el que lloran todos los buenos ciudadanos a qué atentados puede llevar la expresión de una opinión contraria.

«Hay más hiel en el dedo pequeño de este hombre que en todo el cuerpo de Marat», comentaría Lanjuinais tratando de describir la actitud de Saint-André.<sup>[11]</sup> Aferrándose a esa línea dura que le había acarreado no pocos problemas en su Montauban natal, el jacobino calvinista arremetió también contra uno de los dos diputados que habían dimitido a raíz de la condena a muerte del rey:<sup>[12]</sup> el exconde Armand Kersaint, marino como él, al que acusó de haber dicho en su carta de renuncia que dejaba el acta «porque no quiere sentarse entre asesinos». El ambiente se iba caldeando y el jacobino calvinista seguía en su escalada:

—Desde hace cuatro meses no cesan de llamarnos asesinos, de presentarnos como hombres violentos que quieren alimentarse de pan amasado en sangre. Y es a nosotros a los que se nos amenaza, es a nosotros a los que se nos degüella. Yo mismo he sido amenazado, yo he recibido una carta anónima en la que se decía que, si votaba contra el rey, me asesinarían a mí y a mi mujer.

Saint-André no explicó que su mujer, unos cuantos años mayor que él, se había quedado en Montauban, la ciudad occitana en la que había ejercido como pastor de la minoría hugonote, y que por lo tanto esa amenaza parecía más relacionada con ajustes de cuentas provincianos que con el gran debate nacional. Enseguida hubo quien, sin embargo, le secundó.

—Yo declaro que he recibido otra amenaza igual —clamó desde su rudimentaria silla de ruedas el paralítico Georges Couthon, cada vez más próximo a Robespierre.

—¡Y nosotros también! —corearon otros *montagnards*.

Saint-André, transformado durante los últimos meses en látigo y zelote de la «iglesia jacobina», insistió en su alegato contra los moderados:

—Buscan confundir el espíritu público. Favorecen a los departamentos que quieren erigirse en soberanos, reclutar tropas y disponer de los dineros de la República. Y llaman desorganizadores a los que se oponen a sus proyectos. Esto es lo que creo que debo decir, esto es lo que importa que Francia sepa. Insisto en pedir que se convoque a Valady.

Otro pastor protestante, pero de signo mucho más moderado, Rabaut Pommier, hermano pequeño del respetado Rabaut Saint-Étienne, aclaró que si Valady había

hecho colocar su cartel había sido para salir al paso de «la calumnia» de un periódico que le había atribuido la siguiente frase: «Luis me hizo condenar a muerte hace cuarenta y dos meses; yo le condeno a muerte hoy». Tal y como aclaraba el cartel, Valady había dicho lo contrario: que aunque había sido condenado a muerte al comienzo de la Revolución por sublevar a su compañía de Guardias Franceses, no podía hacer lo propio con el rey «porque la justicia eterna me lo impide».

—Pero yo también he visto un cartel —prosiguió Rabaut Pommier— en el que se declara traidores a la patria a quienes han mantenido una opinión distinta de quienes han votado por la muerte. Y yo os pregunto si, puesto que está permitido a un ciudadano levantar el cuchillo contra el que sea considerado traidor a la patria, ¿no supone colocar tales carteles exponer a los ciudadanos honestos al puñal de los malvados?

Como casi siempre, el joven e impulsivo Jean-Lambert Tallien<sup>[13]</sup> subió entonces el nivel de la apuesta:

—Propongo que Kersaint sea arrestado y conducido hasta la barra.

Bréard, un *montagnard* con fama de hombre templado, nacido en Québec, hizo otra propuesta aún más expeditiva:

—Pido que se hagan visitas domiciliarias<sup>[14]</sup> para constatar cuáles son los ciudadanos extranjeros que se hallan ahora en París.

Todo indica que el astuto Bertrand Barère le había mandado por delante, a modo de liebre parlamentaria, porque fue él quien a continuación subió a la tribuna. Barère siempre tenía algo que decir y lo decía bien. «Es el primer hombre al que he visto llegar desde el fondo de una provincia con un tono y unas maneras propias del gran mundo y de la corte», había comentado *madame* de Genlis al conocerlo.<sup>[15]</sup> siempre empujaba hacia delante la pelota de cuero y trapo de la Revolución. Para Barère la ejecución del rey había sido una especie de paso del Ecuador entre la proclamación de la República y la futura aprobación de la Constitución.

—La República fue decretada el 21 de septiembre; esta mañana a las once horas ha sido reafirmada; pronto quedará constituida. Pero tiene grandes enemigos. Es preciso que toméis medidas de seguridad general para vigilar a los de dentro y que hagáis todos los preparativos necesarios para vencer a los de fuera.

Tras esa enfática introducción entró en materia, buscando como siempre el término medio entre las opciones posibles:

—Se os ha pedido que se hagan visitas domiciliarias. Yo apoyo esta proposición. Pero quiero que haya formas de tutela que aseguren el respeto a las personas y a las propiedades. Yo he temblado ante la expresión «visitas domiciliarias». He temido que no estuvieran suficientemente iluminadas por el sol y que se convirtieran en una señal para las venganzas particulares. Yo pido, pues, como Bréard, que un comité proponga mañana el modo de hacerlas y sobre todo que se hagan a la luz del día, a fin de que estén presididas por la justicia y la confianza de los ciudadanos.

Y añadió una nueva iniciativa de su propia cosecha:

—Otra medida, aún más urgente, es también necesaria. Decretad que los ciudadanos de París que sean lo suficientemente enemigos de la patria como para esconder a emigrados serán castigados con seis años de cárcel si, en el plazo muy corto que fijéis, no los denuncian ante la municipalidad o las secciones.

Entre gritos de «¡Se apoya! ¡Se apoya!», Barère se sintió lo bastante fuerte como para proponer que la Convención asistiera en pleno a los funerales de Le Peletier —«¡Sí, sí, iremos todos!»— y para darle un sentido a su martirio.

—Se ha dicho que había que jurar ante la tumba de Luis olvidar todos los odios y divisiones particulares. No, nosotros no debemos jurar ante la tumba de un tirano. Es ante la tumba del desgraciado Le Peletier, al que yo lloro, ante la que debemos sacrificar nuestras pasiones y ante la que debemos jurar vengarle o imitar su ejemplo.

Barère vertió sus lágrimas de republicano doliente con teatralidad insuperable entre aclamaciones y vítores. Numerosos diputados y parte del público se contagiaron de la llantina, pero Robespierre no quería que ese ataque de sentimentalismo echara a perder la oportunidad política y pidió la palabra. Para abrir boca espolvoreó unas dosis de retórica intencionada:

—Yo hago, como cualquier otro, votos para que permanezcamos unidos. Yo he pedido esa unidad mediante gritos impotentes. Pero la unidad que nos conviene no es la de los individuos, sino la de los principios. Es hermoso que los diputados se abracen, pero más hermoso aún es que todos se precipiten a abrazar juntos a la estatua de la Libertad. La nación está interesada no sólo en que sus representantes estén unidos entre sí, sino en que estén invenciblemente ligados a la presencia del pueblo, a la justicia y a la libertad. A esa cita os convoco.

Y enseguida lanzó la estocada contra el aparato de propaganda de los Roland:

—Haced un acto de franqueza, reconoced al menos ante vosotros mismos que lo que nos ha dividido es la calumnia dirigida contra los miembros más cercanos al pueblo, la calumnia de la que también Le Peletier fue a veces víctima. Pido que la Convención vigile el uso de las sumas que se destinan a formar el espíritu público. Pido que se examine con severidad republicana si los fondos atribuidos a esa partida han tenido un destino respetable. Pido que se haga justicia contra esos escritos que, excitando la piedad sobre la suerte del tirano, expandían las calumnias más liberticidas contra los que pedían su muerte. Pido que hagáis rendir cuentas con severidad al ministro del Interior de las sumas puestas a su disposición y que remitáis al Comité de Seguridad General, renovado en los términos en los que se ha propuesto, el examen de su informe.

Puesto que iba de oradores vanidosos, el engolado Pétion, exalcalde de París y examigo de Robespierre,<sup>[16]</sup> subió a la tribuna tan pagado de sí mismo como de costumbre:

—Yo no propongo en mayor medida que el preopinante la amistad entre los partidarios de la libertad y los de la tiranía. Yo tampoco quiero estos vanos simulacros de abrazos que han tenido lugar para asfixiar la libertad.<sup>[17]</sup> Pero quiero la



libertad de opiniones, quiero que el subir a esta tribuna no signifique verse rodeado sin cesar de sospechas y calumnias. Si alguien en esta Asamblea puede citar un solo hecho [sobre mí] que haga ruborizarse a un hombre de bien, le desafío a que lo haga aquí, en lugar de calumniar en la sombra.

En mala hora arrojó ese guante. La Montaña le tenía ganas y lanzó espumarajos por la boca. Tallien le acusó de haber calumniado a Le Peletier, Thuriot de haber ocultado a los comisionados de la Legislativa lo que el 2 de septiembre pasaba en las prisiones («Le acuso de querer perseguir a quienes han asesinado, cuando él debería subir el primero al patíbulo»), y Collot d'Herbois de divulgar falsedades («¡No eres más que un vil calumniador!»). El alboroto se adueñó de la sala. Vergniaud, presidente de quincena, intervino con tacto:

—Si las acusaciones individuales están en el orden del día, entonces no lo está la salud de la patria. Llamo al orden a los que retrasan el momento de salvarla.

Pétion se defendió vagamente e intentó recomponer, balbuceando, la figura:

—Presidente, el principal medio que podemos emplear en las actuales circunstancias para establecer la unidad en la República es empezar por descartar en esta Asamblea todo odio particular, respetarse mutuamente y no perder de vista esta dignidad que se desprecia sin cesar.

Enseguida retomó el hilo y asumió su papel como paladín de los barrios burgueses de París:

—Si hacéis las visitas domiciliarias, asustaréis a gran parte de los ciudadanos pacíficos. Haréis desertar a muchos de esta ciudad, que ya está suficientemente desierta. Se creerá que todo está perdido. Se creerá que ya no hay ninguna clase de seguridad. Los extranjeros no estarán, huirán de los domicilios. No temo decirlo: las visitas domiciliarias masivas no producirán sino miedo, y por otra parte no conseguirán el objetivo que persiguen.

Entonces tomó la palabra Danton, y toda la Convención, incluidas las bulliciosas tribunas, guardó de repente silencio. Su figura llenaba el estrado como la de ningún otro, pero sus ademanes no eran ese día feroces. Conocía como nadie cuáles eran los resortes emocionales de la cámara e improvisó con sonora solemnidad, hilvanando unos asuntos con otros:

—Es en este momento tan terrible en el que subrayo con satisfacción que el pueblo, a cuyos excesos parecía haber tanto miedo, ha respetado la libertad de aquellos de sus representantes que han traicionado de manera más inmediata sus intereses. ¿Dónde estaríamos si uno de los que no han querido votar la muerte del tirano hubiera perecido bajo el cuchillo de un patriota ofuscado? Sin duda la calumnia, preparada durante tanto tiempo, causaría efectos devastadores entre nosotros.

Las tribunas asentían ya con indignación cuando Danton prefirió levantar el vuelo, abrazándose imaginariamente al cadáver del finado:

—Pero, ciudadanos, seamos generosos. La vida de Le Peletier fue bella y su

muerte servirá aún a la República. ¡Ciudadano generoso: envidio tu muerte! Va a probar a Francia que entre nosotros no existía peligro sino para quienes ardían de santo amor por la libertad. Me gustará demostraros que soy ajeno a todas las pasiones, que sé unir a la impetuosidad de mi carácter la flema que conviene a un hombre elegido por el pueblo para hacer sus leyes.

El «Mirabeau de los desagües» señaló entonces con un ademán rotundo a los bancos de la Montaña:

—Me honro de formar parte de estos ciudadanos que han sido presentados sin cesar como enemigos de toda clase de gobierno. Yo les conjuro a no exasperarse...

O sea, Danton en estado puro. Primero había presentado a los moderados como traidores; luego les perdonaba la vida, dorando la píldora a la Montaña. Pero él había subido a la tribuna con tres objetivos muy concretos. Y de cara a conseguir el primero tenía un precioso as en la manga:

—Yo me someto a vuestro juicio. ¿He mostrado otra cosa que no sea deferencia por ese vejestorio que es aún ministro del Interior? Yo no calumnio las intenciones de Roland, pero quiero que se conozca su carácter. Roland considera un malvado y un enemigo de la patria a quien no acaricie sus pensamientos y sus opiniones. Yo os emplazo a vosotros, mis queridos conciudadanos, a ti, Lanthenas, a aquellos cuya relación con Roland deben servir para contrastar este testimonio, a que recordéis esta frase: ¡ciudadanos, no es con la calumnia con lo que pido que un hombre deje de ocupar su puesto, sino a partir de la opinión de sus comensales!

El acta de la sesión subraya que en este momento se produjeron murmullos. Muchos diputados pudieron darse por aludidos, pero es imposible que Buzot no fuera consciente de lo que significaba hablar del carácter de Roland y poner por testigo a Lanthenas. La mera posibilidad de que su pudorosa relación con Manon pudiera convertirse en materia de debate en la Convención debió producir un intenso escalofrío<sup>[18]</sup> al diputado normando, frecuente portavoz del bando moderado. El doctor Lanthenas no necesitó abrir la boca. La causa del ministro del Interior estaba perdida. Danton tenía prendido un guiñapo y se lo pasaba de cuerno a cuerno como si fuera uno de los toros con los que se las tuvo tiasas en su infancia. Incluso se permitió el adorno de aludir a cómo él mismo le protegió durante las masacres de septiembre:

—Pido por el bien de la República que Roland deje de ser ministro. Roland había temido ser golpeado por una orden de detención durante esos días demasiado famosos y desde ese instante sólo ha visto a París de color negro, cuando París es la ciudad de todos los departamentos y la ciudad de todas las luces. Ese es su gran error y su gran falta.

Seguro de haber dejado ya con la estocada dentro a su primera víctima, Danton fue a por su siguiente objetivo buscando una posición de compromiso con los moderados:

—Habéis planteado medidas concretas tales como las visitas domiciliarias. Yo me opongo a esta medida en su integridad. No creo que en un momento en que la nación

francesa se opone a una *bill* [sic] aprobada por el parlamento británico contra los ciudadanos franceses, deba dar el ejemplo de [adoptar] una medida que ella misma condena.

Y entonces, como quien no quiere la cosa, lanzó su propuesta:

—Yo digo que hay otra manera de llegar al mismo fin. Es preciso que contéis con un Comité de Seguridad General digno de vuestra plena confianza. Renovadlo, si lo juzgáis necesario, para que podáis darle un gran margen de maniobra, y cuando las dos terceras partes de sus miembros crean tener el hilo de un complot, que tengan derecho a entrar en la casa en la que sospechen que se esconde un conspirador. Es la única manera de conseguir vuestro objetivo sin comprometer los principios.

Danton había tomado nota de que Robespierre no había hecho hincapié en las visitas domiciliarias. Tenía margen, pues, para presentarlas como una práctica propia de los detestados ingleses. Un argumento de peso. Danton no quería más sangre en las calles de París. Como de costumbre, iba a lo práctico, a las decisiones que afectaban al juego del poder. Y como no daba puntada sin hilo y la tercera de sus prioridades era apoyar a Dumouriez de cara a la conquista de Bélgica y los Países Bajos, terminó sugiriendo que Pache debía dejar el Ministerio de Defensa porque, aunque fuera «un buen patriota», la tarea era «superior a sus fuerzas».

Barère dio a entender que se sentía satisfecho con la alternativa de Danton, pero el más radical Osselin insistió en las visitas domiciliarias. Fabre d'Églantine apoyó a su jefe. Se acordó enviar ambas propuestas al Comité de Legislación pero, por si hubiera alguna duda de cuál iba a prevalecer, también se acordó sobre la marcha reducir el número de miembros del Comité de Seguridad General: «La Convención Nacional decreta que su Comité de Vigilancia sólo constará de doce miembros, que serán elegidos en alta voz en la sesión de mañana», anunció Vergniaud. Estaba a punto de levantar la sesión cuando Thuriot remató para los dantonistas la faena ejecutada a medias con Robespierre:

—Pido que la Oficina instituida por Roland para formar el Espíritu Público sea suprimida y que el ministro rinda cuentas de los fondos puestos a su disposición en concepto de gastos de imprenta.<sup>[19]</sup>

Los bancos estaban ya semivacíos. Sólo Boyer-Fonfrède intentó en vano que la decisión se aplazara. Ni Buzot ni ningún otro primer espada del sector moderado aparecía por ninguna parte. La Convención votó y acordó suprimir el organismo en el que los Roland tenían puestas todas sus complacencias como palanca de estabilidad política. Por fin Vergniaud levantó la sesión matinal... a las cuatro de la tarde. Algo más que la cabeza del rey estaba rodando por los suelos en esa fría y húmeda jornada de invierno.

## DOS

La sesión vespertina comenzó a las ocho menos cuarto de la noche. En principio estaba reservada a que la Convención escuchara peticiones de toda índole pendientes desde la víspera. Pero cuando Vergniaud iba a dar la palabra al primero de los peticionarios, dos *montagnards* del ala dura, Choudieu y Albitte, plantearon que se votara inmediatamente la nueva composición del Comité de Seguridad General, alegando que «la salvación de la patria no puede aplazarse».

Vergniaud miró alrededor. Como de costumbre en una sesión tan tardía apenas si había un tercio de diputados en sus puestos. Además los bancos de los moderados y la Planicie, situados a su izquierda, estaban especialmente vacíos, y en cambio la Montaña, desparramada desde la cima de lo que para él era el flanco derecho, había acudido casi en pleno. La maniobra estaba clara. Vergniaud recordó que el decreto con el que había levantado la sesión hacía apenas cuatro horas fijaba la votación para el día siguiente. Pero el reglamento de la cámara dejaba la decisión final en manos de los diputados presentes. Las protestas del centro y la derecha tuvieron una réplica contundente:

—¡Silencio! ¡En las circunstancias en las que estamos, los conspiradores deben callarse! —clamó Choudieu.

—¿Estamos aquí para ser constantemente insultados y tiranizados? —se interrogó indignado el novelista y periodista Louvet de Couvray.

—¿No es este Louvet? —replicó Duhem—. Nuestro eterno difamador.

Vergniaud consultó a la cámara y acreditó que la mayoría pedía que se votara de inmediato. A propuesta del carnicero Legendre, amigo de Danton y hombre fuerte del Club de los Cordeleros, junto al que tenía su negocio, se acordó que el voto fuera nominal y que cada diputado presentara una lista con sus doce preferencias.

—¡Sí, sí! No hay tiempo que perder. Este voto nominativo debe salvar a la patria —exclamó Lamarque, demostrando un especial interés.

De nada sirvió ni que Grangeneuve advirtiera que los diputados de la delegación de la Gironda, dispersos y descoordinados como de costumbre, no habían podido preparar sus listas, ni que el bretón Defermon explicara que le habían cogido a lazo en un comité y que muchos otros colegas no habían podido acudir a votar. A lo largo de más de tres horas, 299 de los 749 miembros de la Convención fueron depositando sus listas en la mesa de los secretarios.

Mientras comenzaba el escrutinio, el tan agresivo como alocado Basire, casi siempre próximo a Danton, <sup>[20]</sup> presentó una de sus típicas mociones:

—Propongo la pena de muerte contra el particular que esconda conscientemente a Pâris, el asesino de Le Peletier. Y que además se decrete una gratificación a quien lo denuncie.

Los moderados Boyer-Fonfrède y Defermon entraron al trapo y propusieron una

redacción alternativa. Entonces Robespierre se levantó indignado:

—Yo ataco el fondo mismo de la moción. Es contraria a todos los principios. ¡Vaya! En un momento en el que vais a borrar de vuestro Código Penal la pena de muerte,<sup>[21]</sup> ¿queréis decretarla para un caso particular? Los principios de la justicia eterna se oponen a ello. ¿Por qué salirse de la ley, por otra parte, para vengar a un representante del pueblo? No lo haríais por un simple ciudadano; y, sin embargo, el asesinato de un simple ciudadano es igual a los ojos de las leyes. Yo pido que las leyes existentes sean aplicadas contra el asesino de nuestro desgraciado colega y que, con respecto a esas proposiciones, la Asamblea pase al orden del día.

Eran las once y media de la noche. Se acordó levantar la sesión y completar el recuento a la mañana siguiente. El mismo día que le habían cortado la cabeza al rey gracias a su insistencia, Robespierre había vuelto a defender, pues, la abolición de la pena de muerte.

Poco antes el aún alcalde Chambon había dirigido una carta a los miembros del Consejo Ejecutivo comunicándoles «que todo París se encuentra en la mayor tranquilidad, que los habitantes del *faubourg* Saint-Antoine se han reunido en gran número en los *cabarets* [entiéndase “tabernas”], donde se regocijan por la muerte del tirano, y que los soldados acantonados en este barrio han cogido en un depósito de madera grandes haces de leña para hacer una hoguera para celebrar el castigo de Luis».<sup>[22]</sup>

Entre tanto en el club de la calle Saint-Honoré se hacía balance de la jornada en términos eufóricos: «No sé cuánto durará esto, pero la Convención Nacional es hoy jacobina», proclamó el virulento pedagogo Léonard Bourdon, tras pedir a los asistentes que lo celebraran porque «hemos conseguido» la supresión de la Oficina de Formación del Espíritu Público de Roland. El vinatero Desfieux, coordinador de los tentáculos del club a través de sus filiales en toda Francia, planteó que cualquiera que tuviera alguna denuncia que hacer contra el aún ministro del Interior la canalizara a través de su enemigo personal, Collot d’Herbois. Y el ingeniero Dufourny, presidente y muñidor del directorio del Departamento de París, anunció —adelantándose al propio escrutinio— que el Comité de Seguridad General «estará compuesto desde ahora por doce sinceros patriotas».<sup>[23]</sup> Esto era una maquinaria política en pleno funcionamiento.

## TRES

El escrutinio no arrojó ninguna sorpresa respecto a lo anunciado con euforia en el Club de los Jacobinos. Doce *montagnards* coparon los doce puestos, encabezados por Basire y su corrupto compinche el excapuchino Chabot<sup>[24]</sup> También estaba el joven Tallien como figura de más peso, y tres de los que más habían hecho la víspera para que se votara de inmediato: Lamarque, Duhem y el carnicero Legendre, un tipo tan echado hacia delante y mal hablado como para blasfemar por el mal tiempo.<sup>[25]</sup> El elenco incluía también a Rovère considerado lugarteniente en Avignon de Jourdan «Cortacabezas»<sup>[26]</sup> al extravagante Jean Debry, que acababa de proponer marcar al fuego en las mejillas a los curas refractarios y crear un cuerpo de voluntarios «tiranicidas» encargados de extenderse por el mundo para matar a los reyes,<sup>[27]</sup> a Bernard de Saintes, que había votado la muerte del rey «en mi calidad de hombre de bien», al agricultor Ruamps y a los anodinos Ingrand y Maribon-Montaut. Era el fruto del pacto entre los amigos de Danton y el núcleo duro de la Montaña. Los doce habían votado contra la apelación al pueblo, los doce habían votado por la ejecución del rey y los doce habían votado contra su aplazamiento. Sólo entre los suplentes aparecían unos cuantos moderados con Lasource a la cabeza.

Para el ala derecha se trataba de algo más grave que una humillación. En una cámara en la que siempre que habían actuado unidos, los moderados habían tenido la mayoría, la imprevisión de no acudir a una en principio rutinaria sesión nocturna les dejaba fuera del único comité con poder y funciones policiales. Algo doblemente grave si se tiene en cuenta que eran sus enemigos de la Comuna quienes controlaban la Guardia Nacional de París, que el proyecto de Guardia Departamental se había quedado en agua de borrajas, que su ministro del Interior estaba seriamente tocado tras la mutilación que para él suponía la eliminación de la Oficina de Propaganda, y que el Comité de Defensa General —concebido como instrumento de coordinación de la política militar y exterior— acababa de sufrir la baja de uno de sus miembros esenciales con la dimisión de Kersaint.

La jornada aún debía de depararles más experiencias amargas. Al filo del mediodía compareció en la barra el propio Kersaint, dispuesto a dar explicaciones sobre el contenido de la carta en la que decía que no quería seguir sentado al lado de «asesinos». La expectación era grande porque Kersaint no había sido un diputado más. De hecho había sido el alma del Comité de Defensa General que él mismo había propuesto crear y constituía el principal instrumento de poder de los moderados, puesto que era una especie de «comité de comités».<sup>[28]</sup> Cuando comenzó a hablar con su habitual aplomo, muchos de sus colegas pensaron que había que repescarle como fuera:

—Antes de responder a la cuestión creo que debo observar por la dignidad de la Convención, por la libertad y por respeto al pueblo que hay una ley que no puede ser



destruida sin aniquilar lo más sagrado de vuestra fuerza y de vuestros derechos. Una ley que no ha sido derogada y está concebida en estos términos: «Los representantes de la nación no podrán ser acusados por lo que hayan hecho, dicho o escrito en el ejercicio de sus funciones».

Puesta la venda antes que la herida, Kersaint, curtido en unas cuantas batallas navales y otras tantas políticas, optó por circunscribir su repulsión a un caso para muchos flagrante:

—Varios miembros de esta Asamblea me han escuchado decir, y ahora lo repito, que uno de mis mayores esfuerzos y de mis más grandes sacrificios ha sido tener que sentarme al lado de Marat. Lo que yo he dicho en mi carta y lo que pienso no se refería más que a Marat. Yo respeto y rindo honores a la mayoría de los miembros de esta Asamblea.

Muchos diputados no pudieron por menos que asentir con la cabeza mientras él seguía explicándose.

—Habéis consagrado la libertad de opinión hasta un extremo que no tiene parangón en ningún otro pueblo. Mi idea de la libertad de opinión no iba tan lejos. Yo he visto a un hombre acusado de haber escrito que había que cortar la cabeza a doscientos cincuenta mil ciudadanos sin que se le negara la tribuna para que dijera lo que pensaba. Espero que quedéis satisfechos con esta respuesta. Me parece extraordinario haber sido interpelado a cuenta de una carta que no dice nada comparable... No tengo nada más que añadir.

La mezcla de contundencia e ironía de Kersaint enardeció a los moderados, que pidieron para él los honores de la sesión, e irritó a los *montagnards*, que comenzaron a llamarle «desertor» a gritos. Dos de las mejores cabezas de la derecha, el abate Fauchet<sup>[29]</sup> y el diputado bretón Lanjuinais,<sup>[30]</sup> propusieron que Kersaint se reincorporara a su escaño —no sobraban voces como la suya—, toda vez que su dimisión no había sido aún aceptada. Pero tras un tenso tira y afloja en el que Marat solicitó en vano la palabra, el interesado volvió a intervenir:

—Declaro a la Convención que mi intención no ha sido retractarme de la decisión que he tomado. En lo que concierne a los honores de la sesión, agradezco la moción que se ha planteado, pero no puedo quedarme más tiempo. Os ruego que me permitáis retirarme.

Las risas irónicas de la Montaña al constatar la frustración de los moderados acompañaron la salida de Kersaint, pero el eco de las últimas líneas de su carta de dimisión dejó una estela de admiración en la Asamblea: «Regreso al seno del pueblo y me despojo de la inviolabilidad con la que él me había investido». Los moderados perdían definitivamente así a uno de sus más brillantes y valientes paladines.

En ese mismo momento *madame* Roland estaba redactando de su puño y letra una carta dirigida a la Asamblea con la firma de su esposo:<sup>[31]</sup> «París, a 22 de enero de 1793, año 2 de la República. Ciudadano presidente: vengo a presentar ante la Convención mis cuentas, mi persona y mi dimisión. Creo haber cumplido con mis

deberes...». Roland estaba profundamente dolido porque nadie le había defendido la víspera ni de la arremetida de Robespierre ni de los ataques vejatorios de Danton. «Ni un solo miembro de esta asombrosa mayoría, en la que muchos me querían y todos me estimaban, ha subido ni una sola vez a la tribuna para defenderme», se quejaría amargamente a su número dos, Champagneux.<sup>[32]</sup>

Es imposible saber, en cambio, en qué medida era consciente de lo que había significado la invocación a Lanthenas. Pero *madame* Roland sí lo era. Máxime cuando la antevíspera había hecho un último intento de recuperar la relación con su antiguo amigo mediante un frío billete llamándole «*monsieur*», y no había obtenido respuesta.<sup>[33]</sup> O, lo que es peor, la había obtenido nada menos que por boca de Danton. Ella era consciente de que todo estaba yendo ya demasiado lejos y no había vacilado en coger la pluma, pensando que podía lograr un impacto político equivalente al que obtuvo siete meses antes con la misiva dirigida al rey.

Los Roland justificaban en primer lugar la dimisión en las discrepancias con la política militar de Pache, procurando hacer el mayor daño posible a su antiguo protegido al criticar el pésimo equipamiento de los soldados y subrayar las sospechas de corrupción en algunos contratos de suministro. Pero enseguida la carta entraba en la cuestión medular: «Desde hace ya demasiado tiempo he sido presentado ante el público como un motivo de inquietud y de temor».

Interpretado una vez más por Manon, el espeso y aburrido Roland, «la vieja corneja lúgubre y charlatana posada sobre el árbol de la libertad», que dirá Jaurès,<sup>[34]</sup> seguía describiéndose a sí mismo como «demasiado sencillo en mis costumbres para necesitar dinero y demasiado viejo para desear otra cosa que la gloria». Su problema había sido «tener que luchar contra los desórdenes que siguen siempre a una gran revolución y tener que hacerme enemigos entre todos los hombres perversos que tenían interés en prolongarlos y entre los exagerados que los tomaban por efectos saludables».

Había estado dispuesto a asumir «los disgustos, persecuciones e incluso peligros que debe soportar quien se consagra a hacer el bien», pero había llegado a un punto en el que había constatado la inutilidad de sus esfuerzos: «Se me ha llegado a presentar como el jefe de un partido —eso le parecía el mayor de los agravios—, y hombres de bien equivocados han compartido esta opinión en el seno mismo de esta Convención en la que yo parezco ser objeto de división».

Roland ofrecía, pues, «por injusto que sea», el sacrificio de renunciar a la búsqueda de su «gloria» para favorecer la unidad de la Asamblea, no sin dejar traslucir toda la amargura autocompasiva que anegaba el corazón de su esposa: «Puesto que se ha llegado a decir que la virtud misma se vuelve peligrosa cuando sirve de punto de alineamiento en torno a un individuo, es hora de sustraerme a la mirada del público y a la inquietud de parte de la Convención [...]. Todo lo que pueda excitar las inquietudes, levantar las pasiones, debe ser rigurosamente proscrito. No basta que un hombre en un cargo sea puro. Es necesario que no sea sospechoso».

Tremendo diagnóstico que el paso del tiempo se iba a encargarse de apuntalar.

La mujer del ministro insistía así en la lastimera caricatura del «virtuoso Roland» que había ido tejiendo desde el momento en que se casó con él. Pero el final de la carta —después de aclarar que sólo había gastado 30.000 de las 100.000 libras puestas a su disposición para «difundir escritos útiles», y que podía justificar su buen empleo— no dejaba de incluir un orgulloso desafío: «Permanezco dentro de los muros de París, de donde prometo no alejarme hasta que la Convención lo juzgue conveniente. Estoy dispuesto a responder a todo y a suministrar las informaciones que a ella le plazca demandarme. Aporto mi cabeza como garantía [...] pero pido que las de mis denunciadores caigan si no prueban sus imputaciones».

Con la sangre del rey y de Le Peletier regando las últimas casillas del calendario de enero, *madame* Roland era, pues, la primera en darse cuenta de cuál sería la regla que terminaría imponiéndose a cualquier otra norma elaborada por la Convención en este primer año de la República Francesa: matar o morir, guillotinar o ser guillotinado.

## CUATRO

A la Revolución le gustaban las fiestas. Aunque fueran fúnebres. El dramaturgo y escenógrafo oficial del nuevo régimen, Marie-Joseph Chénier,<sup>[35]</sup> explicó ante la Convención cómo concebía el último adiós a Le Peletier:

—No estamos ante una muerte vulgar. El funeral debe tener igualmente un carácter especial. Que la superstición se incline ante la religión de la libertad. Que imágenes verdaderamente santas, verdaderamente solemnes, hablen a los corazones compungidos. Que el cuerpo de nuestro virtuoso colega, descubierto ante los ojos de todos, deje ver la herida mortal que ha recibido por la causa del pueblo. Que una inscripción refleje con enérgica sencillez el glorioso motivo de su muerte. Que el hierro parricida, santificado por la sangre de un patriota, brille ante nuestra vista como testimonio de los furores de la tiranía y sus viles adoradores. Que sus vestidos ensangrentados impacten en las miradas de los ciudadanos y pronuncien por adelantado la sentencia de muerte contra el asesino de la patria.

Chénier, de imaginación valiente y conducta medrosa, se cuidó muy mucho de erigirse en protagonista. Sólo era el guionista. «El genio de David<sup>[36]</sup> animará estos débiles esbozos, mientras que el genio de Gossec<sup>[37]</sup> hará resonar los sonidos de esta armonía lúgubre y conmovedora que caracteriza a una muerte triunfal». Proponía, eso sí, que Le Peletier fuera enterrado en el Panteón<sup>[38]</sup> «acompañado de [la representación de] sus virtudes, rodeado de las lágrimas de su familia, en medio de la Convención Nacional». Y concluyó sentidamente, enfatizando al máximo la consigna del momento: «Allí depositaremos por fin los fatales celos que nos dividen [...]. Michel Le Peletier escuchará nuestros juramentos desde el fondo de su tumba y, sean cuales sean los honores con los que habréis pagado sus servicios, la unión de todos los buenos ciudadanos será la más bella recompensa de su vida y de su muerte».

Nada hubiera deseado tanto Marie-Joseph Chénier —rostro redondo, nariz chata, facciones blandas y dulces—<sup>[39]</sup> como que esa determinación de dejar atrás «los fatales celos que nos dividen» y ese propósito de «la unión de los buenos ciudadanos» pudieran incluir a su hermano André, un año mayor que él, escritor y esteta como él, nacido en Constantinopla como él, su mejor amigo y compañero de infancia y juventud, pero cada día más crítico con la deriva de la Revolución y más ferozmente enfrentado a sus amigos jacobinos.

Ambos eran hijos de Louis Chénier, un comerciante de telas que había desempeñado funciones diplomáticas en Turquía y Marruecos, y de Elizabeth Santi-Lamaca, una mujer de gran personalidad procedente de una familia latina de Oriente y conocida como «la Bella Griega». El mal rumbo de los negocios había ocasionado el regreso de los Chénier a Francia, y tanto André como Marie-Joseph habían emprendido la carrera militar, desembocado en la de las letras —en la poesía el uno, en el teatro el otro— y abrazado los ideales de la Revolución.

André era un «moderado fogoso»<sup>[40]</sup> que había sumado con entusiasmo su pluma a la causa de la Monarquía constitucional a través del periódico del Club de 1789<sup>[41]</sup> y de *Le Journal de Paris*. Mientras Marie-Joseph triunfaba con su drama *Charles IX* —interpretado por Talma—, André trataba de mantener la popularidad del rey a flote. Toda la familia había quedado en realidad partida en dos como paradigma de una Francia que parecía abocada hacia la guerra civil. Así lo reconocía el padre en una carta a la hermana de ambos fechada en diciembre de 1791: «Vuestra madre ha renunciado a toda su aristocracia y es enteramente demagoga como Joseph. Saint André [sic] y yo somos lo que llaman moderados, amigos de la ley y el orden».<sup>[42]</sup>

Desde entonces las cosas habían ido de mal en peor, pues el «santo» André había emprendido el 26 de febrero de 1792 en *Le Journal de Paris* una auténtica cruzada contra el club de la calle Saint-Honoré. Nadie había osado hablar con la claridad con que él lo hizo: «Allí se manifiestan diariamente sentimientos e incluso principios que amenazan a todas las fortunas y propiedades. Bajo el nombre de “acaparamientos” y “monopolios”, la industria y el comercio son presentados como delitos. Todo hombre rico pasa por enemigo público. La ambición y la avaricia no respetan ni el honor ni la reputación. Las sospechas más odiosas, la difamación más desenfrenada se presentan como “libertad de opiniones”. Quien pide pruebas de una acusación es un hombre sospechoso, un enemigo del pueblo. Allí toda absurdez es admirada con tal de que sea homicida, toda mentira es acogida siempre que sea atroz».

Para él la «destrucción» de los jacobinos era «el único remedio de los males de Francia» y alegaba que «todo lector que no sea uno de esos bribones interesados en que haya desordenes o de una imbecilidad a la que todo razonamiento le sea vedado» no podía por menos que llegar a la misma conclusión. Por eso rubricaba febrilmente: «El día de su muerte será un día de fiesta y alegría públicas. Ellos gritan por doquier que la patria está en peligro; lo cual desgraciadamente es cierto y lo será mientras existan»<sup>[43]</sup> Era imposible hablar más claro.

Tanta fue la repercusión de este texto, reproducido con entusiasmo en al menos otros dos periódicos moderados y denostado por la prensa radical, que Marie-Joseph, miembro activo de los Jacobinos, se vio obligado a enviar una carta a *Le Journal de Paris* aclarando que él no era el Chénier que lo firmaba, pero sin referirse para nada a sus lazos con André. El periódico le reprochó que alardeara de ser miembro de los Jacobinos «y no de ser hermano de André Chénier, cuyo carácter, principios y talento no pueden sino honrar a quienes lleven su nombre»<sup>[44]</sup> Marie-Joseph anunció entonces que enviaría una respuesta entrando en el fondo del asunto, pero de momento no lo hizo.

El punto de no retorno en la discrepancia entre ambos hermanos fue el homenaje a los soldados suizos del regimiento de Chateaufieux, condenados a galeras en 1790 por amotinarse sanguinariamente contra sus jefes de la guarnición de Nancy, beneficiados por la amnistía que siguió a la aprobación de la Constitución monárquica de 1791, y rehabilitados por las autoridades revolucionarias en 1792.

Mientras Marie-Joseph formaba parte de la comisión organizadora<sup>[45]</sup> y escribía el himno en su honor, André les dedicaba otro en forma de parodia en el que honraba a su general asesinado y denostaba a sus mentores. Los homenajeados eran para él los «*quarante meurtriers chéris de Robespierre*», los cuarenta asesinos queridos del Incorruptible. A continuación se fijaba en el protagonismo de Collot d'Herbois, autodenominado «defensor oficioso de los suizos de Chateaufort», y añadía: «*Hâtez vous, rendez immortels./ Le grand Collot d'Herbois, ses clients helvétiques. / Ce front que donne à des héros. / La vertu, la taverne et le secours des piques!*».<sup>[46]</sup>

Tras haber instado, junto a su amigo el también poeta Roucher, a la burguesía parisina a boicotear el homenaje, André había predicado con el ejemplo abandonando durante unos días la capital —«sentía horror a la plebe, el contacto con la multitud le repugnaba y procuraba evitarlo por todos los medios»—,<sup>[47]</sup> pero a sus espaldas dejaba la admiración tal vez de la mayoría silenciosa y el odio seguro de la minoría rugiente que no le perdonaría ese escarnio. Como diría Louis Blanc, «había comprometido a su musa».<sup>[48]</sup> Según Gérard Walter, «ese día firmó su sentencia de muerte».

Dos meses después de haberla escrito, Marie-Joseph se sintió obligado a publicar entonces su réplica al ataque de André contra los Jacobinos. Lo hizo en el *Moniteur* del 11 de mayo de 1792 explicando en una nota a pie de página que el fracaso de la «pequeña guerra» entablada contra este club le había «dispensado de emprender una discusión polémica con mi hermano», pero «como los ataques se han reproducido y parece que se espera mi respuesta, hela aquí».<sup>[50]</sup> Marie-Joseph empezaba distinguiendo con elegancia las motivaciones de André de sus conclusiones: «El conocimiento que tengo de su condición moral me da derecho a afirmar que no ha expresado su opinión sino desde una convicción íntima; pero creo que está en el error y creo que este error es peligroso. Nadie ha revestido sus acusaciones de forma más enérgica. Es pues a él a quien sobre todo voy a responder con las consideraciones que debo a un hermano, a un ciudadano digno de estima, pero con el respeto que debo a la verdad».

«¿Qué hacen las sociedades de las que se trata? —planteaba enseguida Marie-Joseph—. Se reúnen pacíficamente y sin armas. Los miembros de estas sociedades hablan, escriben y publican sus opiniones. ¿Cómo puede un hombre de pensamiento que seguro que ha leído bien la Constitución proponer aniquilar a unas sociedades que no existen sino en virtud de las disposiciones fundamentales de esa Constitución?».

Seguía luego la refutación concreta de las imputaciones más graves de André: «No, los principios de los Jacobinos no amenazan las propiedades; los Amigos de la Constitución saben muy bien que donde las propiedades no están protegidas no hay ni libertad, ni leyes, ni industria. No, la industria y el comercio no son presentadas como delitos en estas asambleas patrióticas en las que la inmensa mayoría son industriales y comerciantes. No, toda absurdez no es admirada con tal de que sea



homicida; toda mentira no es acogida con tal de que sea atroz. Ante tan simples afirmaciones, simples negativas bastan. Pero no puede por menos que sorprender que alguien se permita alegaciones tan graves sin presentar volúmenes de pruebas».

Hasta el final todo parecía una réplica de guante blanco destinada a cubrir las apariencias. Sin embargo, Marie-Joseph incluyó un último párrafo demoledor bajo el recurso estilístico de que ya no contestaba a su hermano, sino que reproducía lo que «Francia entera podría responder» a un diputado imaginario que atacara a los jacobinos: «Pedís la destrucción de estas sociedades [...]. Escuchad a las gentes de Coblenza: “Los jacobinos pierden a Francia”. Escuchad a los curas refractarios: “Los jacobinos pierden la religión”. Escuchad a las gentes de la Cámara Alta,<sup>[51]</sup> esos anodinos importantes aplastados por el peso de la igualdad: “Es preciso destruir a los jacobinos”. Si todos los enemigos de la libertad y de la Constitución son los enemigos declarados de los jacobinos, ¿no demuestra eso por sí solo que los jacobinos son los mejores amigos de la libertad, los más fervientes pilares de la Constitución? ¿No deberíais llegar a esta consecuencia, no “a menos que seáis un imbécil o un bribón” (los “facciosos” no se permiten este estilo “moderado”), sino a menos que seáis un hombre que prefiere escuchar antes a su odio que a su razón y sus luces?».

Marie-Joseph tiraba con bala. Utilizaba las palabras más gruesas de André para presentarle como un falso moderado, le amalgamaba con los sectores más reaccionarios y terminaba retratándole como un hombre ofuscado por un sentimiento visceral. André contrarreplicó de inmediato con un largo artículo fechado al día siguiente, en el que lo más interesante aparecía también al final. Nada le había dolido tanto como que se le pretendiera presentar como enemigo de la igualdad: «No es posible que mi hermano, con el que yo he pasado una parte de mi vida, pretenda achacarme esas culpas. Si algunos lectores fingieran reconocerme en tal pintura es a él a quien yo les enviaría para que les informara de que la igualdad de derechos entre los hombres, la soberanía del pueblo y todos estos principios eternos de una sociedad feliz y libre estaban en mi corazón y en mi boca mucho tiempo antes de que se convirtieran en la santa base de nuestras leyes».

Sirviendo bien caliente el plato de su venganza, André pasó a explicar que era lógico que un partido como el jacobino tuviera tantos apoyos, porque entre sus múltiples poderes estaba el de proporcionar «esa parte de los éxitos literarios en los que la naturaleza tiene necesidad de los aplausos de la multitud».<sup>[52]</sup> Y en cuanto a las referencias a su «odio», se remitía a la gravedad de su denuncia —«Las piezas del proceso existen: la historia juzgará»— y se resignaba a «continuar inscrito entre los enemigos de la igualdad», pero recordando que también al inconformista Pascal y a todos los moralistas de Port Royal les «tomaron por ateos».

Aún hubo una nueva respuesta de Marie-Joseph, publicada en el *Moniteur* el 19 de junio, en la que por un lado replegaba velas —«Yo no he dicho ni he dado a entender en ningún sitio que mi hermano fuera enemigo de la igualdad»—, pero por el otro respondía a la alusión envenenada de André sobre su drogodependencia del

público jacobino, asegurando que le habría ido mejor si «hubiera perdido dos o tres años componiendo tragedias imparciales o insignificantes o incluso dos o tres mañanas escribiendo para un periódico panfletos moderados».<sup>[53]</sup>

Es probable que al leer esto André se hubiera abalanzado de nuevo sobre la pluma para elevar aún más el listón de lo que empezaba a ser una interminable guerra fratricida bajo todas las miradas morbosas del París político y literario. Si no lo hizo fue porque el 20 de junio, es decir, el día posterior a su publicación, se produjo el primer asalto a las Tullerías, preludio y ensayo general del que el 10 de agosto derrocaría a la Monarquía. Compungido hasta la médula, comprobó cómo la pretendida lealtad a la Constitución monárquica de los jacobinos, de la que tanto alardeaba su hermano, no les impedía destruirla en un santiamén. Los hechos le estaban dando la razón antes de lo que él mismo sospechaba, pero ni siquiera le quedaba el consuelo de poder publicarlo. El combate había concluido porque una de las partes había quedado excluida del recinto.

A diferencia de la prensa defensora del absolutismo, *Le Journal de Paris* se publicó el 11 y el 12 de agosto como si no hubiera ocurrido nada, canalizando el relato de la toma de las Tullerías a través de la crónica de la sesión en la Asamblea Legislativa. Pero, según el diagnóstico del principal historiador de la prensa durante la Revolución, «el pueblo, indignado de ver aparecer aún una hoja identificada con los enemigos de la libertad, se concentró alrededor de la imprenta de *Le Journal de Paris* en la calle de Jean-Jacques Rousseau y saqueó las oficinas sitas en el número 14, rompió las prensas, tiró los caracteres por las ventanas y cerró las puertas de esta imprenta después de haber obligado a los redactores a esconderse».<sup>[54]</sup>

Mientras Marie-Joseph era elegido diputado a la Convención, André se vio obligado a refugiarse en Rouen bajo la protección de sus amigos los banqueros Le Couteulx de Cantelou, y fue a través de esa relación y de la que también mantenía con Lucrecia d'Estat, amante del encargado de negocios de España, José Ocáriz, como intervino activamente, tras su vuelta a París, en las gestiones para salvar la vida del rey, mediante el soborno de parte de los miembros de la Convención.<sup>[55]</sup> También se ofreció como voluntario al abogado de Luis XVI, Malesherbes, para ayudarle en su defensa.

Fuera cual fuese su nivel de información sobre las actividades de su hermano, Marie-Joseph —tras votar como buen jacobino contra la apelación al pueblo, por la muerte del rey y contra el aplazamiento— tenía, sin embargo, entre sus principales preocupaciones la de contribuir a ponerle a salvo. Una cosa era que hubiera empeñado toda su malévola agudeza al servicio del debate entre dos hombres de letras y otra que fuera insensible al riesgo real que corría André. Bien por la presión de su padre, por genuino amor fraterno, porque viera proyectarse sobre él la sombra de la primera tragedia bíblica —«Caín, ¿dónde está tu hermano?», le dirían sus enemigos años después—, o incluso por temor a que ese vínculo familiar pudiera terminar siendo utilizado en su contra si le detenían, Marie-Joseph buscaba la manera

de protegerle. Un sobrino de ambos, primer editor de la obra del poeta, vincularía el hecho de que André se refugiara a comienzos de 1793 en Versalles con la circunstancia de que ese municipio estuviera encuadrado en el Departamento de Seine-et-Oise, por el que era diputado Marie-Joseph.

Era obvio que lo que más podía allanar el camino para poner a salvo a André es que la República, reafirmada y vigorizada por la sangre del rey, sirviera de marco a la reconciliación de todos los demócratas. Y a Marie-Joseph no se le escapaba que el martirio y el funeral de Le Peletier podían ser la ocasión idónea para generar un impulso en esa dirección.

Sin embargo, tenía que ir con pies de plomo y no podía pasar de las ideas generales, pues aún resonaba en sus oídos la reacción del *montagnard* Albitte —uno de los hombres fuertes de los Jacobinos a quien, pese a sus facciones suaves y elegantes, por algo apodarían «el Rígido»—<sup>[56]</sup> cuando presencié la escena de su última obra, *Caius Gracchus*, en la que el protagonista, encarnado de nuevo por Talma, defendía «las leyes y no la sangre». «Este es el verso de un enemigo de la libertad», dijo Albitte.<sup>[57]</sup> Marie-Joseph sabía que en la medida en que como autor y escritor fuera útil a los radicales, su posición podría considerarse firme, pero al mismo tiempo era consciente de que siempre le mirarían con recelo, pues por muy revolucionario que fuera, no dejaba de ser en último extremo un intelectual burgués formado en el extranjero.

Nada de eso afloró aquel día. La propuesta de Marie-Joseph Chénier sobre el rito funerario para Le Peletier no sólo fue aprobada por unanimidad, sino que causó tanto y tan positivo impacto que se ordenó su impresión, su envío a los ochenta y cuatro departamentos y a los ejércitos y su inserción en el *Boletín de la Convención*. La única enmienda fue la del dantonista Delacroix, quien propuso que en el túmulo mortuario constaran las presuntas últimas palabras del difunto: «Me siento satisfecho de verter mi sangre por la patria. Espero que servirá para consolidar la libertad y la igualdad y para que se reconozca quiénes son sus enemigos». Poco importó que buena parte de la Convención supiera que, según el médico que acudió a su lecho de muerte, las únicas tres palabras inteligibles que en realidad salieron de sus labios fueran: «Tengo mucho frío».

## CINCO

Dicho y hecho. Entre las nueve y las diez de la fría y grisácea mañana del jueves 24 de enero el cadáver embalsamado de Michel Le Peletier de Saint-Fargeau fue transportado, dentro de la propia cama en la que había exhalado su último suspiro, desde el señorial domicilio familiar de la antigua plaza Vendôme<sup>[58]</sup> hasta un pedestal vacío en el centro del recinto. Durante varias décadas y hasta el último 11 de agosto ese pedestal había servido de base a la derribada estatua ecuestre de Luis XIV.

Estaba forrado de festones de encina y de ciprés y de un lienzo blanco en el que podía leerse la imaginaria frase «*Je suis satisfait...*». Delante y detrás del túmulo había unas gradas que permitían acceder hasta el propio lecho del difunto. Cuatro candelabros situados bajo los zócalos quemaban aromáticos perfumes, contribuyendo a crear una sensación embriagadora, a mitad de camino entre lo cristiano y lo pagano.  
<sup>[59]</sup>

Tal y como había propuesto Chénier, el cadáver estaba desnudo de medio cuerpo para arriba, mostrando la herida abierta en su costado izquierdo. Llevaba una corona de flores en la cabeza y uno de sus brazos colgaba dramáticamente del lecho. A su lado estaba depositado el sable utilizado por Pâris, embadurnado de la sangre fresca de un buey para dar la apariencia de que aún seguía manchado por la de su víctima. Como si estuviera inventando el teatro dentro del teatro, David había encontrado sitio para su caballete sobre el propio pedestal, y con su aire adolescente que anticipaba la bohemia, pintaba en directo el retrato mortuario, destinado al salón de sesiones de la Convención. Los tañidos fúnebres de la música de Gossec alternaban con el batir de los tambores enfundados en trapos negros, mientras las autoridades municipales y los guardias nacionales subían los peldaños y desfilaban ante el cadáver del mártir.

Poco después del mediodía la Convención en pleno salió de la Sala del Manège, atravesó la terraza de los Feuillants y se dirigió en silencio, calle Saint-Honoré arriba, hasta la plaza de Piques para unirse allí al cortejo que pronto se pondría en marcha. Un representante municipal leyó un breve discurso y, mientras el cadáver bajaba del túmulo en una especie de andas, componiendo una imagen plástica equivalente a la del descendimiento de Cristo en la pintura sacra, decenas de miles de voces entonaron un *Himno a la divinidad de las naciones* con letra de Chénier y música del propio Gossec. El eco de un espacio cerrado como la plaza amplificaba el efecto sonoro, superponiendo unos acordes sobre otros hasta convertirlos en el más impresionante de los estruendos.

Después de que el presidente Vergniaud hiciera entrega a la madre de Le Peletier de una piedra de las mazmorras de la Bastilla con un mensaje de gratitud de la Convención, el cortejo se puso en marcha de acuerdo con un estricto protocolo. En cabeza iba un destacamento de la gendarmería a caballo, precedido de trompetas con sordinas; luego los zapadores municipales, un grupo de cañoneros y un pelotón de veinte tambores velados. A continuación, una especie de banderola con la

Declaración de los Derechos del Hombre, seguida de representantes de las seis legiones de la Guardia Nacional con las banderas de las cuarenta y ocho secciones de París. Después venía un cartel en el que se había pegado el decreto de la Convención que ordenaba la «panteonización» de Le Peletier, y detrás los comisarios de policía y los jueces de los distintos tribunales.

Una escultura que representaba a la Libertad precedía, a continuación, a los guardias federados que portaban un emblema de los ochenta y cuatro departamentos y a los ministros —Garat, Monge, Clavière, Pache, Lebrun— que formaban parte del Consejo Ejecutivo Provisional. Un destacamento de la Guardia de la Convención escoltaba seguidamente una pica adornada con ramas de roble y ciprés en cuyo extremo se exhibían la levita, el calzón y la camisa de Le Peletier con visibles manchas de sangre. Después eran los diputados quienes, en dos columnas de a dos, desfilaban precedidos por Vergniaud y llevando en el centro de la calle una banderola con el «*Je suis satisfait...*».

Por fin llegaba la apoteosis de la procesión con el cuerpo de Le Peletier sobre la cama, portada a hombros de ciudadanos que iban turnándose. En el hueco abierto de la herida se había insertado una especie de vejiga llena de sangre, de forma que cada vez que había un bache o los portadores daban un tumbo, se esparcían algunas gotas. Si Marie-Joseph Chénier había querido propiciar la reconciliación mediante la exaltación de un mártir de origen aristocrático, pronto quedó claro que la teatralización del evento estaba provocando el efecto contrario. Según un testigo presencial, «la cólera de la multitud, exaltada por este espectáculo, se manifestaba en imprecaciones terribles contra los monárquicos».<sup>[60]</sup> Entre los que habían acudido por simple curiosidad, no faltaba quien reflexionaba con espanto que «más que una fiesta fúnebre esta ceremonia parece un llamamiento a la masacre».<sup>[61]</sup>

Otro contingente de cañoneros acompañaba detrás al sable desnudo del asesino y la familia de Le Peletier precedía a un grupo de madres con sus hijos de la mano. Entre los más próximos al finado destacaban, además de la segunda esposa de su padre, un joven rubio con uniforme de la Guardia Nacional y una niña de once años, tímida y compungida. Cerraban el cortejo los representantes de los Jacobinos, los Cordeleros y otras sociedades populares con más tambores velados y otro destacamento de la Gendarmería a caballo con trompetas y sordinas.

Ninguna de las celebraciones revolucionarias había guardado parangón con esta. Es cierto que la Fiesta de la Federación de 1790 tuvo la espectacularidad de reunir a cientos de miles de personas en el Campo de Marte; que en el traslado de los restos de Voltaire al propio Panteón hubo un ingrediente solemne y profundo en la medida en que los hijos de las Luces honraban la memoria de su progenitor intelectual; o que en el homenaje a los suizos de Chateaufieux intervino el elemento emocional de la presencia de los guardias, enviados a galeras por haberse sublevado contra sus oficiales y prohijados ahora por los solidarios *sans-culottes*. Pero nada podía equipararse al impacto profundo, casi místico, de la exhibición procesional de aquel

cadáver a la vez lustroso y macilento que los parisinos contemplaban sobrecogidos a medida que iba realizando el *via crucis* de los santos lugares revolucionarios.

Cada una de las seis legiones de la Guardia Nacional había aportado cuatrocientos efectivos para formar una especie de pasillo o doble cadena humana en la que las picas extendidas horizontalmente hacían las veces de eslabones, destinados a contener cualquier desbordamiento de la multitud. El cortejo tomó la calle Saint-Honoré e hizo una primera parada ante el Club de los Jacobinos, del que Le Peletier había sido presidente durante la segunda quincena de noviembre. La segunda «estación» fue en el Palais Royal, ahora Palais Égalité; la tercera ante el Oratorio frente al Louvre; y la cuarta en el Pont Neuf, ante la bomba hidráulica de la Samaritaine, donde una salva de artillería homenajeó al mártir.

El cortejo cruzó entonces el río. Fue el momento culminante desde el punto de vista de la espectacularidad y el impacto, pues desde cada orilla del Sena podía verse la curva que, con el Pont Neuf como vientre, formaba esa estirada e interminable caravana. Iba rumbo al Club de los Cordeleros, cuya fachada estaba cubierta de guirnaldas de ciprés. La parada fue allí algo más larga, pues hubo discursos y cánticos fúnebres. Por fin, después de otras dos últimas «estaciones» en la calle de la Liberté y en la plaza de Saint-Michel, la cabecera llegó al Panteón cerca de las cuatro de la tarde.

Allí, sobre el peristilo de su atrio, ante su imponente ábside, la leyenda grabada a todo lo ancho de la fachada en letras mayúsculas daba la bienvenida al cortejo: «*AUX GRANDS HOMMES LA PATRIE RECONNAISANT*». Sin embargo, la confusión alteró todo el protocolo, pues el templo estaba ya repleto por una multitud que impedía la entrada de las autoridades y del propio cadáver.

Cuando finalmente la ceremonia pudo reanudarse, quien tomó la palabra fue el joven vestido con el uniforme de la Guardia Nacional, cuya cabeza descubierta permitía contemplar su cabellera rubia. Era Felix Le Peletier, de veinticinco años, hermanastro del finado, soltero de oro y aficionado a la buena vida, a quien sus amigos de ambos sexos denominaban «Blondinet». Había sido nada menos que ayudante de campo del príncipe de Lambesc, quien la antevíspera de la toma de la Bastilla había cargado al frente de sus dragones a caballo contra la multitud congregada en la plaza de Luis XV, invadiendo el jardín de las Tullerías y matando a un anciano paseante. «Fueran cuales fuesen sus poco creíbles negativas posteriores, todo indica que Felix participó en la represión del gentío parisino».<sup>[62]</sup> Pero su existencia iba a cambiar aquella fría tarde de enero.

«¡Tiranos, vuestro reino ha pasado!», clamó para hacerse oír. «No está lejos el día en que el mismo golpe de campana que salvó a Francia en el mes de agosto nos hará ver a todos los tiranos reunidos para embellecer nuestro triunfo. ¡Le Peletier, tú no lo verás, pero serás vengado por la gloria de tu país!». El sonido del tocsín se convertía así en referencia de una tarea pendiente de cumplir. Y quedaba prendida en los labios de quien llevaba la sangre del primer mártir de la República y comenzaba su fértil



metamorfosis de joven dandi en ardiente y pertinaz revolucionario.

«¡Almas de los dos Gracos,<sup>[63]</sup> es a vosotros a quienes evoco!», añadió Felix Le Peletier dejando claro que, como en el ejemplo clásico, estaba dispuesto a recoger el testigo de la lucha por la que había muerto su medio hermano. «Volved a contar a los franceses lo que la amistad que les unía, más aún que los lazos de la sangre, les hizo emprender en favor de Roma. ¡Franceses!, el primero de vuestros Gracos ha muerto, igual que el de los romanos, como fiel amigo del pueblo. Ojalá que el segundo pueda igualar al segundo de los romanos. Una muerte violenta fue la recompensa del joven Cayo. Un sueño se lo había advertido. Yo también sueño, pero... ¡Patria, tú sales triunfante y yo voto, como mi hermano, por la muerte de los tiranos!». Al final de esta soflama Blondinet se abrazó dramáticamente al cadáver del difunto.

Después de que un soldado de los federados hiciera una improvisada y macabra exhibición, volteando por encima de su cabeza el sable del asesino, el acto concluyó con sendos discursos de Barère y Vergniaud. «¡Oh, colega mío! Que tus funerales supongan una victoria necesaria sobre nuestras pasiones particulares», dijo el primero. «Sacrifiquemos al amor a la patria todas las pasiones individuales», añadió el segundo tras precisar que «Le Peletier fue noble, pero eso fue el error de sus padres y el crimen de su siglo».

Diputados de todas las tendencias asintieron y aplaudieron, capturados por la exaltación y la magia del momento. Según el acta redactada por los secretarios de la Convención, «prometieron solemnemente desafiar todos los peligros para salvar y mantener a la República y no separarse antes de haber cumplido el mandato sagrado que han recibido del pueblo para presentarle una Constitución fundada en los principios de la libertad y la igualdad». Pero Vergniaud había iniciado su discurso dejando traslucir su mala conciencia como impulsor de la frustrada apelación al pueblo: «Bruto es inmortal por haber inmolado a César. Michel Le Peletier ha votado la muerte del tirano de los franceses. Un acto como tal vale una vida entera. Michel Le Peletier ha adquirido la inmortalidad». O sea, que de entre todas las virtudes del finado, el supuesto jefe parlamentario del sector moderado de la Asamblea destacaba y exaltaba la de regicida. Después de no haberse atrevido a votar ni contra la condena a muerte del rey ni a favor del aplazamiento de su ejecución, Vergniaud asumía así por tercera vez en pocos días el discurso de quienes querían destruirles a él y a sus amigos.

## SEIS

Puesto que por sentimiento o curiosidad todo París asistió a las exequias de Le Peletier, hay que dar por seguro que entre los que acudieron a la plaza de Piques o, más probablemente, al Panteón, estaba Teresa Cabarrús. Y hay que darlo por seguro porque tenía, además, dos motivos personales para hacerlo: el asesinado había sido el jefe de su marido y ella era la amante de Blondinet.

A Teresa ese todo París la llamaba «Thérésia» y a ella le gustaba. Sentirse alternativamente española o francesa era una cuestión de oportunidad y pronto lo sería de supervivencia. Hija del fundador del Banco de San Carlos, el industrial y financiero natural de Bayona Francisco Cabarrús, Teresa había nacido en las cercanías de Madrid, en lo que entonces se llamaba Carabanchel de Arriba. Su padre dirigía allí la fábrica de jabones de la familia de su suegro,<sup>[64]</sup> pero tan pronto como dio el salto a las finanzas se propuso el objetivo de que su hija estudiara y se casara en París. Y puesto que la niña era precoz culminó ese trayecto con poco más de catorce años.

Tras rechazar a otros pretendientes, Teresa-Thérésia se casó el 2 de febrero de 1788 en una capilla anexa a la iglesia de Saint-Eustache con el consejero del Parlamento de París Jean-Jacques Devin de Fontenay, doce años mayor que ella. Entre los asistentes a la boda estaban el embajador de España, el conde de Fernán Núñez, su número dos o ministro-consejero, Domingo de Iriarte, y el secretario de embajada o tercero en el rango, José Ocáriz. A los tres les esperaban situaciones límite en uno de los itinerarios más dramáticos de la historia de la diplomacia española, pero ninguno de ellos lo sabía entonces. También estaban presentes varios miembros de la familia Le Couteulx, banqueros con los que Cabarrús tenía estrecho trato y que terminarían colaborando con Ocáriz en su fallido intento de salvar la vida del rey.

Teresa había podido elegir marido por dos razones: porque era extraordinariamente atractiva y porque su padre le había asignado una dote de 400.000 libras ampliable hasta las 500.000.<sup>[65]</sup> Eso equivalía a casi la mitad del patrimonio del novio, procedente de una familia de comerciantes venida a más que tenía su residencia en una amplia mansión —el llamado Hotel Chenizot— dentro de la pequeña y exclusiva isla de Saint-Louis, incrustada en el Sena, junto a la de la Cité. Y equivalía también a casi mil años del jornal de un *sans-culotte*. El contrato matrimonial negociado por los Cabarrús incluía la cláusula de que, dada la edad de la chica, la pareja viviría en la residencia de los Devin de Fontenay al menos durante dos años.

No obstante, aunque eso ya no estuviera estipulado, también pasarían largas temporadas en una casa de campo en una importante propiedad que la familia tenía en la localidad, próxima a París, de Fontenay-des-Roses. Allí nacería su único hijo,

Théodore, el 2 de mayo de 1789, tres días antes de la apertura de los Estados Generales convocados por el rey en Versalles. Y allí ofrecerían ese mismo año una gran fiesta a la que asistirían numerosos constituyentes, incluido Robespierre, quien, según las crónicas, pasó por el mal trago de que un golpe de viento le desbaratara por completo su peinado.<sup>[66]</sup>

El galope de la fase terrible de la Revolución ya se atisbaba en el horizonte. Sin embargo, muy pocos días antes de la célebre noche del 4 de agosto en la que los representantes de la nobleza se habían hecho el haraquiri de la renuncia encadenada a muchos de sus privilegios, el marido de Teresa, con tan poco sentido de la oportunidad como visión de futuro, había adquirido una nueva propiedad, el señorío de Poligny, que llevaba aparejado el título de marqués. Tal vez para compensar su acceso a la nobleza o como expresión de su alineamiento con los sectores más avanzados de la buena sociedad parisina, el nombre de Jean-Jacques Devin de Fontenay aparecía en la lista de mil cien miembros del Club de los Jacobinos que la sociedad difundió el 21 de diciembre de 1790.<sup>[67]</sup> No consta que ni una sola vez interviniera en sus sesiones.

En la lista aparecían también dos tíos de su mujer —Pierre Cabarrús y Pierre Lalanne— y todos los grandes y medianos nombres de la política revolucionaria de esa primera hora, como los tres hermanos Lameth, Barnave, Bailly, Mirabeau, Pétion, Barère, Léonard Bourdon, Fabre d'Églantine, Rabaut Saint-Étienne, Robespierre y su hermano, el médico Chambon, el actor Talma... Y justo delante de él en el orden alfabético un hombre que será muy importante en la vida de Teresa: Jean Lambert Tallien, hijo de un mayordomo, domiciliado en el número 17 de la calle de la Perle.

La ya marquesa de Fontenay había vivido con intensidad los primeros compases del drama revolucionario. Para la gente de su clase aquello tenía ciertos ribetes de fiesta y aventura, y además ella era hija de la Ilustración, pues había heredado de su padre la pasión por las ideas nuevas, el interés por la cultura y el ansia por adquirir conocimientos de toda índole. Su mejor amiga era la mujer de uno de los hermanos Lameth,<sup>[68]</sup> y eso la introdujo en el círculo de defensores de la Monarquía constitucional que tenía como grandes figuras a Lafayette y Mirabeau. También ingresó en la masonería a través de la Logia Olímpica y desde entonces «el deseo de querer ayudar a los demás será un verdadero credo para Thérésia».<sup>[69]</sup> Del impacto que causaba, entre tanto, su belleza, ha dejado testimonio el memorialista Norvins al relatar su irrupción en una fiesta celebrada en ese mismo 1790 en la mansión de *madame* de la Briche: «De nuevo el juego, el piano, el violón y el salón se sumieron en el silencio y casi todos se levantaron. ¡Ay! Porque es preciso decirlo: la encantadora condesa de Noailles, la deliciosa francesa con su corona de cabellos rubios, fue al instante destronada por la divina andaluza [sic] de soberbia cabellera negra como el azabache cuyo punto más elevado hacía descender hasta las extremidades más aparentes de sus casi imperceptibles pies toda la escala de perfecciones humanas que el Creador se ha dignado extender sobre ella un día de

fiesta paradisiaca, para mostrar una vez más al mundo el modelo aún no superado de la belleza de la madre del género humano».<sup>[70]</sup> Menudo ditirambo.

A juzgar por sus dos retratos más conocidos, el de David en el Museo de la Chartreuse de Douai, y el de Gérard en el Carnavalet de París, la belleza de Teresa-Thérésia era la de una mujer alta y grande, entrada en carnes como las modelos de Rubens y especialmente sensual tanto en su ocultación como sobre todo en su despliegue. Ambos artistas la presentan con ojos oscuros de mirada intensa y voluptuosa, boca insinuante, mejillas encendidas, pecho exuberante y brazos bien torneados. Y ambos la vinculan a la naturaleza —David con un cesto rebosante de flores diversas, Gérard con una corona de anémonas—, como si quisieran expresar la fuerza primitiva y espontánea, el ímpetu carnal de su atractivo físico.

Su primer biógrafo, Arsène Houssaye, se fijará en su caída de ojos y la definirá como «la turbación que penetra».<sup>[71]</sup> *Madame* de la Tour du Pin la había descrito como «una mujer completa», y había explicado por qué: «Todos sus rasgos tenían la impronta de la regularidad artística más perfecta. Sus cabellos, de un negro ébano, parecían hechos de la más fina de las sedas, y nada empañaba el brillo de su piel, de una blancura sin igual. Una sonrisa encantadora descubría los dientes más admirables. Su altura recordaba a la de Diana cazadora. El menor de sus movimientos tenía una gracia incomparable. Su voz armoniosa, ligeramente marcada por un acento extranjero, ejercía un encanto que ninguna palabra sabría expresar».<sup>[72]</sup> ¿Hay quien dé más? Sí, la puntillosa duquesa de Abrantes: «Era la Venus del Capitolio, pero más bella aún que la obra de Fidias».<sup>[73]</sup>

Sin embargo, a la vez que ella despertaba pasiones por doquier, su marido, el mediocre marqués de Fontenay, «indigno de apreciar el tesoro que poseía», buscaba el placer por su cuenta, tomando como amante a una dependienta a la que, según algunas versiones, «el muy chusco» llegó a colocar en su propia casa como sirvienta.<sup>[74]</sup> Como además Thérésia era una joven de sangre caliente con un sentido de la libertad personal muy por delante de su tiempo y una gran ansia de sacar lo mejor de la vida —«profundamente hetaira, esencialmente provocadora», escribirá uno de sus más pudorosos biógrafos—<sup>[75]</sup> y era un momento de desafío constante a lo establecido, se comprende que la combinación fuera explosiva.

Los amoríos de *madame* de Fontenay empezaron a correr pronto de boca en boca, y su proximidad a los constitucionalistas la convirtió en piedra de escándalo de la prensa monárquica más reaccionaria. Así, el número 52 de *Le Journal de la Cour et de la Ville*, fechado el jueves 21 de abril de 1791, incluía una supuesta carta de rectificación o protesta firmada por «Cabarrús, femme Fontenay», en la que ella habría salido al paso de esos rumores: «Se dice, y no puedo repetirlo sin horror, que mi patriotismo me ha ligado sucesivamente de forma demasiado estrecha con los señores Lameth, de Montrou, de Bozon, de Condorcet, Louis de Noailles etc., etc. Sólo la imparcialidad de la que he hecho profesión, siendo *miembra* —*membrese*— del Club de 1789, puede dar rienda suelta a esta calumnia».

Aunque hay quien sostiene que la escribió su marido para atajar los rumores, todo indica que la carta había sido elaborada por el propio redactor del periódico<sup>[76]</sup> para pasar revista a los presuntos amantes de Teresa y burlarse de su mezcla de progresismo y feminismo de salón. De ahí la referencia al Club de 1789, fundado por Lafayette, Sieyès y Condorcet como alternativa moderada al Club de los Jacobinos, y la premonitoria ironía de la palabra *miembra*, tan inexistente en francés como en español. Pero esta referencia también explica el contexto en el que ella se dirigió a Lafayette para pedirle un favor especial, a mediados de julio de 1790, tal vez el propio día 14, tras la triunfal Fiesta de la Federación, en la que se había conmemorado el aniversario de la toma de la Bastilla; tal vez el 16, cuando el *Moniteur* publicó como primera noticia del día la detención en Madrid de su padre, el conde de Cabarrús, y como segunda el restablecimiento del primer ministro Floridablanca tras el atentado del que había sido víctima en Aranjuez.<sup>[77]</sup>

Ambas noticias estaban estrechamente relacionadas, pues si bien contra Cabarrús se había ido tejiendo una prolija tela de araña, impulsada por su enemigo el ministro de Hacienda Lerena a costa de los descuadres en las cuentas del Banco de San Carlos, el detonante último de la detención había sido la caza de brujas desatada tras el apuñalamiento frustrado del conde de Floridablanca por un exaltado francés llamado Paul Peret. El propósito había sido tan mortal como la ejecución fallida, pues sólo había logrado herirle levemente al resbalar su arma sobre la banda azul del prócer.

España vivía una clara involución desde la muerte en diciembre de 1788 de Carlos III y la subida al trono de un mucho más pusilánime Carlos IV, que seguía con tal mezcla de susto y estupor todo cuanto sucedía en Francia que incluso la Inquisición veía terreno abonado para volver a campar a sus anchas<sup>[78]</sup> Floridablanca había evolucionado con las circunstancias y su apuesta por los ilustrados se había ido apagando, pues consideraba que España ya no necesitaba «ni tanta luz ni sus consecuencias».<sup>[79]</sup> Si su gobierno se había limitado hasta entonces a establecer un cordón sanitario en las fronteras para que no pasaran los panfletos revolucionarios, tras el atentado adoptó una actitud mucho más beligerante hacia los franceses residentes en España.

«En esta confusión de avisos urgentes, de cábalas y comentarios abultados o gratuitos, aún no disipada la emoción que suscitó el hecho —escriben los autores de una monografía sobre el proceso contra el financiero—, se difundió la voz de que Cabarrús, desobedeciendo la recomendación judicial de no alejarse del domicilio, había marchado a Aranjuez con propósito ignorado».<sup>[80]</sup>

Lerena había aprovechado la ocasión para obtener primero el arresto domiciliario y pocos días después el encarcelamiento del más notorio de los ciudadanos de origen francés que vivían en España. Si bien en un primer momento fue internado en el Cuartel de Inválidos de Santa Isabel de la calle del Prado, con permiso para que le atendieran sus criados y trasladaran desde su domicilio diversos muebles e incluso una bañera, pronto se le envió al inhóspito castillo de Batres, donde Cabarrús vivirá

durante año y medio un auténtico calvario. De nada sirvieron las gestiones de su amigo Jovellanos, excepto para dejar en evidencia a Campomanes, supuesto compañero de viaje intelectual y político de ambos, y en la práctica dócil ejecutor de las arbitrariedades contra Cabarrús.<sup>[81]</sup> Tomando prestado el título que describió el similar trato dispensado a otro ilustrado de la anterior generación, Rafael Melchor de Macanaz, la suya también fue la «historia de un empapelamiento»,<sup>[82]</sup> en la medida en que, aunque la pesadilla de la persecución duró menos, se basó igualmente en el secreto y la indefinición de los cargos contra él.

Desde la perspectiva de sus familiares del otro lado de los Pirineos, y por lo tanto desde la de su hija Teresa, todo lo ocurrido guardaba una gran similitud con la aplicación de las llamadas «*lettres de cachet*», recién abolidas en Francia,<sup>[83]</sup> por las que el monarca absoluto podía detener e incluso encerrar de por vida a cualquiera que le molestara sin necesidad de justificarlo ni llevarle a juicio. Es comprensible, pues, que ella abordara a Lafayette, en el pináculo de su gloria durante aquel mes de julio, y, con una mezcla de ingenuidad propia de los dieciséis años y un sentido premonitorio del conflicto que se avecinaba con España, le formulara su ruego: «Dejadme un ejército de guardias nacionales para ir a liberar a mi padre».<sup>[84]</sup>

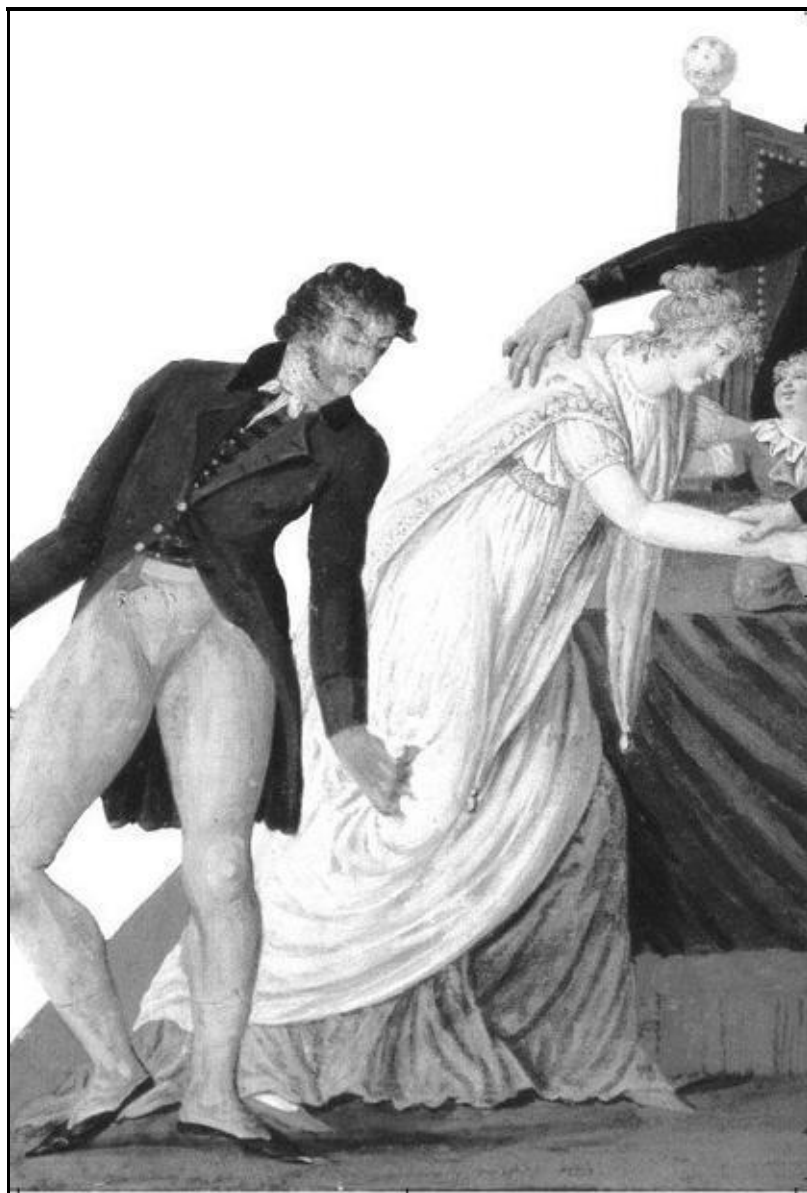
Era el momento en que para Teresa-Thérésia la Revolución aún suponía el triunfo de la razón sobre el absolutismo dentro de un proceso controlado por los hombres más inteligentes —y entretenidos, pues casi todos eran amigos suyos— de la aristocracia y la alta burguesía. Pero desde aquel julio de 1790 a este enero de 1793 había visto pasar ya demasiadas cosas y casi todas feas: la sangrienta represión de la sublevación militar en Nancy; el saqueo de la residencia del duque de Castries para vengar que había herido en duelo a Charles Lameth; la inesperada muerte de Mirabeau, a quien también se le había vinculado —aunque para ella constituía simplemente la referencia del talento al servicio del porvenir—; la rebelión de la Guardia Nacional contra las órdenes de Lafayette impidiendo al rey salir de París para trasladarse a pasar la Pascua a su residencia de Saint-Cloud; la fuga de Varennes y el humillante regreso de la familia real a París; la masacre del Campo de Marte; el desprestigio de Lafayette y la mayoría de los hombres de 1789 con los que ella se sentía identificada; la emigración masiva de gran parte de sus relaciones; la declaración de guerra a Austria con todas sus incertidumbres; la escasez de alimentos; el encanallamiento del clima ciudadano en París; el primer asalto a las Tullerías, con las vejaciones a la familia real; el segundo y definitivo asalto a las Tullerías, con la matanza de sus defensores; la destrucción y derribo de los símbolos del Antiguo Régimen; las visitas domiciliarias y detenciones masivas; la angustia ante la expectativa de que los prusianos pudieran entrar en París a sangre y fuego; las atroces masacres de septiembre en las prisiones; la crispación extrema entre los dos bandos de la Convención; el juicio y ejecución del rey depuesto; y ahora... el asesinato del hermano de Felix Le Peletier. En París ya no había fiestas como las de antes, sino continuos motivos de dolor, luto y espanto.



El testimonio más concreto de su estado de ánimo en medio de ese torbellino de acontecimientos es el de Étienne Pasquier, consejero del Parlamento de París como Fontenay hasta su disolución<sup>[85]</sup> y futuro ministro de Asuntos Exteriores durante la restauración borbónica, quien dejó constancia en sus *Memorias* de su encuentro con Teresa en la Fiesta de la Federación del 14 de julio de 1792, justo a mitad de trayecto entre los dos asaltos a las Tullerías: «El azar quiso que me encontrara en el momento en que llegaba la bella *madame* de Fontenay, que ha sido después la célebre *madame* Tallien. Ella compartía entonces todos mis temores sobre el presente y todas mis ansiedades sobre el porvenir».<sup>[86]</sup> Imposible decirlo de forma más clara y concisa.

Sólo había una excepción a esta regla de decepciones y pesadumbres que la Revolución volcaba ya sobre Thérésia. Y había brotado como un rayo de sol en medio de los más cerrados nubarrones, precisamente el anterior 20 de septiembre. No, no se trataba de la victoria de Valmy, acontecida esa jornada, que ella debió de celebrar con más alivio que entusiasmo, sino de la resolución adoptada el mismo día por la Asamblea Legislativa, justo en su última sesión antes de declinar sus poderes en la Convención, aprobando la Ley del Divorcio. El texto constaba de cuarenta y siete artículos divididos en cuatro apartados: las causas del divorcio, sus modalidades, sus efectos sobre los esposos y sus efectos sobre los hijos. Su filosofía, realmente revolucionaria en materia de costumbres, quedaba resumida en el artículo tercero: «Cualquiera de los esposos puede conseguir el divorcio con la simple alegación de la incompatibilidad de caracteres». El único requisito era pasar por la formalidad de convocar una «asamblea de familia» en la que tres parientes o amigos de cada cónyuge debían tratar de conciliarlos o constatar la imposibilidad de hacerlo. Esa asamblea tendría lugar un mes después de la solicitud y daría paso a un periodo de reflexión de otro mes tras el que se decretaría el divorcio. Cuando el matrimonio tuviera hijos ambos plazos se elevarían a dos meses.

Pues bien, si tenemos en cuenta que ellos estaban en ese segundo supuesto y que la «asamblea de familia» tuvo lugar en el domicilio de los Devin de Fontenay en la isla de Saint Louis, en presencia del notario Simon Lefebvre, el 30 de noviembre de 1792, es decir, dos meses y diez días después de la aprobación de la ley, parece evidente que Teresa y su marido se habían subido al estribo de la primera diligencia en marcha. Ella no había cumplido aún los veinte años, pero su matrimonio estaba roto hacía tiempo. Era la etapa de su íntima relación con Blondinet, según su biógrafa Marie-Hélène Bourquin, «tal vez el único verdadero amor de esta joven coqueta».<sup>[87]</sup> Para hacer esa afirmación se basa en la confidencia que la propia Teresa le hará un año después a *madame* de Lage de Volude: «No sé si lo sabéis o no, pero yo estaba muy ligada a Saint-Fargeau».<sup>[88]</sup> Me ha hecho todas las infamias posibles. Sin embargo, nada me ha podido separar de él».





*Allegoría del divorcio. Gouache de Lesueur, Museo Carnavalet, París.*

Es imposible saber cuáles eran sus planes en el momento en que puso en marcha el plazo de cuatro meses al final del cual obtendría el divorcio o qué incidencia tuvo en ellos el asesinato del hermano de Felix Le Peletier y su subsiguiente radicalización revolucionaria. Pero todo indica que Teresa-Thérésia era consciente de que París empezaba a ser un lugar muy peligroso para quien ostentaba la doble condición de exnoble —los llamados «cidevants» eran considerados ya como enemigos endémicos de la Revolución— y española. Tras la ejecución del rey todo indicaba que la guerra entre Madrid y París era inminente, y eso acentuaba vertiginosamente la sensación de riesgo para ella.

La marcha sucesiva de París del embajador Fernán Núñez y del encargado de negocios Domingo de Iriarte había sido el mejor termómetro del deterioro de lo que al comienzo de la Revolución era la más estable de las alianzas basada en el Pacto de Familia entre las dos ramas borbónicas. Es cierto que Fernán Núñez había adoptado desde el principio una actitud rotundamente hostil hacia lo que veía a su alrededor, y

ya el 17 de abril de 1790 había dirigido una carta privada a Floridablanca cuya literalidad irónica, latinajos incluidos, revela sus sentimientos mejor que ninguno de los despachos oficiales: «Excmo. Sr. Mío: *In manus tuas, Domine, comendo prolem meam*. En nombre de Dios que no me deje V. E. preso en medio de estos locos, ni librado a su voluntad, que sería la de tenerme aquí. Déme V. E. mi pasaporte con mil diablos, que yo me iré a Córdoba muy contento a plantar naranjos: por un lado mi mujer y los siete chiquillos y por otro estos frenéticos, no hay resistencia, si no se está habilitado para tomar las de Villadiego. Esto pide a V. E. de corazón su fiel y atento amigo».<sup>[89]</sup>

En la medida en que el curso de los acontecimientos siguió confirmando este palpito, Fernán Núñez —en estrecho contacto directo sobre todo con la reina—<sup>[90]</sup> no pudo sino continuar transmitiendo malas noticias a su ministro: Luis XVI era un prisionero en su propio palacio y ni sus actos ni sus comunicaciones oficiales debían ser consideradas las de un monarca libre. De ahí la reserva creciente de la corte de Madrid y la erosión de la relación diplomática. La fuga de Varennes fue el punto de no retorno. Fernán Núñez fue testigo del terrible regreso a las Tullerías y transmitió lo sucedido a Floridablanca escribiendo «una página de historia sobria y patética»:<sup>[91]</sup>

Desde que el coche se aproximaba, un profundo silencio sucedía a las vociferaciones, no por efecto de una legítima compasión, sino para sustituirlas por una actitud no menos expresiva; sin hacer el menor caso a su monarca, todos los asistentes permanecían con la cabeza cubierta y obligaban a hacerlo a quienes por obligación o por costumbre no lo habían hecho en un primer momento. La tropa permanecía con el arma a pie ante el paso del carruaje para subrayar que no le rendía los honores [...]. Los cabellos se erizaron sobre mi cabeza y las lágrimas brotaron involuntariamente de mis ojos.

Los motivos políticos convergían así con los anhelos personales de Fernán Núñez, y Floridablanca ordenaba su retirada en señal de protesta, rebajando el rango de la embajada y dejándola provisionalmente en manos de Iriarte, cosa que se hizo efectiva a partir de septiembre de 1791. Siguió una etapa de cierta distensión y doble juego en la que Luis XVI «a la vez que afirmaba en las cartas oficiales haberse adherido libremente a la Constitución, apelaba secretamente a los soberanos para que le ayudaran a librarse de la tutela de la Asamblea».<sup>[92]</sup>

Floridablanca también trató de aplicar la política del disimulo, consistente en acelerar los preparativos bélicos y entre tanto «mirar a la Francia como al reino de Persia o al imperio de China o al Mogol, prescindiendo de sus gobiernos sin aprobarlos y sin hacerles la guerra».<sup>[93]</sup> Pero como contribución a ese doble juego que debía desembocar en la guerra contra los austriacos y prusianos que Luis y María Antonieta anhelaban perder, Carlos IV decidió en marzo de 1792 sustituir a su rígido ministro por el más flexible conde de Aranda. Como antiguo embajador en París y amigo de los enciclopedistas, Aranda conservaba la simpatía de un sector de los revolucionarios. De hecho Condorcet acogió su nombramiento como «la rama de

olivo de la paz».<sup>[94]</sup>

Aranda optó por una política de conciliación y apaciguamiento, retirando parte del apoyo a los emigrados que se habían refugiado en España y apostando por la consolidación de la Monarquía constitucional en Francia, tanto frente a los revolucionarios exaltados como frente a los partidarios de la vuelta al absolutismo. Era una política de apoyo al centrismo en un momento y un lugar en el que cada vez quedaban menos centristas.

Iriarte, hermano del fabulista pero hombre de especial sentido común y realismo, fue el gran aliado y confidente de Aranda. Aunque sus cartas no tienen ni la frescura ni el vigor literario de las de Fernán Núñez a Floridablanca, reflejan con meticulosidad quirúrgica el deterioro de la situación en París durante toda la primavera y comienzo del verano hasta desembocar en el relato detallado del asalto a las Tullerías y la matanza de los guardias suizos. También el clima de terror que se va instalando en la capital en vísperas de las visitas domiciliarias y en la cuenta atrás hacia las masacres de las prisiones.

La última carta, fechada el 24 de agosto, relata cómo el exministro de Asuntos Exteriores Montmorin —muy próximo al rey depuesto— «ha sido encontrado en el *faubourg* Saint-Antoine, escondido en casa de una lavandera». Incluye una posdata como información de última hora: «Este mediodía ha sido ejecutado el señor de La Porte, intendente de la lista civil, cortándole la cabeza sobre el cadalso levantado en el Carrusel frente a las Tullerías».<sup>[95]</sup> Horrorizado por todo cuanto había visto, Iriarte decidió llevar a la práctica el anhelo reprimido de Fernán Núñez e inmediatamente «tomó las de Villadiego», abandonando París sin tan siquiera esperar la orden de su gobierno<sup>[96]</sup> y dejando a Ocáriz solo ante el peligro.

Nada había salido de acuerdo con el cálculo de Aranda, y el derrocamiento de Luis XVI, su encarcelamiento en el Temple y la pretensión de la Convención de someterle a juicio le costaron el cargo. El 18 de noviembre el amigo de Voltaire y D'Alembert, la «mula aragonesa», entregaba sus poderes al jovencísimo e inexperto Manuel Godoy —acababa de cumplir veinticinco años—, distinguido con el título de duque de Alcudia y protegido de la reina María Luisa. La Monarquía borbónica, caracterizada hasta entonces por su estabilidad, había convertido así 1792 en un año de inauditas volteretas: nada menos que tres primeros ministros, o más bien validos, se habían sucedido en el favor de un mismo rey en apenas ocho meses.

La política de Godoy en relación a Francia tendrá un plan A: salvar la vida del rey al precio que fuera; y un plan B: prepararse para la guerra en el caso de que el objetivo anterior no se consiguiera. El nuevo favorito era consciente de hasta qué punto angustiaba a su soberano la posibilidad de que su primo Luis XVI pereciera en el cadalso. Para evitarlo sólo disponía de su propio arrojo y de la inteligencia y el valor de quien en París era conocido como «caballero Ocáriz» por su condición de miembro de la Orden de Santiago. Entre Godoy y Ocáriz se estableció una relación directa y confidencial equivalente a la de Floridablanca con Fernán Núñez o a la de

Aranda con Iriarte.

José Joaquín de Ocáriz y Baeza era un madrileño de padre vasco que llevaba ya casi nueve años en París tras haber dado sus primeros pasos diplomáticos en Copenhague y Turín.<sup>[97]</sup> Su alineamiento con las tesis moderadas de Iriarte era total y también el pragmatismo con el que abordó el encargo de salvar la vida del rey. Ocáriz lo intentó por las buenas, es decir, mediante la negociación diplomática; y a la vez por las malas, es decir, mediante la corrupción pura y dura, probablemente en contacto con el barón de Batz y sus agentes, pero sin otra complicidad incondicional que la de su entonces amante y luego esposa, la bella y enigmática Lucrece d'Etat.

Lo primero que el encargado de negocios de España puso sobre la mesa fue una oferta de neutralidad, acompañada de la disposición a reconocer a la República Francesa. El ministro de Asuntos Exteriores, el exsacerdote Pierre Lebrun-Tondu — un tipo peculiar, con las lealtades divididas entre Brissot y Danton, que había puesto a su hija recién nacida los nombres de Civilis-Victoire-Jemappes-Dumouriez—, alentó sus esperanzas. «En la conferencia que tuve con el ministro [...] me dijo que la pluralidad de votos de la Asamblea era por la detención del rey y real familia hasta la conclusión de la guerra, y después por el destierro perpetuo», escribió el 28 de diciembre Ocáriz al duque de Alcudia.<sup>[98]</sup> Pero bastó una leve insinuación vinculando la oferta diplomática a la integridad física de Luis para que la Convención echara los pies por alto y bloqueara ese camino.

Llegó entonces el momento de apostar a fondo por la compra de voluntades. Según un estudio contemporáneo sobre la corrupción durante la Revolución, «está probado que, a través de la intermediación de Lucrece d'Etat, André Chénier y Regnaud de Saint-Jean-d'Angely, el diputado François Chabot recibió del caballero Ocáriz, representante de la corte de España en París, la suma de 500.000 libras».<sup>[99]</sup> Fue la culminación del intento de obtener el apoyo de los dantonistas para que votaran a favor de la apelación al pueblo. Cuando eso fracasó, probablemente por el rechazo del gobierno británico a las pretensiones del propio Danton, aún hizo Ocáriz dos intentos a la desesperada, enviando una carta de su propia cosecha a Lebrun en la que ofrecía nada menos que la mediación de España entre Francia y la potencias europeas que le habían declarado la guerra —la Convención ni permitió que se leyera— y apelando *in extremis* a la conciencia de quien más carecía de ella.

Según su propio relato a Godoy, el sábado 19 Ocáriz se había plantado en las oficinas del Comité de Seguridad General «para hablar a uno de los que, más influjo tienen en la Sociedad de Jacobinos, para inclinarle a que, ejercido ya el derecho al que tenían sus representantes, excitase al pueblo a ejercer un acto de soberanía, implorando la conmutación del decreto». Evidentemente se refería a Chabot. Todo indica que Ocáriz tenía quinientas mil razones para pedirle al excapuchino que intentara provocar un último golpe de efecto a favor de Luis esa misma noche en el Club de los Jacobinos, y es muy posible que las invocara. Según declararían el propio Chabot durante el proceso contra los girondinos, él ni siquiera hubiera tenido que dar



su opinión, sino «tan sólo plantear si el pueblo tenía capacidad de ejercer el derecho de gracia».<sup>[100]</sup>

Todo fue inútil. No es difícil imaginar la mezcla de amargura, desánimo y consternación con que Ocáriz cogió la pluma el propio lunes por la tarde para relatar a Godoy lo sucedido: «Mi última carta ha debido dar a conocer a V. E. la ninguna esperanza que quedaba de salvar la vida del rey cristianísimo. Su reino, se puede decir, no es ya de este mundo. La nación francesa ha vertido la sangre de su último rey, que ha muerto víctima del furor de los partidos que subsisten entre sus representantes, y esta mancha será confundida pero jamás borrada con la sangre que acaso aún hará correr sobre este suelo o la guerra civil o nuevas proscipciones como las que tenemos vistas».

La larga misiva de Ocáriz recogía todos los detalles de la ejecución incluidos en el informe remitido por la Comuna a la Asamblea, explicaba también el impacto del asesinato de Le Peletier e informaba a Godoy de que Lebrun le había desaconsejado reclamar el cadáver de Luis en nombre de su primo el rey de España. «Reina el silencio del horror, y acaso del remordimiento, en este lugar y no dejan de contribuir también a tan lúgubre situación las disposiciones que se anuncian de pesquisas y visitas domiciliarias».

Es imposible saber si Teresa-Thérésia estuvo al tanto o incluso se vio implicada de alguna manera en las gestiones de Ocáriz, bien a través de sus amigos los Le Couteulx que financiaron la iniciativa, bien a través de alguien de su propia familia. De lo que no cabe duda, en función de su carácter y de sus testimonios posteriores, es de que ella también sintió durante los días que siguieron a la ejecución del rey y al asesinato de Le Peletier «el silencio del horror». De los tres diplomáticos españoles que habían asistido a su boda ya sólo quedaba uno en París. Cuando el rey había perdido su libertad, se había marchado Fernán Núñez; cuando el rey había perdido su corona, se había marchado Iriarte; ahora que el rey acababa de perder su vida, la posición de Ocáriz parecía más que precaria. Era su última referencia en la embajada.

A ambos lados de los Pirineos sonaban tambores de guerra y un tanto inesperadamente las únicas buenas noticias para ella volvían a venir de España. La persecución contra su padre se había mitigado. Durante el mandato de Aranda había sido rescatado del castillo de Batres, volviendo a quedar encarcelado en Madrid en condiciones mucho más benévolas. Godoy le había permitido trasladarse a su domicilio y, aunque el proceso seguía en teoría vivo, el nuevo valido había dado ya señales de querer contar con él para su política exterior.

En cuanto a sus sentimientos más íntimos, la conducta de Felix Le Peletier la tenía en vilo y su prioridad más inmediata era completar los plazos para obtener el divorcio de su marido. Pero en la cabeza de Teresa empezaba a fraguar la idea de que tal vez había llegado el momento de plantearse cómo escapar del Paraíso.

## SIETE

Los buenos propósitos de los convencionales durante las fastuosas exequias de Michel Le Peletier no sobrevivieron ni siquiera a la propia tarde del jueves 24 de enero. La sesión nocturna se abrió a las ocho con el diputado por la Gironda Guadet<sup>[101]</sup> ocupando el sillón en calidad de sustituto, pues Vergniaud debía de estar exhausto después de un día de tanta intensidad y emociones. Pero no era una sesión más, ya que tocaba elegir quién presidiría la Convención durante la siguiente quincena y, tras lo ocurrido el lunes con el Comité de Seguridad General y el propio resultado de las votaciones sobre la suerte del rey, estaba por ver cuál era la verdadera correlación de fuerzas en la Asamblea.

Dufriche-Valazé, habitual muñidor de alianzas entre los moderados, empezó a recitar como secretario el acta de la sesión del día anterior en la que se había dado lectura a la carta de dimisión de Roland y acordado su envío a todos los departamentos. Entonces le interrumpió el oportunista jacobino conocido como Julien de Toulouse.<sup>[102]</sup>

—Pido la palabra sobre el acta de la sesión. Ayer ya se os hizo ver que la carta de Roland contenía datos inexactos. Es por esa misma razón por la que pido que se suspenda su envío a los departamentos.

Guadet, alto, enjuto y cetrino, tenía muy malas pulgas y no se andaba con contemplaciones:

—Julien, te he dado la palabra sobre la redacción del acta, no para que pidas la anulación de un decreto.

Por trivial que pareciera la objeción, fue como si se hubiera arrojado una cerilla a un barril de pólvora. Desde la Montaña y las tribunas brotaron murmullos e imprecaciones que fueron subiendo de tono, mientras del resto de la cámara surgían cada vez más voces reclamando «¡El orden del día! ¡El orden del día!».

Thuriot y Jeanbon Saint-André pidieron la palabra en auxilio de Julien de Toulouse, pero Guadet se la negó. Un asunto tan nimio se convirtió pronto en un tumulto. Hasta el extremo de que el presidente tuvo que recurrir a la medida extrema de cubrirse la cabeza. Era la señal reglamentaria de que la sesión quedaba provisionalmente suspendida y de que nada de lo que sucediera en esas circunstancias tendría validez parlamentaria.

Guadet permaneció durante un par de minutos con el sombrero de penacho tricolor puesto y la marea fue bajando hasta restablecerse por completo la calma. Era el único gesto que habitualmente funcionaba, la única música que amansaba por igual a las fieras de las tribunas y a las de las bancadas, la única arma que tenía el presidente de la Convención para lograr recomponer el orden en la sala.

Además pronto quedó claro que la mayoría apoyaba esa noche a Guadet porque se votó por el sistema de levantarse o quedarse sentado no dar la palabra a los

*montagnards* que querían reabrir el caso Roland. Entonces llegó el momento de elegir al próximo presidente y trascendió que el candidato moderado era Rabaut Saint-Étienne, uno de los más beligerantes defensores durante las últimas semanas de la apelación al pueblo,<sup>[103]</sup> y el de la Montaña, nada menos que Danton. Aunque cada diputado podía votar a cualquier otro colega, la elección se planteaba así como una especie de ocasión para el desquite de los moderados. Se constató que había 355 diputados presentes —56 más que durante la encerrona del lunes— y que el listón reglamentario que debía traspasar el ganador era el de la mitad más uno, o sea 178 votos.

Al cabo de dos horas de escrutinio Guadet proclamó que Rabaut Saint-Étienne había obtenido 179 y era por tanto el nuevo presidente de la cámara. Iba a proceder a la elección de secretarios, pero Collot d'Herbois le interrumpió:

—Pido la palabra contra el escrutinio. Es indudable que los secretarios han reflejado mal los votos porque Danton ha conseguido desde luego más de ciento cincuenta.

¿Estaba insinuando que había habido trampa en el recuento? Guadet le llamó al orden y la mayoría acordó que no se le diera la palabra. Augustin Robespierre, hermano pequeño del Incorruptible —conocido por amigos y familiares como «Bonbon»—,<sup>[104]</sup> y diputado como él por París, aclaró el sentido de sus quejas:

—Yo acuso a Guadet de falta de imparcialidad. Debería haber nombrado a todos los candidatos dando el número de votos de cada uno y sólo lo ha hecho con Rabaut.

Guadet le leyó el reglamento. Robespierre *el Joven* no se quedó conforme y volvió a pedir en vano la palabra. Julien de Toulouse subió por su cuenta a la tribuna. Se le ordenó descender sin hablar. Nuevo tumulto. La elección de secretarios tranquilizó por fin a la Montaña. Dos de los tres designados eran suyos: Bréard y Thuriot. El tercero era el ambiguo, ubicuo y equívoco Cambacérès.<sup>[105]</sup> Las espadas seguían en alto.

## OCHO

Aunque la sesión del día siguiente estuvo en gran medida ocupada por la lectura de un minucioso informe del abate Sieyès, en el que, haciendo honor a su futuro apodo de «Topo de la Revolución»,<sup>[106]</sup> proponía una reorganización del Ministerio de Defensa tendente a hacerle la cama al tambaleante Pache, tampoco faltó su momento de emoción cuando Felix Le Peletier compareció para agradecer a la Convención todo lo ocurrido la víspera. Con la particularidad de que junto a él, su hermano Amedée y su renuente madre acudía también la niña de once años, negro pelo ensortijado, rostro redondo y apariencia asustadiza que había participado en el cortejo fúnebre. Era Suzanne, la hija del protomártir.

En medio de lo que la propia acta de la sesión describiría como «un silencio religioso», Felix Le Peletier levantó a la niña en brazos desde la barra, la mostró a los diputados, y superándose a sí mismo en capacidad melodramática exclamó: «¡Sobrina mía, he aquí a tu padre! ¡Pueblo, he aquí a vuestra hija!». Barère asumió entonces a la vez el papel de comadrona y magistrado del Registro Civil: «Suzanne Le Peletier ha perdido a su padre. Ella debe reencontrarlo en el pueblo francés. Propongo que la patria la adopte». Se trataba de un gesto meramente simbólico, sin ninguna consecuencia práctica, pues Suzanne era la única heredera de una inmensa fortuna que le ponía al abrigo de cualquier contingencia. Pero la moción se aprobó sin oposición y Rabaut Saint-Étienne la bendijo: «La nación ratificará sin duda la adopción de la hija de Michel Le Peletier que hace hoy la Convención Nacional».

La Asamblea se enredó entonces en un debate sobre si además debía convocarse un concurso para realizar un busto del difunto y sobre si el lugar en el que debería colocarse era la propia Convención o el pedestal de la plaza de Piques. Ninguno de los presentes podía imaginar que Suzanne Le Peletier, esa niña apocada que acababan de adoptar como primera hija colectiva de la República —«*Mademoiselle Nation*» la llamarán pronto—, se convertiría con el tiempo en una ferviente monárquica, obsesionada por borrar las huellas del regicidio de su padre.<sup>[107]</sup>

## NUEVE

En su edición del sábado 26 de enero el periódico de Marat celebró la dimisión del ministro del Interior, advirtiendo que quedaba un pequeño trámite por resolver: «Roland ha caído. Hace apenas ocho días aún mantenía el tono insolente. Aferrado a su única esperanza, decía tontamente: “Para destituirme, tendrán que matarme”. No ha habido la necesidad de expulsarle: él acaba de batirse en retirada. Pero el verdugo tendrá probablemente la de matarle, porque motivos no faltan».<sup>[108]</sup>

Entre tanto el nuevo Comité de Seguridad General *montagnard* había colocado un cartel en las paredes reprochando a los asiduos al Palais Royal que el asesinato de Le Peletier hubiera podido consumarse «sin que se levantara ningún clamor contra el asesino, sin que el dueño del establecimiento o sus numerosos empleados y clientes intentaran detenerlo, pese a que todos pudieron verlo y varios de ellos le dirigieron la palabra durante largo rato después del ataque».<sup>[109]</sup>

Según el periódico de Prudhomme, el exguardia de Corps Pâris no tuvo empacho en volver a presentarse en el Café de Foy cuando apenas habían transcurrido tres horas del asesinato.<sup>[110]</sup> La declaración de una amante ocasional del asesino revelaría que poco después se trasladó al Café de Chartres donde, delante de testigos, alardeó de su crimen e incluso brindó con ponche por su víctima.<sup>[111]</sup> Esa estela de provocación convertía cada día que transcurría sin que se lograra detenerle en un escarnio para el Comité.

El domingo 27, justo una semana después del «parricidio», despuntó pues cargado de tensión y ansias vengativas. Por la mañana tuvo lugar en la plaza del Carrusel, a pocos cientos de metros del antiguo pabellón de Doma ocupado por la Convención, la plantada de un Árbol de la Fraternidad. El acto, similar al celebrado dos domingos atrás, había sido convocado por la Comuna para favorecer el hermanamiento de los federados de los departamentos con los *sans-culottes* parisinos. Hubo abrazos fraternales, cánticos patrióticos contra los aristócratas y se bailó reiteradamente la *Carmagnole*, una mezcla de corro y de rondalla que rendía homenaje tanto a la toma por las tropas revolucionarias de la fortaleza de Carmagnola en el Piamonte como a la chaqueta del mismo nombre que se había convertido en santo y seña del atuendo de los radicales. «Llevar una carmañola especialmente sucia y andrajosa era el colmo de lo *chic* entre los *sans-culottes*» —escribirá con ironía Jean Tulard—<sup>[112]</sup> y unos pocos diputados habían hecho suya esa moda.<sup>[113]</sup>

La música de la *Carmagnole* era un aire frenético durante el que se iban recitando cuartetos soeces contra el «gordo Louis», «Antoinette» y sus seguidores monárquicos. La danza se aceleraba aún más con el estribillo: «*Chantons notre victoire. / Vive le son, vive le son. / Chantons notre victoire. / Vive le son du canon*».

Sin embargo, la fiesta también tuvo consecuencias políticas, y el instrumento para ello fue la llamada Sociedad de Defensores de la República Una e Indivisible de los

84 Departamentos, constituida por algunos federados en diciembre y convertida ya en útil satélite del Club de los Jacobinos. Pasando directamente de los bailes y los cánticos a la barra de la Convención —los domingos también había sesión—, una delegación de ese grupo compuesta por «cinco militares» pidió ser escuchada por los diputados.

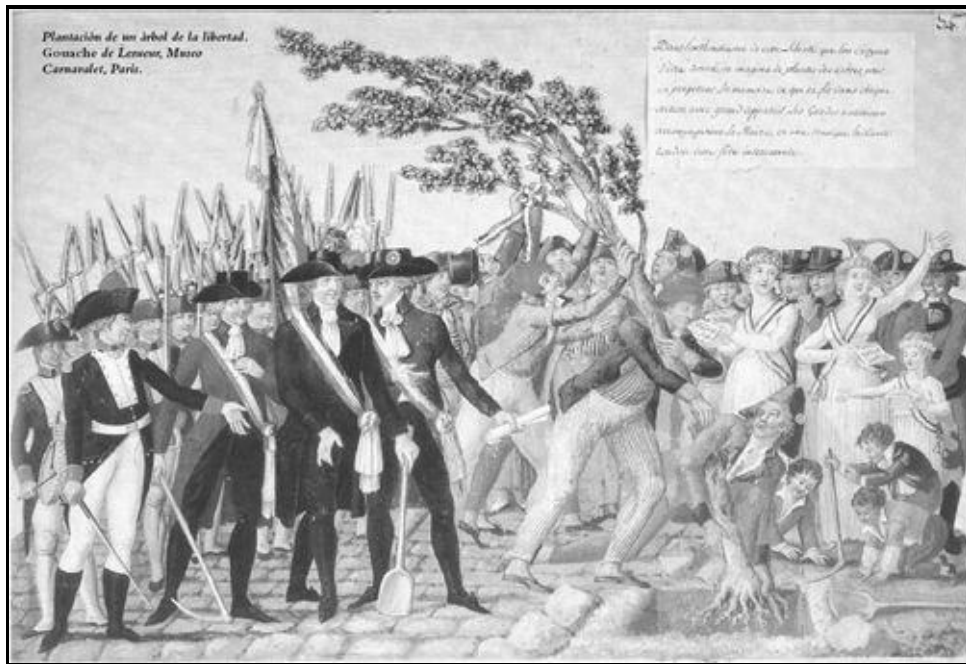
Arrogándose la representación de todos los federados llegados a París desde los más diversos confines de Francia con el propósito de defender a la Convención, el orador explicó que «ellos habían jurado antes de partir de sus departamentos respectivos un odio mortal a los triunviros (clara alusión a Robespierre, Danton y Marat), a los dictadores, a todos los usurpadores de la soberanía [...], pero han jurado hoy el mismo odio a los intrigantes que ambicionan el poder supremo, gritando contra el triunvirato y la dictadura [...]; han jurado un odio eterno a estos hombres que durante largo tiempo han meditado cómo engañar a los ochenta y cuatro departamentos, excitar las disensiones mediante libelos infames, estimular la guerra civil y reemplazar al tirano en el trono».

Por si no estuviera clara la voltereta, la delegación pedía que «fieles a vuestros mandatos, decretéis leyes rigurosas que hagan subir al instante al patíbulo a todos los que osen atentar contra la unidad y la indivisibilidad de la República». Era la retórica antifederalista de los jacobinos, asimilada ingrediente por ingrediente. Los diputados moderados descubrieron así aquella mañana, a medio camino entre la preocupación y el espanto, que buena parte de quienes teóricamente habían acudido a París a protegerles empezaban ya a pedir sus cabezas.

Rabaut Saint-Étienne respondió desde la mesa presidencial con tono grave y enfático, midiendo como buen clérigo todas y cada una de sus palabras: «Los representantes del pueblo deben ser inviolables o no hay libertad. Los soldados de la patria no deben actuar más que bajo las órdenes de la ley o no hay libertad. Los peticionarios utilizan un derecho sagrado y el deber de la Convención es escucharles y ser justa. Hijos de la patria: ella tiene enemigos interiores a los que la ley debe confundir, ella tiene enemigos exteriores a los que vosotros debéis repeler. La ley os indicará cuál es vuestro puesto. La Convención que os invita a los honores de la sesión os invita también a correr allí donde podréis ser útiles a la patria, bajo los auspicios de la ley».

Qué mal cariz debía estar tomando la situación para que uno de los más distinguidos dirigentes del sector moderado se sumara así a las voces de la Montaña que venían pidiendo insistentemente que los federados fueran enviados a las fronteras a combatir a las monarquías coaligadas contra Francia. Pronto el propio Barbaroux apoyaría la petición de «sus» marseleses de regresar a casa, pues había dejado de estar seguro de que pudiera contar con ellos.<sup>[114]</sup>





*Plantación de un árbol de la libertad. Gouache de Lesueur, Museo Carnavalet, París.*

Flemático y paternal, Rabaut Saint-Étienne pasó a escuchar, antes de levantar la sesión aquel domingo, a un cura que acudía con su esposa embarazada de su segundo hijo a solicitar una prestación compensatoria de la pérdida de sus emolumentos sacerdotales a raíz de su matrimonio. Según los Archivos Parlamentarios, el peticionario «pintó un cuadro lleno de aflicción sobre las persecuciones sufridas por parte del fanatismo y la ignorancia», y «el presidente le felicitó por su sensibilidad y por su tierna dedicación a la multiplicación de los hijos de la patria», proponiendo el envío de su demanda a un comité.

## DIEZ

Sobre las ocho de la tarde las seis o siete mil personas que pasaban el domingo curioseando, comprando y cenando en las galerías de ese Palais Égalité al que seguían llamado Palais Royal se encontraron con la desagradable sorpresa de que el recinto estaba rodeado por la Guardia Nacional, provista de amenazadores cañones, y de que todas las salidas estaban bloqueadas.

El motivo inmediato era una carta dirigida al nuevo presidente de la Convención en la que una tal «ciudadana Dardenne» sostenía que «alguien» le había asegurado que el «infernial Pâris» estaba escondido en un garito de juego situado en el número 52 de la calle de Richelieu, en el perímetro externo del propio «*cidevant Palais Royal*».<sup>[115]</sup> Pero la comprobación de esa denuncia no requería tal despliegue. La verdad era que, frustrado por la decisión de la Convención de bloquear las visitas domiciliarias, el Comité de Seguridad General quería hacer una demostración de fuerza en el mismo lugar, el mismo día de la semana y casi a la misma hora en que había sido asesinado Le Peletier. Una demostración de fuerza que sirviera además como castigo colectivo a esa masa amorfa que el domingo anterior se había quedado de brazos cruzados mientras el criminal poco menos que se pavoneaba entre ellos.

El comité en el que Bernard de Saintes —el regicida «bondadoso»—, Basire y Tallien se habían aupado a los puestos de presidente, vicepresidente y secretario había mandado un oficio a Santerre pidiéndole que rodeara el enclave de una fuerza armada suficiente como para identificar y detener a todas las personas sospechosas.

El «General Espumoso»<sup>[116]</sup> —así era conocido el cervecero del *faubourg* Saint-Antoine— había convocado nada menos que a 3500 hombres a pie y 200 a caballo, manteniéndolos ocultos en el patio interior del Louvre para no despertar sospechas. Cuando todo el contingente estuvo reunido, ordenó el despliegue sobre el Palais Royal, sellando la plaza y procediendo a registrar tienda por tienda, restaurante por restaurante, burdel por burdel. Comisarios de policía acompañaban a los guardias nacionales en esas pesquisas. La anécdota de la jornada fue su irrupción en la clínica de partos del ciudadano Desormeaux<sup>[117]</sup> en el momento en que una embarazada daba a luz entre grandes dolores.

Todos y cada uno de los presentes fueron interrogados en un ritual que se extendió hasta cerca de las cuatro de la madrugada mientras la temperatura iba bajando a niveles propios de las heladas invernales. A los que exhibían su tarjeta cívica<sup>[118]</sup> y no despertaban sospechas se les permitía marcharse, pero los otros eran retenidos en el centro del jardín, ateridos de frío. Parsimoniosamente eran agrupados en función de las secciones a las que pertenecían y conducidos hasta sus respectivos barrios bajo escolta para que cada Comité Revolucionario decidiera quién debía ser enviado a prisión.

Decenas de hileras de detenidos partieron esa madrugada del Palais Royal. Según

el informe de Santerre a la Comuna, «alrededor de seiscientos hombres se encontraban sin tarjeta de civismo y fueron entregados a sus secciones para que en ellas se reconociera a los emigrados y a los negligentes que, en un momento como este en que los patriotas obtienen su victoria sobre los aristócratas, van sin la prueba de su civismo».<sup>[119]</sup>

«Si sólo se hubiera tratado de registrar los garitos de juego [...] aunque no exista una ley que lo autorice [...], pocas personas habrían reclamado contra el Comité de Seguridad General», advertía en su siguiente número *Révolutions de Paris*. «¡Pero invadir un recinto público, el lugar de cita de todo París, obstruir un lugar de paso, sitiar con cuatro mil hombres el Palais Égalité [...] es un acto de despotismo!».<sup>[120]</sup> Se comprende que, pese a sus buenas relaciones con los jacobinos, hubiera quien empezara a tenerle ganas al editor del periódico, Louis Prudhomme.

Ninguna crónica precisa si los varios cientos de espectadores que acudieron esa tarde a la representación de *La casta Susana* en el Teatro del Vaudeville fueron incluidos al término de la función en la redada, pero la ubicación del local justo en el chaflán de las calles de Chartres y Saint-Thomas du Louvre, que encaraba una de las entradas del Palais Royal, lo hace más que verosímil. En ese caso debieron de padecer por partida doble los efectos del celo revolucionario, pues la representación de aquel domingo resultó especialmente agitada, al haberse colado en el teatro un grupo de federados de esa Sociedad de Defensores de la República Única e Indivisible afín a los Jacobinos. Además de ir al teatro gratis, pretendían comprobar con sus propios ojos si en aquella función se vertían expresiones contrarrevolucionarias, tal y como algunos de sus compañeros habían denunciado a la Comuna. Venían calientes después de tanta *Carmagnole* acompañada de las correspondientes libaciones y sobre todo después de la buena acogida de las tribunas de la Convención a su petición de ejecuciones sumarias. El director del teatro había tratado de aplacarles acomodándolos en los mejores palcos.

*La casta Susana* era una adaptación burlesca y musical de la historia del libro de Daniel en el que la inocente se salva *in extremis* de ser lapidada, y lo que había despertado las iras censorias de los radicales era la reacción del público burgués ante dos frases que se pronunciaban en escena. La primera llegaba en boca del presidente del tribunal, Azarías, cuando los dos denunciantes de la muchacha pretendían formar parte del mismo: «Vosotros sois sus acusadores, no podéis ser sus jueces». ¿Por qué una parte del público prorrumpía entonces en grandes aplausos? Porque exactamente ese había sido el argumento de uno de los abogados de Luis XVI, Raymond Dèseze, para alegar en vano que la Convención no tenía derecho a juzgar al rey.<sup>[121]</sup> El segundo momento de entusiasmo llegaba cuando Daniel se dirigía al propio presidente del tribunal para dejar claro que la injusticia del Estado no compromete al hombre íntegro: «Juez Azarías, yo soy inocente de la muerte de esta mujer».

Fuera porque el director del teatro aconsejó a los actores pasar de puntillas sobre estas frases o porque los espectadores se sintieron cohibidos ante la patente presencia

de los federados, el caso es que la representación superó ese domingo ambos momentos de riesgo sin mayores consecuencias. Sin embargo, fue el canto de unos pareados tan ramplones como aparentemente inocentes lo que desencadenó el tumulto. Era el final feliz entonado por una actriz que representaba el papel de Daniel: «*Refuser plaisir et richesse / pour conserver gloire et sagesse. / De la mort souffrir le tourment, / oh, c'est de l'Ancien Testament*». Las palabras «muerte» y «tormento» concatenadas con la expresión «Antiguo Testamento» desencadenaron el fervor en la sala y la actriz se vio obligada a repetir la estrofa entre los bravos de los espectadores puestos en pie. Era una manera desafiante de decirles a los federados: «Sabemos que sabéis que fingimos referirnos al pasado cuando se trata del presente».

Los Defensores de la República se dieron en todo caso por aludidos, bajaron de los palcos a la platea, interrumpieron a la orquesta y comenzaron a llamar «bandidos» y cosas peores a los actores, a los músicos y a los propios espectadores. En medio de una gran batahola invadieron el escenario, buscando en vano al director, y abandonaron el local prometiendo que convertirían el Teatro del Vaudeville en un hospicio. Cuarenta y ocho horas después la Comuna adoptaba el siguiente decreto: «El Consejo General encarga al Comité de Policía que vigile la representación de *La casta Susana* a fin de impedir que esta pieza cause algún problema o pervierta el espíritu público».<sup>[122]</sup>

Tras varios días de tira y afloja, los autores y la dirección del teatro llegaron a un acuerdo con la Sociedad de Defensores. Tanto las dos frases conflictivas como el pareado sobre el Antiguo Testamento desaparecían de la representación y en cambio en un momento clave se introducía una frase nueva que auguraba un hecho extraordinario: «¡Viles denunciadores! Habéis mentido al pueblo. Temblad. El ángel exterminador se acerca». Y así era.

## ONCE

Ese mismo domingo 27 de enero la temperatura política había subido tanto en el Club de los Jacobinos, casi desde el comienzo de la sesión, que aunque la imponente estufa que ocupaba el centro de la nave de la antigua iglesia hubiera estado apagada, gran parte de los asistentes no lo habría notado. Un «afiliado de Rochefort» había solicitado que el club mantuviera «correspondencia continuada con las sociedades populares para denunciar a los brissotinos»<sup>[123]</sup> y había puesto como ejemplos de personajes execrables a Vergniaud y a Guadet. Léonard Bourdon —a quien no le convenía abrir ese frente de momento— había propuesto y conseguido que se pasara al orden del día.

Pero entre tanto se había organizado un gran tumulto porque, al tratarse del primer festivo tras los dramáticos acontecimientos de toda aquella semana, tanto las gradas que tapaban las antiguas capillas laterales como la tribuna que había sustituido al altar mayor, otrora decorado con una imponente Anunciación, estaban atestadas por cientos de personas y los espectadores que no habían cabido pretendían ser acomodados en la nave de la iglesia cuyo acceso estaba reservado a quienes pudieran exhibir el carné que les acreditaba como miembros del club. Justo cuando su pretensión fue denegada, uno de los asistentes denunció que en ese mismo momento estaba teniendo lugar «un conciliábulo» en el número 17 de la calle de Orleans al que asistían Barbaroux y Buzot, dos de los diputados más detestados por los jacobinos. Como se trataba de un lugar bastante próximo, pues la calle de Orleans hacía esquina con la propia Saint-Honoré, diez o doce manzanas más abajo, se acordó sobre la marcha que «todos los ciudadanos de la Sección de la Halle-au-Blé (Mercado del Trigo) —en la que estaba encuadrada esa dirección— se fueran a comprobar los hechos sobre el terreno».

Según el relato de la sesión, partieron «acompañados de algunos militares», pero se suscitó entonces un debate sobre la imprudencia de que una denuncia como esa se hubiera hecho de forma «pública», en lugar de «emplear la discreción» que habría permitido planificar mejor cómo sorprender a los asistentes al «conciliábulo».<sup>[124]</sup> El propio Marat tomó la palabra para promocionar el nuevo Comité controlado por los radicales: «Yo invito a todos los ciudadanos a dirigirse al Comité de Vigilancia [o de Seguridad General]. Ellos son conscientes de que este tipo de medidas exigen el mayor de los secretos, pues de otro modo tendrían un efecto nulo».

Delante de l'Ami du Peuple, el vinatero Desfieux pasó a comentar que el general Dumouriez —a punto de regresar a su puesto de mando en Bélgica— se habría sentido «muy honrado» de comparecer ante el club, tal y como ya había hecho el 14 de octubre, tras la victoria de Valmy, cuando escoltado por Danton había recibido el abrazo fraternal de Robespierre y se había exhibido con el gorro frigio, pero «temía encontrarse con Marat». Esa prevención era sin duda secuela del desagradable

episodio durante la cena en casa de Talma y, de hecho, tal y como añadió Desfieux, «Dumouriez no entiende por qué la sociedad no ha expulsado a Marat». Tal era también el sentimiento de muchos de los clubes de provincias que mantenían relaciones con el de los Jacobinos, alguno de los cuales había llegado a comparar a Marat con «la túnica de Nessus [...], que infectaba todo lo que tocaba».<sup>[125]</sup> Pero el predicamento del apóstol de la violencia en la tribuna de la calle Saint-Honoré no era un hecho aislado, sino el mejor síntoma de la evolución que había seguido la otrora llamada Sociedad de Amigos de la Constitución.

Concebido a comienzos de la Revolución como una especie de reproducción en miniatura de la Asamblea Constituyente, accesible a cualquiera con capacidad para «jugar a gobernarse a sí mismo», el Club de los Jacobinos tuvo un auge imparable en la medida en que «los burgueses se lanzaron ávidos sobre esta distracción».<sup>[126]</sup> Todos los que habrían deseado ser convocados a los Estados Generales de Versalles, haber participado en el juramento del Jeu de Paume y haberse instalado en el Manège para deliberar sobre las nuevas leyes del reino podían al menos hacerse la ilusión, a la luz de los candelabros, primero en la biblioteca, después bajo la bóveda de la vieja iglesia del convento, mezclados al principio con los propios monjes, rodeados luego de un público cada vez más bullicioso y exigente, de que eran parte del nuevo juego político, trenzado a base de discursos enfáticos, libros de actas, reglamentos de debates, llamamientos al orden y enfrentamientos entre la izquierda y la derecha. Y si encima gran parte de los propios diputados habían terminado afiliándose, se comprende que la lista de socios del club se convirtiera en una especie de Gotha de las élites revolucionarias, inicialmente nutridas por la buena sociedad parisina.

El primer acto del drama que terminaría convirtiendo a los Jacobinos en reducto y plataforma del sector radical de la Convención se había representado en julio de 1791 con motivo de la escisión de los Feuillants,<sup>[127]</sup> que arrastró a todos los grandes nombres de la aristocracia y la alta burguesía que apoyaban la Constitución monárquica. Cuando nadie daba ni dos perras por los pocos que permanecieron fieles a la casa madre, pues la mayoría de las sociedades de provincias parecían seguir la estela del poder y el dinero que representaban los Feuillants, los Jacobinos aguantaron el envite y salieron victoriosos con ayuda de los errores y felonías de la corte. Ese triunfo contra pronóstico fue posible gracias a la alianza de quienes luego se bifurcarían entre los leales a la Montaña y los identificados con el magmático sector moderado de la Convención.<sup>[128]</sup> El choque entre estos dos subgrupos de la izquierda revolucionaria era el segundo acto del drama y había venido desarrollándose a lo largo de 1792, con la sublevación del 10 de agosto, las masacres de septiembre y el proceso contra el rey como catalizadores y elementos de clarificación de las distintas actitudes.

Bastaron unas cuantas sesiones tras la caída de la Monarquía y la decisión de la Comuna de que la elección de los diputados a la Convención por París tuviera lugar en la propia sala del club, para que quedara claro que los jacobinos habían pasado a



convertirse en los autonombrados garantes del nuevo Estado republicano o — anticipando un concepto con gran proyección futura— en una especie de «Guardianes de la Revolución». De ahí que se produjera una confluencia natural entre el propio núcleo duro del club, cada vez más identificado con Robespierre, y los sectores de origen cordelero que apoyaban a Danton y Marat. Los que ahora sobraban eran los moderados, y contra ellos se dirigió un nuevo invento parisino que pronto se extendería por toda Francia: el inquietante juego de las depuraciones.

Su primera víctima fue el abate Fauchet, obispo constitucional y a la vez diputado por Calvados, editor de *La Bouche du Fer* y adalid de un cristianismo con sentido social. El mismo 21 de septiembre que el Club de los Jacobinos cambió de nombre o más bien de apellido, dejando significativamente de ser la Sociedad de Amigos de la Constitución para pasar a ser la Sociedad de Amigos de la Libertad y de la Igualdad —los fines se anteponían, pues, a los medios—, el abate Fauchet era expulsado bajo la acusación de haber ayudado a escapar de París al conde de Narbonne, exministro de Defensa y amante de su amiga *madame* de Stäel.<sup>[129]</sup>

A Fauchet se le atribuía en concreto haber acudido al Comité de Vigilancia de la Comuna a pedir un pasaporte para Narbonne, pero él aseguraba que se había limitado a comunicar que alguien andaba haciendo esa gestión. El que su denunciador fuera el excapuchino Chabot y el principal testigo de cargo Bernard de Saintes —muy alineado con las posiciones antirreligiosas de Chaumette y otros ateos oficiales de la Comuna— le llevó a alegar en una carta a sus electores de Calvados que «algunos viles malvados han buscado un pretexto para causarme un ultraje que debilite la estima pública de la que gozo», pero «el motivo real es que no me perdonan creer en el Evangelio».<sup>[130]</sup>

Menos inclinado a poner la otra mejilla que a practicar las demás virtudes cristianas y dotado de una pluma tan afilada como su lengua, Fauchet ajustó cuentas con esos «viles malvados» a través de su nueva publicación *Le Journal des Amis*, cuando uno y otro formaron parte del nuevo Comité de Seguridad General. A Chabot lo describió como «caprípedo airado» a quien «se siente antes de verlo», y explicaba por qué: «Mezclad el olor nauseabundo de todos los capuchinos juntos, las exhalaciones fétidas de todos los pendones de las calles de París, las miasmas pestíferas de todos los enfermos sifilíticos, y tendréis el perfume de sus costumbres». Sobre Bernard de Saintes, promocionado como presidente del nuevo órgano parapolicial, no fue menos explícito: «Es un esqueleto animado. Es la muerte viviente. Una bilis tres veces recocida rodea su corazón de una especie de sílex [...]. *Ecco il presidente* [sic]».<sup>[131]</sup> Sí, todo eso era tan ingenioso como vitriólico, pero quien, desde el mismo momento de su expulsión del Club de los Jacobinos, llevaba clavada una lanza que le desangraría hasta el final era el propio Fauchet.

El siguiente fue nada menos que Brissot, uno de los hombres fuertes de la Revolución y figura de referencia del club hasta apenas unos meses antes. Esta vez el verdugo encargado de la ejecución simbólica que, también en su caso, no sería sino

anticipo de la real, fue Collot d'Herbois. Y la prueba de que todo obedecía a un plan depuratorio meticulosamente preparado es que en la sesión del 12 de octubre este actor fracasado, reconvertido en fiscal para la ocasión, le acusó de haber publicado una serie de textos en *Le Patriote Français*, desde hacía más de un mes, con el propósito de «difamar a la Comuna de París establecida el 10 de agosto, a la cual esta sociedad reconoce grandes servicios a la cosa pública». El pliego de cargos incluía reproches varios, pero el que se consideraba por sí solo motivo suficiente de excomunión jacobina era que hubiera afirmado que en la nueva Convención existía «un partido desorganizador» en sintonía con las autoridades municipales de París.<sup>[132]</sup>

El único debate que siguió a la propuesta de expulsión, votada y acordada a mano alzada, giró dos días después —durante la misma sesión del agasajo a Dumouriez, pronto denunciado como brissotino— en torno a la redacción de una circular explicativa de la decisión que Thuriot encontraba «infinitamente larga». Chabot zanjó la cuestión con un argumento transparente: «Si la circular es larga es porque hay muchas cosas que decir contra Brissot».<sup>[133]</sup>

Es cierto que la expulsión de Brissot «hizo mucho ruido en París y en todo el país»,<sup>[134]</sup> pero, vistos los hechos con una cierta perspectiva, lo más sorprendente de todo fue la actitud pasiva y desdeñosa del interesado. Bien porque estuviera absorto en la política exterior, bien porque su prioridad fuera potenciar el ambiguo Club de la Reunión restringido a los diputados y concebido como punto de encuentro —obviamente fallido— de todas las tendencias de la cámara, el caso es que Brissot ni siquiera se dignó pasarse por la calle Saint-Honoré cuando a finales de septiembre fue invitado a justificarse.

Su respuesta a la expulsión fue un panfleto titulado *A tous les republicains de France sur la Société des Jacobins de Paris*, en el que arremetía contra esos «agitadores o desorganizadores que mientras teóricamente predicán la igualdad de los departamentos, de hecho elevan a París por encima para poder elevarse ellos mismos».<sup>[135]</sup> Su desprecio hacia los nuevos amos del club contagió a la mayor parte de sus amigos y seguidores, que<sup>[136]</sup> apenas reaccionaron cuando el mes siguiente Roland, Louvet, Lanthenas y el joven director de *Le Patriote Français*, Girey-Dupré,<sup>[137]</sup> fueron arrojados en bloque a las tinieblas exteriores. «En las semanas siguientes los girondinos, junto a la mayor parte de los otros diputados, dejaron de asistir», escribe el biógrafo del club, Michael Kennedy. «Retrospectivamente, está claro que fue una equivocación. Deberían haber dado la batalla por el control de la sociedad. Reuniéndose por separado y en secreto se exponían a ser acusados de conspiración».<sup>[138]</sup>

El hecho de que a finales de septiembre, coincidiendo con su mandato al frente de la Convención, el moderado Pétion fuera elegido presidente del Club de los Jacobinos indica que esa «batalla por el control de la sociedad» podía muy bien haberse decantado contra los radicales. Pero al margen de las actitudes personales desdeñosas de un Brissot o un Vergniaud, que lo último que habría hecho en aquella fase de su

vida era poner los pies en un lugar como el Club de los Jacobinos —pese a haber sido también su presidente nueve meses antes—, la razón principal por la que el pretendido partido girondino ni se planteó ese objetivo es porque no existía como tal, pues no tenía ni programa, ni jefes, ni cuadros, ni organización, ni estrategia, ni sede, ni nada de nada. De hecho la excusa por la que los tres principales diputados de la Gironda —Guadet, Gensonné y el propio Vergniaud— quedaron, como burlonamente se decía, «desjacobinizados» el 11 de enero de 1793, fue el incumplimiento del artículo del reglamento que obligaba a todos los miembros del club a renovar su tarjeta de afiliación en los tres meses siguientes a su caducidad.<sup>[139]</sup>

Otro de los que dejó de asistir al Club de los Jacobinos ese otoño fue el propio abate Grégoire, que aunque no se identificaba con ninguno de los grupos moderados tampoco era lo suficientemente radical como para encuadrarse en la Montaña. En sus *Memorias* explica que «la sociedad degeneró hasta tal punto que ya no estaba permitido opinar de otra forma a la de la facción parisina». Incluso añade que «indignado ante esta opresión, pedí burlonamente que en adelante se fijara en la puerta la opinión que sería obligatorio mantener».

Además de no volver por allí, Grégoire dejó constancia de cómo funcionaba la maquinaria del club desde los tiempos de la Asamblea Constituyente: la minoría de diputados que formaba parte de los Jacobinos acordaba presentar una iniciativa ante la cámara aun a sabiendas de que iba a ser rechazada, pero siempre lograba su remisión al comité competente; entonces desde la calle Saint-Honoré se promovía el envío por parte de las sociedades afiliadas de toda Francia de un alud de peticiones avalando la moción, y el comité de turno, impactado por el peso de lo que identificaba con la opinión pública, terminaba respaldándola ante la Asamblea.<sup>[140]</sup>

Frente a esa cada vez mejor engrasada máquina política, que coordinaba a la homogénea minoría de la Montaña en la Convención con la Comuna, sus secciones y su Guardia Nacional, así como con los cientos de sociedades radicales de los distintos departamentos, los moderados en sus modalidades girondina, brissotina, rolandina o buzotina no eran sino un archipiélago de personalidades de relumbre, oradores brillantes e idealistas bienintencionados que se expresaban a través de publicaciones inconexas y se reunían en tertulias más similares a los salones literarios o las fiestas de sociedad que a los comités o células políticas.

Así lo demuestra con singular elocuencia el acta de la pesquisa realizada aquel domingo por la noche en el domicilio investigado tras la denuncia cantada en público en el Club de los Jacobinos. Fue levantada por los comisarios nombrados por la Sección de la Halle-au-Blé «considerando que toda reunión es contraria a la ley si no ha sido autorizada por la municipalidad», y su contenido no tiene desperdicio:

El domingo 27 de enero del año 1793, segundo de la República, a las siete y media de la tarde, de acuerdo con los poderes adjuntos y asistidos oficiosamente por numerosos ciudadanos, nos hemos desplazado al número 17 de la calle de Orleans. Llegados a esta casa le hemos preguntado a la portera si esos señores [*ces messieurs*]

habían ya llegado. «¿Qué señores?», dice la portera. «Los de la reunión que tiene lugar habitualmente», le hemos contestado. «En ese caso —dice la portera—, es en casa del señor Valazé, en la planta baja. Tienen que subir cinco escalones».

Entonces nos hemos trasladado a la planta baja y hemos llamado a una gran puerta. Una niña de unos ocho o nueve años nos ha abierto. «¿Han llegado ya esos señores?», le hemos preguntado. «Todavía no. No han llegado más que dos», respondió la niña. «¿Serán muchos, señorita?». «Sí, señor». Durante esta conversación llegó una criada. «Puesto que sólo han llegado dos de estos señores, volveremos más tarde», le dijimos. «No importa, entren ustedes, encontrarán a dos de esos señores con esas damas». Nosotros insistimos y le dijimos que volveríamos dentro de un rato. Y de hecho nos retiramos. Estando cerca de la puerta vimos a un particular que iba a entrar, pero al ver a varias personas se quedó parado durante un momento en la calle de Orleáns y regresó sobre sus pasos.

Nos paseamos durante un rato [...]. Vimos a una docena de personas entrar en la casa y salir casi enseguida. Entonces interrogamos a la portera, ciudadana Lescalet. Le preguntamos si venían muchas personas a casa de algún inquilino y en especial a casa del tal Valazé. Ella contestó que todas las noches, más o menos sobre las ocho o las nueve, venían a casa de este ciudadano cuarenta o cincuenta personas y salían sobre las dos o tres de la madrugada.

Preguntada sobre quién es el ciudadano Valazé, respondió que es diputado del Departamento del Orne en la Convención Nacional. Y dijo que era todo lo que sabía, añadiendo que las reuniones habían comenzado con el proceso contra Capeto y lo ha firmado [...]. De todo esto los comisarios han llevado, por orden de la sección, denuncia inmediata al Comité de Seguridad General de la Convención.<sup>[141]</sup>

Antes de que concluyera la sesión en el Club de los Jacobinos uno de esos comisarios, ya de vuelta, tomó la palabra para resumir lo descubierto con aires triunfales. Había nacido el mito del «Comité Valazé», continuador y sustituto de las fantasías sobre el «salón de *madame Dodun*» y en especial sobre el «salón de *madame Roland*». Cientos de crédulos *sans-culottes* y no tan crédulos oportunistas de ocasión abandonaron aquella fría noche los aledaños de la calle Saint-Honoré convencidos de haber encontrado la principal madriguera en la que la facción aristocrática, disfrazada bajo el ropaje de la moderación, tejía las tramas contrarrevolucionarias para traicionar al pueblo.

Demasiada conspiración para un conspirador tan pequeño. Georges Lefebvre ha escrito de Charles Éléonor Dufriche-Valazé que «sólo la muerte le salvó de la mediocridad»,<sup>[142]</sup> y a juzgar por su trayectoria no parece que exagerara, pues mediocre fue su carrera militar, mediocre su ejercicio como abogado y más mediocre aún la gestión de su menguante patrimonio. Autor en la oscuridad provinciana de Alençon de un tratado filosófico-jurídico sobre *Las leyes penales*, dedicado al conde de Provenza, hermano del rey y futuro Luis XVIII, el sino de Valazé parece resumirse en su experiencia el día que acudió a Versalles a presentarle su trabajo. De acuerdo

con lo convenido le entregó el libro a la entrada de la capilla, «pero no medió ni una sola palabra entre el autor y el augusto mecenas, todo se limitó a una profunda reverencia de Valazé y a una inclinación de cabeza del príncipe».<sup>[143]</sup>

Es imposible saber en qué medida le marcó tan humillante experiencia, pero estando más sobrado de amor propio que de otras cualidades, no es de extrañar que en su siguiente obra, declamatoriamente titulada *A mi hijo*, incluyera una ácida descalificación de la aristocracia: «No conozco apenas a los grandes más que por su fasto; y sin duda tú no los conocerás más que de esta manera. No te equivoques: no valen más que nosotros, y cerca de ellos se pierde el más precioso don de la naturaleza: la libertad».<sup>[144]</sup>

Pero si Valazé miraba hacia arriba con resentimiento, cuando dirigía la vista hacia abajo era «con horror hacia la multitud». Era un burgués en estado puro que admiraba la «aristocracia del talento»<sup>[145]</sup> y creyó reconocerla en los dirigentes del ala moderada cuando se asoció a ellos apenas elegido diputado a la Convención. Pronto le quedaría el remoquete —entre respetuoso e irónico— de «el Catón de la Gironda».

«Irascible, febril, carente de sentido crítico y presuntuoso»;<sup>[146]</sup> camuflado tras un rostro cetrino y, más que alargado, caballuno, que no dejaba de recordar al de Roland y le hacía parecer mayor de lo que era, Valazé habría sido un buen activista político, el perfecto peón de brega o coordinador incluso de un grupo parlamentario, si hubiera encontrado un jefe que dirigiera sus pasos. Pero en el magma de ese imaginario partido girondino no le había quedado otro papel que intentarlo por su cuenta y aprovechar la buena ubicación y dimensiones de su casa alquilada por 664 libras al mes —algo más de su sueldo en la Convención— para convertirla en punto de encuentro y lugar de debate de algunos diputados moderados. Efectivamente, si no cada noche, sí al menos varias veces por semana, Valazé acogía a dos o tres docenas de colegas a quienes su esposa, su hija pequeña y una atractiva sobrina bastante menos pequeña que vivía con ellos rendían los honores de la hospitalidad.

La propia víspera de la denuncia en el Club de los Jacobinos Valazé había escrito una carta a sus electores de Alençon sacando pecho sobre su iniciativa: «Es preciso que sepáis, mis queridos conciudadanos, que desde que vivo en la calle de Orleáns, donde estoy ampliamente alojado, un número bastante considerable de mis colegas se reúne regularmente en mi casa todas las noches; y todos coinciden en que si la Convención ha vencido algunas veces a los facciosos, no es debido sino a la reunión que tiene lugar en mi casa [...]. No os enviaré la lista, pero Buzot, Salle, Grangeneuve, Barbaroux y muchos otros de este tipo no pasarán nunca por enemigos del bien público».<sup>[147]</sup>

Todo indica que el denunciado exageraba tanto como los denunciantes. Durante los interrogatorios del proceso a los girondinos el «Comité Valazé» fue uno de los asuntos recurrentes. El propio Valazé sólo añadió doce nombres más a los cuatro ya mencionados, siendo Brissot, Gensonné y Guadet los únicos de peso. En cambio quedó claro que otros nombres importantes del sector moderado de la Convención



que estaban sentados en el banquillo —Ducos, Boyer-Fonfrède, Lasource o el abate Fauchet— no habían pasado jamás por allí. La única mención que ha quedado sobre el propio Vergniaud es que —según Champagneux, amigo y colaborador de los Roland— «no asistía casi nunca». En realidad cabría eliminar el «casi», pues nadie, ni ningún testimonio directo o de referencia, le ubicaría en ningún momento en tal lugar.

La hija de Valazé, aquella niña «de unos ocho o nueve años» que abrió la puerta a los comisarios de la sección, recordaría haber visto «alguna vez» a Louvet, Pétion y Gorsas. Sin embargo, la imagen que se le había quedado grabada era otra: «*Madame* Roland no venía a las reuniones que se celebraban en casa de mi padre; pero en una cierta época, obligada a esconderse, se refugió en casa durante tres días [...]. Yo la veo todavía pasearse dando grandes pasos por el salón y hablar mientras andaba y levantaba los brazos».<sup>[148]</sup>

Según uno de los más asiduos, el diputado de Bayona, Meillan, el número de asistentes era de «doce o quince, alguna vez más».<sup>[149]</sup> Recopilando todos los testimonios, Michael Sydenham llega a la conclusión de que sólo veinticinco diputados, incluido el anfitrión —apenas el 3 por ciento de los miembros de la Convención— asistieron a las *soirées* de Valazé y, naturalmente, no todos al mismo tiempo.<sup>[150]</sup> Es cierto que el grupo adoptó una actitud bastante homogénea en el primer gran envite del proceso contra el rey, pues de esos veinticinco diputados, todos menos el comerciante de Libourne, Jacques Lacaze, votaron a favor de la apelación al pueblo. Sin embargo, cuando llegó la hora de decidir la pena, cinco votaron por la muerte incondicional —Barbaroux, Chambon, Duprat, Gensonné y Girard—, siete por la muerte aplazada o supeditada a un debate sobre su aplazamiento —el propio Valazé entre ellos— y trece por la reclusión perpetua. Y cuando tocó decidir en última instancia sobre la ejecución, diecinueve optaron por el aplazamiento, pero cinco —de nuevo Barbaroux, Duprat y Gensonné, además de Gorsas y Lidon— coincidieron con Vergniaud en pedir que se consumara de inmediato lo acordado.<sup>[151]</sup>

Tan significativa falta de disciplina de voto indica que lo que se gestaba en casa de Valazé, más que un «comité preparatorio» de la estrategia parlamentaria, como sostiene Charles Vatel,<sup>[152]</sup> era, según el propio Sydenham, «un intento de organizar desde la base de la Convención algo parecido a un partido de resistencia a Robespierre».<sup>[153]</sup> En la práctica el intento nunca fructificó. «Buscábamos la forma de poner fin a nuestras divisiones [...] pero nos perdíamos en nuestras búsquedas y no sabíamos en qué centrarnos», admite Meillan.

Tal y como ocurría en la cámara, Buzot y Barbaroux debieron de llevar la voz cantante, mientras Brissot, Pétion y Louvet mantenían sus propios resentimientos contra el Incorruptible. Pero el hecho de que ni los primeros lograran sacar adelante su trascendental propuesta de crear una guardia departamental, ni los segundos noquear a Robespierre en el ruedo periodístico o parlamentario, indica que, como escribió *madame* Roland, los invitados de Valazé bullían en «principios» y



«clamores», pero raramente concretaban ese estado de excitación en «medidas» o «mociones».<sup>[154]</sup> «Aunque cree actuar [*agir*], en realidad el Comité Valazé sólo se agita [*s'agite*]».<sup>[155]</sup> El propio anfitrión declarará ante el juez Dumas durante el proceso a los girondinos que «nunca se tomaban decisiones en esas conferencias y cada uno salía a menudo con una opinión diferente de la de su vecino».<sup>[156]</sup>

Aunque haya que relativizar el valor de esta manifestación exculpatoria, los hechos demuestran que Valazé nunca logró coordinar un partido digno de tal nombre por mucho que su iniciativa contribuyera a darle a él la notoriedad y el protagonismo que anhelaba. Sus primeros diez minutos de supuesta gloria habían llegado el 6 de noviembre, cuando le había correspondido presentar el primer informe de la llamada «Comisión de los Veinticuatro» que, bajo la presidencia de Barbaroux, había examinado los documentos encontrados en los despachos de las Tullerías y debía formular las acusaciones contra el rey depuesto. Utilizando un tono hinchado y declamatorio, trufado de imprecaciones e interpelaciones ficticias al aludido —«Tú no podrás decir nunca más que no has intervenido en la fuga de tu hermano»; «¡De qué no sería capaz este monstruo!»—, Valazé presentó «un informe apresurado y mal digerido»<sup>[157]</sup> que en la práctica suponía restringir las acusaciones contra Luis a asuntos menores como la ayuda prestada a algunos emigrados o la financiación de la contrarrevolución. El colmo de esa sobreactuación al servicio de la lenidad llegó cuando tras una farragosa descripción de los manejos financieros y comerciales de la corte, Valazé exclamó: «Yo lo denuncio ante vosotros como acaparador de trigo, de azúcar, de café...».

Tanto si esa representación tan enfática como engañosa correspondía a una estrategia paradójica del sector moderado de la Convención —vilipendiar al rey para intentar salvarle—,<sup>[158]</sup> como si era la simple expresión de la personalidad engolada y presuntuosa de Valazé, el caso es que todo ese fútil andamiaje se vino abajo por el aparatoso golpe de teatro que supuso el descubrimiento el 20 de noviembre del llamado Armario de Hierro en el pasillo de las Tullerías, que unía el dormitorio de Luis con el del Delfín.

Aunque su «importancia fue mayor por razones simbólicas que prácticas»<sup>[159]</sup> —se habían encontrado documentos más comprometedores para el rey encima de las mesas de los despachos del palacio asaltado— la mera existencia de aquel escondite secreto era la prueba que faltaba para fijar en la imaginación pública la figura de Luis XVI como alguien con muchas cosas que ocultar. Para colmo Roland cometió la torpeza de proceder por su cuenta a la apertura del Armario de Hierro, sin convocar a ninguno de los diputados que integraban la Comisión de los Veinticuatro, lo que dio pie a la sospecha de que pudiera haber expurgado los papeles más comprometedores tanto para el monarca depuesto como para sus amigos de la Gironda.<sup>[160]</sup>

En medio de un clima de gran conmoción ante la supuesta evidencia de que la conducta del rey se había ajustado al estereotipo de la villanía en el que desde la fuga

de Varennes muchos le encasillaban con más intuición que pruebas, una nueva comisión de doce diputados fue encargada de endurecer las acusaciones hasta llegar a delitos ineludiblemente castigados con la pena de muerte. Pero a Valazé, ahora en su condición de secretario de la cámara, le volvió a corresponder el papel estelar de interrogar a Luis Capeto sobre la autenticidad de las nuevas pruebas descubiertas, una vez que la Convención se declaró competente para encausarle y no tuvo escrúpulo en erigirse a la vez en juez y acusador.

Muy entrada ya la tarde del 11 de diciembre y bajo la luz de las llamas bailarinas de dos candelabros que flanqueaban sobre una mesa los bloques de documentos, Valazé había representado de nuevo el papel del gran inquisidor, pero en versión de opereta. Como quiera que, debido a las estrecheces del Manège, el rey estaba de pie detrás de esa mesa en la que él permanecía sentado, Valazé comenzó a pasarle una a una las piezas de convicción por encima de su hombro, dirigiéndose a él para describir su contenido, pero sin dejar en ningún momento de darle la espalda. Luis XVI optó por contestar otras tantas veces que no reconocía textos de su puño y letra, y Valazé apostilló esas negativas con comentarios del estilo de «la carta no ha sido reconocida [...]»; he aquí otra» o exclamaciones de irónico asombro: «¡Ah!, ¡ah!».

El camaleónico Barère, que presidía la sesión y dirigía el interrogatorio, asegura en sus *Memorias* que «no pudo soportar» lo que percibió como «un aire desdeñoso», «una actitud casi insultante» o «una falta de delicadeza». Envió un ujier a Valazé para que actuara de otra forma y sostiene que a resultas de ese recado el diputado del Orne concluyó el interrogatorio de pie y de cara al acusado. Aunque se trata de un relato autoexculpatorio de dudosa credibilidad,<sup>[161]</sup> el hecho de que la actitud de Valazé generó rechazo incluso en quienes menos simpatías sentían hacia el reo queda acreditado en *Révolutions de Paris*, que en el mismo número en el que se refería una y otra vez al exmonarca como a «Luis el Último», aseguraba que «el secretario cumplió su misión con un aire de desprecio e inhumanidad repugnantes en un juez».<sup>[162]</sup>

Aunque Valazé alegraría haber «humillado» aquella tarde «a todos los tronos del mundo en la persona de Luis Capeto», parece más lógico pensar que su conducta se ciñó a lo que Louis Blanc definiría como una «vulgar simulación de insolencia».<sup>[163]</sup> De lo que no hay duda es de que, a la vez que sometía al rey a aquel escarnio, trataba de aglutinar a los diputados empeñados en salvarle. Esa esquizofrenia tenía que desembocar más tarde o temprano en algún tipo de quiebra emocional. Diez meses después se le acusaría ante el Tribunal Revolucionario de haber intentado sublevar contra la Montaña a los federados estacionados en París. Los hechos habrían ocurrido el 14 de enero y, según el relato de su acusador —no desmentido por el acusado—, Valazé habría salido a la plaza del Carrusel «como un loco con las pistolas en la mano», gritando: «¡A las armas!». Hasta en ese trance insurreccional su perfil es más ridículo que sublime, pues no parece que nadie se mostrara dispuesto a secundarle.

Sin embargo, el mayor servicio de Valazé a sus adversarios no había sido esta

estrafalaria muestra de impotencia, sino el regalo que a efectos propagandísticos les había entregado su necia vanidad. Al justificar su voto sobre el castigo a imponer al rey sólo se le ocurrió argumentar con la fatuidad de quien esculpe su propia estatua en la plaza: «Yo voto por la pena de muerte. Yo he dado satisfacción a la justicia, pero no olvido que soy un hombre de Estado y, en calidad de tal, pido un aplazamiento de la ejecución del veredicto hasta que haya habido un pronunciamiento sobre la suerte de la familia de Luis Capeto».

¡Un «hombre de Estado»! Danton, que ya había decidido sumarse con todas las consecuencias al bando ganador de los regicidas, cogió al demonio por el rabo: «Yo no soy de ese tropel de “hombres de Estado” que ignoran que no hay componendas posibles con los tiranos». Tampoco Marat soltaría ya nunca la presa de esa autodefinición tan desafortunada, para referirse no sólo a Valazé, sino a todos sus amigos y ocasionales e incluso involuntarios compañeros de viaje. Ante una opinión pública para la que no había existido otro tipo de Estado que la Monarquía absolutista, quienes se identificaban a sí mismos de esa manera quedaban definitivamente retratados. Y de hecho, cuando semana y media después los enviados de los Jacobinos y los comisarios de la Sección de la Halle-au-Blé detectaron lo que en el fondo no era sino «un esfuerzo ineficaz de un diputado comparativamente nada importante para reunir a hombres aún más oscuros contra la amenaza de dominación de la Montaña»,<sup>[164]</sup> creyeron estar descubriendo —y así lo divulgaron— el cuartel general de «la facción de los hombres de Estado».

Malentendido o manipulación, tal falsificación de la realidad no dejaría de ser cosa de risa si no fuera porque dieciséis de esos veinticinco integrantes de la lista de Sydenham —incluido el anfitrión— acabarían en la guillotina o tendrían un final trágico equivalente. Por lo que se refiere a Valazé, ese pobre diablo con ínfulas de gloria, su biógrafo Paul Nicolle podrá afirmar con motivo que «encontrará la muerte en París» diez meses después de la denuncia jacobina, «víctima de ese gran salón» de la planta baja del número 17 de la calle de Orleáns<sup>[165]</sup> en el que tan ufanamente recibía con ayuda de su mujer, su hija y su sobrina. ¿Qué le llevó a la tumba? El tamaño de su piso.

## DOCE

Además de la redada indiscriminada del Palais Royal, el nuevo Comité de Seguridad General o de Vigilancia también había ordenado ese mismo agitado domingo 27 de enero la detención del periodista Nicolle de Ladevize, redactor de *Le Journal Français*, también conocido como *Tableau Politique et Litteraire de Paris*, publicación cercana a los moderados. El motivo oficial era la inserción al pie de su cuarta y última página de la edición del lunes 21 de un breve texto de seis líneas, sin tan siquiera título, que exactamente decía: «Se comentaba ayer que M. Pelletier [sic] de Saint-Fargeau había sido asesinado en un restaurante, en el Jardín de la Revolución, por un hombre que le acusaba de haber votado la muerte de Luis XVI, a pesar de que le había prometido hacer lo contrario».<sup>[166]</sup>

Es evidente que se trataba de una versión improvisada en torno a una noticia que se había producido muy poco antes del envío del ejemplar a la imprenta, pero su literalidad dejaba la puerta abierta a la maledicencia. ¿Qué tipo de vínculo se estaba insinuando que existía entre el diputado aristócrata y su asesino como para que mediara entre ellos una «promesa» en torno a un asunto tan trascendental? Si alguien quería poner en dificultades al periodista no era imposible construir a partir de esa mera referencia, y de acuerdo con la moral de la época, la tesis de que lo que estaba divulgando es que Le Peletier y su asesino mantenían relaciones «bastante íntimas» y de que el uno le habría hecho al otro «la promesa solemne»<sup>[167]</sup> de no votar a favor de la muerte del rey, de forma que el asesinato no habría sido sino la respuesta al incumplimiento de una palabra dada en un contexto escabroso.

El propio origen aristocrático de Le Peletier fomentaba esta interpretación en la medida en que muchos *sans-culottes* identificaban la homosexualidad como un vicio nobiliario propio de la degeneración del Antiguo Régimen. En la medida en que, como se afirma en un estudio reciente, «la sodomía masculina era considerada incompatible con el nuevo orden social» y eso convertía «al hombre que practicara la homosexualidad en un antipatriota»,<sup>[168]</sup> se trataba de una de las peores insinuaciones que podían empañar la memoria de quien había dado su vida por la Revolución.

Así como otros diputados, como el exmarqués de La Villette, protegido por Voltaire, o de forma incipiente Cambacérès arrastraban ya esa mala fama, nada había que hiciera sospechar de Le Peletier; pero tampoco podía darse por hecho que eso fuera lo que el redactor de *Le Journal Français* había tratado de decir. Y al margen de que ni siquiera en ese supuesto habría existido base legal para encarcelar a Ladevize, si el texto en cuestión había aparecido en el periódico del lunes, ¿por qué la detención no se había producido hasta el domingo siguiente?

Un somero repaso a los ejemplares de *Le Journal Français* de esa semana despeja bastante bien esa duda. Resulta que el número del martes hizo hincapié en que Le Peletier «sólo pronunció dos palabras, “tengo frío”, antes de expirar», incluyó varias

referencias mordaces contra Robespierre y reprodujo el cartel de Valady que tanto había irritado a la Montaña. El del miércoles insertó el texto del testamento de Luis XVI. El del jueves apostilló las palabras con las que Danton había acusado a Roland de «verlo todo negro», alegando que también se tildaba de «viejo loco» al tribuno de la peble Aufidio cuando alertaba en Roma contra el riesgo de que se repitieran las proscipciones de Sila, «pero tres días después Aufidio ya no existía». El del viernes volvió a la carga asegurando que «Danton y Robespierre están furiosos por los honores que acaban de ser tributados a su desafortunado colega, pues sostienen que es una horrible injusticia porque Pelletier [sic] no tenía ningún derecho a adelantarles. Por su parte Marat está muy tranquilo porque está convencido de que sería ridículo matarle». Y el del sábado culminó la semana con una estocada directa contra el nuevo Comité de Seguridad General —«Es preciso tener el valor de decirlo: son los verdugos de septiembre los que reinan hoy»—, seguida de descalificaciones nominales hacia varios de sus miembros.<sup>[169]</sup>

Se trataba, en definitiva, de unas dosis de libertad de prensa que la Montaña no estaba dispuesta a consentir. A la mañana siguiente a la detención, Buzot se creyó obligado a intervenir personalmente. Lo hizo en el transcurso de un debate sobre la situación de las cárceles:

—No es sorprendente que las prisiones se encuentren repletas de un número tan grande de ciudadanos. De vuestro Comité de Vigilancia parte un número infinito de órdenes de detención. Ayer mismo ha hecho detener al autor de un periódico estimable y que no ha cometido otro mal que el de no pertenecer a un determinado partido. Pido que se lea la petición que os ha formulado este periodista...

Julien de Toulouse salió entonces al quite:

—Pido la palabra para una cuestión de orden.

Y Buzot reaccionó irritado:

—También es una cuestión de orden lo que yo planteo. Cuando estos *messieurs* hablan, yo no les interrumpo.

—¡Tú sí que eres un *monsieur*! —le gritaron desde los bancos de la izquierda.

Rabaut Saint-Étienne consultó entonces al pleno si Buzot debía ser escuchado. Cuando la respuesta fue favorable, Duhem exclamó: «¡He aquí una sesión perdida!». Julien de Toulouse fue mucho más lejos cruzando la frontera de la infamia:

—Bien, dejemos la palabra al provocador del asesinato de Le Peletier...

Buzot se quedó lívido y enseguida pidió que se votara un decreto para llevar al calumniador ante los tribunales. Desde la Montaña se levantaron voces airadas:

—¡Pero si ha dicho la verdad!

El presidente logró a duras penas que Buzot conservara la palabra. El líder moderado no estaba dispuesto a pasar por alto lo ocurrido:

—Yo tengo la palabra, pero necesito que la Asamblea me apoye en medio de las calumnias con las que se me cubre desde el inicio de la Convención. No esperaba la acusación que ha sido lanzada contra mí. Puesto que la Asamblea no la ha reprimido,

yo la destino al desprecio...

—¡Esa no es la cuestión! —gritó Tallien.

Otros *montagnards* le siguieron el juego:

—¡Presidente, que el orador se ciña a la cuestión!

Incluso Julien de Toulouse se sintió envalentonado para volver a interrumpir:

—¡Dejad de engañar a los departamentos!

Su osadía colmó el vaso de la paciencia de numerosos moderados que, puestos en pie y en algunos casos haciendo ademán de precipitarse sobre ellos, increparon a los *montagnards*. Rabaut Saint-Étienne optó por cubrirse y el globo de la tensión empezó a desinflarse. Cuando volvió la calma, resolvió de forma salomónica:

—Tenéis la palabra, Buzot, pero ceñíos a la cuestión.

El diputado de Évreux dio entonces rienda suelta a toda la tensión emocional acumulada a raíz de lo ocurrido entre los Roland a cuenta suya, de las malévolas insinuaciones de Danton con Lanthenas de por medio, de la dimisión del ministro del Interior y de la manipulación del asesinato de Le Peletier contra el sector moderado de la Convención. Fue un desahogo cargado de impotencia y melancolía:

—Puesto que lo ordenáis, devoraré mi dolor en silencio. Me sentiría feliz si pudiera encontrar la ocasión de regresar pacíficamente a mi lugar natal y olvidar la desgracia de haber nacido hombre.

Este era el estado de ánimo del considerado como habitual portavoz parlamentario de la supuesta mayoría de la cámara. Sacando fuerzas de flaqueza, Buzot insistió en pedir la libertad del periodista Nicolle de Ladevize («¿Hará falta ser apologista del crimen para vivir en libertad?»), advirtió de que se estaba creando un clima de coacción y censura («Todo el mundo teme que a partir de una palabra dicha pueda ser enviado a la Abadía, donde aguardan los recuerdos del 2 de septiembre») y propuso que se anulara la elección del nuevo Comité de Seguridad General («Acordaos de cómo fue votado cuando la Asamblea estaba incompleta en una sesión de tarde destinada a los peticionarios y sin que los diputados hubieran sido avisados»). Antes de dejar la tribuna, Buzot volvió a expresar otra queja que revelaba por dónde le apretaba el zapato:

—Cuando Robespierre sube aquí y osa sermonear a la Asamblea, él habla durante dos horas sin que nadie le interrumpa.

En nombre del comité puesto en la picota, tomó la palabra Rovère, el antiguo lugarteniente de Jourdan «Cortacabezas»:

—Vosotros mismos juzgaréis en qué medida invita al respeto hacia las autoridades el párrafo que voy a leeros del número 72 del *Tableau Politique de Paris* [*Le Journal Français*]: «La lista de los miembros del Comité de Vigilancia que ha sido renovado está ensuciada una vez más por nombres como los de Basire, Chabot y otros hombres sanguinarios que en este momento disponen soberanamente del honor, de los bienes y de la vida de los ciudadanos. Este comité es como el Consejo de los Diez de Venecia. No tiene más que decir: “Apuñalad”. Y se apuñala».



Era el pasaje clave que sin duda había llevado a la cárcel a Ladevize. La Montaña se levantó indignada y Carrier —uno de los diputados a quien mejor terminaría cuadrando la descripción de *Le Journal Français*—<sup>[170]</sup> denunció entre grandes aspavientos:

—¡Ya veis que Buzot es el apologista de los asesinos!

Sin embargo, Rovère había guardado para el final la acusación que más impacto podía causar contra el periodista detenido:

—He aquí lo que él dijo sobre el asesinato de Le Peletier: Saint-Fargeau «ha sido asesinado por un hombre que le reprochaba haber votado por la muerte de Luis XVI después de haberle prometido a él lo contrario».

La tormenta arreció desde la cima de la Montaña:

—¡Y este es al que Buzot se atreve a defender! ¡Y este es el periódico que Buzot considera estimable!

El pícaro Basire se jactó entonces de la buena labor del Comité:

—Ha barrido a todos los sinvergüenzas del Palais Royal y ha detenido a los cómplices de Pâris.

Y fue el exactor y dramaturgo Collot d'Herbois quien dio el golpe de gracia a la estrategia de Buzot:

—Si hubiera aquí algún familiar de Le Peletier, se iría ahora mismo a presentar una denuncia ante un tribunal. Todos nosotros somos familiares de Le Peletier y por lo tanto todos debemos alzarnos contra su calumniador.

Después de varias votaciones ajustadas la Convención acordó que el periodista continuara encarcelado, que el nuevo Comité de Seguridad presentara un informe sobre el caso y que, por supuesto, su elección no fuera revocada. Buzot abandonó el recinto con el rabo entre las piernas, abucheado impunemente desde las tribunas, sin tan siquiera haber logrado que se leyera el alegato de Ladevize.<sup>[171]</sup> La mayoría moderada parecía haberse evaporado de nuevo a consecuencia del calentamiento de la cámara y la intimidación de las tribunas.

## TRECE

La culpa era en parte del reglamento y en parte del emplazamiento. Es imposible asegurar que el naufragio de esta primera asamblea de la historia contemporánea elegida por sufragio universal masculino en el marco de un gran Estado autoidentificado como Nación se hubiera evitado con otras normas de funcionamiento y en otro recinto, pero basta examinar lo uno y lo otro para darse cuenta de que tanto el reglamento de la cámara como las características de su sede contribuyeron de forma decisiva al caos de las sesiones, a la pérdida de autoridad de los sucesivos presidentes y al clima de coacción en el que las «expresiones frenéticas» —Zweig— precedieron a los hechos tremendos.

El mismo 22 de septiembre en que quedó constituida la Convención el moderado Lanjuinais propuso crear una comisión formada por cuatro diputados «para presentar un proyecto de reglamento sobre el modo de las deliberaciones y la disciplina interior». La Convención aprobó la moción y Pétion, como primer presidente de la cámara, encomendó la tarea al propio Lanjuinais, al químico *montagnard* Guyton-Morveau, al pedagogo jacobino Léonard Bourdon y al truculento Jean Debry. Sus propuestas y discusiones se desarrollaron con tal celeridad que sólo cuatro días después, en la sesión del 26 por la tarde, se sometió el texto a debate a la cámara. Y en contra de lo que Pétion y la mayoría moderada podía haber esperado, el ponente no fue Lanjuinais, sino Léonard Bourdon, a quien ya acompañaba una como mínimo turbia aureola.

Implacablemente retratado de perfil con gorro frigio y una expresión patibularia por el dibujante Gabriel —especialista en el boceto a lápiz realizado a salto de mata—,<sup>[172]</sup> lo más elegante que podía decirse de Léonard Bourdon es que era un aprovechado. Como abogado del Consejo del Rey y secretario particular del escritor y político monárquico Senac de Meilhan<sup>[173]</sup> había obtenido el apoyo económico de la Corona para fundar la Société Royale d'Éducation, institución destinada a formar «a aquellos a los que el nacimiento o la fortuna llaman a los altos lugares».<sup>[174]</sup> Tras participar en la toma de la Bastilla e implicarse en la política revolucionaria a través de la Sección de Finistère en el miserable *faubourg* Saint-Marcel, su proyecto pedagógico experimentó un giro copernicano, pues se transformó sucesivamente en Société des Jeunes Françaises e Institut des Enfants de la Patrie con el nuevo propósito de educar a los jóvenes en los valores revolucionarios.

Figura destacada de la insurrección del 10 de agosto y de la Comuna Revolucionaria que emergió de ella, Bourdon recibió el encargo de organizar el traslado de medio centenar de presos encarcelados en Orleáns a la espera de ser juzgados por el Alto Tribunal para delitos políticos que se había establecido allí. La mayoría eran militares de ideas monárquicas —acusados entre otras cosas de haber querido entregar Perpignan a los españoles—, pero el grupo también incluía a los dos

últimos ministros de la Guerra y Asuntos Exteriores de Luis XVI, D'Abrancourt y Delessart, y al duque de Brissac, jefe de la efímera Guardia Constitucional del Rey.

Tras ser despojados de su dinero, condecoraciones, joyas y otras pertenencias valiosas, los prisioneros fueron conducidos hacia París bajo la presunta escolta de un tal Fournier *el Americano*,<sup>[175]</sup> cuyos aparatosos mostachos y oscuras facciones de bucanero caribeño le otorgaban peor catadura aún que la de Bourdon. El hecho de que uno de sus dos lugartenientes fuera el extremista polaco Lazowski, jefe de los cañoneros del *faubourg* Saint-Marcel y miembro del grupo del Café Corazza, termina de explicar cuál era el ánimo de la expedición. El 9 de septiembre, al llegar a Versalles, la gran mayoría de los presos fueron pasados a cuchillo por grupos de *sans-culottes* contagiados por la fiebre de las matanzas de París.<sup>[176]</sup>

Tanto la acusación de que se había quedado con 15.000 libras de la Sección de Finistère destinadas a comprar trigo, como la de que se había repartido con Fournier lo arrebatado a los presos de Orleáns<sup>[177]</sup> pesaban ya sobre Bourdon e incluso un biógrafo nada hostil reconoce que los elogios vertidos en su defensa «tuvieron mucho más que ver con su patriotismo que con su probidad».<sup>[178]</sup> Pero Bourdon —elegido diputado por el Departamento de Loiret, cuya capital era precisamente Orleáns— contaba ya con dos puntos de apoyo básicos: la popular Sección de Gravilliers, en la que había instalado su escuela, y el Club de los Jacobinos, en el que intervenía con regularidad y cuyos hilos contribuía a manejar.

A la vista de su proyecto de reglamento, cualquiera diría que había sido inspirado por el cálculo de que cuanto más desorganizada estuviera la Convención, mayor sería la ventaja de la minoría organizada en torno al club de la calle Saint-Honoré. No en vano, tras el acierto de Brissot al acuñar el término en el artículo que le había merecido la expulsión del paraíso jacobino, los moderados empezaban a llamar «desorganizadores» a sus adversarios de la izquierda radical.

El texto, debatido a uña de caballo en menos de dos días y aprobado sin apenas enmiendas el 28 de septiembre, constaba de ocho capítulos. El primero estaba dedicado a la mesa de la cámara, compuesta por un presidente y seis secretarios, correspondiendo a estos meras funciones burocráticas, además del recuento «a ojímetro» de los votos, que en casi todos los casos se materializaban por el procedimiento de levantarse o quedarse sentado. Sólo en las grandes ocasiones o cuando había dudas sobre el resultado estaba prevista la apelación nominal, en la que cada diputado expresaba en voz alta su posición y la justificaba. El voto secreto quedaba sencillamente descartado como algo inconcebible.

Era el presidente quien, según el artículo 6, tenía la capacidad de «mantener el orden en la Asamblea, hacer observar el reglamento, acordar la palabra, enunciar las cuestiones sobre las que la Asamblea debe deliberar, anunciar el resultado de las votaciones, pronunciar la decisión de la Asamblea y tomar la palabra en su nombre».

No en vano durante el debate de este capítulo y para atajar la insensata propuesta de un compañero del bando moderado, el joven diputado por Calvados, Henry-

Larivière, que proponía que el presidente fuera elegido por mayoría simple entre los diputados presentes, Buzot había advertido entre aplausos: «Más necesario que un reglamento es que tengáis confianza en vuestro presidente. Pido que la elección se haga por mayoría absoluta, pues fuera de ella sólo hay capricho, indeterminación e injusticia».

El listón de la mayoría absoluta de los presentes garantizaba que nadie pudiera ser elegido presidente con sólo unas docenas de votos. El problema radicaba en que el mandato de ese presidente teóricamente omnipotente, a quien también correspondía decidir si un orador se estaba apartando o no del objeto del debate para mantenerle o no la palabra, duraba nada más que quince días, reintegrándose a continuación al seno de la Asamblea bajo la fundada presunción de que la forma en que hubiera ejercido sus funciones sería muy tenida en cuenta tanto por la cambiante mayoría de la cámara como por los exaltados ocupantes de las tribunas. En la primera reunión de la Convención Pierre Manuel había propuesto que el presidente de la cámara viviera durante su mandato en el nuevo Palacio Nacional —es decir, en las Tullerías—; pero su hasta hacía pocos días estrecho colaborador en la Comuna, Tallien, había saltado en contra, alegando que incluso en el transcurso de esa quincena su figura no era más que la de un simple ciudadano en el momento en que se levantaba la sesión.

El capítulo segundo dedicado al «orden en la sala» abordaba ya tanto las cuestiones prácticas —habría una sesión diaria, siete días por semana, que se iniciaría a las nueve de la mañana y duraría «un mínimo de seis horas»— como las de policía interior. Y aquí comenzaban las vaguedades y contradicciones. Mientras el artículo 9 establecía que «los ujieres velarán minuciosamente para que ningún extraño se introduzca en la sala durante la sesión» bajo pena de arresto de tres días o un mes para los reincidentes, el artículo 10 decía literalmente: «La mayor parte de las tribunas estarán abiertas indistintamente a todos los ciudadanos. El resto del espacio disponible será reservado para los ciudadanos de los departamentos y para los extranjeros, que serán admitidos por el modo que decreten los comisarios-inspectores de sala».

Es decir, que no quedaba claro si la «sala» era el espacio destinado a los diputados o el conjunto del recinto; se establecía una distinción entre «ciudadanos» por antonomasia —es decir, los parisinos— y «ciudadanos de los departamentos»; se dejaban en el aire los criterios de admisión y además se empleaba la misma palabra —*étrangers*— para referirse a los extraños y a los extranjeros.

El artículo 12 establecía que «si un miembro de la Asamblea perturba el orden, será apercibido nominalmente por el presidente; si persiste en su actitud el presidente inscribirá ese apercibimiento en el acta de la sesión; y en caso de resistencia la Asamblea será consultada y aplicará una pena proporcional al desorden suscitado». Según el artículo 13, «estas penas serán la inscripción de una censura en el acta, la exclusión de la sesión, los arrestos y finalmente la prisión por un tiempo que la Asamblea determinará».

Las conductas quedaban, pues, sin tipificar, y los mecanismos para fijar el castigo proporcional, también. Durante el debate del artículo 12 «un miembro»<sup>[179]</sup> propuso que se creara un tribunal censor compuesto por doce diputados que se ocupara de dictaminar sobre cada caso, pero la Convención decretó que no había ni siquiera lugar a deliberar sobre ello.

Para terminar de complicar la apreciación de esa «perturbación del orden», el artículo 14 establecía un pintoresco derecho: «La palabra será acordada a todo miembro que al ser llamado al orden se someta de inmediato y pida justificarse». O sea, que si cuando un diputado intentaba hablar y no le dejaban, accedía a callarse de buen grado, entonces tenía derecho a hablar.

Y a continuación llegaba la descripción —artículos 15 y 16— del único poder real, más simbólico que fáctico, que el reglamento concedía al presidente para afrontar cualquier situación: «Si se eleva el tumulto en la Asamblea y el presidente no puede calmarlo por medios ordinarios, se cubrirá; esta señal indicará que ya no está permitido hablar; que el interés público sufre; inmediatamente todos los miembros se quedarán sentados, descubiertos y en silencio. El presidente no se descubrirá hasta que la calma quede completamente restablecida».

La pretensión de que alguien elegido para ocupar el cargo durante un par de semanas sin una fuerza pública a su disposición y sin otro resorte real que el de ponerse o quitarse un sombrero con penacho controlara los debates de una cámara de setecientos y pico miembros con otros tantos apasionados espectadores como mínimo pegados al cogote, sólo podía ser un acto de hipocresía o una quimera. No en vano alega uno de los principales historiadores del parlamentarismo revolucionario que «si el presidente hubiera sido el hombre de un partido [...] le habría sido más fácil presidir con el apoyo de ese partido».<sup>[180]</sup> Pero ese concepto y esa palabra estaban vedados en la Convención.

No es de extrañar que los seis restantes capítulos del reglamento fueran en realidad una especie de catálogo de lo que pronto serían sus sistemáticos incumplimientos. Así se establecía que sólo se podría hablar tras haber obtenido la palabra (III-1), que siempre habría que hablar desde la tribuna excepto para formular una observación puntual (III-2), que la palabra se concedería por estricto orden de petición (III-3), ¡que estarían «prohibidas todas las alusiones personales»! (III-9), o que no se permitiría a «ninguna tropa particular de ciudadanos armados o desarmados desfilar en la sala de sesiones» (V-3). Como remate de este monumento a la impotencia merece la pena reproducir los dos últimos artículos encuadrados en el capítulo VIII, titulado «Sobre las tribunas»:

1. Desde el momento de la apertura de la sesión y hasta que sea levantada, los ciudadanos asistentes permanecerán sentados y descubiertos; tendrán cuidado de guardar y hacer observar entre ellos el silencio necesario para la tranquilidad de las deliberaciones, y en general de transmitir a los representantes del pueblo soberano el respeto debido a sus funciones y de conservar la calma requerida por los grandes

intereses del Estado. La Convención Nacional cuenta a este respecto con el patriotismo y la sabiduría de los ciudadanos; y les recuerda que al honrar a sus representantes se están honrando a sí mismos.

2. Si se diera el caso de que uno o varios individuos obstaculizaran las deliberaciones, serán considerados como PERTURBADORES A PROPÓSITO [en mayúsculas en el acta de la sesión], y como tales castigados como sigue, según la gravedad de las infracciones: 1. Excluidos de las tribunas por los inspectores; 2. Encarcelados durante veinticuatro horas por orden del presidente o de los comisarios-inspectores de la sala; 3. Condenados desde tres días a un mes de detención por la Asamblea.

Si estos preceptos se hubieran aplicado con un mínimo de continuidad, las cárceles de París no habrían estado llenas de aristócratas y burgueses sospechosos, sino de asiduos a las tribunas de la Convención. Pero quien sea capaz de ponerse en el pellejo del ocasional presidente de quincena entenderá perfectamente que tratar de aplicar un reglamento como ese en un recinto así sólo habría sido uno de esos esfuerzos inútiles que indefectiblemente conducen a la melancolía.

En la práctica la habitual fórmula de compromiso para salir del guirigay en que derivaban la mayoría de los debates era remitir el asunto en cuestión a alguno de los más de una docena de comités con que contaba la Convención. Habían sido regulados por un decreto aparte y en algunos de ellos —el de Legislación, el de Constitución, el de Finanzas o el de Política Exterior, además del de Seguridad General— residía el verdadero poder de la Asamblea, pues estaban formados por los diputados con más conocimientos de cada materia y cuando designaban un ponente para elevar sus conclusiones al pleno lo habitual era que se respetara su criterio.

Punto y aparte merecen la llamada Comisión Central, que coordinaba los trabajos de esos comités y fijaba el orden del día de las sesiones plenarias, el Comité de Peticiones y Correspondencia, encargado de las relaciones con el exterior, y el Comité de Inspectores de Sala, que no sólo se ocupaba de un teórico mantenimiento del orden en el edificio y sus alrededores, sino también de todo lo que tuviera que ver con su funcionamiento.

La Convención había heredado como sede el antiguo pabellón de Doma —le Manège— construido junto al Jardín de las Tullerías para facilitar la educación ecuestre del bisnieto del Rey Sol, entronizado a los dos años como Luis XV. En ese recinto se habían celebrado la mayor parte de las sesiones de la Asamblea Constituyente y todas las de la Legislativa. Se trataba de un paralelepípedo de casi cincuenta metros de largo por no más de ocho de ancho, estirado entre la llamada Terraza de los Feuillants y las traseras de los edificios —comunicados por una serie de patios y callejones— adscritos al propio convento de los Feuillants<sup>[181]</sup> y al de los Capuchinos, cuyas fachadas daban a la calle Saint-Honoré. La expropiación de ambos conventos, dentro de la «recuperación de los bienes nacionales» hasta entonces propiedad del clero, había permitido instalar en ellos la mayor parte de las



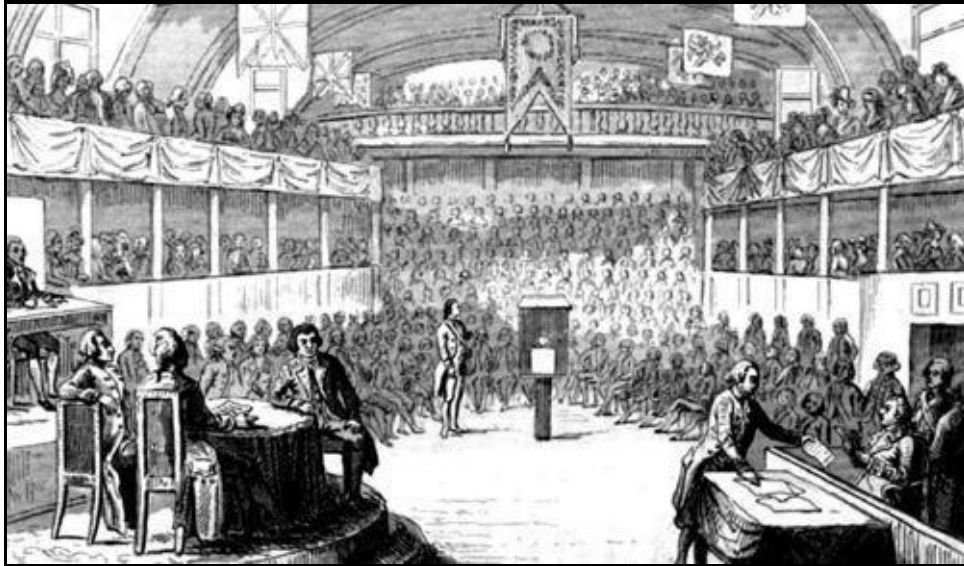
dependencias administrativas de la Asamblea, y en sus alrededores había germinado un desordenado archipiélago de restaurantes, tabernas, cuchitriles y tiendas de la más diversa índole, carentes de las menores condiciones de higiene.

Aunque teóricamente se podía acceder al recinto a través de la puerta principal situada en el extremo contiguo a la larga pista de tierra del antiguo picadero, la mayor parte de los diputados —residentes muchos de ellos en la calle Saint-Honoré y sus aledaños— y desde luego del público lo hacía a través de los estrechos callejones que daban a una puerta practicada en el muro, justo en el otro extremo. La constante aglomeración de gente, incluido un gran número de mendigos,<sup>[182]</sup> convertía esa zona en una auténtica ratonera y en un permanente foco de mugre e inmundicia.

Para colmo justo debajo del Pabellón del Manège discurría una cloaca que llevaba hasta el Sena los vertidos de aguas fecales de la zona, lo que contribuía —sobre todo en verano— a crear una atmósfera pestilente, que se combatía en la sala quemando plantas aromáticas y haciendo aspersiones de vinagre. Además daba pie a constantes temores de que los contrarrevolucionarios intentaran consumir en París la Conspiración de la Pólvora abortada en Londres casi dos siglos antes cuando un grupo de católicos planeó dinamitar el Parlamento colocando cargas explosivas en sus sótanos.<sup>[183]</sup>

No es de extrañar que una de las primeras decisiones de la Convención fuera aprovechar la abolición de la Monarquía para decretar el traslado de su sede a uno de los pabellones de las Tullerías. Pero eso requería tiempo y, entre tanto se llevaban a cabo las obras necesarias, las nefastas condiciones del Manège iban interactuando —reglamento mediante— con los peores instintos que enfrentaban a los diputados. Porque lo más nocivo de aquel recinto desde un punto de vista físico no era su entorno, sino las propias características de la sala de sesiones.

*Le Journal de Paris* ya lo había explicado perfectamente el 10 de noviembre de 1789 al comentar la primera sesión de la Constituyente en el Manège: «Se trata de un cuadrilátero muy largo y muy estrecho. La bóveda, muy espesa, tiene esas formas que en lugar de repercutir la voz, la guardan y la absorben. Se ha hecho bien en colocar la tribuna de oradores en el centro, porque incluso en medio de un gran silencio las voces más fuertes y distintivas a duras penas llegan hasta los extremos de este largo rectángulo. Sin duda otro de los efectos de la disposición de esta cúpula es que los murmullos, y los hay a menudo, no se elevan ni se pierden en el aire, sino que permanecen abajo y producen una singular fatiga mientras no se logra distinguir las voces de los oradores».<sup>[184]</sup>



*La Convención en la Sala del Manège de las Tullerías durante el juicio a Luis XVI.*

Más de tres años después esos graves problemas acústicos seguían sin resolverse. La solución menos mala había sido, en efecto, colocar la mesa con tapete verde del presidente —con los secretarios debajo y una especie de pequeño palco para los redactores de *Le Journal Logotaquigraphique*<sup>[185]</sup> detrás— en el centro de uno de esos largos laterales. Enfrente se habían colocado seis filas de banquetas de color verde formando un arco muy abierto. En ellas se sentaban los diputados, con la tribuna de oradores y la barra de los peticionarios incrustadas en el centro para que dieran la cara al presidente. Eso dividía a la cámara en dos mitades simétricas. Para acrecentar la confusión la Asamblea decidió al cabo de un tiempo poner al presidente donde estaba la tribuna y la tribuna donde estaba el presidente, con lo cual la izquierda de la cámara pasó a ser la derecha y viceversa. En un informe presentado por Vergniaud durante los últimos días de la Legislativa ya se advertía que «la división física en la sala puede comenzar a generar una división moral y podría incluso favorecer en una nueva asamblea la introducción del espíritu de partido».<sup>[186]</sup>

Bastaría el transcurso de unas semanas para que este pronóstico se hiciera realidad, con el agravante de que la obsesión por eludir ese llamado «espíritu de partido» —de ahí que el reglamento de la cámara no contemplara la posibilidad de crear grupos parlamentarios en su seno— terminaría dejando paulatinamente a la mayoría de la Convención en manos de la única minoría que fue capaz de organizarse. El *montagnard* Baudot explicaría con cierto detalle el funcionamiento de su propio bando: «Los que se sentaban en la cresta de la Montaña eran en general revoltosos. Se apoderaban de la palabra con rapidez y estaban siempre dispuestos a lanzar un epigrama. Las imaginaciones más lentas pero con las mismas opiniones se colocaban en la pendiente para tener más tiempo para pensar y reflexionar».<sup>[187]</sup>

Frente a ese único grupo organizado, el dantonista Baudot sólo situaba a la Planicie —«ocupada por los metódicos»—, distinguiéndola del Marais o Pantano que rodeaba la barra y la tribuna de oradores y «del que salieron de repente numerosos

reptiles a los que no les faltaba el veneno». Es obvio que se refería a los dirigentes moderados a los que él mismo tardaría muchos años en identificar como girondinos.

Lo peor para la convivencia entre los diputados no era, por otra parte, la disposición material de sus bancos, sino la atmósfera opresiva que rodeaba sus deliberaciones. Junto a los problemas de acústica, el Manège tenía problemas combinados de calefacción y ventilación. La fuente de calor más aparente era una estufa recubierta de cerámica que representaba el castillo de la Bastilla con sus ocho torres, sus murallas y sus puertas. Había sido donada a la Convención por un artesano llamado Ollivier<sup>[188]</sup> y complementaba las otras dos estufas de vapor preexistentes que eran las que de verdad calentaban el recinto a través de un sistema de tubos interiores. A pesar de ello, cuando arreciaba el invierno la sala era fría y desagradable a más no poder, y ahí está para acreditarlo la descripción publicada el anterior mes de febrero por el abate Royou en el periódico monárquico *L'Ami du Roi*:

Imagínense a un centenar de diputados, llegando sucesivamente cubiertos de nieve, helados, tiritando de frío, soplándose en los dedos, protegidos por botas, *cadoganés*<sup>[189]</sup> y viejos abrigos, algunos de ellos con algún tipo de batín y casi todos con sombrero en la cabeza.<sup>[190]</sup>

Pero es que, además de pasar frío, como escribió el doctor Cabanis, era «difícil respirar un aire más insalubre» que el que se generaba en ese recinto cerrado, atestado de personas. «El estómago y los ojos eran los principales afectados. Las oftalmías y los lagrimeos fueron epidémicos no sólo entre los diputados, sino entre los espectadores que seguían las sesiones con alguna asiduidad».<sup>[191]</sup> La mayoría de esos espectadores eran *sansculottes* activos en sus respectivas secciones y mujeres desocupadas de corte radical que acaparaban las tribunas sobre la base de que el primero que llegaba era el que se sentaba. A menudo se organizaban guardándose la vez, planificando su actitud durante las sesiones en reuniones más o menos informales que se celebraban en los colindantes cafés Beauquene y Hottot<sup>[192]</sup> e incluso quedándose a dormir en el recinto. Una vez dentro de la sala las mujeres podían tricotar y a todos se les permitía consumir las frutas y bebidas que ofrecían vendedores ambulantes.

En un edificio tan estrecho como el Manège la influencia de las tribunas era enorme, pues estaban situadas justo encima de los diputados, que sentían caer a plomo sobre ellos tanto los elogios como los más habituales denuestos. Poco o nada podían hacer los sufridos ujieres, que, con sus calzones de satén negros y una especie de collar plateado al cuello, deambulaban por el centro de la pista o subían escaleras arriba hacia las tribunas, pidiendo silencio casi más por rutina que como método para obtenerlo.

Día tras día las tribunas iban cogiendo la medida a cada presidente de la Convención, pero ninguno de ellos era capaz de coger la medida a las tribunas. Consciente sin duda del impacto que ese ambiente tendría en el tramo decisivo del ya abierto proceso contra el rey, el exjefe de Danton, como procurador municipal, Pierre

Manuel —uno de los pocos diputados empeñados de verdad en intentar salvar al monarca depuesto—, había presentado una moción el 14 de diciembre, cargada de buen sentido, para que las tribunas no siempre las ocuparan los mismos. Su propuesta consistía en que cada día se entregara un número determinado de invitaciones a seis secciones de París y a los diputados de otros tantos departamentos para que todo el que quisiera acudir pudiera solicitarlo y planificarlo con tiempo. La mejor prueba de cómo Manuel y sus antiguos amigos estaban evolucionando en direcciones opuestas fue que dos destacados dantonistas le salieron al paso.

Thuriot alegó que de esa forma las colas no se formarían en la puerta de la Asamblea, sino en la puerta de las secciones, y que al final asistirían los amigos de los que las controlarán y los allegados a los diputados. Pero su intencionalidad quedó enseguida clara: «¿Qué resultaría de la medida propuesta? Que no se vería en las tribunas sino a los cobardes apóstoles del moderantismo, en un momento en el que necesitamos estar apoyados por hombres del patriotismo más enérgico». El carnicero Legendre, aportando como de costumbre el ingrediente histriónico al debate, se limitó a pedir «que se decrete que Manuel ha perdido el juicio».

Ni que decir tiene que las tribunas jalearon sus ataques, después de haber acogido con murmullos la propuesta de Manuel, y que ello contribuyó a que sólo una minoría tuviera el coraje de ponerse de pie cuando llegó el momento de votar su toma en consideración. Puesto que en su propio discurso ya había anunciado que si la Convención no lograba el respeto necesario para sus deliberaciones él «no permanecería en el puesto», no es aventurado pensar que aquel día comenzó a fraguarse la decisión de renunciar al escaño que materializaría un mes después, al constatar que la Asamblea había decidido unirse con la sangre de Luis XVI. Para Manuel era patente que las enfermedades que comenzaban a contraerse en aquella sala tenían mucha mayor gravedad que las oftalmías y lagrimeos que tanto preocupaban al ilustrado doctor Cabanis.

## CATORCE

Cuando la sesión del miércoles 30 de enero estaba a punto de concluir, uno de los secretarios se levantó para leer una carta que acababa de ser entregada ante la mesa de la Convención. Una delegación de la Comuna Municipal de la localidad normanda de Forges-les-Eaux, famosa por sus aguas termales, pedía comparecer ante la cámara para facilitar información urgente sobre el asesinato de Le Peletier.

Todos los diputados presentes quedaron atrapados por una mezcla de expectación y sorpresa. Durante los diez días transcurridos desde el «parricidio» se habían difundido todo tipo de falsas alarmas ubicando al tal Pâris en los lugares más diversos, pero era obvio que si un grupo de pueblerinos había hecho el viaje a la capital y se atrevía a comparecer ante la Asamblea tenían que traer algo sólido. Habría que escucharles, pero para los *montagnards* que acababan de hacerse cargo de las tareas policiales en la nueva República aquel giro inesperado de los acontecimientos no podía llegar en mejor momento, pues ya circulaban comentarios sobre su arbitrariedad e incompetencia. Sobre todo después de que, tras la redada indiscriminada del domingo, el Comité de Seguridad General hubiera procedido el martes a la detención de todo el personal de Chez Février, incluidos sus nueve cocineros y camareros, las dos encargadas del guardarropa y una especie de jefa de sala, muy popular entre la clientela, apodada «La Mère», en un vano intento de obtener más información sobre el asesinato. Aunque los miembros del comité se habían encargado personalmente de interrogarles, no habían tenido más remedio que ponerles en libertad a todos en cuestión de horas.<sup>[193]</sup>

La propia Convención Nacional había ofrecido una recompensa de 10.000 libras a quien detuviera al asesino, y Thuriot había promovido una cuestación con idéntico fin en el Club de los Jacobinos, con la salvedad de que si el que mereciera ese premio fuera miembro del club o de cualquiera de sus sociedades hermanas, el dinero sería distribuido entre los indigentes, entregándosele a él tan sólo «una corona cívica».<sup>[194]</sup> Por su parte Garat, en su calidad de ministro de Justicia, acababa de enviar a cada municipio francés una enfática circular exhortando a «todos los ciudadanos» a participar en una masiva caza del hombre: «Prestaos un mutuo socorro para descubrir, arrestar y acusar al asesino. Trazad alrededor suyo un círculo del que no saldrá más que para subir al patíbulo».<sup>[195]</sup>

Estos palos de ciego estimulaban la imaginación colectiva y daban pie a todo tipo de especulaciones, porque tal y como escribiría Jacques Herissay, «si en algún momento la policía no tiene derecho a mostrarse impotente es durante un periodo revolucionario».<sup>[196]</sup> Pero la fortuna parecía haber sonreído aquella tarde a los doce hombres sin escrúpulos ni piedad del Comité de Seguridad.

Pocos instantes después de haberse leído su misiva, en medio de un tenso silencio y venciendo el aturdimiento que le producía encontrarse rodeado de los

representantes de la nación, el ciudadano Fleury, alcalde de Forges-les-Eaux, relataba ante la barra el suceso que había conmocionado a sus convecinos.

La antevíspera por la tarde un viajero se había refugiado de la lluvia fina y glacial que azotaba la comarca —el famoso calabobos normando— en el Albergue del Gran Ciervo, situado en la plaza del Pueblo, antes plaza Real. Era un hombre de pequeña estatura vestido con el típico abrigo de la Guardia Nacional y un gorro de cuero con cola de zorro. Tenía el rostro marcado por la viruela y una cicatriz le cruzaba el mentón. El viajero dijo que era un oficial camino de París y alquiló una habitación. Cuando bajó a cenar se encontró con dos comerciantes de pieles de conejo que entablaron conversación con él en torno a la chimenea. Habiéndose cumplido ese lunes una semana de la ejecución de Luis XVI, uno de ellos expresó su alegría por la muerte del «tirano». En ese momento el viajero se levantó bruscamente y exclamó: «¡No encuentro por todas partes más que asesinos de mi rey!». Y volvió a su cuarto sin esperar a la cena.

Una reacción así no podía dejar de tener consecuencias en un lugar muy inclinado hacia el radicalismo revolucionario desde que el cura del pueblo —un tal Louis Lerat— colgara los hábitos, hiciera declaración de apostasía, contrajera matrimonio y fuera elegido para presidir el Comité de Vigilancia local. Uno de los dos comerciantes, llamado Auguste, se presentó a primera hora de la mañana siguiente en el Ayuntamiento y denunció lo sucedido. Las autoridades locales —excura Lerat incluido— deliberaron brevemente y enseguida tres gendarmes irrumpían en la alcoba de quien tan insensatamente había hecho profesión de su fe monárquica, le sorprendían en el lecho y procedían a interrogarle. Como el desconocido les dijo que no llevaba pasaporte ni licencia militar, los gendarmes le conminaron a que les acompañara de vuelta al Ayuntamiento. Él les pidió que le permitieran vestirse y arreglarse; y, cuando los agentes se retiraban, se inclinó hacia la mesilla, sacó una pistola de dos tiros, se introdujo el cañón en la boca y se levantó la tapa de los sesos.

Entre las pertenencias del suicida se había encontrado un certificado de licenciamiento de la Guardia del Rey a nombre de Nicholas de Pâris fechado el 1 de junio del año anterior y una nota manuscrita que empezaba diciendo: «Mi patente de honor. Que no se moleste a nadie. No he tenido ningún cómplice en la feliz muerte del malvado Saint-Fargeau...».

La Convención Nacional aplaudió el relato del alcalde y acordó que se trasladara a las dependencias del nuevo Comité de Seguridad General para que se realizaran las debidas comprobaciones. A propuesta de Basire el comité decidió enviar de inmediato a dos de sus miembros más notorios, Tallien y Legendre, a Forges-les-Eaux con el encargo de corroborar la identidad de Pâris —ambos le conocían de vista— y regresar con su cadáver. Para facilitar su misión se acordó que les acompañaría un imponente zapador de grandes mostachos, pipa en los labios y elocuente hacha entre las manos, llamado Rocher, que había tenido trato personal con el asesino.

Cuando después de un incómodo viaje en diligencia se presentaron en el pueblo



normando, los diputados y su mezcla de testigo y guardaespaldas comprobaron que el cadáver del suicida seguía en la alcoba del Gran Ciervo, pero ya en avanzado estado de descomposición. De acuerdo con el posterior informe de Tallien, a ninguno de los tres les cupo la menor duda sobre su identidad, corroborada además por los documentos que requisaron. Entonces el propio Tallien convenció a Legendre de que no tenía sentido llevar el cadáver a París y, aun a costa de desviarse del mandato encomendado, decidieron autorizar su inhumación en las inmediaciones del pueblo.

«Nuestras nuevas leyes y la mansedumbre de las costumbres de los franceses han proscrito, con toda justicia, la tradición bárbara de exponer a las miradas de la multitud el cuerpo de un suicida», explicaron. «Por otra parte no habríamos querido tener que reprocharnos haber dado motivo a algunos disturbios en un momento en el que la tranquilidad es tan necesaria y en el que habría sido posible que la visión de este cadáver, despertando los sentimientos de una más que justa indignación contra el asesino, hubiera resultado en algún desorden».<sup>[197]</sup>

La descripción que ha quedado del último trayecto de aquel cadáver no es precisamente un dechado de esa supuesta «mansedumbre» francesa, pues el suicida fue despojado de toda su ropa y lo que ya no era sino un amasijo de carne sanguinolenta y hedionda fue arrojado a la plaza por la ventana de la habitación del Gran Ciervo, sometido al parecer a todo tipo de mutilaciones macabras y transportado en una carretilla, en medio de canciones patrióticas, hasta un agujero destinado a enterrar a los animales pestilentes.

Aunque el ensañamiento revolucionario con los restos del suicida de Forges-les-Eaux pudo contribuir a saciar las ansias de venganza desatadas en una parte de la población con motivo de la «panteonización» de Le Peletier —es imposible imaginar ni una inhumación más gloriosa ni otra más vil—, el regreso de los dos diputados a París sin su cadáver no dejó de alimentar las suspicacias de otro sector. Desde entonces y de forma periódica comenzaron a cundir los testimonios de quienes aseguraban haber visto al vengador del rey vivo y coleando, lo cual siempre alentaba la hipótesis de un pacto al servicio de la Montaña.<sup>[198]</sup>

Nadie lo expresó con tanta claridad como *madame* Roland en sus *Memorias*: «El asesinato de Le Peletier es todavía una especie de misterio [...]. Yo he visto a Buzot y a Louvet suspirar y verter lágrimas de rabia, persuadidos de que algún *montagnard* audaz había urdido este golpe para atribuírselo al lado derecho y hacer de ello un medio de fanatismo en su contra por parte del pueblo».<sup>[199]</sup> Sin embargo, quien escribía esto consideraba ultrajante e inconcebible que los jacobinos pudieran pensar que su marido había escamoteado documentos del Armario de Hierro que podían comprometer a sus amigos de la Gironda. Claro que para entonces ya se habían quebrado por completo esas bases de confianza mutua sin las cuales no hay convivencia democrática, ya se había desvanecido para siempre «ese lazo necesario —así lo describiría Jean Jaurès— sin el cual la legalidad no es más que una simple palabra».<sup>[200]</sup>

## QUINCE

«Los caminos se han roto a nuestra espalda; es preciso ir hacia delante de buen o de mal grado; y es ahora sobre todo cuando se puede decir: vivir libre o morir», había escrito a su padre a propósito de la ejecución del rey el diputado por Calais Joseph Le Bas, admirador de Robespierre y pronto visitante habitual de la casa de los Duplay, donde haría la corte a la hija mayor del carpintero.<sup>[201]</sup> En ese mismo sentido se expresaría el comerciante de telas de Montpellier y cerebro económico de la Convención, Joseph Cambon: «Hemos desembarcado al fin en la isla de la libertad y hemos quemado el barco que nos ha conducido hasta aquí». Aún más expresivo había sido el representante de la Vendée, Joseph Fayau, desde la propia tribuna de la cámara: «Es preciso que todo lo que respira, muera y renazca en el momento en que caiga la cabeza del tirano».

Esta era la sensación que dominaba transversalmente la Convención, al margen de lo que hubiera votado cada uno: era la muerte del rey lo que cortaba todas las amarras con el pasado, dotando a la República de su verdadera «acta fundacional».<sup>[202]</sup> «Sólo la muerte del tirano ha podido hacer libres a todos los pueblos que han querido serlo», había proclamado Jeanbon Saint-André al expresar su voto. La guillotina que había seccionado la cabeza de Luis XVI se transformaba así en la pila bautismal de la nueva era y la sangre del último rey Capeto en el agua bendita en la que mojaban sus dedos los diputados. Vergniaud y otros moderados que de una u otra manera habían terminado favoreciéndola veían, de hecho, en la ejecución la oportunidad de constituir una especie de hermandad de regicidas que prevaleciera por encima de las diferencias. Tal había sido el espíritu de la proclama del jefe moral de la diputación de la Gironda en las exequias de Le Peletier, al pedir que el velo del olvido cubriera las «escenas tormentosas» que había vivido la cámara: «No queda más que el bien que han producido mediante la muerte del tirano y de la tiranía; porque este juicio nos pertenece por entero a cada uno de nosotros, como pertenece a toda la nación».

El regicidio se había convertido así no sólo en «una representación simbólica de la propia Revolución»,<sup>[203]</sup> sino en su auténtica quintaesencia. Y, precisamente por eso, lejos de obrar el milagro de atenuar los conflictos, serviría para estimularlos. Las líneas divisorias se habían trazado con la sangre del que para millones de franceses continuaba siendo el ungido por la Providencia, y quienes pretendían arrebatarse a sus adversarios el control del nuevo Estado y monopolizar la fuerza de la Revolución no iban a permitir que se difuminara el recuerdo de lo que había dicho y hecho cada cual.

El propio Le Bas, menos radical que muchos otros *montagnards*, lo había subrayado en una nueva carta a su padre a propósito del asesinato de Le Peletier: «He aquí uno de esos seres a los que la infame cábala que en la Convención quería salvar

al tirano y reimplantar la esclavitud, designaba ante los departamentos como un maratonista, un faccioso, un desorganizador. Pero el reinado de estos bribones políticos se ha terminado».<sup>[204]</sup>

En todo caso la Convención había traspasado la frontera entre lo viejo y lo nuevo y había penetrado en el umbral de un mundo distinto en el que todas las promesas de libertad, igualdad y fraternidad debían hacerse realidad. La mayoría de los diputados no veía su obra colectiva en términos de destrucción, sino de regeneración. No creían haber «quemado» el barco simbólico al que aludía Cambon, pues —como explicaría Edgar Quinet— eran sus restos los que les servían para «construir a toda prisa»<sup>[205]</sup> un navío nuevo.

Debía ser un buen barco de guerra, pues la primera tarea de la nueva singladura era hacer frente al enemigo. Como si con la muerte del asesino de Le Peletier hubiera quedado zanjado el último asunto pendiente que la vinculaba con el pasado, la Convención se centró al día siguiente de la irrupción del alcalde de Forges-les-Eaux en la definición de su ambiciosa nueva política exterior.

Dos episodios de signo opuesto pero complementario la condicionaban: la expulsión por el gobierno británico del embajador Chauvelin y la petición de los habitantes de Lieja de formar parte de la República Francesa mediante un proceso de anexión. Era obvio que el movimiento de Pitt constituía el preludio de una declaración de guerra, y que si Inglaterra se sumaba a las demás monarquías europeas contra Francia, la principal baza que le quedaba a la Revolución era ampliar su perímetro de defensa, consolidando sus ganancias territoriales en Bélgica y tratando de aumentarlas en los Países Bajos. Era un paso muy arriesgado, teniendo en cuenta el estado de descomposición del ejército durante el invierno, al haber vuelto a sus hogares la mayor parte de los voluntarios que habían brillado en Valmy y Jemappes y haber demostrado Pache y su equipo su incapacidad para pertrechar adecuadamente al resto. Danton quería evitar la ampliación de la guerra o al menos controlar sus tiempos, y mantenía para ello negociaciones secretas con los ingleses a través de la misma red que había planteado sus supuestas exigencias económicas para tratar de salvar la vida del rey. Pero también en ese sentido la ejecución había roto todos los puentes. La noticia había llegado a Londres el 23 por la tarde causando una general consternación. Los teatros se cerraron, se decretó duelo oficial y «todo aquel que pudo conseguir un traje negro se lo puso».<sup>[206]</sup>

La oposición liberal que simpatizaba hasta entonces con la Revolución se quedó sin argumentos, y aunque el primer ministro Pitt habría deseado encontrar alternativas, el propio rey Jorge III y la opinión pública le empujaban hacia la guerra. Algo parecido sucedía en Madrid —agravado por el parentesco entre las dos ramas borbónicas—, donde Godoy acababa de comunicar a Jean-François Bourgoing, representante oficioso de la República, que en adelante se abstuviera de visitarle.

Todo esto significaba para la Convención «el fin de la utopía pacifista», y en lo referente a Bélgica la necesidad de «aceptar con todas las consecuencias la victoria».

[207] Su primera traducción práctica debía ser, por lo tanto, la aplicación del decreto del 15 de diciembre que había caído como un jarro fría sobre los patriotas «estadistas» belgas, partidarios de crear su propia República. Había sido promovido por Cambon, en nombre de los comités de Finanzas, Diplomacia y Guerra, y suponía sentar las bases para convertir lo que hasta la batalla de Jemappes había sido una guerra defensiva en una guerra de evangelización y, por qué no decirlo, de apropiación revolucionaria.

«Vuestros comités se han preguntado ante todo cuál es el objeto de la guerra que habéis emprendido», había explicado aquel día Cambon ante la Asamblea. «Es sin duda la supresión de todos los privilegios. Guerra a los castillos, paz en las chozas [...]. Todo lo privilegiado, todo lo tiránico, debe ser tratado como enemigo en los países en los que entramos». Tanto la elocuencia como la cacofonía de esa antinomia que venía a resumir todo el sentido de la Revolución —«*Guerre aux châteaux, paix aux chaumières*»— desataron la imaginación y la pasión de los diputados. En un ambiente enfebrecido las voces que pedían un debate minucioso del asunto fueron acalladas y el decreto se aprobó sobre la marcha. Cada uno de sus doce puntos daba a los generales franceses en los territorios ocupados y a los comisarios del Consejo Ejecutivo o la propia Convención poderes para suprimir los viejos privilegios, cesar a las autoridades existentes, establecer una nueva administración interina, imponer los asignados como papel moneda y sobre todo incautarse de los bienes de la aristocracia y el clero.

En el caso de Bélgica las cuentas de Cambon eran muy simples y así se lo explicó abruptamente a una diputación de la ciudad de Amberes: Francia llevaba gastados 180 millones de libras «en esta dichosa campaña» y sólo tenía recursos para mantener a sus ejércitos «durante seis meses más», pero él estaba convencido de que «los bienes eclesiásticos y de las corporaciones belgas pueden ascender a 800 millones» que servirían para fortalecer «el valor de nuestros asignados». Ante la objeción de que el decreto del 15 de diciembre daría paso a una «desorganización total» de la sociedad belga, Cambon replicó algo muy parecido a lo que diría días después el tal Fayau: «Nuestro objetivo es destruirlo todo para recrearlo todo».[208]

Los patriotas belgas que habían elegido ya a sus propios «representantes provisionales» a medida que los ejércitos franceses les habían ido liberando del yugo austriaco y «consideraban que ese siniestro decreto era incompatible con la dignidad nacional»[209] contaban con un poderoso y un tanto inesperado aliado en la figura del propio general Dumouriez. Bien porque la interferencia de los comisarios políticos y el proyecto anexionista dificultaban tanto sus oscuros manejos con los suministradores del ejército como sus planes de convertir Bélgica —y eventualmente los Países Bajos— en una especie de protectorado personal; bien porque había comprobado sobre el terreno que la rapiña de las iglesias convertía a los soldados franceses en enemigos invasores a los ojos de los campesinos belgas, Dumouriez se había plantado el 1 de enero en París con el expreso propósito de «lograr la supresión

del decreto del 15 de diciembre o al menos convenir tácitamente que no se ejecutaría en los Países Bajos».<sup>[210]</sup>

El general, que al mismo tiempo trataba de contribuir a salvar la vida del rey, preservar la paz con Inglaterra y hacerle la cama a Pache como ministro de Defensa, desarrolló una intensa agenda política reuniéndose con varios ministros, algunos de los principales dirigentes moderados e incluso un par de destacados jacobinos, además de con Danton, en quien tenía depositadas muchas de sus esperanzas. Estaba en el pináculo de su popularidad y le gustaba sentirse cortejado por todas las facciones.

Sin duda le habría gustado volver al club de la calle Saint-Honoré y ser agasajado como en noviembre, pero su amor propio se lo impedía. Aunque temía encontrarse con Marat tras el desagradable incidente en casa de los Talma, eso era lo de menos. Lo intolerable para él eran las acusaciones de corrupción que el número dos de Pache en el Ministerio de la Guerra, el químico Hassenfratz, le había dirigido desde esa tribuna sin que nadie diera la cara por él. Dumouriez llegó incluso a escribir a Danton, pidiéndole que lo hiciera: «No tengo armas contra la calumnia [...]. Vos venís de Bélgica, mi querido Danton [...], decidles lo que habéis visto con la imparcialidad y energía que os caracteriza. Sed mi abogado si me creéis buen ciudadano y virtuoso. Yo no puedo presentarme en la sociedad de la que he sido uno de sus más firmes sostenes [...] si no quedo limpio de las calumnias de Hassenfratz».<sup>[211]</sup>

A lo que sí accedió Dumouriez fue a reunirse discretamente con Desfieux y Jeanbon Saint-André, dos de los jacobinos con mayor predicamento en el club. Su primer emisario fue, según sus *Memorias*, «el aventurero Proli». Dumouriez se refiere también a él como «un intrigante de Bruselas» y asegura que le despreciaba y que por eso prefirió recurrir a uno de sus antiguos colaboradores en Exteriores, Guillaume de Bonne-Carrère, para que sirviera de anfitrión del encuentro. Dentro de lo que cabe, Proli sale bien parado de ese juicio retrospectivo, realizado por Dumouriez ya desde el exilio, pues al vinatero Desfieux lo describe como «una bestia bruta», y aunque el marino y graduado en teología por el seminario calvinista de Lausanne, Jeanbon Saint-André, le pareció «más razonable», no por eso dejó de subrayar su «furia grosera, digna de salvajes» cuando trataron del juicio del rey.<sup>[212]</sup> No es difícil imaginar su desencuentro toda vez que el implacable hugonote sostenía, muy en la línea de Saint-Just, que «un rey por el mero hecho de serlo es culpable ante la humanidad porque la realeza misma es un crimen».<sup>[213]</sup>

En todo caso la clave del fracaso de Dumouriez en relación al futuro de Bélgica estuvo en sus dos entrevistas con Cambon. La primera fue durante un almuerzo organizado por el antiguo abate D'Espagnac,<sup>[214]</sup> acusado ya de corrupción como proveedor militar. Aunque el «déspota del Tesoro Nacional» —así fustigaría el general a Cambon en sus *Memorias*— le había parecido «un loco furioso, sin educación, sin ningún principio [...], ignorante y muy atolondrado», Dumouriez

creyó haberle convencido de que «destruir las riquezas del clero de los Países Bajos era matar la gallina de los huevos de oro».<sup>[215]</sup>

El segundo encuentro fue una cena de seis horas cargada de tensión en la que el anfitrión era el diputado por la Gironda, Ducos, bien relacionado con ambos y especialmente capaz para los asuntos económicos. Dumouriez advirtió a Cambon de que él no estaba dispuesto a ser «el Atila de un pueblo que recibió a los franceses con los brazos abiertos». Eso impulsó a Cambon a denunciar ante la Convención que «nada era más indecente que escuchar a un general ofrecer su dimisión cada vez que se aprobaba un decreto con el que no estaba de acuerdo».<sup>[216]</sup>

Dumouriez no quería ser Atila, sino duque de Brabante. Pero aunque escondiera sus motivos, su causa estaba clara. Ante el Comité de Defensa General también había hablado sin pelos en la lengua: «Yo os advierto de que si mantenéis el decreto del 15 de diciembre no sólo no contaréis con los belgas como aliados, sino que exasperaréis a esta nación, provocaréis en ciertas provincias la guerra civil, y los belgas, desgraciados y engañados, se echarán en brazos de sus déspotas y no respirarán más que odio y venganza contra vosotros».<sup>[217]</sup>

Un tanto inesperadamente quien más sensible resultó a algunos de sus argumentos no fue ninguno de sus interlocutores moderados, sino Robespierre, quien en una de sus *Cartas a sus comitentes*, escrita tras la muerte del rey, vino a reconocer que tenía serias dudas de que la Convención no hubiera adoptado «disposiciones que parecen mermar el principio sagrado de la soberanía de los pueblos», dejándose arrastrar por «una opinión fruto del entusiasmo».<sup>[218]</sup>

Robespierre pedía que se interpretara el decreto del 15 de diciembre «más como una invitación que como una coacción», y advertía —recelando del anticlericalismo e irreligiosidad de Cambon, pues no en vano acababa de pedir la eliminación de la partida presupuestaria destinada al culto— «que no es el momento de volver a empezar con los belgas esta lucha penosa y sangrienta que hemos tenido que mantener con nuestros propios sacerdotes». Robespierre era consciente de que en Bélgica existía lo que Jaurès identificaría como un «partido clerical favorable a la independencia».<sup>[219]</sup> Y, más allá de sus propias convicciones, se hacía una elemental composición estratégica: «Si vamos a entrar en Holanda no nos conviene dejar detrás de nosotros a un pueblo enemigo o descontento. ¿Cómo podremos desplegar todas nuestras fuerzas contra el estatúder y sus aliados si es preciso emplearlas para contener a Bélgica?».

Pero cuando Robespierre dudaba, Danton actuaba. El sábado 26 de enero Dumouriez había abandonado París sumido en una mezcla de depresión y amargura. Desde que se había enterado del resultado de la votación decisiva sobre la suerte de Luis XVI en compañía de Grace Elliot —la inglesa había sido amante del duque de Orleans y no podía creer que este hubiera apoyado la muerte de su primo—<sup>[220]</sup> el general era consciente de que no tenía ya nada que hacer en la capital. No sabía que nunca más volvería a pisar sus calles, pero volvía al frente triplemente marcado por el



fracaso: ni había podido salvar al rey, ni había conseguido que fructificara la idea de enviarle en misión especial a Londres para tratar de preservar la paz,<sup>[221]</sup> ni había logrado anular el decreto que hacía de él un enemigo a los ojos de los belgas. De sus cuatro objetivos sólo terminaría obteniendo uno: la caída de Pache como ministro de Defensa. Y tanto en este asunto como en los otros la posición de Danton, regicida, empeñado en llevar las riendas de la relación con Inglaterra y partidario de la anexión de Bélgica, resultaría decisiva.

Desde que lograra ser enviado por la Convención, poco después de la victoria de Jemappes, para aquilatar la situación sobre el terreno, Danton había considerado que «Bélgica era cosa suya».<sup>[222]</sup> Pero también consideraba que Dumouriez era «su general»,<sup>[223]</sup> pues no en vano lo había apadrinado ante el Club de los Jacobinos. Y, muy de acuerdo con su personalidad, pretendía el más difícil todavía: aplicar con la espada de Dumouriez la política que Dumouriez rechazaba... para alcanzar los fines pretendidos por Dumouriez, pero en su propio beneficio. En realidad el uno y el otro eran conscientes de la enorme capacidad de presión que una base política, fruto de la victoria militar y tan cercana a París como los Países Bajos, podía proporcionarles sobre la Convención. Lo que quedaba por determinar entre estos dos hombres ambiciosos, experimentados, demagogos y sin escrúpulos, es quién se serviría de quién. Dumouriez contaba con la fuerza de las armas, Danton con la fuerza del carácter.

Desde luego, cuando hacia el final de la sesión matinal de aquel último día de enero uno de los secretarios leyó la carta firmada por Watel, presidente de la municipalidad de Lieja, en la que se anunciaba que se había sometido al pueblo «la reunión con la República Francesa» y que «sobre 9700 votantes, 9660 han votado a favor», Danton decidió aprovechar la euforia del momento,<sup>[224]</sup> pasando por alto que además de que se trataba de una ciudad fronteriza muy influida por la presencia militar francesa y nada representativa del sentimiento general de los belgas, sólo una pequeña minoría había acudido a las urnas.<sup>[225]</sup> Con sus habituales reflejos parlamentarios subió a la tribuna e improvisó uno de sus mejores discursos. Comenzó explicando que, de acuerdo al decreto del 15 de diciembre, había que acceder de inmediato a los deseos de los ciudadanos de Lieja:

—No pido nada a vuestro entusiasmo, lo pido todo a vuestra razón, todo para los intereses de la República Francesa. Yo pensaba escuchar un informe de vuestro Comité Diplomático, ¿pero no habéis ya prejuzgado esta reunión cuando habéis decretado que Bélgica sería constituida provisionalmente, siguiendo las leyes francesas? ¿En qué quedaría la política de un gran pueblo que dando la libertad a otro pueblo [...] lo abandonara enseguida a sí mismo? Esta conducta sería criminal, sería asesina [...]. Al haberles dicho: os organizaréis como nosotros, les habéis dado la seguridad de que aceptaríais su reunión si ellos os la proponían.

Fue a continuación, al pasar de los sofismas concretos a las ambiciones generales, cuando las palabras de Danton dejaron de ser un discurso para convertirse en una

doctrina:

—Yo digo que es en vano que se quieran suscitar temores por darle demasiada extensión a la República. Sus límites están marcados por la naturaleza. Los obtendremos todos de los cuatro puntos del horizonte: del lado del Rin, del lado del océano, del lado de los Alpes. Allí es donde deben acabar los límites de la República y ninguna potencia humana podrá impedirnos extenderlos.

Danton se olvidó de mencionar los Pirineos, pero su planteamiento no podía ser más claro. No era la primera vez ni sería la última en que un líder populista trataría de implicar a toda una nación en una huida bélica hacia delante, invocando conceptos como el espacio vital o los límites naturales. No obstante, sí era la primera vez en que alguien lo hacía en un contexto político que podía ser definido como «imperialismo revolucionario».

Era obvio que su encuadre incluía territorios como la Renania alemana, gran parte de Bélgica o el sur de las Provincias Unidas holandesas, que no habían expresado el menor deseo de reunirse con Francia, y además el discurso concluyó con un pronóstico que no dejó de suscitar murmullos en la Convención:

—Tendremos más hombres, más armas y más tesoros.<sup>[226]</sup>

El vaso podía verse medio lleno o medio vacío. Anticipando un debate que alcanzará su dramático apogeo más entrado el siglo XX, dos historiadores arraigados en el mundo embrionario del XIX adoptarán una u otra perspectiva. Así, para el socialista Jean Jaurès, «la teoría de los límites naturales hacía posible la paz en Europa» en la medida en que «Danton sabía que si este agrandamiento territorial iba a asustar a las potencias europeas, a cambio les daría seguridad frente a la expansión indefinida que se desprendía de la propaganda».<sup>[227]</sup> En cambio, para el conservador Louis Madelin, al formular estos anhelos «por el cráneo del cordelero Danton» no sólo pasaban «los pensamientos que habían atormentado el cerebro de Richelieu, duque, cardenal y primer ministro de un “tirano”», sino que «toda nuestra historia durante veintidós años —es decir, hasta Waterloo— sale de esta declaración» porque «Danton, al anunciar a Europa que intenta recuperar la herencia de Carlomagno, crea tal vez a Napoleón».<sup>[228]</sup>

Danton partiría esa misma tarde de nuevo para Bélgica en compañía de su fiel e inseparable Delacroix. Su mujer estaba en avanzado estado de gestación de su tercer hijo, pero el tiempo urgía. Bajo la bóveda del Manège no quedaba el eco de ninguna de las frases antedichas, ni menos aún la reverberación de sus posibles interpretaciones, pero sí la contagiosa onda expansiva de la risa desatada por la sal gruesa y truculenta con la que Danton había resumido la esencia del momento.

—Os amenazan los reyes, pero vosotros habéis declarado la guerra a los reyes; vosotros les habéis lanzado el guante y ese guante es la cabeza del tirano.

No era el primero en fijar la atención en la cabeza del rey guillotinado y ponerla en movimiento como elemento metafórico. Aun antes de la ejecución, en la asamblea del Departamento de Seine-et-Marne se había aplaudido una propuesta de fundir un

cañón con un calibre adaptado a la cabeza de Luis XVI para dispararla contra el enemigo<sup>[229]</sup> Además el excusa Roux venía regodeándose en el asunto con su «crueldad profunda y casi sensual»<sup>[230]</sup> ante sus nuevas «feligresas» de la Sección de Gravilliers desde el mismo momento en que había descendido del cadalso: «Nos hablaba de la cabeza de Luis Capeto y nos describía esa cabeza rodando sobre el patíbulo y esa idea nos alegraba», recordaría una de ellas.<sup>[231]</sup>

Danton había ido más lejos. Y, sobre todo, hablaba ante la Convención Nacional. Cualquiera diría que estaba describiendo un lance caballeresco medieval —«les habéis lanzado el guante»—, una partida de bolos o de petanca,<sup>[232]</sup> o mejor aún una competición de lanzamiento de peso —Danton, el atleta de la libertad— y, quien más, quien menos, todos en la Montaña y en la Planicie imaginaban, con regocijo o repulsión, la cabeza de Luis con sus pelos hirsutos, sus mofletes rechonchos, el espanto en su pánfila mirada, su boca entreabierto en el vano intento de expresar su última voluntad y el inviolable cuello sacro limpiamente seccionado por la Cuchilla Nacional, surcando los cielos, dando tumbos como una pelota y dejando un rastro de sangre y sacrilegio por las solemnes escalinatas de los grandes palacios de Europa. Creían ser las comadronas del nacimiento de una nueva era mediante ese «sacramento inverso» enunciado por Robespierre: puesto que Luis había muerto, la patria iba a vivir.

## **CAPÍTULO II. PILLAJE EN FEBRERO**

## UNO

Las primeras palabras del ponente designado por el Comité de Seguridad General para informar sobre el caso Ladevize el 1 de febrero no sólo no presagiaban nada bueno para el periodista, sino que tan sólo parecían destinadas a añadir el oprobio a la decisión del 27 de enero de mantenerle en la cárcel:

—El comité ha constatado que es el peor intencionado y el más peligroso de cuantos periodistas han deshonrado a la Revolución, vertiendo a veces a manos llenas el veneno de la más pérfida calumnia y lanzando otras la sátira más amarga no sólo contra algunas personas, sino contra toda la Convención Nacional.

Y encima quien ejercía de portavoz era el moderado Lasource, quien, tras haber sido elegido como suplente, acababa de incorporarse como mera comparsa al comité por la renuncia al cargo de Jean Debry. Para ilustrar su tesis comenzó a leer los párrafos más críticos de *Le Journal Français*, pero pronto una voz le interrumpió:

—¡Lee también las hojas de Marat!

A lo que Lasource, un tanto embarazado al intervenir en nombre de un grupo en el que estaba en flagrante minoría, replicó:

—No puedo leer más que lo que me ha sido transmitido por el comité... He leído estos párrafos para hacer ver que el autor del periódico no era un «ciudadano estimable» y para combatir la opinión de ciertos miembros de la Asamblea sobre él.

Tras esta andanada a Buzot —especialmente desagradable para el diputado de Evreux por venir de alguien que supuestamente formaba parte de su propio bando—, Lasource describió como «una cobardía, una ferocidad abominable» el suelto sobre Le Peletier y Pâris, y se preguntó qué diría la hija del protomártir si la Convención no defendía «su honor mancillado». Sin embargo, después de tanto ensañamiento, su propuesta de resolución tenía un claro sabor a componenda y desembocaba en lo contrario de lo esperado:

—Nicole [sic] será acusado por el Ministerio de Justicia en nombre del pueblo francés ante los tribunales y tratado como un infame y un calumniador si no puede probar su acusación. [Entre tanto] el detenido será puesto en libertad.

Todo indicaba que el comité se había dado cuenta de que no tenía base legal para mantener encarcelado a Ladevize, y Lasource se había prestado a ayudarlo a salir del lío, flagelando al periodista y remitiendo el asunto a los tribunales. Pero varias voces del ala derecha se alzaron contra tal enjuague. La más elocuente fue la de Lanjuinais:

—Encuentro muy asombroso que el comité haya ordenado detener a un periodista por un «se dice» o un «se decía»... No me parece que corresponda a la dignidad de la Asamblea intervenir como parte en un asunto civil de esta naturaleza. Tened cuidado, no vaya a ser que se acuse al comité de haber querido vengarse de las calumnias dirigidas contra sus miembros. Los malvados dirán que Nicole fue detenido porque hirió un poco las susceptibilidades de los integrantes del comité.

Las risas que en este punto interrumpieron al diputado bretón vinieron a zanjar la

cuestión. Sobre todo una vez que el propio Jeanbon Saint-André le respaldó desde la Montaña:

—Sería peligroso atentar contra la libertad de prensa. Creo que cuando los periodistas incurren en calumnias, es grande y hermoso contestarles con el desprecio que se merecen. No demos importancia a estos creadores de papeles nuevos, realzando sus calumnias o sus absurdos. Pido el orden del día a partir del respeto a la libertad de prensa.

Aunque *Le Journal Français* fustigaría a Lasource por «haber prestado su indecente voz al Comité de Inquisición»,<sup>[1]</sup> lo cierto es que Ladevize salió de la Abadía y nadie le llevó ante los tribunales. Fue la última vez que la Convención adoptó una resolución a favor de la libertad de prensa, y este canto del cisne probablemente no partió tanto de las convicciones de ningún sector en particular como de la conveniencia de todos ellos de debatir el siguiente punto del orden del día en una cámara pacificada, siquiera de forma momentánea, pues se trataba nada menos que de declarar la guerra. Y no a cualquier país.

Un hombre de apariencia frágil, baja estatura, tez pálida y rostro alargado, al que su austera vestimenta daba un hosco aire puritano, se encargó de anunciarlo. Obsesionado como estaba por su falta de dotes oratorias,<sup>[2]</sup> comenzó a leer meticulosamente el texto que había preparado:

—Ciudadanos, la corte de Inglaterra quiere la guerra. No podéis dudarla ya.

Era la voz de Brissot hablando en nombre del Comité de Defensa General la que en medio de un raro y tenso silencio, respetado hasta por los sectores más ruidosos de las tribunas, expuso la situación.

—La esperanza que acariciaban quienes sólo pueden ver con horror una guerra entre dos pueblos libres ya no existe.

Según el hombre fuerte de la Legislativa, amigo por excelencia de los diputados del Departamento de la Gironda y director de *Le Patriote Français*, órgano de referencia de los republicanos moderados, la culpa directa era del rey de Inglaterra. Aun sus más acérrimos enemigos reconocían a Brissot autoridad y competencia en política internacional.

—Desde hace mucho tiempo Jorge meditaba en secreto la guerra contra vuestra libertad, porque ¿qué tirano os la perdonará? Él os declara la guerra al ordenar a vuestro embajador salir de Inglaterra en el plazo de ocho días; él os la declara dando públicas muestras de dolor por la suerte de este conspirador al que habéis justamente condenado al suplicio; él os la declara al pedir al Parlamento, tras la noticia de esta muerte, un aumento considerable de las fuerzas de mar y tierra. Expulsar ignominiosamente al representante de la República y armarse ante la noticia de la muerte del traidor es decir a Europa y al Universo: Francia ha condenado a Luis y yo le absuelvo, ella lo ha condenado como a un traidor y yo lo considero inocente...

Brissot repetía, pues, la jugada de Vergniaud. El que había sido uno de los más ardientes partidarios de la apelación al pueblo y que, a diferencia del diputado por



Burdeos se había inclinado por el aplazamiento de la pena —movido precisamente por las consecuencias internacionales que tendría la ejecución—, optaba ahora por ponerse a la cabeza de los regicidas en esa huida hacia delante que suponía la declaración de guerra. Como si legitimando *a posteriori* esa «justa condena al suplicio» del «traidor y conspirador», fuera a hacerse perdonar todo cuanto había hecho para tratar de evitarla. Brissot no era un buen orador, pero sí un brillante escritor político, y su texto supo tocar la tecla más adecuada a la ocasión:

—Es preciso que la gran familia de los franceses no sea más que un ejército; que Francia no sea más que un campamento en el que sólo se hable de la guerra, en el que todo tienda a la guerra, en el que ningún trabajo tenga otro objetivo que la guerra. Es preciso sobre todo estar preparado para los reveses, para el infortunio de las privaciones, para una vida simple y frugal. Es preciso, en fin, que tener dos trajes sea ahora un crimen para un ciudadano si uno sólo de sus hermanos está desnudo.

Este alarde de sensibilidad social arrancó uno de los últimos aplausos que Brissot cosecharía en la Convención y dio paso enseguida a la lectura del proyecto de decreto por el que la República se consideraba en guerra tanto con el monarca británico como con su aliado, el estatúder de los Países Bajos, y se encomendaban al Consejo Ejecutivo las medidas militares correspondientes.

El diputado por la Gironda Ducos intervino entonces para pedir que la Convención se cargara de razón ante los ojos del mundo y la posteridad publicando la correspondencia que demostraría la mala fe del gobierno inglés. El exnúmero dos de Danton en el Ministerio de Justicia, Fabre d'Églantine —igual de mediocre como poeta que como intrigante— dio otro paso más en este sentido, pidiendo que se dirigiera un mensaje a los británicos, en el que quedara claro que la guerra no iba contra el pueblo, sino sólo contra su rey y su gobierno. Era una tesis cómoda y otros dantonistas como Basire, Chabot o Thuriot la apoyaron con brío en la Convención. Collot d'Herbois la llevó hasta el paroxismo esa noche en el Club de los Jacobinos:

—Nuestras tropas irán a Madrid y a Londres a plantar bajo las ventanas de Jorge el árbol de la libertad. Puede ser que dentro de poco Jorge salga de su palacio hacia la Torre de Londres para hacer el mismo paseo de Luis Capeto cuando salió de las Tullerías. Entonces los dos pueblos se abrazarán.<sup>[3]</sup>

Sin embargo, Marat ya les había chafado en la cámara la propuesta del mensaje a los ingleses:

—Como conozco Inglaterra, no puedo dejar de observar que quien aquí crea que el pueblo inglés está con nosotros comete una equivocación [...]. En Inglaterra sólo tenemos a nuestro favor a los filósofos, y esta clase no es la más numerosa.

Además, añadió Marat regodeándose en la ironía, ningún periódico británico publicaría ese mensaje y cualquier otra forma de difundirlo «será considerada como ilícita por ese pueblo que no conoce otra cosa que las leyes, y eso no nos ayudará nada». Pese a la obvia contrariedad de los dantonistas, l'Ami du Peuple concluyó su labor de demolición con un devastador sarcasmo:

—¿Pretendéis divulgarlo a través de los saltimbanquis?

Aunque sólo se trataba de la espuma del debate, la percepción de Marat era la que se ajustaba a la realidad en ese punto. Ese mismo 1 de febrero, casi a la misma hora, Pitt denunciaba en los Comunes que el regicidio de hacía diez días era «el suceso más odioso y más atroz que ha sido contado por la historia». La oposición le apoyó, coincidiendo en que, en esas circunstancias y de acuerdo con las enseñanzas de varios siglos de rivalidad, no se podía permitir «abandonar Brabante —o sea Bélgica y los Países Bajos— a los franceses». Pese al autoengaño en el que querían incurrir dantonistas y moderados, no era sólo contra otro rey y su gobierno contra quienes estaban a punto de entrar en guerra. Eso había podido sostenerse mal que bien en los casos de las monarquías absolutas de Austria y Prusia, pero no en el de Inglaterra.

«La República se enfrentaba ahora a un gobierno popular, a un pueblo apasionado por sus principios y armado por sus intereses, a una Asamblea casi soberana, a una tribuna deslumbrante, a un foro en llamas, a rivalidades seculares, reavivadas y encendidas en miles de corazones, a una fuerza, en una palabra, análoga a la suya», escribiría Albert Sorel.<sup>[4]</sup>

La Convención aprobó por unanimidad la declaración de guerra y pasó a escuchar a Cambon para saber cómo iba a financiarla. Si en el discurso de Brissot había habido reiteradas alusiones a los asignados —que si Inglaterra trataba de desprestigiarlos, que si los Países Bajos protegían a quienes los falsificaban—, el de Cambon giraría esencialmente en torno a ese papel moneda en el que la Revolución creía haber encontrado el bálsamo de Fierabrás para sus problemas económicos, cuando en realidad se trataba de la pócima envenenada que lenta pero irreversiblemente iba emponzoñándola.

## DOS

Aunque no hubiera existido otro motivo, el Antiguo Régimen habría caído por su inviabilidad fiscal. Los ingresos del Estado eran muy inferiores a los gastos<sup>[5]</sup> y además estaban repartidos de forma insoportablemente desigual e injusta. Las exenciones de la nobleza y el clero del pago de impuestos directos como la talla, la capitación y la vigésima obligaban al tercer estado —y muy especialmente a los campesinos— a soportar todo su peso. A ello se sumaba la impopularidad y el anacronismo de impuestos indirectos como la gabela —concebido como un tributo sobre la sal— o los aranceles municipales que se cobraban en los fielatos situados en las barreras de entrada a las ciudades; y la arbitrariedad de una gestión tributaria privatizada en manos de los odiados *fermiers générales*.

Puesto que era un sistema de recaudación basado en gran medida en las apariencias, muchos franceses terminaban siendo pobres a base de aparentarlo con insistencia, y parte de las cosechas se pudría en los campos para no dar pie a un aumento de la cuota impositiva a pagar por el agricultor. La ineficiencia del sistema que el propio Necker había calificado de «monstruoso a los ojos de la razón»<sup>[6]</sup> estaba blindada tanto por su opacidad como por el derecho de bloqueo que los parlamentos provinciales ejercían, frente a los propios edictos del rey, en defensa de los privilegios de los notables. De hecho la convocatoria de los Estados Generales que dio paso a la Revolución había sido el último recurso de Luis XVI para intentar reformar tan decrepita maquinaria tras el fracaso sucesivo de todos sus ministros de Finanzas desde Turgot a Necker —en sus dos etapas—,<sup>[7]</sup> pasando por Calonne y el obispo Lomenie de Brienne.

Con estos antecedentes sólo el insensato idealismo de gran parte de los diputados, unido a la supina ignorancia en materia económica de casi todos, explican la inconsistencia suicida de las decisiones adoptadas para sostener las finanzas del Estado tanto por la Asamblea Constituyente, como por la Legislativa, y no digamos nada por la propia Convención. Así como todo fueron prisas para abolir el injusto sistema fiscal anterior,<sup>[8]</sup> pues no en vano se habían asaltado antes los fielatos de las barreras de París que la propia Bastilla; el diseño y aplicación del nuevo, basado sobre todo en una contribución territorial sobre bienes raíces —la *foncière*— y en otra sobre los inmuebles —la *mobilière*—, fue mucho más premioso e impreciso, produciéndose un grave desfase en la recaudación. Además, la eliminación de los *fermiers générales* —en muchos casos habrá que tomar la expresión al pie de la letra, pues más de cuarenta serán guillotinado, veintiocho en un solo día— trasladó a las autoridades de las comunas municipales la responsabilidad sobre el reparto de la presión fiscal y el cobro de los impuestos, tarea para la que en la mayoría de los casos no estaban ni mentalizadas ni capacitadas. La consecuencia de todo ello es que en 1790 y 1791 se recaudó menos del 60 por ciento de lo previsto, mientras los gastos

crecían muy por encima de los del Antiguo Régimen.<sup>[9]</sup>

En ese contexto el conejo que salió del sombrero de Mirabeau —un brillante y ardoroso discurso suyo terminó de convencer a la Constituyente— fueron los asignados. En un primer momento eran unos simples bonos del Estado, destinados a amortizar parte de la deuda pública pendiente con una entidad privada como la Caja de Descuento, que venía actuando como banquero oficioso de la Corona. Se ofrecían al público —en realidad a la minoría pudiente— en títulos cuyo valor oscilaba entre 200 y 1000 libras con un 5 por ciento de interés anual y la particularidad de que servirían para adquirir en una futura subasta los bienes expropiados a la Iglesia y a la Corona. Cada vez que se consumara una transacción, los asignados reingresados por la Tesorería serían quemados de inmediato, limitándose por lo tanto su función a la de un mero instrumento de financiación anticipada. Sin embargo, «los hechos se encargaron de demostrar que la venta de los bienes iba a ser lenta y la fabricación de asignados, rápida».<sup>[10]</sup>

En septiembre de 1790 tras un vivo debate, una no demasiado holgada mayoría de la Asamblea —508 contra 423— acordó la primera emisión de asignados sin ningún interés, convirtiéndolos en la práctica en papel moneda y fijando un límite de mil doscientos millones para su valor en circulación. En su defensa de los asignados Mirabeau llegó a catalogar como «enemigos del Estado y criminales para con la nación a quienes intenten desestabilizar esta base sagrada de nuestros proyectos regeneradores». En sentido contrario el abate Maury exhibió dos billetes de una emisión de papel moneda de comienzos de siglo que había desembocado en la bancarrota<sup>[11]</sup> y clamó en vano: «He aquí este papel funesto, cubierto de las lágrimas y la sangre de nuestros padres. Yo he visto montones inmensos. Mirad estos billetes como balizas sobre el acantilado que os advierten del naufragio y os invitan a alejaros».



*El diluvio de los asignados. Grabado de Bérizy, Museo Carnavalet, París.*

Sin embargo, en la nave de la Revolución no había una sola mano firme con capacidad y autoridad para llevar el timón de las finanzas y desoír los cantos de sirena del dinero fácil que brotaban de aquellos arrecifes. Fue más cómodo atribuir a Maury y otros diputados conservadores la aviesa intención de preservar los bienes del clero, en lugar de atender a sus objeciones técnicas. Desde la distancia de su exilio autoimpuesto, Necker describiría pronto con ácida ironía lo que ocurrió después:

«Cuando todos los recursos se hubieron agotado, la Asamblea creó esa moneda de papel que se hizo célebre con el nombre de asignados y que, prolongando la capacidad de gastar sin ingresar, volvió tan cómodo y tan fácil el manejo de las finanzas. Entonces el gobierno se sintió aún más dispensado de presionar a los contribuyentes y exigirles sacrificios [...]. Y así fue como la institución de una moneda ficticia, liberando a la administración del yugo imperioso de las realidades, permitió a los legisladores abandonarse con más confianza a sus abstracciones; y las necesidades de dinero, estas embarazosas groserías, no vinieron a distraerles de sus elevados pensamientos».<sup>[12]</sup>

En efecto pronto quedó claro que para los nuevos gobernantes los asignados no eran tanto un mecanismo para amortizar la deuda pública o afrontar gastos extraordinarios como un sistema para financiar el déficit estructural que estaban generando y salvar el día a día. A finales de 1791 ya había más de mil millones en asignados en circulación y sólo se habían destruido doscientos tras la compra de bienes eclesiásticos. Francia carecía además, a diferencia de Inglaterra, de un banco central público que garantizara el valor de las emisiones de papel moneda. El resultado fue el comienzo de la devaluación del valor nominal de los asignados respecto al de la moneda en metálico o numerario —acuñada en *ecus* de plata tras la retirada en noviembre de 1790 de los llamados luses de oro—<sup>[13]</sup> con la que, según había decretado la Asamblea Constituyente, podían «concurrir en todos los intercambios».

Hay quien sostiene que esto no tenía por qué haber sucedido así y que al tratarse en definitiva de una cuestión de confianza en el nuevo método de pago, «todo dependía de un factor político: el éxito o el fracaso de la Revolución».<sup>[14]</sup> Sin embargo, también puede alegarse con tanto o más fundamento que es la política económica de un régimen la que influye de forma decisiva en su estabilidad o su colapso. En todo caso el orden de los factores no altera el producto, pues los hechos comenzaron a avalar muy pronto el pronóstico de Talleyrand, alineado también con los escépticos: «Podréis conseguir que un asignado de 1000 libras deba ser aceptado como método de pago en una transacción por importe de 1000 libras; pero lo que no podréis conseguir jamás es obligar a nadie a dar 1000 libras en *ecus* por un asignado de 1000 libras. Así es como colapsará todo el sistema». Y si a alguien no se le podían atribuir motivaciones interesadas fruto de su fe religiosa era al descreído exobispo de Autun; pero Talleyrand era por lo menos tan inteligente como cínico.



Aunque durante unos pocos meses la paridad entre el numerario y los asignados se mantuvo estable, pronto el papel moneda alcanzó una devaluación del 20 por ciento respecto a su equivalente en plata. A partir de ahí fue generalizándose la tendencia por la que todo el mundo pretendía pagar en asignados pero cobrar en metálico, lo que no hizo sino acelerar una espiral inflacionista perversa que fomentaba la escasez de los productos y el aumento de sus precios. Como eso afectaba también al coste de la mano de obra, otra de sus nefastas consecuencias fue el aumento del paro, especialmente significativo en París.

Además, como en las primeras emisiones de asignados los billetes más pequeños eran de 50 libras y el jornal diario de muchos obreros oscilaba entonces entre una y dos libras, proliferaron las instituciones privadas que emitían los llamados «billetes de confianza» por valores mucho más bajos, destinados a facilitar las transacciones. Teóricamente debían tener en depósito cantidades equivalentes en asignados, pero en la práctica nadie controlaba esto y pronto se produjo una inundación de todo tipo de billetes —en París llegó a haber simultáneamente hasta de sesenta y tres clases distintas—<sup>[15]</sup> con cada vez menos valor real, pues la cantidad de bienes y servicios en oferta era la misma. O más bien no lo era, porque la continua escalada de los precios favorecía que tanto los productores como los comerciantes retuvieran una parte de sus cosechas o existencias para sacarlas al mercado cuando les pagaran más por ellas. «La compra de cualquier artículo de consumo se convirtió de esa manera en una actividad especulativa para la que estaba mucho mejor preparado el especulador profesional que el comprador ordinario».<sup>[16]</sup> Entre la realidad y el mito surgió así el problema del acaparamiento y la persecución de los acaparadores, que en la segunda fase de la Revolución concitaron los odios populares de igual manera que los aristócratas y los clérigos lo habían hecho en la primera.

Al negarse a afrontar el problema de su déficit fiscal, cada decisión que adoptaba la Asamblea no hacía sino empeorar las cosas. Así, para restringir los «billetes de conveniencia», decidió emitir otros 100 millones de asignados de 5 libras de valor nominal y aumentar el número de monedas de pequeño valor que había en circulación, sustituyendo el cobre por otras aleaciones de metales no preciosos. Para ello recurrió primero a la tan extravagante como muy revolucionaria idea de fundir las campanas de las iglesias, pero las dificultades técnicas<sup>[17]</sup> llevaron a comprar cobre en el mercado, disparando sus precios hasta el extremo de que los particulares que lo vendían recibían más del valor nominal que se atribuía a las piezas una vez acuñadas.

Los únicos beneficiados por la situación fueron los miembros de la burguesía, incluidos muchos exnobles, que, integrando la nueva élite revolucionaria o sintonizando al menos con ella, disponían de los suficientes recursos para acudir a las subastas de los bienes expropiados. La prueba de que se trataba de un buen negocio es que los diferentes lotes fueron adjudicados un 70 por ciento por encima de su precio de salida como media. La clave residía en que sólo había que pagar un 20 por



ciento al contado y el resto en doce años con intereses del 5 por ciento. Un cálculo bastante simple indica que si el asignado se hubiera devaluado tan sólo un 10 por ciento cada año, al final el coste se habría acercado mucho a la tasación inicial. Pero como la depreciación del papel moneda fue muy superior a ese porcentaje, el resultado es que quienes compraron bienes nacionales en 1791 y 1792 sólo pagaron entre una cuarta parte y la mitad de su valor. Se comprenderá que para este poderoso sector social el axioma de «cuanto peor, mejor» —cuanto más se devalúen los asignados, menos pagaremos— adquiriera plena vigencia durante esos años.

Para el resto de la población y en especial para los campesinos y obreros la situación adquirió tintes de pesadilla. Lo peor de la herencia recibida por la Convención no es que se hubieran emitido cerca de dos mil millones de asignados, equivalentes ya al valor total de los bienes que los garantizaban, sino que se había creado un sistema basado en el canibalismo monetario y se había consolidado un *modus operandi* que hacía indispensable seguir alimentándolo con nuevas emisiones. Como escribió el autor del agudo y relampagueante ensayo *Fiat Money Inflation in France*, «la nación iba emborrachándose con papel moneda» y experimentaba la «placentera sensación del borracho después de un trago», con la particularidad de que «a medida que los tragos de papel moneda llegaban más rápido, la sensación placentera se iba haciendo más corta».<sup>[18]</sup> Era un Gargantúa financiero que lo engullía todo e iba despojando a los franceses no ya sólo de su riqueza real, sino hasta de los medios más básicos para su subsistencia.

La clave del problema seguía estando en la baja recaudación fiscal y en el descontrol del gasto. El 1 de octubre de 1792 apenas si se habían recaudado 150 millones en impuestos directos del año anterior, cuando sólo la contribución territorial o *foncière* debía superar los 300 millones.<sup>[19]</sup> Era evidente que la recaudación por todos los conceptos iba a quedar muy lejos de los 550 millones de libras presupuestados y, sin embargo, los gastos seguían aumentando muy por encima de los 774 millones previstos. Paradójicamente, junto a los dispendios militares —la guerra, como siempre, costaba dinero—, uno de los principales motivos de tal desbordamiento era la subvención de los precios. Mientras las autoridades, y en especial el ministro de Finanzas Clavière —discípulo de Mirabeau y amigo de Brissot, además de antiguo empleado del barón de Batz en la primera compañía de seguros creada en Francia— culpaban a la propaganda clerical y contrarrevolucionaria del incumplimiento general de las obligaciones tributarias,<sup>[20]</sup> la tan radical Comuna de París se distinguía por lo poco, tarde y mal que recaudaba. Pero su capacidad de presión le permitía obtener, en cambio, sustanciosos préstamos de la Convención —a modo de anticipo sobre futuros tributos— para mantener el precio de las harinas, y por lo tanto del pan, por debajo de los valores del mercado.

La ejecución del rey, que pulverizó el crédito exterior de la República, la exportación de numerario tanto por parte de los emigrados como de los banqueros privados que trataban de cerrar más o menos ordenadamente sus negocios en París, y

el incremento de los gastos militares —los soldados y los suministradores del ejército siempre exigían el pago en metálico, con el respaldo de Dumouriez y otros generales — aceleraron la escasez de las monedas de plata y el subsiguiente desplome de los asignados. Quien tenía *ecus* —o no digamos luses de oro— los guardaba como el más preciado de los tesoros y sólo en caso de extrema necesidad se desprendía de ellos. Muy pronto el dinero en metálico dejó simplemente de circular, de acuerdo con la ya conocida ley de Gresham,<sup>[21]</sup> por la que la mala moneda saca del mercado a la buena.

La sangre de Luis XVI se había convertido en el fluido vital de la República, pero cortarle la cabeza había sido un muy mal negocio para la Revolución. Mientras en diciembre de 1792 un asignado de 100 libras aún servía para comprar lo mismo que 72 libras en plata, a finales de enero la equivalencia cayó bruscamente a 51. Esto suponía una depreciación del asignado respecto al cada vez más escaso y escondido numerario de casi el 50 por ciento. Es decir, que con ese billete de 100 libras se podía comprar la mitad de alimentos, ropa o cualquier otra mercancía que con cuatro antiguos luses de oro o con dieciséis nuevos *ecus* de plata que equivalían a 96 libras.

Para tratar de compensar tal desplome, los comerciantes que sabían que iban a cobrar en asignados o billetes de conveniencia subían preventivamente los precios y sólo ponían sobre el mostrador la mercancía mínima que necesitaban vender para subsistir, reservándose o acaparando el resto a la espera de que su valor siguiera subiendo. Los negocios se constriñeron a una economía de supervivencia en la que todo iba «de la mano a la boca».<sup>[22]</sup> Esto generó a la vez una tasa de inflación mensual de entre el 6 y el 8 por ciento y un desabastecimiento autoinducido por razones psicológicas porque, como explica Crouzet, «cuando la escasez parece amenazar como en 1793, el miedo paraliza la circulación de los productos y vuelve la escasez real; el temor a la falta de suministros conduce de forma efectiva a la falta de suministros».<sup>[23]</sup>

Como los salarios siempre iban detrás de los precios, tanto los campesinos como los *sans-culottes* urbanos cada vez debían dedicar una parte mayor de sus ingresos a impedir que ellos y sus familias murieran de inanición, lo que reducía drásticamente la demanda sobre los productos manufacturados o industriales de los que dependía el empleo urbano. Aunque, según cálculos recientes, la pérdida real del poder adquisitivo entre 1790 y 1793 de los *sans-culottes* que conservaron su empleo no habría pasado del 15 por ciento,<sup>[24]</sup> también en este aspecto el factor psicológico —el pánico a la indigencia— tuvo una importancia decisiva.

Era el caldo de cultivo perfecto para los disturbios callejeros. En enero de 1792 la brusca subida del azúcar,<sup>[25]</sup> en gran parte causada por la rebelión de los esclavos en Haití, había desencadenado asaltos a las tiendas de comestibles que, con la complacencia de las autoridades municipales, desembocaban en el mantenimiento forzoso del precio anterior y la subsiguiente pérdida para los tenderos. Los jacobinos reaccionaron lanzando una campaña entre las secciones para renunciar al consumo de

azúcar por el bien de la Revolución,<sup>[26]</sup> pero no pudieron hacer lo mismo cuando durante el siguiente invierno comenzó a subir el precio del pan. No sólo porque era la base de la dieta de las más de cien mil familias de clase trabajadora que constituían la columna vertebral de París, sino porque el pan era algo más que un «simple alimento» en la medida en que «era portador de una inmensa carga simbólica»<sup>[27]</sup> acumulada a lo largo de la historia, crisis de subsistencias tras crisis de subsistencias.

La Convención podría haber rectificado su loca carrera hacia el desastre bien suspendiendo el pago de la deuda pública, bien estableciendo nuevos impuestos —llegó a considerar uno sobre las puertas y ventanas—, o sobre todo introduciendo sanciones y otros métodos coactivos para cobrar los atrasos de los vigentes; pero todas estas iniciativas debieron de parecerle propias del Antiguo Régimen y optó por autorizar nuevas emisiones de asignados que incluían ya billetes de 50,25,15 y 10 perras —*sous*—, lo que permitía afrontar todas las transacciones ordinarias utilizando ese instrumento, pues una libra o, como ya se empezaba a decir, un franco, equivalía a 20 perras. En octubre de 1792 el límite de papel moneda autorizado se elevó a 2400 millones de libras con el argumento preventivo de que los nuevos asignados quedarían garantizados también por los bienes de los emigrados que habían sido expropiados mediante una serie de decretos dictados durante los meses anteriores.

El caso es que cada vez había más billetes, cada vez su valor nominal significaba menos, y cada vez había más dificultades para adquirir un menor número de productos. La reacción de la población que carecía de los mínimos conocimientos para entender lo que estaba pasando fue demonizar a los «acaparadores» y «especuladores» y refugiarse en la exigencia de medidas proteccionistas como las que habían regido durante el Antiguo Régimen limitando el comercio de granos.

Presionada por las masacres de septiembre, la Asamblea Legislativa en sus últimos días de vida había concedido a las comunas municipales el derecho a registrar los depósitos de trigo y otros cereales para censar las existencias y requisar aquellas partidas que consideraran necesarias para «asegurar el abastecimiento de los mercados». El resultado fue que proliferaron los piquetes dedicados a inmovilizar los transportes de cereales porque ningún ayuntamiento quería permitir que «su» trigo saliera de los límites municipales. Fue el triunfo del «espíritu de campanario» porque «cada aldea, cada pueblo, cada ciudad, cada distrito, cada departamento luchaba por asegurar su propio abastecimiento», de forma que «el mercado tendía así a obturarse más y más» y todos los implicados se convertían en enemigos potenciales de los otros.<sup>[28]</sup> La consecuencia fue que, tal y como denunció Roland en una carta enviada a la Convención, ya nadie quería dedicarse al comercio de trigo.<sup>[29]</sup>

Pese a que en diciembre, a la vista de la experiencia, se anularon las restricciones de septiembre sobre el comercio de granos, fue imposible dar marcha atrás en esa especie de escalada del egoísmo municipal. En la calle cundía el fervor intervencionista en el que se refugia siempre la impotencia popular. Se pedía que el valor de los asignados respecto al numerario quedara fijado de forma inalterable por

ley, y en último extremo que se eliminaran las piezas de plata de la circulación para que nadie pudiera especular con su valor. Se pedían medidas fulminantes contra el acaparamiento y los acaparadores. Pero, sobre todo, el santo y seña que circulaba por los *faubourgs* de la periferia de París y por barrios obreros del centro como el de Gravilliers quedaba resumido en dos palabras mágicas: la tasación y el *maximum*.

Lo que reclamaba el movimiento de los *enragés* —más que como «airados» o incluso «rabiosos», una traducción fiel a su espíritu debería definirlos como «cabreados»— era que todos los artículos de primera necesidad fueran tasados por las autoridades con un precio máximo y que cualquier venta que lo desbordara fuera considerada un grave delito. La experiencia de la Comuna de París en relación con el precio del pan no podía ser más expresiva de las consecuencias de ese tipo de medidas: durante el invierno de 1792 a 1793 las autoridades municipales llegaron a destinar 500.000 libras al mes a comprar harinas en los mercados y venderlas a mitad de coste a los panaderos para mantener estable el precio del pan en 3 perras por cada hogaza de 1300 gramos.

Tal y como denunciaría el propio ministro Garat ante la Convención, uno de los efectos más notorios de la medida era que numerosos habitantes de los departamentos circundantes acudían a la capital a comprar pan barato para revenderlo fuera, tras sacarlo subrepticamente a través de los fielatos o de las brechas abiertas en el muro que rodeaba a la capital. Para completar el círculo del despropósito ese comercio clandestino y la obsesión por la escasez terminaron obligando a muchos parisinos a abastecerse de harina fuera de la ciudad. La práctica llegó a extenderse hasta el extremo de que un hombre acomodado como el propio general Santerre, jefe de la Guardia Nacional, se arriesgó a enviar a su hijo de catorce años con una carreta al pueblo en que vivía su hermano para recoger unos cuantos sacos de harina que introdujo en la capital bajo un cargamento de sombreros de paja.<sup>[30]</sup>

En todo caso, los ciudadanos movilizados bajo la bandera de sus recién adquiridos derechos no entraban en disquisiciones sobre el estado de las arcas municipales o el vigor del comercio interior. En un entorno de corrupción, derroche y dinero fácil, ellos veían deteriorarse aceleradamente su poder adquisitivo. O para ser más exactos temían que eso ocurriera aún en mucha mayor medida y buscaban a los culpables con las picas en la mano, mientras pedían a la Convención que atendiera sus reivindicaciones con medidas drásticas. París era aquel febrero un barril de pólvora en el que el más leve chispazo podía desencadenar una nueva explosión revolucionaria, una de esas sacudidas violentas que tanto le gustaban a Marat, siempre que las provocara él.

## TRES

—Ciudadanos, la guerra que el ministerio inglés os obliga a sostener para conservar la libertad difiere esencialmente de las que hemos mantenido en el pasado con ese mismo gobierno. No es posible disimular que os opondrá todas las fuerzas de la Gran Bretaña y todos los recursos financieros que podrá conseguir.

Desde el primer momento Cambon quiso transmitir a la Convención una sensación de excepcionalidad ante la inminencia de una guerra total con un esencial frente de batalla financiero. Hablando ese 1 de febrero en nombre del Comité de Finanzas que en la práctica lideraba y encarnaba, el comerciante de Montpellier, caracterizado por aunar «el temperamento de un hombre de orden y el espíritu de un jacobino»,<sup>[31]</sup> empezó por explicar el planteamiento del enemigo:

—Los ministros de los déspotas no cesan de repetir que se trata nada menos que de cortar a la República todos los apoyos del extranjero en materia de subsistencias, de arrastrarla a gastos enormes, de depreciar nuestro tipo de cambio, nuestro crédito, de agotar nuestras finanzas, de obligarnos a una última emisión de asignados.

¿Cómo explicar entonces que, de momento, lo que el orador iba a proponer a la Convención iba a ser precisamente lo que anhelaba el enemigo, o sea, volver a darle a la máquina de imprimir billetes? En primer lugar por las propias características de los asignados, y hay que decir que pocas veces un apóstol de la moneda ficticia fue tan transparente:

—Tienen la ventaja inapreciable de poder ser empleados sin la intermediación de agentes financieros, sin tener que recurrir a préstamos usureros que arruinan a la generación presente y a la futura. Además podrán permitirnos no tener que recurrir al menos durante tres años a impuestos extraordinarios. De forma que si los franceses son obligados a abandonar sus asuntos y sus hogares para ir a combatir a los enemigos de la patria, tendremos la satisfacción de no exigirles contribuciones extraordinarias.

Como presidente del Comité de Finanzas Cambon se había tomado las nuevas emisiones de asignados —iba a ser la cuarta desde la apertura de la Convención— como una cuestión personal. Con la misma meticulosidad con que había supervisado la fabricación y distribución de las telas de su padre desde Montpellier, se ocupaba ahora de vigilar la actividad de la fábrica de papel moneda instalada junto a la antigua iglesia de Saint-André des Arts, en pleno territorio cordelero, asegurándose de que cada remesa recién impresa fuera trasladada a la vecina sede de la Tesorería e ingresada en la Caja de lo Extraordinario —creada a tal efecto—, donde los asignados quedaban custodiados bajo una triple llave. Cambon se ocupaba también de buscar nuevos emplazamientos para aumentar la capacidad de producción y de vigilar hasta la última perra invertida en el empeño.

Su discurso de aquel 1 de febrero resumaba orgullo tanto por el concepto que

latía bajo cada asignado —la expropiación o expolio de bienes nobiliarios o eclesiásticos— como por su utilidad. Cambon logró incluso arrancar las risas de gran parte de la cámara, recurriendo a ese anticlericalismo burgués que tanto irritaba a Robespierre. Puesto que los asignados estaban respaldados por «la alienación de los capitales de esta casta privilegiada que llevando el Cristo de oro en la mano arrancaba el producto del sudor de los pueblos», y puesto que estaban siendo utilizados para «volvernos a todos hermanos e iguales», estos «curas voluptuosos» debían de sentirse satisfechos porque esa era la «doctrina que habían predicado durante siglos». Dejando aflorar todos sus prejuicios y resentimientos de comerciante hacia los banqueros, Cambon explicó que la situación política hacía imposible recurrir a la financiación externa:

—Estas gentes de cartera que hacen cálculos sobre la miseria pública nos dirían: ¿a quién queréis que prestemos? ¿A la República Francesa? No la conocemos. Allí no existe ningún gobierno.

Cambon lo tenía clarísimo: para no depender de esas «sanguijuelas» la Revolución debía seguir imprimiendo nuevos asignados:

—No nos engañemos, ciudadanos, sin este recurso seríamos esclavos.

Además él estaba convencido —y era su segundo gran bloque de argumentos— de que las cuentas iban a cuadrar a la perfección. Era verdad que quedaban importantes atrasos de la recaudación fiscal por percibir, pero «la nación nos secundará» porque «la nación se ha levantado en finanzas como se levantó en armas en el mes de agosto».

También era verdad que los gastos de 1793 no iban a ser fáciles de calcular: «Si salimos victoriosos disminuirán, si somos vencidos podrán ser muy considerables». Pero para Cambon lo esencial, más allá de esta mezcla de voluntarismo y obviedad, era que los 2.387.460.040 libras que había en ese momento en circulación en asignados —fruto de una emisión de 3100 millones y la redención y destrucción de la diferencia— estaban suficientemente respaldados por los bienes vinculados a ellos como garantía; y que la incautación de las propiedades de los emigrados permitía emitir los 800 millones más que se necesitaban para el esfuerzo bélico sin riesgo de ninguna clase.

Cambon basaba sus cálculos en un informe presentado el 6 de enero por Roland, según el cual unos 29.000 emigrados con patrimonio habrían dejado atrás bienes por valor de 4800 millones de libras. Pero el cálculo del aún ministro del Interior se había basado en una especie de encuesta a la que 200 de los 546 distritos de la República no habían contestado nada y el resto lo había hecho de forma desigual.<sup>[32]</sup> Además a esa cifra habría que restarle en todo caso las deudas que pesaran sobre tales propiedades. De ahí que, aun dando por buena la estimación de Roland de que el valor de lo incautado superaría en todo caso los 3000 millones de libras, Cambon se refiriera a una nueva fuente de recursos para apuntalar el valor de los asignados: las «compensaciones» procedentes tanto de los territorios que se habían unido a la



República como Niza o el Departamento del Mont Blanc como de los países ocupados por el ejército. Doblemente importantes eran sus expectativas respecto a la inminente nueva campaña de Dumouriez:

—La declaración de guerra que acabáis de hacer contra Holanda es la operación financiera más mortífera que podríais emprender contra nuestros enemigos; porque es en Holanda donde el emperador [de Austria], el rey de Prusia y la emperatriz de Rusia han obtenido préstamos para pagar a sus tropas; es Holanda la que con sus operaciones comerciales sostiene el crédito público de Inglaterra; por lo tanto si los ejércitos victoriosos de la República entran en Ámsterdam los recursos financieros de nuestros enemigos serán casi destruidos.

Este era el cuento de la lechera de Cambon.

—Si nuestros ejércitos tienen éxito, nos encontraremos por todas partes con hombres que se unirán a nosotros y que, suministrándonos sus brazos para la defensa común, nos ayudarán a plantar el árbol de la libertad y aumentarán nuestros recursos financieros con los bienes nacionales que aportarán.

En definitiva pensaba que la República iba a ganar la guerra con el dinero que le proporcionarían sus enemigos interiores o exteriores —sin tener que recaudar por lo tanto nuevos impuestos— y que esos recursos iban a mantener estable el valor del asignado. Pocas veces el optimismo de la voluntad había llegado tan lejos, pero «Cambon había adquirido tal ascendiente sobre la Asamblea, y sus colegas experimentaban tal satisfacción al ser liberados de las inoportunas preocupaciones financieras, que las emisiones eran siempre aprobadas sin debate».<sup>[33]</sup>

La otra cara de la moneda —en el sentido literal de la expresión— quedó patente cuarenta y ocho horas después cuando su casi homónimo Chambon, en una singular comparecencia al haber dimitido la víspera por escrito como alcalde de París, presentó ante la barra de la Convención las demandas de las cuarenta y ocho secciones de la capital a las que se habían adherido —y esto era muy relevante— los federados jacobinizados que se autodenominaban «Defensores de la República Una e Indivisible de los Ochenta y Cuatro Departamentos».

La primera parte de su intervención entraba dentro de lo previsible: la Comuna de París instaba a la Asamblea a retirar de la circulación las monedas con la efigie del tirano y sustituirlas por otras nuevas sin «los atributos góticos y las trazas impuras de la realeza». Pero la segunda suponía un alegato radical contra la convivencia del dinero en metálico y el papel moneda establecida por la Constituyente y dejaba en evidencia el voluntarismo del discurso de Cambon:

—El comercio de los asignados con la plata, cuyo interés se vuelve cada día más alto, es destructor de los principios de la República y debilita en consecuencia la confianza de los ciudadanos. Por eso vemos con dolor como ese papel moneda, aunque se base en una hipoteca cierta sobre los bienes nacionales, será pronto reducido a un estado de nulidad por la devaluación que sufre en el cambio.

Lo que el alcalde dimisionario planteaba —tras advertir que ahí estaba la clave

del alza de precios— era nada más y nada menos que la desmonetización de los metales preciosos o como mínimo su intercambio a la par con los asignados de forma rígida y obligatoria. Y la propuesta no se andaba con chiquitas:

—Dictad un decreto represivo. Estableced la pena de muerte contra todos aquellos que al cambiar sus piezas de oro, plata o cobre por asignados nacionales les den a estos un valor inferior al marcado por la ley.

Chambon era un mandado cumpliendo el último encargo de un Consejo Municipal que hacía tiempo que le había desbordado tanto en el plano político como en el de la gestión de las subsistencias;<sup>[34]</sup> pero no por ello deja de impresionar el tono apocalíptico, «el acento de cólera social»<sup>[35]</sup> que este médico moderado empleó en su especie de testamento político.

—La tormenta ruge a lo lejos, está a punto de estallar sobre nuestras cabezas. ¡Coraje, legisladores, coraje! Salvad a la República. Es preciso avanzar a pasos firmes hacia el bien. Si vaciláis, quebrantaréis los resortes de la máquina política y la precipitaréis hacia la ruina... Armaos del hacha destructiva de los abusos y golpead, golpead sin piedad a esos seres indignos y despreciables que juegan con la fortuna pública.

Otro moderado, Rabaut Saint-Étienne, se mostró sensible y receptivo, en su calidad de presidente de la Convención, ante esta demanda radical:

—Se nos ha hablado de los medios de devolver la plata monetizada a su estado natural. La magistratura nacional se ocupará de este asunto del que dependen todas las fortunas particulares y la fortuna pública. Toda Francia va a levantarse y puede ser que toda Europa conquiste su libertad.

La Convención acordó enviar la propuesta al Comité de Finanzas y Monedas, imprimirla e insertarla en el *Boletín*. Y como igualmente acordó otorgar a los peticionarios «los honores de la sesión», no es de extrañar que con tanto estímulo, y ya sin el doctor Chambon de por medio, una diputación del Consejo General de la Comuna se presentara tres días después ante la barra, ciñendo sus vistosas bandas tricolores, directamente a pedir dinero.

—A nuestros enemigos no les quedaba más recurso que acabar con el crédito de la administración [municipal] y lo han conseguido. En nombre de la Comuna de París el Consejo os pide que le sea instantáneamente concedida una suma de cuatro millones para antes del 1 de marzo. Sin ella el Consejo no puede responder de las subsistencias. Las circunstancias son imperiosas; es preciso decidir sobre la marcha, legisladores; se trata de la subsistencia de un pueblo y de una municipalidad como la de París, cuyo patriotismo valeroso abraza sus intereses con calor y os expone con toda urgencia sus necesidades.

Rabaut Saint-Étienne estaba dando una larga cambiada que de nuevo incluiría, cómo no, «los honores de la sesión», cuando un *montagnard* poco exaltado Mallarmé, ponente habitual junto a Chambon del Comité de Finanzas, se levantó para expresar su sorpresa e indignación dirigiéndose a la cámara:

—Hace seis meses que vuestro Comité de Finanzas se ha entrevistado con los comisarios enviados por la Comuna, incluido el alcalde,[para hablar] sobre los medios necesarios para sus subsistencias. Vuestro Comité ha preparado un proyecto de decreto sobre este asunto. ¿Cómo es posible entonces que, después de haber negociado durante tres semanas, ahora vengan, sin prevenir a vuestro Comité, a pedirnos cuatro millones? ¡Es algo inaudito!

Es evidente que lo pactado era otra cosa; en el fondo no demasiado diferente, pero articulado con mucha más sutileza. Así quedó de relieve cuando veinticuatro horas más tarde, durante la sesión del 7 de febrero, un colaborador de Cambon y Mallarmé, el diputado André Réal, propuso en nombre del Comité de Finanzas autorizar a la Comuna de París a introducir un recargo municipal en el impuesto sobre los patrimonios —dejando exentos a quienes ganaran menos de 900 libras al año— que le permitiría recaudar esos 4 millones para seguir subvencionando el precio del pan. El Comité proponía también que la Convención le diera a París un anticipo de un millón para hacer frente a sus necesidades más urgentes, permitiendo a la Comuna descontarlo de los impuestos pendientes de liquidación de 1791.

Este último detalle hizo saltar al diputado y sacerdote Villers, quien no había tenido ningún problema moral al votar la ejecución del rey tras haber sido durante doce años cura de pueblo en la muy monárquica región de la Vendée:

—No examinaré por qué vuestro Comité de Finanzas os propone hoy tratar a la Comuna de París de forma más favorable que a otras que todos los días os piden las mismas ayudas. Lo que me asombra es que no aproveche la circunstancia ventajosa para lograr cobrar sus impuestos. No quiero hacerle a la Comuna de París la ofensa de creer que lo que debe de 1791 todavía no ha sido ingresado en el Tesoro Público. Pido que la suma de un millón se descuenta de los impuestos de 1792 y no de los de 1791.

En medio de los murmullos desatados por tan envenenada propuesta, Lanjuinais vino a decir que el problema era que la Comuna siempre pedía dinero por los más diversos conceptos<sup>[36]</sup> y, en efecto, nunca pagaba sus deudas fiscales. Pero enseguida fue al fondo del asunto, pues no en vano el intervencionismo económico y los privilegios de París eran dos de sus demonios favoritos.

—En una ciudad en la que el trigo se vende siempre por debajo de su verdadero precio no puede haber aprovisionamiento libre y natural. Los vendedores de trigo huyen de sus mercados y los compradores de las campiñas y pueblos vecinos vienen a buscar a bajo precio lo que la Comuna no ha podido conseguir sino mediante una especie de acaparamiento con el propósito de vendérselo con pérdidas sólo a los parisinos. De esa manera la Comuna tiene siempre entre sus manos la palanca de la insurrección. Mientras las harinas se vendan en Les Halles por debajo de su verdadero valor, el cuerpo legislativo y la libertad nacional no tendrán más que una existencia precaria, siempre amenazada.

Entre los gritos acalorados de medio centenar de *montagnards* y gran parte de las

tribunas, el diputado bretón de nariz puntiaguda y frente extendida por los avances de la calvicie propuso añadir a cualquier resolución un nuevo artículo: «Se prohíbe a la Comuna de París vender el trigo del que se haya aprovisionado por debajo del precio corriente en los mercados vecinos». Cambon le salió al paso:

—El sistema del comité es el más justo porque ofrece a los menos afortunados los socorros que reclaman y hace pagar a los ricos la protección que les otorga la ley. Es el más económico porque no lesiona al Tesoro Público. Y es el más sabio y el más conforme a nuestros principios, pues no es sino con medidas así como alcanzaréis esa igualdad que algunos hombres quisieran hacer pasar por una quimera.

La Convención aprobó la propuesta del comité. Pero eso sólo era un parche. París necesitaba mucho más dinero para seguir alimentando la caldera que las propias autoridades habían encendido. El lunes día 4 un espontáneo había dado en el Club de los Jacobinos su receta para romper el círculo vicioso de la inflación y la escasez, suscitando grandes aplausos: «Es preciso acabar con el flagelo de los acaparamientos, colocando una guillotina junto a los graneros para dar ejemplo».<sup>[37]</sup>

## CUATRO

El viernes 8 de febrero los «Defensores de la República Una e Indivisible de los Ochenta y Cuatro Departamentos» cruzaron el Rubicón de su alineamiento político con los jacobinos al presentar una petición para que la Convención renunciara a perseguir a los implicados en las matanzas de septiembre. Su portavoz fue un naturalista y cirujano, residente, cómo no, en la Sección de Marseille-Théâtre Français llamado Antoine Roussillon. Haciendo honor a su bien merecida fama de exaltado,<sup>[38]</sup> Roussillon planteó la anulación de un decreto adoptado por la Convención la víspera de la ejecución del rey, a propuesta del diputado por la Gironda, Gensonné, en el que se instaba al ministro de Justicia a llevar ante los tribunales a todos los que hubieran intervenido en aquellos asesinatos:

—Representantes, estos acontecimientos serían deplorables en un tiempo de calma; ¿pero cómo no excusarlos en el seno de una Revolución tormentosa a continuación de una insurrección sangrienta? Si la moral los reprueba, la política los justifica.

Roussillon aseguró que, aunque se les acusaba de canibalismo, los federados «lloraban de buena fe a los inocentes» pero consideraban que el procedimiento que se había puesto en marcha veinte días antes no era sino un «andamiaje contrarrevolucionario». Destacados miembros del Club de los Jacobinos como Albitte, Chasles, Bentabole o Jeanbon Saint-André respaldaron enseguida su moción. El marino y pastor calvinista fue el más elocuente:

—No pretendo, ciudadanos, contemplar con sangre fría crímenes que la filosofía deplora en todo caso. Pero digo que si es preciso arrebatar a hijos de sus padres y a padres de sus hijos, que si es preciso castigarlos a todos, que si las medidas que han sido adoptadas no tienden sino a perpetuar los conflictos, a fomentar las disensiones, a traer nuevos desórdenes a la República, puede que sean justas, pero se vuelven muy peligrosas. Lo político por vuestra parte sería pues cubrir con un espeso velo esas escenas deplorables. Pido que se decrete sobre la marcha una amnistía para esos hombres engañados.

«¡Se apoya, se apoya!», comenzaron a gritar los *montagnards*. «El orden del día, el orden del día!», replicaban los moderados. En su nombre tomó la palabra una vez más Lanjuinais:

—Ciudadanos, dignaos considerar las consecuencias de la petición que se os ha presentado. Estas espantosas masacres se repetirán y se dirá en todas partes de la República que habéis sido cobardes, que no os habéis atrevido a perseguir al menos a los cinco o seis tiranos que han encargado las masacres del 2 y el 3 de septiembre. Es evidente que las más horribles consecuencias se derivarían de la impunidad de esos atentados. La patria quedaría deshonrada, la libertad se perdería, la República sería desgarrada si admitierais la petición que se os ha presentado. Pido, pues, el orden del

día.

«¡Sí, sí, el orden del día!». Pese a las muestras de apoyo de los bancos moderados, dos recuentos sucesivos bajo la presión de las tribunas, que tomaban buena nota de quién se levantaba y quién no en cada votación, indicaron que la mayoría de la cámara prefería que la discusión continuara. El excapuchino Chabot, miembro del Comité de Seguridad General, subió a la tribuna, advirtiendo que no iba a hablar de lo ocurrido a partir de «versiones periodísticas más o menos fieles», sino en calidad de testigo ocular, pues había sido uno de los enviados por la Asamblea Legislativa a las prisiones para intentar parar la degollina.

La primera parte de su intervención la dedicó al autobombo, reprochando a los periodistas partidarios de perseguir a los culpables que no hubieran tenido «el coraje heroico» de acompañarle y «arriesgarse» como él. Chabot aseguró que sus colegas y él se habían dirigido «con lágrimas en los ojos» a los ciento cincuenta individuos que pasaban a cuchillo a los presos de la Abadía y les habían dicho: «Estáis desgarrando el corazón de la patria, la Revolución se pierde con estas masacres». Pero ahora no era partidario de actuar contra ellos.

—Habría que ir a buscarlos a los campos de batalla que han decorado con sus triunfos, arrancarlos del seno del ejército, de los brazos de sus hermanos de armas, para arrastrarlos a prisión. Yo les he visto ir a las fronteras a combatir al enemigo y lavar con su sangre la que habían esparcido por las prisiones. Si queréis perseguir a los asesinos del 2 de septiembre será preciso mancillar la memoria de quienes han salvado a la patria en Jemappes... Cuando se trae una revolución se conoce bien el punto del que se parte, pero no se sabe nunca a qué lugar se llega. Cuando se comienza una revolución es preciso estar listos para subir al patíbulo. He ahí, ciudadanos, lo que es preciso.

En contra de lo que podían sugerir sus últimas palabras, Chabot no pedía que aquellos sádicos carniceros, cuya furia ni siquiera él había podido parar, pagaran por sus actos, sino todo lo contrario.

—Vuestro decreto es además, en mi opinión, un error político. Desgraciadamente la experiencia me ha demostrado que mi corazón ha presentido casi siempre por instinto las desdichas de mi patria, antes de escuchar los gritos de las ocas del Capitolio. Os dejo con estas reflexiones y os pido la amnistía.

Tras este adorno a la romana, otros diputados de la Montaña insistieron en que los degolladores estaban convencidos de que los degollados iban a salir de las cárceles para matar a sus mujeres e hijos mientras ellos estaban en el frente, y el carnicero Legendre, cuyo rostro mofletudo y lustroso parecía extraído de las propias estanterías de su establecimiento, dio incluso un paso más en esa tesis:

—Los autores de las masacres del 2 y el 3 de septiembre han sido los que han entregado Verdún al enemigo y todos los conspiradores de los que hemos estado rodeados. Los autores han sido el cañón de alarma y el tocsín que llamaban a las armas a los ciudadanos para que volaran a las fronteras y combatieran al enemigo.



¡Como si los presos hubieran fallecido por el estallido de sus tímpanos! Dos moderados, el médico de Nancy, Salle, y el abogado de Burdeos, Grangeneuve, trataron de salir al paso de la maniobra obviamente concertada entre los Defensores y el Comité:

—Pedimos votación nominal y el envío del acta a todos los departamentos — advirtió Salle.

—Pido la palabra para una enmienda —añadió Grangeneuve.

Y como quiera que el tumulto de la Montaña y las tribunas le impedía proseguir, remachó:

—Os ruego que decretéis que aquí no se tiene derecho a sostener una enmienda que contraríe a los protectores de los que han provocado las masacres de septiembre.

Entre violentos murmullos, Chabot saltó entonces como un resorte contra él, dirigiéndose hacia la tribuna:

—Yo mismo acuso al que acaba de hablar de ser uno de los autores.

Otro *montagnard*, otro miembro del comité, el agricultor Ruamps, concretó la alusión personal:

—No te olvides, Grangeneuve, de que tú has querido que degollaran a tu colega Jouneau en la cárcel de la Abadía para vengarte de él.

El abogado de la Gironda le contestó sin ambages:

—Tú eres un malvado, Ruamps.

Todos sabían a qué se referían. Jouneau era un diputado conservador de la Asamblea Legislativa que había chocado con el entonces mucho más radical Grangeneuve<sup>[39]</sup> a cuenta de un informe sobre su departamento. Tras retarle infructuosamente a duelo, Jouneau se había abalanzado sobre él en la calle y le había propinado numerosos golpes. La Asamblea había decretado su ingreso en prisión y allí seguía cuando sucedieron las masacres, aunque aprovechó el desconcierto para escapar. Deducir de ello que Grangeneuve contaba con su muerte era una macabra exageración.

Los moderados pidieron a gritos que el nuevo presidente, el indefinido y equidistante Bréard, interviniera:

—¡Presidente, haced que cese el escándalo!

Pero Grangeneuve decidió explotar el ataque personal que había sufrido, soltando una insinuación malévola:

—Los inocentes deben desear que el procedimiento continúe. Se ha dicho que yo he sido uno de los autores de los asesinatos. Por eso quiero que la investigación continúe. También lo pido pensando en otros miembros de la Convención que han sido al menos indirectamente aludidos. Por ejemplo, ha corrido el rumor de que esos horrores habrían sido ideados en la residencia del ministro de Justicia. Al ministro le interesa que ese hecho se aclare...

La referencia a Danton, ausente en Bélgica, encabritó ahora a la izquierda.

—¡Presidente, veis cómo se nos insulta!

El pulso se centró entonces entre la pretensión de la izquierda de cerrar el debate y pasar a la votación y el intento de Barbaroux de continuar la discusión. Inesperadamente Boyer-Fonfrède se alineó con la Montaña en esa cuestión de orden. Fracasaron los intentos de forzar la votación nominal y por una mayoría de diputados puestos en pie no demasiado rotunda se adoptó la resolución:

«La Convención Nacional decreta que los procedimientos relativos a los acontecimientos de los primeros días de septiembre quedan provisionalmente suspendidos y envía la petición de los Defensores de la República Una e Indivisible de los Ochenta y Cuatro Departamentos al Comité de Legislación, que deberá hacer su informe en los próximos tres días».

El domingo 10 Billaud-Varenne repitió punto por punto los argumentos de los peticionarios en el Club de los Jacobinos.<sup>[40]</sup> Los tres días fijados se prolongarían indefinidamente, pues la Convención nunca llegó a retomar el asunto. El mensaje de impunidad para los degolladores no podía ser más inequívoco.

## CINCO

Autoinducida o no, la sensación de escasez en París era tan intensa y acuciante a primeros de febrero que el general Santerre, jefe de la Guardia Nacional, empapeló las paredes de los lugares más concurridos con un bando en el que proponía dos medidas estratégicas: que las familias más acomodadas renunciaran al pan subvencionado al menos dos días por semana, sustituyéndolo por arroz y patatas, y que «cada ciudadano se deshaga de su perro inútil».

Lo peor de esta segunda medida no era la incitación al animalicidio en masa, sino que al «General Espumoso» se le ocurrió echar cuentas. «Los perros y gatos inútiles que hay en París absorben la alimentación de mil quinientos hombres, que a dos perras diarias cuesta tres mil perras al día, y eso supone diez sacos de harina perdidos», proclamaba el bando.<sup>[41]</sup>

A Santerre pronto le salieron émulos. Pocos días después el periodista Louis Prudhomme hacía sus propias cuentas en sus *Révolutions de Paris*: en Francia había cien mil parroquias en las que cada semana se desperdiciaban 4 libras de pan consagrado, «por lo que suprimir el pan bendito para economizar treinta millones de libras de pan al año sería una obra cívica muy meritoria».<sup>[42]</sup> Aunque no faltó quien puso de relieve que parecía mentira que «un periodista tan bueno» fuera incapaz de hacer un cálculo tan sencillo —el resultado correcto de la multiplicación era 20.800.000 libras—,<sup>[43]</sup> el caso es que se había abierto la veda de las ocurrencias.

El propio Prudhomme propuso también suprimir los polvos del maquillaje de las mujeres y de la peluquería de los hombres, ya que se fabricaban con harina: «Ellas no serán menos dignas de amor y ellos parecerán más masculinos».<sup>[44]</sup> Pero la palma se la llevó el abajo firmante «Ciudadano Patriota Jeaufre», quien envió a *La Chronique de Paris* un texto que no se andaba por las ramas. O mejor dicho, sí se andaba por las ramas, aunque nada pacíficamente: «Propongo matar a todos los gorriones de París y adopto la enmienda que se me propone de matar a todos los de Francia», decía su espontánea colaboración remitida al diario moderado en el que publicaban Condorcet y Rabaut Saint-Étienne. Es cierto que se trataba de «animalitos llenos de encantos», pero había que anteponer «el amor a la patria a los demás amores», y en este caso era doblemente cierto que los números cantaban: si cada gorrión comía entre doce y quince granos de trigo al día y en Francia había más de un millón de chimeneas, calculando a diez gorriones por chimenea y a algo más de cuatro mil granos por cada libra de trigo el resultado era que, matando a todos los gorriones, habría para alimentar a cien mil hombres durante setenta días.<sup>[45]</sup> Y se quedó tan ancho.

El debate llegó al Consejo General de la Comuna, en el que el excusa Jacques Roux clamó —«En este momento hay en París cuarenta mil familias en la miseria más horrible»— por medidas más enérgicas que liquidar a los perros y gatos. Santerre se dio por aludido y replicó que al hacer su propuesta no había tenido otra

cosa en cuenta sino «la causa de los pobres». El cervecero general insistió en que «en París hay mujeres locas que tienen sesenta gatos y otros tantos perros» y en que su obligación era alzarse «contra todos los abusos».

La *Feuille de Paris* había plasmado ya el debate en una viñeta en la que Santerre recibía a sendas diputaciones de perros y gatos y cuando pretendían exponerle sus quejas sacaba del bolsillo una pequeña guillotina adecuada a su tamaño. Debajo del dibujo figuraba una leyenda: «Arte de hacer callar a los indiscretos».<sup>[46]</sup> Es obvio que si se hubieran conocido entonces los viajes en carreta de su hijo para abastecerse clandestinamente de harina fuera de París, el General Espumoso habría tenido problemas con sus convecinos.

En este contexto no es de extrañar que el 11 de febrero la Convención decretara una amnistía para las personas implicadas en saqueos, pillajes y otros disturbios relacionados con las subsistencias que habían tenido lugar en varios departamentos en las últimas dos semanas, ordenando su inmediata puesta en libertad. En este caso quedaron excluidos —a instancias, cómo no, de Lanjuinais— los autores de incendios y asesinatos. A cambio al día siguiente la amnistía se extendió también a los implicados en las insurrecciones desatadas con motivo de la abolición de los derechos señoriales y otros privilegios del Antiguo Régimen. Es decir, a los que habían intervenido en los asaltos a las propiedades de los aristócratas, del clero y de los emigrados, aplicando la versión doméstica de la «guerra a los castillos, paz en las chozas» preconizada por Cambon para los territorios conquistados.

Justo cuando la Convención acababa de rendir este tercer homenaje a la impunidad del vandalismo en sólo cuatro días, compareció ante la barra una «diputación de comisarios de las cuarenta y ocho secciones de París reunidas». Su portavoz era Claude Hendelet, oscuro funcionario y delegado de la Sección de Poissonnière. Aunque era un hombre con muy poco fuste, el comienzo de su intervención no pudo ser más arrogante:

—Ciudadanos legisladores, no es suficiente haber declarado que somos ciudadanos franceses. Es preciso además que el pueblo sea feliz. Es preciso que tenga pan, porque donde no hay pan no hay ni leyes, ni libertad, ni República. Venimos a presentaros nuevos puntos de vista sobre las subsistencias, adoptados por unanimidad por nuestros mandantes. Os los aportamos para que vosotros al adoptarlos les imprimáis un gran carácter. Venimos, sin temor a disgustaros, a arrojar la luz sobre vuestros errores y a mostraros la verdad.

La osadía era tan grande que la mayor parte de los diputados escucharon atónitos a aquel orador que se atrevía a decir que los representantes del pueblo estaban equivocados y que él iba a iluminarles. Hendelet dedicó la parte central de su intervención a criticar la libre circulación de granos, los abusos de los comerciantes y la complicidad de los municipios:

—¿No ven estos pretendidos filósofos, estos partidarios de la libertad absoluta del comercio de granos, que arrancando el pan al pobre sólo enriquecen a ávidos

especuladores? ¿Ignoran que en el comercio de granos existen abusos que es preciso reprimir si no se quiere que el pueblo se muera de hambre? Algunos se han limitado a proponer que se hagan proclamas para esclarecer al pueblo. ¿Pero se puede apaciguar con proclamas a los que tienen hambre?

Luego subió aún más el tono melodramático:

—Ciudadanos legisladores, daos prisa en levantar el velo, contemplad la miseria espantosa de una infinidad de familias que lloran en la soledad y os piden que enjuguéis sus lágrimas. Se os ha dicho que es imposible hacer una buena ley sobre las subsistencias. Es como decir que es imposible regir los Estados cuando los tiranos son abatidos.

Y a continuación planteó cinco exigencias bien concretas que deberían ser incluidas en esa ley:

—Las medidas que venimos a proponeros son estas: 1. La pena de diez años de trabajos forzados para toda administración que haga negocio con las subsistencias.<sup>[47]</sup> 2. Una medida uniforme para los granos en toda la República, de manera que no se conozca otra sino la del quintal de 100 libras de peso. 3. Que bajo pena de seis años de cárcel si es la primera vez, y de muerte en caso de reincidencia, no se permita nunca a un agricultor o comerciante vender a más de 25 libras [o francos] un saco de trigo de 250 libras de peso.<sup>[48]</sup> 4. Que la Convención ordene que el decreto que encarga a las autoridades de los departamentos vigilar los almacenes de la República sea especialmente ejecutado en los países limítrofes en los que se permite a los ministros hacer compras de trigo. 5. Que sólo el cuerpo legislativo pueda regular el *maximum* del precio del quintal.

Aquello ya empezaba a ser demasiado. ¿Quién se había creído aquel individuo que poco menos que pretendía dictar a los diputados lo que debían acordar, incluida la imposición de la pena de muerte? El propio Hendelet explicó, en medio de crecientes señales de malestar en las bancadas, cuáles eran sus poderes:

—Como vicepresidente de la Comisión de Subsistencias he sido encargado en nombre de mis mandantes, en nombre de todos nuestros hermanos de los departamentos...

Esta referencia fue la que desató la tempestad.

—¡Que se expulse al impostor! ¡A la Abadía, a la Abadía con él!

En medio de gritos indignados el novelista Louvet logró hacerse escuchar pese a su insignificante apariencia y dijo lo que pensaban casi todos sus colegas:

—¿Es que existen en Francia dos Convenciones, dos representaciones nacionales? Y si el peticionario es el representante de los departamentos, ¿qué somos nosotros entonces y cuáles son nuestros poderes?

Bréard amonestó e interpeló entonces a Hendelet:

—Ningún ciudadano tiene el derecho de presentarse como mandatario de sus hermanos de los departamentos si no ha recibido poderes para ello. Os habéis anunciado como mandatario de los ciudadanos de los departamentos. ¿Dónde están

vuestros poderes?

Las cosas se pusieron feas para el orador cuando uno de quienes le acompañaban advirtió:

—La diputación desautoriza lo que ha dicho su vicepresidente.

El abogado de Perpignan, Jean Birotteau, vecino y asiduo aliado de los diputados de la Gironda, estrechó más el cerco:

—Si Hendelet no tiene poderes pido un decreto de acusación contra él.

—Presidente, firmeza —reclamó Louvet.

Bajo ese estímulo, Bréard adoptó ya un tono conminatorio:

—Tened en cuenta que aquí habláis delante de la nación y que ella os escucha. ¿Tenéis los poderes de los departamentos? Responded sí o no.

A lo que el interpelado, ya claramente aturdido, no tuvo más remedio que reconocer la verdad:

—No tengo ningún poder de los departamentos.

Bréard trató de zanjar el episodio con una de cal y una de arena:

—Habéis cometido una gran imprudencia. La Convención ha escuchado vuestra petición. Sopesará con sabiduría lo que debe a los ciudadanos de París y a los de toda la República. Será justa para con todos y no será injusta hacia nadie. Tenéis los honores de la sesión.

Un clamor brotó del bando derecho: «¡No, no, no!». Y cuando algunos proponían que se concedieran esos honores a los demás miembros de la delegación, pero no al orador, fue Marat quien hizo oír su voz. Y en el sentido más opuesto a lo que cualquiera habría esperado:

—Me opongo y pido la palabra. Las medidas que acaban de proponeros desde la barra para restablecer la abundancia son tan excesivas, tan extrañas, tan subversivas de todo buen orden, tienden tan evidentemente a destruir la libre circulación de granos y a alentar los incidentes en toda la República, que me sorprende que hayan salido de la boca de hombres que pretenden ser razonables, ciudadanos libres y amigos de la justicia y la paz.

¡Marat denunciando la «subversión»! La Convención sintió que estaba viviendo un momento extraordinario. En medio de una mezcla de estupor y fascinación general l'Ami du Peuple insistió en que se exigiera a los peticionarios la exhibición de sus poderes no sólo para representar a los departamentos, sino también para hablar en nombre de las propias secciones de París. Y fue un paso más allá:

—No os engañéis, ciudadanos. Aquí hay una baja intriga. Podría nombrar a individuos señalados por sus vínculos con la aristocracia. Pido que los que han tratado de imponerse a la Convención sean perseguidos como perturbadores del orden público.

Sin salir de su asombro, un gran número de diputados hizo gestos de asentimiento: «¡Sí, sí! ¡Se apoya, se apoya!».

Si hasta Marat veía las cosas así, los moderados no iban a quedarse atrás. Habló



primero el médico protestante de la conservadora ciudad de Rouen, Pierre Lehardi, alegando que medidas como esas, incluido el *maximum*, «llevarían la hambruna a toda la República»:

—A los peticionarios no se les pueden conceder los honores de la sesión. Han utilizado expresiones insultantes y amenazantes. Os han dicho que el pueblo se había alzado y que teníais contra vosotros a los ochenta y cinco<sup>[49]</sup> departamentos. Añadiré además un hecho. Esta mañana al despuntar el día se voceaba en la ciudad de París un mensaje que decía: «Los *sans-culottes* van a ir a pedir el pan que la Convención les niega». ¿No es esto predicar la insurrección?

El periodista, aventurero y autodidacta Jean Louis Carra —responsable de la antigua Biblioteca Real gracias a una recomendación de *madame* Roland— hizo suya la propuesta de Marat:

—Debe decretarse ahora mismo la acusación contra el que se ha atrevido a decir con insolencia extrema que hablaba en nombre de los ochenta y cinco departamentos.

Buzot intervino en el mismo sentido, pero subrayando un dato que incrementó aún más el desconcierto ante la reacción de Marat:

—Ciudadanos, apoyo la proposición. Pero no tengo la menor duda de que Marat sabe perfectamente que los ciudadanos que están en la barra son verdaderos comisarios de las secciones de París porque ayer, cuando han pedido comparecer, los diputados de París, incluido el propio Marat, se han reunido con ellos y desde entonces han podido saber cuáles eran los planteamientos que iban a hacer.

Otro moderado, próximo a los diputados de la Gironda, el abogado de Besançon, Claude Masuyer, centró el tiro de la denuncia:

—En París existe una sociedad que no se parece en nada a las otras sociedades populares, sino que es una reunión de ciudadanos que se denominan Defensores de la República y que se creen autorizados para estipular los intereses de los departamentos y con los cuales las secciones de París se comunican oficialmente a través de deliberaciones y comisarios.

Doulcet de Pontécoulant, hijo de un brigadier del ejército y hasta muy poco antes defensor de la Monarquía constitucional, remachó el clavo:

—Es verdad que existe en esta ciudad un simulacro de representación nacional compuesta de hombres desconocidos que dicen pertenecer a los departamentos, lo cual no es verdad. Pido que fijéis vuestra atención sobre esta asociación monstruosa.

En medio de la confusión creada por la denuncia de que Marat conocía previamente el contenido de la petición, Barère se puso, como de costumbre, a la cabeza de la manifestación, reclamando y obteniendo de la cámara un voto contrario a la concesión de los honores de la sesión a «quienes os han presentado la petición de los ricos con la librea de los pobres». Aquello ya empezaba a ser incomprensible para todos, y ante el cariz de los acontecimientos los miembros de la delegación dieron muestras de querer hacer mutis por el foro. Entonces Louvet llamó la atención al presidente con un toque de histrionismo:

—Pido que provisionalmente se ordene el cierre de la barra porque los peticionarios se están marchando.

Y de nuevo Marat volvió a apoyarle, sin entrar al trapo de lo planteado por Buzot:

—Pido que se obligue a los peticionarios a declarar sus nombres, ocupaciones y domicilios, porque sé que entre ellos hay aristócratas infames.

La Convención aprobó de inmediato su propuesta y l'Ami du Peuple experimentó la rara sensación de estar en mayoría. De ninguna manera quería soltar la presa:

—Ciudadano presidente, dad órdenes para que los detengan. Deprisa porque se van...

—Presidente, pido que se cierre el recinto de la barra —insistió Louvet.

—Yo me opongo: eso va contra la dignidad de la Asamblea —replicó el dantonista Thuriot.

Cuando Bréard no sabía qué partido tomar, pues proliferaban las voces a favor y en contra de esa medida de policía de la sala, el denostado Hendelet, que no se había movido del estrado, levantó tímidamente la mano. El presidente se acogió a esa tabla de salvación.

—El peticionario pide ser oído para explicar un hecho.

Aunque una parte gritó que no se le volviera a dar la palabra, la Convención acordó escucharle. Hendelet se mostró abrumado por lo ocurrido:

—Ciudadanos, profundamente afligido por la escena que hemos originado aquí y por el tiempo que os he hecho perder, declaro francamente que la única causa de todo esto ha sido una inconsecuencia por mi parte. Esto es lo ocurrido. Yo he sido comisionado por la Sección de Poissonière para reunirme con los comisarios de las demás secciones de París. Hace cuatro meses que venimos reuniéndonos para hablar de la cuestión de las subsistencias, aunque yo no he asistido a la redacción de la petición que se os acaba de presentar...

O sea que hasta el propio orador se desmarcaba de lo que acababa de leer. La Convención iba de asombro en asombro, pero Hendelet aún le reservaba nuevas sorpresas.

—Esta mañana nos hemos presentado en la Comuna y, provistos de las adhesiones de nuestros hermanos los federados de los ochenta y cinco departamentos, hemos llegado a este recinto. Antes de comparecer ante la barra varios diputados se han dirigido a nosotros y nos han impuesto algunos añadidos...

Desde los bancos de la derecha se alzó una voz indignada y ávida de curiosidad:

—¡He aquí el nudo de la cuestión! ¡Continuad, continuad!

—Uno de ellos nos ha dicho que había que pedir a la Convención que se ocupara, de inmediato y por encima de cualquier otro asunto, de hacer una ley sobre las subsistencias para toda la República.

Los murmullos crecieron en intensidad ante esta confesión de que la petición más agresiva planteada ante los diputados había sido inducida por uno de ellos. Hendelet terminó de aclarar su papel:

—Ciudadanos, se acordó que este añadido no sería leído por el presidente de nuestro Comité [de Subsistencias] sino por el vicepresidente, y de forma inconsecuente yo dije «en nombre de mis hermanos de los departamentos». Estos son los hechos, lo confieso. Asumiré todas las penas que tengáis a bien imponerme.

Varios diputados exigieron entonces el nombre del miembro de la Convención que había convencido a los peticionarios de que reclamaran una ley sobre las subsistencias, y Hendelet no tuvo más remedio que darlo:

—Me han dicho que se llama Saint-Just, pero yo no lo conozco.

Un gran murmullo se apoderó del recinto. Muchos diputados recordaban la literalidad de lo que había dicho Saint-Just en fecha tan reciente como el 29 de noviembre: «Hay quien pide una ley sobre las subsistencias. Una ley sobre ese asunto nunca será sabia». ¿Quién entendía ya nada?

El joven diputado por el Departamento de L’Aisne, de rasgos sensuales y espíritu fogoso, Louis Antoine de Saint-Just, subió a la tribuna para justificarse. Además de por su creciente identificación con Robespierre, se había distinguido en la Convención tanto por «su capacidad de captar los problemas y darles una respuesta revolucionaria»<sup>[50]</sup> como por la «tranquila inhumanidad»<sup>[51]</sup> de su requisitoria contra Luis XVI. Al diputado poco más que adolescente que había tenido la osadía de proclamar que «no se reina inocentemente», le tocaba defender ahora la honradez de su conducta.

—Esta mañana, cuando he entrado en esta Asamblea, se distribuía una petición de las cuarenta y ocho secciones de París en la que se me cita de forma negativa. Este escrito tenía por título «Petición republicana de las 48 secciones de París sobre las subsistencias». Entre otros pasajes podía leerse este: «El pueblo sabe que los oradores que arengan con los más bellos discursos en las asambleas populares cenan bien todos los días». Y más abajo dice: «Entre ellos está el ciudadano Saint-Just, levanta la máscara odiosa de la que se cubre».

Saint-Just había intervenido, en efecto, pocas semanas antes a favor de la libertad de comercio —en este asunto la Montaña había coincidido hasta entonces punto por punto con las tesis moderadas— y era obvio que los peticionarios le estaban pasando la factura. Pero lo más significativo era su reacción al verse denunciado de esa manera:

—Visto aquello, fui a la sala de conferencias y le pregunté al que iba a ser el portavoz si los autores de la petición creían que yo había desmerecido en algo. Él me dijo que no, que me consideraba un muy buen patriota. Yo le pregunté qué es lo que querían proponer. Una persona me enseñó en la mano trigo negro y me dijo que mucho como ese había sido desembarcado en el puerto de Saint-Nicolas.<sup>[52]</sup> Yo le dije: «¿Cuál va a ser vuestra actitud? Os insto a no actuar con violencia. Calmaos y pedid una ley general. Si la Convención aplaza vuestra propuesta, entonces yo pediré la palabra y seguiré el hilo de los argumentos que hayan sido presentados». Ciudadanos, eso es todo lo que les he dicho.

La sorpresa cundió entre los convencionales. ¡Qué rápida y rotundamente podía cambiar de opinión quien se presentaba junto a su mentor como paradigma de la integridad! ¿Tanta falta le hacían, como escribirá uno de sus biógrafos, los apoyos populares<sup>[53]</sup> como para decir lo contrario que hacía dos meses y medio?

En todo caso el reconocimiento de Saint-Just de que, impulsado por su mala conciencia, y dando un giro radical a sus tesis, se había ofrecido a apoyar una petición que la mayoría de los diputados consideraba intolerable, no mejoró la situación de los peticionarios. Todo lo contrario. El *montagnard* Osselin propuso que fueran interrogados por el Comité de Seguridad General y la Convención acordó que Hendelet fuera conducido hasta sus dependencias en estado de arresto. Marat tuvo la última palabra de un debate caótico y atípico en el que todos los alineamientos habituales habían saltado por los aires:

—Pido que el escrito conminatorio que ha precedido a la intervención de los peticionarios ante la barra sea enviado al comité para descubrir esta intriga infernal.

## SEIS

¿A qué «escrito conminatorio» se refería l'Ami du Peuple? ¿Qué estaba pasando en París para que dos diputados tan inequívocamente alineados con la izquierda de la Convención como Marat y Saint-Just aparecieran enganchados en un extraño doble juego a favor y en contra de los grupos más radicales que exigían un cambio de política económica?

Hay que tener en cuenta que, desde el mismo momento de su creación, la Sociedad de Defensores de la República Una e Indivisible de los Ochenta y Cuatro Departamentos celebraba sus reuniones a primera hora de la tarde en la misma sala que los jacobinos utilizaban por la noche.<sup>[54]</sup> Además el propio día 10 —un domingo con muy nutrida asistencia— una diputación de las cuarenta y ocho secciones parisinas había leído durante la sesión del club el mensaje sobre las subsistencias que inicialmente iba a ser presentado a la mañana siguiente ante la Convención. Y por último los peticionarios, según el propio relato de Hendelet, se habían pasado por la Comuna. Por partida triple la Montaña no podía pues llamarse andana.

Lo publicado tanto por el periódico de Marat a partir del propio martes 12 como por *Révolutions de Paris* en su edición de esa semana permite reconstruir lo sucedido. La delegación, compuesta por una treintena de miembros, se había presentado el lunes 11 con su escrito, firmado por un tal Plaisant de la Houssaye como presidente del Comité de Subsistencias de las secciones y un tal Poupel como secretario. Pero la Convención estaba enfrascada ese día en un complejo debate sobre la reorganización del ejército —de ahí saldría la llamada «amalgama» entre soldados profesionales y voluntarios, imponiéndoles como uniforme común el de la Guardia Nacional— y acordó remitir a los comparecientes al Comité de Agricultura. Como esto no les satisfizo, se les propuso que esperaran al domingo siguiente y acudieran junto a los demás peticionarios.

Eso indignó a los miembros de la delegación, que alegaron «que ellos no eran peticionarios de domingo, que ellos no acudían a presentar una petición individual, sino a establecer el cuadro de las necesidades de París y su deseo más acuciante»,<sup>[55]</sup> y escribieron una carta conminatoria al presidente de la Asamblea advirtiéndole que no se separarían hasta haber sido escuchados porque «el hambre no se aplaza» y porque «los parisinos y los federados de los ochenta y tres departamentos se han alzado con nosotros». Esta última expresión sembró la alarma entre los diputados de París y fue entonces cuando tuvo lugar el encuentro con algunos de ellos en el que Marat llevó la voz cantante: «Les planteé lo mucho que servirían a los enemigos de la patria si se prestaban al criminal proyecto de debilitar a sus propios representantes y de faltar al respeto a la Convención [...]. Estaba acompañado de mis colegas, que hicieron mil esfuerzos inútiles para devolver a los pretendidos comisarios de las secciones de París a posiciones convenientes y sabias. Algunos de los más lanzados pretendían empujar

a sus camaradas hacia las medidas violentas».<sup>[56]</sup>

La reunión sirvió para que los peticionarios fueran oídos al día siguiente, pero no para que l'Ami du Peuple hiciera suyas sus posiciones. Por el contrario, llegó a la conclusión de que todas ellas, y especialmente la del *maximum*, «parecían estar calculadas para causar el hambre, poner boca abajo al Estado y traer la guerra civil». Sólo podía tratarse, pues, de un complot aristocrático orquestado «por un grupo de intrigantes cubiertos por la máscara del falso civismo».<sup>[57]</sup> En ese y en posteriores números Marat se lanzaría con denuedo a la tarea de desenmascararlos,<sup>[58]</sup> pero ¿por qué había pedido entonces que se les permitiera hablar ante la Convención?

Jaurès interpreta esta flagrante contradicción alegando que Marat «era un temperamento violento al servicio de una política moderada» y que «preconizaba una política prudente aplicada por medios sangrientos».<sup>[59]</sup> Pero es muy probable que en ese calculado desencuentro influyera también el obvio ascendiente que el excusa Jacques Roux había ejercido sobre los peticionarios, tanto si era el autor material del texto que leyó Hendelet<sup>[60]</sup> como si solamente era su inspirador.

Entre Marat y Roux había existido una gran sintonía como agitadores revolucionarios, e incluso el excusa acogió dos semanas a Marat en su casa del barrio de Gravilliers en marzo de 1792, durante su última etapa de clandestinidad. Marat utilizaba el alias de «M. Legros» y, según alegaría más tarde Roux, se marchó sin despedirse y dejando un asignado de 15 libras encima de la chimenea.<sup>[61]</sup> Algunas versiones vinculan tan abrupta partida al hecho de que Roux le contó a Marat que entre sus planes figuraba lanzar un periódico, lo que le llevó a contemplarle como un «competidor».<sup>[62]</sup>

Todo indica que, aun declarándose seguidor de l'Ami du Peuple, Roux pretendía ser más maratista que Marat. «Tomad como rehenes a las mujeres y a los hijos de los traidores a la patria [...], que sean encadenados y expuestos los primeros al fuego enemigo», reclamó en un «sermón» que repitió en varias iglesias aquella primavera de 1792, cuando aún pervivía la Monarquía y ni siquiera se avistaba el Terror.<sup>[63]</sup> Lo que en la práctica marcó las distancias entre ellos fue su dispar suerte en las elecciones a la Convención. Ambos formaron parte de la Asamblea Electoral que se reunió en el Club de los Jacobinos, pero mientras Marat consiguió el escaño, Roux sólo obtuvo un escuálido voto en hasta tres escrutinios diferentes y tuvo que contentarse con su puesto en el Consejo General de la Comuna.

Tal humillación le sirvió probablemente de acicate para radicalizar aún más su discurso, máxime cuando su papel como comisario municipal el día de la ejecución del rey le permitió bajar del patíbulo «con un prestigio sangriento».<sup>[64]</sup> Tal y como resume Jaurès, el mensaje que dirigía a sus vecinos —y sobre todo vecinas—<sup>[65]</sup> dentro del enjambre obrero y artesano que era Gravilliers consistía en sustituir a la nobleza y al rey por los «acaparadores» como objeto del odio popular: «¿De qué os sirve haberle cortado la cabeza al tirano y derribado la tiranía si todos los días sois



devorados lentamente por los especuladores y los monopolistas? Ellos acumulan en sus grandes almacenes las materias primas y las mercancías que revenden enseguida a precios de usura al pueblo que tiene hambre, a los artesanos que necesitan el cuero, la lana, el jabón o el hierro. Contra ellos también hay que levantarse».<sup>[66]</sup>

En sintonía con alguien mucho más idealista y desinteresado que él, como Jean Varlet, y no demasiado lejos del populismo pragmático o más bien oportunista de Chaumette y Hébert, Roux estaba contribuyendo a alumbrar durante ese invierno un nuevo movimiento político, el de los *enragés*. Su obvio propósito era arrebatarse a los Jacobinos y los propios Cordeleros el control de los *sans-culottes*, empleando como resorte esa identificación ampliada de sus nuevos enemigos.

En la pugna por la movilización mediante la denuncia y la incitación al odio, Roux y compañía tenían la ventaja de dar salida y servir de cauce a todos los resentimientos sociales. A partir de sus tesis, para identificar y perseguir a alguien como aristócrata no era requisito imprescindible que la persona en cuestión procediera de noble cuna o hubiera adquirido un título nobiliario. Se podía ser burgués y aristócrata, incluso tendero y aristócrata. De hecho la pertenencia a la «aristocracia burguesa o comercial» se convirtió en cuestión de semanas en el cajón de sastre acusatorio en el que podía caber cualquiera que no viviera, vistiera y sintiera como *sans-culotte*.<sup>[67]</sup>

## SIETE

Las circunstancias favorables a esa escalada de antagonismos que desembocaría en el primer delirio terrorista de la historia contemporánea se daban en París de forma muy acentuada. Las duras condiciones de vida de los *sansculottes* habían generado en ellos un marcado sentido de la propia identidad; y el contacto con la Revolución —protagonizada o al menos conducida hasta entonces por las capas más acomodadas— les había proporcionado un esbozo de ideario o al menos un manual de reivindicaciones colectivas.

Un censo de 1794 estableció la población de París en 640.504 habitantes. El dato se alcanzó a partir de las cifras proporcionadas por las secciones, que tendían a incrementar el número de bocas que dependían de su protección, pero es probable que no incluyera en cambio a gran parte de la llamada «población flotante» —indigentes y transeúntes—, que, según algunos cálculos, podría englobar hasta 100.000 personas.<sup>[68]</sup>

En contra de los tópicos, la sección más poblada no pertenecía a ninguno de los dos grandes *faubourgs* obreros del este de la ciudad —Saint-Antoine, Saint-Marcel—, sino que era la de Gravilliers, anticipo de barriada proletaria en el corazón mismo de la *rive droite*. Le seguía de cerca la de Panthéon-Français, ubicada, esta sí, en la parte menos externa del *faubourg* Saint-Marcel. Ambas rondaban las 25.000 almas. Si incluimos las dos islas —la de Saint-Louis y la de la Cité—, dos tercios de los parisinos vivían en la orilla derecha del Sena. En concreto prácticamente la mitad de la población lo hacía encajonada en la almendra central comprendida entre el río y el cinturón de los bulevares, a mitad de camino del perímetro guardado por las puertas, barreras y fielatos. Era un semicírculo que tenía la Bastilla como referencia al este y la plaza de Luis XV, luego de la Revolución y hoy de la Concordia, como límite al oeste.

Los cálculos sobre la población obrera que sirvió de base al movimiento de los *sans-culottes* oscilan desde comienzos del siglo XX entre las 293.820 personas de Ferdinand Braesch y las 400.000 de Léon Cahen. Ambos incluyeron a los asalariados y sus familias, pero el primero se ciñó a los trabajadores manuales y el segundo amplió el cómputo a todo tipo de empleados, como los dependientes de comercio o los propios funcionarios.<sup>[69]</sup> Sólo un 30 por ciento de los habitantes de la capital eran parisinos de nacimiento —la cuota sería probablemente menor entre las clases bajas—, y esto acentuaba la necesidad de encontrar nuevos vínculos y señas de identidad entre quienes constataban que tenían intereses comunes. El diputado moderado y escritor costumbrista Sebastián Mercier lo reflejó con especial desdén y crudeza: «Así como el fango de París es un fango muy especial a causa de las partes heterogéneas que lo integran, la canalla de una gran ciudad que no ha nacido en ella, y que abunda en todas partes, es una canalla que no tiene nombre».<sup>[70]</sup>

Los *sans-culottes* adquirieron ese nombre, establecieron esos nuevos vínculos a través de las secciones revolucionarias —cada una de ellas era «una ciudad dentro de la ciudad»—<sup>[71]</sup> y fijaron esos signos externos mediante el atuendo —el pantalón a rayas, el gorro frigio, la carmañola—, el atrezo —el bigote poblado, la pipa humeante entre los dientes, la afilada pica entre las manos— o los usos sociales —el tuteo, el lenguaje directo plagado de procacidades, y las cenas y comidas de confraternización.

Hablar de proletariado urbano en el sentido industrial del término sería anacrónico. En París había muy pocas fábricas dignas de tal nombre —alguna de cristalería, la de tapices de los Gobelinos o la de papeles pintados de Réveillon, saqueada al inicio de la Revolución, eran la excepción— y en cambio albergaba un enjambre de talleres destinados a proporcionar servicios de carpintería, carretería, vidriería, carbonería, serrería, albañilería o imprenta, y a producir prendas de vestir, zapatos o relojes. En estos talleres la relación entre los empleados y el patrono tenía más que ver con el paternalismo de los gremios medievales que con el sindicalismo moderno. Para el conjunto de la capital la media de trabajadores por empresa era de 16,6, y bajaba todavía más en la artesanal orilla izquierda.<sup>[72]</sup>

Eso explica que en líneas generales los *sans-culottes* no reivindicaran ni mejores condiciones de trabajo ni derechos de asociación, ni siquiera alzas salariales, sino que se limitaran a exigir el control de los precios de los artículos de primera necesidad por medios confluente como la fijación del *maximum*, la persecución del acaparamiento o la desmonetización de la plata. No era conciencia de clase lo que les movilizaba, sino el convencimiento rayano en la histeria de que sus condiciones de vida, incluso la propia subsistencia, dependían de que las autoridades regularan la economía para protegerles de los abusos de aquellos cuyos intereses amenazaban los suyos. Y en esa categoría no sólo incluían a los «grandes acaparadores», sino también a todo tipo de comerciantes<sup>[73]</sup> —empezando por los panaderos, carniceros y vinateros— y a los propios agricultores, pues haciendo oídos sordos del lema «guerra a los castillos, paz a las chozas», los englobaban dentro de un mundo lejano y hostil,<sup>[74]</sup> al margen de cuáles fueran sus rentas o condiciones de vida.

«Un *sans-culotte* es un ser que siempre va a pie [...] y que, si puede, vive sencillamente de alquiler con su mujer y sus hijos en un cuarto o quinto piso». A esta definición, incluida en un documento de mayo de 1793,<sup>[75]</sup> sólo habría que añadirle la obsesión patológica por el coste de la vida, vinculada a una demanda cada vez más rabiosa de igualdad en el trato y en el acceso a esos productos de primera necesidad. Por eso el *sansculotte* reclamará el «pan de la igualdad», exigiendo que no haya nunca más «un pan de harina para los ricos y un pan de salvado para los pobres»;<sup>[76]</sup> y recelará de gran parte de los 662 panaderos de París,<sup>[77]</sup> sospechando que al amparo de su horario nocturno de trabajo utilizaban las harinas de mejor calidad para abastecer clandestinamente con sobreprecio a los barrios acomodados del oeste.<sup>[78]</sup>

El alojamiento era lo único más esencial que la alimentación para las capas

populares parisinas, pues siempre se podía comer menos durante un tiempo. Sin embargo, si el fatídico día 7 del primer mes de cada trimestre —fecha en la que vencía el pago de los alquileres— un *sans-culotte* no hacía frente a su renta, era desahuciado de inmediato, quedaba a la intemperie y pasaba a engrosar con su familia la legión de indigentes a merced de la beneficencia pública. Esa pesadilla se reproducía mes a mes para los alojados en habitaciones amuebladas en las pensiones más miserables.

Según datos de 1790, en París había 128.000 viviendas arrendadas y —según las declaraciones correspondientes a la contribución *mobilière*— casi el 60 por ciento de los alquileres oscilaba entre las 80 y las 600 libras anuales. Eso significaba que un pantalonero, que podía ganar unas 9 libras diarias, atendía la renta de una casa modesta pero digna con la cuarta parte de sus ingresos; y en cambio una costurera, una florista o una encartonadora, que apenas si superaban la libra diaria, sólo podían permitirse vivir en el más infame cuchitril con el mismo esfuerzo. Lamentablemente la mayoría de los *sans-culottes* se encontraban más cerca de esta segunda situación que de la primera. Baste decir que el último estudio sobre el poder adquisitivo en 1790 estratifica los salarios en tres tramos: menos de 2 libras al día, entre 2 y 3 libras, y más de 3 libras.<sup>[79]</sup>

El drama estallaba cuando la subida de los alquileres no iba acompañada con la de los salarios o sobre todo cuando la merma en la producción por miedo a la inflación suponía la pérdida del puesto de trabajo. Se ha calculado que en esos días de vencimiento entre 300 y 400 familias se quedaban cada vez en la calle, mientras que muchas más iban vendiendo sus enseres para pagar al casero hasta que no les quedaba «más que una manta y una cama».<sup>[80]</sup> Las únicas opciones tras el desahucio eran salir de París para regresar al lugar de origen o ingresar en alguno de la cincuentena de hospitales —más bien habría que llamarlos hospicios para adultos— y casas de beneficencia, que contaban con unas cinco mil plazas para viejos, vagabundos e inválidos, en condiciones detestables.<sup>[81]</sup>

Ante la espiral del aumento de los precios, las secciones canalizaron a través de sus Comités de Beneficencia las ayudas municipales y sus propios fondos de solidaridad de forma que la mayoría de los *sans-culottes* pudieran permanecer en sus casas, incluso si perdían el empleo, recibiendo algún dinero y sobre todo auxilios en especies. La cifra oficial de indigentes que recibieron algún tipo de ayuda en el año 2 de la República (1793) fue de 72.346 personas, lo que equivale a más del 11 por ciento de la población, pero un estudio reciente la considera poco creíble por demasiado baja y abre la horquilla de quienes en esos años dependían en todo o en parte de la caridad pública incluso hasta el 21 por ciento de los parisinos.<sup>[82]</sup>

Aunque en los barrios ricos del oeste —la orilla derecha era el reducto de la gran burguesía; el barrio de Saint-Germain, en la orilla izquierda, el de la antigua nobleza— había pocos *sans-culottes* y en los *faubourgs* del este la gran mayoría eran *sans-culottes*, la pauta dominante en las pobladas secciones del centro, a ambos lados del

río, era la convivencia entre burgueses y *sans-culottes* en viejos inmuebles, arracimados en callejuelas estrechas con tan poca luz como ventilación. Las familias más acomodadas vivían espaciosamente en los primeros pisos y las más humildes se amontonaban en las plantas superiores a razón de cuatro o cinco personas por vivienda de una sola pieza. Pero también dentro de los *sansculottes* había distinciones, y el colmo de la felicidad lo constituía poder vivir en un zaguán o una buhardilla «con su mujer y sus marmotas», siempre, claro está, que hubiera «pan en la casa».<sup>[83]</sup>

Este era «el enunciado más simple y definitivo de la independencia económica, tan valiosa para el *sans-culotte*».<sup>[84]</sup> El pan era, de hecho, la metáfora de todas las cosas, «a la vez tutor y tirano»,<sup>[85]</sup> pero lo era porque la subsistencia diaria estaba basada en sentido estricto en su consumo. Un adulto comía una media de tres libras de pan al día —algo más de 1300 gramos—, y cada uno de sus hijos en torno a la mitad, lo que fijaba el abastecimiento familiar alrededor de las 10 libras o 4 kilos al día. Es fácil comprender la alarma que suscitaba en París cualquier rumor que indicara que el pan iba a dejar de estar subvencionado y en vez de costar a 3 perras la libra iba a valer el doble o más, como en la mayoría de los departamentos. La diferencia entre pagar 30 perras al día —libra y media o si se quiere franco y medio, para no confundir pesos con precios— a tener que pagar 60 —la totalidad de muchos salarios— significaba para miles de familias traspasar la frontera del hambre. Pero es que además el Antiguo Régimen había dejado en la conciencia colectiva la sensación de que la garantía del suministro de pan de buena calidad y precio asequible era algo así como «el sacrificio a través del cual el Estado obtenía o conservaba su legitimidad [...] renunciando a la lógica de un absolutismo miope o de un liberalismo científico».<sup>[86]</sup>

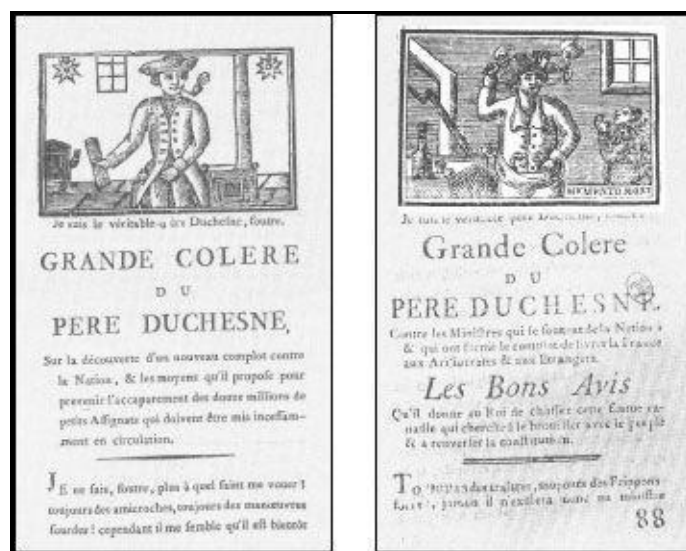
Los sueldos habían aumentado en 1793 algo menos de un 50 por ciento respecto a los de 1790, pero la demanda de empleo era mucho mayor que la oferta y los precios habían ido siempre por delante. En las primeras semanas del año, marcadas por la ejecución del rey, se había acentuado esa tendencia al hundirse el valor del asignado. El abanico salarial de los obreros manuales y artesanos seguía siendo de algo menos de diez a uno, con los trabajadores más cualificados del textil y los tipógrafos ganando entre 11 y 13 libras, y la mayoría de las mujeres atascadas en sueldos de entre 1 y 3 libras, menos en las fábricas de papel, donde podían llegar a 5 libras.

La remuneración más común oscilaba en todo caso entre las 3 y 4 libras con las empleadas de las hilanderías municipales —instaladas en muchos casos en antiguos conventos—, convertidas en las auténticas parias de la pirámide laboral, pues cobraban por tarea y debían conformarse con entre 10 y 16 perras por jornadas de hasta doce horas. Aprendizas de menos de quince años —incluso de menos de cinco— se llevaban a su casa 4 perras al día.<sup>[87]</sup> No es de extrañar que para muchas jóvenes —y no tan jóvenes— la prostitución supusiera la menos mala de las alternativas<sup>[88]</sup> e incluso pudiera ser considerada como «la forma más extendida de

empleo femenino aunque se simultaneara con otras ocupaciones».<sup>[89]</sup>

Una vez descontado el alquiler, era el precio del pan y su relación con los salarios lo que condicionaba el resto del presupuesto familiar. Aunque resulte exagerado hablar, como hace Cobb, de que el 70 por ciento de los ingresos de un *sans-culotte* medio iban destinados al pan,<sup>[90]</sup> lo que sí es cierto es que sólo cuando tenía garantizado el aprovisionamiento en la panadería se planteaba otros gastos, y que su sustitución por las patatas se le hacía un sacrificio y una humillación insoportables, pues la opinión popular tenía asumido que ese exótico tubérculo «sólo era bueno para los cerdos o para los hospicios».<sup>[91]</sup>

La jerarquía de sus necesidades y placeres quedó bien establecida para la posteridad por Hébert a través de una de sus últimas entregas del *Père Duchesne*, arquetipo del buen *sans-culotte*: «Nuestro primer bien es el pan; ya sé, joder, que cuando se tiene pan uno no se muere de hambre; pero no es suficiente, trueno de Dios, no morirse. Es preciso que los *sansculottes* vivan felices trabajando; con este pan les hace falta un poco de guiso; les hace falta aguardiente patriótico para revitalizarles cuando están extenuados por la fatiga; les hacen falta vestidos, camisas, zapatos o por lo menos zuecos; y está claro, joder, que si no se pone pronto orden, un *sans-culotte* no podrá dentro de nada poner la olla en el fuego y beberemos agua como los canes, que, en mi opinión, es un suplicio que sólo debe quedar reservado para los moderados, los aristócratas [o] los monárquicos».<sup>[92]</sup>



De arriba abajo, las dos ilustraciones que encabezaron los ejemplares de *Le Père Duchesne* y la contraportada firmada por Hébert, en la que advertía contra la «victoria a medias» porque los brissotinos «viven todavía, joder». En último lugar, retrato anónimo del imaginario *Père Duchesne*. Biblioteca Nacional, París.





En cuanto al guiso, basta ver la densidad del mapa de las carnicerías extendidas por todo París para darse cuenta de que la carne era el otro gran ingrediente de la dieta alimenticia, aunque no todos pudieran permitírsela por igual y lo habitual entre los sans-culottes fuera tomarla una o como máximo dos veces por semana. Según datos aproximativos, en 1789 se consumieron en París 70.000 bueyes, 350.000 corderos, 120.000 terneras, 35.000 cerdos y 18.000 vacas. En total unos 42 millones de kilos de carne frente a sólo 5'5 millones de kilos de pescado.<sup>[93]</sup> Como referencias individualizadas quedan los 56 kilos y medio de consumo por persona y año en el periodo 1781-1786, y los 61 kilos para el periodo que va de 1799 a 1808.<sup>[94]</sup> Los problemas de abastecimiento y el alza de precios pudieron reducir estas cantidades durante la Revolución, pero no de forma drástica. En cuanto a los precios, los datos que vienen manejándose son los del maximum de 1794, algo más elevados que los que regían en el todavía mercado libre del primer semestre de 1793: 15 perras la libra de ternera y de cerdo fresco, 14 la de cordero y buey, 13 la de vaca. O sea, que algo menos de medio kilo de carne costaba unas cinco veces lo que un pan del mismo peso.<sup>[95]</sup>

En cuanto al alcohol, y en concreto al vino, ya antes de la Revolución cada parisino consumía casi 122 litros al año,<sup>[96]</sup> y esa cantidad sólo pudo aumentar a

medida que se produjo una mayor movilización social. De hecho Cobb ve una relación inversamente proporcional entre la ingesta de vino y la de alimentos: «Era el gran consuelo del pobre, que en época de escasez y angustia comía menos y bebía más». Y detecta en cambio una relación directamente proporcional entre alcohol y vandalismo: «Hubo más borrachos en el año 3 que en el año 2, y por consiguiente más violencia popular». Hasta el punto de concluir: «No se debería estudiar nunca la escasez como un fenómeno aislado porque siempre va acompañado de un consumo excesivo de bebida».<sup>[97]</sup>

El vino se ingería con profusión en las tabernas llamadas «*cabarets*», en los cafés, en los ventorrillos y merenderos de las zonas menos pobladas, y por supuesto en los propios locales de las secciones. La estimación es que en París existían entre 2200 y 2300 comerciantes de vinos y dispensadores de bebidas alcohólicas. Muchos de ellos «desempeñaban un importante papel en el movimiento popular [...] suministrando un apreciable contingente a los militantes de las secciones».<sup>[98]</sup>

Además del problema de la cantidad existía el de la calidad. Durante los últimos doscientos años el comercio de vino había estado regulado en todo el reino, impidiéndose a los habitantes de París abastecerse de los viñedos situados en un radio de unos ochenta kilómetros a la redonda con el objetivo de dar salida a la producción del resto de las zonas vinícolas, con menor población y grandes excedentes. Tal prohibición se había levantado en 1776, pero para entonces el deterioro de esas viñas era muy grande y de ellas salían caldos tan baratos como infectos. De hecho una de las reivindicaciones que los *sans-culottes* terminarían consiguiendo fue la creación de comisarios degustadores que controlaran la calidad de las variedades que se distribuían.<sup>[99]</sup> A pesar de ello es evidente que si los *sansculottes* estuvieron en algunos momentos cerca de conseguir que en París todo el mundo comiera el mismo pan, nunca lograron ni remotamente acercarse al ideal de que todo el mundo bebiera el mismo vino.

Esa obsesión por el disfrute igualitario de los alimentos no era sino la plasmación empírica en su entorno vital concreto de los grandes valores revolucionarios que llevaban años escuchando declamar. Su ciudad había puesto el escenario para el gran drama de la abolición de los privilegios de la nobleza y el clero, la conquista del poder por la burguesía y la ejecución del rey como símbolo máximo de la quiebra de un orden y su sustitución por otro. Una y otra vez los *sans-culottes* habían servido de comparsas, de masa coral e incluso de fuerza de choque de esas jornadas revolucionarias en las que su sublevación había precipitado o acelerado procesos larvados desde hacía largo tiempo. En más de una ocasión su impulso había producido desbordamientos terribles por su implacable crueldad. Pero nunca, ni siquiera cuando las manos y harapos de muchos de ellos habían chorreado sangre, caprichosa, sádicamente vertida durante las masacres de septiembre, puede decirse que los *sans-culottes* hubieran actuado al servicio de sus propios intereses.

Durante cuatro años habían visto cómo sucesivamente Necker, el duque de

Orleáns, los Lameth, Barnave, Mirabeau, Lafayette, Brissot, Danton, la Montaña y los jacobinos medraban o se encaramaban a las azoteas del poder nacional o municipal sobre las espaldas de su indignación y su violencia sin que ello les reportara ningún beneficio directo. Pero ya no eran ciudadanos pasivos: formaban parte de la Guardia Nacional, tenían derecho al voto, habían sido la base de un nuevo modelo de ejército vencedor en Valmy y, por segunda vez en seis meses, eran llamados a defender a la «patria en peligro». Lo que ahora les proponían Roux, Varlet y algunos líderes de la Comuna era trabajar para ellos mismos. Y lo hacían manejando los dos resortes más elementales que pueden mover al ser humano: el miedo a perder lo poco que tenían y sobre todo el deseo de poseer los bienes del prójimo.

Soboul sostiene que «una reacción irracional, por así decirlo primaria, empuja al *sans-culotte* a codiciar lo que no tiene».<sup>[100]</sup> Cobb va más allá, alegando que «el *sans-culotte* habría estado dispuesto a soportar durante un tiempo la penuria a nada que hubiera creído que todos estaban subidos en el mismo barco, que era un mal necesario y momentáneo [...]. Pero estaba convencido de lo contrario, de que estaba a punto de morir de hambre en el seno de la abundancia, de que los víveres guarnecían copiosamente la mesa de los ricos y de que los carniceros reservaban sus mejores trozos para los clientes acomodados». Y como él mismo dice, este enfoque tenía «el encanto irresistible de la más mezquina forma de envidia».<sup>[101]</sup>

El 7 de febrero la Sección de Gardes-Françaises había aprobado una moción pidiendo «que el pobre no quede a merced del rico», pues si esto fuera así «los hombres dejarían de ser iguales en derechos», y que los productos de la agricultura no fueran considerados por el campesino o el propietario sino «como un depósito del que deben rendir cuentas a la República».<sup>[102]</sup> Pocos días antes había circulado un panfleto sin firma considerando al pobre como «copropietario imprescriptible» de los bienes del rico y exigiendo que no se celebrara ningún acto jurídico de ningún tipo, matrimonios incluidos, «sin destinar libremente [sic] una suma a los indigentes».<sup>[103]</sup> Pero sobre todo era la serie de peticiones acuciantes, presentadas con tan breve intervalo ante la Convención, siempre en la misma dirección, lo que demostraba que el volcán reivindicativo de los *sans-culottes* había entrado en ebullición y amenazaba con arrojar candentes ríos de lava sobre la ciudad.

## OCHO

Ningún sector de la Convención se identificaba con las ansiedades y demandas de las clases populares, menos aún con sus urgencias. Mientras las chispas del incendio prendían a su alrededor, los moderados tocaban la cítara del proyecto de Constitución —principal propósito para el que se habían reunido los diputados—, convencidos de que su cómoda mayoría en el comité encargado de redactarlo les permitiría resarcirse del fracaso de su deslavazado intento de salvar la vida del rey, retomar la iniciativa y sobre todo condicionar el futuro político de una Francia republicana y burguesa.

Dentro de su desorganización y caos como grupo heterogéneo, la cuestión social —o más bien el debate teórico sobre la igualdad— quedaba para polémicas periodísticas como la que acababa de mantener Rabaut Saint-Étienne con el que fuera procurador síndico del Departamento de París, Pierre-Louis Roederer. Rabaut había publicado el 19 de enero un artículo en *La Chronique de Paris* en el que había partido de la distinción entre «un país que nace» como los Estados Unidos y «un país que se reforma» como Francia. Mientras en el primero «la igualdad existe», en el segundo el pueblo «recurre a medios violentos para establecerla». El resultado es que «el pueblo imita a menudo a ese tirano que acostaba a los hombres sobre un lecho de hierro y les recortaba todo lo que pasaba de esa medida: no iguala, sino que mutila y mata».<sup>[104]</sup>

Tras anticipar así la que pronto será una de las metáforas parlamentarias más célebres de Vergniaud, Rabaut proponía, sin embargo, algo que parecía una versión menos radical de la misma medicina: «El legislador puede establecer leyes precisas sobre la fortuna máxima que puede poseer un hombre, por encima de la cual la sociedad toma su lugar y goza de su derecho».<sup>[105]</sup> Roederer le contestó en *Le Journal de Paris* que «tal medida no produciría igualdad en la abundancia, en la riqueza y en la prosperidad general, sino igualdad en la miseria, en el hambre y en la ruina universal».<sup>[106]</sup>

Rabaut —ya presidente quincenal de la Convención— matizó el 27 de enero que lo que había querido decir «no es que la sociedad pueda apoderarse de lo que quede por encima de ese máximo..., sino que sobre eso es sobre lo que [el Estado] puede establecer contribuciones extraordinarias cuando sean precisas». Y ponía el ejemplo de un hombre que ganara «cien mil libras de renta de las cuales veinte mil estarían a disposición de la nación», sin que eso significara que «la nación fuera a tomar esas veinte mil libras todos los años», sino sólo cuando las necesitara total o parcialmente.<sup>[107]</sup> Al margen de la ingenuidad angelical del planteamiento, no es difícil imaginar lo que pudo pensar cualquiera de esos «hombres de a cuarenta perras» —así se denominaba despectivamente a los *sans-culottes* que no pasaban de las 2 libras diarias de salario— si tuvo la oportunidad de escuchar en su sección la lectura en voz alta de este ejemplo.

Roederer representaba la ortodoxia del pensamiento liberal y de las actitudes

burguesas. Era el arquetipo de los monárquicos constitucionales que habían pilotado la Revolución hasta la caída del trono: ilustrado, amante de los filósofos, miembro de la Sociedad de 1789 como Mirabeau, Bailly, Lafayette o el propio Condorcet. Destituido como procurador síndico, junto al alcalde Pétion, por no haber impedido la invasión «pacífica» del palacio el 20 de junio de 1792 y repuesto luego en el cargo, Roederer se había redimido el 10 de agosto, durante la mañana del asalto a las Tullerías, al convencer al rey de que se refugiara con su familia en la Asamblea y escoltarle personalmente en medio de los insultos y forcejeos de los atacantes.

En otras condiciones habría sido un buen candidato para suceder al dimitido Chambon como alcalde. Pero la prueba de cuál era no la correlación de fuerzas, sino la diferencia de capacidad organizativa en aquel París que había pasado casi sin solución de continuidad del *shock* de las matanzas de septiembre al de la ejecución del rey, quedó patente en el resultado de la elección que tuvo lugar el 14 de febrero en las cuarenta y ocho secciones: Pache, 11.881 votos; Roederer 1118 votos. El que el tercer lugar lo ocupara, sin ser candidato, el exministro Roland, con 494, indica que los moderados ni siquiera habían sido capaces de coordinar una estrategia.<sup>[108]</sup>

La candidatura de Pache había brotado en cambio del Club de los Jacobinos, donde su estrecho colaborador en el Ministerio de la Guerra, Hassenfratz, había mostrado un perfil muy activo en los días y semanas anteriores.<sup>[109]</sup> Y contaba además con el respaldo de los sectores más radicales de las secciones: no en vano había acogido a numerosos *sans-culottes* en su departamento, y los Defensores de la República habían comparecido ante la Convención para intentar evitar su destitución.

Sin embargo, el que jacobinos y *enragés* compartieran el control de la Comuna y se hubieran puesto de acuerdo en quién debía ser el nuevo alcalde no significaba en absoluto que su política económica fuera la misma. De hecho la reacción inicial de la Montaña a la escalada de peticiones que habían culminado en la del 12 de febrero era intercambiable con la de los moderados. El origen social y profesional de la mayoría de los diputados *montagnards* era prácticamente el mismo que el de los miembros de la diputación de la Gironda y sus amigos y aliados. Entre ellos sólo había un verdadero *sans-culotte* —el cardador de Reims Jean-Baptiste Armonville—<sup>[110]</sup> y no pasaban de media docena los que usaban carmañola y pantalón.<sup>[111]</sup> Su ideología también era muy similar, aunque buena parte de sus miembros fueran menos fundamentalistas en la defensa de la libertad de comercio, y el apoyo que recibían de los *sans-culottes* en la calle o desde las tribunas les obligaba al menos a escucharles.

La personalidad y las actitudes políticas de Robespierre eran claves en esta especie de puente siempre tendido entre dos sectores sociales tan alejados. Aunque Danton y Marat tenían mucha más capacidad de conectar con el pueblo a través de sus modales y apelando a sus instintos, el Incorruptible era, con toda su atildada y afectada distancia, el único dirigente de la Montaña con un verdadero atisbo de lo que podría llamarse sensibilidad social. «El primer derecho es el derecho a la existencia, la primera ley social es por lo tanto la que garantiza a todos los miembros de la

sociedad los medios para existir y todos los demás derechos deben estar supeditados a este», había dicho en la Convención el 2 de diciembre a propósito del vandalismo relacionado con las subsistencias. No era mucho, pero era algo. En su obsesión por dar siempre un paso «en la dirección de los acontecimientos», Robespierre no dejaba de observar siquiera fuera de reojo los movimientos populares. De ahí que para él, tan espartano, tuviera que resultar especialmente inquietante el ataque a la imaginaria opulencia gastronómica de alguien moldeado a su imagen y semejanza como Saint-Just.

Sobre todo teniendo en cuenta que llovía sobre mojado, ya que la semana anterior se había producido un incidente que contribuía al desprestigio de la Montaña, a partir de la afición a la buena mesa que algunos de sus diputados ejercitaban, ajenos a las privaciones del pueblo. La Convención acababa de escuchar el informe del Comité de Guerra, escrito por el *montagnard* Merlin de Douai y leído por el periodista moderado Carra, en el que se proponía la rehabilitación del general Dillon,<sup>[112]</sup> apartado del mando por haber obligado a sus tropas a jurar fidelidad al rey tras el asalto a las Tullerías del 10 de agosto. En el momento en que se iba a proceder a la votación, el diputado Duhem, médico de Lille caracterizado por su celo antimonárquico, exclamó sarcásticamente: «¡Han cenado en casa de Arthur Dillon!».

Nada se aclaró sobre la marcha, y a pesar de las numerosas voces que pedían el aplazamiento del debate, la Convención aprobó la propuesta de rehabilitación. Pero en su siguiente número *Révolutions de Paris* tiró de la manta: la opípara cena se había celebrado el martes día 5, la propia víspera del debate sobre la suerte del general, y habían asistido «treinta de nuestros legisladores republicanos, algunos de ellos de la Montaña». Lo más vergonzoso es que había varios miembros del Comité de Guerra —incluidos Merlin y Carra— y también estaba el nuevo ministro y amigo de Dillon, Beurnonville. Pero junto a ellos acudieron algunos de los diputados más próximos a Danton, como Basire, Chabot, Fabre d'Églantine y por supuesto «Camille Desmoulins con su encantadora esposa».

El semanario de Prudhomme recurría a la ironía preguntándose «qué habría dicho el bravo general Santerre», en plena cruzada contra el consumo innecesario, si se hubiera enterado de que «el coste de esa cena habría bastado para compensar a París de todos los gastos que se atribuyen a los perros y los gatos». Pero también añadía: «Vivimos más que nunca en el reino de los intrigantes; el hombre inocente sólo prueba su virtud a través de una buena cena».<sup>[113]</sup>

Doblemente picado en su amor propio por la referencia a Lucile —pronto se insinuaría que Dillon le tiraba los tejos y él se comportaba como el marido complaciente—, Camille contestó en el número siguiente con una carta tan bien escrita como mal argumentada, pues alegaba que «a qué venía tanto ruido por un pavo a las trufas cenado durante el carnaval en casa de un general que ha salvado a Francia», y que «si a los doctores de la Sorbona se les permitía leer los libros que estaban en el Índice, bien puede permitírse nos a Chabot y a mí cenar con un general



que está en el Índice».<sup>[114]</sup>

Pocas veces el gusto por la frase hizo tanto daño a un virtuoso del género. Marat se limitó a comentar en el mismo tono que el problema era que «Desmoulins y Chabot son bien conocidos por tener un estómago aristocrático, aunque su corazón sea patriota».<sup>[115]</sup> Pero el impacto de la noticia en los ambientes populares fue devastador en la medida en que alimentaba todos los estereotipos propagandísticos de los *enragés* y asimilaba a los *montagnards* con prácticas que se suponía propias de la «aristocracia burguesa», teóricamente más cercana a los brissotinos y rolandinos.<sup>[116]</sup> A la hora de disfrutar de la mesa en medio de la escasez del pueblo, todos los diputados parecían iguales.

De ahí la inquietud de Robespierre por la referencia a lo bien que cenaba Saint-Just porque, más allá de la injusticia de esa mención, lo que a él de verdad le preocupaba —y en esto coincidía con Marat— es que se produjera un cambio en la agenda de la agitación revolucionaria que distrajera la atención de las masas de la que era su gran prioridad política: la denuncia de la traición de los diputados que habían tratado de salvar al rey y la consecuente destrucción de su tambaleante mayoría parlamentaria.

Ese contexto explica la inusual decisión de 18 de los 23 diputados por París de dirigir una carta conjunta a sus electores. Tanto su estilo como sus argumentos tienen el sello indiscutible de su primer firmante, Maximilien Robespierre,<sup>[117]</sup> pues no faltan ni una invocación a la divinidad —«No quiera Dios que despreciemos los abusos contra el patriotismo»—, ni una referencia a los modales de los peticionarios —«su actitud indecente en presencia de la Convención nacional [...] nos desveló la baja intriga»—, ni anticipaciones muy significativas de la que pronto será su retorcida teoría de la conspiración por la que podrá achacar a los contrarrevolucionarios cualquier episodio que no encaje con sus ideales e intereses.

Quizá el pasaje más revelador de hasta qué punto Robespierre desdeñaba la cuestión de las subsistencias como un asunto menor es aquel en el que, después de prometer enfáticamente «no escatimar ningún medio para que triunfe la causa de la humanidad sufriente», añadía: «El deber de sus representantes no es empujar al pueblo a la desesperación mediante alarmas exageradas para forzarle a recibir a la vez cadenas y pan [...]. Su deber no es sólo dar al pueblo pan, como se les da el pasto a los más viles animales. Los déspotas también daban pan a sus súbditos por su propio interés».

El verdadero propósito del mensaje era en todo caso prevenir al pueblo contra quienes pusieran demasiado celo en defender sus intereses. Merece la pena seguir con atención su lenguaje paradójico: «No es imposible que quienes se han esforzado siempre en aniquilar los principios de la libertad tomen el partido de extremarlos, en algunas ocasiones en las que no se pueden aplicar, para desacreditarlos o para tener un pretexto de [denunciar el] desorden y [la] anarquía. No sería imposible que quienes han intentado siempre envilecer al pueblo trataran de empujar su descontento

hasta el exceso [...] para demostrar al mundo que la parte de la sociedad oprimida por el despotismo no está hecha más que para servir o arrastrarse. No os asombréis si los que tratan de deshonrar a los defensores de los derechos de la humanidad y a los amigos de la moral pública mediante las nuevas denominaciones de “agitadores” y “desorganizadores” crean ellos mismos verdaderos agitadores para dar base a sus calumnias».

Partiendo, pues, del principio de que cuanto más amigo o afín parezca alguien, más enemigo u hostil puede ser en realidad, Robespierre iba tejiendo su tela de araña para intentar atrapar las moscas que perseguía: «Sería bastante hábil colocar un día a los defensores de la libertad entre las venganzas de la aristocracia y la desesperación del pueblo o, más bien, para no hablar sino de aquello que es posible en Francia y en París, disfrazar a los sicarios de la realeza o de la aristocracia bajo el manto de la indigencia y la librea de la pobreza [...]. Es verdad que, como decía recientemente un representante del pueblo desde la tribuna de la Convención —se trataba de un guiño a Danton—, <sup>[118]</sup> incluso en sus justas venganzas el pueblo ha respetado a aquellos de sus mandatarios que más insolentemente han traicionado su causa».

O sea, que después de dejar claro que quienes tuvieran mayor apariencia de pobres eran los que debían suscitar mayor presunción de opulencia, Robespierre había centrado el tiro en los diputados «traidores». Bastaría una nueva alusión a los que «intentaron arrancar al tirano de la justicia de las leyes» para que cualquiera estuviera en condiciones de entenderlo. Pero, por si pudiera haber quedado alguna duda, ya se había encargado Marat de despejarla en la posdata de su propio relato de lo ocurrido: «Por poco que sigáis los manejos de Plaisant de la Houssaye y de Poupel os daréis cuenta pronto de que están en contacto con los brissotinos, y de que Clavière —el ministro de Finanzas, discípulo de Mirabeau y amigo de los moderados— es el que maneja los hilos». Menos mal que ignoraba sus lazos con el barón de Batz.

¿Quiénes eran los brissotinos sino los seguidores de Brissot? Pues, con gran sentido de la oportunidad, el periódico de Marat encabezaba aquel miércoles 12 de febrero su pequeña portada en tamaño cuarto con un enunciado explosivo: «Carta del monárquico Brissot, encontrada en los papeles de Laporte, intendente de la lista civil». ¿«Monárquico» Brissot? Eso era imposible. Si alguien se había distinguido desde los inicios de la Revolución por sus ideas republicanas, si alguien se había caracterizado durante la Asamblea Legislativa por sus ataques a la Corona y a su titular hasta el punto de convertirse en una de las bestias negras de las Tullerías, si alguien acababa de servir de punta de lanza de la nueva República contra su más poderoso enemigo exterior, ese era Brissot. Una cosa era que el promotor de *Le Patriote Français* se hubiera apuntado al moderantismo de sus amigos de la Gironda y los Roland y hubiera sido expulsado del Club de los Jacobinos por su hostilidad hacia la Comuna, y otra que fuera a resultar un monárquico camuflado.

Sin embargo, era cierto que la correspondencia del exministro de Marina Arnaud

de Laporte, a quien el rey había confiado el control de sus fondos secretos, había deparado ya unas cuantas sorpresas desde la apertura del Armario de Hierro.<sup>[119]</sup> ¿Se trataría de un nuevo caso de corrupción como el de Mirabeau? ¿Sería el primer ejemplo flagrante de alguien que habría estado embozado durante años bajo la máscara del patriotismo mientras traicionaba al pueblo, entendiéndose con el tirano? Había que leer esa carta.

Ocupaba las páginas 7 y 8 del número 121 de *Le Journal de la République Française* bajo dos epígrafes. El primero atribuible a la propia redacción, es decir, a Marat, decía: «Copia de un escrito sin fecha firmado Brissot de Varville». El segundo era el título propiamente dicho de la carta: «Reunión de los buenos ciudadanos». Y el texto respondía a este concepto, pues se trataba de una especie de plan de acción para aglutinar a los diputados partidarios de una Monarquía a la inglesa, una vez aprobada la Constitución de 1791.

«Es una lástima —decía— que la Constitución no se haya establecido sobre bases más monárquicas, que no haya más que una sola cámara y que el rey no tenga más que un veto suspensivo [...]. En la Asamblea es preciso mantener una gran calma y una concertación sostenida de los principios y opiniones que tiendan verdaderamente a la libertad, a la paz y al orden público». Llegados a este punto la redacción, o sea, Marat, había decidido destacar en letra cursiva la siguiente frase: «Es sobre este plan sobre el que es preciso restablecer y defender la autoridad real». La carta terminaba proponiendo, por cierto, que «diez o doce diputados» se encargaran de denunciar ante los tribunales a L'Ami du Peuple. Y de nuevo se hacía constar la firma del autor: «Brissot de Warville». La inserción se cerraba con una nota presentada también en cursiva: «La firma ha sido borrada de una forma que permanece perfectamente legible». Es decir, que alguien había intentado hacerla desaparecer sin éxito.

El contenido no dejaba desde luego lugar a ninguna duda. Su autor era un monárquico redomado. Aquello era definitivo. Un año después de su publicación, el título del panfleto de Camille Desmoulins «*Brissot demasqué*» se hacía realidad. Todos cuantos habían sentido celos de su influencia durante la Legislativa, todos cuantos habían dado crédito a las infundadas acusaciones de venalidad dirigidas contra él, todos cuantos habían convertido frívolamente el verbo «*brissoter*» en sinónimo de «robar», se frotaron las manos. ¡Brissot desenmascarado! Sólo hacía falta que la carta fuera auténtica.

## NUEVE

—Ciudadanos, me sentiría culpable si abusara del tiempo de la Asamblea para emplearlo, en las circunstancias críticas en las que estamos, en reclamaciones puramente personales. No juzguéis, pues, desde este punto de vista lo que voy a denunciaros.

El viernes 15 Brissot hacía uso de la palabra y todos los diputados sabían a qué iba a referirse. La expectación era grande. Esta vez no leería.

—En el Comité de Seguridad General hay una carta firmada «Brissot de Warville», dirigida por lo que se dice a Laporte y que contiene los sentimientos de un monárquico. Yo declaro que esta carta no es mía, que la escritura no tiene ninguna similitud con la mía y que la firma «Brissot» ha sido falsificada.

Sin gran elocuencia pero de forma convincente y clara Brissot explicó que se trataba de una carta de un redactor del diario monárquico *Gazette de France* llamado Watteville y que la similitud de su apellido con el gentilicio que él había adoptado en el pasado —pretendiendo, dicho sea de paso, alardear de un linaje que no tenía, pues no era sino el decimotercer hijo del propietario de un restaurante de Chartres— había inducido inicialmente a una confusión, aclarada en su día por la Comuna cuando examinó los papeles de Laporte.

—No sé por qué extraño motivo esta carta ha reaparecido al cabo de tres meses en el Comité de Seguridad General con la palabra «Brissot» puesta delante de «Watteville», ligeramente tachada para convertirla en «Warville». A partir de ahí se ha montado contra mí un mecanismo de difamación.

Y entre fuerte murmullos de la izquierda concretó su denuncia:

—Esta carta ha sido entregada a un periodista que la ha impreso. Que la Asamblea juzgue la conducta de un comité que ha querido aprovechar una falsificación para perder a un colega, a un ciudadano; de un comité que ha acordado enviarla a las sociedades populares e imprimirla en todos los periódicos. Pero una falsificación se ha cometido y mi deber es denunciarla. Pido que se obligue al comité a depositar la carta en el Tribunal Penal del Departamento de París para que se investigue al autor y a sus cómplices.

En nombre del Comité de Seguridad General Basire se sintió obligado a replicarle, precisando que las tres palabras de la firma —Brissot de Warville— «fueron escritas el mismo día, con la misma tinta y por la misma mano», y refutando con sorna su acusación más concreta.

—Esta carta no ha sido entregada a ningún periodista y Marat debe acordarse de que la ha copiado él mismo en la sede del comité. Las dudas que teníamos se han confirmado en el momento en que Brissot nos ha aportado una carta escrita por él. La confrontación con la otra nos demostró que no estaban escritas por la misma mano.

—¡Es abominable! —gritó un diputado moderado, haciéndose eco de la sensación de que Basire les estaba tomando el pelo.

—No hay nada abominable en esto. Se acordó pedir la escritura de Brissot para poder compararla porque la idea era que la carta no se hiciera pública ni se entregara a las sociedades populares hasta no asegurarnos de la verdad de los hechos.

El carnicero Legendre, mucho más acaudalado y ostentoso que el director de *Le Patriote Français*, respaldó entonces a su amigo y compañero del comité:

—¿Cómo puede acusaros Brissot de haber cometido una falsificación?

Y Basire aprovechó para intentar hacer de la mentira verdad:

—Lo único que confieso es que leyendo esta carta y reconociendo en ella el tono, el aspecto y el estilo de un intrigante, nos pareció que tenía que ser de Brissot...

La indignación del lado derecho de la Convención desató entonces un gran escándalo con todo tipo de invectivas. Así era como se difamaba a Brissot desde que había roto con la Montaña y los jacobinos. Sébastien Mercier escribiría que su crimen era haber «desertado de la caverna».<sup>[120]</sup> Lasource, el moderado que había sido incorporado al Comité de Seguridad General, se sintió obligado a revelar algo que había vivido:

—Voy a citar un hecho importante. Sé que no hay ningún decreto consignado en las actas, pero en el comité se deliberó que había que publicar la carta en los periódicos.

—¡Eso no es verdad! —exclamó Basire.

—Es verdad. Marat la ha publicado y ¿cómo podría haberlo hecho si la intención del comité no hubiera sido la que fue? Yo declaro que a la salida pregunté si era esa la intención y Basire me respondió que sí.

El tumulto subió aún más de grado ante una acusación tan concreta como la de Lasource. En medio de la bronca Legendre intervino a voz en grito:

—Lo que pretenden todos los conspiradores es la renovación del comité. Presidente, llamad al orden al lado derecho. Sí, presidente, ¡enviadlos a la Abadía por el honor de la Convención!

Marat le secundó burlándose de los moderados desde lo alto de la Montaña:

—Pues vais dados: no habrá renovación del comité. Es bueno vigilar a tunantes como vosotros.

La discusión se cerró en medio de un gran pandemonio con el acuerdo de enviar la carta al tribunal para que la justicia investigara los hechos. No serviría de nada, pero había quedado claro que Marat había presentado en su periódico como auténtica una carta que de sobra sabía que era falsa. Para difamar a ese adversario y proporcionarle una areola de traidor, el fin justificaba los medios.

## DIEZ

Difícilmente podría imaginarse un momento más inadecuado en una atmósfera más contraproducente para que Marie-Jean-Antoine Nicolas de Caritat, exmarqués de Condorcet, expusiera su ambicioso intento de conciliar la filosofía de las Luces con el espíritu de la Revolución y de casar el ejercicio de la soberanía popular con la viabilidad de la democracia representativa. Pero quiso el destino que fuera inmediatamente después de la bronca por las maniobras rastreras en torno a la falsa carta de Brissot cuando le tocara subir a la tribuna para leer y defender el proyecto de Constitución en el que él y sus compañeros de comité habían estado trabajando durante cuatro meses.

Condorcet no era sólo un gran pensador, heredero de los notables filósofos con quienes había colaborado en la *Enciclopedia*, un gran matemático distinguido en la Academia de Ciencias por sus trabajos sobre los cometas o el sistema métrico, y un gran anfitrión cuya hospitalidad anhelaban los personajes mundiales de la cultura o la política que visitaban París; también era un hombre de acción, obsesionado por el progreso concreto de la sociedad en la que vivía. «Poco importa que todo esté bien — había escrito en su extensa introducción a las *Obras completas* de Voltaire—, siempre y cuando actuemos de forma que todo esté mejor de lo que lo estaba antes de nosotros».<sup>[121]</sup>

Su principal empeño desde el inicio de la Revolución no era otro sino «racionalizar la vida social y política [...], transformar una sociedad de órdenes y de “estados” en una nación de ciudadanos dotados de derechos iguales ante la ley».<sup>[122]</sup> A ello había contribuido a través de sus lazos con la Sociedad de 1789, con el Círculo Social del abate Fauchet y con amigos como Brissot o buena parte de los diputados de la Gironda. También compatibilizando el escaño tanto en la Legislativa como en la Convención con la crónica parlamentaria en diversos periódicos.

Su salida de *Le Journal de Paris* —órgano de los monárquicos constitucionales— expresa muy bien cuál era su talante. Sus propietarios le escribieron explicándole que «las reflexiones severas sobre el rey y sus ministros que os habéis sentido obligado a mezclar con el relato de las sesiones han provocado un fuerte descontento en gran parte de nuestros lectores». Eso les obligaba, con gran sentimiento, a prescindir de su colaboración. Condorcet les contestó dándoles las gracias «porque en un momento en el que tantos hombres que en el pasado se jactaban de amar la verdad venden su opinión y su pluma, ustedes me hayan hecho el honor de crearme incapaz de hacer lo propio».

Esa respuesta se publicó ya en *La Chronique de Paris*, que pudo jactarse de tener entre sus firmas «al amigo de Turgot, al digno émulo de D’Alembert».<sup>[123]</sup> Condorcet había dado el salto del ámbito especulativo de la ciencia al mundo cruel de la lucha política y periodística sabiendo bien a lo que se exponía. Eludía siempre los



enfrentamientos personales, pero no podía evitar ganarse la inquina de quienes como Robespierre, Marat o su perseguidor implacable, Chabot, le veían como una especie de vestigio del pasado aristocrático y una amenaza para sus planteamientos igualitarios, aunque a la vez podían tener motivos para envidiar su fundado ascendente intelectual.

Desde el inicio de la Revolución Condorcet había librado ya unas cuantas batallas —la defensa de los derechos de los negros, la instrucción pública o la libertad de comercio— junto a Brissot, Vergniaud y otros moderados, pero «no era el hombre de un partido, sino el de una causa»,<sup>[124]</sup> y consideraba que nada debía limitar el libre albedrío que le dictaban su ciencia y su conciencia. Así se lo advirtió incluso a sus representados: «El pueblo no me ha enviado [a la Convención] a defender sus opiniones, sino a exponer las mías. No se ha confiado a mi celo, sino a mis luces, y la independencia absoluta de mis opiniones es uno de mis deberes hacia él».<sup>[125]</sup>

Su nombre nunca aparecerá ni entre los asistentes a las reuniones de *madame* Roland ni entre los miembros del «Comité Valazé». El único salón que frecuentaba era el de su propia esposa, la atractiva y brillante Sophie —hija de los marqueses de Grouchy—, veinte años más joven que él, traductora de importantes obras del inglés y activista de los derechos de la mujer. De entre los prohombres de la Revolución sólo Condorcet se había atrevido a defender el sufragio femenino. Por su casa del Hôtel des Monnaies —luego se trasladó a la cercana calle de Lille—<sup>[126]</sup> habían pasado Adam Smith y Thomas Jefferson. Era un salón más literario y cultural que político, frecuentado por intelectuales de talento como Beaumarchais, Chamfort, Malesherbes o el joven Andrea Chénier y su amigo el poeta Roucher. Cuando Thomas Paine vino a vivir a París a comienzos de 1791 se instaló en casa de los Condorcet, desatando maledicencias que ambos acogieron desdeñosamente.<sup>[127]</sup>

Condorcet tenía en 1793 cuarenta y nueve años. Era mayor que casi todos los diputados de la Convención y la figura más respetada del sector moderado de la cámara. Fiel a esa proverbial independencia se había desmarcado de buena parte de los ataques de sus amigos contra la Montaña y la propia Comuna de París. En parte porque los consideraba desmesurados —caso del discurso de Louvet contra Robespierre o sobre todo de las imputaciones de los Roland contra Danton, por quien sentía una gran simpatía—, en parte porque como parisino le parecían injustos hacia su ciudad y sobre todo porque los veía contraproducentes de cara al gran objetivo de «mantener la Revolución en su línea liberal, rechazando tanto el regreso al viejo orden como el advenimiento de un régimen popular».<sup>[128]</sup>

En las votaciones sobre la suerte del rey, Condorcet había dejado su impronta al pronunciarse contra la apelación al pueblo por no estar aún regulado ese procedimiento por una nueva Constitución; al pedir la aplicación de «la pena más grave que esté en el Código Penal y que no sea la muerte» —trabajos forzados a perpetuidad—, porque la pena capital «va contra mis principios y no la votaré jamás»; y al rehusar pronunciarse sobre el aplazamiento: «Yo no tengo voto». Jaurès

resumirá todo ello como «la complicación de su noble pensamiento, las incertidumbres de su voluntad».<sup>[129]</sup>

Tal vez por eso, porque Condorcet huía de la simplificación y la brocha gorda, era en el Comité Constitucional donde se había sentido más útil y realizado. La elección de sus nueve miembros, encargados de redactar un proyecto de constitución republicana, había tenido lugar el 11 de octubre y reflejó de alguna manera la meritocracia intelectual de la Revolución. El más votado había sido el inclasificable abate Sieyès, lo cual implicaba que «su silencio y su retirada —durante la etapa de la Asamblea Legislativa— no habían debilitado su prestigio de antaño [...] y continuaba siendo el defensor del pueblo, el primero que había proclamado los derechos soberanos de la nación».<sup>[130]</sup> A continuación quedaron las cuatro principales figuras del sector moderado, es decir, Pétion, Vergniaud, Brissot y Gensonné, con la incrustación, justo en medio del cuarteto, del propio Thomas Paine.<sup>[131]</sup> Las plazas séptima y octava fueron para el basculante Barère y para Danton, mucho más interesado por la política exterior que le obligaba a desplazarse una y otra vez a Bélgica. Condorcet fue el último de la fila, tal vez porque ya había acumulado a través del periodismo un gran número de adversarios; pero era, junto a Paine y Sieyès, el único verdaderamente interesado en las cuestiones constitucionales. En definitiva era él quien había «deseado, previsto la República, meditado sobre sus problemas»,<sup>[132]</sup> y eso le permitió coger enseguida la batuta en el comité.

La principal complicación para ese grupo no vendría de quienes lo integraban, sino de quienes habían quedado excluidos. Robespierre y su acólito Couthon habían intentado que se les tuviera en cuenta y ni siquiera habían conseguido figurar entre los suplentes.<sup>[133]</sup> Según los recuerdos de Durand de Maillane, principal figura de la, más que ambigua, apática Planicie, eso fue «un nuevo motivo de descontento y celos contra el partido de Pétion»<sup>[134]</sup> y garantizaba que cualesquiera que fueran las propuestas que salieran del comité iban a contar con la enemistad de los jacobinos. Pero eso no limitaba el alcance de sus propósitos. Por si quedara alguna duda de cuál había sido el ánimo del grupo, el propio Condorcet dejó escrito en *La Chronique de Paris* que «el Comité de Constitución antes de empeñarse en un plan de trabajo ha sentido que está llamado a preparar un código de leyes no sólo para Francia, sino para todo el género humano». En consecuencia invitaba «a todos los amigos de la libertad a comunicar en todas las lenguas las ideas apropiadas para servir de materiales a la Constitución Francesa».<sup>[135]</sup>

Fiel a esa filosofía Condorcet había dirigido a lo largo de 1792 y 1793 una serie de manifiestos o mensajes a algunos de los principales pueblos europeos e incluso uno «a todos los pueblos del mundo». Su «Aviso a los españoles», varios meses anterior al proyecto de Constitución, no tenía desperdicio, en la medida en que expresaba tanto el voluntarismo histórico del autor como su obsesión reglamentista. Su punto de partida era que España iba a ser el país que obtuviera «ventajas más

rápidas e inesperadas de la Revolución Francesa». A continuación reducía los últimos trescientos años de historia española a una sucesión de rapiñas y depredaciones de dos «familias extranjeras» como los Austrias y los Borbones. ¿La solución? Pues que el clero diera la espalda a la Corona y la nobleza y se sumara al pueblo para elegir a sus representantes: «Españoles, no tenéis que deliberar más [...]. Reunid a vuestras Cortes [...], deponed a vuestro rey». Terminaba proponiendo que cada pueblo o ciudad nombrara delegados para formar confederaciones provinciales que a su vez escogerían cuatro representantes —ni uno más ni uno menos— para entenderse con las provincias vecinas hasta formar una Asamblea Constituyente.<sup>[136]</sup>

Como Desmoulins o Brissot, Condorcet se sentía mucho más cómodo con la pluma en la mano delante del tintero que en la tribuna de un lugar con tan mala acústica como la Convención. En muchas de sus intervenciones oratorias parecía hacer honor a la definición que su maestro D'Alembert había hecho de él, y se comportaba como «un volcán cubierto de nieve». A pesar de ello, aquel viernes 15 de febrero sacó fuerzas de flaqueza para estar a la altura de la ocasión y comenzó a leer con la mejor entonación y elocuencia posibles el largo discurso en el que presentaba el proyecto de Constitución. A juzgar por sus primeras palabras parecía como si de su boca hubieran comenzado a surgir a un tiempo *El espíritu de las leyes* de Montesquieu, *El contrato social* de Rousseau y el *Diccionario filosófico* de Voltaire:

—Dar a un territorio de 27.000 leguas cuadradas habitado por 25 millones de individuos una Constitución que, fundada tan sólo sobre los principios de la razón y la justicia, asegure a los ciudadanos el goce más completo de sus derechos; combinar las partes de esta Constitución de manera que la necesaria obediencia a las leyes y la sumisión de las voluntades individuales a la voluntad general deje subsistir en toda su extensión la soberanía del pueblo, la igualdad entre los ciudadanos y el ejercicio de la libertad natural: ése es el problema que debemos resolver.

Sin embargo, fue un poco más adelante, allá por el tercer párrafo, cuando Condorcet habló ya por sí mismo:

—Es preciso que la nueva Constitución sea conveniente para un pueblo en el que se alcanza un movimiento revolucionario y que, sin embargo, también lo sea para un pueblo pacífico. Es preciso que, calmando las agitaciones sin debilitar la actividad del espíritu público, permita a este movimiento apaciguarse, sin volverlo más peligroso reprimiéndolo, sin perpetuarlo mediante medidas mal combinadas o inciertas que transformarían este calor pasajero útil en un espíritu de desorganización y anarquía.

Aunque cada palabra estaba cuidadosamente elegida y compensada con la siguiente, estaba claro a dónde quería llegar el ponente. Su anhelo era el mismo que sucesivamente había palpitado en el pecho de Necker, del duque de Orleáns, de Mirabeau, de Lafayette, de los Roland o ahora de sus amigos de la diputación de la Gironda: estabilizar la Revolución. Pero la gran diferencia es que era la primera vez que se intentaba hacerlo mediante un instrumento tan sofisticado y ambicioso como

una Constitución Republicana.

El gran desafío era cómo zanjar, de forma aceptable para todos, la disyuntiva entre democracia directa y democracia representativa. Es decir, planteándolo crudamente, cómo bloquear, desviar y neutralizar «el derecho a ejercer directamente la soberanía mediante la violencia insurreccional, reivindicado por el pueblo de París».<sup>[137]</sup> Y, tal y como fue quedando patente, lo que Condorcet y sus colegas proponían —Sieyès, Barère y sobre todo Paine habían perfilado con él esta parte sustantiva— era canalizar ese debate a través de la limitación, más que del equilibrio, de poderes. Es decir, mediante una delegación del pueblo en sus representantes «tan limitada, precaria y controlada como fuera posible».<sup>[138]</sup>

Para empezar, la legislatura, elegida por sufragio universal a través de las asambleas primarias, sólo duraría un año (título VII del proyecto). Todas las demás autoridades también serían elegidas por el pueblo, incluidos los jueces y los propios ministros, que, en número de siete, formarían un Consejo Ejecutivo cuya presidencia rotaría cada quince días para que ninguno terminara convirtiéndose en un monarca republicano. Tendrían dos años de mandato y su designación partiría de las asambleas primarias de los ochenta y cinco departamentos. Cada uno de ellos aportaría una relación de trece nombres y el poder legislativo los incorporaría a una única lista de candidatos sobre la que las asambleas primarias volverían a votar para elegir el gobierno (título V del proyecto). La filosofía era, pues, que «la designación partía del pueblo y volvía al pueblo»,<sup>[139]</sup> pero su aplicación no podía ser más enrevesada.

Todavía más alambicado era el procedimiento estelar por el que el pueblo controlaría la labor legislativa de sus representantes. Se trataba de un mecanismo singular, a mitad de camino entre el voto de censura y la iniciativa popular. Bastaría un escrito de cincuenta ciudadanos para que un departamento pudiera pedir a la Asamblea Legislativa que tomara una proposición de ley en consideración. Los diputados podían rechazarla, pero si otro departamento se sumaba después, estaban obligados a convocar a todas las asambleas primarias del país en las que los ciudadanos deberían contestar sí o no, sin apenas deliberación, a la pregunta tasada de si los legisladores habían actuado correctamente. En el caso de que el voto popular les fuera desfavorable, la legislatura quedaba automáticamente disuelta y se convocaban unas nuevas elecciones en las que no podrían participar los diputados desautorizados por el pueblo.

Marat se burlaría con saña de este tortuoso mecanismo, hasta el extremo de prescribir el manicomio para sus inventores: «¿Quién podría imaginarse que para proponer una ley o revocar una antigua haya que tener a cinco millones de personas en pie durante seis semanas? Es un rasgo de locura que hace merecedores a los legisladores constituyentes de una plaza en las Petites Maisons».<sup>[140]</sup> Y, sin embargo, estudios bastante más recientes consideran que l'Ami du Peuple se quedaba muy corto: «En total, según los casos y la mayor o menor rapidez de las operaciones, [hacía falta] un intervalo de seis a ocho meses [...]. De suerte que la combinación de

un procedimiento de censura largo con mandatos legislativos cortos —un año— convertía su culminación en algo muy improbable».<sup>[141]</sup>

En todo caso el gran conflicto de fondo estribaba en que el proyecto de Constitución iba precedido de una «Declaración de los Derechos Naturales, Civiles y Políticos de los Hombres» y, contagiados por el entorno, Condorcet y sus compañeros de comité se habían visto obligados a incluir en su proyecto el derecho de los ciudadanos a la insurrección o, por decirlo no tan abruptamente, a la «resistencia a la opresión», nada menos que en el artículo primero.<sup>[142]</sup>

Para tratar de arreglarlo, el artículo XXXII establecía que «en todo gobierno libre el modo de resistencia a los diversos actos de opresión debe ser regulado por la Constitución». O sea, que había que establecer una vía de «revolución legal permanente»<sup>[143]</sup> con el loable objetivo de «desarrollar el papel del pueblo y poner fin al reino del populacho»<sup>[144]</sup> o, como escribiría Taine, de «amordazar a la bestia y hacer prevalecer al soberano».<sup>[145]</sup> Pero, claro, pretender encauzar un impulso tan primitivo como el que lleva a un pueblo a alzarse en armas contra el poder a través de un vericuetto tan lleno de formalidades como esa «moción de censura» era como intentar dibujar un círculo cuadrado.

«Supeditar a las formas legales la resistencia a la opresión es el último refinamiento de la tiranía», alegará Robespierre cuando redacte su propia «Declaración de Derechos». Desde el extremo opuesto Taine se burlaría de la «frase extraordinaria» por la que Condorcet reconocía que «en todos los países libres se teme con razón la influencia del populacho», para proponer a continuación: «Dad a todos los hombres los mismos derechos y no habrá más populacho».<sup>[146]</sup> El drama de Condorcet consistía en que ese pueblo, compuesto por ciudadanos pacíficos e ilustrados movidos por el espíritu de civismo en el que él creía, no era aún de su tiempo y no iba a ser sometido a un meticuloso rigodón reglamentista a través de las asambleas primarias —su proyecto constitucional les dedicaba el título más extenso y regulaba hasta la forma de las papeletas y los horarios de las votaciones<sup>[147]</sup> — como se aceleraría su maduración política.

El otro punto más polémico del proyecto era la propuesta de crear «grandes comunas» mediante la asociación de todos los pueblos dentro de una determinada área de diez kilómetros de radio. «Este reequilibrio político a favor del campo no podía evidentemente más que exasperar a los jacobinos y a las sociedades populares, esencialmente urbanas».<sup>[148]</sup> Era una manera de dar voz al mundo rural de la Francia profunda, pero los radicales parisinos estigmatizaron la fórmula como un esbozo del detestado federalismo.

Por lo demás el proyecto que proclamaba el derecho a la instrucción pública, protegía la libertad de comercio, establecía la presunción de inocencia y abolía la pena de muerte para todos los delitos comunes, reservándola para los crímenes de Estado, era un interminable catálogo de buenas intenciones que encima facilitaba



como en pocas ocasiones similares su propia reforma, pues sus autores consideraban que una generación no podía atar a la siguiente. Era un canto a la razón y la tolerancia en un momento en el que había muy pocos dirigentes razonables y casi ninguno tolerante.

El formato de su presentación no contribuyó para nada a su acogida. Condorcet leyó durante varias horas, hasta que ya exhausto fue sustituido por Barère, quien a su vez cedió el testigo a Gensonné. A las seis de la tarde se levantó la sesión de la mañana entre expresiones de hastío, y aún debió quedar para el día siguiente la lectura de más de la mitad del articulado. La reacción de la mayoría de los diputados, más que fría, fue gélida. Baste para constatarlo lo que el propio Condorcet escribió el domingo 17 en *La Chronique de Paris*: «Gensonné ha terminado la lectura del plan de Constitución. Ha sido escuchado sin entusiasmo, lo cual es una razón para pensar que será discutido con la calma de la razón que conviene a una materia de tan grande importancia».<sup>[149]</sup> Ciertamente nadie podrá negar que Condorcet veía siempre el vaso medio lleno e incluso era capaz de sacar agua de las piedras.

Cuando concluyó la interminable lectura del proyecto ninguna de las figuras del sector moderado de la cámara salió a la palestra a respaldarlo. Sólo Lesage, un diputado modesto, asiduo a las reuniones de Valazé, trató de echar un capote al ponente, desafiando a los miembros de los Jacobinos:

—El discurso del ciudadano Condorcet y el proyecto de Constitución que acabáis de escuchar deben de satisfacer a los verdaderos amigos de la libertad y la igualdad.

Eso desató tan fuertes murmullos en la izquierda que Lesage se sintió obligado a insistir.

—Sí, lo repito, el proyecto que acabáis de oír debe contar con la aprobación de los verdaderos defensores de los derechos del pueblo, pero no se trata hoy ni de juzgarlo ni de discutirlo, sino de repartirlo con profusión.

No sin cierta bronca la Convención acordó que tanto el discurso como el proyecto fueran impresos a cargo de la cámara, que se distribuyeran a los departamentos y que cada diputado recibiera seis ejemplares, abriéndose así un periodo de reflexión de dos meses. Era lo esperado. Jeanbon Saint-André pidió entonces la palabra.

—Recuerdo a la Convención que acordó que en el momento en que el Comité de Constitución hubiera presentado su trabajo, sería disuelto. Pido la ejecución inmediata de esta ley.

Más allá de la indelicadeza de las prisas, no había nada que objetar, pues también era lo previsto: Condorcet volvía a ser uno más de los setecientos ochenta y pico diputados. Entonces el abogado de Toulouse, Jean Mailhe, dio el golpe de gracia tanto al proyecto como al amor propio de su autor. Mailhe había sido el inventor de la tan retorcida como sospechosa fórmula sobre la condena a Luis XVI —pena de muerte con debate sobre si procedía o no su aplazamiento— que había permitido a los moderados vergonzantes como Vergniaud convertirse en regicidas. Gozaba de cierto prestigio como jurista, apenas empañado por su presunta venalidad.



—Pido que quienes tengan otros proyectos de Constitución que presentar también tengan derecho a que se impriman con cargo a la nación.

Una voz se alzó desde los bancos de la derecha:

—¡El que quiera esa gloria que pague por ella!

Pero Mailhe insistió y convenció a la Convención de que debía distribuir «todos los proyectos» que salieran de su seno. La cuestión no eran los costes de imprenta, sino que después de tantas horas de trabajo y desvelos, Condorcet y sus colegas veían cómo el trabajo del comité perdía su carácter de ponencia avalada por el conjunto de la cámara y quedaba equiparado a cualquier otro que pudiera ocurrírsele a uno o varios diputados. Eso sí que no entraba en las expectativas de los moderados.

Los jacobinos se frotaron las manos con satisfacción pues, descontentos con la composición del comité y fieles a su vocación de guardianes de las esencias revolucionarias, habían formado hacía ya varias semanas su propio Comité de Constitución con Robespierre a la cabeza. Si tal y como uno de sus miembros, Terrasson, acababa de definirlo, el club era el «centro de la República»,<sup>[150]</sup> es obvio que no podía renunciar a establecer sus reglas fundamentales. Ante la mala impresión que produjo lo escuchado el día 15 en el Manège, el Incorruptible se había sentido obligado a lanzar un mensaje de tranquilidad esa misma noche en la calle Saint-Honoré:

—Los defectos que los patriotas han creído advertir en la Constitución no deben alarmar a los amigos de la libertad y la igualdad. Estos vicios no son peligrosos. En general han sido detectados. Tenemos dos meses para examinarlos. Sólo una buena Constitución podrá ser aceptada. La mayoría de la Convención es pura, yo afirmo que es bienintencionada y que los grandes principios prevalecerán siempre en su seno.

Robespierre no había perdido la ocasión para golpear a sus enemigos reales o imaginarios con el martillo de lo que Garat describirá como su «eterna machaconería».<sup>[151]</sup>

—No veo más que un obstáculo para el triunfo de los verdaderos principios y nace de un resto de desconfianza en muchos miembros de la Convención que aman la libertad, que aman el bien público, pero que aún están bajo el efecto de la impresión que les causaron los libelos repartidos con profusión por la perfidia brissotina.

¿Cuál era su recomendación a los patriotas?

—Adoptemos una actitud de calma, despleguemos la Razón en toda su majestad y os garantizo la victoria.

Y fue entonces cuando, poniendo la venda antes de cualquier herida pero presintiendo lo que podía estar en ciernes, insistió en el principal argumento de la carta conjunta tras la petición sobre las subsistencias:

—Combinando la sabiduría y la prudencia venceremos a la astucia de nuestros enemigos. Ellos desearían que un movimiento parcial que no tuviera la libertad como objetivo les proporcionara la ocasión de decir que un gobierno popular es un foco de anarquía, una fuente eterna de disensiones. Preservadnos de esta trampa mostrando

un respeto inviolable por la ley.

Antes de que sucediera nada, Robespierre ya sabía, pues, cuál sería su actitud ante lo que flotaba en el ambiente y él contribuía a precipitar. El mismo tipo de proceso mental basado en el apriorismo fue el que exhibió su amigo Couthon dos días después, al pronunciarse en el club sobre la propuesta de Condorcet con esa mezcla de ingenuidad y arrogancia que tanto impresionaba al ser desplegada desde su rudimentaria silla de ruedas:

—Ciudadanos, no juzgo aún los proyectos de Constitución y de Declaración de los Derechos Humanos en todos sus detalles, ni siquiera en su conjunto. Es preciso que medite seriamente sobre los artículos que los componen. Pero esto es lo que pienso irrevocablemente...

Y siguió una catarata de descalificaciones contra los puntos neurálgicos del proyecto:

—La Declaración de Derechos me ha parecido de una ambigüedad postiza; los derechos naturales no están claramente expuestos; el principio de resistencia a la opresión está planteado de una manera ininteligible y absurda. Se indica un medio legal, como si para desembarazarse de un asesino hubiera que dejarle tiempo para consumir su culpable designio. El modo de las elecciones implica una teoría complicada. La forma del Consejo Ejecutivo está viciada porque se convierte de hecho en un poder nacional, en una segunda representación, rival de la primera...

A partir de estas premisas Couthon propuso acelerar los trabajos del Comité de Constitución del club para presentar su propio proyecto ante la Convención al amparo de la resolución adoptada a propuesta de Mailhe.

—La Montaña haría todos los esfuerzos para que obtuviera la prioridad, a menos que algún diputado presentara otro mejor.

De nuevo vemos al Estado Mayor —o si se quiere al *think tank*— de una organización política, reunido en su sede ante sus afiliados, dando por seguro que contará con el respaldo de su grupo parlamentario. Los jacobinos acordaron enseguida ampliar su Comité de Constitución a doce miembros. El hecho de que seis de ellos —Robespierre, Saint-Just, Couthon, Jeanbon Saint-André, Collot d'Herbois y Billaud-Varenne—<sup>[152]</sup> terminarían configurando menos de cinco meses después el núcleo duro del Comité de Salud Pública que se erigiría en gobierno revolucionario durante el Terror, es el mejor indicio de hasta qué punto lo que se estaba gestando allí era una operación encaminada a la conquista del poder. El idealista Condorcet pagaría con su vida el que tuvieran éxito.

## ONCE

Los fatigados cascos del caballo de ese «representante del pueblo» al que aludía Robespierre como argumento de autoridad en el párrafo clave de su carta conjunta esparcían por las calles de París los últimos fragmentos del barro ya reseco que habían ido acumulando en el último trayecto del camino desde Bélgica. Danton volvía picando espuelas o haciendo volar su carruaje. Volvía a la capital, a su barrio, a su calle, a su casa, despavorido y conmocionado por la noticia de que su esposa Gabrielle Charpentier estaba en las últimas. Todo se había precipitado en las dos semanas transcurridas desde su marcha y el parto se había adelantado en medio de graves complicaciones.

El primer aviso de su cuñado no había pasado al parecer de ahí, y ninguno de sus biógrafos ha llegado a establecer si Danton sabía antes de llegar a la Cour de Commerce, subir escaleras arriba y encontrarse con los precintos colocados por orden judicial para preservar sus bienes, que Gabrielle había muerto. Todos coinciden en que el impacto emocional fue enorme —el bebé tampoco había sobrevivido— y en que un desconsolado Danton se dirigió al cementerio de Sainte-Catherine, mandó desenterrar el cadáver en plena noche y se abrazó a ella. A continuación llevó allí al escultor sordomudo Claude-André Deseine, residente en el *faubourg* Saint-Marcel, para que hiciera un molde de su rostro inerte. El busto fruto de ese trabajo se exhibiría, no sin polémica y escándalo, en el Salón Artístico de ese mismo año bajo el título «Retrato de la ciudadana Danton exhumada y moldeada siete días después de su muerte».

El cuadro que David pintó en vida de Gabrielle nos muestra a una burguesita de facciones agradables y mejillas redondas y rojizas como manzanas tiernas.<sup>[153]</sup> Tanto su tocado como el pañuelo de seda blanca y el vestido negro con brocados en el escote contribuyen a realzar la sensación de serena aunque melancólica conformidad que brota de su mirada. Ese retrato de la esposa de una familia acomodada se ve plenamente confirmado por el inventario de los bienes precintados en el espacioso piso de la Cour de Commerce que sirvió de base a la herencia de sus dos hijos. El mobiliario, ajuar, menaje y vestuario de los Danton fue valorado en 9036 libras, equivalentes a diez años de salario de un *sans-culotte*, e incluía sillones, consolas, un pianoforte, una cubertería de plata, varios anillos y otras joyas, docenas de vestidos, camisas y chalecos, al menos tres fracs para las ocasiones sociales o políticas, y unos tres centenares de botellas con tintos de Burdeos y Borgoña y vinos blancos de Auvergne.

Punto y aparte merece la biblioteca, valorada en otras 2866 libras, y compuesta por centenares de volúmenes de autores clásicos como Virgilio, Ovidio o Plutarco, de grandes escritores modernos como Shakespeare, Montaigne o Cervantes, y de los principales pensadores de su siglo como Rousseau, Montesquieu y Voltaire. Tenía *La*

*riqueza de las naciones* de Adam Smith, el *Diccionario* del doctor Johnson y, por supuesto, todas las entregas de la *Enciclopedia* —valoradas en 600 libras— «a excepción de la última». La mayoría de las obras eran en francés, pero había muchas en inglés —idioma que Danton dominaba— y unas cuantas en italiano, consecuencia tal vez del origen de la madre de Gabrielle.<sup>[154]</sup>

El inventario, que se completaba con más de 2000 libras en metálico —incluidos unos cuantos luises de oro— refleja, pues, no sólo una existencia confortable, rodeada de todas las comodidades de la época, sino también el *modus vivendi* de un espíritu refinado, poco acorde con el estereotipo rústico y grosero del llamado «Mirabeau de los desagües». Si era prácticamente el único de los grandes oradores de la Convención que no escribía ni leía sus discursos, no era por falta de base cultural, como llegaron a creer muchos contemporáneos. Sus reflejos mentales, su agilidad intelectual y su facundia germinaban sobre un suelo bien abonado, pero a diferencia de tantos colegas que enfatizaban sus conocimientos con imágenes históricas y citas clásicas, Danton los camuflaba bajo un barniz de tosquedad que facilitaba su identificación con el pueblo. «Se mostraba bárbaro para conservar toda su popularidad», asegurará Garat, tras definirle con tino como «un gran señor de la *sans-culotterie*».<sup>[155]</sup>

La muerte de su esposa y la reacción emocional de Danton, tan a la altura de su personaje, causaron un enorme impacto en la izquierda jacobina. Con su habitual deformación profesional hacia la teatralidad y el melodrama, Collot d'Herbois no perdió la ocasión de utilizar macabramente lo ocurrido contra sus enemigos políticos. Pocas veces la truculencia declamatoria alcanzó estas cotas, ni siquiera en el club de la calle Saint-Honoré, pues Collot aprovechó su informe acusatorio sobre Roland para hacer una siniestra mezcolanza, caracterizando a los moderados —es una de las pocas citas que dejan constancia de ello— en función del origen de algunos de sus más ilustres oradores.

—Los girondinos han hecho perecer a una ciudadana a la que lloramos todos. ¡Ay, paguemos el tributo de nuestras lágrimas a la generosa esposa del ciudadano Danton! Su marido estaba ausente, ella yacía en su lecho en el que acababa de alumbrar a un nuevo ciudadano. Roland y sus partidarios se han aprovechado de la ausencia de Danton. ¡Los muy cobardes! Le han presentado como el que designaba en las jornadas del 2 y el 3 de septiembre a las víctimas que había que degollar. Su esposa ha recibido el golpe de muerte leyendo en los periódicos esta imputación infame.<sup>[156]</sup>

Robespierre envió en cambio a Danton una de esas cartas que retratan favorablemente a alguien, en la medida en que parecen salidas del corazón:

«Si ante una de las pocas desgracias que pueden estremecer un alma como la tuya, te puede ofrecer algún consuelo la certeza de tener un amigo cariñoso y devoto, yo te la brindo. Te quiero más que nunca y hasta la muerte. Desde este momento yo soy tú mismo. No cierres tu corazón a los acentos de la amistad que estrechan toda tu

pena. Lloremos juntos y hagamos sentir los efectos profundos de nuestro dolor a los tiranos, que son los culpables de nuestras desgracias públicas y privadas [...]. No he ido a verte por respeto a los primeros momentos de tu justa aflicción. Te abraza tu amigo Robespierre».

El que alguien capaz de escribir estas líneas pudiera enviar apenas un año después a su destinatario a la guillotina dice mucho sobre la personalidad de Robespierre, pero todavía más sobre la deriva autodestructiva de la Revolución.

## DOCE

El hilo conductor de los acontecimientos deja muy pocas dudas sobre lo que ocurrió en París el 25 de febrero de 1793. La cuenta atrás comenzó —cómo no— en el Club de los Jacobinos tres días antes. Era viernes y el club acababa de instalar un busto de Le Peletier en el centro de su sala de sesiones.<sup>[157]</sup> Los aplausos aún resonaban en la bóveda de la antigua iglesia cuando una demanda inesperada vino a complicar la noche: las mujeres de la Sección de Quatre-Nations —ahora llamada Unité— pedían que se les cediera el local al día siguiente a las cuatro de la tarde «para debatir sobre el acaparamiento».

Desfieux, como siempre a cargo de la intendencia, alegó que eso era imposible porque el recinto estaba ocupado todas las tardes por los federados autoerigidos en Defensores de la República Una e Indivisible, y sugirió que se les cediera la sala del antiguo refectorio del convento en la que habitualmente se reunía la llamada Sociedad Fraternal de los Dos Sexos, promovida como una especie de catequesis revolucionaria para el pueblo llano. Desfieux subrayó que en esa sala cabían hasta ochocientas personas. Pero en lugar de permitir que la petición se desviase hacia esa solución técnica, «Bonbon» Robespierre entró en el fondo del asunto. Muy en línea con la carta redactada por su hermano, advirtió:

—Las discusiones demasiado repetidas sobre las mercancías alarman a la República.

Desde las tribunas brotaron gritos de desaprobación. Billaud-Varenne,<sup>[158]</sup> que ocupaba la silla presidencial, quiso dar por zanjada la cuestión y pasar al orden del día tras consultar con la asamblea, pero esto sólo sirvió para exaltar más los ánimos. Entre el público surgieron acaloradas voces de denuncia:

—¡En el seno mismo de esta sociedad hay mercaderes, acaparadores que se enriquecen con las desdichas públicas!

Eso era más de lo que muchos miembros del club estaban dispuestos a escuchar en su propia casa. Los de sangre más caliente comenzaron a su vez a increpar al público y pronto se organizó tal zapatiesta que Billaud-Varenne —según el uso calcado del reglamento de la cámara legislativa—, tras haber agitado la campanilla en vano, se vio obligado a cubrirse.

Cuando parecía que se había restablecido la calma pidió la palabra quien sin duda era el hombre del momento. Se trataba de Edmond Dubois-Crancé, elegido la víspera presidente de la Convención tras una reñida pugna —200 votos frente a 183— con el considerado como número dos de la diputación de la Gironda, Gensonné. De nuevo —como había sido el caso de Bréard— un *montagnard* razonable, un jacobino no exaltado, había obtenido la confianza de la cámara y a ello había contribuido decisivamente la buena impresión que había causado su propuesta de reforma militar presentada el día 11. Teniendo en cuenta que Gensonné había terminado siendo el



portavoz del proyecto constitucional, todo indicaba que con esa elección los diputados habían querido establecer cuál era su prioridad. El representante del Comité de Defensa General se había impuesto al del Comité de Constitución porque disputar la guerra parecía más urgente que organizar la paz.

Para Dubois-Crancé había llegado el momento de poner todos sus conocimientos militares al servicio de sus ideales revolucionarios. Había nacido en las Ardenas, casi en la frontera con Alemania, en el seno de «una familia burguesa que por los servicios prestados a la Monarquía se había alzado hasta el rango de la pequeña nobleza y se había convertido en uno de los eslabones indispensables del ejercicio del poder real».<sup>[159]</sup> Siendo el menor de catorce hermanos y fiel a la tradición militar de la familia, había podido enrolarse a los quince años en los Mosqueteros del Rey gracias a una dispensa de edad. Cuando ese cuerpo fue disuelto trece años después, se instaló en el castillo que le había legado su padre y «llevó la vida de un gentilhomme de las Luces con una marcada preocupación por el interés público»<sup>[160]</sup> hasta que en 1789 fue elegido para los Estados Generales. Además de ser uno de los promotores del Juramento del Jeu de Paume,<sup>[161]</sup> se distinguió durante la Constituyente por su defensa del servicio militar obligatorio frente al modelo de ejército de mercenarios que había conocido: «Todo ciudadano debe ser soldado, y todo soldado, ciudadano».

Tras un fugaz regreso al ejército durante el que había alcanzado los galones de coronel, su elección como diputado a la Convención le acercó a los jacobinos. Él mismo explicó su opción a sus electores: «Los jacobinos quieren una verdadera república única en la que solo domine la ley [...] y piensan que París debería ser siempre el centro de la administración». Por el contrario el bando que él identificaba con cierto retintín como de las «gentes honestas» —ni una sola vez hablaba de girondinos— «quiere un jefe cuya voluntad supla a veces a la ley para mantener el orden» y pretendía diluir el poder vertebrador de la capital. No en balde su principal biógrafo define a Dubois-Crancé como «un centralizador» y «un colectivista de Estado», pero también como un «adversario declarado de los anarquistas y de los comunistas».<sup>[162]</sup>

Para alguien con sus orígenes familiares no debió de ser fácil formarse un criterio sobre el destino de Luis XVI. Pero él resolvió el dilema aferrándose a los principios militares sobre la alta traición. El día que se pronunció contra la apelación al pueblo adelantó ya su veredicto: «Pido que se le juzgue sin dilación y que si es condenado sea ejecutado una hora después».

Las necesidades de la guerra acercaban ahora a Francia a su ideal de lo que debía ser la nación en armas. Dubois-Crancé había basado su proyecto de reorganización del ejército en la amalgama entre los «culos blancos» de los soldados profesionales y los «azules» de los voluntarios, mediante el criterio de fundir un batallón de los primeros con dos de los segundos. A partir de ese momento todos los soldados, cualquiera que fuera su origen, tendrían el mismo uniforme —la casaca azul, con adornos rojos y pechera y pantalón blancos de la Guardia Nacional—, la misma paga,

las mismas obligaciones y los mismos derechos. Este último apartado incluía el polémico principio de la elección de los oficiales por la tropa, que él consideraba esencial para sustituir la obediencia de los mercenarios por el compromiso de los patriotas.

Una vez sentadas esas bases de un ejército «democrático» quedaba dar el siguiente paso: la recluta de trescientos mil hombres que iba a ser planteada el propio sábado 23 ante la Asamblea. Con todo ello en la cabeza, Dubois-Crancé quiso transmitir aquella noche dos mensajes muy claros en el Club de los Jacobinos:

—Para que haya mercancías a buen precio, es preciso conquistar antes la libertad. Como presidente de la Convención rechazaré con horror cualquier petición que tenga por objeto tasar las mercancías.

El tumulto empezó de nuevo. Era evidente que las tribunas no compartían ni esas prioridades ni esa filosofía. En medio de la confusión pudo escucharse una voz amenazante:

—¡Si no se permite a las ciudadanas reunirse en esta sala, treinta mil mujeres pueden extender el desorden por París!

Otro guardián de la ortodoxia jacobina, el marino y pastor protestante Jeanbon Saint-André, asumió el desafío e impuso el final del debate:

—La solución será expulsar de las sociedades populares a quienes pretendan discutir este asunto para turbar el orden. No es el momento de agitar la cuestión de las subsistencias. No está en el orden del día. Compromete la calma y la tranquilidad que necesitamos.

Cuando a las diez de la noche las puertas de la antigua iglesia vomitaron a los centenares de parroquianos, en la calle Saint-Honoré hacía mucho frío, pero los ánimos estaban más calientes que nunca.

Al día siguiente, sábado, mientras los rumores se extendían por la ciudad y numerosos diputados no podían por menos que comentar el mal ambiente de la víspera en el Club de los Jacobinos, la Convención avanzaba a paso de marcha en el debate tanto de la reforma militar como del decreto de reclutamiento, de manera que ambos textos pudieran ser aprobados el domingo. En lo que al hombre de la calle le afectaba eso significaba que desde ese momento «todos los franceses solteros o viudos sin hijos entre dieciocho y cuarenta años» iban a quedar «en estado permanente de requisición hasta que se complete el reclutamiento efectivo de trescientos mil hombres de nueva leva» (artículo 1).

El propio sábado la cámara aprobó por unanimidad y con gran entusiasmo un «Mensaje al Pueblo Francés» para su distribución junto al decreto de reclutamiento. Había sido elaborado por el mercurial comerciante de telas, aceites, trigo y perfumes Maximin Isnard, diputado por el Departamento de Var o Alpes Marítimos. El propio Isnard, muy cercano a los diputados de la Gironda pese a haber votado contra la apelación al pueblo, por la muerte de Luis XVI y contra el aplazamiento, leyó el texto con el tono declamatorio y vehemente que ya le había dado fama de buen orador

durante la Legislativa. En uno de sus párrafos más elocuentes Isnard lanzaba un llamamiento a la unidad de los diputados y del conjunto del pueblo con la misma metáfora náutica ya empleada por Cambon con motivo de la ejecución del rey: «Cualesquiera que sean vuestras opiniones, nuestra causa es común. Todos somos pasajeros en el bajel de la Revolución. Va lanzado. Es preciso que llegue a buen puerto o que se estrelle. Nadie encontrará ninguna tabla en el naufragio. No hay más que un medio de salvarnos todos...».

La jornada del sábado se cerró con este espíritu unitario, pero el domingo por la mañana, poco después de que Dubois-Crancé declarara abierta la sesión a las 10 y 22 minutos, el moderado Lesage, el mismo que había dado la cara a favor del proyecto de Condorcet, pidió intervenir para plantear «un hecho que afecta a la tranquilidad de París»:

—La ciudad parece envuelta en las mayores inquietudes y las alarmas parecen venir de la falta de subsistencias.

—¡Eso no es verdad! —le interrumpió Billaud-Varenne, enrabiado aún por su experiencia de la antevíspera.

—¡Sí que es verdad! —dijeron otros diputados.

—¡Sí que es verdad! —corroboraron varias voces desde las tribunas del público.

El *montagnard* y dantonista Thuriot se levantó entonces de su banco y planteó una moción de orden:

—Pido que Lesage no sea escuchado, que vaya al comité...

Secundado por Tallien, Thuriot bajó al centro de la sala e insistió en que se obligara a Lesage a callarse. Pero el diputado moderado, abogado de Chartres, no estaba dispuesto a hacerlo.

—Yo digo que parece que los panaderos de París no tienen suficiente pan para todos los ciudadanos y que los espíritus están agitados... A mí me parece difícil que el trigo falte en París.

—¡Es que no falta! —le replicaron desde la Montaña.

—Una cosa es cierta, y es que en el momento en que os hablo se pelea por el pan en la puerta de las panaderías. Pido como conclusión que se acuerde de inmediato la comparecencia del alcalde y del procurador de la Comuna para que rindan cuenta del estado de las subsistencias.

Thuriot insistió, sin embargo, en descalificar al denunciante y repudiar el alarmismo:

—Como he seguido todas las revoluciones que se han hecho en París, puedo atestiguar que las subsistencias han sido la principal arma empleada por los aristócratas. También estaba alarmado como Lesage por los rumores que se habían extendido. Por eso he corrido a ver lo que había de cierto. Es una gran imprudencia airear en esta tribuna que se extienden las inquietudes sobre las subsistencias. París tiene la harina necesaria, pero los malintencionados se aprovechan para extender las alarmas y los que sólo necesitan dos panes se llevan cuatro.

—¡Sí, eso es lo que pasa! —jalearon otros miembros de la Montaña.

—Es un medio que emplean los amigos del rey para estimular los movimientos, crear conmoción y aplastar al pueblo.

Sin embargo, Lasource, la oveja negra moderada en el Comité de Seguridad General *montagnard* tenía algo que contar que no encajaba con esa imagen:

—Me he encontrado a la puerta de esta sala a unas trescientas ciudadanas. Me han dicho que venían a presentar una petición. Les he preguntado cuál era el objeto y me han dicho que venían a pedirnos la anulación del decreto que permite vender plata.<sup>[163]</sup>

Sin embargo, para el joven Tallien esa protesta, aparentemente espontánea, que estaba a punto de producirse, era de hecho la prueba de lo que denunciaba Thuriot.

—Anteayer me presenté ante un grupo de mujeres que se concertaban para presentaros una petición para conseguir que se tasara el precio del jabón. No logré convencerlas de que no lo hicieran. No me fue difícil darme cuenta de que no eran patriotas, sino instrumentos de los aristócratas. Escribí al alcalde de París y me recordó lo que sucede a menudo: para excitar a la revuelta se pone por delante a las mujeres, se las hace gritar y enseguida llegan los hombres y se produce el levantamiento. «Se prepara uno —me dijo el alcalde—. Lo veo, estoy persuadido». La Convención debe saber que, desde que Pache ha sido elegido alcalde, no han cesado de hacerle ascos. Son los mismos que le obligaron a dejar el ministerio.

Las protestas brotaron de nuevo de los bancos de la derecha, pero Tallien estaba lanzado en su empeño de demostrar con ejemplos el complot contrarrevolucionario que se avecinaba:

—Ayer los ciegos de los Quinze-Vingts<sup>[164]</sup> han decidido presentaros una petición. Es decir, que en este momento los administradores de ese establecimiento han alineado a los ciegos en dos filas y les han dicho: «Vamos a la Convención a pedir pan». Prestad atención, han elegido para presentar esa petición el momento en el que se dice que no hay pan en las panaderías...

Dubois-Crancé interrumpió desde el sillón presidencial la descripción de esa singular «conspiración aristocrática» de invidentes y lavanderas para anunciar que ya tenían el problema encima:

—Recibo en este momento una carta mediante la cual las ciudadanas piden ser oídas para plantear en el seno de la Convención sus alarmas sobre las subsistencias.

No había más remedio que escucharlas, sobre todo siendo domingo, día especialmente habilitado para las peticiones. Pero Dubois-Crancé quería sacar adelante cuanto antes el decreto sobre el reclutamiento. Se acordó, pues, ganar tiempo aprobando una propuesta de Thuriot. La Convención escucharía a las peticionarias dentro de unas horas, pero entre tanto ordenaba a los comités de Agricultura, Comercio, Finanzas y Seguridad General que se reunieran al instante con el ministro del Interior, el alcalde y el procurador de la Comuna y presentaran un informe «antes de que terminara la sesión» sobre el estado de las subsistencias en París y las medidas adoptadas para evitar la escasez.

Comparado con este preludio, el debate sobre el reclutamiento fue coser y cantar. Cualquiera diría que el fervor patriótico y el precedente de la victoria de Valmy vinieron a nublar el nivel de autoexigencia legislativa de los diputados. El decreto incluía una tabla especificando el contingente que debía cubrir cada departamento para llegar a los trescientos mil reclutas, e instaba a sus autoridades a hacer el reparto por distritos y comunas «en las veinticuatro horas posteriores a la recepción de la ley» (art. 6). También establecía la apertura de registros de voluntarios «durante los tres primeros días que seguirán a esta notificación» (art. 10). ¿Pero qué ocurriría en el probable caso de que en la mayoría de las comunas rurales o secciones urbanas no se cubrieran así los respectivos cupos? Pues que «los ciudadanos estarán obligados a completarlos de inmediato y a estos efectos adoptarán el modo que, sometido a votación, les parezca más conveniente» (art. 11). Ahí cabía todo, desde la designación nominal hasta el sorteo. Eso significaba que el decreto reunía dos de los ingredientes que más inquietud pueden causar en un texto legal: perentoriedad y arbitrariedad.

Compareció luego un grupo de militares a ofrecer sus «donativos patrióticos» y comenzó el turno de peticionarios. La intervención mejor acogida fue sin duda la de los carpinteros que trabajaban en las obras de acondicionamiento de la nueva sala de la Convención en uno de los pabellones de las Tullerías. «Las hachas que han servido para transformar el asilo de los tiranos en un santuario de las leyes servirán para abatir a los enemigos de la República», proclamó su portavoz. «El regalo que esperamos por vuestra parte es la nueva Constitución [...]. Que la felicidad y la libertad sean los cimientos de un edificio que debe atraer la admiración del universo».

Por fin entraron las lavanderas. Unas cuantas ocuparon la barra mientras docenas y docenas se agolpaban en las tribunas. Tal vez porque ninguna de ellas estaba alfabetizada, fue uno de los secretarios, Mallarmé, quien comenzó a leer su petición:

—Legisladores, las lavanderas de París vienen a presentar sus solicitudes al santuario de las leyes y de la justicia. No sólo todas las mercancías de primera necesidad están a un precio excesivo, sino que además las materias primas que sirven para lavar han subido de tal modo que pronto las clases populares menos favorecidas no podrán procurarse la ropa limpia de la que no pueden prescindir...

Las lavanderas asentían. Eran mujeres de aspecto fiero, manos ásperas y callosas y rostro curtido por sus interminables jornadas en los barcos-lavadero anclados en el Sena. Venían sobre todo del *faubourg* Saint-Marcel y de las secciones populares que bordeaban el río. Algunas tenían clientela fija, recogían la ropa sucia a domicilio y la devolvían una vez limpia, seca, planchada y blanqueada. Otras aguardaban con sus tablas, sus planchas y sus hornillos de secado a ser contratadas en las intermediaciones del Sena. El trato con los clientes y viandantes las había hecho descaradas; las habituales riñas y peleas entre ellas estimulaban su fama de pendencieras. Mallarmé seguía leyendo:

—No es que la mercancía falte, sino que abunda. Son el acaparamiento y la especulación los que la encarecen. Así, el jabón que antes costaba 14 perras la libra,

ahora está a 22 perras...

Algunas lavanderas hicieron además de corregir al alza la cifra, pues en ciertos sitios costaba 30 perras o más. Esa y no otra era la cuestión: la escalada de los precios fruto del exceso de papel moneda y su pérdida de valor, la maldición de los asignados. Las lavanderas se habían quejado primero ante el Consejo General de la Comuna y habían sido las autoridades municipales —dato muy importante— quienes las habían mandado a la Convención.<sup>[165]</sup> Sólo con una descomunal dosis de fantasía podía interpretarse su protesta como una maniobra aristocrática. «Que nadie se equivoque, las lavanderas tenían claro contra qué blancos se dirigían: los comerciantes, los “ricos” y los moderados», ha escrito la principal especialista en el movimiento femenino durante la Revolución. «De alguna manera representaban entre las mujeres el equivalente a lo que los zapateros entre los hombres: un grupo profesional de tendencia *sans-culotte*». <sup>[166]</sup> Mallarmé concluyó:

—Legisladores, habéis hecho caer la cabeza del tirano bajo la espada de las leyes. Que la espada de las leyes se abata sobre esas sanguijuelas públicas, sobre esos hombres que se dicen amigos del pueblo y no lo acarician más que para asfixiarlo mejor. Pedimos la pena de muerte contra los acaparadores y los agiotistas.

Un estremecimiento sacudió la Asamblea cuando los diputados escucharon que la petición concluía con una exigencia tan radical y con alusiones que muy bien podían ir dirigidas contra algunos de ellos. Pero Dubois-Crancé no se dejó impresionar e insistió en lo que ya había dicho en el Club de los Jacobinos:

—Ciudadanas, la Convención se ocupará del objeto de vuestras solicitudes, pero una de las maneras de contribuir al alza de los precios de las mercancías es asustar al comercio, gritando sin cesar contra el acaparamiento. La Asamblea os invita a asistir a la sesión.

El tono gélido del presidente, el hecho de que no les hubiera concedido «los honores de la sesión» con la solemnidad que era habitual hacia los peticionarios, no pasó inadvertido entre las lavanderas. A regañadientes y con malos gestos se resignaron a escuchar a la siguiente delegación, la de la Sociedad Fraternal de los Dos Sexos, que, efectivamente, planteó lo anunciado por Lasource: «Que se anule el decreto de la Asamblea Constituyente por el que se declaró la plata mercancía».

Lo que se proponía no era, en definitiva, sino otro modo de atacar el mismo mal, o sea, la devaluación galopante de los asignados frente a la solidez de las acuñaciones en metálico. El propio Condorcet había argumentado que, tal y como estaban las cosas, la retirada de la buena moneda como medio de pago era una de las pocas vías para afianzar la mala.<sup>[167]</sup> La Convención no estaba por la labor, pero no pudo por menos que reparar en algo en lo que la petición hacía hincapié: las mujeres de París se declaraban «asustadas por las maniobras de los acaparadores en un momento en el que ven partir con pesadumbre a las fronteras a sus maridos o a sus padres». Es decir, que el mensaje era claro: «¡Votad la tasación o no habrá reclutamiento!». <sup>[168]</sup> Quizás por eso a ellas sí les concedió Dubois-Crancé los honores de la sesión, a la vez que



recordó que los comités estaban reunidos para debatir al asunto. Pasadas las cinco de la tarde el diputado Fabre leyó el esperado dictamen:

—De las informaciones obtenidas se deduce que el estado de los abastecimientos es satisfactorio. Se tiene la certeza de que hay subsistencias para un mes. Más de cien sacos de harina, aportados por la municipalidad al mercado de Les Halles, siguen sin ser vendidos. Vuestros comités piensan que los temores que inquietan a los habitantes de París son obra de malintencionados y que sólo a ellos se debe atribuir el súbito y momentáneo aumento del consumo.

Total, que no pasaba nada. Bueno, sí, que la Comuna necesitaba más dinero para mantener el precio del pan y que se anunciaba un proyecto de decreto para proporcionárselo. También se prometía que en ese decreto se incluirían medidas para retirar de la circulación los llamados billetes de conveniencia, «lo que podrá producir una baja en el precio de las mercancías».

En las tribunas, los pasillos y los alrededores de la Convención los ánimos tanto de las lavanderas como de las otras peticionarias habían ido soliviantándose más y más. La impresión que les quedó al final fue que los diputados habían acordado volver a debatir dentro de cuarenta y ocho horas las propuestas de los comités. *Révolutions de Paris* recogería en su próximo número el comentario airado de un grupo de lavanderas: «A nosotras nos aplazan [sic] hasta el martes, pero nosotras sólo nos aplazamos hasta el lunes. Cuando nuestros hijos nos piden leche no aplazamos el dársela hasta pasado mañana».<sup>[169]</sup>

Esa misma tarde el alcalde Pache mandó colocar pasquines dando cuenta de la reunión con los comités y poniendo el énfasis en la solicitud del nuevo crédito a la Convención. «Carteladas inútiles, los *enragés* son dueños de la calle», concluirá Mathiez.<sup>[170]</sup> Prudhomme criticó en su periódico la falta de reflejos de las autoridades constituidas, porque si los comités «se hubieran reunido a las once de la mañana en vez de hacerlo a las cuatro de la tarde [...] habrían podido adoptar la única medida adecuada en esta circunstancia crítica». Lo que según el editor y director de *Révolutions de Paris* deberían haber hecho los «magistrados del pueblo» era presentarse en los «principales comercios y almacenes», pedir la contabilidad, comprobar los precios de venta al público y corregirlos sobre la marcha. «Una tasación justificada por la urgencia del momento habría satisfecho al pueblo y colocado tanto a los grandes comerciantes como a los detallistas al abrigo del resentimiento de la multitud».<sup>[171]</sup>

En este entorno en el que nadie podía alegar ignorancia de lo que estaba incubándose, Marat escribió el artículo destinado a la edición de su periódico del día siguiente. «Es incontestable que los capitalistas, los agiotistas, los monopolistas, los mercaderes del lujo, los secuaces del enredo, los exnobles son todos agentes del Antiguo Régimen», comenzaba diciendo. «En la imposibilidad de cambiar su corazón [...] y perdida toda esperanza de ver al legislador tomar grandes medidas para obligarles a ello, yo no veo otra forma de dar tranquilidad al Estado más que la

destrucción de esta ralea», porque «hoy redoblan sus esfuerzos para dejar desolado al pueblo por el alza exorbitante de las mercancías de primera necesidad y el temor al hambre». Y seguía el párrafo que muchos interpretarían horas después como una profecía autocumplida: «No sería extraño que en cada ciudad el pueblo, empujado por la desesperación, se tomara la justicia por su mano. En cualquier país en el que los derechos del hombre sean algo más que títulos vanos, consignados fatuamente en una declaración, el pillaje de algunos comercios, a la puerta de los cuales se ahorcaría a los acaparadores, pondría pronto fin a sus malversaciones».

¿Estaba lanzando Marat una consigna destinada a provocar motines callejeros? Todo indica que más bien intentaba subirse a un carruaje que veía inexorablemente en marcha. Porque si a alguien no podía caberle la menor duda del carácter genuinamente popular de lo que había ido gestándose era a l'Ami du Peuple. Una cosa es que doce días antes hubiera estigmatizado como «aristocrático» algo que no controlaba y otra que realmente se lo creyera.

La propia sesión del domingo había puesto en evidencia que los moderados estaban utilizando el problema de las subsistencias para acosar a la Montaña, pero eso formaba ya parte de la reacción lógica de quienes, tras una serie de reveses como la renovación del Comité de Seguridad General, la elección de Pache para la alcaldía o las de Bréard y Dubois-Crancé para la presidencia de la cámara, empezaban a sentirse en la oposición. Las escaramuzas parlamentarias permitían revolverse contra ellos, pero no podían llevar a nadie a engaño sobre la naturaleza de lo que estaba ocurriendo en la calle. Y lo que Marat no podía consentir era quedarse al margen. Jaurès lo presenta como «víctima de su fraseología asesina»,<sup>[172]</sup> pero todo indica que buscó con ella una oportunidad política. La prueba de que lo que en gran medida pretendía era colgarse medallas que no eran suyas, o en todo caso preconstituir una posición de combate que incrementara su protagonismo, estaba en las bastante menos citadas últimas líneas del artículo: «Infames tartufos que os esforzáis en perder a la patria bajo el pretexto de asegurar el imperio de la ley, subid a la tribuna a denunciarme con este número en la mano. Estoy preparado para confundiros».<sup>[173]</sup>

Marat salía pues al quite intentando arrastrar hacia él un toro que no tenía por qué embestir a su capote, pero no podía soportar que fuera otro el que arrostrara el peligro y cosechara la gloria en la plaza.

## TRECE

No existen datos exactos, pero el periódico de Marat difundía en París unos pocos miles de ejemplares, la mayoría por suscripción.<sup>[174]</sup> Además los voceadores tenían prohibido difundir noticias que pudieran incitar a la violencia, y aunque a menudo se saltaran esa prohibición, su influencia era marginal. En todo caso el horario de lo sucedido demuestra que tal vez l'Ami du Peuple pudo echar más combustible al fuego, pero cuando su periódico empezó a leerse el incendio ya había comenzado.

El primer asalto a un establecimiento tuvo lugar aquel lunes 25 de febrero en una tienda de comestibles del barrio de los Lombards —centro del abastecimiento de productos coloniales— a las ocho de la mañana.<sup>[175]</sup> Aun antes de que los comercios comenzaran a abrir ya había grupos de mujeres merodeando y aireando sus propósitos. Eran esas mujeres que cada mañana «bajo la lluvia, a veces bajo la nieve, con los pies en el barro, ateridas de frío, hundidas por la fatiga»,<sup>[176]</sup> aguardaban la apertura de los establecimientos con la obsesión de conseguir mercancías a buen precio. Su «orden del día» para la jornada —«¡Hagamos entrar en razón a los tenderos!»— se traducía en obligar a los comerciantes a venderles los productos básicos a los precios de hacía un par de meses o simplemente a los que ellas consideraran justos. Por las buenas o por las malas. En líneas generales eso es lo que hicieron con el azúcar en sus distintas variedades, con el jabón, la sosa, las velas y en algunos casos el café, el té, el añil o azul de índigo, la canela o la vainilla.

Según los datos recopilados por George Rudé, el azúcar que la semana anterior se había vendido entre 47 y 59 perras por libra fue tasado entre 18 y 25 según los lugares; el jabón, que, como habían denunciado las lavanderas, había subido hasta una horquilla entre 23 y 28 perras, fue tasado entre 10 y 12; la candela de las velas, que llegaba a 20 perras, fue tasada en 12; la *cassonade* o azúcar sin refinar, que se vendía a 40 perras, quedó tasada entre 10 y 12.<sup>[177]</sup> Es decir que la «jornada de rebajas» ofreció oportunidades que oscilaban entre un 75 y un 40 por ciento de descuento obligatorio.

En teoría sólo aquellos establecimientos cuyos dueños se resistieron a esa tasación forzosa deberían haber sido víctimas del pillaje, pero a medida que el fenómeno se fue extendiendo, el desorden, la confusión y el río revuelto favorecieron la irrupción y ganancia de todo tipo de pescadores. Eso explica que las pérdidas declaradas por los comerciantes fueran muy superiores a la diferencia entre el precio oficial y el tasado por la turba, pues en algunos casos alcanzaron el 90 por ciento del valor asignado a la mercancía saqueada. Aunque las pérdidas de la mayoría de los comerciantes oscilaron en el entorno de unos cuantos centenares de libras o francos, algunos aseguraron haber sufrido perjuicios superiores a las 20.000 libras o francos, lo que suponía auténticas catástrofes para ellos.<sup>[178]</sup>

Los grupos de asaltantes oscilaron entre los puñados de personas especialmente

resueltas que entraban en un comercio y se llevaban lo que podían lo más rápidamente posible, hasta las «cerca de dos mil» que «por espacio de cinco horas consecutivas» saquearon el comercio especializado en especias y sustancias medicinales del ciudadano Quatremers, establecido, para mayor escarnio, en la Sección de Droits-de-l'Homme.<sup>[179]</sup>

El desplazamiento geográfico de los asaltos sugiere que se trataba de una acción planificada, pues a primera hora de la mañana los piquetes de «tasadoras», a los que se iba incorporando un creciente número de hombres, se movieron de izquierda a derecha hacia los barrios comerciales del este, y sólo cuando ya los hubieron esquilado volvieron sobre sus pasos y emprendieron por la tarde el recorrido hacia el oeste. Aunque los disturbios se extendieron durante toda la jornada, ni en los *faubourgs* obreros ni en la orilla izquierda hubo apenas incidentes.

No es difícil imaginar la sucesión de escenas de vandalismo y violencia entre gritos, insultos y forcejeos con los tenderos: las amenazas terribles —«¡Muerte a los acaparadores! ¡A la farola con ellos!»—,<sup>[180]</sup> la mercancía desparramada, los colores, los olores cotidianos o exóticos liberados de sus recipientes, la pugna feroz por las mejores tajadas... En efecto los *enragés* dominaban la calle e imponían su ley con mayor o menor crudeza según se tratara de un comerciante con fama de acaparador o de otro con vitola de buen patriota. A medida que se corrió la voz de lo que estaba sucediendo muchos espontáneos se sumaron al pillaje. Algunos para atender necesidades perentorias, los más para aprovechar las ventajas de la ocasión e incluso unos cuantos para hacer acopio de mercancías y revenderlas en los días siguientes.

Para la mayoría de los comerciantes la visita de aquellas hordas de desaforados con palos, picas y otros rudimentarios objetos punzantes fue como el paso de una marabunta de hormigas hambrientas. Incluso los clientes más asiduos, los vecinos más aparentemente pacíficos, parecían contagiados de aquel delirio colectivo en el que los precios los fijaba la demanda sin tener para nada en cuenta el punto de vista de la oferta. Los daños materiales, los destrozos en el mobiliario o las instalaciones fueron parte del denominador común. Cuando los más osados comenzaron a reventar los toneles de miel, vino o aguardiente, el espectáculo en algunos lugares adquirió dimensiones de catarsis e incluso de borrachera colectiva.<sup>[181]</sup> El propio Chaumette, tan propenso a disculpar los excesos de los *sans-culottes*, reconocería que gran parte de los saqueadores iban «ebrios de vino».

Al menos entre los líquidos que corrieron por los sumideros y albañales no estuvo esta vez la sangre. Hubo múltiples contusionados y probablemente algunos heridos, pero ningún testimonio señala que nadie perdiera la vida durante esas horas. Incluso el relato de Restif de la Bretonne según el cual un comerciante, tras ser víctima del pillaje, tuvo que asistir con un cuchillo en el cuello a la violación de su mujer y sus dos hijas parece inscribirse más en su condición de precursor del «realismo sucio» que en el conocimiento de un hecho real remotamente parecido.<sup>[182]</sup> Como escribió sobre el terreno Charles de Lacretelle, «el pillaje divirtió tanto a los bandidos que ni

siquiera pensaron en el asesinato».<sup>[183]</sup>

¿Quiénes eran los saqueadores? Había tal obsesión por impulsar la idea del complot aristocrático que gran parte de los informes policiales resaltan detalles como la participación de criados y criadas enviados por familias acomodadas a llevarse su parte del botín, la presencia de mujeres bien vestidas o incluso la detección de «hombres disfrazados [de mujeres] que ni siquiera habían tenido la precaución de afeitarse la barba».<sup>[184]</sup> Seguro que algunos aristócratas echaron leña al fuego, de acuerdo con la estrategia del cuanto peor mejor del marqués de Batz. Sin embargo, más allá de estas anécdotas, esos informes tampoco podían soslayar que había sido «la clase indigente del pueblo, aplastada por el precio enorme de los artículos de primera necesidad», la que había protagonizado los asaltos o que «las mujeres del mercado son las que han mostrado más encarnizamiento en los pillajes de los comercios».<sup>[185]</sup>

Las profesiones del poco más de medio centenar de detenidos al cabo de todo un día de saqueos también confirman ese perfil eminentemente popular. Había en efecto algún que otro doméstico, pero la gran mayoría eran obreros manuales —mecánicos, ebanistas, torneros, aguadores e incluso dependientes de otros comercios— y, como ha sentenciado Rudé, «no cabe ninguna duda de que habían sido la miseria y el precio desorbitado de las mercancías lo que les había llevado a amotinarse».<sup>[186]</sup>

Para Jaurès es «el pueblo en harapos extenuado por el trabajo forzado y el hambre» el que se rebela contra un destino que le condena a «continuar el sufrimiento antiguo» de las «víctimas de la tiranía».<sup>[187]</sup> Para Taine, desde el otro lado del espectro ideológico, se trata del «populacho del populacho», del «pueblo bestia», de «esas arpías que saquean los comercios tanto por envidia como por necesidad», «de ese barro que desborda y se expone a pleno sol, el fango y la hez habituales de las grandes ciudades [...], malos sujetos de cualquier profesión u oficio, obreros vividores, merodeadores del ejército social».<sup>[188]</sup> Entre uno y otro estereotipo, he aquí a la multitud, a la muchedumbre, a la masa, a la plebe, al tropel furioso de la Revolución que arrasa cuanto encuentra a su paso como una torrentera de lava o el desbordamiento de un río.

## CATORCE

Más polémico y sospechoso que el propio origen de la revuelta del 25 de febrero fue el comportamiento de las autoridades municipales y de la Guardia Nacional a ellas adscrita. Si alguien debía tener elementos de juicio para saber lo que se avecinaba era Santerre. Pues bien, precisamente ese lunes el General Espumoso salió a primera hora de la mañana de París en dirección a Versalles, donde tenía que organizar la puesta en marcha de una compañía de gendarmes a caballo, y no regresó hasta última hora de la tarde.

Entre tanto sus hombres, responsables del mantenimiento del orden en la capital, habían brillado durante la mañana por su ausencia en la mayor parte de los escenarios del pillaje, y en los pocos lugares en los que habían comparecido casi habría sido mejor que no lo hubieran hecho, pues cuando abandonaron la pasividad fue para sumarse al saqueo.<sup>[189]</sup> Sólo por la tarde, después de que los tambores de algunas secciones les convocaran, hubo pequeños contingentes que plantaron cara a los amotinados en medio de sus groseros insultos.

Más vergonzosa fue la conducta de algunos comisarios de policía, pues osciló entre la de quienes, como uno de la Sección de Arcis, contribuyeron a organizar la tasación «para que nadie se fuera sin pagar» al nuevo precio, y la de quienes, como uno de la Sección de Roule, optaron por retirarse «para no ser testigos de la violación de la ley».<sup>[190]</sup> El colmo fue la experiencia del propio alcalde Pache, que sobre las once de la mañana hizo acto de presencia en un comercio de la calle de la Vieille Monnaie, justo en el momento en que los saqueadores parecían estar haciendo honor al nombre de la calle imponiendo los precios del pasado. Tras intentar detener en vano el pillaje con exhortaciones al civismo y ser abucheado, debió contentarse con detener con su propia mano a un gendarme que se había unido a los amotinados.<sup>[191]</sup>

Cubiertas así las apariencias,<sup>[192]</sup> el alcalde se encaminó entonces a los despachos del Comité de Seguridad General y al del ministro del Interior con dos peticiones concretas dirigidas a la Convención: solicitaba permiso para que los tambores de las secciones tocaran generala y —cómo no— reclamaba nuevos anticipos para seguir subvencionando el pan. Basire y Garat acordaron comparecer de inmediato ante la Asamblea e interrumpir la sesión para plantear combinadamente ambas cosas.

La Convención, que acababa de escuchar un informe de Tallien sobre lo ocurrido en Lyon, donde los jacobinos habían perdido una importante batalla por el control del Ayuntamiento,<sup>[193]</sup> era esa mañana terreno abonado para la denuncia de conspiraciones contrarrevolucionarias. Los eufemismos del pícaro Basire deberían pasar a las antologías.

—Ciudadanos, el Comité de Seguridad General me encarga advertiros de que en París hay cierta agitación, pero esta agitación, cuando se examina con sangre fría, no es importante. Es fácil ver que se trata del último intento de la aristocracia, que ha



aprovechado el momento en el que se han manifestado algunos temores sobre las subsistencias para instigar los disturbios en París.

A continuación propuso que se aprobara el siguiente decreto: «La municipalidad está autorizada a adoptar las medidas necesarias para restablecer el orden en París, incluso para tocar generala si las circunstancias lo exigen».

Antes de que se produjera la votación, y a instancias de Thuriot, subió a la tribuna el acomodaticio Garat para resumir las conclusiones a las que había llegado tras tratar con el alcalde y su equipo sobre la situación de las subsistencias:

—La primera es que hay que dar a la Comuna de París los adelantos que demanda y para los que ofrece como garantía los suelos adicionales ya decretados para las contribuciones de 1792 y los que pide que se decreten para las de 1793. La segunda es que tan pronto como ese anticipo sea decretado, las subsistencias afluirán sobre París.

Como por arte de magia, a los tres millones de libras o francos pendientes de cubrir en la petición presentada a principio de mes por la Comuna se añadieron cuatro más con cargo a esos impuestos que ni siquiera estaban establecidos para el año entrante. Pese a la ambigüedad oficial, los rumores sobre la verdadera gravedad de lo que estaba ocurriendo en París se habían extendido entre los bancos de la Asamblea. Para la gran mayoría de aquellos burgueses el saqueo de comercios era la expresión máxima de la subversión del orden social. ¿Qué hacer? Acogerse al mal menor. La propuesta de Garat y la Comuna se aprobó en medio de la confusión, para indignación de algunos moderados:

—¡Así es como se dilapidan las finanzas del Estado! —clamó el terrateniente Lauze de Perret.

—¡Yo pido que se anule este decreto! —gritó el no menos acomodado Aubin Chambon.<sup>[194]</sup>

—Me pregunto para qué votar la propuesta de Basire sobre el permiso para tocar generala si la farsa se ha consumado y ellos ya tienen nuestros millones —resumió en el más cáustico de los tonos Lanjuinais.

Puesto que, en efecto, ya tenía lo que quería, el alcalde acudió satisfecho a la sesión extraordinaria del Consejo General de la Comuna, dispuesto a acabar con el pillaje. Eran algo más de las dos del mediodía. Su primera propuesta fue aprovechar el margen acordado por la Convención y hacer tocar generala para poner en pie de guerra contra los saqueadores a las decenas de miles de miembros de la Guardia Nacional. Sin embargo, uno de los subalternos de Santerre le convenció de que bastaría tocar llamada —una alarma de menor grado que convocaba a la tropa— para contar con los efectivos suficientes. Apenas Pache se había declarado conforme, cuando un mando de la compañía de una de las secciones —de nuevo Droitsde-l'Homme— llegó a quejarse de que nadie acudía al toque de llamada.

En esas estaban en el momento en que un miembro del Consejo, un grabador de nombre Basset, denunció lívido que en su Sección de Beaurepaire el pillaje era

generalizado. «¡Tanto mejor!», gritó desde la tribuna pública un espontáneo. «¡A la puerta con él, es un acaparador!», le secundó una mujer. Chillidos parecidos acogieron noticias similares. Era obvio que los saqueadores tenían su claqué entre los asiduos a las tribunas municipales.

Y también contaban con simpatías en el propio Consejo General. De hecho la siguiente denuncia se refería a uno de sus miembros y tenía nombre y apellido: Jacques Roux había sido visto y oído en su Sección de Gravilliers mientras justificaba el vandalismo. Para los principales historiadores de los disturbios no se trataba de un episodio circunstancial. «Esa fue la jornada de Jacques Roux», sostiene Jaurès.<sup>[195]</sup> Y Rudé concurre: «Esta hipótesis está probablemente bien fundada a pesar de la ausencia de pruebas concluyentes».<sup>[196]</sup>

Algunos moderados habían empezado a cargar contra el excusa y líder de los *enragés*, cuando, en un espectacular golpe de efecto y para deleite del público congregado en las tribunas, el propio Jacques Roux irrumpió en carne mortal en la sala, seguido de algunos acólitos. Sus palabras no defraudaron:

—Lo único que han hecho los comerciantes es restituir al pueblo lo que le estaban haciendo pagar de más desde hacía tiempo.<sup>[197]</sup>

La plebe aplaudió y parte de los ediles se escandalizaron. Pero el profeta de los desarrapados todavía dijo más.

—Siempre he profesado los verdaderos principios revolucionarios y continuaré haciéndolo aunque me llamen el «Marat del Consejo General».

Sus palabras suscitaron la indignación de unos y el aplauso de otros. La copia acababa de superar al modelo, pero soslayando los indicios que presentaban a Roux como el verdadero muñidor de lo ocurrido, la mayoría municipal aprobó un bando en el que abroncaba al pueblo de París tras elogiar su conducta en el pasado: «¿Por qué fatalidad cedéis ahora a las instigaciones pérfidas? ¿No os dais cuenta de que los monárquicos, desesperados por vuestra valiente actitud, han tenido la suficiente habilidad como para hacéroslo perder? No dudéis, ciudadanos, de que los que os engañan hoy son vuestros más mortales enemigos. ¿Cómo es posible que hayáis podido caer en una trampa tan grosera?».<sup>[198]</sup>

A media tarde se levantó la sesión. El balance era fácil de hacer: «Gran algarabía, muchas palabras y los magistrados del pueblo se fueron a cenar mientras toda la ciudad seguía sometida al pillaje».<sup>[199]</sup> Pero aún quedaban cosas por oír, cómo no, en el Club de los Jacobinos.

Esa noche, antes de entrar en materia, los miembros del club tuvieron la suficiente sangre fría como para discutir y adoptar la propuesta de Thuriot de convocar un concurso con un premio de 300 libras para el mejor proyecto de Constitución que pudiera servir de ayuda al Comité de los Diez. El propio diputado dantonista planteó a continuación su receta para que no se repitieran los disturbios sobre las subsistencias:

—Es evidente que si el gobierno pudiera retirar de la circulación una cierta

cantidad de asignados, las mercancías bajarían de precio. La manera de conseguir ese feliz resultado es establecer un impuesto proporcional. Quien tiene 300.000 libras de renta debe quedarse sólo con diez mil. Con eso tendrá suficiente y estará contribuyendo a la felicidad pública.

Interrumpido por fuertes aplausos, Thuriot pareció crecerse:

—Hay que conseguir que esos monstruos podridos de egoísmo que exhiben un lujo insolente y pasean su fastuosa indolencia en carruajes elegantes se interesen por el éxito de la guerra. Cuando se consolide la República se les devolverán íntegramente sus fortunas...

Como quiera que arreciara la ovación, entreverada de gritos y murmullos varios, Thuriot se sintió obligado a rematar el discurso:

—¡No me dirijo a los ricos, me dirijo a los jacobinos!

Eludiendo toda referencia a su artículo de por la mañana, Marat hizo entonces su primera y bien retorcida interpretación de lo ocurrido:

—Estos movimientos son la obra de los contrarrevolucionarios que quieren reponer a su dios, Roland, en el ministerio. Y para movilizar al pueblo gritan en los callejones: «¡Cuando estaba Roland, no os faltaba el pan!».

Un miembro no identificado corroboró esa teoría, poniéndole un apellido complementario:

—Se nos quiere hacer creer que el pueblo es criminal. Yo sostengo que el pueblo no es criminal y que la facción brissotina es la única culpable.

El propio Dubois-Crancé, recién bajado del sillón presidencial de la asamblea, aportó la tercera pieza para esa conspiración contra la República:

—Hace quince días que sé que el pueblo debía agitarse, me he enterado por los papeles públicos. El propio *lord Grenville*<sup>[200]</sup> lo ha anunciado en el Parlamento de Inglaterra.

Una vez construido este andamiaje —Roland, los brissotinos, el gobierno inglés —, todo estaba ya listo para que Robespierre trepara por él hacia la cima de las grandes ocasiones.

—Como siempre he amado a la humanidad y nunca he tratado de halagar a nadie, voy a decir la verdad. Esta es una trama urdida contra los patriotas. Son los intrigantes los que quieren perder a los patriotas. En el corazón del pueblo hay un sentimiento de justa indignación. Yo he sostenido en medio de las persecuciones y sin apoyo que el pueblo nunca se equivoca. Me he atrevido a proclamar esta verdad en una época en la que aún no era reconocida. El curso de la Revolución la ha desarrollado.

Este preámbulo egocéntrico obró el milagro de crear el silencio allí donde poco antes parecía hervir una caldera rugiente. Robespierre prosiguió:

—El pueblo sufre. No ha recogido aún el fruto de sus esfuerzos. Sigue siendo perseguido por los ricos, y los ricos son iguales a como han sido siempre, duros y despiadados...

Bloqueando con sus gestos el espontáneo aplauso que provocaron estas últimas palabras, explicó enseguida «las dos causas» de lo ocurrido ese día en París:

—La primera, una disposición natural del pueblo a buscar los medios de paliar su propia miseria, el pueblo cree que a falta de leyes que le protejan tiene derecho a velar por sus propias necesidades. La otra causa son los designios pérfidos de los enemigos del pueblo, convencidos de que el único modo de entregarnos a las potencias extranjeras es alarmar al pueblo sobre las subsistencias y convertirlo en víctima de los excesos que resulten.

Esas eran las bases del engaño al que, según Robespierre, habían sido sometidos los *sans-culottes* parisinos. De ahí su ceguera.

—Hemos oído protestar no contra la porción intrigante y contrarrevolucionaria de la Convención que se sienta donde se sentaban los aristócratas en la Asamblea Constituyente, sino contra la Montaña, incluso contra la diputación de París y contra los jacobinos, a los que presentaban como acaparadores.

Robespierre era, pues, el vehículo del sentimiento de ofensa que había calado en el club tras lo ocurrido el viernes. El pueblo no debía equivocarse de enemigo.

—Yo no digo que el pueblo sea culpable, yo no digo que su movimiento sea un atentado. Pero cuando el pueblo se levanta, ¿no debe hacerlo por un fin digno de él? ¿Debe ocuparse de miserables mercancías? El pueblo no debe levantarse para recoger azúcar, sino para abatir a los malvados.<sup>[201]</sup>

Los aplausos se generalizaron sin freno. La congregación había captado el mensaje. El pueblo no debía equivocarse ni de enemigo ni de causa. Tras la referencia en la carta de hacía diez días a «el pasto que se daba a los más viles animales», llegaba ahora esta desdeñosa mención de las «miserables mercancías» y el «recoger azúcar». Robespierre había mirado hacia abajo, como hacía siempre, y no le gustaba lo que había visto. Puesto que el pueblo «no se equivocaba nunca», urgía sacarle de su error.

## QUINCE

Varios miembros de los piquetes habían anunciado amenazantes que al día siguiente no sólo continuarían los saqueos, sino que se extenderían a todo tipo de comercios. Pero una vez que los tres grandes centros de poder —la Convención, la Comuna y el Club de los Jacobinos— se habían puesto de acuerdo en la versión del complot contrarrevolucionario, la revuelta estaba condenada a la extinción. Ni los *enragés* ni ninguna supuesta mano oculta del estilo de la del marqués de Batz tenían fuerza suficiente para hacer frente a una movilización real de la Guardia Nacional.

A su regreso de Versalles, Santerre había tomado el mando y ordenado —esta vez sí— el toque de generala a una hora tan intempestiva como las cuatro de la mañana del martes para que ningún sobresalto le cogiera desprevenido. Su orden del día no pudo ser más clara: «En nombre del pueblo, en nombre de la República, se nos ha ordenado detener todas las violaciones de la ley. La ley del pueblo es más sagrada que la de los reyes y cualquiera que permita violarla merece la esclavitud. ¡A las armas, ciudadanos! ¡Defendamos la propiedad de nuestros hermanos, tanto de los que están en las fronteras como de los que están en el interior! Detengamos a quienes falten a su juramento y entreguémosles a la justicia».<sup>[202]</sup> Pronto pudo jactarse —y transmitirlo a las autoridades constituidas— de que tenía ochenta mil hombres entregados a la tarea del mantenimiento del orden. Paralelamente la Comuna decretó que serían considerados sospechosos aquellos guardias nacionales que no acudieran a sus puestos.

Significativamente fueron las mujeres del mercado de Les Halles y las lavanderas de la calle de Bièvre, próxima a la orilla izquierda del Sena en la Sección del Panthéon-Français, las que mantuvieron la tensión durante toda la jornada, intentando en vano perpetuar la tasación de la víspera y abucheando a los guardias nacionales que protegían los comercios. Pero su sueño, común a cualquier ama de casa de cualquier época, de gobernar los precios de las mercancías y comestibles, quedaba por el momento abortado.

Varias de las secciones habían reaccionado también por su cuenta, y así, mientras la de Piques, a la que pertenecía Robespierre, había emprendido una ofensiva contra Roux —indicio claro de su liderazgo durante la revuelta— acusándole de «engañar al pueblo e incitarlo a violar los derechos sagrados de la propiedad»,<sup>[203]</sup> la de Bon-Conseil, muy próxima también al Incorruptible, había comparecido primero ante la Comuna y luego ante la propia Convención para denunciar la «negligencia» y «pasividad» de la víspera tanto de Pache como de Santerre. La archiburguesa Sección de Butte-des-Moulins —incluía el Palais Royal— dio un paso más y acordó que el gobierno municipal había perdido su confianza.

Así las cosas, los moderados creyeron llegado el momento de ajustar cuentas con Marat y afilaron las uñas con bastante más ganas de despedazarle que armonía y

planificación para hacerlo. Pero antes de lanzar su ataque, tanto ellos como sus adversarios debieron escuchar ese martes uno de los grandes discursos de Bertrand Barère, portavoz por antonomasia de esos «hombres civilizados de carácter corriente, burgueses de los siglos XVIII y XIX que, cualquiera que fuera la efervescencia momentánea de su cerebro, eran en el fondo casi todos los legisladores».<sup>[204]</sup>

Tras explicar que llegaba a la Asamblea «con el corazón marchito por estas vergonzosas alteraciones de la fe comercial y esta fría e inmoral violación de las propiedades», Barère esbozó la primera de sus dos contundentes metáforas náuticas del día:

—No olvidemos los principios eternos de todas las sociedades, porque allí donde no veo respeto a las propiedades, no reconozco ningún orden social. Hacemos la Revolución de los hombres libres y no la de los bandidos. Cuanto más estemos en Revolución, más debemos echar en el medio de esta tormenta política las dos únicas anclas que sujetan la nave del Estado: el ancla de las propiedades y el ancla de la moral pública.

Haciendo suyas la elocuencia y algunas de las mejores razones esgrimidas un par de años antes por Mirabeau, entre gestos de asentimiento procedentes de ambos lados de la cámara, Barère entró en una fase de severas advertencias:

—No permitamos que se alteren estos rasgos sublimes porque son las tablas del naufragio de las virtudes públicas. Salvémonos y salvaremos la libertad, porque no hay libertad sin virtud, a menos que sea la de los salvajes o los caníbales. Ayer se han saqueado las mercancías coloniales, mañana se saquearán las propiedades más necesarias, pronto los bienes más preciosos serán arrebatados porque todas las propiedades forman una cadena en la que el legislador no puede permitir que se rompa un anillo mediante la violencia, la usurpación o el crimen.

Barère lanzó entonces un medido pero contundente ataque a las autoridades municipales,<sup>[205]</sup> incitando a los miembros de la Convención a leer un artículo publicado en el *Républicain Français* tres días antes. Cualquiera que lo hiciera comprobaría que las lavanderas habían acudido una primera vez a mediados de la semana anterior al Consejo General de la Comuna y en su presencia Chaumette y Hébert —o sea, el procurador síndico y uno de sus dos adjuntos— habían denunciado «a los ricos y a los comerciantes que acaparan las subsistencias del pueblo para ponerlo de rodillas» y habían propuesto «acudir a la Convención para pedir la pena de muerte» contra ellos. En esa misma sesión, Roux había ido más lejos: «Si tenemos representantes infieles, la guillotina está ahí para castigarlos. Si no quieren o no pueden salvar al pueblo, digamos al pueblo que se salve por sí mismo, vengándose de sus enemigos».<sup>[206]</sup> Ni que decir tiene que el excura fue fuertemente ovacionado. Las incitaciones a la violencia por parte de esas autoridades constituidas no habían podido ser más explícitas.

En ese contexto, como quien no quiere la cosa, con tanta sutileza y aparente elegancia como envenenada precisión, Barère lanzó a Marat a las fauces de sus



enemigos jurados:

—Sí, estos disturbios estaban anunciados. Y si yo quisiera manchar mi boca con las palabras de un periodista atroz e insensato, demasiado conocido entre nosotros como para que yo quiera nombrarle, veríais que sin ser brujo ni profeta, se podía presagiar lo que acaba de ocurrir.

Una vez disparada esa andanada, Barère volvió a remontar el vuelo con aires apocalípticos. Los diputados le escucharon sobrecogidos y nadie desde las tribunas se atrevió a interrumpirle:

—Si los desórdenes de París continúan o se acrecientan, si las bases de la moral pública se destruyen, si la República no puede conciliarse con tales vicios, digámoslo francamente, quememos nuestras ciudades, destruyamos los monumentos de las artes y la civilización, volvamos a los bosques, no seamos más que bárbaros y no nos enorgullecamos más de preparar leyes o de anunciar la libertad a los pueblos de Europa.

Tal vez para no concluir con un diagnóstico tan terrible sobre cuál podría ser el curso de la Revolución si no era capaz de frenar los excesos fraguados en su seno, Barère cambió de registro. Y lo hizo con una nueva imagen marinera, más sofisticada y cargada de simbolismo que las de Cambon e Isnard, a modo de admonición hacia las capas más acomodadas de la sociedad francesa:

—A Dios no le gustaría que yo viniera, sin embargo, aquí a defender a los ricos, esos seres de bronce y hierro que, en medio de las convulsiones revolucionarias, no saben renunciar a ninguno de sus lujos ni de sus placeres. Que imiten a ese comerciante avaro que, transportando sobre los mares cargamentos opulentos y viendo su barco batido por la tempestad, arrojó al mar una parte de sus riquezas para salvar la otra. Ricos, estáis sobre un barco batido por la tormenta de la Revolución: arrojad en las secciones, verted en las manos de la nación una parte de ese cargamento que guardáis con tanta avaricia u os sumergiréis junto a él.

El vigor de esta imagen mantuvo en vilo a la audiencia hasta el final. La visión de los potentados incapaces de aliviar la miseria ajena, ahogándose aferrados a sus cofres del tesoro, no pudo por menos que subyugar por igual a todos los presentes. Como de costumbre, Barère había trazado las coordenadas del lugar de encuentro de la gran mayoría de la cámara, pues casi todos los diputados compartían los mismos principios. Pero apenas concluyó ese alarde de elocuencia, propio de la mejor oratoria sagrada, cuando, sin solución de continuidad, se desató la frontal ofensiva contra Marat.

Al igual que había ocurrido durante el proceso del rey con la propuesta de la apelación al pueblo, fue el doctor en medicina y filosofía Jean-Baptiste Salle quien rompió el hielo. Podía criticarse la falta de ponderación con que a veces se comportaba Salle, pero no su timidez ni su incoherencia. Siendo uno de los más exaltados del bando moderado, se había opuesto con ahínco durante la Constituyente a la figura del veto del rey, pero cuando tras la fuga de Varennes surgieron las

primeras voces republicanas, él advirtió que «antes se dejaría apuñalar» que aceptar la sustitución de la autoridad real por cualquier tipo de gobierno colegiado. Cuando cayó la Monarquía votó sin complejos por la apelación al pueblo, contra la pena de muerte y por el aplazamiento. Si hubiera existido un partido con dicho nombre habría podido decirse de Salle que era más girondino que los propios diputados de la Gironda. Aquella mañana fue al grano sin preámbulo de ninguna clase:

—No tengo nada que añadir a las excelentes razones que Barère acaba de enunciar para demostrar que hay que descubrir a los autores e instigadores de los disturbios. Quiero solamente denunciar que uno de los que los han aconsejado es Marat. He aquí lo que escribía en su número de ayer.

Y tras leer los dos párrafos más comprometedores se limitó a añadir:

—Pido que se apruebe un decreto de acusación contra Marat.

Movidos por el resorte de la repugnancia que les producía haber escuchado la explícita incitación al linchamiento publicada por su detestado colega, numerosos diputados del ala derecha se levantaron y arrojaron la propuesta.

—¡Sí, sí, el decreto de acusación!

Pero para entonces l'Ami du Peuple ya había descendido de las alturas de la Montaña, abalanzándose hacia la tribuna entre los aplausos de un sector del público. Dubois-Crancé se sintió obligado a intervenir por primera y última vez:

—Recuerdo a los ciudadanos que nos escuchan el respeto que deben a la Asamblea y a sus leyes. Advierto que haré salir de las tribunas a cualquiera que haga muestras de aprobación o desaprobación.

En evidente sintonía con Salle, el diputado por la Corrèze de sólo veintiséis años Jean-Augustin Pénier —miembro de una familia de abogados oriunda de las Baleares—, pidió la lectura íntegra del artículo infamante, a lo que Marat reaccionó exigiendo que lo hiciera uno de los secretarios de la Convención. Y entonces se produjo el primer indicio de que la Montaña no iba dejar caer a su incómodo compañero de viaje, porque el secretario al que le habría correspondido la lectura, el exmilitar Choudieu, reaccionó abruptamente:

—Es el propio denunciante quien debe encargarse de la parte odiosa de su denuncia. Declaro que yo no leeré.

Otro *montagnard*, Delmas, propuso una alternativa inaceptable para los moderados:

—Que lo lea el propio Marat.

Pénier zanjó la cuestión, esgrimió el ejemplar correspondiente de *Le Journal de la République Française*, y fue reproduciendo en voz alta uno tras otro todos los párrafos del artículo. Cuando concluyó con lo de «infames tartufos [...], subid a la tribuna a denunciarme con este número en la mano, que estoy preparado para confundiros», Marat ya se había apropiado de la tribuna.

—Está bien claro que hay una facción criminal...

Y mientras decía estas palabras extendía el brazo, señalando con escalofriante

aplomo a los diputados del ala derecha. De entre ellos surgieron numerosos gritos, pero ninguna protesta parecía capaz de callarle.

—Le debo a la Asamblea la verdad desnuda, les da miedo pero la van a oír a pesar de sus gritos. Está bien claro que una horda enemiga de la libertad, esta horda que ha conspirado para salvar al tirano, esta horda que quería llevar la guerra civil a la República no viendo otra salvación para ella que la contrarrevolución, esta horda viene a denunciarme a esta tribuna y a pedir un decreto de acusación contra mí por haber ejercido la libertad de opinión en una de mis obras y haber propuesto dejar en manos del pueblo uno de los pocos medios que ante el silencio de las leyes puede salvarle.

Tan cínico circunloquio para referirse a su receta de ahorcar comerciantes a las puertas de las tiendas puso frenéticos a los moderados, que comenzaron a pedir a gritos que se votara el decreto de acusación propuesto por Salle. Pero Marat siguió adelante con la interpretación tan *sui géneris* de lo ocurrido la víspera, ya adelantada en el Club de los Jacobinos.

—Los movimientos populares que han tenido lugar en París son la obra de esta facción criminal y de sus agentes...

En ese momento volvió a repasar lentamente con el dedo los bancos de los moderados como si estuviera sometiéndolos a una inquisitorial revista.

—Habéis visto a ciudadanos engañados proponeros desde esta barra medidas repulsivas. Esa es su obra. El pueblo condenado a morir de hambre por culpa de las malversaciones de los agentes de la facción de Roland ha querido aportar sus justas reclamaciones, y emisarios de esta facción infernal se han deslizado entre el pueblo y han estimulado los acontecimientos que han tenido lugar ayer.

A medida que iba concretando sus desaforadas acusaciones, las imprecaciones contra él iban subiendo de tono. Pero Marat, convencido de que al menos en ese recinto no había mejor defensa que un implacable ataque, llevó su interpretación hasta el final, encarándose a los moderados.

—Estos excesos no han sido mi obra. Han sido la vuestra.

Y mientras bajaba a saltos de la tribuna, haciendo gestos burlones, entre risas Marat dijo de forma bien audible:

—¡Los muy cerdos! ¡Los muy imbéciles!

Tal era la situación. Gran parte de la cámara consideraba a Marat como un esputo del averno y él se esmeraba en no defraudarles. Otro médico afín a los moderados, el bretón Pierre Lehardi, con las mismas ideas templadas y la misma sangre caliente que Salle, tomó el relevo en la primera línea de fuego:

—Es hora de que sepamos si la Convención es capaz de pronunciarse entre el crimen y la virtud. Es hora de saber si la mitad de la Convención está compuesta de bribones o si Marat es culpable de atacar cada día la soberanía de ese pueblo del que se dice amigo. Yo pregunto si Marat tiene derecho a tratar como a viles canallas a quienes no están hechos para serle asimilados.

Desde los bancos del ala derecha surgió entonces una mezcla de aviso y desafío:

—¿Quién osará defender a Marat?

Apenas tuvieron que transcurrir unos segundos para que tres *montagnards* cogieran el guante. Thuriot y Tallien se precipitaron hacia la tribuna para hablar en su favor, pero su colega Thirion, muy activo en el Club de los Jacobinos, se les adelantó:

—Pido la palabra para defender a Marat, es decir, para defender la libertad de opinión.

El interesado le interrumpió, sin embargo, para aportar a su táctica burlona y desafiante uno de sus recursos dialécticos favoritos:

—Yo no quiero ningún defensor. Pido un decreto por el que se envíe a los hombres de Estado a las Petites Maisons.

Thuriot y Tallien siguieron en su empeño:

—El tirano ha tenido sus defensores, sería muy extraño que un amigo de la libertad no los encontrara.

—Yo también quiero defenderle.

De repente, superponiéndose a sus voces, se oyó la de Buzot con el más inesperado de los anuncios:

—Pido hablar a favor de *monsieur* Marat.

Ajeno a lo que fuera a decir su supuesto jefe de filas, Lehardi pronunció palabras mayores:

—La libertad de prensa es el *palladium* de la libertad. Pero no se me negará que a la vez existen decretos que garantizan la propiedad y el respeto a la seguridad de las personas. Y decretos que establecen la pena de muerte para quien propicie del modo que sea la existencia de un rey o trate de usurpar los poderes. Desde el comienzo de la Convención, Marat no ha dejado de hablar contra el decreto que pone las propiedades bajo la protección de la ley...

—¡Eso es falso y lo demostraré si es necesario! —chilló l'Ami du Peuple.

—... por lo que yo también pido el decreto de acusación —concluyó Lehardi.

El joven valor de la Gironda, Boyer-Fonfrède, quiso hacer entonces su propia aportación, separándose de la presunta línea oficial de su supuesto partido:

—Pido la palabra contra el decreto de acusación y para plantear otra medida, la única conveniente para Marat.

Por si no hubiera ya suficiente confusión, fue Jean-Louis Carra, el bibliotecario protegido por *madame* Roland, quien presentó una alternativa conciliadora al decreto de acusación:

—Marat ha incitado al pillaje, y la libertad de prensa no puede excusarle. Yo no atribuyo a Marat la intención formal de haber querido hacer el mal. Pero cuando menos ha estado equivocado y debo decir que su equivocación es continua, pues calumnia sin saber. Sobre esto habría para escribir volúmenes, pues esa equivocación perpetua es la falsa idea que tiene del patriotismo. Su imaginación se calienta y ve monstruos por todas partes. Es fácil, se cree todo lo que le dicen y es así como,

queriendo salvar a la República, a menudo la pierde. Y es así como, queriendo apoyar a sus amigos, los pierde. La conducta de Marat es reprobable y como el Comité de Legislación tiene ya algunas piezas que le conciernen, pido que se le envíe también esta.

Marat no quería ni ese tipo de ayudas ni esa clase de amigos:

—Debo hacer observar a la Asamblea que el comentario pérfido de Carra serviría para llevar al patíbulo a los mejores patriotas. Sostengo que lo que he escrito no es más que una opinión que tenía derecho a publicar. Los pérfidos enemigos de la libertad están encantados de encontrar en mi hoja una frase que les permita pedir el decreto de acusación contra mí para que el pueblo se olvide de sus tramas y de sus complots. Insisto en pedir un decreto que condene a las Petites Maisons a los hombres de Estado.

Una voz surgió desde la Montaña:

—Pido que se escuche a los que quieren defender a Marat.

Cada minuto que pasaba, l'Ami du Peuple se sentía más seguro de sí mismo.

—Soy lo suficientemente fuerte como para defenderme solo.

Entonces Buzot expuso su tesis:

—El mayor inconveniente habitual de los decretos de acusación es que se puede llegar al fin contrario del que se pretende. Y de hecho, tras haber decretado en numerosas ocasiones la acusación contra determinadas personas que parecían culpables, estos decretos se han quedado en nada. ¿Qué es lo que no se diría contra la Convención si después de haber decretado la acusación contra *monsieur* Marat...?

La Montaña había pasado por alto una vez que Buzot se refiriera así a l'Ami du Peuple, pero no pudo consentir el retintín con que lo hizo la segunda.

—¡Tú sí que eres un *monsieur* de los que se alojan en los palacios de los príncipes! —le replicaron desde la tribuna, aludiendo al apartamento que había alquilado en el aristocrático Hôtel de Bouillon, en el Quai Malaquais, muy cerca de la residencia de los Condorcet.

Buzot siguió imperturbable con su razonamiento y su ironía:

—... si después de haber decretado la acusación, *monsieur* Marat fuera absuelto por un jurado de París?

Su argumento premonitorio no se quedaba, sin embargo, en una mera cuestión de táctica u oportunidad.

—Ya sé que en el Código Penal se dice expresamente que cuando la incitación al pillaje es seguida de su ejecución, el que lo ha aconsejado debe ser castigado igual que el que lo ha ejecutado. Pero, ciudadanos, las expresiones de Marat, por muy claras que os parezcan, también son susceptibles de una interpretación favorable. Reconozco que si yo fuera jurado y no existiendo una ley fija que me obligara, yo preferiría absolverle que castigarle. Sobre todo teniendo en cuenta la libertad de prensa, que debemos respetar infinitamente más que el extravío pasajero de una opinión.

Aprovechando el estupor que en las filas moderadas y especialmente entre los indecisos de la Planicie estaba provocando la disidencia de su tantas veces portavoz, Marat volvió a regodearse en la idea de internar a sus enemigos en el manicomio.

—Pido por tercera vez que se envíe a los hombres de Estado a las Petites Maisons.

Esta reiteración burlona sacó de sus casillas al habitualmente sereno y casi siempre silencioso Jean-Jacques Thomas, uno de los cinco diputados por París que no había firmado la carta de Robespierre.<sup>[207]</sup> Influidado sin duda por su condición de comerciante y su arraigo en el barrio de los Lombards, Thomas no pudo contener su exclamación:

—¡Cállate, imbécil!

A lo que Boyer-Fonfrède, también fuera de sí, añadió algo terrible en su literalidad:

—Pido que se aplique a Marat la ley del talión.

¿Qué quería decir con eso el joven diputado de Burdeos? ¿Que l'Ami du Peuple debía ser colgado como proponía que se hiciera con los acaparadores, o que su domicilio debía ser saqueado como los comercios parisinos?

La situación se le estaba yendo de las manos a Dubois-Crancé. Las tribunas jaleaban a unos y otros y numerosos diputados exigían que concluyera el debate. Dufriche-Valazé insistió en que se votara el decreto de acusación. Marat le miró con odio y exclamó:

—¡El que quiere la muerte de un patriota es un contrarrevolucionario!

Boyer-Fonfrède recogió entonces velas en pos de una condena política y pronunció una de sus frases más célebres:

—Propongo que se retire el decreto de acusación y que la Convención se limite a proclamar ante Francia entera que ayer Marat ha predicado el saqueo y ayer por la tarde se ha saqueado.

De la Montaña surgieron fuertes murmullos e imprecaciones muy subidas de tono. El impulsivo Pénières pareció desafiarlas dándole la vuelta a la propuesta burlona de l'Ami du Peuple:

—Pido que Marat sea declarado loco y que como medida de seguridad general sea encerrado en Charenton, de donde no podrá salir hasta que haya concluido la Revolución.

Sin embargo, el doctor Salle no se resignaba a soltar la presa.

—De acuerdo con el Código Penal, quien aconseja el crimen debe ser castigado como cómplice, y puesto que Marat es responsable de haber provocado el pillaje que ha tenido lugar ayer, pido que se decrete la acusación contra él.

«¡El orden del día, el orden del día!», comenzaron entonces a gritar al unísono unos sesenta diputados de la Montaña. «¡Que se vote el decreto de acusación, que se vote el decreto de acusación!», corearon otros tantos del bando opuesto.

Entonces nuevas voces entraron en liza. Bancal des Issarts, íntimo de los Roland,



abrió una nueva vía:

—Pido que siguiendo los usos establecidos por la Constitución americana, la Convención, por mayoría de dos tercios de los votos, decrete: primero, que Marat sea expulsado provisionalmente de su seno; segundo, que sea encerrado para que se examine si está loco.

Collot d'Herbois y Basire aprovecharon el punto débil de la propuesta:

—Pido que se decrete que el que está loco es el propio Bancal por habernos propuesto deliberar de acuerdo a la Constitución americana.

—Se nos habla de la Constitución americana para llevarnos al gobierno federalista que ambicionan estos *messieurs*...

La bronca iba subiendo de tono, pero Bancal quería que su propuesta se tomara en serio.

—Exijo el silencio debido a todo representante del pueblo. Pido que los médicos constaten hoy mismo...

—... que Bancal está loco —le interrumpió Thirion.

«¡El orden del día! ¡Presidente, el orden del día!» Los gritos de la Montaña arreciaban ante el desconcierto creciente de la derecha. Pero Marat quería rematar la faena con un último golpe de teatro:

—Yo creía, *messieurs*, que había un poco de pudor en esta Asamblea, pero no he encontrado ni pudor ni justicia. Pues bien, yo solicito el decreto de acusación contra mí mismo para cubriros de infamia. Los hombres sabios a los que entregaréis mi cabeza compararán el fragmento de mi hoja con vuestro decreto de acusación y dirán que no sabéis leer.

En pleno frenesí, dando patadas contra el suelo, gesticulando con toda su fuerza dramática, aquel hombrecillo furioso sabía que estaba ganando la partida. Y señalando de nuevo a los bancos de la derecha repitió una vez más su estribillo:

—¡Lo pido yo! ¡Decretad la acusación contra mí... pero a la vez decretad la locura de todos estos *messieurs*, los hombres de Estado! ¡Ah, los hombres de Estado! ¡Veis con qué encarnizamiento persiguen a los patriotas!

Los moderados más empecinados no se daban por vencidos y Valazé sostuvo su exigencia:

—La discusión está cerrada. Someted a votación el decreto de acusación.

Marat le señaló directamente con el dedo.

—Es un hombre de Estado el que habla. Ahí tenéis a este tesorero de Francia.

Tallien y Thirion insistieron en pedir la palabra para apoyarle. Robespierre se acercó entonces al presidente y le dijo algo inaudible, mientras Marat seguía disfrutando de su apabullante protagonismo.

—¡Son los hombres de la apelación al pueblo los que quieren asesinar al Amigo del Pueblo!

Y Salle seguía erre que erre:

—Pido el decreto de acusación en virtud del Código Penal.

En medio de aquel incontrolable pandemonio el diputado Méaulle, un hábil abogado con perfil bajo y fama de independiente, propuso una nueva resolución: «La Convención, tras deliberar sobre la denuncia que le ha sido hecha de un escrito de Marat relativa a los disturbios, pillajes y tasaciones de mercancías que han tenido lugar ayer, 25 de febrero de 1793, en la ciudad de París, reenvía la mencionada denuncia a los tribunales ordinarios y encarga al ministro de Justicia perseguir a los autores e instigadores de estos delitos y de dar cuentas a la Convención dentro de tres días».

Antes de que ningún moderado pudiera replicar que para ese viaje no hacían falta las alforjas de todo cuanto se había dicho allí esa mañana, pues si la Convención no ejercía la acusación contra Marat el envío de su artículo a la justicia carecía de trascendencia alguna, Vergniaud, líder moral de la delegación de la Gironda, rompió su empecinado silencio de esos días:

—Sostengo que se debe acordar prioridad a esta última proposición. La Convención no puede decretar la acusación contra aquel a quien se culpa de haber incitado al saqueo y dejar impunes a los que han saqueado.

Lo que había dicho Vergniaud no dejaba de ser un sofisma, pero era también una forma ordenada de cubrir la retirada de sus más vehementes amigos y aliados. Como por arte de magia todas las aguas se calmaron y la asamblea adoptó por una aplísima mayoría esa inane resolución.

Marat regresó a su escaño satisfecho, lanzando nuevas bravatas contra los «hombres de Estado». Dubois-Crancé le obligó a callarse con la contundencia que no había exhibido durante el debate y, completamente exhausto, cedió el sillón al propio Vergniaud en su calidad de expresidente de la cámara.

Todo indicaba que se había producido un pacto, con la probable intervención de Robespierre y Vergniaud, pero el balance no podía ser más catastrófico para los moderados. Incluso ante un asunto sobre el que era relativamente sencillo obtener el apoyo en caliente de la mayoría, como la adopción de medidas contra el detestado Marat, se habían mostrado desunidos, presentando hasta cuatro iniciativas incompatibles entre sí, poniendo en evidencia su descoordinación y falta de liderazgo. Por el contrario la Montaña, aguantando el tirón en la defensa de una causa impopular, había reafirmado su cohesión ante la mirada atenta de los indecisos sin una sola muestra pública de disidencia. Había demostrado así que era el único grupo organizado de la cámara, el único partido digno de tal nombre.

Con la defensa de Marat la Montaña había fortalecido además sus lazos con el movimiento popular desencadenado entre los *sans-culottes*. La doctrina de la conspiración aristocrática siguió sirviendo de explicación oficial para los actos de pillaje, pero la mayor parte de los *montagnards* reaccionó con gestos de asentimiento cuando el procurador general de la Comuna, Anaxágoras Chaumette, aportó dos días después su interpretación socioeconómica de lo ocurrido en una intervención de especial intensidad ante la Convención:

—El pobre ha hecho la Revolución tanto como el rico o más que el rico. Todo ha cambiado alrededor del pobre, sólo él ha seguido en la misma situación. Lo único que ha ganado con la Revolución ha sido el derecho a quejarse de su miseria. Ciudadanos, el pobre, el rico, cualquier ser racional, no hace la Revolución sino para ser más feliz.

En este momento el asentimiento se trocó en fuertes aplausos que acompañaron el resto de la perorata.

—La Revolución le ha dado inmensamente al rico al proporcionarle la libertad. También le ha dado al pobre la libertad y la igualdad, pero para vivir libre es preciso vivir, y si no existe una proporción justa entre el precio del trabajo del pobre y el precio de los artículos de primera necesidad, el pobre no puede vivir. Restableced esa proporción saludable, cambiadla en beneficio del pobre. Es el único medio de hacerle amar la Revolución. Es el único medio de concederle al pobre la esperanza de llegar a ser algún día propietario. Y puede ser que la Revolución no esté verdaderamente consolidada hasta ese momento feliz en que el pobre deje de sentirse como un inquilino en su patria.

La Montaña empezaba a ser consciente de que la movilización de la calle no era ni anecdótica ni coyuntural. De que en el tablero de la Revolución había un nuevo protagonista sin representación en la Asamblea al que habría que tomar como aliado o adversario —incluso como ambas cosas a la vez—, pero al que era suicida ignorar.

Todo lo ocurrido sirvió pues para apuntalar la determinación de los jacobinos de liderar la Revolución. Y como prueba de que la Montaña no sólo era capaz de actuar a la defensiva, sino que también podía arrastrar a la mayoría hacia sus tesis, lo último que hizo la cámara aquel 26 de febrero antes de levantar la sesión fue aprobar un proyecto de decreto del Comité de Seguridad General que daba cauce a la urgencia jacobina por emprender la caza de los enemigos emboscados de la Revolución. Todos los propietarios o arrendatarios de viviendas de Francia deberían presentar en el plazo de veinticuatro horas una relación de las personas no censadas en la localidad que vivieran bajo su techo. Esa lista de «extraños» se expondría públicamente para que cualquier vecino pudiera enmendarla con su denuncia. Quien fuera descubierto dando cobijo a un emigrado que hubiera regresado a Francia sería condenado a seis años de trabajos forzados. Ni un solo integrante del sector moderado alzó su voz contra este primer paso hacia el Estado policial.

Más allá de tan significativo ejercicio de clarificación, lo que durante aquella jornada había quedado en todo caso de relieve es que el nivel de odio y enconamiento personal entre gran parte de los diputados había llegado a unos niveles que, por volver a la elocuente metáfora de Barère sobre el barco con exceso de carga azotado por la tempestad, resultaba poco menos que imposible que pudieran seguir navegando juntos. En el ambiente empezaba a pesar la sensación de que, en la medida en que los acantilados contra los que podía zozobrar la nave —la guerra, la situación económica, los disturbios en el interior— estaban cada vez más próximos y se presentaban crecientemente escarpados, antes o después habría que dirimir quién echaba por la

borda a quién. Lo que ni el propio Barère —tan sensato, civilizado, pulido y elegante— sospechaba era el papel decisivo que él mismo desempeñaría en esa pugna. Menos aún que su relajado y a menudo jovial conformismo a la hora de dejar por el camino los cadáveres de buena parte de sus hasta entonces amigos y aliados le haría merecedor del sobrenombre de «Anacreonte de la Guillotina».<sup>[208]</sup>

## **CAPÍTULO III. ENSAYO GENERAL EN MARZO**

## UNO

El 1 de marzo Robespierre salvó la vida de un hombre. Se llamaba Philibert Laloue y había sido condenado a muerte tanto por el Tribunal Penal de París como por el Tribunal de Casación por haber utilizado un asignado falsificado de cinco libras. La Convención había recibido la víspera una petición suya en la que solicitaba la nulidad de la sentencia, explicando que el ministro de Justicia, «tan justo como humano», había aplazado la ejecución. La reacción de la Asamblea había sido pedir que se le informara no de por qué un delito de tan escaso calibre iba a llevar a un hombre a la guillotina —era lo previsto en la ley aprobada para preservar el valor de los asignados—, sino de por qué el ministro interfería en el curso del cumplimiento de la pena. Cambon llegó incluso a acusarle de haber «sobrepasado los límites de su poder».

Garat, que todavía acumulaba las carteras de Justicia e Interior, se sintió obligado a dar explicaciones a la cámara. Comenzó negando la mayor —él no había aplazado la ejecución y esta tendría lugar en cuestión de horas, tan pronto como se terminaran de cumplir los trámites burocráticos previstos—, y aunque hizo algunas tímidas consideraciones en torno a la falta de precisión y ponderación de una ley que castigaba igual a quien fabricaba moneda falsa de forma masiva que a quien utilizaba uno de esos billetes, concluyó lavándose las manos sobre la suerte de Laloue:

—Después de haber escuchado la voz de la humanidad, yo la he sofocado porque siento que la felicidad de los pueblos no depende de estos sentimientos que se elevan de forma pasajera en el corazón de los hombres privados, sino de la ejecución inmutable del orden establecido.

Medroso y declamatorio, era Garat en su quintaesencia. El tal Laloue podía ya darse por muerto, cuando Robespierre pidió la palabra para volver del revés la argumentación del ministro:

—Siento la naturaleza temblar en mi corazón al pensar que un ciudadano, un hombre que no ha sido condenado por atentar contra la fortuna pública, sino por haberse dejado arrastrar por el temor de ver caer sobre él las consecuencias de un crimen cometido por otro, vaya a ser tratado como si él mismo fuera el autor de ese crimen contra la nación. Creo, ciudadanos, que nos es fácil conciliar aquí el interés de la salud pública con el de la equidad natural, la justicia y la humanidad.

A continuación pidió la reforma de la ley y la suspensión de la ejecución de Laloue «hasta nueva orden». Era un acto de poder, una prueba de fuerza. Robespierre había trazado un relato, unos móviles, un surco para la debilidad humana que le permitiera ejercer la clemencia. Y si la ley no coincidía con su conciencia moral, el problema era de la ley. La Convención aprobó ambas propuestas sin debate alguno.

El episodio demuestra no sólo el ascendiente que aquel hombre camaleónico y atildado había ido adquiriendo ante la cámara tras su pelo empolvado y su mirada verdosa, sino también el clima de euforia, propicio por una vez a la indulgencia, que había ido impregnando durante los últimos días y horas el estado de ánimo de los



diputados a raíz de las excelentes noticias llegadas de los Países Bajos. Desde que Dumouriez iniciara el 16 de febrero la conquista de Holanda, llevando prendido en el pecho un pequeño perro lobo de plata, símbolo de los patriotas báltavos, con la inscripción «Cada uno muerde cuando le toca», todo parecía de color de rosa para la causa de la Revolución.

Aunque él mejor que nadie era consciente del estado precario de sus tropas, una vez desvanecidas sus esperanzas en una solución diplomática, Dumouriez había emprendido la vía militar de la huida hacia delante con su audacia característica. La propia víspera del comienzo de la ofensiva, un oficial recién expulsado de La Haya por el gobierno del estatúder Guillermo V de Orange-Nassau comentó con él sus expectativas: «Vais a desparramar las naranjas —“*des oranges*”—, ¿verdad?». A lo que Dumouriez replicó: «Haré algo más, cortaré el naranjo —“*l’orangier*”— por la raíz».<sup>[1]</sup>



*Dumouriez, el salvador de Bélgica. Grabado de Villeneuve, Museo Carnavalet, París.*

Dumouriez contaba con el respaldo incondicional del nuevo ministro de Defensa, su antiguo subordinado Beurnonville, para quien era como un padre. Beurnonville confiaba en él hasta el punto de pronosticar con pretenciosa simplonería que «como nuevo Ícaro se elevará sobre los diques de Holanda, y como estamos en invierno sus

alas no se derretirán».<sup>[2]</sup> Y ya puestos a dejar volar la imaginación, el ministro consideraba esa campaña como el inicio de un plan de expansión planetaria que incluiría la conquista de la India a cargo de un cuerpo expedicionario de 25.000 hombres que tardaría tres años en el empeño.<sup>[3]</sup>

Las fantasías de Dumouriez no llegaban tan lejos, pero su plan para apoderarse de los Países Bajos no podía ser más arriesgado. Consistía en la rápida progresión hacia el norte del grueso de las tropas a su mando, «renunciando a la guerra regular y metódica»,<sup>[4]</sup> dejando atrás numerosas plazas en poder del enemigo y «haciendo pasar a su ejército por el ojo de una aguja»<sup>[5]</sup> —la zona de Moerdijk, donde debía atravesar el canal de Biesbosch— para abrirse camino hacia la isla o más bien península de Dordrecht y desde allí llegar hasta Ámsterdam. Una vez conquistada la capital impondría desde ella la rendición de las demás ciudades, proclamaría la República Bátava y levantaría un ejército de hasta 80.000 hombres con el que podría dictar sus condiciones, «poner fin a la anarquía» en Francia y, llegado el caso, marchar sobre París, «disolver la Convención y aniquilar el jacobinismo».<sup>[6]</sup>

Seguro del éxito de tan osado propósito, Dumouriez partió de Amberes con unos 20.000 soldados. Cubriéndole las espaldas por su flanco derecho quedaba el general Cyrus Valence al frente del llamado Ejército de las Ardenas, encargado con otros 18.000 hombres de impedir que los austriacos cruzaran el Rur y de defender los cuarteles de invierno establecidos en diciembre por los franceses en Aix-la-Chapelle, la histórica capital de Carlomagno. Al margen de su simbolismo, la también conocida como Aquisgrán o Aachen era un enclave estratégico en la medida en que a muy pocos kilómetros, protegida por el río Mosa, quedaba Lieja, gran baluarte francés, puerta de entrada a Bélgica y cuartel general de Valence.

Entre tanto, algo más al norte, un contingente similar a las órdenes del aventurero venezolano Francisco Miranda,<sup>[7]</sup> elevado a general del ejército francés gracias a la protección de Pétion y Brissot, debía apoderarse de Maastricht, principal plaza fuerte de la Holanda meridional. Si todo transcurría de acuerdo con lo previsto, una vez conquistada la ciudad Miranda dejaría en Maastricht una guarnición y progresaría hacia el norte para desalojar a los prusianos del duque de Brunswick de la plaza fronteriza de Vanlo, que acababan de conquistar, y llegaría hasta Nimega, donde «alargaría los brazos» para «bailar la carmañola» con un Dumouriez de regreso ya de Ámsterdam. Todo el territorio de los Países Bajos sería suyo, lo que consolidaría también el dominio francés de Bélgica.

El general Antoine-Henri Jomini, máximo tratadista militar de la época, califica todo el proyecto de «novela política» fruto de una «mente volcánica», añadiendo que «si hubiera sido excusable a alguien que no conociera Europa, no se podía perdonar a quien como Dumouriez había sido ministro de Asuntos Extranjeros» y sabía de sobra lo que los Países Bajos significaban para Prusia, el Reino Unido y Austria.<sup>[8]</sup> Pero en su opinión lo peor no era eso, sino los detalles técnicos del plan. Según Jomini, si

Dumouriez consideraba débiles a las fuerzas austriacas y prusianas que dejaba a su derecha, tenía que haberlas empujado primero hasta el Rin; y si no se sentía capaz de ello, en ningún caso debía fragmentar su ejército y exponerlo a los riesgos de una contraofensiva enemiga.<sup>[9]</sup>

Durante los primeros días el plan fue cumpliéndose escrupulosamente e incluso el curso de los hechos aportó la agradable sorpresa de la rápida rendición de Breda, la mítica plaza fuerte del Brabante holandés conquistada, perdida y reconquistada dos siglos antes por los tercios españoles. Su gobernador, el conde de Bylandt, disponía de tropas y cañones suficientes para defenderla, pero era un hombre medroso sin experiencia militar y bastaron unos cuantos bombardeos dirigidos por el diestro general D'Arçon<sup>[10]</sup> y un ultimátum amenazante para que entregara la plaza.

Fue precisamente esa noticia, conocida entre el 27 y el 28 de febrero, la que desató la euforia en París. Llegaba unida al goteo de comunicados de ciudades belgas que apoyaban la «reunión» con Francia<sup>[11]</sup> y a las informaciones que hablaban de la inminencia de la caída de Maastricht. Súbitamente la popularidad y el prestigio de Dumouriez, tambaleantes tras las denuncias formuladas contra él en el Club de los Jacobinos y el fracaso de sus gestiones de enero, volvieron al nivel inmediatamente posterior a las victorias de Valmy y Jemappes. Marat quedó de nuevo en evidencia, pues había publicado en su periódico del miércoles 27 la denuncia de un tal Tompson —agente inglés según los moderados, patriota belga según el propio Ami du Peuple— que sostenía que los austriacos se habían dejado ganar en Jemappes y habían cedido Bélgica a Dumouriez para ayudarlo a salvar a Luis XVI, con el compromiso por parte del general de devolvérsela al cabo de un tiempo «bajo cualquier pretexto».<sup>[12]</sup>

Los moderados, que aún lamían sus heridas tras el fracaso de su ofensiva contra Marat a cuenta del pillaje de los comercios, no perdieron la ocasión de enfatizar irónicamente que los hechos le habían cogido a contrapié: «Mientras Marat denunciaba la gran traición de Dumouriez, este *traicionaba* a su país tomando Breda y atacando Holanda por cinco puntos diferentes», proclamó *Le Patriote Français* en su edición de ese viernes 1 de marzo.

Sin embargo, el órgano de Brissot y sus amigos moderados iba más lejos y se dejaba contagiar por el entusiasmo de Beurnonville: «Esta expedición a Holanda es uno de los proyectos más hermosos que se puedan imaginar. En cuestión de unos días el ministro ha anunciado que Holanda quedará en libertad. Nuestros ejércitos expanden el terror por todas partes y se alimentan sobre el terreno. Breda ha entregado a sus libertadores más de doscientos mil florines».

En ese mismo ejemplar *Le Patriote Français* se hacía eco de otra noticia internacional, pero también extraía consecuencias domésticas de ella: «Acabamos de enterarnos de que el célebre Washington ha sido reelegido presidente de los Estados Unidos de América. Es una nueva prueba de la prosperidad de ese bello país que después de haber declarado la guerra a Inglaterra tiene la seguridad de lograr el más

alto grado de riqueza rural y comercial [...]. América conoce el reposo después de haber pasado por todos los horrores primero de la guerra y después de la anarquía. Nosotros reunimos este doble género de calamidades, de nosotros depende hacer una guerra aún más gloriosa y aplastar a la anarquía. Lo único que hace falta es querer y no capitular».<sup>[13]</sup>

Es difícil saber si el ciudadano Laloue habría salvado el cuello, pero lo que está claro es que el diario brissotino habría refrenado su optimismo si aquel viernes 1 de marzo se hubiera conocido en París cuál era la situación de última hora en los frentes de batalla. La noche anterior la vanguardia de un ejército austriaco de casi 40.000 hombres, comandado por el veterano príncipe de Coburgo y con el brillante coronel Karl Mack como jefe de estado mayor, había cruzado el Rur a la altura de los pueblos de Duren y Juliers con el propósito de reconquistar los Países Bajos. Sus tres primeros objetivos eran apoderarse de Aix-la-Chapelle y Lieja y acabar con el asedio de Miranda contra Maastricht. Es decir, hacerse con el triángulo sobre el que pivotaba la audaz expedición de Dumouriez y romper el muro de contención que aseguraba el dominio francés en Bélgica.

Con las primeras luces comenzaron los enfrentamientos entre los austriacos y las tropas francesas destinadas por Valence a defender esa franja de protección entre el Mosa y el Rur que le permitía sentirse seguro en Lieja. Al frente de ellas estaban los generales La Noue y Stengel, dos hombres competentes que habían advertido de que ni disponían de los medios adecuados para su misión ni el terreno era el propicio. Si de ellos hubiera dependido, la línea defensiva se habría establecido no en la orilla del Rur, sino en la del Mosa, y achacaban a motivos más políticos que militares la obsesión por controlar la vieja capital de Carlomagno.<sup>[14]</sup>

«Admirad un poco la fatalidad de las cosas humanas», le había dicho Stengel sardónicamente a uno de sus subordinados. «Nuestra vanguardia será pronto atacada y de este combate depende la suerte del ejército, de Francia [...], de Europa. Si soy el vencedor, otro tendrá toda la gloria. Si soy el derrotado, seré el único responsable y dentro de cuarenta años un historiador saldrá del fondo de su granero para escribir que Bélgica estaba sometida a la República Francesa, pero un cierto general Stengel, asno en el arte militar, tomó una mala posición, se dejó batir y arrastró a los suyos a la ruina. ¡Y no dirá que yo había enviado carta tras carta para denunciar el peligro de esta posición!».<sup>[15]</sup>

Desde el primer momento quedó claro que era esta segunda posibilidad, a la vez pronosticada y temida por Stengel, la que se iba a materializar. Tanto en los duelos artilleros como en las maniobras de la caballería o en los choques cuerpo a cuerpo de la infantería, se vio enseguida que el ejército francés no era el de los vencedores de Valmy y Jemappes. Muchos jinetes no tenían sillas y muchos infantes no tenían zapatos —ni siquiera zuecos—, pero lo esencial era la falta de disciplina de los nuevos voluntarios. Tras haberse acostumbrado a desobedecer a sus jefes y a esmerarse más en el pillaje que en la práctica militar, buena parte de ellos salieron

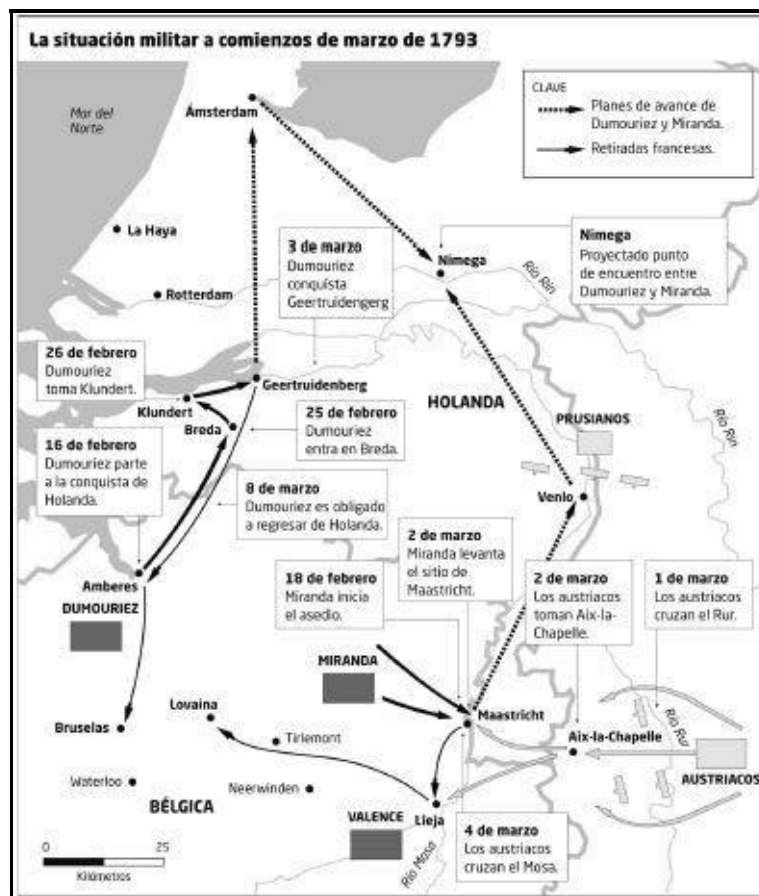
huyendo a la primera dificultad. Los testimonios de aquella jornada funesta para el ejército de la Revolución oscilan entre el de quien asegura que los dragones franceses «demostraron que sus caballos eran capaces de correr», y el de quien sostiene que los voluntarios dejaron constancia de que «lo de vivir libres o morir había sido un juramento de sobremesa».<sup>[16]</sup>

Al día siguiente cayó Aix-la-Chapelle y quedó patente que pronto le tocaría el turno a Lieja. Miranda, carente de verdadera experiencia militar en una campaña de esas características e incapaz de apoderarse de Maastricht durante los veinte días en que fue dueño y señor de sus alrededores, tuvo que renunciar al asedio «en una huida precipitada», desgajando su artillería, comandada por el duque de Chartres —hijo de Philippe Égalité, heredero de la rama Orleáns y futuro rey de Francia—, y trasladándose él mismo, con quienes no desertaron, a Lieja, para contribuir a su defensa.<sup>[17]</sup>

A Valence<sup>[18]</sup> valiente soldado y medroso general, sólo se le ocurrió escribir desde allí a Dumouriez lo que más que una carta era una angustiada petición de auxilio: «Nuestro sueño se ha terminado en Holanda, mi querido general. Los enemigos han atacado a La Noue por la izquierda y la derecha de sus acantonamientos [...]. Ha sido desbordado [...]. Quiera la Providencia que vela por Francia que vos, mi general, no estéis embarcado. Volad aquí. Yo declaro que si no venís no estoy en condiciones de mandar estas fuerzas en esta posición [...]. Podéis estar aquí en veinticuatro o treinta horas». Y añadía: «Incluso si quisierais seguir con el proyecto de Holanda, habría que cambiar el plan de campaña y sólo vos lo podéis hacer. Los minutos son siglos».<sup>[19]</sup>

Todo lo que decía Valence —empezando por su propia incompetencia— era cierto; pero Dumouriez, que, en efecto, estaba a punto de embarcarse, prefería ignorarlo. Su ejército llevaba camino de conquistar Geertruidenberg por un procedimiento similar al empleado en Breda y se había apoderado de varias embarcaciones con las que pretendía cruzar el canal y seguir adelante en su marcha hacia Ámsterdam. El 3 de marzo lo único que le ordenó a Valence desde el campamento de Moerdick es que si no había podido mantener las posiciones en el Rur, al menos defendiera las del Mosa. Le envió copia a Miranda añadiendo: «Mantened la posición quince días; de aquí a entonces seré dueño de la mitad de Holanda [...], pero no puedo hasta dentro de cinco o seis días dejar un ejército que ha hecho milagros por el prestigio de mi presencia».<sup>[20]</sup>





Al día siguiente Dumouriez volvió a escribir a Miranda ya en estado de éxtasis: «Valiente republicano, mi hermano, mi amigo, olvidad vuestras pesadumbres, haced celebrar a vuestro ejército la toma de Geertruidenberg, que se ha rendido hoy mediante capitulación a las cuatro y media de la tarde. Espero que los ejércitos de Bélgica recuperen el valor y se empeñen en una noble emulación. Geertruidenberg, cubierto por la inundación, casi inaccesible, protegido por numerosos fuertes, provisto de una artillería temible, con una guarnición de suizos, no ha aguantado más que treinta y seis horas ante el ímpetu francés». La carta concluía: «Valor, mi querido peruano, pensad que nos quedan todavía cosas muy grandes por hacer».<sup>[21]</sup>

Sin embargo, ese mismo día 4 había comenzado la caótica evacuación de Lieja por parte de un ejército francés noqueado que dejaba atrás un centenar de cañones, cerca de 40.000 fusiles y municiones y pertrechos valorados en 200.000 florines.<sup>[22]</sup> Hubo desercciones en masa de voluntarios y pronto se formaron largas caravanas de refugiados que huían de las represalias austriacas, dirigiéndose bien hacia Francia, bien hacia el interior de Bélgica. Danton, que acababa de regresar de París tras arreglar la testamentaria de su esposa y se había encontrado con una Lieja al borde del colapso, fue uno de los que emprendieron la ruta hacia Bruselas. Con él iban — cómo no— Delacroix y «un convoy cargado de plata cuyo verdadero fin no se sabe si era reflotar las finanzas de la República».<sup>[23]</sup>

De espaldas a todo ello, Dumouriez hacía un último intento en su campamento de Moerdick para convencer a los comisarios de la Convención de que bastarían dos

semanas para culminar su sueño. Tras la misiva desesperada de Valence, Miranda le había enviado un diagnóstico mucho más voluntarista de la situación al que él se agarraba como a un clavo ardiendo. Incluso llegó a pensar en forzar un relevo en el mando poniendo al otro en el lugar del uno. Todavía el 7 de marzo escribía en estos términos a su «querido peruano»:

«A punto de pasar el Moerdick, a punto de vencer todas las dificultades, a punto en fin de asegurar para siempre la libertad y la gloria de mi patria y de Holanda, lo veía todo perdido si vos no me hubierais tranquilizado sobre vuestra posición y sobre el espíritu del ejército. La carta de Valence, sobre todo, me había llevado a la desesperación [...]. Hacedme simplemente saber cómo se comporta el general en jefe».

Dumouriez había añadido entonces cuatro palabras en español en señal de complicidad: «Cuidado con este hombre». Y proseguía en francés: «Si os crea problemas con sus irresoluciones, un correo bastaría para resolver la cuestión [...]. La evacuación de Lieja y de Aix-la-Chapelle no tiene importancia. El enemigo no podrá sostenerse allí mejor que nosotros [...]. Poned un río delante de vos, tomad una posición y aguantad quince días [...]. Adiós, mi amigo y más que nunca mi amigo, seamos siempre dignos el uno del otro y pensemos que no hacen falta más que dos o tres buenas cabezas para salvar la República».<sup>[24]</sup>

Al día siguiente Dumouriez recibió una comunicación formal de Beurnonville que en nombre del Consejo Ejecutivo Provisional le ordenaba regresar de inmediato a Bélgica. Obedeció con gran enfado, pero dejando a sus tropas en los Países Bajos y más resuelto que nunca a poner fin por medios militares a lo que por encima de todo consideraba una gran crisis política. Era obvio que tenía claro que esas «dos o tres buenas cabezas» eran la suya y las de un par de lugartenientes.



## DOS

La primera noticia de lo ocurrido no fue comunicada a la Convención hasta el martes 5 de marzo a través de una escueta misiva de los diputados Delacroix, Merlin de Douai y Gossuin, que ejercían de comisarios políticos ante el ejército de Bélgica. Se limitaban a informar del cruce del Rur «por un ejército enemigo» y la evacuación de Aix-la-Chapelle. Añadían que «el general Valence toma con mucho coraje y sangre fría todas las medidas necesarias», aunque «la ausencia de un gran número de generales y mandos hace que su situación sea muy penosa».

Esta última referencia impulsó a un diputado jacobino —Bourdon de l’Oise— a pedir la inmediata reincorporación a sus puestos de los jefes y oficiales «bajo pena de destitución». Y su correligionario Choudieu aprovechó la ocasión para reclamar que los voluntarios desplazados a París por los departamentos más afines a los diputados moderados, con el propósito de proteger a la Convención, «sean enviados de inmediato a las fronteras». Lanjuinais intervino en contra de la moción con un argumento alarmante:

—Denuncio a la Convención que en París existe un llamado Comité de Insurrección. Lo he sabido por un voluntario que estaba con sus camaradas en la Asamblea Electoral,<sup>[25]</sup> al que le dijeron que fuera al Comité de Insurrección. Este comité está presidido por un miembro de la Asamblea Electoral. Pido que se pase al orden del día porque está claro que existe en París un foco de disturbios e insurrecciones.

Pese a su concreción, la denuncia de Lanjuinais cayó en saco roto, pues generó muchos murmullos pero nadie pareció interesado en saber si eso era cierto ni en entrar en los detalles. Choudieu se aferró a la apariencia más superficial y lanzó un ataque al recurrente proyecto de guardia departamental:

—París nunca ha estado tan tranquila como ayer. Buzot os ha dicho que hace falta una fuerza armada porque él cree que las leyes sólo son buenas cuando se hacen con las bayonetas. Ya os he dicho que era una monstruosidad que a París llegaran cuerpos armados que no estaban a sueldo de la República, sino de los departamentos. Mi opinión es que no debe permanecer en París una fuerza armada a la que han hecho venir los hombres de Estado. No queremos fuerza armada.

Buzot explicó, por alusiones, que el batallón de cuatrocientos voluntarios bretones recientemente llegado de Brest y fiel al diputado moderado Kervelegan había intervenido decisivamente para atajar los actos de pillaje a los comercios.

—El propio Santerre les ha felicitado por su buena conducta, y nos ha dicho que seguía preocupado por la posibilidad de nuevos saqueos.

Para el enamorado de *madame* Roland y habitual portavoz del sector moderado de la cámara ese riesgo era motivo más que suficiente para mantener a los voluntarios en la capital. Concluyó con un pronóstico tenebroso:

—No es imposible que si las cosas continúan en este estado no ya un año, sino tan sólo seis meses, veáis crecer la hierba en las calles más frecuentadas de París y que esta ciudad se convierta en un espectáculo espantoso de miseria.

La Montaña acogió estas palabras con indignación y Thuriot comenzó a darles réplica, lo cual suscitó a su vez los clamores de la derecha y el centro de la cámara. Barbaroux solicitó en vano intervenir, y una de las tribunas del público comenzó a abuchearle. En ese momento el fogoso comerciante de sedas, jabones y perfumes, Maximin Isnard, levantó la voz:

—Pido la palabra para una cuestión de orden.

El presidente Dubois-Crancé hizo ademán de ir a concedérsela, pero antes se dirigió a los alborotadores:

—Recuerdo a las tribunas el respeto que deben a la Asamblea. Pido a la Convención que mantenga su propia dignidad.

Isnard se había abalanzado entre tanto resueltamente sobre el podio.

—Como representante del pueblo que tiene la palabra tengo derecho a ser escuchado en silencio.

Billaud-Varenne, Bonbon Robespierre y Camille Desmoulins se dirigieron hacia él tratando de impedir que hablara y el público arreció en sus gritos, pero Isnard alzó la voz y dramáticamente se abrió de golpe la pechera de la camisa mostrando su torso desnudo.

—Levanto acta de la no-libertad de opinión. Si es preciso perecer aquí, pereceremos.

El alboroto alcanzó su cénit, y Dubois-Crancé no tuvo más remedio que ponerse el sombrero. Pronto volvió la calma.

—Estoy profundamente afligido al comprobar que siempre que se habla de individuos, en ese mismo instante el tumulto se introduce en la Asamblea. Isnard ha pedido la palabra para una moción de orden. El reglamento exige que le dé la palabra y se la mantendré.

Entre nuevos murmullos y algún grito de «Yo pido la palabra contra Isnard», el vehemente perfumista explicó que había pedido hablar a la vista de lo ocurrido con Barbaroux y reprochó a la Montaña su conducta.

—La Asamblea acaba de dar un ejemplo de falta de libertad. Uno de sus miembros ha pedido la palabra. Ha sido acogido por los murmullos indecentes de los miembros de ese lado. Las tribunas se han sumado a esos murmullos. ¿Pero de qué sorprenderse? ¿No están autorizadas a creer que actúan bien cuando siguen el ejemplo de sus representantes? No es su culpa, sino la vuestra, la de quienes por un desconsiderado celo hacia la libertad estáis dispuestos a perderla. ¡Oh, mis conciudadanos! Yo no atribuyo a nadie intenciones culpables. Me he callado durante mucho tiempo sobre los debates que agitan a esta Asamblea y sobre sus verdaderas causas, pero ya no es posible hacerlo.

—Pues venga, di lo que sea...

Indiferente a este y otros gritos similares, Isnard siguió adelante con aire grave y sombrío:

—Todos los días me pregunto si somos aquí la Convención Nacional o una máquina de hacer decretos en manos de una facción. Me pregunto si París es una ciudad como las demás ciudades de la República o si es la reina de las ciudades. Es hora de rasgar el velo. Es preciso que esto termine. Es preciso que cada uno aporte aquí según sus luces, su trabajo y su coraje. El que no lo haga será culpable del crimen de lesa libertad. Yo acabo de cumplir con esa tarea y aunque la deba teñir con mi sangre...

La Montaña no pudo aguantar ese alarde de victimismo y reaccionó con furia.

—¡La de Le Peletier!

—¡Es a nosotros a los que nos asesinan!

—¡Eso no es una moción de orden!

Pero Isnard continuó, adoptando un tono de solemne advertencia:

—Vosotros responderéis ante Francia y ante el mundo entero de la conducta que mantengáis. Hasta el día... Hay que decirlo y hay que decirlo bien alto: hasta el día en que seamos libres o tengamos que irnos.

—Pues muy bien, marchaos...

Mientras la Montaña le tomaba a chacota, un gran número de diputados moderados se solidarizó con él.

—¡Nosotros nos iremos contigo!

—El discurso de Isnard es el de un verdadero conspirador —masculló desde su escaño Bonbon Robespierre.

Sin embargo, el diputado de los Alpes Marítimos no quiso dejar de rematar su lance:

—Yo sostengo que basta una sola interrupción, un solo abucheo de la milésima parte de los que acabáis de hacer, para que quede demostrado que hay una influencia externa sobre la Convención. Escuchad estas verdades que son más serias de lo que pensáis...

Y señalando directamente a las tribunas de las que habían vuelto a brotar murmullos de desaprobación, añadió:

—Y vosotros, pueblo, escuchadlas también. Cuanto más se me quiera hacer abandonar esta tribuna a fuerza de molestarme, más me obstinaré en permanecer en ella. Ciudadanos, la libertad de los pueblos está siempre situada entre dos escollos: el despotismo de un lado, la anarquía del otro. Habéis domado al despotismo pero, si no cambiáis de conducta, os veo a punto de precipitaros en el abismo de la anarquía. Estas son las verdades que quería deciros. Pido que nunca se consientan los ataques personales desde esta tribuna y que los que los cometan sean enviados a la Abadía.

Las palabras de Isnard causaron un gran impacto entre los moderados, pero fueron ignoradas, o más bien despreciadas, por la Montaña y las tribunas a las que finalmente se había dirigido. Nadie le recordó, puesto que en el fondo se discutía si la

Convención debía contar o no con la protección de una guardia departamental, sus palabras del 15 de mayo anterior, cuando la Asamblea Legislativa debatió un asunto similar: «Comencemos por destruir la guardia constitucional del rey y destruiremos enseguida la realeza». Ni tampoco, ya que había planteado cuál debía ser la actitud del pueblo, la frase lapidaria que él mismo había empleado poco antes, instando a tomar medidas draconianas contra los emigrados: «La cólera del pueblo, como la de Dios, no es demasiado a menudo sino el suplemento terrible del silencio de las leyes». Hasta las matanzas de septiembre se podían justificar con ese axioma.

Contra la credibilidad de muchos de los ahora dedicados a la tarea de apagar el fuego de los excesos revolucionarios se alzaba, pues, su reciente pasado incendiario. Pero el gran problema del presunto partido moderado, brissotino, buzotino, rolandino o girondino era una y otra vez la falta de coordinación de sus supuestos integrantes. De hecho el debate sobre si los voluntarios debían permanecer o no en París se zanjó con la aprobación de una moción que en teoría pretendía buscar un amplio acuerdo pero en la práctica servía a la perfección al propósito de los *montagnards*, pues establecía el retorno inmediato de los voluntarios procedentes de los departamentos marítimos en los que se hacían preparativos para defender las costas. Eso implicaba que los moderados ya no podrían contar ni con los bretones de Kervelegan ni con los marseleses aún adictos a Barbaroux. «Fue una primera señal de alarma para las víctimas a las que se pretendía inmolar», recordará el escurridizo líder de la Planicie, Durand de Maillane.<sup>[26]</sup> Pero ¿quién había sido el autor de la moción? Una de esas futuras víctimas: el diputado por Burdeos Boyer-Fonfrède.

## TRES

Tras ese encendido debate vino una engañosa comunicación del ministro de la Guerra en la que empezaba diciendo que eran «los prusianos» los que habían cruzado el Rur y que eso había impulsado al general Miranda a interrumpir «por prudencia» el bombardeo de Maastricht. Se trataba de «un acontecimiento poco importante en sí mismo» al que no habría que «conceder más trascendencia que la que tiene», pero sobre el que Beurnonville se había creído obligado a informar a la asamblea.<sup>[27]</sup>

Inmediatamente después se había dado lectura a otra carta de los diputados Delacroix, Gossuin y Merlin de Douai, fechada el día 2, en la que se admitía que «nuestra vanguardia se ha visto obligada a evacuar esta noche Aix-la-Chapelle», adjuntando dos proclamas dirigidas al propio ejército y a la población de Lieja «para impedir consecuencias funestas».

Sin embargo, los rumores empezaban a extenderse por la calle, fruto sin duda de la llegada a París de los primeros desertores. Así consta en un informe interno de la policía datado el día 6: «Las malas noticias llegadas el 5 de marzo del ejército de Bélgica [...] han consternado a los patriotas y regocijado singularmente a los aristócratas, que empiezan a expresar en los cafés atroces propósitos incendiarios. Según ellos los austriacos habrían sorprendido a la vanguardia francesa y habrían matado a 12.000 hombres [...]. En el café del merendero de la Convención se gritaba mucho contra Dumouriez y otros generales traidores y ambiciosos».<sup>[28]</sup>

En este contexto el Comité de Defensa General recibió una tercera carta mucho más alarmante de Delacroix y los otros dos diputados desde Lieja y, de acuerdo con Beurnonville, cometió el error de ocultarla a la Convención hasta no haber podido comprobar sus extremos. Aunque los moderados dominaban el Comité —presidido esos días por Pétion—, la presencia de varios diputados *montagnards* garantizaba que el secreto duraría pocas horas.

El momento en que fue desvelado no pudo resultar más embarazoso para el ministro de la Guerra, pues había acudido el 6 de marzo a la Convención a entregar una corona cívica y un sable de honor al «valiente Bèrteche», un mutilado múltiple que recibió nada menos que cuarenta y una heridas en la batalla de Jemappes, en la que había salvado la vida del propio Beurnonville. Apenas había concluido la emotiva ceremonia, y con Bèrteche sentado en un lugar de honor al lado del presidente, cuando el siempre vigilante Jeanbon Saint-André pidió la palabra.

—Se ha extendido el rumor de que el Comité de Defensa General tiene en sus manos una carta relativa a la situación de nuestros ejércitos. Como esta carta no contiene acontecimientos felices, el Comité no considera conveniente comunicarla a la Asamblea. Yo no conozco otro Comité de Defensa General de la nación que la propia Convención. Si hemos sufrido desgracias, sabremos encontrar el remedio. Pido que la Convención ordene al comité dar a conocer esta carta.

Adelantándose a la propia resolución de la cámara, Boyer-Fonfrède se declaró dispuesto, en nombre de la mayoría moderada del comité, a dar satisfacción al diputado *montagnard*. Pero antes explicó lo sucedido:

—Si vuestro Comité de Defensa General hubiera tenido detalles concretos de un revés cierto, os los habría comunicado a toda prisa. El secreto sería en ese caso tan funesto como contraproducente. Pero el comité no tiene más que una carta sin detalles de tres de vuestros comisarios cuyo ardiente patriotismo parece haber exagerado los peligros del ejército de Valence. El ministro no concibe ningún temor y desmiente estos funestos terrores. ¿Debíamos, en esta hipótesis, propagarlos por Francia y dar una corta alegría a nuestros enemigos?

Pero a continuación leyó la nueva carta de Delacroix y sus compañeros, datada el día 3 en Lieja:

«Ciudadanos colegas, tenéis a la vista la carta que dirigimos a la Convención Nacional; por ello no repetiremos su contenido. Debemos añadir que todo está en una situación espantosa, que el ejército que se ha retirado de Aix-la-Chapelle y sus alrededores está casi por completo en desbandada y que el enemigo estará tal vez mañana, tal vez esta misma noche, en Lieja. ¡En Lieja, donde están reunidos nuestros aprovisionamientos y que encierra tesoros inmensos! Sólo hablamos así después de lo que nos ha dicho el general Valence desde cuya casa os escribimos. Asegura que si Dumouriez no regresa, él no puede responder de los acontecimientos».

Gravemente alarmados por el tono dramático de lo que acababan de escuchar, varios diputados pidieron que Beurnonville aportara de inmediato su interpretación de lo sucedido. El ministro de la Guerra no tuvo más remedio que reaccionar sobre la marcha, admitiendo que él también había recibido ese tipo de noticias de Valence, pero tildándolas de «muy sospechosas» y cargando contra los mensajeros.

—Por parte de los comisarios me parece muy imprudente informar a la Convención de hechos que no han podido conocer más que por las noticias de algunos desertores a quienes el miedo ha podido tal vez hacer engordar el tamaño de las cosas.

Beurnonville reconoció no obstante que todo indicaba que se había producido un fallo de información por parte de los servicios de espionaje, que los generales habían sido sorprendidos por el ataque y que no había que descartar la pérdida de Lieja «porque no es una plaza fuerte». Pero añadió que había dado órdenes a Valence y Miranda de reunir sus fuerzas y que juntos sumaban 40.000 hombres.

—En fin, si los enemigos tienen la audacia de pasar el Mosa, ¡tanto mejor! Se les librá batalla. Pero yo no veo nada de alarmante en lo que ha sucedido hasta el momento.

El mensaje tranquilizador del ministro, transmitido con lacónico aplomo militar, surtió su efecto, pues nadie le pidió ninguna aclaración adicional y la Convención volvió a su orden del día. Por la noche en el Club de los Jacobinos se divulgó incluso la falsa expectativa de una inminente reanudación de los bombardeos sobre



Maastricht y, como quien no quiere la cosa, Desfieux, perpetuo eslabón que unía al club con el grupo del Café Corazza y otros círculos radicales, hizo una propuesta que habría de acelerar el curso de la Revolución hacia sus paroxismos:

—Hay que aprovechar esta buena noticia para hacer buenas leyes, para establecer un Tribunal Revolucionario.<sup>[29]</sup>

La idea no era nueva. Tenía que ver con el ansia de una justicia expeditiva contra los «enemigos del pueblo» que latía entre los *sans-culottes*. De hecho ya existía el precedente del tribunal especial creado el 17 de agosto para castigar a los implicados en la represión de la sublevación contra la Monarquía, pero a los radicales les había parecido demasiado lento y benévolo y eso había servido de excusa a las masacres de septiembre. Ahora el asunto se replanteaba como parte de la estrategia de Robespierre, destinada a reencauzar la cólera popular hacia objetivos más dignos de la Revolución que el pillaje de comercios; y un ingrediente esencial para ello era el estímulo de la cacería de emigrantes retornados y otros agentes monárquicos supuestamente escondidos en París. Coincidiendo con el nuevo decreto sobre reclutamiento, y tal y como había ocurrido en septiembre, se suscitaba otra vez el fantasma de los enemigos en la retaguardia a los que había que exterminar preventivamente para que los bravos *sans-culottes* pudieran marchar tranquilos al frente, sin temor a lo que pudiera ocurrirles a sus mujeres e hijos.

Aunque era la maquinaria de las secciones la que iba distribuyendo las consignas y extendiendo el clima de opinión, la matriz de ese proyecto estaba en el club de la calle Saint-Honoré. Tenía, eso sí, diversas variantes en su ejecución, de forma que cada facción o grupo de activistas vigilaba de soslayo a los otros a la espera de que alguien moviera la primera ficha. Y como de costumbre, cuando Robespierre pedía la palabra todas las miradas convergían en él y todos los murmullos cesaban para escucharle. Esa noche quiso dejar claro en primer lugar que respaldaba la propuesta de Desfieux:

—Estoy de acuerdo con quien me ha precedido en el uso de la palabra sobre la creación de un Tribunal Revolucionario que castigue a los administradores pérfidos e invito a mis colegas a sumarse a la idea para llevarla a cabo.

Sin embargo, el objetivo central de su intervención era otro. Robespierre quería esa noche poner en la picota a la prensa que criticaba el creciente auge de la Montaña desde el seno de la propia Convención pues, en definitiva, eran diputados del sector moderado como Brissot en *Le Patriote Français*, Rabaut Saint-Étienne y Condorcet en *La Chronique de Paris*, o Antoine Gorsas en *Le Courrier des 83 Départements* quienes redactaban las crónicas parlamentarias que tanto le irritaban.

—¿Sabéis cuál es el arma más temible de la intriga? Es el permiso de publicar los escritos más virulentos. Es la pluma venal de algunos escritores mercenarios vendidos a los ministros. Es preciso que el pueblo conozca a sus verdaderos enemigos. Los más peligrosos son los escritores coaligados para arrastrar al pueblo a adoptar medidas falsas y para adormecerle cuando hace falta que vele. Decidme en

qué república se puede difamar a los patriotas en el momento en que están amenazados por todas partes. ¡Decidme en qué época, en qué tiempo [esos difamadores] no deben ser denunciados y castigados como criminales de lesa nación!

Robespierre fue interrumpido por los más vivos aplausos de los asistentes, pero no quiso terminar sin concretar un poco más su acusación:

—Que se me diga en qué Estado libre, y sobre todo en qué Estado naciente a la libertad, los representantes pueden ver sentarse a su lado a un libelista infame que por dos mil suscripciones hace circular en todos los departamentos el veneno de la calumnia...

«Se trata sin duda de Gorsas», aclararán los editores de las *Obras completas* de Robespierre en una nota a pie de página muy significativa en función de lo que sucedió después.<sup>[30]</sup>

## CUATRO

A la mañana siguiente, como si quisiera dar motivos para corroborar las denuncias de Robespierre, *Le Patriote Français* incurrió en la exageración de presentar como «cómplices de los prusianos» a los diputados de la Montaña que habían obligado a leer la carta derrotista de los comisarios enviados a Bélgica. El periódico de Brissot era incluso más indulgente que el propio ministro de la Guerra al calificar lo ocurrido de «leve revés». Esta iba a ser su tónica durante toda la crisis militar de marzo.

Beurnonville logró mantener la infundada sensación de alivio durante día y medio más. El 7 llegaron a la Convención una carta del diputado Camus en la que anunciaba la toma del fuerte de Klundert en las cercanías de Breda, y otra, fechada el 3 a las nueve de la noche, de los dos cofirmantes de la misiva alarmista de Delacroix. Tras haberse reunido con el general Miranda, Gossuin y Merlin de Douai aseguraban que «con las medidas que han sido acordadas se conseguirá conservar la ciudad y el país de Lieja». Con estos antecedentes el ministro de la Guerra volvió a la Asamblea y se dirigió solemnemente a los diputados:

—Ciudadanos legisladores, si habéis podido concebir un momento de inquietud sobre el éxito de nuestras armas, yo vengo a anunciaros hoy un acontecimiento que debe resarcirnos por completo de las alarmas que ha podido causar el movimiento del enemigo al lado de Maastricht: Geertruidenberg ha sido tomada.

Tras cantar las excelencias como ingeniero militar del general D'Arçon, artífice de nuevo de la rendición de la plaza, Beurnonville volvió a minimizar las consecuencias de la retirada de Aix-la-Chapelle asegurando que «después de todas las informaciones» no se habían perdido «más que cinco o seis hombres». Y concluyó con una admonición:

—Pido a la Convención que no tenga demasiada confianza en las noticias que le lleguen y que no considere como oficiales más que las cartas que yo le iré comunicando. He escrito a los generales presionándoles para que me den detalles de las menores acciones. Yo daré a conocer a la Convención las noticias que reciba.

Tanto los diputados de todos los sectores como el público de las tribunas acogieron con vivos aplausos estas palabras e inmediatamente la cámara acordó su impresión y su inclusión en el *Boletín de la Convención*. El clima era el propicio para que Barère presentara en nombre del Comité de Defensa General un informe y un proyecto de decreto declarando la guerra a España. Con su habitual sentido de la teatralidad comenzó con un grandilocuente preámbulo:

—Ciudadanos, un enemigo más para Francia no significa sino un triunfo más para la libertad. Estas son las palabras que hay que dirigir a esos fríos amigos de la República que se dejan abatir por la noticia de la retirada desde una posición avanzada o más bien por el retraso de una victoria.

Y en este mismo tono subyugante y enfático entró enseguida en materia:

—El velo en el que el gobierno español se envolvía desde hacía largo tiempo

acaba de rasgarse. Las intrigas de la corte de San Jaime han triunfado en Madrid y el nuncio del papa ha afilado los puñales del fanatismo en los estados del rey católico. La corte de España quiere la guerra. La corte de España no ha cesado de quererla.

Barère estaba bien informado de las intrigas palaciegas a través del ministro de Exteriores Lebrun, que a su vez recibía detallados despachos del brillante diplomático y fino observador que era su enviado extraordinario a Madrid, Jean-François Bourgoing.<sup>[31]</sup> En efecto, tanto el embajador británico como el ruso Zinoviev o como el nuncio Vincenti habían explotado las emociones que se desataron cuando el 30 de enero —¡nueve días después de que ocurriera!— trascendió en Madrid la ejecución del primo de Carlos IV; y habían empujado a España hacia la primera gran coalición contra la República Francesa, mediante la firma de un acuerdo con el gobierno de Londres.

En lo que se equivocaba doblemente el camaleónico Barère era en que tal fuera el desenlace deseado y en atribuirlo a la sustitución de un «ministro conducido por la experiencia y la sabiduría» (Aranda) por «la nulidad de un joven ministro» (Godoy). Aunque la permuta de Floridablanca por Aranda a comienzos del año anterior había favorecido la distensión al marcar el veterano político aragonés distancias con los emigrados o permitir entrar a los franceses en España portando la escarapela tricolor,<sup>[32]</sup> la guerra había sido una opción concreta desde el mismo momento del asalto a las Tullerías. De hecho ya el 24 de agosto en una sesión extraordinaria del Consejo de Estado, tras analizar los pros y contras, Aranda presentó un plan de diez puntos para «acosar a la nación francesa y reducirla a la razón, oprimiéndola como merece y haciéndole saber que la destrucción de un país es inevitable si es acometido a la vez por todas partes con ejércitos numerosos».<sup>[33]</sup>

Es cierto que las victorias francesas de Valmy y Jemappes y la falta de confianza del capitán general de Cataluña, Lacy, en lo que desde Madrid se planteaba como una «acometida activa y rápida con fuerzas respetables» en el Rosellón y la Provenza, enfriaron los ánimos bélicos. Eso proporcionó la oportunidad de negociar lo que habría sido un tratado de neutralidad que implicaba el repliegue recíproco de las tropas concentradas a uno y otro lado de los Pirineos. Pero tal y como advirtió el propio Bourgoing reiteradamente, todo iba a terminar dependiendo de cuál fuera la suerte del rey depuesto: «Si perece, la guerra con España me parece inevitable [...]. Carlos IV silenciará entonces todas las otras consideraciones para obedecer al sentimiento de lo que él llama su dignidad y su ternura vulneradas», escribió el enviado francés a su gobierno el último día de 1792.

El relevo de Aranda por Godoy el 15 de noviembre había supuesto de entrada una vuelta al endurecimiento del control de las fronteras, y es significativo el celo de los fiscales de Castilla, meticulosamente descrito por Gonzalo Anes,<sup>[34]</sup> para impedir la circulación del «Aviso a los españoles» de Condorcet, a cuyo «sacrílego atrevimiento» se unía la condición de admirador de Aranda. Pero la prioridad de aquel insólito tercer jefe de gobierno en un mismo año no era ir a la guerra, sino

salvar la vida del prisionero del Temple: «El duque de Alcudia es el eco de la voluntad de la familia real, que subordina toda su política a la salud de Luis XVI».<sup>[35]</sup> Sólo cuando los buenos y malos oficios del abnegado Ocáriz fracasaron en París quedó zanjada la cuestión, en línea con lo que venían abogando el intrigante embajador de España en Venecia, Las Casas,<sup>[36]</sup> y otros protectores de los emigrados franceses.

A partir de ese momento Godoy no tuvo otra opción que la militar, facilitada por la muerte de Lacy y su sustitución por el competente y valeroso general Ricardos. Los postreros intentos pacifistas de Aranda deben interpretarse, pues, más como una expresión de su enfrentamiento con el nuevo valido que como la persecución de una alternativa viable, aun cuando su propuesta de neutralidad armada no dejaba de tener sentido. «¿Qué es lo que habrá de caber a España en recompensa de sus cuantiosos gastos por mar y tierra?», se preguntaba en el documento que leyó en la reunión del Consejo de Estado del 27 de febrero. «Tendrá la satisfacción de ver que los príncipes de la familia de Borbón recobran el trono que habían perdido; pero a eso estará todo reducido [...]. Nosotros podremos perder, pero no podemos ganar».<sup>[37]</sup>

No es que Carlos IV actuara ofuscado por las emociones —«Por levantar el trono de sus parientes no habría querido exponerse a perder el suyo»<sup>[38]</sup> advierte juiciosamente Muriel—, sino que la dimensión de la coalición antifrancesa que incluía ya al Reino Unido y a todas las potencias continentales le permitía dejarse llevar sin excesivo riesgo por esas emociones. «¿Se podrá creer que el conde de Aranda insistió todavía por la prosecución del tratado, goteando aún sangre del cadáver del monarca por quien el rey de España había rogado inútilmente?», escribirá Godoy con afectada indignación en sus *Memorias*.<sup>[39]</sup>

En simétrica venganza retrospectiva Aranda dejará constancia del visionario plan de Godoy de «desembarcar un ejército de 36.000 hombres en uno de los puertos de Normandía con orden de que marchasen velozmente sobre la capital de Francia».<sup>[40]</sup> Pese a la incredulidad y los sarcasmos de la «mula aragonesa», sólo tendrían que transcurrir ciento cincuenta y un años más para que alguien pudiera llevar a cabo ese desembarco de Normandía con acierto.

En su bien construida intervención del 7 de marzo Barère arrancó risas entre los miembros de la Convención cuando ridiculizó a los españoles diciendo que «los inquisidores van a transformarse en militares y los conventos ofrecen poner en marcha a millares de monjes para formar parte de esta cruzada». Las risas se transformaron en entusiasmo cuando profetizó que el pueblo español «echará a los curas y a los reyes como un día echó a los moros», y que los ejércitos de la República «serán victoriosos a lo largo del Ebro y del Manzanares como los son en las orillas del Mosa y del Rin». Nunca el modesto afluente que baña Madrid había sido elevado a tal categoría.

Barère demostró estar más ducho en el conocimiento de las intrigas diplomáticas que en el de los ríos y la sensibilidad de los españoles. Mientras la reacción del

pueblo llano queda resumida en la advertencia del cónsul en Barcelona de que lo que se oía en la calle era que «se ha de emplear contra los franceses el hierro, el fuego y el veneno»,<sup>[41]</sup> la minoría ilustrada con influencia y peso se desmarcaba con espanto del curso sangriento de la Revolución. Baste como botón de muestra la reflexión de Meléndez Valdez, afrancesado donde los hubiera, al conocer la noticia del regicidio: «¡Qué atrocidades! ¡Qué de horrores! ¡Y por gente así nos interesamos alguna vez! Avergoncémonos de nuestro engaño y escarmentemos para en adelante».<sup>[42]</sup>

Aunque gestionó la nueva situación con gran delicadeza y «supo respetar, cuando estuvo de su parte, el duelo de la corte»,<sup>[43]</sup> Bourgoing comprobó enseguida que la suerte estaba echada. Sobre todo teniendo en cuenta que lo que Lebrun, de acuerdo con el Comité de Defensa General de la Convención, exigía es que se siguiera adelante con el tratado de neutralidad como si nada hubiera ocurrido el 21 de enero. Godoy hizo saber al diplomático que «Su Majestad no estima conveniente que se dé más curso a los negocios que fueron comenzados» y que en adelante no sería recibido en palacio. No se le expulsaba, pero se le indicaba que ya no tenía nada que hacer en Madrid.

Dando muestra de una gran tenacidad al apurar hasta la última posibilidad de mantener la paz, Bourgoing solicitó entonces al valido «una entrevista amigable y extradiplomática».<sup>[44]</sup> Aunque la primera reacción del enviado francés había sido presentar el nombramiento de Godoy como fruto de «la extraña ceguera del despotismo»,<sup>[45]</sup> en las semanas transcurridas desde entonces se había creado una buena relación personal entre ambos. El joven valido, tras obtener el permiso del rey, accedió a recibirle discretamente en Aranjuez. La minuta de su encuentro, que Godoy debió escribir para Carlos IV y luego incluyó en sus *Memorias*, adornando tal vez sus propias expresiones, pone de relieve el fatalismo con que uno y otro abordaban la situación una vez que la Revolución había dejado sin argumentos a sus defensores más templados.

Godoy comenzó subrayando el carácter oficioso de la reunión, lo que dio pie a que Bourgoing admitiera cuáles eran sus sentimientos. Todo queda reflejado con la ampulosa retórica del lenguaje palaciego de la época:

—Rehusada por dos veces la respuesta de la Francia a la mediación amigable y benévola del rey de las Españas, despreciada esta y desechada con dicterios y amenazas, me sería imposible oír propuesta alguna del gobierno francés que no viniese precedida de la reparación de tal ofensa.

—Pues que entramos en materia y hablamos los dos solos como amigos, yo reconozco con dolor ese agravio que deshonra únicamente a sus autores. Pero esos hombres lo son hoy todo y mañana tal vez no serán nada. ¿Qué necesidad tiene la España de precipitar los sucesos?

—No, la España no precipita nada. La España se prepara como conviene a su poder y su grandeza, que los que gobiernan hoy la Francia han mirado con desprecio. No será la España todavía quien provoque la guerra. Dé la Francia la señal y nos

hallará bien dispuestos. Cuanto a la duración de esos hombres del mal yo tampoco creo que sea muy larga, mas podrán durar lo bastante para agitar la Europa y arruinar muchos Estados.

—¡Pese [ese resultado] al orgullo insensato de los que cometieron la imprudencia de invadir al peor tiempo el suelo de la Francia y de exaltar las pasiones de un gran pueblo amenazando con el hierro y con el yugo! Si sus armas no alcanzaron a reducir la Francia a servidumbre, obtuvieron, no obstante, sin pensarlo, el duro triunfo de despeñarla en la anarquía.

—Pero hablemos francamente, la Revolución Francesa descubrió desde un principio su tendencia a turbar a las naciones por la inspiración de sus doctrinas. La alarma general procedió de ella, de sus clubes, de sus facciones, de su manía particular de hacer prosélitos y de extenderse por el mundo. ¿Bajo qué poder o qué misión de Dios o de los hombres se intentó turbar la tierra predicando a todo viento la insurrección de las naciones?

La falta de respuesta del diplomático a esa pregunta impulsó al valido a cargarse de razones, señalando con un gesto uno de los muebles del despacho:

—En aquel bufete podrá vucencia ver la multitud de legajos que comprueban tan gran maldad. Todos ellos están compuestos de invitaciones, de proclamas y de planes horrorosos que se envían a España en todas direcciones, sugiriendo la rebelión a esta nación leal para la cual sus reyes son un objeto de veneración como las cosas santas y divinas...

—Pero tales escritos y proclamas no son obra del gobierno francés, sino de los clubes que desgraciadamente se han formado y extendido sobre todo el suelo de Francia.

—A vucencia le toca disculpar a su gobierno, más no podrá negar que los clubes dominan en la Convención por la violencia, y que los más de sus miembros, entre quienes hay sin duda muchos hombres moderados, se resignan y se encorvan...

—Yo no veo tan en negro.

—Vamos pues a una prueba sin respuesta. ¿Cuál es la intención que prevalece en el gobierno francés con respecto a la España? Ni aun la apariencia de una satisfacción ha sido dada al rey de España. Ni una frase siquiera de entre aquellos conceptos vanos, pero lisonjeros a lo menos, que acostumbra la diplomacia, ha sido pronunciada. Y he aquí [que] agravio sobre agravio, se requiere y se amenaza si la España se resiste a devorar su injuria, a desnudarse de su luto y a firmar de buen ánimo sobre el cadáver ensangrentado de un rey, jefe de la familia de sus reyes. ¿Qué diría todo el mundo de nosotros? Y pretenderlo así, ¿no equivale a querer la guerra?

—Mas tal es en política la necesidad en que el gobierno de la Francia se halla hoy constituido. Amenazado en tantas partes y temeroso de las quejas de la España, se ve obligado a asegurarse. Pero ¿cuáles serían las condiciones que propondría España para entrar de nuevo en ajuste con la Francia?

—Una sola nos bastaría ciertamente y bastaría a la Europa. A saber, que el



gobierno de la Francia, sacudido el yugo de la facción atroz que lo encadena, entrase francamente en las vías regulares que consagra la ley común de todos los Estados. Prueba de entrar en ellas serían estas dos cosas: la primera, pues de lo pasado no hay remedio, que la Francia se aviniera a tratar sobre la suerte de los desdichados y augustos presos [María Antonieta, sus dos hijos y la hermana del rey decapitado] que están gimiendo sin ningún consuelo en el Temple; y la segunda, que revocase todos los decretos que autorizan esa innoble cruzada de subversión con que agita a los pueblos. ¿Sería esto pedir mucho?

—¡Cómo querría yo por el bien de mi patria cuanto vucencia propone! Así sucederá pronto o tarde, yo lo espero. Pero en los momentos presentes, dicho sea entre nosotros con grande pena mía, no hay persuasión humana que pudiera hacer admisibles tales condiciones, tan loables y tan justas, ni quien osara proponerlas entre quienes hoy mandan.

—Pues que vucencia es tan franco y tan sincero, yo lo seré igualmente. En el Consejo del Rey hay alguno, vucencia lo sabe y lo conoce [obviamente Aranda], que propone con empeño y que la cree adoptable, la medida de la neutralidad armada con respecto a la Francia y las demás potencias. ¿Qué diría vucencia si propusiese la España tal medida bajo la palabra real de su monarca?

—Que el Gobierno francés no admite más partido que la neutralidad y el desarme recíproco tal cual se estipula en las dos notascapituloIII admitidas por la Francia [cuando España pedía a cambio que se respetara la vida de Luis XVI]. Mis instrucciones son precisas, terminantes, sin dejar lugar a otro partido. En los riesgos que amenazan a la Francia su gobierno no se fía de palabras. La guerra es infalible si la España no desarma.

—Y bien, la España está justificada.<sup>[46]</sup>

Tras informar a Lebrun, Bourgoing pidió su pasaporte y abandonó discretamente España el 23 de febrero. Tal y como había ocurrido el mes anterior en el caso del Reino Unido, y aunque Bourgoing no había sido expulsado como Chauvelin, la salida de su representante fue interpretada por el Consejo Ejecutivo Provisional y el Comité de Defensa General de la Convención como una declaración de guerra *de facto*. De hecho el 25 de febrero se dio orden de «atacar todos los barcos españoles surtos en los puertos de la República» y el 5 de marzo el general Servan, exministro de Defensa muy vinculado a Brissot y a los diputados moderados, recibió el encargo de «entrar con las tropas a su mando en el valle de Arán y apoderarse de él».<sup>[47]</sup>

El discurso de Barère del día 7 y el proyecto de decreto aprobado a continuación por unanimidad, declarando que «la República francesa está en guerra con el rey de España», no suponían pues el inicio de un debate, sino el mero cumplimiento de un ritual. El brillante abogado de Toulouse, diputado por el Departamento de los Altos Pirineos, tuvo la habilidad de exponer un memorial de agravios contra la corte de Madrid que incluía desde el fomento de la revuelta de los negros de Haití hasta las vejaciones a los viajeros franceses en España, pasando por la protección a los

aristócratas emigrados. Y concluyó con una vibrante apelación al ejército de cien mil hombres que debía acantonarse en el propio entorno geográfico que le había visto nacer, acogida con grandes aplausos.

—Yendo a vengar a vuestros hermanos, acordaos de que cuando uno de los déspotas de Francia colocó a uno de sus nietos en el trono español, exclamó con orgullo: «¡Ya no hay Pirineos!». Llevemos a través de nuestras victorias la libertad y la igualdad a España y digamos entonces con mayor verdad: «¡Ya no hay Pirineos!». Y lo diremos por la felicidad del mundo.

## CINCO

Ese mismo día el «caballero Ocáriz» se despedía de su amante, Lucrece d'Estat, y abandonaba París con sensación de completo fracaso. España se quedaba sin representante diplomático alguno ante la República Francesa. Era toda una señal para quienes como Teresa Cabarrús habían empezado a sentirse ya bajo sospecha y buscaban la manera de abandonar la capital y, a ser posible, regresar a España. Por razones antagónicas también lo era para los tres españoles que ese mismo jueves 7 de marzo habían llegado, procedentes de Bayona, al Hotel Notre-Dame, en la conjunción de la calle de Grenelle con Saint-Honoré, con el anhelo de tener un papel en el triunfo de la Revolución. Se llamaban José Marchena, José Hevia y Juan Antonio Carrese.

Marchena, a todas luces líder del grupo, era un tipo diminuto y contrahecho de facciones simiescas —«una falta de ortografía de la naturaleza», dirá *madame* de Staël—,<sup>[48]</sup> con aires de joven sátiro y una incipiente fijación en alardear de sus conquistas sexuales.<sup>[49]</sup> El diputado Lazare Carnot, que acababa de conocerle en Bayona, lo describe «como un hombre de aspecto endeble y de una suciedad repulsiva —todos los testimonios corroboran ese extremado desaliño, notorio incluso en un entorno de falta de pulcritud e higiene—, pero erudito, ardiente e ingenioso».<sup>[50]</sup>

Hijo de un funcionario del Consejo de Castilla, nacido en Utrera y educado en Salamanca, a sus veinticuatro años Marchena tenía ya a sus espaldas una cierta obra poética y una accidentada trayectoria como periodista. Muy influido por las ideas de dos profesores enfilados por la Inquisición como Ramón de Salas y Meléndez Valdés, su «Oda a la Revolución Francesa» había celebrado la toma de la Bastilla con sonoro entusiasmo: «*Cayeron quebrantados, / de calabozos hórridos y oscuros, / cerrojos y candados; / yacen por tierra los tremendos muros, / terror del ciudadano, / horrible baluarte del tirano*». Para su implacable fustigador, Menéndez Pelayo, se trata de «versos medianos y declamatorios [...], pero tienen curiosidad histórica por ser sin disputa los más antiguos de propaganda revolucionaria compuestos en España».<sup>[51]</sup>

Antes incluso, a finales de 1787 y comienzos de 1788, un Marchena poco más que adolescente había venido editando en Madrid hasta seis entregas de una publicación llamada *El Observador*, cuyo propósito era continuar la senda crítica de *El Censor* de Luis García Cañuelo, que acababa de ser suspendido por orden gubernativa.<sup>[52]</sup> Cada entrega constituía un «discurso» sobre la vida cultural, la crítica literaria o los debates filosóficos en los que Marchena recurría a personajes o incluso civilizaciones imaginarias como la de los selenitas, habitantes de la Luna, para ridiculizar tanto a los estamentos dominantes en la católica España como a los ignorantes sectores populares en que se apoyaba el casticismo de las majas y chisperos.

Comentando su apuesta por el teatro como medio de impulso de las ideas de los nuevos filósofos, acompañada de la propuesta de subir los precios de las entradas para que «las gentes de la ínfima plebe no pudieran pagarlas»,<sup>[53]</sup> su biógrafo Juan Francisco Fuentes anticipará el posicionamiento político de Marchena: «La clave del buen éxito del proyecto, nunca se insistirá demasiado, está en reservar a los sectores instruidos de la sociedad, es decir, las clases medias y propietarias, el ejercicio de esa libertad».<sup>[54]</sup>

Tres de los seis números de *El Observador* fueron denunciados por el inquisidor general al Consejo Supremo del Santo Oficio, que abrió el correspondiente proceso contra Marchena. Las secuelas de ese procedimiento,<sup>[55]</sup> la muerte de su madre y la admiración hacia la Revolución le empujaron en 1792 a trasladarse a Francia. Tras postrarse de hinojos al cruzar el Bidasoa y pedir «al Ser Supremo protección para la nación que le daba asilo, para la patria de la divina libertad»,<sup>[56]</sup> se instaló en Bayona, donde desarrolló una intensa actividad a través de la Sociedad de Amigos de la Constitución, vinculada al Club de los Jacobinos y sometida a sus mismos vaivenes y tensiones. El cronista local, Reynon, lo recordará como «un pequeño mico, amarillo como un limón y más feo que una oruga».<sup>[57]</sup>

Marchena redactó desde Bayona un pomposo manifiesto «A la nación española», al modo del «Aviso a los españoles» de Condorcet y muy en sintonía con su tesis de que a España no se le podía proponer que calcara la Revolución: «La Francia necesitaba de una regeneración, la España no necesita más que de una renovación». Marchena fingía ser un escritor francés: «Yo no he estado nunca en vuestro país...», pero tenía claro cuál era su mayor mal: «El nombre sólo de Inquisición me hace erizar los cabellos».

La abolición del órgano eclesiástico que le había perseguido era para Marchena el principal requisito de esa renovación española: «¿No es ya tiempo de que la nación sacuda el intolerable yugo de la opresión del pensamiento? ¿No es tiempo de que el gobierno suprima un tribunal de tinieblas que deshonra hasta el despotismo?». Para ello proponía una alianza de todos los sectores ilustrados, en la que incluía al clero, a la nobleza y a las «clases privilegiadas» para desembocar en la misma receta de Condorcet: «Un solo medio os queda, españoles, para destruir el despotismo religioso; este es la convocación de vuestras Cortes. No perdáis un momento. Sea “¡Cortes, Cortes!” el clamor universal».<sup>[58]</sup>

Marchena no concretaba qué tipo de gobierno proponía para España, pero en cambio sí lo hizo en sus intervenciones en el club de Bayona, refiriéndose al futuro de Francia. Y lo hizo en términos lo suficientemente relevantes, dentro del debate abierto en París inmediatamente después de la caída de la Monarquía, como para merecer la atención de Brissot. No es difícil entender por qué, a la vista de la reseña que publicó *Le Patriote Français* bajo el título «Sobre la Constitución futura»:

«La abolición de la Monarquía es el grito universal de norte a sur y los planes de gobierno se multiplican ya. El señor Marchena ha pronunciado sobre tal objeto varios

discursos en la Sociedad de Amigos de la Libertad y la Igualdad de Bayona. Toma sus bases de la Constitución americana y las reforma, adaptándolas a Francia. Por ejemplo, quiere que haya dos cámaras, una compuesta de representantes del pueblo y la otra por senadores nombrados por el pueblo a razón de un miembro por cada departamento».

Bicameralismo y federalismo: los dos principios constitucionales que Brissot, Condorcet, Paine y sus amigos de la Gironda no se atreverían a terminar de proponer por miedo a que la Montaña les tildara de aristócratas, eran parte esencial de la visión de aquel desconocido emigrado español. «Es de desear que en todos los departamentos surjan hombres como el señor Marchena», concluía el comentario.<sup>[59]</sup> Para el joven polemista esta mención elogiosa en uno de los diarios de referencia del momento supuso una enorme inyección de optimismo y le compensó sobradamente de los gritos de «¡Abajo, abajo!» con que el sector más radical del club había acogido sus propuestas. Máxime cuando la referencia periodística llegó acompañada de una carta personal de felicitación de Brissot hacia quien desde ese momento sentiría una mezcla de enorme admiración y gratitud.

Marchena pasó en los últimos meses de 1792 graves dificultades económicas que él relacionó con el embargo en Madrid de su herencia como represalia por el supuesto impacto de su manifiesto «A la nación española».<sup>[60]</sup> Entonces concibió el plan de trasladarse a París, agarrándose a su conexión con quien era ya uno de los líderes del sector moderado de la Convención. El propio Brissot lo explica en sus *Memorias*: «Se acercaba el momento en que Francia iba a declararle la guerra a España. Había que preparar en este país la revolución de las ideas. Marchena me pareció el hombre más apropiado para acelerar ese resultado. Hablé de él al ministro Lebrun, que me prometió emplearle».<sup>[61]</sup>

Así, el 29 de diciembre Marchena enviaba una carta al responsable de la política exterior francesa: «Ciudadano ministro, el filósofo [sic] Brissot me ha escrito que me ha recomendado ante vos como un amigo de la libertad que arde en deseos de establecerla en su patria oprimida». Además de explicarle sus penurias, ofrecerse a trabajar para él y pedirle a Lebrun una entrevista cara a cara, Marchena dejaba claro su odio simultáneo «a la tiranía y al desorden» y su determinación a «combatir a esos monstruos».<sup>[62]</sup>

En el mismo envío Marchena remitió al ministro una memoria, proponiéndole crear un Comité Revolucionario de España que propugnara el establecimiento de una República Federal en la península Ibérica, de la que también debería formar parte Portugal. Junto a esa memoria Lebrun recibió unas «reflexiones» del exsecretario de la embajada española en París, un joven de veintidós años llamado José Hevia, quien, tras la marcha de Iriarte y unos meses de colaboración con Ocáriz, se había radicalizado y trasladado a Bayona donde intimó con Marchena.<sup>[63]</sup> Hevia explicaba que ambos estaban de acuerdo en que el objetivo de ese comité debería ser «hacer odiar a la Casa de Borbón y sobre todo disminuir la influencia de la clerigalla en el

espíritu del pueblo»<sup>[64]</sup> hasta propiciar la convocatoria de las Cortes.

Todo indica que Lebrun debió de contestar positivamente al ofrecimiento de Marchena y Hevia, pues la propaganda revolucionaria en España era entonces una de sus prioridades. De hecho acababa de sufragar una tirada de seis mil ejemplares del «Aviso a los españoles» de Condorcet, pero en una traducción que al parecer dejaba bastante que desear. El 4 de marzo Lebrun había recibido una carta de Guzmán en la que le contaba que había caído en sus manos esa versión y que «no se puede decir de verdad que esté escrita en español» porque «los contrasentidos, las faltas de ortografía y los barbarismos son tantos que, después de haberla leído, uno se pregunta qué ha querido decir».<sup>[65]</sup>

Al final de esa carta Guzmán se quejaba de que, a pesar de que el ministro le había concedido una audiencia, se había presentado «varias veces a las horas indicadas» sin haber podido verle. Aunque había elegido a buena parte de sus colaboradores entre la izquierda jacobina, Lebrun desconfiaba de Guzmán, entre otras razones porque uno de sus agentes en Bélgica, Gadolle, le había denunciado como un provocador ante la Sección de Piques.<sup>[66]</sup> De ahí que la recomendación de Marchena por parte de Brissot no hubiera podido llegar en un momento más oportuno.

Con fundadas perspectivas de ser bien recibidos Marchena y Hevia tomaron, pues, el camino de París en compañía de Juan Antonio Carrese, hijo de un rico comerciante de Tolosa a quien el primero había conocido en Madrid. La llegada de Carrese a Bayona había cambiado de hecho la suerte del grupo al aportar dinero fresco, teóricamente a cuenta de la herencia de Marchena. Esta súbita prosperidad, unida a su estilo exaltado y declamatorio, había acentuado los celos de los jacobinos de Bayona, incluido el alcalde Basterreche, hacia el trío de españoles. Carnot se refiere en su *Correspondencia* al «fervor demagógico» de Marchena y señala que «este hombre, que aparentaba una gran pobreza, se encontró provisto de dinero, detalle que no disminuyó las sospechas que inspiraba su conducta».<sup>[67]</sup>

Así que, además de llegar a París en el peor momento imaginable —el día en que la Convención declaraba la guerra a su país—, los tres españoles habían dejado peligrosos enemigos a sus espaldas. Contaban, era cierto, con la protección de Brissot y de Lebrun, pero no eran conscientes de que, tal y como se estaban poniendo las cosas en la capital, eso se convertiría muy pronto en un factor de riesgo adicional. De hecho esa misma tarde, durante la elección de presidente para la nueva quincena, en la que Gensonné había ganado a Thuriot por 201 votos contra 170, e Isnard obtenido una de las plazas de secretario, un grupo de diputados moderados y otro de *montagnards* habían estado literalmente a punto de llegar a las manos.<sup>[68]</sup> Mientras deshacían su equipaje, henchidos de ilusiones y esperanzas en una habitación interior de la tercera planta de aquel Hotel Notre-Dame, al pie de la calle Saint-Honoré, en la esquina siguiente a la del pisazo del pobre Valazé, lo último que Marchena, Hevia y Carrese podían sospechar es que estaban metiéndose en la boca del lobo.



## SEIS

Aunque los rumores más lúgubres iban engordándose por la calle con nuevos detalles, todo indicaba que la sesión de la Convención del viernes 8 de marzo iba a transcurrir bajo el mismo clima entre tranquilizador y triunfalista que Beurnonville había logrado transmitir con ayuda de alguno de sus generales. Si algo unía a los timoratos de la Planicie, a los moderados próximos a los diputados de la Gironda y a los radicales de la Montaña era que sus diputados querían oír buenas noticias procedentes del frente. Y, por ejemplo, Miranda se había convertido en todo un virtuoso a la hora de suministrarlas.

Cumpliendo su promesa de la víspera, Beurnonville acudió ante la Asamblea con una carta fresca del general «peruano». Su data ya debería haber sido en sí misma motivo de alarma, pues dejaba patente que había sido iniciada en Lieja el día 4 «a las diez de la noche» y «acabada en Saint-Trond»<sup>[69]</sup> el día 6. Era toda una maniobra de distracción epistolar, pues daba cuenta de que «los enemigos habían atacado nuestras posiciones avanzadas en el Rur» —lo cual había ocurrido hacía ya una semana—, se jactaba de que «nuestras pérdidas en el ataque a Maastricht se reducen a veinte muertos y diez heridos», y presentaba la retirada de Lieja poco menos que como un repliegue táctico ante los austriacos «con tropas suficientes para contenerles».

Tras leer una carta así y otra de D'Arçon describiendo las gestas de la toma de Geertruidenberg, Beurnonville resumió la situación, convirtiendo a La Noue y Stengel en responsables de un retroceso de menor entidad:

—Lo que se deduce de estos despachos es que nuestras posiciones han sido atacadas por sorpresa y nuestras tropas forzadas a replegarse momentáneamente sobre el Mosa. Y que esto es consecuencia de una gran negligencia por parte de quienes tenían el mando en el Rur. Nuestros diferentes cuerpos de ejército se han reunido. Han tomado una posición ventajosa y creo que cuentan con un contingente suficiente como para rechazar al enemigo.

Sin embargo, la dramática irrupción de un Delacroix jadeante, desaseado y sucio, recién llegado del lugar de los hechos, cambió de repente la percepción de lo ocurrido. Con su imponente envergadura y el polvo del camino aún adherido a la ropa, describió expresivamente su propia peripecia:

—He pasado diez horas a caballo con el ejército de Valence, he seguido todos sus movimientos y he asistido a todas las conferencias de los generales; y puedo por lo tanto instruiros sobre este asunto con más precisión que el ministro, que no os dice nada y que os presenta como un bien la reunión de los ejércitos, cuando es la consecuencia de una desventaja. Pido que el Comité de Defensa General se reúna en este instante para que escuche los detalles que tengo que darle. Y si la Asamblea cree que es conveniente hacer públicos estos detalles, por mucha aflicción que causen, también se los daré. No sé disfrazar la verdad. Es preciso conocer el mal para buscar



el remedio.

A instancias de Barère la Convención requirió a Delacroix que contara inmediatamente lo que supiera sobre el estado de los ejércitos. El voluminoso amigo de Danton describió entonces cómo había visitado las posiciones avanzadas frente al Rur y cómo se había dado cuenta de que, al carecer de caballería, era imposible defenderlas con el despliegue de un número insuficiente de hombres sobre líneas tan extensas. Explicó luego cómo los austriacos habían desbordado esas posiciones «sin disparar un tiro» y cómo los responsables de defenderlas «ignoraron durante algún tiempo incluso la dirección que habían tomado». Entre crecientes murmullos añadió:

—Este es el lugar para examinar si los generales han hecho un buen uso de los fondos puestos a su disposición para gastos secretos, porque es increíble que ninguno de ellos supiera que un ejército enemigo se aproximaba, cuál era su fuerza y hacia dónde iba.

Sin embargo, lo que más impacto causó en la cámara fue la descripción de Delacroix del abandono de Aix-la-Chapelle, la desbandada hacia Lieja y sus propios esfuerzos por aglutinar a miles de fugitivos sin rumbo con la propia guarnición de la ciudad.

—Yo hablaba a todos los soldados. Y no digo a los oficiales, porque tanto los generales como todos los jefes de cuerpos estaban ausentes.

—¡Están todos en París! —gritó una voz airada.

Delacroix explicó luego su reunión con Valence y Miranda en Lieja para convencerles de que establecieran una posición defensiva que protegiera la ciudad y evitaran tener que evacuarla.

—El general Miranda compartía mi opinión en el caso de que el enemigo no contara más que con 25.000 hombres, pero creía que había que situarse detrás de Lieja si contaba con 40.000. Se sentía muy avergonzado porque ignoraba absolutamente cuál era la fuerza del enemigo.

Delacroix concluyó describiendo la precipitada salida del ejército de Lieja, abandonando a los habitantes a su suerte y dejando atrás víveres y armamento. Y advirtió que el lugar donde se había producido el encuentro de los restos de los ejércitos de Valence y Miranda «está muy cerca de Bruselas». A su modo de ver no había más que una solución si no se quería perder toda Bélgica:

—Hay que tomar las medidas más rápidas y eficaces para levantar a la nación y ponerla en marcha contra el ejército de los déspotas.

En medio de la consternación causada por este testimonio directo, Robespierre trató de sacar partido de la situación, dando rienda suelta a sus obsesiones y fantasías:

—Debemos purgar nuestros ejércitos del espíritu aristocrático que se ha refugiado en los estados mayores. Debemos purgarlos de algunos traidores que serán aplastados como insectos. Bastará que la Convención Nacional libere al pueblo francés de las trabas que lo rodean para que ella misma se eleve a la altura del carácter divino del que está revestida. Porque crear la libertad es una misión divina...

Frente a su retórica cursi y aflautada se levantó una vez más el vozarrón de Danton —recién llegado también de Bélgica—, concretando el llamamiento de Delacroix de pasar a la acción. Para ello había ante todo que trasladar a la Convención la urgencia y dimensión de lo que estaba en juego:

—Ya hemos tenido unas cuantas veces la experiencia de que el carácter francés precisa de peligros para sacar a relucir toda su energía. Muy bien, ese momento ha llegado. Es preciso decir a toda Francia: «Si no corréis en ayuda de vuestros hermanos de Bélgica, si Dumouriez es rodeado en Holanda, si su ejército es obligado a entregar las armas, ¿quién puede calcular las desgracias incalculables de tales hechos?». ¡La fortuna pública aniquilada, la muerte de seiscientos mil franceses podría ser la consecuencia!

Sin tan siquiera molestarse en explicar cómo había calculado esa cifra «incalculable», elegida a bulto, Danton expuso su plan de movilización general:

—No debemos esperar nuestra salvación tan sólo de la Ley de Reclutamiento. Su ejecución será necesariamente lenta, sus resultados tardíos. Es preciso que París, esta célebre ciudad tan calumniada, contribuya con su ejemplo a salvar a la patria. Pido que como medida provisional la Convención nombre comisarios para que esta noche se dirijan a todas las secciones de París, convoquen a los ciudadanos, les hagan tomar las armas y les comprometan en nombre de la libertad y de sus juramentos cívicos a correr en defensa de Bélgica.

En medio de grandes aplausos Danton aprovechó el entusiasmo suscitado por su pragmatismo para aplacar las iras contra los generales:

—Es preciso decirlo aquí: los generales no son tan censurables como algunas personas han parecido creer. Les habíamos prometido que el 1 de febrero el ejército de Bélgica recibiría un refuerzo de 30.000 hombres. No les ha llegado nada. Apresurémonos a reparar nuestras culpas.

Danton concluyó aferrándose al plan de Dumouriez para conquistar los Países Bajos, dedicándole el más imprudente y tal vez interesado de los panegíricos:

—Dumouriez suma al genio del general el arte de calentar y encorajinar al soldado. Nosotros hemos oído cómo el ejército derrotado pedía su presencia a gritos. La historia juzgará sus talentos, sus pasiones y sus vicios, pero no cabe duda de que está interesado en el esplendor de la República. Si es secundado, si cuenta con un ejército, conseguirá que nuestros enemigos se arrepientan de sus primeros éxitos.

Nadie osó refutar tales proclamas. Philippeaux, otro de los diputados más próximos a Danton, pidió —probablemente de acuerdo con él— que el envío de comisarios para acelerar el reclutamiento se extendiera también a todos los departamentos de Francia. Tan claro parecía ser el sentimiento dominante, que Barère se apresuró a subir a la cresta de la ola:

—Pido que sin aplazamiento alguno se decrete de inmediato el envío de comisarios a los departamentos para impulsar a los ciudadanos a correr hacia la gloria que acompañará a Dumouriez; porque yo lo declaro: Dumouriez por sí solo ya es un

ejército.

La proposición fue adoptada por abrumadora mayoría. Los dantonistas parecían haberse erigido en triunfadores de la jornada, dejando de lado la caza de brujas propugnada por Robespierre, cuando Duhem, médico de Lille con merecida fama de exaltado y miembro del Comité de Seguridad General, pidió la palabra:

—Robespierre os ha hablado de los restos impuros de aristocracia que todavía ensucian los estados mayores de los ejércitos de la República. Todavía hay hombres enfangados, hombres viles y despreciables que desde la gloriosa revolución del 10 de agosto no se han dedicado más que a aplastar y a pulverizar el espíritu público sin el cual todos los patriotas serían entregados a la espada de las venganzas aristocráticas.

Sin embargo, el verdadero objetivo de su ataque no eran esos militares aristócratas. Estimulado por los aplausos de la Montaña, Duhem centró el tiro en la prensa moderada, tal y como había hecho tres días antes en el Club de los Jacobinos el Incorruptible, pero elevando —cómo no— el tono vitriólico de su lenguaje:

—Hay que acallar a esos infectos calumniadores que son los verdaderos obstáculos del progreso de la Revolución. Pido que esos folicularios, que todos esos autores de periódicos, que esos correos que llevan la alarma a los departamentos, que los redactores de todos esos papeles incendiarios... sean sometidos de una vez al poder de la nación y que esos reptiles impuros sean obligados, como después de la Revolución del 10 de agosto, a esconderse en su vergüenza. Pido que la Convención expulse de su seno a todos esos seres inmundos.

La alusión a Gorsas y su *Courrier des Départements*, tan detestado por la Montaña, había sido de nuevo bien explícita. La incitación a repetir las matanzas de septiembre, no tanto. Pero lo esencial era que por primera vez desde la propia Convención se reclamaba la purga de unos diputados a los que más que combatir como a adversarios se odiaba como a enemigos e insultaba como si ni siquiera fueran personas. Mientras el centro y la derecha reaccionaron con murmullos y protestas, buena parte de la Montaña se desgañitaba a aplaudir y algunos diputados coreaban: «¡Sí, sí, sí!». Duhem siguió ocupándose de los «seres inmundos»:

—Que se encargue el Comité de Seguridad General de hacerles entrar en razón. Y pido que todos los periodistas sean expulsados de esta sala.<sup>[70]</sup>

Boyer-Fonfrède salió al paso de tan drástica propuesta:

—Pido combatir la proposición de Duhem.

Pero Bourdon de l'Oise echó más leña al fuego:

—¿Qué confianza queréis que se tenga en la Convención cuando Brissot la calumnia todos los días?

—Que se prohíba también el periódico de Marat —replicó el joven diputado por la Gironda.

—Muy bien, de acuerdo —dijo Bourdon.

—Pido que el *Boletín* sea el único que pueda circular en los departamentos —apuntó otro diputado refiriéndose al órgano oficial de la Convención.

En medio del guirigay, Boyer-Fonfrède fue capaz de centrar la cuestión:

—No creo que en el momento en que debéis dar a Francia el impulso necesario para que conserve su libertad, podáis restablecer la censura y la Inquisición. Os recuerdo las palabras de Danton y las obras de Le Peletier que tenían todas por divisa «La libertad de prensa o la muerte». No pienso que para inflamar el valor de los buenos ciudadanos queráis aniquilar esta saludable libertad, nunca creeré que la Inquisición sea el camino para llegar a la libertad.

—¡La libertad de prensa no es la libertad de hacer la contrarrevolución! —le contestó con vehemencia Duhem.

Un jacobino de más peso, como Jeanbon Saint-André, pidió la palabra y bastó que Gensonné, que debutaba como presidente, dudara entre dársela o cerrar el debate, para que Bentabole clamara impunemente desde el escaño:

—Ved qué perfidia. ¡Este hombre es un monstruo!

Gensonné consultó a la Convención y el marino y pastor protestante Saint-André obtuvo la palabra para defender los principios de la libertad de prensa y atacar a la vez a «los viles insectos» —también él mencionó a Gorsas— que, a su modo de ver, abusaban de ella:

—La Convención Nacional tiene la facultad de asignar los lugares en nuestro recinto a quienes escriben las hojas públicas. Creo que se puede examinar sin ser injustos quiénes son los que abusan de esta facilidad. Vosotros sois los dueños de vuestra casa y vosotros podéis negarles un territorio tan sagrado cuando os parezca que engañan a la opinión pública y no escriben de acuerdo con los principios de la Revolución. A eso limito mi conclusión. Pido que cuando un periodista sea evidentemente culpable de haber escrito contra los principios de la libertad, le sea negado un lugar en este recinto. Lo podéis hacer, lo debéis hacer y cumpliréis con vuestra obligación haciéndolo.

Entre gritos de «¡Se apoya! ¡Se apoya!», Tallien quiso rematar la faena pidiendo que no se consintiera el acceso a las tribunas de ningún periodista que no presentara el «certificado de civismo» emitido por su sección. Pero entonces brotó un grito desde la habitualmente silenciosa Planicie.

—¡La patria está en peligro! No perdamos el tiempo en semejantes querellas. Reclamo el orden del día.

Y, en efecto, la Convención acordó seguir adelante sin votar ninguna resolución sobre los periodistas. Pero el virus ya había sido inoculado. Esa noche en el Club de los Jacobinos Hébert sintió que la fruta estaba lo suficientemente madura como para golpear sin piedad el árbol. Si alguien no parecía legitimado para denunciar los excesos de la prensa era el grosero creador de *Le Père Duchesne*, pero tras atacar a Beurnonville, halagando a su nuevo jefe Pache —«un vil intrigante ha sucedido a un ministro virtuoso»—, Hébert arremetió contra sus competidores de la prensa moderada sin pudor alguno:

—Es hora de que los intrigantes vuelvan a la nada. Es preciso exterminarlos.

Desde el 10 de agosto una liga de follicularios, una liga de periodistas despreciables, no cesa de inundarnos de libelos. Estos periodistas son los Brissot, los Gorsas que buscan aniquilar el espíritu público...

Desfieux, presidente del Comité de Correspondencia, insistió enseguida sobre lo mismo:

—No gozaremos de la libertad más que cuando los intrigantes sean exterminados.

No eran palabras vanas arrojadas al vacío, sino propuestas concretas en un contexto muy determinado. El relato de Delacroix y las iniciativas de Danton habían corrido por París como la pólvora, y el Consejo General de la Comuna acababa de aprobar la difusión de un bando en el que se daba por hecho que no sólo Lieja, sino también Bruselas, estaban en manos del enemigo y no quedaba más remedio que contenerlo en Valenciennes, ya en suelo francés.<sup>[71]</sup> Para mayor dramatismo se ordenaba cerrar todos los espectáculos, decretar el toque de llamada para que los ciudadanos se reunieran en las secciones y colocar sendas banderas negras — indicativas de que la patria estaba en peligro— en las fachadas del Ayuntamiento y de Notre-Dame.

Además, antes de que concluyera la sesión la Convención había elegido a los diputados que esa misma noche debían acudir por parejas a movilizar a las cuarenta y ocho secciones. Bien porque no mostraron interés, bien porque no inspiraban confianza para cumplir esa tarea, el caso es que la relación de noventa y seis nombres no incluyó a ninguno de los principales líderes moderados. Sí estaban, en cambio, Robespierre y su hermano, Danton y sus fieles Fabre d'Églantine y Philippeaux, Saint-Just, Chabot, Billaud-Varenne, Jeanbon Saint-André, Collot d'Herbois, Tallien, Bentabole o Duhem. La Montaña y los jacobinos se erigían así en el único interlocutor político de los parisinos ante la crisis.

Siendo viernes y con el revuelo organizado, las sedes de las secciones estaban repletas de una población muy castigada por la dureza de un invierno de escasez. A Robespierre le tocó acudir con Billaud-Varenne a la de Bonne-Neuve, sita en la iglesia del mismo nombre, y aunque según el acta de la reunión su papel no fue sino el de arengar a acudir a la defensa de Bélgica, la propuesta de un cañonero, que al parecer le acompañaba, de degollar a todos los firmantes de los manifiestos moderados del año anterior dio pie a un serio tumulto y a versiones malintencionadas que culpaban al Incorruptible. «Robespierre habló como un verdadero Mazaniel», llegó a escribir *Le Patriote Français*, equiparándole con el revolucionario napolitano del siglo XVIII, Tommaso Masaniello, que terminó volviéndose loco tras arrebatarse durante un par de meses el poder a los españoles y ejercerlo dictatorialmente.<sup>[72]</sup>

Mucho más trascendente fue, sin embargo, lo ocurrido en las secciones del Louvre, Gardes Françaises y Poissonnière, en la orilla derecha, y del Panthéon en la izquierda, en las que, de forma probablemente inducida, se reprodujo la propuesta planteada por Desfieux el martes en el Club de los Jacobinos: crear un Tribunal Revolucionario que permitiera a los voluntarios partir para Bélgica con la garantía de

que sus espaldas estarían cubiertas frente a los enemigos interiores.

Mientras sus rivales iban tejiendo así, a pie de calle, la tela que terminaría estrangulándoles, un grupo de diputados moderados acudía esa noche a una fiesta en la aristocrática mansión de su colega el exmarqués de La Villette<sup>[73]</sup> en el Quai Voltaire. A la *soirée* también habían sido convocados periodistas y literatos de parecido signo como Lacretelle, Beaulieu o el crítico y dramaturgo Jean-François La Harpe, quien dejaría testimonio de una conversación con Isnard en la que empezó felicitándole por su elección como secretario de la cámara. Máxime cuando aún resonaban los ecos de su valiente intervención del martes en el debate sobre el destino de los voluntarios.

—Todos los buenos ciudadanos se congratularán por vuestro éxito, pues verán en ello la prueba de una política más enérgica. Es hora de que los hechos sucedan a las palabras y de que los representantes de la nación devuelvan a la nada a los jacobinos y a la Comuna. Y no digáis que es imposible, porque la mayoría de la Convención, cuatrocientos o quinientos diputados, está con ustedes.

—Sí, pero no podemos contar más que con doscientos.

—Es más que suficiente, los otros están más cerca de ustedes que de la Montaña, y les seguirán con una sola condición: que se pongan en marcha... ¡Ustedes no se dan cuenta de que se trata de un combate a muerte!

—Lo sabemos bien, puesto que nos amenazan sin cesar con el puñal.

—No les matarán ni en la calle ni en la Convención. Ni ellos ni siquiera esos bandidos con bigotes que les rodean en las tribunas y en los pasillos. Pero cuando la mayoría vaya a sacar adelante un decreto, cincuenta bestias feroces se precipitarán sobre la mesa pidiendo a gritos la apelación nominal hasta la extenuación. Las tribunas os mostrarán el puño y acabaréis por ceder. Así es como os harán perecer.

—Describís el mal a la maravilla, ¿pero cuál es el remedio?

—Poned la fuerza al servicio de la ley. Que cuarenta y ocho de ustedes, el mismo día y a la misma hora, se dirijan a las cuarenta y ocho secciones. Que hablen como deben hablar los representantes del pueblo. Que expongan a la luz la gran relación de crímenes de los que tienen pruebas. Al mismo tiempo, que los restantes de sus colegas, aunque no sean más que ciento cincuenta, recorran las calles con el estandarte tricolor a la cabeza, apelando a todas las gentes honestas, a todos los que no quieren ni la masacre ni el pillaje. ¿Os cabe alguna duda de que los buenos ciudadanos se reunirían y de que la parte más sana de las secciones os seguiría en armas? Entonces, dueños de la calle, dueños de las tribunas de las que expulsaréis a ese vil populacho que saldrá huyendo, desplegad un decreto, preparado de antemano, con los crímenes adverbados de vuestros adversarios. Sometedlo de inmediato a votación. Obtendrá una enorme mayoría. Que el presidente pronuncie con voz firme la orden de arrestarlos y en ocho días irán al suplicio.

—Lo que vos pedís, *monsieur* La Harpe, es imposible.

—¿Imposible? En ese caso, *monsieur*, ustedes están perdidos y nosotros también.





## SIETE

Esa madrugada helaba en París.<sup>[75]</sup> Mientras los invitados a la fiesta del exmarqués de La Villette que habían escuchado la conversación entre La Harpe y el diputado Isnard abandonaban el Quai Voltaire, en un rigodón de capotes y carruajes, con una mezcla de preocupación e impotencia, los acontecimientos empezaban a desarrollarse al otro lado del río.

La denuncia de Lanjuinais el día 5 no había sido a humo de pajas. Según el principal estudioso de los orígenes de la insurrección de esa primavera, «desde comienzos de enero de 1793 existía en París una especie de Comité Central».<sup>[76]</sup> Se trataba de una iniciativa todavía en estado magmático en la que confluían diversos proyectos desestabilizadores. Por un lado el de las secciones controladas por los *enragés* y otros elementos radicales que habían logrado crear un Comité de Subsistencias del que partieron las peticiones de febrero a la Convención. Por el otro el de la Sociedad de Defensores de la República Una e Indivisible de los Ochenta y Cuatro Departamentos, que aglutinaba al sector de federados que se había pasado con armas y bagajes a los Jacobinos hasta convertirse en una especie de segunda marca del club, gracias en buena medida a su propia hospitalidad física.

Uno y otro grupo convergían «en el lugar que ordinariamente ocupaba la Asamblea Electoral de París [el Arzobispado], la cual convocaba diariamente a los federados a sus sesiones».<sup>[77]</sup> Pero a esa confluencia había que añadir la permanente e incontrolable ebullición de los Cordeleros, el doble juego de las autoridades municipales que favorecían reuniones conspirativas en la propia sede de la Comuna y las intrigas urdidas por los turbios activistas del Café Corazza.

Todo indica que fue en esos conciliábulos donde personajes como Varlet, el polaco Lazowski, Desfieux, Fournier *el Americano* y muy probablemente Guzmán decidieron aprovechar la inquietud suscitada por los primeros reveses militares para provocar un levantamiento popular dirigido en principio contra el sector moderado de la Convención. Es decir, contra los que habían propuesto la apelación al pueblo o votado contra la muerte del «tirano». Aunque los acontecimientos adquirieran luego su propia dinámica, no hay que descartar que la personalidad y el dinero del barón de Batz, siempre dispuesto a estimular el cuanto peor mejor, ejercieran también alguna influencia sobre el grupo de aventureros del Café Corazza, estimulando la insurrección.<sup>[78]</sup>

Ya en la propia sesión ordinaria de aquel viernes 8 en el Club de los Jacobinos un tal Garnier, miembro tanto del club como de la Sociedad de Defensores, se había referido un tanto enigmáticamente a «la jornada memorable de mañana».<sup>[79]</sup> A las diez y media se levantó la sesión, pero no todos los asistentes abandonaron el club o, si lo hicieron, algunos de ellos volvieron poco después. «Parece que se adoptó la moción de llenar al día siguiente las tribunas de la Convención con hombres de la

Sociedad a fin de forzar a la Gironda, si hacía falta mediante la violencia, a aceptar [sus] proposiciones».<sup>[80]</sup> El caso es que al cabo de poco más de tres horas alguien identificado como «Garnier-Launay» puso su firma, como comisario de los Jacobinos, en un llamamiento a la sublevación del Comité de Vigilancia de los Defensores de la República: «Todas las secciones de París compuestas por *sans-culottes* son invitadas a unirse a los Defensores de la Patria para llevar a cabo una insurrección. El lugar de encuentro ha sido fijado en los Jacobinos, en Saint-Honoré. Se os advierte que el tocsín sonará a las cinco en punto de la mañana».

Los objetivos concretos también quedaban especificados: «Imponerse a las facciones que se sientan en la Convención y trasladarse a todas las casas en las que se imprimen los periódicos de Brissot, Gorsas y otros de la misma naturaleza». El escrito estaba datado «en los antiguos Jacobinos de la calle Saint-Honoré a las dos de la mañana del 9 de marzo de 1793».<sup>[81]</sup> Era como si el alma más salvaje de la Sociedad de Amigos de la Libertad y la Igualdad emergiera en la madrugada para ejecutar los designios dialécticamente esbozados por la tarde.

Este llamamiento insurreccional estaba firmado por «dos desconocidos» —la expresión es de Tuetey—, un tal Champagnac que aparecía como presidente de ese Comité de Vigilancia y un tal André Gadet que figuraba como secretario. Pero luego se habían añadido, a modo de certificado de garantía, las firmas de tres comisarios del club: la de Garnier-Launay, la de un tal Bailly y —atención— la de Jacob Pereyra, miembro de la Sección de Piques y uno de los asiduos al Café Corazza.<sup>[82]</sup>

Bien porque los promotores de la insurrección no tuvieran resuelta su logística o porque a esa hora no lograran sumar suficientes voluntades, el caso es que el tocsín no sonó a las cinco de la mañana. En cambio un gran número de *sans-culottes* encabezados por activistas radicales se concentraron desde primera hora de la mañana con sus picas en la mano en los accesos a la Sala del Manège, instalándose en los cafés de alrededor e intimidando a los escasos guardias nacionales que ocupaban los puestos de costumbre. Entre sus consignas estaba la de impedir el paso a las mujeres, porque se trataba de «dar un golpe» desde las tribunas. «Interrogados sobre el tipo de expedición que debía tener lugar algunos han reconocido que se trataba de cortarles la cabeza a unos cuantos diputados», asegurará sin inmutarse *Révolutions de Paris*.<sup>[83]</sup>

El ambiente era de una enorme tensión. «Circulaban los propósitos más violentos, se lanzaban las instigaciones más atroces». Se voceaba el periódico de Marat proclamando «la gran traición de nuestros generales» y se proponía «cortar el cuello a los que habían votado por la apelación al pueblo y traer a Dumouriez atado de pies y manos a París».<sup>[84]</sup>

Buena parte de los diputados moderados habían sido advertidos de lo que ocurría y se habían abstenido de acudir a la Convención. Pero los que lo hacían con orgullo y pundonor —caso de Pétion o Lanjuinais— tuvieron que aguantar los abucheos y amenazas de los congregados mientras a duras penas se abrían paso entre ellos. «Pétion, que es quien más ha contribuido a la Revolución del 10 de agosto luchando

con valor contra la perfidia de la corte; el republicano, el popular Pétion ha sido perseguido por más de doscientos malvados», denunciará al día siguiente *Le Patriote Français*.<sup>[85]</sup> También le ocurrió lo mismo a Beurnonville, a quien los *sans-culottes* no le perdonaban que hubiera sustituido a Papá Pache en el Ministerio de la Guerra.

Apenas iniciada la sesión el moderado Gamon, notario e hijo y nieto de notarios, quiso levantar acta de lo que estaba sucediendo en nombre del Comité de Inspectores de Sala al que pertenecía: «Ya lo veis, no hay ni una sola mujer en las tribunas...».

La Montaña aprovechó su provisional superioridad numérica y lo arropada que se sentía esa mañana por un público monocolor para callarle con facilidad. Gensonné, que se sentía especialmente vigilado como presidente, consintió el atropello y dio paso a los informes de algunos de los diputados que habían visitado las secciones la noche anterior para pedir voluntarios que partieran hacia Bélgica. El jacobino Rühl, que había estado en la de las Tullerías, marcó el tono de cuál había sido la reacción de los ciudadanos: «Han jurado que, como los habitantes de Sagunto, prefieren morir sepultados, abrazados a las ruinas de sus casas, antes que someterse al yugo de los tiranos coaligados contra nosotros». Y Mailhe contó que en la del Panthéon había visto a muchos de los asistentes llorando, «pero eran las lágrimas de Aquiles jurando vengar a Patroclo».

Bentabole y Jeanbon Saint-André, tal vez los dos diputados más identificados con la maquinaria jacobina, explicaron a continuación cómo tanto en la Sección de Gardes Françaises como en la del Louvre les habían planteado la exigencia de crear un Tribunal Revolucionario «del que se pueda estar seguros» para combatir a los enemigos del interior mientras los voluntarios acudieran a los Países Bajos a hacerlo contra los del exterior. La Sección del Louvre había incluso especificado por escrito que debía ser «un tribunal sin derecho de apelación para poner fin a la audacia de los grandes culpables». Ambos diputados se mostraron de acuerdo con la idea y entre fuertes aplausos un colega de la Auvergne de nariz afilada, labios estrechos e inquietantes ojos saltones llamado Jean-Baptiste Carrier la convirtió en moción:

—Propongo que la Convención decrete el principio, es decir, el establecimiento de un Tribunal Revolucionario y encargue al Comité de Legislación que presente mañana un informe sobre su organización.

—¡Que se vote! ¡Que se vote! —clamaron muchos con el apoyo entusiasta de las tribunas.

—No es posible que se decrete sin discusión un principio como este —objetó Lanjuinais.

—No cabe discusión porque los peligros son inminentes —le replicó Albitte.

—Tiene razón —corroboró Delacroix—. No es el momento de discutir cuando a nuestros ejércitos les falta de todo.

Y así, en medio del éxtasis de los ocupantes de las tribunas que blandían sus picas y enarbolaban sus gorros frigos, la Convención votó «en principio» a favor del Tribunal por una gran mayoría de diputados puestos en pie, apreciada a bulto.

—Pido que se diga que será «revolucionario, sin apelación y sin recurso al tribunal de casación» —especificó Julien de Toulouse en el turno de enmiendas.

—Apoyo la moción de Julien —dijo Thuriot—. Es bueno añadir «sin apelación ni recurso al tribunal de casación», porque de no ser así existirían medios para dilatar largo tiempo la ejecución [de las sentencias].

—Yo pido que se remita todo esto al Comité de Legislación —insistió Lanjuinais entre nuevas interrupciones cada vez más violentas de las tribunas y la Montaña.

—Llamad a Lanjuinais al orden —pidió teatral y cínico Collot d’Herbois al presidente.

—Es horroroso que un diputado sea abucheado así —clamó Guadet.

—¿Somos libres aquí? —preguntó indignado el abate Fauchet—. ¿Somos nosotros libres?

—¡Haced callar a este obispo! —repuso airadamente el anticlerical doctor Duhem.

—No es sorprendente que estemos tan agitados —comentó Bourdon de l’Oise lanzando un dardo envenenado a Gensonné—. El que nos preside transigía el 10 de agosto con la corte y hoy quiere transigir con los principios.

—Presidente, mantenedme la palabra, que se me deje acabar mi frase —pidió con redoblada firmeza Lanjuinais.

Cuando al fin logró imponerse, se refirió al intento de Gamon de denunciar lo ocurrido en el exterior de la Convención:

—Esta mañana se ha querido denunciar ante vosotros que se medita una masacre y no habéis querido escuchar. ¿Es vuestra intención actuar ahora de igual manera?

—¡Presentad vuestra enmienda! —le requirió Gensonné azuzado por las descalificaciones personales de los *montagnards*.

Desde el lado izquierdo y las tribunas brotaron fuertes murmullos, pero Lanjuinais siguió adelante como «el hombre tenaz al que nada mueve del servicio a la buena causa». Así le describiría al día siguiente, citando a Horacio en latín, *Le Patriote Français*.<sup>[86]</sup>

—Vuelvo a mi enmienda y digo: la tiranía será siempre tiranía por mucho que enmendéis el espantoso decreto que acabáis de aprobar...

—¡Pero eso no es una enmienda! —clamaron varios.

—Sí, ciudadanos: este decreto será en todo caso desastroso para lo que nos rodea. Desastroso en razón de los acontecimientos sobre los que establece su origen y trae a la memoria de todos. Desastroso porque pisotea todo lo que habéis escrito en la Declaración de Derechos y todo lo que parecía ser hasta hoy la base inquebrantable de vuestro código civil y vuestra legislación penal...

—¡Lanjuinais, por segunda vez os insto a que presentéis vuestra enmienda! —interrumpió el acomplexado presidente.

El diputado bretón optó entonces por abrir una vía hacia el pragmatismo del mal menor:

—Hela aquí. Si al menos queréis disminuir el horror y el espanto que este decreto inspirará en toda la República...

—¡A los aristócratas!

—... a los buenos ciudadanos, a los que se aflige cuando las leyes son violadas, decretad que la jurisdicción de este tribunal sea limitada al Departamento de París, al que no podéis salvar de este desastre. En caso contrario propongo que los jurados y los jueces sean elegidos por sorteo entre los de todos los departamentos.

La Convención, dominada ese día por la Montaña y las tribunas, aprobó la enmienda de Julien de Toulouse, rechazó las de Lanjuinais y concedió veinticuatro horas al Comité de Legislación para presentar la ley sobre el funcionamiento del Tribunal. Beurnonville leyó a continuación la última carta de Miranda desde Saint-Truden: «Nuestros ejércitos están reunidos, presentan un aspecto imponente y arden en deseos de combatir y vencer. La posición que ocupamos tiene en jaque a todas las fuerzas del enemigo...».

Poco después Pétion subió a la tribuna para intentar denunciar lo que le había pasado a la entrada de la asamblea y lo que venía ocurriendo desde el inicio de la sesión:

—La Convención debe ser informada de la situación en la que se encuentra. Debe saber si es libre o no lo es.

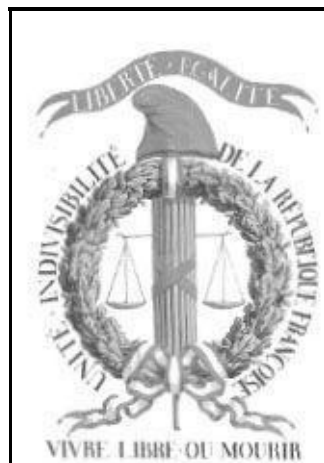
Desde la Montaña se empezó a pedir con insistencia el orden del día.

—¿El orden del día? —se preguntó incrédulo Pétion—. ¡Pero si no lo hay! Es imposible negar la palabra sobre una cuestión prioritaria. ¿A qué estamos quedando reducidos? Si quiero hablar es por la libertad, por la Convención...

Pero los diputados de la Montaña y los desafortunados *sans-culottes* de las tribunas estaban dispuestos a callarle como fuera. En medio de un ruido creciente se oyó a Barbaroux apoyarle, a Buzot y Guadet exclamar casi al unísono: «¡Ya no somos libres!», y a Louvet proclamar: «¡No tememos la muerte y queremos justicia!».

Todo fue en vano. Como si las protestas de los moderados sólo sirvieran para encender aún más la rugiente caldera que vomitaba fuego contra ellos, el ruido y las imprecaciones de todo tipo fueron tapando sus voces. Gensonné optó por cubrirse, pero esta vez ni siquiera ese último recurso parecía bastar para restablecer el orden. Pétion, incrédulo y exasperado, descendió de la tribuna renunciando a intervenir. Sólo entonces se restableció la calma.





*La unidad e indivisibilidad de la República, arma arrojada contra el federalismo. Carteles y grabados, Museo Carnavalet y Biblioteca Nacional, París.*



—Nunca la cosa pública ha estado tan en peligro —advirtió Gensonné—. Es demasiado evidente que se impide a la Convención deliberar, al no permitirle establecer una cuestión de prioridad.

Sin embargo, en vez de intentar otorgar de nuevo la palabra a Pétion, el propio Gensonné se dio por vencido con la excusa de que el alcalde Pache había comparecido ante la barra «con asuntos esenciales que comunicar». En realidad el alcalde se limitó a resumir las medidas de cierre de espectáculos y la convocatoria a acudir a las secciones adoptadas la víspera y cedió la palabra a Chaumette para que, como procurador general de la Comuna, leyera el mensaje que el Ayuntamiento había acordado esa misma mañana dirigir a la Convención. Tras presentar un panorama de fervor patriótico en el que los voluntarios para acudir al frente de batalla brotaban por doquier, Chaumette lanzó la segunda propuesta verdaderamente revolucionaria de la sesión:

—Ciudadanos, hace demasiado tiempo que sólo el pobre ha hecho los más grandes sacrificios. No ha escatimado nada. Todo, hasta su propia sangre y la de sus hijos, lo ha prodigado por el bien del Estado. Es hora de que el rico egoísta que se aísla y esconde detrás de sus tesoros sea arrancado de ahí y obligado a entregar una parte para las necesidades de la República. Pedimos que se imponga sobre esta clase de hombres, hasta ahora inútiles, por no decir dañinos para la Revolución, una tasa de guerra, una parte de la cual sea destinada al socorro de las mujeres, padres, madres e hijos de los defensores de la patria.

Un aplauso aún más clamoroso que el que había acogido la creación del Tribunal Revolucionario estalló en las tribunas. En una atmósfera de exaltación y euforia Chaumette pidió entonces permiso para que se permitiera desfilar por el recinto a una compañía de cañoneros de la Sección de Luxembourg, presta a partir hacia Bélgica. La Convención lo acordó con entusiasmo y medio centenar de voluntarios bien pertrechados irrumpieron con la cabeza descubierta y los gorros y sombreros en la punta de sus sables. Su portavoz anunció que había otros tantos dispuestos a partir con ellos y que si no conseguían uniformes lo harían desnudos. Entonces prestaron el juramento de defender a la República. «Pero a la República democrática, una e indivisible», precisaron, repudiando así el supuesto federalismo de los moderados. Los diputados de la Montaña repitieron el juramento puestos en pie, lanzando jubilosamente sus sombreros al aire.

Ni que decir tiene que enseguida se aprobó el impuesto sobre los ricos solicitado por la Comuna a modo de «subvención de guerra», encargándose al Comité de Finanzas que regulara su implantación. Y para completar la cosecha de una sesión tan fértil, Danton logró con apoyo de Robespierre que se decretara la inmediata puesta en libertad de quienes estaban en la cárcel por impago de deudas. El pretexto era que podían ser útiles para enrolarse en el ejército, pero la argumentación de Danton iba mucho más allá:

—Es una vergüenza para la humanidad para la filosofía que un hombre al recibir dinero tenga que hipotecar su persona y su seguridad.

Los intensos aplausos de las tribunas se redoblaron con delirio cuando, ante la objeción de que la medida podría favorecer también a los ladrones, añadió más fiel



que nunca al estilo patriarcal y perdonavidas del humanista demagogo que era:

—Que los propietarios no se alarmen. Algunos individuos han cometido sin duda excesos. Pero la nación, siempre justa, respetará las propiedades. Respetad a la miseria y la miseria respetará a la opulencia.

## OCHO

La sesión matinal de aquel 9 de marzo se levantó pasadas las cinco de la tarde y tanto los militantes que habían jaleado desde las tribunas la aprobación de tantas medidas a su gusto como los que habían permanecido armando bulla en los alrededores de la Convención se desparramaron por París en actitud desafiante. Muchos se dirigieron hacia los merenderos de los Campos Elíseos a reponer fuerzas y endilgarse sus buenos tragos de aguardiente o vino peleón, y otros orientaron sus pasos hacia el Club de los Jacobinos o el de los Cordeleros. Pero un grupo de algo más de un centenar de fieros activistas entre los que había *sans-culottes*, guardias nacionales y militares con el uniforme de los Dragones de la República se dispuso a ajustar cuentas con la prensa, tal y como venían propugnando sus mentores desde hacía días. Estaban comandados por el fanático extremista conocido como Fournier *el Americano*,<sup>[87]</sup> y diversos testimonios indican que Varlet y Lazowski también eran de la partida.

La expedición de castigo comenzó sobre las siete de la tarde. La primera parada la hicieron en la calle Tiquetonne, una estrecha vía de poco más de un centenar de metros situada detrás de la iglesia de Saint-Eustache, a modo de ceñidor entre las más concurridas calles de Montmartre y Montorgueil. Allí, en su número 31, estaba la imprenta en la que se tiraba todas las noches el denostado *Le Courrier des Départements*. Y allí estaba también el domicilio de su fundador, redactor e impresor, el diputado Antoine-Joseph Gorsas, un periodista vocacional que en los últimos meses había evolucionado desde las posiciones de la Montaña hacia actitudes moderadas y por el que sentían especial inquina los jefes jacobinos.<sup>[88]</sup>

Los asaltantes plantearon su ataque como un operativo militar. Colocaron un piquete junto al café y la casa de baños que hacían esquina con Montmartre y otro contingente en la confluencia con Montorgueil, cerrando así la calle por sus dos extremos. Un tercer retén permanecía en la propia puerta de la imprenta, mientras el grueso del grupo la saqueaba a conciencia. Iban armados de sables, pistolas, picas, bastones y martillos. Rompieron las prensas a garrotazos, desparramaron los tipos de plomo por el suelo, rasgaron las resmas de papel y destrozaron con saña el mobiliario. Como remate trataron de provocar un incendio, volcando las dos estufas encendidas que había en la estancia sobre las pilas de periódicos, los depósitos de tinta y otros materiales altamente inflamables.

Mientras los operarios lograban a duras penas controlar el fuego, el propio Gorsas conseguía escabullirse en medio de la confusión. Empuñaba una pequeña pistola y tuvo la suerte de no ser reconocido por quienes pronunciaban su nombre junto a los peores epítetos y las más siniestras amenazas. Al tratar de salir a la calle se dio cuenta de que la puerta estaba bloqueada por el tercer piquete. Volvió sobre sus pasos, salió al jardín trasero, trepó por un muro, recorrió una cornisa y saltó a la casa de al lado

desde la que salió corriendo hasta refugiarse en la sede de su sección, que era la de Contrat-Social.

La banda de asaltantes se desplazó entonces hacia el río, celebrando su hazaña entre cánticos ruidosos. Cruzaron a la orilla izquierda y se dirigieron al número 17 de la calle Serpente, en la franja derecha de la Sección de Marseille, donde tenía su sede la imprenta del joven Joseph Fievée, asociado con el editor Garnery. A diferencia de la de Gorsas, se trataba de una empresa que ofrecía sus servicios a clientes externos. Para su desgracia uno de ellos era *La Chronique de Paris*, el periódico moderado que justo encima del lema «Liberté, Verité, Impartialité» se jactaba todos los días, como timbre de distinción intelectual, de tener a los diputados Rabaut Saint-Étienne, Condorcet y Delaunay entre sus principales colaboradores.

El operativo se repitió de forma mimética: cierre controlado de la que también era una calleja poco concurrida por sus dos extremos, ataque intensivo contra las instalaciones, destrucción sistemática de la maquinaria y los materiales de impresión. La única variante fue la presencia de Fievée, quien, con una pistola apuntándole al pecho, asistió impotente al pillaje de su taller. Según su propio relato, todo transcurrió en apenas siete minutos y a él sólo se le ocurrió invocar argumentos tan poco valerosos como que no compartía las ideas de *La Chronique de Paris* o que si querían castigar a ese periódico se habían equivocado de táctica, porque a sus editores y redactores les sería fácil encontrar otro impresor.<sup>[89]</sup>

Según publicaría *Révolutions de Paris*, la partida de la porra —o más bien de la pica y el pistolón— aún quiso completar su *tournee* con otras acciones similares que no fructificaron, bien porque los expedicionarios no dieran con sus otras víctimas, o porque estas hubieran adoptado medidas de autoprotección.<sup>[90]</sup> De hecho, tras el ataque a la imprenta de Fievée se trasladaron a la cercana calle de Guenegaud, en cuyo número 22 tenía la oficina *Le Journal Français*, con el que los radicales querían ajustar cuentas desde lo publicado por Nicolle de Ladevize sobre la muerte de Le Peletier. Pero tanto él como el resto de los redactores habían sido advertidos y «tuvimos tiempo de llevarnos nuestros archivos y todos nuestros efectos». Los asaltantes hubieron de contentarse con «la triste satisfacción de romper una puerta, una mesa y cuatro sillas malas», además de «molestar a dos mujeres y lisiar a otra».<sup>[91]</sup>

Por su parte tanto el propio semanario de Prudhomme como *Le Patriote Français* movilizaron y armaron a sus operarios para ofrecer resistencia si se consumaba el ataque. Eso demuestra que la consigna de asaltar las imprentas era *vox pópuli* en París. De hecho estaba incluida en la proclama insurreccional de los Defensores de la República que desde por la mañana había sido denunciada ante el Comité de Seguridad General.<sup>[92]</sup> A pesar de ello ni un solo agente de policía o guardia nacional fue enviado a proteger las instalaciones periodísticas, de manera que los únicos hombres uniformados que participaron en los hechos formaron parte de los asaltantes.

La Convención había iniciado su sesión vespertina al filo de las siete y llevaba ya

varias horas asistiendo al desfile de las secciones que aportaban los primeros contingentes de voluntarios para taponar la hemorragia belga. Si en algunos casos comparecía un representante que se limitaba a lanzar sus soflamas desde la barra, en otros era toda la tropa la que cruzaba ante los diputados con sus casacas azules y sus pantalones blancos. Los últimos en acudir a la llamada de la patria en peligro habían sido los miembros de una compañía de gendarmes a caballo de la Sección del Marais que habían hecho sonar sus trompetas en el recinto, aunque teniendo el detalle de dejar las monturas fuera. El presidente acababa de concederles los honores de la sesión cuando recibió una carta que consideró que la cámara debía conocer de inmediato. Ordenó a Isnard que la leyera en su condición de secretario. Estaba firmada por un tal Boursiaux, y aunque especificaba su condición de «escribano de la Comuna de París», todo indicaba que se limitaba a consignar algo de lo que había sido testigo presencial:

«Ciudadano presidente: presa de un sentimiento involuntario de terror que acaba de hacerme experimentar una horda de doscientos hombres armados de sables y pistolas, os escribo apresuradamente estas palabras. Estos hombres se han introducido a las siete de la tarde en casa del ciudadano Gorsas, donde han destrozado las prensas de su imprenta. En cuanto a él, se ha escapado, pistola en mano, del brazo de su esposa. No sé qué ha sido de él, me apresuro a comunicaros este hecho».

—¡Esa es la libertad que hay en París! —exclamaron de inmediato varios diputados consternados desde los bancos de la derecha.

—Que se envíen comisarios para verificar los hechos —propuso con frialdad Marat.

No era un suceso cualquiera, pero Albitte, Bentabole y otros *montagnards* especialmente bronquistas empezaron a pedir el orden del día. «No querían escuchar los detalles de esta expedición musulmana», le escribirá Barbaroux a un amigo cinco días después.<sup>[93]</sup> Los moderados se indignaron.

—¿Queréis pasar al orden del día ante el pillaje y el asesinato? —clamó Feraud—. Pues bien, yo estoy dispuesto a morir aquí. Que me golpeen a mí aquí.

—Sería abominable pasar al orden del día —corroboró Masuyer.

Entonces los *montagnards* cambiaron de táctica:

—¡Pedimos una segunda lectura de la carta!

No era para adquirir un mejor conocimiento de los hechos. Isnard repitió el breve texto y cuando llegó a la frase «se han introducido a las siete de la tarde en casa del ciudadano Gorsas y han destrozado las prensas de su imprenta», una grotesca salva de aplausos brotó tanto de los bancos de la Montaña como de las tribunas del público. A la agresión sucedía pues el escarnio, y diputados que no ha mucho se decían defensores de la libertad de prensa celebraban su brutal conculcación. La derecha y el centro protestaron con escándalo, pero sólo lograron que se redoblara el homenaje acústico a los agresores. Los gendarmes del Marais hicieron incluso sonar sus trompetas a modo de fanfarria en honor del vandalismo y el pillaje. Al cabo de unos

segundos Albitte *el Rígido* mostró su ascendiente sobre ellos, haciéndoles callar.

«Ni un solo legislador reclamó a favor de la propiedad violada; ni uno solo percibió en este atentado un delito contra toda la sociedad», se quejaría *Révolutions de Paris*.<sup>[94]</sup> Todo lo contrario. Todavía duraban las protestas y la indignación de los moderados cuando Delacroix, investido aún del ropaje emocional de su dramática llegada de la víspera desde el frente, planteó una cuestión de fondo que venía estando latente en todos los ataques a la prensa moderada:

—Veo con pena cómo representantes del pueblo que son enviados aquí para hacer buenas leyes se divierten haciendo periódicos, gangrenando el espíritu de los departamentos...

Estimulado por los fuertes aplausos que le interrumpieron, Delacroix prosiguió tras una pausa:

—... criticando con demasiada amargura las opiniones de dentro de la Convención que no son las suyas.

De nuevo grandes aplausos; las palmas de los *montagnards* y de gran parte del público echaban humo.

—Yo veo en Gorsas a dos personajes. El del representante de la nación honrado por el pueblo y el del periodista despreciado por el pueblo.

En medio de la tercera gran ovación que cosechaba, Delacroix pidió que se remitiera la carta al alcalde para que este informara de lo ocurrido. Entonces Thuriot convirtió el entusiasmo *montagnard* en una primera propuesta legislativa:

—Un representante de la nación debe dedicar todo su tiempo a la República, y haciendo un periódico roba los emolumentos que recibe de la nación. Pido que todos los representantes de la nación que hacen periódicos deban devolver los emolumentos que han recibido.

Como no era cuestión de quedarse ya en las medias tintas, el propio Delacroix remató la faena:

—Pido que sean obligados a optar entre la condición de foliculario y la de representante del pueblo.

De nada sirvieron los intentos de los moderados de retrotraer el debate a lo que significaba el asalto a un periódico. Ni siquiera se permitió hablar a un diputado que acababa de visitar la imprenta destruida. Los *montagnards* impusieron su provisional mayoría, dictada por la coacción de la calle y las tribunas, y la Convención aprobó la moción de Delacroix. Se declaraba, pues, según denunciaría *Le Patriote Français*, «la incompatibilidad entre la facultad de representar al pueblo y el deber de esclarecerlo».<sup>[95]</sup>

Nadie habría imaginado medio año antes cuando se hablaba de República como sinónimo de Libertad que tal fuera a ser la consecuencia más inmediata del saqueo de un periódico tan vinculado a la historia de la Revolución. Se trataba, sin embargo, de la adecuada rúbrica a los burlones aplausos que pocos minutos antes habían transmitido un mensaje inequívoco a Gorsas, pero también a Brissot, Condorcet o

Rabaut Saint-Étienne: no busquéis solidaridad en este recinto, cualquier cosa que os suceda os estará bien merecida.

En el Club de los Jacobinos reinaba en ese momento la euforia, pues se celebraban tanto las resoluciones adoptadas por la Convención como «el número extraordinario y la actitud valiente de los patriotas que llenaban las tribunas». El vinatero Desfieux, el principal de los pocos muñidores del club que no eran diputados, sirvió de correa de transmisión para las consignas del día siguiente:

—Acabo de encontrarme a Robespierre, que me ha encargado que anime a todos los miembros de la Convención a acudir mañana a sus puestos para culminar la obra que han esbozado hoy. Hay que renovar los comités que están compuestos por contrarrevolucionarios. Hay que arrestar a los ministros acusados de conspiración. Hay que organizar de inmediato el Tribunal Revolucionario para que los conspiradores sean juzgados rápidamente y dar satisfacción al pueblo.

Uno de los presentes, identificado sólo por su condición de militar, propuso entonces que un centenar de miembros del club se presentaran en la Convención «para proclamar la soberanía del pueblo y pedir la destitución de Gensonné y el castigo de los conspiradores». Como quiera que otros miembros advirtieran que un acto colectivo de esa índole podría ser muy comprometedor para el club, el propio Desfieux aportó la solución:

—Es preciso que los ciudadanos que tengan la intención de firmar esa propuesta se reúnan en un local.<sup>[96]</sup>

Aquel sábado fue uno de los pocos días en los que la sesión del Club de los Jacobinos —al menos en su formato oficial— concluyó bastante antes que la de la Convención. Se acercaba la medianoche, pero en la Sala del Manège aún quedaba un asunto por resolver: la designación de los comisarios que como misioneros de la Revolución se esparcirían por los ochenta y tres departamentos predicando el evangelio del reclutamiento.

Inicialmente se había acordado que serían designados por los secretarios de la Convención, pero como eso obligaba a interrumpir la sesión, se adoptó la fórmula de incorporar al empeño a dos exsecretarios que, junto a dos de los vigentes, se retirarían a una sala contigua y volverían con la lista. Pronto quedó patente que iba ser el turbio jacobino Julien de Toulouse quien hiciera de portavoz del cuarteto. Antes de que se retiraran a deliberar, Collot d'Herbois, «ebrio de rabia y vino» según *Le Patriote Français*, hizo uno de sus habituales planteamientos extremistas:

—Pido que estos comisarios no puedan ser elegidos entre quienes votaron a favor de la apelación al pueblo.

La propuesta fue aplaudida hasta «en cinco ocasiones» por gran parte del público, que había aprovechado el intervalo de la tarde para elevar su grado de alcohol en sangre en todo tipo de tugurios.<sup>[97]</sup> Varios diputados del centro y la derecha, especialmente Dusaulx y Birotteau, se indignaron tanto que estuvieron a punto de llegar a las manos con el exactor y dramaturgo. La propuesta restrictiva no fue

tomada en consideración, pero cuando, al cabo de otra hora, Julien de Toulouse dio lectura a la lista de los elegidos, entre los ochenta y dos diputados sólo había cuatro apelantes y exclusivamente uno —el abogado y juez Étienne Neveu, nacido en Mauleón y representante de los Bajos Pirineos— que además hubiera votado contra la ejecución del rey. Ni un solo moderado de relieve figuraba en esa relación. Tampoco estaban Robespierre, Danton o Marat, pero sí Saint-Just, los dos Bourdon, Billaud-Varenne, Fabre d'Églantine, Chabot, Carnot, Jeanbon Saint-André, Thuriot, Tallien o el propio Collot d'Herbois.

Era la una de la madrugada. La Montaña, que parecía haber ido creciendo y creciendo de tamaño a lo largo de la jornada, dominaba la Convención de forma más imponente que nunca. Como había ocurrido la noche anterior con las visitas a las secciones de París, los radicales monopolizaban prácticamente la interlocución con los departamentos. El reparto de sus cónsules por toda la geografía francesa iba a permitirles dominar el territorio y erosionar el ascendiente de muchos de los diputados moderados ante sus representados. Los paladines de la representación de la Gironda y sus aliados, intimidados por el pulso violento del que eran víctimas, harían después de la necesidad virtud y darían a entender que habían cedido la iniciativa a la Montaña para que la ausencia de sus misioneros les permitiera a ellos recuperar la mayoría en la Convención.<sup>[98]</sup> Pero desde esa noche no eran ya sino fatuas mariposas cegadas por la luz y atrapadas en la red de los acontecimientos en la que pescaban sus enemigos.



## NUEVE

Hacia el mediodía del domingo día 10, tan pronto como se quitó de encima la farragosa lectura de las comunicaciones llegadas de los departamentos —todavía se seguían recibiendo mensajes jacobinos de apoyo por la ejecución de Luis Capeto—, la Convención pidió cuentas a su Comité de Legislación sobre el proyecto de organización del Tribunal Revolucionario encargado la víspera. El moderado Lesage compareció como portavoz del comité para explicar que, al haber concluido el pleno de la cámara al filo de la una de la madrugada, iban a necesitar toda la jornada para trabajar sobre el asunto y no podrían presentar el texto hasta el día siguiente. Para la Montaña se trataba de una dilación intolerable.

—No, no, es preciso que el informe se presente antes de que se levante esta sesión —protestó Lamarque.

—Pido que el Comité de Legislación sea renovado en este instante —clamó Carrier.

—Propongo que la Convención nombre nueve comisarios que se reúnan de inmediato con el Comité de Legislación y que dentro de una hora os presenten el modo de organizar el tribunal que no le gusta a ese comité —sugirió expeditivo Bentabole.

A propuesta de Jeanbon Saint-André se acordó que el comité presentara de inmediato cualquier propuesta, terminada de elaborar o no, de cualquiera de sus miembros, de forma que el asunto se zanjara sobre la marcha. Aprovechando el subsiguiente paréntesis, Gamon pudo al fin hacer su frustrada denuncia de la víspera:

—Ayer por la mañana bastantes personas se han presentado ante la puerta de la Convención y han dicho a los centinelas que no dejaran entrar a ninguna mujer a las tribunas. Los centinelas no han obedecido esta especie de orden de tales individuos. Entonces ellos mismos han ido a presionar a las mujeres para que se retiraran. Ellas se han marchado asustadas y ninguna se ha presentado en el recinto...

—¡Están en sus domicilios haciendo camisas y polainas para los defensores de la patria! —exclamó, haciéndose el gracioso el doctor Duhem.

—Pido que se le retire la palabra a Gamon —hostigó Bentabole.

—La ciudadana Payen ha declarado a los inspectores de sala —prosiguió con firmeza Gamon— que en su café se había escuchado a algunos hombres decir que no querían que entrara ninguna mujer porque iba a haber una expedición contra la Convención para cortarles la cabeza a unos cuantos diputados...

En medio de fuertes murmullos Barère cumplió una vez más su papel de adormidera de la sensibilidad colectiva frente a las denuncias de los moderados:

—Ciudadanos, las cabezas de los diputados están bien aseguradas; las cabezas de los diputados reposan sobre la existencia de todos los ciudadanos; las cabezas de los diputados están plantadas sobre cada departamento de la República. ¿Quién osaría tocarlas? El día en que se cometiera ese crimen imposible, la República sería disuelta

y París aniquilado.

Mientras esas nada proféticas palabras quedaban anotadas en el acta de la sesión y tras la lectura de las últimas cartas de Miranda y Dumouriez aferrándose al plan de conquista de los Países Bajos, Robespierre pidió la palabra para hablar de la situación militar. O mejor dicho de las consecuencias que debía tener lo ocurrido:

—Reconozco que mis nociones políticas no se parecen en nada a las de muchos otros. Hay quien cree que ordenando un reclutamiento en todas partes de la República ya está todo hecho. Yo pienso que hace falta además un regulador fiel y uniforme de todos los movimientos de la Revolución.

¿A qué se refería Robespierre de forma tan alambicada? Está claro que en su mente —al igual que en la de Danton, al que sin duda había dirigido su «hay quien cree»— iba moldeándose la idea de un poder ejecutivo digno de tal nombre; es decir, de un gobierno revolucionario. Lo explicó enseguida.

—Nos hace falta un gobierno en el que todas sus partes se aproximen. Entre la Convención y el Consejo Ejecutivo existe una barrera que hay que romper porque impide la unidad de acción que es la fuerza del gobierno. Ved lo que pasa en Londres, ved con qué celeridad se ejecutan todas las resoluciones del gobierno británico. Aquí, por el contrario, el Consejo Ejecutivo, casi aislado, no se comunica con vosotros. Tengo la convicción íntima de que todos los males vienen de que no tenemos un gobierno lo suficientemente activo.

El segundo propósito de su intervención era pedir que se acusara formalmente al general Stengel de traición y que se investigara la conducta de los otros mandos implicados en la derrota de Aix-la-Chapelle. En contraste, su valoración de la actitud del general en jefe no pudo ser más positiva ni estar mejor razonada:

—En cuanto a Dumouriez, yo confío en él porque su interés personal, el propio interés de su gloria, está vinculado al éxito de nuestras armas.

Que Robespierre «confiara» en alguien ya era una novedad; que lo hiciera en un general podía pasar casi por milagro. Danton no pudo estar más de acuerdo y lo expresó con su habitual exuberancia:

—Dumouriez concibió un plan que honra su genio. Hace tres meses que anunció a vuestro Comité de Defensa General que si no teníamos la suficiente audacia para invadir Holanda en medio del invierno y para declararle la guerra a Inglaterra sobre la marcha, duplicaríamos las dificultades de la campaña, dejándole al enemigo el tiempo de desplegar. Puesto que pasamos por alto este rasgo de genio, es preciso reparar nuestras faltas. Dumouriez no se ha desanimado. Está en medio de Holanda. Sólo le faltan franceses y Francia está repleta de ciudadanos. Tomemos Holanda y Cartago será destruida e Inglaterra sólo podrá vivir para la libertad. ¡Si dais la mano a los extranjeros que suspiran por la destrucción de toda clase de tiranía, Francia estará salvada y el mundo será libre!

Nada arredraba a Danton. Contra el viento y la marea de los retrocesos militares, lo que predicaba no era ya el espíritu expansionista de las «fronteras naturales», sino

la revolución universal. Los aplausos más entusiastas envolvieron sus palabras.

—¡Ved, ciudadanos, los bellos destinos que os esperan! ¡Vaya! ¡Tenéis una nación entera por palanca, la razón como punto de apoyo, y aún no le habéis dado la vuelta al mundo!

Su propósito era situarse siempre por encima de las facciones existentes en la cámara y dominarla con una retórica provocadora y vibrante. Ese día lo estaba logrando y por eso realizó el más macabro de sus brindis al sol.

—En circunstancias más difíciles, cuando el enemigo estaba a las puertas de París, les dije a los que gobernaban entonces: «Vuestras discusiones son miserables, para mí sólo existe el enemigo, venzamos al enemigo. Os repudio como traidores a la patria a todos los que me fatigáis con vuestras disputas particulares en lugar de ocuparos de la salud de la República. Os meto a todos en el mismo saco». Yo les dije: «¡Qué me importa mi reputación! ¡Que Francia sea libre y que mi nombre quede mancillado! ¡Qué me importa que me llamen bebedor de sangre! ¡Muy bien! Bebamos la sangre de los enemigos de la humanidad si es preciso; combatamos, ¡conquistemos la libertad!».

No estaba claro si se refería al pasado o al presente, si estaba justificando las masacres de septiembre o suscitando su reproducción. Su mensaje iba directo al corazón de cada revolucionario y servía para cualquier desenlace de la nueva sublevación que se estaba gestando en París. En todo caso sus imágenes eran tan poderosas, su verbo tan vehemente, que la Convención, entusiasmada, parecía dispuesta a respaldar cualquier propuesta que Danton hiciera en ese momento. «Cada uno se elevó por encima de sí mismo, los partidos parecían haber desaparecido», escribirá Michelet.<sup>[99]</sup> Y, como en tantas otras ocasiones, Danton aprovechó tal margen de confianza para amortiguar el efecto del golpe que él mismo —a través de su amigo Delacroix— había desencadenado. Antes de adoptar ningún decreto de acusación contra ellos, como acababa de solicitar Robespierre, los generales Stengel y La Noue serían citados a comparecer en la barra y tendrían la oportunidad de justificarse ante la cámara.

Zanjada así esa cuestión, renacieron las prisas por establecer el Tribunal Revolucionario. El «grave y dulce» Cambacérès, en plena maniobra de acercamiento a la Montaña,<sup>[100]</sup> respaldó la propuesta de Danton, pero vinculándola a lo expuesto por Robespierre:

—Es preciso que este tribunal sea organizado hoy mismo. A este preámbulo terrible para los enemigos de la libertad y la igualdad, unámosle la ejecución rápida de las leyes. Vuestro ministerio inactivo no puede seguir el impulso de los acontecimientos. Haced de la Convención Nacional el centro de todos los movimientos políticos. Que la acción y la ejecución estén en las mismas manos. Pido que sin interrupción organicéis el nuevo tribunal criminal y el ministerio.

La Montaña le aplaudió, pero Lanjuinais saltó como un resorte:

—¡Esta proposición es horrible, escandalosa!

El ciclotímico Buzot le secundó con tintes melodramáticos, casi lastimeros:

—Hace falta valor para oponerse a las ideas mediante las que se nos quiere llevar a un despotismo más espantoso que la anarquía. Doy gracias, por lo demás, por cada momento de mi existencia a quienes me permiten conservarla. Contemplo mi vida como una concesión voluntaria por su parte. Pero al menos que me den el tiempo de salvar mi memoria del deshonor, permitiéndome votar contra el despotismo de la Convención Nacional. He oído decir en esta tribuna que hacía falta mezclar todos los poderes, ponerlos todos en manos de la Asamblea.

—Hace falta actuar, no parlotear —le interrumpió Bentabole.

—Yo digo que aunque habéis recibido poderes ilimitados —prosiguió Buzot—, no es para usurpar la libertad pública por todos los medios que obren en vuestro poder. Y si los mezcláis todos, ¡decidme cuál será el final de este despotismo del que yo mismo ya empiezo a estar cansado!

—No se quejaba cuando todos los poderes estaban en manos de Roland —rezongó Marat.

La discusión se centró, sin embargo, en la composición del tribunal. Dos miembros del Comité de Legislación, el propio Lesage y el *montagnard* Robert Lindet —abogado de Évreux como Buzot—, presentaron sendos proyectos. Los moderados no habían aprovechado la mayoría que tenían en el comité para bloquear o tan siquiera diluir las pretensiones de la Montaña, creando una institución ajustada a los principios básicos del Derecho. En ambos textos se establecía una justicia sumaria sin posibilidad de apelación, pero el primero incluía la figura del jurado y el segundo lo descartaba. Cuando la Montaña aplaudió esta opción, Vergniaud tuvo una reacción impulsiva:

—Puesto que lo que proponéis es decretar el establecimiento de una Inquisición mil veces más temible que la de Venecia, antes moriremos aquí todos que consentirlo.

Pero Vergniaud no se oponía a la creación del tribunal; tan sólo a que no hubiera jurados. Barère inclinó la balanza del centro de la cámara al hablar a favor del jurado. Sin embargo, el dantonista Philippeaux apoyó a Lindet, resumiendo el propósito de la creación del tribunal:

—Nadie respeta más que yo esta santa institución de los jurados, protectora de la libertad individual contra los atentados de la tiranía. Pero si debe ser sagrada en tiempos de calma, puede matar a la República en un momento en que estamos rodeados de conspiradores. Lo que importa ante todo es que ningún conspirador pueda escapar a las leyes, que el castigo sea rápido, que la justicia nacional sea terrible.

Boyer-Fonfrède le replicó, suscitando las iras de la izquierda:

—Me opongo tanto al proyecto de Philippeaux como al de Lindet y considero que ambos son contrarrevolucionarios. Pido que se vote de inmediato sobre la cuestión del jurado.

Percibiendo cuál era la posición de la mayoría, Gensonné accedió como

presidente a la petición de su amigo y compañero de la Gironda y la Convención decretó que habría jurados y que serían elegidos «en todos los departamentos de la República según el modo que sea establecido». Tras esta victoria parcial varios moderados trataron de ganar tiempo:

—¡Presidente, levantad la sesión, son las seis!

Entonces Danton se abalanzó literalmente sobre la tribuna y clamó con su voz ronca e imponente:

—Yo emplazo a todos los buenos ciudadanos a permanecer en sus puestos. ¿Cómo podríais separaros sin tomar las grandes medidas que exige la salud pública?

Gensonné quedó como paralizado. Los diputados que habían empezado a dirigirse a la salida volvieron a sus bancos y en la cámara se hizo el silencio de los grandes momentos. Cual Moisés recién descendido del monte con las tablas de la ley en la mano, con la solemne firmeza de quien ha nacido para el mando, Danton explicó lo peligrosa que era la situación militar en Bélgica y la necesidad de poner en marcha un mecanismo que permitiera a los voluntarios acudir al frente sin tener que preocuparse de lo que pudieran hacer entre tanto los contrarrevolucionarios.

—Este tribunal debe sustituir al tribunal supremo de la venganza del pueblo. Arracad a los enemigos de la libertad de la venganza popular, la humanidad os lo ordena.

En ese momento se escuchó una sola palabra desde la penumbra del fondo de la sala. Fue un latigazo sacrílego, una convulsión telúrica desatada desde el subsuelo:

—¡Septiembre!

Ni el acta de la sesión ni el *Moniteur* ni por ende los Archivos Parlamentarios recogieron el incidente, y la identidad del espontáneo permaneció oculta hasta que en 1832, al editar sus memorias, Víctor Lanjuinais reveló que había sido su tío —cómo no— quien había concitado, cual convidado de piedra, al espectro colectivo de los pasados a cuchillo ante la indiferencia culpable del entonces ministro.<sup>[101]</sup>

Danton no pudo por menos que darse por aludido. Tras un momento de vacilación trató de distanciarse de las masacres, ofreció una singular explicación de lo ocurrido entonces y levantó acta para la posteridad del silogismo que terminaría llevándole a él mismo al cadalso:

—No veo término medio entre las formas ordinarias y un tribunal revolucionario. La historia atestigua esta verdad. Y puesto que se ha osado recordar en esta Asamblea esas jornadas sangrientas que hicieron gemir a todo buen ciudadano, yo diría que si entonces hubiera existido un tribunal, el pueblo al que tan a menudo se ha reprochado estas jornadas, no las habría ensangrentado. Aprendamos de los errores de nuestros predecesores. Hagamos lo que no hizo la Asamblea Legislativa. Seamos terribles para que el pueblo no tenga que serlo.

Estas últimas palabras resumieron toda su trayectoria. Aclamado por gran parte de los diputados, Danton, el hombre de acción por antonomasia, concluyó prescribiendo a la Convención sus deberes inmediatos:

—Resumo pues: esta noche, organización del Tribunal y organización del poder ejecutivo; mañana, movimiento militar; que mañana mismo partan vuestros comisarios; que Francia entera se levante, corra a por las armas y marche contra el enemigo; que Holanda sea invadida; que Bélgica sea libre; que el comercio de Inglaterra quede arruinado; que los amigos de la libertad triunfen, y que el mundo sea vengado.

¿Quién podía oponerse a ese programa? ¿Pero qué quería decir «mañana, movimiento militar»? ¿Era tan sólo un sinónimo de la marcha de los comisarios a los departamentos o se refería también a lo que en esos mismos momentos estaba gestándose en París?

—Presidente, es tarde. Llevamos más de ocho horas seguidas de sesión. Suspendedla durante una hora y volvamos para votar las propuestas de Danton.

La moción de Mallarmé fue aprobada por abrumadora mayoría y a las seis y veinte de la tarde los diputados salieron a la pista del Manège a estirar las piernas o se desperdigaron por los tugurios de las callejuelas circundantes.

## DIEZ

Aprovechando el entreacto el implacable Bentabole, martillo de moderados y cualquier otro hereje que osara desafiar la ortodoxia jacobina, amén de funcionario eficiente, se plantó en unas cuantas zancadas en el club de la calle Saint-Honoré e informó a la parroquia de lo que estaba sucediendo en la Convención. Era la habitual coordinación entre el «grupo parlamentario» y el «partido» propia de una maquinaria al servicio de un proyecto de poder. Y claro, el mensaje a las bases tenía que exagerar lo sucedido para movilizarlas desde el maniqueísmo y la confrontación.

—Debo informaros con dolor de que las tribunas ya no han sido hoy las mismas —comenzó Bentabole—. Los aristócratas se habían reunido y el resultado es que la sesión no ha sido digna de la de ayer. Se ha perdido demasiado tiempo en leer los anuncios. Los patriotas han pedido que se tratara sobre la marcha de la organización del Tribunal Revolucionario. El Comité de Legislación que está compuesto de hombres del lado derecho no estaba preparado y Lesage, nombrado ponente, cuya aristocracia ya conocéis, ha comparecido para anunciar que no podía presentar el conjunto de su trabajo hasta el lunes. Para abreviar esas lentitudes y desbaratar así la perfidia de nuestros enemigos, Jeanbon Saint-André ha pedido y obtenido que el proyecto fuera leído tal y como estaba...

El relato de Bentabole quedó interrumpido en ese momento por la irrupción en la sala de un gentío acompañado por tambores y trompetas. Eran los voluntarios de la vecina Sección de la Halle-au-Blé pero que acudían a desfilar ante los Jacobinos tras haber celebrado una cena de despedida con sus familiares y compañeros antes de partir hacia Bélgica. Muchos de ellos trabajaban como descargadores, alardeaban de su fuerza física y habían decidido dejar su empleo y su familia para acudir al lugar en el que se jugaba la suerte de la Revolución. Se autodenominaban los «Fuertes por la Patria».

Entre los que se iban y los que se quedaban el cortejo sobrepasaba el millar de personas. Un tal Lafaye, que desempeñaba la presidencia de la sesión al estar Collot d'Herbois ocupado en la Convención, les dio la bienvenida. Pero no se limitó a proferir las engoladas expresiones de rigor, sino que transmitió a los voluntarios, cargados de armas, vino y entusiasmo, todo un plan de acción para las próximas horas.

—Es preciso que todos los bravos ciudadanos que se han enrolado para abatir a nuestros enemigos se dirijan a la Convención para desfilar allí y prestar el juramento de exterminar a los tiranos. Es preciso que antes vayan al Club de los Cordeleros, donde se les espera; es allí donde tiene su sede la Montaña. Es preciso que arrastren a los fundadores de este club y que vayan con ellos a la Convención a pedir explicaciones por las traiciones de los generales y las perfidias de los ministros.

El mero repaso de estas palabras hace evidente que existía una estrategia insurreccional en marcha y que se había establecido una coordinación entre los dos



principales clubes políticos de una y otra orilla del Sena. ¿Cómo podía saber si no Lafaye que en el de los Cordeleros «se esperaba» a aquella fuerza de choque? Con la sala doblemente atiborrada por el público de los domingos y los voluntarios y *sans-culottes* de la Halle-au-Blé, Bentabole concluyó su mezcla de crónica parlamentaria y parte de batalla refiriéndose al debate sobre los jurados:

—El Comité de Legislación coaligado con los intrigantes ha arrancado decretos que convierten en ficticio el Tribunal Revolucionario. Pero nosotros haremos que se anulen esos decretos que favorecen a los contrarrevolucionarios y les aseguran de alguna manera la impunidad. Obtendremos un tribunal verdaderamente revolucionario. Pasaremos allí la noche si es preciso. No hay componenda posible con los enemigos del interior cuando el peligro crece más y más.

Bentabole regresó apresuradamente a la Convención. El intervalo había sido un poco más largo de lo previsto —la sesión se había reanudado a las ocho menos cuarto— y ello le permitió volver a meter baza desde el primer momento. Gensonné no había comparecido y había sido relevado, de acuerdo con el reglamento, por uno de los expresidentes. Se trataba del propio Delacroix,<sup>[102]</sup> todo un signo de que las tesis de Danton tenían ganada la partida de antemano.

La discusión había proseguido, tomando como base el proyecto de Lindet pero agregándole el jurado. Bentabole trató en vano de hacer de su anuncio ante el Club de los Jacobinos una profecía autocumplida, pues se encontró con que en las propias filas de la Montaña se daba ya ese asunto por asumido aunque se buscaba un subterfugio para que no pudiera dar bazas a los moderados. Pronto el debate se centró en quiénes deberían responder de sus crímenes ante el Tribunal Extraordinario. Lindet abrió un enorme abanico de posibilidades, un auténtico cajón de sastre en el que cabría cualquier adversario político:

—Los que fueran responsables de atentados contra la seguridad general del Estado, la unidad e indivisibilidad de la República, la libertad y la igualdad; los funcionarios civiles y militares que hubieran expuesto el territorio francés a la invasión enemiga o los que hubieran abandonado o ejercido negligentemente sus funciones para favorecer a los malvados; en fin, aquellos que por sus escritos y discursos intentaran engañar al pueblo.

A Robespierre no le pareció suficiente. Él siempre necesitaba ir un paso más allá:

—En mi opinión la redacción de Lindet es incompleta. Hay que especificar que se refiere a los escritos que no coinciden con los verdaderos amigos de la libertad. Es sorprendente que mientras se ha decretado con entusiasmo que se castigaría con la muerte a cualquiera que hablara de restablecer un rey, se rechaza que el tribunal pueda ocuparse de todos esos escritos envenenados que corrompen a la opinión pública y tratan de detener el curso de la Revolución. ¿No es conspirar contra la patria hacer folletos para apiadar al pueblo sobre la muerte del tirano y hundir el puñal en el corazón de los amigos de la libertad? ¿No es acaso conspirar criminalmente designar a París, el baluarte, la cuna de la libertad, como un peligro

para la República? ¿No son contrarrevolucionarios todos estos escritores pérfidos que tratan de oponerse a todas las medidas de los ardorosos amigos de la libertad a los que calumnian sin cesar?

—¡Sí, sí que lo son! —gritaron varias voces desde la Montaña.

Sobreponiéndose a su retórica premiosa y a la debilidad de su voz, Robespierre había tocado todas las teclas que podían enardecer a los radicales. Las tribunas le premiaron con un cerrado aplauso. Quien se había presentado durante las primeras etapas de la Revolución como el gran paladín de la libertad de prensa,<sup>[103]</sup> enunciaba ya una redacción alternativa que podía servir para guillotinar de inmediato al que publicara algo molesto para los amos de la situación. Lanjuinais —de nuevo Lanjuinais— le interrumpió de forma bien audible:

—Esto es la tiranía más odiosa y la Inquisición más desvergonzada.

—Es extraño que se murmure cuando propongo reprimir un sistema de escritos públicos dirigido contra la libertad...

Lanjuinais pidió la palabra para refutar tan paradójico razonamiento, pero los gritos desde las tribunas acallaron su voz. Volvió a alzarla vanamente:

—¡Vaya! Se habla de libertad de opinión y se nos abuchea. Ese es el respeto que se debe a la representación nacional.

—Se pretende oprimir a los escritores que no están vendidos a los anarquistas —añadió Birotteau—. ¡Pues bien: la libertad de prensa o la muerte!

Los ánimos estaban muy caldeados, pues la crudeza de Robespierre había conmocionado a la mayor parte de los diputados que no se identificaban incondicionalmente con la Montaña. En ese momento, fiel a la insensata táctica de los moderados de intentar propiciar el mal menor, nada menos que Isnard, el vehemente denunciante de la coacción de las tribunas, optó por plegarse a su imperio.

—Acabo de presentar en la Secretaría una redacción que puede conciliar a todas las partes. Es la siguiente: «Este tribunal se ocupará de toda empresa contrarrevolucionaria, de todo atentado contra la libertad, la igualdad, la unidad y la indivisibilidad de la República o la seguridad interior y exterior del Estado; y de todos los complots tendentes a restablecer la Monarquía o a establecer cualquier otra autoridad que atente contra la libertad, la igualdad y la soberanía del pueblo, tanto si los acusados son funcionarios civiles, militares o simples ciudadanos. También se ocupará del delito de fabricación, emisión y distribución de asignados falsos».

La Convención votó aliviada la propuesta de Isnard, fingiendo ignorar que en la práctica estaba asumiendo las tesis del Incorruptible, camufladas bajo un lenguaje más ambiguo. Incluso sería posible afirmar que «la redacción era tan amplia, tan omnicomprendiva que sobrepasaba en rigor a la presentada por Robespierre».<sup>[104]</sup> El debate acababa de desplazarse hacia la fijación del número de jueces cuando Delacroix anunció que debía leer una importante carta que acababa de remitirle el ciudadano Colombeau, secretario-escrivano de la Comuna de París:

«Ciudadano presidente: he recibido el encargo del Consejo General de la Comuna

de transmitir el decreto adjunto. Debo decir que numerosas delegaciones han inquietado al Consejo. Parece que se prepara un gran movimiento; se quieren cerrar las barreras; se quiere hacer sonar el tocsín, se busca una nueva insurrección; se amenaza incluso a diversos miembros de la Convención a los que no se identifica. El Consejo General ha dirigido una circular a las cuarenta y ocho secciones y ha tomado todas las medidas necesarias para reprimir estos movimientos ilegales. Para mayor seguridad, se mantiene en permanencia».

Delacroix también leyó la circular dirigida a las secciones. Comenzaba diciendo: «Ciudadanos, abrid bien los ojos. Grandes peligros nos rodean. Ciudadanos engañados piden que se cierren las barreras, que suene el tocsín y quieren una nueva insurrección». La tesis municipal, calcada de la que se había utilizado dos semanas antes para desnaturalizar el pillaje de los comercios, era que se trataba de un complot para detener el reclutamiento e impedir a la Revolución defenderse de sus enemigos exteriores. Pero el diputado Chambon no aceptó esas explicaciones.

—Todos estos hechos no podrían estar teniendo lugar sin la complicidad tácita del Consejo General. Pido a la Convención que decrete que está en sesión permanente y que los diputados que no están presentes sean convocados al instante.

Chambon quería restablecer la correlación de fuerzas de la cámara, repescando a todos los moderados que, a la vista del cariz de los acontecimientos, no se habían atrevido a acudir; pero, naturalmente, su moción fue rechazada por la mayoría fruto de las circunstancias. En cambio se acordó requerir la inmediata comparecencia tanto del alcalde como del comandante de la Guardia Nacional de París. Uno y otro rebajaron la tensión suscitada por sus propias comunicaciones, reconociendo que, en efecto, habían existido motivos de alarma, pero dando por hecho que la situación estaba ya controlada.

—La mayoría de las secciones han enviado al Consejo General diputaciones para reafirmar su sumisión a la ley —explicó Pache—. En este momento se puede contar con que hay tranquilidad en París.

—Las barreras están completamente libres —añadió Santerre—. Parece que no hay más que unos trescientos facciosos que quieren hacer creer que existe un levantamiento para que este se produzca.

El comandante general explicó que durante el día «habían circulado propósitos insidiosos, entre otros el de que se quería un rey; y se hablaba del ciudadano Égalité». No se sabía, pues, si estaba denunciando un complot aristocrático o una trama jacobina, pues no en vano el exduque de Orleans se había acreditado desde la condena al rey como un dócil *montagnard*.

Santerre había pasado la mayor parte del día en su cervecería y podía dar fe —lo cual era todo un síntoma— de que el decisivo *faubourg* Saint-Antoine permanecía tranquilo. Otro tanto ocurría a la otra orilla del río en el de Saint-Marcel pese al baldío intento realizado durante la madrugada anterior por Varlet y otros tres acompañantes que, haciéndose pasar por enviados de los Jacobinos, trataron de

convencer a la antigua Sección de Gobelinos de que hiciera sonar el tocsín.<sup>[105]</sup> Sin embargo, esa sección había adoptado el nuevo nombre de Finistère en honor a los federados de tal departamento allí acuartelados, y su influencia no era meramente nominativa.

El comandante general leyó a la Convención una orden por la que indicaba a todas las secciones que mantuvieran una reserva de cien hombres preparada por si les tocaba intervenir y añadió que además contaba con nueve mil hombres reunidos en la plaza del Ayuntamiento «a disposición de las autoridades». La mayoría de los diputados presentes aplaudieron tanto a Santerre como a Pache —«los hombres de las dos caras»—<sup>[106]</sup> y continuaron discutiendo los siguientes artículos del decreto sobre el Tribunal Revolucionario. Pero ¿qué estaba sucediendo en realidad esa noche en el corazón de París?

## ONCE

Envalentonados por la impunidad con que habían podido decretar el estado de insurrección en la madrugada del sábado y destruir dos imprentas por la tarde, los grupos radicales que pululaban en torno a los Defensores de la República, la Sociedad Fraternal de los Dos Sexos, el Café Corazza y el Club de los Cordeleros habían continuado tejiendo la madeja de la sublevación durante la propia noche del sábado y la madrugada del domingo. Sin desanimarse por el fiasco en el *faubourg* Saint-Marcel, Varlet y sus acompañantes se habían trasladado a la Sección de Gravilliers, donde nada menos que a las cuatro de la mañana habían repetido sus llamamientos a la insurrección.

Un informe policial reflejó la presencia ese domingo en París de «desertores de las fronteras, malos sujetos, facciosos a los que les gusta sembrar rumores desmoralizadores en los lugares públicos».<sup>[107]</sup> Pero quienes más impacto causaban eran los refugiados llegados de Lieja, cuya presencia en las calles, poco menos que con sus enseres al hombro, contando atrocidades como la presunta matanza por parte de los austriacos de todos los franceses internados en los hospitales de la ciudad, había contribuido a crear un clima de indignación y zozobra.

Sobre las siete de la tarde el biministro Garat había escuchado desde la sede del Ministerio de Justicia en la antigua plaza Vendôme «un tumulto confuso de cánticos de una alegría feroz y gritos de un furor amenazante». Eran los voluntarios que culminaban su recorrido por la cercana calle Saint-Honoré: «Supe pronto que se trataba de una tropa que después de haberse emborrachado en una comida de la Sección de la Halle [au-Blè] iba a desfilar en la sala de los Jacobinos». O el contingente le pareció demasiado grande o las amenazas demasiado serias, el caso es que pensó que al menos esa vez debía reaccionar. «Mi primer sentimiento fue la necesidad de reunirme con mis colegas», escribirá refiriéndose a los miembros del Consejo Ejecutivo Provisional.<sup>[108]</sup>

Garat se trasladó en su coche de caballos al Hôtel Saint-Jullien, sede de Asuntos Extranjeros, el ministerio más alejado del centro, en la recién renombrada calle de Cerutti,<sup>[109]</sup> ligeramente al norte del cinturón formado por los bulevares. Allí se encontró con que su titular, Lebrun, estaba reunido con el ministro de la Guerra, Beurnonville, cuyo departamento también estaba próximo, y con los diputados Brissot y Gensonné. Este último acababa de ser informado durante el receso de la sesión de que se preparaba una insurrección con el propósito de asesinar a los principales diputados moderados. Consciente de que las iras que había suscitado su elección y su visibilidad como presidente de la Convención le convertían en la primera víctima segura si se producía el ataque, había decidido ponerse a salvo para preservar tanto su vida como la dignidad de su cargo. El jefe del poder legislativo se ponía así bajo la protección del ejecutivo. Pronto se les sumó el ministro de

Contribuciones Públicas, Clavière, a quien los *enragés* culpaban de todos los males relacionados con el desabastecimiento y la carestía de la vida.

Entre tanto, en el Club de los Jacobinos el inevitable Desfieux había tomado el relevo de Bentabole como agitador de los congregados. Según la versión más escueta y prudente lo hizo para reclamar de la Convención «medidas rigurosas» contra «los intrigantes que permanecen en su seno».<sup>[110]</sup> Según *Le Journal Français*, dijo que «Miranda es un inglés, este pérfido general es un emisario del gobierno británico», y también que «todos los miembros de la Convención que agitan a los departamentos deberían ser reclusos en sus casas para que la Montaña pueda durante ese tiempo hacer buenas leyes». A mayor abundamiento propuso que «todos los girondinos sean devueltos a sus departamentos». Fue una de las primeras veces en que alguien utilizó tal epíteto para denostar al conjunto de los diputados moderados. «Ante esta moción toda la sala retumbó con aplausos».<sup>[111]</sup>

A continuación intervinieron dos militares «en apoyo de las mociones de Desfieux». Uno de ellos, comandante de uno de los batallones de marseleses, se encaramó a la tribuna y proclamó que «tras la traición de Dumouriez y la masacre de prisioneros franceses en Lieja no se podía pronunciar otra palabra más que la de venganza». Lo siguiente fue una clara incitación al magnicidio.

—Hermanos y amigos, se nos ha querido arrebatar esta santa libertad. Levantémonos y no perdonemos a nuestros enemigos. ¿Encadenará siempre nuestros brazos un temor ridículo? Acordaos de que César fue asesinado en medio del Senado cuando pretendía aniquilar esa libertad. Venganza, venganza, venganza.

Los aplausos fueron tantos que varios de los que intentaron hablar después no lograron hacerse entender. El prudente Dubois-Crancé, probablemente requerido por alguno de los miembros del club menos exaltados, y recién llegado de la Asamblea, protestó en vano:

—Estas medidas comprometen a la Sociedad. Os perdéis y perdéis la libertad con tales medidas. ¡Son horribles!

Sin embargo, Desfieux hizo oídos sordos y volvió a echar más leña al fuego:

—Marseleses, os conviene no dar cuartel a la facción. Si los enemigos fueran nuestros amos, ¿no veríais las cabezas de los jacobinos paseadas en lo alto de una pica? Así que venganza y ningún perdón.<sup>[112]</sup>

Probablemente porque algunos directivos del club tomaran conciencia de la gravedad de lo que estaba sucediendo en su sede, en ese momento comenzaron a apagarse parte de las luces y «al cabo de media hora de agitación tumultuosa los ciudadanos de la sala y de las tribunas se repartieron en dos secciones para dirigirse al Club de los Cordeleros y a la Convención».

Según Louvet de Couvray, su esposa, la mitificada Lodoïska de su novela —en realidad una mujer de tez oscura y picada de viruelas llamada Marguerite—, asistió a estas escenas, pues su domicilio estaba muy próximo a los Jacobinos y al escuchar el ruido creciente bajó a la calle «sobre las nueve de la noche» y logró entrar en una de

las tribunas: «Ella escuchó mil calumnias, mil horrores. Vio cómo se apagaban las bujías y cómo se desenvainaban los sables. Salió de allí con una multitud desahogada que iba a los Cordeleros a buscar auxiliares con los que volver inmediatamente para dirigirse a la Convención».<sup>[113]</sup>

«Entre las nueve y las diez», según sus propios recuerdos, el también diputado moderado Arnaud Meillan, natural de Bayona, se disponía a abandonar la Convención sintiendo que tenía fiebre, cuando su colega Sillery, muy vinculado a los Orleáns, además de ser marido de *madame* de Genlis y suegro del general Valence, le advirtió de lo que estaba en marcha. Pero él no se lo tomó en serio:

—¿Sabéis que se prepara una insurrección para esta noche?

—¡Y qué nos importa!

—¡Oh! De verdad que no trato de asustaros.

—Mirad, Sillery. Sería bien fácil dejar estas charlatanerías sin efecto. Bastaría decirles de una vez por todas a estos tipos que no se les teme, que no se les temerá jamás. A la vez habría que imponer un castigo ejemplar a los cabecillas y os aseguro que no volveríais a oír hablar de insurrección.<sup>[114]</sup>

¿Qué hacía entre tanto el gobierno? La primera reflexión de Garat le había llevado a ponerse, como siempre, en la mejor de las hipótesis y dice mucho de la actitud pasiva y condescendiente de quien como ministro del Interior tenía la responsabilidad de tratar de mantener el orden: «Era natural pensar que los movimientos sediciosos que se hacían notar en algunas calles tenían como propósito forzar a quienes se negaban a dar sus votos al establecimiento del nuevo tribunal y a sus formas extraordinarias. Medios parecidos han sido empleados demasiadas veces durante toda la Revolución e incluso buenos decretos han sido aprobados por estos medios indignos».

Sin embargo, cuando la noticia que llegó al Ministerio de Asuntos Exteriores fue que una parte de los sublevados iba a dirigirse a la Convención y la otra al Consejo Ejecutivo «para degollar a todos los ministros y hacer limpia», Garat y sus colegas, sintiéndose ya directamente concernidos, decidieron que tenían que hacer algo. ¿Pero qué? Contemplaron declararse en reunión permanente en la sede del Consejo, convocar a las autoridades municipales y «obligarles a dar delante de nosotros las órdenes que juzgáramos oportunas», pero lo descartaron porque «se sospechaba que eran cómplices de los malvados». También renunciaron a presentarse en la Convención y tratar de dirigir desde allí la resistencia, porque al tener a su lado a Brissot y Gensonné dieron por hecho —o al menos fingieron asumirlo— que «los diputados destinados a los cuchillos no estaban en la Convención y que durante toda la noche no existía para ellos ningún riesgo».<sup>[115]</sup>

Entonces tuvieron noticia de la comparecencia de Pache y Santerre en el Manège y de las garantías que habían transmitido a los diputados. El Consejo Ejecutivo recibió además una carta del propio jefe de la Guardia Nacional de París, dándole cuenta de las medidas que había adoptado.<sup>[116]</sup> Eso disipaba parte de las dudas sobre



la actitud de las autoridades municipales, y de ahí que acordaran que tanto Garat como Lebrun acudirían a la Comuna y que los demás volverían a sus puestos.

La nutrida embajada enviada desde el Club de los Jacobinos había llegado entre tanto al de los Cordeleros. Era una abigarrada amalgama de marseleses, voluntarios del Mercado del Trigo y afiliados exaltados del club. En los Cordeleros encontraron un ambiente propicio a sus pretensiones. La sociedad radical de la orilla izquierda acababa de agradecer a Felix Le Peletier el regalo de un busto de su hermano y admitió de buena gana a los expedicionarios. Sobre todo después de que uno de sus portavoces, haciéndose eco de la consigna del tal Lafaye, proclamara que «la verdadera Montaña está en los Cordeleros y sólo a ella le corresponde salvar a la patria».

Aunque alguien planteó si la delegación tenía poderes para hablar en nombre de los Jacobinos, enseguida se le respondió que era «el poder revolucionario» quien la enviaba y que «no hacían falta más juramentos, sino más hechos». Una segunda diputación que decía representar a la Sociedad Fraternal de los Dos Sexos, con sede también en el Club de los Jacobinos, se solapó entonces con la primera. A su frente iba Varlet, quien valiéndose de su envergadura física y su experiencia como orador callejero logró imponer su voz en medio de la confusión. Alegó que «la indignación pública se ha colmado» y que había llegado la hora de actuar contra «los enemigos de la República». A propuesta suya se aprobó enviar una comisión a la Comuna para solicitar el cierre de todas las barreras de la ciudad.<sup>[117]</sup> Nadie debía escapar a esa «venganza» del pueblo, recién proclamada en la antigua iglesia de la calle Saint-Honoré.

A partir de ese momento los hechos se vuelven confusos. Sólo queda constancia de la confluencia en el Club de los Cordeleros de sendas diputaciones de las tres secciones más predispuestas a la insurrección: la vecina de Quatre-Nations,<sup>[118]</sup> rebautizada como Unité; la de Cité, cuyo presidente, Dobsen, formaba probablemente parte de la trama; y la de Poissonnière, que ya el día 8 por la noche había acogido a los delegados de la Convención con un catálogo de exigencias radicales.<sup>[119]</sup> También estaban presentes, lógicamente, numerosos representantes de la Sección de Marseille, en cuyo territorio se asentaba el club.

El siguiente episodio documentado es la aparición de Varlet y un tal Martin ante la asamblea de la Sección de Quatre-Nations, fronteriza a la del Théâtre-Français (ahora Marseille) y con sede en la iglesia de Saint-Germain-des-Prés. Haciéndose pasar por delegados del Club de los Cordeleros, lograron que se aprobara enviar a las otras cuarenta y siete secciones de París una proclama cuyo comienzo no podía ser más impactante: «¿Queréis ser libres? ¿Queréis salvar a la patria? ¡Escuchadnos!». Su argumentación hacía responsables a «los Roland, los Brissot, los Gensonné, los Guadet, los Pétion, los Barbaroux, los Louvet, etc.», además de, por supuesto, al «traidor Dumouriez», de lo sucedido en Bélgica. Ante la situación creada, «el establecimiento de un nuevo Tribunal Revolucionario o la destitución de los

ministros son paliativos insuficientes porque no atacan más que de forma indirecta a los asesinos del interior que se reúnen en el seno mismo de la Convención». Como «única medida eficaz» se proponía que el Departamento de París «ejerza la soberanía que le pertenece», de forma que su Asamblea Electoral «revoque y devuelva [a sus departamentos] a los mandatarios infieles e indignos [...] que han votado por la conservación del tirano». La Asamblea del Arzobispado emergía, pues, por primera vez como fuente de poder alternativo, pero bajo la tutela del Departamento de París, es decir, de Lullier, un hombre fiel a Robespierre. La proclama concluía invitando a los cordeleros y a los jacobinos a formar parte del «indispensable Comité de Insurrección», recordando que «el punto central» estaba en el club de la calle Saint-Honoré.<sup>[120]</sup>

Sin embargo, el verdadero escenario del pulso entre los que intentaban desencadenar la sublevación y quienes apostaban por mantener el orden vigente era en esos momentos el Consejo General de la Comuna. Sus miembros estaban reunidos en sesión permanente en el Ayuntamiento, y en las tribunas abundaban los radicales más exaltados. Uno de ellos acababa de proferir insultos tan graves contra el ministro de la Guerra, Beurnonville —el usurpador del puesto de Papá Pache para muchos *sansculottes*—, que había sido requerido a que aclarara «si estaba incitando a su asesinato». El deslenguado había asegurado que no y el Consejo se dio por satisfecho.

Poco después, al filo de la medianoche, compareció una delegación de la Sección de la Cité, encabezada por Dobsen y acompañada de una pequeña fuerza armada. Anunció «que se había declarado en estado de insurrección permanente». Varios miembros del Consejo General preguntaron a los recién llegados qué querían decir con esa expresión y «ellos respondieron que por insurrección permanente la sección entendía permanencia armada».

—Estamos en insurrección contra los que quisieran degollarnos...

El Consejo dio por buena esta interpretación, pero pidió a la Sección de la Cité que sustituyera la palabra «insurrección» por otra, ya que esta «encerraba un sentido opuesto al que quería dársele». Chaumette hizo a continuación una propuesta como procurador general de la Comuna:

—Como parece que el problema que nos ocupa ha nacido desgraciadamente en las sociedades populares en las que se han infiltrado malvados, gente pagada por los prusianos y los ingleses, propongo que un miembro del Consejo, revestido de su echarpe, se dirija mañana a cada sociedad popular para informar a los engañados.

Varios ediles le replicaron que no serían bien recibidos y pusieron como ejemplo la mala acogida que acababa de tener una delegación municipal en la Sección de Quatre-Nations.

—Esos tipos no son patriotas. Han vomitado todo tipo de insultos contra el Consejo.<sup>[121]</sup>

No había, pues, un ambiente propicio para recibir a las delegaciones de las secciones insurrectas, con Varlet a la cabeza, y de los Cordeleros, con Fournier *el*

*Americano* al frente, cuando al cabo de un rato comparecieron ante el Consejo. Es probable que también les acompañara Lazowski, completando así «esta trinidad de sabios dispuestos a actuar» que Michelet percibirá al frente de la insurrección.<sup>[122]</sup> Los dos grupos sumaban unos sesenta individuos y de forma coordinada plantearon tres exigencias emblemáticas: que se cerraran las barreras, que se hiciera sonar el tocsín y que se disparara el cañón de alarma. Es decir, que el Ayuntamiento diera carta de naturaleza a la sublevación.

Según denunciaría el semanario de Prudhomme, el plan incluía la elevación del mismísimo Fournier a la jefatura de la Guardia Nacional de París en sustitución de Santerre, «cuya eliminación había sido decretada».<sup>[123]</sup> Resulta significativo que fuera en esa época cuando, según su biógrafo, el General Espumoso fuera víctima de dos tentativas de envenenamiento.<sup>[124]</sup>

Durante un rato Hébert se encargó de confraternizar con los recién llegados, compartiendo con ellos el lenguaje soez de *Le Père Duchesne*, pero el Consejo General rechazó las tres demandas y Varlet, Fournier y los demás «se marcharon murmurando y tratando de pérfidos a algunos miembros de la Comuna, en especial a Hébert».<sup>[125]</sup> Así se lo explicó Papá Pache a Garat y Lebrun cuando aparecieron a continuación. Sin embargo, la Comuna no se había limitado a eso. El alcalde leyó a los dos ministros la nueva carta que acababa de firmar, dirigida a todas las secciones, en la que advertía sin ambages que la ley castigaba con la pena de muerte a quien hiciera sonar el tocsín o disparara el cañón custodiado por la Guardia Nacional en el Pont Neuf, al pie de la estatua de Enrique IV. Eso les tranquilizó, pero no del todo. «Le hicimos comprender que las sospechas recaerían sobre él si se cumplía alguna de esas amenazas», escribirá Garat.<sup>[126]</sup>

Los ministros del Interior y Asuntos Extranjeros regresaron a la calle de Cerutti sin detectar otra cosa sino «la calma profunda que reinaba en todas partes de París». Se habían dejado arrastrar por un voluntarismo engañoso, ya que al poco rato se presentó un ayudante de Beurnonville, asegurándoles que en algunas secciones había sonado el tocsín, que un grupo de facinerosos se había concentrado ante el Ministerio de Defensa, y que su jefe había tenido que abandonarlo precipitadamente, saltando la tapia del recinto.<sup>[127]</sup>

Fue un episodio decisivo. El general Beurnonville había en efecto huido a caballo de los atacantes y, cruzando todo París en diagonal al galope, se había dirigido al cuartel en el que estaban acantonados en el sureste de la capital, en el *faubourg* Saint-Marcel, los cuatrocientos voluntarios bretones llegados de Brest el mes anterior. El contingente incluía además un centenar de federados procedentes de Nantes, de cuya lealtad también podían estar seguros los moderados. Habían pasado ya cinco días desde que la Convención decretara el retorno inmediato de los voluntarios pertenecientes a departamentos marítimos —caso de unos y de otros— pero, afortunadamente para el ministro, los bretones y nanteses se habían tomado con bastante calma los preparativos para su regreso.

Beurnonville se encontró en el acuartelamiento con el diputado Kervelegan, un hombre cabal que había ocupado numerosos puestos en la política local bretona desde el inicio de la Revolución y al que los voluntarios estaban especialmente apegados. Kervelegan, que, como votante por la apelación al pueblo, contra la muerte del rey y a favor del aplazamiento, reunía todos los requisitos para ser víctima de un ataque selectivo contra la Convención, había abandonado la Sala del Manège y, de acuerdo con otros diputados, se había dirigido al cuartel de sus paisanos y había despertado al comandante.

Enseguida ese medio millar de hombres curtidos por el viento del océano, resueltos a todo con tal de salvar a la Revolución de la anarquía y provistos de varios cañones, se convirtió en la práctica en la única fuerza militar realmente movilizada esa madrugada en París. De hecho los nueve mil guardias nacionales que Santerre decía tener como reserva en la plaza de la Grève no aparecieron por ningún sitio, y es muy significativo que todo un ministro de la Guerra no pudiera contar con otra unidad que aquella tropa viajera. Pero la determinación de los bretones era clara: proteger a los representantes del pueblo y sofocar la sublevación. Sólo los «Fuertes por la Patria» de la Halle-au-Blé podían llegar a oponérseles.

En todo caso las víctimas potenciales de la insurrección tampoco se habían cruzado de brazos a la espera de que llegaran sus verdugos. Cuando trascendieron las noticias de que una parte de los amotinados en el Club de los Jacobinos se disponía a presentarse en la Convención con propósitos nada amistosos, algunos de los pocos dirigentes moderados que seguían presentes también optaron por marcharse. Louvet se ocupó de coordinarles para que se reunieran junto a otros que ni siquiera habían acudido a la sesión «en una casa en la que los conjurados no pudieran adivinar nuestra presencia». Allí estaban Buzot, Brissot, Salle, Barbaroux o Valazé. Echaron de menos a Pétion. Louvet fue a su casa a buscarle en medio de una «noche negra». Pero el exalcalde se negó a acompañarle, mostrándole desde la ventana que acababa de desencadenarse una tormenta:

—Llueve, no pasará nada.<sup>[128]</sup>

Nunca se sabrá qué pesó más en los centenares de radicales que se habían ido concentrando en los alrededores de la Convención en espera de una consigna, a la hora de dispersarse. El caso es que la combinación de las noticias sobre las últimas resoluciones de la Comuna, el rumor de que los voluntarios de Finistère se aproximaban y la fuerte tromba de agua tuvo un efecto disolvente inmediato. Ni siquiera los «Fuertes por la Patria» aguantaron sobre el terreno.

Pasadas las dos de la madrugada Garat volvió a cruzar París para llevar en su coche al ministro de Contribuciones Públicas, Clavière, a un domicilio seguro del barrio de Saint-Germain en el que unos amigos le habían ofrecido cobijo. De regreso al Ministerio de Justicia se detuvo en el Carrusel del Louvre y en la propia plaza Vendôme, «lugares en los que la multitud se precipita con más tumulto y furor cuando se pone en movimiento». Pero lo único que observó es que «nada se movía,

todo estaba en silencio». <sup>[129]</sup> Y esta vez era verdad.

## DOCE

Sólo la Convención —o lo que quedaba de ella— continuaba su tarea bajo la luz mortecina de los candelabros. La temperatura política tanto de la Asamblea como de las tribunas había oscilado según los avatares de la noche, pero nada había alterado el plan de Danton de no levantar la sesión hasta que no concluyera el debate y aprobación de la Ley del Tribunal Revolucionario. La comunicación oficial de que se preparaba un motín para pasar a cuchillo a algunos de los presentes o el parte de novedades de las autoridades municipales a ese respecto no habían supuesto para la coyuntural mayoría *montagnard*, al igual que la lectura de las últimas cartas llegadas desde Bélgica, sino breves intervalos con los que desperezarse entre artículo y artículo.

Tras la adopción de la fórmula de Isnard para el artículo primero, se habían aprobado de corrido los cinco siguientes, que establecían que el tribunal estaría compuesto por cinco jueces y un jurado; que los jueces serían elegidos por la Convención por una mayoría en la que bastaría un cuarto de los sufragios emitidos para obtener la plaza; y que habría un acusador público con un adjunto.

Los bancos del centro y la derecha de la cámara habían quedado semidesiertos y en los momentos en que la tensión alcanzó su punto máximo los resistentes tenían que ocuparse de cosas más prioritarias que presentar enmiendas. «No éramos más que cuarenta y tres», recordaría Meillan. «Había que tomar una determinación. Hicimos correr la consigna con sigilo y se acordó por la mayor parte de nosotros que al primer movimiento nos abalanzaríamos contra la Montaña y pereceríamos matando al mayor número posible. Se me olvidaba decir que desde hacía algún tiempo casi todos íbamos armados con sables, pistolas y trabucos».<sup>[130]</sup> Fue en esas circunstancias, y con las tribunas enardecidas y preparadas para lo que pudiera pasar, cuando Thuriot hizo una propuesta que en la práctica desmontaba cuanto pudiera haber de garantista en la institución del jurado:

—Pido que para que haya mayor seguridad sobre cuál es el deseo de los jurados, tengan la obligación de votar en voz alta.

Nadie osó ni siquiera contestarle y muy pronto otro diputado en abierta sintonía con él planteó que, para no retrasar la puesta en marcha del tribunal, se eligieran en la sesión del día siguiente doce jurados entre ciudadanos pertenecientes al Departamento de París. Ejercerían sus funciones hasta el 1 de mayo y en esa fecha serían reemplazados por otros elegidos entre ciudadanos de todos los departamentos. Tampoco hubo oposición a esta medida que se convirtió automáticamente en el artículo 7 del proyecto de decreto.

Las noticias de la movilización de los voluntarios bretones por Kervelegan y de la dispersión de los radicales que rodeaban la Asamblea habían distendido ya el ambiente. La mayor parte del público fue abandonando las tribunas y la Convención

recuperó por primera vez desde hacía dos días un cierto entorno de normalidad. Pero habían dado ya la una, las dos y las tres de la madrugada. Los moderados carecían de fuerza numérica e incluso de criterio para hacer otra cosa que ir respaldando las restantes disposiciones del proyecto *montagnard*.

El artículo 8 encomendaba a las autoridades la persecución de los nuevos delitos que pudieran caer en el cajón de sastre abierto por Isnard. El 9 y el 10 establecían la creación de una comisión integrada por seis diputados con la tarea de recibir denuncias y enviar al acusador público las que tuvieran gravedad suficiente como para que interviniera el tribunal. Era prácticamente el único filtro contra la arbitrariedad. El artículo 11 decretaba taxativamente que «las sentencias serán ejecutadas sin recurso al tribunal de casación». El 12, que los «acusados que se den a la fuga serán tratados como los emigrados y sometidos a las mismas penas». Y el 13 que los jueces elegirían a un secretario y dos ujieres.

Así se completaba el Título Primero, dedicado a la «Composición del tribunal». Quedaba un Título Segundo mucho más escueto titulado «De las penas». Su comienzo parecía una obviedad: «Los jueces del Tribunal Extraordinario pronunciarán las penas incluidas en el Código Penal y las leyes posteriores contra los acusados que sean condenados». El problema era que esas leyes posteriores incluían cerca de una docena de decretos —apoyados en su gran mayoría no sólo por la Montaña, sino también por la derecha y el centro de la cámara— que castigaban con la pena de muerte a todos los funcionarios públicos ausentes de Francia el 1 de enero de 1792; a todo emigrado que con posterioridad a esa fecha regresara a Francia o a alguna de sus colonias; a todo emigrado que fuera capturado formando parte de un grupo armado o en posesión de un pasaporte expedido por los jefes de la emigración o algún comandante enemigo; a todo emigrado de más de catorce años que regresara una segunda vez después de haber sido deportado; a todo el que propusiera restablecer la Monarquía o cualquier otro poder que atentara contra la soberanía del pueblo; a todo el que propugnara romper la unidad de la República; a todos los funcionarios que dispusieran de granos y harinas destinados a la alimentación de las tropas u obstaculizaran la libre circulación del resto; a todo individuo que vendiera granos o harinas fuera del territorio de la República; a todos los que suscribieran o emitieran efectos al portador bajo cualquier denominación; a todos los que se negaran a obedecer las órdenes dadas por el poder ejecutivo, o a todo el que exhibiera una escarapela distinta a la de los tres colores nacionales.<sup>[131]</sup>

En las siguientes semanas la lista de ejecutables se ampliaría a todo sacerdote que habiendo sido expulsado por no jurar la Constitución Civil del Clero fuera encontrado en el territorio de la República; a todo el que propusiera negociar con las potencias enemigas; a todo el que propusiera una ley agraria o cualquier otra medida contra la propiedad; a todo el que escribiera o imprimiera obras atentatorias contra la representación nacional o a favor del restablecimiento de la Monarquía; a todo el que defendiera a los generales traidores a la República o a todo el que participara en



protestas contra el reclutamiento.<sup>[132]</sup>

De momento en aquella interminable sesión de noche sólo quedaba añadir que «los bienes de los condenados a la pena de muerte serán incorporados a la República y se atenderá a la subsistencia de sus viudas y huérfanos si no tienen otros bienes». Pasadas las cuatro y media de la madrugada se levantó la sesión. La guillotina ya tenía garantizada su fuente de alimentación constante.

## TRECE

De resultas de lo acontecido ese fin de semana ni *La Chronique de Paris*, ni *Le Journal Français*, ni *Le Courrier des Départements* aparecieron el lunes 11 de marzo. *Le Patriote Français* lo hizo con un importante anuncio en su portada. Justo debajo de su lema —«Una gaceta libre es un centinela que vela sin cesar por el pueblo»— y de la fecha se publicaba el siguiente «Aviso»:

Los derechos del hombre ya no existen; todas las leyes naturales han sido pisoteadas; una noche ha desbaratado la obra de cuatro años, la libertad individual, la libertad de prensa. Una facción que quiere reinar en medio de las tinieblas ha prohibido a los diputados filósofos esclarecer a los ciudadanos. La ley, pues todavía hay leyes para los hombres virtuosos, no permite a Brissot seguir trabajando en la redacción de este periódico. Yo lo redactaré solo; reclamo sobre mi cabeza toda la responsabilidad y sobre mi corazón todos los puñales. J. M. GIREY.

Brissot acataba pues la norma aprobada contra él y cedía, al menos formalmente, la responsabilidad de dirigir el principal órgano de los moderados a Joseph-Marie Girey-Dupré, un brillante joven de veintitrés años —recopilador de canciones populares revolucionarias— a quien había conocido como asistente del Departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional. En cambio Marat publicó y firmó ese día su periódico como si tal cosa: el Amigo del Pueblo no podía sentirse preocupado por las restricciones impuestas a los enemigos del pueblo.

Las consecuencias de lo ocurrido el sábado y domingo no afectaron, sin embargo, sólo a los periódicos. Apenas iniciada, con gran retraso y múltiples ausencias, la sesión de la Convención, Isnard leyó como secretario una carta de dimisión del ministro de la Guerra en la que pedía «volver a compartir los peligros de mis compañeros de armas lo más pronto posible». Beurnonville, que había llegado al puesto gracias al apoyo de la Montaña, se había sentido abandonado a la furia de los radicales y prefería los riesgos de la guerra en campo abierto a los de las escaramuzas traicioneras en las calles de París. Poco después Boyer-Fonfrède anunciaba la dimisión de todos los miembros del Comité de Defensa General, copado hasta ese momento por los moderados. Previamente Danton había insistido en su idea de formar un gobierno fuerte como emanación de la propia Asamblea, pero se había sentido obligado a hacer una importante salvedad:

—Aunque la naturaleza de las cosas y las circunstancias exigen que la Convención se reserve la facultad de elegir a los ministros en cualquier parte, incluido en su seno, declaro a la vez y lo juro por la patria que yo no aceptaré jamás un puesto en el ministerio mientras tenga el honor de ser miembro de la Convención.

[133]

—No veo ningún mérito en no aceptar los puestos peligrosos de los ministerios —le replicó desdeñoso Robespierre.

Pero fue la enérgica reacción del diputado de la Vendée, Louis Marie de La

Révellière-Lépeaux,<sup>[134]</sup> tan frágil de salud y poco agraciado en lo físico como inteligente y resuelto, la que ese lunes paró provisionalmente los pies a la Montaña al pedir que la propuesta de Danton fuera soslayada a favor del orden del día.

—Yo he votado por la muerte del tirano, contra toda apelación y todo aplazamiento. Y como continuidad de ese odio que siento por la tiranía, emplearé todos los medios de los que la naturaleza me ha dotado para oponerme a una nueva. Yo digo que si adoptáis la medida de extraer el gobierno de la propia Asamblea, organizaréis la más espantosa tiranía. Fijaos en las circunstancias que os rodean, ved lo que pasa a vuestro alrededor y os convenceréis de que si vuestra elección recae hoy en hombres de gran ambición y audacia, mañana puede que la Convención sea disuelta y estos hombres, revestidos a la vez del poder legislativo y ejecutivo, ejercerán entonces la más formidable dictadura, sobre todo teniendo a sus órdenes este tribunal terrible que acabáis de crear.

Su obsesión por la separación de poderes llegaba hasta el extremo de rechazar que el ejecutivo pudiera salir de la mayoría parlamentaria. En seguida aprovechó la ocasión para dirigir a Danton y a otros de su cuerda alusiones que estaban en la mente de muchos:

—Además declaro que no dejaré de perseguir a estos bandoleros tiranos que bien alojados, bien vestidos, disfrutando de todos los placeres, se apiadan tan afectuosamente por la suerte del pobre, se levantan con tanto furor contra todo el que goce de algún desahogo y se titulan fastuosamente con el nombre de *sans-culottes*.<sup>[135]</sup>

Aunque La Révellière-Lépeaux logró recomponer con su brío y ascendiente la mayoría que había dominado la Convención durante sus primeros meses, al sumar los votos de los centristas e indecisos a los de los moderados y la Planicie, fue un reagrupamiento efímero. Algunos moderados intentaron en vano que se reconsiderara la obligación de los miembros del jurado del Tribunal Revolucionario de pronunciarse en alta voz; y en cuanto a su composición inicial, sólo lograron que, además de entre los ciudadanos de París, se eligieran entre los de los cuatro departamentos circundantes.

Su oposición se circunscribía en todo caso a esos aspectos secundarios, pues estaban seguros de que cuando llegara la hora de votar a sus miembros lograrían imponer su mayoría, como había venido ocurriendo en casi todos los escrutinios quincenales para elegir presidente. Según un testigo presencial, esa misma noche, durante una reunión social, Barbaroux comentaría la creación del tribunal como un éxito, ante el asentimiento de Vergniaud, Rebecqui y otros moderados:

—Contamos con este tribunal que la Montaña ha tenido la estupidez de pedir y que Lanjuinais quería tontamente impedirnos crear. Este tribunal nos hará justicia frente a Robespierre, Danton y Marat.<sup>[136]</sup>

El pronóstico de Barbaroux pareció empezar a cumplirse cuatro días después, cuando la lista moderada encabezada por Garran-Coulon, La Révellière-Lépeaux y

Rabaut Saint-Étienne<sup>[137]</sup> se impuso a la *montagnard* en la elección de la crucial Comisión de los Seis encargada de decidir qué asuntos debían llegar al tribunal. Tal vez por eso el propio Vergniaud se sintió lo suficientemente seguro como para corroborar la idea de su amigo marsellés en una reunión similar y ante el mismo testigo:

—Estad seguros. Nosotros contamos con los departamentos. Los *montagnards* son unos majaderos y unos tontos. Nosotros controlaremos fácilmente la justicia<sup>[138]</sup>

Mientras sucedía todo esto en la capital francesa, Dumouriez había llegado el propio domingo día 10 a Amberes, constatando de inmediato que Bélgica estaba al borde de una sublevación general.<sup>[139]</sup> La reconquista de Lieja por los austriacos y su avance hacia Bruselas habían activado todos los agravios provocados —en eso no se había equivocado el general— por la aplicación del decreto del 15 de diciembre. Especialmente dañina había sido la labor de los llamados «comisarios ejecutivos» enviados por el Ministerio de Asuntos Exteriores para administrar el territorio bajo la supervisión de Danton, Delacroix y demás representantes de la Convención. Eran jacobinos fanáticos, caracterizados por su anticlericalismo y su falta de sensibilidad a las aspiraciones de autogobierno de los belgas. Para colmo, el riesgo de perder el territorio había dado pie a la orden de trasladar todos los objetos de plata requisados en las iglesias a la ciudad francesa de Lille, y eso se vivía sobre el terreno como un auténtico expolio.

En su última carta firmada en Moerdick, Dumouriez le había explicado a Miranda que su propósito era «dar seguridad a los belgas y recuperarlos por la confianza que tienen en mí; y sobre todo disminuyendo la tiranía y las injusticias que han sufrido hasta el presente. Mi decisión sobre esto está tomada digan lo que digan Cambon y sus satélites».<sup>[140]</sup> Su primer paso en ese sentido fue desautorizar al comisario ejecutivo de Amberes, un tal Pierre Chaussard, joven y exaltado literato que había tomado el sobrenombre de «Públícola» —amigo de la cosa pública— en memoria del segundo cónsul de Roma que consolidó la República tras la caída de la Monarquía de Tarquino el Soberbio. Chaussard había ordenado detener a buena parte de los notables de la ciudad, incluido el obispo, y acababa de jactarse de ello en una carta dirigida a los comisarios de la Convención el propio 10 de marzo: «He evangelizado por todas partes; en las plazas, en el club, en los cafés, en el teatro. He visto reavivarse el espíritu público y he logrado volver a hacer sentir terror a los aristócratas. Los jefes del complot han sido arrestados».<sup>[141]</sup>

Dumouriez ordenó que se pusiera en libertad al obispo y escribió a Chaussard conminándole a asistir a una reunión a celebrar el propio lunes en Bruselas. Según su propio relato, Públícola se plantó en el domicilio del general Marassé, donde cenaba Dumouriez, y mantuvo con él un tenso careo «en presencia de veinte personas».

—Ciudadano, si un agente del poder militar se permite escribir así a un agente del poder civil, la desgracia caerá sobre la República y sobre él mismo.

—¿Quién sois vos, *monsieur*?

—Yo ejerzo una magistratura republicana. Os advierto que soy tribuno del pueblo y haría arrestar al mismo César.

—Sí, ya sé que os hacéis llamar Públícola...

—Es verdad que hoy llevo ese nombre. Cuidaos de que un día no lo merezca...

—Tened la bondad, *monsieur*, de obedecer la orden que yo he dado.

—No debéis hablar a un ciudadano francés como si fuerais un visir.<sup>[142]</sup>

Es en ese momento en el que las *Memorias* de Dumouriez aportan una ingeniosa respuesta del general:

—Yo tengo de visir lo mismo que vos tenéis de Públícola.<sup>[143]</sup>

Dumouriez le obligó a dejar la ciudad y Chaussard, «más fanfarrón que hombre de acción», en el fondo un personaje «de naturaleza bonachona que sólo fue terrible por sus palabras»,<sup>[144]</sup> la abandonó sin más resistencia. Dumouriez ordenó también al general Marassé «que tapiara la puerta del club [jacobino] local y encarcelara a quien contraviniera esta ordenanza».<sup>[145]</sup>

Partió de inmediato para Bruselas y allí se encontró con una situación aún peor que la de Amberes, pues la ciudad seguía conmocionada por el saqueo y profanación de la catedral de Santa Gúdula que los voluntarios *sans-culottes* habían perpetrado el miércoles, jueves y viernes de la semana anterior.<sup>[146]</sup> De ahí que en este caso lo primero que hizo Dumouriez fuera enviar a prisión al homólogo de Públícola, un tal Chépy, que no sólo había consentido el pillaje, sino que «había presionado para que se cortarazn cabezas y amenazaba con actuar en Bruselas a sangre y fuego».<sup>[147]</sup>

Cargado así de autoridad, convocó a continuación a los notables locales, les transfirió la administración de la ciudad y les transmitió tres proclamas condenando la «avaricia y la indiscreción sacrílega» de los franceses responsables de los saqueos, instando a presentar denuncias contra ellos y ordenando la devolución de todos los objetos de culto robados. Inmediatamente después dejó la capital belga y se dirigió al campamento de sus tropas en Lovaina, donde escribió a la Convención la explosiva misiva que sería conocida como «Carta del 12 de marzo».

Antes de que el correo partiera al día siguiente, Dumouriez aún tuvo tiempo en esa prolífica jornada de leérsela a los petrificados diputados Camus y Treilhard, dos veteranos de la Asamblea Constituyente a los que la Convención había encargado supervisar la anexión del sur de Bélgica —el Hainaut— como nuevo departamento francés: «La salud del pueblo es la ley suprema y yo acabo de sacrificarle una conquista personal asegurada», comenzó leyendo Dumouriez, refiriéndose a su salida apresurada de los Países Bajos, «para acudir en ayuda de la parte del ejército que acaba de sufrir un revés debido a causas físicas y morales que voy a desarrollaros».

Siguió luego con la descripción de sus desencuentros con Pache y Hassenfratz, quienes «han conducido a Francia por la pendiente de su ruina y lejos de ser castigados han pasado al importante puesto de la alcaldía de París y desde entonces la capital ha visto cómo se repetían en la calle de los Lombards las escenas de sangre». Tras explicar que la llegada de Beurnonville había impulsado el reclutamiento y que,

a pesar del daño causado por «el flagelo desorganizador» del anterior ministro, su sacrificio y el valor de sus generales habían permitido las conquistas en los Países Bajos, Dumouriez se centró en lo ocurrido entre tanto en Bélgica:

«Mientras nuestra causa ha sido justa, hemos vencido al enemigo. Desde que la avaricia y la injusticia han guiado nuestros pasos, nos hemos autodestruido y nuestros enemigos se aprovechan. Os adulan y os engañan. Voy a quitaros la venda de los ojos. Belgas de todas las clases han sido sometidos a vejaciones; se han violado sus derechos sagrados a la libertad; se han insultado impúdicamente sus opiniones religiosas; se han profanado, mediante un bandolerismo muy poco lucrativo, los instrumentos de su culto; se os ha mentido sobre su carácter y sobre sus intenciones; la reunión del Hainaut se ha producido a golpes de sable o de fusil; la de Bruselas la han hecho una veintena de hombres sanguinarios reunidos para intimidar a los ciudadanos. El duque de Alba, el más cruel de los satélites de Felipe II, hizo morir a dieciocho mil a manos del verdugo. Los belgas se vengaron con treinta años de guerras civiles».

Tras esta evocación histórica que venía a equiparar a la República Francesa con el arquetipo de las monarquías más tiránicas, Dumouriez arremetió contra su bestia negra en la Convención: «Vuestras finanzas estaban exhaustas [...]. Cambon, que puede que sea un ciudadano honrado pero que está ciertamente por debajo de la confianza que le habéis dado en materia financiera, no ha visto otro remedio que apropiarse de las riquezas de esta tierra fértil. Os ha propuesto el fatal decreto del 15 de diciembre. Lo aceptasteis unánimemente, aunque todos y cada uno de vosotros con los que hablé me dijisteis que os parecía injusto».

Mucho más duro fue aún su ataque contra los comisarios enviados por el Consejo Ejecutivo: «La mayor parte son o insensatos o tiranos. Los agentes de la tiranía se han extendido por toda la superficie de Bélgica [...]. Desde entonces el terror y puede ser que el odio han reemplazado a la dulce fraternidad que acompañaba nuestros primeros pasos. Y ha sido en el momento de los reveses cuando nuestros agentes han desplegado más injusticia y violencia [...]. Ahora nos miran como a bandidos que huyen y las poblaciones rurales se arman por doquier contra nosotros [...]. Para ellos es una guerra sagrada y para nosotros una guerra criminal».

Apenas Dumouriez concluyó la lectura, justificando sus medidas y pidiendo a la Convención que las respaldara, el casi siempre apacible pero a veces iracundo Camus —durante toda su vida no tuvo otra pasión que la de archivero y compatibilizaba la fe revolucionaria con el jansenismo religioso— no pudo contenerse y le dijo que había quienes le acusaban de jugar frente a la Convención el mismo papel de César ante el Senado romano.

—Si estuviera seguro yo me convertiría en Bruto y os apuñalaría.

Dumouriez hizo como que se lo tomaba a broma:

—Mi querido Camus, yo no soy César ni vos Bruto; y la amenaza de morir por vuestra mano es para mí una patente de inmortalidad.<sup>[148]</sup>

## CATORCE

Ignorante de que en ese mismo momento el correo de Dumouriez cabalgaba hacia París portando una misiva redactada en términos que nadie había osado emplear hasta entonces para dirigirse a la representación nacional, la Convención cerró filas al día siguiente en torno a quien continuaba siendo su comandante en jefe en Bélgica y los Países Bajos. Lo hizo cuando, tras la irrupción a tambor batiente y con un extraño estandarte rojo y blanco de los voluntarios de la levantisca Sección de Poissonnière, el orador que dijo hablar en su nombre planteó dos inesperadas exigencias:

—Beurnonville nunca debió llegar al ministerio. No tiene la confianza de la nación. En nombre de los ciudadanos aquí presentes os pido su destitución. Los generales no están en sus puestos. Por su culpa nuestra vanguardia ha sido desbordada y derrotada. Pido un decreto de acusación contra Dumouriez y su estado mayor.

Según los Archivos Parlamentarios, «un grito general de indignación se levantó en la Asamblea». Enseguida se alzaron voces exigiendo el arresto del peticionario. Haciéndose eco de ese sentimiento, Delacroix se encaramó al podio:

—No he subido a la tribuna para justificar a Dumouriez. No lo necesita. La República sabrá un día cuánto le debe y esta calumnia no sirve sino para acrecentarlo. Por otra parte la Convención debe observar que esta opinión no es la de la sección, sino la de su presidente.

—¡Es un bribón! —clamó Marat, dando la sensación de que, como había ocurrido con las primeras denuncias sobre las subsistencias, iba a poner de nuevo la proa a todo radicalismo que no controlara él.

—No hay aquí un solo soldado que no lo desapruere —prosiguió Delacroix—. Está claro que estos bravos voluntarios no partirían si creyeran ir a una carnicería.

El lugarteniente de Danton, un hombre corpulento y enérgico, puso de relieve la «extravagancia» que suponía responsabilizar a Dumouriez de lo que había ocurrido en Aix-la-Chapelle y Lieja cuando en ese momento él estaba conquistando Breda y Geertruidenberg, a muchas leguas de distancia.

—Hace falta odiar mucho a alguien, ser muy calumniador.

Cuando, arrastrados por la lógica del argumento, arreciaban los gritos contra el portavoz de Poissonnière, Delacroix le dio el golpe de gracia al denunciar que la bandera roja y blanca con la que acababan de desfilar los voluntarios tenía bordadas varias flores de lis bajo dos «L» cruzadas y llevaba prendidas una especie de corbatas blancas, consideradas también como símbolos monárquicos.

Tras un momento de vacilación y al comprobar que en efecto era así, varios voluntarios se precipitaron sobre su abanderado «para hacer desaparecer estas odiosas imágenes». Según el relato consignado en los Archivos Parlamentarios, «rompieron la pica, destrozaron la tela y se disputaron los jirones para pisotearlos». Una ciudadana presente en las tribunas se quitó entonces una banda tricolor que llevaba



anudada a la cintura y se la arrojó a los voluntarios. Otro espectador les dio su gorro frigio y en medio de fervorosos aplausos quedó restablecida la simbología revolucionaria. Luego resultaría que los responsables del reclutamiento habían cogido un viejo estandarte de cuando la Sección de Poissonnière era la de Saint-Lazare —de ahí las «L», tomadas por error como homenaje a la dinastía de los Luises— y aparentemente nadie se había dado cuenta. ¿Qué más necesitaban todos los sectores de la Asamblea sino este episodio para refugiarse en la socorrida teoría de que todos los conflictos que surgían alrededor obedecían a designios contrarrevolucionarios?

—La aristocracia, como un nuevo Proteo, adopta toda clase de formas para alcanzar sus fines —proclamó Isnard.

Marat no sólo pareció ir a darle la razón, sino que se descolgó con una rotunda defensa de Dumouriez, cuando menos sorprendente, a la luz de su persecución personal y de lo publicado ya por su periódico.

—Cualesquiera que hayan sido los vínculos políticos de Dumouriez o sus relaciones con la corte, yo creo que desde el 10 de agosto está ligado a la salud pública y especialmente desde que la cabeza del tirano ha caído bajo la espada de la ley. Está ligado por el éxito de sus armas y yo comparezco en esta tribuna para combatir esa moción insensata. No os dejéis engañar, ciudadanos. Tenéis aquí el hilo de un complot general para perder a la patria. Los ciudadanos que están en la barra no sólo deben ser arrestados, sino que se les debe obligar a declarar quiénes son sus cómplices, porque los tienen.

—¡Tú! —se oyó gritar desde los bancos de los moderados.

—Esa es una injuria a la que no opongo sino el desprecio —respondió Marat.

—Que el miembro de la Asamblea que ha interrumpido a Marat sea llamado al orden y censurado —medió como presidente Gensonné.

—Yo me opongo —replicó Marat con desdén.

La Convención acordó que al interruptor se le aplicara el artículo del reglamento invocado por Gensonné, pero fue imposible averiguar su identidad «porque los que se sentaban a su alrededor rehusaron designarle». *L'Ami du Peuple* continuó vinculando lo sucedido durante el fin de semana con los disturbios sobre las subsistencias —azuzados por él, según gran parte de la cámara— y volvió a desconcertar a todo el mundo, defendiendo de forma contradictoria a los líderes moderados.

—Hace días que secuaces de la antigua policía a las órdenes sin duda de agentes ministeriales y de diputados antirrevolucionarios excitan al pueblo al asesinato. Que el peticionario lea el artículo de su petición donde se reclaman las cabezas de Gensonné, de Vergniaud y de Guadet, crimen atroz que tiende a la disolución de la Convención y a la pérdida de la patria.

Sobreponiéndose al asombro y sin reparar en lo que no encajaba —¿cómo sabía él que existía tal petición?, ¿quiénes podían ser los «diputados antirrevolucionarios» que quisieran las cabezas de sus presuntos jefes?—, la práctica totalidad de los presentes aplaudió a un Marat autoerigido en protector de quienes tantas veces había cubierto

de improperios y acusaciones de traición.

—Yo mismo me he levantado contra estos asesinos. Me he trasladado a la Sociedad Popular de los Cordeleros y allí he predicado la paz y he confundido a esos oradores sobornados por la aristocracia.

¿Agentes de la aristocracia en los Cordeleros? Marat no se quedó en las insinuaciones y formuló la primera acusación concreta contra uno de los cabecillas de la insurrección fallida.

—Denuncio al llamado Fournier que aparece en todas las revueltas populares. Este malvado es quien está a la cabeza de esta sedición. Pido contra él un decreto de acusación.

—Hace dos o tres días —corroboró Bourdon de l’Oise— que este mismo Fournier ha dicho a tres o cuatro malvados de su especie: «Si me hubierais seguido le habría pegado un tiro a Pétion».

Si esta revelación provocó gestos de horror e indignación, los mayores aplausos los conquistó una vez más Barère, quien con su habitual oportunismo se apuntó a la tesis de Marat y resumió los sucesos del fin de semana diciendo que «los aristócratas habrían venido aquí cubiertos de los harapos de la miseria a degollar a parte de la Convención». Además pidió y obtuvo que la Convención decretara que tanto la Comuna, con Pache a la cabeza, como Santerre habían merecido el reconocimiento de la patria por su conducta durante el sábado y domingo. Aún le quedó margen para sumarse a los elogios «al vencedor de Jemappes [...], el hombre al que los ingleses y los austriacos quisieran quitar la vida». Y remató su ditirambo con pedantería clásica:

—Yo sé bien que en una República es preciso que la Roca Tarpeya esté cerca del Capitolio. Pero hasta hoy Dumouriez sólo ha subido al Capitolio; y cuando los malvados vengan a decir que la Roca Tarpeya está allí, yo les responderé que es para ellos.

—Yo no soy adorador de nadie —concedió incluso el exaltado doctor Duhem—, pero reconozco los servicios que ha rendido Dumouriez a la cosa pública y deseo que siga al frente de nuestros ejércitos.

No obstante, Lesage, aún dolido por las críticas suscitadas por sus vacilaciones respecto a la puesta en marcha del tribunal, aportó un nuevo elemento de juicio que agravaba la situación.

—Los ciudadanos que veis en esta barra no son los únicos culpables. He aquí un decreto de la Sección de Bon-Conseil que os mostrará hasta qué punto se puede engañar a las secciones.

Y Lesage leyó lo siguiente: «10 de marzo de 1793. La Asamblea General de la Sección de Bon-Conseil decreta que será enviada de inmediato una diputación a la Convención Nacional para solicitar que Brissot, Pétion, Guadet, Vergniaud, Gensonné, Barbaroux, Gorsas, Clavière, Rebecqui, Lanjuinais, etc., sean arrestados y perseguidos por un tribunal revolucionario». En medio del subsiguiente escándalo, Lesage añadió una coletilla de su propia cosecha:

—¡El tribunal extraordinario decretado por vosotros!

Esto indignó a los *montagnards*, que le llamaron *monsieur*, Tartufo y contrarrevolucionario. Aunque Marat pedía de nuevo la palabra, Gensonné se la dio a los portavoces de la Sección de Poissonnière para que aclararan el sentido de su petición. Su presidente, un tal Faro, aportó las actas de la última asamblea para demostrar que lo planteado ante la Convención respondía a lo acordado. No hizo la menor referencia a la denuncia de Marat sobre la demanda de que rodaran las cabezas de los tres diputados más notables de la Gironda, pero sí dijo que la sección «creía» que el exministro Roland debía perder la suya en el cadalso. Al final se refirió al asunto más polémico:

—Declaro por mi honor que la asamblea de la sección me encargó pedir que Dumouriez fuera arrestado, como podéis constatar. Un ciudadano dijo que eran los jefes del ejército los que vendían a la República, que Dumouriez había dejado escapar al rey de Prusia.<sup>[149]</sup> Se relatan diferentes hechos y se dice que es preciso pedir el decreto de acusación contra Dumouriez. He aquí lo que la asamblea me ordenó hacer. Si hemos pecado, debéis perdonar a unos hombres con la cabeza caliente por los reveses que había sufrido el ejército de Valence.

Aunque sus explicaciones no convencieron a la Convención, la petición inicial de que los portavoces de Poissonnière fueran arrestados dio paso a la de que comparecieran ante el Comité de Seguridad General y el nuevo tribunal investigara la trama insurreccional. Pero Marat no quiso dejar de presentar sus conclusiones, completando la más asombrosa de las piruetas:

—He recibido una denuncia en la que se me dice que [los dirigentes de la Sección de Poissonnière] no son más que agentes subalternos y que el hilo del complot está en el seno mismo de la Convención. Está en el partido de Roland, en los hombres de Estado que quieren destruir a la República. Cuando nuestros comisarios hayan partido hacia los departamentos, los hombres de Estado se pondrán en insurrección contra los patriotas de la Convención. Al mismo tiempo se difundirán propósitos incendiarios que instigarán a asesinar a los mejores patriotas. Y se les culpará a ellos del asesinato.

O sea, que el mismo hombre que había atribuido poco antes a la Sección de Poissonnière propósitos criminales contra tres líderes moderados —incluidos también en la lista de la de Bon-Conseil—, acusaba ahora a esos mismos «hombres de Estado» de ser quienes manejaban la trama. Y aún le quedaba por rematar su acrobacia parlamentaria:

—Yo, que no quiero a los hombres de Estado, declaro que, antes de que se les golpee, haré un parapeto con mi cuerpo al mismo tiempo que defenderé [a la Convención] frente a sus maquinaciones. Pido por otra parte un decreto de acusación contra Fournier, que es el jefe de la banda.

No dejaba de resultar irónico que el argumento para pedir el arresto del feroz y expeditivo Fournier —cosa que la Convención decretó con una muy amplia mayoría

— fuera su presunta complicidad con los remilgados y tibios «hombres de Estado», como si Gorsas y Brissot le hubieran animado a asaltar sus propias imprentas.<sup>[150]</sup> El pastor protestante Lasource utilizó en su turno de réplica un tono condescendiente, presentando a Marat como un alocado «instrumento de hombres pérfidos» y subrayando sus contradicciones.

—Acusáis de haber estimulado estos movimientos a los hombres cuyas cabezas se pedían. ¡Han estimulado estos movimientos contra sí mismos! ¡Los han estimulado por el mero placer de ver caer sus cabezas! ¿No es esta acusación el colmo de la mala fe o de la locura?

Lasource no sólo no desautorizó la tesis de que lo ocurrido era fruto de una nueva conspiración aristocrática, sino que concretó la acusación en términos que en nada diferían en el fondo con los planteamientos de Marat y el resto de la Montaña.

—Los artífices de los disturbios son los agentes de Pitt, de Guillermo y de Francisco.<sup>[151]</sup> Los artífices de los disturbios son los criados de los emigrados. Los artesanos de los disturbios son todos los culpables, amigos de un régimen destruido que lloran y que no nos perdonarán jamás la abolición de la Monarquía.

Es decir, que mientras una sección de París acababa de poner sobre la mesa la primera lista de diez nombres —nueve diputados y un ministro— a quienes se pedía encarcelar y acusar ante el tribunal extraordinario aun antes de que este naciera, uno de los amigos de los señalados, seguro integrante del etcétera con que concluía la relación, se empeñaba en ver a sus enemigos fuera y no dentro de la Revolución. Sin embargo, las consignas contra Gorsas y los demás periodistas moderados se habían gestado en el Club de los Jacobinos, la primera proclama insurreccional se había lanzado allí, al igual que la creación del tribunal se había planteado en el mismo club, y los que habían predicado la sublevación el sábado por la noche habían salido del club y el propio plan de acudir a la Convención para acabar con los diputados moderados se había adoptado en la sede de los Jacobinos. Según Michelet, la Sección de Bon-Conseil estaba «manejada por Lullier, confidente de Robespierre que expresaba siempre su pensamiento [...] y decía exactamente lo que Robespierre quería».<sup>[152]</sup>

Aunque entre los diez ya estigmatizados sólo había tres diputados de la Gironda —Vergniaud, Guadet y Gensonné—, tanto ellos como los demás, personajes que habían coincidido y discrepado, diputados que habían votado diferente sobre la apelación al pueblo, la pena a imponer a Luis XVI o el aplazamiento de la ejecución, personas que se reunían con frecuencia o no se veían nunca, individuos tan celosos de su independencia como Lanjuinais,<sup>[153]</sup> empezaron a adquirir de esa manera conciencia de que eran miembros de un partido que pronto quedaría identificado como «girondino», al que no se habían adscrito ellos, sino que les habían incorporado sus enemigos. Pero cualquiera diría que se empeñaban en ignorar dónde estaba la mano que mecía su cuna.

## QUINCE

Esa misma noche Varlet tuvo el suficiente arrojo, descaro o convencimiento de pisar terreno firme como para presentarse en el propio club de la calle Saint-Honoré a protestar por el arresto de Fournier y de paso justificar su conducta. El gigantón explicó con su aire ingenuo y sus mismas recetas de siempre lo ocurrido el domingo:

—Yo estaba en los Cordeleros como delegado de la Sociedad Fraternal [de los Dos Sexos]. Leí un mensaje acorde a las circunstancias. Allí estaba el nudo de los verdaderos patriotas. Se plantearon diversas mociones, a cuál más violenta. Las mociones violentas son las únicas apropiadas para los tiempos de crisis. El moderantismo ya no está de moda. Mataría a la República. La insurrección es el más santo de los deberes, la insurrección debe ser el suplemento de la jornada del 10 de agosto, y cuando Dubois-Crancé os ha dicho: «Es imposible salvar la cosa pública», [154] eso quiere decir: «Pueblo, sálvate tú mismo».

Tras recordar con contrariedad su gestión baldía ante la Comuna —«Dominaban los moderados [...], había apologistas de Dumouriez»—, Varlet anunció que volvería a leer su soflama del domingo.

—¡Aquí no estamos en los Cordeleros! —protestaron algunos miembros—. ¡El orden del día, el orden del día!

—¡Abajo los rolandistas! —gritaron desde las tribunas, jaleando a Varlet y abucheando a sus detractores.

Al final, en medio de un gran tumulto, Collot d'Herbois, que presidía la sesión, permitió a Varlet leer su texto, pero le obligó enseguida a bajar de la tribuna ante la dureza de sus ataques a Dumouriez.

—Está claro para todos que lo que se pretende es perder a los jacobinos.

Billaud-Varenne, siempre en tándem con el frustrado hombre de teatro, se sintió obligado a salir al quite y lo hizo con truculenta habilidad y cierta gracia:

—Desde luego que yo no soy partidario de Dumouriez, pero él ya no puede recular más porque corre el riesgo de ser degollado si no trae la victoria. En cuanto a Fournier, sus opiniones son tan exaltadas que Marat a su lado parece un *feuillant*.

Entonces Dufourny, presidente del Departamento de París, asiduo al Café Corazza y a las reuniones del Arzobispado, pero más prudente que su amigo Desfieux —siempre se refería a sí mismo como al «hombre libre»—, hizo la reflexión de fondo:

—Hombres que no hablan más que cuando hay tormentas han venido a aconsejaros medidas revolucionarias. Cuando sea necesario sublevarse, nuestra sociedad no debe tomar parte alguna en la insurrección. Daría igual que ese movimiento estallara en otro club, pero nuestra sociedad no debe comprometerse. Es el centro de las sociedades afiliadas y debe conservar su actitud moral. El fin evidente de nuestros enemigos era comprometer a los Jacobinos y a los vigorosos cordeleros

para poder atacar a las sociedades populares.

Sus palabras fueron acogidas con numerosos gestos de asentimiento. Pero las consignas de Varlet —«La insurrección es el más sagrado de los deberes»— y de Dufourny —«Nuestra sociedad no debe comprometerse»— no sólo eran las dos caras de una misma moneda, sino que rodaban pegada la una a la otra sobre el ineludible tablero del club de la calle Saint-Honoré. Se habían pronunciado casi a la vez y en el mismo sitio.

El profesor Paolo Viola explicaría a la perfección esta ambivalencia en un coloquio de la Sorbona refiriéndose al conjunto del periodo que desembocó en el Terror: «De acuerdo con su ala izquierda, la sociedad dio su apoyo extraoficial a una solución terrorista concordante con la mentalidad popular, indicando cuál debía ser el blanco de la cólera de los *sans culottes*. De acuerdo con su ala derecha, protegió a la representación nacional con el objetivo de asegurarse el control y garantizar el orden público».<sup>[155]</sup> Cayera la suerte del lado que cayese, los Jacobinos tenían que ser siempre los ganadores.

## DIECISÉIS

Pocas veces habrá habido en la historia un acto de ceguera deliberada tan sublime como el que quedó plasmado en el monumental discurso pronunciado por Vergniaud el miércoles 13 de marzo de 1793 en la Convención. Al constatar que las secciones de París empezaban a esbozar ya sus listas de proscripción contra los moderados, la veintena de diputados reunidos en casa de Valazé la noche del martes había pedido a Vergniaud que saliera a la palestra. Indignado por cuanto había vivido en la Asamblea durante los últimos días, al abogado de Burdeos no le costó aceptar. Muy bien, si sus amigos querían que hablara en su nombre, él lo haría. Pero iba a hacerlo a su manera, no como el jefe de un partido —que no lo era—, sino como la conciencia crítica de una situación. Aun a costa de generar frustraciones entre sus allegados. «Yo no le habría confiado esta misión si hubiera podido adivinar de qué manera pensaba cumplirla», escribirá Louvet, presente esa noche en la reunión del «comité Valazé».

[156]

—Es un discurso preparado desde hace ocho días —farfulló con envidia preventiva Marat cuando Vergniaud pidió la palabra.

No era cierto. Algunas de las ideas que iba a manejar llevaban fraguándose en su magín tal vez ocho semanas, incluso ocho meses, pero había tenido bastante menos de ocho horas para convertirlas en un discurso trabado a través de las notascapituloIII numeradas en los pequeños trozos de papel que iban a servirle como único apoyo. Precisamente iba a ser esa equilibrada mezcla de reflexión e improvisación lo que elevaría sus palabras hasta la cumbre oratoria más alta de la historia de la Revolución. El empecinado y necio Bentabole le dio pie para lucirse desde la primera frase, cuando secundó la exclamación de Marat con otra no menos desdeñosa:

—¡Es para hacernos perder el tiempo!

—Cuando la Conspiración de la Pólvora se descubrió en Londres, sólo a sus propios autores les pudo convenir que se pretendiera que era perder el tiempo el emplearlo en descubrir la trama. Pido [la palabra para] denunciar los hechos relativos a la gran conjura de la que el azar os ha hecho descubrir ayer el primer hilo. Insto a la Convención a permitirme también dar algunas explicaciones sobre los medios empleados por la aristocracia desde hace meses para conducirnos al desastre.

Desde el primer momento Vergniaud asumía —bien por convencimiento bien por utilidad dialéctica— que todos los diputados tenían el mismo enemigo. Y lo hacía a la vez con sentido de urgencia y empaque historicista, aprovechando por igual el incidente del estandarte con la flor de lis y la hora más crítica de la República Romana.

—Colmado de calumnias sin cesar, me he abstenido de ocupar esta tribuna en la medida en que pensaba que mi presencia podría excitar las pasiones. Pero hoy que estamos todos, al menos eso creo, reunidos por un sentimiento de peligro común; hoy que toda la Convención Nacional se encuentra al borde de un abismo al que el más



ligero impulso puede precipitarla junto a la libertad; hoy que los emisarios de Catilina no sólo se presentan a las puertas de Roma, sino que tienen la insolencia de venir hasta este mismo recinto a desplegar los símbolos de la contrarrevolución, seguir guardando silencio se convertiría en una verdadera traición.

La primera parte del discurso estuvo dedicada a denunciar que se estaba creando un clima de opinión en el que «incitar al asesinato o excitar al pillaje es un medio seguro de obtener las palmas del civismo y el título de patriota». La propia Convención era responsable por renunciar a perseguir delitos como los de las masacres de septiembre o los saqueos de febrero:

—Así, de crímenes en amnistías y de amnistías en crímenes, un gran número de ciudadanos han llegado a confundir las insurrecciones sediciosas con la gran insurrección de la libertad.

En este contexto, al pueblo no le quedaba otra defensa sino la de «los hombres que podían aún esclarecerlo [...] tras haberse consagrado al éxito de la Revolución por la gloria de cooperar a la felicidad de la patria»; pero «la aristocracia ha intentado perderlos mediante la calumnia». Tras volver a agitar ese fantasma, Vergniaud describió con precisión y elocuencia la dinámica que los radicales venían estimulando en los tugurios y secciones de París, pero también en el Club de los Jacobinos o en la propia Convención.

—Hemos visto desarrollarse este extraño concepto de libertad en función del cual se os dice: «Sois libres, pero pensad como nosotros sobre tal o cual cuestión de economía política o nosotros os denunciaremos a las venganzas del pueblo. Sois libres, pero doblad la cabeza ante el ídolo al que nosotros cubrimos de incienso o nosotros os denunciaremos a las venganzas del pueblo. Sois libres, pero asociaos a nosotros para perseguir a aquellos de cuya probidad y luces dudamos o nosotros os designaremos mediante denominaciones ridículas».

Aunque la culpable siempre fuera la aristocracia, las alusiones a los debates sobre la libertad de comercio, el respaldo de las tribunas a Danton y Robespierre o las campañas difamatorias de Marat y Hébert eran demasiado obvias para pasar desapercibidas. En un clima de creciente tensión, marcado por los primeros gritos e interrupciones desde la Montaña, Vergniaud lanzó entonces la dramática profecía que una vez cumplida empañaría por los siglos de los siglos la imagen del legado revolucionario:

—De esta forma, ciudadanos, se puede temer que la Revolución, devorando como Saturno sucesivamente a todos sus hijos, engendre al fin el despotismo con las calamidades que le acompañan.

Tras este punto de inflexión tan visual y tremendo por su imagen antropófaga, pasó entonces a describir las dos actitudes que esencialmente convivían en la cámara:

—Una parte de los miembros de la Convención ha visto la Revolución terminada desde el instante en que Francia se ha constituido en República. Otros, por el contrario, alarmados por los peligros de la coalición de tiranos que nos amenaza, han

creído que era importante para la energía de nuestra defensa mantener toda la efervescencia de la Revolución. Cediendo a insinuaciones extranjeras, estos han llamado a los primeros aristócratas y los primeros han llamado a los segundos anarquistas.

Como si quisiera hacerse merecedor de su futuro sobrenombre de «Águila de la Gironda», Vergniaud remontó el vuelo y describió desde la distancia, como si él no hubiera sido parte esencial en el debate, la discrepancia sobre la suerte del rey que tantas iras había desencadenado.

—Los unos vieron en la apelación al pueblo o en la simple reclusión del culpable un medio de evitar una guerra que iba a extender oleadas de sangre y un homenaje solemne a la soberanía del pueblo. Creyeron además que era el medio de imponer a todos la manifestación de la voluntad de veinticinco millones de hombres.

—¡Sí, sí! —gritaron varios diputados situados en el centro de la cámara para irritación del ala izquierda.

—Los otros no vieron en esta medida más que un germen de guerras intestinas y una condescendencia hacia el tirano. Estos han llamado a los primeros monárquicos; los primeros han acusado a los segundos de mostrarse tan ardorosos no para hacer caer la cabeza de Luis, sino para colocar su corona sobre la frente de un nuevo tirano. Desde entonces el fuego de las pasiones se ha alumbrado con furor en esta Asamblea y la aristocracia ha concebido el infernal proyecto de que la Convención se destruya a sí misma...

Siempre la aristocracia. Tras la derrota de Aix-la-Chapelle había sido idea de la aristocracia pedir la destitución de Dumouriez por «sumir a nuestros ejércitos en la desesperación». También había sido idea de la aristocracia responsabilizar a los ministros de lo ocurrido, dando por hecho que entre los miembros de la Convención habría «diputados suficientemente corrompidos por la ambición para querer acumular las funciones legislativas y ejecutivas». E incluso había sido idea de la aristocracia que estos nuevos dictadores utilizaran el nuevo Tribunal Revolucionario «para legalizar sus crímenes y su tiranía». A la Montaña le pareció que esto era ir ya demasiado lejos: «¡Eso no es verdad!», se oyó gritar, y Thuriot interrumpió al orador:

—Pido a Vergniaud que cite a un solo miembro de la Convención que haya apoyado la idea que acaba de presentar.

—¡Tú, Robespierre y otros! —le respondieron desde la derecha.

Vergniaud aclaró que acababa de precisar que esa idea «había germinado fuera de la Convención» porque no era sino «lo que pensaban los aristócratas». Anunció que a continuación entraría «en los detalles de la ejecución de la trama odiosa» que se proponía desvelar. Y fue entonces cuando sostuvo que muchas secciones de París estaban controladas por hombres ociosos que, guiados por las «potencias extranjeras», adoptaban «acuerdos ridículos e incendiarios». En ese contexto denunció, tal y como ya había hecho Lanjuinais antes de los sucesos del fin de semana, la existencia de «un Comité de Insurrección o Comité Revolucionario». Y lo

hizo dando rienda suelta a su indignación:

—¡Un Comité Revolucionario junto a la Convención Nacional! ¿Pero cuáles son sus poderes? ¿Qué revolución quiere hacer? ¡Puesto que el despotismo no existe, lo que quiere es destruir la libertad! ¡Puesto que ya no hay tiranos, quiere derribar la representación nacional!

Vergniaud acusó a Fournier, Desfieux y Lazowski de formar parte de ese comité y lanzó una nada velada andanada al club de los Jacobinos, siempre desde la misma óptica:

—Se sabe que algunos exnobles, sacerdotes, satélites del despotismo, agentes de Inglaterra han adoptado la máscara del patriotismo para introducirse en una sociedad que siempre fue el foco de ese patriotismo. Desde hace algunos días gritaban con furor que el único reproche que se podía hacer a las jornadas de septiembre era que habían sido incompletas, que había que purgar la tierra de los miembros del Consejo Ejecutivo, de los generales, de los brissotinos, de los girondinos, de los rolandinos, en una palabra de todos los que ellos habían inscrito en sus listas de proscripción.

Vergniaud describió a partir de ahí con cierto detalle los sucesos de los días 9 y 10, incluidos los asaltos a las imprentas y los acuerdos adoptados por los Cordeleros y algunas secciones, para desembocar en «las dos flores de lis y las dos eses cruzadas» del estandarte de Poissonnière, «es decir, una bandera de Coblenza, una bandera de la servidumbre, una bandera del monarquismo, una bandera de la contrarrevolución». Pasó entonces a enumerar las causas por las que la insurrección se había desbaratado y su planteamiento no les gustó nada ni a la Montaña ni a gran parte del público:

—La primera causa de que se abortara el complot fue la información dada a los conjurados por algunos espías de que muchos diputados cuya sangre querían beber no estaban presentes en la sesión nocturna.

—¡Tú pierdes a la República! —le gritaron desde el ala izquierda.

—¡No, yo la salvo! —replicó impertérrito Vergniaud.

Tras enumerar los restantes factores que habían coadyuvado a frustrar la sublevación —la «vigilancia» del Consejo Ejecutivo y la Comuna, además de las patrullas de los federados de Brest y la lealtad del *faubourg* Saint-Antoine—, Vergniaud interpeló directamente a los diputados y aprovechó para lanzar una nada velada indirecta a Marat:

—¿Se os ha caído por fin la venda? ¿Habréis aprendido a reconocer a quienes usurpan el título de amigos del pueblo?

Volviéndose enfáticamente hacia las tribunas añadió entonces:

—¿Y tú, pueblo desdichado, seguirás durante más tiempo siendo engañado por los hipócritas que prefieren obtener los aplausos que merecerlos y conseguir tu favor, adulando tus pasiones, antes que rendirte un solo servicio? ¿Desconocerás siempre el coraje del ciudadano que en un Estado libre, no pudiendo obtener su gloria sino de ti, osa, sin embargo, contrariarte cuando te engañan y protesta hasta la cólera para

garantizar tu felicidad?

Era tanta la fuerza retórica de su requisitoria, que parte del público rompió en aplausos, superando los prejuicios contra el orador y desafiando a la Montaña. Vergniaud adoptó entonces un tono paternal y didáctico:

—Pueblo desafortunado, te han confundido a menudo. Los monárquicos han intentado oprimirte con la palabra «constitución». Los anarquistas te han equivocado por el abuso que han hecho de la palabra «soberanía». Hoy los contrarrevolucionarios te engañan hablándote de la igualdad y de garantizar la libertad.

Fue ahí cuando el discurso alcanzó su segundo momento culminante, al recurrir Vergniaud a un ejemplo de la Antigüedad que resumía con elocuencia visual las pretensiones de los *enragés* —el lecho de Procrustes— y al extraer de él toda una lección de filosofía política:

—Un tirano de la Antigüedad tenía una cama de hierro sobre la que extendía a sus víctimas, mutilando a las que eran mayores que la cama, dislocando dolorosamente a las que eran menores para hacerles alcanzar el tamaño adecuado. Este tirano amaba la igualdad, y esta es la que preconizan los malvados que te desgarran con sus furores.

—¡Calumnias, calumnias! —gritaron al unísono tres exaltados tan característicos como Bentabole, Albitte y Duhem, alarmados sin duda por el impacto que las palabras de Vergniaud empezaban a causar en el público.

Pero Vergniaud no quería terminar con el hacha de guerra levantada. Todo lo contrario. Según Mathiez, «este indolente vividor era incapaz de odios profundos», y tal vez por eso «cuando desempeñaba un papel crítico, siempre procuraba reservarse una puerta de salida».<sup>[157]</sup> Como ha escrito uno de sus biógrafos, «entre los horrores del presente hizo brillar una vez más su ideal, ese sueño del porvenir cuya imagen consoladora y poética tanto amaba evocar, como en las tragedias antiguas, a modo de apaciguamiento final».<sup>[158]</sup>

—No hago ninguna alusión personal. Si alguien se da por aludido, no debería tener derecho a interrumpirme. La igualdad para el hombre social no puede ser otra sino la de los derechos. No la de las fortunas, ni la de las tallas. Pueblo desdichado, se te presenta a menudo la igualdad bajo el emblema de dos tigres que se desgarran. La verdadera igualdad, hija de la naturaleza, en lugar de dividirlos, une a los hombres por los lazos de la fraternidad universal.

Entre nuevos aplausos, Vergniaud volvió a dirigirse a los diputados en términos que más de una vez habían servido a algunos de sus allegados para aplicárselos a él mismo.

—Y vosotros, ciudadanos, mis colegas, ¿saldréis al fin del estado de apatía en el que parecéis sumergidos?

—¡Sí, sí! —respondieron muchos de los presentes.

Vergniaud concluyó pidiendo que tanto el Consejo Ejecutivo como la propia Convención investigaran la existencia y actividades del llamado Comité Revolucionario, que al arresto de Fournier se sumaran los de Desfieux y Lazowski,

que las secciones anularan los «acuerdos incendiarios tomados en su nombre», y que el ministro de Justicia informara sobre sus averiguaciones.

Una enorme ovación despidió a Vergniaud de la tribuna. Un público entregado premiaba su formidable interpretación. Sus palabras les habían transportado a todos más allá de su dimensión física, muy lejos de aquel incómodo recinto y sus miserables rencillas. Su talento oratorio había dado la vuelta, siquiera de momento, al clima de opinión. Pero apenas había descendido él, ya estaba Marat tratando de encaramarse al podio para darle la réplica.

—Nada de malabarismos —le dijo a un dubitativo Gensonné—, no tenéis derecho a impedirme...

El presidente consultó a la cámara y la mayoría acordó que Marat debía ser oído. L'Ami du Peuple vino a reconocer que la intervención de Vergniaud no había pasado desapercibida.

—Yo no me presento ni con discursos floridos ni con frases parásitas para mendigar los aplausos. Yo me presento con ideas luminosas para disipar la vana travesía que acabáis de escuchar. Nadie se ha sentido tan afligido como yo de ver aquí a dos partidos: uno que no quiere salvar a la patria y otro que no sabe salvarla.

Arropado ya por los aplausos que, a modo de desquite por los cosechados por Vergniaud, le dedicaban la Montaña y las tribunas, Marat golpeó, en efecto, si no con la luz, sí con la fuerza del rayo.

—En el partido que no quiere la libertad están los hombres de Estado. No convierto la equivocación de todos ellos en un crimen. No voy sino a por sus dirigentes. Pero está probado que los hombres que han votado la apelación al pueblo querían la guerra civil y que los hombres que han votado por la conservación del tirano votaban por la conservación de la tiranía.

Tras insistir en su idea de la víspera de que los excesos contra esos hombres de Estado habían sido fomentados por ellos mismos, Marat, encarándose con los diputados del centro y la derecha, les mostró con toda crudeza cuál era su única salida.

—Desde que habéis visto que la opinión pública se volvía contra vosotros habéis dado la impresión de que queríais la unidad patriótica con la Montaña. Pues bien, si la sinceridad y el amor por el bien público están en vuestros corazones, yo os emplazo a mostraros siempre de acuerdo con los patriotas.

Marat acababa pues de dar la razón al planteamiento inicial de Vergniaud: para él y sus seguidores, para el conjunto de la Montaña, para los jacobinos en suma, no había otra manera de entender la Revolución sino la suya. Podía haber discrepancias entre quienes se habían autoinvestido de la condición de patriotas, pero una vez dirimidas, a los demás y por supuesto a los «hombres de Estado» no les quedaba sino redimir sus tibiezas acatando sus designios. A la hora de la verdad eran ellos quienes tenían un modelo de Estado en la cabeza. El problema es que en su diseño no cabía más que un solo partido. Sí, eso es lo que era el Club de los Jacobinos, en palabras de

un nada sospechoso Albert Soboul: «La armadura de un partido único».<sup>[159]</sup>

Vergniaud había sobrevolado ese maniqueísmo de baja estofa que a menudo enturbiaba el escenario con las alas de su elegante retórica, obteniendo un gran triunfo personal, pero desaprovechando una oportunidad política irrepetible. Brissot calificaría el discurso de «elocuente pero demasiado suave»,<sup>[160]</sup> y Louvet le acusaría de haber «confundido a la opinión pública que ya se pronunciaba muy fuertemente contra las dos sociedades parricidas, a las cuales una denuncia vigorosamente franca, planteada ante toda Francia desde la tribuna de la Convención, habría dado el más terrible de los golpes».

Louvet se desesperaría, aunque asumiendo en el fondo, desde «el país de las hadas de su imaginación»,<sup>[161]</sup> las mismas categorías morales de la Revolución de las que había sido rehén Vergniaud: «Por el contrario él ha atribuido el movimiento del 10 de marzo a la aristocracia. Fue la aristocracia sin duda, fueron los monárquicos, pero la aristocracia de los Cordeleros y algunos dirigentes jacobinos. Eso es lo que había que decir, eso es lo que él no dijo».

Cuando Louvet le preguntó «por el motivo de una conducta tan extraña», Vergniaud le contestó que le «había parecido más útil denunciar la conspiración sin nombrar a los verdaderos conspiradores por temor a agriar demasiado a unos hombres violentos arrastrados ya a todos los excesos».<sup>[162]</sup> No era una conducta pusilánime, pero estaba basada en la errónea prudencia del apaciguamiento.

Louvet trató en vano de reparar esa equivocación estratégica solicitando él mismo la palabra pero, a falta de un apoyo organizado a su favor, a la Montaña le resultó muy fácil impedir que hablara y tuvo que conformarse con publicar lo que pensaba decir en forma de panfleto.<sup>[163]</sup> Quedaba constancia así, una vez más, de la incapacidad de los moderados de oponerse a la maquinaria jacobina no ya con armas equivalentes, sino siquiera con un mínimo esbozo de organización política.

Frente al pragmatismo *montagnard* ellos no oponían sino la afinidad espontánea de sus ideales o como mucho lazos coyunturales, ora de amistad, ora de interés. La idea de asociarse para actuar coordinadamente de forma estable les parecía una traición a los valores democráticos alentados por la Revolución. Brissot lo reflejaría bien en uno de sus escritos al referirse a sus ya compañeros de proscripción: «Quienes calumniáis a los diputados de la Gironda acusándoles de pertenecer a una facción, no les conocéis bien. Guadet tiene un carácter demasiado orgulloso; Vergniaud posee en un grado demasiado alto la despreocupación que acompaña al talento y eso le hace caminar solo; Ducos tiene demasiada inteligencia y honradez; Gensonné piensa demasiado profundamente para rebajarse a combatir bajo las banderas de ningún jefe».<sup>[164]</sup> Sí, todos tenían demasiados pájaros en la cabeza para actuar con sentido práctico, ni siquiera en una etapa en la que iba quedando claro que se estaban jugando la libertad y la vida.

Incluso cuando durante esa intensa sesión en la que Vergniaud y Marat mostraron el enorme contraste que existía entre las dos almas de la Revolución, un quinto

diputado por el Departamento de la Gironda, Boyer-Fonfrède, logró —tras un enconado tira y afloja— que la Convención decretara el arresto de cuantos resultaran ser «miembros del llamado Comité de Insurrección», a continuación se sintió obligado a hacer una acotación aclaratoria:

—Yo no soy de ningún partido, yo no quiero pertenecer a nadie. Sólo soy de mi conciencia y de mi país.

Y eso que hablaba en apoyo del hombre al que más admiraba y con quien compartía el mismo techo. Por algo Louvet repetía constantemente a su amada Lodoïska: «Estos hombres corren hacia el patíbulo. Si su causa no fuera la de la virtud y el deber, me convendría separarme rápidamente de ellos».<sup>[165]</sup>



## DIECISIETE

Apenas deberían transcurrir unos minutos para que quedara de relieve la inutilidad del triunfo oratorio de Vergniaud y la intrascendencia de la resolución arrancada por Boyer-Fonfrède. A instancias del propio detenido, la Convención admitió que Fournier *el Americano* compareciera ante la barra. Y lo que siguió fue una de las escenas más extravagantes jamás vivida en un parlamento, pues el acusado, con su feroz catadura exótica y su lengua suelta, antes de dar ninguna explicación, empezó por exigir las de los diputados:

—Ayer estaba tranquilo en mi casa cuando vinieron dos ciudadanos a decirme que había una orden de detención contra mí. Yo mismo pedí que se pusieran los precintos en tres armarios llenos de mis papeles y me vine a la barra para justificarme, pero la sesión había sido ya levantada. Como todavía no conozco de qué se me acusa, pido que los que me han denunciado hablen y yo les responderé.

Gensonné le siguió el juego desde el sillón presidencial.

—El ciudadano Bourdon de l'Oise, diputado, ha depositado en la secretaría una denuncia firmada en estos términos: «Yo he oído a Fournier reprochar a dos o tres individuos que no le hubieran apoyado; que si no hubiera sido por eso, él le habría saltado la tapa de los sesos a Pétion». ¿Qué tenéis que responder?

—Que es falso. Yo conversaba con un señor y dos damas cuando pasó Pétion. Escuché abucheos pero no supe si iban dirigidos contra él porque ya se había alejado. Si Bourdon me escuchó decir eso debería haberme hecho detener. Hemos conspirado juntos por la libertad, me sorprende que ahora cambie de casaca.

Asumiendo un papel a mitad de camino entre el de policía y el de fiscal, Gensonné le preguntó entonces por lo sucedido el 9 y 10 de marzo y Fournier le contó un cuento de hadas:

—El 9 de marzo los ánimos estaban muy excitados. La gente se dirigió en masa a los Jacobinos y los Cordeleros. En esta sociedad un ciudadano dijo que para impedir que escaparan los enemigos de la patria que estaban en París había que pedir a la Comuna que cerrara las barreras. Por el camino fui detenido a menudo por ciudadanos que me anunciaban diversos proyectos de ir a masacrar al Temple, de soltar a los detenidos por los disturbios del azúcar y de arrestar a unos cuantos ciudadanos de París. Sin embargo, cuando llegué a la Comuna hablé con el procurador síndico y el alcalde. Este último me instó a que empleara los medios que me parecieran más eficaces para pacificarlo todo. Declaré que en todos los clubes había malintencionados e invité a los buenos ciudadanos a dirigirse a sus secciones. Mi invitación tuvo el efecto que esperaba y ya no sé nada más.

—¿Tenéis conocimiento de un Comité de Insurrección? —insistió Gensonné.

—No sé nada sobre ese asunto.

El interrogatorio se desvió entonces hacia la desaparición de las pertenencias de los prisioneros de Orleáns, pero Fournier se escabulló con similar habilidad. Nadie

mencionó que el primer denunciante contra *el Americano* había sido Marat, y el propio Ami du Peuple, tan activo en las últimas sesiones y en la réplica a Vergniaud de un rato antes, mantuvo un elocuente silencio. Es más, el fiero *montagnard* Maribon-Montaut, muy próximo a Marat,<sup>[166]</sup> fue quien dijo que él había revisado los documentos de Fournier y había encontrado «pruebas de los servicios rendidos a Francia y a la Revolución, pero nada que indique que haya estado implicado en ningún complot». Entonces habló Thuriot:

—Propongo que se ponga en libertad a Fournier, a la espera de que el Tribunal Extraordinario le llame a declarar como testigo.

La Convención así lo acordó de inmediato y pasó a escuchar las quejas de una delegación de panaderos. Enseguida eligió a los jueces y jurados del tribunal a partir de las candidaturas presentadas por los diputados, sin contar en muchos casos con el consentimiento previo de los interesados. Tal y como ellos habían previsto, los más votados fueron en efecto los propuestos por los moderados, pero con lo que no contaban es con que muchos renunciarían al cargo y el turno correría a favor de personajes bastante menos afines.

Entre los magistrados que finalmente aceptaron estaban el moderado Montané, juez de paz en Toulouse, y Dufriche-Desmadeleines, hermano de Dufriche-Valazé, pero también el exaltado Roussillon, portavoz de algunas de las peticiones más feroces de los Defensores de la República —incluida la de amnistiar a los masacradores de septiembre—, y el activista jacobino Foucault. Entre los jurados aparecían el doctor Cabanis y el dueño de un hotel frecuentado por los moderados, pero la mayoría eran militantes de secciones controladas por los *sans-culottes*, incluido un exmarqués que había tomado como nuevo nombre el de «Diez de Agosto».<sup>[167]</sup> Como acusador público terminó siendo elegido un abogado de la Picardía de anchas espaldas y cejas muy negras y prominentes llamado Antoine Quentin Fouquier-Tinville, a quien su paisano y medio pariente Camille Desmoulins había colocado en el primer tribunal especial durante su paso por el Ministerio de Justicia.<sup>[168]</sup>

Todo iba, pues, vertiginosamente rápido. Concluidos los escrutinios, cuando Gensonné estaba ya a punto de levantar una sesión que venía prolongándose desde las diez de la mañana hasta casi las ocho de la tarde, el alcalde de París se presentó en la barra y leyó una petición firmada por treinta y cinco de las cuarenta y ocho secciones revolucionarias. En ella expresaban su «extremado asombro» de que «en circunstancias tan tormentosas» los voluntarios enviados por algunos departamentos permaneciesen en la capital mientras «los padres de familia cumplen su deber sagrado» partiendo para el frente. Manifestaban que la seguridad de la Convención quedaba al «abrigo de cualquier sospecha» gracias al «celo y la entrega» de los ciudadanos de París, y reclamaban de la Asamblea una ley urgente que en cuarenta y ocho horas obligara a partir a todos los federados.

Era la respuesta directa al papel que los voluntarios de Brest y de Nantes,

movilizados por Kervelegan y Beurnonville, habían desempeñado durante la madrugada del domingo al lunes. La próxima vez, y pocos dudaban de que fuera a haber próxima vez, los moderados no dispondrían de ese escudo. Significativamente los poderes de los treinta y cinco firmantes habían sido acreditados por el presidente y el secretario de una asamblea celebrada por representantes de las secciones «en una de las salas del Arzobispado». Nadie pareció darse cuenta de que tenían delante la más segura de las pistas para localizar al fantasmal Comité de Insurrección.

Pese a que los fuegos artificiales de Vergniaud no habían reportado, como se ve, beneficio tangible alguno a los moderados, Robespierre decidió cerrar la jornada en el Club de los Jacobinos con un genuino alarde de la modalidad dialéctica que mejor dominaba: el victimismo. El inicio de su discurso de esa noche incluyó, además, toda una definición de su estrategia política:

—Soy partidario de todas las insurrecciones necesarias y bien dirigidas contra el despotismo y la intriga; y por esa misma razón odio las medidas parciales, las medidas abortadas que los tiranos desean porque les ofrecen la oportunidad de aplastar la libertad.<sup>[169]</sup>

O sea, que era partidario de las sublevaciones que tuvieran éxito y contrario a las que fracasaran. O sea, que Robespierre siempre acudiría en auxilio del vencedor y echaría la última paletada de tierra sobre la tumba del derrotado.

—Reducido a la impotencia de elevar mi voz en la Convención debido a la debilidad de mi órgano —prosiguió quejoso— no he podido hacer hincapié sobre el peligro que amenaza a los patriotas. Jamás fue urdida una trama tan profunda. Jamás la perfidia que nos rodea obtuvo mayor ventaja. La Convención está engañada y sus errores pueden arrastrar la pérdida de la patria. Es necesario que los buenos ciudadanos se movilicen.

¿Qué había sucedido durante el fin de semana? Robespierre tuvo la habilidad de dar la vuelta a los acontecimientos como si fueran un calcetín:

—Hemos visto representar en esta Sociedad una comedia cuyo objetivo infame era despertar las prevenciones que existen contra los jacobinos. Oradores pagados sin duda por nuestros enemigos han pronunciado discursos indiscretos. No podíamos imaginar que esta farsa era obra de conspiradores que quieren matar la libertad. Desde ese momento los patriotas de la Montaña han perdido toda su ventaja. Todos los moderados han hecho causa común con los intrigantes.

Era su crónica de la sesión parlamentaria, en la que pronto quedó claro lo mucho que le escocía el triunfo oratorio de Vergniaud. Robespierre dio a entender que ni siquiera lo había escuchado:

—Me he dado cuenta por el dolor de los patriotas de que Vergniaud acababa de terminar un discurso cien veces más pérfido que todos los que había pronunciado hasta este día. Me he enterado de que había denunciado una conspiración cuyos autores serían los miembros de las sociedades populares y de la que el lado derecho debía ser la víctima. Por efecto de esta maniobra la mayoría de la Convención se ha

quedado convencida de que había existido un proyecto de asesinar a los diputados brissotinos y de que el foco de esa trama había estado en esta sociedad. A partir de ahí todo ha sido fácil para nuestros enemigos y las medidas más extraordinarias han sido adoptadas sin examen.

Robespierre dramatizó entonces las acusaciones contra Desfieux y Lazowski y la vaga resolución adoptada a instancias de Boyer-Fonfrède:

—Se persigue a los patriotas. Se pretende entregar al Tribunal Revolucionario a los que se han dejado llevar por el fuego de su patriotismo.

El Incorruptible reconoció que «nada ha sido tan imprudente como lo que han hecho los patriotas», e incluso advirtió que «es con las armas de la opinión pública con las que se combate a quienes han traicionado los derechos del pueblo». Pero había que volver a poner las cosas claramente en su sitio.

—Hay dos conspiraciones. Una real y la otra ficticia. La real es la de los traidores que han querido salvar al tirano. La facción tiene como objetivo degollar a los patriotas, imputándoles excesos. Si echáis un vistazo a los diferentes lugares de la República veréis las mismas maniobras, los mismos complots. Veréis el Club Nacional de Burdeos aniquilado;<sup>[170]</sup> veréis a la aristocracia radiante en Lyon.

Hacia el final de su discurso Robespierre invitó a sus adversarios a adoptar el camino de la autocrítica mediante un planteamiento muy propio de la tradición cristiana a la que siempre se aferraba.

—Es preciso que los miembros de la Convención que denuncian con tanta elocuencia a los jacobinos dirijan su celo contra los emigrados a los que perdonan, que persigan a los banqueros de Londres y París. Haría falta, en fin, si estuviesen animados de un verdadero y ardiente patriotismo, que se denunciasen a sí mismos. Entonces los patriotas podrían perdonarles; porque no pedimos la pérdida de todos los enemigos de la libertad, pedimos que se conviertan y que vivan...

Desconcertado por los murmullos de desaprobación que este súbito afán misionero y redentor provocó en una parte de la audiencia, Robespierre adoptó el más dramático de los registros y terminó equiparando a uno de sus enemigos políticos con el jefe del ejército prusiano.

—No tenemos más que una alternativa: convertirnos en cobardes esclavos de la facción o morir por la libertad. No, lo juro, mi patria no será esclava de un Brissot, de un Brunswick o de algunos hombres a los que no quiero nombrar. Sabremos morir, moriremos todos.

Los aplausos brotaron entonces por doquier y en un raptó colectivo de tremendismo muchos de los asistentes comenzaron a gritar: «¡Sí, todos! ¡Moriremos todos!». Pero súbitamente se oyó una voz: «¡No, nosotros no moriremos, sino que mataremos a nuestros enemigos!». Era la de Marat.

## DIECIOCHO

Cada uno tenía, pues, su estilo, pero la sintonía entre Robespierre y Marat en la interpretación pública de lo ocurrido el 9 y el 10 de marzo era absoluta: los dos habían denunciado a toro pasado a los cabecillas de la fallida insurrección; los dos les habían presentado como instrumento de un autogolpe de los moderados; los dos habían facilitado, sin embargo, su impunidad; y, sobre todo, los dos habían salido al paso del intento de su detestado Vergniaud de reconstruir la mayoría de centro-derecha en la Convención a costa de lo ocurrido.

¿Y Danton? ¿Cuál era en ese momento el juego de Danton, más allá de la exuberancia de sus irrupciones parlamentarias? Parece fuera de duda que intentaba canalizar los acontecimientos en su provecho, tratando de armonizar, como el gran malabarista político que era, el movimiento de elementos muy diversos en cuya puesta en marcha había podido intervenir, pero cuya posterior trayectoria no estaba ya en sus manos controlar. Es cierto que si la expedición a Orleáns había permitido establecer un vínculo entre Fournier y Roland, más claramente podía hacerse lo propio con Danton, pues había sido él quien había acogido como ministro de Justicia al Americano con los brazos abiertos tras la masacre de los prisioneros a su cargo. Además Desfieux pasaba por ser un hombre más cercano a Danton que a Robespierre. Pero de ahí a considerarle el «inspirador secreto de la revuelta» o no digamos «el jefe invisible que movía los hilos», como hace Mathiez basándose en acusaciones «de ese mismo momento»,<sup>[171]</sup> media cierto trecho.

En las notascapituloIII de Robespierre que sirvieron de base a la acusación de Saint-Just contra los dantonistas un año después se le llegaría a acusar de haber ofrecido dinero a Pache para que favoreciera la sublevación desde la Comuna. Su intención habría sido «proporcionar a Dumouriez el pretexto que buscaba para marchar sobre París, no con el papel desfavorable de rebelde y monárquico, sino como vengador de la Convención».<sup>[172]</sup> Pero ni Pache ni nadie corroborarían nunca esta acusación, formulada en términos tan imprecisos que sólo un tribunal como el impulsado por el propio Danton podía, paradójicamente, aceptar para condenarle.

También Barère sostendrá esa tesis en sus *Memorias*: «El método de Danton era provocar al precio que fuera un movimiento tumultuoso en París, golpear a la Convención para disolverla en todo o en parte. Su objetivo era proporcionar a Dumouriez un pretexto para dirigir su ejército sobre París, precediéndolo de una proclama a los departamentos sobre la necesidad de reparar el daño causado por la violación de la representación nacional».<sup>[173]</sup> Pero cuando se publicó esto Danton ya no estaba allí para rebatirlo.

Lo que sí es cierto es que todo había comenzado el viernes 8 con la dramática irrupción de Delacroix en la Convención, que la idea de movilizar a las secciones esa misma noche había sido de Danton, que la escenificación parlamentaria que había

permitido acelerar la puesta en marcha del tribunal había sido de Danton, y que en plena resaca de los sucesos del sábado y domingo Danton era percibido como un jefe de partido, o tal vez sería más exacto decir de clan, que desarrollaba una estrategia diferenciada y en la práctica competidora con la de los jacobinos.

Tal fue al menos el planteamiento de un tan agudo como truculento análisis publicado el jueves 14 de marzo en *Le Journal Français* con la tesis de que Danton había querido aprovechar los reveses militares de Bélgica para «despertar el patriotismo», pensando que «un pequeño mal podría producir un gran bien». Sin embargo, «los jacobinos eran demasiado espabilados para no coger esta ocasión por los pelos» y habían desatado la sublevación con un programa muy claro: «Hacer sonar el tocsín, disparar el cañón de alarma, hacer degollar a la mitad de la Convención, a la totalidad de los presos y diezmar al menos a la buena ciudad de París».

Danton y sus seguidores se habían encontrado por lo tanto con el problema del pirómano bombero al que le resulta más difícil controlar el incendio que provocarlo. «No han tardado en darse cuenta de que habían ido demasiado lejos y han vuelto enseguida sobre sus pasos [...]. A ellos les debemos probablemente esta vez la salvación de la cosa pública y el vergonzoso fracaso que los Robespierrinos [sic] acaban de experimentar».

¿Cuál era la diferencia entre estas dos facciones de la Montaña desde la perspectiva de un diario de la burguesía moderada? Según *Le Journal Français*, «los jacobinos —a los que obviamente identificaba con Robespierre— no tienen sino un instinto maquinal de ferocidad, no son sino los instrumentos ciegos de la peligrosa política de otros. Con tal de que se mate, están contentos. [La culpa] siempre es [de] Roland y la Gironda, [de] la Gironda y Roland. Son casi tan estúpidos como atroces». En contraste, «los dantonistas sólo son feroces de forma calculada; unen a toda la audacia, a toda la energía de los facciosos consumados, las combinaciones más sutiles de la mayor astucia política». El redactor de *Le Journal Français* pasaba luego a preguntarse: «¿Quién forma este partido dantonista? ¿Lo compone solamente el propio Danton?». Y él mismo se contestaba: «No; cuenta de entrada bajo su pabellón con la mayor parte de la diputación de París,<sup>[174]</sup> con el directorio secreto de los Cordeleros y con lo que se llama vulgarmente los “*clefs de mente*” —algo así como los muñidores— de la Comuna y de la Convención».

¿Cuál podía ser el desenlace de la competencia entre esos dos sectores del autodenominado «partido patriota»? *Le Journal Français* apostaba por la inteligencia de los dantonistas: «Han considerado hasta ahora a los jacobinos como instrumentos de sus proyectos particulares. Pero romperán el instrumento en el momento en que lo encuentren poco dócil, inútil o peligroso. Así es como Cromwell acabó con el Parlamento de Inglaterra desde que no vio en él más que un rival para su autoridad y un obstáculo para su ambición inmensa y desenfrenada».<sup>[175]</sup>

Si todo esto era cierto, los hechos demostraron que Danton tenía en mucha mayor



consideración que el redactor de *Le Journal Français* a la maquinaria jacobina, pues su gran afán de ese viernes 15 de marzo, una semana después del inicio de la crisis, era intentar reconstruir su alianza con los moderados para tratar de hacerle frente. Probablemente el factor determinante de esa iniciativa fue la llegada de la carta de Dumouriez. Danton, que seguía contando con su entendimiento con el general como pieza clave de sus planes de poder, no pudo dejar de darse cuenta de que, tan pronto como se conociera su explosivo contenido, la Convención le consideraría como un nuevo Lafayette y un peligro para la Revolución, dando así la razón a radicales como los de la Sección de Poissonnière y procediendo probablemente a destituirle.

Danton necesitaba ganar tiempo para tratar de recomponer la situación. El jueves 14, después de que Lazowski hubiera intentado repetir la actuación de Fournier de la víspera presentándose ante la barra,<sup>[176]</sup> la Convención había dado estabilidad a la situación del Consejo Ejecutivo al rechazar la dimisión de Beurnonville como ministro de la Guerra y nombrar de forma definitiva a Garat para el Ministerio del Interior que ocupaba interinamente. Uno y otro estaban o podían estar en la órbita de Danton. Pero el problema era qué hacer con la carta.

Aunque el presidente de la Convención era Gensonné —el diputado de la Gironda que más relación había tenido con Dumouriez—, quien ocupaba el sillón cuando el viernes por la mañana hubo que tomar una decisión era su antecesor en el cargo, Bréard. Es imposible saber si esta circunstancia fue casual o provocada. El caso es que Delacroix convenció a Bréard, un centrista más o menos adscrito a la Montaña, de que dejara la decisión en manos del Comité de Defensa General que él también presidía. Aunque los moderados tenían una clara mayoría, tras las derrotas en Bélgica se trataba de un órgano en crisis que había presentado su dimisión colectiva a la Convención y cuya renovación parecía ya inminente.

El acta de la reunión celebrada ese mismo día por el comité no puede ser más escueta: «Se da lectura de cartas y otras piezas dirigidas por el general Dumouriez tanto a la Convención como al ministro de la Guerra que han sido reenviadas por la Convención al comité. El comité decreta que antes de hacer un informe sobre esas piezas los comisarios Danton y Delacroix regresarán a Bélgica y se informarán de las medidas adoptadas por el general, rindiendo cuentas al comité y a la Convención».<sup>[177]</sup>

Dos semanas después el diputado moderado Jean-Augustin Pénierres, miembro del comité, revelaría ante el propio pleno de la cámara lo sucedido: «Bréard dijo que su deber era dar conocimiento a la Asamblea. Delacroix le respondió en estos términos: “Si yo fuera el presidente [...] la carta no sería leída, pues si hubiera que adoptar un decreto de acusación contra Dumouriez, preferiría que cayera mi cabeza a que lo hiciera la suya. Dumouriez es útil al ejército”».

Según Pénierres, «Danton confirmó estas palabras y nos dijo que Dumouriez se había equivocado, que era un pencho para la política pero un Dios para los ejércitos». Y a continuación añadió: «Esta carta no puede ser leída porque podría causar los



mayores desórdenes, pero me comprometo a volver de inmediato a Bélgica y a hacer escribir a Dumouriez una segunda carta, retractándose de todo lo que ha dicho. Si no consigo esta respuesta de Dumouriez, entonces me comprometo a venir yo mismo ante la Convención Nacional y pedir el decreto de acusación contra él».

Se trataba de todo un órdago, difícil de superar con buen pie incluso para un apasionado del riesgo como Danton. No es de extrañar por eso que antes de partir para Bélgica tratara de cubrirse las espaldas haciendo las paces con los prohombres de la Gironda. Al parecer la propia reunión del Comité de Defensa General dio pie a un encuentro de Danton con Vergniaud y Guadet propiciado por Bancal des Issarts y descrito por el también diputado Pierre Paganel.<sup>[178]</sup> Danton les habría dado garantías de que él no aspiraba a la dictadura y les habría propuesto olvidar el pasado y volver a colaborar como había ocurrido tras la caída de la Monarquía. Pero así como Vergniaud habría adoptado una actitud constructiva, el irascible Guadet habría trazado una innegociable línea roja.

—Todo, todo, menos la impunidad de los asesinos y sus cómplices.<sup>[179]</sup>

Algunas versiones van incluso más allá y atribuyen a Guadet unas palabras adicionales abiertamente desafiantes:

—¡La guerra y que uno de los dos perezca!

A lo que Danton habría reaccionado «agarrándole de la mano y mirándole fijamente»:

—Guadet, Guadet... Tú quieres la guerra y tendrás la muerte.<sup>[180]</sup>

Dándole la vuelta a lo ocurrido, Marat publicaría en la edición de su periódico —rebautizado ya como *Le Publiciste de la République Française* como gesto para cubrir las apariencias tras el decreto de incompatibilidad— que se hablaba de «la reconciliación de los dos partidos que dividen la Convención» y que «Guadet había adulado a Danton [...] para llevar las cosas al extremo que desea la facción odiosa». Obviamente Marat trataba de evitar que esa hipótesis cuajara, pues alegaba que «es imposible contar con la unión entre los hombres de Estado y los patriotas de la Montaña» porque «la salud pública estará en peligro mientras estos esbirros de la Monarquía que han votado contra la muerte del tirano no sean expulsados del seno de la Convención».<sup>[181]</sup>

Si, como dice Aulard, «Marat trataba de herir el irritable amor propio de Guadet para hacer imposible una reconciliación que no deseaba»,<sup>[182]</sup> está claro que lo consiguió. Cinco días después *Le Patriote Français* desmentía en bloque los rumores sobre la reconciliación: «Unos dicen que Gensonné ha abrazado a Danton, otros que Guadet ha adulado a Danton, otros que Danton ha reñido a la Gironda... No hay uno de esos hechos que no sea falso [...]. ¡Guadet adular a Danton! Y bien, Guadet ha sostenido ante Danton: 1. Que había habido un complot. 2. Que él era el jefe. ¡Qué adulación!».<sup>[183]</sup>

Otro de los que habían propiciado el encuentro, el sinuoso dirigente de la Planicie, Pierre Durand de Maillane, achacaría su fracaso a la intransigencia de los

que él identificaba no como girondinos o brissotinos, sino como integrantes del «partido de Pétion». Según él «Danton fue de buena fe y deseaba el acuerdo, pero no hubo manera de ganar a los otros». Cuando pidió explicaciones de lo ocurrido, Barbaroux le contestó que «no era posible que el vicio caminara nunca de acuerdo con la virtud». Una expresión muy de *madame* Roland, de Louvet o del propio Pétion. Para Durand de Maillane el resultado fue frustrante porque «la paz habría matado a Robespierre y él quería vivir y reinar».<sup>[184]</sup>

Según el diputado de Bayona Arnaud Meillan, hubo en esa época varias reuniones en las que él estuvo presente. Danton empezó atacando a sus amigos moderados «para evitar tener que ponerse a la defensiva», pero al final se vio obligado a hacerlo: «¿Que yo aspiro a la dominación? ¿Dónde están mis tesoros? ¿Dónde están mis ejércitos?». El diputado de Bayona admite que todo se quedó en formalismos y «no hubo ningún acercamiento». También relata un encuentro en el que participaron Buzot y Robespierre —estrechamente unidos en la etapa de la Asamblea Constituyente— que sólo sirvió para aumentar la desconfianza entre ellos.<sup>[185]</sup>

Por lo que se refiere al pretendido «abrazo» con Gensonné, basta leer una nota a pie de página en las *Memorias* de Barère para darse cuenta de que si lo hubo más bien fue por parte de Danton el abrazo del oso: «Danton trataba de hacer creer que Gensonné conocía todos los pensamientos de Dumouriez y que mantenía correspondencia diaria con él. Una orden del comité convocó de inmediato a Gensonné, quien vino en bata y gorro de dormir a las dos de la madrugada. Se explicó francamente. Danton pidió que Gensonné partiera con Delacroix y con él al día siguiente para Bélgica. Gensonné aceptó. El comité adoptó este criterio. Al día siguiente fue Danton el que cambió de idea; Delacroix y él prefirieron partir solos, sin Gensonné».<sup>[186]</sup>

¿Cuál había sido la versión del periódico de Marat sobre ese mismo episodio? Muy ilustrativa: «Corre el rumor por París de que Gensonné ha abandonado su puesto para ir a Bruselas a retirar de manos de Dumouriez una correspondencia criminal que puede perderles a ambos».<sup>[187]</sup> No cabe duda de que *l'Ami du Peuple* era todo un pionero de las técnicas de agitación y propaganda.

## DIECINUEVE

El epílogo, con golpes de pecho y tintes de farsa incluidos, de la sublevación abortada una semana antes empezaba a desarrollarse el domingo 17. En las inmediaciones del Manège la misma Sociedad de Defensores que ocho días antes había llamado a la sublevación organizaba una nueva fiesta cívica, cómo no, con apoyo municipal.<sup>[188]</sup> Mientras tanto en la Convención una delegación de Quatre-Nations/Unité acababa de comparecer para denunciar que la sección había sido «sorprendida en su buena fe» por la «intención criminal» de Varlet, aportando a modo de penitencia el acta que anulaba su adhesión al manifiesto insurreccional. Sus colegas de Théâtre-Français/Marseille iban a hacer lo propio cuando se dio a conocer un alarmante escrito del administrador de Postas en el que advertía a la Asamblea de que ni el jueves ni el viernes ni el sábado había llegado ningún correo de Nantes. En medio de la alarma general, el diputado Lefebvre dijo que creía saber lo que pasaba:

—Nos hemos enterado de que los curas refractarios y los emigrados han provocado disturbios en los departamentos de Loire-Inférieure y de Maine-et-Loire con motivo del reclutamiento. La insurrección se ha manifestado sobre la gran ruta. No hace falta más para explicar los hechos que se nos acaban de notificar.

En efecto, sólo quedaba conocer los detalles. Hacía una semana que el levantamiento de la Vendée había comenzado y, como subrayaba la petición de ayuda que el Consejo General del Departamento de Maine-et-Loire acababa de dirigir al ministro Beurnonville con fecha del día 15, «ya no se trata de una insurrección, sino de una guerra abierta».<sup>[189]</sup> Pero eso no había sucedido de la noche a la mañana. Si el carácter a la vez conminatorio y ambiguo del decreto sobre el reclutamiento estaba topando con serias resistencias en toda la Francia rural y muy especialmente en los departamentos del oeste, en la región que pronto sería conocida como la Vendée Militar se había convertido «en la cápsula del fulminante que hará estallar materiales explosivos acumulados durante tres años».<sup>[190]</sup>

Ocupando un rectángulo limitado al norte por el río Loira, al oeste por las escarpadas costas del Atlántico y al este y al sur por un ángulo recto jalonado de aglomeraciones urbanas —Angers, Saumur, Parthenay, Fontenay— en las que una incipiente burguesía apostaba por el racionalismo y la Revolución, la Vendée Militar era un territorio agreste salpicado de comunidades rurales, a caballo de cuatro departamentos.<sup>[191]</sup> Su propia orografía favorecía su aislamiento del exterior y había ido moldeando una etnia de hombres duros, «acostumbrados a no relacionarse más que con su mujer y sus bueyes»,<sup>[192]</sup> forjados en la adaptación diaria a un terreno hostil.

Ya se tratara de las tierras pizarrosas cortadas por matorrales de varios metros de espesor de la región de las Mauges, al sur del antiguo condado de Anjou, de los pantanos del Marais inundados por la desembocadura del Loira al suroeste de Nantes,

de los exuberantes bosques de intrincados humedales del Bocage en la mitad inferior de la región, o de las propias colinas vendeanas que la atraviesan en diagonal como un sistema central o una cicatriz orográfica, la Vendée era una trinchera natural, el reducto ideal para mantener un Estado dentro del Estado, aferrado a sus propias tradiciones.

Como en el resto de la Francia rural, la Revolución había sido acogida allí con un margen de confianza, en la medida en que implicaba la abolición de impuestos que doblegaban al campesino. Pero en la Vendée no había habido asaltos a los castillos porque una de sus peculiaridades era la relación de colaboración y confianza existente entre la vieja nobleza que poseía las tierras y los arrendatarios que las cultivaban. La marquesa de La Rochejaquelein, doble viuda de la causa vendeana, [193] refleja en sus memorias una Arcadia feliz en la que los campesinos «trataban a sus señores con el respeto y ternura con el que los hijos tratan a su padre», y en la que «cuando se nombraba a los alcaldes o a los comandantes de la Guardia Nacional, ellos elegían a sus señores». [194]

En todo caso era cierto que unos y otros vivían en armonía bajo la protección del trono y el altar, y que esa alianza no había hecho sino fortalecerse tras el paulatino advenimiento de los grupos urbanos que, como administradores y heraldos de una pujante actividad comercial e incluso industrial, trataban de imponerles las ideas nuevas. Si en el París republicano se denominaba despectivamente «*monsieur*» a todo aquel a quien se pretendía asimilar con el Antiguo Régimen, en la Vendée, tanto para la añeja nobleza como para el paisanaje, «*messieurs*» eran los funcionarios, abogados, comerciantes o propietarios de talleres que habían medrado adquiriendo bienes nacionales incautados a la Iglesia o los emigrados y avalaban la imposición de la Constitución Civil del Clero.

Este había sido el primer gran trauma para los vendeanos. La proximidad de la región a la Francia protestante, que tuvo como importantes referencias durante el siglo XVII a Nantes y el puerto de La Rochelle, había contribuido a generar los anticuerpos de un catolicismo tradicional pero muy participativo [195] en el que el cura del pueblo —a menudo nacido y criado entre sus parroquianos— era a la vez la representación de la autoridad divina y una especie de mediador perpetuo entre el orden espiritual y material. «El cura era para ellos también el padre, el amigo, el consejero. Verle, encontrárselo, saludarlo, recibir su visita era un honor anhelado». [196] Cuando la Revolución situó a estos sacerdotes en el dilema de optar entre la fidelidad a las nuevas autoridades o su voto de obediencia al papa, la mayor parte se mantuvieron firmes en sus convicciones, aun a costa de perder sus empleos, pasar a la clandestinidad o incluso tener que emigrar a la Inglaterra protestante o, preferiblemente, a la católica España.

Mientras los curas refractarios o injuramentados seguían celebrando las ceremonias a las que de forma secreta acudían sus feligreses, sus puestos eran formalmente ocupados por los «intrusos», religiosos llegados de fuera que habían

pasado por el aro del juramento, atraídos por unas condiciones de vida teóricamente más que aceptables, pero que en la práctica se trocaban en todo un infierno a resultas de la hostilidad, el boicot y las activas vejaciones a que les sometían sus nuevos feligreses. La protección de las autoridades departamentales —y a veces municipales— no hacía sino empeorar las cosas, pues quienes empezaban a acudir a la iglesia en manos del «intruso» eran quienes no la habían pisado nunca. Entre tanto las almas piadosas se reunían en misas a puerta cerrada y peregrinaciones nocturnas que estimulaban un misticismo contrarrevolucionario en el que no faltaban detallados rumores sobre apariciones de la Virgen.

Si los decretos que ordenaban fundir las campanas para fabricar cañones o acuñar moneda acentuaron la sensación de los vendeanos de que había algo sacrílego en marcha, la ejecución de Luis XVI fue para ellos la última prueba del curso aberrante o incluso monstruoso de la Revolución. Pero en sí misma tampoco habría desencadenado la revuelta. La corte estaba demasiado lejos y la fuga fallida de Varennes había sumido en la perplejidad y el desconcierto a los más acérrimos defensores de la Monarquía de derecho divino. Aunque no hubiera un rey en París, la Vendée seguía manteniendo su mundo cerrado, protegida por la naturaleza de la infección de los acontecimientos.

El decreto sobre el reclutamiento fue percibido, en cambio, desde el primer momento, como una agresiva intrusión que no podía dejar indiferente a nadie. De los 300.000 nuevos soldados sólo 4197 correspondían al Departamento de la Vendée, en el que había censados 305.610 habitantes, y en los departamentos colindantes las cuotas eran similares. Pero no era una cuestión de cantidad, sino de concepto: la idea de un servicio militar obligatorio, lejos de la propia tierra y en defensa de unas ideas opuestas a las suyas, horrorizaba a jóvenes y mayores hasta el extremo de constituir un sacrificio inasumible. «Convertirse en soldados suponía para cada uno de ellos sacrificar una independencia que llevaban en el corazón».<sup>[197]</sup>

Además, la exención de todo el personal administrativo vinculado a la Revolución convertía a los campesinos, que no podrían pagar a un sustituto, en los únicos afectados. Las autoridades habían establecido que allí donde no se cubriera el cupo con voluntarios —es decir, en todas las comunidades rurales— se efectuaría un sorteo a cargo de funcionarios expresamente desplazados para ello. Quienes creían tener todos los números de esa rifa decidieron espontáneamente convertirla en una lotería sangrienta.

El domingo 10 de marzo, fecha elegida para el inicio del sorteo, en numerosos pueblos y aldeas, tal vez hasta en un centenar de parroquias, se produjeron incidentes violentos, cortados siempre por el mismo patrón: grupos de campesinos, armados básicamente con hoces, cuchillos y horcas, atacaron a los agentes del reclutamiento y destruyeron los censos utilizados para el sorteo. Cuando las autoridades locales y los escasos efectivos de la Guardia Nacional trataron de protegerles, la fuerza del número se impuso y su resistencia fue ahogada en sangre. Pronto los piquetes organizados

parroquia por parroquia empezaron a coordinarse para «liberar» al pueblo vecino del yugo de los reclutadores, formando así embriones de unidades militares.

El brumoso lunes 11 los burgueses de Machecoul, cabeza de distrito y próspero centro del comercio de granos a quince kilómetros de la costa y algo más del doble de Nantes, se despertaron con lo que —según los recuerdos del entonces niño de seis años Germain Bethuis— era «un ruido parecido a un mar embravecido por la tempestad». Cuando se desvaneció la niebla vieron con espanto cómo «masas negras y compactas de campesinos avanzaban por doquier». Era una avalancha vociferante que se cernía sobre su centro urbano en apoyo de la rebelión que se había desatado en la barriada de la Santa Cruz. «Sus gritos salvajes eran en sí mismos capaces de extender el terror».<sup>[198]</sup>

Machecoul era la sede de la comisión de reclutamiento enviada desde Nantes y tenía unos dos mil quinientos habitantes. Los asaltantes eran al menos otros tantos. Apenas un centenar de guardias nacionales y una decena de gendarmes les plantaron cara, respaldando al antiguo miembro de la Asamblea Constituyente, Louis Maupassant, que en su calidad de miembro del Directorio del departamento trató de calmar a la multitud. Ni siquiera logró hacerse escuchar. Fue derribado del caballo y liquidado con una pica que le perforó el pecho. Los guardias nacionales trataron de abrirse paso disparando sus fusiles, pero una veintena murió en sucesivas emboscadas y el resto salió huyendo.

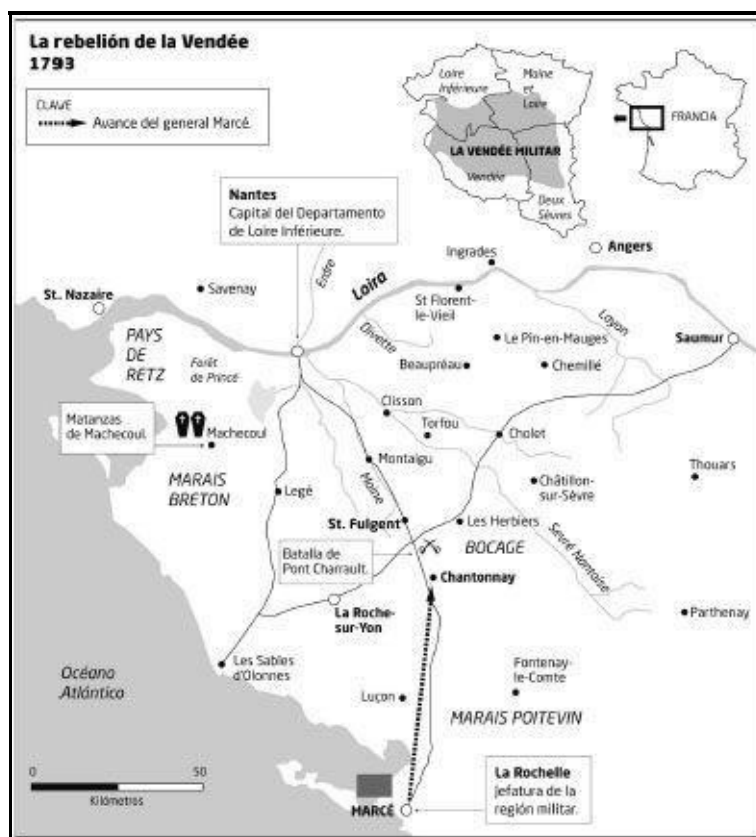
La «borrachera de la sangre se apoderó de la plebe», desencadenando una especie de reproducción a escala de las masacres parisinas de septiembre, con la particularidad de que «el campesino vendeano sabía bien a quién mataba».<sup>[199]</sup> El cura constitucional Letort fue una de las primeras víctimas de la turba. Según el testimonio del juez del distrito Boullemer, quien sobrevivió al permanecer escondido en un granero, Letort fue masacrado a golpes de horca y «bayoneta vendeana» —la hoz con el mango al revés— y «en el colmo del horror una mujer le arrebató su condición viril».<sup>[200]</sup>

El siguiente paso fue detener a los vecinos que por su afición a la Revolución podían ser considerados como «patriotas». Los sublevados no sólo no les disputaban esta denominación, sino que para ellos se trataba de un epíteto despectivo. Encuadraba a los administradores, a los profesionales que vivían de un trabajo no manual, a los que habían hecho fortuna adquiriendo bienes nacionales, a los feligreses de los curas «intrusos», a todos esos «*messieurs*» con los que había sonado la hora de ajustar cuentas. Muchos de ellos no llegaron vivos a la prisión improvisada en el convento de las religiosas del Calvario. Bastó que los atacantes encontraran allí, junto al altar de la iglesia, una piel de vaca rellena de paja y un caballo de madera para que se extendiera la especie de que las autoridades revolucionarias habían profanado el lugar organizando «bacanales nocturnas entre habitantes de ambos sexos», cuando «lo más probable»<sup>[201]</sup> es que se tratara de los restos del atrezo de un belén infantil.



En medio de la confusión habían ido apareciendo en la región los primeros líderes improvisados de la revuelta, como el peluquero Gaston —a quien en Inglaterra se consideraría erróneamente jefe máximo de los sublevados mucho tiempo después de su prematura muerte en combate—, el guardabosques Stofflet o el buhonero Cathelineau, artífices de las tomas de Jallais, Chemillé, Cholet y Vihers durante esa semana vertiginosa.

Los burgueses de Machecoul tuvieron la desgracia de topar con un abogado fanático llamado René Souchu, «muy superior por su instrucción e inteligencia a los nobles de los que era agente»,<sup>[202]</sup> que había pasado de desempeñar la función de recaudador de impuestos a distinguirse por su odio a los «patriotas». Reproduciendo también la farsa de la justicia revolucionaria improvisada a las puertas de las prisiones parisinas, Souchu encabezó un feroz tribunal que durante cuarenta días de «terror blanco» decretó la muerte de varios centenares de «azules» e improvisó métodos de ejecución tan crueles como enlazar a varios prisioneros con una misma cuerda, obligarles a arrodillarse ante una fosa y fusilarlos o acuchillarlos juntos. Haciendo honor a su coartada religiosa, tal práctica pasaría a la historia del sadismo como «los rosarios de Machecoul».



Así murieron varios de los administradores del distrito, entre ellos el padre del niño Germain Bethuis, quien recordaría para siempre el terror de esas jornadas: «Los más crueles eran los viejos, las mujeres y los niños. Las mujeres gritaban: “¡Mata! ¡Mata!”. Los viejos eran los que liquidaban y los niños cantaban la victoria. Uno de



estos monstruos corría por las calles con un cuerno de caza. Cuando pasaba un ciudadano tocaba el “avistado”. Era la señal para liquidarlo. Después volvía a la plaza a tocar el “hallali”.<sup>[203]</sup> Los niños le seguían, gritando: “¡Victoria! ¡Viva el rey!”».

Bethuis también evocaría la llegada a Machecoul del señor de Charette, oficial de la marina y noble, el jueves 14 de marzo. Quien estaba destinado a convertirse en el más persistente de los míticos líderes de la Vendée Militar se limitó a arengar a las tropas a propósito de las amenazas que se cernían sobre la religión católica, entre vivas a los «aristócratas». Tras equiparar a Souchu con el sádico Maillard que organizó los baños de sangre a las puertas de las prisiones parisinas, Simon Schama ha llegado a asimilar el conformismo de Charette ante las masacres de Machecoul con el de Danton ante los sucesos de septiembre.<sup>[204]</sup> La condescendencia de uno y otro con la violencia más cruel e incluso la falta de escrúpulos de ambos pueden ser intercambiables. Pero así como Danton había sido uno de los artífices del derrocamiento de la Monarquía y ocupaba ya el poder ministerial «por la gracia del cañón», Charette no había sacado a los rebeldes de sus casas, sino que habían sido los ya sublevados quienes habían acudido a buscarle a su castillo.

Pese a que la Convención dio enseguida por buena la tesis del complot aristocrático<sup>[205]</sup> e historiadores como Jaurès se obstinarían en negar la raíz popular de la sublevación,<sup>[206]</sup> el orden de los factores fue casi siempre el mismo: los campesinos dieron el primer paso y arrastraron a los nobles. Como ha escrito Jean-Clément Martin, «la revuelta rural de 1793 constituyó una divina sorpresa para más de un noble».<sup>[207]</sup> El que pareciera caída del cielo no la hizo menos inesperada.

Tanto los aristócratas con alguna experiencia militar —el competente Bonchamps, D’Elbée o el propio Charette— como aquellos que la adquirieron durante la campaña —el casi adolescente marqués de La Rochejaquelein por encima de cualquier otro— actuaron arrastrados por unos acontecimientos que no habían provocado. Incluso en el caso de La Rochejaquelein —uno de los pocos nobles que no esperó a que le fueran a buscar— el mismo autor sostiene que a la mitad de esa tercera semana de marzo «habían transcurrido tres días sin que aquellos que iban a desempeñar un papel esencial en esta guerra estuvieran ni siquiera al corriente de lo que pasaba a cuarenta o cincuenta kilómetros de su residencia».<sup>[208]</sup>

Sin embargo, era tan rudimentaria la organización, tan elementales los planes de los sublevados, que apenas si bastaron otros tres días más para que al final de la semana ya existiera, aun de modo magmático, el llamado Ejército Católico o Ejército del Centro, en el que fueron confluyendo los principales líderes de la primera y segunda hora, a excepción de Charette, cuya vocación de jefe guerrillero le llevaba ya a plantar batalla por su cuenta.

Cualquiera que viera avanzar a esa masa desordenada de entre cinco y quince mil hombres, según los lugares y momentos, la tomaría antes por una peregrinación que por un contingente militar. Sus principales estandartes contenían motivos religiosos, como la efigie de San Juan Bautista que acompañaba siempre a La Rochejaquelein

con el lema «*Ecce Agnus Dei que tolli peccata mundi*». Además, jefes y soldados llevaban rosarios de cuentas gruesas colgados del cuello y escapularios bien visibles del Sagrado Corazón, destinados a protegerles de las balas enemigas, prendidos del pecho con las iniciales de Jesús y de María. Enseguida se distinguía también a los capellanes por la banda morada que cercaba sus sombreros.

«Durante la marcha —recuerda un testigo presencial— las primeras filas rezaban el rosario y las otras repetían el recitado, y el sonido monótono de esta oración dicha a media voz formaba un sordo murmullo que tenía cierto parecido con el sonido de las olas cuando son agitadas por el viento».<sup>[209]</sup> Antes de entrar en combate, el ejército al completo se persignaba de rodillas mientras los capellanes lo absolvían colectivamente de sus pecados. El brutal general republicano Jean-François Berruyer, encargado más adelante de la represión de la revuelta, hará constar «la dificultad de vencer a personas que no buscan otra cosa más que morir para ir al paraíso».<sup>[210]</sup>

Sólo después de ese primer impacto de fervor religioso se percibían los símbolos realistas, como banderas con las flores de lis, estandartes con vivas a «Luis XVII» o trozos de tela blanca que servían de improvisadas escarapelas realistas. Los jefes iban a caballo, con sus trabucos en bandolera, tocados con chambergos redondos de aparatosos penachos. «Cuando le veía con su sombrero adornado de plumas blancas y su echarpe del mismo color, le tomaba por uno de esos paladines cantados por Ariosto o por uno de esos cruzados armados para liberar Solyma», recordará uno de los seguidores de La Rochejaquelein.<sup>[211]</sup>

Era un modo ostentoso de ejercer el liderazgo que contribuía a la mitificación de los jefes pero también facilitaba su identificación por el enemigo durante la batalla, incrementando el riesgo. De eso se trataba, de combatir con el ejemplo, y ahí está la clave de la alta tasa de mortalidad de los jefes de la Vendée Militar. En su más célebre arenga el joven marqués expuso sus elementales reglas: «Amigos, si mi padre estuviera aquí, confiaríais en él. Yo no soy más que un niño, pero demostraré por mi valor ser digno de mandaros. Si avanzo, seguidme; si reculo, matadme; si muero, vengadme».<sup>[212]</sup> Caería con veintiún años.

Su manera de combatir era el ataque en tromba con algunos despliegues por los flancos. Cuando retumbaba la artillería, la infantería vendeana se echaba cuerpo a tierra y esperaba el intervalo entre cada cañonazo para volver a avanzar. La captura de las primeras piezas al enemigo —bautizadas como la Marie-Jeanne, la Missionnaire o el Brutal— fue tan importante por su valor simbólico como la toma de las localidades que quedaron en sus manos desde el inicio de la campaña. Su armamento seguía siendo artesanal. Buena parte de la caballería usaba improvisados estribos de cuerda y sillas de madera, y su único calzado eran los zuecos. ¿Qué podría hacer una tropa así en el momento en que tuviera enfrente un verdadero ejército, bien armado y entrenado?

Esta pregunta quedó contestada de la forma más sorprendente e inesperada para la Convención el martes 19 de marzo, cuando la columna de dos mil cuatrocientos

hombres y diez piezas de artillería enviada desde La Rochelle al mando del veterano general Marcé creyó oír el canto de *La Marsellesa* entre la espesura del Bocage. A sus sesenta y tres años y tras cuarenta y ocho de servicio, Marcé había sustituido como jefe militar de la zona sur de la región a otro veterano, Verteuil, quien había ascendido, sucediendo nada menos que a Dumouriez como jefe de la XII División, responsable de la defensa de hasta seis departamentos costeros. Dumouriez había cedido el mando cuando fue nombrado el año anterior ministro de Asuntos Extranjeros, y tanto Verteuil como sobre todo Marcé eran considerados protegidos suyos.

Precisamente durante su estancia en la Vendée es cuando Dumouriez había tenido la oportunidad de intimar con Gensonné, enviado por la Asamblea Legislativa para evaluar la situación tras una serie de actos de violencia contra los curas constitucionales que revelaban ya el fermento del malestar. El diagnóstico de Dumouriez no había podido ser más claro: «Si yo quisiera hacer la guerra civil en Francia, sería en la Vendée».<sup>[213]</sup> Aunque no haría falta que el propio Dumouriez interviniera para que la profecía se cumpliera, el juego de las coincidencias terminaría siendo fatal para uno de sus protegidos.

Marcé había recibido la orden de sofocar la sublevación y había decidido hacerlo recorriendo con su columna el trayecto de La Rochelle a Nantes por el interior, con la pretensión de restablecer de inmediato las comunicaciones interrumpidas e ir limpiando la zona de rebeldes. «Ni regresaremos ni separaremos nuestras fuerzas hasta que los pueblos engañados se hayan arrepentido o hayan sido sometidos», escribió antes de partir al ministro Beurnonville.<sup>[214]</sup> Le acompañaban sus dos hijos de dieciocho y quince años y el diputado Joseph Niou, enviado por la Convención a revisar las defensas costeras, dada su condición de ingeniero naval. La tropa estaba compuesta tanto por guardias nacionales como por soldados profesionales y su principal problema era la falta de zapatos adecuados para marchar por un terreno tan poco hospitalario.<sup>[215]</sup>

Una vez en el Bocage, camino del nudo de comunicaciones de Saint-Fulgent, el día 18 le bastó enviar un destacamento de quinientos hombres para desalojar a los sublevados de Chantonay. Pero al día siguiente su suerte cambió en una trocha embarrada y pedregosa, entre dos puentes sobre sendos riachuelos. Según el relato de Niou «era un lugar extremadamente peligroso, dominado por alturas cubiertas de bosque espeso» y, estando ya avanzada la tarde, él mismo propuso a Marcé retirarse a un espacio más abierto. Pero el general no le hizo caso y se empeñó en seguir adelante. Entonces se escuchó el son de *La Marsellesa* y «alguien creyó que el grupo que se percibía podían ser las tropas nacionales que debían llegar desde Nantes». Siguieron momentos de indecisión en los que, según Niou, Marcé volvió a negarse a tomar medidas defensivas; y de repente se desencadenó una avalancha de rebeldes disparando sus rudimentarios fusiles, lanzando piedras y atacando con palos, hoces y cuchillos, acción que causó numerosas bajas y puso en fuga a buena parte de los

guardias nacionales.<sup>[216]</sup>

Sin embargo, el testimonio prestado por el coronel Boulard, uno de los oficiales de Marcé más queridos por la tropa, ante la comisión militar de investigación indica que los hechos sucedieron de otra forma. Porque, según él, ese «alguien» que creyó que quienes se aproximaban eran los voluntarios nanteses no fue otro sino el propio diputado Niou, quien tuvo un altercado con Marcé cuando el general ordenó disparar dos cañonazos en el convencimiento de que se trataba de un grupo hostil. La indecisión fruto de su agria discrepancia duró «cerca de dos horas» con la columna detenida, y sólo se resolvió enviando a un oficial con un trompeta para salir de dudas. Cuando ambos fueron recibidos a tiros y con gritos de «¡Viva el rey! ¡Viva el clero!» ya era demasiado tarde para reaccionar porque, según Boulard, «el enemigo había aprovechado ese tiempo para deslizar tropas escondidas detrás de los matorrales por la derecha y por la izquierda».<sup>[217]</sup>

La conocida como batalla de Pont Charrault —la primera digna de ese nombre durante la guerra de la Vendée— se saldó por parte republicana con trescientos muertos y una deshonrosa desbandada. Tanto el general Marcé como el diputado Niou se enteraron demasiado tarde de que, en efecto, lo que habían escuchado sonaba como *La Marsellesa* pero no era *La Marsellesa*. Su letra no empezaba diciendo: «*Allons, enfants de la Patrie, le jour de gloire est arrivé!*», sino: «*Allons les armées catholiques, le jour de gloire est arrivé!*»; y no continuaba añadiendo: «*Contre nous de la tyrannie, l'étendard sanglant est levé!*», sino: «*Contre nous de la République, l'étendard sanglant est levé!*». El autor del nuevo texto era un cura refractario, hermano del dueño de la posada de Saint-Fulgent.

## VEINTE

Como ha apuntado François Furet, «la guerra de la Vendée nace del choque de dos mundos opacos» y se convierte en algo incomprensible para la Convención —«la inexplicable Vendée», dirá pronto Barère— tanto en su sustancia como en su propia dinámica. Incapaces de aceptar «una insurrección del pueblo contra la Revolución del pueblo», los diputados se aferraron a la tesis del «complot aristocrático para restaurar el mundo antiguo sobre las ruinas de la República».<sup>[218]</sup> Se trató de una interpretación prácticamente unánime, hasta el extremo de que fue Lanjuinais, motivado como bretón por el elemento de vecindad y como demócrata por el de lealtad institucional, quien el lunes 18 propuso las medidas más duras, incluidas las ejecuciones sumarias de los cogidos con las armas en la mano.

El asunto se planteó en un clima paranoico, acentuado por la lectura de varias cartas —una de ellas del propio interesado— que relataban el «asesinato» de Léonard Bourdon, acaecido la antevíspera en Orleáns. Para los prohombres de la Revolución todo ataque a un representante del pueblo era un asesinato, o para ser más exactos un parricidio, independientemente de que se consumara o no. En este caso la narración del pedagogo jacobino iba mucho más allá de los propios hechos: «Yo también he pagado mi tributo a la patria, yo también he vertido mi sangre por ella. Me han asaltado treinta nuevos Pâris armados de bayonetas [...]. Cuando estaba en el suelo todas las bayonetas se abatieron sobre mí. “¡Reúnete con Le Peletier!”, gritó uno de los bandidos cuya bayoneta me entró en el bajo vientre».

Aunque las autoridades locales circunscribieran tanto lo ocurrido —una «riña» nocturna a la puerta del Ayuntamiento controlado por los moderados tras una cena organizada por los jacobinos de la ciudad en la que se había consumido mucho alcohol— como sus consecuencias —heridas leves de las que el diputado se recuperaba rápidamente— a su verdadera dimensión,<sup>[219]</sup> la Asamblea quedó conmocionada por el relato de su colega, que, por supuesto, culpaba a los aristócratas. Esa conmoción iría en aumento a medida que Bourdon fuera añadiendo nuevos detalles tan dramáticos como el de que el golpe de bayoneta que definitivamente habría acabado con su vida había chocado con una moneda con la efigie de la Libertad que guardaba en el bolsillo; o el de que, chorreando sangre, había aporreado las puertas del Ayuntamiento sin que estas se abrieran con la mínima celeridad exigible. Puesto que Orleáns formaba parte de la gran ruta hacia Nantes, no era difícil en ese contexto vincular una cosa con otra. Lanjuinais lo hizo:

—En el momento en que estamos se manifiestan en toda la República síntomas mortificantes de contrarrevolución. Son los emigrantes y sus criados, los curas no juramentados, quienes se agitan por doquier y quienes arrastran con ellos a miles de campesinos. Para detenerlos se precisan medidas rápidas que golpeen al instante sobre el terreno. Pido que la ley contra los emigrados cogidos con las armas en la

mano se aplique a quienes se opongan al reclutamiento o a quienes lleven la escarapela blanca. Pido además la confiscación de los bienes de quienes mueran en estas insurrecciones.

Barère aprovechó la ocasión para hacer un diagnóstico político bastante similar al formulado por Vergniaud cinco días antes, pero dejando ver ya claramente su querencia hacia la Montaña:

—Una parte de la Asamblea se cree, y tiene razones para ello, en plena Revolución. La otra no lo cree así. De estas dos disposiciones muy dispares resultan divisiones intestinas, enemistades entre aquellos a los que se acusa de exageración en su patriotismo y aquellos a los que la Revolución parece llevar a rastras. Considerad vuestra situación actual: la contrarrevolución ha empezado, los complots estallan por todas partes, los disturbios se propagan. ¿Qué pensaríais de un ejército si le vierais discutir delante del enemigo? Hay que detectar la plaga. No está sólo en Orleáns. Está en toda la República, está en la Convención.

Tras caldear el ambiente, defendiendo a la ciudad de París entre los correspondientes aplausos y tomando partido por las «medidas revolucionarias» de Cicerón frente a las «leyes ordinarias» de Catón, Barère resumió su mensaje:

—Dejad de lado las medidas a medias, declaraos en estado revolucionario o estamos perdidos.

Amparado por esta receta a la vez subyugante y ambigua, Barère fue sacando adelante propuestas tan dispares como la pena de muerte contra los defensores de la ley agraria «para prevenir la subversión de la sociedad», un impuesto «gradual y progresivo sobre el lujo y las riquezas», la expulsión de todos los extranjeros sin un permiso de residencia expreso y el encarcelamiento del alcalde, procurador síndico, cargos municipales y miembros de la Guardia Nacional de Orleáns de servicio durante el «asesinato» de Bourdon. El habitualmente moderado Masuyer, deseoso de demostrar su celo republicano, completó la batería de medidas consiguiendo que se decretara el estado de sitio en Orleáns «hasta que sus ciudadanos entreguen a los autores del atentado».

Siendo tal el clima que imperaba en la Convención, no podía ser otro el espíritu que los diputados escogidos para estimular el reclutamiento transmitieran a los departamentos. Cuando el exbibliotecario Carra y el representante de Deux-Sèvres, Auguis, llegaron a La Rochelle tras la derrota de Pont Charrault, su primera decisión fue respaldar la versión de su colega Niou, destituir al general Marcé y ordenar su arresto bajo la sospecha de traición.<sup>[220]</sup> El que nombraran para reemplazarle al coronel Boulard avalaba, paradójicamente, la versión exculpatoria para el general, pero Marcé tenía sangre aristócrata, y eso inclinaba la balanza en su contra. Lo que había ocurrido en el corazón del Bocage era exactamente lo descrito por Barère como el mayor de los disparates: un ejército había «discutido delante del enemigo»; y en la duda, el comisario político debía tener razón frente al jefe militar.

Eran además momentos de auténtico pánico en la región, pues se daba por hecho

que los vencedores de Pont Charrault o bien descenderían hacia La Rochelle o bien tratarían de apoderarse de Nantes. Eso es lo que dictaba la lógica militar. Pero durante esa «única etapa en la que la Vendée fue dueña de sus destinos [...] no hizo nada decisivo» porque «no tenía ninguna voluntad de conquista, ninguna ambición guerrera, ninguna intención monárquica».<sup>[221]</sup> Eran, sí, dos mundos opacos el uno para el otro, pero mientras la Revolución desarrollaba una idea, un modelo de Estado, un proyecto de organización de la sociedad francesa, la Vendée se limitaba a oponerle resistencia sin plantear su alternativa. Sin embargo, los enviados de la Convención no conocían la debilidad estructural del enemigo y, además, el general Marcé tuvo la negra suerte de que la suya no fuera ni la única ni tan siquiera la más importante derrota que sufrieron las armas de la República aquel martes 19 de enero de 1793.



## VEINTIUNO

Tras su doble golpe de autoridad en Amberes y Bruselas y el envío de su desafiante carta a la Convención, Dumouriez había dedicado el resto de la semana anterior a recomponer su ejército desde el cuartel general de Lovaina, para volver a ponerlo en orden de combate. Enseguida tuvo que reconocer que la realidad con la que se encontraba coincidía más con los mensajes alarmistas que había recibido de Valence que con el optimismo crónico de Miranda.

Las desbandadas de Aix-la-Chapelle y Lieja no sólo habían diezmando sus tropas, sino que habían generado un enorme caos en la distribución de los efectivos, de forma que gran parte de los voluntarios parecían serlo en la medida en que terminaban adscritos a la unidad que a ellos les daba la gana. Y muchos simplemente se quitaban de en medio: «No había desertión al enemigo, pero sí la había en el interior, especialmente entre los guardias nacionales con el pretexto de reunirse con su batallón», recordará en sus *Memorias* el entonces duque de Chartres y futuro rey de Francia.<sup>[222]</sup>

Muchos soldados no tenían ni zapatos ni uniformes. Faltaban tiendas para dormir y carromatos para transportar los víveres. La artillería había perdido buena parte de sus piezas y los caballos estaban desnutridos por falta de forraje. Su ejército estaba «en la posición más terrible en la que lo había encontrado nunca», y precisamente por eso Dumouriez necesitaba que entrara en combate cuanto antes, porque buscaba «una de esas victorias que permiten recuperarlo todo cuando todo se da por perdido».<sup>[223]</sup>

Su cálculo estaba lleno de voluntarismo. Si reeditaba el triunfo de Jemappes y hacía retroceder a los austriacos de nuevo hasta detrás del Mosa, los belgas volverían a ver en él a su protector y se alistarían en masa en su ejército. Recuperada Lieja, Maastricht caería al fin como fruta madura y podría regresar a los Países Bajos con los suficientes refuerzos como para terminar la tarea allí emprendida. Los ingleses se pensarían dos veces el envío de tropas al continente y podría plantar cara de una vez a la Convención radical, anarquista y regicida, no ya escribiéndole una carta, sino dictándole sus propios términos.

Con ese ánimo y tras tomar la estratégica localidad de Tirlemont, a la orilla de la Grande Gette, para utilizarla como base de operaciones, Dumouriez optó por una estrategia ofensiva basada en salir al encuentro de las tropas del príncipe de Coburgo, desplegadas en semicírculo a la derecha de la carretera hacia Saint-Trond. El plan era cruzar hasta por ocho puntos de forma simultánea el cauce de la Petite Gette y empujar a los austriacos primero hasta el propio Saint-Trond y luego hasta Tongres, siguiendo la misma ruta, para volver a expulsarles finalmente de Bélgica.

Dumouriez contaba con unos 42.000 soldados de infantería y algo más de 5000 de caballería. Los austriacos no pasaban de 32.000 infantes y 10.000 jinetes, pero tenían a su favor el dominio del terreno, sobre todo en el que sería el punto neurálgico

de la batalla: la llamada Tumba de Mettelwinden, una colina que dominaba la totalidad del valle a mitad de camino entre los pueblecitos de Neerwinden y Overwinden.

Para poder establecer esas ocho cabezas de puente al otro lado del río, Dumouriez distribuyó sus efectivos en otras tantas columnas que habrían de avanzar en orden cerrado. Las tres de la derecha quedaron bajo el mando de Valence, las dos del centro a las órdenes de su favorito, el duque de Chartres, y las tres de la izquierda bajo la asignación de Miranda. Así como las cinco columnas del centro y la derecha debían confluir a modo de tenaza sobre Neerwinden para formar el ariete destinado a perforar cualquier resistencia austriaca, las de la izquierda tenían el objetivo de desbordar al enemigo por su flanco derecho y situarse en la localidad de Léau, al norte de la carretera entre Tirlemont y Saint-Trond, a modo de pivote o punto de apoyo del conjunto de la ofensiva.

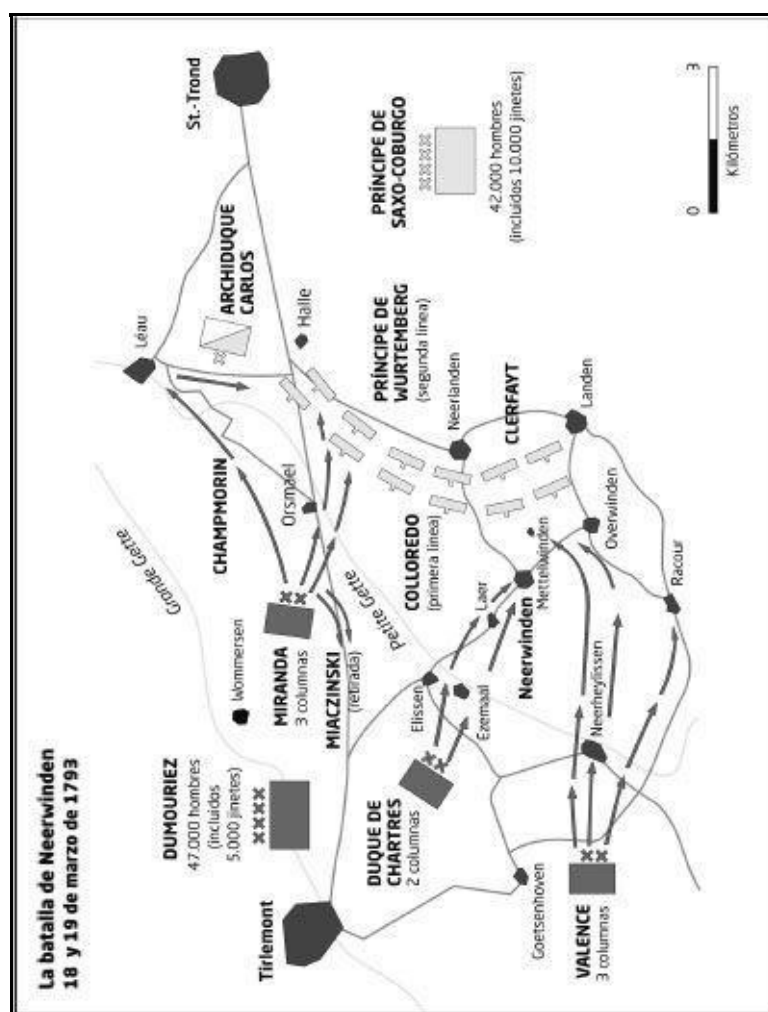
Era un planteamiento inteligente pero demasiado arriesgado, pues el ataque frontal «por el punto más formidable» habría precisado de más efectivos para desequilibrar la batalla mediante el complemento de una acción por el flanco derecho. Es desde esta perspectiva que Jomini reprochará a Dumouriez no haber trasladado la mayor parte de su fuerza expedicionaria desde los Países Bajos a Bélgica hasta sumar un ejército de 70.000 hombres capaz de empujar a los austriacos no ya al otro lado del Mosa, sino al otro lado del Rin: «Sólo tomó medidas a medias y no tardó en ser severamente castigado por sus errores». <sup>[224]</sup>

La batalla comenzó a las siete de la mañana del lunes 18 y las tropas francesas ejecutaron su primera fase con precisión de relojero. Las ocho columnas pasaron el río y la infantería acometió con coraje el asalto en el punto elegido. Con el avezado y profesional regimiento de Deux-Ponts como punta de lanza logró conquistar por tres veces el enclave de Neerwinden, aunque tuvo que retirarse todas ellas dejando un reguero de cadáveres por la presión del contraataque austriaco. Tras largas horas de avances y retrocesos, trufados de dramáticos combates cuerpo a cuerpo en los que las bayonetas iban cobrándose su terrible saldo a partes iguales en uno y otro bando, llegó el momento que parecía decisivo cuando los coraceros de los regimientos de Zeswich y Nassau irrumpieron fulgurantemente en la llanura, lanzando dos ataques contra la infantería francesa a uno y otro lado de Neerwinden. Pero entonces el general Valence, haciendo honor a su proverbial arrojo, se puso a la cabeza de la caballería francesa y salió al encuentro de los jinetes austriacos.

Fue un choque tremendo en el que se luchó a brazo partido, sable en ristre, entre los relinchos de las monturas y el entrechocar de las armaduras. Valence sufrió aparatosas heridas en la cabeza y un brazo y tuvo que ser evacuado hacia Tirlemont, pero los imperiales fueron rechazados por una caballería francesa en la que, una vez más, destacaron por su valiente y contagioso ejemplo las hermanas Félicité y Théophile de Fernig, dos jóvenes pero expertas Amazonas de veintidós y dieciocho años que habían vinculado su suerte a la de Dumouriez desde antes de la victoria de

Valmy. Ejercían como ayudantes de campo del general y aunque «no eran ni altas ni bonitas, les sentaba bien el uniforme, llevando la carabina en bandolera y siendo reputadas especialistas con la bayoneta».<sup>[225]</sup> El caballo de una de ellas sufrió heridas mortales y la otra mató con sus propias manos a un coracero de Nassau.

«Desde entonces la batalla cesó en la derecha y en el centro; los franceses permanecían en bastante buen orden sobre el principal campo de batalla y se disponían a renovar el ataque al día siguiente para decidir la victoria», resume Jomini.<sup>[226]</sup> «Los imperiales han reconocido que estaban a punto de emprender la retirada y que sus equipajes tenían ya orden de retirarse hacia Tongres», sostiene el propio Dumouriez.<sup>[227]</sup> Sin embargo, el general comenzó a inquietarse por la falta de noticias de Miranda e incluso por el hecho de que a lo largo de la tarde no se hubiera escuchado ruido alguno procedente de los lugares que se suponía que había ocupado su ala izquierda. Entre las sombras de la noche el propio comandante en jefe decidió comprobar por sí mismo cuál era la situación y emprendió un temerario periplo a caballo con una mínima escolta, desplazándose al norte de su teatro de operaciones hacia la carretera de Tirlemont a Saint-Trond.



Su primera decepción se la llevó al no encontrar al general Dampierre —jefe de

una de las dos columnas del duque de Chartres— en la desierta localidad de Laer, es decir, del lado del río en el que se había producido la ofensiva, sino en Elissen, de nuevo detrás de la Petite Gette. «He retirado mi división detrás del río porque Miranda ha salido huyendo y he creído que la batalla estaba perdida», le explicó Dampierre. «Está ganada y habéis hecho mal en retiraros», replicó estupefacto Dumouriez. «Volved inmediatamente a Laer».<sup>[228]</sup>

Mayor impacto le causó llegar al puente de Orsmael, ya en la carretera hacia Saint-Trond —uno de los lugares por los que habían cruzado las fuerzas de Miranda— y ser interpelado por un centinela austriaco en la oscuridad: «*Wer da?*». Dumouriez retrocedió desconcertado hacia Tirlemont y a media legua de la ciudad se encontró tirado en la cuneta lo que quedaba de los cuatro batallones que al mando del general de origen polaco Miaczinski habían integrado una de las columnas de Miranda. Así como la columna del general Champmorin había llegado a tomar Léau, abandonando el objetivo sólo cuando descubrió que se había quedado aislada, la de Miaczinski, en la que abundaban los guardias nacionales voluntarios, se había desmoronado a las primeras de cambio. Al mezclarse ambas unidades en su retirada, la desbandada había sido completa. «La mayor parte de los voluntarios o federados nos han abandonado cobardemente sin que hayamos podido hacer nada para reunirlos», se quejó con impotencia Champmorin en uno de sus despachos.<sup>[229]</sup>

Dumouriez descubrió enseguida que Miranda estaba en Tirlemont escribiendo, como el grafómano empedernido que era, diversas cartas con el relato autojustificativo de su retirada. No le hizo ningún reproche, pero le ordenó que reuniera de inmediato a las unidades de las que aún disponía y fuera a ocupar el alto de Wommersen, situado a la derecha de la Grande Gette y a la izquierda de la carretera. Dumouriez era consciente de que el triunfo se le había escapado de entre las manos, pues al dominar su flanco izquierdo los austriacos podrían hacer una maniobra envolvente y coger entre dos fuegos al grueso de su ejército emplazado frente a Neerwinden. Sin embargo, todavía quería hacer un último intento de mantener la ofensiva, aunque fuera apuntalando su izquierda desde más atrás.

Todo fue inútil. Cuando despuntó el día eran los ulanos austriacos quienes dominaban Wommersen y los intentos por desalojarlos de allí fracasaron por la falta de ímpetu de los hombres de Miaczinski, que por segunda vez en veinticuatro horas se dejaron llevar por el pánico. «Dumouriez exhortó en vano a sus soldados, que permanecían inmóviles y como helados por el miedo».<sup>[230]</sup> Desgañitándose, espada en mano, el propio comandante en jefe tuvo que morder el polvo cuando su caballo fue derribado por un proyectil enemigo. Era la señal de que la batalla estaba irremisiblemente perdida y ya sólo quedaba tratar de preservar el mayor número de tropas mediante una retirada ordenada.

Dumouriez dedicó en sus *Memorias* a Miranda algunas de las palabras más duras que un general puede utilizar contra otro: «Fuera porque había perdido la cabeza, fuera porque se dejara llevar por su resentimiento y viendo el éxito de la derecha,

comandada por su rival Valence, quisiera impedirlo, ordenó la retirada y la ejecutó hasta detrás de Tirlemont, a más de dos leguas del campo de batalla».<sup>[231]</sup> Es cierto que esa rivalidad existía y que el fantasioso Miranda se comparaba a sí mismo con Afranio, uno de los lugartenientes de Pompeyo durante la guerra en España contra César, y equiparaba a Valence con su rival Petreyo. Pero no hasta el extremo de buscar deliberadamente la derrota en una batalla decisiva. Según Chuquet, «Miranda fue vencido porque no supo arrastrar al soldado, y sus tropas no se fiaban de él».<sup>[232]</sup> Muy parecido es el diagnóstico del duque de Chartres, que define al venezolano como «un hombre muy instruido al que, sin embargo, le faltaba tanto la capacidad de decisión como la práctica en el manejo de las tropas sobre el terreno».<sup>[233]</sup>

Jomini sostiene en cambio que «no es exacto» que las tropas de Miranda estuvieran detrás de Tirlemont, puesto que la mayor parte continuaba en una zona que podía considerarse como la retaguardia de las columnas asentadas frente a Neerwinden. Y añade que la culpa principal de lo ocurrido con su izquierda sería en todo caso del propio Dumouriez: «Habría correspondido al general en jefe no comprometer a su ala más débil en un lugar demasiado alejado del centro de su ejército».<sup>[234]</sup> Y menos aún obligarla a enfrentarse a los austriacos sin superioridad numérica alguna en el terreno más difícil —con muchos tramos embarrados— de la zona elegida como teatro de la batalla.

Más fundados parecen estar los reproches de Dumouriez de que Miranda «cedió ante el terror de sus tropas» y sobre todo de que no le avisó de su repliegue, «lo que hizo más pérfida su conducta». El venezolano siempre sostuvo que había enviado mensajeros dando cuenta de cada uno de sus pasos, pero esos mensajeros nunca llegaron a su destino, lo cual fue determinante para lo que ha sido definido «más como una derrota francesa que como una victoria austriaca».<sup>[235]</sup> En total 2500 franceses y 2000 austriacos murieron o quedaron fuera de combate por la gravedad de sus heridas.

En todo caso la acritud de Dumouriez hacia el que sólo dos semanas antes llamaba «mi amigo, mi hermano» o «mi querido peruano» sirve para entender el carácter de un general dispuesto a exagerar siempre las culpas ajenas para soslayar las propias. Si su ejército estaba mal pertrechado, la culpa era de Pache y no de los suministradores con los que presuntamente él mismo hacía negocio; si los belgas se rebelaban, el problema era el decreto de Cambon y no la conducta de sus tropas; si la batalla de Neerwinden había terminado en derrota, Miranda debía pagar tanto sus propios errores como los de quien no había querido aportar el decisivo contingente enviado a los Países Bajos. «Haré todo lo que pueda para salvar al ejército que me ha testimoniado tanta confianza [...]. No temo ni el juicio de mis conciudadanos ni el de la posteridad», le escribió la propia noche del 19 a Beurnonville.<sup>[236]</sup> Este era el hombre, soliviantado en su amor propio por el puyazo del fracaso, a cuyo encuentro se dirigía Danton con el aparente propósito de convencerle de que retirara la carta aún no leída ante la Convención.

## VEINTIDÓS

Ajena a los dos graves reveses simultáneos que en ese momento estaban experimentando sus armas en el Bocage de la Vendée y en la planicie de Neerwinden, la Convención escuchó a primera hora de la tarde de ese martes 19 de marzo el prometido informe del biministro de Justicia e Interior sobre la insurrección abortada nueve días antes en París. Garat fue desde el primer momento al grano y desde el primer momento quedó claro que iba a servir de portavoz a un ejercicio de cinismo colectivo.

—Mi conducta ha estado guiada por los decretos de la Convención. El primero que ha sido aprobado es el del arresto contra el ciudadano Fournier; sabéis que la Asamblea ha anulado después ese decreto y le ha puesto en libertad. El segundo decreto es el que encargaba al Consejo Ejecutivo detener a Desfieux y a Lazowski. Los gendarmes cometieron un error basado en una ligera diferencia en un nombre. El ciudadano detenido en el lugar de Desfieux ha reclamado y ha sido puesto en libertad de inmediato. Al día siguiente de la aprobación de este decreto una delegación de la Sección de Finistère vino a mi casa con modales republicanos extremadamente pronunciados: «Os preguntamos bajo qué órdenes habéis mandado detener a Lazowski. En todas las ocasiones ha demostrado ser un buen patriota. Antes que permitir su detención la Sección de Finistère cargaría sus cañones y le defendería con todas sus fuerzas».

Garat se jactó de haber respondido a esos «modales republicanos extremadamente pronunciados» con la pedagogía de la defensa de la ley, pero mostrando a sus visitantes la nueva resolución de la Convención según la cual no existía ninguna orden de detención contra Lazowski. Y tras este ejemplar preámbulo pasó a explicar cómo había afrontado el siguiente encargo de la Asamblea.

—Otro decreto, el más esencial, implicaba que el Consejo Ejecutivo detendría a los miembros del Comité de Insurrección y pondría los precintos a sus papeles. Para detener a los miembros del Comité de Insurrección hacía falta asegurarse primero de su existencia. Para ello he escrito a los funcionarios públicos que por estar más próximos al pueblo pueden conocer mejor los medios que se emplean para engañarle.

La más importante de esas cartas de Garat había ido dirigida al alcalde Pache, quien, tras consultar a su policía, había contestado de inmediato que «no hemos encontrado nada que pueda hacer sospechar la existencia de un Comité de Insurrección en París». Todos los demás requerimientos habían dado el mismo resultado pero, entre tanto, Garat creía haber encontrado por su cuenta algo que debía comunicar a la Convención:

—Ciudadanos, en muchas de las denuncias que me han llegado se me anunciaba que el Comité de Insurrección se reunía en la Maison Égalité [Palais Royal]. He hecho todo lo que estaba en mis manos para comprobarlo y esto es lo que he descubierto: hay algunos miembros de los Jacobinos que han cogido la costumbre, al



salir de las sesiones de esta sociedad, de reunirse en el Café Corazza a beber cerveza.

Un coro de risas acogió el gran «descubrimiento» del ministro. «¡Si no es más que eso, pasemos al orden del día!», le espetó un diputado. Garat prosiguió impertérrito, dando a sus revelaciones un aire cada vez más ridículo:

—El número de esos ciudadanos ha ido creciendo de día en día y al quedárseles pequeño el Café Corazza han alquilado un local encima. ¿Pero qué hacen allí? ¿Llevan un registro para inscribir sus deliberaciones? ¿Se denominan Comité de Insurrección? Nadie ha podido decírmelo. Me han dicho simplemente los nombres de algunos ciudadanos que componen esa reunión y yo voy a darlos.

No hizo honor a ese plural. Entre los asiduos que pudiera considerar sospechosos Garat sólo nombró en realidad a uno:

—Se llama Proli. Es un extranjero, nacido en Bélgica del que se dice que es hijo natural del príncipe Kaunitz.<sup>[237]</sup> Me han hablado muy mal de este ciudadano y me lo han presentado como una cabeza exaltada.

Y como si quisiera compensar estas pinceladas tan poco ministeriales con informaciones más solventes, añadió:

—He querido informarme y he consultado a bastantes personas. Lebrun, miembro del Consejo Ejecutivo, me ha asegurado que Proli ha rendido grandes servicios a la libertad.

Parecía una referencia casual y tal vez lo era o tal vez no, pues es imposible saber si Garat estaba al tanto de que su colega Lebrun acababa de firmar la víspera tres pasaportes a modo de salvoconductos para tres «comisarios del poder ejecutivo» en misión especial a los Países Bajos. Uno estaba a nombre del jefe del grupo, el literato Dubuisson, recién elegido secretario del Club de los Jacobinos; el segundo a nombre del comerciante de tabaco Jacob Pereyra, también asiduo del Café Corazza y directamente implicado en la fallida sublevación como firmante del llamamiento insurreccional de la madrugada del día 9; y el tercero a nombre del probable muñidor de la expedición, el exbanquero, ligado en su día —como su amigo Guzmán— al partido nacionalista del abogado Vonck, Pierre Proli, quien a mayor abundamiento vivía en el mismo inmueble que su íntimo amigo Desfieux.

¿Quería Garat dar a entender que sabía que su colega estaba jugando con fuego? En todo caso su anunciada relación de presuntos miembros de un hipotético Comité de Insurrección empezó y terminó con Proli. Como si quisiera quitar gravedad a su propia denuncia, el biministro sólo añadió que por el Café Corazza también iban «Tallien y bastantes diputados que profesan en la Convención los principios más enérgicos de la libertad». Todo aquello no tenía ni pies ni cabeza, pero Garat aún podía superarse a sí mismo.

—Mis investigaciones han debido centrarse en los hombres que en la noche del 9 al 10 de marzo llevaban una resolución que incitaba al asesinato y al incendio. En ella se decía que un Comité de Insurrección resultaba necesario. Pero las personas que creen que esta es la prueba de la existencia del Comité de Insurrección están muy



equivocadas, porque si hubiera existido no se habría dicho que hacía falta organizarlo.

El biministro vasco se quedó tan ancho. Como Varlet —a quien nadie había no ya detenido, sino tan siquiera interrogado— era uno de los portadores de esa resolución incendiaria, Garat aún tuvo margen para presentarlo como un personaje atrabiliario que iba lanzando arengas desde su «tribuna portátil» y a quien se abucheaba siempre que trataba de hablar en el Club de los Jacobinos. Nada de lo que preocuparse por ese lado. Su conclusión fue, por lo tanto, que el único foco real de las amenazas que parecían cernirse sobre la Convención... era la propia Convención.

—Creo, ciudadanos, tener la seguridad de que hay veinte o treinta individuos a los que no conozco, que tal vez no sean culpables de ningún delito, pero a los que considero peligrosos. Estos hombres serían rechazados con horror si las disensiones que se manifiestan a veces en la Convención no les suministraran pretextos para calentar al pueblo.

Este argumento dio pie a Garat para seguir la estela de Barère. Tras asegurar «tener amigos en los dos lados de la Convención» y presentarse como «no asociado a ningún partido», hizo una descripción de las tensiones políticas muy reveladora de hacia dónde iban decantándose su oportunismo y su sentido de la supervivencia:

—Las personas del lado derecho me dicen: «¿No os dais cuenta de que hay quienes quieren arrastrarnos a la anarquía para poder consumir sus propósitos criminales?». Los miembros del lado izquierdo también tienen una visión muy ligada, y a mi entender muy razonable, sobre las conspiraciones del lado derecho: «¿No veis que, bajo el pretexto de moderar el curso demasiado rápido de la Revolución, quieren matar la libertad?». Estos diputados extienden, mediante sus discursos y sus periódicos, la idea de que París y la propia Convención están llenas de bandidos. De esa manera buscan levantar a los departamentos para destruir a la Montaña, a la santa Montaña, y aniquilar bajo sus ruinas a la libertad y a Francia.

¡La «santa Montaña»! Aun aceptando que el biministro recurría a la técnica de hacer como que hablaba por boca de otros, no sólo Brissot y Gensonné, con quienes había compartido buena parte de la incierta y peligrosa noche del domingo 10, sino todos los demás dirigentes moderados debieron de quedarse atónitos al escuchar a alguien a quien consideraban muy próximo a ellos asumiendo la retórica jacobina. Pero los últimos acontecimientos habían servido para medir las fuerzas de unos y otros y Garat sabía por dónde soplaba el viento. El hombre corcho flotaba en abierta deriva hacia la izquierda.

Esa misma noche comenzó a funcionar en el club de la calle Saint-Honoré su llamado Comité Depuratorio, formado por dieciséis miembros y encargado de revisar la conducta cívica de los afiliados. La lista, aprobada la víspera, estaba encabezada por Robespierre y concluía con el nombre de Fouquier-Tinville, recién nombrado acusador público del Tribunal Revolucionario.<sup>[238]</sup> Aun antes de que empezara a funcionar el atajo hacia la guillotina, el partido empezaba a confundirse con el Estado

en sus menesteres inquisitoriales.

## VEINTITRÉS

Si la misión de Danton era ya de por sí difícil, Marat se la puso poco menos que imposible al dar otro de sus bruscos bandazos, pasando del prudente apoyo que había prestado a Dumouriez con motivo de la petición de la Sección de Poissonnière a la más descarnada de las denuncias. El título principal con que apareció su periódico el miércoles 20 de marzo ya lo decía todo: «Traiciones consumadas de Dumouriez».<sup>[239]</sup>

Marat no podía saber aún lo ocurrido en Neerwinden, pero todo indica que se había enterado de la existencia de la carta fechada el día 12 y aún no divulgada por la Convención. De hecho otro de los títulos del encabezamiento decía: «Maniobras del Comité de Defensa General para esconder sus maquinaciones en las que algunos de sus miembros están comprometidos». Ya en el texto, y tras un prolijo repaso de la carrera «aristocrática» del general —«Se sabe que Dumouriez es una criatura de la facción brissotina», empezaba diciendo—, Marat revelaba que «nuestros comisarios acaban de partir con la misión de recordarle sus deberes». Y añadía con lucidez premonitoria: «Es una empresa absurda; tienen el poder de detenerle si no se retracta. Es una medida tardía de la que podrían ser ellos mismos las víctimas, ahora que él tiene la fuerza en su mano».

Marat reproducía con indignación las proclamas de Dumouriez contra las «vejaciones tiránicas» de los agentes jacobinos y le acusaba de querer convertirse en «soberano de Bélgica y Holanda unidas». Pero lo más asombroso y notable es que evocaba «la predicción contenida en mi hoja del 13 de octubre de 1792 cuando había apostado cien contra uno a que Dumouriez emigraría antes del próximo mes de marzo».<sup>[240]</sup> Sólo quedaban once días para que se cumpliera el plazo y Marat, desde su extraña mezcla de ofuscación y clarividencia, mantenía, desafiante, el pronóstico.

Danton y Delacroix se habían enterado de la derrota y retirada de Dumouriez la víspera por la tarde al llegar a Bruselas. Profundamente impresionados por el relato de lo ocurrido y por la estampa de los heridos y desertores con los que se habían ido cruzando, se reunieron con los otros diputados enviados por la Convención para declarar traidor a la patria a todo aquel militar que abandonara su puesto, y a la mañana siguiente salieron en un aparatoso carruaje al encuentro del general. Se detuvieron primero en el puesto de mando de la división del duque de Chartres —alentando así el fantasma de la «conspiración de Orleans»—, quien les proporcionó un par de buenos caballos y les acompañó a visitar la línea del frente. Cuando el corpulento Delacroix vio moverse a los austriacos en las proximidades, su ardor guerrero entró en ebullición. «¿Cómo es posible? ¡Los austriacos tan cerca y no nos lanzamos contra esos bribones!». Algunos de los soldados presentes respondieron con obscenidades y chanzas y el futuro «rey-ciudadano» Louis-Philippe se apresuró a dar por concluido el recorrido para evitar males mayores. «Un abismo separaba a la Convención del soldado», concluirá el biógrafo de Danton, Frederic Bluche.<sup>[241]</sup>

Danton se sinceró con Chartres, explicándole cuál era su misión y haciéndole ver que el nuevo revés militar agravaba aún más la situación de su jefe: «Es preciso que se retracte».<sup>[242]</sup> Chartres sacó la conclusión de que lo que le preocupaba a Danton no era la suerte de Dumouriez, sino que su caída pudiera arrastrarle a él.

Gracias a sus indicaciones, los diputados pudieron encontrar al general a primera hora de la tarde, conteniendo una nueva arremetida austriaca mientras dirigía el repliegue desde Tirlemont a Lovaina. No era el momento para hablar y Dumouriez les instó a reunirse con él por la noche en su cuartel general en esa ciudad. Cuando al fin se produjo el encuentro se mostró ante ellos más altivo y desafiante que nunca. Según el propio relato del general, corroborado por los hechos, «les dijo que no había escrito sino lo que pensaba; que los desastres de los que estaban siendo testigos eran consecuencia de los males que había previsto [...]. Después de haberles pintado las desgracias de todo género que iban a resultar de la conducta loca y criminal de la Convención, les dijo con toda claridad que él no se retractaría porque el perder o ganar una batalla no cambiaría nunca ni sus principios ni su opinión».<sup>[243]</sup>

Sin embargo, Danton no podía volver con las manos vacías. Insistió tanto, mostró tanto «interés» y recurrió, según el general, a tantas zalamerías, que al final —la reunión se prolongó hasta las tres de la madrugada— le arrancó lo que el propio Dumouriez tildaría de «carta insignificante». El texto, dirigido de nuevo al presidente de la Convención, no tenía desde luego nada que ver con una retractación —más bien todo lo contrario—, pero abría un angosto sendero para que al final se produjera: «He sido informado de que la Convención ha remitido a su Comité de Defensa General mi carta, fechada el 12 de este mes, que contiene las opiniones y medidas que considero indispensables para la salud de nuestros hermanos y de los ejércitos en Bélgica. Como las circunstancias nuevas en las que me encuentro pueden implicar modificaciones en las medidas que proponía, y como es necesario que las examine con vuestros comisarios, ruego a la Convención que aplace ese informe hasta que haya recibido el resultado de esas reuniones con los comisarios».

Es obvio que también hablaron de Miranda, pues a la mañana siguiente, cuando regresaron a Bruselas, Danton y Delacroix convencieron a sus colegas de que había que apartarle del mando y ordenarle comparecer ante la Convención. A continuación los dos amigos se separaron: Delacroix se dirigió a Lille para supervisar la defensa de la frontera y Danton emprendió el viaje de vuelta hacia París. Aquí se abre un misterioso paréntesis de al menos cuarenta y ocho horas durante las que se le pierde la pista. El recorrido en diligencia se hacía en menos de dos días y, sin embargo, Danton no reaparecerá hasta el 26 por la mañana, en que asistirá a una reunión del Consejo Ejecutivo sobre la situación en Bélgica. Días después declarará ante la Convención que había llegado la víspera a las nueve de la noche, extenuado, a París.

Puede que no dijera la verdad, pero, por muy decepcionante que fuera el fruto de su viaje, cuesta imaginar a un hombre de acción como él «escondido» dos días en la capital sin atreverse a dar la cara; y máxime cuando estaba en condiciones de

informar a la Convención —o al menos al Comité de Defensa General— no sólo sobre el resultado de su propia misión, sino también sobre lo ocurrido en Neerwinden y sus secuelas. Aunque ninguno de sus biógrafos lo aporte a la controversia, hay que contar además con lo publicado el propio 26 en *Le Journal Français*: «Una carta de Danton, fechada en Courtrai, anuncia que estará hoy de regreso en París, como muy tarde después de comer».<sup>[244]</sup>

Cuando se publicó esa noticia Danton ya llevaba al menos medio día en París, pero su carta no habría tenido sentido si hubiera vuelto antes de l25. ¿Dónde estuvo, pues, y qué hizo Danton entre el 21 y el 23? ¿Acaso se detuvo en la ciudad fronteriza de Valenciennes —muy próxima por cierto a la localidad belga de Courtrai—, donde desde el mismo día 21 se encontraban, según su propio relato, Proli, Pereyra y Dubuisson? La coincidencia de fechas y lugares es demasiado succulenta como para que Albert Mathiez no dejara de construir la conjetura de que, una vez auscultados el estado de ánimo y la voluntad del general, Danton pudiera reunirse en secreto con los tres agentes jacobinos que el ministro de Asuntos Exteriores, Lebrun, acababa de mandar para tratar con Dumouriez.<sup>[245]</sup>



*Soldados franceses en retirada tras sus derrotas en Bélgica. Grabado anónimo, Biblioteca Nacional, París.*

No existe ninguna evidencia de que eso sucediera así, pero la hipótesis es tan verosímil como subyugante si tenemos en cuenta que los nombres de dos de esos tres agentes estaban en todas las bocas, incluida la del ministro del Interior, como instigadores de la sublevación recién abortada en París; si tenemos en cuenta que los tres mantenían una íntima relación con Desfieux, hombre fuerte de los Jacobinos a través de su Comité de Correspondencia y sospechoso número uno de haber ejercido de coordinador de la insurrección; si tenemos en cuenta que cuando menos la sombra de Danton había sobrevolado esa conspiración a juzgar por los analistas más agudos

del momento;<sup>[246]</sup> si tenemos en cuenta que Lebrun —nacido en Bélgica— había sido uno de los colaboradores directos de Dumouriez cuando este le había precedido como ministro de Exteriores;<sup>[247]</sup> y si tenemos en cuenta que había sido también el miembro del Consejo Ejecutivo que mejor se había llevado con Danton durante su breve pero intenso paso por el Departamento de Justicia.

La orden firmada por Lebrun el 18 de marzo decía literalmente: «Los ciudadanos Proli, Dubuisson y Pereyra se dirigirán a Bélgica para cumplir la misión que se les ha confiado y sobre la que han recibido instrucciones verbales. Cada uno de ellos irá a donde las circunstancias requieran y los tres tendrán como punto de reunión Breda, donde esperarán nuevas instrucciones del Consejo Ejecutivo para dirigirse bien a Ámsterdam, bien a otras ciudades holandesas».

La clave estaba pues en esas instrucciones verbales. Basándose en la versión que el propio Proli plasmó en un panfleto de la época, el general Herlaut, discípulo de Mathiez, sostiene que se trataba de «un plan para asestar un golpe terrible al Banco de Inglaterra». Pero por muy «hábil financiero» que, como dice Herlaut, hubiera sido Proli, su planteamiento no tenía realmente ni pies ni cabeza, pues estaba basado en la adquisición «mediante operaciones de cambio combinadas con las casas de comercio de diversas capitales de Europa», de entre 50 y 60 millones en billetes del Banco de Inglaterra y la súbita reclamación de una cantidad equivalente por prestamistas judíos portugueses instalados en Bruselas. Si eso no dejaba «fuertemente quebrantada» a la entidad británica, entonces recurrirían al plan B de falsificar sus billetes de forma masiva e introducirlos a través de Ámsterdam.<sup>[248]</sup>

El propio Herlaut encuentra tan disparatado este esquema que concluye que «no era sino un pretexto para enviar a tres comisarios a los Países Bajos». Y además aporta una carta dirigida veinte días después a su embajador en Suiza, Berthélemy, en la que Lebrun desvela su verdadero motivo: «Habiéndome inspirado dudas sobre su patriotismo e intenciones algunas de las circunstancias que acompañaron la retirada de Bélgica del general Dumouriez, he mandado a tres comisarios para sondear sus disposiciones».<sup>[249]</sup> Esta era, pues, la nueva pieza que alguien había puesto sobre el tablero: tres aventureros jacobinos enviados en pos del ambicioso y resolutivo general que buscaba una salida a su laberinto.



## VEINTICUATRO

Una de las pocas cosas buenas que sucedieron en París entre el 20 y el 25 de marzo, fecha oficial del regreso de Danton, fue el estreno en el teatro de la Porte Saint-Martin de la versión operística de *Las bodas de Fígaro*, con música de Mozart. El balance de público y crítica de la primera representación fue más bien discreto y el viernes 22 un sesentón de aspecto «grande, gris, grueso y graso»<sup>[250]</sup> —así se autodefinía con sorna— acudió a la segunda, ocupando disimuladamente un lugar poco visible para poder corregir el trabajo de los actores sin ser reconocido. Era Pierre-Augustin Caron de Beaumarchais, autor de la comedia del mismo título que nueve años antes había conmocionado al París del Antiguo Régimen.

El éxito sin precedentes de *Las bodas de Fígaro*, con sus sesenta y ocho representaciones consecutivas en 1784, había supuesto el espaldarazo popular a la crítica más explícita y contundente realizada hasta entonces contra los privilegios de la aristocracia desde un escenario. Bajo la apariencia de una divertida comedia de enredo, Beaumarchais había colocado demoledoras cargas de profundidad contra la sociedad estamental; y construido, a través del descarro e ingenio de Fígaro, todo un alegato en pro del individuo, la ciudadanía y la dignidad de las personas. Pero si una década atrás la burla y escarmiento de que era objeto el conde Almaviva, cuando pretendía ejercer su derecho de pernada, resultaron tan intolerables para los poderosos del momento como para acarrear a Beaumarchais unos cuantos días de cárcel, en el París de la Convención, que no ofrecía a los nobles más alternativa que la proscripción o la guillotina, toda la trama resultaba timorata y la reconciliación final por el perdón poco menos que un sospechoso ejercicio de moderantismo. Sólo el llamamiento del viejo Bártolo a la venganza durante el primer acto —«*La vendetta, la vendetta!*»— adquiriría alguna resonancia en el paisaje político inmediato.

Cuestiones ideológicas al margen, la fría acogida del público a lo que no contemplaba sino como una nueva versión musicada de una obra ya conocida tuvo mucho que ver con la extrañeza que produjeron los pasajes en los que, a diferencia de la tradición de la ópera cómica —como tal fue presentada en los carteles— no se cantaba, sino que se recitaba. La comparación de la mediocre labor escénica de los cantantes con la magnífica interpretación de los actores de la Comédie Française que habían encarnado a los mismos personajes no hacía tanto fue desde el primer momento un lastre para el elenco. También la excesiva duración de una función de cinco actos.

Tal vez por eso todas las recomendaciones que Beaumarchais incluyó días después en una carta que dirigió a la compañía iban encaminadas a darle «más movimiento y variedad» a la representación. El autor explicaba cómo concebía cada personaje, y proponía unir el tercer y cuarto actos para que la obra fuera más corta. Todo ello después de aclarar, a modo de introducción, que «sólo el deseo de ser útil a



vuestro espectáculo me ha hecho vencer la resistencia a ocuparme de otra cosa que no sea sacudirme a los perros que me ladran».<sup>[251]</sup>

Beaumarchais tenía motivos para hablar en esos términos y querer pasar desapercibido ante el público, pues en ese momento se hallaba inmerso en un embrollo político-financiero digno de sus mejores tramas; una intriga de altos vuelos que ya le había vuelto a llevar a la cárcel tanto en Francia como en Inglaterra y de cuyo desenlace dependía su suerte y la de su familia. Quizá porque «siempre tenía la ocurrencia de añadir nuevos papeles al repertorio»<sup>[252]</sup> que él mismo había interpretado a lo largo de una vida azarosa e intrépida, Beaumarchais se había lanzado hacía algo más de un año a la aventura de comprar por cuenta de uno de los últimos gobiernos de la Monarquía sesenta mil fusiles retenidos en el puerto holandés de Tervèrè.<sup>[253]</sup> También los codiciaban los ingleses, los emigrados franceses y otros suministradores del Ministerio de la Guerra. En medio de todo tipo de maquinaciones, la falta del certificado de exportación le impedía consumir la operación.

Hasta catorce ministros —Dumouriez incluido— intervinieron en el asunto antes y después de la caída del trono. Al final todos se desentendieron o incluso jugaron sucio, como Lebrun,<sup>[254]</sup> y Beaumarchais se vio acusado sucesivamente por individuos como Chabot, Marat o el diputado Lecointre —especialista en denuncias temerarias— de haberse quedado con el dinero, de bloquear la entrega de las armas e incluso de tenerlas escondidas para apoyar la contrarrevolución.

Su domicilio fue registrado por un nutrido contingente de la sección revolucionaria la misma noche del asalto a las Tullerías, y habría perecido en la Abadía, donde estaba encarcelado a finales de agosto, si las gestiones de una antigua amante ante el procurador de la Comuna, Pierre Manuel, no le hubieran permitido salir pocos días antes de las masacres de septiembre.<sup>[255]</sup> Tomándose el empeño «como un asunto de honor y de patriotismo e incluso de obstinación»,<sup>[256]</sup> había vuelto a los Países Bajos a intentar comprar los fusiles. Sin embargo, había tenido que salir precipitadamente de Ámsterdam para no volver a ser detenido por orden de la Convención y había cruzado el canal para reunirse en Londres con sus banqueros. Con la excusa de que no podía pagar sus deudas, pero probablemente para evitar que volviera a Francia, donde le esperaba lo peor, estos banqueros le llevaron también durante unas semanas a una cárcel especial para insolventes. Cuando el 26 de febrero regresó a París, al haberse suspendido el decreto contra él —la Convención volvía a estar interesada en los fusiles—, Beaumarchais se encontró con que el barrio de los Lombards, donde tenía su casa, acababa de servir de teatro a las escenas más crudas del pillaje de los comercios.

El rostro más agrio de la Revolución parecía pues perseguirle por doquier, pero Beaumarchais estaba acostumbrado a crecerse en la adversidad y poner toda su pasión y talento al servicio de lo que creía una causa justa. Durante su encarcelamiento en Londres había iniciado un extenso memorial dirigido a su

principal denunciante, el diputado Laurent Lecointre,<sup>[257]</sup> a modo de una crónica en seis capítulos o «épocas» sobre «los nueve meses más penosos de mi vida». Trataba sobre el embrollo de los fusiles, pero también sobre el rumbo de la Revolución. Lo primero que hizo en París fue terminarlo y publicar seis mil copias. Como su mayor obsesión era que no quedara nadie influyente sin leerlo, es de suponer que más de un miembro de la Convención habría reparado en sus impactantes párrafos finales, fechados el 6 de marzo:

«¡Oh, mi patria en lágrimas! ¡Oh, franceses desgraciados! ¿De qué os habrá servido derribar las Bastillas si los bandidos que vienen a bailar encima nos degüellan sobre sus ruinas? Verdaderos amigos de la libertad, sabed que sus primeros verdugos son la permisividad y la anarquía [...].

»Hagamos la paz con Europa. ¿No fue acaso nuestro más bello día de gloria aquel en el que se la declaramos al mundo? Afirmemos nuestro interior. Constituyámonos al fin sin debates, sin tormentas y sobre todo, si puede ser, sin crímenes [...]. La paz, las leyes, una constitución. Sin estos bienes no hay patria y, sobre todo, no hay libertad [...].

»Tengo más de sesenta años y alguna experiencia de los hombres [...]. He dejado hablar a todo el mundo y me callaré enseguida después de estas pocas palabras. Pero si vaciláis en adoptar una opción generosa, os lo digo con dolor: ¡franceses, no nos queda más que un momento de existir libres! ¡Y el primer pueblo del mundo, encadenado, se convertirá en la vergüenza, en el vil oprobio de este siglo y en el espanto de las naciones!». <sup>[258]</sup>

Era Juan Fígaro, un Juan Pueblo que ya estaba ahí mucho antes de que nadie hablara de los *sans-culottes*, quien se plantaba con los brazos en jarras ante la Revolución y le cantaba algunas de sus verdades profundas. Pero la Revolución no escuchaba, entre otras razones porque no estaba esos días para nada que no fuera defenderse de sus enemigos reales e imaginarios.

Las malas noticias se acumularon de repente sobre la Convención como si los últimos temporales del invierno se encadenaran con las primeras tormentas de la primavera. Entre esos 20 y 25 de marzo el ministro de Exteriores Lebrun presentó un tremendo informe sobre las supuestas iniquidades a que estaban siendo sometidos los franceses en España;<sup>[259]</sup> su colega Beurnonville leyó las cartas en las que Dumouriez, Valence y Miranda le daban cuenta de lo ocurrido en Neerwinden; los secretarios de la Asamblea transmitieron las alarmantes misivas llegadas de la Vendée describiendo las masacres de «patriotas» y la derrota del general Marcé; y el diputado Lepage anunció el «asesinato» de su excompañero el dimisionario Manuel, tras haber recibido «sesenta heridas» durante una revuelta en su pueblo natal de Montargis, en el que se había recluso con la vana esperanza de que se olvidaran de él. <sup>[260]</sup>

Aunque esas heridas fueran bastante más graves que las de Léonard Bourdon en Orleáns, el «asesinado», denostado por los jacobinos y la Montaña tras su renuncia en protesta por la ejecución del rey, vivió lo suficiente como para aguardar casi ocho

meses a que llegara su turno en la guillotina. El timorato Bréard lo anunció premonitoriamente desde la tribuna en su primera reacción a la noticia:

—Manuel ha sido asesinado: si es culpable debe ser castigado.

El momento de mayor tensión fue en todo caso el de la lectura de la carta a Beurnonville en la que Dumouriez culpaba a Miranda de la derrota de Neerwinden. Como quiera que al final vinculaba el desenlace con el pillaje, la indisciplina y el sistema de elección de los oficiales por la tropa, algunas voces del sector moderado se alzaron señalando al responsable:

—¡Marat, Marat, he aquí el efecto de lo que predicas!

Y como de costumbre l'Ami du Peuple no se quedó callado:

—El truco habitual de los jefes pérfidos cuando han experimentado un revés es acusar a los soldados patriotas. Ha llegado el momento de desgarrar el velo y de decirlo claramente: no tenemos generales capaces de hacer frente al enemigo.

Ante lo cual no faltó de nuevo, esta vez por boca de Lecointe-Puyraveau, la cantinela de quienes a la vez le despreciaban y le temían:

—Pido que Marat sea declarado en estado de demencia.

La crudeza de su ataque a Dumouriez cuando todavía se le creía victorioso había causado amplia indignación y ese día, al llegar a la Convención, Marat había sido abucheado y amenazado en la terraza de los Feuillants. Al explicar el incidente *Le Patriote Français* se referiría con sorna al «aún periodista Marat», advirtiendo en un rasgo de *fair play* que «un diputado debe ser siempre sagrado para los republicanos» y que «la única pena de Marat debe ser la de oír decir a su paso: ¡tened cuidado, ahí va Marat!». [261] Por su parte el periódico de l'Ami du Peuple calificó a los agresores de «soplones de Lafayette» y concretó que las pruebas de la «traición» de Dumouriez estaban «escondidas por los hombres de Estado en el Comité de Defensa General». [262]

En esa atmósfera electrizada por la tensión y la sospecha se leyó en la Asamblea una carta de los jacobinos de Marsella dirigida a los «Mandatarios infieles que queríais la apelación al pueblo», en la que con el apoyo de veinticuatro secciones de la ciudad portuaria, de su municipalidad y del propio directorio del Departamento de las Bocas del Ródano, se pedía la dimisión de los diputados que habían intentado salvar la vida del «tirano». Su tenor no podía ser más insultante ni su tono más agresivo: «Vuestra perfidia ha llegado a su colmo [...]. Huid de este recinto sagrado que habéis manchado tantas veces con vuestro aliento impuro [...]. En la Convención Nacional sólo reconocemos a esta Montaña tutelar que debe salvar con nosotros a la patria. Huid, cobardes y perjuros mandatarios, o preparaos para sentir los primeros la espada vengadora de un pueblo republicano que se alza por tercera vez».

Era la constatación de que los acontecimientos de París habían empezado a tener su correspondiente eco en los lugares con mayor efervescencia política de la República. La primera reacción escandalizada de los moderados fue pedir a gritos que el mensaje se distribuyera a todos los departamentos y se convocaran las asambleas

primarias para determinar quién tenía y quién no la confianza del pueblo. Barère trató de cortar ese debate en seco, arremetiendo a la vez contra la petición de los marseleses y contra la moción a favor de las asambleas primarias. Al hacerlo no dejó de incluir una variante de sus metáforas náuticas:

—Ciudadanos, limitar la representación nacional a eso que se llama la Montaña es insultar al pueblo francés. ¿Qué debemos hacer en estas circunstancias? ¿Debemos castigar gravemente los errores? ¿Hay que golpear a los hombres engañados o exagerados? No lo creo. Debemos contentarnos con reprobarlo. La Convención es la única ancla que puede echar Francia en el seno de la tempestad horrible que se ha levantado. En cuanto a la moción tendente a consultar a las asambleas primarias, nunca una medida fue más peligrosa y subversiva de la libertad. Si yo formara parte del consejo de estos reyes coaligados que os atacan, yo llevaría allí el mensaje de Marsella con la moción para renovar a los diputados de la Convención; y habría servido bien a la tiranía.

Guadet, látigo de la Gironda, vino a darle sorprendentemente la razón en lo de las asambleas primarias:

—Hubo un tiempo en el que esta medida se pudo llevar a cabo sin el mismo peligro. Pero podría ser extremadamente peligrosa en el comienzo de una campaña [militar] hacia la que los franceses deben dirigir todas sus miradas.

En cambio no estaba de acuerdo con que todo quedara en un mero repudio verbal, tal y como acababa de proponer Barère:

—Yo digo que la República está perdida si no aniquiláis a estos hombres que, como los insectos que aparecen después de una tormenta, se acumulan en torno a las revoluciones para darles la vuelta en su provecho. ¿Qué medida debéis tomar contra los firmantes de este mensaje? Debéis aprobar un decreto de acusación contra ellos.

—¡Sí, y mandar detener a toda la ciudad de Marsella! —le respondieron burlescamente desde los bancos de la izquierda.

Numerosos diputados del centro y la derecha estaban pidiendo que se votara la propuesta de Guadet, cuando Barbaroux, diputado por las Bocas del Ródano, paladín de los federados marseleses que habían desempeñado un papel decisivo en el derrocamiento de la Monarquía y objetivo número uno de la vitriólica carta de sus paisanos, volvió a las andadas sobre la convocatoria de las asambleas primarias:

—Voy a combatir a la vez la proposición de Guadet y los argumentos de Barère. No, ciudadanos, no tendréis la paz en la República hasta que no hayáis convocado al pueblo para que ejerza su soberanía. Convocad al pueblo. La manifestación de su voluntad impondrá silencio a todos los facciosos. Pido la convocatoria de todas las asambleas primarias de la República para que se pronuncien sobre los diputados que han perdido su confianza y los reemplacen.

La confusión alcanzó su apogeo cuando un tercer orador del bando moderado, Lasource, intervino en contra de la propuesta de Barbaroux pero sin apoyar la de Guadet. Esta nueva muestra de descoordinación del supuesto partido girondino

permitió que todo quedara en una simple reprobación, tal y como había pedido el componedor Barère.

Mucho menos indulgente se mostró la Convención con aquellos a quienes responsabilizaba de sus reveses militares. Aunque una carta de Delacroix incidía en la indisciplina de las tropas y pedía que se revocara el permiso indiscriminado para casarse, pues eran ya «miles» las mujeres que acompañaban a los soldados, el jacobino Albitte abrió la ofensiva contra los «generales extranjeros», en línea con las tesis de Marat:

—Es sorprendente que las tropas republicanas sean mandadas por extranjeros. Aquí veo a un general español, Miranda; allá a un general alemán [Stengel], allá a un general polaco [Miaczinski]. No creo que estos hombres se sientan unidos a la República. Pido que el Comité de Guerra presente una ley contra los generales que no hayan cumplido con su deber y que declaréis que no se dará ningún puesto a oficiales extranjeros.

El venezolano Miranda, que había pasado ya por inglés y por peruano, se transfiguraba ahora en «español» como si se tratara de un peninsular. Otro *montagnard*, Rühl, fue todavía más lejos con una extraña recomendación, tratándose de militares:

—Pido que les hagáis salir a todos sin excepción de la República. No tienen nada que hacer en un país agitado. Podrán volver cuando estemos en calma.

En este clima de búsqueda apresurada de culpables no es de extrañar que, a instancias del jacobino Bentabole, se dictara orden de detención contra Miranda y que Robespierre propusiera que el Tribunal Revolucionario juzgara al general Marcé con el argumento de que «los crímenes de lesa nación no pueden ser travestidos en simples delitos militares». Era también el criterio de los diputados Carra y Auguis cuando comunicaron a la Convención que, además de a Marcé, habían detenido al mayor de sus hijos, ya que sospechaban que ambos estaban vinculados a un complot aristocrático gestado en Bretaña: «El único medio de asustar a los traidores y conspiradores sería acelerar el castigo de los que caigan en nuestras manos». De momento prevaleció el criterio de que compareciera ante una corte marcial en La Rochelle, pero el calvario del viejo general Marcé no acababa sino de empezar.

Los emigrados y los curas refractarios también tuvieron lo suyo. A propuesta de Tallien la Convención decretó que «todos los eclesiásticos que no hayan prestado el juramento de defender la libertad y la igualdad, conforme a la ley, habrán de abandonar antes de veinticuatro horas el lugar en el que habiten y el territorio de la República bajo pena de muerte».

No obstante, la principal aportación legislativa de esas jornadas fue la constitución de los denominados Comités de Vigilancia, que pronto serían coloquialmente llamados Comités Revolucionarios. Estaban encargados en cada pueblo o sección de una ciudad de controlar a los ciudadanos extranjeros, determinando quiénes debían ser expulsados en veinticuatro horas del lugar y

obligados a salir en ocho días de Francia. Entre las competencias de estos comités, formados por doce miembros —ninguno de los cuales podía ser ni clérigo ni aristócrata—, estaba también la de renovar o no las tarjetas de civismo de sus convecinos. En cuestión de semanas llegarían a formarse hasta 44.000 en toda la República, acelerando así la transformación de Francia en un Estado policial al servicio de lo que pronto sería un pensamiento único. No en vano Carlyle definiría a estos Comités Revolucionarios como «el elixir del jacobinismo».<sup>[263]</sup>

Todo París conoció el 24 de marzo las dos cartas de Dumouriez dirigidas al presidente de la Convención. *La Chronique de Paris*, que tras la agresión a sus talleres había estado cinco días sin salir, se apuntó el éxito informativo<sup>[264]</sup> al publicar íntegramente la desafiante misiva del día 12. De nada sirvió que la Asamblea se apresurara a dar lectura a la insustancial adenda arrancada por Danton al general. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de la capital revolucionaria. En sus calles no se terminaba de entender muy bien ni la secuencia de los acontecimientos ni si, a juzgar por lo leído, convenía más un Dumouriez triunfador o un Dumouriez derrotado.

Lo que parecía indiscutible es que se estaban gestando nuevas amenazas tanto en el interior como en el exterior de la República, y eso reforzaba la percepción de que se necesitaba un gobierno más eficaz y fuerte. Tras el pinchazo en hueso que supuso la propuesta de Danton de sustituir al Consejo Ejecutivo Provisional por un gabinete que incluyera a miembros de la Convención, se eligió un camino más tortuoso. Con leves variantes tanto el jacobino Quinette como el moderado Isnard propusieron el día 22 que se aprovechara la dimisión del Comité de Defensa General —en funciones tras la caída de Lieja— para renovarlo, ampliar el número de sus miembros y encargarle que eligiera en su seno un Comité de Salud Pública responsable de supervisar la acción de los ministros. El 25 por la tarde, con el que fuera mano derecha de Danton en el Ministerio de Justicia, Fabre d'Églantine, como ponente, se aprobó un decreto que establecía en veinticinco el número de miembros del nuevo supercomité.

A juzgar por la facilidad con que en este caso se llegó a un acuerdo para integrar a las principales figuras de la cámara —Robespierre, Danton, Desmoulins, Prieur de la Marne o Dubois-Crancé entre los *montagnards*; Vergniaud, Buzot, Barbaroux, Guadet o Condorcet entre los moderados; Barère, Cambacérès, Bréard o Sieyès entre los equilibristas—<sup>[265]</sup> cualquiera diría que, estimulada por un elemental instinto de autoconservación, la Convención estaba tomando conciencia de los peligros que se cernían sobre ella. Seguro que esa sensación se habría acentuado dramáticamente si los diputados hubieran sabido con quién estaba cenando esa noche Dumouriez y de qué hablaban.

## VEINTICINCO

El coronel Mack, jefe del Estado Mayor del ejército austriaco, había llegado ya entrada la tarde al cuartel general francés, instalado en la pequeña localidad belga de Ath, donde confluyen los dos brazos del río Dendre antes de dirigirse hacia el norte. Después de sufrir un nuevo revés en los alrededores de Lovaina, Dumouriez se había visto obligado a evacuar Bruselas y replegarse hacia la frontera, pero aún albergaba alguna esperanza de conservar el control de la provincia flamenca del Hainaut, tradicionalmente muy afín a Francia, haciendo regresar al grueso de su cuerpo expedicionario en los Países Bajos. Su principal obsesión era, sin embargo, muy otra, y para poder traducirla en un plan ejecutable necesitaba nada menos que la cooperación del enemigo.

La visita del astuto coronel Mack era fruto de una iniciativa de Dumouriez formalmente centrada en el intercambio de prisioneros. Había sido trasladada a los austriacos cuarenta y ocho horas antes por su ayudante el coronel Montjoye, quien había mantenido un encuentro personal con el propio príncipe de Coburgo.<sup>[266]</sup>

Tras resolver los aspectos técnicos de la entrega recíproca de los soldados capturados por unos y otros, Dumouriez ofreció una cena a Mack, en presencia de su plana mayor, sentándolo a su lado y tratándolo con gran deferencia. En un ambiente de cordialidad, cercana a la camaradería propia de los profesionales de las armas, la conversación giró en torno al número de tropas que los austriacos habían utilizado en la batalla de Neerwinden y Mack se dio cuenta de que, tal vez como mecanismo de autojustificación, los franceses creían que Coburgo contaba con el doble de soldados de los que en realidad disponía. Estaba pues en una posición de fuerza de cara a cualquier negociación.

En el momento de los brindis Dumouriez no se reprimió y levantó su vaso «a la salud de Luis XVII». Luego se retiró a una estancia vecina con Mack, Montjoye, su propio jefe de estado mayor, Thouvenot, el duque de Chartres y el general Valence, que exhibía un aparatoso vendaje en la cabeza, secuela de sus heridas en el choque con la caballería austriaca. Tras culpar a la Convención de los males de Francia, Dumouriez puso las cartas boca arriba ante ese reducido grupo:<sup>[267]</sup>

—Quiero marchar sobre París con la mejor parte de mi ejército, proclamar a Luis XVII y convocar una nueva representación nacional. El resto de mis tropas conservará su posición actual detrás del río Dendre. El príncipe de Coburgo me dará su palabra de honor de no inquietarlas. Es preciso que me ayude por todos los medios a alcanzar el objetivo de mi gran aventura.

Mantener las tropas «detrás del río Dendre» era dejarlo todo como estaba, congelar la situación militar. Pero Mack estaba preparado para imponer sus condiciones y sabía que podía ir de farol, pues tenía delante a un cliente ansioso por comprar su mercancía.



—Mientras haya un solo francés en Holanda o en Bélgica no puede haber acomodo alguno. Debéis abandonarlas y retiraros hasta la frontera francesa. Si no, el príncipe de Coburgo no perderá un momento para atacaros y cortar la retirada a vuestro ejército en Holanda. Tiene 60.000 hombres, de los cuales 40.000 os atacarán de nuevo y los otros 20.000 avanzarán sobre Geertruidenberg y Breda.

Dumouriez se sintió agredido en su amor propio y su primera reacción fue la de revolverse contra Mack:

—Tengo suficientes fuerzas como para deteneros. Espero refuerzos considerables y sabré defenderme. Sabed, coronel, que la suerte de las armas es cambiante.

Sin embargo, al ver la firmeza del austriaco, y tras un breve aparte con sus íntimos colaboradores, Dumouriez dio enseguida su brazo a torcer:

—Muy bien, estoy decidido. Enviaré esta misma noche la orden de evacuar las plazas fuertes de Holanda y Bélgica y comenzaré sin dilación la retirada hacia la frontera francesa. Espero que el príncipe de Coburgo esté contento conmigo.

—Con esas condiciones os doy la palabra del príncipe de que, lejos de inquietaros, hará todo lo posible para facilitar vuestra marcha hacia París.

—¿Pero me aseguráis que mis tropas de Holanda podrán ganar la frontera sin obstáculo y que se les suministrará todo lo necesario durante su retirada?

—Os lo prometo.

Llegados a este punto, Dumouriez esbozó los detalles de su plan. Él mismo entraría en la capital al frente de su vanguardia compuesta por tres columnas: una ocuparía la Convención, otra el Club de los Jacobinos y la tercera liberaría a los prisioneros del Temple. A continuación anunciaría el restablecimiento de la Monarquía y de la Constitución de 1791. Este último paso le pareció incomprensible a Mack.

—Me sorprende que un hombre lúcido como vos pueda creer en la bondad de una constitución con tantos defectos. ¿Por qué no restablecéis el antiguo orden de cosas?

—Sería el medio más seguro de arruinar todos mis planes y volver contra mí a Francia entera. Si por el contrario proclamo la Constitución monárquica, tal y como lo hizo la Asamblea, las nueve décimas partes del país se pronunciarán a mi favor. La masa de mis compatriotas no quiere otra cosa. Sé bien que esta Constitución tiene sus defectos, pero es fácil corregirla y volverla parecida a la inglesa. Se aumentarán las prerrogativas del rey.

—Perdonadme otra cuestión. ¿No sería conveniente, por vuestra propia seguridad, introducir guarniciones austriacas en algunos lugares de Francia?

—¡Eso sería llevar la sospecha y la desconfianza al seno de mi ejército! Quiero evitar toda apariencia de intervención extranjera. Sabed, coronel, que no tengo otro objetivo que la salvación de Francia y que no permitiré que se ponga en riesgo la integridad de su territorio. Si tuviera cien vidas, las daría para poner fin a las atrocidades de los jacobinos; pero si tuviera mil, las sacrificaría para impedir a las potencias extranjeras dictar leyes a mi patria. Por otra parte, ¿para qué servirían las

guarniciones austriacas? Me fío completamente de mi ejército. No ha cesado de quererme y me seguirá hasta el final.

—Sin embargo, sabed que los sentimientos cambian. ¿No podría ocurrir que las tropas que dejarais detrás durante vuestra marcha hacia París os abandonaran?

—Eso es imposible.

El propio Dumouriez reconocería en sus *Memorias* que una de sus preocupaciones era «ocultar a los dos ejércitos la connivencia entre sus generales».

[268] Según Mack, antes de despedirse Dumouriez le hizo una última petición: «¿Podría el príncipe avanzarme veinte mil luisas de oro para distribuirlos en París?».

[269] Al menos en términos morales el general ya había cruzado el Rubicón. «Cada uno muerde cuando le toca», debió de pensar evocando el lema que acompañaba la efigie del perro lobo que había hecho suya hacía poco más de un mes.

## VEINTISÉIS

El 26 de marzo una delegación de la Sección de Réunion arremetió contra la «cobardía del moderantismo» y propuso en la Convención que «considerando la situación crítica en la que se encuentra el Departamento de la Vendée» todos los antiguos nobles, eclesiásticos y personas «sospechosas» en general —se había creado una nueva categoría de ciudadanos sin derechos— fueran desarmadas por los recién creados Comités de Vigilancia de las cuarenta y ocho secciones de París tras la pertinente apertura de un registro de denuncias. La medida fue aprobada poco menos que por unanimidad y no faltó un diputado *montagnard* —en este caso Genissieu— que lograra su extensión al conjunto de la República.

Por la tarde Dumouriez entró en Tournai, la última ciudad en la que se instalaría en suelo belga. Su cuartel general seguía estando en Ath, pero en Tournai estableció una especie de base operativa personal en una vivienda en la que residían *madame* de Genlis —antigua amante del duque de Orleáns, preceptora de sus hijos y esposa del diputado Sillery— y Adelaide, hermana del duque de Chartres, conocida entonces como «*mademoiselle* Égalité». Una y otra habían pasado un tiempo en Inglaterra y al regresar a Francia se encontraron en la lista de los emigrados que no podían volver so pena de encarcelamiento. El ya ciudadano Philippe Égalité había logrado que la Comuna de París les permitiera marcharse de nuevo y se habían instalado lo más cerca posible de la frontera, bajo la protección del ejército francés.

El propio duque de Chartres —muy unido a su hermana y a su antigua institutriz— estaba también en la casa cuando se presentó el jacobino Proli. Según el relato del enviado de Lebrun, el primogénito de los Orleáns estaba presente durante la que sería su primera conversación con Dumouriez, pero él sostiene en sus *Memorias* que estaba en la cama en el piso de arriba aquejado de fiebres. Quienes en todo caso sí estaban delante cuando se produjo la visita inesperada eran el general Valence —yerno, para mayor embrollo, de *madame* de Genlis—, que seguía exhibiendo su aparatoso vendaje, y una serie de delegados de las ciudades de Valenciennes y Cambrai.

Según explicarían en su informe final, los tres agentes de Lebrun, teóricamente encargados de asestar aquel «golpe terrible contra el Banco de Inglaterra», habían visto en pleno viaje cómo la derrota de Neerwinden y la salida de las tropas francesas de Bélgica daban al traste con su misión original. Entonces habían decidido «unirse al general en su retirada» y, tras pasar unos días en Valenciennes, habían llegado a Tournai en el mismo momento en que él entraba con su vanguardia.

Proli había creído aconsejable presentarse en un primer momento solo, ya que era quien, en función de su origen belga, conocía de antiguo a Dumouriez, pero la idea tuvo el efecto contrario al deseado porque, tan pronto como le vio, el general estalló en cólera, reprochándole que, después de haber tratado de organizar el encuentro con Desfieux y Jeanbon Saint-André en París en enero, le hubiera atacado en una sesión del Club de los Jacobinos. Proli sostendría que había sido «inducido al error por una

información falsa, insertada de manera inexacta» en *Le Journal des Debats* que reflejaba las sesiones del club. En todo caso «la conversación fue muy agria» y eso contribuyó a soltarle la lengua al general.

«Olvidando —según Mortimer-Ternaux— que la prudencia es la primera virtud del conspirador, Dumouriez exhaló todo su mal humor contra la Convención y los Jacobinos».<sup>[270]</sup> De acuerdo con la versión de Proli, sostuvo en concreto que la Asamblea y el club «eran la causa de todos los males de Francia, pero que él la salvaría [...] sin que le importara que le llamaran César, Cromwell o Monck». La tensión del momento y la presencia de tantos testigos aconsejaron a Proli abandonar la casa y reunirse con sus compañeros. Cuando supieron lo ocurrido, Dubuisson y Pereyra decidieron presentarse ellos de manera más formal. Lo hicieron, mostrando a Dumouriez las cartas introductorias de su antiguo protegido Lebrun y pidiéndole una entrevista en privado.

El general les hizo pasar a una habitación contigua y, según su relato, «después de sus repetidas diatribas contra toda la Convención, el Consejo Ejecutivo y los Jacobinos, consiguieron inspirarle más confianza y se sintieron muy próximos a averiguar, en una tercera conversación, qué es lo que pensaba de verdad un hombre que parecía entregado a mil ideas contradictorias». Como eran ya las ocho de la tarde y Dumouriez debía regresar al cuartel general de Ath, le pidieron mantener un nuevo encuentro al día siguiente, con más tiempo y en presencia de los tres. El general accedió y «les abrazó para hacerles olvidar los ataques personales que al principio les había dedicado como jacobinos». Dubuisson escribió esa noche una primera carta a Lebrun, relatándole lo ocurrido.

¿Qué es lo que había amansado a Dumouriez? Todo indica que en esta reunión la voz cantante había correspondido a Dubuisson, que era quien formalmente llevaba los galones como secretario del Club de los Jacobinos. Definido por un contemporáneo como «una especie de hombre de letras al que las letras no pudieron alimentar, lo que le hizo buscar un suplemento en las calamidades de la Revolución»,<sup>[271]</sup> Dubuisson tenía un especial don para el disimulo y el espionaje. De hecho su nombre aparecía en la nómina del Ministerio de Asuntos Extranjeros de ese año como «agente secreto».<sup>[272]</sup> Debió de ser pues en esta conversación en la que Dumouriez comenzó a percibir que aquellos jacobinos estaban «de acuerdo con él sobre la nulidad, la incapacidad y el desorden de la Convención y sobre la necesidad de eliminarla y establecer otro poder legislativo».<sup>[273]</sup>

Más o menos a esa misma última hora de la tarde de aquel martes 26 de marzo, en medio de una mezcla de expectación y drama, el ampliado y renovado Comité de Defensa General celebraba la primera reunión de su nueva etapa bajo la premisa de que cualquier diputado podía asistir y participar, con voz pero sin voto, a sus debates. A tal efecto se había trasladado su sede desde el antiguo convento de los Feuillants hasta una de las salas de las Tullerías en las que estaba previsto que terminara instalándose la Convención en su conjunto; y, de hecho, el relato más detallado de lo

ocurrido aquella noche procede de dos diputados —el moderado Thibaudeau y el *montagnard* Lévasseur de la Sarthe— que, aun no siendo miembros, estuvieron presentes en la reunión.

Asistían también todos los ministros que formaban el Consejo Ejecutivo. Beurnonville comenzó leyendo y respaldando una nueva carta de Dumouriez en la que, en línea con lo que estaba pactando con Mack, proponía la evacuación de Bélgica. Pero era la misiva del día 12, reproducida también en el *Moniteur* y en *Le Patriote Français*, la que estaba muy presente en la mente de los diputados. El jacobino Prieur de la Marne, con experiencia ya en varias misiones ante los ejércitos de la República, expresó «su asombro de que se quisiera abandonar con tanta precipitación y ligereza a pueblos a los que se había traído la libertad y a los que se había adquirido el compromiso de proteger».<sup>[274]</sup> Según Lévasseur, «varios *montagnards* y yo mismo atacamos duramente a Dumouriez, contra quien habríamos querido que se dirigiera un decreto acusatorio».<sup>[275]</sup>

Las cosas parecieron ponerse feas para el general cuando Robespierre intervino en el mismo sentido. Entonces Danton tuvo que emplearse a fondo para defenderle con habilidad, dando una de cal y otra de arena, ya que no podía obviar que no había logrado que se retractase de sus acerbos críticas a la Convención. Contó, eso sí, con el pleno respaldo de un hombre respetado como Camus, que también acababa de regresar de Bélgica. Lévasseur da por buena la versión de las palabras de Danton recogida por Thibaudeau:

—Dumouriez tiene grandes talentos militares y la confianza de sus soldados. Sobre todo en este instante es muy necesario en el ejército. Él manifiesta a menudo principios políticos contrarios a la Convención. Está convencido de que le corresponde a él solo dirigir las revoluciones de Bélgica y Holanda, a las que le gustaría educar a su manera como si fueran sus hijos. No observa el respeto debido ni a los comisarios de la Convención ni a la propia Convención. Dice que está compuesta por una mitad de ignorantes y otra mitad de bandidos. Esta conducta reprensible tiene una influencia funesta sobre el ejército. En presencia del diputado Gossuin, al que no prestaban ninguna atención, los soldados gritaban: «¡Ahí está Dumouriez, nuestro padre! ¡Iremos donde él quiera!». Se agrupaban a su alrededor, besaban sus manos, sus botas y su caballo. Nosotros creemos, sin embargo, que Dumouriez no tiene ambiciones personales. Es preciso mantenerle en el mando pero vigilarle. Hay que fijar los límites de la autoridad de los generales y castigar a los que los sobrepasen.<sup>[276]</sup>

Fue esta conclusión la que produjo una «fuerte sorpresa» y llevó a Robespierre a argumentar que «después de lo que acababa de oír, Dumouriez era indigno de la confianza de la nación y peligroso para la libertad [...], y que él no dudaría un instante en retirarle el mando». Al final se acordó, con la aquiescencia de los moderados y el inesperado apoyo de Dubois-Crancé, que dijo tener «pruebas a favor de Dumouriez»,<sup>[277]</sup> que fuera el Consejo Ejecutivo el que acordara lo que le

pareciera más conveniente. Pero era indudable que se había abierto cuando menos una fisura en el seno del bloque jacobino y que Danton salía tocado de la reunión.

Se hubiera reunido o no con Dubuisson, Pereyra y Proli en Valenciennes, Danton había podido comprobar por sí mismo lo difícil que resultaba ya controlar a Dumouriez. Todas las oportunidades que se desprendían de su buena relación con un general victorioso y leal a la República se trocaban en graves riesgos si su espada había sido derrotada y desafiaba además a la Convención sin atenerse a ningún sentido de la medida o la oportunidad. Danton era consciente de que la situación empezaba a hacerse muy embarazosa para él y de que pronto llegarían las preguntas difíciles de contestar. Como en tantas otras ocasiones, su reacción ante la crisis fue la huida hacia delante, apoyada en sus dotes oratorias y su ingente imaginación política.

A la mañana siguiente Danton aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para hablar al pleno de la cámara. El pretexto fue una proposición del *montagnard* Albitte, respaldada por el representante de la Gironda, Ducos, para que Beurnonville explicara si los diputados estaban observando o no al pie de la letra la prohibición de hacer recomendaciones para los nombramientos militares. Danton le interrumpió sin moverse del escaño:

—Yo declaro haber recomendado a los ministros a excelentes patriotas, a excelentes revolucionarios. No hay ninguna ley que pueda impedir a un representante del pueblo expresar su pensamiento. La antigua ley que se ha querido invocar era absurda; ha sido revocada por la Revolución. Es preciso que la Convención Nacional sea por fin un cuerpo revolucionario; es preciso que sea pueblo; que declare la guerra más implacable a los enemigos del interior. ¿Qué pasa? La guerra civil se ha alumbrado en todas partes y la Convención permanece inmóvil. ¡Se ha creado un Tribunal Revolucionario que debía castigar a todos los conspiradores y este tribunal no está aún en funcionamiento! ¿Qué dirá pues este pueblo? Está dispuesto a levantarse en masa.

La impaciencia de Danton fue acogida con tantos aplausos por la Montaña como murmullos en el resto de la cámara. Aprovechó el momento de confusión para encaramarse a la tribuna y repetir sus últimas palabras:

—¿Qué dirá pues este pueblo? Está dispuesto a levantarse en masa. Siente que debe hacerlo.

Gritos de «¡Sí, sí, sí!» brotaron de la izquierda, que redobló su ovación. Danton decidió emplearse a fondo:

—El pueblo dirá: «¿Qué pasa aquí? ¡Pasiones miserables agitan a nuestros representantes y los contrarrevolucionarios matan entre tanto a la libertad!». Debo decir por fin la verdad, os la diré sin ambages. ¡Qué me importan todas las quimeras que se puedan difundir contra mí, si puedo servir a la patria! Sí, ciudadanos: vosotros no cumplís con vuestro deber. Decís que el pueblo está engañado, pero ¿por qué os alejáis de él? Acercaos a él, entrará en razón. La Revolución no puede avanzar, no puede consolidarse sin el pueblo. Las revoluciones estimulan todas las

pasiones. La estatua de la libertad no está fundida. El metal hierve. Si no vigiláis el horno, os quemaréis todos.

La fuerza de esta metáfora, o más bien profecía, terminó de desatar el entusiasmo de una parte creciente de la Convención, mientras se acallaban las críticas de la otra. Fue entonces cuando Danton sacó su nuevo as de la manga.

—¿Cómo es posible que no os deis cuenta de que es preciso que la Convención decrete hoy que todo hombre del pueblo tendrá una pica a costa de la nación? Los ricos la pagarán, la pagarán de acuerdo a una ley: las propiedades no serán violadas. Daos cuenta de que si en Orleáns hubiera habido picas, vuestros representantes no habrían sido asesinados. Se os ha dicho que no había más que veinte hombres del pueblo armados para repeler a los que atentaron contra la vida de Bourdon. ¡Y bien, es preciso que cada ciudadano tenga una pica!

La medida era tan concreta, la imagen tan potente —un hombre, una pica—, que por un momento pareció como si todos los problemas de Francia fueran a arreglarse entregando palos de madera con puntas de hierro a millones de *sans-culottes*. A la demagogia de Danton sólo le faltaba un buen adorno patibulario:

—Yo declaro aquí que cualquiera que ose apelar a la destrucción de la libertad perecerá por mi propia mano, aunque deba llevar mi cabeza al cadalso, feliz de haber dado un ejemplo de virtud a mi patria.

Los discursos de Danton eran como las muñecas rusas: dentro de los mensajes más aparatosos y evidentes siempre había encerradas cosas menos visibles pero de mayor calado. Esta vez quiso aprovechar la ocasión para tender la mano a los moderados, no sin antes ponerles bajo sospecha:

—No os daré más que un solo dato y os pido que después lo olvidéis. Roland le escribía a Dumouriez, y es el general quien nos ha enseñado la carta a Delacroix y a mí: «Es preciso unirnos para aplastar al partido de París y sobre todo a este Danton». Pero echemos el telón sobre el pasado. Es preciso volver a unirnos. No pido abrazos particulares, las antipatías son indestructibles. Pero está en juego nuestra salvación y estoy tan convencido de que atentar contra la representación nacional es un crimen atroz, que juro morir para defender a mi más cruel enemigo.

Para los historiadores contrarios a Danton su llamamiento del 27 de marzo al levantamiento del pueblo y su propuesta de armarlo con picas —aprobada por unanimidad por la Convención— son la prueba de que no había sido ajeno a la intentona abortada el 9 y el 10 y de que pretendía volver a las andadas. Mathiez subrayará incluso la «coincidencia extraña» y la «simple sincronía que da que pensar»<sup>[278]</sup> entre la actitud de Danton y la de los tres jacobinos que simultáneamente sondeaban —o tal vez estimulaban— a Dumouriez. Para sus partidarios lo esencial de este discurso es, en cambio, la rama de olivo tendida a los moderados en términos que podrían empezar a justificar su amarga queja *a posteriori* ante Garat: «Veinte veces les he ofrecido la paz y no la han querido».<sup>[279]</sup>

Probablemente lo más certero sea decir que Danton quería mantener abiertas



todas sus opciones y en todo caso cambiarle el paso a la Convención para no tener que dar explicaciones sobre sus tratos con Dumouriez. Algo que vio con toda claridad tras su intervención Buzot, aprovechando el momento para pasarle la factura en su propio nombre y en el de los Roland.

—Recuerdo que Danton reconoció un día que se había equivocado sobre las operaciones de Dumouriez. Pido que tanto él como Camus, que está actualmente en París, rindan cuentas y sean obligados a explicar lo que saben sobre Dumouriez.

Sin embargo, el principal problema de Danton no estaba en ese momento a su derecha, sino más bien a su izquierda. La correspondencia de Dumouriez y el propio relato de su conducta en el Comité de Defensa General habían encendido todas las alertas en la mente recelosa de Robespierre. Ante el riesgo de que los moderados terminaran implicándole en una conspiración orleanista basada en que Philippe Égalité se había convertido en el más dócil de los *montagnards* mientras su hijo era la mano derecha del general cuya traición ya se perfilaba en el horizonte, el Incorruptible había decidido soltar lastre y quedaba por ver a quiénes iba a afectar ese desenganche. En todo caso, en una encrucijada así Robespierre no estaba dispuesto a consentir que la iniciativa de la Montaña quedara en manos de Danton, y por eso subió a la tribuna.

—Nos hemos enterado de que un general manda como un dictador en el país en el que aún ocupa algunas plazas, que tiene malas intenciones hacia la Convención. Al margen de cuál sea el motivo de su conducta y la causa de sus errores, sus opiniones políticas deben alarmar a todos los amigos de la libertad. ¡Y hemos sepultado en un comité todas estas noticias importantes! Una falsa prudencia os ha dictado un secreto que no es tal.

Tras lanzar varias andanadas a la debilidad del poder ejecutivo y a los «abusos de la libertad de prensa», su propuesta estratégica vino a coincidir poco menos que literalmente con la de Danton. Pero él quería llevar el agua al molino en el que, al menos desde la caída del trono, siempre se había sentido más cómodo.

—No venceréis más que cuando el pueblo se levante en masa contra los enemigos del interior y cuando ponga a su cabeza a jefes en los que confíe, en vez de a los que le manda obedecer el ministro. Debéis hacer una apelación al pueblo contra todos los enemigos del exterior y del interior. ¿Qué es lo que está en cuestión en los disturbios que agitan a bastantes departamentos? No lo disimulemos: es la querrela entre la Monarquía y la República.

Era la dialéctica que le convenía: un conflicto claro entre el bien y el mal, entre el gobierno del pueblo y el de los tiranos. Según Robespierre, si el escenario fuera de tranquilidad sería posible ser generosos; pero en esas circunstancias había llegado el momento de que «los patriotas retomen con toda su energía su odio vigoroso hacia los reyes». Como muestra de tal sentimiento planteaba tres medidas concretas: que «todos los parientes de Capeto» fueran obligados a abandonar Francia en ocho días, que María Antonieta fuera juzgada por el Tribunal Revolucionario y que «el hijo de

Luis Capeto» continuara encarcelado en el Temple.

A diferencia de lo de las picas de Danton, la primera propuesta de Robespierre dividió a la Convención igual que cuando Buzot había planteado algo parecido en diciembre. Por un lado se recordaban los servicios de Philippe Égalité a la Revolución cuando aún era duque de Orleáns, y por el otro se alegaba que él y su familia serían más peligrosos para la República fuera que dentro de Francia. La Convención pasó al orden del día y Robespierre se desahogó con el diputado *montagnard* y obispo constitucional de l'Oise, Jean-Baptiste Massieu.

—¿Cómo se puede creer que Égalité ama la República? Es incompatible con la libertad. Mientras esté en Francia será un peligro. Veo entre nuestros generales a su hijo primogénito, a su amigo Biron, a Valence que es yerno de Sillery. Están íntimamente ligados con Brissot y sus amigos. Estos son los que han atribuido a la Montaña el proyecto de elevar a Égalité al trono para ocultar que quieren hacerlo ellos.

—¿Pero dónde están las pruebas? —le preguntó perplejo Massieu.

—¡Pruebas, pruebas! Yo tengo una convicción moral. Además los hechos demostrarán que tengo razón. Ya lo veréis. Cuidaos de que no sea demasiado tarde. [280]

Aunque tenía la habilidad de adaptar siempre de forma retrospectiva sus pronósticos a los acontecimientos, Robespierre no era tan buen profeta como Marat. Sin embargo, cualquiera diría que sabía que la sombra de los Orleáns iba a planear esa misma noche sobre el tercer y definitivo encuentro que Dumouriez mantendría con los jacobinos acreditados por Lebrun.

El general volvió de Ath a primera hora de la tarde y el trío expedicionario comprobó que estaba de pésimo humor. Tras un intento de abordarle nada más llegar a Tournai sin lograr que apenas les dirigiera la palabra, se enteraron de que iba a cenar en casa de *madame* Sillery y se plantaron en la puerta, haciendo guardia durante un par de horas. Cuando se presentó, Dumouriez los trató con cajas destempladas:

—Aquí no estoy en mi casa. Estoy en casa de Égalité. Si queréis hablar conmigo, me encontraréis después de cenar en la abadía de San Martin.

Dubuisson, Pereyra y Proli se dirigieron entonces al antiguo convento donde aquel ejército en retirada había instalado su nuevo puesto de mando. Pasaron allí una hora y media más durante la que tuvieron que soportar «comentarios muy desconsiderados y antipatrióticos» por parte de los oficiales y ayudantes del general. Dumouriez se presentó al fin sobre las once y «pese a las trazas de su estado de ánimo violento impresas en su fisonomía, daba la impresión de desear mantener la conversación que se avecinaba». [281]

Según el minucioso relato que redactarían en tercera persona del plural cuatro días después en París, «ellos le hicieron retomar la primera idea de la víspera, la de que él solo salvaría a la patria, sin la Convención y a pesar de la Convención».

Entonces Dumouriez repitió que la Asamblea «estaba compuesta por 745 tiranos, todos regicidas». Según los comisionados por Lebrun —y es un matiz importante—, «él no hacía ninguna diferenciación entre apelantes y no apelantes, todos le causaban horror». También les comentó que «se burlaba de sus decretos» y que «ya le había dicho a Danton que pronto no tendrían validez más que en las afueras de París».

Dumouriez arremetió luego contra los voluntarios —«dijo que eran unos cobardes y que él sólo quería tropas regulares»— y contra el nuevo Tribunal Revolucionario —«dijo que él no consentirá su existencia [...], que él sabrá impedir este horror»—, advirtiéndoles de que «si se repitieran las escenas sanguinarias, él marcharía al instante sobre París», y que en todo caso «a la Convención no le quedan más que tres semanas de existencia».

Según el trío jacobino esta última frase les indujo a pedirle más detalles de lo que iba a ocurrir y, después de algunas vacilaciones, «se decidió a hablar categóricamente y a desarrollar sus ideas». ¿Qué es lo que hizo soltar la lengua de Dumouriez? Según sus propias *Memorias*, «después de estar de acuerdo en la necesidad de eliminar el cuerpo legislativo y reemplazarlo», los enviados de su amigo Lebrun «le dieron la impresión de que buscaban con él la forma en que se haría esa sustitución». O sea, que tuvo la sensación de estar hablando al menos con unos cómplices potenciales. Los comisionados del ministro consideraron que habían obtenido «palabras tan valiosas» de boca del general que a partir de ese momento optaron por «reproducir textualmente el diálogo».

—No queréis entonces [que se apruebe] una Constitución...

—No, la nueva es demasiado tonta. Para ser un hombre agudo, Condorcet no ha entendido nada.

—¿Y qué pondrías en su lugar?

—La antigua, con todo lo mediocre y defectuosa que sea.

—A buenas horas. Pero sin Monarquía, sin duda.

—Con un rey, porque desde luego hace falta uno.

—Pero los franceses han jurado que no tendrán rey y el nombre de Luis...

—Poco importa que se llame Luis o Jacobus.

En ese momento le interrumpió Proli:

—... o Philippus.

Dumouriez le vio venir y reaccionó con aspereza:

—¡Ah! Esta es también una atrocidad de los jacobinos. Dicen que pertenezco al partido de Orleáns porque desde Jemappes vengo elogiando el valor de un joven al que estoy formando en el oficio de las armas.

Aprovechando la irrupción en la sala del general Valence y el coronel Montjoye con los últimos detalles del repliegue francés, Dumouriez hizo un aparte con Dubuisson, a quien claramente reconocía como líder del trío. Fue entonces cuando el secretario del Club de los Jacobinos planteó las preguntas clave y logró que el general le concretara su plan:

—¿Quién proclamará esa Constitución si destruíis a la Convención sin sustituirla por otro cuerpo legislativo?

—Están los presidentes de los distritos...

—¿Reuniréis a quinientos presidentes de distritos?

—No, en eso se tardaría demasiado tiempo.

—¿Quién expresará entonces el deseo de restablecer un rey y de retomar la primera Constitución?

—Mi ejército. Sí, mi ejército, el ejército de los mamelucos. Será el ejército de los mamelucos;<sup>[282]</sup> no durante mucho tiempo, pero lo será. Desde mi campamento dirá que quiere un rey. Los presidentes harán que se acepte, cada uno desde su distrito.

—Se dictará un decreto de acusación contra vos.

—Me río de ese decreto de acusación. Desafío a la Convención a que lo ejecute en medio de mi ejército. Por lo demás siempre tengo como último recurso una galopada a tiempo hacia los austriacos.

—La suerte de Lafayette no es tentadora para sus imitadores.<sup>[283]</sup>

—Lafayette no inspiraba a las potencias más que desprecio y odio. A mí me quieren, me estiman. Y yo me pasaría a ellos de forma que me recibieran bien.

—¿Pero cuándo ejecutaréis este plan contrarrevolucionario?

—Ya habría comenzado a ejecutarlo si no temiera por los días del infortunado que está en el Temple y su valiosa familia.

—Pero vais a poner en peligro esas regias vidas por las que mostráis tanto interés.

—Si se añade este asesinato a tantos otros, marcharé de inmediato sobre París y no plantearé un sitio como el de ese imbécil de Broglie<sup>[284]</sup> que no conocía su oficio. Someteré a París en ocho días por el hambre.

Fue durante esta fase de la conversación cuando, según el informe del trío jacobino, «Dubuisson, buscando todos los medios de hacerle renunciar a sus ideas, le propuso otro plan de contrarrevolución que tendría el mismo objetivo pero que sería más práctico y entrañaría menos riesgo».

¿Cuál era ese otro plan? El informe no lo aclara, pero las *Memorias* de Dumouriez sí: «Uno de ellos se atrevió a decir que los Jacobinos tenían presidente, registros, tribuna, correspondencia, oradores, y que así la sustitución estaría resuelta».<sup>[285]</sup> O sea, que el papel de la Convención podía ser desempeñado por el club de la calle Saint-Honoré bajo la tutela de su espada. Según el general, «esa era la clave de su misión».

De acuerdo con el informe de Dubuisson, suscrito por sus compañeros de viaje, «Dumouriez le escuchó con complacencia y le dijo que aunque ese plan era mejor que el suyo, no podría adoptarlo por falta de tiempo». El general, en cambio, sostiene —hablando siempre en tercera persona de sí mismo— que «con su sinceridad cortante rechazó con fuerza esa idea, motivando su negativa en la inmoralidad, la grosería, la imprudencia, la crueldad y la mala composición de esta sociedad, añadiendo que atribuía a ella todas las desgracias de Francia». Según Dumouriez, sus

interlocutores «escucharon con gran tranquilidad estas blasfemias».

Aunque el general escribió esas *Memorias* en el exilio en un momento en que le interesaba extremar al máximo su confrontación con los jacobinos, su versión es más creíble que la del trío expedicionario. De hecho ellos mismos reconocen que, hacia el final de la conversación, Dumouriez «exclamó como inspirado por la fuerza de su situación»:

—¡Muy bien! Vuestros jacobinos, a los que valoráis tanto, tienen ahora un medio de hacer olvidar todos sus crímenes. Que cubran con sus cuerpos los de la familia real; que provoquen una tercera insurrección que compense los crímenes de las de 1789 y 1792, y que el fruto de esta última insurrección sea la dispersión de los 745 tiranos al precio que sea; entre tanto yo avanzaré con mi ejército y proclamaré al rey.

De hecho la versión de Dumouriez concuerda con lo que el general Goguet, comandante militar de Bruselas, denunció que le había dicho la víspera: «Entre los jacobinos y yo hay una guerra a muerte. Arrasaré su club y sembraré de sal su emplazamiento o pereceré».<sup>[286]</sup>

Dubuisson se declara en su relato espantado por «tan atroces confidencias» y sostiene que, sintiéndose en peligro, «decidió para asegurar su retirada hacer creer a Dumouriez que su idea le parecía atractiva y factible y que partiría hacia París para sondear a los Jacobinos». Con lo cual, «fatigado por tanto proyecto liberticida pidió permiso para retirarse a las tres de la mañana». De nuevo su narración converge con la de Dumouriez, quien sostiene que «Dubuisson le aduló mucho y le dijo que iba a rendir cuentas y que esperaba volver pronto».<sup>[287]</sup>

Es imposible saber lo que habría ocurrido si Dumouriez hubiera asumido la propuesta que, una vez rechazada, fue presentada por el trío jacobino como un mero anzuelo destinado a tirar de la lengua al general. Él aseguró que «no tuvo ninguna duda de que si hubiera abundado en su idea de reemplazar a la Convención Nacional por la Sociedad de los Jacobinos, se habría ganado toda su confianza». Como no fue así, a Dubuisson, Pereyra y Proli no les quedó otra baza que dirigirse a uña de caballo hacia París para llegar a tiempo de denunciar la traición de Dumouriez antes de que nadie pudiera denunciar la suya.

## VEINTISIETE

Apenas hubo aprobado la Convención el reparto de picas auspiciado por Danton, y desde luego mucho antes de que pudiera empezar a materializarse, ya había quienes estaban obsesionados por empezar a usarlas. Las derrotas militares habían azuzado el instinto de autodefensa revolucionaria. La misma noche del miércoles 27 Marat instó en el Club de los Jacobinos a la movilización popular.

—Una sección no tiene derecho a dictar leyes a las demás, pero una sección es soberana dentro de sus límites. Pido que todas las secciones de París se reúnan para preguntarle a la Convención si tiene los medios para salvar a la patria y que declaren que, si no los tiene, el pueblo está dispuesto a salvarse a sí mismo.

Una noche más quedó patente de forma reiterada el afán tutelar del club sobre la Convención y su condición de retortero del proceso revolucionario. Coincidiendo en gran medida con la idea de Marat, Robespierre logró que se adoptara una moción invitando a las secciones a «dotarse de los medios para desterrar a los traidores». Además intervinieron dos de los diputados *montagnards* más activos en la cámara: Bentabole para pedir medidas contra los generales y demás oficiales extranjeros y Albitte para manifestar que «la Sociedad [de los Jacobinos] debe reemplazar a la parte de la Convención que no cumpla con su deber» y proponer la creación de un Comité de Seguridad General en el seno del propio club. Por su parte el vinatero Desfieux alentó el desarme de sospechosos, leyendo una carta que explicaba cómo eso ya se estaba haciendo en Marsella. Y por la suya el ingeniero Dufourny pidió que los propietarios tuvieran la obligación de colocar en la puerta todos los datos de las personas que residieran en cada inmueble.

Como remate de la sesión, la Sección de las Tullerías adelantó a los afiliados la moción que al día siguiente pensaba presentar ante la Convención y para la que quería recabar esa misma noche el apoyo del Consejo General de la Comuna. Su primera parte denunciaba que «hace más de quince días que se ha creado un Tribunal Revolucionario y no ha caído aún bajo la espada de la ley la cabeza de ningún conspirador». La segunda parte interpelaba a los diputados para que contestaran de inmediato la pregunta que acababa de plantear Marat: «En una crisis más o menos parecida, la Asamblea Legislativa tuvo el valor de declarar que no podía salvar a la patria. El pueblo se levantó y la patria fue salvada. Hablad, nosotros estamos dispuestos».

Cuando a la mañana siguiente esa petición fue presentada ante la Asamblea, sin cambiar una coma y con el apadrinamiento expreso del alcalde Pache que decía representar la voluntad de «la mayoría de las secciones», su antecesor, Pétion —espoleado tal vez en su mala conciencia por la directa alusión al 10 de agosto—, se sintió obligado a intervenir:

—No se trata de saber si cada uno de nosotros tiene en el momento actual el valor suficiente para salvar a la República. ¡Muy bien! Es preciso explicarse claramente. La

salvaremos si nos damos cuenta de que lo que se pretende es destruir, envilecer y degradar a la Convención. La Convención no podrá nunca salvar la cosa pública si no está investida de la confianza y de la autoridad que le corresponde. Se os han presentado peticiones contra los que habían votado [por] la apelación al pueblo. En esta misma sala se ha pedido que los que habían mantenido esta opinión no fueran enviados a los departamentos. Se os ha dicho que no gozaban de confianza. Así es como se conduce a la Convención Nacional de precipicio en precipicio.

¿Cuál podía ser para Pétion el único remedio a esos grandes males? Aunque su receta fue acogida entre murmullos y abucheos, no fue una sorpresa para nadie:

—Pido una medida indispensable en las circunstancias en las que nos encontramos. Se trata de saber si tenéis la confianza de vuestros representados. Pido que se convoque a las asambleas primarias y que ellas declaren quiénes tienen su confianza y quiénes no la conservan.

La sensación de *déjà vu* irritó a las tribunas. De nuevo un líder moderado reclamaba la reunión de todas y cada una de las seis mil asambleas electorales de la nación para someter a cada diputado a un voto de censura o confianza. Y de nuevo otro diputado de similar sensibilidad pedía la palabra para solicitar lo contrario. En este caso fue el joven representante de la Gironda Boyer-Fonfrède quien, con el apoyo de Barère y a la postre de la mayoría de la cámara, planteó lo que había que responder a Pache, a los peticionarios de las Tullerías y a las demás secciones de París:

—Es preciso decirles: sí, la Convención responde de salvar la libertad; y vosotros, buenos ciudadanos, respondéis de la seguridad de la Convención Nacional.

Fue en el transcurso de ese debate cuando Buzot cometió la imprudencia de hablar en hipótesis:

—Ciudadanos, en un momento en el que no hubiera un tratado de alianza entre las diversas partes de la República, correspondería a los diputados de París responder a las secciones de París; porque nosotros no somos aquí más que embajadores de cada parte de la República. Sin embargo...

La voz de Buzot fue acallada por gritos de indignación. «¡Este hombre predica el federalismo!», se oyó decir desde la Montaña. En vano trató el diputado de Évreux de desarrollar su «sin embargo». Los murmullos se redoblaron contra él, exigiendo que devolviera la palabra a Barère. Buzot terminó por resignarse.

—Puesto que se me obliga, desciendo de la tribuna. Pero me pregunto cómo podremos salvar a Francia si nuestra libertad es entorpecida así.

—¡Cómo queréis que deliberemos, si estamos bajo los puñales! —clamó su amigo el aceitero Deperret, siempre con su espada a mano.

En esa misma sesión se leyó una carta de Roland, desmintiendo que hubiera escrito a Dumouriez para proponerle una alianza contra Danton: «Es absurdo, es odioso acusar e inculpar eternamente a un hombre sin estar obligado a probar lo que se dice». También pedía una vez más justificar sus cuentas para poder abandonar



París cuanto antes. La Convención pasó al orden del día, en el que destacaba la aprobación del nuevo decreto contra los emigrados. Era un texto prolijo y minucioso, pero toda su filosofía se resumía en sus dos primeras disposiciones: «Artículo 1º. Los emigrados quedan desterrados a perpetuidad del territorio francés, están muertos civilmente y sus bienes pertenecen a la República. Artículo 2º. La infracción del destierro establecido en el artículo primero será castigada con la muerte».

Para completar las medidas represivas, coincidentes con la batería de propuestas jacobinas, la Convención decretó que el Tribunal Revolucionario entraría en funcionamiento ese mismo día y autorizó a la Comuna de París a cerrar durante veinticuatro horas las barreras. Todos los pasaportes quedaron anulados, sólo podrían entrar y salir quienes transportaran víveres y se detendría a cualquier sospechoso.<sup>[288]</sup>

Simultáneamente los Comités de Vigilancia de las secciones estrenaban sus nuevas competencias mediante las temidas visitas domiciliarias. El rentista Celestin Guittard de Floriban lo anotó de forma escrupulosa en la entrada de su diario del jueves 28 de marzo, encabezada con un título irónico: «Visita domiciliaria del día. Hoy se han cerrado las barreras a las cinco de la mañana. Todo París ha estado bajo las armas. En cada sección se han hecho visitas domiciliarias en cada casa. Se han hecho de día desde las nueve de la mañana hasta las siete de la tarde porque se ha decretado que no se podrá ir a las casas después de que caiga la noche. Mañana se acabará con el resto de visitas que no se hayan hecho. Estas visitas son para apoderarse de todas las armas que hubiera en casa de los emigrados, los nobles, los curas no juramentados y los criados de los nobles y otras gentes sospechosas. Las barreras se han reabierto el sábado 30».<sup>[289]</sup>

Como desde primera hora de la mañana se había escuchado el toque de llamada convocando a las asambleas de las cuarenta y ocho secciones y pronto se supo que no se podía salir de París, no es de extrañar que muchos creyeran que se repetía con éxito la sublevación abortada menos de veinte días antes. El reaparecido *Le Courier des Départements* de Gorsas lo describió así: «El terror planea sobre la ciudad; las noticias más extrañas, los rumores más siniestros circulan por todas partes. ¡Se dice que hemos sido traicionados! Se asegura que los diputados que han votado por la apelación al pueblo han desertado de sus puestos y que muchos de ellos han sido detenidos en las barreras [...]. A mediodía todas las secciones están bajo las armas. Todas las barreras, todas las calles, todos los puentes, todos los pasajes son interceptados. Nadie puede circular si no tiene su tarjeta o su certificado de civismo. Muchas casas han sido invadidas y hasta la noche no han cesado los arrestos».<sup>[290]</sup>

Tan indiscriminadas fueron las medidas represivas que el gobernador Morris, embajador de los Estados Unidos ampliamente conocido en París por su característica pierna de madera, fue primero interceptado por un piquete en las inmediaciones del Palais Royal y conducido a la sede de la Sección de la Butte-des-Moulins con el pretexto de que no llevaba tarjeta de civismo. Pocas horas después su residencia recibía la correspondiente visita domiciliaria.

Al día siguiente Morris escribió una carta al ministro de Asuntos Extranjeros, Lebrun, remitiéndole el pase que había sido extendido a su nombre tras ser reconocido: «Le ruego, señor, que tenga la amabilidad de protegerme frente a accidentes de este tipo, problemáticos en sí mismos y escandalosos si se les da publicidad». También protestaba por la irrupción en su domicilio: «Cuando se den órdenes para esas visitas, casas como la mía deberían ser exceptuadas en la medida en que están bajo la protección de la ley de las naciones».<sup>[291]</sup>

Lebrun le respondió camuflando su impotencia bajo la lengua de trapo de la diplomacia. «El afecto de la República Francesa hacia los Estados Unidos» era demasiado profundo «como para admitir la posibilidad de una interpretación desfavorable al accidente» del que había sido víctima el embajador. Le explicaba, no obstante, que «las medidas preventivas adoptadas ese día se extendieron a todos los habitantes de la ciudad» y que «las visitas domiciliarias fueron también una medida general de la que ningún domicilio quedó exento».

Las actas de algunas secciones prueban que bastaba que alguien fuera denunciado como sospechoso ante el Comité de Vigilancia correspondiente para que inmediatamente se procediera contra él, registrando su vivienda a fondo, requisándole cualquier arma y deteniéndole.<sup>[292]</sup> Las propias normas dictadas por la Comuna estimulaban esa interpretación amplia: «Consideraréis como sospechosos a todos los hombres provistos de pasaportes para Boulogne-sur-Mer o para Calais, así como a los portadores de aquellos extendidos en estas dos localidades y a todos los que lleven tarjetas de civismo extendidas en el último mes [...]. Pondréis bajo estado de arresto a todos los que os produzcan suficientes motivos de sospecha».<sup>[293]</sup>

Sin embargo, y a pesar de todo ello, *Le Patriote Français*, principal órgano moderado, calificó al día siguiente lo ocurrido como «una jornada hermosa para París». Y lo explicó en estos términos: «Toda esta ciudad se ha levantado y no se ha levantado más que contra los aristócratas [...]. Las visitas domiciliarias necesarias para desarmar a los sospechosos se han hecho en el mayor orden. Un gran número de personas sin tarjetas cívicas han sido detenidas y es de esperar que entre ellas se descubrirá a algunos emigrados de vuelta y a algunos agitadores».<sup>[294]</sup> El contraste con el relato de *Le Courrier des Départements* no podía ser más sorprendente. En este, como en muchos otros casos, queda en entredicho la paradoja de Mona Ozouf según la cual «aunque la política [de los girondinos] era inconsistente, su política editorial era de una notable coherencia».<sup>[295]</sup> Si los diputados moderados no se ponían de acuerdo, ¿cómo iban a hacerlo sus periódicos?

Lo único que un día más tarde parecía molestarle al diario de Brissot, formalmente dirigido por el veinteañero Girey-Dupré, no era que la mayor parte de las armas que había en la ciudad estuvieran quedando en poder de los *sans-culottes* que controlaban los Comités de Vigilancia. Tampoco que la facultad de extender o retirar las tarjetas de civismo arbitrariamente ejercida por esos núcleos de exaltados pusiera la vida pública y privada de los parisinos en sus manos. O que los mezquinos

ajustes de cuentas, las venganzas particulares o las simples envidias vecinales encontrarán su peor cauce en los arrestos, vejaciones, allanamientos de morada, hurtos y demás actos de violencia que se producían por doquier. No, lo único que indignaba a *Le Patriote Français* era que las barreras siguieran cerradas el viernes por la tarde cuando el decreto que autorizaba medidas excepcionales durante veinticuatro horas había empezado a aplicarse el miércoles. ¿Cómo se va a pedir al pueblo que obedezca la ley, si la municipalidad de París no lo hace?, venía a preguntarse. Pero la Comuna tenía su propia interpretación de la norma: puesto que la Convención había prohibido las visitas domiciliarias nocturnas, había que entender que su autorización se refería a veinticuatro horas hábiles.

Ni Brissot, ni Girey-Dupré, ni sus amigos, descalificados como brissotinos, rolandinos, girondinos o simplemente moderados dentro y fuera de la Convención, eran conscientes de que tanto la intentona nocturna abortada el día 10 como este eficiente despliegue diurno del 28 y 29 formaban parte del mismo ensayo general de una representación en la que tenían asignado el peor de los papeles. La Comuna ya sabía lo poco que podía hacer contra la Convención y lo mucho que podía hacer contando con su aparente aquiescencia. Los Jacobinos ya sabían lo poco que podían hacer contra la Comuna y lo mucho que podían hacer contando con su implicación práctica.

## VEINTIOCHO

Camino de París, Dubuisson, Pereyra y Proli se detuvieron el 28 en Lille, principal ciudad francesa próxima a la frontera. Allí relataron a Delacroix y otros dos diputados —Gossuin y Robert— su mala experiencia con Dumouriez y les aconsejaron que declararan la plaza en estado de sitio. El lugarteniente de Danton acababa de recibir un informe en el que el general Goguet le explicaba en términos paralelos su propio encuentro con el comandante en jefe. Delacroix propuso a sus colegas adoptar un decreto ordenando la detención de Dumouriez y su comparecencia inmediata ante la Convención, pero ellos le aconsejaron que aplazara la decisión veinticuatro horas y convocara a los otros cuatro diputados que desempeñaban sus misiones en los alrededores para adoptar una postura conjunta.

Delacroix accedió a ello y al mismo tiempo escribió una sentida carta a su mentor, amigo y jefe político: «Estoy, mi querido Danton, en un estado que no sabría expresarte. Los peligros que amenazan a nuestra patria aumentan de día en día y nuestros recursos y esperanzas disminuyen [...]. Dumouriez me parece muy peligroso para la República. Ya no reconozco en él al general al que personalmente quería y al que admiraba por su valentía y su talento. Lo veo como un enemigo de su país, al que quiere encadenar o arrastrar al borde del precipicio para detener su caída y hacerse proclamar su salvador, su protector. ¡Qué negras ideas se suceden las unas a las otras!». Adjuntaba la nota de Goguet y adelantaba que «tres comisarios enviados a Holanda parten al instante hacia París, muy descontentos con Dumouriez». [296]

A la mañana siguiente se reprodujo el debate sobre qué hacer con Dumouriez. Treilhard, Merlin de Douai, Lesage-Senault y el ingeniero militar Lazare Carnot —un hombre de creciente peso en la Convención— se habían sumado al grupo. Los siete estuvieron de acuerdo en que lo procedente sería detener de inmediato al general; pero una cosa era decirlo y otra hacerlo. Además, dificultades prácticas al margen, varios de ellos advirtieron que privar a las tropas de su jefe en plena retirada podía convertir el repliegue en una desbandada de la que ellos serían responsables. Sólo Delacroix se mostró al final partidario de tirar por la calle de en medio.

—Yo mismo iré a detener a Dumouriez aunque esté a la cabeza de su ejército y le volaré el cerebro si osa resistirse a la autoridad de la Convención.

—Debemos ir todos o ninguno —repuso Treilhard.

—La medida es más vigorosa que prudente —recalcó Carnot.

La discusión se prolongó con diversas alternativas. «Por dos veces se engancharon los caballos a su coche». [297] Al final por seis votos contra uno se optó por enviar una carta a Dumouriez, conminándole a que compareciera esa misma tarde en Lille «para darles explicaciones sobre las graves acusaciones que le conciernen». Al mismo tiempo elaboraron sobre la marcha un cuestionario con las catorce preguntas que había que formularle. La primera decía: «¿Ha dicho que se había

acercado a la frontera a causa de las insurrecciones del interior?». La segunda inquiría: «¿Ha dicho que el pueblo francés está compuesto por locos encolerizados, dirigidos por bandidos a los cuales los asesinatos les salen gratis; y que la Convención esta formada por trescientos bandidos que dirigen a cuatrocientos imbéciles?».

La tarde transcurrió sin que el general acudiera a la convocatoria. A las diez de la noche llegó una nota de respuesta urdida en un tono de desafío: «Si fuera a Lille, el ejército se preocuparía; y desde luego sólo entraré en esa ciudad con las tropas y para purgarla de todos los cobardes que han huido y me calumnian». La misiva concluía con burlona ironía: «Yo no puedo al mismo tiempo alegar en mi defensa y ejercer el mando. Mi cabeza no da de sí para estos dos tipos de guerra». Les proponía en cambio que le enviaran una delegación a interrogarle: «Responderé a todo con mi conocida sinceridad».<sup>[298]</sup>

La contestación les pareció tan intolerable que los siete diputados decidieron adoptar el plan de Delacroix y partir hacia Tournai a las cuatro de la mañana del día siguiente. Estaban a punto de hacerlo cuando recibieron una nueva comunicación del general, anunciándoles que procedía a evacuar la localidad belga y que les recibiría con mucho gusto el 31 en la localidad termal de Saint-Amand-les-Eaux, ya en territorio francés, justo al lado de Valenciennes. Los diputados se conformaron con este nuevo aplazamiento, pero a cambio urdieron un detallado plan que implicaría interrogar a Dumouriez, retirarse a deliberar, ordenar su arresto por el general más antiguo y dirigir una proclama a las tropas. Delacroix insistió en pedir autorización a sus colegas para «abatirle de un tiro de pistola» si se negaba a obedecer. Su vehemencia habría sido aún mayor si hubiera sabido que una de las últimas cosas que hizo Dumouriez antes de abandonar Tournai fue volver a entrevistarse con el coronel Mack y que, tras ultimar los aspectos técnicos de su vergonzosa retirada, le explicó que en Lille había unos diputados que pretendían detenerle y enviarle a París bajo custodia, «pero seré yo quien les detenga y quien os los entregue».<sup>[299]</sup>

Entre tanto, en París, Marat había pedido la palabra en la Asamblea para una cuestión de orden. Él no se había dejado engañar por Danton y su huida hacia delante del reparto masivo de picas:

—Las noticias desastrosas llegadas de Bélgica hacen temer a muchos patriotas si no correrá la sangre de nuestros hermanos a menos que se tomen grandes medidas de inmediato. Pido que Danton, que está aquí desde hace cinco días y que ante mi gran asombro aún no ha venido a denunciarnos esta desgraciada situación, sea escuchado de inmediato.

Cuando desde la Montaña surgían gritos de apoyo, uno de los habituales incidentes entre Buzot y el ala izquierda distrajo la atención y dio paso al orden del día, pero Danton, mudo durante toda la jornada o tal vez ausente, debió de tomar buena nota de por dónde podían llegar sus problemas. El asunto se retomó al cabo de un rato y la cámara adoptó un decreto instándole a explicarse.

En el clima propicio de la segunda jornada de visitas domiciliarias, la Convención debatió y aprobó la propuesta jacobina de identificar a los residentes de cada vivienda; pero también hizo lo propio, casi sin despeinarse, con una ley que imponía la pena de muerte «a todo aquel que sea condenado por haber compuesto o impreso obras o escritos que inciten a la disolución de la representación nacional, el restablecimiento de la Monarquía o de cualquier otro poder que atente contra la soberanía del pueblo». El ponente fue Lamarque, a la sazón presidente quincenal del Club de los Jacobinos.

—La libertad de prensa y la libertad de opinión deben ser protegidas por todo gobierno que no sea arbitrario, pero es evidente para todos que esta libertad no consiste de ninguna manera en poder turbar con impunidad, mediante la manifestación de pensamientos o escritos, el orden público establecido por la ley. Por otro lado, en momentos revolucionarios todas las libertades individuales deben sufrir alguna variación. Son justas excepciones que la salud pública demanda y estas excepciones no violan el principio, porque son tan fundamentales, tan útiles, tan sagradas como el principio mismo.

Ningún líder moderado puso objeción alguna ni al planteamiento de fondo ni a ese silogismo circular. Barbaroux, Lehardi y Salle sólo intervinieron en el debate para conseguir, pese a la oposición de Marat, que la medida se aplicara con idéntico rigor «a los que incitaran al asesinato y a la violación de las propiedades». En todo caso la enmienda más notable fue la planteada con carácter gremial por el eximio David, justo después de hacer entrega a la Convención del lienzo que había pintado durante las honras fúnebres de Le Peletier como homenaje al protomártir de la libertad:

—Pido que los pintores y dibujantes que tiendan mediante sus obras a regenerar el monarquismo sean incluidos en la ley.

Poco antes de que se levantara la sesión a las cinco de la tarde, la Convención recibió la comunicación formal de que el Tribunal Revolucionario ya se había constituido e instalado en la Île de la Cité, en el antiguo palacio de los Capetos, junto a la sombría prisión de la Conciergerie. Su presidente, Montané, había jurado «mantener la República una e indivisible, la libertad y la igualdad y observar y hacer observar las leyes o morir en nuestro puesto defendiéndolas». A continuación había tomado él mismo juramento a sus compañeros Dufriche-Desmadeleines, Roussillon y Foucault, al acusador público y sus dos adjuntos. Por su parte, Fouquier-Tinville, aposentado ya en una de las puntiagudas y amenazadoras torres del palacio, había designado como escribano jefe a un seguidor de Danton llamado Nicolas-Joseph Pâris, quien ante la coincidencia de su apellido con el del asesino de Le Peletier había cambiado su nombre por el de Fabricius.

A última hora de la tarde el debate, o más bien la elaboración de doctrina, se trasladó como de costumbre al Club de los Jacobinos, con el propio Lamarque en el sillón. Después de que varios miembros se felicitaran por la rápida aprobación de la propuesta sobre la identificación de inquilinos y residentes —uno de ellos aclaró que

estaba inspirada en algo que ya venía haciéndose en China—, Robespierre abordó una de esas largas intervenciones durante las que se le escuchaba en místico silencio sólo entreverado por los aplausos.

Tras sus habituales cláusulas de estilo —«Los peligros de la patria son extremos... Los responsables del sufrimiento del pueblo son los traidores que llevan la máscara del patriotismo para engañar a la opinión pública...»—, Robespierre cortó en seco la euforia de quienes celebraban las medidas adoptadas y propuso ir más lejos en la exigencia de una respuesta revolucionaria a la grave situación creada:

—¿Quieren hacernos creer que no tenemos ya enemigos porque ha habido paseos por las calles y visitas en los domicilios? Las medidas que acaban de proponeros son ilusorias. Hay que desconfiar del entusiasmo del que podrían aprovecharse nuestros enemigos. Hay que examinar la causa de nuestros males. El mal viene de los generales contrarrevolucionarios y viene del ministro que los ha elegido para llevar a cabo la contrarrevolución. Viene de los cuerpos administrativos, del gobierno y de los malvados que se alían con los gabinetes de Londres y Berlín para entregar nuestras fronteras. Todos nuestros males vienen de los funcionarios públicos, *feuillants* o moderados, que traicionan su deber por perfidia o por cobardía. Es preciso que el pueblo se levante en todos los lugares de Francia para aplastar a todos los enemigos interiores.

Tras la enorme ovación que siguió a esa diatriba inquisitorial a la que la gran mayoría de los presentes añadía *sotto voce* los mismos nombres y apellidos, Robespierre concretó su estrategia, poniendo el foco en sus detestados opositores parlamentarios, pero estableciendo el límite de lo que a su juicio se debía hacer contra ellos.

—Yo digo que la Convención también debe levantarse contra los enemigos interiores. La Convención se adormece mecida por las voces seductoras de algunos intrigantes. Es preciso que el pueblo salve a la Convención y la Convención salvará a su vez al pueblo. Yo no propongo convulsiones que maten al cuerpo político. Yo pido que todas las secciones vigilen y pongan a buen recaudo a los malos ciudadanos, sin atentar contra la inviolabilidad de los diputados. Yo no quiero que se toque a estos fragmentos de la representación nacional, sino que se les desenmascare, que se les deje en una situación en la que no puedan hacer daño. En una palabra, es preciso que la nación se levante y extermine a sus enemigos, respetando solamente a la representación nacional.

«Levantamiento» e «inviolabilidad»; «exterminio» y «respeto». En medio de estas antinomias se movía con dinamismo unidireccional el pensamiento de Robespierre cuando, dejando atrás a una enfervorecida masa de creyentes, abandonó el club de la calle Saint-Honoré. Dentro del frenesí político que engullía a los artífices de la Revolución siete días por semana, a veces dieciséis o dieciocho horas al día, todavía podía asistir —y probablemente eso es lo que hizo— a la sesión nocturna del Comité de Defensa General que se celebraba en las Tullerías.



La reunión estaba siendo extremadamente agitada, pues Pétion había asegurado que el general Miranda estaba ya en París y que, al acudir a visitarle, acompañado de Bancal des Issarts, les había dicho que Dumouriez tenía en marcha un plan para sublevarse contra la República e imponer sus condiciones a la Convención. Según uno de los asistentes, lo que se rumoreaba es que «había negociado ya con el príncipe de Coburgo y se disponían a marchar juntos sobre París para restablecer la Monarquía a favor del duque de Chartres».<sup>[300]</sup>

Por si aún quedaran dudas sobre cuál era la deriva del vencedor de Valmy, Beurnonville se presentó con la última carta del general, recién depositada en el Ministerio de la Guerra por un veloz correo. En ella anunciaba que Dubuisson transmitiría a su regreso sus opiniones y explicaría la situación del ejército, advirtiéndole que «este cuadro funesto no refleja ni siquiera la mitad de nuestros desastres». Lo que describía a continuación era un escenario caótico caracterizado por el pillaje de los fugitivos en Lille y la interferencia con el mando militar de «cincuenta autoridades a cuál más absurda». Enfrente los austriacos disponían de «veinte mil jinetes con los cuales podrían entrar a sangre y fuego en la parte del reino vecina a París».

Un murmullo de indignación recorrió el comité al comprobar que Dumouriez empleaba la palabra «reino». Otro tanto ocurrió al llegar al pasaje en el que el general elogiaba la actitud de un enemigo «de cuyos miramientos es posible sacar provecho». Y no digamos con la propuesta final: «Reflexionad sobre esta conducta que yo no me esperaba después de nuestros excesos. Tomad una decisión con el Consejo [Ejecutivo] y los comités. Si la imprudencia y la exageración dirigen aún a las personas que gobiernan, toda Francia estará perdida. Sólo sobre la virtud se fundan las repúblicas. Sólo se sostienen sobre el valor, el orden y la sabiduría».<sup>[301]</sup>

Era obvio que Dumouriez estaba proponiendo un entendimiento político con el enemigo e incluso amenazando con renunciar a oponerle resistencia si eso no ocurría. Todo encajaba con la carta del 12 de marzo y con lo que acababa de explicar Pétion que le había contado Miranda. «Ya no había dudas de que Dumouriez era un traidor o un loco e incluso algunos pensaban que era las dos cosas, pues era imposible conspirar contra la Convención y la República con más imprudencia, ligereza y presunción».<sup>[302]</sup>

Aunque Beurnonville todavía trató de disculparle —«Acostumbrado a las victorias rápidas, ahora se encuentra abatido por sus reveses y los desórdenes de su ejército»—, la opinión general fue que había que retirarle el mando. Estaban discutiendo cómo hacerlo cuando Lebrun irrumpió en la estancia con la carta que Dubuisson le había enviado tras su primer encuentro con Dumouriez. Al escuchar su lectura fue cuando Danton se resignó definitivamente a perder a su potencial aliado: «Ya no hay nada que se pueda esperar de él. Es insolente con el pueblo, altanero con la Convención. Hay que arrancarlo del ejército y enseguida haremos justicia».<sup>[303]</sup>

Cerca ya de las tres de la madrugada el comité adoptó estos cuatro acuerdos: «1.

La Convención convoca a su barra al general Dumouriez. 2. El ministro de la Guerra partirá de inmediato hacia el Ejército del Norte a fin de conocer su estado y rendir cuentas a la Convención. 3. Cuatro comisarios elegidos en el seno de la Convención se dirigirán a continuación al mencionado Ejército con poderes para suspender y detener a los generales, oficiales, funcionarios públicos y otros ciudadanos sospechosos, hacerles comparecer ante la barra y poner precintos sobre sus papeles. 4. Los comisarios que están actualmente en Bélgica volverán al seno de la Convención para informar de viva voz sobre el estado de los ejércitos».<sup>[304]</sup>

Beurnonville se había resistido inicialmente a emprender un viaje que necesariamente le llevaría a enfrentarse con su antiguo jefe, alegando desde el exceso de trabajo en el ministerio a su precaria salud, pero finalmente se había dejado convencer por la vía de la vanidad: las tropas confiaban en él y le obedecerían. A la mañana siguiente la Convención ratificó los decretos y acordó que sus cuatro comisarios serían el presidente del Club de los Jacobinos, Lamarque, el también *montagnard* Quinette, el centrista Camus y el moderado Bancal des Issarts. Era un cuarteto muy representativo de la sociología de la Convención. Los cuatro eran abogados. Bancal y Quinette habían ejercido como notarios. Lamarque como juez. La pasión de Camus eran los archivos y de hecho acababa de ofrecer en vano la dimisión de su escaño para poder dedicarse en cuerpo y alma a organizar los de la Convención en el pabellón de Flora de las Tullerías. Tanto él como Bancal habían publicado obras filosóficas. Aunque Camus era jansenista, los cuatro se habían distinguido por su anticlericalismo y su pasión republicana. Los cuatro tenían una larga trayectoria de servicios a la Revolución. Camus había formado parte de la Asamblea Constituyente, y Lamarque y Quinette repetían como diputados tras su paso por la Legislativa. Tenían personalidad propia. En la Convención, Lamarque acababa de distinguirse por su defensa del exduque de Orleans ante el propio Robespierre, y Quinette había sido el ponente sobre la ordenación del debate en el proceso del rey. Bancal había sido uno de los fundadores de la Sociedad de Amigos de los Negros y promotor del club jacobino de su ciudad natal, Clermont-Ferrand. Era amigo de Brissot, de los Roland y de Pétion —le acababa de acompañar a casa de Miranda—, y el único de los cuatro que había votado por la apelación al pueblo y contra la ejecución del rey. Por eso su designación fue cuestionada por un sector de la Asamblea.<sup>[305]</sup> También era el único sin experiencia en misiones de carácter militar. Era un hombre inteligente, cosmopolita y apesadumbrado por no ser correspondido en amores por la escritora inglesa Helen Maria Williams, muy cercana a los diputados de la Gironda pero también amiga de Barère.

Camus, como veterano en esas lides y especialista en la cuestión belga, explicó vagamente la naturaleza de la misión ante la cámara y añadió que en el Comité de Defensa General se había propuesto que los designados llevaran algún tipo de «distintivo para hacerse respetar», pero que la medida había sido rechazada porque «se ha pensado que, como nuevos espartanos, estos hombres debían distinguirse por

su carácter y no por vanos distintivos». Durante el breve debate se acordó que Carnot se sumara al cuarteto en Lille si se encontraba allí cuando ellos llegaran. Sin más preámbulos, el grupo se completó con un secretario y cuatro ayudantes de Beurnonville y partió esa misma tarde de París en silla de posta.

Entre tanto, Danton había dado por fin la cara. O mejor dicho había anunciado a la Convención que pensaba dar la cara:

—Ha llegado la hora de que todo se conozca. Soy consciente de que se ha insinuado en la Asamblea que las desgracias de Bélgica podían haber sido más o menos provocadas por la influencia, los errores o incluso los delitos de vuestros comisarios. ¡Muy bien! Yo adquiero desde esta tribuna el compromiso solemne de decirlo todo, de revelarlo todo, de responder a todo. Pido que la sesión de mañana sea dedicada a un informe preliminar. Se verá si nos ha faltado amor por el pueblo cuando no hemos querido privar de repente al ejército de los talentos militares que necesitaba; se verá si en esta circunstancia no hemos introducido en nuestra conducta la prudencia que nos dictaban los acontecimientos.

Adelantando así su línea de defensa, Danton no quiso dejar de reiterar su ofrecimiento de reconciliación esbozado tres días antes junto a su propuesta sobre el reparto de picas:

—No pido ni gracia, ni indulgencia. Preparaos para ser tan francos como yo; sed franceses hasta en vuestros odios. Yo los espero. Tal vez todas las discusiones puedan volverse todavía en provecho de la cosa pública. Nuestros males vienen de nuestras divisiones. Conozcámonos todos. ¿Cómo es posible que una parte de los representantes del pueblo trate a la otra como a conspiradores y que estos acusen a los primeros de quererlos masacrar? ¿Queréis la unidad? Concurrid de común acuerdo con las medidas severas y firmes que reclama el pueblo, indignado por las traiciones de las que desde hace tanto tiempo viene siendo víctima.

Una vez más la voz estentórea y el estilo directo de Danton lograron volcar las emociones y los aplausos de su lado. Pero también, como de costumbre, no quiso concluir dando la sensación de que trataba de protegerse con paños calientes, sino que recurrió a todo su desafío y su descaro:

—Sí, ciudadanos, es preciso que rueden las cabezas de los que han influido en la suerte de este ejército y declaro que la mía saltará la primera si es culpable. ¿No ha habido cuerpos administrativos que han pedido mi cabeza? ¿Mi cabeza? Está todavía en su sitio y ahí permanecerá. Que cada uno emplee lo que le ha dado la naturaleza no para servir a pasiones pequeñas, sino para servir a la República. Reto a quien pueda suponerme ambiciones, dilapidaciones o cualquier otra fechoría a explicarse mañana francamente, bajo pena de ser considerado un calumniador.

La ovación atronadora de las tribunas populares probaba que los recursos oratorios de Danton habían surtido de nuevo su efecto cuando el moderado Lasource arrojó sobre él un jarro de agua fría:

—Pido que se aplace la propuesta de Danton hasta que Dumouriez haya

comparecido ante vuestra barra porque, sin acusar a nadie, considero la desorganización del ejército de Bélgica como la consecuencia de una conspiración. Cuando Dumouriez haya comparecido, cuando haya respondido a las preguntas de toda índole que puedan serle formuladas, entonces yo hablaré sobre la conducta del general y de los comisarios.

La mayoría de la cámara encontró razonable el planteamiento de Lasource y lo apoyó. Danton se dio cuenta de que un importante sector de la Asamblea no iba a conformarse con su dialéctica de fuegos de artificio y que, efectivamente, su cabeza podía estar en juego. Se avecinaba una gran pelea y desde luego él no daría un paso atrás. Tal y como ya le había advertido a Guadet, si sus antiguos amigos querían guerra, la iban a tener.

## VEINTINUEVE

Camino de Lille, la expedición compuesta por el ministro de la Guerra, sus asistentes y los cuatro diputados se encontraron el domingo 31 de marzo por la mañana con un correo llamado Languet que cabalgaba hacia París con una carta de Dumouriez dirigida a Beurnonville. Al descubrir que el destinatario había poco menos que salido a su encuentro, el correo no tuvo ningún inconveniente en entregar la carta y en quedar adscrito al pequeño séquito del ministro.

La misiva estaba fechada el día 29 en Tournai y era mucho peor que la que había desencadenado los decretos de la Convención de la víspera. El general comunicaba al ministro la evacuación de Amberes y le anunciaba sin escrúpulo alguno su nueva reunión con el coronel Mack para pactar la capitulación de Breda y Geertruidenberg. Era el final del sueño holandés de Dumouriez y tal vez por eso desvelaba a continuación sus intenciones con especial crudeza:

«Me imagino por adelantado todas las calumnias de los malvados que agitan a la República sobre esta forma de tratar con los enemigos. Me defenderé con tanto vigor contra los enemigos interiores como contra los exteriores [...]. Decidle al Comité de Seguridad General que al volver a traspasar las fronteras de Francia dividiré mis tropas en dos partes, para impedir por un lado la invasión de los extranjeros y para devolver por el otro la fuerza y la autoridad a la parte sana y oprimida de la Asamblea».

Esta última referencia debió de dejar lívidos tanto a Bancal y Beurnonville —en menor medida a Camus— como a Quinette y Lamarque, pero por razones opuestas. Tras haberse cansado de decir que para él eran igual los apelantes que los no apelantes, tras haber metido en el mismo saco a los «745 tiranos» de la Convención sin otra distinción que la de los «bandidos» que la lideraban y los «idiotas» que les seguían, ahora Dumouriez se decantaba por una parte de la cámara —obviamente por su sector moderado— hasta el extremo de pretender destinar la mitad de su ejército a acudir en su auxilio. A ninguno de los cinco podía escapársele la trascendencia y repercusión que este alineamiento a favor de «la parte sana y oprimida» tendría en cuanto se conociera en París.

Aunque no era la única bomba política incrustada en la carta. Tras relatar su negativa a comparecer ante los diputados reunidos en Lille —«Considero mi cabeza demasiado preciosa, mi querido Beurnonville, para entregarla a un tribunal arbitrario»—, el general resumía la visita de Dubuisson, Pereyra y Proli, identificándoles sin ambages: «Dos días antes de la carta de los diputados se han presentado unos emisarios del Club de los Jacobinos. Me han propuesto las cosas más bellas del mundo con la condición de que les ayudase a derribar a la Convención. Lo que me ha sorprendido mucho es que fuesen portadores de una carta de recomendación del ministro Lebrun».

Dumouriez le pedía al ministro que comunicara todo esto al nuevo Comité de

Defensa General —«Es preciso terminar»—, especificando que le había gustado su composición porque incluía a «media docena de individuos» capaces de «detener a los que tiranizan a la Asamblea a través de las tribunas». Lo pertinente ahora era que ese comité negociara la paz con los austriacos y aguardara su llegada a París. Dumouriez concluía advirtiendo que él no iba a ser un dócil cordero dispuesto a sucumbir ante «los malvados».

Horrorizados por un texto que no sólo declaraba la guerra a la Convención, sino que además estimulaba todos los odios latentes en su seno, los diputados y el ministro reanudaron el viaje, más resueltos que nunca a ejecutar su peliagudo encargo. Era Domingo de Resurrección y en más de un pueblo del camino pudieron comprobar la persistencia de las tradiciones religiosas que la Revolución trataba de erradicar. Ya por la tarde toparon con un segundo correo con una nueva carta de Dumouriez a Beurnonville fechada esta vez el día 30. Abundaba en las lamentaciones sobre las condiciones de la retirada y la contagiosa falta de disciplina de los voluntarios y se presentaba como víctima de «las atrocidades que se permiten contra mí los jacobinos». Concluía señalando a quienes identificaba como sus dos peores enemigos: «No podrá decirse que un Cambon o un Robespierre, con sus sofismas orgullosos, logren perder a un hombre que ya ha tenido la felicidad de salvar unas cuantas veces a su patria».

Los expedicionarios decidieron enviar a este segundo correo con las dos cartas a París y siguieron recorriendo su inhóspito camino durante toda la noche. Cuando en Douai se encontraron con que los caballos de refresco se habían quedado fuera del recinto de la ciudad y era imposible dar con ellos a esas horas, Beurnonville ordenó enganchar a su carruaje los pencos de un regimiento de artillería estacionado en la plaza. Había que hacer lo que fuera con tal de plantarse en cuarenta y pocas horas en Lille y estar en condiciones de salir de inmediato a la caza de Dumouriez.

Entre tanto, después de una jornada bastante apacible en la Convención en la que lo más destacado había sido el rechazo de la petición de indemnizaciones que habían solicitado los tenderos víctimas del pillaje de finales de febrero —«Que restituyan ellos lo que han ganado vendiendo demasiado caro», alegó Bentabole—, el Club de los Jacobinos y el Comité de Defensa General volvían a ser los escenarios en los que seguían representándose los distintos cuadros del drama político en marcha.

En medio de una expectación enorme Danton había acudido aquella tarde al club de la calle Saint-Honoré en cuyo sillón presidencial el mismo Lafaye que había coadyuvado al conato de insurrección del 10 sustituía esta vez al viajero Lamarque. Significativamente fue Desfieux quien anunció que «tres jacobinos que han descubierto las traiciones de Dumouriez» presentarían pronto un informe al Comité de Defensa General y el propio Dubuisson compareció al cabo de un rato para decir que acababa de hacerlo. En el ínterin Marat había vuelto a instar a Danton a explicarse.

Para el antiguo líder del Club de los Cordeleros se trataba de una encrucijada

clave. La breve intervención de Lasource la víspera le había hecho ver que una parte importante del ala moderada de la cámara estaba esperándole sin tener en cuenta para nada sus ofrecimientos de paz. La carta de Delacroix había acrecentado su zozobra. Su reiterada defensa de Dumouriez había dejado suficiente huella como para que lo que hiciera ahora el general pudiera ser utilizado en su contra. Su mayor riesgo era quedar atrapado entre dos fuegos. Antes o después iba a ser sometido a un juicio político por la Convención y no podía afrontarlo con unas mínimas garantías de supervivencia si no llegaba con las espaldas cubiertas del lado de la Montaña.

Como para poder contar con la Montaña tenía que ganarse previamente el respaldo de la sociedad madre, es decir, de ese club desde el que cada noche se empujaba a la Revolución hacia delante, Danton subió a su tribuna con deferencia, sometimiento y humildad: «Soy vuestro justiciable, soy responsable de mi conducta ante los amigos de la libertad», comenzó diciendo. Vino después una autodefinición manipulada según los nuevos gustos de la casa: «He nacido en el pueblo, he sido educado en él, he estudiado el corazón humano y declaro que no he tenido nunca confianza en un solo noble». Pero, a diferencia de lo que había hecho la víspera en la Convención, enseguida cogió el toro por los cuernos, entró en el fondo del asunto y explicó su relación con Dumouriez:

—Él ha tenido el arte de manipular a uno y otro partido y su conducta ha demostrado que quería la primera plaza fuera cual fuese el sistema que prevaleciera. El interés de la República me llevó a apurar los medios de [intentar] recuperar a este hombre para los buenos principios. He tenido acercamientos con Dumouriez, lo reconozco, yo halagaba de entrada su ambición. Dumouriez nos sirvió por sus defectos. He hecho su elogio en un momento en el que podía perder a todo nuestro ejército.

Danton tuvo la habilidad de ir prefigurando el caso de la desviación de Dumouriez de esos «buenos principios» como un fenómeno paralelo a su acercamiento a la causa del moderantismo.

—Al entrar en Bélgica, empezó por pervertir a la opinión, distribuyendo escritos envenenados. El partido de Roland, el partido de Brissot, pintaba a los Jacobinos de París como perversos bebedores de sangre. Dumouriez se creyó pronto por encima de la Convención porque mantenía correspondencia con hombres que se la presentaban bajo la influencia de esos perversos.

Muchos de los asistentes entendieron la alusión a Gensonné. Danton tocaba la fibra sensible de los miembros del club, refiriéndose a episodios que conocían y asuntos que les concernían. Por ejemplo los ataques de Hassenfratz contra el general a finales del año anterior.

—Sabéis cuál fue su conducta cuando volvió a París. Una y otra vez alentó la esperanza de que reaparecería entre nosotros. Las duras verdades pronunciadas contra él le agriaron. Se dejó arrastrar por la facción de Roland.

Pasó luego a describir su última misión en Bélgica, magnificando tanto los



riesgos que habían corrido Delacroix y él «en los puestos más avanzados» como su presunta firmeza ante el general en relación a la carta del día 12:

—Le dijimos que íbamos a ordenar detenerle, aun a riesgo de pasar por desorganizadores, si no escribía a la Convención para rogar que considerara su primera carta como no recibida y que la sepultara en el olvido. Prometió satisfacernos.

Omitiendo la nimiedad en que en la práctica se tradujo esa «satisfacción», Danton echó mano de uno de sus mejores trucos retóricos y logró hacer partícipe al auditorio de la difícil situación en la que se encontró en Bélgica:

—Me he sentido tentado de ordenar detener a Dumouriez unas cuantas veces, pero me decía a mí mismo: si yo doy este gran golpe y el enemigo, advertido de la desaparición del general, viene a aprovecharse, seré el objeto de todos los reproches y tal vez sospechas. Yo os lo pregunto: ciudadanos, ¿qué habrías hecho en mi lugar? Estábamos muy indecisos sobre el partido que convenía tomar. Si hubierais estado en nuestro lugar habrías hecho lo mismo que nosotros. Queríamos una resolución del comité; y el comité ya la ha tomado. Yo interpelo a los comisarios del poder ejecutivo para que declaren si yo no he desplegado el celo más ardiente y eficaz para llevar a cabo una reunión a la que Dumouriez se oponía constantemente.<sup>[306]</sup>

Sintiendo que la empatía de ese «¿Qué habrías hecho en mi lugar?» había funcionado y que pisaba ya tierra firme, Danton no perdió la ocasión para estimular el maniqueísmo que por dos veces había dicho combatir esa misma semana en la Convención. Lo hizo explicando el escenario con que se había encontrado al volver a París:

—He descubierto el proyecto pérfido de una facción criminal. Habrían querido dividir a la Montaña, pero la Montaña es indivisible, como los Jacobinos y la República.

Entre aplausos Danton clamó, como en su discurso de la «audacia» del 2 de septiembre, para que el pueblo se movilizara en la defensa de París: «Los enemigos no entrarán más que entre un montón de cenizas y antes le prenderé fuego yo mismo que entregarla a los austriacos». Y en la atmósfera de fervor que había logrado crear hizo suya la idea que Robespierre había avanzado la víspera:

—Nada de disolver la Convención; pero las sociedades populares deben decirle al pueblo: «No se puede representar a la nación francesa más que cuando se ha tenido el coraje de decir “hay que matar a un rey”». La Convención está infectada de antiguos constituyentes y de aristócratas. Procuremos que se purgue sin desgarramientos. Digamos a nuestros enemigos: «Seguimos queriendo mostrarnos sabios y fríos, pero si encima levantáis la cabeza, seréis aniquilados».

Como si esta última palabra y los aplausos que había desatado hubieran provocado en él un efecto reflejo, Marat retomó la palabra. Fiel a su papel de cardenal aspirante al papado de la Iglesia jacobina, y sintiéndose más que satisfecho por todo lo que había escuchado, decidió absolver al justiciable, pero no sin

imponerle una penitencia:

—Lejos de mí el pensamiento indigno de lanzar el desfavor sobre un patriota cuyo coraje y principios tanto estimo. Danton, no he querido atacar tu patriotismo, sino tu imprevisión. Si hubieras evitado mediante una medida firme las traiciones de Dumouriez, tu justa severidad no habría dado margen a nuestros enemigos para reanudar sus tramas y cavar el abismo bajo nuestros pasos. Dumouriez es la criatura de esta facción perversa que ha provocado la declaración de guerra. Ha pasado de protegido a protector, pero siempre han estado conjurados. No estaré satisfecho hasta que la cabeza de los traidores ruede sobre el cadalso. Danton, yo te emplazo a subir a la tribuna a desgarrar el velo.

Danton ya sabía cuál era su pecado y cuál el precio que debía pagar para expiarlo. De momento le bastó recordar su anuncio de la víspera, aparentemente bloqueado por la moción de Lasource:

—He adquirido el compromiso y lo cumpliré.

—Cumple tu palabra con el noble abandono de un corazón que no conoce sino la salud de la patria. Presta conmigo el juramento de [estar dispuesto a] morir para salvar la libertad.

Y mientras pronunciaba estas palabras, instando a Danton a la comunión revolucionaria, Marat sacó bruscamente un puñal y, exhibiéndolo ante la enfervorecida militancia, exclamó:

—He aquí el arma con la que juro exterminar a los traidores. He aquí el arma que os invito a fabricar para los ciudadanos que no son duchos en las artes militares. Os propongo abrir una suscripción y yo mismo voy a daros ejemplo.

La moción fue aprobada por aclamación mientras «los sombreros lanzados al aire pintaban el entusiasmo y el asentimiento universales».<sup>[307]</sup> Si Danton había propuesto repartir picas, Marat proponía repartir puñales. A alguien habría que clavárselos.

Más eficaz y mejor afilada era el arma depositada en manos de Fouquier-Tinville. Antes de que concluyera la sesión del Club de los Jacobinos el acusador público vino «a rogar a todos los buenos ciudadanos que presionen a la Comisión de los Seis para que envíe con prontitud al tribunal los documentos que necesita para empezar a juzgar a los traidores».<sup>[308]</sup> La guillotina comenzaba a impacientarse.

## TREINTA

Este acto crucial del drama se acercaba entre tanto a su culminación en el Comité de Defensa General, reunido desde las siete de la tarde para conocer de labios de Lebrun el informe que acababan de redactar y firmar Dubuisson, Pereyra y Proli. Para la mayoría de los diputados presentes todo aquello constituía una gran sorpresa, a pesar de que algo se hubiera adelantado la antevíspera cuando llegó la primera carta de Dubuisson.

El acta de la reunión se limita a precisar que «esta lectura dio lugar a una discusión muy prolongada en la que tomaron parte los miembros del Comité de Seguridad General que se habían reunido con los del Comité de Defensa y bastantes otros diputados». Luego añade que se convino en que «el interés de la República exige que el Comité de Seguridad General emita órdenes de detención contra las personas siguientes».

Basta examinar la relación de las más de dos docenas de individuos que debían ser localizados como fuera y trasladados en secreto a la cárcel de la Abadía para formarse una idea de lo que pudo suceder en la reunión. Por un lado incluía a buena parte de los miembros del estado mayor de Dumouriez, empezando por Valence, Montjoye, Devaux o Westermann. Por otro a personas allegadas al general, como su amante, Françoise de Beauvert,<sup>[309]</sup> los suministradores del ejército D'Espagnac y Malus, ya detenidos anteriormente, o el exalto cargo de Exteriores Guillaume de Bonne Carrère, en cuyo domicilio Dumouriez se había reunido con Desfieux y Jeanbon Saint-André. Pero el grupo más numeroso lo formaban los próximos al exduque de Orleáns, empezando por el propio Chartres y su hermano menor, Montpensier.

Todo indica que la referencia a una restauración monárquica en la figura de «Philippus» —introducida por Proli en la tercera conversación con Dumouriez— y la respuesta del general, ensalzando las dotes militares del heredero de la dinastía y denostando a los jacobinos, habían disparado la paranoia en torno a un complot orleanista. Si como es probable el propio Robespierre asistía a la sesión, hay que dar por hecho que no dejaría escapar la ocasión de subrayar que —tal y como había pronosticado hacía sólo cinco días ante el obispo y diputado Massieu— el tiempo estaba dándole la razón. El hecho de que casi la totalidad de los miembros del Comité de Seguridad General fueran fieles *montagnards* debió de facilitar sin duda la decisión de llevar a cabo la redada, pues en línea con la estrategia del Incorruptible, a ellos les interesaba más que a nadie desvincularse de Philippe Égalité tras los últimos seis meses de colaboración parlamentaria.

La lista incluía también al novelista Choderlos de Laclos —exsecretario del duque—, al administrador de los castillos de los Orleáns, Jean-Baptiste Sauvan, a *madame* de Genlis e incluso a *mademoiselle* Pamela, la atractiva y misteriosa joven

rubia que se había educado junto a los hijos del duque y a la que uno de los jacobinos había creído ver erróneamente en la casa de Tournai.<sup>[310]</sup> También fue incluido el príncipe Victor de Broglie, hijo del general a quien Luis XVI encargó en vano en 1789 el control de París, aristócrata avanzado y miembro de la Constituyente. Victor de Broglie había llegado a ser presidente de los Jacobinos cuando el club era punto de encuentro del todo París y es probable que el hecho de que Dumouriez hubiera llamado «imbécil» a su padre sirviera para recordar a los reunidos que vivía retirado en sus tierras del Franco Condado, después de haber renunciado a su puesto de mariscal de Francia con tal de no prestar juramento de fidelidad a la República.

Además, el Comité de Defensa General decidió precintar los documentos que se hallaran en posesión del exministro Roland —buscando, sin duda, alguna huella de la correspondencia con Dumouriez denunciada por Danton— y citar a declarar esa misma noche al propio Philippe Égalité y a su fiel Sillery. Sin mezclarlo con los demás, también convocaba a Danton para interrogarle. No existe constancia alguna de que el tribuno de Arcis acudiera a este llamamiento, pero Jaurès se pregunta si no fue esa prueba de desconfianza de los comités «lo que decidió a los girondinos a lanzar su ataque supremo contra Danton».<sup>[311]</sup>

Los reunidos acordaron por último poner en arresto domiciliario a Dubuisson, Pereyra y Proli. Aunque más tarde se diría que había sido a petición propia y por razones de seguridad —como si pudieran ser víctimas de un atentado orleanista para eliminar testigos incómodos—, todo indica que el relato de su doble juego ante Dumouriez, unido a los vínculos de al menos dos de ellos con la fallida insurrección del día 10, había generado hondas sospechas en el comité, incluso antes de conocer la versión del general sobre las «bellas cosas» que le propusieron hacer juntos.

Sillery compareció a las seis de la mañana y Égalité lo hizo a las ocho. Uno y otro negaron toda relación con Dumouriez y pidieron que se le tratara con la máxima severidad si era culpable. Égalité solicitó además para sí mismo «todas las medidas que el comité considere convenientes porque desea que su conducta aparezca a la luz del día y que la verdad plenamente conocida haga callar a los calumniadores». Aunque esa noche —o más bien esa mañana, pues el comité siguió reunido hasta el mediodía— nada pudo probarse contra ellos, porque probablemente nada habían hecho que guardara la menor relación con la traición de Dumouriez, antes de que terminara la semana uno y otro quedarían en situación de arresto y antes de que concluyera 1793 perderían la cabeza en la guillotina.

Tal fue en realidad el destino de gran parte de los detenidos, retenidos, interrogados o convocados esa noche. A Dubuisson, Pereyra y Proli les quedaba menos de un año de vida. D'Espagnac y Danton apenas les sobrevivirían dos semanas. Lebrun, el ministro que había promovido o dado cobertura a la embajada jacobina ante Dumouriez, no pasaría de diciembre de 1794. Entre los sospechosos principales sólo Roland escaparía a la «afeitadora nacional» mediante el procedimiento de quitarse él mismo la vida. Si hubieran imaginado esa noche cuál iba

a ser su destino, probablemente tampoco les habría servido de consuelo saber que más de la mitad —trece de veinticinco— de los miembros de aquel renovado Comité de Defensa General, en el que confluía la *crème de la crème* de la Convención, lo mejor de cada grupo, abandonarían este mundo en el mismo lapso de tiempo y de idéntica manera.

La noche del 31 de marzo bien puede considerarse un hito en el camino de la Revolución hacia el Terror, pues fue la primera ocasión en la que, siquiera de forma incipiente, un órgano de la Convención adoptó medidas propias tanto del Antiguo Régimen como del moderno Estado policial —redadas nocturnas, arrestos sin motivación, encarcelamientos secretos, interrogatorios sin garantías— y las empleó contra miembros de la propia cámara y sus allegados. Se trataba también de la culminación de una evolución vertiginosa mediante la que, en sólo un mes, el sueño expansionista de la ampliación del territorio hasta sus «fronteras naturales» se había transformado en la pesadilla de un régimen de nuevo a la defensiva frente a sus enemigos exteriores e interiores.

Si marzo comenzó con una élite revolucionaria segura de sí misma, orgullosa al declarar la guerra a España de tener «un enemigo más», y convencida de que, a pesar de sus divisiones, podría realizar sus utopías, extenderlas a sus vecinos y llevarlas incluso hasta los confines de la India, las derrotas militares en Bélgica y la sublevación de la Vendée habían sacado a pasear a todos sus fantasmas, provocando reacciones extremas de autodefensa. Durante ese mes se había creado el Tribunal Revolucionario, se habían dictado leyes represivas contra los emigrados, los aristócratas, los extranjeros, los curas refractarios o los periodistas. Tanto los moderados como los más exaltados estaban ya en el punto de mira de las autoridades y se había ensayado la técnica del golpe de Estado contra las figuras que caóticamente lideraban aún el sector mayoritario de la Convención. El mes había comenzado bajo el signo del optimismo de la voluntad de Danton y concluía dominado por el pesimismo de la inteligencia de Robespierre y la mala sangre de Marat.

Por si faltaba algún botón de muestra de la deriva involucionista y represiva que estaba adquiriendo aquel régimen implantado en nombre de la libertad, el propio domingo 31 de marzo, cuando estaba a punto de levantarse la sesión, el mismo Genissieu que había promovido cuatro días antes las visitas domiciliarias y el desarme de sospechosos pidió la palabra para presentar la última moción del mes:

—Hace poco estuve en el teatro de la Montansier.<sup>[312]</sup> Se representaba *Méropé*, una tragedia muy conocida de Voltaire. Todos los patriotas que estaban allí se quedaron indignados al ver como, en las circunstancias en las que nos encontramos, se representaba una pieza en la que una reina de luto llora a su marido y desea ardientemente el regreso de dos hermanos ausentes.<sup>[313]</sup> El disturbio que causó esta representación hizo pensar que no se pondría nunca más, pero está programada para ser representada hoy en un teatro que lleva el falso nombre de «Patriótico». Pido que

la Asamblea impida esta representación mediante un decreto.

Sin otro debate que el destinado a dirimir a quién le correspondía la competencia, la Convención terminó encargando a la Comuna de París que diera «las órdenes necesarias para impedir la representación de esta pieza». Las cenizas de Voltaire debieron de removerse esa noche en el Panteón al que tan solemnemente habían sido trasladadas dos años antes por sus acólitos, deudos y herederos intelectuales. Si la Revolución amordazaba ya a su padre, pronto comenzaría —según el estremecedor pronóstico incluido por Vergniaud en su discurso del miércoles 13— a «devorar a sus hijos».

## **CAPÍTULO IV. GIRONDINOS DESDE ABRIL**



## UNO

No llevaba ni tres semanas en el cargo de director de *Le Patriote Français* cuando el bisoño Girey-Dupré incurrió en el peor error que puede cometer un periodista, al no permitir que el curso de la realidad alterara su idea preconcebida de las personas y los acontecimientos. Parece increíble que después de lo ocurrido el viernes 29 de marzo en la reunión del Comité de Defensa General en la que había irrumpido uno de sus amigos —Pétion— transmitiendo la versión de Miranda sobre la inminente traición de Dumouriez; después de la resolución del sábado de la Convención, enviando a cuatro diputados y al ministro de Defensa a la frontera con poderes para arrestar al general; y después de las propias noticias, que sin duda debieron de trascender el domingo, sobre el regreso de los tres emisarios de Lebrun, Girey-Dupré publicara el lunes 1 de abril un comentario escrito como si nada de todo esto hubiera sucedido.

Ocupaba el final de la primera columna de su página dos, a modo de cierre de la crónica parlamentaria: «La municipalidad de París ha comparecido en la barra y ha dicho que hasta ahora había contenido su indignación contra Dumouriez por respeto a la Convención. ¿Es posible, en efecto, contener la indignación contra el malvado que ha expulsado a los prusianos casi de las puertas de París, contra el traidor que ha inmortalizado a los ejércitos republicanos en Jemappes, contra el conspirador que ha conquistado toda Bélgica y que sería el dueño de Holanda si esta nueva conjura no hubiera sido desbaratada por grandes patriotas que se han dedicado a desorganizar el ejército?».

La alambicada ironía se trocaba en desafiante acritud, propia de los veintitrés años de Girey-Dupré, en la segunda parte del comentario: «La municipalidad cree que ha llegado el momento de hacer caer la cabeza de este moderno Brennus.<sup>[1]</sup> Es bien sencillo: que los señores Chaumette, Hébert, Jacques Roux, etcétera, se encarguen de vengar a sus cofrades Federico-Guillermo y Francisco y golpeen al fin a esta cabeza que el hierro prusiano y austriaco no ha logrado alcanzar».

No es difícil imaginar la lamentable impresión que causó la lectura de este texto cuando París se despertó ese lunes conmocionado por las noticias y rumores sobre las detenciones ordenadas durante la madrugada. Y la sensación a mitad de camino entre la vergüenza ajena y la indignación que debió de afianzarse durante la jornada a medida que fue quedando claro que ni siquiera los diputados tradicionalmente más próximos a sus tesis compartían esta vez el criterio de *Le Patriote Français*. ¡Chaumette y *Le Père Duchesne*, «cofrades» de los emperadores de Austria y Prusia!

Mientras Beurnonville y el cuarteto parlamentario comprobaban, tras llegar a primera hora de la mañana a Lille, que Carnot había salido el día anterior de la ciudad y preparaban su inmediato plan de acción en una reunión con Delacroix y los otros diputados obligados por la Convención a regresar a París, la Asamblea abría su sesión en la capital a las nueve y media de la mañana —media hora antes de lo habitual— en

un hervidero de cábalas y especulaciones. Apenas terminó la lectura de la correspondencia urgente, Marat pidió la palabra para una cuestión de orden y habló con gran afectación:

—Ciudadanos, os pido calma y la mayor atención. Vuestro Comité de Defensa General, del que forman parte y en el que tanto parecen influir los miembros de la facción Brissot, Guadet, Gensonné, Vergniaud...

—¡No, esos no están! —replicaron varios diputados aludiendo exclusivamente al caso de Brissot.

—... estos hombres a los que debemos la actual guerra y que son la causa de que vuestras plazas fuertes estén sin defensa...

Marat prosiguió entre murmullos que pedían que se le llamara al orden.

—... Digo que vuestro comité acaba de ordenar detener a tres comisarios del Consejo Ejecutivo que tienen en sus manos la prueba de un complot contra la libertad de un pérfido general. Yo he definido a Dumouriez como criatura de este antiguo Comité de Defensa y en particular de la facción de los hombres de Estado. Pido que estos tres comisarios sean conducidos a la barra y revelen todo lo que saben.

Fue el químico de Dijon, Guyton-Morveau, que alternaba ya sus labores como diputado con los experimentos con globos aerostáticos para fines militares, quien le salió al paso en nombre del comité:

—Es verdad que tres comisarios del Consejo Ejecutivo han sido arrestados, pero véase por qué. Han entregado ante el Comité de Defensa General un documento firmado por ellos que contiene hechos de la mayor importancia; y por su seguridad y por el interés de la República se les ha arrestado.

El pastor Lasource corroboró esa versión y Boyer-Fonfrède les respaldó a ambos con un duro ataque a Marat:

—Si yo fuera un conspirador y tuviera un interés directo en que los rastros de más de una conspiración desapareciesen, si yo temiera a un comité en el que todos los partidos se han reunido para salvar a la patria en peligro, si yo tuviera conocimiento de que después de una noche terrible se han ordenado por unanimidad unos arrestos necesarios, entonces acusaría al comité entero de traición. Eso es lo que acaba de hacer Marat, ¡aplicadle el cuento!

Sin embargo, l'Ami du Peuple no era de los que se arredraban ni ante la realidad ni ante la réplica:

—Es sabido que para desgracia de Francia el Comité de Defensa General está casi por completo compuesto por la facción de los hombres de Estado.

—¡Toda la Montaña estaba allí! —respondió Birotteau.

—Es sabido que los patriotas están en minoría —insistió Marat.

La indignación del centro y la derecha de la cámara iban en aumento y empezaron a escucharse gritos de «¡Marat a la Abadía! ¡Marat a la Abadía!». Pero él continuó impertérrito:

—La verdad os espanta. Recurrís a los ataques personales cuando se denuncia la

conspiración. Es de sobras sabido que quienes hacen los decretos que aprobáis sin discusión son los hombres de Estado.

—Si Marat entiende por «hombres de Estado» a los que no han votado la muerte del tirano —aclaró Lasource—, es falso que la mayoría de los miembros de este comité lo sean, porque diecisiete de los que lo componen han condenado al tirano a muerte.<sup>[2]</sup>

La escaramuza había calentado el ambiente pero ya no daba más de sí. El propio Albitte pidió el orden del día y Cambacérès presentó un informe en nombre del Comité de Defensa General cuyo plato fuerte fue la lectura del documento de Dubuisson, Pereyra y Proli ante una cámara entre indignada y atónita. A continuación Sillery repitió las explicaciones ya aportadas al comité, concluyendo con una fiel defensa del exduque de Orleáns:

—Mi familia no teme el examen que se hará de su conducta. Nunca hemos negado nuestra vinculación a la familia de Égalité. Sin embargo, no creo que haya uno sólo de mis amigos con el que me haya ocupado menos de asuntos políticos que con él. Égalité y su hijo me han parecido siempre patriotas leales y nunca les he escuchado decir nada que fuera peligroso para la libertad de mi país.

Fue entonces cuando comenzó el fuego graneado contra Danton. El primer embate lo lanzó Pénières, el abogado de veintiséis años del departamento mediterráneo de la Corrèze cuya familia provenía de las Baleares. Fue él quien detalló cómo Danton había logrado que la carta del 12 de marzo quedara sepultada en el Comité de Defensa con el argumento de que «Dumouriez era un penco en política, pero un Dios para los ejércitos». Luego explicó que Danton había prometido obligarle a retractarse o pedir el decreto de acusación contra el general y no había cumplido su compromiso.

—¿Qué ha pasado? Danton ha llegado de Bélgica a París y no se ha presentado el día de su llegada ni ante la Convención ni ante el comité. ¿Por qué no ha denunciado a Dumouriez si no había podido obtener su retractación? ¿Por qué Delacroix y él, que habían mantenido conversaciones con este general y decían que le conocían en todos los sentidos, incluso en aspectos de los que no se podía hablar desde la tribuna, no han rendido cuentas ante el comité? Pido que Danton explique este hecho.

Danton salió bastante airoso de ese primer asalto. Dijo que, en primer lugar, sí que había logrado que Dumouriez pidiera a la Convención que su carta quedara en suspenso; pero que a pesar de ello llegó al convencimiento de que «no había ya nada que esperar» de él. Admitió que al haber llegado a París «a las nueve de la noche» no había ido al comité hasta el día siguiente —26 de marzo—, pero que tan pronto como lo hizo fue para denunciar a Dumouriez. Danton envolvió hábilmente la falsedad de esta parte de su relato con la primera andanada contra el sector moderado de la cámara.

—Ya anuncié entonces que Dumouriez había sido engañado por los impulsos que recibía de París y que se había agriado a causa de los escritos que presentaban a los

ciudadanos más enérgicos como malvados. La mayor parte de esos escritos han salido de este recinto. Pido que la Convención cree una comisión para desenredar este caos e identificar a los autores de este complot.

Danton repitió después los mismos argumentos que tan buen resultado le habían dado en el Club de los Jacobinos sobre la necesidad de «combinar la prudencia con la firmeza» y los problemas prácticos que habría acarreado intentar detener a Dumouriez en el seno de su ejército y en plena retirada. Enseguida arrancó la primera gran ovación de la sesión con una de sus características bravatas:

—Estoy seguro de que mi cabeza, lejos de caer, será la cabeza de la Medusa que hará temblar a todos los aristócratas contrarrevolucionarios.

Fue entonces cuando Lasource elevó el listón y concretó su denuncia. Tras sus tres años de estudios en el Seminario Teológico de Lausanne y su largo aprendizaje en el púlpito como pastor calvinista en el mismo departamento del Tarn del que provenía su colega Saint-André,<sup>[3]</sup> era uno de los pocos oradores de la cámara que podían competir en reflejos declamatorios y trucos retóricos con Danton. Comenzó enfundando su puño de hierro en un guante de seda:

—Esta no es una acusación formal, son conjeturas que quiero someter a la Asamblea. No sé ocultar lo que pienso, así que voy a explicar francamente la idea que la conducta de Delacroix y Danton ha hecho nacer en mi mente.

Sin embargo, prosiguió levantando la sombra de la peor de las sospechas.

—Dumouriez ha urdido un plan de contrarrevolución. ¿Lo ha urdido solo, sí o no?

Con la técnica de los mejores sofistas, Lasource analizó las contradicciones y falacias de las explicaciones dadas por Danton. ¿Cómo es que decía ahora que había «una imposibilidad física de detener a Dumouriez» si una y otra vez había repetido que en el ejército de Bélgica imperaban los valores patrióticos? ¿Por qué se había comprometido entonces a traerlo ante la barra si no se retractaba? ¿Por qué ocultaba el hecho de que habían sido sus elogios al general y sobre todo su propuesta de mantenerlo en el mando, aunque fuera bajo vigilancia, la que había impedido que el comité tomara otras medidas el día 26? El momento cumbre llegó cuando Lasource comenzó a esbozar la teoría que podía responder a todas esas preguntas:

—Si hubiera un plan formado para restablecer la Monarquía y Dumouriez estuviera a la cabeza de ese plan, ¿qué habría que hacer para que triunfara? Mantener a Dumouriez porque Dumouriez era necesario. Danton llega y todos os acordáis de que, lejos de hablar contra este general, le hace el mayor de los elogios. Era la manera de que la Convención Nacional conservara la confianza en él.

Lasource se refirió acto seguido al «patriotismo exagerado» mostrado por Delacroix desde que irrumpió dramáticamente en la Convención al comienzo de la crisis e incluso le atribuyó un sentido a que, tras el último encuentro con Dumouriez, él se quedara en Bélgica mientras Danton volvía y permanecía en París.

—Para que triunfara la conspiración urdida por Dumouriez había que tener

sujetos los dos extremos del hilo. Pues bien, Delacroix se queda en Bélgica. Danton viene aquí para que se adopten medidas de seguridad general. Asiste al comité y se calla...

—¡Eso es falso! —exclamó Danton desde su escaño.

Fue su única interrupción. Lévasseur de la Sarthe lo recordará «inmóvil en su banco, levantando el labio con una característica expresión de desprecio que inspiraba una especie de espanto, mientras su mirada anunciaba al mismo tiempo la cólera y el desdén».<sup>[4]</sup>

—¿Qué había que hacer para que triunfara la conspiración de Dumouriez? —insistió Lasource—. Había que conseguir que la Convención perdiera la confianza pública. ¿Qué hace Danton? Aparece dos veces en la tribuna y reprocha a la Asamblea que está incumpliendo sus deberes. Anuncia una nueva insurrección, dice que el pueblo está a punto de levantarse; estas fueron las expresiones de Danton, cuando el pueblo estaba tranquilo. No había camino más seguro para ayudar a Dumouriez a conseguir sus fines que desprestigiar a la Convención y prestigiar a Dumouriez; eso es lo que ha hecho Danton.

Era un relato superficial pero efectista que permitía encajar los llamamientos de Danton a la movilización y la propia iniciativa del reparto de picas en el contexto de una conjura involucionista.

—Para que triunfara la conspiración había que excitar los miedos, había que hablar de derrotas, había que presentar los hechos bajo ópticas casi desesperadas. Sabían que se gritaría contra la facción de los hombres de Estado. Sabían que se hablaba de cortar cabezas y, sin embargo, se vilipendiaba a la Convención. ¿No da la impresión de que aquí se preparaba un movimiento, mientras Dumouriez debía avanzar contra París a la cabeza de su ejército para proclamar un rey?

La argumentación era bastante burda pero daba sentido a buena parte de lo ocurrido en marzo, incluida la abortada sublevación del 9 y el 10. Lasource concluyó arrancando fuertes aplausos con recursos muy similares a los de su enemigo:

—Recordad, colegas míos, que la suerte de la libertad está en vuestras manos. Recordad que el pueblo quiere justicia. Ha visto desde hace tiempo el Capitolio y el trono; ahora quiere ver la roca Tarpeya y el cadalso.

Embriagado por la ovación, Lasource añadió:

—Basta de falsa indulgencia. El tribunal que habéis creado no funciona todavía.

A lo que Marat respondió con su rapidez de siempre, aludiendo a la Comisión de los Seis:

—No puede funcionar porque vosotros no habéis presentado todavía ningún decreto de acusación contra los sinvergüenzas infames...

Haciendo oídos sordos, Lasource propuso que el tribunal informara cada tres días a la Convención de los procesos juzgados o instruidos, que Égalité y Sillery fueran arrestados —«aunque estoy lejos de creer que sean culpables»— y que la comisión propuesta por Danton fuera constituida, pero para investigarle a él.

Mientras Marat esbozaba otra de sus burlas —«Pido que se envíe a Lasource a detener a Dumouriez»—, al fogoso clérigo moderado aún le quedaba por arrancar un último espasmo gozoso de la cámara:

—Propongo, finalmente, que para demostrar a la nación que no capitularemos nunca ante un tirano, cada uno de nosotros adquiera el compromiso de matar a cualquiera que intente proclamarse rey o dictador.

Según los Archivos Parlamentarios «se escuchó una aclamación unánime». Todos los diputados puestos en pie extendieron sus brazos y, remedando el juramento de los guerreros y mandatarios de la Roma clásica, repitieron entusiasmados la fórmula propuesta por Lasource. Aprovechando la euforia del momento, el impulsivo Birotteau —«uno de los francotiradores más indisciplinados de la Gironda»<sup>[5]</sup> trató de apuntillar a Danton mediante una impactante acusación contra uno de sus más próximos.

—En una reunión del Comité de Defensa General, Fabre d'Églantine dijo que tenía un medio seguro de salvar a la República, pero que no se atrevía a decirlo puesto que las opiniones se acogían con calumnias. Se le dieron seguridades, diciéndole que las opiniones eran libres y que por otra parte todo lo que se dijera en el comité quedaría allí enterrado. Entonces Fabre d'Églantine, de modo encubierto, declaró que nos hacía falta un rey, bajo el título de bedel.

Birotteau se refería a la figura del «bedel de justicia», una especie de sargento de armas encargado de ejecutar las resoluciones de los tribunales; pero aun así aquello parecía un disparate.

—¡No es verdad, no es verdad! —alegaron varios diputados.

—Eso es una perfidia —protestó Danton.

Y abandonando su banco se dirigió hacia la tribuna. Pero al pasar junto a los diputados de la Montaña les dirigió a media voz una mezcla de confidencia y guiño de complicidad indignada:

—¡Los muy villanos! Han defendido al rey y ahora quieren endosarnos sus crímenes.

Fue el instante crucial del debate. Según Lévasseur, «era fácil comprender que su impetuosa elocuencia, largo tiempo contenida, iba a romper todos los diques y que nuestros enemigos debían ponerse a temblar».<sup>[6]</sup>

Como quiera que la Convención acababa de acordar por unanimidad «la creación de una comisión extraordinaria encargada de examinar la conducta de los comisarios en Bélgica y de descubrir todas las tramas de la conspiración», Danton se dio cuenta de que había llegado el momento de emplearse a fondo. O era capaz de darle la vuelta a la situación o podía convertirse en el chivo expiatorio de las frustraciones del momento. «Comprendió que si no hacía un esfuerzo supremo por justificarse, estaba perdido, porque sus amigos lo abandonarían».<sup>[7]</sup> Mientras avanzaba hacia la tribuna se encaró a los denunciantes y lanzó uno de sus característicos bramidos, dirigido a los bancos de la derecha.



—¡Queréis que asesinen a los patriotas, pero el pueblo no se equivocará! ¡La Montaña os aplastará!

Empezaba pues con una declaración de guerra. Como movida por un resorte, el ala izquierda se puso en pie y comenzó a aplaudirle. Danton corrió hacia el lugar donde estaba Lasource. Parecía como si fuera a agredirle. En todo caso cambió de opinión y se precipitó hacia el estrado.

—Quiero tener la palabra. He sido acusado y se me debe escuchar.

—¡Propongo que se proclame la dictadura de Danton! —dijo una voz sarcástica.

Jean Debry, que presidía la sesión, dudaba si darle la palabra, cuando Lasource tuvo un atisbo de *fair play* autodestructivo.

—Pido que Danton sea escuchado y declaro que en mi proceder no ha intervenido pasión alguna.

Para Danton había llegado la hora de la verdad. Sabía lo que le convenía hacer, y aunque hubiera preferido poder evitarlo, no vaciló lo más mínimo al llevarlo a cabo. Si daba ese paso —y había decidido hacerlo— iba a ser con todas sus consecuencias. Desde ese momento ya sólo hablaría para una parte de la Convención.

—Debo comenzar por rendiros homenaje como verdaderos amigos de la salud pública, ciudadanos que os situáis en esta Montaña. Vosotros habéis tenido mejor criterio que yo. Me acusáis de debilidad y tenéis razón. Lo reconozco delante de Francia entera. Nosotros, que estando hechos para denunciar a quienes constantemente han intentado que el tirano escapara a la espada de la ley...

Antes de que pudiera acabar la frase numerosos diputados *montagnards* comenzaron a increpar a los moderados mientras estos se revolvían contra Danton. Pero el *Mirabeau de los desagües* no estaba dispuesto a darles más cuartel.

—¡Vosotros responderéis, vosotros responderéis! Ciudadanos: son los mismos hombres que adoptan hoy la actitud insolente de los denunciantes. ¿Qué os ha dicho Lasource? Tanto si su novela es fruto de su imaginación como de la sugerencia de personas hábiles, voy a contestarle.

En un ambiente de trifulca de mercado, Danton respondió a las acusaciones de Lasource con la misma superficialidad con que habían sido formuladas. Se escudó en la coincidencia de su informe sobre Bélgica con el del centrista Camus e invocó un reciente comentario de *Le Patriote Français*, en el que se advertía que Dumouriez «nunca asociaría sus laureles con los cipreses» de los responsables de las masacres de septiembre<sup>[8]</sup> para alegar que eran los moderados quienes habían azuzado al general contra él y no al contrario. En cuanto a la denuncia de que había tratado de vilipendiar a la Convención, sólo podía decir que nadie como él había tratado de fortalecerla tanto. E incluso puso por testigos a sus adversarios de la derecha, volviéndose hacia ellos:

—¿No he hablado siempre de mis enemigos con un obligado respeto? Os interpelo a vosotros que me acusáis sin cesar...

—¡En este momento acabáis de probar vuestro respeto! —le contestó con



sarcasmo un espontáneo.

—En este momento lo que me reprocháis es exacto. Pero ¿por qué he abandonado mi actitud de silencio y moderación? Porque la prudencia tiene un límite, porque cuando uno se siente atacado por los mismos que deberían celebrar mi circunspección, está permitido el contraataque y el salirse de los límites de la paciencia.

Arropado por los aplausos del público y por los comentarios de Marat, alentándole a cumplir lo acordado en el Club de los Jacobinos, Danton dio entonces el paso definitivo por el que se convertía en ariete de una parte de la Convención contra la otra.

—¡Muy bien! Yo creo que ya no puede haber tregua entre la Montaña, entre los patriotas que querían la muerte del tirano, y los cobardes que para tratar de salvarle nos han calumniado en toda Francia.

Con gran parte de los diputados *montagnards* sumándose ya a los aplausos, Danton hizo suya la causa de la capital frente a los ataques de quienes desde las masacres de septiembre la acusaban de querer imponerse a la Convención por la coacción y el terror.

—¡Muy bien! Cuando París perezca, ya no habrá República. París es el centro constituido y natural de la Francia libre. París es el centro de las Luces...

Y tras arremeter contra quienes «han incurrido en la estupidez de creer que yo estaba coaligado con Dumouriez», Danton se refirió a sí mismo en tercera persona.

—Todos los ciudadanos os dirán: ¿cuál fue su crimen? El de haber defendido a París.

El recinto del Manège era ya una olla bulliciosa que hervía de entusiasmo a su favor cuando alguien tuvo la osadía de tratar de estropearle la fiesta:

—¡Te pareces a Cromwell!

Un Danton crecido se revolvió como una fiera tratando de identificar en vano a quien le había interrumpido.

—Pido que el vil canalla que ha tenido la desfachatez de decir que yo soy un Cromwell sea castigado, pido que sea conducido a la Abadía.

Pero antes de esperar el menor atisbo de que alguien fuera a satisfacer esa arrogante exigencia, como si acabara de entrar en trance, Danton se dirigió de nuevo hacia los bancos de la Montaña con la resolución del tenor dispuesto a dar su mejor do de pecho.

—Vosotros que habéis pronunciado el decreto contra el tirano, uníos frente a los cobardes que han intentado salvarlo. Cerrad filas. Llamad al pueblo a reunirse en armas contra los enemigos de fuera y a aplastar a los de dentro. No más compromisos con ellos. Veis, por la situación en la que me encuentro, que es necesario permanecer firmes y declarar la guerra a todos vuestros enemigos, sean los que sean. Es preciso formar una falange indomable. Pido que la Comisión de los Seis examine no sólo la conducta de quienes os han calumniado, de quienes han maquinado contra la

indivisibilidad de la República, sino también de los que han intentado salvar al rey. Y veremos si yo temo a mis acusadores. Me he atrincherado en la ciudadela de la razón. Saldré de ella con el cañón de la verdad y pulverizaré a todos los perversos que han querido acusarme.

Había hablado durante casi dos horas. *Le Journal Français* interpretaría correctamente sus palabras como una sospechosa huida hacia delante,<sup>[9]</sup> pero eso no las hizo menos eficaces. Como si el último rugido que acababa de brotar de su garganta fuera, en efecto, el primer proyectil de ese cañón imaginario que apuntaba ya al bando moderado de la Convención y tras el mazazo de la artillería debiera llegar la carga en tropel de la infantería, la mayor parte de los diputados de la Montaña, y no pocos de afiliación dudosa, subyugados por su magnetismo, contagiados por «un entusiasmo eléctrico», se precipitaron a abrazar a Danton apenas bajó de la tribuna. Los aplausos resonaron durante largo rato en el antiguo pabellón de doma. Para los *montagnards* era «la señal de una victoria cierta» porque «a nuestros ojos la adquisición de Danton valía como todo un ejército».<sup>[10]</sup>

El contraste entre la actitud de uno y otro bando no podía ser más elocuente. Como ya les había ocurrido en noviembre con el fallido ataque de Louvet a Robespierre, los moderados habían vuelto a pinchar en hueso, fortaleciendo a quien querían destruir. Es obvio que Pénier, Lasource y Birotteau habían actuado concertadamente, pero ni siquiera estaba claro que obedecieran a una estrategia superior. Ninguno de los tres asistía a las *soirées* del «Comité Valazé», ni había sido asiduo a las tertulias de *madame* Roland, ni procedía del Departamento de la Gironda, ni formaba parte de ningún otro organismo de coordinación política. Ni Guadet, ni Buzot, ni Barbaroux, ni Gensonné, ni Pétion, ni Lanjuinais —por citar a los diputados moderados más activos—, ni por supuesto Vergniaud o el silente Brissot habían intervenido en su ofensiva contra Danton. Eran de nuevo los perdedores, sin tan siquiera haber disputado el lance. Y lo que es peor, con su consentimiento o sin él, habían sido diputados de su propio bando quienes, al poner en el disparadero a Danton, habían «destruido con sus propias manos el baluarte que les protegía de la multitud»,<sup>[11]</sup> la única alianza que habría podido equilibrar en la calle el emergente pacto entre los jacobinos y los *sans-culottes*.

En cambio los *montagnards* habían cerrado filas con su hijo pródigo, pese a tener los mismos motivos que los moderados para recelar de su conducta tanto en París como en Bélgica. La izquierda demostró una vez más cómo funcionaba la maquinaria de un grupo político organizado. Marat había calentado a favor de Danton a los bancos de la Montaña y a las tribunas; y Robespierre celebraría esa misma noche en el Club de los Jacobinos «la superioridad con la que este patriota ha aplastado a sus enemigos», sin hacerle más reproche que el de «haber sido demasiado crédulo».<sup>[12]</sup>

Mathiez es concluyente: «Puesto que necesitaban a Danton, los *montagnards* estaban dispuestos a creerle inocente. El juicio absolutorio que pronunciaron entonces no era sino un juicio de partido».<sup>[13]</sup> Todo un precedente mil veces emulado en el

parlamentarismo moderno. Con el agravante en este caso de que en un día no muy lejano los ahora enemigos de Lasource utilizarían sus mismas vagas conjeturas para acabar con Danton.

Fue una jornada decisiva de cara a configurar la correlación de fuerzas ante lo que se avecinaba. Tras la ascensión de Danton en cuerpo y alma a su Montaña, sólo quedaba por escribir un triple epílogo en el que Fabre d'Églantine aclararía que lo que había querido decir era que «el primer bedel que se las entendiera» con la situación lo haría mejor que ese remedo de gobierno sin cohesión que era el Consejo Ejecutivo Provisional; en el que Marat, exultante de satisfacción por haber logrado devolver a Danton al redil, propondría «examinar la conducta de los miembros de la Convención, de los generales y de los ministros denunciados por todas partes»; y en el que el alocado Birotteau pondría el primer peldaño de la escalera que les conduciría a él y a sus amigos al cadalso, al cogerle la palabra con frívola prepotencia a l'Ami du Peuple.

—Apoyo la proposición hecha por el ciudadano Marat. En un momento en el que la libertad está amenazada por doquier, desaparece cualquier inviolabilidad. El pueblo no debe mantener su confianza en un diputado contra el que se dirigen numerosas acusaciones. Pido que la Convención apruebe [que se pueda formular] el decreto de acusación contra aquellos de sus miembros sobre cuyas cabezas floten graves sospechas.

Había demasiada gente afilando sus cuchillos en ese recinto como para que una propuesta a la vez tan homicida y tan suicida como la de Birotteau, un ejemplo de «legislación por el pánico»,<sup>[14]</sup> no fuera aprobada por amplia mayoría. La Convención daba así de forma insensata un paso clave hacia el borde del abismo y el propio Robespierre, sumido en sus dudas y vacilaciones, no pudo por menos que experimentar el vértigo. Acababa de alegar esa noche en el Club de los Jacobinos que la salvación de la patria dependía «del instinto del pueblo y de la virtud de la Convención», cuando un espontáneo le interrumpió para corregirle: «¡De la fuerza del pueblo!». Robespierre se revolvió enfadado y dio rienda suelta a su lado legalista con la autenticidad de lo espontáneo:

—No hablo a través de ningún intérprete. No digo más que lo que quiero decir. La República no puede ser salvada mediante una *boutade*, mediante un movimiento parcial y desconsiderado. Yo os digo desde la verdad de mi corazón que la más fatal de todas las medidas sería violar la representación nacional.

## DOS

Beurnonville y el cuarteto de la Convención llegaron a Saint-Amand-les-Eaux a la caída de la noche, algo más tarde de lo previsto. En la cercana localidad de Orchies habían protagonizado un incidente desagradable con el general Miaczinski, que les hacía «mil reverencias» pero no era capaz de tener listo el relevo de su escolta de caballería. Los diputados se lo reprocharon, Miaczinski protestó, Camus le hizo callar y el polaco se retiró farfullando: «Se arrepentirán de tratarme así».<sup>[15]</sup>

Los diputados ocupaban una berlina de cuatro plazas, Beurnonville y sus ayudantes otra algo más pequeña, y el secretario de la comisión, Foucaud, les seguía en una silla de posta individual. Tras atravesar el casco urbano de Saint-Amand y hacer un breve alto en el hotel del Lion d'Or, la caravana se dirigió al cuartel general de Dumouriez, situado a una legua de distancia, en el Petit Chateau, que albergaba el establecimiento de aguas termales. El comandante en jefe había enviado al encuentro de la expedición a una guardia de honor del regimiento de húsares de Berchiny.<sup>[16]</sup> Era un grupo de jinetes de procedencia alemana con espectaculares pellizas azules de forro rojo y bocamangas blancas, cubiertos con gorros granates revestidos de piel de oso y fasmosos por su destreza con el sable. Rodeados de esa compañía, tan vistosa como inquietante, hicieron su entrada en el patio del provisional puesto de mando del Ejército del Norte cerca de las siete de la tarde.

Dumouriez abrazó a Beurnonville, estrechó la mano de Camus, dando por olvidada su reciente acusación de cesarismo, y fue presentado a los otros. Felicitó a Bancal y Quinette por su moderación e ignoró ostensiblemente a Lamarque, al ser informado de que se trataba del presidente de turno del Club de los Jacobinos. Estaba rodeado de una docena de oficiales, incluidas las hermanas Fernig y el doctor Menuret, médico del cuartel general y precoz colaborador de la *Enciclopedia*. Los diputados lo encontraron «frío, inquieto e incómodo». El ministro rompió el hielo anunciando que venían a notificarle un decreto de la Convención Nacional:

—Aparentemente venís a arrestarme —replicó sin ambages Dumouriez dirigiéndose a Camus.<sup>[17]</sup>

En vez de contestarle, el diputado archivero se dispuso a leer el decreto. Beurnonville pidió entonces que se retiraran a una estancia más privada. Dumouriez se resistió, alegando que su estado mayor podía y debía escuchar todo cuanto le concerniera, pero finalmente accedió a trasladarse a su despacho sin otra compañía que el general Valence, que tapaba su vendaje con un sombrero. Eso sí, la puerta quedó abierta y los demás escucharon la tensa conversación desde fuera. Dumouriez leyó el texto en el que se le ordenaba comparecer de inmediato ante la Convención y mostró su desacuerdo:

—Este decreto me parece fuera de lugar. El ejército está desorganizado, descontento. ¿Puedo dejarlo en este estado y abandonarlo a una disolución total?

Cuando lo haya recuperado rendiré cuentas de mi conducta y se verá si debo presentarme en la barra. Estáis sobre el terreno, ved lo que debéis hacer. Leo en el decreto que tenéis poder para suspenderme de mis funciones. La Convención os ha elegido para una misión tan delicada teniendo en cuenta vuestra prudencia tanto como vuestra firmeza.

—General, no podemos llegar a ninguna componenda en el cumplimiento de nuestro deber —le advirtió secamente Camus.

—Daos cuenta de la responsabilidad que asumís si me suspendéis de mis funciones... Declaro sin rodeos que no iré a París para ser condenado por el Tribunal Revolucionario.

—¿Es que no reconocéis a ese tribunal?

—No, no lo reconozco. Jamás me someteré a ese tribunal bárbaro y haré todo lo que pueda para librar de él a mis compatriotas. Es el oprobio de una nación libre.

Durante unos minutos los diputados trataron de convencer a Dumouriez de que su visión no se correspondía con la realidad y de que si les acompañaba a París, ellos responderían de que fuera tratado con todas las garantías. Dumouriez les contestó con contundencia:

—He pasado el mes de enero en París y seguro que no se ha calmado desde entonces, sobre todo después de los últimos reveses. Sé por vuestros periódicos más fiables que la Convención está dominada por el monstruo de Marat, por los Jacobinos y por las tribunas indecentes, llenas siempre de sus emisarios.

—Respondo con mi cabeza de la seguridad de vuestra persona —llegó a decirle Lamarque.

—¿Llegaría tan siquiera a París? —le replicó con desdén el general—. Me degollarían por el camino. Habría asesinos escalonados en la ruta...

Cuando mayor era la tensión, el criado y hombre para todo de Dumouriez, Baptiste Renard, promovido a capitán de la Guardia Nacional, apareció en la estancia con aire dramático:

—Señores, mientras deliberáis, el enemigo avanza con tres columnas hacia aquí...

Se trataba de una alarma sin base alguna que indignó a los diputados e hizo reír a Dumouriez. Aclarado el hecho, Bancal empezó a apelar a los ejemplos clásicos de obediencia de los grandes militares griegos y romanos. Pero tampoco eso pareció ablandar al general.

—Los romanos tenían una República bien regulada, con excelentes leyes. Nosotros vivimos en un tiempo de anarquía. Los tigres quieren mi cabeza y yo no pienso dársela.

—Bien, entonces no queréis obedecer el decreto de la Convención —dijo Camus tratando de zanzar la conversación.

—Os he dado mis motivos.

Puesto que Dumouriez volvía a aludir al caos que se apoderaría de un ejército

descabezado, Beurnonville se jactó entonces de que él en persona se pondría al frente de las tropas y defendería con éxito las fronteras:

—Yo he contenido a veinte mil austriacos con tres mil soldados.<sup>[18]</sup>

Este brote de fanfarronería de su antiguo subordinado movió a la hilaridad a Dumouriez:

—O sea, que habéis venido a birlarme el mando.

Eran ya más de las ocho y Camus, impaciente por enviar un correo a París para dar cuenta del resultado de la misión, hizo una señal a sus colegas para que se retiraran a deliberar con él. Dumouriez se quedó a solas con Beurnonville y le instó a sumarse a su proyecto.

—Permaneced con el ejército. Tomad el mando de la vanguardia. Acordaos de todo lo que habéis sufrido por culpa de los anarquistas. ¿No habéis sido señalado ya por Marat como una de sus víctimas?

Beurnonville aseguraría en su versión de los hechos que entonces abrazó a su antiguo superior y le dijo:

—Amigo mío, reconoced que los escritos de Marat os han puesto de mal humor y que vuestras derrotas lo han aumentado. Reparemos esas derrotas y yo respondo del resto. No estamos más que a dos leguas del enemigo y no son más que las nueve. Tomad una columna y yo otra y caigamos en masa sobre el enemigo, y yo os respondo de que antes de diez días estaremos a las puertas de Maastricht.<sup>[19]</sup>

Dumouriez no recordaría, sin embargo, este arranque de brío militar. Según sus *Memorias*, el ministro de la Guerra le respondió apesadumbrado, en un tono muy distinto al de sus bravatas de hacía un momento:

—Pase lo que pase moriré en mi puesto, sin traicionar a mi patria. Mi situación es horrible. Veo que estáis decidido a tomar un camino desesperado. Lo que os pido como favor es que me deparéis la misma suerte que a los diputados.

—Contad con ello, y creo que os serviré haciéndolo.

De nuevo en la sala común, Dumouriez bromeó con el a veces extravagante doctor Menuret.

—Y bien, doctor, ¿qué medicina proponéis poner sobre esta herida?

—Un poco de desobediencia —respondió para deleite general el galeno.

Los diputados reaparecieron al cabo de una hora con aire grave y solemne. Habían contemplado la alternativa de retirarse a Valenciennes y volver al día siguiente, y también la de hacer una proclama al ejército para movilizar a las tropas contra su general, pero al final habían optado por ejecutar el decreto de inmediato y en sus propios términos. Asumiendo siempre su liderazgo sobre el grupo, Camus se dirigió al general. Dumouriez estaba recostado contra el manto de la chimenea. En la sala se podía cortar el silencio.

—Ciudadano general, conocéis el decreto que os obliga a comparecer ante la barra. ¿Queréis cumplirlo?

—No.

—Entonces desobedecéis a la ley.

—Soy necesario en mi ejército.

—Esta desobediencia os hace culpable.

—Adelante, ¿qué más?

—De acuerdo con el decreto vamos a precintar vuestros papeles.

—No lo consentiré.

Un murmullo de indignación brotó de los militares presentes y Camus pidió a Dumouriez que identificara a los alborotados. El general dijo que lo harían ellos mismos, pero mantuvo una excepción.

—Aquí están las señoritas Fernig. ¿Vais a dudar de su civismo?

—¡Esto es espantoso! —protestó una de ellas.

Camus cortó por lo sano:

—Ya está bien. General, en nombre de la nación os suspendemos de vuestras funciones. Ya no sois general. Ordeno que no se os obedezca y que se os detenga.

El murmullo se convirtió en clamor: «¡Suspendido! ¡Pues todos nosotros también! ¡Se quieren llevar a nuestro padre!». Dumouriez contuvo con un gesto la ira de sus subordinados, mientras daba una orden tajante:

—Esto ya es demasiado. Esta escena debe concluir. ¡Teniente, llamad a los húsares!

La puerta se abrió y una veintena de soldados del mismo regimiento que había servido de escolta a los diputados irrumpió en la estancia. Eran alemanes y Dumouriez se dirigió a ellos en su idioma:

—Arrestad a estos hombres, pero sin hacerles daño.

Dirigiéndose al ministro y agarrándole del brazo, añadió:

—También estáis arrestado, pero conservaréis vuestras armas.

Beurnonville se zafó y apeló a todos los militares presentes:

—Espero que cumpláis las órdenes del ministro de la Guerra.

Nadie movió un dedo a su favor y Dumouriez les explicó a los cinco cuál era su nueva situación.

—Señores, me serviréis de rehenes.

—¡General, perdéis a la República! —advirtió Camus.

—¡Tú eres el que la pierdes, viejo insensato! —replicó Dumouriez con inusitado desprecio hacia el buen hombre que veinte días antes le había amenazado con desempeñar el papel de Bruto.

Los diputados y el ministro fueron trasladados a una habitación fuertemente custodiada y conducidos de nuevo, al cabo de varias horas, a sus carruajes. Los húsares de Bercheny no eran ya sus escoltas sino sus guardianes. Beurnonville preguntó que a dónde les conducían y le contestaron que a Valenciennes. Era noche cerrada, pero pronto se dieron cuenta de que habían tomado el camino de Tournai y comprendieron que el plan era cruzar la frontera y entregarles a los austriacos. El ministro de la Guerra lideró sable en ristre un conato de motín, pero los húsares



reaccionaron de forma implacable —con su exageración habitual Beurnonville aseguraría haber «parado más de cuarenta golpes de sable»—<sup>[20]</sup> y uno de ellos le hirió en el muslo. Uno de los ayudantes de Dumouriez que comandaba la comitiva se dirigió amenazante a los diputados:

—Canallas [...], habéis cortado demasiadas cabezas. Ahora os cortarán las vuestras.

Clareaba el día cuando rodeados ya de jinetes austriacos llegaron a Tournai. El general Clairfayt ocupaba la misma abadía de Saint-Martin en la que los franceses habían instalado la semana anterior su último puesto de mando en territorio belga. Junto a los prisioneros recibió una carta de Dumouriez en cuya primera parte le explicaba tanto lo sucedido como lo que esperaba de él:

«Mi general: os envío a cuatro diputados de la Convención Nacional que han venido de parte de esta asamblea tiránica para arrestarme y conducirme a su barra. Su plan, o al menos el de sus mandatarios, era hacerme asesinar en París. Os ruego que los entreguéis a Su Alteza el príncipe de Saxo-Coburgo para que sean guardados como rehenes para impedir los crímenes de París».

Sin embargo, la carta al general Clairfayt incluía también el más concreto de los anuncios y la más vergonzosa de las demandas: «Marcho mañana sobre la capital para poner fin a esta horrible anarquía. Cuento, tal y como se me ha prometido expresamente, con la tregua más completa durante la expedición que voy a realizar e incluso con la ayuda de vuestras tropas en el caso de que la necesite para acabar con los malvados a los que quiero castigar para restablecer el orden en el reino de Francia y devolver a toda Europa el reposo y la tranquilidad que han sido alterados tan criminalmente».

La contrarrevolución daba pues su orden del día con el pie ya puesto en el estribo; pero le quedaba por terminar de montar ese caballo y Dumouriez —tan audaz como corto de talla— no era precisamente el mejor de los jinetes.

## TRES

Tanto si estuvo presente en la Convención como si se enteró después de la maniobra de Danton al parapetarse en la Montaña de los ataques de diputados moderados, parece claro que Brissot debió de verle ese lunes las orejas al lobo. Toda vez que los lazos con Dumouriez se habían convertido en algo comprometedor y peligroso, la clamorosa metedura de pata de su joven acólito Girey-Dupré, saliendo en defensa del general en el momento más inoportuno y en los términos más inadecuados, le ponía a él en el centro de la diana.

Su alarma fue lo suficientemente intensa como para llevarle a elaborar una nota que encabezó la edición del día siguiente de *Le Patriote Français*. Brissot recordaba en ella que la Convención le había obligado a optar entre el periodismo y el escaño y que desde el 11 de marzo había sido reemplazado al frente del diario por «un patriota que ha dado pruebas deslumbrantes de su talento, de su valor y sobre todo de su odio hacia los anarquistas».<sup>[21]</sup> Quien fue considerado como factótum de la Asamblea Legislativa se veía obligado a aclarar, en plena fase de repliegue político, que desde esa fecha no tenía «ninguna intervención en la redacción y ni siquiera ya en la propiedad de esta hoja». Su *excusatio non petita* alcanzaba al final tintes un tanto vergonzantes: «Se piensa que yo le dicto a Girey sus opiniones; pero nadie manda sobre las opiniones de un hombre libre». Sólo le faltó añadir que no estaba de acuerdo en que Dumouriez fuera «un nuevo Brennus», ni tampoco en considerar al alcalde y al procurador de la Comuna «cofrades» de los monarcas de Austria y Prusia.

Ese martes fue un día de compás de espera en la Convención, pues todos sabían que como mínimo hasta la mañana siguiente no se sabría el resultado de la difícil misión encomendada a sus cuatro representantes. Pero la sesión no estuvo exenta de sorpresas, toda vez que una de las secciones más burguesas del centro de París —la de Mail— denunció que delegados de una veintena de secciones se habían reunido en la sala del Arzobispado, acababan de constituirse en «Asamblea Central de Salud Pública» y se habían arrogado la competencia de «mantener correspondencia con los departamentos bajo la salvaguardia del pueblo».

El grandullón Varlet atacaba de nuevo. Tras el fracaso de la insurrección del 10 de marzo había seguido lanzando sus proclamas subversivas subido a su banqueta en la terraza de los Feuillants. Entre tanto había logrado inclinar hacia sus tesis a la asamblea de su sección, Droit-del'Homme, hasta el extremo de convencerla de que convocara a las demás para debatir sobre cómo salvar a la patria «de la facción liberticida». El propio Varlet había firmado la comunicación en calidad de secretario.  
<sup>[22]</sup>

Para los portavoces de la Sección de Mail lo ocurrido en el Arzobispado suponía una clara usurpación de las competencias de las autoridades constituidas. Y eso que aún no sabían que la noche anterior el Consejo General de la Comuna había

aprobado, a instancias de Chaumette, sufragar todos los gastos de secretaría de este órgano de poder paralelo. El pretexto formal era que las secciones tenían que reunirse en el Arzobispado por falta de sitio en el Ayuntamiento, pero el procurador no había omitido tampoco el motivo de fondo: «Una insurrección legal [sic] se prepara, tenéis que favorecerla».<sup>[23]</sup>

Ningún miembro de la Convención estableció la obvia vinculación entre esa Asamblea Central y el Comité de Insurrección al que Garat decía haber perseguido en vano, cuando «resultaba evidente que la Asamblea del Arzobispado era en abril lo que la reunión del Café Corazza había sido en marzo».<sup>[24]</sup> Pero Barère —indignado porque Marat le había asimilado a los hombres de Estado en el último número de su diario— no se quedó esta vez en sus habituales medias tintas:

—Una nueva tiranía quiere levantarse; la del comité central llamado Comité de Salud Pública que acaba de ser denunciado ante vosotros. ¿Qué significa un comité situado al margen de la Convención, que mantendrá correspondencia con todos los departamentos? Las secciones de París no tienen derecho a formar un comité de correspondencia con los departamentos. Esta correspondencia sólo puede existir a través de la Convención.

Como quiera que Barère se había quejado tanto de la «calumnia» de Marat como de su flagrante incumplimiento del decreto de incompatibilidad que habían acatado Brissot y los demás diputados periodistas del ala moderada, l'Ami du Peuple no dejó de echar su cuarto a espadas:

—Si el celo de Barère por el bien público fuera igual a mi amor por la justicia y la verdad, simplemente me habría comunicado su queja. Él sabe que nunca me he negado a hacer justicia a quien la merece. No debo permanecer bajo la acusación de haber violado los decretos de la Convención. No daré nunca ese mal ejemplo, pero advierto que es imposible que se haya aprobado un decreto que impida al escritor patriota publicar sus ideas.

Tras haberse opuesto en vano a aquella disposición, Boyer-Fonfrède vio entonces el cielo abierto para replantear el asunto y lo hizo con un argumento inteligente:

—Pido que no os privéis de la pluma de Condorcet cuando consentís la de Marat. Propongo que se anule el decreto.

La suma de los votos de los *montagnards* simpatizantes de Marat y de los moderados y centristas cercanos a Condorcet compuso una sorprendente mayoría, y con la misma ligereza con que la Convención había acordado veinte días antes una cosa, acordó *ipso facto* la contraria. Los diputados podían volver a ser al mismo tiempo periodistas.

No fue el único asunto en el que la Asamblea se enmendó ese día la plana a sí misma. Después de la Sección de Mail compareció nada menos que una delegación de los jueces y jurados del recién constituido Tribunal Revolucionario. Su propósito era quejarse de la parsimonia con que la Comisión de los Seis estaba afrontando su tarea de abastecerles de asuntos que juzgar. Incluso le daban pistas sobre qué tipo de

justiciables querían recibir: «Los generales pérfidos e insolentes se atreven a proponernos reyes en su furor sacrílego [...]. El pueblo que conoce a los conspiradores quiere su castigo».

El moderado Garran-Coulon se sintió obligado a justificar a sus compañeros:

—Si la Comisión de los Seis no ha propuesto aún aprobar ningún decreto de acusación es porque no ha recibido los documentos necesarios.

—Si se tratara de juzgar a falsificadores de moneda —replicó agriamente Albitte *el Rígido*— consentiría que se siguieran todas estas formalidades. Pero cuando se trata de juzgar a los conspiradores no hay formalidades que valgan. Pido por lo tanto la supresión de la Comisión de los Seis y que todos estos trámites se hagan a instancias del acusador público.

Entonces pidió la palabra Rabaut Saint-Étienne, el más destacado de los miembros de esa comisión que servía de filtro al tribunal, dejando atónitos a la mayoría de diputados que les habían votado hacía apenas dos semanas:

—Estoy bien lejos de oponerme a la supresión de la Comisión de los Seis pero...

Siguieron una serie de disculpas sobre por qué no se había abastecido aún al tribunal de guillotinales: desde que había sido necesario conseguir un local hasta que la documentación sobre los casos denunciados estaba dispersa, pasando por la minucia de que «sin querer constreñirnos a eso que se viene llamando las formas del proceso, no podíamos dejar de dar motivos a los jueces».

Rabaut anunció que la víspera la Comisión había remitido al tribunal el sumario sobre el destituido gobernador de Haití, Philippe-François Blanchelande, «porque había estimado que debía comenzar por uno de los casos que más han atraído la atención de la opinión pública», y aportó una lista de los asuntos en fase de examen entre los que destacaban los relacionados con las armas de Beaumarchais y con dos exilados ilustres: el exministro de la Guerra, Narbonne, y el exobispo constitucional de Autun, Charles-Maurice de Talleyrand-Perigord. Pero antes de concluir, recalcó su idea inicial:

—Os repito que no me opongo a que esta comisión creada por vosotros sea suprimida por vosotros.

Si ni siquiera el más ilustre de sus miembros estaba dispuesto a dar la batalla por ella, ¿había alguien que defendiera la Comisión de los Seis? Sí, el abogado de las causas perdidas: Lanjuinais.

—No podéis delegar en el acusador público funciones tan importantes —protestó el diputado bretón— sin vuestra participación y supervisión. Le convertiríais en un dictador.

Sin embargo, su advertencia cayó en saco roto, pese a que Marat dejó traslucir lo que tenía en la cabeza:

—Se extiende entre el público la idea de que la Comisión no ha sido creada más que para paralizar al Tribunal Revolucionario y asegurar la impunidad de algunos miembros de la Convención. Pido que sea suprimida.

Otros tres *montagnards*<sup>[25]</sup> intervinieron en el mismo sentido y la Convención liquidó la comisión en la que tanto confiaban Vergniaud y Barbaroux como mecanismo para controlar el tribunal. La Asamblea se reservó como último filtro el derecho a aprobar los decretos de acusación contra aquellos a quienes Fouquier-Tinville quisiera sentar en el banquillo.

Poco después se procedió a la lectura de las cartas de Dumouriez a Beurnonville, interceptadas a mitad de camino hacia Bélgica por el ministro. Como no podía ser menos, el pasaje en el que anunciaba que pensaba presentarse con sus tropas en París para «devolver la fuerza y autoridad a la parte sana y oprimida de la Asamblea» causó una honda conmoción.

En un alarde de sensatez, Cambon vino a recordar que Dumouriez había tratado de apoyarse en diversos sectores de la Convención y pidió que se examinara a fondo la conducta del general desde su etapa de ministro de Asuntos Exteriores antes de «buscar culpables en un lado u otro de esta sala». Pero eso era exactamente lo que estaba en marcha desde el choque entre Danton y Lasource; y la referencia elogiosa de Dumouriez a los moderados se convertía ahora en un arma letal al servicio de la Montaña.

Tan claro lo debió de ver Brissot que al día siguiente —y pese al levantamiento de la incompatibilidad de los diputados para ejercer el periodismo— *Le Patriote Français* volvió a publicar en el mismo lugar de su primera página, sin cambiar una sola coma, su misma nota del martes. Algunos lectores debieron creer que se trataba de un error. Y de hecho lo fue, pero no de orden material, sino conceptual, pues todo París tuvo constancia de que, dijera lo que dijese la nota, Brissot conservaba el suficiente poder sobre ese periódico como para conseguir que le publicaran el mismo artículo dos veces.

## CUATRO

Lo primero que hizo Dumouriez tras enviar a sus rehenes a los austriacos fue dirigir sendas proclamas a sus tropas y a las autoridades del Departamento del Norte que las cobijaban: «Es hora de que el ejército exprese su opinión, purgue a Francia de asesinos y agitadores y devuelva a nuestra desgraciada patria el reposo que ha perdido por los crímenes de sus representantes», decía la primera. «No tardaré en marchar sobre París para poner fin a la sangrienta anarquía que allí reina [...]. Seré el liberador de Francia y juro que estoy muy lejos de aspirar a la dictadura; me comprometo a dejar toda función pública en cuanto haya salvado a mi patria», añadía la segunda. Ambos textos prometían el restablecimiento de la Constitución monárquica de 1791 y daban cuenta del «arresto» de los cuatro diputados y el ministro.

El siguiente paso de Dumouriez fue tratar de asegurar su retaguardia, lo que equivalía a controlar las tres plazas fuertes fronterizas que formaban los vértices de un triángulo isósceles casi perfecto en cuyo interior quedaba Saint-Amand: a la izquierda Lille, a la derecha Condé y al sur Valenciennes. Puesto que Dumouriez sólo podía estar seguro de la guarnición de Condé, comandada por su fiel Neuilly, decidió esa misma madrugada organizar sendas incursiones con misiones muy específicas en las otras dos ciudades. En concreto encargó al general Lescuyer, un veterano militar chusquero que había hecho su carrera a base de arrojo, que se presentara en Valenciennes con un pequeño grupo de húsares y secuestrara al diputado Bellegarde, [26] que había llegado a la plaza para apuntalar su fidelidad a la República y poseía además la suficiente experiencia militar para saber cómo tratar a las tropas.

En lugar de cumplir su encargo a pies juntillas, Lescuyer despertó al general Ferrand, comandante de la ciudad, para solicitar su ayuda, y este le explicó que acababan de llegar otros dos diputados [27] y que más le valía tratar de capturar a los tres juntos. Ferrand jugó, sin embargo, a dos barajas, pues mientras puso a disposición de Lescuyer un pequeño contingente de tropas para que tendiera una emboscada a los representantes del pueblo a la salida de Valenciennes, al mismo tiempo avisó a estos para que tomaran todo tipo de precauciones. Se sucedieron una serie de vicisitudes y alternativas, pero al término de la jornada del martes día 2 Valenciennes quedaba ya claramente decantada hacia la lealtad a la Convención. A la mañana siguiente Ferrand dirigió a sus tropas una proclama: «Os declaro que aborrezco a todos los traidores y no reconozco otra autoridad suprema, legítimamente representativa del pueblo francés, que la Convención Nacional, y prohíbo a todos mis subordinados obedecer a partir de ahora al exgeneral Dumouriez, que acaba de ser suspendido de sus funciones». [28]

Más enrevesadas aún fueron las peripecias en torno a Lille. Dumouriez envió un orden por escrito al general Miaczinski, acantonado en Orchies con lo que quedaba

de su división. Tenía que marchar sobre Lille, entrar en la ciudad con sus tropas, concertarse con el gobernador Duval, detener a los diputados que pudiera encontrar allí, proclamar la Constitución de 1791 y anunciar a militares y civiles que Dumouriez «les iba a librar de la infame tiranía de los Robespierre y Marat». Miaczinski recibió esa orden a las ocho de la mañana, mientras desayunaba con los mandos de la compañía de cazadores con base en Lille que había escoltado la víspera a los diputados hasta Orchies. Con su fanfarronería e indiscreción habituales no pudo dejar de contarles lo ocurrido por la noche en Saint-Amand, exhibiendo ante ellos la carta que acababa de recibir. Al menos dos de esos oficiales, el coronel mulato que alcanzaría la posteridad como gran compositor bajo el nombre de caballero de Saint-Georges<sup>[29]</sup> y un tal Dumas, padre y abuelo de los novelistas del mismo nombre, se escandalizaron y se revolvieron contra esas órdenes, enviando a uña de caballo al más rápido de sus jinetes a prevenir a las autoridades de Lille.

Miaczinski escribió una breve respuesta a Dumouriez —«Os abrazo y os quiero, si fuera posible, más que nunca por el camino vigoroso que acabáis de tomar»—, y se puso en marcha. Cuando llegó a Lille al filo del mediodía con una avanzadilla de caballería se encontró con que Duval le esperaba en el Ayuntamiento junto a los responsables de la Comuna y el distrito. En vano pidió una cita a solas con el comandante de la plaza. Miaczinski se encontró de repente rodeado e interrogado por personas en actitud amenazante que le preguntaban por sus órdenes escritas. De entrada dijo que sólo tenía instrucciones verbales, pero cuando vio que Saint-George y Dumas estaban con el grupo y se dio cuenta de que iban a registrarle, se vino abajo, mostró la carta y, a la vista de la correlación de fuerzas —la mayor parte de sus tropas se habían quedado cortadas fuera de la ciudad— se ofreció a arengar a los soldados «contra quienes se quieren erigir en dictadores como el traidor Dumouriez». Miaczinski fue encarcelado y enviado a París para ser juzgado por el Tribunal Revolucionario.

Inquieto por la falta de noticias tanto de Valenciennes como de Lille, Dumouriez quiso asegurarse de la fidelidad de sus tropas, acantonadas al norte de Saint-Amand en los campamentos de Bruille y Maulde. Sobre las tres de la tarde pasó revista en Bruille y fue aclamado por los soldados. Durante horas su estado mayor y él confraternizaron con la tropa.

Como se había hecho de noche, Dumouriez dejó la visita a Maulde para el día siguiente y acudió a cenar a Saint-Amand, a la casa a la que se había trasladado el duque de Chartres con *madame* de Genlis y su hermana. El heredero de los Orleáns no había asistido a la escena del Petit Chateau, pero ya por la mañana había transmitido a Dumouriez su preocupación por el impacto que pudiera causar en la tropa sobre todo la entrega de los comisarios de la Convención a los austriacos. «He hecho lo que podía y lo que no podía dejar de hacer», le contestó el general.<sup>[30]</sup> «No me han dejado otra salida».

Chartres no se había quedado tranquilo, pues no estaba seguro de que un desafío



tan frontal a la Convención fuera el camino adecuado. Sin embargo, durante la cena se quedó lívido cuando Dumouriez le tendió un documento que sus hombres acababan de interceptar a un correo: «Tened, aquí está vuestro asunto». Era la orden de detención contra él firmada la antevíspera por los comités. «Y aquí está la de vuestro hermano», le dijo enseguida mostrándole otro escrito. «Y aquí está la de nuestro amigo Valence», añadió exhibiendo un tercer papel. «¡Hay para todo el mundo!». El joven Chartres se quedó atónito al leer cómo él, su hermano pequeño, completamente ajeno al conflicto con Dumouriez,<sup>[31]</sup> y el yerno de *madame* de Genlis debían ser trasladados a la Abadía y encerrados allí «en secreto». Fue entonces cuando se dio cuenta de que no sólo estaban rebelándose para restaurar la Monarquía, sino para salvar sus vidas.

Con ese estado de ánimo Dumouriez se encaminó el miércoles 3 al campamento de Maulde, base de su principal contingente. Previamente había repartido un nuevo manifiesto destinado a estimular el amor propio de sus hombres: «La posteridad dirá de nosotros que sin el bravo ejército de Dumouriez Francia sería un desierto árido». Durante cuatro horas tanto él como Valence se mezclaron con las tropas, regimiento por regimiento, y comprobaron que así como las unidades profesionales no tenían duda alguna, lo ocurrido con los diputados y el ministro había causado consternación entre los batallones de voluntarios. «Yo respondo de ellos», le explicó Dumouriez a un capitán de la Guardia Nacional parisina. «A los comisarios no les pasará nada malo y el ministro de la Guerra no está demasiado enfadado por su arresto».

De regreso al Petit Château, el general se encontró con que un teniente, cuatro sargentos y un cañonero estaban esperándole para leerle una proclama. Al acercarse le sorprendió que llevaran sus gorros puestos del revés, mostrando algo escrito con tiza sobre la tela. Cuando comprobó que la inscripción decía «La República o la muerte» se dio cuenta de que no era un recibimiento amistoso. Enseguida le conminaron a que obedeciera a la Convención y se presentara ante su barra. Según Dumouriez, lo que en realidad querían esos hombres era «asesinarle», y sólo lo frustró la intervención de Baptiste llamando a los centinelas.<sup>[32]</sup> Los seis amotinados también fueron entregados a los austriacos.

Dumouriez veía fermentar las semillas de la rebelión en su entorno más cercano, pues los diputados que controlaban Valenciennes y Lille enviaban emisarios y proclamas a los campamentos. Según Chuquet, valoró la posibilidad de ordenar a las tropas de línea que desarmaran a los voluntarios, pero desistió al ser consciente de que la animosidad entre «blancos» y «azules» era tal que no lo conseguiría sin derramamiento de sangre: «¿Era necesario iniciar la guerra civil en su propio campamento y hacer combatir a una parte de sus tropas contra la otra?».<sup>[33]</sup> Hasta donde fuera posible evitaría recurrir a ello porque, de acuerdo con su particular código, una cosa era traicionar a la Convención y otra traicionar a sus soldados.

## CINCO

En contra de lo que había asegurado por escrito a Clairfayt, Dumouriez no se había puesto en marcha hacia París ni el martes 2 ni el miércoles 3 de abril. Sin embargo, en la capital no lo sabían y la ciudad era un hervidero de rumores. Aunque «no todas las opiniones eran las mismas», según el historiador conservador Claude Beaulieu, que esos días deambulaba por sus calles, «no hay duda de que la mayor parte de los habitantes de esta ciudad, aun sin estimar personalmente al general, no deseaba otra cosa sino que viniera a librarles del estado revolucionario en el que se les sumergía cada día más».<sup>[34]</sup> Sin embargo, frente a esa percepción de la población burguesa, la sensibilidad de los barrios populares y de las secciones controladas por los *sans-culottes* era la opuesta y, como el propio Beaulieu reconoce, «la Convención actuaba con una especie de furor y el Consejo de la Comuna no permanecía inactivo». Sobre todo desde que Delacroix —de nuevo Delacroix— había relatado ese mediodía ante la Asamblea lo ocurrido en el Petit Château de Saint-Amand.

La sesión había comenzado con una comparecencia vergonzante de Chaumette en la que el procurador de la Comuna se declaró sorprendido en su buena fe por el «complot» de las reuniones del Arzobispado y anunció la anulación de la subvención municipal aprobada dos días antes. A un paso adelante sucedía, como el mes anterior, un paso atrás. Y enseguida se repetía también la puesta en escena de la irrupción del corpulento Delacroix, poco menos que con el polvo del camino adherido aún a la levita, con el añadido de que esta vez le arrojaban en la tribuna los otros tres diputados a los que la Convención había obligado igualmente a regresar de Bélgica.<sup>[35]</sup>

Antes de iniciar la lectura de un prolijo informe autoexculpatorio, y como si hubiera adquirido por vía de contagio algunas de las dotes de su amigo Danton para mantener la atención del auditorio, Delacroix se limitó a apuntar que era portador de malas noticias sin aclarar cuáles:

—Sentimos que nuestra misión no hubiera durado veinticuatro horas más porque habríamos traído hoy a Dumouriez vivo o muerto a vuestra barra y, por el contrario, tenéis desgracias que escuchar.

Fingiendo ignorar el estado de agitación en que este anticipo había sumido a la Asamblea, Delacroix se dedicó a contestar las «calumnias» difundidas contra él por Lasource y otros moderados. Admitió su «error» inicial al fiarse del general, pero detalló sus enérgicas propuestas de los últimos días —incluida la demanda de autorización para volarle la cabeza—, ilustrándolas con las misivas intercambiadas con Dumouriez y las resoluciones adoptadas por él y sus compañeros. Explicó luego su decepción por no haber podido acompañar a Camus, Bancal, Lamarque y Quinette a arrestar al general y contó cómo se había despedido de ellos con un abrazo fraternal, emprendiendo la ruta hacia París. Sólo entonces descubrió lo sucedido.

—Ya de camino nos alcanzó un correo extraordinario de los administradores del

Departamento del Norte. Nos enviaban una carta que les había dirigido Dumouriez y en la que este traidor les anunciaba que había ordenado detener al ministro Beurnonville y a los comisarios, que los retenía como rehenes y que iba a marchar sobre París.

Los «¡oh, oh!» y otras exclamaciones de asombro y alarma se propagaron por el doble semicírculo del Manège. Las muestras de indignación sucedieron a las de sorpresa. En un clima de preocupación y desconcierto la Convención se declaró en sesión permanente y encargó al Comité de Defensa General que presentara las medidas de emergencia a adoptar. Marat pidió la palabra y se impuso a quienes se la pretendían negar:

—Sólo los traidores pueden querer ahogar mi voz. Os conmino a guardar silencio y a cumplir con vuestros deberes. Si hay un hombre que tiene todo el derecho a ser escuchado soy yo, que llevo prediciendo desde hace ocho meses todo lo que iba a pasar. Sea cual sea la suerte que ello me depare, os digo que la conducta que habéis mantenido durante la Revolución es propia de huidos de las Petites Maisons.

Marat empezaba a saborear su triunfo como profeta de las mil desdichas y lo hacía pasando la factura en los mismos términos tantas veces utilizados contra él. ¿A quiénes estaban dejando finalmente los hechos por locos? ¿Quiénes merecían ser encerrados en los manicomios como peligros públicos por su imprudencia, su atolondramiento o su traición? Ante la gravedad de la situación proponía crear dos nuevos comités de doce miembros cada uno «elegidos entre quienes hayan dado ya pruebas de patriotismo». La novedad estaba en sus normas de funcionamiento:

—Pido que estos comités sean autorizados a deliberar a puerta cerrada hasta el arresto de los traidores que están en el interior, de los agentes de las potencias enemigas y de todos los sospechosos. Pido que [a sus miembros] se les den los poderes más amplios y formidables para hacer el bien, aunque haya que ponerles bajo custodia y atarles una bola a los pies. Pido no formar parte de esos comités.

Era la antigua idea de Marat del «dictador presidiario» plasmada en un órgano colectivo con la paradójica adenda de que la publicidad absoluta impuesta a los jurados del Tribunal Revolucionario a la hora de decidir sobre la vida o la muerte de los justiciables se trocaba en hermético secreto tras la «puerta cerrada» del Comité a la hora de acordar quién debía pasar por ese trance. Aunque la palabra maldita no hubiera sido pronunciada, el concepto estaba claro. Boyer-Fonfrède lo hizo notar enseguida con su fresca agilidad dialéctica:

—¿Qué quiere decir eso de poner los poderes más formidables en manos de unos diputados que estarán bajo custodia? Yo no quiero la dictadura aunque se ejerza desde el fondo de una cárcel. Yo no quiero que haya hombres que aun llevando cadenas o una bola en el pie, puedan colgarle otras más pesadas a mi país.

Hubo intervenciones a favor y en contra de lo que, truculencias al margen, no era sino un nuevo esbozo de poder ejecutivo emanado de la Asamblea como el que en marzo había planteado Danton. Pero Marat se sintió lo suficientemente respaldado

por el curso de los acontecimientos como para desafiar a la vez a tirios y troyanos.

—Si no tomáis estas medidas, presento mi dimisión.

—¡Presentadla, presentadla! —replicaron varios diputados.

La Convención decretó que fuera el Comité de Defensa General el que deliberara sobre esa y otras propuestas similares y que Marat las defendiera en su seno si quería insistir en ello. Pero l'Ami du Peuple no estaba ese día para componendas.

—No iré. Un general no delibera entre sus enemigos.

—Os llamo al orden, Marat; no sois un general —le replicó el presidente.

—¡Y yo pido que se renueve ese comité!

Las espadas quedaron en alto y el dantonista Thuriot hizo la siguiente propuesta:

—Es preciso declarar a Dumouriez fuera de la ley y que cualquiera que le mate tenga una recompensa de 300.000 libras.

—Adoptar esa proposición es poner a vuestros comisarios bajo el cuchillo —se advirtió desde las filas moderadas.

—Sé muy bien que nuestros comisarios están en poder de los traidores —admitió Thuriot—. Pero no podemos poner en la balanza a cuatro ciudadanos frente a la salud de la patria.

La mayoría estaba ya convencida de que tenía razón, cuando resultó que Marat también tenía algo que decir sobre este punto en forma de enmienda.

—Pido que a quien entregue a Dumouriez se le otorgue una corona cívica y que las 300.000 libras sean para sus hijos.

La fórmula pareció más digna y tuvo un apoyo abrumador. A continuación entraron en la sala los miembros del Consejo Ejecutivo Provisional y Garat dio en nombre de todos ellos un paso a mitad de camino entre la cobardía y la rendición preventiva. Viendo por dónde soplaba el viento respecto a la necesidad de un gobierno fuerte, el ministro del Interior propuso que todos los nombramientos militares fueran hechos por la propia Convención «y que las deliberaciones más importantes del Consejo Ejecutivo tengan lugar en su seno». Pero aún descendió dos peldaños más en la escalera de la humillación autoinducida:

—Me atrevo a pensar que la salud de la patria estaría más asegurada si los ministros no fueran más que los ejecutores de los decretos de la Convención. Y tal vez sería conveniente dar a los miembros del Consejo Ejecutivo un nombre distinto al de «ministro», que siempre recuerda al pueblo crímenes y traiciones.

Toda vez que los ministros se avergonzaban hasta de su nombre, era evidente que el poder ejecutivo, concebido como un brazo separado de la Asamblea, había entrado definitivamente en crisis y que sólo quedaba por determinar cómo recoger sus fragmentos y recomponerlos. Pero antes, y tras un receso de hora y media para la cena, había un miembro de la Convención que quería fijar su nueva posición política a resultas de lo ocurrido en Saint-Amand. Era Robespierre, quien, invirtiendo su habitual itinerario de tantos y tantos días, había aprovechado el intervalo para pasarse primero por el Club de los Jacobinos. No vivía del aire, pero necesitaba más el

alimento espiritual de su contacto con los elegidos que formaban la vanguardia del pueblo que las groseras viandas y las buenas dosis de alcohol que engullirían entre tanto la mayor parte de sus compañeros.

Cuando el Incorruptible llegó al recinto sobre el que día tras día iba aumentando su imperio se encontró con un inesperado incidente con tintes de bochorno colectivo. ¡Había una efigie de Luis XVI en el Club de los Jacobinos! Alguien acababa de darse cuenta de que en un relieve conmemorativo de la Fiesta de la Federación de 1790, instalado desde hacía tiempo en lo alto de una de las paredes de la antigua iglesia, aparecía, lógicamente, representado el entonces rey. No era una imagen diminuta, pero resultaba poco menos que irreconocible desde la distancia. ¿Qué hacer? Robespierre no lo dudó ni un instante:

—Que esa efigie sea ahora mismo arrojada a las llamas.

Dicho y hecho. Mientras aquel Luis XVI de madera ardía en una pequeña hoguera improvisada, el Incorruptible contempló con asombro cómo una atractiva mujer madura de cabellos castaños, ojos también castaños, rostro redondo y nariz aguileña<sup>[36]</sup> pedía y obtenía el uso de la palabra con un aplomo impropio del sexo que él concebía como inferior.

—Quiero indicaros las medidas que deben salvar a París. No pueden asustar a los amigos de la libertad. Declaro que consideraré por lo tanto enemigos de la cosa pública a quienes me interrumpen. Necesito el mayor de los silencios.

Era Claire Lacombe, actriz de éxito en lugares como Lyon o Marsella, pero entregada a la causa de la Revolución en un París en el que el único papel teatral que interpretaría sería el de Diosa de la Libertad en alguna fiesta pública. Aunque según el *montagnard* Choudieu «su único mérito era su atractivo físico»,<sup>[37]</sup> su propuesta de aquel día no iba a dejar indiferente a nadie.

—Apoderaos de todos los aristócratas y obligadlos a salir al encuentro de los enemigos que Dumouriez trae contra París. Les advertiremos de que si nos traicionan, sus mujeres y sus hijos serán degollados y sus propiedades incendiadas. Que los aristócratas sirvan a la libertad a pesar suyo.<sup>[38]</sup>

La medida fue muy aplaudida en el Club de los Jacobinos, pero provocó un fuerte rechazo por su extremismo cuando horas después «una ciudadana» —todo indica que fue la propia Lacombe—<sup>[39]</sup> la planteó ante la Convención. Ya en el club de la calle Saint-Honoré y tras su correspondiente dosis de victimismo —«Tengo motivos para creer que soy uno de aquellos contra los que se dirige Dumouriez»—, Robespierre, sin aludir para nada a ella, propuso exactamente lo contrario:

—Es preciso reclutar un ejército revolucionario compuesto sólo por los patriotas y por todos los *sans-culottes*. Hay que expulsar implacablemente de nuestras secciones a todos los que se han distinguido por su moderantismo. Hay que desarmar no sólo a los nobles y a los meapilas, sino a todos los ciudadanos dudosos, a todos los intrigantes, a todos los que han dado pruebas de incivismo.

Para Robespierre la detención de los representantes de la Convención por un

general rebelde marcaba un antes y un después. No sólo suponía la consumación de lo que a sus ojos era el peor de los sacrilegios, sino que demostraba que Dumouriez no hablaba a humo de pajas cuando había anunciado su intención de marchar sobre París. Era un gran mal que requería un gran remedio y el Robespierre legalista daba paso al Robespierre agitador y, de su mano, al Robespierre inquisidor.

—Ha llegado el momento de transigir ante los déspotas o morir por la libertad. Yo he tomado mi partido, que todos los ciudadanos me imiten. Que todo París se arme. Que las secciones y el pueblo vigilen. Que la Convención se declare pueblo. Yo declaro que mientras los periódicos pérfidos hagan el elogio de Dumouriez, corromperán a la opinión pública y no habrá ninguna esperanza de salvación. Pero el genio de la libertad triunfará, el patriotismo y el pueblo deben dominar y dominarán por doquier.

Fue uno de sus más brillantes remates y todo el club le arrojó con fervorosos aplausos. La denuncia contra *Le Patriote Français* había sido captada por la mayoría de los asistentes. Y denunciar a *Le Patriote Français* equivalía a denunciar a Brissot por mucho que él insistiera en intentar quitarse ahora de en medio. Con la carga de adrenalina de las aclamaciones de sus seguidores y acompañado de algunos de ellos, calle Saint-Honoré abajo, Robespierre se plantó en cuestión de diez minutos en el Manège y en cuanto tuvo la primera ocasión comenzó a hablar puesto en pie desde uno de los bancos de la Montaña. Llevaba un as en la manga.

—Es tiempo de que esta comedia acabe. Es preciso ocuparse seriamente de encontrar un remedio a nuestros males y de tomar las grandes medidas que exigen los peligros de la patria. Debo hacer una declaración tanto por mí mismo como por el interés de la cosa pública. No creo que sea del Comité de Defensa General de donde salgan los medios para salvar a la patria, porque en ese comité reinan principios que la libertad reprueba.

Algunas voces protestaron desde el centro y la derecha ante el sesgo de sus palabras, pero desde la izquierda y las galerías del público comenzó a pedirse con vehemencia que subiera a la tribuna. Eso es lo que hizo.

—Ciudadanos, en este momento me debo a mí mismo y debo a la patria una profesión de fe. Habiendo sido nombrado para el Comité de Defensa General, pero al estar convencido de que los principios que deben salvar a la patria no pueden ser adoptados en este comité, declaro que ya no me considero miembro del mismo.

Robespierre acababa de dinamitar no ya el puente tendido apenas diez días antes entre los dos extremos de la cámara o el ámbito de encuentro entre las principales figuras de todos los sectores de la Asamblea, sino los propios conceptos de alianza y consenso como forma de encarar la crisis. Y además estaba decidido a que su dimisión no resultara inocua.

—No quiero deliberar con los que han hablado siempre el mismo idioma que Dumouriez, con los que han atacado a quienes Dumouriez declara ahora una guerra implacable. Renuncio al honor de ser miembro de un comité que parece más un

consejo de Dumouriez que un comité de la Convención. Cuál no ha sido mi sorpresa al ver como quienes se dedican con tanta audacia a calumniarnos a nosotros y a la ciudad de París han permanecido mudos sobre los crímenes de Dumouriez y sólo nosotros hemos hablado con franqueza sobre las perfidias de este traidor. ¡Que alguien ose desmentir estos hechos!

El habitualmente silencioso y a menudo ausente Brissot dejó oír entonces su voz desde su escaño:

—Pido la palabra después de Robespierre.

¿Fue al escuchar esa voz cuando el Incorruptible decidió focalizar en él de forma explícita su diatriba? Robespierre nunca improvisaba. Todo indica que tenía ya decidido atacarle con nombre y apellido y que Brissot lo sabía o intuía. En todo caso la mirada felina y acuosa del diputado de Arras quedó fijada en él durante tanto tiempo factótum de la política militar de la Asamblea. Las tribunas trepidaban satisfechas.

—Puesto que Brissot está aquí, puesto que Brissot, refutando las verdades que acabo de exponer, pide la palabra para fulminarme, será a Brissot a quien aplique los principios que rigen mi conducta. Nunca Dumouriez y los enemigos de la libertad tuvieron un amigo más fiel y un defensor más útil que Brissot. Probaré que Brissot ha manejado desde hace tiempo los hilos que mueven la intriga de la que nos ocupamos hoy. Probaré que Brissot ha estado ligado por los intereses a Dumouriez. Probaré que Dumouriez y Brissot nos engañaron sin duda por el mismo motivo.

En realidad Robespierre no probó nada, pero su larga requisitoria estableció una malintencionada relación de dependencia entre el general y el diputado que había sido el principal impulsor de las declaraciones de guerra primero contra Austria y Prusia y ahora contra Inglaterra y España. Según Robespierre, Brissot había sido el poder en la sombra que primero había llevado a Dumouriez al Ministerio de Asuntos Extranjeros antes de la caída de la Monarquía, luego le había promovido al mando del Ejército y por fin le había recomendado a «los dos generales que nos traicionaron a la vez»: el «extranjero» Stengel y el «aventurero español expulsado del Perú», Miranda.

Su tesis era que Dumouriez quería devolverle ahora todos esos favores y por eso acababa de identificar sin duda a Brissot y sus amigos como la «parte sana de la Convención». Según Robespierre, su común empeño era restablecer la Monarquía y por eso el general marchaba sobre París, en ayuda de quienes en enero habían promovido la apelación al pueblo para salvar al tirano y «calumniaban» a la capital describiéndola como «un teatro sangriento». Su análisis no dejaba margen para las medias tintas.

—La verdadera causa de nuestros males está en la correspondencia criminal de Dumouriez con el hombre al que he nombrado y con todos los que lo frecuentan. Declaro que la primera medida de salud pública a tomar es decretar la acusación contra todos los sospechosos de complicidad con Dumouriez y notablemente contra Brissot.



Entre aplausos de las tribunas el acusador dio paso al acusado. Brissot pronunció sus primeras palabras en un ambiente entre glacial y hostil.

—Ciudadanos, si me he abstenido de dar hasta ahora mi opinión sobre los crímenes de Dumouriez era para no parecer que cedía al miedo, sentimiento indigno de mí. Esperaba a ser provocado, lo he sido y voy a explicarme.

—¡Demasiado tarde! —gritó un diputado desde los bancos de la Montaña.

—¡Que se lea el número de su periódico del 2 de abril, ahí tendréis la prueba! —añadió otra voz del mismo lado.

Se había equivocado de fecha, pero todos sabían que se refería a los últimos elogios de *Le Patriote Français* a Dumouriez. Era obvio que, por mucho que se hubiera publicado dos veces, la nota de Brissot, desmarcándose de su joven director, no había convencido a nadie e iba a pesar como una losa sobre la credibilidad del líder moderado.

Brissot explicó que el nombramiento de Dumouriez como ministro había sido cosa de la reina María Antonieta y su camarilla, cuando él era poco menos que la bestia negra de la corte. Añadió que la guerra a Austria había sido declarada por unanimidad por la Asamblea Legislativa y que los hechos habían demostrado que había sido el medio más eficaz para poner en evidencia la doblez de Luis XVI y acabar con su corona. En cuanto a las declaraciones de guerra contra Inglaterra, los Países Bajos y España, Brissot mantuvo que habían sido fruto de la necesidad de responder a la agresión y que él ya había advertido que la ejecución del rey depuesto «fanatizaría» a estos países contra la República Francesa. También quiso desmentir que él hubiera calumniado nunca a París.

—Yo he distinguido constantemente a los habitantes de París de los bandidos que infestan esta capital, que multiplican los levantamientos y las agitaciones. Reto a que se cite una sola opinión mía, un solo escrito, una sola circunstancia en la que no haya rendido justicia a la ciudad de París. Sólo me he enfrentado con los agitadores y con quienes fomentan la anarquía.

Algunos diputados *montagnards* y parte de los pobladores de las tribunas parecieron darse por aludidos y Brissot concluyó entre interrupciones y murmullos. En resumen denunciaba como inaudito que a un hombre como él, que había estado encerrado en la Bastilla, que había emigrado a los Estados Unidos para «respirar el aire de la libertad», y que había sido en una etapa bien reciente «el único en atreverse a propagar los principios del republicanismo», se le vinculara a planes para poner a alguien en el trono.

—Por lo demás, ciudadanos, el odio por los reyes y la realeza adquirió raíces en buena hora en mi alma y declaro que moriré antes que transigir con que el malvado Dumouriez restablezca la Monarquía.

Brissot salía tocado del lance, pero de momento nadie insistió en la petición de Robespierre, tal vez porque la prioridad seguía siendo la reforma del poder ejecutivo. Si la derrota de Aix-la-Chapelle y la retirada de Lieja habían traído consigo la

creación del Tribunal Revolucionario, la derrota de Neerwinden y la traición de Dumouriez iban a desembocar en la formación del Comité de Salud Pública. Y de nuevo, tal y como ya ocurriera el 9 de marzo, iba a ser el comerciante de perfumes Isnard, uno de los más elocuentes oradores del bando moderado, quien viniera a dar el impulso decisivo a un proyecto gestado por los jacobinos.

En nombre del Comité de Defensa General, Isnard presentó una propuesta para constituir un «Comité de Ejecución de nueve miembros elegidos en el seno de la Convención, encargado de ejercer las funciones atribuidas al Consejo Ejecutivo y de tomar todas las medidas de defensa general que precisen las circunstancias». Su planteamiento asumía una de las ideas clave de Marat —el nuevo órgano deliberaría en secreto— y aceptaba desde luego la rendición incondicional de Garat y sus compañeros. Los ministros conservaban su, a lo que se ve, embarazoso título, pero quedaban «reducidos a la administración pura y simple». Y lo peor para ellos es que se especificaba que entre las competencias del nuevo comité estaría la de «ordenar detener a generales y ministros». Sólo Buzot alzó su voz contra una propuesta que a su entender arrastraría a la Revolución hacia el despotismo:

—Si tenéis la intención de depositar el poder ejecutivo en esta Asamblea, me parece que sería mejor reconocerlo francamente. El poder ejecutivo debe tener voluntad propia. Si nombráis a diputados que deliberen en su lugar, los ministros no serán más que empleados de vuestra voluntad. Votaré contra el proyecto porque aunque en la hora actual necesitemos mantener una vigilancia activa, no creo que se deba llegar a la usurpación del poder ejecutivo.

Mientras quedaba claro que el centro y la derecha de la Convención terminarían admitiendo el Comité de Salud Pública como habían admitido el Tribunal Revolucionario, Marat seguía erre que erre tratando de tensar al máximo la cuerda de la convivencia entre los diputados. Era ya bien entrada la madrugada, pero las horas de debate y crispación no parecían pasar para él. Con su misma agresividad gestual de por la mañana, señalando alternativamente a un lado y otro de la Sala del Manège, insistió en sus tesis maniqueas:

—Una parte de la Convención no merece nuestra confianza porque Dumouriez viene a proteger a lo que él llama «la parte sana» contra la que debe salvar la República. Es imposible que la Montaña tenga la menor confianza en la mayor parte de los hombres de Estado.

Un sector de la cámara dio síntomas de estar perdiendo la paciencia a través de varias voces concordantes:

—¿Estamos en sesión permanente para escuchar las injurias de este hombre?

—¡He aquí al que quiere disolver la Convención!

—¡Abajo Marat, abajo Marat!

Al cabo de un rato de tumulto el *montagnard* Marc-Antoine Jullien, más conocido como Jullien de la Drome por el departamento al que representaba y para no ser confundido con Julien de Toulouse, dio un paso atrás respecto al ataque

indiscriminado de l'Ami du Peuple. Se trataba de un personaje menor con frustradas aspiraciones literarias, pero gozaba de la confianza política y personal de Robespierre, hasta el extremo de que en febrero había sido presidente del Club de los Jacobinos y había servido de anfitrión en su casa al Incorruptible, su hermano Bonbon y su conflictiva hermana Charlotte.<sup>[40]</sup> La precisión de Jullien fue muy clarificadora:

—Declaro en nombre de la Montaña que desaprueba las expresiones de Marat en lo que concierne a la generalidad de la otra parte de la Convención. La Montaña reconoce que hay muchos diputados sobre los que no ha concebido nunca ninguna sospecha.

Al margen de la cuestión de fondo —Marat soñaba con que rodaran muchas cabezas, a ser posible literalmente; Robespierre y los menos extremistas se conformaban con unas pocas y no tenían claro cómo—, lo más significativo era que este hombre sin envergadura propia había utilizado el lenguaje del portavoz de un grupo parlamentario. Hablaba «en nombre de la Montaña» en una Asamblea en la que nadie había osado hablar nunca en nombre de la Planicie ni, por supuesto, de la Gironda o de ninguna otra entidad, facción o partido. No era un episodio importante, pero Marat se vio obligado a dejar la tribuna con cierta sensación de chasco, y Vergniaud tuvo entonces un aplaudido golpe de ingenio:

—Pido que se declare cómplice de Dumouriez a todo el que haga perder el tiempo a la Convención.

Eran casi las cuatro de la madrugada cuando, antes de interrumpir su sesión permanente, la Asamblea aprobó la primera propuesta de decreto emanada del cuestionado Comité de Defensa General para responder al desafío de Saint-Amand: «Los padres y madres, las mujeres e hijos de los oficiales del ejército comandado por Dumouriez, desde el grado de subteniente hasta el de teniente general, serán guardados como rehenes por el municipio de su lugar de residencia hasta que los comisarios enviados por la Convención Nacional y el ministro de la Guerra, detenidos por la perfidia de Dumouriez, sean puestos en libertad o el ejército de Bélgica quede bajo las órdenes de un nuevo general».

Nadie puso el menor reparo a recuperar una tradición tan romana como la de la transferencia familiar de la culpa. Seguro que la bella Claire Lecombe aplaudió, si seguía a esa hora en la tribuna.

## SEIS

Ignorantes de tan draconiana extensión de las represalias a todos sus familiares directos, Dumouriez, Chartres y sus oficiales de estado mayor montaron a caballo en la mañana del jueves 4 de abril rumbo a Condé. El general había concertado una cita para primera hora de la tarde con el coronel Mack en territorio belga. Su propósito era ultimar todos los detalles de cara a la colaboración entre ambos ejércitos durante la marcha hacia París cuyo comienzo estaba previsto para el viernes. Pero, tras lo ocurrido en Lille y Valenciennes, Dumouriez quería antes comprobar sobre el terreno que podía fiarse de la guarnición de Condé como eje de su retaguardia.

Con su habitual sobredosis de confianza —no en vano uno de sus contemporáneos le caracterizaría «por su exceso de precipitación e incluso por su aturdimiento»—<sup>[41]</sup> Dumouriez sólo se hizo acompañar por esa escueta camarilla: las hermanas Fernig, su hombre para todo el flamante capitán Baptiste, unos cuantos criados y ocho húsares de Bercheny. Ya cerca de Condé salió a su encuentro un ayudante del general Neuilly, comandante de la plaza y supuesto incondicional de Dumouriez, para advertirles que había gran malestar entre las tropas y recomendarles que se dieran la vuelta. Dumouriez ordenó entonces que el propio Neuilly acudiera a reunirse con él, trayendo consigo a la caballería más fiel, para tomar juntos las medidas oportunas.

Aún no había obtenido respuesta cuando avistó en la ruta a un batallón de voluntarios del Departamento del Yonne con sus cañones y equipajes. La primera sorpresa de Dumouriez fue que, aun reconociéndole, no le prestaron gesto de respeto alguno, sino que se limitaron a pasar en silencio a su lado. Pero mayor fue su asombro cuando preguntó a uno de los oficiales a dónde iban y le contestó que a Valenciennes. Ese desplazamiento de tropas no podía hacerse sin su autorización y, dadas las circunstancias, carecía de sentido. Dumouriez advirtió al teniente coronel que mandaba el batallón, un joven fornido de rostro redondo, mirada de miope y calvicie precoz, que debía dar la vuelta. Tras escuchar algunos murmullos e imprecaciones, se dirigió a caballo hacia una granja cercana a fin de dictarle a su secretario una orden por escrito que no dejara el menor margen a la desobediencia.

Entonces, cuando se había alejado con sus acompañantes unos pocos cientos de metros, ocurrió lo último que Dumouriez pensó que pudiera sucederle nunca. A sus espaldas oyó primero gritos de «¡Abajo los traidores!» y «¡Detenedle, detenedle!». Enseguida comenzaron los disparos. Era un grupo de jinetes de una unidad de su propio ejército la que, azuzada por el teniente coronel alopécico, se dirigía hacia él con la pretensión de capturarlo, mientras otro contingente similar le cerraba el paso de la ruta hacia el cercano campamento de Bruille. Como la superioridad numérica era clara por parte de los perseguidores, que formaban ya un semicírculo envolvente, Dumouriez, Chartres, las Fernig y su magra escolta no tuvieron otro remedio que

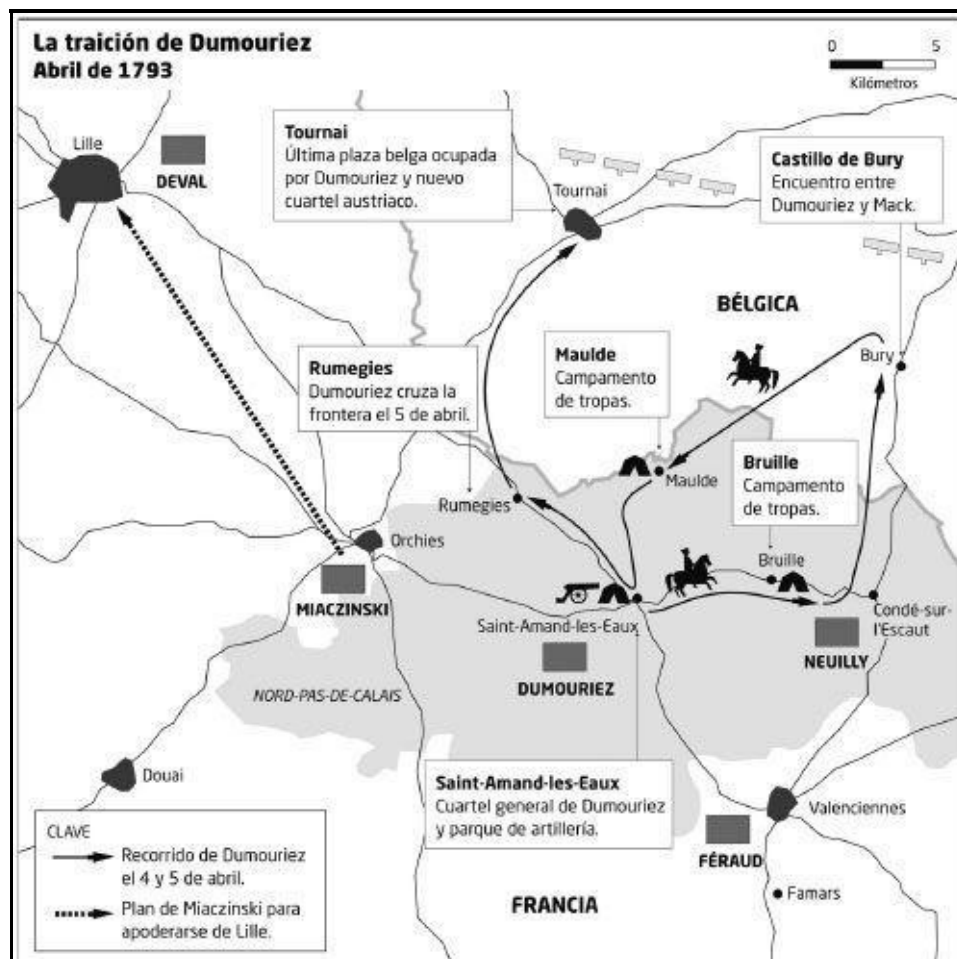
picar espuelas hacia el norte. El terreno estaba muy embarrado y el general, más bien bajo y de piernas cortas, no pudo sacar demasiado partido a su montura. La huida se complicó al toparse con un riachuelo de cierto caudal.

El caballo de Dumouriez se negó a sumergirse en el agua y el general hubo de desmontar y mojarse hasta la altura del pecho, mientras las balas silbaban sobre su cabeza. Al otro lado le dieron una nueva montura y vio como Baptiste podía salvarse al subirse a la grupa de uno de sus ayudantes. Dos de los ocho húsares y otros dos criados tuvieron menos suerte y murieron en la refriega. Uno de los abatidos llevaba su abrigo redingote con comprometedores documentos en los bolsillos. Su secretario fue capturado y enviado a París rumbo a la guillotina.

La persecución continuó al otro lado del río. Dumouriez y Chartres siguieron cabalgando con los voluntarios del Yonne pisándoles los talones hasta la orilla misma del Escaut. Allí tuvieron la doble suerte de que un oficial ordenó la retirada de sus perseguidores<sup>[42]</sup> y de encontrar una barca que les pasó a la otra orilla. Sólo cuando llegaron, famélicos y exhaustos, al castillo de Bury, controlado por los austriacos, pudieron considerarse a salvo.

Aunque conociera su nombre, Dumouriez no podía imaginar que aquel teniente coronel calvo, un joven borgoñón de modales bruscos llamado Louis-Nicolas Davout, buen lector de Voltaire y obsesionado con la idea de que el alma de Le Peletier se había apoderado de la suya,<sup>[43]</sup> se convertiría como duque de Auerstädt y príncipe de Eckmühl en uno de los grandes mariscales del imperio napoleónico.<sup>[44]</sup>

Avisado de lo sucedido, el coronel Mack acudió de inmediato al lugar en el que se había refugiado Dumouriez y escuchó de sus labios el relato de la «tragedia». Su sorpresa fue mayúscula cuando constató que, a pesar de todo, el general mantenía su propósito de «ejecutar su plan sin vacilación»<sup>[45]</sup> y estaba convencido de que conservaba la lealtad de sus tropas. Sólo necesitaba un manifiesto del príncipe de Coburgo en el que dejara claro que se comprometía a respetar la integridad territorial de Francia para disipar cualquier acusación que pudiera formularsele de estar abriendo la puerta a un invasor. Los gritos de «¡Abajo los traidores!» aún resonaban en sus oídos.



Mack accedió tras una cierta resistencia inicial a que juntos redactaran el texto. En realidad fue Dumouriez el que lo hizo, exhibiendo su proverbial destreza para referirse sin rubor a sí mismo en tercera persona. En esta ocasión el general era el «hombre virtuoso» que quería implantar «un gobierno sabio y sólido» en Francia. Coburgo —que firmaría el texto *a posteriori*— se comprometía a considerar cualquier plaza que ocupara en los próximos días como un «depósito sagrado» que devolvería a Dumouriez o al nuevo gobierno de Francia en cuanto este lo solicitara.

Satisfecho por haber sacado adelante esta proclama, Dumouriez regresó al campamento central de Maulde a las tres de la madrugada. Le acompañaban su camarilla habitual y un escuadrón de dragones austriacos de Latour que Mack le había proporcionado como escolta. Aceptar llevarlos consigo fue el último y el más grave de sus errores.

En las posiciones avanzadas de sendos regimientos profesionales Dumouriez hizo tocar la generala y arengó a las tropas a la luz de las antorchas, contándoles lo ocurrido la víspera y presentando a los austriacos como «amigos que sólo van a por los cortadores de cabezas». En ambos casos las tropas reaccionaron con gritos de «¡Viva Dumouriez!» y «¡Viva el rey!», y acogieron muy favorablemente el gesto del oficial austriaco poniéndose una escarapela tricolor francesa.

Mucho más complicado resultó todo en el propio campamento de Maulde, en el

que circulaban abiertamente los panfletos enviados desde Valenciennes denunciando la conducta del general y presentándole como «el monstruo más odioso que ha desolado nunca la tierra».<sup>[46]</sup> La propia Teophile Fernig recordará ese ambiente hostil: «Todo estaba en la mayor agitación y las miradas sombrías de algunos de nuestros camaradas nos daban a entender que nos tomaban por traidores». Es fácil comprender que en ese entorno no fue muy inteligente presentar a los dragones de Latour como «los más valientes del mundo», tal y como hizo Dumouriez en una de sus arengas.

Durante horas el general fue dirigiéndose a las distintas unidades con dispar fortuna. «¡Los republicanos son libres de marcharse, pueden irse si quieren!», exclamó en un momento dado. «¡Que se queden sólo los monárquicos! No les faltará de nada. Por mucho que se difundan rumores de que los víveres se han agotado. Tengo dinero y no les negaré nada». Los menos convencidos iban uniéndose al cortejo que acompañaba al general de regimiento en regimiento, de batallón en batallón, convirtiendo progresivamente la situación en un tumulto.

Aunque conservaba su magnetismo, la voz de Dumouriez fue haciéndose cada vez más ronca y espesa. La gran mayoría de los soldados reaccionaban con horror al escuchar los detalles del ataque de los voluntarios contra su general, pero siempre había voces que le preguntaban qué pretendía hacer al otro lado de la frontera tras su visita a Condé. La sombra de los austriacos —materializada en la comprometedor presencia de esos dragones de Latour— se proyectaba por doquier. El problema no era que el general se estuviera sublevando contra la Convención, sino la compañía en que lo hacía. Como ha escrito el más ecuánime de sus biógrafos, las tropas «habrían seguido al rebelde, pero condenaron al traidor».<sup>[47]</sup>

Sobre las once de la mañana Dumouriez recibió una noticia fatídica: las unidades de artillería estaban preparándose para abandonar el parque instalado en las inmediaciones del cuartel general de Saint-Amand con el propósito de dirigirse a Valenciennes y sumarse a los leales a la Convención. Había que impedirlo a toda costa. Sin los ochenta cañones depositados allí la marcha sobre París se volvía una quimera, pues su caballería e infantería quedarían a merced de las bocas de fuego controladas por la Guardia Nacional de las secciones más jacobinas.

Dumouriez galopó hasta Saint-Amand y se plantó en medio de los artilleros que ultimaban su partida. Recurrió a los argumentos políticos y a las apelaciones personales, a los ruegos y a las amenazas, incluso al ascendiente del general Valence, que les recordó que durante cuatro años había sido uno de los suyos. Todo fue en vano: unos setecientos cañoneros y sus auxiliares terminaron de hacer el equipaje, fueron abandonando en silencio el campamento y emprendieron la ruta hacia Valenciennes, arrastrando lentamente sus pertrechos mientras el Petit Château de Saint-Amand se empequeñecía en el horizonte.

Desde ese momento la partida estaba perdida. Dumouriez todavía contaba con unos cuantos regimientos, pero sus últimos esfuerzos, a medida que se iba



consumiendo el día, no se encaminaron ya a preparar la ruta hacia París, sino el camino hacia el exilio. No le quedaba ya sino ese humillante «último recurso», esa «galopada a tiempo hacia los austriacos» de la que había alardeado ante Dubuisson. Durante horas intentó en vano hacerse con la caja del ejército, en la que había un millón de libras en numerario, es decir en monedas de oro y plata, pero finalmente tampoco lo consiguió.

Con las sombras del atardecer encima, más diminuto y encogido que nunca sobre la montura, consciente de que no tenía otra salida si no quería ser capturado por alguna de sus propias unidades, Dumouriez cruzó la frontera flanqueado por el duque de Chartres y el general Valence y seguido por unos centenares de leales entre los que no faltaron ni Baptiste, ni el doctor Menuret ni las hermanas Fernig. El párroco del último pueblo francés que pisaron, la pequeña localidad de Rumegíes, fue su improvisado guía hasta las posiciones austriacas. Al despedirse el cura le dijo al duque de Chartres: «Todo lo que os pido, príncipe, es que me hagáis vuestro capellán cuando volváis a Francia, porque esto no durará siempre».<sup>[48]</sup>

La historia de Lafayette se repetía, con menos lustre personal si cabe, pues el «héroe de los dos mundos» ni había sido derrotado en el campo de batalla ni había pactado con el enemigo. Era la distancia que mediaba entre una deserción idealista y una traición egoísta, «entre un hombre honesto que veía que no podía hacer nada más a favor de su país y un hombre deshonesto que veía que no podía hacer nada más a favor de sí mismo».<sup>[49]</sup> A cambio Dumouriez no tendría que pasar por el cruel cautiverio de su precursor, transformándose durante décadas en un pintoresco conspirador errante por las cortes de Europa. Tal vez por eso sus *Memorias* destilarían más comprensión que amargura: «El principio que separó tan bruscamente a los soldados franceses de un general al que adoraban tiene en sí mismo una parte loable. Ellos combatían por la libertad de su patria. Ellos vieron a este general tratar con el enemigo, se creyeron traicionados y pasaron del amor al odio. Ellos no podían estar informados ni de los detalles de la negociación ni del cuidado que él había tenido en proteger el interés y el honor de su patria».<sup>[50]</sup>

La Revolución perdía así a su espada más gloriosa, pues era el gigante de Valmy, el triunfador de Jemappes, el conquistador de Breda quien se pasaba al enemigo. Era el 5 de abril. Marat sólo se había equivocado en cinco días respecto a su pronóstico de octubre, revalidado el 20 de marzo. Era evidente que, en términos políticos, ante la opinión pública de París, l'Ami du Peuple había ganado espectacular y asombrosamente su apuesta.

## SIETE

Aun antes de saber que su profecía se había terminado de cumplir, Marat saboreaba ya las mieles del éxito. París estaba en grave peligro, pero los hechos le daban la razón a él y se la quitaban a sus numerosos enemigos. Según un informe policial de esos primeros días de abril, «Marat está adquiriendo en la opinión pública un ascendiente muy marcado; cuando sale de la Convención es rodeado y seguido de un gentío que no cesa de aplaudirle».<sup>[51]</sup>

Mientras Dumouriez se desgañitaba de campamento en campamento, de batallón en batallón, agitando su figura como un guiñapo simbólico de la anarquía para tratar de sublevar a sus tropas, Marat protagonizaba uno de sus momentos más ocurrentes en el seno de la Convención. La Asamblea empezaba a ver en la guillotina la tabla de salvación de la República y varios diputados de la Montaña acababan de plantear que se eliminara también el control de la cámara sobre los decretos de acusación de forma que Fouquier-Tinville pudiera actuar contra quien le diera la gana. Ante la evidencia de que lo que setenta y dos horas antes parecía prudente preservar iba a quedar dismantelado de inmediato, Barbaroux y otros moderados propusieron que esa regla tuviera sus excepciones, de forma que el acusador público no pudiera proceder ni contra los diputados, ni contra los generales, ni contra los ministros sin autorización de la Convención. Entonces saltó Marat:

—No entiendo por qué se pueden tomar esas medidas contra ciudadanos cuyo concurso es más necesario para la defensa nacional que el de los ministros o los generales. Pido que se exceptúe de la clase de ciudadanos a los que se podrá suspender, destituir o arrestar a los armeros, a los carreteros, a los fundidores y a otros ciudadanos que trabajen en fabricar armas.

—¡Bravo, Marat, bravo! —le replicó, tomándosele a chacota, Barbaroux.

—Un momento, Barbaroux, que tengo con qué enfriar tu gozo —prosiguió Marat—. Pido que se exceptúe a los sastres, a los zapateros, a los peleteros, a los pasamaneros, a los fabricantes de paños, de telas, de sombreros, de cinturones, de cascos, de mochilas, de polainas y de borlas. Pido que se exceptúe a los panaderos, a los carniceros, a los charcuteros y a los pasteleros. Pido que se exceptúe a los labradores, a los jardineros y a los porteadores de agua. Pido que se exceptúe a todos los ciudadanos en estado de llevar armas, a los jóvenes que deberán reemplazarles un día y a las mujeres que hacen niños. Porque, señores hombres de Estado, es preciso conservar intactos estos pilares de la sociedad para no desorganizarla.

La mezcla de ingenio y descaró de Marat no dejó indiferente a nadie. A medida que iba acompañando su enumeración con todo su repertorio de gestos enérgicos, golpes en la mesa y patadas contra el suelo, la Sala del Manège iba poblándose de las risas de unos y la indignación de otros. Tras unos minutos de tumulto Marat se tuvo que callar. La Convención acordó aceptar las excepciones de los moderados y enviar

las de Marat para su examen al Comité de Legislación, pero todo el protagonismo había sido suyo. Y aún le quedaba por vivir su gran momento de gloria de la jornada.

Mientras Dumouriez pasaba esa noche sus primeras horas como exilado en un acuartelamiento austriaco, el activista malencarado que cuando estaba en la cima de su popularidad tuvo los suficientes arrestos para plantarle cara en casa de los Talma; el periodista implacable que desde entonces no había dejado de perseguirle con sus denuncias; el visionario extravagante que llevaba cinco meses pronosticando lo que finalmente había sucedido, obtenía una hasta hacía bien poco inimaginable recompensa en el sanctasanctórum del poder revolucionario, al ser elegido presidente quincenal del Club de los Jacobinos. Era un honor simbólico y efímero, pero indicaba hasta qué punto su figura atrabiliaria y controvertida había salido del rincón de la marginalidad para situarse en el centro de la representación.

Así lo reconocía *Le Journal Français*: «Marat es ahora el dios del momento. Son sobre todo las mujeres las que le han jurado la adhesión más inviolable». Aunque para este órgano de la burguesía moderada su promoción como cabeza visible del club de la calle Saint-Honoré tenía un componente clarificador: «Su nombramiento para la presidencia de los Jacobinos prueba que esta sociedad se merecía que el apóstol del asesinato, el pillaje y todos los crímenes dirigiera su campanilla».<sup>[52]</sup>

Marat no asistía a la sesión cuando lo eligieron, pero pronto hizo una de esas irrupciones teatrales a las que era tan adicto. A juzgar por lo que dijo podría pensarse que el éxito estaba subiéndosele a la cabeza e incluso adoptaba ya el mismo tono enfático y farisaico que él percibía en sus odiados «hombres de Estado»:

—Ciudadanos, he aprovechado el primer descanso que me han permitido mis deberes como legislador para incorporarme a mi puesto. No daré las gracias a la Sociedad por la confianza que ha depositado en mí. Aprecio en su elección su amor por la libertad, pero reconociendo mi insuficiencia para las funciones de presidente le suplico que tenga a bien reemplazarme.<sup>[53]</sup>

La reacción de los asistentes fue la que cualquiera podía prever, la que l'Ami du Peuple había tratado sin duda de desencadenar. Según *Le Journal des Débats*, «los aplausos y las exclamaciones de “¡No! ¡no!” impusieron silencio a la modestia del ciudadano Marat y le expresaron la satisfacción de verle como presidente».

Tras haberse hecho de rogar, Marat ocupó el sillón presidencial y dio la palabra a uno de los oradores. Sin embargo, al cabo de unos minutos alguien le pasó una nota y enseguida se levantó de la mesa para anunciar, con el mismo aire de suficiencia, que «las noticias llegadas del ejército de los Alpes le requerían con urgencia en el Comité Militar». Marat cedió el sillón y la campanilla a uno de sus antecesores, concretamente a Dubuisson —liberado ya del arresto domiciliario «para protegerle»— y abandonó la calle Saint-Honoré. Pero antes de hacerlo firmó como cabeza visible del club el llamamiento elaborado por el Comité de Correspondencia para ser enviado a todas las sociedades jacobinas de Francia.

Es imposible saber si Marat había intervenido mucho, poco o nada en su

redacción; ni siquiera si lo leyó o no con detenimiento. Pero fuera por la situación límite creada o por su súbito predicamento en el club, el caso es que desde la primera línea era posible reconocer su estilo y sus ideas: «¡Amigos, estamos siendo traicionados! ¡A las armas! ¡A las armas! Ha llegado la hora terrible en la que los defensores de la patria deben vencer o quedar sepultados bajo los escombros sangrantes de la República. ¡Franceses, nunca vuestra libertad estuvo en tan gran peligro! Nuestros enemigos han puesto al fin el sello a su negra perfidia y para consumarla su cómplice, Dumouriez, marcha sobre París».<sup>[54]</sup>

La proclama no se limitaba a movilizar a las secciones y departamentos contra un general rebelde, sino que iba mucho más lejos, o más bien se quedaba mucho más cerca: «¡Hermanos, es preciso convencerlos de una verdad dolorosa! Vuestros mayores enemigos están en medio de vosotros, dirigen vuestras operaciones. ¡Oh, venganza! Conducen vuestros medios de defensa [...]. Sí, hermanos y amigos, ¡es en el Senado donde las manos parricidas desgarran vuestras entrañas! ¡Sí, la contrarrevolución está en el gobierno y en la Convención Nacional! ¡Levantémonos! ¡Sí, levantémonos todos! Arrestemos a todos los enemigos de la Revolución y a todas las personas sospechosas. Exterminemos sin piedad a todos los conspiradores, si no queremos ser exterminados nosotros».

Era una proclama febril, propia de quien ve avanzar al enemigo hacia su casa, pero en esa dramática disyuntiva de matar o morir en la que cualquier respuesta militar podría parecer justificada, lo que los Jacobinos proponían eran dos medidas políticas encaminadas a dejar en sus manos el control de la Convención. Por un lado el regreso de los «diputados patriotas» enviados a estimular el reclutamiento en los departamentos y su relevo por «apóstoles de la libertad» seleccionados entre los afiliados a las propias sociedades destinatarias del mensaje. Por el otro —cual recurrente estribillo— la expulsión de los «diputados infieles que han traicionado su deber al no querer la muerte del rey». Su argumentación al respecto no podía ser más simplista y maniquea: «Tales delegados son traidores, monárquicos u hombres ineptos. ¡La República reprueba a los amigos de los reyes! Son ellos los que la fragmentan, los que la arruinan y han jurado aniquilarla. Sí, ciudadanos, son ellos los que han formado esta facción criminal y desastrosa. ¡Con ellos vuestra libertad está liquidada! ¡Y con su rápida expulsión la patria está salvada!».

Era en definitiva una asociación privada la que, suplantando a todas las instituciones, usurpando la función de las autoridades constituidas, aprovechaba la ira y el pánico que el presunto galope de las tropas de Dumouriez suscitaban en la imaginación popular para diagnosticar el mal y extender la receta: había que amputar la parte de la Convención que los Jacobinos consideraban gangrenada. Y había que hacerlo a sangre y fuego: «¡A las armas, republicanos! ¡Volad hacia París! ¡A las armas, a las armas! ¡Nada de deliberación, nada de retrasos o la libertad está perdida! Todos los medios para acelerar vuestra salida deben ser puestos en práctica. ¡Si somos atacados antes de que lleguéis, sabremos combatir hasta morir y no

entregaremos París más que reducido a cenizas!».

En el fondo se trataba de un planteamiento muy parecido al que había echado a rodar Robespierre en la Convención al final de su diatriba contra Brissot. Y era sin duda el mismo pensamiento que quedó reflejado en la propuesta que su hermano Augustin —«un cántaro que resonaba cuando él lo golpeaba»—<sup>[55]</sup> hizo el propio 5 de abril, también en el Club de los Jacobinos:

—Es preciso que todos los buenos ciudadanos se reúnan en sus secciones, que dirijan a la opinión pública de una manera más útil de lo que lo han hecho hasta ahora y que vengan a la barra de la Convención a forzarnos a detener a los diputados infieles.<sup>[56]</sup>

El esquema no podía ser más pérfido, pues era un diputado el que pedía ser coaccionado por una parte del pueblo. Sin embargo, las palabras se las llevaba el viento, y si algún periódico las reproducía siempre podían ser desautorizadas o atribuidas a una mala interpretación. La proclama firmada por Marat era en cambio un documento formal, destinado a ser distribuido por toda Francia, e incluía un llamamiento expreso y reiterado a la insurrección armada. No es de extrañar que quienes más le detestaban creyeran haber encontrado al fin el arma del crimen pendiendo delatoramente de su mano.

## OCHO

Desde primera hora de la mañana del sábado 6 de abril una gran multitud se agolpaba en la punta occidental de la Île de la Cité, ocupando gran parte del Quai de l'Horloge y del Des Orfèvres y abarrotando la transversal calle de la Barillerie, «oscura, tortuosa y estrecha»,<sup>[57]</sup> dominada por la reja de hierro artesonado que anunciaba el amplio patio del Palacio de Justicia. Predominaban los *sans-culottes* con sus pantalones de rayas y sus sucias carmañolas y las mujeres de aspecto fiero con sus agujas de tricotar para pasar el rato. Pero también había burgueses, con levitas y chalecos bordados ellos, con elegantes vestidos de muselina y sombreros de fieltro ellas, atraídos por la novedad del acontecimiento.

Los parisinos de la orilla derecha habían llegado a través del Pont Neuf y del Pont au Change; los de la orilla izquierda a través del Petit Pont, del Pont Saint-Michel y del propio Pont Neuf, vía la calle Dauphine, hasta alcanzar la estatua de Enrique IV. Todos los puentes conducían esa mañana hacia el antiguo palacio de los reyes de Francia, sede del Parlamento de París hasta su reciente disolución, donde el Tribunal Revolucionario iba a celebrar su primera vista pública.

Es imposible saber si fue durante ese primer tumulto cuando tuvieron lugar algunos de los actos de vandalismo que dañaron seriamente el que desde hacía más de dos siglos venía siendo el primer reloj público de París, pero es evidente que el dosel de flores de lis sobre fondo azul que enmarcaba la esfera dorada a unos veinte metros de altura en el mismo vientre de la llamada Torre del Reloj sólo pudo generar sentimientos de hostilidad en una turba tan republicana; y no es de extrañar que, a modo de metáfora de cuanto sucedía alrededor, las dos figuras laterales que representaban a la Ley y la Justicia sufrieran también graves daños durante el periodo revolucionario.<sup>[58]</sup>

Cuando se abrió la reja la multitud penetró en el patio de Mayo —así denominado por la tradición que llevaba a plantar cada primavera un roble en su interior—, subió los treinta y cinco anchos y solemnes escalones que daban acceso al edificio, se dirigió a la derecha del vestíbulo e inundó la sala de los Pasos Perdidos, una imponente galería plagada de arcos, bóvedas de ojiva y pilares de piedra con formidables capiteles. Tras haber albergado la llamada sala de la Gente de Armas de la vieja Monarquía de los Valois, sus cuatro naves de más de sesenta metros de largo por casi treinta de ancho se habían convertido en el espacio más concurrido del Parlamento de París cuando ejercía de Tribunal Supremo del reino, pues por ella pululaban los abogados, procuradores y funcionarios, haciendo todo tipo de gestiones entre tenderetes de ropa, librereros, vendedores ambulantes y prostitutas en busca de clientes.

La Revolución había heredado este abigarrado mercado persa, sustituyendo la labor del abolido Parlamento por la de los tribunales ordinarios y extraordinarios que



ejercían allí su jurisdicción. Además la afluencia de detenidos en espera de juicio a la contigua cárcel de la Conciergerie —escenario de los peores horrores durante las masacres de septiembre—<sup>[59]</sup> había congregado un nuevo tipo de público integrado por familiares y amigos que acudían a interesarse por la terrible suerte de los presos.

«Pocas personas son conscientes al recorrer esas soberbias galerías, esas salas inmensas del palacio, de que pisotean sobre hombres como ellos, amontonados en los calabozos», alegará una publicación en doceavo, editada con el título de *Almanaque de las Prisiones* inmediatamente después de la caída de Robespierre. «¡Qué contraste! Arriba la locura de las *boutiques* llenas de perfumes, lo que la moda ofrece a la coquetería de las más elegantes [...] bibliotecas cargadas de libros de filosofía y humanidades. Debajo, a la distancia del espesor de una bóveda, los cerrojos, los barrotes, los gemidos, los harapos, una hediondez insoportable, un aire infecto, los carceleros borrachos cargados de enormes llaves y seguidos de perros, adiestrados como ellos para extender el espanto».<sup>[60]</sup>

A decir verdad, el informe oficial remitido al ministro del Interior, Garat, el 16 de marzo de 1793 no difería mucho de la descripción incluida en esa obra posterior a termidor: «Vengo de hacer una nueva visita a las prisiones de la Conciergerie. La impresión horrible que he experimentado a la vista de los desgraciados amontonados en este lugar espantoso es inexpresable y tampoco puedo concebir la barbarie de los oficiales de la policía encargados de vigilarlos y la despreocupación de los tribunales por absolver o condenar a los acusados». El informante del ministro mencionaba que en una sola habitación había contado veintiséis hombres con colgajos de ropa podrida yaciendo en un inmundo lecho de paja, que en otra celda había visto a treinta y cinco compartiendo diez camastros y en una tercera a treinta y ocho moribundos amontonados sobre nueve jergones.<sup>[61]</sup>

Sólo una parte del gentío pudo acceder aquel sábado desde la sala de los Pasos Perdidos a la Gran Cámara donde iba a celebrar su sesión el Tribunal Revolucionario. Era una estancia de similar arquitectura y menor tamaño —veintitrés por doce—, pero con un suelo de cuadrados de mármol, blancos y negros, que le proporcionaba mayor empaque. Aunque sus estrechos ventanales daban a un patio interior, el extremo norte de la sala conectaba con las dos torres gemelas, la Tour de Cesar y la Tour d'Argent,<sup>[62]</sup> que con sus picudos capuchones de pizarra negra proyectaban sobre el Sena una apariencia tan intimidatoria como solemne. La fachada sobre el río, en el otro extremo al que ocupaba la Torre del Reloj, se completaba con la Tour Bonbec —o del «buen pico»—, escenario durante siglos de las confesiones obtenidas mediante tortura, incluidas las de criminales tan famosos como Ravillac o Damiens.<sup>[63]</sup>

En esa Gran Cámara habían recibido los reyes de Francia a los embajadores entre paredes forradas con flores de lis sobre terciopelo azul, y en ella había celebrado el Parlamento de París sus sesiones solemnes, incluida la de abril de 1755, en la que Luis XIV habría resumido su programa político con una frase legendaria: «*L'État*



*c'est moi*».<sup>[64]</sup> Un imponente retablo flamenco que representaba la crucifixión de Cristo, dudosamente atribuido a Durero, dominaba entonces la Gran Cámara. El Tribunal de Casación, último ocupante del recinto, había sustituido los elementos religiosos por bajorrelieves con motivos clásicos, obra del escultor Daujon, y con el Tribunal Revolucionario acababan de llegar sendos bustos de Le Peletier y Bruto, símbolos del martirio por los nuevos ideales y del buen juez capaz de sacrificar a sus propios hijos al interés de la República.

La magnífica estancia había sido renombrada como Sala de la Libertad, y de todos los signos externos de la Monarquía sólo permanecía el llamado «parqué del rey», una especie de tarima sobre la que ahora se alineaban los asientos de los tres jueces del Tribunal Revolucionario asignados a cada caso. Inmediatamente delante, apenas un peldaño debajo, estaba la mesa del acusador público. El acusado y su defensor oficioso —la abogacía había sido abolida como gremio profesional en 1790— se sentaban en un lateral a su derecha y los miembros del jurado ocupaban un banco a su izquierda. La mesa de los secretarios y ujieres con sus tinteros, sus plumas de ave y sus candelas completaba el cuadrilátero tras el que, separado por una barrera, se amontonaba el público.

El sonido de una campanilla anunció la entrada en la sala del tribunal. El presidente, Jacques Montané, extrovertido y pagado de sí mismo, encabezaba el pequeño cortejo. Era el único con una mínima experiencia jurídica, al haber ejercido como juez de paz en Toulouse. Su condición de amigo personal del diputado Delmas, que presidía esa quincena la Convención y resultaría elegido esa misma noche miembro del Comité de Salud Pública, le había ayudado probablemente a obtener el puesto. Montané había sido el más votado de los jueces que habían aceptado el nombramiento y era el de mayor edad. Como presidente del tribunal tenía su despacho en la Tour d'Argent.

Le seguía el agricultor y experto en cría caballar Étienne Foucault, «un hombre de una capacidad muy mediocre», según uno de los primeros historiadores del tribunal.<sup>[65]</sup> Tenía fama de «buscar nobles hasta entre los zapateros remendones», y en el tira y afloja de los primeros días con la Comisión de los Seis había sido el que de forma más impaciente había criticado la premiosidad de los diputados: «Nos hace falta sangre, el pueblo quiere sangre».<sup>[66]</sup>

El tercer juez era el naturalista, cirujano, cañonero y ante todo activista radical Antoine Roussillon. Encarcelado en 1791 por los sucesos del Campo de Marte, había sido en esos primeros meses de 1793 uno de los hombres clave de la Sociedad de Defensores de la República que había arrastrado a los federados al redil de los Jacobinos, y en concreto el portavoz de la petición que había dado pie a que se anulara la persecución de los autores de las masacres de septiembre. Todo un mérito para ser elegido como juez. En la carta que escribió a la Convención, dando las gracias por su nombramiento, expresó su anhelo de que «todos los enemigos del pueblo sean destruidos» para que los buenos republicanos «no necesiten jueces, ni

cañones, ni sables, ni bayonetas y puedan dedicarse a la agricultura y ser felices».<sup>[67]</sup> Tanto Roussillon como Foucault se consideraban ante todo buenos jacobinos y se sentían obligados a justificar sus decisiones como jueces ante el club de la calle Saint-Honoré.<sup>[68]</sup>

Tras ellos caminaba el acusador público, Fouquier-Tinville, el único veterano del Palacio de Justicia y verdadero factótum del tribunal desde su muy cercano despacho en la Tour de Cesar. Era un hombre de mirada fiera, realzada por unas cejas muy pobladas y negras y por un rictus de dureza permanentemente colgado de sus labios estrechos. Durante años ejerció como procurador, pero en un momento dado se vio obligado a vender el puesto, arrastrando una vida de miseria con siete hijos de sus dos matrimonios. La llegada al poder, junto a Danton, de su pariente lejano Camille Desmoulins le permitió obtener una plaza como director del jurado del tribunal especial creado el 17 de agosto de 1792 para castigar a los últimos colaboradores del rey y a quienes habían opuesto resistencia al asalto de las Tullerías. Cuando este tribunal fue disuelto al cabo de pocas semanas, Fouquier-Tinville fue nombrado acusador de la corte criminal de París, y eso —y la renuncia del más votado, Faure— facilitó su elección para el Tribunal Revolucionario. «El tiempo ha llegado en que el verdadero patriotismo debe triunfar e imponerse a la aristocracia», le había escrito a Desmoulins al pedirle ayuda. «Conocéis mi patriotismo, así como mi capacidad sobre todo para los asuntos contenciosos».<sup>[69]</sup>

Tanto los tres jueces como el acusador público iban vestidos completamente de negro, con togas anchas que les llegaban hasta la rodilla, echarpes sobre los hombros y sombreros redondos con el ala delantera levantada «a lo Enrique IV», rematados por tres plumas también negras. Sólo las cintas tricolores alrededor del cuello, de las que pendían sendas medallas, iluminaban algo su tétrica apariencia. La medalla de los jueces tenía una inscripción que decía: «*La Loi*». La de Fouquier-Tinville era distinta: «*Suret  Publique*».

El acusado en ese primer juicio era un miembro de la baja nobleza de Poitiers, de cuarenta y dos años, llamado Louis Guyot des Maulans. Compareció como establecían las normas del tribunal, «libre y sin hierros», pero vestido con ropa muy sucia y ajada, propia de su paso por la Conciergerie. Había sido detenido el 12 de diciembre en una localidad próxima a París, Bourg-la-Reine —ahora rebautizada Bourg-Égalité— con una pistola, una escarapela blanca, signo de su adscripción monárquica, un botón con una flor de lis y dos pasaportes o salvoconductos emitidos o por autoridades prusianas o por jefes militares de la emigración. Se le acusaba de haber abandonado Francia y regresado para desarrollar actividades contrarrevolucionarias. Su gran error había sido pedir el aplazamiento de su comparecencia ante la jurisdicción penal de París que debería haberse ocupado de su caso, alegando motivos de salud, lo que dio tiempo a la creación del Tribunal Revolucionario.<sup>[70]</sup>

Tras la lectura del acta de acusación por un secretario, Fouquier-Tinville tomó la

palabra. La combinación de sus facciones hoscas y su intimidatorio atuendo acentuaban la sensación de tener delante a un ave de presa dispuesta a abatirse con las garras desplegadas sobre su víctima tras merodear a su alrededor mediante el vuelo circular de la retórica.

—No podemos disimular que desde el nacimiento de la Revolución nos encontramos sin cesar con hombres rencorosos que, llenos del odio insolente que caracteriza a la nobleza difunta y movidos por un vil interés, se sienten ofendidos por esta igualdad tan querida a los verdaderos franceses. La mayor parte desertan de su tierra natal para trasladar su fortuna a suelo extranjero, pero no se marchan más que para combatirla y conjurar contra su libertad el furor de los déspotas vecinos. Por eso los representantes del pueblo francés se han apresurado mediante una ley a desterrar para siempre de la tierra de la libertad a estos viles tráfugas que con su retorno sólo podrían atormentarla y desgarrarla. Tal es la medida de seguridad general que la ley ha establecido contra los emigrados: el destierro o la muerte.

El acusador público hizo una pausa que realzó aún más la trascendencia de lo que acababa de decir y se dirigió de manera coloquial a los miembros del jurado:

—Esta ley es terrible, sin duda, pero era necesaria para salvar a la República y de su cumplimiento depende la salud pública. Uno de estos hombres es el acusado que veis aquí, ciudadanos del jurado: Louis Guyot arrastra con él todas las marcas de la emigración.

Una vez que se centró en los detalles del caso, enseguida quedó claro que Fouquier-Tinville tenía más preguntas que respuestas, más hipótesis que pruebas sobre las actividades del acusado. Todo se basaba en su presencia en Verdún y sus alrededores en la época en que la plaza fue tomada por los prusianos.

—¿Qué iba a hacer Louis Guyot a Verdún a comienzos y finales de septiembre? ¿No sería para mantener correspondencia con los emigrados por lo que iba y venía de una ciudad entregada por la traición a las potencias extranjeras? ¿Qué podía retenerle en los alrededores de esta ciudad si no era el servicio al ejército enemigo?

Tras la declaración como testigos de un pastelero y un comerciante de Bourg-Égalité que habían asistido a su detención, el propio Guyot fue interrogado por Fouquier-Tinville sobre estas y otras conjeturas parecidas. Los números 1 y 2 del *Boletín del Tribunal Criminal Revolucionario*, editado por el impresor Climent recogieron lo esencial del interrogatorio:

—¿No es cierto que sois un noble?

—Sí, desgraciadamente.

—¿Qué razones os llevaron a salir del país?

—Estaba siendo perseguido.

—¿Por quién estabais siendo perseguido?

—Por personas que creían que era de cierto partido.

—Es bastante extraordinario que habiendo huido para evitar las persecuciones, hubierais regresado en el momento de ser detenido...

—Regresé porque esperaba que me dejaran tranquilo.

—¿No os pusisteis el traje harapiento que lleváis puesto para evitar ser reconocido en Francia?

—Tenía esta misma ropa desde que salí de mi país.

—¿Qué ibais a hacer a Verdún?

—Iba por asuntos familiares.

—¿Cuáles eran esos asuntos y con quién los realizabais?

—Con una de mis tías.

—¿Cuál es su nombre y dirección?

—Se llama D'Allon y vivía en la posta de Verdún.

—¿Cuáles eran los asuntos imperiosos que os llevaban a ir a Verdún cuando estaba ocupado por el enemigo?

—Mi tía me perseguía porque quería que le diera dinero.

—¿De dónde proviene el botón con la flor de lis?

—Me lo encontré.

—¿De dónde proviene la escarapela blanca?

—La necesitaba para entrar y salir de Verdún...

—¿Habéis servido alguna vez en algún cuerpo militar?

—No.<sup>[71]</sup>

Tras insistir con preguntas parecidas y recibir respuestas parecidas sobre los pasaportes que le permitieron moverse por Verdún y sus alrededores o sobre el hecho de que entonces hubiera en la zona una compañía de emigrados de la propia provincia de Poitou de la que procedía Guyot, Fouquier-Tinville dio por terminado el interrogatorio y «resumió con energía y precisión el resultado del debate», según el *Boletín*. Tras la intervención del defensor oficioso —ninguno de cuyos argumentos consta en el relato de la vista—, Montané formuló tres cuestiones al jurado y le pidió que se retirara a deliberar. El acusado también fue trasladado a una sala anexa.

Se trataba de tres preguntas puramente fácticas. La primera planteaba «si ha quedado constatado que Louis Guyot des Maulans... —seguían sus datos personales— ha emigrado del territorio de la República en los meses de febrero o marzo de 1792». La segunda, «si ha quedado constatado que en el momento de su arresto se le han encontrado una escarapela blanca, un botón con la flor de lis», además de las pistolas y los pasaportes. La tercera aún era más breve: «¿Ha quedado constatado que Louis Guyot ha regresado a Francia el 8 o 9 de diciembre de 1793?».

El jurado cubrió las apariencias. Al cabo de un rato regresó a la Gran Cámara y cada uno de sus miembros contestó afirmativamente en voz alta a las tres preguntas. Montané ordenó que se condujera de nuevo al acusado a la sala. En su presencia Fouquier-Tinville leyó los artículos de las leyes contra los emigrados que eran de aplicación y pidió la pena de muerte. El presidente le preguntó a Guyot si tenía algún alegato final que hacer. En medio de fuertes aspavientos y gestos de aflicción, el acusado argumentó «que si hubiera conocido la ley no se habría arriesgado».

Tras consultar con Foucault y Roussillon, Montané decretó que el tribunal le condenaba a la pena capital, que sus bienes quedaban confiscados y que la ejecución tendría lugar de inmediato. Entre el público se encontraba un tal Du Lac, autodefinido como «amigo de la Revolución, de las buenas costumbres y de la Justicia», que al año siguiente publicaría un libro titulado *La espada vengadora de la República Francesa*, ensalzando la labor del Tribunal Revolucionario. De acuerdo con su relato de lo ocurrido esa tarde, «al pronunciar su veredicto los jueces, los jurados y casi todo el auditorio se fundieron en lágrimas».<sup>[72]</sup> No aclaró si eran lágrimas de vergüenza por enviar al patíbulo a alguien con pruebas tan endebles o lágrimas de alegría por inaugurar un mecanismo tan implacable como la propia Revolución.

En cuestión de minutos Fouquier-Tinville relleno con los datos de Guyot un impreso tipo dirigido al «ejecutor de las sentencias penales» comunicándole la decisión del tribunal y el carácter perentorio con que debía cumplirse. Charles-Henri Sanson, a quien muy a su pesar todo el mundo seguía refiriéndose como «el verdugo», firmaba poco después el documento a modo de recibo, haciéndose cargo del condenado y dejándolo en manos de sus ayudantes. Guyot fue entonces conducido a un cuarto conocido como la «*salle de la toilette*», contiguo a la oficina que ocupaba el conserje de la prisión en el pasillo que unía la cárcel con el vestíbulo del Palacio de Justicia que daba al patio de Mayo. Allí le cortaron los cabellos y le abrieron ostensiblemente la camisa para que su cuello quedara limpio de cualquier obstáculo. Luego le ataron las manos a la espalda con cuerdas bien ceñidas y le trasladaron hasta una de las dos carretas propiedad de la familia Sanson.

Custodiado por una escolta de la Guardia Nacional, el reo fue conducido al exterior a través del patio de Mayo, donde quedaba la parte más vociferante y hostil de la multitud que había asistido al juicio. Era la hora del crepúsculo cuando cruzó el río por el Pont au Change y noche cerrada cuando, tras el humillante y premioso recorrido de la traqueteante carreta tirada por dos caballos por una calle Saint-Honoré plagada de curiosos, llegó al escenario de su última cita.

Según su órgano oficioso, el tribunal había decretado que la ejecución tuviera lugar «en la plaza de la Revolución»,<sup>[73]</sup> es decir, en el mismo enclave en el que menos de tres meses antes había sido ejecutado el rey. Sin embargo, todas las demás fuentes coinciden en que la guillotina había vuelto a la plaza del Carrusel —rebautizada como de la Reunión, de ahí tal vez el equívoco fonético o tipográfico—, y no se movería de ella hasta más de un mes después. Allí, a la luz de cuatro docenas de antorchas adquiridas a la viuda Favier por 96 libras,<sup>[74]</sup> Guyot se encontró cara a cara con el verdugo y vio alzarse ante ambos, sobre una plataforma rodeada por una frágil barandilla de madera, el pórtico a la vez contundente y etéreo de la guillotina.

Sanson tenía ya cincuenta y cuatro años y llevaba cerca de cuarenta dedicado a un oficio que esencialmente detestaba, pero que había recaído en él como una especie de maldición familiar transmitida a lo largo de cinco generaciones. Con sólo dieciocho años había ayudado a uno de sus tíos a descuartizar a Damiens tras su intento de

asesinar a Luis XV, y desde que su padre se vio aquejado de una prematura parálisis era el verdugo oficial de la Villa de París. A su lado estaba ahora su propio hijo mayor, Henri, a quien quería entregar cuanto antes el relevo, sobre todo después de que la muerte del menor, Gabriel, le hubiera amargado el pasado mes de agosto lo que le quedaba de existencia. Él, que conocía bien las más terribles caras de la muerte, nunca se había topado con una tan estúpida; y había tenido que ser a su propio hijo al que le pasara. Acababan de ejecutar a tres fabricantes de asignados falsos en esa misma plaza del Carrusel cuando, en el momento de ir a mostrar al público la cabeza de uno de ellos, según requería el ritual, el joven Gabriel se acercó demasiado al borde de la entonces desprotegida plataforma, dio un paso atrás y se rompió el cráneo al caer sobre el empedrado. Según una de sus biografías, «el ejecutor concibió desde esta fecha un odio profundo hacia la Revolución y todo lo que representaba».<sup>[75]</sup>

A pesar de que, descontento con su salario anual de 16.000 libras, con el que tenía que pagar gastos y ayudantes, había llegado a presentar por escrito su dimisión en septiembre; a pesar de que había sentido grandes escrúpulos a la hora de ejecutar al rey en enero, confiando incluso hasta el último momento en que pudiera ser liberado por sus partidarios camino del patíbulo; y a pesar de la propia tragedia familiar que le había golpeado con fuerza, Sanson no podía dejar de mirar con orgullo la guillotina, considerándola en gran medida criatura suya. Habían sido de hecho sus advertencias sobre la imposibilidad de mantener quietos a los reos durante la ejecución con la espada<sup>[76]</sup> —cuando la Asamblea Constituyente generalizó a todos los ciudadanos este tipo de muerte hasta entonces reservada a los nobles— lo que había llevado al diputado y médico Joseph-Ignace Guillotin a buscar algún mecanismo o artilugio que garantizara la sujeción del condenado.

La solución finalmente adoptada había salido, además, del propio entorno de Sanson, pues siendo el verdugo un melómano empedernido y reuniéndose a menudo a tocar el violín y el violonchelo con un fabricante de instrumentos musicales de origen alemán llamado Tobias Schmidt, fue este quien en una de sus veladas respondió a sus inquietudes dibujando un croquis que ambos llevaron a Guillotin. Luego vinieron los experimentos con corderos y cadáveres, supervisados por el doctor Antoine Louis, secretario de la Academia de Cirugía y médico personal del rey, pues el asunto se encauzó enseguida como una cuestión científica. Según las memorias de un nieto de Sanson, así fue cómo «una tarde, entre un aria de *Orfeo* y un dúo de *Ifigenia en Áulide*»<sup>[77]</sup> —el verdugo y su amigo se emocionaban tocando a Gluck— nació la guillotina.





*La carreta hacia la guillotina en el patio de Mayo. Dibujo anónimo, Museo Carnavalet, París.*

A las ocho y media de la noche de aquel mismo sábado 6 de abril en que había sido juzgado y condenado, Louis Guyot subió, cubierto de andrajos, la media docena de empinados peldaños que conducían al patíbulo. Sobre la plataforma de madera, protegida ya con la barandilla añadida tras el descalabro de Gabriel Sanson, le esperaban los ayudantes del verdugo y un funcionario del tribunal vestido de negro y con una cadena dorada al cuello.

Según los recuerdos transmitidos por Charles-Henri Sanson a su nieto, el reo le pareció un hombre «de porte militar y rostro varonil y resuelto». Cuando estuvieron frente a frente, Guyot levantó la vista hacia el imponente bastidor de madera y le preguntó: «¿Es esta la misma?». Al principio el verdugo no le entendió y le hizo repetir la pregunta. Enseguida se dio cuenta de que quería saber si se trataba de la guillotina en la que había sido ejecutado su rey. «Sólo se ha cambiado la cuchilla», le aclaró Sanson. Trabado por sus ataduras, Guyot se arrodilló entonces a duras penas y besó la tarima que aún sentía empapada por la sangre de Luis XVI.<sup>[78]</sup> En un santiamén y sin desatarle las manos le tumbaron sobre una alargada tabla móvil —la «báscula» o «plancha de los asignados», según las sátiras del momento— que fue desplazada hacia la embocadura de la guillotina hasta introducir su cabeza en la doble media luna de madera que, a modo de cepo ineludible, garantizaba, como había pedido el verdugo por escrito al ministro de Justicia, que «la ejecución no fuera dudosa».

Asomado a esa claraboya hacia el más allá, Louis Guyot escuchó el silbido de la «cuchilla nacional», el «hacha ciclópea» —así la describió Carlyle— que se abatió sobre él «como si el émbolo de una prensa apagara velozmente su luz».<sup>[79]</sup> Era la clave del carácter «humanitario» de ese modo de ejecución: tras el lento ritual de la carreta, la subida al patíbulo y la preparación del justiciable, ahora se producía un

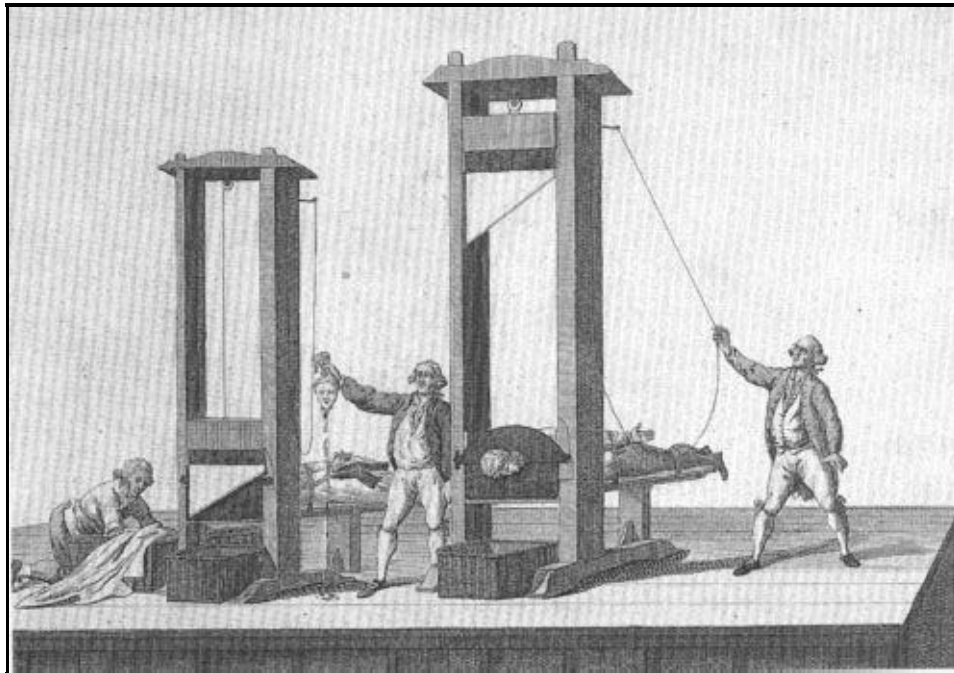


cambio de ritmo, una súbita aceleración y todo sucedía en un instante, zis, zas, visto y no visto. La cabeza quedaba separada del tronco de forma inmediata, mecánica, inapelable, civilizada en suma.

Pero ¿había acabado de verdad todo para el ejecutado en ese abrir y cerrar de ojos, incluso cuando sus pupilas quedaban dilatadas? La ciencia tenía serias dudas, pues distinguía con cuidado reverencial a los aparentemente muertos de los efectivamente muertos o, como se decía en la *Enciclopedia* —en un artículo escrito precisamente por el doctor Menuret—, la «muerte imperfecta» de la «muerte absoluta». Tanto era así que el gran compendio del saber humano en el Siglo de las Luces advertía: «Es un axioma generalmente adoptado que “*Contra vim mortis nullum est medicamen in hortis*”, que la muerte no tiene remedio. Nosotros nos atrevemos, sin embargo, a asegurar, basados en la estructura y las propiedades del cuerpo humano y a partir de un gran número de observaciones, que la muerte se puede curar».<sup>[80]</sup> En ese contexto de incertidumbre científica el doctor Cabanis, miembro del jurado que había condenado a Guyot, se sentiría pronto obligado a refutar con contundencia las tesis de los doctores Oelsner y Samuel Soemmering, que alegaban espantados que «las cabezas separadas de sus troncos por la guillotina pueden experimentar dolores agudos».

Su tesis, corroborada por el cirujano Sue, era que la ejecución producía un «síncope temporal» acompañado de la separación «irreparable» de la cabeza del tronco, pero no de la pérdida inmediata de la conciencia. Según ellos el cerebro continuaba funcionando y sólo la sección de la laringe impedía a los guillotinado hablar. Soemmering establecía ese lapso durante el que el muerto aún seguía muriéndose en hasta un cuarto de hora, «teniendo en cuenta que la cabeza, al ser gruesa y redonda, no pierde calor fácilmente».<sup>[81]</sup> A la guillotina se le arrebatava así su justificación humanitaria para trasmutarla en otro de los peores sueños de la razón: una creación lo suficientemente monstruosa, según Daniel Arasse, como para producir «una cabeza sin un cuerpo, capaz de pensar un único pensamiento: “Pienso, pero no existo”».<sup>[82]</sup>

Cabanis replicó algo científicamente tan consistente como que «la hemorragia violenta que sigue a la decapitación priva al cerebro de la sangre necesaria para mantener su función propia, la formación del pensamiento», pero admitió que así como se conocían casos de personas estranguladas e incluso ahorcadas que habían sobrevivido a la asfixia y recordado una experiencia placentera, «ningún decapitado ha podido venir a dar cuentas de lo que ha sentido».



*Representación de la guillotina de París. Grabado anónimo holandés, Biblioteca Nacional, París.*

Cabanis no defendía, sin embargo, la prevalencia de la guillotina. Su oposición no se basaba en razones médicas, sino sociales. Tras dimitir de sus funciones como jurado del tribunal, su principal argumento para abolir la nueva forma de ejecución era por el contrario su aséptica trivialidad: «Cuando se guillotina a un hombre es cuestión de un minuto. La cabeza desaparece y el cuerpo es arrojado de inmediato a un cesto. Los espectadores no ven nada. No hay tragedia para ellos. No tienen tiempo de conmoverse. Sólo ven correr la sangre. Si extraen alguna lección de esta visión no es más que la de endurecerse a la hora de verterla ellos mismos con menos repugnancia en la borrachera de sus pasiones furiosas».<sup>[83]</sup>

Eso mismo alegó *Révolutions de Paris*: «[La guillotina] familiariza con la idea del asesinato, es verdad que cometido en nombre de la ley, pero con una sangre fría que conduce a la ferocidad reflexiva».<sup>[84]</sup> La práctica totalidad de las 2639 personas condenadas a muerte en París y la gran mayoría de las 16.594 ejecutadas en toda Francia durante la Revolución perderían la vida por el mismo procedimiento que Louis Guyot.<sup>[85]</sup> Y con similares garantías.

## NUEVE

El mismo sábado 6 de abril que el nuevo Tribunal Revolucionario cortaba la primera cabeza de un aristócrata, Teresa Cabarrús recogía en la correspondiente dependencia municipal su certificado de divorcio del marqués de Fontenay, formalizado la víspera. A los fuertes motivos personales que tenía para dar el paso, se unía un elemental sentido de la prudencia. No sólo era extranjera, sino que desde el mes anterior su país de origen estaba en guerra con la República. Mantener unida a ello la condición nobiliaria parecía tentar demasiado la suerte. De hecho, como escribió uno de sus primeros biógrafos, «la atmósfera de París se había hecho irrespirable para los esposos Fontenay»<sup>[86]</sup> y por eso, a la vez que cumplimentaban los últimos trámites del divorcio, habían gestionado y obtenido sendos pasaportes para ellos, su hijo Théodore y tres criados. Él quería marcharse a la Martinica, donde tenía tierras, y ella regresar a España. Pero su primer destino sería Burdeos, donde la vida amorosa de Teresa-Thérésia volvería a mezclarse, esta vez benéficamente, con la historia de la Revolución.

Nadie con credenciales sospechosas podía sentirse ya seguro en Francia. Las fronteras entre lo privado y lo público se habían diluido en la medida en que la traición de Dumouriez había sido el detonante de una dinámica represiva que encuadraba tanto los ajustes de cuentas entre particulares como las ambiciones de poder entre políticos. El propio 6 de abril los diputados enviados a la Vendée escribieron a la Convención con aires de haber realizado un gran descubrimiento: «Ciudadanos, colegas nuestros, os hacemos notar que la traición del general Marcé en Saint-Vincent el 19 del mes pasado ha tenido lugar el mismo día que la traición del infame Dumouriez en Neerwinden [...]. Así que no hay duda de que se trata de un complot general: Marcé y Dumouriez estaban de acuerdo».<sup>[87]</sup>

Este nuevo argumento fue decisivo para que la Asamblea reconsiderara su posición anterior y ordenara el traslado de Marcé a París y su puesta a disposición del Tribunal Revolucionario. En un caso como el suyo era el trayecto seguro hacia la guillotina.<sup>[88]</sup> Había comenzado la etapa en la que «los generales de la Revolución no tenían ya el derecho a perder batallas».<sup>[89]</sup>

La Convención había elegido como nuevo ministro de Defensa al coronel Jean-Baptiste Bouchotte, comandante de la plaza de Cambrai, considerado próximo a los jacobinos y partidario de reanudar la política populista de Pache tras el intervalo «aristocrático» del capturado Beurnonville. Era un paso adelante hacia la formación del ejército de *sansculottes* alentado por Robespierre. También se decretaron las detenciones del exduque de Orleáns y su fiel Sillery «para servir de rehenes a la República» en tanto sus familiares Chartres y Valence secundaran a Dumouriez.<sup>[90]</sup>

Sin embargo, el acontecimiento clave de ese primer fin de semana de abril fue la elección de los nueve miembros del primer Comité de Salud Pública, dotados de las

amplias facultades propuestas por el moderado Isnard. El sábado 6 por la mañana tuvo lugar el último debate sobre sus atribuciones. Buzot, casi en solitario, resumió sus objeciones con muy negros augurios:

—En mi opinión la Convención no debería poner nunca entre las manos de nueve de sus miembros un poder ejecutivo tan terrible y una dictadura tan peligrosa como la que se os quiere proporcionar.

Marat expuso la posición opuesta con palabras, tan provocadoras como rotundas, que habrían de marcar la senda de la Revolución durante los meses siguientes.

—La única objeción que puedo hacer contra este comité es que puede que no esté siendo investido de un poder lo suficientemente grande para movilizar a las fuerzas nacionales y aplastar a los enemigos. Es mediante la violencia como se debe establecer la libertad, y a nosotros nos ha llegado el momento de organizar el despotismo de la libertad, abatiendo el despotismo de los reyes.

Sobre las ocho de la tarde se procedió a la votación. El resultado del escrutinio, conocido a la mañana siguiente, mostraba un claro desplazamiento hacia la izquierda de la correlación de fuerzas en la Asamblea, a resultas de la amenaza que se cernía sobre París. En el momento de votar, los diputados aún no sabían que Dumouriez había fracasado en su intento de dirigir a sus tropas contra la Convención<sup>[91]</sup> y eligieron a quienes consideraban más adecuados para hacer frente a la amenaza, sin por eso dejarse arrastrar hasta el extremismo. Hay que tener en cuenta que además de los dos centenares de diputados que como mínimo estaban siempre ausentes por las razones más diversas, en esa votación faltaron los ochenta y cuatro *montagnards* enviados a los departamentos, que sin duda habrían radicalizado más el desenlace.

El más apoyado fue el ubicuo y comovedor Barère con 360 votos, seguido por tres *montagnards* moderados como Delmas (347), Bréard (325) y Cambon (278), considerados también a veces como «independientes».<sup>[92]</sup> Es evidente que en el caso de Cambon contaron su conocido antagonismo con Dumouriez a cuenta de la cuestión belga y la conveniencia de coordinar la política de defensa con la economía. El quinto puesto fue para Jean Debry (233), que en los últimos meses había evolucionado desde el radicalismo *montagnard* a posiciones más templadas. La sexta plaza fue para Danton (227), gran vencedor del envite, habida cuenta de todo lo sucedido en los días anteriores. El químico Guyton-Morveau (202) y el compañero de Camus en su penúltima misión a Bélgica, Treillard (167), ocuparon los puestos séptimo y octavo, mientras que el noveno fue para Delacroix (151), lo que realzó aún más el éxito de Danton. Seis de los nueve habían presidido ya la Convención y Danton y Cambon lo harían dentro de ese mismo año.

Tan significativa como la lista de los elegidos fue la de los descartados, pues quedó encabezada por tres moderados con tanto predicamento en la cámara como La Révellière-Lépeaux (146), Lasource (143) y el propio Isnard. (141) Ninguno de ellos consiguió tampoco el puesto que dejó vacante Debry al dimitir por motivos de salud, pues en una nueva votación el elegido resultó ser Robert Lindet, ponente del decreto

sobre el Tribunal Revolucionario. Ni uno sólo de la decena de dirigentes moderados incluidos en el gran Comité de Defensa General del 26 de marzo había sobrevivido a la criba de la pusilanimidad en el cedazo de la sospecha.

Los 84 votos de ventaja obtenidos por Danton sobre su denunciante directo, Lasource, pese a la merma temporal de la Montaña, dan en todo caso la mejor medida de su triunfo. El lunes se había visto contra las cuerdas y el domingo volvía a estar en el poder, seis meses después de haberlo abandonado. Justo a tiempo de disponer de los resortes para parar el escándalo que podía haberse desatado tras la detención en el pueblo norteño de Bethune de dos carruajes procedentes de Bélgica, cargados de objetos valiosos, cuyo cochero declaró que eran propiedad de los diputados Danton y Delacroix.<sup>[93]</sup>

Aunque el mandato del Comité de Salud Pública era en principio de un mes, nada impedía renovarlo. En la práctica se trataba del primer gobierno parlamentario de la Revolución. Tenía su sede en el antiguo Pabellón de Flora del palacio de las Tullerías y disponía de un fondo de 100.000 libras para gastos secretos. Se reunía a puerta cerrada en sesiones de mañana y tarde y una de sus primeras decisiones fue asignar competencias a cada uno de sus miembros, como en cualquier Consejo de Ministros; con la particularidad de que varias personas podían ocuparse de una misma cosa. En concreto Barère y Danton —verdaderos copresidentes del comité— se encargaron de los Asuntos Extranjeros; Delmas y Delacroix de la Guerra; Cambon, Guyton y Lindet de la Correspondencia, el Interior, las Subsistencias y las Finanzas; y Treilhard y Bréard de la Marina.<sup>[94]</sup>

Entre el momento de la elección del Comité de Salud Pública y el de su puesta en funcionamiento el escenario había cambiado por completo. El fracaso de Dumouriez implicaba que los hombres elegidos para defender París ya no tenían que hacer frente a esa amenaza inmediata, sino gestionar una situación más compleja. Paradójicamente el primero de sus problemas fue cómo canalizar el proceso desatado en buena parte de las secciones de la capital en sintonía con lo que Marat, Robespierre y el propio Danton habían dicho durante el paroxismo de los últimos días sobre sus adversarios en la Asamblea.

La sección que inició la ofensiva fue de nuevo la de Bon-Conseil, manejada según Michelet por Lullier, procurador del Departamento de París y muy afín a Robespierre. El lunes 8 de abril por la tarde una delegación se presentó en el Club de los Jacobinos y anunció que iba a pedir a la Convención decretos de acusación contra los líderes moderados que consideraba cómplices de Dumouriez. Se trataba de una reedición de lo ya planteado por la misma sección el 10 de marzo, pero entonces la petición no llegó a formularse ante la cámara, aunque fuera denunciada por el diputado Lesage. Además —y esto no era anecdótico— ahora ya funcionaba el Tribunal Revolucionario.

En el Club de los Jacobinos hubo división de opiniones, pero no sobre el fondo, sino sobre la oportunidad. Albitte encontró la petición prematura y recordó «el

partido que le sacó Barbaroux» a la incendiaria propuesta de las secciones de Marsella. Desfieux lideró en cambio la mayoría que respaldó la iniciativa entre grandes aplausos.

Sintiéndose apoyados por la Sociedad Madre, los peticionarios de Bon-Conseil comparecieron en la barra y comenzaron la lectura de un documento que enseguida entraba en materia:

—Desde hace bastante tiempo la voz [de la opinión] pública os indica a los Brissot, a los Gensonné, a los Vergniaud, a los Barbaroux, a los Buzot, a los Louvet, a los Guadet, etc... Todos estos jefes de facción que desde hace tanto tiempo fomentan la guerra civil de concierto con su cómplice Roland.

Un gran escándalo se desató en la cámara, puesto que la mayoría de los siete diputados mencionados se encontraba presente. Desde los bancos del centro y la derecha se alzaron numerosas voces pidiendo que los peticionarios fueran desalojados de la barra. Se impuso, sin embargo, el criterio de que fueran «escuchados hasta el final» y a continuación se enviara su escrito al Comité de Salud Pública para que acordara cómo proceder. El portavoz siguió adelante, leyendo un texto que firmaba el presidente de la sección, Marchand:

—¿A qué esperáis, pues, legisladores, para golpearlos con un decreto de acusación? ¡Cómo es posible! Ponéis a Dumouriez fuera de la ley, él se escapa con sus cómplices y sus principales agentes permanecen pacíficamente entre vosotros. Representantes del pueblo, patriotas de la Montaña, es a vosotros a quien se dirige la Sección de Bon-Conseil.

Esta apelación suscitó los fuertes aplausos de la izquierda e incluso un diputado ensalzó con más embeleso que cacofonía irónica los «buenos consejos» de Bon-Conseil. Pero también arreciaron las voces en contra. Entonces Marat pidió para los peticionarios los honores de la sesión, alegando que quienes habían acudido en otras ocasiones a denunciarle a él los habían obtenido.

—La Convención no podría negar los honores de la sesión a los peticionarios que han tenido el coraje de venir a denunciar a los traidores sin cubrirse de oprobio.

La propuesta fue acogida como una provocación por el bando moderado, pero después de un fuerte tumulto que obligó al presidente a cubrirse, una leve mayoría se inclinó por el trato equitativo que reclamaba l'Ami du Peuple. Entonces pidió la palabra el vehemente Lauze Deperret, un acomodado propietario próximo a la cincuentena, siempre en línea con su compañero Barbaroux —ambos representaban al Departamento de Bouches-du-Rhône—, a quien quería como a un hijo:

—Me jacto de ser uno de los miembros más puros de esta Asamblea. Si peco de algo, mis queridos conciudadanos, es de exceso de celo, de un amor demasiado ardiente por mi patria. Si Guadet, Vergniaud y los otros son culpables, sus cabezas deben caer y a mí se me abrirán los ojos. Es el patriotismo el que os habla: escuchadme. En la Asamblea Legislativa yo era uno de los más ardientes *montagnards*...



Aunque una parte de la Montaña acogió con chanzas la jactancia de Deperret, de su seno también salieron voces corroborando sus palabras: «¡Sí, sí, es verdad!». [95] Fue entonces cuando hizo su propuesta:

—Pido que todos los que tengan algo que aportar contra estos ciudadanos acusados depositen sus denuncias en el Comité de Salud Pública y que ellos [los líderes moderados] sean conducidos ante el Tribunal Revolucionario, pero...

Un fuerte aplauso brotó de la Montaña. Deperret advirtió que no había terminado:

—... pero si son inocentes y debemos creer que lo son por el honor de nuestros colegas...

El aplauso se trocó en murmullos y abucheos y Deperret no logró rematar el argumento que le llevaba a señalar que si los acusados eran inocentes, quienes debían pagar entonces eran los denunciadores. En lugar de ello trató de apelar a la concordia:

—La patria estará perdida si de un lado se acusa a Brissot y si desde el otro acusamos a los Égalité y a los Marat.

Tras lo que esta vez fue una ovación generalizada, Deperret concretó su moción:

—Resumo y pido que durante ocho días todos los que tengan datos contra los girondinos...

—¡Contra todos! —clamó una voz.

—... o contra todas las facciones que puedan existir aquí o fuera de aquí, las denuncien y que los acusados sean conducidos ante el Tribunal Revolucionario.

Era la primera vez que un diputado moderado utilizaba la expresión «girondinos» para referirse a los dirigentes estigmatizados por los líderes de la Montaña. También era la primera vez que se proponía utilizar el Tribunal Revolucionario como vía de acreditar la inocencia de quienes eran objeto de acusaciones políticas. El pobre Deperret no podía imaginar que él mismo recorrería ese camino y que sería un viaje sin retorno.



## DIEZ

La mecha ya estaba encendida. Bastó su fulgor para ocasionar la primera baja. El diputado marsellés Rebecqui, miembro como Barbaroux y Deperret de la diputación de Bouches-du-Rhône, presentó su dimisión el martes 9. Su nombre no era uno de los siete mencionados en la última petición de Bon-Conseil, pero sí había aparecido en la del 10 de marzo. Su carta de despedida, leída en la Convención, no dejó de incluir una referencia envenenada —y no poco manipulada— contra quien consideraba el principal causante de lo que estaba en marcha: «Existe una ley que condena a muerte a cualquiera que ose atentar contra la libertad proponiéndoos un rey. ¡Y bien! Robespierre os ha propuesto un jefe, un regulador, y Robespierre no ha llevado su cabeza al patíbulo. Habéis decretado la pena de muerte contra cualquiera que atente contra la representación nacional. ¡Y bien! El 10 de marzo de 1793 se ha organizado en los Jacobinos un plan para asesinar a los representantes del pueblo y todos estos crímenes están impunes. Como no puedo ni quiero continuar más tiempo en una Asamblea que no tiene el coraje para golpear a los culpables, presento mi dimisión».

Al día siguiente el exalcalde Pétion, ídolo efímero de los meses de tensión que desembocaron en el derrocamiento de la Monarquía, subió a la tribuna con el más sombrío de los semblantes:

—Ciudadanos, hace tiempo que la tormenta engorda y se agranda sobre nuestras cabezas. Es hora de conjurarla. Por temibles que sean nuestros enemigos exteriores, los interiores lo son más. Es hora de arrancarles la máscara de su falsa popularidad.

A continuación leyó un manifiesto de la Sección de la Halle-au-Blé —la misma que había servido de lanzadera a la frustrada sublevación de marzo— que estaba siendo repartido entre las demás secciones para lograr su apoyo y presentarlo ante la Convención. Pocas veces los radicales habían ido tan lejos. De entrada sus autores se atribuían nada menos que la voz del conjunto de los franceses: «Representantes, venimos a presentaros la voluntad de las secciones de París y podemos deciros que es la voluntad de toda Francia. Escuchadnos, y escuchadnos por última vez». A este tono conminatorio seguía la denuncia de la «indulgencia» de la Convención por no haber «castigado» a Dumouriez a tiempo y por no haber actuado aún contra Roland, a quien se referían con especial inquina: «Merece el patíbulo [...] y, sin embargo, aún respira, meditando tal vez nuevos crímenes». Luego se replanteaba el asunto de los acaparadores, unido a la exigencia de que se prohibieran las transacciones en metálico. Finalmente se reclamaba el retorno de los «diputados patriotas» enviados a los departamentos y se arremetía contra buena parte del resto: «¿Será una mayoría corrupta, indigna de nuestra confianza y que la ha perdido para siempre, la que deba pronunciarse sobre la suerte de la República?».

En consecuencia el texto denunciado por Pétion reclamaba el decreto de acusación contra «todos los miembros de la Convención que con sus opiniones o sus escritos hayan traicionado las intenciones de sus mandantes». Y como colofón el

texto concluía resucitando el chantaje emocional favorito de los *sans-culottes*: «Montaña de la Convención, diputados patriotas, es a vosotros a los que nos dirigimos para salvar a la República. Si no os sentís lo suficientemente fuertes para hacerlo, decídnoslo con franqueza y nos encargaremos nosotros». Era un subterfugio que siempre funcionaba. En el momento en que leyó este párrafo, en el que los «fuertes por la patria» volvían a amenazar con el levantamiento popular, los diputados de la Montaña y la mayor parte del público de las tribunas prorrumpieron en aplausos. Pétion vio en ello la prueba de la gravedad de la situación:

—No me sorprende que una moción que tiende a disolver la representación nacional sea recibida con aplausos.

Danton le interrumpió, anunciando que el nuevo «gobierno» de Francia tenía cosas que comunicar a la Convención:

—Pido que se escuche el informe de Cambon en nombre del Comité de Salud Pública. Después se podrá discutir este proyecto de mensaje para el que tengo intención de pedir la mención honorable.

Tal provocación causó mella entre los moderados y regocijo en la Montaña. Pétion se negó, sin embargo, a dejar la tribuna, y decenas de diputados se dirigieron hacia él, bien para obligarle a hacerlo por la fuerza, bien para protegerle. David lideraba el bando *montagnard* y el doctor Salle y Guadet el moderado. Estaban a punto de llegar a las manos y el presidente tuvo que cubrirse. El riesgo de violencia física pareció remitir, pero representantes de uno y otro bando permanecieron de pie asediando la tribuna.

—¡Sabremos morir, pero no moriremos solos! —gritó uno de los moderados.

—¡Tenemos hijos que vengarán nuestra muerte! —concretó Deperret.

—¡Sois unos villanos! —rugió Danton, suscitando otro aplauso del público.

—¡Abajo el dictador! —le replicaron desde los bancos del centro.

—¡Este será tu último crimen! ¡Yo moriré republicano y tú morirás tirano! —le dijo a la cara el acalorado Birotteau.

Pétion recuperó al fin el uso de la palabra y tras aclarar que «sólo una minoría presenta todas las mociones subversivas», denunció el clima de coacción que existía en la Asamblea, consiguiendo que la mayoría de los diputados del centro y la derecha se pusieran en su lugar.

—Cada vez que subís a la tribuna quedáis rodeados de sospechas. Se os grita de la manera más escandalosa e indecente. Parece que se piensa que el público que os escucha tomará las vociferaciones como pruebas. Así se desarrollan nuestras discusiones en esta Asamblea.

A continuación lanzó un duro ataque contra Marat, remando así en dirección opuesta a la de la corriente:

—Tenéis en vuestro seno a un hombre cubierto de oprobio que ha predicado el despotismo en todas sus formas. Sí, el despotismo, el monarquismo, el triunvirato, el asesinato y el pillaje. No solamente se sienta entre nosotros, sino que obtiene más

fácilmente la palabra que alguien conocido por la probidad de sus costumbres. Recordad lo que pasaba al comienzo de nuestras sesiones cuando nadie quería sentarse a su lado. Hoy sólo él tiene el derecho adquirido de denunciar y calumniar...

—¡Pero ha denunciado a Dumouriez! —le respondieron desde la Montaña entre vivos murmullos.

—Oigo decir que ha denunciado a Dumouriez. Respondo que no es sorprendente que haya descubierto la verdad, porque cuando se denuncia a todo el mundo es imposible no encontrar a algún culpable.

Aplaudido por el centro y la derecha, Pétion concluyó pidiendo a los «buenos ciudadanos» que acudieran a las secciones y plantaran cara a los radicales para evitar que prosperara el respaldo a la proclama de la Sección de la Halle-au-Blé. Pidió además a la Convención que enviara a sus firmantes al Tribunal Revolucionario. Danton le sucedió en la tribuna, haciéndose con habilidad la víctima:

—Es una verdad incontestable que no tenéis derecho a exigir al pueblo mayor sabiduría que la que demostráis vosotros mismos. ¿Cómo no va a tener derecho el pueblo a hervir en un exceso de patriotismo que le lleva hasta el delirio cuando esta tribuna parece continuamente una arena de gladiadores, cuando yo mismo he sido asediado, provocado por un gran número de miembros de esta Asamblea que me han gritado a la cara que quiero ser un dictador?

Con su fuerza retórica de siempre, Danton trató de mandar un mensaje a los moderados para que no alentaran la confrontación en el seno de las secciones. Y para eso no le importó descalificar como «calumnioso» el mismo texto para el que había dicho minutos antes que pediría la «mención honorable».

—Apelo al propio Pétion. Él no se encuentra en medio de las tormentas populares sólo desde hoy. Sabe bien que cuando se rompe una Monarquía, que cuando se quiere llegar a una República estable, el pueblo, sobre todo cuando se siente amenazado por enemigos exteriores, sobrepasa su objetivo por la fuerza de la proyección política de la que se ha dotado. Captad bien estas verdades porque son eternas. No nos hagamos la guerra haciendo debatir a las secciones en torno a calumnias. Repito pues que no es oportuno convocar a las secciones para que discutan sobre este mensaje. Que no se nos traigan denuncias exageradas como si se temiera a la muerte...

—Yo no temo mi muerte, pero temo la de la República —le contestó serenamente desde su banco La Révellière-Lépeaux.

Danton quiso acabar con una retórica apelación a la unidad:

—Cuando Europa nos presiona, ¿cómo es que no formamos una misma y única falange para vencer o morir todos juntos?

Boyer-Fonfrède pidió que se reprobara el texto de la Halle-au-Blé igual que había ocurrido con el de Marsella, pero su compañero en la delegación de la Gironda, el combativo Guadet, quiso dejar claro que eso no le parecería suficiente. En su opinión existía un evidente vínculo «entre la conspiración tramada el 9 y 10 de marzo contra la Convención y la de Dumouriez». Y escritos como los de Bon-Conseil o la Halle-

au-Blé no eran sino parte de la ceremonia de la confusión para ocultarlo.

—Porque, ciudadanos, no os equivoquéis —añadió Guadet—. Lo único que se pretende es rodearos de opiniones postizas para disfrazar la verdadera opinión pública. Sin embargo, la opinión postiza que nos rodea se asemeja, si se me permite expresarme así, al croar de los sapos.

El larguirucho, cetrino y narigudo diputado de la Gironda se había dejado llevar por su proverbial acritud. Pero había alguien que no le iba a dejar pasar tan agresiva metáfora.

—¡Cállate, pájaro vil!

La voz de Marat había restallado desde su escaño como un latigazo desatado por el odio. A una descalificación antropomórfica seguía otra mayor. Si hasta la Convención llegaba el «croar de los sapos», también había un «pájaro vil» agazapado al borde de la ciénaga para cernirse sobre ellos. Guadet apareció súbitamente ante los ojos de la Montaña como una cigüeña zancuda y antipática, como un cuervo de mal agüero, como un cormorán picudo y voraz. El diputado de Saint-Émilion se repuso como pudo y explicó su propuesta:

—El mensaje de Marsella que se ha querido poner en paralelo no decía que la mayoría de la Convención estaba corrompida. Pido pues que la Convención envíe comisarios a esta sección [Halle-au-Blé] con el poder, después de haber verificado los datos, de conducir ante el Tribunal Revolucionario a todos los que hayan intervenido en esa deliberación.

El terreno estaba abonado para que pidiera la palabra Robespierre. Hacía días que se esperaba su toma de posición tras la traición de Dumouriez. El Incorruptible subió a la tribuna con un haz de cuartillas —señal de que tenía un discurso preparado— y abrió fuego con malévolas sutilezas:

—Ciudadanos, el que diga que la mayoría de la Convención está corrompida es un insensato. Pero el que niegue que la Convención pueda ser engañada a veces por una coalición compuesta por hombres profundamente corruptos sería un impostor.

A continuación anunció que aquella no iba a ser una intervención cualquiera:

—Cuando se quiere conocer una conspiración es preciso abarcar el conjunto de los acontecimientos. Hace tiempo que me ocupo de este asunto y hace tiempo que, sin recurrir a lugares comunes sobre la libertad, busco con dolor las causas que la comprometen. En este momento vengo a ofrecer el fruto de algunas reflexiones o, por decirlo mejor aún, el cuadro de nuestra Revolución. Si la Convención no se aviene a sospechar de los hombres a los que voy a denunciar, después de la evidencia de sus nuevos crímenes, al menos habré cumplido con mi deber para satisfacción de mi alma.

—¡Hablad, hablad! —se oyó decir a varios diputados.

—Si queréis voy a levantar una parte del velo —repuso Robespierre, dirigiéndose a ellos.

—¡Todo, todo! —replicaron los espontáneos.

Imaginándose lo que podía estar en marcha, Vergniaud pidió al presidente el derecho a responder a Robespierre tan pronto como hubiera terminado, pues no quería correr la suerte de Louvet cuando Robespierre tuvo días para preparar la contrarréplica.

—Aunque no tengamos discursos artificiosamente preparados, sabremos responderle y confundir a los malvados. Me opondré a cualquier aplazamiento, nada de aplazamientos para un denunciador.

—Robespierre tiene la palabra —dijo el presidente en una atmósfera calentada por todo este preámbulo.

Vergniaud sacó un papel con la intención de tomar notas, apoyándolo como de costumbre sobre su propia rodilla. Enseguida vio la oportunidad de sentarse en la mesa de los secretarios, y eso es lo que hizo para mayor comodidad. En medio del silencio de los grandes acontecimientos la voz aflautada del diputado de Arras se apoderó del Manège. Robespierre no iba a andarse con rodeos:

—Una facción poderosa conspira con las potencias de Europa para darnos un rey con una constitución aristocrática y una representación engañosa compuesta por dos cámaras. Espera arrastrarnos a esta transacción vergonzosa por la fuerza de los ejércitos extranjeros y por los disturbios del interior. Este planteamiento le conviene al gobierno inglés. Les conviene a todos los aristócratas burgueses que sienten horror por la igualdad. La República no le conviene más que al pueblo, a los hombres de todas las condiciones que tienen un alma pura y elevada, a los filósofos amigos de la humanidad, a los *sans-culottes*.

Los términos de la confrontación quedaban pues establecidos desde sus primeras palabras con elemental maniqueísmo. El enemigo a combatir era esa «facción poderosa» que al igual que Lafayette y «todos sus émulos conocidos con el nombre de *feuillants* o moderados» pretendía impulsar una república aristocrática como antesala de una restauración monárquica. Antes de empezar a dar nombres, el Incorruptible quiso dejar claro que se trataba de un enemigo astuto, especializado en el arte de engañar al pueblo:

—Todos los ambiciosos que han aparecido hasta ahora en el teatro de la Revolución han tenido en común que han defendido los derechos del pueblo hasta que han dejado de necesitar hacerlo. Todos lo han considerado como una tropa estúpida destinada a ser conducida por el más hábil o por el más fuerte. Al igual que sus antecesores, los actuales dominadores han ocultado su ambición bajo la máscara de la moderación y del amor al orden. Todos han combatido sucesivamente a favor o en contra de los jacobinos según las épocas y circunstancias. Todos han llamado a los amigos de la patria agitadores y anarquistas.

Su propósito era desenmascararlos ante la Convención y mostrar su verdadero rostro al pueblo. Y para ello nada mejor que un repaso de su conducta en los momentos cruciales de la Revolución, a la luz de esa interpretación conspirativa de la historia en la que Robespierre alcanzaba cimas de virtuosismo, siempre lindantes con

los barrancos de la paranoia.

—Yo no acuso a todo el mundo. Sólo a los cabecillas que se apropiaron de toda la influencia sobre la Asamblea Legislativa y que presentaron sin cesar ante la Convención Nacional denuncias contra la municipalidad de París, contra el pueblo de París y contra la mayoría de los diputados de París.

Su tesis era que «los Brissot, los Guadet, los Vergniaud, los Gensonné y otros agentes hipócritas de la misma coalición» habían fomentado la declaración de guerra a Austria a sabiendas de la debilidad de los ejércitos franceses, habían negociado en secreto con la corte para intentar mantener la Monarquía, se habían opuesto a la destitución del rey incluso después del asalto a las Tullerías, habían propuesto abandonar París al invasor, habían incurrido en «eternas declamaciones contra la justicia revolucionaria» a propósito de los «desgraciados acontecimientos del 2 de septiembre» —así se refirió a las masacres de las cárceles— y habían hecho lo indecible para tratar de salvar la vida del tirano, corrompiendo a la opinión pública con las publicaciones sufragadas por Roland e incluso con obras de teatro como *L'Ami des lois*, «esa pieza aristocrática que hizo correr la sangre y fue prohibida por la sabiduría de los magistrados del pueblo».

Robespierre, herido en su amor propio al sentirse caricaturizado por la pieza de Laya, era capaz de engarzar lo más nimio y anecdótico con los mayores asuntos de Estado. Según él, los planes de esa facción que dominaba los ministerios y los comités para salvar al rey sólo habían fracasado gracias «a la fuerza todopoderosa de la verdad y de la virtud» que hizo abrir los ojos a los federados llegados a París como pretendida fuerza de choque contra la Comuna y los *sans-culottes*.

—Esos generosos ciudadanos abjuraron de sus errores y descubrieron con santa indignación las tramas pérfidas de los que les habían engañado. Estrecharon sus brazos con los parisinos calumniados y, reunidos todos en los Jacobinos, juraron un odio eterno a los tiranos cimentando esta santa alianza con las fiestas cívicas de la plaza del Carrusel. Este gran acontecimiento inclinó la balanza en la Convención Nacional a favor de los defensores de la libertad. Sólo Le Peletier fue víctima de su valor, aunque muchos patriotas habían sido perseguidos por los asesinos.

La capacidad de distorsión, exageración y fabulación de Robespierre parecía no tener límite. Tras presentar «el castigo deslumbrante del tirano» como «la única victoria que los republicanos han obtenido en la Convención», incorporó a Dumouriez a su relato denunciando la «charlatanería» que desplegó en el Club de los Jacobinos «tocado de un gorro rojo», pero olvidando mencionar que quien le llevó allí fue Danton y él mismo quien le acogió con el abrazo fraternal.

En un exorcismo paralelo al que acababa de realizar con los jefes de la «facción», el Incorruptible comenzó a extraer todo tipo de demonios de la figura de Dumouriez. Él era el culpable de haber permitido a los prusianos retirarse tras la batalla de Valmy, él era el culpable de que la victoria de Jemappes hubiera tenido un coste de vidas elevado, él era el culpable de haber promocionado a Miranda, «aventurero español

expulsado del Perú», él era incluso el culpable de haber retrasado durante meses la invasión de los Países Bajos pese a haberla propugnado insistentemente ante el ministro de la Guerra y el Comité de Defensa General. La mente calenturienta de Robespierre también podía explicar esta aparente contradicción:

—Es de sobra sabido que los jefes de esta facción tienen la costumbre de aparecer a veces divididos para así esconder mejor su entendimiento criminal.

Y como el místico Robespierre no podía por menos que condenar «el aturdimiento o la perfidia de haber hecho la guerra a santos de plata», es decir, el pillaje de las iglesias belgas, también fue capaz de inventar una explicación igual de alambicada para el conflicto de Dumouriez con los comisarios del Consejo Ejecutivo, alegando que algunos de ellos habían sido designados por Roland.

—Era preciso que la facción empleara al mismo tiempo a unos comisarios que provocaran el descontento de los belgas y a un general que se aprovechara de ese descontento para alejarlos para siempre de nuestra Revolución.

La capacidad de Robespierre de reescribir la historia alterando los hechos más verificables para hacerlos encajar en su relato quedó patente al atribuir a sus adversarios la promoción de Beurnonville al Ministerio de la Guerra, cuando toda la cámara sabía que había sido el candidato de la Montaña y no el de los moderados.<sup>[96]</sup>

—Un ministro de la Guerra audaz e hipócrita había sido nombrado de prisa y corriendo por la facción de cara a los grandes acontecimientos que debían pronto producirse.

¿A qué se refería? Pues nada menos que a la sublevación de la Vendée, una «conspiración» que «existía desde hacía cuatro meses». ¿Y qué había hecho el nuevo ministro de la Guerra? Lo más conveniente para los sublevados:

—Nombra un general para mandar a los patriotas, pero designa a Marcé, que es un traidor que entrega toda nuestra artillería a los rebeldes y conduce a los defensores de la libertad a la carnicería.

La siguiente fase del plan de la «facción» se había caracterizado, según Robespierre, por «la cobarde crueldad con que fomentaron en París algunos movimientos aristocráticos —se refería sin duda a los pillajes de febrero y a la fallida insurrección de marzo— para preparar al traidor Dumouriez el pretexto para marchar contra la ciudad». Y ahí es donde introdujo en escena al exduque de Orleans y a su hijo Chartres como bazas de la «facción» para restaurar la Monarquía. Pero, claro, necesitaba explicar por qué ya en diciembre Buzot y otros dirigentes «moderados» habían pedido su expulsión de Francia. Y lo hizo sin ningún rubor, con total desparpajo:

—Adivino la perfidia profunda de los conspiradores que, para cubrir sus complots de un velo impenetrable, habían fingido querer expulsar a todos los individuos de la exfamilia real en una época en la que Francia no veía ningún motivo para esta propuesta imprevista; en una época en la que, al rechazarla, los patriotas de buena fe creían defender los principios y la integridad de la representación nacional.



Hubieran hecho lo que hubieran hecho, los líderes de la «facción» podían darse pues por inculpados: todo acto coincidente con los intereses de Dumouriez y los Orleáns había contribuido a la conjura, todo gesto en su contra estaba encaminado al disimulo. Por este camino tortuoso y retorcido hasta lo enfermizo, Robespierre desembocó en el efímero Comité de Defensa General ampliado del que había dimitido porque «todos sus miembros pertenecían a la facción excepto cinco o seis patriotas» —su manera de hacer las cuentas debió de dejar estupefacto a más de uno — y acusó directamente a Vergniaud de haber protegido a Dumouriez.

El diputado de Burdeos no se pudo contener y, dejando a un lado las notas que con tanta minuciosidad iba tomando, exclamó de forma bien audible:

—¡Lo desmiento formalmente!

Otra voz planteó entonces una pregunta muy embarazosa para la Montaña:

—¿Y Danton? ¿Qué nos dijo entonces Danton?

Robespierre, tan receloso y desconfiado hacia cualquier manifestación de sus adversarios, aplicó entonces su doble vara de medir al hijo pródigo que había regresado al redil jacobino.

—No hay nada de sorprendente en que un comisario ante el ejército haya podido ser engañado durante un tiempo sobre los designios de Dumouriez, al que no veía sino en el ejercicio de sus funciones en medio de sus tropas.

Cuestión distinta era la actitud de Gensonné, «que mantenía una correspondencia habitual con Dumouriez», de Pétion, que había «abrazado con calor la causa de Miranda», o de su detestado Brissot, «que es el jefe de la facción y cuyos discursos y arengas no son sino manifiestos de Brunswick». Todos ellos se habían dedicado a «retrasar toda medida necesaria a la salud pública para dar tiempo a Dumouriez a ejecutar sin obstáculos sus detestables propósitos».

Robespierre concluyó su relato cronológico alegando que la Convención había cometido «una gran falta» al enviar a los cuatro diputados y a Beurnonville a destituir al general porque «su detención estaba concertada de antemano». A continuación admitió que no podía aportar pruebas documentales de todo lo que había denunciado porque no tenía acceso a los archivos del ministerio o de los comités, pero añadió que «los hechos públicos» que había descrito bastarían para decantar el juicio de la nación y de la historia. Cuando iba a resumir sus acusaciones, varias voces le recordaron la íntima relación de la Montaña con los Orleáns.

—¡No os olvidéis de los amigos de Égalité!

Sin embargo, Robespierre consideraba que hacía días que ya había arrojado ese lastre por la borda y apenas se inmutó.

—Debéis enviar al Tribunal Revolucionario la competencia sobre la conspiración de Dumouriez; debéis decretar la acusación contra él, así como contra Valence, Égalité, Sillery, su mujer y todos los agentes vinculados a esa casa.

Inesperadamente el Incorruptible volvió entonces a la carga con otra de sus grandes obsesiones:

—Renuevo en este momento la misma proposición que ya he hecho respecto a María Antonieta de Austria. Pido que la Convención Nacional se ocupe de inmediato y sin pausa de adoptar los medios tantas veces anunciados para salvar a la patria y consolar la miseria del pueblo.

Más sorprendentes aún fueron las últimas palabras del discurso. Después de tan interminable diatriba, construida entre la acritud biliosa y la reprensión severa, Robespierre acabó con un espasmo de «ironía fría y despectiva»,<sup>[97]</sup> propio del Marco Antonio al que Shakespeare hace repetir una y otra vez que «Bruto es un hombre honrado».

—No me atrevo a decir que debáis golpear con ese mismo decreto a patriotas tan distinguidos como los *messieurs* Vergniaud, Brissot y otros. No me atrevo a decir que un hombre que mantenía correspondencia diaria con Dumouriez deba ser al menos sospechoso de complicidad, porque seguro que este hombre es un modelo de patriotismo y sería una especie de sacrilegio pedir el decreto de acusación contra *monsieur* Gensonné. Estoy convencido, además, de la impotencia de mis esfuerzos a este respecto y me remito a la sabiduría de la Convención en todo lo que concierne a estos ilustres miembros.

Las primeras risas burlonas fueron adquiriendo mayor sonoridad, pero pronto quedaron engullidas en el torrente de aplausos que brotó de la Montaña y las tribunas populares. Robespierre fue aclamado al volver a su asiento como un divo que acabara de culminar la mejor de sus interpretaciones. Aunque al final hubiera escondido la mano, no por eso había dejado de tirar la piedra. En las páginas del *Logotaquigraph* y el *Moniteur* quedaría minuciosamente consignado este discurso que serviría a la vez como acta inquisitorial contra sus enemigos y como vademécum de todos sus trucos, autoengaños y delirios.

«¿Puede el odio deformar el corazón hasta este punto?», se preguntará Michelet tras su lectura. «¿Odiaba él verdaderamente tanto como para creerse todo esto, como para obligar a su conciencia a aceptar tantos absurdos palpables?».<sup>[98]</sup> Incluso uno de sus más fervorosos hagiógrafos, Ernest Hamel, no podrá por menos que admitir que «en esta larga requisitoria todo es verdad, todo... excepto las deducciones que Robespierre ha extraído de los hechos».<sup>[99]</sup> Para el más ecuánime J. M. Thompson, «la pretendida conspiración» no era en definitiva sino «un producto de la imaginación de Robespierre».<sup>[100]</sup> Durante su discurso el diputado de Arras —«la víbora de Arras» según Fauchet— se había referido nada menos que veintiuna veces a «la facción» sin concretar ni una sola de ellas cuáles eran su composición, organización o estructura. Había fustigado tres veces a los «moderados» o la «moderación». Ni la palabra «Gironda» ni la palabra «girondinos» habían salido en tan señalada ocasión ni una sola vez de sus labios.

## ONCE

La «batalla de los oradores» estaba servida. Vergniaud no podía eludir ya el cuerpo a cuerpo, pues Robespierre le había acusado reiteradamente con nombre y apellido. Además todos sus colegas eran testigos de que, a diferencia del discurso del 13 de marzo, la suya iba a ser una respuesta improvisada. Su imagen tomando notas en la mesa de los secretarios auguraba un choque sin precedentes desde la apertura de la Convención.

Esta vez Vergniaud no defraudó a nadie. Tuvo la doble habilidad de afrontar el debate de forma metódica y didáctica y de explotar el contraste con el estilo tortuoso y alambicado de su rival. Desde sus primeras palabras quiso dejar claro que no le tenía miedo a Robespierre. Y que si el Incorruptible se había permitido ridiculizarle a él y a sus amigos con un tratamiento pomposo y despectivo, podía aplicarle su misma medicina.

—Osaré responder a *monsieur* Robespierre, quien mediante una novela pérfida, artificiosamente escrita en el silencio del despacho, y mediante frías ironías acaba de provocar nuevas discordias en el seno de la Convención. Osaré responderle sin meditación. Yo no necesito sus habilidades y mañas; me basta con mi alma.

La mera referencia a «*monsieur* Robespierre» había provocado murmullos de enfado en la Montaña y las tribunas, pero de nuevo la elocuencia y la emotividad de las palabras de Vergniaud se adueñaron del recinto.

—No hablaré por mí, hablaré por la patria sobre los bordes del abismo. No hablaré por mí. Yo sé que en las revoluciones la hez de las naciones se agita y, elevándose sobre la superficie política, parece en algunos momentos dominar a los hombres de bien. Yo hablaré para esclarecer a la Francia a la que se engaña.

Frente a la impostura de los andamiajes acusatorios preparados por Robespierre a la luz de las velas en su reducto de la casa de los Duplay, la defensa de Vergniaud no sólo tuvo el marchamo de lo auténtico, sino que además denotó la extraordinaria capacidad de síntesis de lo que hoy definiríamos como una cabeza muy bien amueblada. El diputado de Burdeos fue resumiendo y rebatiendo una por una las acusaciones formuladas contra él y sus colegas.

—Primera inculpación. Robespierre nos acusa de habernos opuesto en el mes de julio a la deposición de Luis Capeto. Yo respondo que en un discurso que pronuncié el 3 de julio fui el primero que habló en esta tribuna de su deposición. Segunda inculpación. Robespierre nos acusa de haber insertado en el decreto de suspensión [dictado el 10 de agosto contra Luis XVI] un artículo que establecía que se nombraría un preceptor para el príncipe real. En medio de las inquietudes que debían embargarme durante el combate de los amigos de la libertad contra el despotismo se podría perdonar que yo no hubiera sido infalible. Al menos no le convendría a *monsieur* Robespierre dar testimonio de rigor por un momento de debilidad cuando él

estaba en ese momento sepultado en una cueva.<sup>[101]</sup> Pero he aquí mis motivos y que la Asamblea los juzgue. Mientras yo redactaba el proyecto de decreto, la victoria oscilaba incierta entre el pueblo y el palacio. Ese nombramiento aislaba constitucionalmente al hijo del padre y dejaba en manos del pueblo a un rehén contra la venganza de un tirano vencedor e irritado.

Unas respuestas podían parecer más convincentes que otras, pero la técnica elegida por Vergniaud inducía a pensar que las divagaciones hipotéticas de Robespierre quedaban siempre desarboladas por explicaciones razonables. Especialmente sólida fue la contestación relacionada con las masacres de septiembre:

—Octava imputación. Robespierre nos acusa de haber calumniado a París. Sólo él y sus amigos han calumniado a esta ciudad célebre. Mi pensamiento se ha detenido siempre con espanto sobre las escenas deplorables que han ensuciado la Revolución. Pero siempre he sostenido que no eran obra del pueblo, sino de algunos malvados llegados de todas partes de la República para vivir del pillaje y del asesinato en una ciudad cuya inmensidad y continuas agitaciones abrían las mejores perspectivas a las esperanzas criminales. ¿Quién calumnia al pueblo, el que sostiene que es inocente de los crímenes de algunos bandidos venidos de fuera o el que se obstina en imputarle todo lo odioso de estas escenas de sangre?

—¡Fueron venganzas nacionales! —interrumpió la voz de Marat.

—Yo prosigo —replicó Vergniaud sin inmutarse.

El líder moderado no estaba dispuesto a caer en la trampa de la provocación de l'Ami du Peuple y otras voces radicales que empezaron a acosarle. Su único interlocutor era Robespierre, y su único objetivo, dejarle en evidencia y a ser posible en ridículo.

—Décima imputación. Robespierre nos acusa de haber corrompido mediante nuestra correspondencia el espíritu de los departamentos. No es que quiera dar a entender que yo he contribuido mediante mi correspondencia al buen espíritu que se ha mantenido. He aquí en dos palabras todo el secreto: nunca escribo cartas.

La ironía zumbona de Vergniaud desató risas y aplausos en los bancos del centro y la derecha de la cámara. Su discurso, compartimentado asunto por asunto, resultaba ameno y fácil de seguir. Una vez asegurada la atención de la Asamblea, el líder moderado aprovechó también para explicar el sentido de su conducta en una encrucijada clave de la Revolución:

—Decimotercera imputación. Robespierre nos acusa de haber votado por la apelación al pueblo. ¿Debía sacrificar ante él una opinión que yo creía buena? Voté por la apelación al pueblo porque pensaba que podía evitarnos una nueva guerra cuyas calamidades temía, porque votando por la muerte de Luis no quería votar por la coronación de un nuevo tirano. La guerra que yo temía ha sido declarada. ¿Queda aún alguna duda sobre la existencia de la facción de Orleáns?

Vergniaud alanceaba así el mismo fantasma —«la facción»— que había sacado a pasear Robespierre y utilizaba sus mismos ingredientes —la familia Orleáns y

Dumouriez— para convertirlo en un bumerán contra el Incorruptible. Recordó con énfasis cómo había sido la Montaña la que había bloqueado la propuesta de Buzot de expulsar de Francia a todos los Borbones de una u otra rama, subrayó la estrecha relación del exduque de Orleáns con los diputados por París<sup>[102]</sup> y recordó quién había agasajado al héroe de Valmy:

—Dumouriez fue coronado y abrazado por Robespierre en el Club de los Jacobinos.

—No fue Robespierre, sino Collot d’Herbois —le interrumpió David.<sup>[103]</sup>

—Y fue Dumouriez el que fue a abrazar a Collot d’Herbois —añadió el también *montagnard* Lévasseur.

—¡Lo que sin duda es mucho más grave! —replicó con chispa Vergniaud—. Pido el decreto de acusación contra los jacobinos que le han coronado y abrazado en una de sus sesiones.

Como había ocurrido ya con el «nunca escribo cartas», gran parte de la Convención aplaudió su ingenio. Sin embargo, para Vergniaud todo esto no había sido sino un largo preámbulo destinado a llevarle a la última y más extensa de sus respuestas, pues había reservado para el final la descripción del abismo sustancial que le separaba de Robespierre a la hora de entender e interpretar la Revolución. Sus mejores recursos dialécticos salieron a relucir entonces.

—Decimoctava imputación. Robespierre nos acusa de habernos convertido de repente en moderados, en *feuillants*. ¿Nosotros, moderados? Yo no lo era el 10 de agosto, Robespierre, cuando tú estabas escondido en tu sótano. No, yo no lo soy en el sentido de que quiera apagar la energía nacional. Sé que la libertad está siempre activa como la llama, que es inconciliable con la calma perfecta, sólo propia de los esclavos. Sé también que en tiempos revolucionarios pretender controlar a voluntad la efervescencia del pueblo sería la misma locura que ordenar a las olas del mar permanecer tranquilas cuando son batidas por los vientos.

Vergniaud quería pues disipar todo equívoco, rechazar toda asimilación con quienes habían tratado de estabilizar la Monarquía constitucional. Pero una vez puestas las cosas en su sitio, tuvo la inspiración de aceptar la etiqueta denigratoria de Robespierre, dándole la vuelta para restituirle su verdadero sentido:

—Si con el pretexto de la Revolución es preciso para ser patriota declararse protector del asesinato y del bandidaje, yo soy moderado. Desde la abolición de la Monarquía he oído hablar mucho de revolución y me he dicho a mí mismo: no hay más que dos posibles, la de las propiedades y la ley agraria o la que nos devolvería al despotismo. Yo he tomado la firme resolución de combatir a la una y a la otra. Si eso es ser moderado, lo somos todos porque hemos votado la pena de muerte contra cualquiera que las proponga. También he oído hablar mucho de insurrección y reconozco haber gemido. Los que hablan de insurrección quieren destruir la representación nacional, conspiran contra la República y la libertad. Si hay que optar entre ser patriota respaldándolos y ser moderado, combatiéndolos, yo soy moderado.

Fue un momento clave, una revelación, un fogonazo. De repente cientos de diputados se sintieron identificados con esas palabras y comenzaron a aplaudir con brío. Unos pocos eran amigos de Vergniaud, algunos más le consideraban una referencia política, pero la gran mayoría no sentía lazo alguno de afecto o menos aún de subordinación hacia su persona. Sin embargo, había dicho lo que todos pensaban y hacía tiempo que no se atrevían a decir en voz alta.

Vergniaud no era un hombre guapo como Barbaroux ni pretendía serlo como Pétion. Nada distinguía su rostro redondo excepto una nariz prominente algo torcida y unas cejas espesas no demasiado uniformes. Su figura cargada de espaldas tampoco resaltaba como la del larguirucho Guadet en la tribuna. Ni siquiera era un gladiador implacable como Lanjuinais. No gesticulaba como Marat ni dramatizaba como Danton, pero en los momentos de exaltación se trasfiguraba en el más subyugante de los oradores porque todo en él exhalaba autenticidad e idealismo. En un clima de alto voltaje emocional y político, Vergniaud dio rienda suelta aquel día a sus sentimientos más íntimos.

—Algunos hombres han parecido creer que su patriotismo consistía en atormentar y hacer verter lágrimas. Yo habría querido que [el mío] sólo produjera felicidad. La Convención es el centro en torno al que deben reunirse todos los ciudadanos. Puede que no siempre sus miradas se fijen sobre ella sin inquietud y sin miedo. Yo habría querido que fuera el centro de todos los afectos y todas las esperanzas. Se ha intentado consumir la Revolución por el terror; yo habría querido consumirla por el amor. En fin, yo no creía que, como si fuéramos esos curas y esos feroces ministros de la Inquisición que sólo hablan de su Dios de misericordia en medio de las hogueras, nosotros tuviéramos que hablar de libertad en medio de puñales y verdugos.

Las palmas echaban humo. Los moderados se sentían al fin orgullosos de serlo. Sí, ellos estaban allí porque anhelaban desarrollar «la Revolución por el amor». ¿Qué otra cosa significaban si no los principios de libertad, igualdad y especialmente fraternidad que tanto habían proclamado? Todo un siglo de idealismo burgués, nutrido por las Luces, desparramaba así sus ilusiones sobre el Manège en una explosión de ingenuidad a la altura de su noble causa. Fue la última expresión de la inocencia. El hombre de la mirada verde contempló la escena con una mezcla de alarma y desdén, arropado por los severos guardianes de la fe en la «revolución por el terror». Ellos moverían la siguiente ficha.

## DOCE

Como si se tratara de una repetición exacta de lo ocurrido el 13 de marzo, Vergniaud aprovechó la euforia del momento para que la Convención aprobara que los firmantes del escrito de la Halle-au-Blé fueran enviados al Tribunal Revolucionario, previa acreditación de su identidad. Su tesis era que «los verdaderos cómplices de Dumouriez» habían sido los organizadores de la fallida sublevación del 10 de marzo, los que manejaban el Comité Central constituido en el Arzobispado y «los provocadores de la criminal proclama» llamando corrupta a la mayoría de la Convención.

—¿Sois acaso unos cobardes? —había interpelado Vergniaud a la cámara—. ¿Os abandonaréis al azar de los acontecimientos? Esperaréis estúpidamente a que os degüellen o a que os expulsen? No se trata aquí de vuestra salud personal. Sois los representantes del pueblo. Está en juego la salud de la República...

Los diputados habían reaccionado respaldando masivamente su moción inspirada en las tesis de Pétion y Guadet: había que cortar por lo sano, y ante un texto como ese no bastaba su simple reprobación. Tal y como había ocurrido con las nunca consumadas detenciones de Fournier, Lazowski o Desfieux, dicha resolución no tendría ningún efecto práctico. Sin embargo, Robespierre volvió a aprovecharla esa misma noche en el Club de los Jacobinos para, tal y como había hecho el mes anterior, apuntalar su ascendiente ante sus seguidores, corregir la estrategia de los más radicales y manejar en definitiva los hilos de la trama mediante la cual pretendía controlar el curso de la Revolución.

Después de que Bentabole relatará lo ocurrido, incidiendo en que Vergniaud «había pretendido que los jacobinos estaban de acuerdo con la facción de Orleáns y que la revuelta del 9 y 10 de marzo era uno de los frutos de ese acuerdo», una delegación de la Sección de la Halle-au-Blé volvió a leer su polémico texto. Entonces intervino Robespierre:

—He denunciado esta mañana en la Convención a los intrigantes. No lo he hecho de manera vaga, sino que los he nombrado. La petición cuyo proyecto os acaban de leer había sido denunciada. Es preciso adoptar esta petición cuyo fondo es bueno y justo, pero está concebida en unos términos que han proporcionado a los intrigantes un pretexto para atacar a los patriotas. Es preciso suprimir ciertos pasajes y sustituir el lenguaje agresivo del republicanismo. Es preciso suprimir expresiones como «escuchadnos por última vez» o «la mayoría corrupta», en fin, todo lo que tenga un aire de arrebató o amenaza. La petición ganará en fuerza y majestad y será suscrita por todos los amigos de la libertad.<sup>[104]</sup>

Robespierre quería modular la presión sobre la Convención con el propósito de separar a los cabecillas, de la que él mejor que nadie sabía que era la más desorganizada de las «facciones», del conjunto de los diputados moderados. Sin



embargo, no compartía el criterio de Danton y el recién creado Comité de Salud Pública, partidarios de pasar página y eludir la confrontación en torno al texto de la Halle-au-Blé. Albitte calentó el ambiente reclamando «que se nos pida la condena a muerte de todo el que lleve el nombre de Égalité y que se permita matar a todo emigrado que se encuentre en París». Y Robespierre volvió a la carga:

—Hemos sorprendido a nuestros enemigos en flagrante delito nacional. Les tenemos [cogidos]. Es preciso que la espada de la ley les golpee. Pido que se convoque a estos efectos una asamblea extraordinaria en las secciones para deliberar sobre la forma de denunciar a toda Francia la trama criminal de los traidores. Cuando esta tarea se haya cumplido entonces vendréis a la Convención y desenmascararéis a los traidores delante de la nación. Pido que todos los ciudadanos se unan para rechazar este aborto de mensaje y que se adopte la medida grande y decisiva que he propuesto.

Los delegados que acababan de leer el texto del Mercado del Trigo escucharon con las orejas gachas el exabrupto final de Robespierre y reconocieron que llevaba razón. Su propuesta fue aprobada por aclamación y a continuación se eligieron cuatro delegados —Dubuisson y tres acólitos— con el encargo de acudir al día siguiente al Arzobispado «para presidir la nueva redacción del mensaje de la Sección de la Halle-au-Blé».<sup>[105]</sup> ¿Es posible dudar de que, a pesar de todas sus aceleraciones y frenazos, Robespierre tenía un plan y ponía los medios adecuados para llevarlo a efecto?

## TRECE

La sesión matinal del día siguiente, jueves 11 de abril, comenzó en la Convención con la lectura de otra lastimera carta de Roland en la que pedía «por quinta vez» el examen y aprobación de sus cuentas para poder marcharse de París. Desde el fondo del pozo de su desdichada vida familiar el exministro del Interior volvía a dirigirse a la Asamblea «con la impaciencia del hombre de bien, indignado de languidecer en medio de las sospechas cruelmente amontonadas sobre su cabeza». Roland recordaba que desde que sus papeles fueran precintados hacía diez días llevaba solicitando en vano que una comisión de la Convención los examinara. Tras conocer el texto de la Halle-au-Blé en el que se exigía un decreto de acusación contra él, sólo pedía que sus documentos fueran investigados antes de adoptar ninguna decisión sobre «estos esfuerzos del odio y la ceguera».

La Convención remitió rutinariamente la carta al Comité de Examen de Cuentas y pasó a un orden del día que incluía la primera concesión a las exigencias de los *enragés* en materia económica. Desbordado por el alza de precios, Cambon presentó un decreto en nombre del Comité de Finanzas prohibiendo la circulación de moneda metálica bajo pena de seis años de cárcel tanto para quien la utilizara como método de pago como para quien la aceptara. Unos asignados en caída libre se convertían así en la única moneda de curso legal.

El resto de la jornada iba a discurrir entre la ópera bufa y el melodrama. Al término de la sesión de la mañana, un oscuro diputado *montagnard* por la Dordogne apellidado Taillefer entró en el Manège muy alterado y pidió intervenir de inmediato para contar lo que le acababa de ocurrir.

—Al llegar aquí un centinela me ha impedido el paso. Le he mostrado mi tarjeta de diputado. No ha servido de nada. El centinela me ha dicho que mi escarapela no es la ordenada por un decreto de la Comuna. Yo insistí diciendo que mi escarapela es tricolor y que la municipalidad no tiene derecho a hacer nuevas leyes. Me han llevado al cuerpo de guardia y de allí a la Sección de las Tullerías. El gentío que me ha seguido me llamaba aristócrata y emigrado. Felizmente fui reconocido por un ciudadano de la sección que logró que me pusieran en libertad.

¿Cuál había sido el pecado de Taillefer? Preso de gran indignación, Valazé denunció ante la Asamblea que el decreto de la Comuna establecía que las escarapelas debían ser necesariamente de lana y resultaba que la del diputado era de tela. La Convención no osó revocar la disposición municipal —tal vez por la mala conciencia de haber desoído tres días antes una petición de regular el uso de la escarapela en toda la República—, <sup>[106]</sup> pero acordó que ningún diputado provisto de su identificación pudiera ser detenido por la Guardia Nacional de París a menos que fuera sorprendido en flagrante delito.

Nadie pudo sestear en la sesión de tarde. Buzot pidió que se permitiera a Guadet

defenderse, como lo había hecho Vergniaud, de las acusaciones de Robespierre, y Marat se opuso a ello, demostrando su absoluta sintonía con los argumentos y el propio lenguaje del Incorruptible.

—La facción criminal quiere desviar la atención de sus complots para fijarla sobre una conspiración imaginaria. Os repito lo que ya os he dicho a menudo: la mayoría de esta facción sólo está engañada. Es sobre las cabezas de sus dirigentes sobre las que pido que caiga la espada de la ley. En cuanto a la justificación de Vergniaud, Guadet y los consortes que han tenido una correspondencia criminal con Dumouriez, que se laven, si pueden, del oprobio con que les cubre la opinión pública.

Marat pidió además que se pusiera precio a la cabeza de «Égalité hijo» —o sea, del duque de Chartres— como ya se había hecho con la de Dumouriez. Las tribunas jalearon todo ello con aplausos. El dantonista Thuriot, que había sido elegido excepcionalmente vicepresidente de la Convención y ocupaba la silla presidencial para que su titular, Delmas, pudiera asistir a la reunión vespertina del Comité de Salud Pública, llamó a los asistentes al orden.

—¡No, no, presidente! —objetó con sarcasmo el moderado Chambon—. ¡Dejad que las tribunas aplaudan la ignominia de este hombre!

Espoleado por esa andanada, Marat soltó lo primero que se le pasó por la cabeza:

—Buzot es el hombre de negocios de Philippe d'Orleáns.

A lo que replicó Barbaroux:

—Y Marat ha recibido de él 15.000 libras.<sup>[107]</sup>

La bronca ya estaba montada. Ni las acusaciones ni los improperios habían sido mayores que en otras ocasiones, pero como si hubieran absorbido toda la electricidad generada durante la «batalla de los oradores» de la víspera y necesitaran descargarla, una buena parte de los diputados del centro y la derecha descendieron de sus bancos y se encararon con la Montaña desde el medio de la sala. Según el acta de la sesión miembros de uno y otro sector «se dirigieron e intercambiaron las injurias más groseras y los gestos más amenazadores». En pleno tumulto un diputado de la Montaña denunció a gritos que Lauze Deperret había sacado una espada de su bastón.

—¡A la Abadía, a la Abadía! —gritaron varios *montagnards*.

—Presidente, llamad al orden al canalla que nos ha amenazado a todos —reclamó Bentabole.

—¡Un miembro de ese lado ha sacado la espada contra nosotros! —clamó el dantonista Philippeaux, señalando al ala derecha.

—¡Era un estilete! —replicó entre risas Barbaroux.

—Presidente, cumplid con vuestro deber, llamad al orden al asesino —insistió otro *montagnard*.

—¡Enviad a la Abadía al malvado que ha tirado de espada! —exigieron al unísono David, Panis, Marat y de nuevo Bentabole.

Acosado por doquier, Lauze Deperret pidió entonces la palabra y Thuriot se la concedió. Eso le pareció intolerable a l'Ami du Peuple:

—Pido la palabra contra ti, presidente —gritó Marat—. La representación nacional está perdida desde hoy. Reclamo venganza.

—Marat, no tenéis la palabra —replicó Thuriot.

—Te la reclamo.

—No quiero acordároslo.

—Si no me la das, la tomaré.

—Marat, os llamo por vigésima vez al orden.

Al cabo de más de una hora de bronca y pandemonio el tan temperamental como acaudalado Deperret pudo explicar su arrebato. La raíz del problema estaba, según él, en que «desde hace tiempo nadie puede hablar aquí si no tiene el permiso de las tribunas». Por eso había salido de su banco y había bajado a protestar. Pero también denunciaba una provocación inmediata.

—Cuando estaba en medio de la sala he visto que un diputado tenía una pistola en la mano. Reconozco que en un momento en que me sentía amenazado, en un momento de delirio...

Ante esa versión que nadie había podido constatar, las tribunas le interrumpieron con todo tipo de improprios, dirigiéndole gestos obscenos y amenazantes. Louvet, Barbaroux y Grangeneuve se precipitaron hacia el sillón del presidente, exigiéndole que interviniera. Thuriot ordenó arrestar a un espectador que se había distinguido por su agresividad, lo que encrespó aún más al público.

—¡No querer escuchar a un acusado es violar todos los principios! —protestó Thuriot dirigiéndose a las tribunas—. Interrumpir es de malos ciudadanos. Deperret, seguís en el uso de la palabra.

El diputado meridional pudo concluir al fin su versión de los hechos:

—Decía, ciudadanos, que, provocado por ese movimiento amenazador, he tirado de espada. Pero en ese momento yo no era dueño de mí mismo. Estaba animado de un santo furor, si se me permite expresarme así, pero os juro que si hubiera puesto la mano encima de un representante del pueblo, todavía me quedaba otra arma y con ella me habría saltado el cerebro.

Sin embargo, la predisposición de Deperret hacia el melodrama no calmó ni a las tribunas ni a la Montaña. Varios diputados le exigieron en vano que identificara a quien supuestamente le había encañonado con la pistola y arreciaron los gritos pidiendo su envío a la cárcel de la Abadía. Entonces Thuriot, harto de cubrirse la cabeza sin que los incidentes amainaran, tomó una decisión drástica:

—Declaro que no puedo enfrentarme a una tiranía así. Dejo el sillón.

Ante el estupor general, el amigo de Danton, tan aficionado —según Lucile Desmoulins— a cortejar a las esposas de sus colegas, descendió del estrado y regresó a su banco habitual en la zona media de la Montaña. Delmas acudió de prisa y corriendo a ocupar el sillón, negó el uso de la palabra tanto a Deperret como a Marat, pasó a otros asuntos y levantó la sesión a la una y media de la madrugada, sepultando el incidente en la impotencia reglamentaria.

## CATORCE

Las espadas no habían vuelto a su vaina. A la mañana siguiente bastó el primer pretexto para que se reanudaran las hostilidades con una virulencia extrema. Lo proporcionó el exbenedictino afín a la Montaña, Poultier, cuando al presentar un informe en nombre del Comité de Guerra sobre el interrogatorio al que habían sido sometidos los generales La Noue y Stengel respecto a la retirada de Aix-la-Chapelle con la que había comenzado el derrumbamiento militar en Bélgica, incorporó una serie de comentarios personales del estilo de «los generales inculpados y sus cómplices os engañarán siempre», «a los que debéis interrogar es a los soldados» o «en los comités existe una tendencia funesta a la indulgencia».

Con el mismo tono grave y enfático con que la antevíspera había denunciado el escrito de la Halle-au-Blé, Jérôme Pétion reclamó su reprobación sin moverse del escaño:

—Pido que se censure al diputado que se ha permitido leer su opinión individual en el nombre de un comité.

—Y yo pido que se censure a los que protegen a los traidores —le replicó su antiguo amigo Robespierre.

—¡Bravo! ¡Bravo! —clamó histriónico Marat, encantado del curso que tomaba la sesión.

—Es preciso advertir que se pretende salvar a los canallas —insistió Robespierre.

Pétion se abalanzó entonces sobre la tribuna con especial brío. Estaba claro que el Inflexible —así le llamaban cuando en la Constituyente formaba piña con el diputado de Arras— le tenía ganas al Incorruptible.

—Yo pediré, en efecto, que los traidores y los conspiradores sean castigados.

—Y sus cómplices —apostilló Robespierre.

Entonces el atildado y vanidoso Pétion —«Este hombre guapo, siempre endomingado, siempre contento de su figura», según Aulard—<sup>[108]</sup> perdió el control de sí mismo y dejó brotar de sus labios toda su ira contenida durante esos últimos meses en los que su otrora camarada le había arrebatado el cetro de la popularidad entre los parisinos.

—¡Sí, sus cómplices y vos mismo! Ya es hora de que todas las infamias terminen. Es hora de que los traidores y los calumniadores lleven sus cabezas al patíbulo; y yo adquiero aquí el compromiso de perseguirlos hasta la muerte.

—Yo me atengo a los hechos —repuso calmadamente Robespierre entre aplausos de la Montaña.

—Es a ti al que voy a perseguir —insistió Pétion por si no hubiera quedado suficientemente claro.

Un clamor de indignación, un torrente de insultos, brotó de las tribunas, y Thuriot, que ya repuesto de los sinsabores de la víspera volvía a presidir, amonestó a

los interruptores y advirtió a la cámara de que estaba dispuesto a repetir su espantada:

—Esta mañana he ocupado el sillón porque la calma reinaba en la Asamblea. Ayer he presidido durante ocho horas, durante toda la noche. Si la calma no se restablece, ruego a la Convención que me reemplace.

—Presidente, es imposible tolerar más tiempo todas estas infamias —protestó Pétion—. Mi paciencia ha llegado al límite. Es preciso que yo sea castigado o que Robespierre sea marcado con el hierro candente que los antiguos destinaban a identificar a los impostores. No me quedaré contento más que cuando vea que estos hombres que se dicen patriotas por excelencia y que acabarían por perder a la libertad y a la patria, pongan sus cabezas sobre el patíbulo.

De todas partes comenzaron a surgir los murmullos. El exalcalde de París, un «honorable burgués de buena provincia», el «gran jurisconsulto» de Chartres, el «amigo de los enciclopedistas»,<sup>[109]</sup> acababa de hacer suyo el lenguaje de los más radicales *montagnards* para amenazar nada menos que con llevar a la guillotina a Robespierre y los suyos. Otra línea roja, otra frontera verbal quedaba traspasada. El centro y la derecha le aplaudieron, la izquierda le abucheó.

De repente el pintor David bajó desde los bancos de la Montaña, se plantó delante de Pétion en el centro de la sala y, abriéndose la camisa en un gesto teatral, copiado de los protagonistas de sus propios cuadros, mostró su torso desnudo y extendió las manos hacia el orador:

—Pido que me asesinéis. Sois un hombre virtuoso. La libertad triunfará.

Desconcertado por el impacto que el pueril arranque de David, mezclado con su ironía, estaba causando en la Asamblea, Pétion optó por disculparle.

—¿Qué es lo que prueba este acto de David? La abnegación de un hombre honesto y engañado que delira.

—¡No! —le contestó el pintor.

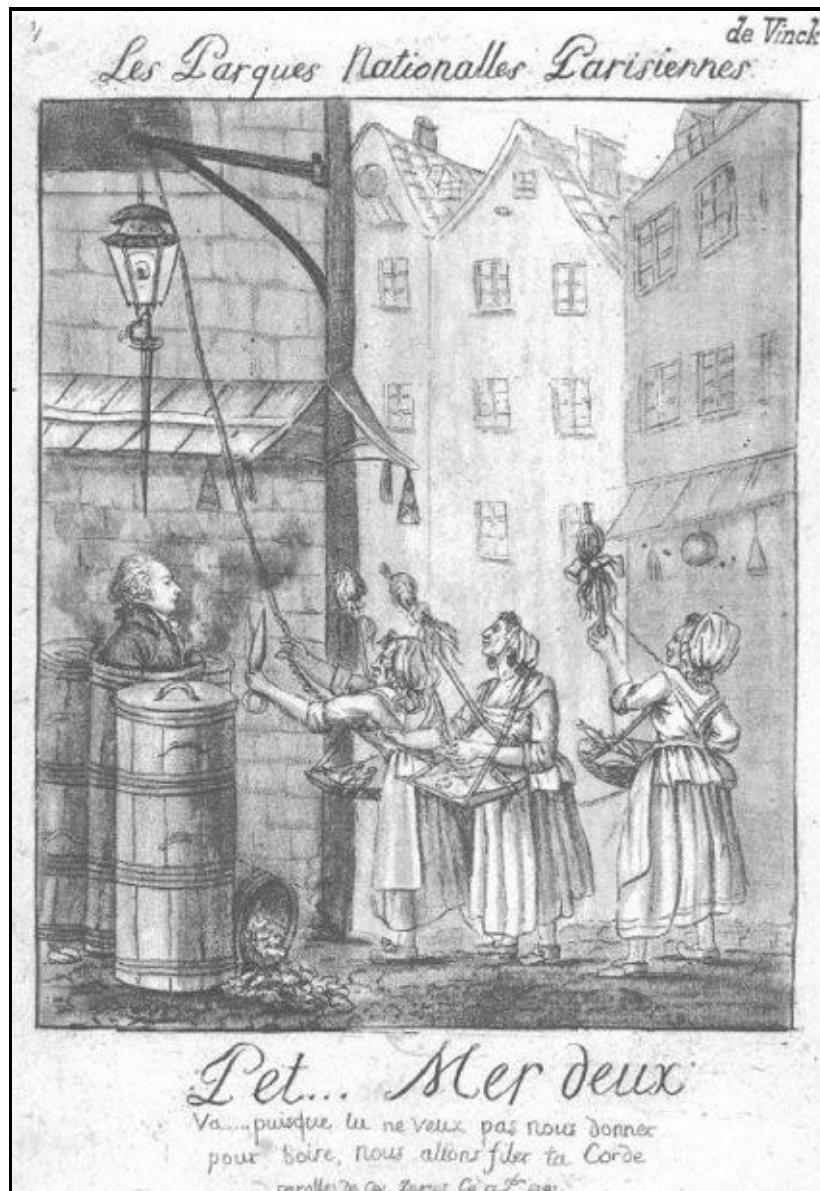
Pétion derivó entonces hacia el terreno de la autojustificación, defendiéndose de algo que se había dicho en el Club de los Jacobinos.

—Se me acusa de ser cómplice de Orleáns. El dato ha sido expuesto en cierta sociedad. ¿Sabéis por qué? Porque Orleáns vino una vez a mi casa. Venía a preguntarme qué debía hacer si le expulsaban de la República. Y yo le di un consejo que podía salvar a la libertad, porque si lo hubiera seguido no estaría ya en Francia. Pero él lo desdeñó. A partir de esa entrevista se han atrevido a acusarme de ser su cómplice.

Resaltando el vivo contraste entre su rostro aniñado y su furor revolucionario, David le interrumpió con una pregunta fulminante:

—Pétion, ¿manteníais correspondencia con Égalité hijo?

El exalcalde perdió definitivamente su aire de «satisfacción beata».<sup>[110]</sup> El propio Robespierre le había definido como «el hombre de mundo cuya sangre circula más dulcemente», pero ahora sus ojos azules parecían querer escaparse de sus órbitas cuando respondió al borde la apoplejía:



De ídolo de masas a Pétion el Mierdoso. Caricatura anónima, Biblioteca Nacional, París.

—¡Sí, sí, sí! ¡Cien veces sí! Y lo deseable es que él no hubiera mantenido [correspondencia] con otros porque hoy no sería un traidor. ¿Pero cómo? ¿Yo, un conspirador contra la República? ¿Yo, un conspirador a favor de los Orleáns? ¡Infamia! ¡Infamia! Así es como se prodigan las calumnias odiosas. El recrudescimiento de estas mentiras contra mí se debe a que aún puedo tener alguna influencia sobre París. ¡Intentáis destruir esta influencia porque no pienso como vosotros!

—Estará permitido responder —aventuró Robespierre.

—¡Sí, sí! —le replicó Pétion en el mismo tono compulsivo—. Me gustaría que se desarrollara aquí una lucha que hasta ahora no ha tenido lugar. Me gustaría que empezáramos por escribir las acusaciones, que se produjeran por escrito las respuestas y que cada uno se comprometiera a ofrecer su cabeza para que la del culpable cayera.

—Yo propongo que sea la mía —insistió David, muy crecido ante el impacto que



estaba consiguiendo con su farsa.

Algo más calmado, Pétion fue replegando sus velas hasta apelar a los viejos buenos tiempos:

—No pretendo plantear aquí una lucha ni de pulmones ni de declamaciones, una lucha ni de injurias ni de ultrajes. No pido aquí ni aprobación ni desaprobación, pero quiero la calma, quiero la libertad. Ya hemos luchado junto a Robespierre. Él sabe que le conozco y ciertamente le rindo aquí justicia: en la Asamblea Constituyente se comportó muy bien. Reconozco que no he entendido nunca los motivos que le han hecho cambiar.

Sin embargo, el cambio que de verdad no entendía Pétion era el que le concernía a él. Tan pagado de sí mismo, aún resonaban en sus oídos las aclamaciones del pueblo cuando el rey había decretado su suspensión a raíz de la primera invasión de las Tullerías, aún sacaba pecho recordando cómo tras la caída de la Monarquía había sido reelegido como alcalde sin necesidad de presentarse, con más de 13.700 votos sobre 14.300 votantes, y cómo tras su dimisión municipal había sido elegido casi a la vez presidente del Club de los Jacobinos y presidente de la Convención. Era la época en que «era adorado como un Dios, comparado públicamente a Jesucristo, cubierto de incienso hasta excitar la furia celosa de Robespierre»,<sup>[111]</sup> la época en que se hablaba del «presidente de Francia» e incluso del «rey Jérôme» con una mezcla de admiración y envidia.<sup>[112]</sup> Quien había llegado a deslumbrar con su atractivo físico a la hermana del rey, *madame* Elizabeth —o al menos eso creía<sup>[113]</sup>—, durante el viaje de regreso desde Varennes, no podía aceptar ser tratado ahora cual «ídolo de pies de barro y cabeza hueca».<sup>[114]</sup>

No habían transcurrido ni dos años del «¡Viva Pétion! ¡Viva Robespierre!» con que fueron despedidos los diputados de la Constituyente y apenas seis meses del triunfo de sus ideales compartidos. Su valoración antagónica de las masacres de septiembre, su discrepancia sobre la guardia departamental y, sobre todo, el respaldo de Pétion a la derrotada apelación al pueblo sobre la suerte del rey habían marcado su divorcio político. Ante su estupor la calle se había decantado por el Incorruptible y ahora él, según confesaría en sus *Memorias*, «no podía entrar y salir en la sala de sesiones sin ser expuesto a los insultos más groseros y a las amenazas más sediciosas».<sup>[115]</sup>

Pétion lo llevaba mal. «Soy uno de los ejemplos más chocantes de la inconstancia de los favores populares», escribirá en las primeras líneas de esas *Memorias*. «Es preciso reconocer que para quien había sido colmado con tantas muestras de la confianza del pueblo resultaba cruel haberse convertido en el objeto de su odio y su maldición. ¿Qué es lo que he hecho?, me decía a menudo. ¿Acaso no soy el mismo?».

Como a un actor desplazado en las preferencias del público y ansioso por recuperar su sitio, sólo le quedaba sobreactuar llamando como fuera la atención. «Robespierre y Danton se reían de su elocuencia ampulosa y jadeante».<sup>[116]</sup> Marat escribiría pocos días después que aquel 12 de abril Pétion se entregó a «una

declamación tan incoherente, unas vociferaciones tan ridículas, unos gestos tan amenazantes, unas invectivas tan ridículas, que los más pacientes de sus oyentes dudaban entre si estaba borracho o tenía la rabia». <sup>[117]</sup>

Es cierto que l'Ami du Peuple le trataría desde su último escondite con especial acidez y saña, pero también lo es que «el énfasis grotesco» de Pétion «había entristecido a sus propios amigos». <sup>[118]</sup> En todo caso su apuesta de aquella mañana era demasiado peligrosa porque se había dejado arrastrar al terreno de juego de las «palabras frenéticas». Y en ese pulso entre fieras Pétion, como la mayoría de esos amigos moderados, era un tigre que más que rugir gruñía y ni siquiera tenía las uñas afiladas.

## QUINCE

El siguiente turno fue para Guadet, látigo de la diputación de la Gironda y máximo exponente de esa «honestidad secundada por el talento» que tanto admiraba *madame Roland*.<sup>[119]</sup> Después de que la Convención acordara enviar al Tribunal Revolucionario no sólo a los generales Stengel y La Noue, sino también a sus compañeros de armas Miranda y Miaczinski, el diputado por Burdeos logró por fin su oportunidad de contestar a Robespierre. Pero el estigmatizado como «pájaro vil» también quería ajustar sus cuentas con Marat. Y no podía evitar que emergiera además su inquina hacia Danton, tan a flor de piel desde su fallido intento de reconciliación del 15 de marzo. Era el triunvirato jacobino al completo el que estaba en su punto de mira. Comenzó, cómo no, apelando a uno de los episodios más socorridos de la historia de la República Romana:

—Ciudadanos, si denunciando ante el Senado de Roma al que había conspirado contra la libertad de su país, si denunciando a Catilina, Cicerón hubiera fundado su acusación sobre pruebas de la naturaleza de las que Robespierre ha presentado contra mí, Cicerón no habría inspirado en el alma de los que le hubiesen escuchado más que indignación y desprecio. Pero Cicerón era un hombre de bien, Cicerón no acusaba sin pruebas.

Con gran alarde de detalles y vehemencia oratoria, pero sin la claridad didáctica de Vergniaud, Guadet repasó los acontecimientos del último año para refutar las «calumnias impúdicas» formuladas contra él. Reconoció ser amigo de Brissot —«combatía por la libertad, sufría por ella, escribía para ella cuando Robespierre decía que no sabía lo que era una República»— e imaginó en su descargo las acusaciones que formularían contra él los austriacos si llegaran a entrar en París.

—Puesto que Robespierre esgrime contra mí los mismos hechos, tengo derecho a decir: ¡el cómplice de Coburgo eres tú!

Tras esa pirueta dialéctica se centró en sus relaciones con Dumouriez. Dijo que apenas si le había tratado, que le había escrito una vez una carta de recomendación que el general no había atendido y que le había visto en casa de Talma el día del incidente con Marat. Fue entonces cuando no pudo resistirse a alimentar su vieja rencilla:

—Dumouriez permaneció bastantes días en París. Yo no sabía dónde se alojaba, no le volví a ver, pero los que fueron vistos asiduamente a su lado son precisamente los hombres que ahora acusan a Dumouriez. ¿Quién estaba a su lado en todos los espectáculos de París? Vuestro Danton.

Estando presente como lo estaba, era imposible que Danton no respondiera. Siempre lo hacía, y no digamos si se trataba de Guadet, con quien se las había tenido tiesas durante ese fallido intento de arreglo del mes anterior.

—¡Ah, tú me acusas a mí! ¡Tú no conoces mi fuerza! Yo te responderé, yo

probaré tus crímenes. En la Ópera yo no estaba en su palco, sino en uno de al lado. Tú también estabas.

La voz rugiente de Danton había llenado la escena. Guadet se retranqueó un poco y renunció a enzarzarse con él para volver a su principal objetivo.

—Nunca he pretendido extraer de la vinculación de un hombre con otro que se ha convertido en culpable la consecuencia de que él también lo es. Si yo hubiera querido seguir tu doctrina, Robespierre, te habría dicho: tú acusas a Pétion de traicionar la cosa pública. ¡Y bien!, puesto que tú has tenido relaciones con él, ¿querrías que se concluyera que tú también eres un traidor? Ni siquiera los pueblos más bárbaros han mantenido nunca esta doctrina. Es toda tuya, Robespierre.

Era un argumento elemental, pero había tocado el punto neurálgico de la paranoia inquisitorial de Robespierre, y la mayoría moderada de la cámara dio muestras de aprobación. Entonces Guadet llevó el debate al ámbito de la integridad personal:

—Nos acusáis de habernos corrompido, de estar vendidos a Inglaterra, de haber recibido el oro de Pitt para traicionar a nuestra patria. Y bien, ¿dónde están esos tesoros? Venid los que me acusáis, venid a mi casa, venid a ver a mi mujer y a mis hijos alimentándose con el pan de los pobres, venid a ver la honorable mediocridad en medio de la que vivimos.

Y señalando a Robespierre con su largo brazo extendido, Guadet arrancó una enorme ovación de la Asamblea:

—¡Infame calumniador! ¡Corrupto, yo! ¿Dónde están mis tesoros?

En un arranque de hirviente indignación, Guadet puso entonces sobre la balanza su reconocida probidad, desafiando a hacer otro tanto no ya a Robespierre, sino a buena parte de sus aliados:

—¡Ah, ciudadanos! ¿Por qué cada uno de nosotros no puede desplegar, si se me permite expresarme así, su vida completa? Entonces sabríamos a quiénes habría que estimar y quiénes deberían ser execrables, porque el que siempre fue un buen padre, un buen esposo, un buen amigo, seguro que será siempre un buen ciudadano. Las virtudes públicas se componen de virtudes privadas; y me doy cuenta de lo mucho que hay que desconfiar de los que le hablan de «*sans-culottismo*» al pueblo mientras exhiben un lujo insolente.

Era el buen burgués, el padre de familia ejemplar con el que tantos y tantos diputados de la Planicie se sentían identificados, el que reivindicaba una pauta de conducta intachable. Con el ambiente ya caldeado y siguiendo el mismo guion del discurso de Vergniaud de la antevíspera, Guadet pasó a la ofensiva, insistiendo en la tesis de que Dumouriez trabajaba para los Orleáns y de que su conspiración estaba vinculada a la del 10 de marzo.

—Las dos conjuras se ligan porque las dos debían aprovechar a un mismo hombre y una misma familia. Y bien, ¿quién ha urdido la del 10 de marzo? ¿Quién la ha urdido, ciudadanos? Tendré el valor de decir toda la verdad. El foco estaba en los Jacobinos de París.

En medio de los aplausos de unos y la indignación de otros, Guadet recordó el comentario de Robespierre de que el pueblo no debía «levantarse» por los precios «del azúcar y el café», sino para exterminar a sus «enemigos». Y recurrió a un inusual paralelismo histórico:

—Mientras este nuevo Mahoma envolvía así en una referencia misteriosa a las víctimas a las que había que golpear, su Omar las nombraba en sus hojas y otros se encargaban de la tarea de designarlas.

Todos entendieron que se refería al reparto de papeles entre Robespierre, Marat y secciones como las de Bon Conseil o la Halle-au-Blé. Entonces Guadet sacó la carta que llevaba en la manga:

—Era a la Convención Nacional a la que había que golpear, en ella estaban las víctimas. Pero, ciudadanos, ¿creéis que este peligro al que os parece haber escapado no se cierne sobre vosotros todavía? Salid del error, ¡escuchad!

Lo que siguió fue la lectura de la proclama de los Jacobinos firmada una semana antes por Marat. El llamamiento «¡A las armas! ¡A las armas!» restalló como un brutal latigazo entre los bancos del Manège, máxime cuando el riesgo inminente de la marcha de Dumouriez sobre París se había desvanecido entre tanto. El vaso de la indignación se desbordó cuando los diputados oyeron que era «en el Senado, en la Convención Nacional» donde estaban «las manos parricidas» que «desgarraban las entrañas» del pueblo y «la cábala sacrílega dirigida por la corte de Inglaterra».

Guadet ni siquiera pudo leer sus propuestas finales, en las que pedía —nada menos— que se precintaran los documentos del Club de los Jacobinos y del de los Cordeleros, que se destituyera a todas las autoridades de París y que se disolvieran los comités revolucionarios de las secciones.<sup>[120]</sup> La mayoría moderada de la Convención, reforzada por la ausencia de los *montagnards* enviados a los departamentos, creía tener cogida al fin a su presa más deseada y no estaba dispuesta a soltarla. El grito «¡A la Abadía, a la Abadía!» se convirtió en un clamor. Fiel a un argumento probablemente escrito en su propio domicilio, Dufriche-Valazé centró la cuestión:

—Advierto que el mensaje que acaba de leer Guadet circula por los departamentos con la firma de Marat.

Casi simultáneamente l'Ami du Peuple reconoció el hecho, aupándose hasta la tribuna:

—Eso es cierto. ¿A qué viene esta vana prestidigitación? Se busca distraeros con una conspiración imaginaria de una conspiración desgraciadamente verdadera. Ya no se puede poner en duda. El propio Dumouriez le ha puesto el sello declarando que marchaba sobre París para hacer triunfar a la parte que él llamaba «sana» de la Convención, frente a los patriotas de la Montaña.

Sin embargo, esta vez la Asamblea estaba mucho más impresionada por el explícito llamamiento a la insurrección y las terribles acusaciones contra una parte indeterminada de sus miembros que por la enésima invocación de Marat a la fatídica

expresión de Dumouriez. Pronto quedó patente que había una clara mayoría a favor de dictar un decreto de acusación contra él. Danton trató de devolverle el apoyo que le había prestado a principios de mes y de recuperar el control de la situación para el recién creado Comité de Salud Pública. Lo hizo con una doble maniobra de distracción. La primera fase fue conciliadora.

—No hablaré a favor de un hombre, sino del interés público. Declaro de entrada que aun reconociendo el civismo de Robespierre yo no habría hecho la denuncia que él ha lanzado en esta Asamblea.

Los murmullos en la propia Montaña activaron el resorte individualista de Danton.

—¡Oh! No me prestéis vuestras ideas, dejadme las mías. La denuncia de Robespierre no está fundada sino sobre pruebas políticas. Aunque la respuesta de Guadet me haya mezclado de alguna manera en este asunto, no quiero acordarme [de eso] por temor a levantar la tempestad de las pasiones. No quiero apelar sino a la razón.

A continuación Danton trató de sustituir a un acusado por otro.

—Durante mucho tiempo he creído que la facción de Orleáns no era sino una quimera, hoy comienzo a pensar que puede tener alguna base real.

—¡No, no, el asunto es Marat! —protestó el siempre en guardia Birotteau.

—Si yo pregunto quién es el culpable —prosiguió Danton—, vosotros me diréis: es Marat. Él responderá: son los hombres de Estado. El verdadero culpable en mi opinión es Orleáns. Pido que antes de nada Orleáns sea conducido ante el Tribunal Revolucionario y que este tribunal envíe a la Convención copia exacta del sumario para que la Convención conozca quiénes de entre sus miembros han podido participar [en la conspiración].

Aunque arrancó algunos aplausos, Danton fue consciente de que la mayoría no respaldaría tanta dilación e intentó proteger a Marat a través de una nueva vía.

—Si Marat puede ser denunciado no es por un hecho [aislado], por una simple lectura, con la rapidez, con la vehemencia, con el apasionamiento que habéis demostrado, sin haberlo enviado a un comité. Examinad por otra parte qué momento habéis escogido para tratar este asunto. Muchos diputados están ausentes. Marat tiene derecho a ser juzgado por la totalidad de sus iguales. Estad seguros de que si Marat es culpable, no tiene ninguna intención de escaparse.

—No —corroboró cínicamente el propio interesado.

—Me aseguran además que existe un decreto por el que ningún diputado podrá ser acusado sin un informe previo.

—Enseñadlo —le retó una voz desde el ala derecha.

—Pues si no existe, habrá que crearlo —repuso el Danton más genuino entre risas y aplausos.

Pese a que Danton había «inflado prodigiosamente sus pulmones»,<sup>[121]</sup> Boyer-Fonfrède desmontó uno por uno todos sus argumentos. Empleándose con brillante y

enérgica demagogia, el joven diputado por Burdeos empezó por poner en evidencia su primera cortina de humo.

—¿Por qué ha desviado vuestra atención hacia Orleáns? ¿Es porque es preciso hablar de todos los cómplices a la vez? ¿Es porque los dos mortales más viles deben ser acusados juntos?

Luego arremetió contra la última maniobra dilatoria del tribuno de Arcis y desembocó en una ardorosa requisitoria contra l'Ami du Peuple:

—Danton pide un informe. Pero un informe es inútil cuando la evidencia ya ha sido constatada. ¡Ah! Renunciad a hacer leyes si vosotros mismos toleráis que no se apliquen. ¿No habéis aprobado leyes contra quienes provoquen el pillaje? Y bien, Marat lo ha hecho. ¿No habéis aprobado leyes contra los que inciten al asesinato? Pues bien, Marat lo ha hecho sin cesar.

—Sí, contra los monárquicos —precisó l'Ami du Peuple.

—¿No habéis aprobado la pena de muerte contra cualquiera que pidiera el restablecimiento de un poder arbitrario? Pues bien, Marat ha pedido formalmente la dictadura. ¿No habéis aprobado la pena de muerte contra quienquiera que pidiera la disolución de la Convención? Pues bien, Marat la pide cada día. Es Francia entera la que acusa a Marat; nosotros sólo somos sus jueces. Ciudadanos, he cumplido con mi deber. Quiero conservar mi propiedad más valiosa: la estima de mí mismo. Pido pues el decreto de acusación contra Marat.

Los gritos de «¡Se apoya! ¡Se apoya!» y una enorme ovación indicaron cuál era el sentimiento de la mayoría de la cámara. L'Ami du Peuple intentó contrarrestarlo, desvinculándose de la autoría del texto leído por Guadet:

—El escrito que os ha sido denunciado está firmado por mí. Fui durante siete u ocho minutos presidente de la Sociedad de los Jacobinos. Me presentaron un escrito que no había leído, con la firma de los secretarios y sin saber lo que contenía. Este escrito no es obra mía. Lo único que he hecho es poner mi firma para acreditar, según la costumbre, que el texto había emanado de la sociedad.

Del centro y la derecha de la cámara brotaron risas irónicas de incredulidad. Según *Le Patriote Français*, «este subterfugio aumentó la indignación de la Asamblea».<sup>[122]</sup> El propio Marat se encargó de alimentarla al añadir, a modo de nueva pirueta, que el que no fuera el autor no significaba que no estuviera de acuerdo con lo que decía.

—En cuanto a los principios que contiene, si son los que le he escuchado anunciar a Guadet, reconozco que son mis opiniones.

Era lo que faltaba para que el vaso se desbordara. Marat siguió con su cháchara habitual contra los «hombres de Estado», vinculándolos a Dumouriez, Orleáns y los Capeto, pero la Convención acordó someter a votación nominal el decreto de acusación contra él. Delacroix reavivó entonces el argumento de su amigo Danton en el sentido de que hacía falta un informe previo y logró ganar unas horas, obteniendo que la votación quedara aplazada hasta que el Comité de Legislación se pronunciara



antes del mediodía siguiente. A cambio también propuso el inmediato arresto de Marat. Viendo que su suerte estaba echada, l'Ami du Peuple advirtió que eso ocasionaría «grandes movimientos» en París y dio, entre fuertes abucheos, una última muestra de su afán de protagonismo:

—Para evitar desgracias, pido ser conducido a los Jacobinos, bajo la custodia de dos gendarmes, para predicar la paz.

La Convención no se dejó impresionar y aprobó la moción contra él. Se formó entonces un fuerte tumulto en el que de los insultos se pasó a los empujones. Varios *montagnards* acusaron a Gorsas de haber dado un puñetazo a uno de los suyos.

—Yo respondería a la fuerza con la fuerza —amenazó el grandullón Delacroix desde la tribuna.

El presidente Delmas tuvo que cubrirse. Restablecida la calma, se suscitó el debate de si Marat debía ser sometido a arresto domiciliario —como proponía Delacroix— o enviado directamente a la cárcel. Tras una primera votación muy confusa, pues en medio de la bronca generalizada no se sabía muy bien quién se levantaba para apoyar una postura, quién lo hacía en señal de protesta y quién con el propósito de agredir de palabra u obra al adversario, la mayoría se decantó claramente al segundo intento y Delmas dio por zanjado el asunto.

—No hay ninguna duda, la voluntad de la Convención es muy clara. Marat será conducido en estado de arresto en la Abadía.

Todavía hubo una última escaramuza al esgrimir el *montagnard* Lévasseur una carta del doctor Salle, diputado moderado y empecinado perseguidor de Marat, en la que según él había vilipendiado a la Convención «haciendo creer que la mayoría está compuesta por hombres vendidos a Orleáns». Invocando implícitamente la ley de las compensaciones, Lévasseur pidió que también Salle fuera enviado a la Abadía, pero su propuesta cayó en saco roto.

Mientras se levantaba la sesión, el oficial al frente del retén de la Guardia Nacional asignado a la Asamblea recibía una orden por escrito con la indicación de detener a Marat. Pero l'Ami du Peuple no salió solo del recinto del Manège. Le rodeaban al menos medio centenar de personas entre diputados de la Montaña y espontáneos de las tribunas que formaban un tupido escudo protector. Un centinela avisó a su superior y el oficial pidió en vano que se le entregara al reo. Mientras ponderaba sus limitadas posibilidades de emplear la fuerza, alguien le hizo ver que su orden no era plenamente válida porque ni estaba firmada por el presidente de la Convención —sólo por los secretarios— ni había sido visada por el ministro de Justicia. Fue suficiente para que se aquietara y les dejara salir. En un santiamén l'Ami du Peuple quedó engullido por las tinieblas de la ciudad a la que pertenecía.

## DIECISÉIS

La crisis se había seguido desde el Club de los Jacobinos poco menos que al minuto. Apenas iniciada la sesión alguien que servía de enlace con el Manège había acudido alarmado a pedir que todos los «diputados patriotas» acudieran a la Convención porque estaba a punto de votarse el decreto de acusación contra Marat: «No hay un momento que perder». Dubuisson ocupaba la presidencia muy pendiente de los acontecimientos, pues no en vano él era el segundo firmante del manifiesto del 5 de abril.

El foco de atención quedó puesto de momento en el nuevo Comité de Salud Pública al denunciar Hassenfratz, hombre de confianza de Pache primero en el Ministerio de la Guerra y ahora en el Ayuntamiento, que Barère pretendía «entablar conversaciones de paz con los tiranos extranjeros».<sup>[123]</sup> Sin embargo, esa discusión quedó interrumpida cuando un diputado no identificado —tal vez Bentabole, tal vez Albitte— informó con gran apasionamiento de los «movimientos escandalosos que han estallado en la Convención». Su relato se centró especialmente en la bronca entre los diputados, el puñetazo de Gorsas, la respuesta de Delacroix... Enseguida el acaudalado diputado *montagnard* de Versailles, Lecointre, llegó con nuevos datos y suscitó la expectativa de que tal vez vieran entrar de un momento a otro a Marat para cumplir su deseo de «predicar la paz».

El que hizo acto de presencia fue, sin embargo, Robespierre. En un clima de enorme agitación, los congregados en la antigua iglesia de la calle Saint-Honoré escucharon con avidez su interpretación de los hechos.

—He dejado la Asamblea harto de lo que he visto allí. No hay necesidad de aclararos cuáles son las tramas urdidas contra nosotros que me han hecho abandonar la Convención y dirigirme aquí. Se trata del desarrollo del complot que os anuncié en la última sesión.<sup>[124]</sup>

Con su extraordinaria capacidad para encajar los acontecimientos en marcha en los diseños previos de su imaginación, Robespierre presentó lo ocurrido como la secuela de su denuncia de la antevíspera, a raíz de la cual él ya había advertido que los líderes de la «facción» no tenían escapatoria.

—No les quedaba para salvarse más que un golpe a la desesperada. Lo han intentado con una intrepidez escandalosa. Guadet ha exhalado todo el veneno de su alma impura. Se ha pedido el decreto de acusación contra los patriotas más fogosos.

¿Por qué utilizaba el plural cuando la Convención no había procedido ni siquiera contra todos los firmantes de la proclama sino exclusivamente contra Marat? Era obvio que Robespierre trataba de mantener en tensión a sus «soldados», transmitiéndoles una sensación de peligro compartido. Su intervención de esa noche era la de un comandante en jefe describiendo el teatro de operaciones y rindiendo tributo a las hazañas de los responsables de las unidades desplegadas sobre el terreno.

—Danton ha hablado con tanta superioridad por sus razones y por su elocuencia, que ha elevado el espíritu de todos los que le han escuchado. Marat ha hablado con fuerza, con precisión, pero al mismo tiempo con moderación. Ha pintado los crímenes de nuestros enemigos con colores capaces de hacer enrojecer a todo hombre con algún sentido del pudor.

Sin embargo, frente a esa conducta ejemplar de sus paladines, la Montaña se había encontrado con «una resistencia invencible a todos los esfuerzos de la razón». Antes de que a nadie se le ocurriera preguntarle por qué no había intervenido él mismo en el debate, Robespierre explicó que su misión consistía ahora en «desvelar el verdadero objetivo que persiguen nuestros enemigos». Y ese «verdadero objetivo» no era otro sino «estimular en París un movimiento parcial que les suministre el pretexto de aniquilar la libertad». Según él, la orden de arresto contra Marat no era sino una provocación para generar disturbios en la capital y movilizar a los departamentos contra París. Es decir, el mismo tipo de maniobra «aristocrática» o «moderada» que ya había detectado tras los actos de pillaje de febrero y el intento de sublevación de marzo. De ahí su consigna al Club de los Jacobinos.

—No tengo necesidad de deciros nada más para demostraros que debéis asustar a vuestros enemigos, manteniendo una actitud de imponente calma, que debéis vigilar en vuestro entorno para que los emisarios a sueldo no puedan reproducir los desórdenes que han instigado con anterioridad y que intentarán repetir para calumniaros.

Robespierre concluyó proponiendo que «todos los miembros de la sociedad y todos los ciudadanos de las tribunas» explicaran esa misma versión de los hechos en las secciones de París y que los Jacobinos distribuyeran un mensaje «predicando la calma». Se trataba, pues, de que nadie moviera un dedo por Marat... al menos hasta que él lo considerara oportuno. Que l'Ami du Peuple fuera a ser conducido ante el Tribunal Revolucionario bajo acusaciones castigadas con la pena de muerte no era, desde su visión estratégica, sino un episodio más que tan sólo requería adecuadas respuestas tácticas.

Un miembro del club resumió perfectamente esa doctrina del no hay mal que por bien no venga:

—El acto arbitrario de nuestros enemigos me ha indignado, pero creo que su decreto será ventajoso para vosotros porque si Marat es conducido ante el Tribunal Revolucionario, dirá allí grandes verdades.<sup>[125]</sup>

## DIECISIETE

Robespierre quería tener todo bajo control y a todos bajo vigilancia. Él también sospechaba que el recién creado Comité de Salud Pública intentaba negociar con los austriacos. Y aunque Hassenfratz hubiera acusado al astuto pero débil y acomodaticio Barère en el Club de los jacobinos, él necesariamente tenía que ser consciente de que un proyecto así sólo podía ser viable si contaba detrás con la «audacia» impulsora de Danton. De ahí lo significativo del debate que a la mañana siguiente entablaron ambos en la Convención.

Apenas iniciada la sesión de ese sábado 13 de abril, Robespierre se opuso a que se leyera una carta del príncipe de Coburgo al general Dampierre, sustituto de Dumouriez al frente del Ejército del Norte y considerado próximo a Danton.

—Aunque las propuestas de transacción sean de entrada rechazadas con horror, hay espíritus que podrían acostumbrarse a fuerza de oírlas repetir. Es hora de sofocar esas ideas peligrosas porque en Francia no sólo hay aristócratas, sino cobardes egoístas dispuestos a sacrificar la causa del pueblo a su molicie.

¿Quiénes eran los «cobardes egoístas entregados a la molicie»? La Asamblea contuvo la respiración. Pero para ese mal Robespierre también tenía, claro está, su correspondiente remedio:

—Pido que para descartar este peligro decretéis la pena de muerte contra cualquiera que propusiera, de cualquier forma que fuera, negociar con el enemigo.

En una de las raras jornadas en las que, venciendo sus dificultades de expresión oral, mantuvo una presencia activa en la Asamblea, Camille Desmoulins añadió una propuesta complementaria:

—Pido que nuestros generales no puedan mantener correspondencia con el enemigo. Pido que no puedan abrir ningún paquete que proceda del enemigo si no es en presencia de dos comisarios. El ejemplo de Dumouriez debe servirnos de lección.

Entonces Danton se atrevió a interpretar y enmendar a Robespierre.

—Es preciso captar el verdadero objetivo de la moción que se acaba de hacer y no darle un sentido que no ha querido atribuirle su autor. Pido que sea redactada así: «Se decreta la pena de muerte contra cualquiera que propusiera a la República negociar con enemigos que previamente no reconocieran la soberanía del pueblo».

Se trataba en realidad de darle la vuelta al planteamiento de Robespierre, estableciendo una condición legitimadora del trato con el enemigo. La intención de Danton quedó nítidamente clara cuando propuso además revisar el compromiso de la Revolución de prestar ayuda a cualquier levantamiento contra una tiranía extranjera y por ende su propia doctrina de la expansión de Francia hasta sus «fronteras naturales».

—En un momento de entusiasmo habéis aprobado un decreto cuyo motivo era muy hermoso porque os obligaba a proteger a los pueblos que quisieran resistir a la opresión de sus tiranos. Parecía que este decreto os comprometía a socorrer a unos

cuantos patriotas que quisieran hacer una revolución en China. Ahora es preciso ocuparse ante todo de la conservación de nuestro cuerpo político y asentar la grandeza francesa.

En medio de una doble salva de aplausos Danton concluyó su hábil truco dialéctico:

—El enemigo va a estar obligado a reconocer que la nación quiere absolutamente la libertad. Ciudadanos, es el genio de la libertad el que ha impulsado el carro de la Revolución. Decretemos que no nos mezclaremos en lo que ocurra en casa de nuestros vecinos, pero decretemos también que la República vivirá y condenemos a muerte a quien proponga una transacción distinta que aquella que tenga por base los principios de nuestra libertad.

De nada sirvieron las objeciones de Ducos al invocar los compromisos adquiridos por la República. La Convención aprobó la propuesta de Danton, y Robespierre, sintiéndose en minoría, se limitó a pedir que lo acordado «no perjudique a los países amigos». En ese momento, según Albert Mathiez, Danton ya tenía varias vías abiertas —una de ellas a través de la madre de Proli—<sup>[126]</sup> para «la persecución tan infructuosa como tenaz de una paz inalcanzable».

Sin embargo, tanto este debate como el que vino después, al pedir Pétion en vano que se anulara el decreto que enviaba al Tribunal Revolucionario al general Miranda, no le sirvieron a la Convención sino para desentumecer los músculos ante la que sería una de las jornadas más agitadas de su turbulenta trayectoria. La temperatura política ascendió súbitamente cuando Thuriot, de nuevo en el sillón, anunció que acababa de recibir una carta del huido Marat y, para mayor escarnio, fue Boyer-Fonfrède, el implacable fiscal de la víspera, quien tuvo que leerla en su condición de secretario.

Desde el lugar en el que se escondía, remedando la época en la que era perseguido por el absolutismo, l'Ami du Peuple utilizaba la misiva para completar su alambicada tesis de que «la facción de los hombres de Estado [...], asustados al ver al traidor Dumouriez presentarles como sus protegidos y cómplices ante la faz del universo», estaba inventando «una conjura imaginaria destinada a llevar al trono a Louis-Philippe d'Orleáns», con el propósito de tapar «su propia conspiración» cuyo fin sería coronar al «hijo de Luis Capeto» y poner a su tío mayor —el futuro Luis XVIII— como regente.

¿Se creía el propio Marat una trama tan retorcida? En todo caso le servía para alegar que era su empeño en denunciarles lo que había llevado a «Brissot, Guadet, Buzot, Vergniaud, etc.», a intentar «desembarazarse» de él por el procedimiento de encerrarle en la Abadía. De ahí que hasta que esos diputados, o Lasource, a quien tildaba de «parásito de Sillery», o Salle, a quien acusaba de «vilipendiar a la Convención», o Gensonné, por cartearse con Dumouriez, «no hayan sido arrestados», él, l'Ami du Peuple, consideraría el decreto que le afectaba «como el fruto de una conjura liberticida». «No quiero sustraerme al examen de mis jueces —proseguía Marat—, pero tampoco me expondré a los furores de mis enemigos. No quiero ser

degollado por sus emisarios o envenenado en una prisión [...]. Antes de pertenecer a la Convención, pertenezco a la patria. Me debo al pueblo, del que soy su ojo. Voy pues a ponerme a cubierto de los atentados de los malvados a sueldo para poder continuar desenmascarando a los traidores y desbaratando sus complots hasta que la nación haya conocido sus tramas pérfidas y haya hecho justicia».

Tanto las tribunas como una parte de la Montaña aplaudieron la misiva, pero el portavoz del Comité de Legislación, el diputado de la Planicie, Pierre-Marie Delaunay —conocido como Delaunay *el Joven* para distinguirlo de su hermano mayor de adscripción *montagnard*—, procedió a presentar el informe contra Marat encargado la víspera, precisando que había sido adoptado por unanimidad. Su primer error fue caer en el formalismo de volver a leer la circular del 5 de abril. Apenas acabó de hacerlo cuando un jacobino tan poco radical como Dubois-Crancé hizo oír su voz:

—Si este mensaje es motivo de culpa, decretad la acusación contra mí porque yo lo apruebo.

El efecto contagio fue inmediato y fulminante, lo que hace dudar de su espontaneidad. *Le Patriote Français* alegraría que «esta comedia» había sido acordada la víspera por un «directorio secreto» de los Jacobinos.<sup>[127]</sup>

—¡Todos nosotros lo aprobamos! —clamaron numerosos *montagnards*—. ¡Estamos dispuestos a firmarlo!

Fue el gregario y teatral David el que pidió pasar de las palabras a los hechos.

—Pido que este mensaje sea depositado sobre la mesa de los secretarios y que todos los patriotas vayan a firmarlo.

Dicho y hecho. Decenas y decenas de *montagnards* acudieron en aluvión desde sus bancos y fueron poniendo sus nombres bajo la proclama incendiaria. Desmoulins fue uno de los primeros y más resueltos. Le secundaron el autodenominado «Orador del Género Humano», Anacharsis Cloots, Panis, Albitte, Bentabole, Fabre d'Églantine, Thirion, Romme, Rühl... hasta noventa y siete nombres.

Robespierre se levantó, dio unos pasos en la dirección de sus compañeros, se lo pensó dos veces... y se dio la vuelta. Sus escrúpulos legalistas le impedían firmar. Tampoco lo hicieron Danton ni los demás miembros del Comité de Salud Pública. Delacroix explicó por qué, tan pronto como Vergniaud comenzó a pedir que se distribuyeran el texto y las firmas a toda Francia «para que se conozca en los departamentos quiénes son los que proclaman la guerra civil».

—Todos los que han puesto sus firmas han emitido una opinión individual —alegó el amigo de Danton—. Pero la Convención no puede ni debe aprobar tales principios, pues estaría declarando que no tenemos la confianza de nuestros representados. Y si la habéis perdido es preciso convocar a las asambleas primarias.

Para Delacroix lo ocurrido suponía hacerles el juego a los dirigentes moderados que llevaban semanas pidiendo lo que en la práctica supondría el final del mandato de la Convención y la convocatoria de unas nuevas elecciones. Así lo corroboró el

propio Gensonné, haciendo gala de una lógica contundente:

—No es posible disimularlo. Después de la escisión que acaba de estallar en esta Asamblea los hombres de buena fe deben convenir en que todos los lazos de la confianza mutua se han roto. El mensaje que acaban de firmar algunos diputados incluye un llamamiento al pueblo contra sus representantes. Pues bien, este es el llamamiento que siempre he pedido y que vuelvo a solicitar. Pido pues la convocatoria de las asambleas primarias.

Alarmado ante el cariz que tomaba la sesión, Robespierre trató de intervenir:

—Reconozco que no puedo contener mi indignación al escuchar blasfemias contra la libertad.

—No sé, ciudadanos, si mi propuesta es una blasfemia... —le replicó al vuelo Gensonné.

—¡No hablo de ti! —protestó Robespierre sin lograr obtener la palabra.

Gensonné concretó entonces su idea de convocar al cuerpo electoral para que otorgara «una prolongación de su mandato en la Convención a aquellos diputados que considere dignos de su confianza». Cuando ya arreciaban los gritos de «¡Se apoya, se apoya!», el prudente Cambon advirtió que ante el sesgo de los acontecimientos algunos diputados estaban retirando sus firmas del documento jacobino. En medio de un creciente cruce de improperios, Desmoulins quiso dejar claro que él no era de los que se echaban atrás. Y lo hizo revelando a la Convención algo que se suponía que no debía saber o al menos poder contar:

—Me honro en haber puesto mi firma en ese mensaje y no la retiraré. ¡Escuchad! Estos *messieurs* saben bien que las cuarenta y ocho secciones de París, los cuerpos constituidos, los departamentos, van a venir mañana a pedirnos, no en abstracto, sino sobre datos muy concretos, la expulsión de veintidós monárquicos, cómplices de Dumouriez.

Insensible a los fuertes murmullos y muestras de indignación ante la trascendencia de lo que acababa de anunciar, Camille empeoró aún más las cosas:

—Por eso estos *messieurs* que se ven en el mayor peligro y creen estar a punto de quedar sumergidos, prenden fuego a la santabárbara y quieren hacer explotar el barco. Estos *messieurs* dicen: «Puesto que nosotros debemos perecer en dos o tres días...».

Las palabras de Desmoulins y en concreto el verbo «perecer» provocaron, por decirlo en sus propios términos, no ya un fuerte oleaje, sino un auténtico maremoto entre los diputados del centro y la derecha.

—¿Cómo? ¡Quieren asesinaros!

—¡El decreto de acusación contra Desmoulins!

Pero para una vez que rompía a hablar, Camille no iba a arredrarse:

—Desgraciados, interpretáis malignamente mi pensamiento. Cuando he dicho que se quería prender fuego a la santabárbara hablaba en metáfora. Lamento que se convierta una metáfora en un crimen y que no se perciba que al haber comparado a la



Convención con un navío tenía que utilizar el término «perecer».

La total falta de lógica de su explicación provocó risas y chanzas que aplacaron los enfados. Restablecida momentáneamente la calma en el océano, Buzot se centró con alarma en el fondo de lo que acababa de anunciar Desmoulins:

—Si las secciones de París tienen derecho a convocarse a sí mismas para venir a pedir la expulsión de algunos miembros de la Convención, los departamentos pueden seguir su ejemplo para salvarse por sí mismos. Es en las asambleas primarias donde convoco a mis denunciantes. Es allí donde se nos juzgará, es allí donde veremos quiénes son los más gratos al pueblo.

Buzot, poco activo en los debates de las últimas semanas, no quiso dejar de añadir su indignación por lo que estaba ocurriendo con Marat:

—Es muy extraño que sólo este hombre tenga derecho a estar por encima de la ley. Cuando prohibís a los periodistas sentarse entre vosotros, él lo hace. Cuando le ordenáis ingresar en la Abadía, él os responde que no lo hará. ¿Qué especie de homúnculo es este que se atreve a decirnos que no obedecerá a la ley? ¿Y quiénes son estos seres viles dispuestos a asociar su nombre al suyo? La Convención debe reprimir de una vez a este hombre que ha degradado la moral pública, cuya alma es toda calumnia y cuya vida es un tejido de crímenes. Los departamentos bendecirán el día en que habréis librado a la especie humana de un hombre que la deshonra. De momento debe ser conducido a la Abadía.

—¡No, no! ¡No irá! —le contestaron entre la furia y la sorna desde la Montaña.

Tras nuevos forcejeos se aplazaron las mociones sobre la convocatoria de las asambleas primarias y Delaunay *el Joven* pudo continuar con la parte expositiva de su informe. Su segundo gran error fue plantear una especie de causa general contra Marat en lugar de ceñirse al manifiesto de los Jacobinos. De hecho comenzó aplicando de forma retroactiva el decreto del 1 de abril, que permitía levantar la inviolabilidad de los diputados, al tan zarandeado artículo de Marat contra los acaparadores.

—Marat ha predicado el pillaje el 25 de febrero y el pillaje ha tenido lugar el 25 de febrero. Vuestro comité piensa que Marat debe ser acusado por este primer cargo.

El ponente se centró luego en los escritos de Marat encaminados a «vilipendiar a la Convención y forzar su disolución», metiendo en el mismo saco el texto del periódico del 20 de marzo que empezaba diciendo: «Se sabe que Dumouriez es una criatura de la facción brissotina...», y el propio manifiesto del 5 de abril.

—Habéis decretado, ciudadanos, la pena de muerte contra todo aquel que incitara a la disolución de vuestra Asamblea. ¿Quién lo ha hecho sino Marat?

Dando un extraño salto atrás en el tiempo Delaunay *el Joven* vinculó luego a Marat con las masacres de septiembre y evocó la época en que pedía «doscientas cincuenta mil cabezas» y reclamaba «un dictador». Tampoco faltó una alusión a su desobediencia durante las semanas que duró la incompatibilidad entre ser periodista y ser diputado. Al final, mezclando todo eso en una coctelera, propuso someter a

votación el siguiente decreto: «La Convención Nacional, después de haber escuchado el informe de su Comité de Legislación sobre los delitos imputados a Marat, decreta su acusación por haber provocado: 1. El pillaje. 2. El asesinato. 3. La disolución de la Convención. Y ordena que sea conducido ante el Tribunal Criminal Extraordinario».

Se trataba de decir «sí» o «no» por el procedimiento de la votación nominal que hermanaba de esta manera en relevancia a Marat con Luis XVI. Aunque al igual que ocurriera durante el proceso contra el rey los diputados podrían motivar su voto, la Montaña intentó seguir ganando tiempo con el argumento de que lo procedente era debatir primero el heterogéneo informe del comité e incluso darle a Marat la oportunidad de defenderse. Robespierre esgrimió esta tesis cosechando grandes aplausos de las tribunas y fuertes abucheos de la mayoría de los diputados. Tampoco perdió la ocasión para hacerse protagonista del martirio ajeno, mientras se distanciaba públicamente del propio mártir.

—Como no es sólo contra Marat contra quien se quiere dirigir el decreto de acusación; como es contra vosotros, verdaderos republicanos; como es contra mí mismo, tal vez, a pesar de que siempre me he esmerado estrictamente en no ofender a nadie, pido que al informe se adjunte un acta que constate que se ha rechazado escuchar a un acusado que no ha sido nunca mi amigo, cuyos errores, travestidos aquí en crímenes, nunca he compartido, pero al que considero un buen ciudadano.

Delmas había ocupado el sillón presidencial desde hacía ya unas cuantas horas y pidió volver a ser relevado por el vicepresidente Thuriot o, en su defecto, por Delacroix, que era el expresidente más antiguo que estaba en la sala. Los dos amigos de Danton se negaron categóricamente.

—Declaro que no quiero presidir durante la ejecución de un acto tan contrario a mis principios —precisó Delacroix.

Fue uno de los secretarios, Garran-Coulon, quien hubo de ocupar la presidencia en medio de una atmósfera difícilmente descriptible. Dufriche-Valazé trató de hacerlo en una carta que escribió al día siguiente a los electores de su departamento: «La Montaña aulló cuando el secretario se presentó en la tribuna. Provocó uno tras otro entre diez y veinte incidentes. Una mayoría imponente dio respuesta a todo. Entonces vino el último recurso de los agitadores. El furor llegó a las tribunas. Aullaron a su vez, amenazaron, trepidaron, abuchearon. Buzot obtuvo la palabra, pero le fue imposible usarla. Cada vez que intentó comenzar se escucharon los aullidos. Esta escena horrible y escandalosa duró más de media hora».<sup>[128]</sup>

Eran las diez de la noche. Un sorteo decretó que la votación comenzara por el Departamento de Meuse. Los cinco de sus siete diputados que estaban presentes votaron «sí». De las tribunas brotaban cientos de bocas de fuego contra ellos. Casi lo mismo ocurrió con el Departamento de Morbihan: cinco «sí», tres ausentes. Y con el de Mont-Blanc: tres «sí», tres ausentes. Tuvo que votar el Departamento de la Moselle para que el *montagnard* Thirion emitiera el primer «no», rubricado con una enorme ovación de las tribunas. En el hemiciclo la correlación de fuerzas era

abrumadora contra Marat.

Las primeras intervenciones con enjundia fueron las de la diputación de París. El propio Robespierre abrió la serie con un inicio declamatorio, una larga perorata expositiva y un final fulminante:

—Como la República no puede estar fundada más que en la virtud y como la virtud no puede admitir el olvido de los principios básicos de la equidad; como el mensaje de los Jacobinos, que ha sido el pretexto de este asunto escandaloso, a pesar de la energía de las expresiones provocada por el peligro extremo de la patria, no contiene más que hechos notorios y principios asumidos por los amigos de la República; como la frase de Marat, que dice que la libertad no quedará establecida hasta que los traidores y los conspiradores sean exterminados, no ha matado nunca a ningún traidor ni a ningún conspirador, yo rechazo con desprecio el decreto de acusación propuesto.

Ausente Danton, fue Camille Desmoulins el siguiente en adornarse, trazando un retrato al claroscuro de l'Ami du Peuple:

—Como no juzgo a un escritor por el delirio de un día, sino por una vida entera pasada en el subterráneo, combatiendo a los tiranos; como profeso los mismos principios sobre la libertad de prensa que los hombres que piden hoy el decreto de acusación contra Marat cuando sostenían que la libertad de prensa más ilimitada era el *palladium* de la libertad; como Rousseau dijo en algún sitio que el señor teniente de la policía habría hecho colgar al buen Dios por el Sermón de la Montaña, no quiero deshonrarme votando el decreto de acusación contra un escritor, demasiado a menudo profeta, a quien la posteridad levantará estatuas.

Fabre d'Églantine y Osselin se abstuvieron en protesta por la falta de debate sobre el informe del comité. Bonbon Robespierre votó «no», presentando a Marat como víctima «de una serie de maquinaciones liberticidas»; y David —siempre estereotípico— lo hizo porque «si Dumouriez y Coburgo hubieran podido votar, habrían dicho “sí”».

Cuando llegó el turno de los Altos Pirineos resultó que Barère también estaba ausente y que el valeroso jurista Féraud <sup>[129]</sup> pronunció uno de los «sí» más vehementes:

—Pensando sobre todo en que las repúblicas no se sostienen más que por la fuerza de la virtud y que la roca Tarpeya debe estar siempre al lado del Capitolio, voto por el decreto de acusación con el mismo valor con que he votado por la muerte del tirano.

Birotteau —padre del decreto que permitía juzgar a un diputado por motivos políticos— votó «sí». Bentabole votó «no». El doctor Lanthenas hizo una digna pirueta para separarse de sus antiguos amigos del círculo de *madame* Roland:

—Creo que Marat debería ser conducido ante un Tribunal de Censura Pública, que deberíamos haber establecido hace tiempo, para ser censurado por faltas muy graves que han comprometido el interés público y que, en mi opinión, son, sin

embargo, distintas del delito de traición. Pienso además que habría que buscar médicos que examinaran si Marat, como muchos de nosotros que yo nombraría si hubiera lugar, no está atacado, como yo sospecho, de la locura y el frenesí. Pero sobre el decreto de acusación creo que no ha lugar, voto en contra, digo no.

Gorsas, lógicamente resentido por la impunidad del asalto a su periódico, votó «sí». Albitte votó «no». Cuando llegó el turno del Departamento del Tarn el pastor Lasource sorprendió a la Convención introduciendo en el debate un argumento inesperado:

—Siento por Marat el desprecio y el odio que un sincero republicano siente por el enemigo de su país. Si no tuviera en cuenta más que los principios del orden social y las leyes de mi conciencia, votaría de inmediato el decreto de acusación. Declaro que lo merece. Pero yo tengo un tipo de grandeza que mis calumniadores no conocen y que sólo los hombres de bien aprecian. Marat me ha calumniado a menudo. Él me ha señalado personalmente en la carta que ha escrito hoy a la Convención. Es suficiente, yo no voto.

Condorcet, por supuesto, también estaba ausente: un intelectual no podía mezclarse en ese ajuste de cuentas. Como era previsible, Dubois-Crancé votó «no» pero, dirigiéndose a los moderados con inusual lucidez, concluyó con un reproche y un pronóstico que debieron de producir escalofríos a más de uno:

—Sois muy poco políticos. Marat permanecía ignorado, solo con sus chifladuras. Habéis incurrido en la debilidad de querer vengaros de él. Pues bien, he aquí lo que sucederá: la denuncia es absurda, el fondo del proceso no tiene ninguna de las características que le ha querido dar el ponente. Se sentirá la injusticia. Marat será absuelto, declarado inocente y el pueblo os lo devolverá en triunfo a este recinto.

Además de ser «muy poco políticos», los dirigentes del bando moderado habían actuado con su habitual descoordinación. Más que el propio hecho de que Isnard votara «no» de forma un tanto confusa,<sup>[130]</sup> llama la atención la dura insinuación que el comerciante de perfumes lanzó contra algunos de sus supuestos amigos y aliados:

—Confieso con franqueza que estaba dispuesto a apoyar la acusación contra Marat porque mi alma y mi conciencia declaran que la merece. Pero el encarnizamiento que se ha puesto en sacar adelante este decreto sin discusión previa y el temor de estar siendo víctima de una intriga me llevan a no votar en este momento el decreto de acusación.

Rabaut Saint-Étienne y Barbaroux votaron «sí». Robert Lindet, promotor del tribunal que consagraba la más expeditiva de las justicias, tocó paradójicamente la tecla garantista:

—Me sentiría culpable de atentar contra la libertad pública y la representación nacional si votara un decreto de acusación contra un representante del pueblo que ha servido a la patria, ha combatido el despotismo y ha desenmascarado a los traidores. Habéis rehusado escuchar a vuestro colega, ni siquiera os habéis asegurado de que sea el autor de los ejemplares que se os han leído.

Brissot también estaba ausente. Pétion se abstuvo. Aunque no explicó sus motivos hay que dar por hecho que coincidían con los de los tres diputados por Finistère —Marcé, Kervelegan y Gomaine— que intervinieron después.

—Marat me ha hecho el honor de calumniarme dos veces en sus hojas. Eso me impide votar.

—Tengo los mismos motivos que ha dado mi colega.

—Como he sido tildado muchas veces de aristócrata por Marat, me abstengo de votar.

Esa misma fue también la actitud de los tres principales diputados por la Gironda, con la salvedad de que así como Guadet y Gensonné se abstuvieron sin añadir palabra, Vergniaud fue otro de los grandes nombres que ni siquiera asistió a la votación. Era una forma de distanciarse de una iniciativa que en el mejor de los casos suponía establecer un peligroso precedente y en el peor podía volverse dramáticamente contra sus promotores. Ducos tampoco acudió, pero su otro compañero de vivienda, Boyer-Fonfrède, dio el paso adelante, consecuente con sus acusaciones de hacía un rato:

—Mis conciudadanos me han alabado por votar la muerte del tirano. Me alabarán por haber pedido la exclusión de Orleáns. Esperan con impaciencia el decreto de acusación contra Marat. Yo digo sí.

Cambon tampoco estuvo presente. Como de costumbre Cambacérès logró que no se entendiera el sentido de su voto, encaminado a proseguir el debate. Y también como de costumbre a Lanjuinais se le entendió todo.

—Hay verdades que son indescriptibles. De esta clase son muchos de los crímenes de Marat. Ha incitado directamente, expresamente, públicamente, de viva voz y por escrito, al restablecimiento de la tiranía. Ha provocado indirectamente, aconsejándolos, la anarquía, el pillaje y el asesinato. Después de todos estos hechos me consideraría un cobarde y un traidor a la patria si no dijera que ha lugar a la acusación.

La votación duró toda la noche, se extendió a lo largo de la madrugada y no concluyó hasta cerca de las siete de la mañana, cuando se pronunciaron los diputados del Departamento de la Meurthe con dos intervenciones de altura a cargo del doctor Salle y del *montagnard* razonable Mallarmé, mano derecha de Cambon en el Comité de Finanzas.

—Marat me ha hecho el honor de nombrarme personalmente en sus hojas —dijo Salle—. Me ha proscrito. Esta misma mañana me ha denunciado en su carta a la Asamblea. A mis ojos no se ha vuelto más inocente desde que el 26 de febrero pedí el decreto de acusación contra él por haber provocado los pillajes de la víspera, pero debo a mi delicadeza el no dejar la menor duda sobre mis intenciones. Ruego a la Asamblea que me permita no votar.

—La Convención Nacional está agitada por las pasiones, por los odios particulares —alegó Mallarmé—. Desde hace cuatro días el conflicto ha llegado a su

colmo. El miércoles pasado se ha visto a muchos miembros del lado derecho lanzarse con furor contra Danton cuando se dirigía a la tribuna. Uno de ellos se atrevió a sacar el sable y amenazar a los diputados, y a pesar de las justas reclamaciones sobre este atentado, se pasó al orden del día. Ayer se ha acusado a nuestro colega sin ninguna verificación, sin ningún examen. Todos estos hechos me producen las mayores sospechas y me llevan a declarar que no ha lugar a pronunciar el decreto de acusación contra Marat en este momento.

El resultado se anunció de inmediato: habían votado 360 diputados —menos de la mitad de la cámara—, de los cuales 220 se habían inclinado por el «sí», 92 por el «no» y el resto por diversas variantes de la abstención. A Marat le habían respaldado reflexivamente con su voto cinco diputados menos de los que lo habían hecho atropelladamente con su firma. Según las equívocas reglas de la Convención bastaba que hubieran votado más de 200 diputados para que el resultado fuera válido y la mayoría era más holgada de lo que los propios promotores de la moción habían supuesto. Eso había facilitado las abstenciones éticas, aunque no faltaría quien viera en ellas un acto de cobardía<sup>[131]</sup> e incluso una nueva muestra de la «ineptitud política» de los moderados.<sup>[132]</sup>

En todo caso la mayoría silenciosa de la Asamblea se había pronunciado de forma inequívoca, y prueba de ello es que 150 de los 220 que votaron «sí» no habían añadido ni una sola palabra a ese monosílabo, dándose la paradoja de que había habido más intervenciones en contra de la acusación que a favor.<sup>[133]</sup> Ni siquiera el regreso a París del casi un centenar de *montagnards* destinados a los departamentos o los ejércitos habría invertido el resultado. Había quedado claro que la hostilidad, o más bien el resentimiento, la irritación y en definitiva el odio hacia Marat, era un principio compartido por todos los que no formaban el bloque monolítico de la Montaña.

A l'Ami du Peuple no le quedaba más alternativa que entregarse o volver a la clandestinidad. Sobre las cuatro de esa misma madrugada, mientras la Convención seguía votando, un inspector de policía, un comisario de su Sección del Théâtre-Français y un funcionario judicial se habían presentado en su casa del número 30 de la calle Des Cordeliers con una orden de detención firmada por el ministro de Justicia, Gohier. Simonne Évrard les había dicho que no sabía dónde estaba y ellos habían contestado que volverían.

Marat, bien escondido por amigos fieles, decidió no precipitarse e ir jugando sus bazas con frialdad, pues era consciente de que una vez que estuviera entre las fauces del tribunal que con tanto entusiasmo había contribuido a crear, sólo podría salir victorioso o en carreta. Porque si, como acababa de ocurrir al inicio de la sesión con las palabras de Desmoulins, los líderes de la Revolución habían podido explotar durante casi cuatro años el equívoco consistente en confundir las metáforas con los crímenes, sustituyendo la violencia física por su mera verbalización —mientras era el pueblo quien se tomaba la justicia por su mano— la ejecución del rey había marcado

el punto de inflexión a partir del cual los crímenes eran transformados en metáforas al servicio del poder. En eso consistía, de hecho, la tarea del tribunal instalado en la Sala de la Libertad, sobre las mazmorras de la Conciergerie.



## DIECIOCHO

«Es verdad que hemos vencido, pero ¿de qué sirve una victoria obtenida a costa de las mayores humillaciones? ¿No pronostica grandes derrotas?», se preguntaba Valazé en la carta que escribió a sus electores del Departamento del Orne ese domingo 14 de abril.<sup>[134]</sup> Sus enemigos compartían desde luego la sensación de que la de los moderados había sido una victoria pírrica. Según *Le Journal Français*, cuando al cabo de veintiuna horas de sesión ininterrumpida los miembros de la Convención evacuaron la Sala del Manège bien pasadas las siete de la mañana, «la Montaña y las tribunas se dieron sus adioses, lanzando los sombreros al aire en señal de regocijo; una y otra parte juraron no abandonar al pobre Marat».<sup>[135]</sup>

Fue un domingo de resaca, sólo interrumpido en las calles de París por la Fiesta de la Hospitalidad dedicada a los refugiados de Lieja, que desfilaron al mediodía con sus banderas y sus archivos, arropados por un solemne y abigarrado cortejo que partió de la plaza de la Bastilla, con las autoridades recubiertas de sus echarpes, unidades militares como los Húsares de la Libertad y, cómo no, el busto de Bruto entre sus iconos procesionales.

La Convención celebró una corta sesión dedicada a los asuntos de trámite y, pese a tratarse del día de la semana de más asistencia y ebullición, el acta del Club de los Jacobinos de esa noche no refleja otras huellas de la crisis política abierta sino la lectura e impresión de las palabras de Dubois-Crancé al justificar su voto contra la acusación a Marat —presagiando su triunfal regreso al recinto parlamentario— y la queja de Lévasseur de que Gorsas le había dado un bastonazo cuando propuso que también se enviara al doctor Salle a la Abadía.

Todo indica, sin embargo, que esa tarde y noche debió de funcionar la coordinación entre el club de la calle Saint-Honoré, la Comuna municipal y la Asamblea del Arzobispado para ultimar el gran contraataque indiscretamente desvelado por Desmoulins. No en vano la iniciativa de transformar la petición de la Halle-au-Blé en un texto más respetuoso con la legalidad y más consistente en sus planteamientos había partido de Robespierre; y no en vano los Jacobinos habían designado el miércoles anterior una delegación, encabezada por Dubuisson, para ocuparse de la «nueva redacción».

La sesión del lunes 15 comenzó con una extravagante propuesta del próspero comerciante *montagnard* Lecointre de Versailles para que «una docena de hombres de cada lado», los más polémicos y cuestionados, abandonaran voluntariamente sus escaños en pro de la concordia. Sin apenas hacerle caso se retomó el debate constitucional, pues ya habían transcurrido los dos meses de *impasse* decretados tras el abortado proyecto de Condorcet. La primera discusión se centró en si debía abordarse primero una nueva Declaración de Derechos del Hombre o lo pertinente era pasar directamente al articulado. Robespierre sostenía lo primero, alegando que

«la discusión de la Constitución que debe establecer la felicidad del pueblo es un acto religioso», que «es preciso proclamar los derechos eternos del hombre» y que «el legislador eterno nos contempla». Buzot le opuso el pragmatismo basado en que la Declaración de Derechos del Hombre de la Constituyente seguía siendo válida y en que se necesitaba cuanto antes una Constitución a modo de «tabla en el naufragio». Estaban en esas cuando Thuriot leyó una carta que acababa de dirigirle el alcalde de la capital: «Ciudadano presidente, los comisarios de las cuarenta y ocho secciones de París han redactado un mensaje que ha obtenido los sufragios de la mayoría de las secciones. Han acudido a la barra para pronunciarlo».

Tras un pulso sobre si debía interrumpirse o no el orden del día que desembocó en que la Convención respaldara las tesis de Robespierre sobre la prelación de una nueva Declaración de Derechos, Thuriot terminó dándole la palabra al propio Pache. El alcalde de París hizo dos importantes precisiones. La primera que el mensaje que se iba a leer no había surgido por generación espontánea, sino que había sido distribuido a las secciones ya redactado —en esa Asamblea del Arzobispado que en apariencia él mismo había repudiado— y que treinta y cinco de ellas se habían adherido a través de sus representantes. La segunda, que él estaba allí por acuerdo del Consejo General de la Comuna para «acompañar a los comisionados». O sea, que Papá Pache seguía jugando a dos barajas o al menos cubriéndose las espaldas.

A continuación cedió la palabra al portavoz de esas treinta y cinco secciones, un joven y exaltado aprendiz de periodista de la Sección de Unité de apenas veinte años llamado Alexandre Rousselin de Saint-Albin, tan próximo a Danton como para ser designado su albacea testamentario menos de un año después.<sup>[136]</sup> Todo sugiere que ya que Danton no había podido parar el movimiento de los jacobinos contra los diputados moderados, había decidido subirse a la ola, tanto para ser fiel a su retorno a la disciplina *montagnard*, como en el convencimiento de que para influir en lo que se avecinaba tenía que ser parte de ello. No obstante, si el portavoz era un acólito de Danton y su iniciativa acudía en auxilio de Marat, las palabras que fue leyendo parecían salir de la boca de Robespierre:

—Los reyes no aman la verdad, su reino pasará. El pueblo quiere la verdad siempre y por doquier, sus derechos no pasarán. Venimos a pedir venganza por los ultrajes sangrantes. Los parisinos no vienen a ejercer un acto excluyente de soberanía como se les acusa todos los días; vienen a emitir un deseo al que la mayoría de sus hermanos de los departamentos darán fuerza de ley. Reconocemos aquí solemnemente que la mayoría de la Convención es pura porque ha golpeado al tirano. No es pues la disolución espantosa de la Convención, no es la suspensión de la máquina política lo que demandamos.

Todas las objeciones planteadas por el Incorruptible en el Club de los Jacobinos habían sido atendidas. Ya no se proferían amenazas del estilo de «escuchadnos por última vez», ya no se acusaba indiscriminadamente de corrupción a la mayoría de la cámara, ya no se pretendía usurpar su soberanía. El nuevo texto tenía incluso la virtud

de utilizar hábilmente esos reproches de los moderados para volverlos contra ellos.

—Lejos de nosotros esa idea verdaderamente anárquica imaginada por los traidores que, para consolarse de la revocación que les expulsará de este recinto, quisieran al menos gozar de la confusión y del desconcierto de toda Francia.

A continuación el mensaje daba la apariencia de transformarse en un dictamen jurídico, equivalente al informe del Comité de Legislación contra Marat. Con la diferencia de que, tal y como se advertía, afectaba no a uno, sino a muchos acusados.

—Los delitos de estos hombres son conocidos por todo el mundo, pero vamos a especificarlos. En presencia de la nación vamos a fundamentar el acta de acusación que resonará en todos los departamentos.

Sin embargo, pese a tan rimbombante proclama, lo que seguía no era sino un refrito abreviado de cuanto había dicho Robespierre, para ser refutado metódicamente por Vergniaud, en la sesión del día 10. De nuevo la historia de que Brissot y sus amigos «fingían combatir la tiranía» mientras colaboraban con el tirano, de nuevo las insinuaciones sobre lo ocurrido tras la toma de las Tullerías, de nuevo los ataques a la «dictadura ministerial» de Roland, de nuevo la acusación de connivencia con Dumouriez, basada en dar por cierta su sintonía con «la parte sana de la Convención»... Pero si la narración de los hechos no ofrecía ni prueba ni novedad alguna, el final del mensaje sí que incluía la destilación de toda una doctrina sobre el tipo de democracia que se propugnaba:

—El pueblo ha perseguido a los traidores sobre el trono. ¿Por qué debería dejar que quedaran impunes en la Convención? El templo de la libertad sería así como esos asilos de Italia en los que los malvados encontraban la impunidad con tan sólo poner el pie. No, sin duda los derechos del pueblo son imprescriptibles. ¿Tendría derecho la República a renunciar al derecho a purificar su representación? No: la revocabilidad es su esencia, la salvaguardia del pueblo.

Los inspiradores e instigadores de este mensaje asumían pues las tesis de la democracia directa de Varlet, sin resolver ninguno de los problemas esenciales que planteaba. ¿Quiénes componían el pueblo? ¿Cómo se expresaba su voluntad? ¿Por qué cauces y mediante qué reglas se materializaba esa revocabilidad? Incapaz de responder a estos interrogantes, el manifiesto desembocaba en un puro ejercicio de exaltado voluntarismo.

—¡El decreto de esta revocabilidad, derecho eterno de todos los que eligen a sus mandatarios, se pronuncia ya en toda la República! ¡La opinión unánime se alza ya para declararos la voluntad de un pueblo ultrajado! ¡Escuchadla! Pedimos que este mensaje, que es la expresión formal de los sentimientos unánimes, reflexivos y constantes de las secciones que componen la Comuna de París, sea comunicado a todos los departamentos por correos extraordinarios, incluyendo la lista adjunta de la mayor parte de los mandatarios culpables del delito de felonía hacia el pueblo soberano, a fin de que, tan pronto como la mayoría de los departamentos haya manifestado su adhesión, se retiren de este recinto.

La proclama se quedaba ahí, en una coacción nada sutil ejercida unilateralmente por un pequeño grupo de personas capaces de atribuirse una y otra vez sin pestañear la representación nada menos que de la «unanimidad» de la República. La realidad era que los comisarios de las treinta y cinco secciones que avalaban el texto habían sido elegidos por un escasísimo número de afiliados y en la mayoría de los casos ni siquiera lo habían sometido a discusión en sus respectivas asambleas.

Es cierto que también se podían poner pegas a la representatividad de los propios miembros de la Convención por la baja participación registrada en las primeras elecciones de un país importante que merecían el nombre de «generales», celebradas en septiembre. Pero al margen de la trascendencia ulterior que tendría, dentro y fuera de Francia, el que se hubiera introducido el sufragio universal masculino, al menos esas elecciones se habían celebrado de acuerdo con un procedimiento legal y homogéneo. Ahora la gran contradicción de los jacobinos era que rechazaban la convocatoria de las asambleas primarias, es decir, del cuerpo electoral legitimado mediante el sufragio, y esperaban en cambio «la adhesión de la mayoría de los departamentos» para guardar al menos una apariencia de legalidad. ¿Cómo habría de expresarse esa adhesión? Todo indica que los promotores del manifiesto contaban con que las secciones de las grandes ciudades, las comunas medianas y pequeñas y sobre todo las sociedades populares —es decir, las propias sucursales jacobinas— suplantarían la expresión de la voluntad de la mayoría, mediante escritos de adhesión, con el mismo desparpajo y falta de rigor con que ellos mismos acababan de hacerlo.

Quedaba pues pendiente cuál sería el baremo para determinar cuándo se consideraba alcanzada esa «mayoría» y qué procedimiento se utilizaría para conseguir que los estigmatizados aceptaran «retirarse del recinto». Pero lo más importante del documento era lo que se leyó al final, es decir, la relación de los veintidós diputados identificados por primera vez en una lista cerrada —o al menos sin la ambigüedad de los etcéteras— como «la mayor parte de los mandatarios culpables del delito de felonía hacia el pueblo soberano». A medida que el fogoso Rousselin fue pronunciando sus nombres, desde las tribunas brotaron aplausos y gritos de «¡Bravo! ¡Bravo!».

El primero, como no podía ser de otra manera, era Brissot, el hombre que desde la influencia en los comités, el gobierno y la prensa había desempeñado en algún momento el papel de referencia para la Revolución que Robespierre consideraba que la Providencia le había asignado a él. Seguían luego los cuatro juristas y grandes oradores del Departamento de la Gironda que habían ido adquiriendo prestigio y ascendiente desde los tiempos de la Legislativa: Guadet, Vergniaud, Gensonné y Grangeneuve. A continuación los dos alfiles parlamentarios del ya marchito salón de *madame* Roland: Buzot y Barbaroux. Bajando de nivel, venían luego dos diputados muy enfilados por la Montaña durante los últimos días: el doctor Salle y el ardiente Birotteau de Perpignan. Después, el militar de familia de rancio abolengo Doulcet de Pontécoulant, acusado de haber dirigido una carta contra los comisarios de la

Convención a sus electores de Calvados. A continuación el ídolo caído, el exalcalde Pétion, y el siempre coherente y dispuesto a dar la cara Lanjuinais. Tras ellos, Valazé, víctima de las dimensiones de su piso. Seguidamente dos médicos de apellido similar: el protestante de Rouen, «liante y desequilibrado» según Kuscinski,<sup>[137]</sup> Antoine Hardy; y el bretón Pierre Lehardi, presentado en un diccionario de su tierra como «el mayor hombre de bien».<sup>[138]</sup> A continuación aparecían tres diputados que habían ejercido el periodismo expresando ideas opuestas a los jacobinos: el trasquilado denunciador de Robespierre, Louvet de Couvray, el tantas veces zaherido Gorsas y el abate Fauchet. Tras ellos, el doctor Lanthenas, cuyos últimos gestos de complicidad con la Montaña no habían bastado al parecer para borrar el baldón de su pasada intimidad con los Roland. La lista la cerraban Lasource —el vehemente pastor protestante que había tratado en vano de acabar con Danton—, Valady —el militar de origen nobiliario acusado de haber colocado en enero el pasquín con su opinión contraria a la ejecución del rey— y Aubin Chambon, diputado por el Departamento de la Corrèze, a quien muchos seguían confundiendo con el antecesor de Pache como alcalde de París, apellidado igual.

¿Cuál era el denominador común de estas veintidós personas? Sencillamente ninguno, excepto el ser percibidos como enemigos de los jacobinos y consecuentemente de la Montaña. Es cierto que dieciocho de ellos habían votado por la apelación al pueblo durante el proceso contra Luis XVI, pero también lo habían hecho otros 268 diputados que no habían sido incluidos en la lista. Y si tal hubiera sido el criterio, acotándolo a quienes por su entidad o ascendiente pudieran ser acusados de haber liderado tal propuesta, ¿por qué figuraban Doulcet de Pontécoulant y Lanthenas, que habían votado en contra, Lasource, que no había estado presente, y Hardy, que se había abstenido?

Aún menos clara resultaba la selección a la vista de lo que habían votado en relación a la pregunta clave sobre la pena a imponer al rey. Ocho de ellos habían sido a todos los efectos regicidas, pues Gensonné, Barbaroux, Chambon y Lasource habían votado por la pena de muerte sin matiz alguno; y Vergniaud, Guadet, Pétion y Buzot supeditándola a la confusa «enmienda Mailhe», que pedía un debate sobre el aplazamiento de la ejecución. En el caso de Vergniaud tal matiz quedó, además, pulverizado, pues cuando se votó si había lugar a ese aplazamiento, él lo hizo en contra.

Es verdad que entre muchos de ellos existían relaciones de amistad, pero de ninguna manera formaban un grupo organizado. Ni siquiera pertenecían a un club, sociedad o nada equivalente al Club de los jacobinos. Catorce de ellos habían acudido alguna vez a las reuniones del llamado «comité Valazé» y once —no necesariamente los mismos— habían sido mencionados entre los asistentes al salón de *madame* Roland.<sup>[139]</sup> Ni Birotteau, ni Pontécoulant, ni Fauchet, ni Hardy, ni Valady, ni por supuesto el lobo solitario Lanjuinais, celoso por encima de todo de su independencia, aparecieron nunca relacionados con ninguno de estos dos puntos de encuentro del

sector moderado de la cámara.

Probablemente la mayoría de los veintidós no había tenido jamás trato personal alguno con Dumouriez. A lo largo de los siete meses de sesiones de la Convención habían votado de forma diferente en numerosas ocasiones —algunas tan relevantes como la decisión de crear el Tribunal Revolucionario o la de constituir el Comité de Salud Pública—, y la última de ellas había sido la del decreto de acusación contra Marat: doce se habían abstenido, nueve habían votado a favor y Lanthenas lo había hecho en contra. Puesto que ninguno era diputado por París, ¿por qué las secciones de París se habían precipitado a ponerles en la picota —se preguntaría Jaurès— «en lugar de esperar a que sus comitentes directos hubieran formulado el acta de acusación»?<sup>[140]</sup>

Lo que venía a cuento no era pues lo que esos veintidós diputados eran, sino la forma en que la Montaña, los Jacobinos y las secciones de París les percibían. O para ser más exactos, la utilidad que les daban. Hasta entonces «la facción liberticida» de Robespierre, los «hombres de Estado» de Marat, los merecedores de ser «aplastados» por la Montaña a los que se había referido Danton, sólo habían configurado agrupaciones mentales de contornos difusos, destinadas a estimular la imaginación de sus seguidores. Era obvio que Brissot y algunos de los oradores de Burdeos —sobre todo Vergniaud, pero también Gensonné— habían sido identificados con antelación como jefes de esos grupos de presuntos conspiradores. Pero también había circulado la teoría de que quien los lideraba era Buzot, a través de su relación con los Roland, y Durand de Maillane hablaba del «partido de Pétion». Era una percepción confusa y magmática. De ahí que elaborar esa lista de veintidós diputados merecedores de ser depurados suponía un salto cualitativo, pues implicaba dotar al fantasma de cara y ojos, nombres y apellidos.

Por parte de los jacobinos se trataba de la culminación de un proceso que los siglos venideros verían repetirse una y otra vez. Lo que apenas unos meses atrás era un reducido grupo de personas, aislado de los centros de poder pero con conciencia y vocación de vanguardia revolucionaria, se había convertido, al impulsar la ejecución del rey primero y la guerra total contra el invasor después, en un partido que aspiraba a identificarse con el nuevo Estado. Y ese partido, que contaba ya con afiliados, estado mayor, cuartel general, grupo parlamentario, fuerza de choque y un líder que ni siquiera necesitaba ser proclamado formalmente como tal, trataba de fortalecer su identidad, aumentar su eficiencia y apuntalar su propósito de conquistar el poder, inventándose un enemigo modelado a su imagen y semejanza con los mimbres que tenía a mano, como si estuviera mirándose en un espejo.

Así fue como comenzó lo que el profesor Sydenham definiría ciento sesenta y ocho años después como «la leyenda histórica del supuesto partido girondino» y como «un mito político fabricado por un pequeño número de jacobinos para servir a sus intereses».<sup>[141]</sup> Lo ocurrido no es, como pretende Soboul, que «la Montaña se había definido poco a poco por oposición a la Gironda»,<sup>[142]</sup> sino más bien que la

Montaña —percibida como tal, según su propio relato, desde octubre de 1791— había definido poco a poco a la Gironda, sin tan siquiera denominarla así, para tener un enemigo al que oponerse y poder hacer una demostración de fuerza que sometiera —primero por el temor, después por el terror— al conjunto de la Convención a sus designios.

Puesto que cuatro de los veintidós marcados con el anatema candente de la traición —y qué cuatro— representaban al Departamento de la Gironda, mientras sólo otros dos departamentos —Calvados con Fauchet y Pontécoulant y Eure-et-Loire con Pétion y Brissot— aportaban dos diputados cada uno, desde ese momento sería ya fácil tomar la parte por el todo. Aunque ninguno de ellos se había afiliado en ningún sitio, el «partido girondino» contaba, por lo tanto, con sus veintidós primeros miembros.

A partir de ese momento su composición experimentaría variaciones y adiciones en función de los acontecimientos y cada historiador extraería luego de la pila de ese «bautismo tardío» —así lo denomina irónicamente Mona Ozouf sin terminar de admitir que se trata de una criatura imaginaria—<sup>[143]</sup> sus propios análisis políticos, interpretaciones ideológicas, disquisiciones socioeconómicas y fantasías literarias. Es obvio que los veintidós adquirieron conciencia desde ese mismo 15 de abril de 1793 de que formaban parte no de un grupo o partido, pero sí de una misma lista de proscripción, y de que eso les obligaba a defenderse de forma concertada. Pero el repaso minucioso de la historia parlamentaria de esos tres meses previos y de las seis semanas posteriores demuestra que no estaban en la lista por ser girondinos, sino que fueron girondinos por estar en la lista.



## DIECINUEVE

Thuriot otorgó a los setenta y cinco representantes de las secciones que habían firmado el documento los honores de la sesión y buena parte de ellos pasaron a sentarse en los propios bancos de la Asamblea entre los aplausos de las tribunas. Un diputado moderado observó entonces que el alcalde no había firmado y Papá Pache volvió a aclarar que él no era peticionario, que solamente había recibido el encargo de «acompañar» a los comisionados. Sin embargo, y a la vista del clima que se había creado en la sala, anunció que acababa de tomar una decisión:

—Para evitar que haya ninguna duda, voy a firmarlo.

Así lo hizo, entre el delirio de las tribunas, la Montaña y los acogidos a los honores de la sesión; y ante el estupor de los moderados, que aún recordaban cómo *madame* Roland lo había presentado como «el nuevo Abdalónimo», émulo del modesto hijo del rey de Sidón que ejercía de pastor, ese hombre humilde y cabal en el que siempre se podría confiar. Como compensación a la atmósfera de linchamiento en que se veían envueltos, los prohombres del nuevo «partido» escucharon entonces la primera solicitud de un diputado que pedía «darse de alta» en sus filas. Era Boyer-Fonfrède, en plena confirmación de su talento parlamentario, su audacia política y sus valores humanos:

—Ciudadanos, si la modestia no fuera para el hombre público un deber más que una virtud, me sentiría ofendido de que mi nombre no haya sido incluido en una lista tan honorable como la que se os acaba de presentar.

Numerosos diputados le secundaron desde los bancos del centro y la derecha.

—¡Y nosotros también!

—¡Todos, todos!

Sin embargo, Boyer-Fonfrède no pretendía desencadenar un proceso de firmas y adhesiones simétrico al que Dubois-Crancé había suscitado el sábado en el seno de la Montaña, sino captar la atención de la cámara para poner de relieve, a través de la ironía, el contrasentido del documento de las treinta y cinco secciones.

—Rindo homenaje al patriotismo, al celo esclarecido, a la vigilancia activa que ha dictado la petición que se os ha presentado. Es una felicidad para la República que estos peticionarios y el alcalde de París quieran concederos el favor de someteros a un escrutinio obligatorio. No me cabe ninguna duda de que el texto recoge la voluntad libre y espontánea del pueblo. Es imposible que ninguna intriga, ni siquiera la profecía de Camille Desmoulins, la haya forzado. Todos los habitantes de esta inmensa ciudad han concurrido [a esa voluntad]. Admito de entrada que tendréis prueba de ello. Lo admito como verdad inamovible, hago mía la petición y propongo convertirla en moción.

Entre el regocijo de los moderados y la crispación creciente de la Montaña y las tribunas, Boyer-Fonfrède demostró que lo planteado, al no ser los peticionarios aristócratas sino republicanos, sólo podía conducir «al juicio de las asambleas

primarias», lo que convertía en todo un sarcasmo que uno de los reproches que a menudo se dirigían contra muchos de los incluidos en la lista fuera precisamente solicitar su convocatoria.

Eran las nueve de la noche y la Convención acordó aplazar al día siguiente la discusión de la moción del joven diputado por Burdeos. La sensación de que el tiro podía haberles salido por la culata fue cundiendo con alarma entre la Montaña mientras se levantaba la sesión. Esa misma noche, casi a la vez que Dubuisson hacía un mal chiste en el Club de los Jacobinos diciendo que Boyer-Fonfrède era el hijo de un «*marchand de morue*» —comerciante de bacalao o mercader de putas, según las dos acepciones de la palabra—,<sup>[144]</sup> el Consejo General de la Comuna, «considerando que la voluntad de las secciones no ha sido convocar a las asambleas primarias, sino castigar a los mandatarios cobardes que han traicionado la causa del pueblo», acordaba enviar una delegación a la Convención «para restablecer el sentido de la petición y desautorizar toda interpretación contraria a su verdadero espíritu».

Sin embargo, los incluidos en la lista no iban a dejar de explotar la grieta que las contradicciones entre el Robespierre subversivo y el Robespierre legalista habían abierto en la estrategia para expulsarlos de la Convención. Al día siguiente fue el pastor Lasource quien retomó el argumento, utilizando de saque el mismo tono sarcástico que tan buen resultado le había dado a Boyer-Fonfrède.

—Agradezco a nuestros denunciantes que hayan preferido la voz de la calumnia al sonido del tocsín. Les agradezco que hayan cambiado la conspiración del 10 de marzo, urdida contra nuestra existencia, por una sistemática difamación contra nuestro honor.

Lasource recordó que tanto él como otros siete de los señalados como conspiradores monárquicos habían «votado la muerte del tirano», y que contra la mayoría de los veintidós ni siquiera se formulaba acusación concreta alguna. Y pasó a la ofensiva:

—Porque, ¿quién ha instigado esta petición? Aquí, lo reconozco, ciudadanos, mi alma se divide entre el dolor y la confusión. Son nuestros propios colegas los que la han instigado y Robespierre ha sido uno de los redactores nombrados por el Club de los Jacobinos.

—¡Eso no es verdad! ¡Eso es una impostura! —protestó el así mencionado.

—Pues si no es verdad, entonces los periódicos de la Sociedad se lo inventan.<sup>[145]</sup> Pero lo que sí es verdad es que los propios miembros de la Convención la han instigado.

—Pido que lo pruebe, presidente.

Esta apelación de un *montagnard* a Thuriot y las invectivas de las tribunas sacaron de quicio a Lasource y le hicieron perder la flema del comienzo.

—Es inútil. La afirmación se impone por sí misma y nadie pone en duda que lo que buscan para sus colegas no es sólo el deshonor y la infamia. No tratan de deshonorarlos, sino de conducirlos con más seguridad hacia la muerte.

Aunque hubiera sustituido a Robespierre por la tercera persona del plural, la acusación de Lasource no podía ser más tremenda. Sin embargo, el suspicaz Albitte aportó el anticlímax, alegando, como ya había hecho en el Club de los Jacobinos con la petición de Bon-Conseil, que el documento no era sino «una trampa que nos tienden los apelantes». Eso indignó aún más a Lasource, pero le hizo recordar que un *montagnard* le había dicho la víspera que se trataba de un escrito peligroso y había que reprobalo como se había hecho con la petición incendiaria de las secciones de Marsella. Para Lasource este ya no era un desenlace aceptable.

—No hay más que una manera de saber quiénes son los hombres a los que quiere la nación y quienes son aquellos a los que no quiere. Esta voluntad nacional no puede ser emitida más que por las asambleas primarias. Yo os remitiré siempre a este dilema: o vosotros tenéis la confianza nacional o la tenemos nosotros.

Lasource concluyó con un alegato personal:

—Sé por qué mi nombre se encuentra en la lista de los proscritos. Hace quince días no habría estado. Pero yo he hablado de un hombre y ha sido suficiente, he sido denunciado. Había que proscribirme porque tuve la temeridad de hablar contra el ídolo del día.

La alusión a su, en efecto, «temerario» ataque contra Danton del 1 de abril —sobre todo por la falta de pruebas— no podía ser más clara. Sin embargo, lo que preocupó a la Montaña fueron los términos del decreto que a continuación propuso a la Convención: las asambleas primarias de toda Francia debían reunirse el 5 de mayo y en cada una de ellas se votaría, diputado por diputado, si se respaldaba o no la continuidad de los miembros de la cámara.

No deja de asombrar que así como había sido un acólito de Danton —Rousselin— quien había lanzado la manzana de la discordia en medio del hemiciclo, también fuera otro de sus más estrechos colaboradores quien intentara sacar a la cámara de ese atolladero, apelando a la concordia y la unidad. Eso es lo que hizo con su vis melodramática o, si se quiere, con su «elocuencia heroica» Pierre Philippeaux, a quien Michelet catalogaría como «el único puro de entre los dantonistas»,<sup>[146]</sup> aludiendo a la propensión a la corrupción de los demás.

—Ciudadanos, es hora de abrir los ojos y de romper el talismán fatal que nos vuelve a unos y otros víctimas de una idolatría perniciosa. Yo lo único que veo aquí —y no soy el único— es un combate de amor propio y ambición entre estos diez o doce atletas que se ofrecen tan a menudo como espectáculo, para dirimir, en definitiva, quiénes de entre ellos serán los moderadores supremos de la República.

Philippeaux reducía en suma el pulso abierto en la Convención a un conflicto de egos que la Revolución no se podía permitir en sus actuales circunstancias.

—¿En qué momento proponéis convocar las asambleas primarias? Cuando legiones de tigres se ciernen sobre nuestras fronteras. ¿Debemos desertar del bajel nacional, cuando está al borde del abismo, para entregarlo a otros pilotos que pueden no dar nuestra talla o discutir como nosotros durante seis meses sobre la manera de

sostener el gobernalle?

Por consiguiente Philippeaux proponía considerar «mal ciudadano» a quien tratara de «disolver incluso parcialmente» la Convención antes de que hubiera elaborado la Constitución y «reprobar formalmente como peligrosa y liberticida» la proclama de las secciones de París. La Convención pasó al orden del día tanto sobre la propuesta de Lasource como sobre la de Philippeaux, pero la cuestión seguía lejos de quedar zanjada.

A la mañana siguiente, como si los actores de un drama tan rastrero pudieran cambiar en un santiamén de repertorio y representar durante un rato una comedia filosófica de altos vuelos, el inicio del debate sobre la Declaración de Derechos dio pie a toda una discusión sobre la condición humana. Barère, como ponente del Comité Constitucional, propuso la redacción del artículo primero: «Los derechos naturales, civiles y políticos de los hombres son la libertad, la igualdad, la seguridad, la propiedad, la garantía social y la resistencia a la opresión». Desde su triple perspectiva de intelectual en la estela de Rousseau, ministro religioso y hombre político, Rabaut Saint-Étienne consideró que este enunciado incorporaba un error intolerable.

—Se equivoca quien entienda que los derechos naturales son los derechos del hombre en el estado de naturaleza, porque el hombre pierde y abandona esos derechos cuando entra en el estado de sociedad. El hombre en el estado de naturaleza no posee la igualdad porque los hombres nacen desiguales en tallas, en riquezas y en medios. Por eso sienten la necesidad de reunirse para corregir la desigualdad natural con la igualdad política. En el estado de naturaleza el hombre no tiene más que un derecho: el de conservar su existencia. Debemos evitar poner en una misma frase los derechos naturales, civiles y políticos.

Sin embargo, Barère no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer.

—Vuestro comité ha creído que había que incluir el derecho natural en la Declaración de Derechos del Hombre. Lo primero que aportamos siempre a la sociedad es el derecho natural que nos ha sido dado por el Ser Supremo.

Tal invocación de la Divina Providencia fue suficiente para que Lasource, pastor protestante como Rabaut, se sintiera en la necesidad de intervenir, aparcando durante un rato su campaña de denuncias contra la Montaña.

—Barère no ha respondido a las justas observaciones que se le han hecho. Como decía Rabaut, no hay derechos de naturaleza, a menos que digáis que la fuerza es uno de ellos y que, al igual que Jean-Jacques Rousseau, consideréis que la obediencia no es un deber. En el estado de naturaleza el hombre tiene un derecho ilimitado a todo lo que desea y a todo lo que puede obtener. Pero cuando llegamos al estado social este único derecho desaparece. En una Declaración de los Derechos del Hombre que debe servir de base a una Constitución debemos borrar la palabra «naturaleza» porque hay una contradicción entre derechos naturales y derechos sociales.

Isnard intentó conciliar ambas posturas proponiendo que el artículo primero se

bifurcara en «derechos naturales» y «derechos civiles», pero para el *montagnard* Romme, muy próximo a las posiciones deístas de Robespierre, en ese terreno no había margen para el compromiso.

—Ciudadanos, los derechos naturales han sido dados al hombre por el Ser Supremo, fuente de todas las virtudes. Pido que, previamente a cualquier otra declaración, la Convención reconozca expresamente mediante ese artículo primero la existencia de un Ser Supremo.

Con la misma pasión con que se enzarzaban en los asuntos más pedestres, diputados de uno y otro bando entraron en liza a favor o en contra de Dios, vociferando desde sus bancos.

—¡No hay ninguna necesidad!

—¡El ser humano sí lo necesita!

Louvet, también incluido en la lista de los proscritos, reivindicó la concepción laica de gran parte de la burguesía revolucionaria:

—Pido el orden del día, sobre la base de que no hay necesidad de reconocer la existencia de Dios en la Convención Nacional de Francia.

Y fue Vergniaud quien aportó el argumento decisivo en la medida en que podía hacer mella en unos y otros:

—La existencia del Ser Supremo, como la inmortalidad del alma, no dependen del reconocimiento de los hombres, pues en ese caso sería evidente que esa existencia podría ser revocada en caso de duda, lo que es un absurdo político y una blasfemia divina.

Vergniaud pidió entonces que, «abandonando la distinción entre natural y social», el artículo primero quedara redactado así: «Los derechos del hombre en sociedad son la igualdad, la libertad, la seguridad, la propiedad, la garantía social y la resistencia a la opresión». Ambos bandos lo aprobaron por unanimidad y, dejando de lado los designios del Cielo, volvieron a la terrenal rutina del aniquilamiento recíproco.

Apenas iniciada la sesión del jueves 18 Thuriot anunció que acababa de recibirse una nueva carta de Marat. Varios diputados moderados pidieron que no se leyera «hasta que no obedezca la ley». Bentabole reclamó entonces que el Comité de Legislación presentara de una vez su escrito de acusación ante el Tribunal Revolucionario, «a menos que queráis anularlo», para que l'Ami du Peuple pudiera preparar su defensa. El médico Lehardi, uno de los veintidós estigmatizados, reclamó que no se le concediera esa ventaja:

—Pido que no se presente ese escrito hasta que Marat no se haya entregado en la Abadía.

Vergniaud no estaba de acuerdo:

—Me opongo a esta propuesta porque nosotros no debemos dar el mal ejemplo de violar las leyes. Pido que ese informe se haga de inmediato.

La Convención así lo acordó. Vergniaud había reaccionado de esa manera por una cuestión de principios, pero probablemente también para predisponer a su favor a los

diputados indecisos ante la grave denuncia que a continuación iba a formularse. Vergniaud no podía por menos que conocer su contenido, pues no en vano la iba a presentar una delegación llegada desde Burdeos cuyo portavoz era el hermano de su colega Grangeneuve. La denuncia comenzó con una enfática declaración de principios:

—Guerra a los tiranos, guerra a los traidores, guerra a los anarquistas y a los bandidos; respeto hacia la Convención Nacional, único centro en torno al cual pueden reunirse los verdaderos amigos de la República: este es el grito de los ciudadanos del Departamento de la Gironda y de la ciudad de Burdeos.

Grangeneuve *el Joven* explicó a continuación que los diputados enviados por la Convención a acelerar el reclutamiento en la Gironda<sup>[147]</sup> habían constituido un Comité de Seguridad General en colaboración con las autoridades locales y que entre sus atribuciones figuraba la de examinar los paquetes sospechosos. Eso es lo que se había hecho en el caso de una serie de envíos, interceptados a un mismo correo y dirigidos «a ciudadanos sometidos a vigilancia por su conducta antipatriótica» —o sea, en la jerga de la burguesía comercial que dominaba en Burdeos, a jacobinos radicales— y a las sociedades populares. Se trataba de un conjunto de textos de cuyo contenido debía tener conocimiento la Asamblea.

—En ellos se exhorta a todos los ciudadanos de los departamentos a dirigirse a París para masacrar a una parte de los miembros de la Convención; se anuncia la próxima llegada a París de marseleses que deben asesinar a las víctimas designadas; se incita a la insurrección contra las autoridades constituidas; se insta a los ciudadanos a cometer crímenes caracterizados como «venganzas nacionales»; se denuncia sin pruebas a muchos diputados como cómplices de Dumouriez y se les somete no a la espada de las leyes, sino a los puñales de los asesinos.

El orador concluyó advirtiendo que «al menor movimiento» contra una parte de la Convención «nuestras legiones ciudadanas volarán en vuestra ayuda» y depositó los documentos interceptados en la mesa de los secretarios. No era desde luego una denuncia cualquiera, pues apuntaba a una trama organizada con propósitos homicidas. Vergniaud y sus principales colegas de la Gironda creían tener las pruebas inequívocas de sus acusaciones contra los jacobinos, pero sus enemigos tampoco permanecían pasivos. Mientras los documentos interceptados se ordenaban y catalogaban para su lectura, se dio entrada a una delegación del Departamento de París, encabezada por su procurador general, Lullier, que acudía a presentar una importante propuesta relativa a la situación económica, el abastecimiento y el precio de los productos básicos.

Como el pan seguía subvencionado en París, el creciente desfase entre el precio de la harina en la capital y en los departamentos colindantes estimulaba su exportación clandestina, tanto por tierra como por vía fluvial. La psicosis del desabastecimiento volvía a abatirse sobre las panaderías de París, mientras la depreciación del asignado, favorecida por los reveses militares, encarecía los demás

productos básicos. Lullier, el hombre fuerte de la Sección de Bon-Conseil, el satélite de Robespierre, el gozne entre la Comuna y movimientos como el de los *enragés*, el turbio negociante capaz de venderse al barón de Batz, tenía un gran remedio para esos grandes males.

—Los granos están en los departamentos a un precio al que el pobre no puede llegar. Ignoramos en qué punto se detendrán los precios. La usura impide el aprovisionamiento del mercado. La medida que os proponemos está fundada sobre las bases eternas de la justicia. Supone la fijación de un precio máximo del grano para toda la República. Supone la eliminación de todo tipo de intermediario entre el cultivador y el consumidor, entre el molinero y el panadero. Supone la [imposición de la] pena más rigurosa contra todo individuo que en lugar de aportar su trigo al mercado, lo guarde en su granero o se lo venda a los tratantes de granos.

Lullier se apresuró a poner la venda antes que la herida, pero la que desplegó implicaba una concepción de las relaciones económicas muy distinta a la que hasta ese momento habían defendido la inmensa mayoría de los miembros de la Convención.

—Que no se nos vengan a objetar los intereses del comercio; el comercio no es más que una relación útil entre todos los miembros del cuerpo social. Que no se nos vengan a objetar los grandes principios de la propiedad; el derecho de propiedad no puede incluir el de dejar hambrientos a los ciudadanos; los frutos de la tierra, como el aire, pertenecen a todos los hombres.

Vergniaud, muy activo esos días en todos los frentes, salió al paso de la propuesta de forma elegante pero implacable:

—Quienes han expresado o creído expresar la opinión de sus conciudadanos han cumplido un deber elogiado. Pero si los ciudadanos caen en el error, es a sus magistrados a quienes les corresponde esclarecerles. Pido el envío de la petición al Comité de Agricultura. Pero es conveniente hacerles algunas reflexiones. Piden la eliminación de todo intermediario. Semejante medida no sólo arruinaría el comercio, sino también a la agricultura, porque si obligáis al agricultor a dejar su arado para llevar su grano a quince o veinte leguas, no podrá cultivar la tierra. Digo con dolor, pero con certeza, que sólo desde la maldad o desde la ignorancia se puede negar esto.

Para que no quedara duda alguna, Buzot secundó y precisó la descalificación de su amigo.

—No es sorprendente que el pobre se queje en estos momentos de miseria pública. Lo sorprendente es que aquellos a quienes da su confianza para que le instruyan, iluminen y gobiernen, sean los primeros en cegarle y engañarle. Lo que resulta sorprendente no es la petición en sí misma, sino que los administradores del departamento de París hayan venido a presentarla en la barra y que el alcalde de París, consultado sobre el estado de las subsistencias, haya respondido a la Convención que podíamos estar tranquilos a ese respecto.

Buzot llegó incluso a establecer una relación directa entre las anteriores



peticiones contra la libertad de comercio y los disturbios impidiendo la circulación de granos. La voz aflautada de Robespierre se alzó entonces, arropada por los aplausos de las tribunas:

—¡Presidente, pido la palabra para responder a este calumniador!

No pudo intervenir, pero si la comparecencia de Lullier proyectaba ya su sombra sobre la propuesta del departamento, al menos tanto como la de Rousselin había proyectado la de Danton sobre la petición de las secciones, ese gesto impulsivo terminó de dejar bien claro de qué lado estaba Robespierre en ese debate tan trascendente para la población de París. Era el síntoma de que se estaba fraguando un viraje decisivo para establecer la correlación de fuerzas que determinaría el rumbo de la Revolución en las próximas semanas. Aun exagerando hasta el ridículo su capacidad de convocatoria, Lullier dejó claro que este era el asunto que podía movilizar a los parisinos.

—Si los administradores son tachados de ignorantes, no se les acusará al menos de mala fe. La prudencia ha dirigido la conducta del departamento y por eso ha impedido la reunión del millón de hombres que querían presentar la petición que los administradores acaban de plantear ante la Asamblea.

En esa atmósfera, caldeada a más no poder, la Convención acordó que el debate se trasladara a los comités de Agricultura y Comercio y pasó a escuchar la lectura de los documentos interceptados en Burdeos. Se trataba básicamente de circulares y proclamas de los Jacobinos —la que más impresión había causado era por supuesto la del llamamiento a las armas del 5 de abril— o de algunos de sus miembros en particular. Así el «Documento número 5» era un texto del extravagante Anacharsis Cloots: «¡Ojalá hubiera querido Dios que la jornada del 2 de septiembre se hubiera extendido a las cabezas de distrito de toda Francia! No veríamos hoy a los curas, a los que habría no que deportar, sino que “septembrizar”, llamando a los ingleses desde Bretaña». Así el «Documento número 12» era una carta de un tal Blanchard a su esposa, fechada el 6 de abril, con una referencia muy concreta a la actualidad política: «Los diputados de la Gironda son los que nos han causado todo el daño, pero espero que dentro de poco ya no podrán hacerlo más. Esperamos a nuestros bravos marseleses uno de estos días y en cuanto lleguen a París se van a poner a buscar a todos estos monárquicos y van a quitarles las ganas de comer».

El sentido de todos estos envíos quedaba claramente acreditado en una breve misiva en la que el judío bordelés Jacob Pereyra le pedía a su hermana que le diera «una buena botella de vino al correo patriótico que enviamos a las buenas sociedades, no a los Recoletos, sino al Club Nacional». El primero era el feudo de la burguesía comercial que dominaba la ciudad y el segundo el refugio de jacobinos y *sans-culottes*. Pereyra hacía ver a su hermana que la iniciativa había partido del «valiente Desfieux, pese a la ingratitud de Israel hacia él». Al margen de esta enigmática referencia que sugiere que también Desfieux pudiera ser de origen judío, lo que está claro es que Pereyra —promotor del manifiesto insurreccional de marzo e

interlocutor de Dumouriez junto a Dubuisson y Proli— estaba en estrecha sintonía con el presidente del poderoso Comité de Correspondencia del club. Desfieux era, pues, el cerebro de esa ofensiva. Y era evidente que los jacobinos no se estaban limitando a hacerles la vida imposible en París a los diputados moderados, sino que intentaban segarles también la hierba bajo los pies en sus propios feudos provinciales. [148]

La indignación fue subiendo de tono en los bancos del centro y la derecha a medida que la lectura de estas piezas fue poniendo de manifiesto que existía una estrategia de agitación y propaganda contra ellos, urdida de forma subterránea desde la calle Saint-Honoré. Pero lo que más irritó a los afectados fueron los crecientes aplausos de las tribunas que seguían a la lectura de los textos más agresivos y amenazantes. Hubo un momento en que Doulcet de Pontécoulant no pudo soportarlo más e interrumpió al secretario:

—Pido que el acta de la sesión constate estos aplausos a la predicción del asesinato de diputados de la Convención para que nuestros departamentos sepan a quiénes deben vengar y conozcan a nuestros asesinos.

Desde la Montaña surgieron voces recordándole que no tenía el uso de la palabra, pero él insistió, dirigiéndose a Thuriot:

—Presidente, ¿no puede permitírsele a un hombre, incluido en la lista de las proscripciones, pedir que se constate en el acta de la sesión en qué situación estamos aquí, cuando escucha aplaudir con entusiasmo el anuncio de una masacre en París?

La cámara aprobó su moción y esa noche le eligió, junto al doctor Lehardi y a Chambon, para el puesto quincenal de secretario. El nuevo presidente era Lasource, respaldado por 213 votos sobre 305 votantes: una de las mayorías más holgadas de las últimas elecciones al puesto, favorecida por la ausencia de los *montagnards* diseminados por los departamentos. Al elegir a cuatro de los veintidós diputados incluidos en la lista de los que debían ser forzados a dimitir, la Convención lanzaba un claro mensaje de resistencia y de firmeza a las secciones de París y a los jacobinos, pero al mismo tiempo parecía quitar dramatismo y verosimilitud a los augurios de asesinatos y masacres. ¿Cómo iba a atreverse nadie a levantar su mano no ya contra un grupo de representantes del pueblo, sino precisamente contra los ungidos por la confianza de la mayoría?

Louis Doulcet de Pontécoulant no sólo viviría para contarlos, sino que durante los sesenta años que le restaban de existencia alcanzaría la presidencia del Consejo de los Quinientos durante el Directorio, la dignidad de conde del Imperio durante el periodo napoleónico, y la de par de Francia durante la restauración borbónica. Sin embargo, ese no sería el caso de diecisiete de sus veintiún acompañantes forzosos en aquella primera lista de integrantes del «partido girondino». Al que más, le quedaban catorce meses de vida.

## VEINTE

La Convención acababa de aprobar una moción para que se colocara una placa ante la casa natal de Dumouriez, recordando a la posteridad su perfidia, y se disponía a reanudar el debate sobre la nueva Declaración de Derechos Humanos, cuando el viernes 19 de abril sobre el mediodía el diputado moderado Claude Masuyer, pidió la palabra con urgencia y alarma.

—En este momento se prepara el suplicio de una mujer, de una desgraciada cocinera que ha proferido expresiones contrarias al civismo. Esta mujer no estaba en sus cabales cuando utilizaba este lenguaje. Se dice que estaba bebida. Pido que se aplace la ejecución de esta sentencia.

Ya sin la restricción de tener que ocupar la presidencia, Thuriot saltó como un resorte.

—Me opongo, este aplazamiento es contrario a la ley.

Se trataba del caso de Catherine Clère, una criada de cincuenta y seis años, nacida en Valenciennes, que había sido juzgada la víspera por el Tribunal Revolucionario por algo ocurrido sobre la medianoche del 7 de marzo. Según el testimonio de un guardia nacional que aquel día estaba de servicio —corroborado luego por otros compañeros—, la señora Clère fue conducida a su puesto «un poco borracha, pero sin llegar a un estado que le impidiera saber lo que decía».<sup>[149]</sup> En su presencia había gritado: «¡Viva el rey!», había entonado canciones revolucionarias alterando su letra, había dicho que había que liquidar a los miembros de la Convención y los Jacobinos, y había hablado de lo que ganaban sus hijos en el ejército.

Al ser interrogada por el acusador público, la señora Clère había declarado que no recordaba nada, pero que, en todo caso, ni estaba casada ni tenía hijos. El dueño de la casa en la que trabajaba y otros testigos confirmaron a continuación su afición a la bebida y negaron haberle oído nunca comentarios como los mencionados. El tribunal había preguntado al jurado si consideraba los hechos probados, el jurado había contestado que sí, el acusador público había leído el decreto que condenaba a muerte a cualquiera que propugnara el restablecimiento de la Monarquía en Francia y el tribunal la había condenado a ser guillotizada al mediodía siguiente.

Como si el destino hubiera querido darle una última oportunidad, la carreta a la que ya había sido alzada la señora Clère estaba retenida en el patio de la Conciergerie por la incomparecencia de la escolta de gendarmes a caballo ordenada por el acusador público. Mientras los ayudantes del verdugo aguardaban nuevas instrucciones, la Convención escuchó otras dos opiniones al respecto. El perfumista Isnard intentó buscarle la vuelta al asunto para poder salvar a la infeliz.

—El Tribunal Extraordinario es conforme a la ley, pero la ley no es suficientemente precisa. Es demasiado genérica. Un ciudadano que mantenga opiniones contrarrevolucionarias ex profeso y con conocimiento deberá ser castigado.

Pero no es vuestra intención que una mujer que no sabe nada de política...

De los bancos de la Montaña y las tribunas brotaron entonces los primeros murmullos e Isnard se perdió en contradictorios circunloquios, pidiendo a la vez el cumplimiento de la ley y su modificación, diciendo que no se refería a este caso concreto, pero señalando también que era «una injusticia» y un acto de «tiranía» condenar a muerte a quien no había unido a sus palabras ningún plan de acción. Al cabo de un rato y cuando los murmullos ya eran crecientes, Bonbon Robespierre le cortó en seco:

—Hemos aprobado una ley contra la Monarquía, el que habla contra la ley es un monárquico.

En su edición de la semana siguiente *Révolutions de Paris* alegaría, refiriéndose a la intervención de Isnard, que «puede ser que lo que impidió salvar a esta mujer fue el tiempo que se perdió escuchando al prolijo orador».<sup>[150]</sup> Sin embargo, la documentación de la Conciergerie demuestra que cuando los ayudantes del verdugo decidieron sustituir la escolta a caballo por escolta a pie y encaminarse a la plaza de la Revolución para que la cabeza de la señora Clère fuera separada del tronco a la una y media de la tarde, la Convención ya había desestimado la petición de gracia, pasando al orden de día.<sup>[151]</sup>

De hecho debió de ser al mismo tiempo, cuarto de hora arriba, cuarto de hora abajo, cuando el propio Thuriot volvió a intervenir para tratar una vez más sobre la redacción del artículo primero de la Declaración de Derechos.

—Tengo una observación que presentar. El más precioso de los derechos es la vida. Estoy asombrado de que su conservación no esté incluida en el rango de los derechos. Pido que se adopte una redacción concebida así: «El hombre al recibir la vida ha recibido el derecho imprescriptible a conservarla y defenderla».

Thuriot hablaba en abstracto, como si esa misma mañana él no hubiera practicado con el ejemplo exactamente lo contrario de lo que predicaba. Poco después Robespierre se enzarzó con Buzot, defendiendo que «el interés de la Revolución» exigía imponer restricciones a la libertad de expresión.

—Si eliminarais toda especie de freno a la licencia de los conspiradores que podrían inundar Francia de libelos liberticidas, daríais un golpe mortal a la libertad y no podríais asegurar el mantenimiento de los Derechos del Hombre que deben ser la base de nuestra Constitución. Es más necesario que nunca mantener con toda su severidad estas leyes revolucionarias que sofocan el germen del monarquismo y el federalismo, flagelos que perderían a toda la República.

No había sido pues casual que Augustin se hubiera pronunciado contra la clemencia para la señora Clère. Habían pasado cincuenta días desde que Maximilien salvara la vida de Philibert Laloue, aquel acusado de pagar con asignados falsificados. En esa fase de la Revolución cincuenta días era mucho tiempo. Y gritar «¡Viva el rey!» en la noche de París ya significaba otra cosa, pues cada mitad de la Convención estaba empeñada en atribuir a la otra la pretensión de restablecer la

Monarquía. La cuerda se había roto por la parte más débil esa mañana. «La sangre de una mujer que habló atolondradamente corre y salpica sobre los legisladores filósofos», sentenciaría el semanario de Prudhomme.<sup>[152]</sup>

## VEINTIUNO

Ni siquiera cuando tuvieron que defenderse juntos se comportaron como un partido. Los «girondinos» concurren al debate sobre la pretensión de las treinta y cinco secciones de París de expulsarlos de la Convención en orden disperso. Tuvo lugar finalmente el sábado día 20 y lo que estaba encima de la mesa era la moción, esbozada por Boyer-Fonfrède y concretada por Lasource, para convocar a las asambleas de electores de toda Francia el 5 de mayo.

La tensión con las autoridades parisinas había alcanzado, además, su cénit en las horas anteriores, al haber tomado el Consejo General de la Comuna cuatro resoluciones, a cual más agresiva, a instancias de Chaumette. La primera implicaba «declararse en estado de revolución» hasta que no se atendiera la propuesta del departamento de fijar el precio máximo de los granos. La segunda, poner bajo su protección a cualquier ciudadano al que la Convención pretendiera perseguir por expresar sus opiniones. La tercera, distribuir doce mil ejemplares de la petición contra los veintidós diputados marcados, para fomentar una recogida masiva de firmas contra ellos. Y la cuarta, mantener correspondencia al respecto «con los cuarenta y cuatro mil municipios» de Francia.<sup>[153]</sup> Es decir, que, secundando la estrategia de la calle Saint-Honoré, la maquinaria municipal se había puesto en pie de guerra contra los «girondinos», defendiendo la libertad de los agresores y desplegando todos sus medios para machacar a los agredidos.

La sesión comenzó con una escaramuza en la que los *montagnards* pidieron en vano a Lasource que dejara la presidencia, ya que tanto él como los tres secretarios estaban «inculcados» en el asunto que iba a debatirse. Enseguida pidió la palabra Gensonné. Como quiera que mientras subía a la tribuna varios diputados radicales le gritaron que hiciera públicas todas las cartas que había enviado o recibido de Dumouriez, él contestó que lo primero era tomar medidas contra los «calumniadores» de la moción del día 15, pero que todo lo demás también debía quedar zanjado. Y que él sabía muy bien quién era su enemigo.

—En el instante mismo en que la Convención haya aprobado ese decreto, emplazaré a Robespierre a convertirse en mi acusador y declaro ante toda la nación que yo me convertiré en el suyo. La República decidirá quién de nosotros dos debe perder la vida. Es preciso que ella juzgue entre él y yo.

Gensonné apoyó la convocatoria de las asambleas primarias propuesta por Lasource, con la salvedad de que no deberían examinar la conducta de todos los diputados, sino sólo la de los veintidós recusados por las secciones parisinas y la de aquellos que eventualmente fueran cuestionados por algún departamento. Pero, en cambio, propuso otra medida que aumentó la inquietud en la Montaña y las tribunas:

—Si ocurriera que una parte de la Convención Nacional fuera disuelta y que la mayoría de las secciones de París no pudieran impedirlo o fueran cómplices de ello,

todas las demás secciones de la República deberían unirse y proceder a nuevas elecciones. Sería preciso que los nuevos elegidos, reunidos en un lugar seguro en el centro del país, por ejemplo en Bourges, hicieran saber a París que no se le devolverían sus ventajas hasta que no hubiera entregado a la justicia a los provocadores y cómplices de los crímenes que pudieran haberse cometido.

El «por ejemplo» de Gensonné tenía un punto de provocación, pues Bourges, en el corazón de Aquitania, no sólo era el centro geográfico de la nación, sino que también había sido el mítico refugio de Vercingétorix en su resistencia a los romanos y la capital medieval de los reyes de Francia. Además el diputado por Burdeos denunció que en algunas secciones de París sólo se renovaban las tarjetas de civismo a quienes se mostraban dispuestos a firmar la petición contra él y sus compañeros.

—La Comuna de París se declara en revolución. ¡Muy bien! Que no haya movimientos parciales que redunden en beneficio del despotismo. Pido que todas las comunas de la República se declaren también en estado de revolución.

Entonces solicitó la palabra el abate Fauchet, obispo constitucional de Calvados, el diabólico orador sagrado de nariz prominente y ojos vivaces que había enardecido a las masas, ora desde el púlpito de Saint Roch, ora desde la carpa del Círculo Social en los jardines del Palais Royal. Fauchet casi no había intervenido en los grandes debates de la Convención, pero ahora se sentía obligado a hacerlo al verse amalgamado con un grupo de dirigentes con quienes apenas si mantenía lazo político o personal alguno. En cuanto abrió la boca quedó claro que su discurso no iba a pasar inadvertido.

—Ciudadanos, los denunciantes que me han proscrito han olvidado decir por qué han omitido la lista de mis crímenes. Yo voy a suplir su silencio. Advierto de entrada a mis adversarios que las adhesiones de la pequeña tropa compuesta por facciosos e imbéciles que, en ciertas ocasiones planificadas, componen lo que llaman la Asamblea General de las Secciones de París no prueban otra cosa sino la rabia ciega de los proscriptores en jefe y la estúpida ferocidad de dos o trescientos caníbales a los que llaman «el pueblo por excelencia». Con tal de que a estos soberanos se les diga: «Aquí hay cabezas que cortar y sangre para beber», ellos exclaman: «Eso es excelente, nos adherimos».

—¡Poneos la sotana! —le gritaron desde la Montaña, pero Fauchet siguió impertérrito con cáustica ironía.

—Yo sé bien que os hace falta una matanza porque nada defiende mejor nuestras fronteras que las masacres que se cometen en esta ciudad, y nada sirve mejor a la República que la carnicería de los brissotinos, de los girondinos, de los rolandinos... Queda, sin embargo, por aclarar por qué yo, que no he desayunado nunca en casa de Brissot, ni comido en casa de Roland, ni cenado con la Gironda, me encuentro en la lista de los veintidós. Yo os lo explicaré. El soberano masacrador sabrá al menos por qué razón hará caer mi cabeza.

Fauchet comenzó entonces a enumerar con gran elocuencia y detalles sus



servicios a la Revolución desde la participación en la toma de la Bastilla<sup>[154]</sup> y su ejecutoria como prefecto de policía en la primera administración municipal, fruto de la ruptura con el absolutismo.

—Mis crímenes son imperdonables para todas las especies de tiranos que quisieran poder esclavizar a mi patria. Mis crímenes son la primera corona cívica que fue otorgada en Francia y depositada sobre mi cabeza. Mis crímenes son las asambleas habituales de más diez mil oyentes durante seis meses en el inmenso local del Circo donde desarrollaba todos los principios del orden social. Mi crimen es haber perseguido con mis opiniones y mi determinación al traidor Lafayette, haber preparado y dado a conocer un discurso enérgico sobre la destitución [de Luis XVI] cuyo efecto natural era la destrucción de la realeza y el aniquilamiento del trono. ¡Esos son verdaderos crímenes que ni Coburgo, ni Brunswick, ni Dumouriez, ni Orleáns, ni Marat, ni los reguladores que desean que tuviéramos un amo, quieren dejar impunes!

La alusión a los «reguladores» iba obviamente dirigida al eufemismo empleado por Robespierre el 10 de marzo al pedir que se creara lo que había terminado siendo el Comité de Salud Pública. Fauchet intervino durante casi una hora, mezclando la sorna con las aseveraciones directas y obteniendo al menos el pasmado silencio de sus enemigos. Al final planteó algo que dentro del grupo de los veintidós estigmatizados le concernía muy especialmente a él:

—Me queda un último crimen que reconocer. Yo soy un fanático. Pero ¿a qué se reduce mi fanatismo? A profesar la religión de la que soy ministro. He servido útilmente a la patria demostrando que la integridad de la religión se concilia sin obstáculo con la integridad de las leyes civiles. El crimen de mi catolicismo queda pues adverado como el de mi republicanismo: son inseparables en mi conciencia. Ninguna persecución me separará ni de la religión ni de la libertad. Defenderé una y otra aun poniendo en peligro mi vida. Moriré con igual devoción por mi fe y por mi patria. Yo he confesado mis crímenes. Espero el efecto de la proscripción. No pido venganza, sino justicia a mis conciudadanos.

Los Archivos Parlamentarios no consignan ni abucheos ni aplausos,<sup>[155]</sup> sólo una moción de orden de Guadet. Tal vez por haber sentido reflejada su propia línea de defensa de hacía unos días frente a Robespierre en el espejo de la intervención de Fauchet, al látigo de la Gironda no le había gustado ver a su colega teniendo que dar cuenta minuciosa de sus actos y creencias.

—Propongo que los diputados denunciados en la petición de las secciones de París no se rebajen a responder a este tejido de mentiras y absurdos. Ninguno de los que la Comuna ha incluido en ese insolente panfleto tiene necesidad de justificarse. Por otra parte un representante del pueblo no debe olvidar que responder a las calumnias lanzadas contra él por algunos individuos es degradarse.

Para Guadet lo único que había que debatir y votar era la convocatoria de las asambleas primarias y la anulación del decreto de recogida de firmas del Consejo

General de la Comuna. Pero entonces intervino Vergniaud, haciendo una apelación a la prudencia —antes de anular ese decreto había que conocerlo formalmente y no sólo por referencias periodísticas— y sobre todo al sentido de la responsabilidad de la Convención. Para asombro de propios y extraños el supuesto líder del imaginario partido girondino combatió la propuesta de sus compañeros de Burdeos, Guadet y Gensonné, del tantas veces cercano Lasource y sobre todo del devoto amigo que vivía bajo su mismo techo, Boyer-Fonfrède.

—Nuestras discordias han agitado en mayor o menor medida todos los departamentos. El incendio está a punto de prender y el día de la convocatoria de las asambleas primarias se produciría, tal vez, una explosión de consecuencias incalculables. ¿Qué sucederá si convocáis las asambleas primarias? Que en tal departamento se pedirá la exclusión de tal diputación, en otro la de la diputación de París, en otro la de tal o cual diputado. ¿Y cuál será el resultado de esas demandas diversas? Que la Convención Nacional habrá perdido la confianza de la nación.

Vergniaud propuso que la propia Convención asumiera la responsabilidad de dar la respuesta que merecía la petición contra los veintidós diputados marcados, poniendo las cartas sobre la mesa en relación a las coacciones que la Comuna y las secciones venían ejerciendo para recoger firmas que la respaldaran. Dentro de un vendaval de datos y detalles, Vergniaud denunció cómo se amenazaba al hombre corriente: «Firma o no tendrás tarjeta de civismo»; cómo patrullas con picas retenían a los viandantes hasta obtener su apoyo; cómo se manipulaban las asambleas para que la minoría burlara a la mayoría... Pero su generosidad personal y política al servicio de lo que él veía como conveniente para la Revolución y para Francia estaba por encima de todo eso.

—Ciudadanos, la convocatoria de las asambleas primarias sería una medida desastrosa. Podría perder a la Convención, a la República y a la libertad. Si fuera preciso [elegir entre] decretar esta convocatoria o entregarnos a la venganza de nuestros enemigos, si quedarais reducidos a esa alternativa, no dudéis, ciudadanos, entre algunos hombres y la cosa pública. ¡Lanzadnos al abismo y salvad a la patria!

La explosión de aplausos desatada por este arranque de temerario idealismo marcó el desenlace del debate. Aunque ni los unos ni los otros «eran capaces de sondear el alma de este hombre»,<sup>[156]</sup> radicales y moderados se fundieron, por razones distintas, en un mismo aplauso. En un clima de fuerte exaltación emocional y desprendimiento, parecido al que había caracterizado la renuncia de los diputados aristócratas a sus privilegios nobiliarios la noche del 4 de agosto de 1789 —con la diferencia de que los afectados se jugaban esta vez la vida—, el propio Boyer-Fonfrède se dejó arrastrar por Vergniaud y dio su brazo a torcer, se supone que tras consultar con algunos de los interesados.

—¡Muy bien! Los hombres a los que se acusa tan rastreramente renuncian a la reparación resplandeciente que Francia les habría proporcionado enseguida. Quieren la paz, quieren la unión dentro de la Asamblea y están dispuestos a hacer todos los

sacrificios en pro de estos dos sentimientos.

En consecuencia la Asamblea acordó por abrumadora mayoría que su única respuesta a la exigencia depuratoria promovida desde el Club de los Jacobinos fuera la siguiente resolución: «La Convención Nacional reprueba como calumniosa la petición que le ha sido presentada el 15 de este mes, adoptada por el Consejo General de la Comuna de París, en nombre de treinta y cinco secciones, tendente a perseguir a veintidós de sus miembros. El presente decreto será enviado a los departamentos».

El siguiente punto del orden del día era la aprobación del escrito de acusación contra Marat que el Comité de Legislación proponía enviar al Tribunal Revolucionario y, como la jornada iba de rebajas, a nadie pareció sorprenderle que en el texto que leyó Delaunay *el Joven* hubiera desaparecido, como por arte de magia, toda referencia al llamamiento de los Jacobinos «a las armas» del 5 de abril, a partir del cual se inició el procedimiento. Se mencionaban casi dos decenas de artículos del periódico de Marat con citas textuales de varios de ellos —empezando por la propuesta de «colgar a los acaparadores en la puerta de algunos comercios»— y se insistía en las tres acusaciones ya incluidas en el acuerdo previo de la Convención: incitación al pillaje y al asesinato, incitación a «constituir un poder atentatorio contra la soberanía del pueblo», e incitación a la disolución de la Asamblea Nacional. Pero bien porque ahí seguían las firmas de decenas y decenas de diputados haciendo suya la proclama jacobina, bien porque el Comité de Legislación pudiera pensar que el examen de ese documento reabriría el debate sobre las relaciones de Dumouriez con «la parte sana de la Convención», el caso es que la pistola humeante ya no estaba entre las piezas de convicción.

Si las tribunas habían mantenido mayor calma y sosiego que en sesiones anteriores era no sólo porque nada de lo que venía ocurriendo les contrariaba en exceso, sino sobre todo porque se reservaban para arropar la comparecencia de la delegación de la Comuna con su petición del precio máximo para los granos, sus resoluciones para recoger firmas contra los Veintidós y establecer un comité de correspondencia con «las cuarenta y cuatro mil municipalidades» de Francia, y sobre todo su declaración del «estado de revolución». Tan pronto como se hubieron leído todos estos puntos, Augustin Robespierre volvió a cumplir su papel gregario de la víspera.

—Todo el pueblo francés está en revolución porque está en guerra para sostener la libertad. El pueblo francés está en revolución contra los tiranos y contra los traidores del interior. Es precisamente por el respeto debido a la Convención Nacional por el que se ha pedido que sea purgada de los traidores a la patria. ¿Quiénes son de hecho los que han atacado esta petición? ¿No son los mismos que han querido llevar a Orleáns al trono?

—Ah, sí, sí. ¡Hablemos de eso!

El centro y la derecha seguían considerando a Orleáns como un diputado inequívocamente adscrito a la Montaña, pero Bonbon Robespierre también había

tomado nota de cuál era la respuesta que había que dar a esa acusación.

—Ya se sabe que Égalité estaba durante el día en este lado y por la noche en ese otro.

Mientras el público aplaudía con entusiasmo, el debate se centró en si conceder o no los honores de la sesión a los representantes municipales. A instancias de Valazé y Lanjuinais la Convención lo rechazó por dos veces. Entonces la mayor parte de los *montagnards* —unos sesenta u ochenta diputados, envalentonados por el ambiente— salieron de sus bancos y se dirigieron a la mesa de los secretarios exigiendo una votación nominal que retratara a cada quien. Al menos la mitad de ellos aprovecharon el viaje para abrazar a los delegados de la Comuna entre los trepidantes aplausos de las tribunas, mientras los diputados de la derecha exigían que se leyera el reglamento que, según ellos, excluía la votación nominal en ese caso. La bronca fue yendo a más y la interrupción parecía no terminar nunca. Lasource, exhausto, fue relevado en el sillón presidencial por Delmas.

—Llevo una hora y media en el estrado, dispuesto a empezar la votación nominal; obligadme a hacerlo u ordenadme que vuelva a mi sitio —se quejó en su condición de secretario Pontécoulant.

—¿Cómo es posible que la mitad de la Asamblea reclame desde hace hora y media la lectura del reglamento, sin conseguirlo? —protestó el doctor Salle.

Sin embargo, el tumulto no amainó, sino todo lo contrario. Delmas tuvo que cubrirse. Birotteau pidió que se levantara la sesión, pero uno de los secretarios hizo ademán de iniciar la votación y pronunció incluso el nombre del departamento en el que por sorteo correspondía empezar. Albitte alegó entonces que eso significaba que el proceso había ya comenzado y correspondía concluirlo. La mayoría lo rechazó indignada.

—Hace tiempo que podíais haber acabado la votación nominal —denunció Mallarmé—, porque esta discusión ha comenzado a las nueve y ya son las once y media.

Delmas optó por hacerle caso y dio la votación por comenzada. La mayoría de los diputados del centro y la derecha abandonaron indignados el hemiciclo. La Convención —o más bien lo que quedaba de ella— aprobó por 109 votos a favor y 6 en contra conceder los honores de la sesión a la delegación municipal que insistía en la proscripción de los diputados recién arropados por la mayoría. Las tribunas rugieron de satisfacción. La sesión se levantó a la una de la madrugada.

En el quinto anexo de los Archivos Parlamentarios a las actas de los debates de esa turbulenta jornada figura el escrito que Brissot dirigió a la Convención como respuesta tanto a la diatriba del día 10 de Robespierre como a la petición de las secciones de París del 15. Aunque su nombre encabezaba en ambos casos la relación de denunciados, Brissot —refractario a la tribuna— no había querido «cansar» a la Asamblea con otro discurso, toda vez que «Vergniaud, Guadet y Pétion ya se me han adelantado». Pero sí se sentía obligado a refutar las acusaciones concretas y dejar

constancia de su posición sobre el fondo del asunto.

Respecto a lo primero nada le ofendía tanto, al igual que a Guadet, como las imputaciones de haber sacado provecho económico de la Revolución. En su caso contrastaban con las constantes quejas de su esposa Félicité sobre «este filósofo que conmocionaba a Europa pero sólo tenía tres camisas».<sup>[157]</sup> Brissot, austero en el vestir, parco en el comer, dramatizaba su indignación: «Pido la muerte para mí no ya si se puede probar que haya acrecentado mi fortuna ilegítimamente en un *ecu*, sino incluso que la haya acrecentado legítimamente en la más pequeña suma».

Lo más significativo de su escrito era el contraste entre cómo le veían sus enemigos y cómo se presentaba a sí mismo: «Robespierre me acusa de ser el jefe de un partido cuando no existe ni partido ni jefe. ¡Jefe de partido, un solitario como yo! Apenas conozco a cuarenta miembros de la Asamblea, comparezco raramente en la tribuna, no frecuento ni clubes, ni secciones, ni comités. No visito ni recibo a nadie, encerrado como estoy en la relación con tres o cuatro amigos tan incorruptibles como ilustrados».

Tal vez por el carácter más reflexivo y distanciado de su respuesta Brissot daba a continuación la clave del «efecto espejo» que creía percibir en la ofensiva de los jacobinos: «¿Qué veo en definitiva en esta acusación? A hombres que tienen un partido, que se vinculan por sus jefes, que mantienen reuniones públicas y conciliábulos secretos, que siguen un camino, una táctica, un objetivo, reprochar a sus adversarios aislados, sin jefe, sin partido, sin otras armas que la razón [...]; ¡reprocharles, digo, lo que ellos hacen públicamente!».

Brissot tenía claro que el verdadero objetivo de los jacobinos no era tanto acabar con él y los otros veintiún diputados —que también— como sustituir el pluralismo de la Asamblea Nacional por su visión monolítica del proceso revolucionario. «Es hora de que esta comedia termine», concluía su escrito. «Es preciso que la Convención golpee en el tronco al poder que rivaliza con ella o este poder la aplastará».

## VEINTIDÓS

Mientras los «girondinos» pronunciaban sus grandes discursos y Brissot demostraba una vez más sus dotes analíticas, la iniciativa seguía en la calle Saint-Honoré. Insatisfecho con todo lo que estaba escuchando durante los debates sobre los primeros artículos en la Convención y decidido tanto por razones éticas como por motivos estratégicos a darle un nuevo impulso ideológico a la Revolución, Robespierre aprovechó la alta concurrencia de los domingos en el Club de los Jacobinos para lanzar el 21 de abril —a modo de ensayo general con público— la propuesta de Declaración de los Derechos Humanos y del Ciudadano que pensaba presentar en la Convención.

Tanto por el hecho de que su breve preámbulo concluía proclamando esos principios «de cara al universo y bajo los ojos del legislador inmortal» como por el carácter sintético y rotundo de sus treinta y siete artículos, el texto tenía más la apariencia, sonoridad y estructura de un catecismo o breviario moral que de una declaración política. Mostraba «la mente de un predicador, más que la de un legislador».<sup>[158]</sup>

El artículo primero se apalancaba en que «el objetivo de toda asociación política es el mantenimiento de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre»; en el segundo sólo incluía como «principales derechos» la conservación de la existencia y la libertad; y en el tercero consagraba la igualdad no como un derecho, sino como una forma de disfrutar de todos ellos, advirtiendo que la sociedad debe «garantizarla contra el abuso de la fuerza que la vuelve ilusoria».

En clara contradicción con sus últimas intervenciones en la Convención, el artículo 4 defendía la libertad de expresión y de prensa sin restricción alguna. «La ley no puede prohibir más que lo que es nocivo para la sociedad ni puede ordenar más que lo que le es útil», decía con habilidad didáctica el artículo 5. «Toda ley que viola los derechos imprescriptibles del hombre es esencialmente injusta y tiránica», precisaba el artículo 6.

La parte más innovadora para el pensamiento de la época era la referente a los límites del derecho a la propiedad en relación con la defensa de los más débiles. Ya el artículo 7 definía que «la propiedad es el derecho que tiene cada ciudadano a gozar y disponer de la porción de bienes que le es garantizada por la ley». El 8, 9 y 10 advertían que es «un derecho limitado por la obligación de respetar los de los demás», que «no puede perjudicar ni a la seguridad, ni a la libertad, ni a la existencia, ni a la propiedad de nuestros semejantes», y que «toda posesión, todo tráfico que viole ese principio es esencialmente ilícito e inmoral».

Los siguientes artículos sentaban las bases de una auténtica política de protección social al establecer que «la sociedad está obligada a ocuparse de la subsistencia de todos sus miembros, ya sea proporcionándoles trabajo, ya sea asegurando los medios

de subsistir a los que no puedan trabajar»; al proclamar que «los auxilios necesarios a la indigencia son una deuda del rico hacia el pobre»; y al subrayar que «los ciudadanos deben soportar progresivamente los gastos públicos según la extensión de su fortuna».

Con estos dos bloques de artículos Robespierre marcaba un nuevo territorio fruto de su evolución desde el liberalismo económico, compartido por la inmensa mayoría de los diputados, a posiciones más intervencionistas y orientadas a dar contenido a los conceptos revolucionarios de igualdad y fraternidad, entendiendo este último como un ejercicio de solidaridad activa. El Incorruptible estaba abriéndose así un amplio margen de confluencia con las demandas de los *enragés* y el movimiento de los *sans-culottes* que atribuían la penuria a la libertad de comercio, la codicia de los acaparadores y la circulación de la moneda metálica, frente a la que habían seguido devaluándose los asignados.

El otro bloque significativo de preceptos era el que articulaba, de forma más que contradictoria, la afirmación de que «todo ciudadano debe obedecer religiosamente a los magistrados y a los agentes del gobierno porque son los órganos ejecutores de la ley» (artículo 22); la proclamación de que «la resistencia a la opresión es la consecuencia de los demás derechos del hombre y del ciudadano» (artículo 25); la advertencia de que «cuando el gobierno viola los derechos del pueblo, la insurrección es el más santo de sus deberes» (artículo 27); y sobre todo el corolario de que «someter la resistencia a la opresión a formas legales es el último refinamiento de la tiranía» (artículo 29).

Fiel a su obsesiva desconfianza hacia cualquiera que ejerciera el poder, Robespierre establecía que «toda institución que no parta de la base de que el pueblo es bueno y el magistrado corruptible, está viciada» (artículo 30). Y, cual mesías de una nueva religión universal, proclamaba (artículo 35) que «los hombres de todos los países son hermanos y deben ayudarse mutuamente». Finalmente todo este edificio de arcos convergentes y divergentes culminaba en un último artículo —el 37— que a modo de ábside de una desafiante iglesia elevada por la fe y la fantasía, pretendía dar vigor y sentido a cada uno de los demás elementos: «Los reyes, los aristócratas, los tiranos sean quienes sean, son los esclavos rebelados contra el soberano de la tierra que es el género humano y contra el legislador del universo que es la naturaleza».

Si en su abortado proyecto constitucional del 15 de febrero Condorcet había intentado resolver los conflictos entre legalidad y abuso de poder mediante un enmarañado y tortuoso laberinto de mecanismos de control y remoción de los cargos públicos, Robespierre tiraba por la calle de en medio o al menos proporcionaba una coartada ideológica a quien lo hiciera, dejando en definitiva en manos del vencedor la capacidad de determinar la justicia o injusticia del uso político de la violencia. Era algo que emanaba de forma natural de un sentido providencialista del liderazgo revolucionario, arraigado en la estructura de su integrista religioso de carácter panteísta. Pero a la vez establecía un segundo y decisivo ámbito de colaboración con



el movimiento insurreccional de las secciones de París.

Una vez fijadas tales reglas, la clave de todo consistía en quién y cómo debía determinar cuándo era el pueblo soberano el que se sublevaba y cuándo lo hacía un «esclavo» con pretensiones de erigirse en «tirano». O lo que es lo mismo, cuándo tocaba aplicar el artículo 22, cuándo era preceptivo dar paso al 27 y cuándo correspondía machacar al enemigo con el 29. Para Robespierre era inconcebible —y por ende inaceptable— que todo esto pudiera quedar en manos de alguien que no pensara como él.

## VEINTITRÉS

El acta de acusación aprobada por la Convención el sábado llegó al Ministerio de Justicia el lunes 22 y esa misma tarde fue remitida al Tribunal Revolucionario. Al día siguiente el periódico de Marat anunciaba cuál sería el curso de los acontecimientos: «Pueblo, será mañana cuando tu incorruptible defensor se presente ante el tribunal. Su inocencia brillará, tus enemigos serán confundidos, él saldrá de esta lucha más digno de ti». Y, en efecto, ese mismo martes 23 Fouquier-Tinville comunicó formalmente la imputación de Marat, citándole a juicio para el día siguiente. A las siete de la noche l'Ami du Peuple se entregó en la Conciergerie.<sup>[159]</sup> Había mantenido durante diez días el pulso con la Asamblea y había conseguido, entre tanto, todos sus objetivos.

El más importante había sido controlar los tiempos del proceso. Tras la votación abrumadora en su contra, a Marat no le habría convenido un juicio fulminante, y de hecho el retraso del Comité de Legislación en presentar la acusación le había favorecido, dándole una excusa para seguir escondido. Sólo la complicidad de la policía, controlada por la Comuna, explica que durante esos diez días su periódico se hubiera podido seguir voceando y vendiendo a la puerta de la Convención sin que nadie investigara ni siquiera la forma en que se comunicaba con la imprenta para entregar los textos.

Sin embargo, a Marat tampoco le convenía que su clandestinidad se prolongara demasiado, porque corría el riesgo de que sus seguidores se desmovilizaran y sobre todo de que se renovara el jurado del Tribunal Revolucionario, tal y como teóricamente estaba previsto que ocurriera a fin de mes, dando entrada a representantes de departamentos alejados de París en los que él era mucho más detestado que querido. La complicidad entre el tribunal, la Comuna y el Ministerio de Justicia a la hora de ayudarle a marcar los tiempos había sido tan perfecta que ese mismo martes 23 la policía había comunicado por carta al ministro Gohier que al fin había descubierto que Marat estaba «escondido en el Club de los Cordeleros bajo la protección de la Sección de Marseille». Pero en la misma misiva le informaba de que el huido estaba a punto de entregarse en la Conciergerie, donde Jean-Baptiste Marino, uno de los jefes del Departamento de Policía significado por sus ideas más que radicales, feroces,<sup>[160]</sup> había «preparado dos camas en el salón del conserje, una para el ciudadano Marat y otra para él, a fin de velar más directamente por la conservación de este representante del pueblo».<sup>[161]</sup>

Marino no iba a ser su único ángel de la guarda durante sus apenas catorce horas más de parada y fonda que de encarcelamiento. «Apenas entré en la prisión, numerosos oficiales municipales se presentaron para cuidar de mi seguridad», explicaría el propio Marat. «Pasaron la noche conmigo en una habitación que habían mandado preparar. Habían llevado una buena cama y una cena que habían encargado

fuera. En sus cuidados por protegerme habían controlado a los platos y habían hecho traer las garrafas de agua bien selladas».<sup>[162]</sup>

Marat sólo temía que le atacaran o envenenaran durante su paso por la cárcel, pues estaba seguro de que lo demás saldría bien. Según Michelet, a la mañana siguiente, al comparecer ante el tribunal, «nadaba entre las rosas; una vanidad delirante se extendía sobre su cara amarillenta»<sup>[163]</sup> La Sala de la Libertad estaba atestada de partidarios, movilizadas por las secciones y los clubes, entre los que no faltaban ciudadanos armados con pistolas<sup>[164]</sup> que habían jurado que «no se tocará un solo cabello de la cabeza de l'Ami du Peuple a no ser que los monárquicos pasen sobre los cadáveres de todos los *sans-culottes*».<sup>[165]</sup>

«Marat parecía estar en familia»<sup>[166]</sup> y la condescendencia del presidente Montané ante sus primeras palabras —«Ciudadanos, quien comparece ante vosotros no es un culpable, sino el apóstol y el mártir de la libertad porque un grupo de facciosos e intrigantes ha obtenido un decreto de acusación contra mí»— ya indicó cuál era la predisposición del tribunal. Más decisiva aún fue la actitud del acusador público. Fouquier-Tinville comenzó subrayando al tribunal que «este gran proceso merece tanto más su atención y la de los jurados en cuanto que afecta a un patriota célebre que siempre se ha dicho amigo del pueblo y al que el pueblo siempre ha considerado como su amigo y defensor».<sup>[167]</sup> Luego se avino a leer completos todos y cada uno de los textos, extractados con intencionalidad por el acta de acusación. Cuando hubo terminado se limitó a preguntar a Marat si los reconocía como suyos y, tras el asentimiento de este, comenzó a interrogar a varios testigos, pero no sobre ninguno de esos artículos, sino sobre algo publicado en *Le Patriote Français* el 17 de abril, es decir, cuatro días después de que la Convención hubiera decidido sentar en el banquillo a Marat. Se trataba de una gacetilla sobre «un triste acontecimiento que acaba de enseñar a los anarquistas cuáles son los funestos frutos de su doctrina espantosa».<sup>[168]</sup> Según el periódico de Brissot, un inglés que había llegado a París «esperando encontrar la libertad» se había suicidado al no descubrir sino «el rostro odioso de la anarquía», y había dejado una nota manuscrita explicándolo: «He venido a Francia para gozar de la libertad, pero Marat la ha asesinado. La anarquía es más cruel aún que el despotismo. No puedo resistir el doloroso espectáculo del triunfo de la imbecilidad y de la inhumanidad sobre el talento y la virtud».

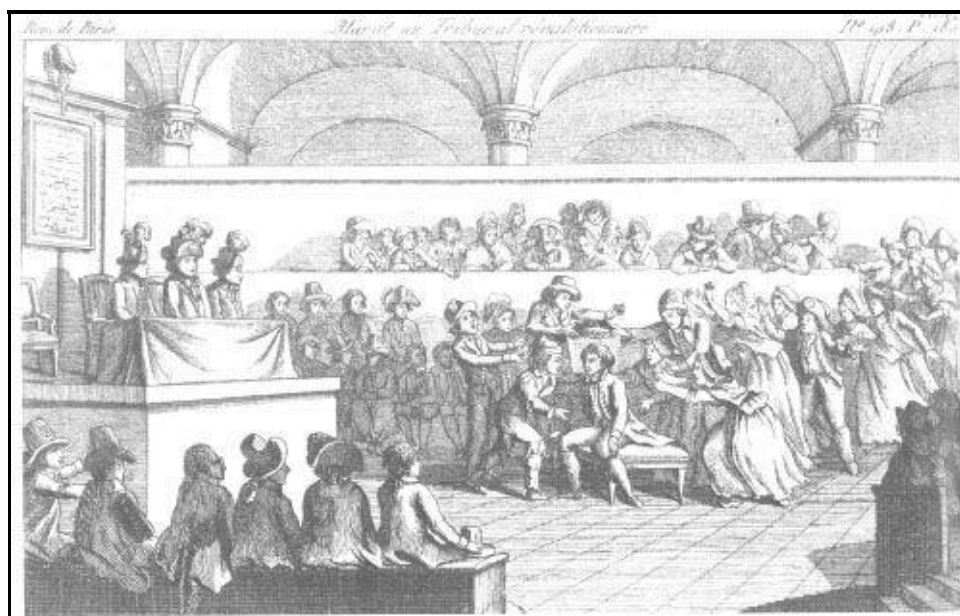
¿Pretendía el acusador público sumar el supuesto delito de incitación al suicidio a los, en todo caso, mucho más graves de los que se acusaba a Marat? Enseguida quedó claro que no se trataba de eso, pues del interrogatorio del primer testigo ya resultó que el supuesto cadáver, un británico con brotes de neurastenia llamado William Johnson, seguía vivo y coleando, recuperándose de dos heridas leves que se había causado con un cuchillo de mesa. Enseguida se supo que era vecino del diputado Thomas Paine y que, en efecto, se había deprimido porque «le habían contado que Marat había dicho que había que masacrar a todos los extranjeros, especialmente a

los ingleses».<sup>[169]</sup> En ese momento Fouquier-Tinville le preguntó a Marat si era cierto que él hubiera dicho eso. Su negativa fue rotunda:

—Advierto al tribunal de que es una calumnia atroz, una mentira de los hombres de Estado para presentarme como alguien odioso.

A partir de ese desmentido el juicio se orientó a averiguar qué es lo que había inducido a Johnson a creer algo así de Marat y cómo se le había dado por muerto para culpar a l'Ami du Peuple. Esa era «la estratagema que había madurado en el cerebro de Fouquier-Tinville».<sup>[170]</sup> El tribunal hizo desfilar como testigos al joven Girey-Dupré, quien señaló que él era el responsable del periódico pero que la noticia se la había proporcionado Brissot, y a Thomas Paine, quien, asistido de un intérprete, reconoció haber enseñado a Brissot la nota del suicida frustrado.

La Convención llevaba algo más de dos horas ocupada de asuntos de escasa importancia, aunque pendiente por supuesto de lo que ocurriera en el tribunal, cuando pasadas las doce y media Lasource recibió una carta de Montané que inmediatamente fue leída en voz alta: «Ciudadano presidente. La causa de Marat está ahora sometida a los jurados del Tribunal Revolucionario. La deposición de un testigo señala al ciudadano Brissot, uno de los miembros de la Convención, como autor de una nota insertada en *Le Patriote Français*. El tribunal ha decretado a instancias del acusador público que el ciudadano Brissot sea invitado a través vuestro a presentarse de inmediato en la audiencia pública. Tengo el honor de dirigiros mi solicitud y la del tribunal. Salud y fraternidad. A las doce y cuarto de este 24 de abril de 1793 en el Palacio de Justicia y en audiencia pública. El presidente del Tribunal Revolucionario».



*Marat, agasajado por el público ante el Tribunal Revolucionario. Grabado anónimo tomado de Révolutions de Paris, Biblioteca Nacional, París.*

Ante el estupor de la mayoría, que veía en esta extraña maniobra el riesgo de que

se invirtieran las tornas y el tribunal no terminara juzgando a Marat sino a Brissot, varios *montagnards*, en especial Thuriot y Albitte, presionaron para que se instara al dirigente moderado a cumplir con el requerimiento. Lanjuinais opuso hábilmente el argumento de que Brissot no podía acudir como testigo porque había votado el decreto de acusación, lo que le convertía en parte del proceso, y con esa excusa la Convención pasó al orden del día, haciendo oídos sordos a la petición de Montané.

Sin embargo, en la Sala de la Libertad el episodio seguía dando mucho juego porque el declarante era ahora el propio William Johnson, también ayudado de intérprete. A la pregunta clave de «si decidió suicidarse después de la lectura del periódico de Marat, respondió que fue después de la lectura del periódico de Gorsas».<sup>[171]</sup> Fue un golpe de efecto que ni preparado. El público prorrumpió entonces en un aplauso tan prolongado e intenso que el propio Marat se sintió obligado a intervenir como director de la orquesta.

—Ciudadanos, os ruego silencio. Si no, perjudicaréis al triunfo de la libertad.

Johnson completó su explicación aclarando que en la casa en la que vivía se leía *Le Courrier des Départements* y «que Gorsas anunciaba en su hoja que Marat había dicho que los que habían votado por la apelación al pueblo en el juicio del rey serían masacrados y que su amistad hacia Thomas Paine le había inducido a querer matarse». Era suficiente para que un deferente Montané le preguntara a Marat si tenía algo que decir sobre todo eso y para que l'Ami du Peuple trocara su papel de acusado por el de acusador.

Marat dijo que él no habría sido conducido ante el tribunal «si Roland, el patrón de la camarilla de los girondinos, no hubiera dilapidado los bienes nacionales para engañar al pueblo y pervertir el espíritu público; si la facción de los hombres de Estado no hubiera inundado la República entera de libelos infames contra la Comuna, la municipalidad, las secciones, el Comité de Vigilancia y sobre todo contra la diputación de París». Se quejó de «haber sido presentado sin cesar como un faccioso, un anarquista, un bebedor de sangre, un ambicioso que quería el poder supremo bajo el título de tribuno, triunviro y dictador». Y añadió cuál había sido su propósito al entregarse:

—Si comparezco delante de mis jueces es, pues, para hacer triunfar la verdad y confundir a la impostura. Es para abrir los ojos de esa parte de la nación que está todavía engañada sobre mí. Es para salir vencedor de esta lucha, fijar la opinión pública, servir mejor a la patria y cimentar la libertad.

Se centró luego en las irregularidades del proceso emprendido por la Convención al no haberle permitido defenderse antes de formular los cargos contra él; y dijo que el decreto de acusación había sido aprobado «por 210 miembros de la facción de los hombres de Estado contra las reclamaciones de 92 miembros de la Montaña, es decir, por 210 enemigos de la patria contra 92 defensores de la libertad». Finalmente desembocó en la sustitución de la acusación inicial por otras nuevas, lo que Marat atribuyó al alud de firmas y adhesiones cosechadas, dentro y fuera de la Convención,

por el llamamiento a las armas de los Jacobinos cuando se creía que Dumouriez avanzaba sobre París.

—Siento vergüenza por el Comité de Legislación al ver hasta qué punto esta acta es ridícula y carente de fundamento. Como el mensaje de los Jacobinos contiene los sentimientos de los verdaderos republicanos y como había sido firmado por casi todos mis colegas de la Montaña, el comité, forzado a abandonar este motivo fundamental de la acusación, se ha abalanzado sobre la denuncia de algunas de mis hojas que dormían desde hace varios meses en el polvo de sus cartones.

Marat alegó entonces que lo que esos ejemplares de su periódico recogían eran opiniones expresadas previamente por él en la tribuna y protegidas por tanto por la inviolabilidad parlamentaria. Ignorando el decreto, promovido por él mismo, que levantaba esa protección, explicó lo que en su opinión estaba en juego:

—Si la facción de los hombres de Estado puede, bajo un falso pretexto, atacarme, expulsarme de la Convención, llevarme ante un tribunal, retenerme en cautividad y hacerme perecer, mañana, bajo otros pretextos, atacará a Robespierre, a Danton, a Collot d’Herbois, a Panis, a Lindet, a Camille, a David...

A medida que iba nombrando a cada uno de los revolucionarios más populares de París, Marat iba tocando una tecla de cercanía personal o complicidad política en el corazón no sólo del público, sino también de los miembros del jurado y del propio tribunal. Además las consecuencias de su eventual condena no quedarían ahí.

—La facción inmovilizará a los otros por el terror, usurpará la soberanía, llamará a su lado a sus cómplices Dumouriez, Coburgo y Clairfayt. Secundada por los prusianos, los austriacos y los emigrados, restablecerá el despotismo en las manos de un Capeto que hará degollar a todos los patriotas conocidos; y se repartirá los primeros empleos y los tesoros del Estado.

Planteadas así las cosas entre la cerrada ovación del público, no es de extrañar que tras una deliberación de tres cuartos de hora —dedicada más a argumentar el veredicto que a establecerlo— el ciudadano Dumont, en calidad de primer jurado, contestara de forma taxativa a la pregunta de Montané sobre si Marat era o no culpable de los delitos que se le atribuían.

—He examinado con cuidado los fragmentos citados de los periódicos de Marat. Para apreciarlos mejor no he perdido de vista el carácter conocido del acusado y el momento en que los ha escrito. No puedo suponer intenciones criminales o contrarrevolucionarias en el intrépido defensor de los derechos del pueblo. Era difícil que contuviera su justa indignación cuando veía a su país traicionado por todas partes. Declaro que no he encontrado nada en los escritos de Marat que me parezca constatar los delitos de los que se le acusa.

Uno a uno los nueve restantes miembros del jurado se manifestaron en parecidos términos. Fouquier-Tinville pidió que quedara absuelto y en libertad y el tribunal así lo acordó pasadas las cuatro de la tarde, después de poco más de seis horas de juicio, «dos tercios de las cuales habían estado dedicadas a un episodio que no tenía nada

que ver con el acta de acusación».<sup>[172]</sup> Marat regresó a la sala entre aclamaciones y puso el colofón a la vista pública.

—Ciudadanos jurados y jueces que componéis el Tribunal Revolucionario, la suerte de los criminales de lesa nación está en vuestras manos. Proteged al inocente, castigad al culpable y la patria estará salvada.

Había llegado el momento del júbilo y la celebración. Varios de sus seguidores más corpulentos, tal vez «fuertes por la patria» curtidos en la carga y descarga en Les Halles, izaron a Marat en el propio sillón que —una deferencia más— había sido dispuesto para él ante el parqué del tribunal y le condujeron bajo las monumentales bóvedas de la sala de los Pasos Perdidos hacia la gran escalera que daba al patio de Mayo. Allí se improvisó una comitiva de centenares de entusiastas, con gran predominio de mujeres, encabezados por varios cargos municipales, exhibiendo sus echarpes tricolores para dejar constancia de que estaban en representación oficial.

«Los oficiales municipales, los guardias nacionales, los cañoneros, los gendarmes, los húsares que me rodeaban, temiendo que pudiera quedar asfixiado por la presión, formaron dos hileras y me abrieron paso por el medio», relataría el propio Marat.<sup>[173]</sup> Fue al parecer la esposa de uno de sus efímeros carceleros quien le puso sobre la cabeza la primera corona de flores y lazos. El mismo zapador Rocher que había acompañado a Tallien y Legendre a reconocer el cadáver del asesino de Le Peletier encabezaba el cortejo con sus imponentes mostachos y ese «aire terrible de gigante prehistórico».<sup>[174]</sup> Su destino no podía ser otro que la Convención Nacional.



## VEINTICUATRO

Robespierre estaba predicando en el desierto. Era a la vez su más genuino «sermón de la Montaña». Ante la indiferencia de la gran mayoría de los diputados presentes, el Incorruptible había subido a la tribuna para presentar sus treinta y siete artículos sobre los Derechos Humanos y trataba de conmover a la Convención acerca de los límites al disfrute de los bienes materiales.

—¡Almas de barro, que no estimáis más que el oro, no quiero tocar vuestros tesoros por impuro que sea su origen! Debéis saber que esa ley agraria de la que habéis hablado tanto no es más que un fantasma creado por los bribones para engañar a los imbéciles. No hacía falta una revolución para enseñar al universo que la extrema desproporción de las fortunas es la fuente de gran parte de los males y de gran parte de los crímenes. Pero también estamos convencidos de que la igualdad de los bienes es una quimera. Yo no la creo necesaria ni para la felicidad privada ni para la pública. Más que de proscribir la opulencia, se trata de volver la pobreza honorable.



*El triunfo de Marat a su paso por las plaza de Piques, antes Vendôme. Grabado de Duplessis-Bertaux, Biblioteca del Instituto de Historia de la Revolución.*

Barroco y retorcido, no llamaba pues a la lucha de clases. Lo que exponía no era sino su propia versión historicista, engolada y declamatoria del «bienaventurados los pobres» del Evangelio, pasada por el tamiz de la antigüedad clásica.

—La choza de Fabricio no tiene nada que envidiar al palacio de Crespo. Preferiría ser uno de los hijos de Arístides, criado en el Pritaneo a expensas de la República, que el presunto heredero de Jerjes, nacido en el fango de las cortes para ocupar un trono decorado con el envilecimiento de los pueblos.<sup>[175]</sup>

Robespierre no pedía la redistribución de la riqueza, pero sí la restricción a las formas de explotación más extremas.

—Preguntad a ese mercader de carne humana qué es la propiedad. Os dirá, mostrando ese largo ataúd que él llama un navío y en el que ha sepultado y encerrado a hombres que parecen vivos: «Estas son mis propiedades». Interrogad a los augustos miembros de la dinastía capeta. Os dirán que la más sagrada de todas las propiedades es el derecho hereditario del que han gozado desde toda la antigüedad para oprimir a veinticinco millones de hombres. A los ojos de todas esas personas la propiedad no

implica ningún principio moral. ¿Por qué vuestra Declaración de Derechos parece caer en el mismo error?

Eso era lo que Robespierre quería enmendar a toda costa, empleando sus mejores dotes retóricas, entre la admonición y el reproche, con profundidad y empaque.

—Definiendo la libertad como el primero de los bienes del hombre, el más sagrado de los derechos que recibe de la naturaleza, habéis dicho con razón que tenía por límite los derechos ajenos. ¿Por qué no habéis aplicado este principio a la propiedad, que es una institución social, como si las leyes eternas de la naturaleza fueran menos inviolables que las convenciones de los hombres? Habéis multiplicado los artículos para garantizar la mayor libertad en el ejercicio de la propiedad y no habéis dicho una sola palabra para determinar su carácter legítimo, de forma que vuestra Declaración parece hecha no para los hombres, sino para los ricos, para los acaparadores, para los usureros y para los tiranos. Os propongo reformar estos vicios consagrando las siguientes verdades...

Sin embargo, Robespierre no hablaba en el Club de los Jacobinos, y ni siquiera los ocupantes de las tribunas —en su mayoría *sans-culottes* anal-fabetos a quienes Fabricio, Creso, Arístides y Jerjes les dejaban completamente al fresco— parecían darse por aludidos. Tras escuchar con bastante indiferencia los artículos de su propuesta, la Convención premió su esfuerzo de concisión, acordando que tanto el discurso como los treinta y siete preceptos de la Declaración de Derechos Humanos de Robespierre serían impresos con cargo a los gastos de secretaría. Le había sucedido en el estrado su joven acólito Saint-Just para presentar su propio proyecto de Constitución mediante «un largo discurso tenebroso que nadie escuchó»<sup>[176]</sup> en el que, sin embargo, quedó patente que su modelo de sociedad no estaba inspirado ni en Roma ni en Atenas, sino en la austera, colectivizada y militarista Esparta. Poco después un gendarme se acercó al sillón presidencial de Lasource y le dijo algo al oído. Al cabo de un rato volvió a hacer lo mismo. David, probablemente alertado de lo que ocurría, interrumpió la sesión:

—Presidente, pido que comunicéis a la Convención lo que os ha dicho al oído el gendarme que os ha hablado por segunda vez.

Lasource se resistió, pero la mayoría apoyó la moción de David y no tuvo más remedio que contar lo que pasaba:

—El gendarme me ha dicho que una multitud de ciudadanos avanza por la calle Saint-Honoré hacia la Convención sin designios hostiles. He ordenado al oficial de guardia que tome medidas para que no se produzca ningún desorden.

No necesitó decir más para que todos los diputados fueran conscientes —unos con júbilo, otros con consternación— de que la profecía de Dubois-Crancé estaba a punto de cumplirse.

—¡Es Marat! ¡Es Marat!

—Hay peticionarios, reclamo que sean admitidos —exigió un *montagnard*.

—Todavía no han llegado —respondió evasivo Lasource.

En un ambiente de gran agitación y nervios unos cuantos diputados pidieron que se levantara la sesión para no pasar por el oprobio que se avecinaba. Pero la Convención, muy desguarnecida en los bancos del centro y la derecha y con todos los *montagnards* presentes en París en sus escaños, rechazó la propuesta. Lasource trató de mantener la calma, prosiguiendo con el debate constitucional como si no pasara nada, pero a los pocos minutos volvió a ser interrumpido por los más entusiastas.

—Los peticionarios ya están aquí, insisto en que sean admitidos.

—¡Se apoya! ¡Se apoya!

La vanguardia de un turbión de desgredados *sans-culottes*, vociferantes tenderas de Les Halles, municipales con echarpe y viandantes adheridos por el camino irrumpió en la Sala del Manège. Habían cruzado el Pont Neuf, habían conducido triunfalmente a Marat por la calle de la Monnaie entre chiquillos y perros, habían seguido de frente por la de Roule y habían girado a la izquierda por la propia calle Saint-Honoré. «Era una fiesta de abril», escribirá Michelet. «Tras haber escapado del largo invierno, estas pobres gentes creían que sus males acababan gracias al triunfo del gran empírico que juraba que los curaría todos».<sup>[177]</sup> El imponente Rocher anunció a su ídolo:

—Ciudadano presidente, traemos aquí al bravo Marat...

Las tribunas y los bancos de la Montaña trepidaron en aplausos.

—... Marat siempre ha sido el amigo del pueblo y el pueblo estará siempre con Marat. En Lyon intentaron hacer rodar mi cabeza por haber salido en su defensa. ¡Muy bien! Si es preciso que la cabeza de Marat caiga, la cabeza de este zapador caerá antes que la suya. Pedimos, presidente, permiso para desfilar ante la Asamblea.

Lasource balbuceó algunas palabras sobre «el regocijo de todo buen ciudadano» ante la absolución de un acusado, pero trató de someter a examen la autorización para desfilar. El carnicero Legendre inclinó enseguida la balanza a favor de permitirlo. Centenares de personas entraron en tropel uniendo sus gritos de júbilo a los de quienes les acogían con éxtasis.

—¡Viva la República! ¡Viva la Nación!

—¡Viva Marat! ¡Viva el amigo del pueblo!

—¡Viva la Montaña!

Mientras sus acompañantes se repartían por las gradas y ocupaban desordenadamente los propios bancos del hemiciclo, obligando a los diputados a cederles parte de su espacio, Marat hizo su entrada en la sala cubierto con una corona de laurel, como ocurría cuando Roma celebraba el triunfo de sus generales. Movía compulsivamente la cabeza y extendía las manos abiertas hacia la multitud como si se tratara de un profeta. Entre los abrazos de los diputados que habían votado contra su acusación y el delirio del público, fue conducido poco menos que en volandas primero hasta la cima de la Montaña y después a la tribuna. Reclamó silencio y lo obtuvo de inmediato.

—¡Legisladores del pueblo francés! Los testimonios fulgurantes de civismo que

acabáis de ver en vuestro seno han devuelto al pueblo a uno de sus representantes cuyos derechos habían sido violados en mi persona. Os presento aquí en este momento a un ciudadano que había sido inculpado y que acaba de quedar completamente justificado. Os ofrece un corazón puro. Continuará defendiendo con toda la energía de la que es capaz los derechos del hombre, la libertad, los derechos del pueblo.

La ovación fue atronadora y pronto centenares de gorros frigos y sombreros de todo tipo volaron por los aires en señal de apoteosis. Marat esperó a que renaciera la calma y trató de poner en un nuevo aprieto a Lasource al permanecer callado en la tribuna.

—Marat, vos tenéis la palabra —apremió el presidente.

—No tengo nada más que decir —contestó l'Ami du Peuple.

—Se espera la respuesta del presidente —acució malévolamente un *montagnard*.

Lasource se sobrepuso al vértigo del momento y replicó con reflejos reglamentarios:

—La costumbre es no responder más que a los ciudadanos que presentan peticiones. Marat no está aquí como peticionario, sino como representante del pueblo.

Quedaba por ver qué sucedía a continuación. La sala seguía abarrotada y nadie daba muestra alguna de querer abandonarla. Danton se abalanzó a la tribuna.

—Debe de ser un bello espectáculo para todo buen francés ver el respeto de los ciudadanos de París hacia la Convención en el que ha sido para ellos un día de fiesta. Hemos visto su satisfacción, hemos compartido sus sentimientos. Ahora es preciso que los ciudadanos desfilen, que evacuen el lugar de nuestras deliberaciones y que reemprendamos nuestros trabajos.

Y el gentío le obedeció —sólo Danton era capaz de dominar el oleaje de las multitudes—, conduciendo a Marat hacia la plaza de Piques donde el pedestal vacío de la derribada estatua de Luis XIV parecía aguardar la exaltación del nuevo ídolo.

## VEINTICINCO

Puesto que el cortejo triunfal de Marat había pasado por la puerta de su Hotel Notre-Dame en la esquina de la calle de Grenelle con la de Saint-Honoré, casi enfrente del antiguo templo protestante del Oratoire, es muy probable que dos personajes tan politizados como los españoles Marchena y Carrese se sumaran a la comitiva y formaran parte del gentío que irrumpió en la Convención. Eso si no habían asistido al juicio en la Conciergerie. Su compañero de viaje, Hevia, se había trasladado ya al otro lado del río, alquilando una habitación más barata en la Sección de Quatre-Nations; pero también es posible que compartiera con ellos el sobresalto y la angustia de asistir a la exaltación de quien en definitiva era el gran enemigo de su protector Brissot.

Para el Marchena que detestaba la anarquía y veía la Revolución como el gobierno de los mejores debió de ser tremendo constatar la humillación de la representación nacional por el populacho y asistir al triunfo de aquel energúmeno, achaparrado y cetrino como él, pero de ideas y amistades tan diferentes. Fueran cuales fuesen sus vivencias durante esa jornada, en todo caso es obvio que no pudo dejar de relacionar el sesgo de los grandes acontecimientos que estaban sucediendo en París con un desagradable contratiempo personal que lo dejó lívido. Al regresar a su hotel la puerta del apartamento interior que ocupaban Carrese y él en el tercer piso estaba precintada por orden del Comité de Vigilancia de la radical Sección de la Halle-au-Blé a la que pertenecían. Era lo que les faltaba.

Desde su llegada a París seis semanas antes, aquel malhadado 7 de marzo en que Francia le declaraba la guerra a España, todo habían sido decepciones para el grupo de Bayona. Aunque Lebrun les había recibido enseguida prometiéndoles enviarles de vuelta a la frontera con medios suficientes para poner en marcha el Comité Revolucionario Español, esos planes no habían llegado a concretarse.

Sin que ellos lo supieran, los jacobinos de Bayona, con el alcalde Basterreche a la cabeza, habían maniobrado en su contra. Lebrun había recibido dos cartas a cuál más negativa para los españoles. La primera, fechada el 28 de marzo, la firmaba un oscuro personaje llamado Taschereau que, además de haber ejercido en Madrid de espía del Consejo Ejecutivo para vigilar de cerca al embajador oficioso Bourgoing, tenía acceso directo a Robespierre a través de la familia Duplay. Taschereau escribía desde Bayona y respaldaba la línea del alcalde: «Basterreche aguarda con impaciencia a que el Comité Revolucionario entre en actividad, pero espera que Marchena, que está ahora en París, no tenga ni siquiera conocimiento de ello. Este hombre resulta sospechoso se le mire como se le mire».<sup>[178]</sup>

La segunda carta era de otro agente del poder ejecutivo que había tenido rango de secretario de legación en Madrid, un tal Carles. Su opinión sobre el recomendado de Brissot no difería mucho de la de Taschereau: «Marchena es un joven atolondrado

que no tiene más que la apariencia de un hombre instruido pero que posee a cambio toda la presunción de un ignorante».<sup>[179]</sup>

Estas cartas habrían causado un efecto limitado sobre un hombre pragmático y oportunista como el ministro Lebrun que además había sido prevenido por Bourgoing de las intrigas de Taschereau y Carles y probablemente sabía que el primero había tratado de permanecer en Madrid tras la ruptura de relaciones hasta que había sido perseguido por una turba de españoles airados y había tenido que saltar por una ventana de la embajada.<sup>[180]</sup>

El problema no venía del prestigio de los denunciantes sino del patente declive del patrocinador de los denunciados. Con Brissot en la cuerda floja y Lebrun señalado ya como su cómplice por los círculos más radicales, sus protegidos se habían convertido en un factor de riesgo para el ministro. En tanto se clarificaba la situación, el titular de Asuntos Extranjeros había decidido paralizar la apuesta por Marchena y ayudarle a sobrevivir encargándole traducciones. En concreto la de un manifiesto de la Convención a los pueblos de Europa por la que le había pagado 450 libras apenas hacía una semana. Ese dinero le había aportado a Marchena un mínimo de seguridad, pero todo el proyecto que daba sentido a su viaje a París seguía en el aire. Cuando ese 24 de abril, día del triunfo de Marat, se encontró con su puerta precintada, el alma debió de caérsele a los pies. Máxime cuando supo que dos comisarios de la sección habían estado esperándole durante varias horas tras preguntar en vano por él.

Temiéndose lo peor, Marchena remontó la propia calle de Grenelle y se plantó en la de Coquillière, en la trasera de la iglesia de Saint-Eustache. A diferencia de la mayoría de las secciones, la de la Halle-au-Blé no tenía su sede ni en ese ni en ningún otro templo, sino en el edificio que hasta no hacía mucho había albergado a los odiados recaudadores de la Ferme Générale. Marchena descubrió allí que estaba siendo investigado dentro de las medidas adoptadas desde el 21 de marzo contra los extranjeros. Logró, sin embargo, que varios miembros del Comité de Vigilancia se trasladaran de nuevo a su hotel y, tras registrar su cuarto y el de Carrese en su presencia y no hallar nada comprometedor, accedieran a levantar los precintos. Habían salido indemnes del lance, pero ya sabían que alguien les había puesto en la lista de sospechosos y que cuanto más se estrechara el cerco sobre Brissot y sus amigos, más peligro correrían ellos.

Entre tanto, al otro lado del río el notario de Lyon Jean Bernard y su esposa, Marie Julie Matton, habían reunido esa misma tarde en su mansión del número 13 de la calle de les Saints-Pères, cerca de su desembocadura en el Quai Voltaire, a sus familiares y amigos para celebrar la boda de su hija adolescente, Juliette, «tan esbelta, tan aérea, tan divinamente bella que nos parecía ver al ángel mismo de la reconciliación y la paz».<sup>[181]</sup> Había banqueros como Tassin e intelectuales como La Harpe. Si no asistió el diputado Barère, amigo de la familia, debió de ser por los graves acontecimientos que acababan de suceder en la Convención. A alguno de los



invitados le sorprendió que en la decoración de la casa faltaran las flores cuando, sin embargo, había tantas en el propio jardín.

Juliette había nacido el 4 de diciembre de 1777. Que una chica de quince años y cinco meses contrajera matrimonio no era algo excepcionalmente raro en esa época en París, como lo había acreditado el caso de quien sería su rival en la pugna por el título de reina de la belleza durante el Directorio y el Consulado, Teresa Cabarrús. Pero que el novio tuviera cuarenta y dos años no podía dejar de llamar la atención, máxime si se trataba del adinerado banquero Jacques Récamier, más adecuado como pareja de la madre que de la hija. De hecho una de las maledicencias que revolotearían pronto sobre ese matrimonio sería la de que Marie Julie, «una mujer rubia, fresca y viva, hecha para encantar a los demás»,<sup>[182]</sup> había buscado un acomodo para tener cerca a su presunto amante. Récamier, nacido también en Lyon, donde su padre tenía una sombrerería para la que se inició como viajante de comercio en España, no era en todo caso un extraño en la mansión de los Bernard, y él mismo reconocería que Marie Julie había sido la primera persona con la que había hablado de casarse con su hija.

Una variante más retorcida de esa conjetura sería la de que Récamier, sintiéndose amenazado por la Revolución, había buscado una forma singular de transmitir su fortuna a Marie Julie a través del matrimonio con Juliette. Lo único constatado es que el banquero había asistido el 21 de enero a la ejecución del rey y volvía a presenciar siempre que podía el funcionamiento de la guillotina, comentando que quería hacerse a la idea de lo que le podía suceder. «Me contó que casi todos los días asistía a las ejecuciones», recordará en sus memorias la sobrina e hija adoptiva de Juliette, *madame* Lenormand. «Cuando le transmitía mi sorpresa de que se condenara a [contemplar] tan horrible espectáculo, me contestaba que era para familiarizarse con la suerte que verosímilmente le esperaba».<sup>[183]</sup>

Sin embargo, habría un más difícil todavía, basado en ese mismo testimonio de la persona más próxima a la mujer que deslumbraría a *madame* de Stäel y a Chateaubriand. Según Lenormand, «*madame* Récamier no recibió de su marido más que su nombre [...]. *Monsieur* Récamier no tuvo nunca más que relaciones paternas con su mujer». Para el académico Jules Lemaître eso aclararía todo. «*Monsieur* Récamier no utilizó sus derechos como esposo porque, al haber sido un amigo muy íntimo de *madame* Bernard, podía creer que era el padre de Juliette».<sup>[184]</sup>

Aunque nada prueba que esos rumores tuvieran fundamento, los términos en que el propio Récamier había explicado dos meses antes sus propósitos de boda a uno de sus parientes sí que indican que fue un matrimonio planificado con más racionalidad que emoción. Tras describir a Juliette como «el candor, la decencia y la bondad aparejadas de todos los encantos de la juventud», el banquero explicaba sus sentimientos: «No estoy enamorado, pero siento por ella un cariño tierno y verdadero que me persuade de que voy a encontrar en esta interesante persona la compañera que traerá felicidad a mi vida».<sup>[185]</sup>



Récamier era consciente de por dónde iría el qué dirán y casi cabría observar que ponía en esa carta la venda antes que la herida: «Se podrá decir que mis sentimientos hacia la hija se corresponden con los que he tenido hacia la madre, pero los que frecuentan la casa saben bien que sólo la amistad me unía a ella después de lo que pudo ser un sentimiento algo más vivo al principio de nuestra relación». Hombre pragmático por encima de todo, siempre pendiente del debe y el haber, Récamier reconocía que lo que más le preocupaba era que un asunto tan importante pudiera «colmar su imaginación» y «distrarle de los negocios». Tal era el telón de fondo cuando aquel 24 de abril el novio apareció con un ramo de flores e hizo además de entregárselo a su joven esposa. Todos habían comentado lo que acababa de ocurrir en París y la madre de la novia parecía muy afectada.

—No, nada de flores hoy —dijo Marie Julie.

La primera reacción de Récamier debió de ser de sorpresa, pero enseguida tuvo los suficientes reflejos para trocársela en complicidad y comprensión.

—*Madame* Bernard tiene razón. Las flores son hoy para Marat.<sup>[186]</sup>

## VEINTISÉIS

Si la burguesía parisina estaba conmocionada, en el plano político el desenlace no podía ser más desolador para quienes tan torpe e irreflexivamente habían intentado acabar con su detestado enemigo. Así lo reflejaría al día siguiente *Le Patriote Français*: «El crimen absuelto y coronado; el audaz infractor de todas las leyes, devuelto en triunfo al santuario de las leyes; este santuario respetable, ensuciado por una reunión impura de hombres borrachos y mujeres de mala vida, digno cortejo del triunfador Marat. He aquí los acontecimientos de este día. ¡Día de duelo para todos los hombres virtuosos, para todos los amigos de la libertad!».<sup>[187]</sup>

Según el propio Marat, tan exagerado para contar apoyos como cabezas a cortar, «más de doscientas mil almas»<sup>[188]</sup> habían «bordeado las calles entre el Palacio [de Justicia] y la Convención». Probablemente se acercara más a la verdad el ácido relato del periódico de Gorsas, que, aunque limitaba a «entre setecientos y ochocientos» sus seguidores activos, admitía que hasta diez mil pudieron ser «atraídos por la singularidad de esta mascarada».<sup>[189]</sup> Lo significativo fue en todo caso el grado de entusiasmo, rayano en el paroxismo, de gran parte de los congregados. «Este pueblo necesita idolatrar a alguien [...]; es el mismo que gritaba hace poco “¡Viva el rey!”. Su idolatría no ha hecho más que cambiar de objeto; ha sustituido a un ídolo por otro», escribiría el diputado Dulaure en su periódico *Le Thermomètre du Jour*.<sup>[190]</sup>

Marat había adquirido plena conciencia de su ascendiente sobre las masas movilizadas en París. Y sobre todo de la situación de debilidad en que habían quedado sus enemigos: «Los jodidos idiotas no se dieron cuenta de que al provocar que me juzgaran atraían más interés sobre mí y me daban una nueva ocasión de dar a conocer mi poder y reafirmarlo», le comentaría pocos días después al diputado *montagnard* Harmand de la Meuse. «Mi pueblo estaba allí, y si los jueces se hubieran atrevido a condenarme, les habrían colgado en ese mismo instante encima de su estrado: los clavos estaban preparados y las cuerdas colocadas».<sup>[191]</sup> A juzgar por su conducta de las semanas siguientes, l'Ami du Peuple debió de pensar que no era cuestión de desaprovechar ese patíbulo.

La misma noche de su triunfo comenzó el desfile de ciudadanas depositando coronas en su honor en el Club de los Jacobinos. Sin embargo, la magia del momento quedó rota por el súbito anuncio de que «el patriota Lazowski» había muerto envenenado. Inmediatamente surgieron los gritos de consternación y las denuncias culpando a la aristocracia. Que el jefe de los cañoneros del *faubourg* Saint-Marcel, cabecilla de la fallida insurrección del 10 de marzo y, como dijo *Le Patriote Français*, «jefe de la banda que destruyó las prensas de Gorsas y *La Chronique*», había sido encontrado muerto sin signos externos de violencia en la cercana localidad de Issy era un hecho. Sobre las verdaderas causas de su muerte sólo queda la sospecha de Girey-Dupré: «Los jacobinos pretenden que ha muerto envenenado. No

sé si es verdad, pero lo probable es que su único veneno fuera el vino, al que era muy adicto».<sup>[192]</sup> Y su ampliación en las *Memorias* de *madame* Roland: «Murió de repente [...] de una fiebre inflamatoria, fruto de sus desenfrenos, vigiliadas y aguardientes».<sup>[193]</sup>

Aunque el carnicero Legendre daría alas en la Convención a la tesis del envenenamiento, los propios Jacobinos escucharían el 3 de mayo un informe médico que de ninguna manera la avalaba: «El examen del cuerpo de Lazowski no ha arrojado ningún resultado claro sobre la causa de su muerte. Parece ser consecuencia de una pleuresía, sin disipar las sospechas sobre otras causas que el refinamiento asesino de las cortes y de sus secuaces vuelven a menudo imperceptibles al ojo más sabio».<sup>[194]</sup> De momento, en la iglesia de la calle Saint-Honoré habían encontrado un nuevo mártir y Robespierre, como sumo sacerdote, pronunció su primer responso:

—Si la tiranía tuviera un defensor como el que acaba de perder la República, su elogio habría sido pronunciado con todos los encantos de la elocuencia y en todos los confines se le habrían rendido honores públicos. Cuando un gran hombre ignorado termina su modesta carrera, sólo es elogiado por el pueblo.<sup>[195]</sup>

Como si la mera invocación de su nombre le llevara a dar una señal de su presencia, «el pueblo» —o al menos una porción del mismo— hizo ceder en ese momento una de las tribunas a medio terminar, instaladas para el público, bajo el peso de la sobrecarga. La estructura de madera se desmoronó con estrépito y hubo contusionados y heridos. Robespierre vio en ello una señal para predicar con más ahínco la resistencia frente a la adversidad:

—Ciudadanos, conocéis el precio de la libertad por los crímenes que se cometen para oprimir a sus defensores. Llorad a vuestro hermano. Yo lo lloro, pero juro que mi dolor profundo se volverá en provecho de la libertad. Juro por la memoria de Lazowski, juro por su tumba un odio implacable a todos los bandidos, un amor inmortal a todos los hombres virtuosos, a todos los desdichados.

Hacer del turbulento Lazowski un modelo de virtud tenía su dificultad y su mérito, pero entregado como estaba a la tarea de coordinar sus sentimientos, su prontuario y su estrategia, Robespierre no podía dejar escapar esa oportunidad de seguir predicando el evangelio revolucionario, elogio de la pobreza incluido.

—Dad ejemplo al resto de la tierra al honrar a los amigos de la libertad. No están en la clase opulenta, sino entre los *sans-culottes*. Estad convencidos de que por grande que sea el número de nuestros enemigos, nosotros somos más fuertes que ellos: tenemos la razón, la virtud, y tenemos al pueblo.

Con grandes aplausos y gorros al aire los fieles completaron la liturgia. Como había ocurrido con Le Peletier, David se ofreció a organizar los funerales y propuso que el corazón de Lazowski fuera incrustado en una piedra y colocado bajo la tribuna del club. Los delegados de la Sección de Finistère, a la que pertenecía el finado, reclamaron la custodia de la víscera. La sesión se levantó en una atmósfera de misticismo cívico. En pocos minutos la palabra «virtud» había salido dos veces de labios de Robespierre.

## VEINTISIETE

La Francia de finales de abril no era la República desafiante que a finales de enero había lanzado la cabeza de Luis XVI como un sangriento proyectil contra las conmocionadas cortes europeas; tampoco la potencia expansionista que a finales de febrero avanzaba con audacia hacia los límites geográficos de sus fronteras naturales; ni siquiera el gallo herido en su orgullo que a finales de marzo se había visto obligado a regresar, con los espolones mellados y algunas plumas de menos, al perímetro de su corral tradicional. No, la Francia de finales de abril era de nuevo —como en septiembre, antes del milagro de Valmy— un precario y peligroso campamento asediado por doquier por una multitud de enemigos exteriores, y en el que para colmo se propagaban voraces incendios interiores.

El hundimiento del Ejército del Norte, acelerado por la traición de Dumouriez, no sólo había vuelto a desguarnecer París ante una eventual invasión encaminada a restaurar el Antiguo Régimen, sino que había desatado la voracidad de todos sus vecinos e incluso de los simplemente cercanos. Ese cambio de planteamiento quedó patente en la conferencia celebrada el 8 de abril en Amberes, en la que Coburgo y el coronel Mack fueron los únicos que se ciñeron por inercia al guion del «restablecimiento de la Monarquía en Francia y del orden y la paz en Europa». Sólo los planes para salvar a María Antonieta y sus hijos, intercambiándolos por Beurnonville y los cuatro diputados capturados, ocupaban la recámara de sus segundas intenciones. Fue el embajador británico, *lord* Auckland, flanqueado por el duque de York —hijo favorito de Jorge III y jefe de una, de momento, testimonial fuerza expedicionaria—, quien abrió los ojos a los austriacos: «Tomad todas las plazas fronterizas y procuraos una buena barrera para los Países Bajos. En cuanto a Inglaterra, lo digo francamente: quiere hacer conquistas y conservarlas».<sup>[196]</sup> En cuestión de días las tropas imperiales pusieron sitio a Valenciennes y Condé.

El colapso militar francés no se restringía además a las antiguas tropas de Dumouriez. Tal y como explicaría Cambon a la Convención, el Ejército del Rin, con el que el antiguo conde de Custine —un general carismático de espectaculares mostachos unidos a sus patillas— había penetrado hasta el corazón de Alemania, se encontraba en «un estado de desorganización, consecuencia inevitable de una retirada forzosa [...], carente de hombres, armas, municiones y alimentos».

Tras tener que renunciar al resto de sus conquistas bajo el contraataque de las tropas de Brunswick, Custine se había convertido en protector de la recién creada República de Maguncia, cuya asamblea representativa —la primera fruto de una elección popular en Alemania— acababa de pedir la anexión a Francia, provocando el bloqueo de la ciudad por los prusianos. La aureola de Custine, como conquistador primero y como cercado defensor de la causa revolucionaria después, había alentado tanto sus ambiciones y fantasías como la propia sombra de la sospecha hacia su

lealtad, en un proceso muy similar al suscitado en torno a Dumouriez. Sus malas relaciones con dos ministros tan distintos como Pache y Beurnonville habían marcado la pauta de su propensión a culpar a los demás de sus dificultades y reveses. Como Dumouriez en enero, Custine se había plantado en París en febrero logrando puentear al ministerio ante los comités para obtener los suministros que reclamaba. Y en cuanto habían venido mal dadas, Marat también le había puesto la proa: «Custine, como Dumouriez y Valence, son antiguos criados de la corte [...]. Custine nunca ha abandonado el lenguaje de un cortesano [...]. ¿Cómo es que después de haber anunciado siempre victorias ahora anuncia reveses en el momento en que tiene el ejército más brillante, provisto de todo? [...]. Cien contra uno a que Custine no devolverá a nuestras fronteras más que mínimos restos de su nutrido ejército, desprovisto ya de la caballería [...]. No hay duda de que es un traidor y un decidido contrarrevolucionario».<sup>[197]</sup>

Como si de nuevo uno de los denunciados por l'Ami du Peuple quisiera contribuir a hacer bueno su pronóstico, el propio Custine había dado alas el 9 de abril —tres días después de publicado ese texto de Marat— a la desconfianza de la Convención al escribir una equívoca carta a su presidente, pidiendo ser ratificado en el mando de su ejército: «Mi alma se rebela ante la idea de ejercer un poder absoluto al que ella debe estar sometida. Incluso en el momento de la mayor crisis no puede existir otra dictadura que la de la confianza que inspira un gran carácter, un alma firme que no esté guiada más que por la virtud. La fuerza de los consejos de un solo hombre debe prevalecer cuando son útiles. Pero este poder inmenso de la opinión debe cesar cuando se perciba su egoísmo». El mero hecho de que, tras este inquietante «diálogo entre la inocencia y el cesarismo»,<sup>[198]</sup> la Convención accediera a los deseos de Custine indica cuán desesperada era la situación militar y cuán dramático el problema que para la Revolución suponía no contar con generales emanados de sus filas.

Bajo la batuta y financiación británicas se había orquestado en cuestión de semanas una formidable coalición, con trescientos cincuenta mil soldados sobre el terreno, que ceñía su dogal marítimo y terrestre alrededor de la Francia revolucionaria, envolviéndola desde el Báltico hasta el Mediterráneo, y alineando contra ella no sólo a los dos grandes poderes centrales —Austria y Prusia— y a España, sino también al rey de Saboya, que quería recuperar Niza, o a los príncipes alemanes ansiosos de arañar territorios junto a sus fronteras.

A la presión marítima por el oeste que anunciaba el bloqueo comercial de Francia, a la invasión austriaca desde el norte y al empuje prusiano desde el este, se unía ya desde el 17 de abril la entrada de los españoles por el sur. La vanguardia de las tropas del general Ricardos había tomado ese día la localidad de San Lorenzo de Cerdans, atendiendo al angustiada llamamiento de los vecinos que temían ser guillotinos por haber celebrado la procesión del Jueves Santo y puesto en fuga al representante del departamento que recibió a la efigie de la Virgen con expresiones obscenas.<sup>[199]</sup> Al

día siguiente los invasores tomaban Arles, el 20 Ceret, y antes de que concluyera el mes controlaban la mayor parte del Rosellón y ponían cerco a Perpignan, mientras el general La Houlière, responsable de las sucesivas derrotas, optaba por el suicidio.

Por si todo esto fuera poco, la República no lograba sofocar la rebelión de la Vendée. A cada pequeño éxito que obtenían los generales Boulart y Berruyer seguían retrocesos equivalentes. La represión más brutal con fusilamientos en masa acompañaba ya a los ejércitos de la República, estimulando a la vez la brutalidad en la respuesta de los insurrectos. La recuperación de Machecoul el 22 de abril arrojó luz sobre los horrores de sus sangrientos «rosarios»: Souchu fue capturado cuando trataba de escapar, juzgado por el mismo procedimiento sumarisimo que él había aplicado y ejecutado de inmediato por un zapador que le cortó la cabeza sobre el tronco de un cañón.<sup>[200]</sup> En medio de tanta crueldad, la excepción a la regla fue la reacción del generalísimo D'Elbée, obligando a postrarse de rodillas a los campesinos que se disponían a masacrar a los prisioneros encerrados en la iglesia de Chemillé; «¡Antes de matar, recemos juntos el Padrenuestro!», les dijo, salvando así —«¿Cómo osáis pedirle a Dios que os perdone [...] cuando estáis a punto de vengaros de vuestros enemigos?»— la vida de cuatrocientos republicanos el 11 de abril.<sup>[201]</sup>

Pero si la brutalidad de los sublevados, que la República atribuía a su fanatismo religioso, estimulaba la indignación de los revolucionarios; o las maniobras de los rebeldes para intentar conquistar Nantes preocupaban sobremanera a los *sans-culottes* que, encabezados por Bouchotte, volvían a controlar el Ministerio de la Guerra, lo que de verdad tuvo que sembrar la alarma en el Comité de Salud Pública fue el descubrimiento a finales de mes, en la pequeña isla atlántica de Noirmoutier, de pruebas del «entendimiento y concertación de los rebeldes con Inglaterra y con España».<sup>[202]</sup> La tesis de la colaboración entre los enemigos del exterior y los del interior —alimentada durante meses desde una perspectiva paranoica por Robespierre y Marat— iba adquiriendo así bases tangibles a medida que el dogal se cerraba sobre Francia y en París se mezclaba el debate sobre la carestía de la vida y el aprovisionamiento de los comercios con la angustia por encontrar los medios de salvar a la República.

Tal era el escenario en el que Danton y Cambon servían de puntas de lanza del primer gobierno parlamentario de la Revolución, con Barère como tercera pieza, más vistosa que eficaz, del tridente. Dada la correlación de fuerzas militares, la mejor opción a corto plazo era ganar tiempo, estimulando las divisiones de los coaligados y persiguiendo incluso la paz separada con alguno de ellos. Este era el sentido instrumental del principio de no ingerencia incluido, muy a pesar de Robespierre, en el decreto del 13 de abril, y la diplomacia francesa trataba de sacarle el máximo partido: «¿En qué quedaría la tranquilidad de Europa si algunas potencias ambiciosas pudieran cambiar a su gusto la organización interna de las naciones vecinas?», escribía el 29 de abril el ministro Lebrun a su inteligente embajador en Suiza, Berthélemy, indicándole que diera la máxima difusión a esa nueva política.<sup>[203]</sup> Era



obvio que la República tenía un problema de credibilidad en la medida en que esa misma pregunta podían haberla formulado sólo dos meses antes los belgas, holandeses o saboyanos contrarios al anexionismo revolucionario.

El viraje había sido tan rotundo que ni siquiera preservaba un asunto muy vinculado a la mística de la Revolución como era la cuestión de Polonia.<sup>[204]</sup> Cuando Austria, Prusia y Rusia forcejeaban de cara a su segundo reparto, a Francia le convenía más estimular ese proceso que defender los derechos de los patriotas polacos, pues cuantas más fuerzas necesitaran allí las dos monarquías centrales, menos podrían dedicar a invadir la República. «Estamos muy alejados de suscribir irrevocablemente la aniquilación de Polonia —escribió cínicamente el propio Lebrun el 20 de abril—. Pero ¿es preciso emprender en el presente su defensa contra la conjura de los tres poderes?».<sup>[205]</sup>

El riesgo de desmembramiento, que en todo caso planeaba sobre el Comité de Salud Pública, no era el de Polonia, sino el de Francia. La falta de receptividad del enemigo a esa estrategia de distensión y su impopularidad entre los jacobinos obligaban al Comité de Salud Pública como mínimo a combinarla con medidas enérgicas destinadas a hacer frente a los desafíos militares más inmediatos. El fracaso de la política de reclutamiento adoptada en febrero ya era a esas alturas bastante patente, pues —al margen de los numerosos disturbios que ocasionaba— la falta de concreción de sus criterios nunca desembocaba en el enrolamiento ni de los más motivados ni de los mejor capacitados.

El telón de fondo era el desenganche creciente de la sociedad francesa del proyecto revolucionario. Barère tenía muy fresca en la memoria la carta que su colega, el líder *montagnard* y jacobino, Jeanbon Saint-André, ardiente defensor del ideal republicano, le había escrito a finales de marzo, explicándole su experiencia como enviado a la Dordogne: «Por todas partes hay cansancio de la Revolución. Los ricos la detestan, los pobres no tienen pan y les persuaden de que la culpa es nuestra. Los periodistas les han engañado por completo. Las propias sociedades populares han perdido enteramente su energía [...]. ¿Qué es lo que nos queda por hacer? Envolver nuestras cabezas en nuestros mantos y esperar a recibir el golpe que nos amenaza [...]. La gangrena ha infectado a la masa y si queremos salvarla es preciso empezar por regenerarla. ¿Qué medidas tomar para ello? Es preciso que sean grandes y rigurosas [...]. Puede que no remedien el mal, pero si es preciso perecer, al menos que sea con gloria».<sup>[206]</sup>

La respuesta para sacar a la República de esa peligrosa inercia llegó del pequeño departamento meridional de Hérault, del que era natural Cambon, cuando, obligadas a hacer de la necesidad virtud por la cercanía de los invasores españoles, las autoridades de Montpellier y las comunas circundantes adoptaron dos medidas extraordinarias. De acuerdo con la primera se reclutaba una fuerza de cinco mil hombres, seleccionados mediante «la requisición directa y personal de los ciudadanos reconocidos como los más patriotas y los más adecuados por su valor, su carácter y su



fuerza física para servir útilmente a la República en este momento de peligro». De acuerdo con la segunda, este ejército de revolucionarios era financiado mediante el «préstamo forzoso» de cinco millones de libras al que inicialmente se invitaba a contribuir a cualquier persona con posibles, pero que al cabo de dos días sería completado «mediante las requisiciones imperativas dirigidas a los particulares ricos», a los que se les entregaría el correspondiente recibo. El cálculo era bien sencillo: por mucho que se descontaran armas y pertrechos, a 1000 libras por bigote no sería difícil reclutar a los patriotas más fieros.

Haciendo honor a su condición de «hombre de Estado práctico»<sup>[207]</sup> y con el estímulo adicional del paisanaje, Cambon propuso el 27 de abril a la Convención que extendiera a toda Francia esos dos mismos criterios de su departamento. Una vez que se hubo aprobado la moción, Danton hizo su elogio y exégesis política.

—Si las mismas medidas se adoptan por doquier, la República está por fin salvada. Honrados sean los agitadores que vuelven el vigor del pueblo contra sus enemigos. Se dirá que el Departamento de Hérault ha creado un impuesto para los ricos; pero, ciudadanos, crear un impuesto para los ricos es prestarles un servicio. Más que un sacrificio considerable, para ellos es una verdadera ventaja. Cuanto mayor sea el sacrificio sobre el usufructo, más garantizada estará en el fondo la propiedad frente a sus enemigos.

La mezcla de sorna e ingenio de Danton desató risas y aplausos que alcanzaron su paroxismo cuando pasó a concretar la aplicación del principio general al caso de la capital.

—En París hay lujo y riquezas considerables. ¡Muy bien, por este decreto esta esponja va a ser exprimida! El pueblo hará la Revolución a expensas de sus enemigos interiores. París, haciendo un llamamiento a sus capitalistas, proporcionará su contingente.

Era una jugada perfecta, pues al mismo tiempo permitiría encauzar la fuerza del movimiento popular, mantener la tensión revolucionaria en las calles de París e impulsar la política de divide y vencerás del comité. A Danton se le entendió absolutamente todo.

—Esto nos dará los medios para sofocar los disturbios de la Vendée. Sólo de eso depende nuestra tranquilidad exterior. Pronto os enteraréis de la disolución de esta liga formidable de reyes, porque al unirse contra vosotros no han olvidado sus viejos odios y sus pretensiones respectivas. Es preciso dirigir a París sobre la Vendée. Si el foco de las discordias civiles se extingue, se nos pedirá la paz y la haremos honorablemente.

La Convención aprobó por unanimidad que veinte mil parisinos más de los ya reclutados fueran enviados a luchar a la Vendée a costa de los ricos de la capital. Quedaba por concretar quiénes serían los expedicionarios, quiénes sus mecenas forzosos y qué opinarían unos y otros del arreglo.

## VEINTIOCHO

La Revolución había levantado en la plaza del Carrusel del Louvre una guillotina y un Árbol de la Libertad y había cambiado su nombre por el de plaza de la Reunión. Tenía pues toda su lógica que fuera allí donde ese mediodía del domingo 28 de abril de 1793 quedara fijada la cita entre dos muertos vivientes y sus respectivos deudos.

El primero en llegar, en carreta y por su propio pie, fue el cochero de veintiún años Desiré-Charles Mingot, feligrés de la parroquia de Saint-Sulpice. Su trayecto había comenzado en realidad la noche del 2 de abril en un café de la calle de les Deux Écus, una callejuela paralela a Saint-Honoré, cuando tuvo un altercado con un comisario de policía al que trató de golpear en estado de embriaguez. Fue conducido a una especie de calabozo de la Sección de la Halle-au-Blé, conocido en el argot de los *sans-culottes* como «el violín», y allí, delante de testigos, dijo de todo. Lo más grave: «Que la nación sólo estaba formada por ladrones, perros y canallas y que se cagaba en ella».<sup>[208]</sup> Los hechos habían sido acreditados la víspera durante el correspondiente juicio y el Tribunal Revolucionario, en una sentencia gemela a la dictada contra la cocinera Clère, le había condenado a muerte.

La mañana era soleada, con quince grados de temperatura y una leve brisa del este. Mientras el cortejo que conducía a Mingot al cadalso atraía la atención y desataba los improperios de más curiosos que de costumbre, en la plaza del Ayuntamiento el alcalde Pache recibía de manos de sus compañeros de la Sección de Finistère el cuerpo exánime del cañonero Lazowski y daba paso a los preparativos para su traslado hasta su última morada. En una carta enviada la antevíspera a sus electores de Rennes, Lanjuinais se refería a él como al «jefe de los bandidos que debían masacrar a la Convención el 10 de marzo», y expresaba su deseo de que «no se nos invite a rendir los últimos honores a nuestro asesino».<sup>[209]</sup>

En ninguna crónica del día consta en efecto la asistencia de ningún diputado moderado; ni siquiera la de Lasource como presidente de la Convención. También brilló por su ausencia el comandante en jefe de la Guardia Nacional. Al día siguiente uno de los colaboradores de Pache<sup>[210]</sup> acusó a Santerre en el Club de los Jacobinos de no haber acudido por sentir celos de la gloria de Lazowski, pero el General Espumoso explicó que había una revista programada con anterioridad. El protagonismo fue para el Consejo General de la Comuna y para las secciones del *faubourg* Saint-Marcel y otros barrios populares que desplegaron pancartas con elocuentes inscripciones: «¡*Sans-culottes*, Lazowski ya no está!», «Fue calumniado por los conspiradores, sus colegas le lloran» o «¡Que me sigan quienes me quieran!». Este último lema iba acompañado por una boca de fuego de bronce, identificada por un rótulo que evocaba el primer asalto a las Tullerías el 20 de junio de 1792: «Él condujo este cañón hasta las habitaciones del tirano».

Los cañoneros de Saint-Marcel llevaban a hombros un ataúd cubierto de ramas de

ciprés y coronas cívicas, y un grupo de «fuertes por la patria» portaba el lecho en el que, al modo de Le Peletier, reposaba el cadáver semidesnudo de Lazowski, con la peculiaridad de que las sábanas formaban una inmensa bandera tricolor. Era pues la República la que amortajaba a su hijo sin reparar «en los reproches de malversación, puede que fundados, y en otros delitos más» porque, como alegó *Révolutions de Paris*, «los grandes excesos acompañan necesariamente a las grandes cualidades».

[211]

El periódico de Prudhomme puso el foco en un rasgo de interés humano: «Una idea muy feliz, que se debe sin duda al organizador de los funerales de Le Peletier, fue la de colocar al pie del lecho fúnebre a la hija del ilustre difunto, una niña de tres años y medio. Estaba entre las rodillas de un buen ciudadano, maestro y cargo municipal, que se ha encargado de la educación de esta niña, convertida en hija adoptiva de la Comuna de París».

Y así, a los acordes de la música de Gossec, interpretada bajo su propia batuta, el cadáver de Lazowski llegó a la plaza de la Reunión, fue trasladado al ataúd y enterrado junto al Árbol de la Libertad, «teniendo a sus pies a su hija, demasiado joven para participar del dolor público, y a su cabecera a un cañonero que lloraba la muerte prematura de su compañero de armas». A pocos metros de distancia un rastro fresco de sangre identificaba al pie de la guillotina el lugar en el que había rodado la cabeza del cochero Mingot poco después del mediodía. Destournelles, vicepresidente del Consejo General de la Comuna, no dejó de subrayar esta oportuna coincidencia: «Otras cabezas, innumerables, sacrificadas por el mismo crimen, rodarán sobre el cadalso revolucionario y esta sangre impía en la que abrevará nuestro árbol sagrado será al mismo tiempo un holocausto digno de los manes de Lazowski».

[212]

Miles de parisinos desocupados habían empalmado un espectáculo con otro. Las *tricoteuses* ni siquiera habían tenido que cambiar sus labores de ganchillo, y los bailes y cánticos acortaron la espera mientras los vendedores ambulantes distribuían bebidas y alimentos. No serían ni las tres de la tarde cuando el joven borracho que se había «cagado en la nación» y el turbulento cañonero que tantas veces lo había hecho, en similares circunstancias, en el rey, la reina, el Papa, los obispos y todos los aristócratas brissotinos y girondinos, quedaron «reunidos» para siempre en el tiempo y el espacio de aquella entretenida jornada de domingo.

## VEINTINUEVE

El 30 de abril el ciudadano Dutard cogió la pluma y el papel y escribió una carta al ministro del Interior, Garat, para agradecerle su nombramiento como Comisario Observador Local para el Departamento de París, es decir, como confidente o espía a su servicio: «Acepto decididamente y sin restricción el puesto que me habéis ofrecido. ¿Por qué lo acepto? Porque lo recibo de vos, porque me acerca a vos, porque me une a la suerte de una familia a la que le debo todo y cuya prosperidad y desgracias no pueden serme indiferentes».<sup>[213]</sup>

Dutard era el primero de una lista de siete agentes que Garat había enrolado para que, a modo de policía secreta, le sirvieran de ojos y oídos en la calles de París, de forma que no le volviera a ocurrir como durante los sucesos de marzo, cuando no se enteró de nada y terminó haciendo el ridículo en la Convención a propósito de los que se reunían «a tomar cerveza» en el Café Corazza. Pero Dutard no era un fisgón cualquiera. Había ejercido la abogacía en Burdeos —de ahí sus lazos con los Garat— y poseía una fina capacidad de observación y un agudo don para el análisis. Todo eso, así como sus atribuladas simpatías por el bando moderado, quedaron de relieve en esa primera carta en la que trazaba su plan de trabajo. «Voy a entregarme por entero y sin reserva al estudio de la Revolución. No me limitaré a informaros de lo que haya visto y oído; esa es la mecánica del oficio que un simple lacayo podría cumplir igual de bien que el primer filósofo [...]. Es preciso por supuesto que enuncie los hechos: *minima circumstantia facti inducit ad maximam differentiam juris*. Esta regla es cierta y tiene su justa aplicación en la política [...]. Pero también es preciso que razone a partir de los hechos, que transmita lo que he sentido más que lo que he escuchado. Es preciso que saque al menos las primeras consecuencias».

Y, ni corto ni perezoso, Dutard exponía a Garat el primer caso práctico dentro de ese método de trabajo en el que de un hecho «mínimo» podían derivarse consideraciones «máximas»: «Por ejemplo ayer, en el Palacio de la Igualdad —es decir, en el Palais Royal—, un joven que por su moral me ha parecido un brissotino o un aristócrata tuvo un incidente con un jacobino. El uno le había pisado la cola al perro del otro y por eso se organizó la correspondiente discusión entre ellos».

Era obvio que si el propio Dutard equiparaba a los «aristócratas» y a los burgueses simpatizantes de Brissot eso indicaba que los radicales iban ganando la batalla de la opinión pública en las calles de París: «Unos doscientos aristócratas más o menos ocupaban las avenidas del jardín o los cafés. Había pocos jacobinos [...]. Los más letrados razonaban sobre la política y elevaban al pueblo al nivel de confianza que hace falta para comprometerlo a volar en ayuda de nuestros hermanos de la Vendée. Otros invitaban a los propietarios a dirigirse en masa a las secciones para regular el espíritu público y dictar normas».

Sin embargo, lo que él quería era sacarle partido al ejemplo y elevar la anécdota a

categoría: «Todo el mundo acudió en el instante en que un paseante torpe pisó la cola del perro, el perro ladró y el dueño se puso de su parte. El jacobino tenía un gran sable, el aristócrata no. De entrada el aristócrata mostró aplomo, después palideció y después se disculpó. He visto cien veces escenas como esta. Si hubiera vivido Capeto, al jacobino lo habrían molido a palos o por lo menos echado de allí».

En esa especie de análisis instantáneo Dutard contraponía la cohesión jacobina en torno al club de la calle Saint-Honoré con la dispersión de sus desorganizados adversarios: «¿Por qué, me diréis, una docena de jacobinos han amedrentado a doscientos o trescientos aristócratas? Porque los primeros tienen un lugar de reunión y los otros no lo tienen. Porque los aristócratas están divididos entre ellos. Todos gritan contra los asesinos. Los más razonables quieren unirse a la parte sana de la Convención, pero la mayoría se resiste. Se les ve repasar en su cabeza todas las cuentas pendientes, las ansiedades de toda especie; se les ve parlotear todavía contra los Guadet y los Vergniaud».

No conocemos ni la edad ni el aspecto físico de Dutard, pero sí su dedicación, entrega y obsesión por el secreto, pues concluía proponiéndole al ministro que le dejara utilizar «un pequeño despacho o reducto cualquiera del que tuviera la llave» para acudir cuantas veces al día fuera necesario a dejarle allí sus informes. Sólo el ministro debía tener otra llave para evitar intermediarios y, bordeando lo enfermizo, llegó a recomendarle que nunca la dejara en el bolsillo de una prenda que no llevara puesta. Era tal su entusiasmo por la tarea encomendada, que se ofrecía a «darle noticias de hora en hora», como si de una forma nueva de periodismo confidencial se tratara. Y entre tanto no disponía de esa mínima estructura de apoyo, también podía apañárselas: «Trabajaré en la habitación de vuestro sobrino».<sup>[214]</sup>

Antes de que el ministro del Interior pudiera leer tan elocuente informe, a otro «perro brissotino» le estaban pisando no ya la cola, sino la cabeza en el mismo recinto de la Convención. En este caso la víctima propiciatoria de la ira de las tribunas era el siempre correcto y racionalista Ducos, que había osado salir al paso de lo que ya era una ofensiva en toda regla de la Montaña en apoyo de la fijación del precio máximo del trigo que exigía la Comuna de París.

—Daos cuenta de que una vez que la ley haya determinado ese máximo los agricultores y los comerciantes se negarán a vender a un precio inferior. Y como ese precio será determinado sin duda por el actual precio más alto de los mercados para el grano de la mejor calidad, resultará que en vez de proteger al pueblo le impondréis la obligación de pagar por trigos y harinas de calidad inferior más de lo que paga en este momento.

Como si sintieran que la lógica aplastante del diputado de Burdeos amenazaba su mitificado objetivo de los precios regulados, tanto algunos diputados *montagnards* como sobre todo los ocupantes de la tribuna que estaba sobre sus cabezas del lado de la llamada «terrace de los Feuillants», comenzaron a abuchearle. Y su ira subió de tono cuando Ducos se refirió a los distintos elementos del proceso agrícola y

comercial.

—Seguro que al fijar el precio de los granos queréis incluir los avances en la siembra, en el cultivo, en la compra de animales, el precio del trabajo del labrador y del granjero, porque para que vosotros podáis vivir es preciso que también puedan vivir ellos.

Nunca una obviedad había sido acogida de forma tan intempestiva. La sesión quedó interrumpida durante unos minutos. Luego los abucheos se transformaron en pateos cuando Ducos pronosticó lo que ocurriría si se seguía por el camino del precio fijo:

—Cuando los murmullos me han forzado al silencio iba a decir que si el precio del grano no guarda proporción con el de otros alimentos, con los avances del cultivo, con el sueldo de la mano de obra, entonces el cultivador, al no obtener ningún fruto de la explotación de su campo, dejará de cultivarlo y la mayor parte de las tierras estarán en baldío el año próximo y el pueblo se morirá de hambre.

Los gritos de «¡Abajo, abajo!» se generalizaron entonces en la tribuna de la discordia. Ducos tuvo que soportar los gestos más amenazantes, los insultos más obscenos. Tan evidente era que se trataba de una coacción organizada, que varios diputados pidieron que lo ocurrido tuviera consecuencias.

—No se puede abuchear indecentemente a un representante del pueblo —dijo el moderado Pénierès—. Necesitamos un artículo del reglamento y estar armados de una fuerza pública suficiente.

—Puesto que la representación nacional ha sido insultada pido que se ordene evacuar la tribuna de la que ha partido el ultraje —propuso el *montagnard* Lévasseur, tal vez a modo de cortafuego.

—¡Se apoya! ¡Se apoya!

Pero entonces Guadet pidió la palabra para una cuestión de orden y la Convención acordó concedérsela. Al subir a la tribuna su figura parecía más alargada y severa que nunca.

—Ciudadanos, una representación nacional envilecida deja de existir. Todo paliativo para salvar su dignidad es una cobardía. Ha quedado de sobras probada la inutilidad de las llamadas al orden del presidente. Las autoridades de París no quieren que seáis respetados.

Esta acusación levantó fuertes murmullos en el lado izquierdo, pero Guadet no iba a quedarse en las palabras.

—Es hora, ciudadanos, de acabar con esta lucha entre la nación entera y un puñado de contrarrevolucionarios disfrazados bajo el nombre de patriotas. Pido que la Convención Nacional decrete que celebrará su sesión el lunes en Versalles.

Una cerrada ovación de la mayoría de los diputados respaldó la propuesta. Entre el desconcierto de la Montaña y las tribunas, otro moderado, Viger, que se había incorporado hacía tres días a la Convención cubriendo la baja de un dimisionario, propuso adelantar los plazos.

—Aplazar hasta el lunes nuestra partida para Versalles sería proporcionar a los malvados los medios de evitarla. Propongo que al primer murmullo de las tribunas nos retiremos todos y marchemos hacia Versalles con el sable en la mano.

Numerosos diputados reaccionaron como si de repente alguien les hubiera mostrado la forma de escapar de la más espantosa de las cárceles. Sólo Marat salió al paso de los nuevos aplausos y los entusiastas gritos de apoyo.

—No es acobardándose como se restablece la calma y como se recupera la confianza. Una parte de la Convención ha sido declarada cómplice de Dumouriez por el propio Dumouriez.

Y, en abierto desafío a la mayoría, el más que absuelto, deificado Ami du Peuple, volvió a plantear su moción favorita para poner precio a la cabeza de los Borbones emigrados. Buzot reaccionó indignado ante esa burlona maniobra de distracción.

—No creo que con una moción incidental, que por otra parte ni apoyo ni combato, se deba cambiar el debate sobre la propuesta tan importante de Guadet. No es la opinión de los diputados sobre el asunto del tirano lo que engendra aquí la división. Todo el mundo sabe que Ducos, que hablaba de la clase más respetable, del agricultor, votó por la muerte de Louis...

Así como Vergniaud, Guadet, Pétion, Lasource, Gensonné o el abate Fauchet habían contestado ya con brillantes discursos a las acusaciones de Robespierre, las secciones y la Comuna —y el propio Brissot había recurrido a la comunicación escrita—, Buzot aún no lo había hecho. Llevaba días mordiéndose la lengua y de repente decidió dejar de callarse. El enamorado de *madame* Roland, el idealista abogado de Évreux, dio rienda suelta a sus indignaciones más profundas, aludiendo de entrada a las masacres de septiembre.

—He pensado, lo pienso todavía, que acontecimientos cuya época no quiero recordar han desnaturalizado la moral del pueblo. Los mismos hombres que los han causado se han apropiado de todos los cargos. Se les encuentra por todas partes: en los ejércitos, en el ministerio, en el departamento, en la municipalidad. ¿Qué es lo que se escucha en un café vecino que no es sino el punto de encuentro de los canallas en vuestras avenidas? Gritos desaforados. ¿Qué es lo que se ve? Figuras horrorosas, hombres cubiertos de sangre y crímenes. Así lo ha querido la naturaleza: el que ha empapado una vez sus manos en la sangre de sus semejantes no puede vivir nunca más en la sociedad. Es un desnaturalizado, necesita sangre, siempre sangre para apagar sus remordimientos.

Del sueño de la razón de Buzot ya sólo quedaba su fábrica de monstruos. Tenía demasiado amor propio como para haber caído en la tentación de justificarse y era demasiado inteligente como para no entender lo que estaba ocurriendo.

—Ved los espantosos resultados que nacen de esta escandalosa impunidad. Que preguntáis por las causas de algunos desórdenes... Se ríen de vosotros. Que requerís la ejecución de las leyes, que castigáis a uno de ellos... Se le carga de honores para burlarse de vosotros. Ved esa sociedad otrora célebre. No quedan ni treinta de sus



verdaderos fundadores. No quedan más que hombres perdidos por los crímenes y las deudas. Leed sus periódicos y preguntaos si mientras exista esa abominable guarida podréis permanecer aquí.

La alusión era demasiado obvia como para que no tuviera su réplica por parte de la Montaña.

—¡Todos somos jacobinos, todos somos jacobinos! —clamaron varias decenas de diputados.

—Tengo derecho a seguir manifestando mi opinión —protestó Buzot.

—No, no... Los departamentos conocen tu infamia, canalla —le espetó el dantonista Basire.

Siguió un nuevo tumulto en medio del cual Durand de Maillane, uno de los casi siempre, más que silenciosos, impávidos referentes de la Planicie o el Pantano, reveló que, tras la llegada de un correo de París, el club jacobino de Marsella había puesto precio a la cabeza de cinco diputados por el Departamento de Bouches-du-Rhône, empezando por la de Barbaroux y la suya propia. En un clima de agitación y alarma, la Convención se dividió entre quienes querían que se votara la moción de Guadet para trasladarse a Versalles, la de quienes daban prioridad al desalojo de la tribuna propuesto por Lévasseur y la de la minoría más radical que no quería ni lo uno ni lo otro.

—No consentiremos que una tribuna sea evacuada —clamaba Basire.

En medio de la confusión, Danton se encaramó al podio, chocándose con Buzot.

—¡Abajo, abajo! ¡No queremos un dictador! —gritó Pénierès.

—Es para proponer una simple enmienda —aclaró Danton—. Está bien que queráis ser severos y justos, pero no castigéis más que a los que han faltado al respeto a la Convención.

Si fue una táctica deliberada, le salió bien, pues al plantear ese término medio de difícil ejecución, la Convención se inclinó por la opción de Lévasseur y decretó que la tribuna de la terraza de los Feuillants fuera desalojada por completo, olvidándose en cambio de la moción de Guadet. Una parte de los espectadores afectados cumplieron la orden y se marcharon entre improperios. Otros tantos se resistieron y los ujieres tuvieron que porfiar durante un largo rato, mientras Lasource se veía obligado a cubrirse por enésima vez. Cuando por fin pudo reanudarse la sesión, Ducos retomó la palabra con una flema y lucidez dignas de mejor causa.

—El tumulto escandaloso que me ha molestado en el transcurso de mi intervención no sólo se debe a las causas habituales del desorden y la irreverencia que agitan a las tribunas de esta Asamblea, sino también a las ideas erróneas, a los prejuicios inveterados de un gran número de ciudadanos de París sobre las subsistencias, prejuicios que, por decirlo de pasada, les fueron inspirados por el despotismo, cuando daba el pan a buen precio al pueblo para tener a su vez su silencio y su sumisión a buen precio.

Siguió luego toda una clase de economía práctica en la que el diputado de

Burdeos tuvo la habilidad de contraponer «este sistema de trabas, de obstáculos, de tasaciones, de censos, de visitas domiciliarias, de multas, de cárceles» a la «doctrina de los amigos instruidos de la libertad». La ironía de Ducos («El pueblo de París tal vez imagina que el trigo crece en los campos como la hierba en las praderas») brilló a la misma altura que sus convicciones («Los intercambios sociales son justos cuando son libres»). Su diagnóstico final le llevó a señalar el exceso de papel moneda, es decir, la emisión desaforada de asignados, como verdadera causa de la carestía de la vida y el desabastecimiento.

Entre la emergente coalición que formaban la Comuna, los Jacobinos y los *enragés* y aquellos a quienes habían elegido como enemigos, empezaba a surgir pues una cuestión ideológica que afectaba a la política económica a seguir en un país en estado de guerra. Ducos no era uno de los Veintidós —no sólo había votado por la muerte del rey, sino también contra la apelación al pueblo—, pero su cercanía personal a Vergniaud y al resto de los diputados por la Gironda le daba derecho a ocupar un lugar destacado en el imaginario estado mayor de «la facción». En todo caso, sus opiniones liberales, hasta hacía nada compartidas también por gran parte de la Montaña, eran el denominador común de todos los diputados —representantes en su mayoría de departamentos marítimos con tradición comercial— incluidos en la primera lista de proscritos. Dos modelos de organizar la sociedad y distribuir la riqueza emergían frente a frente.

Sin embargo, esta discrepancia sobrevenida no era sino el síntoma de una dinámica mucho más de fondo: la pretensión del París jacobino de monopolizar todos los resortes del poder revolucionario, bien para responder con eficacia al cerco e invasión del territorio —durante esa misma sesión, a instancias de Cambon, las fuerzas de la República quedaron encuadradas en once ejércitos con sus correspondientes comisarios políticos—, bien para implantar por medio de leyes y decretos la «virtud» en la Tierra.

Lo más característico del momento era en todo caso el nivel de violencia verbal que se iba acumulando. Así, en su segundo informe a Garat, datado también el 30 de abril y presuntamente redactado en la habitación del sobrino del ministro, el abnegado Dutard resumía la intervención del procurador síndico que había presenciado durante la última reunión del Consejo General de la Comuna: «Chaumette ha tomado la palabra, ha hablado como un *enragé* [...]. Las referencias a la sangre, a la carnicería, tapizaban casi todas sus frases. “Es preciso hacer holocaustos con los curas fanáticos [...]. Es preciso que seamos lo que fuimos el 10 de agosto [...]. ¡Sangre, ciudadanos, sangre! Que perezcan algunos hombres, hay que cortar los brazos para salvar el cuerpo”». Fiel a su promesa de analizar la información, Dutard añadía que Chaumette «había sido aplaudido pero no había inspirado confianza».<sup>[215]</sup>

¿Quién podía hacerlo en ese momento? ¿Dónde estaba la fuente de autoridad capaz de detener la deriva del barco de la Revolución hacia los arrecifes de la ruptura

de la propia legalidad republicana? Sólo el pacto que Danton había ofrecido en vano a los moderados podía haber tenido alguna posibilidad de ejercer de contrapeso al proyecto jacobino y estabilizar la situación. El mercurial orador de Arcis, el falso rústico que camuflaba el lustre adquirido en su sofisticada biblioteca para parecer más próximo a las masas, estaba ahora en el poder al frente del Comité de Salud Pública, pero actuaba «en medio de una horda furiosa que le arrastraba más que le seguía, que le aclamaba sin comprenderle y que le empujaba sin obedecerle».<sup>[216]</sup>

La suerte de los ya seleccionados por sus enemigos para integrar el «partido girondino» pendía de un hilo, y ese hilo no era otro sino la mutante concepción que Robespierre tenía de la democracia, del pueblo y de la Revolución. Algunos de los ya marcados con la cruz del ángel exterminador parecían haber asumido su destino con la mezcla de idealismo patriótico y estoicismo clásico del último Vergniaud, pero otros se crecían ante el combate e incluso creían estar en condiciones de ganarlo. Era el caso del exalcalde Jérôme Pétion, que aquel mismo 30 de abril —harto de vejaciones y acosos— entonó por escrito el que sería su gran canto del cisne como líder varias veces electo de la burguesía parisina.

En una especie de carta abierta a sus conciudadanos, Pétion retomó los argumentos de su denuncia contra el escrito de la Halle-au-Blé, redoblando el llamamiento a la movilización que ya había planteado el día 10 en su debate con Danton. En las tres semanas transcurridas su tono se había agriado aún más, fundiéndose en una mezcla de frustración y reproche sostenido: «Valientes habitantes de París, tened cuidado, no tenéis ni un instante que perder para detener el progreso de los malvados [...]. Vuestras propiedades están amenazadas y cerráis los ojos ante este peligro. Se estimula la guerra entre quienes tienen y quienes no tienen y no hacéis nada para prevenirla. Algunos intrigantes, un puñado de facciosos, os dictan la ley, os arrastran a las medidas violentas y desconsideradas y no tenéis el coraje de resistiros. No os atrevéis a presentaros en vuestras secciones a luchar contra ellos. Veis a todos los hombres ricos y pacíficos abandonar París, veis el aniquilamiento de París y seguís tan tranquilos. Se ejercen contra vosotros todo tipo de inquisiciones y las sufrís con paciencia».

Pero lo más importante de esa apelación a un París burgués e ilustrado que día a día se desvanecía era el final explosivo en el que el mismo Pétion, que había perdido los papeles en la sesión del día 12, resumaba toda la inquina que el trato vejatorio al que le sometían los grupos radicales había dejado en su corazón: «Son quinientos o seiscientos hombres, los unos delirando, los otros cubiertos de crímenes, la mayor parte sin medios de subsistencia conocidos, los que se extienden por doquier, ladrando entre los grupos, vociferando en las secciones, jurando, amenazando, no hablando más que de asesinatos y pillajes, invocando imperiosamente la ley y ejerciendo el más odioso despotismo sobre seiscientos mil ciudadanos [...]. La posteridad no podrá creerlo. ¡Parisinos, salid al fin de vuestro letargo y obligad a volver a su guarida a estos insectos venenosos!».<sup>[217]</sup>

Todo eufemismo, toda cortesía habían desaparecido. Los dados estaban ya rodando sobre el oscuro tapete del odio.

## **CAPÍTULO V. LAS FURIAS DE MAYO**

## UNO

Toda vez que la Convención acababa de solicitar un informe sobre las reclamaciones de un grupo de invidentes a los que no se había admitido en el hospital especializado de los Quinze-Vingts, cualquiera diría que, a juzgar por su conducta posterior, un contagioso ataque de ceguera impedía ver aquel 1 de mayo a la mayoría de sus miembros incluso lo que sucedía en su entorno más inmediato y resultaba más peligroso para ellos. Sin embargo, el mero hecho de que el pastor Lasource, tan pagado de sí mismo, anunciara en el que era su penúltimo día como presidente de la cámara que «varias delegaciones de la comuna de Versalles y del Ayuntamiento y de las secciones de París piden ser admitidas para tratar asuntos muy urgentes», debió de haberles puesto sobre aviso de hasta qué punto los problemas de abastecimiento y la nueva recluta de soldados para la Vendée formaban una combinación explosiva.

El primer síntoma de lo que estaba en marcha se lo dio la portavoz de una delegación de mujeres de Versalles que compareció ante la barra exhibiendo un cartel con la inscripción «Pedimos la tasa de los granos» —es decir, la fijación del precio máximo— y formulando una protesta bien concreta:

—Representantes del pueblo, veis ante vosotros a las ciudadanas de Versalles cuyos maridos están en las fronteras. Vienen a pedirnos pan. Todos los días madres sobrecargadas de familia se ven obligadas a permanecer ante la puerta de un panadero desde las cuatro de la mañana hasta las diez para conseguir un pan de 2 libras [algo más de 2,5 kilos]. Os pedimos pan, no a cambio de nada, sino de dinero. Nos amenaza una gran calamidad. Nuestros maridos combaten por la salvación de la República, ocupaos vosotros de la nuestra.

Lasource se adornó en su respuesta como si la formulara desde el púlpito:

—La humanidad está antes que la justicia porque existían hombres antes de que hubiera leyes. Los representantes de la nación se ocupan solícitos de los pobres. Seguro que no habéis tenido la intención de influir con ese cartel en las deliberaciones de la Convención, que es impermeable a toda clase de amenaza y sólo obedece a la nación. La Convención se ocupa en estos momentos del motivo de vuestras inquietudes. La Convención os invita a los honores de la sesión.

Mientras las peticionarias de Versalles se iban colocando donde podían —incluidos los bancos de los diputados en los que había sitio libre—, los representantes de dos secciones de París les sucedieron en la barra. El primero anunció que la de Beaurepaire había decidido elegir por sorteo a los que irían a la Vendée, y el segundo que la de Amis-de-la-Patrie exigía que antes que nada partieran para el frente las tropas de federados que aún permanecían en París. Marat le apoyó e hizo extensiva la petición a todos los soldados que hubiera en la capital, con la única salvedad de los poco más de 150 miembros de la Guardia de Honor de la Convención. Según *La Chronique de Paris* se trataba de un total de 2838 hombres, incluidos los gendarmes de los tribunales y puertos, la gendarmería a caballo de la policía y la llamada Legión

Rosenthal adscrita a la Escuela Militar.<sup>[1]</sup>

Enseguida Pache y Chaumette explicaron a la cámara el escenario en el que se movían. La Comuna había decidido enviar a la Vendée no los 20.000 hombres solicitados por Danton, pero sí 12.000, acompañados de 30 cañones y tres comisarios municipales. El procurador síndico anunció que el propio jefe de la Guardia Nacional de París, Santerre, se proponía encabezar «la expedición». El mero uso de esa expresión indicaba que se trataría de una campaña breve y fulminante.

—Nos ha dicho que, en cuanto pueda atacarles, espera someter a los rebeldes en dos días.<sup>[2]</sup>

Apenas se habían extinguido los aplausos dedicados a este alarde que probaba el ansia del General Espumoso por refrendar sus entorchados en un verdadero campo de batalla, cuando Marat estrechó sus lazos con la Comuna proponiendo y obteniendo que la Convención decretara que, tal y como había hecho en el caso del departamento de Hérault, «una vez más París ha sido digna de la patria». Entonces compareció una delegación del barrio obrero por excelencia de la capital, anunciando que encabezaba el cortejo de peticionarios más nutrido de la historia de la Revolución.

—Os presentamos una petición de los habitantes del *faubourg* Saint-Antoine que, en número de entre ocho y nueve mil, solicitan permiso para desfilar en el interior de la Convención. Lo harán con todo el respeto debido a los representantes del pueblo. Desfilarán pacíficamente y sin armas.

Gran parte de los diputados comenzaron a aplaudir, pero su entusiasmo decayó cuando escucharon las siguientes palabras de quien decía representar a la que en definitiva, desde la toma de la Bastilla, había sido la principal fuerza de choque de todas las grandes jornadas revolucionarias.

—Mandatarios del soberano, los hombres del 14 de julio, del 5 y 6 de octubre, del 20 de junio y del 10 de agosto y de todos los días de crisis están en vuestro seno para deciros verdades duras que los republicanos no temen manifestar sin rubor a sus mandatarios. Hoy es también uno de esos días de crisis que les lleva a levantarse en masa. Lo han hecho y, estando todos preparados para partir si hace falta, han venido a deciros cuáles son los medios que se deben emplear para salvar a la República.

Siguió luego una áspera sucesión de reproches en términos conminatorios.

—Responded, ¿qué habéis hecho para conseguir la salud pública, para establecer leyes republicanas? Habéis prometido mucho y no habéis obtenido nada.

Y añadió un largo memorial de agravios a cuenta de los pagos pendientes a los voluntarios, las estrecheces de sus familias y el propio envío de los diputados a los departamentos, «desguarneciendo la santa Montaña». La receta del *faubourg* Saint-Antoine incluía establecer los precios máximos de los alimentos, sacar de París «todas las tropas a sueldo» y hacer una recluta opuesta a la tan aplaudida del departamento de Hérault, pues proponía empezar por los miles de firmantes de las peticiones monárquicas del año anterior y los «sospechosos de falta de civismo». En cambio, llevaba hasta las últimas consecuencias el criterio de que la guerra la



financiaran los ricos. Todo aquel que ganara más de 2000 libras al año debía entregar la mitad de lo restante, de acuerdo con un principio claramente expuesto:

—Hasta ahora la Revolución sólo ha pesado sobre la clase indigente. Es hora de que el rico, de que el egoísta también sea republicano y supla con sus bienes su falta de valor.

Se trataba, en expresión de Michelet, de una «caricatura revolucionaria»<sup>[3]</sup> de lo decretado en Montpellier. Ni las demandas ni la retórica diferían de las que desde hacía semanas venían caracterizando a las exigencias de los *sans-culottes*. La novedad, en forma de vuelta de tuerca sobre la Convención, llegó como remate de la petición:

—Mandatarios, he aquí nuestros medios para salvar la cosa pública. Son los únicos que creemos infalibles. Queremos declarar que si no los adoptáis, estamos en estado de insurrección y nueve mil hombres que están en la puerta de esta sala comparten este sentimiento.

Un murmullo de indignación recorrió la Asamblea, incluida parte de la Montaña. La solicitud para desfilas «pacíficamente y sin armas» se había trocado de repente en la amenaza más concreta formulada nunca contra la Convención dentro de su propio recinto. Pero el enfado y preocupación de los diputados se trocó en abierto estupor ante la inesperada reacción de Lasource:

—La Convención sabe que está protegida por los ciudadanos de París. No teme los peligros, no conoce más que deberes, y en cualquier circunstancia en la que se encuentre, sus deliberaciones sólo serán dictadas por la sabiduría y la justicia. La Convención os invita a los honores de la sesión.

Como miembro del Comité de Salud Pública, Delacroix fue el primero en protestar, haciendo valer su corpulencia y su rostro rebosante de indignación:

—¡Cómo! ¿La Convención otorgando los honores de la sesión a quienes dicen que están en estado de insurrección? Sería deshonoroso para nosotros.

Varios diputados intervinieron atropelladamente, ora para anunciar su disposición a morir en sus bancos si la Asamblea era atacada, ora para pedir la convocatoria inmediata de los suplentes en Bourges, pero el joven Pénieres centró su indignación mediterránea en la conducta de su teórico aliado Lasource.

—Presidente, pido la palabra contra vos. No sois digno de presidir esta Asamblea que habéis envilecido, invitando a los peticionarios a los honores de la sesión. Pido que dejéis el sillón de inmediato.

Lasource le respondió balbuciente:

—Admito que me he equivocado por la fuerza de la costumbre. Mi intención era consultar a la Asamblea. Si no lo he hecho es porque me lo han impedido las numerosas interrupciones.

La propuesta de Pénieres no prosperó y, tratando de sacarse la espina, Lasource interrogó, a instancias de la cámara, al osado orador. Pero sus respuestas aumentaron la zozobra en vez de mitigarla.

—¿Cuál es vuestro nombre?

—Muzine.

—¿Y vuestra ocupación?

—Comisario de policía.

—¿Cuál era vuestra profesión antes de ser comisario de policía?

—Tapicero.

La larga mano de la Comuna, responsable de la policía, asomaba una vez más en un momento crítico. Era en definitiva un agente de la autoridad quien aseguraba hablar en nombre de una fuerza de nueve mil hombres que cercaba a la Convención. Philippeaux, tan amigo de Danton como de la legalidad, pidió que se le enviara al Tribunal Revolucionario. Boyer-Fonfrède tuvo entonces una intervención melodramática.

—La grandeza consiste en desafiar al peligro, pero no en huir de él. Esos senadores intrépidos que esperaron y recibieron sobre sus sillas curules los golpes de quienes devastaban su patria son inmortales y han conquistado el homenaje de la posteridad.

El joven diputado por Burdeos vinculó a los peticionarios —cómo no— con Pitt y con Coburgo y reclamó la detención de sus portavoces, pero rechazó la propuesta de que se ordenara a la Guardia Nacional despejar los alrededores de la Asamblea.

—Los que piden eso son los que quieren imitar a los reyes que necesitaban soldados y bayonetas para reprimir a los rebeldes. Declaro a los viles aduladores de los reyes y del pueblo que pueden apuñalarme en esta tribuna, pero no arrebatarme mi libertad. Morir por la patria es vivir para la posteridad.

Cuando el parálítico Couthon ya se había sumado desde el corazón de la Montaña a la petición de que se detuviera al tal Muzine y sus acompañantes —era obvio que Robespierre y los jacobinos habían sido desbordados una vez más por el oleaje que ellos mismos desataban— alegando que eran contrarrevolucionarios, la situación evolucionó desde los dominios del drama hacia los de la farsa. Una segunda delegación del levantisco barrio del noreste de la ciudad compareció ante la barra y dejó estupefactos a los diputados.

—Ciudadanos, los habitantes del *faubourg* Saint-Antoine que se hallan ante la puerta del templo de la libertad han sabido con dolor que la petición que se os ha presentado en su nombre os está haciendo perder un tiempo precioso para la República. Pedimos que se nos lea esa petición para que podamos respaldar lo que esté de acuerdo con nuestros principios y repudiar lo que no lo esté.

—¡Mostrad vuestros poderes! —pidieron varios diputados, cada vez más recelosos ante lo que venía ocurriendo.

—Nuestros poderes son inequívocos. Los habitantes del *faubourg* Saint-Antoine están ahí, ellos nos han dado su delegación ante vosotros. No venimos a asesinaros, como se han atrevido a decir. Al contrario: si fuera el caso, nuestros cuerpos os servirían de baluarte frente a los asesinos.

Tan tranquilizadoras palabras cambiaron el clima de la Convención, pero reabrieron la división entre los moderados —que alegaban que habiendo quedado probado que la primera delegación había falsificado la voluntad de sus representados, su perentorio arresto estaba doblemente motivado— y los *montagnards* —que consideraban que con esta aclaración debía darse por cerrado el incidente—. Ninguna fuente fiable ha acreditado nunca cuántas personas acompañaban de verdad a los portavoces del *faubourg* Saint-Antoine.<sup>[4]</sup> Tampoco si existió algún tipo de pacto entre bambalinas para diluir la hostilidad de su comparecencia, en términos similares a lo ya ocurrido en ocasiones anteriores.<sup>[5]</sup>

De lo que sí hay constancia es de la habilidad con que Danton zanjó el episodio del modo que más convenía a su estrategia de mantener todas las opciones abiertas, defendiendo la legalidad y a la vez erosionándola. Como hombre fuerte del Comité de Salud Pública no podía permitir que otro poder ajeno marcara la pauta a la Convención, y de ahí las enérgicas reacciones de Delacroix y Philippeaux. Pero una vez concitado ese riesgo también quería mantener intacta su sintonía natural con los *sansculottes*. Como en tantas otras ocasiones fue Thuriot quien le abonó el terreno con su facilidad natural para la demagogia.

—Ciudadanos, ¿cuál es el título más sagrado de los representantes del pueblo? Son los padres de la patria en virtud de los poderes que les han sido delegados. Pues bien, yo le pregunto a todo padre de familia: si uno de sus hijos se hubiera equivocado, si en uno de sus escritos hubiera insertado un error, ¿propondría él enviarle al suplicio? Ciertamente no. Intentaría recuperarlo para la verdad. Pido que la Convención desaprobe la frase que ellos mismos han rechazado y pase al orden del día.

Nadie hizo notar que este Thuriot que tanto empeño ponía en abrir los brazos a los hijos pródigos del *faubourg* Saint-Antoine era el mismo que pocos días antes se había mostrado implacable cuando Isnard intentó salvar la vida de la cocinera borracha, ejecutada por lanzar vivas al rey. Rabaut Saint-Étienne se limitó a salir al paso de su treta de hacer un *totum revolutum* con lo ocurrido, proponiendo que se concedieran los honores de la sesión a la segunda delegación y que en cambio prosiguiera el interrogatorio del portavoz de la primera. Fue entonces cuando tronó Danton:

—¡Pero si no ha habido más que una petición! Pido defender el derecho de petición de cualquier francés.

En medio de una fuerte ovación de la Montaña y las tribunas, Danton dijo que estaba «lejos de aplaudir esta extraña interpelación» porque la Convención sí que había hecho y seguía haciendo mucho por el bienestar público. Sin embargo, un «primer sentimiento de indignación» debía abrir paso a otras consideraciones.

—Soy consciente de que se ha distinguido una petición buena en sí misma de su último párrafo, pero habría habido que considerar antes de todo lo que es la plenitud del derecho de petición. Cuando a menudo se repite aquí que somos incapaces de

salvar la cosa pública, no es un delito decir que si tales medidas no son adoptadas la nación tiene derecho a la insurrección. Esta barra debe ser un asilo sagrado para los peticionarios.

Danton hacía suya, pues, la tesis del artículo más polémico de la Declaración de Derechos de Robespierre y al mismo tiempo extendía sobre cualquiera que se presentara ante la Convención el manto protector de la inviolabilidad que apenas mes y medio antes se había retirado a los propios diputados.

—Pido que pasemos al orden del día y advierto que la conducta de la Convención no parecerá pusilánime. Un decreto así producirá más efecto sobre los ciudadanos que un decreto riguroso. Propongo que otorgando los honores de la sesión a los peticionarios, la Asamblea pase al orden del día.

En vano Barbaroux propuso pedir cuentas al Consejo Ejecutivo por el hecho de que «una fuerza de nueve mil hombres rodee este recinto sin que se nos haya advertido y sin que parezca que se haya intentado evitarlo». La Convención, víctima de «la táctica de la fatiga y de los gritos»,<sup>[6]</sup> muy mermada de efectivos y muy impresionada aún por lo sucedido la semana anterior con Marat, aprobó la moción de Danton, precisando que los honores de la sesión se otorgaban «a todos los peticionarios». Aún hubo tiempo, antes de que se levantara la sesión, para que el comisario Muzine y sus acompañantes se mezclaran con los diputados a los que hacía un rato habían amenazado y compartieran sus asientos.

## DOS

Es probable que la ceguera de muchos de esos diputados que no parecían ser conscientes de la trama que se estaba urdiendo contra la soberanía de la Convención se habría curado si hubieran asistido a la sesión que esa noche celebró el Consejo General de la Comuna. En un clima de abierta complicidad con lo ocurrido en la Sala del Manège, los representantes municipales fueron informados de la iniciativa de Marat a favor de París y de lo «bien recibida» que había sido la tumultuosa petición del *faubourg* Saint-Antoine. También escucharon la lectura de una carta en la que el municipio de Versalles les anticipaba el envío de la «numerosa delegación» que había reclamado la ley sobre las subsistencias.

La prueba de que detrás de todo esto había algo más que un mero ejercicio de cortesía entre dos municipios vecinos afloró inesperadamente. Se acababa de acordar pedir a la Convención un nuevo anticipo de casi dos millones de libras para «gastos municipales», cuando Pache recibió un recado urgente de que algo imprevisto estaba pasando en la Asamblea. Según el acta de la reunión, «el ciudadano alcalde anuncia que los ciudadanos de Versalles se disponen a pasar la noche en la sala de la Convención a la espera de que los diputados vuelvan a reunirse».<sup>[7]</sup> Había imperado el criterio de las mujeres de no abandonar el recinto hasta que los diputados no accedieran a sus demandas y preparaban ya improvisadas camas sobre sus escaños. El pueblo soberano se apresuraba así a transformar la sede de la Asamblea en espacio de acampada.

Aunque teóricamente se trataba de un incidente que en nada concernía a la Comuna de París, a menos que Lasource hubiera pedido, como presidente quincenal, la ayuda de la Guardia Nacional para desalojar el recinto, los representantes municipales reaccionaron en la práctica como si se sintieran responsables de lo que ocurría. «El Consejo invita al ciudadano alcalde a ir a explicarles [a los ciudadanos de Versalles] que la sala de la Convención es una propiedad nacional que debe ser respetada y nombra seis comisarios para que le acompañen».

La gestión tuvo éxito, pues antes de que concluyera la sesión uno de los designados para acompañar a Pache anunció que «los ciudadanos de Versalles se han retirado de la sala de la Convención, se han distribuido por las secciones vecinas y todo está en calma».<sup>[8]</sup> Entre tanto el consejo municipal había discutido y aprobado un decreto en el que se concretaban los criterios para el reclutamiento de los 12.000 parisinos que serían enviados a la Vendée. De nuevo quedó patente la sintonía con las presiones ejercidas sobre la Convención. Aunque la redacción final, propuesta por Chaumette, no lo expresara de forma tan cruda como lo habían planteado los *sans-culottes* del *faubourg* Saint-Antoine, era evidente que la Comuna no quería alejar de París a los revolucionarios más ardientes, como habían hecho las autoridades del Hérault, sino nutrir la leva forzosa con los menos adictos a su causa.

Lo acordado era que partirían hacia la Vendée 14 de los 126 integrantes de cada compañía de la Guardia Nacional. Es decir, algo más del 10 por ciento de los varones adultos. Su designación quedaba discrecionalmente en manos de un Comité de Requisición formado en cada caso por seis miembros elegidos por el Comité Revolucionario de la sección y un representante municipal ajeno a la misma, pero el Consejo General les daba una orientación clara: «Deben seguir en su elección las reglas de una justicia vigorosa que les lleven a designar a aquellos cuya ausencia momentánea esté sujeta a menos inconvenientes. En consecuencia podrán ser requeridos todos los funcionarios solteros de todos los negociados de París, excepto el jefe y el subjefe, los pasantes de abogados y notarios, los empleados de banca, comercio y similares y a continuación los oficinistas, dependientes y recaderos [...]. Ninguno podrá negarse a partir».

Se trataba en definitiva de enviar a la Vendée a los retoños de la burguesía parisina, dejando el teatro de la capital definitivamente en manos de los *sans-culottes*. Exactamente lo contrario de lo acordado por el departamento de Hérault, empeñado en movilizar a «quienes no tienen para elegir más que entre la Revolución y la muerte». Chaumette, convertido ya, según Mathiez, «en el centro y guía del movimiento»<sup>[9]</sup> que se gestaba en París, pretendía además enmascarar el limitado entusiasmo que los militantes más ruidosos en la expresión de su patriotismo sentían a la hora de la verdad por desplazarse a combatir a la Vendée. «Todo el mundo encontrará excusas y nadie partirá», le había augurado Dutard a Garat.<sup>[10]</sup> Un informe policial de esos primeros días de mayo advertía de que «gran número de los enrolados que no quieren partir, a pesar de haber recibido el dinero y los uniformes, se reúnen diariamente en los comercios de vino y los fumaderos», añadiendo que «lo más asombroso es que se trata de los fuertes de Les Halles».<sup>[11]</sup>

El problema era que esa instrucción de la Comuna invadía competencias que el artículo 11 de la Ley de Reclutamiento del 21 de febrero atribuía a las secciones de las grandes ciudades. Enseguida quedó claro que entre las parisinas se manejaban muy diferentes criterios —desde el sorteo hasta la elección pura y dura, pasando por el fomento del enrolamiento voluntario— y que también bullían en ellas distintas exigencias sobre el dinero que debían recibir los expedicionarios, sobre la cantidad a exigir a los «ricos» e incluso sobre quiénes debían ser incluidos en tal categoría. De repente casi todos los ciudadanos se dieron cuenta de que lo que se discutía iba a afectar a sus vidas y haciendas y muchos de ellos se vieron compelidos por una razón u otra a acudir a las asambleas de sus barrios. Las secciones, rutinariamente controladas por la minoría radical más asidua, se convirtieron así en inesperado campo de batalla.

Como había ocurrido dos meses antes en la Vendée, lo que no hubieran logrado por sí solos ni siquiera llamamientos tan dramáticos como el de Pétion que, publicado en *Le Patriote Français*, circulaba ya de mano en mano, lo consiguió el Consejo General de la Comuna con su directriz sobre el reclutamiento: movilizar a los jóvenes

en su contra. Según una nota de la policía, lo que les sublevaba era «el derecho atribuido a los comités [de requisición] de hacer partir arbitrariamente a quien les viniera en gana».<sup>[12]</sup> Para los oficinistas y dependientes, expresamente mencionados en la resolución municipal, estaba claro que sus posibilidades de verse arrancados de sus trabajos y familias para correr graves peligros en un lugar terrible eran muy superiores a una entre diez.

El ritmo de los acontecimientos se aceleró en París en esos primeros días de mayo. El jueves 2 por la mañana la Convención se rindió a la presión popular —las mujeres de Versalles habían regresado a las tribunas, el *faubourg* Saint-Antoine esperaba en tensión la respuesta a sus peticiones— y aprobó el principio de implantar un precio máximo de los granos con carácter «decreciente». Es decir, que para desalentar a los acaparadores los diputados se comprometían a ir bajando mes a mes, siquiera mínimamente, el precio del pan en toda Francia. Habían inventado lo que el *montagnard* Thirion bautizó como «máximo disminutivo». No sólo se fijaba así el coste de la hogaza, sino también el de la alianza política entre los jacobinos y los *enragés*, entre la Montaña y la Comuna.

Al liberal Ducos sólo le quedó el recurso a la ironía, alegando que para que tal empeño tuviera éxito bastaría «con que el trigo creciera en las calles de las ciudades». Por la tarde, sin embargo, quizá como compensación, su amigo, cuñado y compañero de vivienda Boyer-Fonfrède se convertía en el presidente más joven de la Convención, obteniendo el apoyo de 173 de los tan sólo 293 votantes. Era el premio a su valiente paso al frente cuando pidió ser incluido en la lista de aquellos a quienes se pretendía proscribir.

Inmediatamente después una delegación de la sección burguesa de Réunion solicitó que la Convención estableciera «un modo general y uniforme de reclutamiento», pero la Asamblea pasó al orden del día, escudándose en la ley en vigor. Ya esa misma noche en secciones del centro de París como Unité, Cité, Buttes-Moulins o la propia de Bon-Conseil, hasta entonces pastoreada cómodamente por Lullier, la correlación de fuerzas comenzó a decantarse a favor de los moderados que habían empezado a acudir a las sesiones.

El viernes 3 se debatió y aprobó el proyecto de nueva ley sobre subsistencias, presentado en el plazo récord de veinticuatro horas por el Comité de Agricultura. Sus diversos preceptos imponían un control aún más férreo sobre los granos y harinas que el ya establecido sobre las personas, hasta el extremo de que permitían las «visitas domiciliarias» destinadas a garantizar que la cantidad de cereal declarada por cada agricultor o comerciante se correspondiera con la depositada en sus graneros. Se imponían multas de hasta 1000 libras a quien vendiera o comprara por encima del «máximo disminutivo»<sup>[13]</sup> y se castigaba con la pena de muerte a quien deliberadamente echara a perder lo cosechado. En esos casos el denunciante recibiría una tentadora recompensa de 1000 libras a cuenta de la fortuna del denunciado.

El confidente Dutard acompañó hasta la barrera al cortejo triunfal de las



desgreñadas mujeres de Versalles que regresaban a sus casas andando entre el barrizal de un día de lluvia. Iban precedidas de un «mal tambor» y exhibían una nueva pancarta que decía «Traemos la tasación de los granos» como si fuera un lienzo milagroso, la sábana santa de la Revolución que curaría todos los males. Numerosos activistas parisinos las despidieron entre abrazos en la barrera que marcaba el linde de la ciudad. Según el informe remitido a Garat, para Dutard no había la menor duda de que esas ciudadanas «eran personajes puestos a propósito por delante y que detrás del telón estaba toda la facción desorganizadora».<sup>[14]</sup>

En la sesión del Club de los Jacobinos de esa noche se acordó a instancias de Bonbon Robespierre denunciar ante la Comuna «los medios a los que recurren los enemigos de la cosa pública para sembrar la discordia en las secciones».<sup>[15]</sup> A esa hora el sector duro de la Sección de Unité —una de las más fuertes de la *rive gauche*— ya había comparecido ante el Consejo General para solicitar que comisarios municipales «impidan que se repitan las escenas escandalosas ocasionadas por los enemigos del reclutamiento, los pasantes de notarios y los empleados de banca».<sup>[16]</sup>



*El maximum o las ventajas del gobierno republicano. Grabado de Duplessis-Bertaux, Museo Carnavalet, París.*

El sábado 4 Girey-Dupré publicó un comentario que, además de su ya proverbial temeridad, reflejaba bien la euforia de los moderados ante lo que estaba ocurriendo en gran parte de las secciones: «Es fácil ver que se prepara un nuevo movimiento. ¿Deben temerlo los patriotas? No, deben desearlo incluso más que sus promotores. Hace tiempo que conviven el republicanismo y la anarquía y no han hecho otra cosa, por así decirlo, que mantener escaramuzas. Esta penosa situación no puede

prolongarse. Se nos plantea un combate a muerte. ¡Pues bien, aceptémoslo! Si vencemos, la República se habrá salvado. Si sucumbimos, los departamentos están ahí; tendremos quien nos vengue».

El joven director de *Le Patriote Français* descartaba, sin embargo, con ácida brillantez esta segunda hipótesis: «Nosotros venceremos. Republicanos, sentid vuestra fuerza. ¿Quiénes son vuestros enemigos? Una banda de charlatanes desaforados; Aquiles en la tribuna, Tersitas<sup>[17]</sup> en el combate; un puñado de conspiradores de sótano que tiemblan incluso a la vista de sus propios puñales; un amasijo de bandidos sin valor, intrépidos masacradores en las prisiones pero cuyos ojos no se atreven a mirar a los de un hombre de una pieza; en fin, una tropa vil de miserables a los que reúne la sed de pillaje, a los que disipa la lluvia. ¿Quiénes son vuestros amigos? La gran mayoría de la Convención, la gran, la inmensa mayoría de los habitantes de París, hartos de la odiosa y ridícula tiranía de nuestros Mazianellos en miniatura. Republicanos, preparaos».

Ese mismo mediodía tanto en los Campos Elíseos como en los jardines de Luxemburgo se produjeron sendas concentraciones de varios centenares de jóvenes protestando contra el reclutamiento. Según la información suministrada horas después por la Comuna a los Jacobinos, entre los congregados abundaban los hombres «bien vestidos». Seis habían sido detenidos por proferir «gritos sediciosos» y se había detectado una nueva convocatoria para el día siguiente. Fue entonces cuando Marat, poco partidario de las medias tintas, propuso una original medida represiva, experimentada según él por los ingleses con los «contrarrevolucionarios irlandeses»: toda persona sospechosa debía ser obligada a encadenar su cuchillo a la mesa de su cocina o comedor y a avisar a la policía, bajo pena de muerte, si se rompía un eslabón, para repararlo de inmediato.

A la mañana siguiente el infatigable Dutard, después de haber pasado por la terraza de los Feuillants —donde había escuchado a Varlet pronunciar «un sermón cívico cargado de filosofía» subido a su taburete—, se dirigió a los Campos Elíseos para observar en persona a los convocados de nuevo para protestar por la arbitrariedad del reclutamiento. Según su relato, habría «de cuatrocientos a quinientos» manifestantes. Sobre las once vieron pasar a un ayudante de Santerre y le abuchearon gritando que su montura era «el caballo blanco de Lafayette». Luego se dirigieron hacia Notre-Dame marchando en paralelo al Sena, lanzando gritos soeces contra Marat y pidiendo su ejecución en la guillotina. «La Guardia acudió corriendo para imponerse a los amotinados. Hubo un enfrentamiento. Algunos fueron detenidos, otros emprendieron la huida. Se asegura que uno de ellos se tiró al agua y se ahogó».<sup>[18]</sup>

Según la versión de la policía, «para ocultar mejor sus complots liberticidas, los aristócratas se habían preocupado de no admitir en la concentración de los Campos Elíseos más que a personas sin armas», aunque a algunos se les incautaron bastones con espadas o dardos incrustados. El informe oficial sostiene que con tan magro

instrumental «cien jóvenes atacaron el puesto [de la Guardia Nacional] del Pont Notre-Dame con el propósito de apoderarse de él, y algunos fueron hechos prisioneros».<sup>[19]</sup>

Entre tanto en la Convención había comparecido una delegación representativa de la nueva mayoría que se había hecho con el control de la Sección de Bon-Conseil, encabezada por el procurador de los tribunales Jean-Joseph Fortin, recién elegido presidente. Sus seis integrantes venían a anunciar que «cansados de la anarquía, hemos sentido la necesidad de reunirnos en torno a la Convención», y como prueba de la «pureza de sus sentimientos», querían entregar a los diputados el texto del juramento cívico que acababan de suscribir. Su contenido no podía ser más elocuente: «Juramos mantener la libertad, la igualdad y la República una e indivisible; no aceptar jamás que exista un tirano bajo ninguna denominación; obedecer la ley, con las salvedades que permita; expresar a todos los diputados el respeto debido a su carácter; defender la libertad de opinión de los representantes del pueblo y no permitir que se atente nunca contra ella; mantener la seguridad de las personas y las propiedades; acudir todos los días a las asambleas legales de la sección para participar en las deliberaciones y no consentir más que un puñado de intrigantes con la máscara del patriotismo aplaste a los buenos ciudadanos bajo el peso del despotismo popular».

La Convención aplaudió con brío este compendio del catecismo del buen burgués, adicto a la primera fase de la Revolución pero contrario a su posterior aceleración y desbordamiento. Teniendo en cuenta que la de Bon-Conseil había sido la primera sección que había pedido la expulsión de los líderes moderados de la Asamblea, el cambio no podía resultar más prodigioso. Los delegados de la nueva mayoría presentaron también su propuesta de reclutamiento: «Todos los ciudadanos en edad de portar armas se reunirán y suministrarán el contingente de la manera que les parezca más conveniente». No era decir mucho, pero la fórmula apuntaba más al enrolamiento de voluntarios y al pago de sustitutos que a la leva forzosa de los grupos señalados por la Comuna.

Boyer-Fonfrède se estrenó en la presidencia con un elogio almibarado de los comparecientes, a los que describió como «entregados casi todos a las artes, a trabajos que elevan y fortifican el alma [...], sin haber sido corrompidos ni por la ociosidad ni por las riquezas». Acababa de otorgarles los honores de la sesión cuando Marat dio muestras de querer estropearles la fiesta.

—Los peticionarios a los que acabáis de conceder los honores de la sesión han sido denunciados ante mí por los buenos ciudadanos como unos intrigantes, responsables del incendio que se ha producido en esta sección.

—Eso es falso —respondieron varios diputados.

—Los intrigantes protegen a los intrigantes —replicó Marat.

Las tribunas jalearon a l'Ami du Peuple, pero Vergniaud le salió mordazmente al paso:

—Reconozco, ciudadanos, que cuando hay hombres que piden respeto por la Convención Nacional deben ser llamados intrigantes por los que tratan sin cesar de envilecerla. Reconozco que cuando hay hombres que piden que se defienda la seguridad de las personas deben ser llamados intrigantes por quienes incitan sin cesar al asesinato.

Marat pidió en vano la contrarréplica. En medio de una gran ovación la Asamblea decretó que tanto la intervención de los nuevos delegados de Bon-Conseil como la respuesta del presidente serían impresas e insertadas en el *Boletín* de la cámara con una «mención honorable».

Simultáneamente el Consejo General de la Comuna, reunido en sesiones de mañana y tarde, iba conociendo con preocupación la derrota de sus partidarios en las asambleas del sábado por la noche en algunas secciones clave. «Un militar» denunció que a la de la Cité habían acudido «bastantes ciudadanos» —llegó a decir que «entre cinco y seis mil»— procedentes de otras secciones.<sup>[20]</sup> Lullier relató desolado, tanto allí como en el Club de los Jacobinos, que él mismo había sido abucheado en su otrora feudo de Bon-Conseil, y otros testigos explicaron que en la Sección de Unité «reinaban los agitadores», refiriéndose a los «nuevos» asistentes a la misma, cuyo primer propósito había sido intentar quemar la relación de firmas recogidas en apoyo de la proscripción de los veintidós diputados «girondinos».

Sin embargo, esa nueva mayoría habló por sí misma cuando una delegación que decía representar a «cuatro mil ciudadanos de la Sección de Unité, cansados de las vejaciones de un puñado de intrigantes», compareció ante el Consejo General para pedir cuentas a Chaumette sobre su conducta respecto al reclutamiento. El procurador síndico les respondió, manteniendo sus nada imparciales criterios:

—Es verdad que he pedido que los solteros, los pasantes de los notarios y de los procuradores y los empleados de banca partieran los primeros para la Vendée. Es lo justo. He dicho que los que hacen el pan, los zapatos y los vestidos debían ser tratados con más consideración que los que escriben en una oficina o en un despacho. He dicho que hace tiempo que los pobres lo hacen todo y que es hora de que los ricos sirvan para algo. Aunque me pusieran un cuchillo en el cuello no me harán cambiar de principios. Mal que les pese, hay que volver útiles a los egoístas y a los jóvenes desocupados y procurar el reposo al obrero útil y respetable.

Dutard, que había llegado al Ayuntamiento «con la esperanza de escuchar a mi borrachín» —así se refería a Chaumette—, aseguró en un informe fechado el propio domingo 5 «a las once de la noche» que «las tribunas, que estaban bastante repletas, no han dado ninguna muestra ni de aprobación ni de reprobación» sobre las tesis del procurador síndico. En el mismo parte de novedades el espía informaba al ministro de que «en Saint-Eustache ha habido enfrentamientos a golpes con las sillas sobre las nueve»,<sup>[21]</sup> y le adelantaba un significativo incidente en el que acababa de verse envuelto Marat.

Ese fin de semana la Comuna había pedido a todos los militantes de las secciones

y en especial a los asiduos a los clubes de los Jacobinos y los Cordeleros que acudieran a sus respectivas asambleas «para contener las intrigas que fomentan el desorden». Después de su desairado papel en la Convención, Marat había seguido esa consigna, dirigiéndose a su habitual fortín de la Sección Marseille/Théâtre-Français. Ante su sorpresa descubrió que la sala estaba «casi toda llena de rebeldes». Apenas se sentó en la mesa presidencial fue abucheado y tuvo que ser escoltado hasta su domicilio por un grupo de partidarios y una patrulla de la Guardia Nacional sable en mano. Su gran frustración fue que en medio del tumulto tampoco logró hacerse escuchar, «perdiendo una ocasión tan buena de instar a detener a los contrarrevolucionarios más rebeldes y de conocer a los jefes del complot».<sup>[22]</sup> L'Ami du Peuple volvía a bajar del pedestal. Era el síntoma definitivo de que la dirección del viento había cambiado en las últimas setenta y dos horas en París. «Parece que los ladradores han sido batidos por doquier», escribió Dutard a modo de resumen.

## TRES

Sin embargo, la respuesta municipal ya estaba en marcha. Hacia el mediodía siguiente se recibió en la Convención una breve carta del tal Fortin que tan buena impresión había cusado la víspera. La mayoría de los diputados la escucharon atónitos: «Ciudadanos, el envío a los departamentos, la mención honorable y la inserción en el *Boletín* de la petición, presentada ayer en nombre de la Sección de Bon-Conseil, han tenido como consecuencia el encarcelamiento de los que os la han presentado. ¿Ha sido la diferencia de opinión respecto a los Veintidós lo que ha causado este encarcelamiento? Nuestros crímenes han sido pedir que se respete a los diputados y ofrecernos a defenderlos. Por este motivo hemos sido conducidos hoy a la prisión».

El estupor dio paso a la indignación. Algunos diputados reaccionaron con ira: «¡He aquí la tiranía!». Otros con sarcasmo: «¡Esta es la libertad de opiniones!». Por si quedara alguna duda de la gravedad del asunto, la relevancia de quienes pidieron la palabra terminó de despejarla. Vergniaud fue conciso y directo como pocas veces:

—Parece como si cada vez que se pide respeto hacia la representación nacional se cometiera un crimen de lesa municipalidad contra París. Es importante saber si este arresto está fundado o es arbitrario. Es importante saber si el que venga a la Convención a hablar de orden y justicia se expone a ser asesinado a la salida. Es preciso que la Convención se declare en estado de guerra contra estas autoridades tiránicas y usurpadoras. Pido que el alcalde de París dé cuenta de inmediato y por escrito del motivo del arresto de los peticionarios.

Le salió al paso Robespierre, cuya creciente obsesión contra Vergniaud se veía alimentada, tras el «duelo de los oradores» del 10 de abril, por el ansia de revancha.

—Todo el mundo sabe que en París hay un cierto número de personas sospechosas que han provocado disturbios en las secciones e impedido el rápido armamento de los ciudadanos. Todo el mundo sabe que [ayer] por la mañana hubo reuniones de sediciosos, muchos de los cuales han sido encarcelados. Ignoro si aquellos de los que se habla en la carta han sido detenidos por causas diferentes. En ese caso habrá que hacerles justicia. Pero si su delito es el mismo, tomar abiertamente la defensa de estos hombres sería atizar el fuego que han encendido... Eso supondría declararse abiertamente protector de los rebeldes que quieren aniquilar la libertad y supondría fortalecer los disturbios de la Vendée con nuevos disturbios... en París.

—¡Que se vote la moción de Vergniaud! —le replicaron desde los bancos moderados.

—Una parte de la Asamblea sabe bien que una multitud de sospechosos recorrió ayer las calles de París gritando: «¡Viva el rey! ¡Abajo la Montaña! ¡Abajo los jacobinos y la Comuna de París!».

—¡Eso es falso! ¡Eso es falso!

Mientras varios diputados intentaban aclarar que lo que se había gritado no era



«¡Viva el rey!», sino «¡Viva la ley!», Robespierre propuso, entre los aplausos de la Montaña y las tribunas, que «la Convención apoye con todas sus fuerzas a las autoridades constituidas de París». Pero Vergniaud insistió en su petición, acallando de entrada las voces furiosas del público:

—Yo no ofendo a nadie. Hace falta tener mala voluntad para interrumpirme. Como Robespierre, he razonado en hipótesis y no acuso a nadie. Soy menos proclive que él a tratar, sin embargo, de sediciosos a ciudadanos detenidos por motivos que ignoro. Repito mi propuesta: pido que el alcalde de París dé cuenta por escrito y de inmediato sobre los motivos de este arresto.

En ese momento uno de los secretarios leyó una segunda carta en relación con el asunto: «Ciudadanos presidente y diputados. Yo soy uno de los delegados de la Sección de Bon-Conseil enviados a presentar la petición que ha obtenido ayer vuestra aprobación. Me declaro personalmente autor del juramento [...]. Como recompensa estoy encarcelado en la alcaldía. Si la libertad existe en París, la reclamo para mis colegas y para mí». Aunque estaba redactada en primera persona del singular, la misiva incluía dos firmas, la de Sagnier, vicepresidente de la sección y pasante de Fortin, y la de un tal Pagès, a quien Tuetey describe como «especulador en bolsa sin profesión».<sup>[23]</sup>

El impacto de la segunda carta terminó de decantar la opinión de la Asamblea. Pese a que Thuriot se empleó a fondo alegando que había habido «dos mil detenidos que tenían el propósito de apoderarse de piezas de cañón», y otro *montagnard* denunció que en ese mismo momento había «una gran concentración de jóvenes ante las prisiones para liberar a los encarcelados»,<sup>[24]</sup> la Convención aprobó la propuesta de Vergniaud.

Siguieron momentos de fuerte tensión, pues Boyer-Fonfrède anunció como presidente que «varias delegaciones de secciones que se declaran amigas de la ley y el orden» solicitaban ser admitidas en la barra. La Montaña consideró que este enunciado ya constituía de por sí una provocación y Basire solicitó intervenir, lanzando desde su escaño un anticipo de sus propósitos:

—Vais a encontraros hoy con la guerra civil.

—¡La guerra civil contra los anarquistas y los contrarrevolucionarios! —le contestaron desde el bando moderado.

Entonces Marat se plantó en el centro de la sala y gesticulando agresivamente recabó la atención de todos:

—¡Que se le dé la palabra a Basire o declaro que protegéis a los contrarrevolucionarios!

Superando sus ya elevadas cotas habituales de histrionismo, l'Ami du Peuple volvió sobre sus pasos, se acercó a Basire y lo arrastró del brazo hacia la tribuna.

—¡Vamos pues, Basire! Él tendrá la palabra.

—¡No, no la tendrá! —replicaron algunos moderados, recogiendo el guante.

—¡Callaos, monárquicos! La palabra para Basire...



Boyer-Fonfrède impuso su autoridad y fue la diputación de la Sección de Molière-et-Lafontaine la que intervino para protestar por «las medidas ilegales y arbitrarias» de las autoridades de París sobre el reclutamiento y pedir, como había hecho la Sección de Réunion, que la Convención estableciera un modo uniforme para llevarlo a cabo en todo el territorio. Mientras los peticionarios recibían los honores de la sesión, pero eran acogidos con bufidos cuando intentaban ocupar algunos huecos en los bancos próximos a la Montaña, Marat volvió tozudamente a la carga:

—Pido que Basire sea escuchado. ¡La palabra para Basire!

Es difícil saber hasta dónde habría llevado su empeñamiento l'Ami du Peuple si el propio interesado no hubiera dicho que renunciaba a intervenir para que pudieran hacerlo los portavoces del Comité de Salud Pública. Primero Cambon y luego Barère repasaron la situación militar con tintes optimistas, abordándose al final la cuestión de la partida de las tropas acantonadas en París. Después de tantas protestas y mociones, idas y venidas, resultaba que tanto los gendarmes de los tribunales y puertos fluviales como los gendarmes a caballo de la policía eran imprescindibles en la capital. Total que, al margen de las últimas decenas de federados que ya hacían sus petates, los únicos soldados profesionales que saldrían de París rumbo a la Vendée serían los 140 granaderos, 24 suboficiales y 10 oficiales de la llamada Guardia de Honor de la Convención que hasta Marat había estado dispuesto a preservar.

—No hacéis ningún sacrificio —explicó el ínclito Barère a sus colegas—. Enviando esta ayuda a los departamentos devastados cumplís con un deber. Vuestra guardia de honor es la opinión pública.

El decreto sometido a votación preveía que esos únicos soldados que hasta entonces habían protegido el recinto partirían «hacia los departamentos marítimos del oeste en las próximas veinticuatro horas».<sup>[25]</sup> Nadie se opuso y la Convención perdió el que, por muy endeble que fuera, no dejaba de ser su último escudo. A partir de entonces sólo la protegerían el puñado de guardias nacionales, cedidos por las secciones, que estuvieran de servicio en sus accesos.

A la mañana siguiente la Convención recibió la respuesta de Papá Pache a su requerimiento. El alcalde se limitaba a remitir la carta que sobre el particular le habían enviado dos comisarios del Departamento de Policía: «Ciudadano alcalde: no tenemos conocimiento de ningún arresto de peticionarios de la Sección de Bon-Conseil, como dice formalmente el decreto de la Convención Nacional. Lo único que nos ha llegado ayer es una denuncia firmada por el procurador general síndico del Departamento [Lullier] contra el tal Sagnier, pasante del ciudadano Fortin, antiguo procurador. Y a las tres de la madrugada de hoy [nos ha llegado] un acta de la Sección de Bon-Conseil contra Raymond Pagès en la que se constata que está acusado de turbar la tranquilidad pública y de provocar una riña en su asamblea [...]. Hemos emitido una citación contra el tal Sagnier y hemos ordenado que el tal Pagès fuera conducido al calabozo hasta que tengan lugar la instrucción y el interrogatorio».

La carta estaba firmada por Marino, el mismo policía que había acompañado y

protegido a Marat durante sus horas de «hospedaje» en la Conciergerie —ese contacto directo con l'Ami du Peuple suponía para él como «haber encontrado a Dios»—,<sup>[26]</sup> y por un colega de baja estatura y similares ideas extremistas apellidado Soulès. Era evidente que quien estaba detrás de lo ocurrido era el agraviado Lullier y que las explicaciones de los policías no eran sino «un falso pretexto para disfrazar una medida arbitraria».<sup>[27]</sup>

En todo caso las detenciones de los peticionarios de Bon-Conseil se inscribían en el contexto de las acciones represivas que la Comuna estaba adoptando con carácter general para frenar la ofensiva moderada. A ellas concurrían las secciones que seguían en manos de los radicales, con la peculiaridad de que a veces los comités revolucionarios procedían a detener a personas sospechosas de espaldas a las nuevas mayorías moderadas que emergían en las asambleas.

En ese engranaje quedaron de nuevo atrapados Marchena y sus compañeros de viaje, apenas recuperados del susto del 24 de abril. Esta vez el eslabón más débil de la cadena resultó ser el joven José Hevia. Fuera por su condición de antiguo secretario de la embajada de un país con el que la República estaba en guerra o por el especial celo del Comité Revolucionario de la Sección de Unité/Quatre-Nations, a cuyos dominios de la orilla izquierda se había trasladado, el caso es que el 1 de mayo se decretó su arresto domiciliario. Enterado de lo ocurrido, Marchena se presentó en su casa sobre las siete de la tarde y tuvo la imprudencia de intercambiar con él unas palabras en español delante del comisario encargado de custodiar al detenido. Fue suficiente para que aquello se interpretara como una comunicación secreta entre espías y para que Marchena quedara también arrestado.

Todo indica que fue Carrese quien el 2 o el 3 avisó a Brissot de lo ocurrido. Pese a la campaña de acoso a la que estaba siendo sometido, el diputado moderado tuvo arrestos para dirigir el 4 una dura carta a Lebrun, mostrando su indignación por las dos detenciones («Es inconcebible que se llegue a tales excesos con hombres a los que el amor a la libertad ha traído a Francia»), afeando al ministro su cambio de actitud («No sé por qué después haberles incluido en el Comité Revolucionario Español, donde podían ser tan útiles, les habéis borrado sin motivo»), e instándole a que asumiera su responsabilidad para con ellos («Están proscritos en España como amigos de la Revolución Francesa, no pueden estar proscritos aquí como españoles. Cuando un extranjero no tiene embajador, es el ministro de Asuntos Extranjeros quien debe protegerle»)<sup>[28]</sup>.

Debió de ser la última ocasión en la que Brissot consiguiera ejercer su influencia sobre algún ministro. Al día siguiente Lebrun pidió formalmente por escrito al Comité de Seguridad General de la Convención que decretara la libertad de Hevia, lo cual sucedió enseguida y trajo también aparejada la de Marchena. Uno y otro pudieron celebrar con Carrese su exoneración, pero no llevaban ni dos meses en París y los tres españoles ya le habían visto, primero de perfil, luego de frente, las orejas al lobo feroz que tenía su guarida en el regazo de la Revolución.

Su peripecia no había sido sino una escaramuza más de la contraofensiva de jacobinos y *enragés*. La obsesión municipal era volver a invertir la correlación de fuerzas «a fin de aumentar el número de verdaderos amigos de la República en las asambleas de las secciones».<sup>[29]</sup> Su principal arma para ello, además del encarcelamiento de cualquiera que pasara por cabecilla, agitador extranjero o simplemente hubiera llamado la atención durante las manifestaciones del fin de semana, era la política de «fraternización» entre las secciones. Consistía simplemente en la invasión del lugar en el que se celebraba una asamblea en la que los radicales se hubieran quedado en minoría por turbas de activistas casi siempre procedentes de las secciones vecinas.

Eso es lo que había pasado durante la noche del domingo en la propia Sección de Bon-Conseil, cuando centenares de *sans-culottes* procedentes de la contigua Sección de los Lombards y de al menos otras cuatro secciones —probablemente los mismos que habían intervenido en la «batalla de las sillas» en la iglesia de Saint-Eustache, consignada por Dutard—<sup>[30]</sup> provocaron graves incidentes, dando pie al envío de una fuerza armada municipal para restablecer el orden. El robespierrista Lullier y sus amigos recuperaron el control y en ese contexto se produjeron las detenciones de los que por la mañana habían rendido tributo de lealtad a la Convención.

En un informe presentado dos años después, ya durante el Directorio, ante la asamblea de la Sección de Unité —la más afectada por estos movimientos entre las de la *rive gauche*— quedó explicado irónicamente «el verdadero significado de la palabra fraternizar: supone ir en masa o en número suficiente allí donde se trate de rescatar de la oposición a los llamados buenos patriotas que probablemente deberían ser tildados de intrigantes, terroristas, etcétera».<sup>[31]</sup>

Según los autores del tomo sobre París del *Atlas de la Révolution Française*, publicado con motivo del bicentenario, «el movimiento de fraternizaciones, verdadera arma de guerra contra los moderados, afectó a una veintena de secciones». Su representación gráfica se asemeja en esa obra a los mapas de las borrascas o ciclones, en los que flechas envolventes de orígenes diversos se van abatiendo sobre los lugares que sufren sus devastaciones.<sup>[32]</sup>

El efecto inmediato de la «fraternización» fue convertir cada asamblea a la que acudían personas amantes del orden con la esperanza de hacer valer la fuerza de la razón en un desagradable y disuasorio despliegue de la razón de la fuerza. «Hemos tenido la curiosidad de ir a algunas de estas asambleas y hemos descubierto que la mayor parte no ofrecen más que el aflictivo y escandaloso espectáculo de una reunión de individuos que no parecen estar hacinados más que para vomitar los más crapulosos insultos los unos contra los otros», relató desde esa perspectiva burguesa y moderada *Le Journal Français*. «En dos o tres secciones se ha llegado a las manos, pero en todas había tal estrépito que volvía a las personas sordas. Se dan empujones, se aúlla, se golpea [...], el uno muge, el otro lanza juramentos. Dios tronaría vanamente para hacerse oír. En fin, el desorden es tan insoportable y monstruoso que

uno creería estar casi en los Jacobinos». [\[33\]](#)

## CUATRO

En el club de la calle Saint-Honoré no se apreciaba nunca la ironía de sus adversarios. Los brotes de contestación en las secciones y en la calle fueron observados desde el bando jacobino con una mezcla de escándalo y desconcierto. Justo en el momento en que el apoyo de la Montaña a la fijación del precio máximo de los cereales acababa de sellar su alianza con la que pasaba por ser la única fuerza popular presente en las calles de la capital —los *sans-culottes* y *enragés*—, reaparecía en escena el París bullicioso de los empleados, oficinistas, comerciantes y leguleyos como una especie de tercero en discordia, pleno de vitalidad, audacia e inconformismo. En lo ocurrido había algo de rebelión del hijo contra el padre, en la medida en que ese era el origen social de la propia élite jacobina y, puestos a buscar explicaciones y remedios, el club reavivó una de sus intermitentes obsesiones: la influencia sobre la burguesía de los periódicos moderados y la falta de un órgano «patriota» de peso equivalente.

Los jacobinos superaban en todo lo demás a sus desorganizados enemigos. Tenían una sede central, una organización territorial manejada desde el Comité de Correspondencia, un grupo parlamentario, el poder municipal con su Guardia Nacional y su aparato policial, hilo directo con el Tribunal Revolucionario... Además habían extendido sus tentáculos mediante los diputados en misión constituidos en procónsules ante los departamentos y los ejércitos. Toda Francia sabía ya lo que significaba ser jacobino y cada vez parecía más al alcance de la mano la anhelada identificación del club, de la «Sociedad», como ellos mismos se autodenominaban, con el régimen revolucionario. Pero les faltaban diarios como *Le Patriote Français* de Brissot y Girey-Dupré, *Le Courrier des Départements* de Gorsas, *La Chronique de Paris* con nada menos que Condorcet y Rabaut Saint-Étienne entre sus redactores, o un semanario como *Révolutions de Paris* de Prudhomme. Eran estos periódicos, combativos e interesados, pero con una apariencia de imparcialidad, los que moldeaban la opinión burguesa y servían de referencia a los políticos que les plantaban cara en la Convención.

Los jacobinos sentían estar perdiendo la batalla de la propaganda, pues difícilmente podían verse representados por una hoja como *Le Père Duchesne*, en la que Hébert parecía incapaz de expresar una sola idea si no iba acompañada de alguna truculencia y el correspondiente taco —«Brissotinos, rolandinos, la hora de vuestra muerte va a sonar. La pera está madura, es preciso que caiga, joder»<sup>[34]</sup> y el periódico de Marat era percibido como un órgano personal, demasiado marcado por el radicalismo y las manías de su autor. De hecho la razón por la que ya en diciembre de 1792 se había expulsado fulminantemente de la sala al redactor de *Le Journal des Débats* —el diario que reflejaba con más detalle las sesiones del club— era la actitud «maquiavélica y pérfida» con que acababa de reflejar los aplausos tributados a l'Ami du Peuple por el público asistente a una sesión anterior. Aunque los Jacobinos habían

pasado de avergonzarse de Marat a considerarlo uno de sus puntales, *Le Journal des Débats* seguía oficialmente vetado y se achacaba a «miembros gangrenados y vendidos de la Sociedad» el que pudiera seguir dando cuenta de las sesiones.<sup>[35]</sup>

En la calle Saint-Honoré se había incubado la inquina que desembocó en los asaltos del 10 de marzo a las imprentas y las descalificaciones contra los periodistas moderados formaban ya parte del ritual. Desfieux había llegado a proponer crear una «oficina de censura» que autorizara las crónicas sobre las sesiones del club, pero las cabezas más lúcidas tenían claro que el camino no era ese sino fundar un nuevo periódico que sirviera de correa de transmisión a la ortodoxia jacobina.

El asunto se replanteó el 3 de mayo, cuando el club recibió una carta del excapuchino Chabot, preocupado por haber leído en otro diario moderado —el *Courier Français*— que mientras cumplía su misión como diputado en el Departamento del Tarn había sido expulsado del Club de los Jacobinos, lo que era falso. A mayor abundamiento Dubois-Crancé, a punto de partir junto con Albitte para incorporarse al Ejército de los Alpes como comisarios, advirtió de lo que también era una necesidad desde el punto de vista militar:

—Me doy cuenta de que no tenemos un solo buen papel público que circule entre los ejércitos.

Un miembro del club, no identificado por las fuentes, fue entonces más allá:

—Afirmo que si no hacéis este periódico, la libertad perecerá.<sup>[36]</sup>

Con esos parámetros, en los días sucesivos se acordó que el nuevo diario se llamaría *Bulletin de la Montagne* o *Journal de la Montagne*, enfatizando así la representación jacobina en la Convención, que Camille Desmoulins y Châles redactarían la crónica parlamentaria, Bentabole y Hassenfratz se ocuparían de las noticias militares, y el archivero del club, Rousseau, y otro socio de confianza, de cuanto ocurriera en la propia calle Saint-Honoré. Además se aprobó contratar a un tal Levaux como una especie de redactor jefe y añadir al equipo a «un miembro del Tribunal Revolucionario».

Aunque no consta la identidad de este último —sólo que fue propuesto por Bentabole—, todo indica que se trataba de Antoine Roussillon, quien tras haber sido elegido como juez continuaba siendo asiduo a las sesiones del club. Así lo reflejaba una crónica de *Le Journal Français* del 5 de mayo: «Se invita a Roussillon a entretener a la Sociedad contando lo que ha pasado en el Tribunal Revolucionario. Roussillon dice: “Me pedís que hable de lo que ocurre en el Tribunal. Guardaré silencio porque nuestros enemigos Brissot y Gorsas publicarán que alardeamos de beber sangre. Y para callarles la boca digo que nunca he condenado a nadie a muerte sin verter lágrimas”».

Sin embargo, según el cronista esta respuesta no fue del agrado general: «Legendre se expresa rotundamente contra este humanitarismo equivocado. Quiere que se disfrute bañándose en la sangre de los aristócratas y exige que para entretener a la Sociedad alguien cuente lo que ha ocurrido en el Tribunal Revolucionario. El



informe se hace. La Sociedad se regocija y en el momento en que el orador dice que cuatro individuos han sido condenados a muerte la sala prorrumpe en aplausos, en gritos de alegría y de ¡bravo!». [37]

Tal explosión de euforia se vio sin duda amplificada por la identidad de esos últimos sentenciados a la guillotina. No eran cuatro personajes cualesquiera, sino que se trataba de uno de los detestados *fermiers generals*, encargados de la recaudación de impuestos durante el Antiguo Régimen, Paul de Kolly, de cincuenta y tres años, además de su esposa Madeleine, de treinta y cinco, de su presunto criado Beauvoir, de treinta y cuatro, y de un tal Bréard, comisario de la Marina y amigo de la familia, de cincuenta y tres años. Las edades de unos y otros terminarían teniendo un valor indiciario de lo que se había descubierto a lo largo del proceso.

Resultaba que el señor Kolly había urdido un plan para financiar a los hermanos de Luis XVI en su exilio de Coblenza, reactivando la quebrada Caja de Comercio para captar capitales entre las clases pudientes de París: el decreto autorizando su reapertura había sido una de las últimas decisiones de la Asamblea Legislativa. Y resultaba que la señora Kolly guardaba en la residencia familiar de Boulogne-sur-Mer una carta del conde de Provenza (futuro Luis XVIII) y el duque de Artois (futuro Carlos X) garantizando la devolución de las inversiones cuando se produjera la restauración monárquica. Todo tenía su lógica, pues no era cuestión de que tan comprometedor documento circulara por París mientras el señor Kolly y el tal Beauvoir trataban de conseguir inversores durante esos peligrosos y confusos primeros días de enero en los que la propia suerte del rey derrocado parecía ser materia de compraventa.

Con lo que no contaban los policías, que, tras recibir un soplo sobre lo que estaba en marcha, habían tendido una trampa al señor Kolly a través de un falso marqués de Prouville, es que su investigación descubriría no sólo una trama financiera contrarrevolucionaria, sino también lo que ya a finales del siglo XVIII podía ser definido como «una historia muy francesa». A través de la correspondencia que la señora Kolly mantenía con una prima instalada en París que le servía de contacto con su marido y el supuesto criado, los sabuesos de la Comuna averiguaron que Beauvoir era en realidad no sólo su amante, sino el verdadero padre de uno de los que pasaban por hijos del matrimonio.

Como quiera que el falso marqués se había comprometido a aportar una suma considerable con tal de que se le mostrara el documento con la garantía de los Borbones, Beauvoir escribió el 3 de enero una carta a la señora Kolly en la que se dirigía a ella como «mi demasiado cruel amiga», le mandaba «un millón de besos» y reservaba un recuerdo especial a «nuestro querido niño», pero sobre todo la requería para que le mandara en la próxima diligencia «dos objetos, el grande y el pequeño, que deposité en tu casa y de los que aceptaste ser guardiana». Se refería a la carta de los hermanos de Luis XVI y a un documento sobre la constitución de la nueva Caja de Comercio.



La señora Kolly le contestó con aún mayores muestras de cariño, añadiendo el relato de lo mucho que había nevado y una especie de referencia en clave: «*J'arrive sans accident d'aller acheter une hou...*». ¿Qué es lo que habría ido a comprar la señora Kolly en medio del temporal? La policía lo descubrió cuando poco después ella hizo el envío requerido. Los agentes irrumpieron en casa de su prima y abrieron un paquete en el que había diversas prendas de ropa y una bolsa de polvos cubierta por una especie de tapa con una gran borla (*houppes*) en forma de cisne. Al descoser la unión entre la borla y su soporte de madera aparecieron los dos comprometedores documentos que permitieron detener a los cuatro implicados.

Los Kolly, su especial criado y su amigo permanecieron casi cuatro meses semiolvidados en la Abadía hasta que la creación del Tribunal Revolucionario dio prioridad a su caso. Durante la vista pública, presidida por Montané, quedó claro que el pretendido marqués de Prouville era en realidad el agente Gautier, de la policía de la Comuna de París. Todo indica que fue también entonces, a resultas de la lectura íntegra de las cartas intercambiadas entre ellos, cuando el alelado señor Kolly «se enteró de bastantes cosas respecto a su esposa y su pretendido servidor».<sup>[38]</sup>

Al juicio no le faltó su parte de intriga política, pues el agente Gautier declaró que el señor Kolly le había contado que el proyecto de la Caja de Comercio tenía el apoyo del entonces ministro Roland, y que Beauvoir se había jactado de que, a través de tan importante personaje, sabían que los diamantes robados en el Guardamuebles estaban escondidos en una isla a disposición de la contrarrevolución. El tribunal llamó a declarar a Roland, acentuando así el aura de sospecha que le rodeaba. Pero el exministro se limitó a decir que no había visto jamás a ninguno de los acusados ni intervenido en nada relativo a la Caja de Comercio. Beauvoir desmintió haber hablado de los diamantes.

En realidad los acusados optaron por negar todo lo relacionado con los hermanos del rey, pero las respuestas de la señora Kolly durante el interrogatorio al que la sometieron Fouquier-Tinville y el propio Montané no pudieron ser más torpes y contraproducentes. Primero dijo que lo que había enviado a Beauvoir era un retrato suyo, no siendo capaz de explicar por qué ese objeto no estaba en el paquete. Luego aseguró que lo que había salido a comprar en plena nevada era un arpa, porque a su marido le gustaba mucho ese instrumento; y preguntada por qué había escrito «*hou...*» para referirse a un *harpe*, sólo se le ocurrió decir que debía de haberse «equivocado con las prisas». Por fin trató de arreglarlo *in extremis*, cuando el jurado ya les había declarado culpables, alegando que en realidad había comprado una hopalanda, precisamente la que llevaba Beauvoir puesta en ese momento.

El tribunal les condenó a los cuatro a muerte y los tres varones fueron guillotinado el sábado 4 de mayo. La señora Kolly no sufrió la misma suerte porque, tras escuchar la condena, declaró que estaba embarazada de seis semanas. A la vista de lo constatado durante el juicio se trataba de una hipótesis tan verosímil como bifurcable, pues tanto el señor Kolly como Beauvoir habían estado en la misma

prisión y el contacto entre hombres y mujeres era posible en la Abadía. Aunque los médicos que la examinaron no pudieron detectar ningún síntoma que lo acreditara, el tribunal decretó un aplazamiento de tres meses con el criterio de que si se confirmaba el embarazo sólo sería ejecutada después de que naciera el bebé.

«¿Vivir de esa manera no es morir mil veces?», se preguntaba *Le Journal Français*, conmovido por la situación de la señora Kolly, cuya versión daba por buena.<sup>[39]</sup> Pero ella, «sacrificándolo todo al deseo de vivir»,<sup>[40]</sup> siguió con sus embustes mientras pudo. El 30 de julio reconoció a los médicos que su anterior embarazo no era cierto, pero añadió que ahora sí que estaba encinta al haber mantenido relaciones sexuales con un interno de la Petite Force, a la que había sido trasladada.

En la duda obtuvo un nuevo aplazamiento trimestral. Cuando este tocaba a su término la señora Kolly alegó que había abortado, aportando como prueba un feto conservado en aguardiente dentro de un tarro, y anunció que estaba de nuevo preñada. ¿Cómo había podido ocurrirle esta vez? Pues teniendo relaciones con un desconocido vestido de gris al que habría pagado un asignado de 50 libras por dejarla embarazada. Hasta ahí llegó su resistencia, porque el tribunal comprobó que el feto tenía cuatro meses, cuando ella aseguraba haber abortado de dos, y al día siguiente la mandó a la guillotina. «Sin duda la muerte, en la medida en que la había evitado durante tanto tiempo, le pareció aún más terrible».<sup>[41]</sup> Según el autor de *Le glaive vengeur*, morboso testigo presencial de juicios y ejecuciones, «ella lanzó un grito espantoso y prolongado un segundo antes de que el cuchillo la golpeará».<sup>[42]</sup>

## CINCO

Durante ese intervalo de medio año que transcurre entre el espasmo de júbilo de los Jacobinos al conocer su condena y el alarido de la señora Kolly al ser ejecutada, la Revolución habría de franquear el umbral que aún separaba un régimen parlamentario con excrecencias dictatoriales como el Tribunal Revolucionario de una sanguinaria dictadura terrorista. Pero en la primera quincena de mayo Robespierre seguía buscando la fórmula para desencadenar una respuesta contundente a los desafíos de lo que él percibía como la contrarrevolución sin apartarse de la legalidad republicana. Obsesionado por la contestación de los moderados en las secciones y en la calle, hasta el extremo de magnificarla mucho más allá de su trascendencia real, fue el miércoles día 8 cuando, primero en la Convención y luego en el Club de los Jacobinos, presentó su hoja de ruta para la resolución de la crisis.

Su primera intervención de ese día tuvo lugar después de que una delegación del departamento de Indre-et-Loire comunicara a la Asamblea que los rebeldes vendeanos estaban haciendo preocupantes avances y se necesitaban con urgencia los refuerzos. El carnicero Legendre pidió que se cerraran todos los espectáculos y que el alcalde de París ordenara disparar el cañón de alarma. Vergniaud se opuso, pero reconoció estar «sorprendido por la lentitud con que se desarrolla el reclutamiento» y lo achacó a «la guerra funesta que se ha entablado entre aquellos a los que se llama *sans-culottes* y aquellos a los que se les conserva el nombre de *messieurs*». Robespierre hizo entonces su propia interpretación de este conflicto:

—Todos los ciudadanos sienten la necesidad de armarse para repeler a los enemigos de la libertad. Una sola cosa debe preocuparle a la Convención, y es impedir que los esfuerzos del patriotismo no terminen beneficiando a la traición y a la aristocracia. No es suficiente que paremos el avance de los contrarrevolucionarios. Tomemos medidas contra los cómplices de los rebeldes y del enemigo exterior que tratan de hacer la contrarrevolución en París.

Jaleado por los primeros aplausos de las tribunas y la Montaña, Robespierre culminó su falaz equivalencia:

—Si hay un ejército de contrarrevolucionarios en la Vendée, hay otro en París. Es preciso contener a uno y a otro; y es preciso que cuando mandemos a los patriotas de París contra los rebeldes de la Vendée no tengamos nada que temer aquí de sus cómplices. Si la aristocracia ha osado levantar la cabeza en estos últimos días, si ciudadanos condenados al silencio por su falta de civismo se han extendido por las secciones, ¿qué ocurrirá cuando haya partido un ejército de patriotas? Es preciso impedir que los enemigos de la libertad, sea cual sea el nombre que adopten, abogados, nobles, financieros o curas, puedan destruirla. Pido en consecuencia que todos los sospechosos sean detenidos y conservados como rehenes.

El público de las galerías trocó su asentimiento en entusiasmo, pero los murmullos de desaprobación proliferaron entre los bancos del centro y la derecha.

Camille Desmoulins secundó a su compañero de colegio y testigo de boda, anticipando una estrategia.

—Se os ha hablado de dos clases de ciudadanos, de los *messieurs* y de los *sans-culottes*. Tomad la bolsa de los primeros y armad a los otros. Emplead contra los rebeldes el dinero de los ricos y el coraje de los pobres. Sobre todo no enviéis a la Vendée a estos *messieurs* reunidos recientemente en los Campos Elíseos y a los que les gustaría marchar contra la Convención.

Y Couthon apuntaló las mismas tesis desde su silla de ruedas:

—Cuando la patria está amenazada un hombre sospechoso es un monstruo. Es preciso detener a los sospechosos y obtener de ellos una contribución proporcional a sus riquezas que servirá para pagar a los bravos *sans-culottes*.

Danton se apuntó enseguida a lo que en definitiva suponía una desautorización de la torpe estrategia de reclutamiento de la Comuna y una vuelta al espíritu del decreto del Departamento de Hérault que él había propuesto generalizar.

—¡Puesto que casi nunca es digno de combatir por la libertad, que el rico pague, que pague con largueza y que el hombre del pueblo vaya a la Vendée!

Sólo Marat insistió en los riesgos de lo que podría ocurrir en París si partían los *sans-culottes*, con una pregunta idéntica a la de Robespierre:

—Si ya han montado una insurrección estando presentes los patriotas valientes, ¿qué no harán estos contrarrevolucionarios el día en que ellos estén ausentes?

Buzot no pudo aguantar durante más tiempo el maniqueísmo de la Montaña.

—Se nos propone detener a las personas sospechosas. ¿Por qué condenar al abatimiento a las familias cuando necesitáis del celo de todos? Hoy tratáis como a criminales a los que se han presentado en sus secciones y antes les culpabais por no hacerlo. Todos los buenos ciudadanos han participado en sus secciones, animadles a que sigan haciéndolo. Pronunciad una amnistía para los que hayan sido detenidos estos días.

El diputado de Évreux había apelado a la conciliación, pero el pintor David, tan acostumbrado a manejar la insidia como el pincel, le replicó con un brochazo personal:

—Preguntadle a Buzot si habla así por humanidad o porque su criado ha sido detenido montado en el caballo de Dugazon.

El comentario no podía tener peor intención, toda vez que Dugazon, actor de éxito muy cercano a los líderes moderados, había alcanzado su fama en el teatro interpretando precisamente papeles de criado. Entre el jolgorio hostil del público, Buzot se vio obligado a aclarar lo ocurrido:

—No hablaría de esto si no hubiera sido interpelado. Mi criado fue detenido el día 5 de este mes cuando montaba el caballo de uno de mis amigos. Se le requirió su tarjeta cívica. No tenía. Y es que en cuatro ocasiones distintas en las que yo la he pedido en la Sección de Quatre-Nations [Unité], en la que vivo, me ha sido denegada. El solo hecho de que declarara que era mi criado determinó su detención en secreto.

Estaba detenido en la alcaldía. Me trasladé allí para reclamarlo y me encontré con uno de esos hombres de grandes bigotes y gran sable que a menudo se ven por los alrededores de la Convención. Se me dijo que había testigos contra mi criado. Pedí sus nombres, me los rehusaron. El gran hombre me preguntó si necesitaba saber el suyo. «Está en la punta de mi sable», añadió. Le respondí que le esperaba con mi valor y algunas balas de las que disponía. En fin, después de dos horas y media de interrogatorio me devolvieron a mi criado.

¿Asunto terminado? Sí y no. El primer gran debate del día concluyó con la decisión de volver a mandar comisarios a las secciones para acelerar el reclutamiento y Vergniaud pudo hacer un discurso importante recordando a los diputados la prioridad para la que habían sido elegidos. Recurrió de nuevo tanto a la metáfora náutica como a una predicción sombría:

—La Constitución es el único puerto en el que podemos encontrar nuestra salvación. ¡Apresurémonos, ciudadanos! Si por una despreocupación criminal o por una ambición culpable de perpetuar nuestros poderes no dirigimos rápidamente nuestro rumbo hacia ese único asilo, el navío de la República, mal gobernado por nuestros odios recíprocos, extenuado por los medios extremos que tenemos que emplear para conservarlo a flote, atormentado desde dentro por las sacudidas a las que lo someten nuestras pasiones, por los furores de la guerra civil y los desórdenes de la anarquía, presionado desde fuera por numerosos enemigos, se sumergirá con todos nosotros y la libertad en las tormentas de una última Revolución.

Tras reclamar en vano un debate constitucional de fondo «que no sea nunca interrumpido por incidentes miserables», Vergniaud aprovechó para ajustar cuentas con dos de sus principales antagonistas jacobinos, ridiculizando sus obsesiones puritanas. Empezó con una nada velada alusión al intento de Robespierre de introducir al Ser Supremo en la Declaración de Derechos durante el debate del 17 de abril.

—Para que su obra fuera respetada, los legisladores de la Antigüedad hacían intermediar a algunos dioses entre ellos y el pueblo. Nosotros que no tenemos ni a la ninfa de Numa,<sup>[43]</sup> ni a la paloma de Mahoma, ni siquiera al demonio familiar de Sócrates, no podemos interponer entre el pueblo y nosotros sino a la razón.

Más explícito fue aún su repudio al integrismo que latía en la exaltación de Esparta por parte de Saint-Just en su discurso del 24 de abril:

—¿Queréis crear un gobierno pobre y guerrero como el de Esparta? En ese caso sed consecuentes como Licurgo: repartid como él las tierras entre todos los ciudadanos, proscribid para siempre los metales que la avaricia humana arranca a las entrañas de la tierra, quemad incluso los asignados que podrían contribuir al lujo, que el combate sea el único trabajo de los franceses y haced depender vuestra subsistencia de vuestros esclavos.

No sólo se contraponían dos modelos de sociedad, sino dos actitudes personales ante la vida. «La República con la que sueña Vergniaud no es una República

mezquina y huraña, sino una República alegre y placentera».<sup>[44]</sup> Para él «denunciar a Esparta suponía denunciar la política, supuesta o real, del ala izquierda de los jacobinos».<sup>[45]</sup>

Apenas había acabado de hablar Vergniaud, ensalzando la primacía de la libertad y la defensa de la propiedad frente al igualitario «caldo negro de Lacedemonia», cuando la urgencia de una petición volvió a distraer la atención de la cámara. Se trataba de un episodio similar al planteado por los portavoces de la Sección de Bon-Conseil el lunes.

Ahora era una delegación de los Lombards la que denunciaba la detención arbitraria de uno de sus miembros —un tal Raymond Permes—, quien tras asistir desarmado a la manifestación de los Campos Elíseos había tenido la osadía de presentar una moción en la sección, pidiendo la puesta en libertad de los arrestados. Había bastado esa propuesta para que un grupo de radicales, en pleno ejercicio de «fraternización», disolviera la asamblea, le arrastrara por los pelos al exterior y le condujera hasta un puesto de guardia. Estaba encarcelado en la Conciergerie y, ante el riesgo de que fuera juzgado por el Tribunal Revolucionario, el portavoz de la delegación pedía a la Convención que interviniera.

—El ciudadano que venimos a reclamar es nuestro hermano. Lejos de haber mantenido planteamientos contrarios a la libertad, ha sido uno de sus más celosos defensores. Se le acusa de haber formulado una petición. Legisladores, si eso es un delito, ¿para qué está la ley que consagra el derecho de petición? Legisladores, devolvednos a un hermano, a un camarada; devolved a un padre de familia a su mujer y a sus hijos.

Antes de que nadie pudiera apoyar esa demanda, Robespierre ya estaba interviniendo para posicionarse en contra.

—¿Queremos asentar seriamente el reino de la libertad, queremos encontrar los medios de asegurar al pueblo sus derechos? Estos medios implican mostrar una severidad inflexible contra los que osan levantar audazmente el estandarte de la revuelta y de la sedición.

Los mismos que dos semanas antes le habían aplaudido cuando había consagrado el derecho a la insurrección como uno de los más nobles atributos humanos, volvieron a hacerlo ahora que Robespierre negaba la posibilidad de protestar pacíficamente a un puñado de oficinistas y dependientes. Claro que nadie como el Incorruptible para demonizar a aquellos a quienes quería perseguir.

—¿Es que hay alguien que ignore los motivos de los arrestos que han tenido lugar estos últimos días? ¿Es que hay alguien que ignore que aristócratas insolentes han osado insultar al pueblo? ¿Es que hay alguien que ose negar que bandas de financieros y patricios, y de tantos otros enemigos de la libertad, se han reunido con la intención de desencadenar un movimiento contrarrevolucionario?

—Eso es falso —replicó una voz desde las filas moderadas.

—Si hay alguien que ose negar los atentados cometidos contra la libertad es que

es su cómplice —repuso Robespierre con la lógica recurrente de todo martillo de herejes.

Siguió luego la repetición del debate sobre si los manifestantes habían gritado «*Vive le roi!*», como sostenía la Montaña, o «*Vive la loi!*», como alegaban los moderados. Pero Robespierre también estaba preparado para integrar esta segunda hipótesis en su discurso maniqueo.

—Es verdad que han reclamado los derechos a la libertad y a la igualdad. ¿Pero no os dais cuenta de que ha sido para poder acabar mejor con la propia libertad? La persona por la que se reclama es el pasante de un ujier<sup>[46]</sup> que se puso a la cabeza de un grupo. ¡Cómo! ¿Es que son tan amantes de la libertad estos pasantes de ujieres para que no se pueda sospechar de ellos? Los que protegen hoy a los ricos negociantes y a los patricios, protegen también a Coburgo y a los rebeldes de la Vendée.

Nadie le advirtió siquiera de que estaba confundiendo el caso de Sagnier con el de Permes, que en realidad era vendedor de perfumes. El público de las galerías estaba volcado a favor de Robespierre y en contra de los peticionarios. Con gran dificultad Isnard y Buzot lograron hacerse oír a favor del detenido. Ni el argumento del uno —envuelto en sus farragosas digresiones habituales— de que en definitiva los manifestantes sólo pedían «un modo uniforme de reclutamiento», ni la reflexión del otro sobre la alcaldada —y nunca mejor dicho— lo que suponía que alguien pudiera ser detenido durante la asamblea de su sección, impidieron que la Convención pasara al orden del día.

Crecido por su éxito, Robespierre pronunció esa noche en el Club de los Jacobinos uno de sus discursos más transparentes, en la medida en que plasmó sin ambages su visión de la Revolución como un combate estereotipado entre el bien y el mal.

—El pueblo francés quiere la libertad y no puede querer otra cosa. Sus enemigos son los hombres corruptos que anteponen su propio interés al interés general. No hay más que dos partidos en Francia: el pueblo y sus enemigos. Es preciso exterminar a todos esos seres viles y malvados que conspirarán eternamente contra los derechos humanos y la felicidad de todos los pueblos. He aquí la situación actual. El que no está con el pueblo está contra el pueblo. El que tiene calzones dorados es el enemigo de todos los *sans-culottes*.

Consciente de que tal anatema, en boca de alguien obsesionado por la pulcritud y elegancia de su levita, pañuelo, calzones y medias, requería alguna precisión, Robespierre aclaró que más que a una división de las apariencias se refería a la barrera infranqueable entre las conductas.

—No existen más que dos partidos: el de los hombres corruptos y el de los hombres virtuosos. No distingáis a los hombres por su fortuna y su situación, sino por su carácter. No hay más que dos clases de hombres: los defensores de los oprimidos, los amigos de la indigencia y los responsables de la opulencia injusta y de la



aristocracia tiránica. Pues bien, si se quiere evitar la guerra civil, estas dos clases de hombres deben ser separadas.

Establecidas así las dos categorías irreconciliables de franceses, era el momento adecuado para que Robespierre diera rienda suelta a su afición favorita: hablar de sí mismo.

—Una parte de los defensores del pueblo se ha dejado corromper. También yo habría podido vender mi alma a cambio de la opulencia. Pero yo considero la opulencia no sólo como el precio del delito, sino también como el castigo del delito. Y yo quiero ser pobre para no ser desgraciado. Sólo me quejo de una cosa: de ser demasiado querido por los indigentes. Preferiría ser despreciado si el pueblo pudiera salvarse a cambio.

En medio de fervorosas aclamaciones aquel mesías que se entregaba así en cuerpo y alma a los humildes y anticipaba ya su camino del Calvario —omitiendo sus intenciones de ocupar la silla de Caifás y el palacio de Pilatos—, repitió las propuestas esbozadas ante la Convención y concretó su trascendencia:

—En este momento de crisis todos los patriotas tienen el deber de salvar a la patria por los medios más enérgicos. Si consentís que se asesine por doquier a los patriotas, todo lo que hay de virtuoso sobre la tierra será aniquilado. A vosotros os corresponde decidir si queréis salvar al género humano.

Ante semejante encomienda, según *Le Journal des Débats*, «todos los miembros se levantaron por un impulso simultáneo y gritaron agitando sus sombreros: “¡Sí, sí, sí que lo queremos!”». <sup>[47]</sup> Robespierre pasó a explicarles lo que tenían que hacer:

—Tenéis en las leyes todo lo que hace falta para exterminar legalmente a nuestros enemigos. Tenéis aristócratas en las secciones. ¡Echadlos! Tenéis un pueblo inmenso de puros *sans-culottes* que no pueden dejar sus trabajos. Obligad a los ricos a que les paguen. La mayoría de los diputados de la Convención están decididos a respaldar los derechos del pueblo y salvar a la República. La parte gangrenada de la Convención no impedirá al pueblo combatir a los aristócratas.

Y para que no quedaran dudas remachó una vez más su plan, sin otra autoridad que el ascendiente moral que desde hacía cuatro años había ido ganando, episodio tras episodio, ante los activistas revolucionarios y el pueblo humilde de París.

—Resumo y pido: 1. Que las secciones recluten una tropa suficiente para formar el nudo de un ejército revolucionario que arrastre a todos los *sans-culottes* de los departamentos para exterminar a los rebeldes. 2. Que se levante en París un ejército de *sans-culottes* para contener a la aristocracia. 3. Que todos los intrigantes peligrosos, que todos los aristócratas sean puestos en estado de arresto; que a los *sans-culottes* se les pague a expensas del tesoro público y que esta medida se extienda a toda la República; que se establezcan fraguas de armamentos en todas las plazas públicas; que el Tribunal Revolucionario cumpla con su deber y castigue a todos los que en los últimos días han blasfemado contra la República; que las secciones de París se reúnan en la Comuna y que compensen con su influencia los

escritos pérfidos de los periodistas alimentados por las potencias extranjeras.

Se había olvidado de la numeración a la mitad pero daba igual. La principal novedad de todo el planteamiento era que no hacía falta que se marcharan de París para que los *sans-culottes* recibieran dinero como soldados. Así como el servicio rotatorio o esporádico en la Guardia Nacional era gratuito, lo que se acuñaba ahora era el concepto de un ejército profesional ligado a la defensa de la Revolución allí donde fuera atacada. Al equiparar a los oficinistas y recaderos que habían protestado durante dos mañanas contra un reclutamiento amañado en perjuicio suyo con los rebeldes vendeanos que tenían en jaque desde hacía dos meses a las unidades militares de la República, Robespierre había equiparado también la utilidad revolucionaria de quienes se quedaran en París con la de quienes se marcharan. De hecho la misión esencial de estos últimos era «arrastrar» con su ejemplo a los *sans-culottes* del resto de la República, lo que implicaba limitar la cuantía del cuerpo expedicionario liderado por Santerre.

Si París y la Vendée eran dos frentes de una misma guerra, también podía ser un mismo ejército el que la librara. Y los combatientes que lo integraran podían ser financiados con el impuesto especial que debían pagar los ricos, independientemente del lugar en que prestaran sus servicios. Con la particularidad de que quienes partieran ganarían más, gracias a las primas de enrolamiento sobre las que ya se discutía y negociaba en las secciones. Pero también habría dinero para quienes se ocuparan en la capital de trabajos de limpieza tales como «expulsar a los aristócratas» de las secciones, arrestar a los «sospechosos» y mantener a raya a «la parte gangrenada de la Convención».

Tal era su plan: interpretar los decretos sobre el reclutamiento del departamento del Hérault en un sentido lo suficientemente amplio como para que la movilización concebida para hacer frente a una emergencia militar sirviera también para decantar una crisis política latente desde hacía meses. Antes de abandonar el recinto del Club de los Jacobinos, Robespierre no quiso dejar de repetir la consigna que daba sentido a todas las demás:

—Aplicad todas estas medidas sin proporcionar ningún pretexto que permita decir que habéis violado las leyes.

## SEIS

Si alguno de los artilugios aerostáticos que estaban siendo probados con fines militares en el vecino municipio de Meudon<sup>[48]</sup> hubiera entrado por el sur y hubiera atravesado el cielo de París a media tarde del jueves 9 de mayo, sus ocupantes habrían detectado una hacendosa caravana de hormigas que cruzaba los escasos centenares de metros que separaban la Sala del Manège de la fachada trasera del palacio de las Tullerías, transportando sobre sus espaldas todo tipo de bultos y objetos.

La Convención estaba de mudanza. Por fin después de meses de retrasos y esperas la representación nacional se trasladaba a la que debía ser su sede definitiva en el antiguo último bastión del tirano, ya rebautizado como Palacio Nacional. Para facilitar las cosas ese jueves no había habido sesión vespertina —es decir, nocturna— y a partir de las seis, cuando Boyer-Fonfrède dio el campanillazo final, todo se puso en movimiento. Una parte de los propios diputados se había sumado a los ujieres, guardias nacionales y todo tipo de personal subalterno para trasladar, viaje va, viaje viene, muebles, elementos ornamentales, ropajes, libros, archivos... desde el cuadro de Le Peletier hasta el último documento.

Una enorme bandera tricolor de más de diez metros de largo, ondeando en un asta de trece de alto, rematada por un gorro frigio de consistente sarga escarlata, dominaba ya la escena sobre la cúpula del antiguo pabellón central, antes de l'Horloge y ahora de l'Unité. La caravana de hormigas se bifurcaba entre el acceso al pabellón principal y el más cercano al antiguo pabellón de Marsan, ahora de la Liberté. La nueva sede de la Convención ocupaba el tercio norte del alargado palacio, inserto, como una barricada que desembocaba en el río, entre el complejo del Louvre con su adyacente plaza del Carrusel y el propio jardín de las Tullerías o «Jardín Nacional».

Desde la caída de la Monarquía la plena ocupación de su palacio había sido una asignatura pendiente para la Revolución. De hecho el 21 de septiembre la primera sesión de la Convención había tenido allí su preámbulo simbólico, y varios comités —el de Salud Pública desde su constitución— se habían ya trasladado al antiguo pabellón de Flora, ahora de l'Égalité, en la parte sur del edificio. Pero mover a más de setecientos diputados, a todo el personal que pululaba alrededor y a los espectadores que en número creciente trataban de asistir a las sesiones era otra cosa. Máxime cuando había en juego también una cuestión presupuestaria y cuando las intrigas políticas incidían en la propia dirección y ejecución de las obras.

Desechando otros proyectos más faraónicos, la Convención había adoptado el del arquitecto Vignon, consistente en instalar el salón de sesiones en la llamada Sala de Máquinas que había servido de vientre a las representaciones teatrales de la corte. No era una operación fácil, ya que una vez despojado el recinto de su escenario, palcos y plateas, lo que quedaba era una especie de foso, hundido más de siete metros bajo el

nivel del suelo. Ante la alternativa de convertir a los diputados en fieras de una especie de zoológico subterráneo, finalmente se optó por recubrir el hueco con enormes planchas sujetas por pilares y levantar sobre ellas la sala de sesiones, situándola al nivel del entresuelo del palacio. Como entre tanto Vignon, a raíz de sus desavenencias presupuestarias con Roland, había sido sustituido por su colega Gisors en pleno apogeo de la mayoría moderada de la cámara, los elementos para la polémica estaban servidos.<sup>[49]</sup>

Cuando a la mañana siguiente los diputados comparecieron con aires de estreno debieron de sentirse satisfechos al acceder desde la plaza del Carrusel, ahora de la Réunion, a través de una nueva puerta de doble hoja, de recia madera de roble, adornada por las fauces de ocho leones. La antigua puerta, con los símbolos de la realeza, había sido destruida el 10 de agosto. Su satisfacción debió de trocarse en orgullo al penetrar en el gran vestíbulo del pabellón central y subir por la escalera de honor, de peldaños de mármol, situada a la derecha. Varias mercerías y una librería autorizada, regida por la ciudadana Lesclapart,<sup>[50]</sup> salpicaban ya esos lugares estratégicos que habían servido de escenario a los más fieros combates entre los asaltantes del palacio y los abnegados guardias suizos que tan estérilmente se batieron por su rey fugitivo. De hecho el recuerdo de lo que había significado aquel recinto aún podía vislumbrarse en las barandillas de hierro de la escalera en las que los forjados en forma de flores de lis habían sido alterados a martillazos y un cetro real había quedado retorcido toscamente para darle la apariencia de una pica.<sup>[51]</sup>

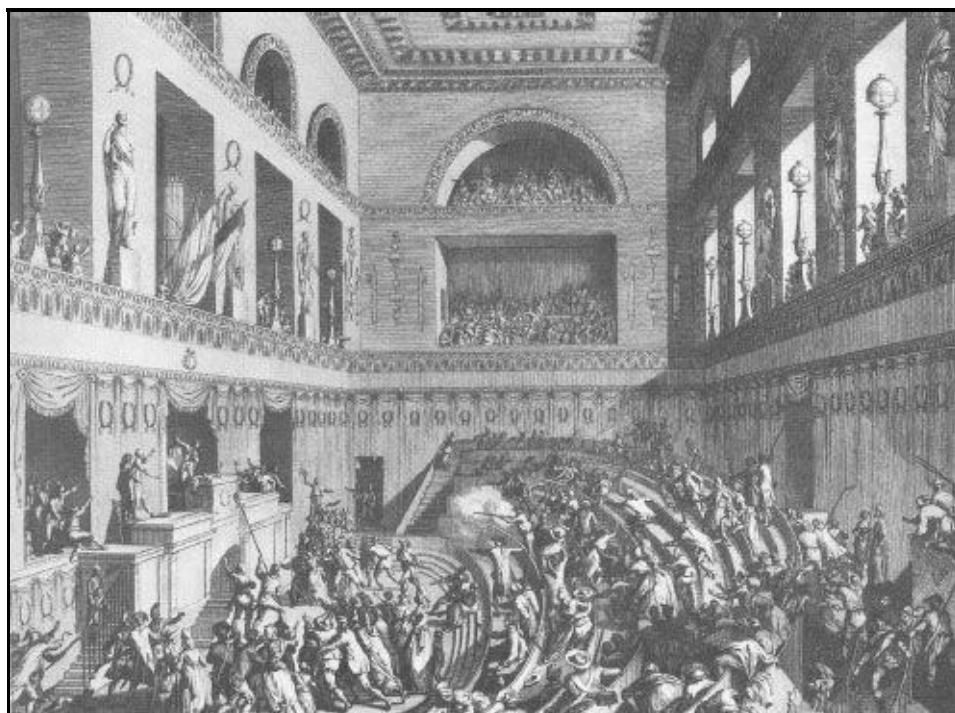
Los más anticlericales debieron disfrutar de forma especial al descubrir, ya en el entresuelo, cómo la capilla del palacio había sido transformada en una especie de gran antesala de veinticuatro metros de largo por nueve y medio de ancho, iluminada en cada uno de sus lados por seis ventanales tal vez demasiado altos. Del techo, adornado por molduras que representaban las efigies de Solón y el primer Bruto, colgaban cuatro arañas con lámparas de aceite, y otras tantas estufas de cerámica ocupaban las esquinas, mientras una hilera de banquetas de terciopelo ceñía el perímetro. Todo parecía concebido para que los diputados pudieran mantener allí confortables conciliábulos entre discurso y discurso.

Una vez traspasada la pequeña estancia que había servido de sacristía, los representantes del pueblo se adentraban en la sala de la Libertad, dominada por una estatua de más de tres metros de alto que representaba la figura alegórica sentada sobre un pedestal de otro metro y medio, con una mano apoyada sobre el globo terráqueo y la otra enarbolando una pica con un gorro frigio.<sup>[52]</sup> Era la última imagen que cualquier diputado contemplaba antes de acceder a la sala de sesiones de la Convención.

Ya en el interior del que habría de ser su útero y refugio durante las tempestuosas jornadas que estaban por venir, la primera impresión generalizada era la de haber ganado en prestancia y holgura. La antigua Sala de Máquinas era un poco más larga (45 metros) y sobre todo casi el doble de ancha (14 metros) y bastante más alta (19

metros) que la Sala del Manège. Sin embargo, el espacio útil quedaba en la práctica limitado, por lo que el diputado y periodista Dulaure describió sobre la marcha como «cuatro pilares chocantes que avanzan desde cada lado en el interior del edificio», lo que provocaba que el «local sea demasiado estrecho para dar a este anfiteatro una forma más regular y más cómoda».<sup>[53]</sup> Según Dulaure el proyecto de Vignon eliminaba los pilares, pero Gisors había decidido mantenerlos.

Los diputados ocupaban diez filas de banquetas, situadas sobre otras tantas pequeñas gradas dispuestas a la izquierda de la sala frente a los pilares, es decir, pegadas contra la fachada del jardín de las Tullerías. La parte central era recta, curvándose en sus extremos hasta reproducir la forma de medio estadio romano. La barra emergía en el centro, interrumpiendo las cinco filas de banquetas inferiores, y a ella se accedía desde una galería de peticionarios, casi tan amplia como la propia sala de la Convención, situada en la planta baja. Los peticionarios esperaban allí y cuando les tocaba intervenir ascendían a través de una «escalera de molinero»,<sup>[54]</sup> como si se tratara de acceder a la concha del apuntador en un teatro.



*La Convención en la Sala de Máquinas. Grabado de Duplessis-Bertaux, Biblioteca del Instituto de Historia de la Revolución.*

Enfrente, incrustado entre los pilares y en paralelo a la fachada que daba a la plaza del Carrusel, quedaba una especie de estrado de madera de dos niveles, ocupado por la mesa del presidente, las de los secretarios y la tribuna de oradores, con dos pares de escaleras laterales. El sillón del presidente y sus ropajes habían sido diseñados por David. Encima del estrado ondeaba un abanico de banderas arrebatadas a los enemigos de la República. A uno y otro lado se levantaban dos candelabros de tres metros y medio de alto rematados por cuatro pares de quinqués. El cuadro con Le

Peletier yacente en su lecho de muerte ocupaba uno de los entrepaños. El conjunto tenía mucho más empaque que su equivalente en el Manège. Desde su posición el presidente dominaba el recinto y disponía incluso de una salita, separada de su mesa por unas cortinas, en la que podía mantener reuniones o simplemente descansar.

La otra gran ventaja para la dirección de los debates era no tener al público literalmente sobre los cogotes de los diputados. Para alojar a los invitados de los diputados se habían dispuesto cinco pequeñas tribunas en cada una de las dos bandas del rectángulo, bajo los huecos de otros tantos arcos, adosados en el caso de la fachada del jardín a los grandes ventanales que iluminaban la sala. Estos invitados eran los más próximos a los oradores. Encima de cada una de esas tribunas había un pequeño «palomar» destinado a la prensa. Los periodistas se quejarían pronto de sus precarias condiciones de trabajo.<sup>[55]</sup>

El público en general ocupaba dos grandes anfiteatros divididos en dos pisos en los fondos del recinto. Había pues un fondo norte y un fondo sur. Los anfiteatros inferiores tenían forma rectangular, los superiores semioval, a modo de ojo de pez. Hasta mil cuatrocientas personas podían asistir a las sesiones entre las diez tribunas y los cuatro cubículos de los anfiteatros. Bastantes más de las que cabían en el Manège, pero muchas menos de las que hubieran querido asistir durante esa fase de la Revolución en la que París estaba en plena efervescencia.

De acuerdo con unas normas adoptadas el propio 9 de mayo por la Convención, así como los diputados debían de acceder por la puerta principal de la plaza del Carrusel y utilizar la escalera de honor, el público tenía que entrar por las puertas traseras del Jardín Nacional y subir hasta los anfiteatros por una escalera de piedra situada en la planta baja del propio pabellón de la Libertad. Los invitados provistos de sus correspondientes entradas tenían preferencia. Luego, el primero que llegaba era el que pasaba hasta completar el aforo. «Se permitirá entrar a los ciudadanos libremente, armados o no armados, con bastones de toda clase [...], con la excepción de los que no lleven escarapelas tricolores de tela o de lana», especificaba el decreto.<sup>[56]</sup> También incluía la prohibición —pronto vulnerada— de permanecer en los angostos pasillos adyacentes cuando los espacios reservados al público estuvieran llenos.

*Révolutions de Paris* mostraría en su número de la semana siguiente su desaprobación por todos estos esfuerzos destinados a alejar al público de los diputados: «Es preciso levantar los ojos hacia el techo de las dos extremidades de este local para descubrir a ochocientas o novecientas cabezas amontonadas bajo una bóveda profunda y sorda. Allí es donde se encuentra el pueblo». El periódico de Prudhomme se quejaba de que las tribunas reservadas a los invitados estaban entre tanto ocupadas por «las cocineras de los diputados y las sirvientas de sus mujeres». En su opinión la Convención había pasado «de un exceso al contrario» al tratar de impedir que se repitieran las escenas del Manège.<sup>[57]</sup>

Sin embargo, el informador Dutard comentaría pronto ingenuamente al ministro



Garat que haber protegido a los diputados de la coacción popular era una de las pocas buenas noticias de esos días en París. «En el Manège, en la terraza de los Feuillants, cincuenta hombres formaban un gran número, espoleándose los unos a los otros. Ahora en la inmensa terraza del palacio, doscientos parecen aislados en medio del mundo. Además están demasiado alejados de la sala y no escuchan la campanilla, lo que no parece convenirles a los facciosos».<sup>[58]</sup>

Sobre un fondo de mármol amarillento la decoración de la sala de sesiones quedaba dividida en dos hemisferios mediante una banda de madera, situada sobre las gradas más altas de los diputados y sobre la mesa del presidente como una simbólica línea del Ecuador. De ella colgaba un revestimiento de paño de color verde con coronas de hojas de roble y ceñidores bordados en rojo. Un par de metros por encima de esa línea divisoria de madera, un zócalo de escayola servía de balaustrada a las tribunas y anfiteatros bajos y de plataforma a las enormes estatuas de figuras de la Antigüedad intercaladas entre las distintas oquedades. Demóstenes, Licurgo, Solón y Platón vigilaban sobre la mesa del presidente, mientras que Camilo, Bruto, Públicola y Cincinato lo hacían sobre las gradas de los diputados. Otras tantas coronas triunfales flotaban sobre sus ocho cabezas. «Esperemos que estas imágenes majestuosas recuerden a nuestros representantes el augusto carácter del que están vestidos», escribió enfáticamente *Le Journal Français*.<sup>[59]</sup> Pero eran mediocres estatuas de yeso, toscamente pintadas en gris para imitar al bronce. «En el fondo esta construcción ofrece más resplandor que solidez», apuntó Dulaure. «Casi todo es escayola, tela, papel, pintura; casi nada es realidad».

Habían mejorado, pues, las facilidades para la representación teatral —no en vano se había cambiado una estrecha sala de doma por una amplia cueva de tramoyistas—, pero los aspectos funcionales seguían sin estar resueltos. Lo de menos era que, a falta de mesas o pupitres, los diputados tuvieran que seguir tomando notas sobre sus rodillas. El propio Dulaure advirtió enseguida de que «parece que se han olvidado de los medios para renovar el aire». Se avecinaban, pues, jornadas de tórrido calor. Y más lamentable aún era la cuestión acústica, en la que, según él, por difícil que pareciera, se había ido a peor a causa de «las numerosas oquedades y agujeros en los que la voz se apaga y se pierde». Los oradores afrontaban una misión casi imposible, pues «si no se habla suficientemente alto no se oye; y si se habla demasiado alto [...] la voz se vuelve demasiado impactante y produce eco».

El vaso podía verse medio lleno, y eso es lo que hizo *Le Patriote Français* al día siguiente: «La sesión se ha abierto en la nueva sala; sencilla pero majestuosa y bien iluminada; favorece más la calma y la dignidad de las discusiones por el alejamiento de los espectadores respecto a los diputados».<sup>[60]</sup> Sin embargo, también podía verse medio vacío, y eso es lo que hizo Desfieux la misma noche de la inauguración en el Club de los Jacobinos: «En esta sala es imposible escuchar nada. La facción ha sabido lo que se hacía. Ha rechazado el proyecto de un arquitecto patriota, que quería hacer una sala en la que se oyera a todo el mundo. Pido que se haga reparar esta sala



a expensas de Roland y toda su camarilla».<sup>[61]</sup>

En lo único en lo que se habían puesto de acuerdo todos los sectores de la Asamblea era en solicitar formalmente a la Comuna que trasladara la guillotina instalada en la plaza del Carrusel a otro lugar de la ciudad, pues esa misma mañana dos ejecuciones a falta de una, coincidiendo con la llegada de los diputados más rezagados, habían ensangrentado el simbolismo del momento. También el verdugo tendría que volver a hacer las maletas rumbo otra vez hacia la plaza de la Revolución, hoy de la Concordia.

## SIETE

Los miembros de la Convención se habían desayunado el día de su traslado con un durísimo alegato del novelista Louvet de Couvray en la contraportada de *Le Patriote Français*. Era un extracto de un panfleto de treinta páginas editado en la reparada imprenta de Gorsas de la calle de Ticquetonne y venía a responder a su inclusión en la lista de los Veintidós. La fértil imaginación de Louvet retomaba la tesis, ya esbozada en su fallido ataque de noviembre contra Robespierre, de que en realidad los jacobinos conspiraban para restablecer la Monarquía y tal había sido el propósito de la insurrección abortada en marzo. Lo más notable era su invocación final al combate, muy en línea con la carta abierta difundida diez días antes por Pétion: «¿Entendernos nosotros con ellos? ¡Jamás, jamás! No hay tregua posible entre los valientes republicanos devotos de la libertad y los pérfidos monárquicos resueltos a la tiranía. ¡Guerra implacable, guerra eterna entre la virtud y el crimen! En los hermosos últimos días del Senado de Roma no se vio, era imposible que se viese, a Catón negociar con Catilina, ni a Bruto abrazar a César».<sup>[62]</sup>

Sin embargo, como si al haberse instalado en su nuevo recinto la Convención se sintiera más obligada a cumplir con su misión constituyente, los debates de ese 10 de mayo giraron fundamentalmente sobre cómo organizar un Estado que garantizase la felicidad de los franceses. Con el preámbulo, eso sí, de la lectura de la enésima carta de Roland en la que el exministro —ignorante de que ya se le empezaba a responsabilizar también de los defectos de la nueva sala— se quejaba de haber tenido que declarar sin motivo alguno en el juicio de los Kolly, volvía a requerir el examen de sus cuentas y solicitaba permiso para marcharse a «restablecer la salud» lejos del París de sus desdichas.<sup>[63]</sup> Esta vez la Asamblea acordó que el Comité de Finanzas presentara un informe antes de quince días.

La mejor prueba del renovado fervor constituyente que enseguida se apoderó de la Asamblea fue que hablara uno de los grandes mudos de la cámara, el veterano abogado y canonista provenzal Durand de Maillane, quien pasaba por ser el líder de los diputados anodinos englobados en la Planicie, sobre la base de no manifestarse nunca como tal.

—Ciudadanos, es hora de fijar nuestro camino. Es hora de llegar a la Constitución, es decir, al fin de la anarquía siguiendo el camino más corto.

La intervención de Durand de Maillane se perdió deliberadamente en cuestiones de procedimiento, pero para el hombre que empezaba a hacer del silencio y la pasividad los mejores auxiliares de la supervivencia, aquello ya era decir bastante. Se trataba de avanzar en la elaboración del texto fundacional de la República y dejar a un lado lo demás. Por eso cuando un diputado de escaso renombre pidió responder a la enésima «calumnia de Marat», Lasource solicitó pasar al orden del día invocando un decreto que había establecido que «las calumnias de Marat no pueden ofender a

nadie».<sup>[64]</sup>

Entonces Isnard pronunció otro de sus soporíferos discursos para desembocar en la propuesta de que la Constitución fuera precedida de un gran pacto social consistente en situar el derecho de propiedad —«que cada uno pueda disfrutar de sus bienes mobiliarios e inmobiliarios»— en el mismo plano que la libertad y la igualdad. En uno de sus dieciocho artículos el apasionado comerciante de perfumes del Departamento de Var proponía que todos los meses se hiciera un escrutinio secreto destinado a averiguar si los diputados se sentían libres para desempeñar sus funciones. En el caso de que los «no» fueran mayoría sobre los «sí», la Convención se trasladaría a otra ciudad y se condenaría a muerte a quien lo impidiera. Inasequible al desaliento, Marat no dejó pasar la oportunidad de ridiculizarle, haciendo una propuesta que la mayoría se tomó a broma:

—Propongo que la Convención establezca la libertad ilimitada de opiniones para que yo pueda proponer enviar al cadalso a los hombres de Estado que decretaron la acusación contra mí.

Buzot respaldó entonces la idea del pacto social como alternativa a una Declaración de Derechos del tenor de la propuesta el mes anterior por Robespierre. Pero en un nuevo ejemplo de desunión entre quienes habían sido ya amalgamados en la lista de «girondinos» que debían ser proscritos, Lasource se opuso.

—El proyecto de un pacto social es puramente quimérico. La Convención Nacional ha de volver a la discusión de las bases constitucionales, que deben ser la garantía de los derechos y la prohibición de la Monarquía, de la nobleza y de los privilegios. En cuanto a la libertad del cuerpo legislativo, eso debe ser tratado aparte. Uno de estos días os propondré dos medios para ello.

—¡Proponedlos de inmediato! —le dijeron varios colegas.

—Muy bien —concedió Lasource—. Uno de ellos es impedir que se interrumpan las discusiones constitucionales; el otro apartar para siempre de nuestros debates a los personajes que injurien. Formad un comité al que se reenvíen todas las peticiones. En cuanto a los movimientos tumultuosos que os agitan, pido que el que en adelante se permita injuriar a uno de sus colegas sea condenado a muerte y ejecutado en el acto.

Era la voz de la exasperación. Lasource proponía acabar a cañonazos con las moscas más zumbonas del hemiciclo, pero la Convención ni siquiera sometió a votación tan draconianas y desproporcionadas medidas. Danton quiso hacer su propia aportación aprovechando las circunstancias del momento:

—En el día en que los representantes del pueblo toman posesión del palacio del déspota, sería hermoso poner la primera piedra de la Constitución. Pido pues que la Convención Nacional, dejando de lado la propuesta de Isnard, proclame ante la faz del universo que Francia es una República.

Había sido el primer orador en aprovechar el traslado a las Tullerías y también el primero en arrancar una gran ovación del público en el nuevo recinto. A la vista del impacto de la hábil maniobra de Danton, el propio Buzot propuso que se aplazara el

debate sobre la propuesta de Isnard. Tras una consistente intervención a favor de la libertad de prensa del doctor Lanthenas —nadando entre dos aguas desde su alejamiento de los Roland, precisamente por celos de Buzot—, Robespierre subió una vez más a la tribuna. Pero si la antevíspera lo había hecho para marcar la táctica a corto plazo de los Jacobinos y la Montaña, esta vez su propósito era exponer su visión de conjunto de la República. Manteniendo, eso sí, el dualismo de su interpretación de la vida y de la historia.

—El hombre ha nacido para la felicidad y la libertad, y por doquier es esclavo y desgraciado. La sociedad tiene por objeto la conservación de sus derechos y la perfección de su naturaleza, y por doquier le degrada y le oprime. Ha llegado el tiempo de llamar al hombre a su verdadero destino. Los progresos de la razón humana han preparado esta gran Revolución y a vosotros os corresponde especialmente el deber de acelerarla. Para cumplir vuestra misión es preciso hacer justo todo lo contrario de lo que se ha hecho hasta ahora. Hasta aquí el arte de gobernar no ha sido sino el arte de despojar y de esclavizar a los más en beneficio de los menos y la legislación el medio de convertir estos atentados en algo sistemático. Los reyes y los aristócratas han hecho muy bien su trabajo. Ahora os toca hacer el vuestro. Es decir, que los hombres vuelvan a ser felices y libres a través de las leyes.

Establecido así un nuevo punto de partida, una nueva oportunidad para el ser humano sobre la Tierra —no en vano todo sucedía aún en el que sería designado como año I de la República—, Robespierre resumió más de un siglo de pensamiento racionalista para plantar cara al *Leviatán* de Hobbes con los valores de Rousseau, la voluntad cáustica de Voltaire y la respuesta política de Montesquieu.

—Los males de la sociedad nunca vienen del pueblo, sino del gobierno. ¿Cómo no iba a ser así? El interés del pueblo es el bien público. El interés del hombre en el poder es un interés privado. Para ser bueno, el pueblo sólo necesita preferirse a sí mismo frente a quien no forma parte de él. Para ser bueno, el magistrado necesita inmolarse por el pueblo. Concluid pues que el primer objetivo de toda constitución debe ser defender la libertad pública e individual contra el propio gobierno. Poned de entrada esta verdad incontestable: que el pueblo es bueno y sus delegados son corrompibles, que es en la virtud y en la soberanía del pueblo donde hay que encontrar algo que le preserve de los vicios y el despotismo del gobierno.

Robespierre no se quedó en los principios generales, sino que propuso con cierto detalle introducir o consolidar en Francia mecanismos de vigilancia y contrapeso muy similares a los que la Constitución estadounidense había convertido ya en cimientos fundacionales de la democracia liberal. En concreto abogó por unos cargos públicos con «mandatos de corta duración», que no pudieran ejercer al mismo tiempo «más de una magistratura», cuyo poder estuviera «dividido», separando «cuidadosamente» el legislativo del ejecutivo, y a los que se mantuviera lo más alejados posible del erario y sometidos siempre al control de la opinión pública.

—Huid de la vieja manía de los gobiernos que quieren gobernar demasiado.

Dejad a los individuos, dejad a las familias el derecho a hacer todo lo que no moleste a otro. Dejad a los ayuntamientos el poder de regular sus propios asuntos en todo lo que no afecte esencialmente a la administración general de la República. En una palabra, entregad a la libertad individual todo lo que no pertenezca de forma natural a la autoridad pública y habréis dejado menos margen para la ambición y la arbitrariedad.

Es imposible leer este discurso sin sentir el estremecimiento que produce el contraste entre tan bellos principios y atinados criterios sobre la libertad política y, no ya la práctica posterior que caracterizaría el ejercicio del poder por parte de Robespierre, sino las propias medidas que había estado impulsando durante las últimas semanas e incluso tan sólo cuarenta y ocho horas antes. Cuesta creer que ese orador idealista que hacía tal canto a los derechos individuales y la democracia liberal un viernes, fuera la misma persona que el miércoles había alentado la consigna de detener a todos los «sospechosos», la misma que había instigado los asaltos a los periódicos, la misma que se acababa de plegar a la imposición del precio máximo de los granos, la misma que había impulsado la creación del Tribunal Revolucionario y la misma que ya salía sistemáticamente al paso contra cualquier atisbo de justicia o de piedad que atenuara el imperio de la guillotina.

Es difícil encontrar en la historia de la civilización humana un caso tan flagrante de esquizofrenia política. Máxime cuando Robespierre no hacía de la República ideal que postulaba y de la República real en la que actuaba dos compartimentos estancos que le permitieran desplazarse de uno a otro, manteniendo en cada uno de ellos su rígida coherencia, sino que establecía entre ambos continuos pasadizos por los que sus idas y venidas daban claramente a entender que pretendía estar hablando de la misma cosa. Su propio discurso sobre los principios constitucionales incluyó al final dos referencias inequívocas a la actualidad más inmediata. La primera aludiendo al recinto en el que hablaba por primera vez:

—Si fuera posible, haría falta que la asamblea de los delegados del pueblo deliberara en presencia del pueblo entero. El lugar de las sesiones del cuerpo legislativo debería ser un edificio amplio y majestuoso abierto a doce mil espectadores. Ni la corrupción, ni la intriga, ni la perfidia se atreverían a mostrarse ante los ojos de tan gran número de testigos. En cambio, ¿la admisión de unos centenares de personas encajonadas en un local estrecho e incómodo permite una publicidad proporcional a la inmensidad de la nación?

El Incorruptible anticipaba así la era de los grandes mítines políticos en los polideportivos, recintos feriales y palacios de congresos. Enlazándola con esta filosofía de la participación política, Robespierre incluyó enseguida una segunda propuesta más práctica que la de trasladar la Convención a un edificio inexistente en la Francia de la época:

—Que la patria indemnice al hombre que vive de su trabajo cuando asista a las asambleas públicas. Que los días de las asambleas sean fijados en las épocas más

cómodas para la parte laboriosa de la nación. Que se delibere en voz alta. La publicidad es el apoyo de la virtud, la salvaguarda de la verdad, el terror del crimen, el flagelo de la intriga. Dejad las tinieblas y el escrutinio secreto a los criminales y a los esclavos. Los hombres libres quieren tener al pueblo por testigo de sus opiniones.

O sea, que Robespierre ya no sólo proponía pagar a los *sans-culottes* por desempeñar funciones militares sin salir de París, sino que también planteaba darles un sueldo por acudir a las secciones a defender a mano alzada los planteamientos revolucionarios.<sup>[65]</sup> Curiosa manera de «entregar a la libertad individual todo lo que no corresponda de forma natural a la autoridad pública». En este caso el lapso de tiempo entre uno y otro postulado apenas si había rebasado la media hora. Pronto llegaría la fase de la aceleración de sus patologías, pero como ha escrito el psiquiatra Jean Artarit, «de momento podía parecer que el pontífice y el gran inquisidor eran una misma persona».<sup>[66]</sup> Esa noche en el Club de los Jacobinos aparecería, para completar el trípode, el mesías masoquista acariciando su propio martirio: «Si el espíritu público no se reanima, si los patriotas no hacen un último esfuerzo, estoy decidido a esperar sobre la silla curul, a la que el pueblo me ha elevado, a los asesinos que vendrán a inmolarme».<sup>[67]</sup>

## OCHO

A Dutard no le gustaban los domingos. Aún no habían transcurrido dos semanas completas desde que aceptara el puesto de comisario observador local y ya se sentía casi más responsable del mantenimiento del orden público que el propio ministro que le había empleado. Por eso estaba obsesionado con lo peligrosos que eran los días de fiesta en que los ociosos *sans-culottes* podían ser movilizados por los elementos más radicales de sus secciones: «Ese día el pueblo bebe y es más fácil engañarlo».<sup>[68]</sup> Por eso pasó el domingo 12 de mayo en vilo e hizo cuanto estuvo a su alcance para reunirse con Garat y transmitirle su rotunda opinión sobre lo que estaba en marcha.

Cuarenta y ocho horas antes, a las siete de la mañana del viernes, Dutard había escrito al ministro una carta alarmista, casi febril: «Armad completamente a todos vuestros seguidores. Que cada uno tenga un sable, un fusil y unas pistolas. Que al menor movimiento, al menor golpe de tambor, todos vuestros funcionarios, vuestros criados, vuestros parientes y amigos sin exceptuar uno solo, viejos y jóvenes, estén sobre las armas y en sus secciones».

Dutard reaccionaba así ante la intensidad del contraataque que la cada vez más perceptible coalición de jacobinos y *enragés* estaba desatando contra los moderados con el aliento de la Comuna. De nuevo un párrafo de *Le Patriote Français* había servido de pretexto para atacar a Brissot y sus amigos moderados. Había sido publicado el miércoles 8 por Girey-Dupré para tratar de explicar la lentitud del reclutamiento: «Muchos ciudadanos no tienen ganas de ir a la Vendée, en primer lugar porque les ponen malos generales y en segundo lugar porque los rebeldes también hacen guillotinar a los prisioneros. En definitiva la crueldad inútil le rebota siempre a quien la comete».<sup>[69]</sup> Para «el borracho de Anaxágoras» —nueva referencia a Chaumette— y los guardianes de las esencias jacobinas tal comentario, al margen de la alusión envenenada a Santerre, era poco menos que un acto de alta traición.

El procurador general de la Comuna logró que se acordara pedir a la Convención el cierre del periódico y denunciar a su director ante el acusador público. La reacción en la calle Saint-Honoré quedó reflejada en una nota en la que otro de los informadores de Garat —un tal Terrasson— le ponía al corriente de que «se acaba de plantear en los Jacobinos la moción de ir a la imprenta de Brissot, e incluso aplastar a los periodistas aristócratas»,<sup>[70]</sup> si bien al final todo se había limitado al conato de asalto de una pastelería.

Entre tanto el propio *Le Patriote Français*, trocando su insensata condescendencia ante las visitas domiciliarias del 28 y 29 de marzo en alarmada preocupación, había denunciado que «los arrestos se han multiplicado en los últimos días hasta un extremo horroroso», que «la alcaldía rebosa de prisioneros y uno no se puede hacer una idea de la insolencia y la dureza con que se les trata», y que «se habla de organizar una nueva [matanza de] San Bartolomé».<sup>[71]</sup> En la misma edición



se planteaba una inquietante pregunta: «¿Es verdad que el sábado 4 de mayo hubo otra reunión secreta en casa de Danton a la que asistieron Marat, Laclos, que era quien llevaba la pluma, y varios oficiales vestidos con sus diferentes uniformes?».<sup>[72]</sup>

Las teorías de la conspiración seguían pues realimentándose pero, fiel a su contumaz inmovilismo, Garat no le daba importancia a nada de esto. De hecho en su carta de las siete de la mañana Dutard evocaba una reciente conversación en la que el ministro había tratado de quitarle de la cabeza la idea de que pudiera haber una sublevación contra los diputados moderados con el argumento de que el resto de Francia no lo consentiría: «Me decís que los departamentos se abatirían sobre París. Pero daos cuenta de que los departamentos no están en París, de que habría tiempo de matar, de masacrar, de despojar antes de que los departamentos hubieran hecho un solo movimiento».

Dutard consideraba que la situación era lo suficientemente grave como para no limitarse a escribir lo que pensaba. Necesitaba transmitírselo de viva voz a su patrón. Al fin sobre las siete de la tarde del domingo se reunió personalmente con el ministro del Interior y le habló sin ambages:

—Estamos en un momento terrible que recuerda mucho a los que precedieron al 2 de septiembre.

El comisario observador local no hablaba a humo de pajas. Dutard era extrovertido, inteligente e incansable. Habría merecido un mejor jefe que Garat. Se había pasado el día de un sitio para otro y había palpado la fuerte tensión que impregnaba el pulso de la calle, la actividad de las secciones y la vida de los clubes. La situación militar, la «traición de los generales» y las complicidades en París seguían componiendo el principal argumento de discusión. Esa mañana había comenzado en el Tribunal Revolucionario el juicio contra el general Miranda con la lectura del acta de acusación en la que Fouquier-Tinville sostenía que su «negligencia en las operaciones durante el asedio de Maastricht» y «toda su conducta hasta la evacuación total de Bélgica» —incluida su retirada en la batalla de Neerwinden— indicaban que había sido «uno de los cooperadores de la traición de Dumouriez», nada menos que para «provocar la disolución de la República y facilitar la invasión del territorio por sus enemigos». Sin embargo, circulaba la especie de que existía una trama corruptora que maniobraba para absolverlo.<sup>[73]</sup>

Ese rumor se había visto potenciado por la decisión adoptada el viernes por el propio Fouquier-Tinville de retirar la acusación contra el general La Noue por su papel en la desbandada de Aix-la-Chapelle. Además las malas noticias llegadas de la Vendée habían tenido el añadido trágico de la muerte del general Dampierre combatiendo contra los austriacos en las inmediaciones de Valenciennes. La fatalidad parecía volver a cebarse en la Revolución, privándola de una de sus pocas espadas de confianza. Eso había debilitado aún más al Comité de Salud Pública, que a duras penas había conseguido la víspera ver prorrogado su mandato por la Convención durante un segundo mes.<sup>[74]</sup>

Las riendas del poder seguían estando sueltas y eso se percibía en las calles. Así como en los barrios burgueses se murmuraba contra la inhumanidad de la Comuna, que había denegado a María Antonieta permiso para que un médico visitara a su hijo en el Temple, y se elogiaba el coraje de la diputación de mujeres de Orleáns que acababa de comparecer ante la Convención para denunciar las detenciones abusivas de sus padres, hijos o maridos como represalia por el «asesinato» de Léonard Bourdon,<sup>[75]</sup> en los *faubourgs* los cálculos sobre cuánto dinero recibirían los que partieran para la Vendée y cuánto los que permanecieran en París para enfrentarse a los «aristócratas» iban de boca en boca.

Mientras algunas secciones, como la de Contrat-Social, a la que pertenecía Dutard, volvían a ser escenario de graves incidentes como consecuencia del movimiento de «fraternización» de los *sans-culottes* vecinos, esa misma tarde en el Club de los Jacobinos una nueva pieza irrumpió sobre el tablero, proporcionando un impulso de gran valor cualitativo al sector más extremista de la Revolución. Entre el recelo de los menos y el entusiasmo inicial de los más, una delegación de la recién constituida Sociedad de Ciudadanas Republicanas Revolucionarias presentó sus credenciales ante la asamblea del club. Aunque no consta quiénes la integraban, todo indica que a su cabeza debieron de aparecer la actriz Claire Lacombe y la chocolatera Pauline Leon, pues a ellas se atribuye la solicitud de inscripción presentada dos días antes en el Ayuntamiento.<sup>[76]</sup>

En todo caso los planteamientos de la oradora coincidían con los que Claire Lacombe había realizado el mes anterior tanto en el Club de los Jacobinos como, presumiblemente, en la Convención. Se trataba por un lado de que todas las asistentes a la sesión «indujeran a sus maridos a tomar las armas para combatir el egoísmo de los apáticos» proceder al «exterminio de los malvados» y al «arresto de los sospechosos». Por otra parte proponía la formación de «compañías de amazonas» destinadas a cubrir las espaldas a quienes partieran hacia el frente. La oradora criticó a las esposas de los diputados que, con tal de que «no se les mueva una horquilla» o «no tener que privarse de nada», permanecían cruzadas de brazos, y asumió la propuesta de las féminas de la Sección de Finistère —la del difunto Lazowski— que pedían crear «un impuesto enorme sobre los ricos a fin de asegurar la subsistencia de las mujeres de los defensores de la República».<sup>[77]</sup> Lo del «impuesto enorme» no cayó demasiado bien en el sector más burgués y acomodado del club, y la oradora terminó sobreponiéndose a los murmullos con una mezcla de advertencia y sollozo:

—¡Nosotras salvaremos a la patria, ciudadanos, no creáis que nos vais a desanimar!<sup>[78]</sup>

Lo importante era que entre los actores de la política parisina surgía por primera vez un grupo integrado exclusivamente por mujeres con suficiente ímpetu como para disponerse a intentar conquistar la calle,<sup>[79]</sup> y lo hacía con objetivos muy concretos. «Mientras a los hombres les corresponde combatir a los enemigos exteriores de la Revolución, las mujeres se ocuparán de los interiores [...]. Las tradicionales

guardianas del hogar se convierten así en guardianas de la nación revolucionaria».<sup>[80]</sup>

De hecho el informador Terrasson avisó enseguida al ministro del Interior: «Un núcleo de mujeres se ha formado en la Sección de Finistère. Aumentará con las de todas las demás secciones a las que traerán la víspera de la partida de nuestros hermanos hacia la Vendée. Irán en masa a pedir a las autoridades constituidas que detengan a todas las personas sospechosas. También pedirán a la Convención el decreto acusatorio contra los diputados señalados en la famosa petición precedente».<sup>[81]</sup>

Lo que más le preocupaba a Dutard aquella tarde de domingo primaveral en que se reunió con el ministro era en todo caso el movimiento que había detectado para dar un nuevo impulso a la Asamblea del Arzobispado, el clima de entendimiento que parecía ir cuajando entre el Ayuntamiento y los sectores más radicales y el peso que algunos comisarios de policía empezaban a adquirir en todo ese proceso de acumulación de fuerzas. Ese domingo no había habido reunión del Consejo General de la Comuna, pero se hablaba ya de que el lunes podía adoptar medidas de enorme trascendencia.

Garat reaccionó con la suficiente dosis de escepticismo como para que a la mañana siguiente su confidente le volviera a escribir entre decepcionado e inquieto: «Habéis debido de pensar lo que me dicen bastante a menudo de vuestra parte: este hombre está loco, hace esquemas en el aire». Sintiendo obligado a darle al ministro «la prueba de que no estoy loco», Dutard le describía la irrupción de los *sans-culottes* procedentes de Bon-Conseil en su Sección de Contrat-Social y la subsiguiente retirada de los moderados. A continuación le preguntaba «qué fuerza tendría para oponerles» si «cinco o seis secciones se reunieran con los clubes y con todos los malos sujetos de la plebe». Y el propio Dutard respondía: «Ninguna, absolutamente ninguna».<sup>[82]</sup>

Ahí estaba la clave de su zozobra: «Por eso en medio de la calma que reinaba yo me imaginaba ayer por la mañana la insurrección que temía pudiera tener lugar por la tarde». Y aún iba más lejos: «Estoy tan loco que si la facción no tuviera la esperanza de aumentar sus propios recursos y no contara sobre todo con la ineptitud del partido constitucional, se habría aprovechado de ese momento para lanzar una insurrección y habría tenido la victoria asegurada».

Es decir, que Dutard le estaba diciendo al ministro que las cosas sólo podían ir a peor y por eso miraba el calendario con espanto. El gobierno al que servía había superado el domingo 12 de mayo sin problemas, pero ¿qué ocurriría el domingo 19 de mayo, el domingo 26 de mayo y sobre todo el domingo 2 de junio, precedido sólo tres días antes por la festividad del Corpus Christi?

## NUEVE

Apenas iniciada la sesión del lunes la Convención tuvo conocimiento de que las Ciudadanas Republicanas Revolucionarias habían empezado a actuar. Boyer-Fonfrède recibió un aviso y se lo explicó a sus colegas:

—El oficial de guardia me informa de que un gran número de ciudadanas pide acceder a las tribunas a las que, según lo dispuesto por los comisarios inspectores para esta nueva sala, sólo se puede pasar con entradas. Invito a la Convención a pronunciarse sobre este problema.

El moderado Masuyer, muy activo durante las últimas semanas y muy sensible ante el riesgo de que las coacciones y vejaciones sufridas en el Manège se reprodujeran en la nueva sala, intervino en términos tajantes:

—Pido que se mantengan las disposiciones adoptadas por el Comité de Inspectores o si no que se distribuyan las [entradas de las] tribunas de forma que haya una para cada departamento.

—Y yo pido que se imponga una pena severa contra quienes se permitan abuchear desde las tribunas —corroboró un oscuro diputado del Pantano.<sup>[83]</sup>

El carnicero Legendre, a la vez dantonista, jacobino y cordelero, les salió al paso con un planteamiento que parecía destinado a repetir la captación de los federados para la causa radical en las primeras semanas del año.

—Aquí hay hombres que no pueden abrir la boca sin insultar al pueblo. Las tribunas no están destinadas exclusivamente a los ciudadanos de París. Que nuestros hermanos de los departamentos se presenten. Encontrarán sitios y se sentarán al lado de los bravos *sans-culottes* de París.

El público de los anfiteatros le aplaudió, pero una clara mayoría decidió pasar al orden del día. Era evidente que la Convención anhelaba dejar atrás la pesadilla de las sesiones del Manège controladas por las consignas impartidas a los radicales en los tugurios circundantes.<sup>[84]</sup> Cuando las congregadas en las puertas que daban al Jardín Nacional supieron que recibían la llamada por respuesta, reaccionaron con indignados improperios y advirtieron a quien quiso escucharlas que las cosas no quedarían así. Que se iban, pero que regresarían.

Con su mismo idealismo digno de mejor causa de siempre, Condorcet subió luego a la tribuna para insistir en que el remedio para los males de Francia era una Constitución republicana. El exmarqués aún albergaba la esperanza de que el proyecto que había presentado en febrero sirviera de base o al menos inspirara la redacción final, y para estimular el proceso planteó una fecha límite que no pudiera ofender a nadie: si para el 1 de noviembre —faltaban casi seis meses— no había una Constitución que someter al pueblo, las asambleas primarias debían ser convocadas para elegir una nueva Convención. Pero incluso un emplazamiento tan tímido y distante le pareció inaceptable a Thuriot, quien interpeló a sus colegas con

vehemencia:

—Vuestro primer mandato ha sido ocuparos de la Constitución. Si os retirarais sin haber cumplido este deseo, os declararíais indignos del carácter del que habéis sido revestidos. Estaríais reconociendo ante la nación francesa que no habríais tenido valor para darle una Constitución. ¿Quién de vosotros sería lo suficiente cobarde como para volver a su hogar después de esta declaración?

Además, si a alguien había que culpar de que la Convención no avanzara más deprisa en su principal tarea era, en su opinión, al propio Condorcet y a sus compañeros del Comité Constitucional.

—Formasteis un comité para que presentara un proyecto de Constitución. Tuivisteis cuatro meses de tiempo. Presentasteis ese proyecto y en general no obtuvo la aprobación de los patriotas.

Thuriot estaba planteando que cada diputado declarara desde la tribuna si se sentía en condiciones de seguir adelante hasta redactar la Constitución y que aquellos que dijeran «no» fueran reemplazados por sus suplentes, cuando el batir de los tambores interrumpió la discusión. Una delegación de la Sección del Panthéon-Français —en la frontera misma del *faubourg* Saint-Marcel— fue admitida en la barra, acompañada de hasta seiscientos voluntarios que se decían dispuestos a salir hacia la Vendée, siempre y cuando se cumpliera un requisito previo.

—Legisladores, pedimos que se nos permita renovar nuestro juramento cívico ante la Asamblea antes de partir para la Vendée. Pero como nuestra sección tiene más patriotismo que fortuna, solicitamos un anticipo de 150.000 libras reembolsable por medio de un impuesto sobre los ricos.

Tras el desfile entre redobles de los voluntarios y el juramento a la romana ante Boyer-Fonfrède, Marat se apresuró a respaldar la petición y Ducos y Guadet a resaltar su carácter anómalo. Al cabo de un largo tira y afloja se aprobó la propuesta que el *montagnard* apaciguador Mallarmé hizo en nombre del Comité de Finanzas: se otorgaría la cantidad como préstamo durante un mes para que la Sección del Panthéon-Français recaudara entre tanto el nuevo impuesto según su propio criterio, con la condición de que una veintena de ciudadanos solventes se hicieran responsables de la devolución.

Era la manera de desbloquear la situación y acelerar la marcha de los voluntarios. Las cuentas eran bien sencillas: con ese dinero cada uno de los 600 enrolados podía cobrar 250 libras, o sea, el equivalente a tres o hasta cuatro meses de sueldo de un *sans-culotte*. Si la expedición era cuestión de unas semanas, el negocio era redondo; y si se prolongaba más, siempre se podrían recabar nuevos fondos. La Sección de las Tullerías vino enseguida con un planteamiento idéntico a pedir 70.000 libras, admitiendo que en su caso se habían comprometido a pagar 500 a cada voluntario. Los *sans-culottes* de Finistère llegaron después con un durísimo escrito, firmado como secretario por el jorobado Fournerot, en el que emplazaban a los diputados a que dijeran «si pueden salvar o no la cosa pública», y terminaban pidiendo «los

fondos necesarios para cumplir los compromisos con los voluntarios». A todos se les aplicó el mismo rasero.

Como si estuviera esperando ese desenlace, Santerre compareció en la misma sesión anunciando que la marcha hacia la Vendée comenzaría al día siguiente y se produciría de manera escalonada hasta sumar entre 12.000 y 14.000 hombres con 80 piezas de cañón. Pero explicó, haciendo suya la tesis expuesta días antes por Robespierre, que este contingente parisino no debía ser sino una especie de levadura de un ejército mayor. Y de repente se sacó un inesperado y fulgurante as de la manga:

—Pronto les seguirán 100.000 hombres y después de derrotar a los rebeldes este ejército podrá abatirse sobre Inglaterra y desde allí hacer un llamamiento al pueblo inglés. Ruego a la Convención que envíe a uno de sus comités el plan que yo mismo he concebido y meditado y que lo adopte si lo considera bueno.

La propuesta del General Espumoso fue acogida con grandes aplausos. Lo que a comienzos de mes iba a ser una campaña relámpago de poco más que ir y venir se había transformado de repente en un plan para invadir Inglaterra. La sed de gloria del empresario cervecero transformado en militar parecía ser tan insaciable como la de algunos de sus parroquianos más asiduos.

Esa noche el grupo de administradores municipales de la policía integrado por personajes como el exaltado Marino comenzó a asumir su protagonismo en los preparativos de la insurrección. Uno de sus miembros, identificado sólo como «un militar comisario de policía»<sup>[85]</sup> que decía partir para la Vendée, intervino en términos inequívocos en el Club de los Jacobinos:

—Pedimos que en el mismo instante en que los malvados levanten la cabeza, vosotros se la aplastéis. Es preciso que mientras nosotros combatimos a los fanáticos de los departamentos, en París no queden más que patriotas.

Sin embargo, lo verdaderamente decisivo fue el informe que la Administración de Policía como tal presentó ante el Consejo General de la Comuna: «No se puede disimular que París incluye en su seno en este momento a un número inmenso de personas sospechosas y verdaderamente malintencionadas [...]. Todo debe hacernos temer que, tras la marcha de nuestros valientes hermanos, vuelvan a turbar la tranquilidad pública de París y conduzcan a la República hacia peligros inminentes [...]. Consideramos útil establecer en París un ejército revolucionario a sueldo, compuesto sólo de patriotas con pocos recursos, de verdaderos *sans-culottes* a los que la imperiosa necesidad retiene entre nuestros muros».

Asumiendo este planteamiento, esbozado tres días antes por Robespierre en el Club de los Jacobinos, el Consejo General decretó: «1. Que tras el reclutamiento se organizará un ejército revolucionario a sueldo. 2. Que el desarme y arresto de los sospechosos corresponderá al alcalde y a la Administración de Policía, que discutirán en secreto el modo de realizarlo».<sup>[86]</sup>

Como si se tratara de un intercambio de golpes de un combate de boxeo, a la mañana siguiente compareció ante la Convención una delegación que decía hablar



«en nombre de los ciento veinte mil ciudadanos de Burdeos y de todos sus cuerpos administrativos». Venían a transmitir «las dolorosas preocupaciones» que embargaban a la ciudad ante los «peligros» que veían cernirse sobre sus representantes:

—Recientemente los conspiradores se comportan con más violencia. Anuncian y preparan una fuerza armada que debe venir aquí a exigir la expulsión de trescientos de vosotros y la inmolación a su furor de otros veintidós. Ante esas últimas noticias la ciudad de Burdeos quedó sumida en la consternación. Pero enseguida los ciudadanos se levantan al unísono, se indignan, corren, acuden a sus secciones. ¡La representación popular amenazada!

Fruto de esa reacción espontánea era, según el portavoz, la contundente declaración que tenía el encargo de leer: «Legisladores, cuando elegimos a los diputados los pusimos bajo la salvaguarda de las leyes, de la virtud y de lo más sagrado que hay sobre la tierra. Creímos enviarles entre hombres y están rodeados de tigres ávidos de sangre [...]. Estos valientes ciudadanos están en este momento bajo los puñales de los asesinos [...]. Si este crimen atroz se consuma, temblad, legisladores [...]. Si la sed de sangre nos priva de nuestros hermanos, de nuestros representantes, el horror del crimen dirigirá nuestra venganza y los caníbales que habrán violado todas las leyes de la justicia y la humanidad perecerán bajo nuestros golpes».

Tigres, caníbales... eran palabras mayores. El orador concluyó advirtiendo que «la mitad» de la Guardia Nacional de Burdeos estaba preparada para «lanzarse sobre París» y salvar a sus diputados. Aunque el mensaje fue acogido con grandes aplausos por el centro y la derecha de la cámara, Boyer-Fonfrède trató de atenuar su alarmismo desde la doble condición de presidente de la Asamblea y diputado por el departamento afectado.

—Ciudadanos, si la lista de proscripción anunciada insolentemente desde la barra de la Convención Nacional ha debido de alarmar a los valientes habitantes de la Gironda, el desprecio profundo al que los buenos ciudadanos han arrojado a sus autores, dentro de la propia ciudad que les alberga, ha vengado ya a la República de ese atentado.

Su ingenuo optimismo, su falta de sentido de la realidad, salieron una vez más a flote.

—Marchad pues, ciudadanos, a tranquilizar a vuestros compatriotas. Decidles que París incluye a un buen número de patriotas valientes que vigilan a los malvados a sueldo de Pitt y que están dispuestos a perecer defendiendo la representación nacional.

Sin embargo, Rabaut Saint-Étienne no se quedó tan conforme. Había visto en las inmediaciones de la Convención carteles firmados por los Defensores de la República Una e Indivisible incitando directamente a «asesinar a los hombres de Estado»,<sup>[87]</sup> e intervino indignado.



—¿Es que no están fundadas estas alarmas? ¿Hay en esta ciudad un solo ciudadano, una mujer, un niño que ignore los complots que aún nos amenazan? ¿Acaso no están cubiertas las avenidas de este recinto, sus propias puertas, de pasquines que lo proclaman?

El pastor protestante, redactor parlamentario de *La Chronique de Paris* y reputado intelectual, propuso enviar la denuncia de Burdeos a todos los departamentos y pedir a los comités de Seguridad General y Legislación «un informe sobre las maniobras empleadas desde hace seis meses para turbar la tranquilidad de la Convención». Le salió al paso el carnicero Legendre. El contraste entre la categoría y el estilo de ambos no podía ser mayor.

—Día a día tenemos la prueba de que existe un plan para enemistar a los departamentos con París. Los que se quejan de que quieren asesinarles no tienen ni un simple arañazo que mostrar a sus representados. Si todo el dinero empleado en tales peticiones se empleara en el bien general, el pan estaría a seis ochavos la libra.<sup>[88]</sup>

Ni que decir tiene que el público aplaudió a Legendre con el suficiente entusiasmo como para compensar su relativa lejanía. El irascible y puntilloso Guadet reaccionó indignado.

—Se nos pide que enseñemos nuestras heridas. Pero así era como Catilina respondía a Cicerón: «Se dice que queremos acabar con la vida de los senadores, ¡pero todos respiráis!». Pues bien, Cicerón y los senadores iban a caer bajo el puñal de los asesinos la misma noche del día en que este traidor les dedicaba esas palabras.

Guadet se sumó a la propuesta de Rabaut y la Convención acordó «aplaudir el civismo y el coraje de los habitantes del Departamento de la Gironda» y encargó que el informe «sobre los complots que puedan amenazarla» se realizara en el más breve plazo posible.

Como si se tratara de facilitar el trabajo a quienes tuvieran que elaborar ese informe, Dutard comunicaba el mismo día a Garat el salto cualitativo del que acababa de tener conocimiento: «La facción ha formado un Comité Central de comisarios de las cuarenta y ocho secciones que debe reunirse en el Arzobispado. Los Comités de Vigilancia van a desarmar una a una a todas las personas que les parezcan sospechosas, es decir a la mitad de París. Así perderéis el equilibrio. Encarcelarán al primer individuo que antes de hablar se niegue a gritar: “¡Viva Marat!”». <sup>[89]</sup>

## DIEZ

A medida que mayo se acercaba a su ecuador se multiplicaban los síntomas de que París era una caldera a punto de estallar. Girey-Dupré publicó en *Le Patriote Français* tres denuncias concretas. La primera, fechada el lunes 13, se refería al pasquín de los Defensores de la República y ya no se andaba con remilgos: les animaba a intentar sublevarse porque eso supondría «su muerte».<sup>[90]</sup> La segunda, fechada el miércoles 15, indicaba que el «orden del día» del Club de los Jacobinos, la Montaña y la Comuna era «exterminar a los hombres de Estado, a los girondinos, a los moderados, a los etcétera, con ayuda de los ciudadanos enrolados para marchar contra los rebeldes». La tercera se centraba, en el mismo número, en la novedad de los últimos días: «Han descubierto otro medio. ¡Qué gran medio! Quieren organizar un ejército revolucionario de mujeres. Estas mujeres han empezado a reunirse en una sala de los Jacobinos. Cobardes, tenéis razón. Estas mujeres tienen más valor que vosotros».<sup>[91]</sup>

Pese al protagonismo femenino en jornadas como la de la marcha sobre Versalles y la conducción de la familia real a París en octubre de 1789, las dos invasiones de las Tullerías en 1792 o los saqueos de comercios de ese mismo febrero, la idea del «ejército de mujeres» parecía pertenecer más al ámbito de la fantasía de una sociedad rabiosamente machista —el mito de las Amazonas— que al de la realidad. Sin embargo, antes de que ese ejemplar del periódico se hubiera distribuido en París, las Ciudadanas Republicanas Revolucionarias ya habían llevado a cabo su primera acción «militar».

Cuarenta y ocho horas después de que la Convención ignorara su demanda de darles acceso a las tribunas de invitados, Claire Lecombe, Pauline Léon y compañía habían decidido tomarse la justicia por su mano. Se habían congregado desde las nueve de la mañana, en un número tal vez superior al centenar, en las inmediaciones de las Tullerías, habían logrado acceder al vestíbulo que comunicaba los pabellones de l'Unité y la Liberté y habían establecido puntos de control para impedir el acceso a los invitados —y especialmente invitadas— que acudían con sus entradas en la mano.

El grupo estaba liderado por dirigentes de las Ciudadanas Revolucionarias, pero incluía también a vendedoras del mercado, simples indigentes o esposas de *sans-culottes* desocupadas. Eran mujeres de rompe y rasga, analfabetas en su mayoría, habituales en los altercados callejeros y asiduas a las ejecuciones en la guillotina, a veces con sus agujas de tricotar a mano para ir aprovechando el tiempo. En la segunda mitad de mayo se convertirán en una especie de pesadilla para los moderados. El remilgado y puritano Buzot las describirá con horror como un grupo de «mujeres perdidas, reclutadas entre los lodos de la capital, cuya desfachatez sólo iguala a su indecencia», y también hablará de «monstruos femeninos con toda la crueldad de los débiles y todos los vicios de su sexo».<sup>[92]</sup>

Según el Departamento de Vigilancia de la policía, esa mañana «daban la impresión de estar subvencionadas para ocasionar el desorden, pues parecían tener muy pocos medios y no estar en condiciones de pasar días enteros sin ganar nada». Tal sospecha se vio acrecentada cuando un hombre entregó «veinte perras» a una de ellas tras preguntarle qué había de nuevo y comentar él mismo en voz alta, a modo de suspiro: «¡Hay que vivir!».<sup>[93]</sup>

El destino quiso que, apenas iniciado su operativo, las amotinadas vieran aparecer la figura diminuta de ojos saltarines y rasgos sensuales, siempre notoria por su vestuario y su fuerte personalidad, de Théroigne de Méricourt.<sup>[94]</sup> Si alguien podía ser considerada como predecesora de las Ciudadanas Revolucionarias era precisamente ella, que se había hecho oír antes que nadie en favor de la igualdad entre los sexos, que había sido pionera en la petición de armas para las mujeres que formaran «batallones de amazonas» y había predicado con el ejemplo interviniendo, al menos como instigadora, en el asesinato del periodista monárquico Suleau, amigo personal de Camille Desmoulins, el 10 de agosto.

Su imagen, a menudo montada a caballo, blandiendo un sable que conservaba en su casa y con un sombrero de plumas en la cabeza, era todo un emblema de la pugna de la mujer por conseguir un espacio en la primera fila de la Revolución. El *montagnard* Baudot recordará su rostro pequeño «sin trazo, pero sin defecto, del color de la pera *rousselet*, a causa sin duda de sus continuas excursiones al aire libre». <sup>[95]</sup> Pero Théroigne no dejaba de ser una burguesa individualista, hija de un agricultor rico de las Ardenas, a la que el análisis de la situación y las escenas que había presenciado en las asambleas de las secciones habían acercado a los dirigentes moderados.

Precisamente esos días acababa de colocar en algunos lugares de París un pasquín en el que advertía de que «estamos al borde del precipicio» y vinculaba las provocaciones, injurias y puñetazos de los radicales en las secciones a las maniobras de los espías de las monarquías europeas empeñadas en demostrar que «el pueblo no es capaz de reunirse para ejercer su soberanía sin abusar de ella». Su solución para ese estado de cosas no dejaba de ser tan genuina como pintoresca: «Propongo que se nombre en cada sección a las seis ciudadanas más virtuosas y respetables por su edad para aconsejar y reunir a los ciudadanos y recordarles los peligros de la patria. Llevarán un gran echarpe en el que estará escrito “Amistad y Fraternidad”». Según Théroigne, quien no las obedeciera quedaría desenmascarado como agente monárquico y enemigo de la democracia.<sup>[96]</sup>

La metamorfosis de Théroigne no podía ser más llamativa. Era como si anticipándose a la versión de *El rapto de las sabinas* en la que David interpondrá a las mujeres entre sus padres o hermanos y sus recientes maridos, ella les reservara un nuevo papel apaciguador en el fragor de las guerras civiles de la Revolución. «Después de haber vestido el traje legendario de un feminismo guerrero, hela ahora envolviéndose en la túnica antigua de una diosa de la Justicia y la Razón», escribirá

su biógrafa, Elisabeth Roudinesco, aun advirtiendo que «las diosas y las Amazonas tienen en común que son una especie de condensado fálico de la sexualidad femenina».<sup>[97]</sup>

Nada de esto se les pasó, por supuesto, por la cabeza a las «arpías jacobinas» —la expresión es de la misma autora—, que al reconocerla con un billete de entrada le dieron el alto, le dijeron que no podía pasar y la llamaron brissotina. Théroigne se revolvió y, según un informe policial, las amenazó con «que antes o después conseguiría que mordieran el polvo» para que «bandas como esa no pudieran seguir haciendo daño».<sup>[98]</sup> Entonces, al decir de *Le Courrier des Départements*, «estas furias indecentes» se abalanzaron sobre ella «con un encarnizamiento increíble», la tumbaron boca abajo, le levantaron las faldas, le bajaron los calzones, exhibieron entre risotadas sus nalgas desnudas y comenzaron a azotarla salvajemente.

Al oír sus chillidos algunos guardias nacionales acudieron en su auxilio, pero sólo la intervención de Marat, que accedía en ese momento al recinto, pudo salvar a Théroigne de las garras de sus torturadoras. Según las *Memorias* de Barras, l'Ami du Peuple interpeló tanto a las atacantes como al resto de los presentes: «Ciudadanos, ¿queréis matar a una mujer? ¿Queréis deshonraros por una acción tan abominable? Sólo la ley tiene derecho a castigarla. ¡Despreciad a esta cortesana y dominaos!».<sup>[99]</sup> El argumento amplificaba pues la humillación sufrida: esa ramera brissotina no era digna ni de ser flagelada por el pueblo. En todo caso Marat cogió a Théroigne del brazo, como si fuera un rústico profeta tomando bajo su protección a una pecadora, y la alejó de sus agresoras. «Así fue como escapó de las hermanas azotadoras de las tribunas. *Sic transit gloria mundi*», concluiría el periódico de Gorsas.<sup>[100]</sup>

La práctica de las «azotainas patrióticas» había sido introducida casi desde los inicios de la Revolución por las pescaderas y verduleras más violentas de los mercados de París, pero sus víctimas siempre habían sido religiosas o aristócratas para quienes la afrenta pública resultaba más dolorosa que el propio castigo físico. En concreto en la Semana Santa de 1791 algunos piquetes de mujeres habían atacado a las beatas que salían de las misas clandestinas de los curas refractarios y a las propias monjas de la Providencia de Saint-Roch —las llamadas «hermanas grises»—, acusadas de enseñar el catecismo del viejo régimen a los niños de la parroquia. En seguida habían circulado panfletos anónimos con elocuentes títulos como «Lista de culos aristocráticos y anticonstitucionales que han sido azotados ayer por la noche a brazo partido por las damas de la Halle y del *faubourg* Saint-Antoine» y supuestos balances humorísticos de las represalias: «Se han detectado 621 nalgas azotadas. En total 310 culos y medio, teniendo en cuenta que la tesorera de las miramionas —otra orden religiosa— no tenía más que una sola nalga».<sup>[101]</sup> De todo ello dan también testimonio diversos grabados de la serie «La disciplina patriótica o el fanatismo corregido», en los que las agresoras fustigan con manojos de matorral los traseros desnudos de monjas y santurronas.<sup>[102]</sup>



*La disciplina patriótica o el fanatismo corregido. Grabado anónimo, Biblioteca Nacional, París.*

Sin embargo, lo ocurrido ese 15 de mayo suponía un salto cualitativo, pues la agredida era una figura muy conocida en el París revolucionario y una pionera del movimiento feminista. De ahí el *shock* que para la víctima supuso recibir una ración de la misma medicina que sin duda ella habría recomendado utilizar para tratar a las contrarrevolucionarias como se merecían. El problema era que, de acuerdo con la doctrina paranoica popularizada por Robespierre, cualquier persona podía ser en realidad lo contrario de lo que aparentaba. De hecho, otro informe policial sostenía que las atacantes se justificaron alegando que se trataba de «una falsa patriota».<sup>[103]</sup>

El episodio se zanjó con la detención de «una de las mujeres de la sociedad popular, más amotinada que las otras». Según el atestado policial, «la multitud intentó arrancarla de las manos de la guardia nacional que consiguió, no obstante, conducirla al Comité Revolucionario de la sección, en el patio del pabellón de Marsan —ahora de la Liberté—, hasta donde la siguió una afluencia prodigiosa con el propósito de defenderla».<sup>[104]</sup> Aunque el informe se interrumpe ahí, todo indica



que la ciudadana revolucionaria fue puesta en libertad.

Todos sus biógrafos establecen algún tipo de relación entre el episodio del 15 de mayo y el rápido deslizamiento de Théroigne de Méricourt por el tobogán de la enfermedad mental. Según uno de ellos, «lo que le acababa de suceder era tan monstruoso, tan incomprensible, que la desgraciada perdió la razón [...]. Las mujeres que querían destruir el cuerpo de Théroigne estaban matando a la vez su alma».<sup>[105]</sup> Según otro, «su fiero orgullo, tan masculino pese a su apariencia de mujer elegante, recibió un golpe cruel con este tratamiento bárbaro [...] del que no se recuperó jamás».<sup>[106]</sup> En septiembre quedaría acreditada su locura y comenzarían veinticuatro años de sórdido internamiento de manicomio en manicomio.

El ataque contra Théroigne de Méricourt se convierte así en un elocuente punto de inflexión en el que agresoras y agredida representan a la perfección su papel simbólico. Por un lado las furias, las harpías, las parcas groseras y harapientas —«feas de dar miedo», le escribirá Dutard a Garat—,<sup>[107]</sup> manipuladas por un grupo de activistas a mitad de camino entre los jacobinos y los *enragés*. Por el otro, la idealista de sangre caliente, capaz de graves excesos, pero fiel a la postre a los nobles valores republicanos. La transformación de la atractiva amazona de rasgos enérgicos en la piltrafa humana que describirán sus médicos —«Como una autómata en una escena inmóvil [...], como el negativo de lo que ha sido en su vida anterior»—,<sup>[108]</sup> llevaría así a concluir que cuando se abre la espita de las convulsiones que de repente voltean a una sociedad y la ley de la fuerza se impone a la fuerza de la ley, es la maldad la que triunfa y las peores taras las que se contagian. En todo caso, si la Revolución aún no devoraba a sus hijos, tal y como había profetizado dos meses antes Vergniaud, sí que había comenzado su deriva autodestructiva, azotando a sus hijas a modo de anticipo.

## ONCE

Esa misma noche la Comuna acordó aclarar cuanto antes el equívoco que, a su entender, había dado pie a la mezcla de queja, denuncia y advertencia que la delegación de Burdeos había expresado la víspera ante la Convención: «El Consejo General ha decretado que escribirá a las autoridades constituidas, a las sociedades populares y a las secciones de Burdeos para hacerles ver el error al que les han inducido los malintencionados que les han hecho creer que París quería asesinar a los diputados de la Gironda, cuando sólo quiere asesinar sus opiniones».<sup>[109]</sup>

No había el menor atisbo de ironía o burla. La precisión no podía ser más expresiva del clima de confrontación alentado por las autoridades municipales, y muy especialmente por Chaumette. Era una confrontación pretendidamente ideológica, pero a muerte. Desde la óptica de los radicales las opiniones adversas debían ser literalmente exterminadas para que prevalecieran las propias. En su concepción monolítica de la Revolución no cabía el pluralismo.

Esa noche en el Club de los Jacobinos Legendre describió el papel del propio club en la crisis que se avecinaba: «Es la cuerda del tocsín que debe batir al unísono de un extremo al otro de la República».<sup>[110]</sup> En esa misma sesión Desfieux, manejando como siempre los hilos en beneficio del sector más radical, lanzó en comandita con Hébert la candidatura de Boulanger, un fiero orfebre de la Sección de la Halle-au-Blé, para sustituir al expedicionario Santerre como comandante de la Guardia Nacional de París.

La capital era un barril de pólvora y en ese contexto cualquier episodio podía ser la chispa que desencadenara su ignición. Según un informe del Departamento de Vigilancia de la policía del propio día 15, el desenlace del proceso contra el general que unía la triple condición de extranjero, protegido de los moderados y lugarteniente de Dumouriez entraba dentro de esa categoría: «Los ánimos están muy caldeados con respecto a Miranda, al que se considera muy culpable y al que se cree que el Tribunal Revolucionario va a declarar inocente. En el momento en que algunos testigos lo exoneraban, varias personas gritaban: “Son unos canallas, hay que cortarles el cuello”. Las cosas han llegado hasta un punto en que si este general es puesto en libertad y se lo encuentran en París será ciertamente masacrado».<sup>[111]</sup> El juicio contra el militar venezolano, sucesivamente presentado por los *montagnards* como «inglés», «peruano» y «español»,<sup>[112]</sup> había comenzado el domingo con la lectura del acta de acusación y se había extendido durante toda la semana. Más de medio centenar de testigos habían desfilado ante el Tribunal Revolucionario, integrado por Montané como presidente, el agricultor Foucault y Dufriche-Desmadelaines, hermano del diputado Dufriche-Valazé. Se trataba básicamente de miembros del Ayuntamiento y el Club de los Jacobinos de Lieja, militares contrarios y favorables al acusado y personajes varios que habían tenido trato con él. En casi todos los casos el presidente



interrogaba a Miranda sobre lo que cada uno manifestaba.

Desde el principio quedó claro que las tres acusaciones que pesaban sobre el general aventurero —ineficacia en el asedio de Maastricht, desidia en la defensa de Lieja, incompetencia durante la batalla de Neerwinden— se referían a situaciones en las que su conducta había estado condicionada por las órdenes superiores de Dumouriez. Además una cosa era la derrota y otra la traición. Así lo planteó hábilmente el propio Miranda respondiendo a uno de los primeros testigos.

—Los romanos fueron batidos con César al mando y las tropas del gran Federico [de Prusia] lo han sido por los rusos, que a su lado no eran más que salvajes. El no vencer no se puede convertir por eso en un delito de las personas valientes cuando tienen la desventaja del terreno.<sup>[113]</sup>

Miranda había preparado concienzudamente su defensa aportando, episodio tras episodio, las instrucciones recibidas por escrito. Contaba además con el que probablemente era el abogado más brillante de la época, Claude François Chauveau-Lagarde, un monárquico de Chartres que sumaba al conocimiento de las leyes una elocuencia privilegiada. Puestos en contacto probablemente por Brissot o Pétion —nacidos también ambos en Chartres— o por algún otro político amigo de Miranda, Chauveau-Lagarde había quedado prendido enseguida del carisma del reo y, convencido de su inocencia, se había entregado con entusiasmo a la tarea de defenderle.

A medida que fueron pasando los testigos quedó patente que Dumouriez había dado por hecho que Maastricht se rendiría poco menos que al primer o segundo cañonazo y que por eso había encargado a Miranda una tarea para la que carecía de los medios, y probablemente de los conocimientos, adecuados. Respecto a la pérdida de Lieja, pudo establecerse que era el general Valence quien tenía encomendada su defensa y que Miranda ni siquiera sabía dónde estaban los lugares clave de la ciudad. Un concejal testificó que cuando habló con él «parecía poco afectado por los desastres que iban a caer sobre el pueblo de Lieja» y Miranda replicó enseguida que «aunque no tenía el dolor pintado en el rostro, lo llevaba en el corazón».<sup>[114]</sup> Y en cuanto a Neerwinden no fue difícil poner en evidencia que el traidor Dumouriez le había encomendado una misión imposible de cumplir. Fue uno de los momentos estelares de Miranda durante el juicio.

—Si la batalla se hubiera ganado, habrían dicho que era el valiente Dumouriez quien daba las órdenes. Por lo tanto yo pregunto si se me puede hacer responsable de las equivocaciones del general en jefe. Él habría tenido la gloria, sólo él debe cargar con el fardo de la responsabilidad.<sup>[115]</sup>

Miranda tuvo además la fortuna de su lado pues uno de los testigos con mayor animosidad contra él, un general nacido en los Estados Unidos llamado John Skey Eustace, cometió el error de recusarse a sí mismo cuando, preguntado rutinariamente antes de declarar si albergaba algún sentimiento hacia el acusado, respondió: «Tengo el honor de detestarlo».<sup>[116]</sup> *Sensu contrario*, entre los testimonios que le resultaron

favorables causó especial impacto por su carácter inesperado el del comisario jacobino Públicola Chaussard, quien, resentido aún por la forma en que le había tratado Dumouriez, se deshizo en elogios hacia Miranda: «En las entrevistas que he mantenido con él siempre he descubierto un fondo filosófico poco común, fruto de un largo estudio del corazón humano».<sup>[117]</sup>

La pieza con la que Chauveau-Lagarde pidió la absolución de su defendido ha pasado a las antologías de los estrados y ocupa más de treinta páginas en uno de los tomos de los archivos documentales de Miranda. Su primera parte fue un relato colorista y chispeante —casi una crónica de aventuras— de los viajes de Miranda por medio mundo y sus relaciones con importantes figuras de la época, incluidas Catalina la Grande, el príncipe Potemkin o José II de Austria. En ese contexto el abogado incluyó uno de sus golpes de efecto: «Miranda escribió al presidente y a los ministros de los Estados Unidos y es un consuelo muy dulce para él saber que sus cartas han contribuido esencialmente a que América haya reconocido a la República Francesa».<sup>[118]</sup>

Entrando luego en las acusaciones concretas, Chauveau-Lagarde tuvo la destreza de ir presentando cada situación como el fruto de un enfrentamiento entre un general en jefe que ya conspiraba contra la República y un subordinado que le dijo que si recibía una orden de las autoridades políticas para detenerle, la cumpliría.<sup>[119]</sup> Sobre las instrucciones de atacar en la decisiva derrota de Neerwinden, su diagnóstico no pudo ser más demoledor: «Esa orden era insensata y la batalla una locura. Dumouriez ni siquiera había ordenado a su ala izquierda que hiciera el menor reconocimiento del terreno».<sup>[120]</sup>

Haciendo alarde de una inusual mezcla de audacia y habilidad dialéctica, como quien da la vuelta a un calcetín, el abogado monárquico se dirigió entonces a los miembros del jurado y utilizó a favor de su cliente la que era la más execrable tara del Tribunal Revolucionario.

—Antes de la saludable institución de los jurados, la justicia no aceptaba entre nosotros más que las pruebas legales. No admitía en la investigación de los delitos ninguna [convicción] moral y el juez, esclavo de los testimonios, se veía obligado a menudo a condenar o a absolver contra su convicción personal. Pero hoy que la reforma de nuestras leyes penales ha hecho felizmente prevalecer las pruebas morales, los jurados libres no deben seguir otra norma sino la de su conciencia y, antes de pronunciarse sobre los hechos, pueden examinar a la persona acusada. ¿Teniendo en cuenta esto, ciudadanos jurados, quién es el hombre acusado ante vosotros de haber traicionado los intereses y la libertad de la República? ¿Cuál es en primer lugar la reputación de Miranda?<sup>[121]</sup>

Lo siguiente fue presentar a su cliente como una mezcla de Sócrates, Bruto y Catón, haciendo frente a pérfidas calumnias. Y su remate, el más inteligente aprovechamiento de la coyuntura política que venía al caso.

—Miranda no es aquí más que la víctima de Dumouriez. Tened en cuenta que al

decidir la suerte del general Miranda vais a pronunciaros sobre la suerte de nuestros ejércitos. Porque si Miranda no obtiene una satisfacción resplandeciente, sólo Dumouriez quedará justificado. Ningún hombre se atreverá a denunciar en adelante la perfidia de los generales conspiradores. Sólo los generales conspiradores tendrán interés en ejercer el mando y, sobre todo en este momento en el que la revuelta en el interior de nuestros departamentos y el acoso del despotismo sobre nuestras fronteras exigen que al frente de nuestros ejércitos haya generales experimentados e incorruptibles, la suerte de la República Francesa estará echada.<sup>[122]</sup>

El jurado se retiró a deliberar bajo el fuerte impacto del alegato de Chauveau-Lagarde. Debía contestar a tres preguntas concretas del tribunal. La vida de Miranda pendía del frágil hilo de sus respuestas. Si le encontraban culpable de las acusaciones, ese mismo jueves 16 de mayo, todo lo más el viernes 17, sería guillotinado. Y el desenlace quedaba supeditado, en efecto, a la apreciación subjetiva de un puñado de ciudadanos que no podían ignorar las acusaciones formuladas desde la Montaña y el Club de los Jacobinos, nada menos que con Robespierre o Marat a la cabeza, y el propio clima de la sala, abiertamente hostil al acusado.

Al cabo de varias horas el sesgo del veredicto pudo percibirse cuando el ciudadano Dumont, en su condición de Primer Jurado, se sintió obligado a hacer unas consideraciones previas en medio de fuertes murmullos:

—Hay circunstancias en las que las simples sospechas exigen precauciones extraordinarias. Los acontecimientos que precedieron el arresto de Miranda eran de esa naturaleza; pero el pueblo, siempre justo, no puede querer el castigo de un inocente. Si una gran nación debe ser terrible en sus venganzas, el error no debe dictar nunca sus sentencias. El culpable debe temblar cuando se acerque a este tribunal, pero el inocente puede presentarse con tranquilidad. No somos hombres de sangre como nos han pintado los enemigos de la libertad y para nosotros es un día hermoso aquel en el que devolvemos a sus padres, a sus amigos, a la sociedad, a un ciudadano que no ha merecido perder la estima pública.<sup>[123]</sup>

En consecuencia Dumont había llegado a la conclusión de que Miranda no era responsable de la «precipitación» con que se había planteado el sitio de Maastricht, de que no había visto «nada en su conducta que manifestara el deseo de entregar Lieja al enemigo» y de que no podía hacérsele ningún reproche por la «mala posición» del ala que comandaba en Neerwinden. Todos sus compañeros se manifestaron después en idéntico sentido. Algunos fueron incluso más allá. «Tengo la convicción íntima de que la intriga y la perfidia han conducido a Miranda ante este tribunal», dijo el ciudadano Fallot. «He descubierto en Miranda al filósofo más lúcido, al amigo más sincero de la Revolución, al padre de los soldados, al defensor del oprimido», añadió el ciudadano Jourdeuil.<sup>[124]</sup>

El propio Miranda tuvo, como había ocurrido un mes antes con Marat, la oportunidad de saborear su éxito, diciendo la última palabra. La aprovechó en clave política para disparar un contundente cañonazo contra los adversarios de sus amigos

moderados.

—Ciudadanos, a menudo los prejuicios hacen cometer grandes injusticias. Tengo en mis manos un periódico que dice que, hace dos días y durante la instrucción de este proceso, el diputado Thuriot me ha calificado de traidor a la Convención Nacional. La mejor respuesta que puedo darle es el veredicto solemne que acaba de adoptar este augusto tribunal. Que este ejemplo sirva para abrir los ojos al pueblo soberano que me escucha, para vigilar la conducta de aquellos en los que ha delegado su autoridad y que, en lugar de emplearla para hacer el bien, no la utilizan más que para sembrar la discordia y la desunión entre nosotros mismos.

De acuerdo con lo pronosticado por la policía, la absolución de Miranda cayó como una bomba entre el enjambre de *sans-culottes* y elementos radicales que acudían habitualmente a los alrededores de las Tullerías. Dutard presenció en concreto esa misma tarde un altercado protagonizado por una vendedora de golosinas, apodada la «Mère Duchesne» por su afinidad a las ideas y modales del grosero y agresivo personaje del periódico de Hébert.<sup>[125]</sup> Según su relato, «la Mère Duchesne despotricaba contra Miranda, diciendo que era un traidor, un cómplice de Dumouriez, y que varios testigos le habían salvado la cara» hasta que intervino un hombre cubierto de harapos que la hizo callar con palabras más malsonantes que las suyas. Aseguró haber servido como cañonero en Maastricht a las órdenes de Miranda y alegó que quienes hablaban contra él eran «gentes que quieren el desorden».<sup>[126]</sup>

Según Dutard, la tensión fue en aumento cuando «los ladradores que habían sido testigos del triunfo de Miranda se repartieron entre los grupos». Unos decían con ironía que «había que hacerle generalísimo». Otros reaccionaron con furia, como una modistilla que chillaba indignada contra «los *botemuans*» —*beaux temoins*, buenos testigos— que habían salvado a Miranda. Un «*monsieur* de buena apariencia» le replicó entonces que «Miranda es tan militar como usted o como yo», pero que había que reconocer que «no había ninguna prueba contra él».

Un nuevo informe del Departamento de Vigilancia de la policía trasladó a las autoridades municipales que si bien el augurado linchamiento no se había producido, «la mayoría del pueblo parece muy indignada por el blanqueamiento de Miranda». Hasta el extremo de que «desde que se supo en los alrededores de la Convención que el tribunal le había absuelto, algunas personas dijeron que había que ir a abrir las cárceles y poner en libertad a los detenidos porque eran menos culpables que este general; y algunas mujeres gritaron que había que hacer saltar mil ochocientas cabezas para que las cosas fueran bien».

El mismo informe se hacía eco de que «el señor Baillemont, que acaba de ser detenido como contrarrevolucionario, asegura haber estado ayer por la mañana en una casa en la que se habían entregado 60.000 libras para corromper a los jueces de Miranda y que este asunto había costado más de 50.000 *ecus* [300.000 libras] no a Miranda, que estaba sin dinero, sino a sus amigos, a los que había prestado grandes servicios».<sup>[127]</sup>

¿Quién era el tal Baillemont? Según un interesante estudio de Armand de Lestapis se trataba de un agente doble que hacía de intermediario entre políticos corruptos y aristócratas dispuestos a comprar certificados de civismo o de residencia. «Sin estar oficialmente acreditado tenía acceso a las oficinas de la alcaldía, el Departamento de París y el Comité de Seguridad General».<sup>[128]</sup> El motivo de su detención había sido precisamente el descubrimiento de una trama destinada a facilitar documentación falsa al antiguo duque de Châtelet.

Baillemont, que terminaría ejecutado al año siguiente en la guillotina, había tratado de organizar el mayor escándalo posible para obtener la libertad, dando a entender que era depositario de secretos muy comprometedores. El hecho de que Chauveau-Lagarde fuera también el defensor de Châtelet proporcionaba un elemento de verosimilitud a su denuncia de la compra de la absolución de Miranda, pero sus posteriores acusaciones indican que quienes estaban detrás de las redes de corrupción con las que él se relacionaba no eran los moderados, sino políticos radicales como el diputado Basire, el procurador síndico del departamento, Lullier, y el propio Chaumette. Desde luego no iban a ser ellos los que pagaran para exonerar a Miranda.

La prensa del momento barajó desde los motivos más turbios a los más pintorescos para explicar la absolución de Miranda. *Le Journal Français* optó por la segunda opción al asegurar que «durante todo el tiempo en que Miranda ha estado en el banquillo no ha dejado de llevar el gorro rojo y esta circunstancia le ha atraído la simpatía general de la que su título de general le había privado».<sup>[129]</sup> El propio Miranda se sintió obligado a desmentirlo: «Yo siempre he llevado a la libertad en mi corazón [...]. Me basta ser su amigo sin intentar parecerlo».<sup>[130]</sup>

Un estudio más reciente de Olivier Blanc sostiene que Miranda no había dejado en ningún momento de trabajar para el gobierno inglés, y que habría sido el oro de Pitt el que habría costado su exoneración, corrompiendo a varios miembros del jurado —entre ellos al ditirámbico Jourdeuil— y al propio tribunal.<sup>[131]</sup> Blanc apoya esta teoría en documentos del archivo de Miranda que atestiguan pagos de los británicos al general, pero que tanto pueden corresponder a su etapa en Londres como, efectivamente, a labores de espionaje en Francia. Sin embargo, de esa misma caja de Pandora, fruto de la obsesiva compilación por parte de Miranda de cuanto le concernía, brotan otros dos documentos que más bien parecen avalar la tesis de que el general y su abogado lograron convencer limpiamente a jueces y jurados.

Se trata de dos cartas firmadas por el presidente del tribunal, Montané. La primera lleva fecha del 17 de mayo y dice: «Ciudadano general, siempre recibiré con el más vivo placer todo lo que me haga recordaros. Os declaro franca y lealmente que habéis inspirado en uno de mis colegas y en mí la más alta estima».<sup>[132]</sup> Estaría encantado de poder ofreceros una cena republicana y transmitiros de viva voz la consideración absoluta que os profeso. Salud y fraternidad». Incluía una posdata que decía: «Os van a devolver todos vuestros efectos personales».

La segunda carta es del día siguiente: «General, me siento muy honrado de tener

el placer de cenar hoy con vos. Estoy ocupado con dos miembros de la Convención, preparando un acta de las declaraciones del general Miaczinski en ejecución de un decreto de esta mañana. Tendré el placer de recogeros hacia las tres en vuestro hotel y de reiteraros la seguridad de mi estima».<sup>[133]</sup>

Si no fuera porque el facsímil de esta segunda carta figura reproducido en la edición venezolana del archivo de Miranda con un enorme membrete del Tribunal Revolucionario arriba, la firma de Montané en minúsculas de gran tamaño inclinadas hacia la derecha, y una rúbrica que se despliega desde la «e» como un desafiante latigazo, resultaría imposible creer que el presidente del más implacable órgano judicial se hubiera comportado con tamaña imprudencia. Pero eso mismo habla contra la hipótesis de su venalidad.

Por temerario que fuera el arrogante Montané, que sin duda lo era, parece inimaginable que si hubiera cobrado por contribuir a una absolución que de sobras sabía que iba a ser polémica, pudiera luego escribir estas dos cartas. Pero también habría que situar en tal categoría de lo inimaginable lo que podría haber ocurrido en el explosivo París de ese momento si alguien hubiera descubierto a Montané cenando con Miranda ese sábado en amable compañía, cuarenta y ocho horas después de haberle absuelto.



## DOCE

En la memoria justificativa dirigida a la Convención desde la clandestinidad un año después, Isnard resumiría muy gráficamente cuál fue su primer sentimiento al ser elegido presidente de la cámara: «Vi mi tumba cavada bajo el sillón, pero lejos de asustarme me volví más valiente para cumplir con mis deberes».<sup>[134]</sup> Era plenamente consciente de que la «insurrección decisiva» abortada el 10 de marzo estaba otra vez en marcha, pero se sentía con fuerzas para tratar de impedir que se consumara.

Sin tan siquiera tener conocimiento de que la misma noche de su elección la Comuna había vuelto a dar cobertura legal a la Asamblea del Arzobispado al convocar allí a los delegados de las secciones para unificar criterios sobre cómo aplicar el impuesto sobre los ricos,<sup>[135]</sup> Isnard llegó a la mañana siguiente a la Convención henchido de ardor guerrero. Y pronto encontró una causa concreta a la que aplicarlo.

Apenas iniciada la sesión un grupo de ciudadanos compareció en la barra para denunciar que «nuestro hermano de armas Leroux, juez de paz de la Sección de Unité, ha sido arrebatado esta noche a los suyos». Pedían que la Convención aclarara los motivos de su arresto y decretara su puesta en libertad en el acto. Era un caso parecido a los de Bon-Conseil o los Lombards, pero con algunos agravantes. Pronto circuló en la sala el dato de que Leroux había sido el presidente de la asamblea en la que se había aprobado el escrito contra Chaumette presentado el domingo día 5 ante el Consejo General de la Comuna. El joven abogado de ascendencia balear Pénières dijo que el detenido era amigo suyo, que podía acreditar su patriotismo y que se había enterado de que un grupo de quince o veinte personas se lo habían llevado por la noche sin autoridad alguna para ello. Inmediatamente se alzaron voces pidiendo su libertad e inmediatamente Marat se opuso a ello:

—Recuerdo a la Convención que en estos días de crisis ha encargado a los cuerpos administrativos poner a buen recaudo a las personas sospechosas. En las secciones de París se han organizado comités revolucionarios para investigar la conducta de los ciudadanos denunciados. El de Unité ha arrestado a un juez de paz que había dicho en plena asamblea que los rebeldes de la Vendée eran unos valientes. Hoy la facción de los hombres de Estado quiere protegerle...

Pénières y otros diputados protestaron con murmullos y aspavientos, pero el público de los anfiteatros reaccionó con entusiasmo al escuchar una vez más el código de guerra de Marat. Un estruendoso aplauso, amplificado por la reverberación de la sala, cayó como una losa contra esos detestados «hombres de Estado» a los que l'Ami du Peuple perseguía de recinto en recinto. Entonces Isnard, sintiéndose tal vez desafiado por partida doble, como acomodado hombre de orden y como máxima autoridad de la sala, dio su primer paso al frente:

—Advierto a los ciudadanos de las tribunas que mientras yo sea presidente haré



cumplir la ley que les prohíbe aplaudir o reprobar.

Varios diputados de la Montaña le replicaron que esa «ley» no existía; pero Isnard, que se refería a las facultades sobre el orden en la sala que le daba el reglamento, se dirigió expresamente a ellos:

—Requiero a los que me interrumpen que digan si ellos mismos se niegan a cumplir las leyes.

—No existe una ley que prohíba al pueblo aplaudir a los que le sirven —le respondió con descaro el carnicero Legendre.

—Si se desobedecen las leyes el presidente ordenará evacuar las tribunas o la Convención Nacional se irá de París —amenazó el estigmatizado Doulcet-Pontécoulant.

Sin embargo, Marat no quiso distraerse con esa cuestión de orden e, insistiendo en que la «facción de los hombres de Estado quiere proteger a los contrarrevolucionarios», evocó el paralelismo del asunto que se planteaba con el de «los aristócratas que decían haber sido enviados por la Sección de Bon-Conseil», y pidió que no se adoptara ninguna decisión sobre Leroux hasta no recibir un informe de varios comités.

—Apelo al pudor de los que quieren empujar a la Convención a adoptar una medida ilegal y funesta —sentenció arrancando nuevos y retadores aplausos del público.

La indignación de los moderados también fue subiendo de tono.

—¿Estamos en una República libre o gemimos bajo un nuevo despotismo? —preguntó retóricamente Masuyer.

—Que se vote por la [puesta en] libertad o nos veremos forzados a resistir a la opresión —advirtió Lanjuinais.

Thuriot trató en vano de evitar que la Convención resolviese sobre la propuesta de Pénieres y Lanjuinais, planteando cuestiones de procedimiento. La voz de Isnard se alzó firme en medio de un creciente tumulto:

—Someto a votación la puesta en libertad provisional.

Como quiera que una clara mayoría de la Convención se puso en pie para ordenar el excarcelamiento de Leroux, la Montaña, liderada por Legendre, Marat y Léonard Bourdon, entró en erupción exigiendo una votación nominal.

—¡Pido un artículo adicional que ponga en libertad a todos los contrarrevolucionarios! —clamó l'Ami du Peuple con la ironía cáustica que reservaba para las confrontaciones a cara de perro.

Legendre esbozó entonces una peculiar interpretación de la democracia:

—La mayoría no puede imponer la ley a la minoría cuando esta tiene de su lado los principios. Pedimos la votación nominal. Debemos dar cuenta a nuestros representados de nuestra manera de votar.

—¡Sí, sí, sí! —gritaron al unísono la Montaña y el público.

Isnard alzó el sombrero depositado sobre su mesa y procedió a cubrirse de forma

ostensible. La desagradable sorpresa fue comprobar que ese gesto ritual ya no surtía ningún efecto y el pandemonio iba en aumento.

—¡Envíemos a la Abadía a todos los que se oponen a la ley! —le propusieron desde la derecha.

—¡Muy bien, iremos todos porque lo que pedimos es en beneficio del pueblo! —repuso Bentabole, habitual enlace con los Jacobinos.

Un gran número de *montagnards* se agolparon entonces sobre la mesa de los secretarios para firmar una petición de voto nominal. Isnard pareció recular en su firmeza, que no en su teatralidad.

—Ciudadanos, el presidente de la Convención no debe tener voluntad particular. No es más que el órgano de la ley. Es un ser pasivo que debe saber morir en su puesto si es preciso.

Bentabole, Marat y Thirion le respondieron a coro, a mitad de camino entre la parodia y el énfasis:

—También nosotros moriremos en nuestro puesto por la causa del pueblo.

Seguidamente l'Ami du Peuple, movido por el resorte de sus reflejos parlamentarios, logró encaramarse a la tribuna, señaló despectivamente con el brazo a la derecha del hemiciclo y sólo dijo tres palabras antes de ser acallado por los abucheos de los moderados:

—¡Quieren un rey!

Isnard trató de dar por zanjado el incidente y otorgó la palabra a Lanjuinais para que interviniera en el debate constitucional, pero ahora fue la Montaña la que le impidió hablar, insistiendo en que antes había que proceder a la votación nominal sobre el caso Leroux. El presidente comenzó a desesperarse.

—Carezco de medios para obligar a guardar silencio a la minoría de la Convención.

—Fue la minoría la que salvó a Francia el 10 de agosto y el 2 de septiembre y la que volverá a salvarla ahora —le respondió Legendre reivindicando así las propias masacres de las prisiones.

—¡Haced callar al carnicero! —le replicaron desde la derecha con plena conciencia de la doble intención de la palabra.

Sólo la llegada de los voluntarios de la Sección de Luxembourg desbloqueó la situación. La primera reacción del autoritario Isnard fue negarles el permiso a desfilar por la sala en estricta aplicación del reglamento, pero la mayoría de la cámara le hizo recapacitar. Cumplida la primera parte del ritual, un portavoz pidió, cómo no, un adelanto de 60.000 libras a cuenta del impuesto sobre los ricos. La Sección de Réunion repitió a continuación la jugada, pero subiendo la tarifa hasta las cien mil.

Una vez concedidas ambas demandas en los mismos términos que las de los días anteriores, Isnard creyó estar en condiciones de cerrar el asunto Leroux:

—Acaban de decirme que la municipalidad ha examinado los hechos y, como ha encontrado a la persona de la que se trata totalmente inocente, la ha puesto en

libertad.

Sin embargo, los aplausos de júbilo de los moderados encorajinaron aún más a los *montagnards*.

—Se está engañando a la Asamblea. Eso no es cierto. Estoy seguro de que no ha salido —clamó el dantonista Thuriot.

—No nos marcharemos de aquí hasta que no se haya producido la votación nominal —anunció Bentabole.

El propio Danton se sintió obligado a intervenir y propuso que el decreto aprobado quedara suspendido hasta que la Comuna no informara de cuál era la situación de Leroux. Lanjuinais trató de pasar al debate constitucional, pero el público se lo impidió con furia. «Veinte veces tomó la palabra y veinte veces su voz fue sofocada».<sup>[136]</sup> «Si se hubiera encerrado a todos los leones y a todas las bestias salvajes de los bosques, sus aullidos y rugidos habrían sido menos espantosos que los de la batahola que se prolongó durante dos horas en la Convención».<sup>[137]</sup>

Vergniaud pidió entonces que se levantara la sesión y se enviara el acta a los departamentos para dejar en evidencia que la Convención no podía debatir libremente. Aún quedaba, sin embargo, un último golpe de teatro —«una comedia», según *Le Patriote Français*; «una farsa», según *Le Journal Français*— por parte de la Montaña. De repente se vio avanzar al paralítico Couthon impulsando su silla de ruedas por el centro de la sala en dirección a la tribuna de oradores. Tanto su nariz afilada como sus labios escuetos acentuaban un aire de pajarito frágil en aquel inválido, dotado, sin embargo, de una voluntad de hierro. Nada la plasmaba mejor que el tesón con que movía las manivelas instaladas al final de los reposabrazos de su sillón articulado. Couthon trazaba con ellas pequeños pero veloces círculos, idénticos a los de un molinillo de café, que ponían en acción sendos dispositivos de arrastre, similares a los de las puertas giratorias. En esos engranajes iban encajando una especie de pernos incrustados en la parte inferior de las dos ruedas delanteras que recibían así su fuerza motriz. Como puede apreciarse en los catálogos del Museo Carnavalet, donde sigue depositado el artilugio, eran dos ruedas macizas sin apenas rotación lateral, enganchadas a una plataforma de madera. Ese soporte quedaba rematado al final por dos ruedecitas traseras, también macizas, que recordaban las de las carretillas de mano. Encima de esa estructura se había plantado un sillón convencional de madera noble, con asiento y respaldo de terciopelo amarillento, claveteado sobre el marco mediante largas hileras de chinchetas o remaches. Moviéndose sobre ese trono el diputado del Puy de Dome era la imagen viva de la lucha contra la adversidad —una enfermedad degenerativa que había hecho crisis ya en su madurez— y obtenía siempre un cierto margen de respeto, incluso por parte de sus más fieros adversarios. Pero ese jueves «la mayoría se dio cuenta de que se la trataba de sorprender por la piedad».<sup>[138]</sup>

—¡En nombre de la patria a la que asesináis, permitid la votación nominal! —pidió Couthon mientras recorría la tierra de nadie del centro del recinto, dándole a las

manivelas.

—¡La patria quiere una Constitución y no más anarquistas! —osó replicarle el impulsivo Birotteau.

—Pido la palabra para una cuestión de orden —precisó el inválido.

Como quiera que su amigo y habitual acompañante, el diputado Maure, ya lo había cogido en brazos, subiéndolo a la tribuna, mientras Couthon se quejaba entre jadeos de las restricciones que le imponía su condición física, Isnard se sintió obligado a ampararle. «Fue un gesto de debilidad, aunque el motivo fuera loable», según *Le Patriote Français*.<sup>[139]</sup>

—En el antiguo reglamento existía la costumbre de que después de que el presidente se hubiera cubierto, diera la palabra al primero en solicitarla. En consecuencia se la concedo al ciudadano Couthon.

Sin embargo, el orador no había sido encaramado a la tribuna para corresponder a la cortesía con la cortesía, sino para atizar la confrontación. Lo hizo desde la primera frase.

—Si todavía hubiera buena fe entre vosotros... Sí, si todavía hubiera buena fe, nos pondríamos pronto de acuerdo. ¿De qué se trata en el fondo? De un hombre acusado de haber mantenido opiniones incívicas, de haber instado al restablecimiento de la tiranía.

—¡Eso no es verdad! —protestaron varios diputados moderados.

—Este hombre ha sido arrestado por orden de una autoridad constituida...

—No, lo ha sido por orden de un Comité Revolucionario —replicaron las mismas voces del ala derecha.

—Muy bien, de acuerdo: por un Comité Revolucionario. Unos cuantos individuos se presentan en la barra a reclamar a este ciudadano arrestado, ¿y qué habéis hecho? Sin escuchar a la municipalidad lo habéis puesto provisionalmente en libertad. Y entonces una minoría imponente os ha pedido...

—¡Decid una minoría insolente!

—Repito, imponente porque está compuesta por al menos ciento cincuenta diputados que han firmado la petición de votación nominal que tienen derecho a obtener. El decreto aprobado por la mayoría debe ser religiosamente respetado, pero la Asamblea tiene la obligación de respetar igualmente la opinión de todos sus miembros y de no impedir que la conozcan sus representados...

Su planteamiento parecía haber adquirido un tono más razonable cuando Couthon sacó a los moderados de quicio:

—Supongamos que una mayoría perversa...

—¡Estáis insultado a la mayoría! —protestaron varios.

—Yo no insulto a nadie. Supongo el caso de que una mayoría perversa proponga y logre aprobar medidas desastrosas como el propio retorno de la tiranía. ¿Os atreveríais a decir que vuestro reglamento no permitiría en ese caso a la minoría que permaneciera fiel a sus juramentos y a sus principios pedir la votación nominal?

El diputado minusválido caldeó aún más el ambiente de la sala, abriéndose teatralmente la camisa y mostrando su pecho enclenque.

—¡Golpeadme, pero escuchad! —clamó dirigiéndose al ala derecha.<sup>[140]</sup>

En medio de nuevas salvas de aplausos Couthon concluyó, respondiendo al epíteto que le había dirigido hacía un rato Birotteau:

—He escuchado a una voz decir que yo era un anarquista. Si esta calumnia pudiera alcanzarme, pediría que se consultara a mi departamento. Pero si los que saben muy bien que son los únicos responsables de los problemas que nos desgarran tuvieran la misma buena fe que yo, vendrían al instante a esta tribuna y presentarían la dimisión.

La alusión a los veintidós «girondinos» marcados por los Jacobinos y las secciones de París era demasiado explícita como para que pudiera quedar sin respuesta. Vergniaud asumió la tarea de proporcionarla. Empezó desactivando el comodín de lo de la «mayoría perversa».

—Couthon ha dicho: supongamos que existe una mayoría perversa. Yo digo a mi vez: supongamos que existe una minoría perversa...

Un agudo silbido partió entonces de uno de los anfiteatros e Isnard ordenó que se identificara y expulsara al culpable.

—¡Será un hombre de Estado! —exclamó Marat provocando grandes carcajadas.

Sin embargo, Vergniaud no se dejó amilanar e insistió en su tesis de la «minoría perversa»:

—Está en la naturaleza de las cosas encontrar más fácilmente un pequeño número de hombres corruptos que uno mayor. Supongamos que una minoría ambiciosa de poder, de dominio, de cargos y de dinero quiere basar su fuerza en los desórdenes de la anarquía. ¿No es evidente que la mayoría debería encontrar un medio para salvar a la libertad de la opresión? Sin obediencia a la mayoría, esté donde esté, no hay gobierno.

Vergniaud reconoció que se debía regular en qué casos la minoría tenía derecho a la votación nominal, pero añadió que quien quisiera que el sentido de su voto fuera conocido en su departamento no tenía más que hacerlo constar en el acta de la sesión. Su intervención quedó interrumpida por el regreso del encargado por el Comité de Legislación de aclarar en el Ayuntamiento si Leroux había quedado en libertad, como decía Pénières, o seguía encarcelado, como sostenía Thuriot. Resultó que la versión de los moderados era la cierta: el propio Chaumette decía estar dolido de que su nombre «hubiera servido de pretexto a las vejaciones a las que han sido sometidos algunos ciudadanos», y tanto Leroux como otros tres detenidos en similares circunstancias habían sido puestos en libertad.

Aprovechando la euforia desatada en su bando por estas noticias, el «águila de la Gironda» descendió desde las alturas de la teoría política y se abatió sobre el problema candente planteado por la demanda de Couthon para dejar de una vez por todas las cosas en claro.

—Couthon ha pedido que los sospechosos de ser la causa de las disensiones que a menudo se manifiestan en la Asamblea presenten su dimisión. Ciudadanos, nosotros estamos encadenados a nuestro puesto por un juramento, por nuestros deberes, por nuestra fidelidad a nuestros electores, por los peligros de la patria. El que se retirara para escapar a las sospechas de los calumniadores sería un cobarde.

«El rincón de los anarquistas muge», dirá al día siguiente *Le Patriote Français* reflejando las muestras de hostilidad con que fue acogida la intervención de Vergniaud. Pero él tuvo la habilidad de utilizarlas a su favor como elemento de contraste:

—En cuanto a mí y a aquellos de mis colegas contra los que puede que vaya dirigida la declaración de Couthon, pido a la Convención que levante acta de la extremada moderación con que he hablado en medio de violentas interrupciones, del juramento que hago de emplear todos mis medios para evitar este incendio de las pasiones que nos hace tanto daño. Pero declaro también, y es bueno que todos los parisinos me escuchen, declaro que si a fuerza de persecuciones, ultrajes y violencias se nos obligara en efecto a retirarnos; si se provocara así una escisión fatal, el Departamento de la Gironda no tendría ya nada en común con una ciudad que habría violado la representación nacional y roto la unidad de la República.

Decenas de diputados de otros departamentos proclamaron en voz alta que ellos hacían «la misma declaración». A base de escuchar a sus enemigos tomar la parte por el todo, la Gironda se había convertido también para ellos en el punto de referencia y el banderín de enganche para resistir juntos a la opresiva tenaza que la Comuna de París y los Jacobinos iban cerrando a su alrededor. Si el «partido girondino» había nacido con la lista de «proscritos» del 15 de abril, era ahora, un mes después, cuando iba adquiriendo como adeptos a todos aquellos que se sentían amenazados dentro de la Asamblea.

A diferencia de sus rivales, ese «partido girondino» seguía sin tener ni sede, ni estructura organizativa, ni medios materiales, ni sobre todo fuerza de choque alguna, pero parecía claro que al fin contaba con un líder. No con un jefe al que se debiera obediencia, pero sí con alguien capaz de expresar con tanta elocuencia como valentía las opiniones y sentimientos compartidos. El Vergniaud combativo del 17 de mayo poco tenía que ver con el Vergniaud ingenuamente idealista que había proclamado aquel «¡Lanzadnos al abismo y salvemos a la patria!» el 20 de abril. La evolución de los acontecimientos le había hecho comprender que la salvación de la República como un régimen de libertades requería, precisamente, que si alguien tenía que caer en el abismo no debían ser sus defensores, sino quienes querían cercenar esas libertades.

La mejor prueba de que Vergniaud estaba decidido desde primeros de mayo a luchar contra las furias desatadas sobre sus amigos moderados y sobre él mismo fueron las dos cartas que había dirigido dos semanas antes al Club de los Recoletos de Burdeos, baluarte de la burguesía que dominaba la ciudad. La propia noche del 17

Desfieux leyó con falso escándalo la primera de ellas en el Club de los Jacobinos. Se trataba de un llamamiento en toda regla al Departamento de la Gironda a movilizarse contra el estado de cosas en París.

No es de extrañar que el vinatero Desfieux se rasgara las vestiduras, presentando la carta como el hilo de la peor de las conspiraciones, pues no en balde seguía albergando un fuerte resentimiento contra Burdeos —la ciudad que había rechazado sus manejos radicales—; y además, por una vez Vergniaud había recurrido al victimismo, tan eficaz en manos de los jacobinos. Hasta el extremo de que tras las palabras «París, 4 de mayo», alguien añadió en el encabezamiento de la misiva la más elocuente de las expresiones: «Bajo el cuchillo».<sup>[141]</sup> Su texto albergaba todo un redoble de conciencia: «Ciudadanos, habéis sido informados de la persecución que padecemos y nos habéis abandonado [...]. El furor de nuestros enemigos crece, las proscripciones y el asesinato se acumulan contra nosotros y se pide en alta voz la cabeza de vuestros representantes. ¿Cuál es nuestro crimen? Haber hecho oír la voz de la humanidad, haber defendido vuestras propiedades [...]. No tememos la muerte, pero es duro morir sin llevarse a la tumba la seguridad de que aquellos por los que se nos inmola sienten alguna pesadumbre».<sup>[142]</sup>

Más explícita aún era la segunda carta enviada al día siguiente, después de que Vergniaud recibiera noticias de que Burdeos se había movilizado y enviaba una delegación a la Convención. Incluía expresiones como «¡Hombres de la Gironda, levantaos!» y «¡Hombres de la Gironda, no hay momento que perder!». Es obvio que si Desfieux las hubiera conocido en ese momento, las habría presentado como un llamamiento a la guerra civil.<sup>[143]</sup>

De hecho, lo leído en el Club de los Jacobinos ya fue suficiente para que Hassenfratz, el hombre de confianza de Pache, primero en el Ministerio de Defensa y ahora en la Comuna, tomara la palabra para apelar a los *sans-culottes* de las secciones de la capital.

—Se nos quiere hacer creer que los departamentos están listos para marchar sobre París. Aplastad a vuestros enemigos, podéis hacerlo, los contrarrevolucionarios están en vuestras manos. Que todas las medidas de la República vayan dirigidas hacia ese objetivo. Asfixiemos el germen de la contrarrevolución y que no se ponga en duda el triunfo de los parisinos.

Los Jacobinos aprobaron imprimir y enviar al resto de las secciones la carta de Vergniaud. En la misma sesión Camille Desmoulins anunció que ponía a disposición del club «una obra» que acababa de terminar con el título de «Los hombres de Estado, desenmascarados».<sup>[144]</sup> Se acordó designar a dos comisarios para que la leyeran y presentaran un informe. Según le explicó Dutard a Garat, se trataba de un texto de «cien páginas» y «el que lo lea preguntará al instante: ¿dónde está el patíbulo?».<sup>[145]</sup> Pronto circularía de mano en mano con el más comercial título de «Historia de los brissotinos». Para Desmoulins tampoco existían aún los girondinos como tales.



Se rechazó en cambio la propuesta de Desfieux de que el club creara un Comité de Salud Pública propio, que en todo caso incluyera al «sabio Couthon», para hacer frente a la situación. Legendre fue uno de los que se opuso, alegando que se percibiría como un comité secreto, y expuso su propia receta para resolver la crisis latente:

—Si la cosa dura demasiado, si la Montaña sigue siendo impotente, yo apelaré al pueblo y me dirigiré a las tribunas [de la Convención]: bajad aquí a deliberar con nosotros.

Legendre cerró la sesión, agitando los brazos con su teatralidad habitual mientras desgranaba una mezcla de relato anecdótico y declaración de principios:

—Un hombre me ha provocado ayer en la Convención. Un patriota ha salido en mi defensa. El otro me ha retado a un duelo. Yo le he dicho que no soy un cobarde pero que, como mi vida pertenece a la República, al primer canalla que me provoque en la Convención lo tiraré a mis pies y le saltaré la tapa de los sesos.

«Todas las tribunas han aplaudido y pateado a la vez. Es lo que antes llamábamos el santo entusiasmo de la libertad [...], metamorfoseado en un furor que hace estallar a un pueblo rabioso al que no es posible imponer la disciplina más que por la fuerza [...], es el pueblo bestia», advirtió Dutard como testigo presencial de la sesión.<sup>[146]</sup> Boulanger, recién nombrado por el Consejo General de la Comuna nuevo comandante de la Guardia Nacional de París,<sup>[147]</sup> fue uno de los que más aplaudió a Legendre.

—¡Este es el carácter que debe animar a los verdaderos republicanos! —dijo el nuevo responsable del mantenimiento del orden, al escuchar la vehemencia con que el carnicero de la calle Des Cordeliers anunciaba que se tomaría cruentamente la justicia por su mano.<sup>[148]</sup>

## TRECE

De acuerdo con su propio relato, durante esa misma noche del viernes 17 Isnard recibió «informaciones seguras que me confirmaron que se tramaban pérfidos complots»<sup>[149]</sup> y tomó la decisión de desvelarlas ante el conjunto de los diputados. Sin embargo, cuando a la mañana siguiente abrió la sesión a las diez en punto se encontró encima de su mesa con una carta que requería prioridad absoluta.

Estaba firmada por el general Miaczinski, quien acababa de ser condenado a muerte tras un juicio exprés durante el que el Tribunal Revolucionario no había dado las mismas muestras de benevolencia que con Miranda. Las pruebas de que el acusado había intentado apoderarse de Lille siguiendo instrucciones de Dumouriez eran en este caso abrumadoras y la sentencia iba a ejecutarse en cuestión de horas. Según el texto leído por uno de los secretarios, el general de origen polaco no apelaba a la clemencia de la Asamblea, sino a su afán por descubrir conspiraciones: «Ciudadano presidente: lo he dicho y lo repito. Nunca me he implicado en los complots de Dumouriez, pero he estado tan íntimamente ligado a él como para haber tenido toda su confianza y conocer todos sus pensamientos. Puedo admitir que desde el comienzo de la guerra me lo ha comunicado todo, me lo ha revelado todo sin corromperme. Antes de morir me atrevo a pedirle a la Convención permiso para darle a conocer las cosas más importantes».

Miaczinski pedía que se le concediera un aplazamiento de tres días durante los cuales pudiera poner por escrito todo lo que sabía. Varios diputados entendieron que se trataba de una mera maniobra dilatoria y propusieron remitir sin más la carta al tribunal, pero terminó imponiéndose la curiosidad por obtener la información de quien, en efecto, podía haber sido testigo de todo tipo de corrupciones y traiciones. En consecuencia la Convención acordó enviar al moderado Rouzet y al jacobino Drouet a interrogar inmediatamente al general polaco. Rouzet era un abogado de Toulouse que acababa de presentar un fantasioso proyecto de Constitución al estilo de la Antigüedad clásica, con un gobierno de veinticinco miembros que podía condenar al ostracismo durante cinco años a cualquier ciudadano. Drouet era el célebre empleado de postas que cerca de Varennes había reconocido al rey, abortando su fuga en 1791.

Apenas se intentó reanudar el debate constitucional cuando se escucharon fuertes gritos procedentes de los atestados pasillos de acceso a las tribunas de invitados. Eran de nuevo las Ciudadanas Revolucionarias y su recua de seguidoras. Habían ido ganando terreno dentro del recinto y ya estaban en condiciones de obstaculizar las propias sesiones de la Asamblea. Además, según un nuevo informe policial de ese día, «la mayor parte de esas mujeres» iban «armadas con puñales y con pistolas», lo que hacía temer «alguna escena sangrienta» e incluso que «jóvenes aristócratas se infiltraran entre ellas disfrazando su sexo».<sup>[150]</sup>

Era obvio que su mala fama en los ambientes burgueses crecía de día en día. Para *Le Journal Français* se trataba de un grupo de «pelanduscas» surgidas de una «madriguera secundaria del Club de los Jacobinos» y compuesto por «mujeres reclutadas en los desagües de la anarquía, infectadas por todos los venenos físicos y morales que, entregadas a los hábitos más vergonzosos y feroces y llevando sobre sus rostros cadavéricos el signo del desenfreno y de la atrocidad [...], se han apropiado de los accesos a la Convención».<sup>[151]</sup>

Una impresión muy similar es la que el diputado Michel transmitiría en una carta a la comuna de Lorient, fechada cuarenta y ocho horas después, en la que hablaba de «dos o tres mil mujeres —sin duda exageraba en el número— expresamente organizadas en regimientos para estas operaciones por la Sociedad Fraternal que se reúne en los Jacobinos». Y aseguraba que «la mayor parte de estas criaturas son prostitutas».<sup>[152]</sup> Michel añadía que Lanjuinais había estado a punto de ser «asesinado», que otros diputados habían sido «insultados y amenazados», y que «la fuerza armada está de acuerdo con los malvados». Conclusión: «La salud de la patria depende únicamente de los departamentos».

En términos menos rotundos *Révolutions de Paris* criticaría en su número siguiente a la Convención por no haber «enviado a las mujeres a sus ocupaciones domésticas, tal y como acaba de hacer al expulsarlas del ejército». Según el semanario de Prudhomme, teórico órgano de la burguesía revolucionaria más progresista, «las mujeres no están mejor colocadas en las tribunas del areópago nacional o de un club que en los campos de batalla», y por eso «las buenas ciudadanas habrían aplaudido ese decreto».<sup>[153]</sup> Aunque la mayor parte de los diputados compartían probablemente tal criterio, sus esfuerzos se limitaron ese día a intentar que las amotinadas a cuenta de las invitaciones a las tribunas perturbaran lo menos posible el orden en la Asamblea.

—Pido que la Convención haga salir a todas las personas que desde hace tres días obstruyen las puertas de los pasillos —manifestó el doctor Lehardi, incluido en la lista de los Veintidós.

—Pido que los centinelas impidan que haya nunca más de dos personas en los pasillos —añadió Masuyer.

—¡Lo que hay que hacer es dejar la tribuna abierta a todos los ciudadanos de París! —gritó un *montagnard*.

—Entonces los de los departamentos no podrán tener sitio nunca —respondió una voz desde la derecha.

Lehardi hizo suya esa postura.

—Nuestros representados de los departamentos se quedarían sorprendidos si supieran que las personas que nos han enviado han sido golpeadas y expulsadas de las tribunas.

—¡Eso, eso! —corearon varios.

—¿Y por quiénes? Por seres viles que son el desecho de su sexo y que están a

sueldo de seres todavía más viles que ellas.

—¡Eso es insultar al pueblo! —protestó Bourdon de l’Oise.

Lehardi se refirió entonces a lo ocurrido tres días atrás:

—La joven Théroigne, que no ha cometido otro mal que el de entregarse a la Revolución, ha sido ignominiosamente tratada por presentarse con un billete de entrada a las tribunas. Ha estado a punto de perder la vida. En este recinto los silbidos, los abucheos, las imprecaciones de todo tipo se vomitan contra los diputados y yo lo denuncié ante la nación entera.

—Es preciso pronunciarse sobre si las tribunas estarán abiertas al público o no —le interrumpió Thuriot.

—La verdadera cuestión no es esa, sino si las tribunas estarán o no a sueldo de la jacobinería —le replicó como un estilete Lanjuinais.

Tres secciones de mayoría burguesa del centro de París —la de Fraternité de la isla de Saint-Louis, la de Butte-des-Moulins del entorno del Palais Royal, y la de Quatre-Vingt-Douze o de la Bibliothèque— acudieron entonces a manifestar su propósito de «defender a la Convención contra los canallas que han osado levantar el estandarte de la rebelión y contra los que bajo la máscara pérfida del patriotismo arruinan impunemente la libertad». Era el primer atisbo de que los moderados tal vez pudieran contar con apoyo armado en las calles de la capital, puesto que las tres disponían de activos batallones de la Guardia Nacional.<sup>[154]</sup>

Teniendo en cuenta lo ocurrido con los portavoces de Bon-Conseil y Unité, Buzot pidió entonces que se acordara que los comparecientes quedaran «bajo la salvaguarda de la ley». Thuriot protestó y Lasource —en la enésima prueba de descoordinación entre los moderados— le dio la razón: la Convención no debía hacer distinciones entre los ciudadanos que acudían a su barra.

Guadet pronunció entonces la primera de las dos grandes intervenciones de la que sería su jornada estelar como parlamentario. Se apoyó en un elocuente precedente histórico para hacer una profecía:

—Cuando se quiso disolver en Inglaterra el Parlamento se hizo lo mismo: exaltar a la minoría contra la mayoría para poner el poder en manos de la minoría. Esto es lo que se nos avecina porque, en efecto, la minoría encontró la forma de someter a la mayoría a la opresión. La historia nos ha transmitido este atentado como la Purga del Parlamento. Ciento cincuenta diputados fueron expulsados del Parlamento y la minoría compuesta por cincuenta o sesenta diputados se adueñó del gobierno.

Entre fuertes murmullos el larguirucho Guadet continuó anticipando con inaudita clarividencia lo que llegaría tras el Terror, Thermidor y el Directorio:

—¿Sabéis, ciudadanos, lo que sucedió? Estos patriotas por excelencia, instrumentos de Cromwell, a los que se hizo cometer locura tras locura, fueron a su vez expulsados. Sus propios crímenes sirvieron de pretexto al usurpador.

Para evitar esa deriva Guadet propuso reforzar los poderes del presidente de la cámara y castigar como «contrarrevolucionario» a quien interrumpiera los debates

«con abucheos, vociferaciones y amenazas». Pero nada de lo dicho pareció impresionar a la Montaña. Los diputados volvieron a enzarzarse en la discusión sobre los requisitos para que una votación fuera nominal; y Rouzet y Drouet regresaron diciendo que acababan de tener una conversación con Miaczinski en la que les había comunicado «cosas muy importantes» que debían transmitir al Comité de Salud Pública, por lo que proponían que se aplazara la ejecución.

La Convención acababa de decretarlo cuando un nuevo escándalo estalló en una de las tribunas. Una mujer intentaba sacar por la fuerza, dando grandes chillidos, a un hombre que acababa de entrar con su invitación. Isnard ordenó que se arrestara a quien perturbaba así el orden y los ujieres no detuvieron a la mujer, sino al hombre. La indignación de los moderados llegó a su colmo y varios diputados anunciaron que se retiraban. Isnard aclaró el sentido de su consigna.

—Ruego a la Convención que recupere la calma. Tan pronto como he visto la indecencia horrible de esta mujer, he dado al comandante de la Guardia orden de detenerla.

Marat echó entonces más leña al fuego denunciando que el recién llegado era el editor Nicolas de Bonneville, al que tildó de «aristócrata infame» y de «intermediario de Fauchet».<sup>[155]</sup> El nuevo tumulto terminó de poner en el disparadero a Isnard, quien decidió soltar la denuncia que llevaba horas aguantando:

—Ciudadanos, la escena escandalosa que acaba de ocurrir me confirma la certeza de una conspiración que algunos buenos ciudadanos me han revelado. Voy a desvelar esta trama. ¡Legisladores! ¡Pueblo! ¡Escuchad en silencio! Os va la vida en ello.

Lo insólito de que el presidente de la Convención hablara en esos términos desde su sillón proporcionó a Isnard la atención deseada. Como siempre que los moderados habían puesto en la picota las intrigas jacobinas, su planteamiento pasaba por denunciar cómo «los aristócratas y los reyes coaligados, temblando de ira por no habernos podido arrebatarnos nuestra libertad por la fuerza de las armas, se apresuran a destruirla mediante una intriga urdida con el oro». Se trataba de la «misma conspiración que la del 10 de marzo», pero con una importante novedad:

—Las mujeres comenzarán el movimiento. Ya hay algunas que forman regimientos para este acto de iniquidad. Cuando sus brazos engañados van a apuñalar a la patria, se les hace creer que son heroínas que vienen a salvarla. Los hombres acudirán en apoyo de las mujeres. Los miembros de la Convención serán masacrados. No quedará en Francia ningún elemento de unión, la anarquía la devorará. Los aristócratas aparecerán y tendrá lugar la contrarrevolución. ¡Pueblo, he aquí el abismo hacia el que corres a precipitarte si, a pesar de lo que acabas de oír, persistes en seguir el impulso de los que te engañan!

Por si no fuera suficientemente terrible lo que acababa de decir, Isnard concluyó con su mejor vena melodramática:

—Le debía a mi patria la declaración que he hecho. He descargado mi conciencia y, firme en mi puesto, espero los acontecimientos. Amo lo suficiente al pueblo como

para querer salvarlo de su propio delirio e incluso si en el exceso de su ceguera viniera a golpearme en este sillón, agujereado por sus puñaladas, todavía haría votos por su felicidad y mis últimas palabras serían: ¡Dios, salva la libertad de mi país y perdona a sus asesinos porque no saben lo que hacen!

Isnard en el Gólgota. La transfiguración del diputado perfumista en el nuevo Redentor dispuesto a verter su sangre por la salvación de los franceses —«Debía habernos perdonado la última línea», diría con sorna el semanario de Prudhomme —<sup>[156]</sup> camufló la falta de concreción de su denuncia y dio paso a nuevas reacciones emocionales. Marat vociferó tanto que los conspiradores eran los «hombres de Estado» y que él iba a refutar la «payasada» del presidente, que hasta sus compañeros de la Montaña le hicieron callar. Vergniaud solicitó y obtuvo que la declaración de Isnard fuera enviada a los departamentos y pegada en las principales paredes de París. Pero a la mayoría le pareció insuficiente y hubo protestas cuando alguien pidió volver al orden del día.

—¿Cómo? ¿El orden del día cuando existe un plan para asesinarnos?

El propio Isnard, totalmente fuera de su papel presidencial, siguió caldeando los ánimos:

—Es posible que mañana ya no dé tiempo de desbaratar a los conspiradores.

Danton pidió que Isnard bajara del sillón para proseguir el debate en pie de igualdad, pero Guadet, «cuyo coraje se acrecentaba con el peligro» según su sobrino, <sup>[157]</sup> volvió a obtener la palabra para denunciar las últimas amenazas vertidas en el Club de los Jacobinos y en la Comuna:

—Anteayer en la alcaldía, en una asamblea de pretendidos miembros de un Comité Revolucionario, se ha decretado vuestra disolución. Esta Asamblea ha deliberado sobre el arresto de todas las personas sospechosas, es decir, de todos los que no tienen la patente de haber participado en las honorables jornadas del 2 de septiembre y el 10 de marzo. Y después de estas detenciones, se os entregaría a esta multitud engañada que se ha conseguido que ame la sangre. El tumulto que ha tenido lugar ayer no tenía otro objetivo que el de provocar ese movimiento.

Guadet hizo una pausa e interpeló dramáticamente a los diputados del centro y la derecha:

—¿Hasta cuando, ciudadanos, dormiréis así, en el borde del abismo?

Entre grandes aplausos propuso tres medidas concretas que causaron un enorme impacto:

—Primera: las autoridades de París serán destituidas. La municipalidad será reemplazada provisionalmente en las próximas veinticuatro horas por los presidentes de las secciones. Segunda: los diputados suplentes se reunirán en Bourges lo antes posible, aunque no podrán entrar en funciones más que cuando tengan la noticia cierta de la disolución de la Convención. Tercera: este decreto será comunicado a los departamentos mediante correos urgentes.

El látigo de la Gironda no se había quedado en medias tintas. La Montaña, y en



especial los hombres fuertes del Comité de Salud Pública, se dieron cuenta de la gravedad del envite. Los moderados tenían los votos suficientes como para aprobar su moción y eso dejaría a la Comuna fuera del amparo de la legalidad. Danton pidió intervenir, jaleado por las tribunas. Hacía unos días que había recibido una ingenua carta en inglés de Tom Paine en la que, invocando la experiencia estadounidense, le explicaba que sólo veía una manera de evitar la ruptura entre la capital y los departamentos: «Fijar la residencia de la Convención a una cierta distancia de París».

La propuesta tenía su lógica, pero el Comité de Salud Pública la veía como una amenaza a su hegemonía compartida con la municipalidad. De hecho no fue Danton, sino su colega Barère, quien más en su papel de apaciguador o adormecedor que nunca, se entregó a la tarea de reencauzar la situación. Comenzó dando la razón a los moderados sobre el fondo del asunto.

—Es verdad que existe en París un movimiento con ramificaciones en toda la República, un movimiento preparado para acabar con la libertad.

También admitió que había recibido denuncias de que Chaumette, «del que no conozco su civismo, pero sé que ha sido monje», y Hébert pretendían desarmar a los miles de firmantes de las peticiones monárquicas del año anterior. Incluso denunció que proseguían las reuniones del Arzobispado, «en las que se discuten los medios de depurar la Convención, pese a que advertimos al alcalde de que no debían volver a producirse». Reconocía que todo eso era muy grave. Sin embargo, no podía respaldar la moción de Guadet y proponía otra cosa en su lugar:

—Ciudadanos, si yo quisiera la anarquía, apoyaría la proposición de destituir a las autoridades constituidas de París. Hay otra alternativa, y es la creación de una comisión de doce miembros encargada de examinar los decretos adoptados por la Comuna durante el último mes.

O sea que, como dijo *Le Patriote Français*, «proponía deliberar cuándo tocaba actuar».<sup>[158]</sup> El sinuoso Barère había tenido la pericia de tocar la tecla a la que podían ser más sensibles la mayor parte de los asustadizos diputados del Marais o la Planicie: el temor a la anarquía. Tras una intervención en su apoyo de Cambon como tercer hombre fuerte del Comité de Salud Pública, la Convención se olvidó de las medidas drásticas de Guadet y acordó como «paliativo»<sup>[159]</sup> que esa Comisión de los Doce investigaría también «todos los complots tramados contra la libertad en el interior de la República», podría citar a los ministros, oír a los comités y, en general, «tomar todas las medidas necesarias para conseguir las pruebas de esas conspiraciones», incluida la detención de los acusados.

Todo indica que el triunvirato que controlaba el poder ejecutivo acababa de hacer así una operación de control de daños. Danton no quería de ningún modo perder sus resortes de influencia en la maquinaria municipal y de hecho saltó de inmediato con tintes demagógicos cuando en el fragor del debate Masuyer propuso la detención de Chaumette.<sup>[160]</sup> La creación de la Comisión de los Doce suponía configurar de alguna manera un poder paralelo al del propio Comité de Salud Pública, pero la crispación



de los moderados por el acoso implacable sufrido desde las tribunas y las amenazas que se cernían sobre ellos la convertía en la menos mala de las opciones.

¿Contaba también Barère con que los moderados utilizarían ese nuevo instrumento con la suficiente torpeza como para que se volviera en su contra? De momento lo que parecía claro era que la denuncia alborotada e imprecisa de Isnard en su segundo día en el sillón presidencial había surtido efecto. Pero sobre la Convención pesaba más tenebrosamente que nunca la metáfora marítima con que el ampuloso comerciante había adornado su mensaje institucional del 23 de febrero para alentar el reclutamiento: «Todos somos pasajeros en el bajel de la Revolución. Va lanzado. Es preciso que llegue a buen puerto o que se estrelle. Nadie encontrará ninguna tabla en el naufragio».

## CATORCE

Dutard fue testigo esa misma tarde de la ceremonia de relevo de Santerre por Boulanger ante el Consejo General de la Comuna. El *General Espumoso* parecía «alegre y contento». El que, según el mismo rasero, podía ser denominado como *General Orfebre*, también. Viéndole hablar con el alcalde «con aire confiado y suficiente», a Dutard le dio la impresión de que el nuevo jefe militar pertenecía «al género tonto», pero ejercería «como perro fiel de cualquiera que le prometiera fortuna y honores».<sup>[161]</sup> Su nombramiento había sido muy mal acogido tanto por las secciones burguesas, que no podían olvidar que Boulanger era el brazo armado de la Halle-au-Blé y que de ella había partido la iniciativa contra los veintidós diputados moderados, como por algunas de las propias secciones más radicales que se sentían marginadas del proceso de elección.<sup>[162]</sup> Chaumette y su adjunto Hébert se emplearon a fondo para respaldarle, alegando que era un nombramiento provisional, ya que Santerre estaría «de vuelta en cuatro días». En un momento dado el procurador síndico hizo un comentario que puso en ascuas al espía de Garat:

—Además, mañana es domingo y todos nuestros *sans-culottes* estarán en sus secciones.

Como si esa evocación de la disponibilidad festiva de la fuerza de choque de la Comuna hubiera activado todas sus aprensiones, Dutard transmitió un claro consejo al ministro del Interior: «Vigilad y vigilad sin relajaros [...]. Que haya patrullas frecuentes y numerosas. Que los propietarios tengan aviso de no salir de sus casas, [pero] que vayan a sus secciones, que lleven a ellas el espíritu de la moderación y que se mantengan estables como postes hasta el final de las sesiones». El incansable informador también reprodujo en su nuevo parte el fragmento que más le había alarmado del discurso con que Chaumette había dado la bienvenida a su nuevo espadón. Parecía como si el procurador síndico estuviera respondiendo a las tres secciones burguesas que se habían ofrecido por la mañana a la Convención:

—¿Qué es lo que podrían algunos ricos blandos y sin valor contra un ejército de *sans-culottes* comandado por Boulanger? Llevaremos nuestro echarpe, lo suspendaremos del primer árbol con un clavo y cada vez que levantemos los ojos nos recordará que debe servir para que nos cuelguen de él si reculamos. Quieren provocar la guerra civil, el momento se acerca, pero los que vencieron el 10 de agosto vencerán de nuevo.

El lenguaje belicista del hombre fuerte de la Comuna no dejaba lugar a dudas de qué era lo que se incubaba, pero el proceso de gestación aún no había culminado. De hecho las principales maniobras de ese domingo fueron de carácter preparatorio, manteniendo las primeras autoridades municipales la apariencia de estar al servicio de la Convención mientras sus colaboradores directos urdían la manera de destruirla.

El alcalde Pache mandó una ceremoniosa carta a Isnard para que la Asamblea

«conozca la verdad» sobre la reunión que ese mismo día estaba teniendo lugar en el Arzobispado y que el propio Barère había «presentado como ilegal» la víspera. Según Papá Pache el único objeto de esa asamblea, convocada «muy legalmente» por la Comuna, era «deliberar sobre el modo uniforme de llevar a cabo lo acordado por la Convención Nacional sobre los medios de socorrer a los hermanos de la Vendée». O sea, la recaudación del impuesto sobre los ricos.

—Pido que esta carta se imprima y se pegue en las paredes para detener los efectos de las calumnias de Guadet —propuso de inmediato el *montagnard* Bourdon de l’Oise.

Como quiera que la moción fuera inicialmente rechazada, Marat se encaramó a la tribuna y se hizo oír.

—Los comisarios de las secciones reunidos en el Arzobispado han sido denunciados como conspiradores. Es un escándalo abominable que no se inserte en el *Boletín* la carta del alcalde de París que destruye esta calumnia atroz. ¿Cómo queréis que el pueblo os respete si hacéis todo lo posible por atraeros su desprecio?

Esta vez la vehemencia de l’Ami du Peuple y la aparente razón que le asistía surtieron efecto y, tras una nueva votación, la Asamblea acordó la inserción en su *Boletín* de un «extracto» de la misiva de Pache «para que el público sepa que la reunión del Arzobispado no era ilegal, como se había comentado la víspera».

Tampoco era ilegal la reunión que esa misma noche se celebró en el propio Ayuntamiento bajo la presidencia de un «administrador de policía», pero en su transcurso se planteó la comisión del más horrendo de los crímenes. Su celebración obedecía al acuerdo adoptado el lunes anterior por el Consejo General encomendando a las autoridades municipales que establecieran «en secreto» los criterios y modos de actuar para el «desarme y arresto de los sospechosos».

Según el relato que un testigo presencial, miembro del Comité de Vigilancia de la Sección de Panthéon-Français, efectuaría ante la Comisión de los Doce, la asamblea la componían «delegados de unas treinta y cinco o treinta y siete secciones y administradores de policía». Cuando él llegó hablaba «un hombre pálido de unos cuarenta años, sentado a la izquierda de la sala, casi contra la chimenea». Sus palabras le causaron tanto impacto como para recordarlas días después:

—No conozco otros sospechosos sino los que están en la Convención Nacional. Ahí es donde hay que golpear. Propongo coger a los veintidós diputados, más ocho que yo designaré, ponerles en un lugar seguro y allí los «septembrizaremos». Nosotros no lo haremos, pero con un poco de dinero encontraremos hombres para matarlos. Una vez que estén muertos inventaremos cartas falsas desde países extranjeros y probaremos que han emigrado.<sup>[163]</sup>

Según otro testigo, representante en este caso de la Sección Fontaine-de-Grenelle, ante las objeciones y escrúpulos de varios de los asistentes, uno de los que llevaba la voz cantante, identificado como Bisé,<sup>[164]</sup> añadió:

—Soy republicano. Con tal de que perezcan los treinta y tres diputados, no me

importará ser yo la víctima treinta y cuatro.

Otro de los presentes encabezó la oposición a la propuesta y pidió prudencia:

—Esta medida es inejecutable, ciudadanos. Es preciso esperar. Robespierre y Marat se ocupan en estos momentos de preparar un plan de insurrección en los Jacobinos.

—¡Nada de nombres! —advirtieron varios asistentes.

Entonces el presidente del Comité Revolucionario de la Sección de Quatre-Vingt-Douze había objetado «que no era conveniente asesinar, porque para castigar a los enemigos de la libertad ya estaban los tribunales». La réplica de «uno de los conjurados» había sido fulminante:

—Ciudadanos, no debemos aguantar entre nosotros más que a hombres a la altura de los acontecimientos, hombres capaces de llevar a cabo las medidas revolucionarias más enérgicas. Pido que la persona que acaba de hablar sea excluida de la asamblea.

La moción fue aprobada e igual suerte corrió un delegado de la Sección de Fraternité, asentada en la archiburguesa isla de Saint-Louis, al que se le sorprendió tomando notas. Tal era el entusiasmo de parte de los asistentes por la propuesta «septembrizadora» que uno de ellos propuso que se llevara a cabo esa misma noche y otro, que se presentó como «miembro del Comité de Policía de la alcaldía», aportó la perspectiva histórica, mencionando erráticamente al principal líder protestante asesinado durante la Masacre de San Bartolomé:

—Coligny estaba en la corte a la medianoche y a la una estaba muerto. Tenemos hombres dispuestos a todo a los que pagaremos bien.<sup>[165]</sup>

De acuerdo con un tercer testigo de la Sección de las Tullerías, los autores de esta proposición habían sido el comisario de policía Jean-Baptiste Marino —el mismo que había «descubierto a Dios» la noche que había pasado en la Conciergerie cuidando de Marat— y su colega Étienne Michel.<sup>[166]</sup> Los dos eran comerciantes reconvertidos en policías. Marino pintaba y vendía telas y porcelanas en el Palais Royal. Michel tenía una mercería en el Beaubourg en la que expendía desde botones a cosméticos. Los dos eran miembros del Consejo General de la Comuna.<sup>[167]</sup>

En la propia estructura municipal había, pues, quienes planificaban ya cómo tomar los más sangrientos atajos. Pero su forma de demonizar a los diputados marcados con el estigma —Dutard les llamaba a veces irónicamente «los negros»— no era sino la transposición de la empleada por sus jefes y mentores. De hecho, mientras Marino hacía esas propuestas en la alcaldía, su idolatrado Marat se despachaba a gusto en el Club de los Jacobinos contra sus compañeros legisladores:

—Nunca repetiremos suficientemente que la Convención es el foco de la contrarrevolución. Su maquinación concertada con ministros pérfidos y generales conspiradores pretende retardar el reclutamiento y facilitar la entrada de las hordas extranjeras. Veis que su objetivo es proteger a sus sicarios y arrancarlos de las manos de la justicia cuando son encarcelados.

Aprovechando la presencia de Chaumette, Marat le emplazó incluso a que

explicara por qué había puesto en libertad al juez de paz Leroux. El procurador síndico dio una versión bastante distinta a la que había sido transmitida a la Convención:

—Es verdad que he hecho liberar a Leroux. Pero hay que tener en cuenta que su arresto había sido ilegal porque había sido detenido por la noche. Y se conservan todas las denuncias contra él.

No era la mejor hora del hombre fuerte de la Comuna, porque en ese momento se recibió en la calle Saint-Honoré una carta de Boulanger en la que, a la vista de que la resistencia de las secciones en lugar de amainar iba en auge,<sup>[168]</sup> anunciaba su dimisión «no por una falsa modestia, sino por un sentimiento íntimo de incapacidad». Si querían encauzar el desenlace de la crisis a través del control de la Guardia Nacional de París, Chaumette y Pache, pero también el Club de los Jacobinos —al que Boulanger parecía deberse antes que a nadie—, tenían por lo tanto un problema. Máxime cuando los elementos más furiosos, a los que ellos mismos llevaban meses dando cuerda, estaban perdiendo la paciencia. Así lo puso de relieve una delegación conjunta del Club de los Cordeleros y la Sociedad de Ciudadanas Republicanas Revolucionarias, que anunció que quería ejercer su derecho de petición ante la Convención y adelantó lo que quería decir a los diputados.

—La patria está en el más inminente de los peligros. Si queréis salvarla emplead las medidas más enérgicas. Si no, el pueblo se salvará por su cuenta. Hace largo tiempo que los Brissot, los Guadet, los Vergniaud, los Gensonné, los Buzot, los Barbaroux han sido identificados como los estados mayores del ejército contrarrevolucionario. ¿A qué esperáis para decretar que sean acusados? Los criminales no son sagrados en ninguna parte. Es necesario que una masa importante del pueblo lleve este mensaje a la Convención.

Tenían claro qué es lo que querían decir, pero era evidente que no se iban a conformar con acudir a la Asamblea Nacional a entregar una carta.

## QUINCE

¿Qué pensaba, qué hacía en ese momento Robespierre? Oficialmente el Incorruptible estaba enfermo y todo indica que era cierto. Llevaba seis días sin ir ni a la Convención ni al Club de los Jacobinos y todavía tardaría cinco más en reaparecer. Era imposible por lo tanto que el domingo 19 estuviera preparando con Marat ningún «plan de insurrección» en la calle Saint-Honoré, tal y como se había dicho en la tremenda asamblea de la alcaldía.

Estuviera postrado en el lecho o simplemente curando las enfermedades del alma en el seno de la «sagrada familia» del carpintero Duplay —esa que él nunca tuvo—, parece obvio que tales días le sirvieron de tiempo de reflexión y que fue en el transcurso de los mismos cuando terminó de concretar su actitud ante la catarsis que se avecinaba. Es significativo que en su última intervención del lunes 13 en el Club de los Jacobinos, después de insistir en la creación del Ejército Revolucionario repartiendo armas y dinero a los *sans-culottes*, se sintiera obligado a advertir que «responderé con mis actos a cualquier esfuerzo que se haga para arrojar sobre mí cualquier matiz de moderantismo».<sup>[169]</sup>

Robespierre era por lo tanto consciente de que corría el riesgo de quedar sobrepasado por el movimiento que tanto esfuerzo había dedicado a engendrar. Su obsesión por modularlo dentro de la legalidad estaba topando con los propios límites que las leyes imponían a cualquier pretensión de cambiar una correlación de fuerzas parlamentarias fruto del ejercicio de la soberanía popular. Sus denuncias y llamamientos a la movilización habían abierto una caja de Pandora que ya era imposible de cerrar. No había marcha atrás imaginable y lo único que le quedaba por decidir era el papel que personalmente estaba dispuesto a representar.

Teniendo en cuenta la cercanía de la casa de los Duplay a la sede del club y la red de confidentes y devotos que ya unía ambos enclaves, es muy probable que el Incorruptible fuera informado enseguida de que durante la sesión del viernes 17, cuando Desfieux leyó con teatral indignación la carta de Vergniaud a sus electores de Burdeos, brotaron entre el público comentarios del estilo de «¡Y Robespierre todavía nos habla de prudencia!» o «¡Vaya con Robespierre!». Si Dutard se lo contó inmediatamente a Garat,<sup>[170]</sup> con más razón tuvo que llegarle al interesado.

Tiene pues todo el sentido que Paul Sainte-Claire Deville discrepe de otros autores y sostenga que fue «entre el 16 y el 19 de mayo» cuando Robespierre redactó unas notas apuntadas con su escritura más pulcra sobre una hoja de papel sin tachaduras que apareció entre los documentos que se incautaron en casa de los Duplay después de los sucesos de Thermidor.<sup>[171]</sup> Estas notas, concebidas como una especie de guión para un discurso o para una reunión, fueron presentadas por el diputado Courtois —responsable de redactar el acta de acusación póstuma contra él— como una de las pruebas más palpables de las «conspiraciones» de Robespierre, y

han sido desde entonces objeto de análisis desde las más diversas perspectivas, incluida la psiquiátrica. Su esquemática literalidad es de por sí elocuente:

Hace falta una voluntad, una.

Es preciso que sea republicana o monárquica.

Para que sea republicana, hacen falta ministros republicanos, periódicos republicanos, diputados republicanos, un gobierno republicano.

La guerra extranjera es una enfermedad mortal (flagelo mortal), mientras que el cuerpo político está enfermo por la revolución y por la división de las voluntades.

Los peligros interiores provienen de los burgueses; para vencer a los burgueses hay que reunir al pueblo. Todo estaba dispuesto para poner al pueblo bajo el yugo de los burgueses y hacer perecer en el patíbulo a los defensores de la República.

Han triunfado en Marsella, en Burdeos, en Lyon; habrían triunfado en París sin la insurrección actual. Es preciso que la insurrección actual continúe hasta que se hayan tomado las medidas necesarias para salvar a la República. Es preciso que el pueblo se alíe con la Convención y que la Convención se sirva del pueblo.

Es preciso que la insurrección se extienda poco a poco de acuerdo con el mismo plan.

Que se pague a los *sans-culottes* y que se queden en las ciudades.

Es preciso procurarles armas, encolerizarlos, instruirlos.

Es preciso exaltar el entusiasmo republicano por todos los medios posibles.

Si los diputados son destituidos la República está perdida; continuarán engañando a los departamentos mientras que sus suplentes no serán mejores que ellos.

Custine: hay que vigilarlo con nuevos comisarios que sean muy seguros.

Los asuntos extranjeros. Alianza con las potencias pequeñas; pero imposible hasta que no tengamos una voluntad nacional.

Mientras otros historiadores mantienen que expresiones como «es preciso que la insurrección actual continúe» o «es preciso que la insurrección se extienda poco a poco» prueban que estas notas fueron escritas inmediatamente después del 2 de junio, Sainte-Claire Deville alega que Robespierre utiliza la expresión en sentido amplio, refiriéndose a un proceso en marcha. Cabe recordar que desde el 1 de abril Chaumette había llamado a la «insurrección legal», que las iniciativas que desembocaron en la petición contra los veintidós diputados moderados pastoreada por Robespierre fueron contempladas como parte de ese proceso, que la propia Comuna se había declarado en «estado de revolución» para presionar en favor del precio máximo, y que los peticionarios del *faubourg* Saint-Antoine habían hablado sin ambages de insurrección el 1 de mayo mientras cercaban la Convención.

A favor de la tesis de que el texto fue escrito antes del golpe de Estado, Sainte-Claire Deville invoca los argumentos de que eso explicaría la expresión «si los diputados son destituidos», y de que las referencias a los «triumfos burgueses» en Marsella, Burdeos y Lyon se apoyan en las noticias y peticiones procedentes de estas tres ciudades planteadas ante la Convención los días 12, 14 y 15 de mayo



respectivamente. Sostiene además que «el lenguaje de las primeras reuniones del Comité del Arzobispado preparatorias de la insurrección se corresponde por completo con las directrices de la nota de Robespierre», y especula incluso con que el texto pudiera haberle servido de guion para «una de esas misteriosas reuniones de Charenton en las que se daban instrucciones a los cabecillas». Sainte-Claire Deville considera que «no hay dudas de su realidad» y da por hecho que sirvieron para coordinar los movimientos de Robespierre, Danton y Marat con los de Pache y Chaumette.<sup>[172]</sup>

Al margen de la fecha exacta en que fueran redactadas y de la utilidad concreta que tuvieran, lo indiscutible es que esas notas son el mejor reflejo disponible de los pensamientos más íntimos de Robespierre en relación al golpe de Estado. La reiteración, carente del menor sentido gramatical, con la que en la primera línea aboga por «una voluntad una», expresa de hecho como ninguna otra de sus manifestaciones su visión monolítica del ejercicio del poder revolucionario. E incluso refleja, según el psiquiatra Jean Artarit, la respuesta «a la angustia que experimentaba Robespierre al ver trocarse su propia personalidad», refugiándose en la aspiración «a un yo único e indivisible», aun a costa de que eso implicara «permanecer en un mundo arcaico».<sup>[173]</sup> Es decir, en el viejo absolutismo, teóricamente destruido por la Revolución.

Robespierre no tiene en la cabeza el pluralismo democrático, sino la antinomia entre «voluntad republicana» y «voluntad monárquica». Abdicando de la separación de poderes y de los propios mecanismos de control del gobierno que acababa de defender en su discurso sobre la Constitución, reclama que ministros, periódicos y diputados marquen el paso de acuerdo con esa única voluntad. No habla expresamente de dictadura, pero coquetea abiertamente con ella, al subrayar el inconveniente de afrontar la «enfermedad mortal» de la guerra con el problema adicional de la «división de las voluntades». Es la coartada o, si se quiere, la justificación del estado de excepción que daría paso al autodenominado Gobierno Revolucionario.

Como ha escrito Morris Slavin, quedaría demostrado que «Robespierre no era un Cromwell»,<sup>[174]</sup> pero creía encarnar la centralidad móvil de la Revolución y se sentía el depositario de sus esencias en medio de todas las tempestades. De la literalidad de sus apuntes se deduce que Robespierre no sólo consideraba insostenible la situación en la Convención, en la que los *montagnards* quedaban casi siempre en minoría, sino que tampoco creía que aquel primer Comité de Salud Pública controlado por Danton, Barère y Cambon estuviera ejerciendo adecuadamente las funciones de ese centralismo revolucionario que le correspondía encarnar al poder ejecutivo.

La otra gran aportación de estas notas es la constatación de la ruptura emocional e intelectual de Robespierre con la burguesía de la que procedía y que hasta ese momento había protagonizado casi en exclusiva el liderazgo de la Revolución. Esa ruptura —casi un ajuste de cuentas personal sobre el que no puede dejar de flotar el

abandono de su padre— es tan profunda que llega hasta el extremo no sólo de excluir a los burgueses de la condición de pueblo, sino de presentarlos como el principal de los «peligros interiores» para ese pueblo. Nunca hasta entonces se había formulado un planteamiento político que se acercara tanto en apariencia a la lucha de clases. Con la peculiaridad de que Robespierre ve al pueblo simultáneamente como una criatura infantil a la que hay que encolerizar e instruir y como un instrumento al que hay que armar y pagar.

Su contradictoria aspiración de aliar al «pueblo» con una Convención compuesta casi en exclusiva por «burgueses» a los que acababa de declarar sus enemigos roza la caricatura, pero el equívoco se aclara cuando añade sin el menor pudor que es esa Convención burguesa la que debe servirse de ese pueblo antiburgués. He ahí la clave del más difícil todavía que Robespierre tenía en la cabeza en ese momento: pretendía alterar la mayoría de la Convención pero sin liquidar el régimen parlamentario. Aspiraba a convertir a los *sans-culottes* en protagonistas de un nuevo impulso de la Revolución a favor del «pueblo», pero sin permitir que ni ellos ni sus más genuinos representantes se hicieran con el poder. Anhelaba eliminar de la escena política a unos adversarios a los que había ido transformando en detestados enemigos, pero sin desencadenar nuevas masacres. Como escribió Michelet, «no los quería muertos, sino desenmascarados y deshonorados».<sup>[175]</sup> ¿Pero cómo desenmascarar y deshonar a alguien de forma inocua cuando él mismo acababa de impulsar la instauración de un tribunal que castigaba la traición con la muerte?

Robespierre no decía a quién le correspondía encarnar o al menos definir la «voluntad única» que debía servir de cemento a esa alianza entre dos presuntos antagonistas como la Convención y el pueblo, pero de sus intervenciones públicas de esas semanas no parece difícil extraer la conclusión de que estaba ya dispuesto a asumir en cuerpo y alma todos los «sacrificios» que ello implicaba. No como una mera operación de conquista del poder, sino como un acto de coherencia y armonía personal. De hecho resulta especialmente consistente la interpretación psicoanalítica de Artarit según la cual Robespierre tendía a «encolerizar» a los *sans-culottes* por la misma razón que él «necesitaba mantenerse en permanente estado de exaltación psíquica para poner un dique al avance de sus depresiones». Lo que en definitiva implica que «el programa político de Robespierre se confundía con su plan de supervivencia personal».<sup>[176]</sup> Cuando lo uno y lo otro tenían como eje la obsesiva consecución de la virtud, aun a costa de pagar el menos virtuoso de los precios, eso sólo podía terminar muy mal.

## DIECISÉIS

Desde que Desfieux anunciara en el Club de los Jacobinos el día 11 que la Sección de Bon-Conseil —es decir Lullier, y su gente— había elaborado una lista de cien notarios y financieros cuya contribución al esfuerzo bélico debía ser de 64 millones de libras, se había producido una escalada de arbitrariedades para recaudar el impuesto sobre los ricos<sup>[177]</sup> Los mismos Comités de Vigilancia que tenían a los ciudadanos «cogidos por el cuello con una mano —la de las medidas contra los sospechosos—, con la otra les registraban el bolsillo»<sup>[178]</sup> y con el mero asesoramiento de un representante de la Comuna decretaban cuánto, cómo y cuándo debían pagar.

Cuando más se estrechaba ese dogal sobre la vida y hacienda de los burgueses parisinos, el vitalista y ardoroso Barbaroux subió a la tribuna el lunes 20 de mayo, dispuesto a plantear una enmienda a la totalidad al nuevo intervencionismo económico. Con la vehemencia de sus veintiséis años y el influjo de *madame* Roland y su círculo siempre latente, seguía creyendo que la defensa de la Revolución y la de la libertad económica, tan esencial para los comerciantes marseleses a los que representaba, eran una misma cosa. Por eso no podía aceptar el eufemismo con el que se revestía el nuevo tributo.

—Combato toda propuesta de «préstamo forzoso». Presentaré un modo de obtener los mismos recursos sin que haya tal «préstamo».

Delacroix le salió al paso como miembro del Comité de Salud Pública con una treta dialéctica:

—La propuesta de Barbaroux no debe impedir adoptar el préstamo forzoso. Enseguida asumiremos la medida que él proponga y así tendremos dos fuentes de recursos en lugar de una.

Sin embargo, el joven marsellés no se dejó intimidar por el sarcasmo.

—De entrada os diré que la precipitación en una materia tan delicada es muy peligrosa. Bastaría para probarlo poner algunos ejemplos. Sabéis cómo se está burlando la ley sobre la venta de numerario. La que fija un precio máximo de los granos está haciendo un daño del que pronto os daréis cuenta...

—¡De lo que se trata es del préstamo forzoso! —le replicaron desde la Montaña.

—Los departamentos meridionales se quejan ya de que los granos no llegan desde el extranjero —concretó Barbaroux.

—¡Que no se trata de los granos! —insistieron los diputados de la izquierda.

—¡Abajo, abajo! —corearon desde los anfiteatros del público.

Barbaroux estaba cuestionando al mismo tiempo el primer gran logro de los *sans-culottes* en materia económica y su esperada nueva fuente de ingresos. Las tribunas populares no estaban dispuestas a permitirle que atacara a la vez el *maximum* y el impuesto sobre los ricos. Una avalancha de abucheos, con gran protagonismo

femenino, cubrió su voz cada vez que trató de seguir hablando y finalmente desistió de hacerlo. El también combativo diputado por Calvados, Henry-Larivière, afín al bando moderado desde que votó por la apelación al pueblo y el simple encarcelamiento del rey, le sustituyó indignado en la tribuna.

—Es imposible que los representantes del pueblo permanezcan durante más tiempo en esta anarquía. La causa de vuestros males está aquí, está ante vuestros ojos, está en vuestro seno, es un puñado de facciosos, un puñado de canallas que vienen a insultaros mientras deliberáis.

—¡Sí, sí! ¡Así es! —corroboraron los diputados del centro y la derecha mientras Larivière planteaba lo que había querido decir Barbaroux.

—Se os propone una contribución confiscatoria y arbitraria contra los ricos. Eso es decretar el pillaje y la contrarrevolución. Pido que levantéis la sesión y que informéis a los departamentos para que nos envíen fuerzas suficientes que garanticen la libertad de la Convención.

Marat le contestó con varias descargas llenas de intencionalidad:

—¿Qué significa este ataque de pánico a cuenta de algunos gestos de desaprobación provocados por mujeres? La experiencia debería haber puesto en guardia a la Convención. Desde hace dos años se escuchan vuestras lamentaciones y todavía no tenéis un solo rasguño que mostrar a vuestros electores. La oposición al préstamo forzoso se debe a que no se ha exceptuado a los diputados.

Varios moderados le replicaron que era intolerable lo que estaba ocurriendo y que la palabra debía volver a Barbaroux. La mera mención de su nombre acrecentó aún más los abucheos. Vergniaud apeló a Isnard:

—Presidente, mandad vaciar esa tribuna. En este instante, ante nuestras mismas puertas, los anarquistas se proponen asesinaros.

Buzot, tantas veces considerado portavoz parlamentario de los moderados, distrajo la atención de la propuesta de Vergniaud y combatió la de Larivière, haciendo un tercer planteamiento desde el mismo bando:

—Pido que se distribuyan los billetes de admisión a las tribunas entre las cuarenta y ocho secciones de París y que ellas los repartan entre los ciudadanos.

Como si supiera o intuyera la relación que existía entre ambos, Marat saltó como un rayo:

—Ese plan es de la mujer de Roland.

Enseguida fue Bentabole quien se dirigió con sorna a Isnard:

—Presidente, vos que sabéis hacer declaraciones tan hermosas, declarad a Francia entera que aquí hay una conspiración para evitar que se apruebe el impuesto sobre los ricos aristócratas.

El coro de las tribunas aplaudía y jaleaba, coincidiendo con el desfile de una nueva sección —esta vez la de Sans-Culottes— que venía a pedir dinero y a presentar a sus voluntarios. Un sobreexcitado Vergniaud hizo entonces un uso retorcido y no demasiado comprensible del lenguaje que casi siempre dominaba:

—Estos abucheos envilecedores que perturban las deliberaciones de la Convención son los asesinos de los ciudadanos que se entregan a la defensa de la patria.

Nunca debió decirlo.

—¡Es un cómplice de Dumouriez como tú el que apuñala a los patriotas! —le replicó el médico radical de Lille, Duhem.

—¡Tú sí que eres un asesino! —añadió sin ningún matiz el pintor David.

Vergniaud pidió que los nombres de los que le dirigían esos epítetos constaran en acta y trató de proseguir con su extraña criminalización no ya de los abucheadores, sino de los propios abucheos.

—Ellos son pues los asesinos de nuestros hermanos, de la patria misma...

Pero David no estaba dispuesto a callarse.

—¡Eres tú, monstruo, el que es un asesino!

Como quiera que uno de los secretarios inscribió entonces a David en el acta por interrumpir, el carnicero Legendre propuso que «los verdaderos amigos de la libertad» pidieran ser inscritos como interruptores. Un grupo de *montagnards* encabezado por Bentabole, Bonbon Robespierre y el mismo Maure, que hacía de porteador de Couthon, se agolparon ante la mesa de la secretaría.

En un entorno cada vez más caótico se sucedieron las propuestas que mostraban una vez más la descoordinación entre los agredidos por la lluvia de improperios. Vergniaud pidió que se convocara al día siguiente a las cuarenta y ocho secciones de París para preguntarles «si creen estar en condiciones de garantizar que se respeten las deliberaciones de la Convención». El abogado de Rennes, Defermon, que cada sección «suministre cien hombres para realizar funciones de vigilancia en las tribunas». Y Lasource que se consultara a los departamentos. Barère añadió más confusión planteando que en cada tribuna hubiera «cuatro censores que al primer desorden hagan salir a quienes lo hayan causado».

Todo quedó finalmente en enviar tales propuestas al Comité de Legislación y pedirle un informe. Podía reanudarse al fin el debate sobre el préstamo forzoso y Barbaroux tenía la palabra. Su planteamiento no era tan rotundo como antes había parecido.

—Todos estamos de acuerdo en que hace falta un impuesto que ataque al rico, pero está reconocido que un impuesto es [demasiado] oneroso cuando absorbe más de un tercio de la renta del contribuyente. Sin embargo, este se eleva a más de la mitad.

[179]

—No es un impuesto, es un préstamo —le precisaron entre bromas y veras desde la Montaña.

—Si tomáis la mitad de la renta del comerciante, haréis un gran daño al comercio.

La alternativa de Barbaroux consistía en imponer una tasa sobre las letras de cambio y un impuesto sobre las sociedades financieras, pero nadie la tomó en consideración. Buzot reforzó sus planteamientos, extremando de nuevo el discurso.

—Arruinar las fortunas particulares para establecer la fortuna pública es una muy mala política. Matando al rico, mataréis evidentemente al pobre, porque privando al rico de los medios con los que vivifica todo lo que le rodea, negaréis al pueblo de nuestros departamentos, que quiere trabajar y no saquear para vivir, los medios de su subsistencia. De esa manera perderéis para siempre el crédito público porque no se ataca impunemente el derecho de propiedad.

En pocos debates había quedado tan clara la identificación de los diputados moderados con la burguesía mercantil y los propietarios rurales. La mayor parte de los *montagnards* habrían compartido en otras circunstancias sus argumentos, pero su alianza con los *sans-culottes* y la Comuna era un hecho y, sobre todo, existía una situación límite militar y financiera a la que urgía dar respuesta. Eso es lo que planteó Cambon en la intervención que marcó el desenlace del debate:

—Cuando en el mes de enero se aprobó la emisión de ochocientos millones en asignados, el Comité de Finanzas creía que esta suma bastaría hasta el mes de julio. Pero estaba bien lejos de suponer la traición de Dumouriez, que ha entregado a nuestros enemigos todos nuestros tesoros, todas nuestras provisiones y una parte de nuestra artillería.

Esos detalles no eran ciertos, pues Dumouriez había tenido que cruzar la frontera poco menos que con las manos vacías, pero la mayoría de los diputados no lo sabían. Cambon explicó que Francia estaba amenazada por todas partes, que iban a ser necesarios enormes gastos y que la única alternativa real a la propuesta planteada por el departamento de Hérault y asumida fogosamente por Danton sería calamitosa.

—Una nueva emisión de asignados doblaría el precio de las mercancías. La medida del préstamo forzoso es pues indispensable. Es muy justo que los que nunca han servido a la libertad con sus brazos la sirvan con su fortuna.

La Convención acordó pues recaudar un «préstamo forzoso de mil millones a todos los ciudadanos ricos», ofrecer los bienes de los emigrados como garantía de pago en el futuro y encargar al Comité de Finanzas una propuesta para ejecutar de inmediato el decreto.

Poco después, en su doble condición de enlace habitual con la Asamblea y presidente quincenal del club, el sectario por antonomasia Bentabole alardeaba en el Club de los Jacobinos de su victoria:

—Anuncio a la Sociedad que después de un combate entre la Montaña y el Marais que ha durado desde el mediodía hasta las siete se ha decretado que se pondrá en marcha de inmediato un préstamo forzoso de mil millones sobre los ricos, que será pagado tres años después de la paz.<sup>[180]</sup>

La renovada parroquia de la antigua iglesia de la calle Saint-Honoré que al inicio de la Revolución había servido de punto de encuentro de esos ricos burgueses a los que ahora se iba a esquilmar, prorrumpió en aplausos y muestras de alegría. Las ovaciones, los sombreros al aire, los abrazos fraternales se prolongaron durante un cuarto de hora. Estábamos a 20 de mayo y la Montaña había obtenido un triunfo

memorable sobre «el Marais», es decir, sobre el Pantano, sobre la Planicie, no sobre la imprecisa y etérea Gironda, a la que el correveidile habitual ni siquiera había mencionado.

El forzado Maure se lamentó de que Bentabole se le hubiera adelantado cuando quería haber sido el primero en comunicar la gran noticia. Pero se desquitó con un juego de palabras que fue muy celebrado:

—Los ricos hacían antes todo tipo de sacrificios para procurarse «cartas de nobleza». Hoy nosotros lo hemos hecho por ellos, dándoles «cartas de patriotismo» a cambio de su dinero.

Léonard Bourdon, plenamente restablecido de su «asesinato» en Orleáns, añadió un matiz similar:

—El préstamo forzoso es muy ventajoso en la medida en que vincula a los ricos a la Revolución y se convierte en un motivo poderoso para que deseen acelerar la paz.

Entre tanto, en la alcaldía se había reanudado la reunión sobre personas sospechosas convocada por los responsables de la policía, pero esta vez bajo la presidencia del alcalde Pache, que sin duda había sido alertado de lo ocurrido la víspera. De acuerdo con el primer testigo —miembro del Comité de Vigilancia de Panthéon-Français—, un hombre de baja estatura y rostro cobrizo picado de viruelas, que estaba sentado según se entraba a la derecha, relanzó la moción «septembrizadora»:

—Ayer se planteó la posibilidad de detener a veintidós miembros de la Convención Nacional, llevarles a un lugar seguro, matarles a continuación y dar por supuesto que habrían emigrado. Pido que se siga discutiendo sobre este asunto.<sup>[181]</sup>

Sin embargo, el ambiente ya no era el de la víspera.

—Este hombre parece pagado para venir a entorpecer esta asamblea e inculpar a todos los presentes —protestó un miembro de la Sección de Luxembourg.

Después de otras intervenciones similares, el propio alcalde intentó zanjar la cuestión:

—No estamos aquí para hablar de detener a ningún representante del pueblo. Estamos reunidos para hablar de las personas sospechosas de la capital. Pido que se pase al orden del día y que se considere esta moción como no presentada.

Sin embargo, según el testigo de la Sección Fontaine-de-Grenelle, «el ciudadano que había leído la llamada petición de las cuarenta y ocho secciones» —debía de tratarse por lo tanto del joven acólito de Danton, Rousselin— reprochó a Pache su presunta incoherencia.

—¿Cómo es posible que vos, ciudadano alcalde, que habéis firmado la petición, que habéis aparecido con nosotros en la barra para presentarla, vengáis hoy a pedir a la Asamblea que no se ocupe de estas medidas revolucionarias?

—Yo firmé la petición porque debía hacerlo. Pero no consentiré que algo así se discuta aquí, en la alcaldía.<sup>[182]</sup>

Se trataba pues de una cuestión de formas o, para ser más exactos, de escenarios.



Al comentar estos testimonios en su panfleto clandestino, el ya huido diputado Bergoeing incluiría una lúcida nota a pie de página: «Es fácil de ver por las propias palabras de Pache que él no se oponía a la proscripción de los diputados, sino a que esta proscripción fuera discutida en la alcaldía. Por eso no hubo más “asamblea de la alcaldía” y los conspiradores se reunieron en el Arzobispado».

## DIECISIETE

El martes 21 se dio a conocer el resultado del escrutinio de la votación nominal efectuada la víspera para establecer la composición de la Comisión de los Doce. Todos los elegidos pertenecían al bando moderado o, en palabras del diputado Loiseau, a «esa porción que se denomina el lado derecho».<sup>[183]</sup> Sobre 325 votantes —menos de la mitad de la Convención permanecía pues activa— 11 de ellos habían obtenido entre 197 y 175 votos. Los más apoyados habían sido Boyer-Fonfrède, potenciado por su buen hacer como presidente de la Asamblea, el pastor Rabaut Saint-Étienne y el bretón Kervelegan, que había salvado la situación la noche del 10 de marzo. Un político nato, un intelectual y un hombre de acción.

Les seguían diputados de menor rango, como el antiguo abogado del parlamento de Toulouse, Saint-Martin-Valogne, el recién llegado Viger, pletórico de fuerza y determinación —se había incorporado a la Convención el 27 de abril—,<sup>[184]</sup> el excuro Gomaire, el aristócrata converso Bertrand de la Hosdinière, el exjuez de paz Boilleau, el exalcalde de Nancy, Mollevaut, el muy activo y entusiasta representante de Calvados, Henry-Larivière, y el médico de pueblo y diputado por la Gironda, François Bergoeing, destinado a preservar la memoria del grupo. El último puesto, muy descolgado de los demás, con sólo 104 votos, lo ocupaba el diputado por Indre-et-Loire, Gardien, castigado sin duda por la circulación de unas cartas que había escrito años antes demostrando poco aprecio a la causa revolucionaria.

Rabaut Saint-Étienne era a sus cuarenta y nueve años el de más edad, y Boyer-Fonfrède (veintisiete) y Henry-Larivière (treinta y uno) los más jóvenes. Todos menos Boyer-Fonfrède, Bertrand y Boilleau habían votado contra la muerte del rey, y aunque sólo Bergoeing, Mollevaut y Rabaut acudían a las reuniones de Valazé, en conjunto podía en efecto decirse que formaban «un grupo homogéneo [...]; pertenecían a la vieja clase burguesa que había hecho carrera bajo la Monarquía y estaban a la cabeza de la burguesía liberal que quería conservar el poder».<sup>[185]</sup>

Los descartados eran *montagnards* de segundo orden, y Lévasseur de la Sarthe, con 83 votos, el único con presencia asidua en la tribuna. Ninguna de las grandes figuras de la Convención había querido implicarse por lo tanto en una comisión que muchos veían ya como una trampa en la medida en que debía investigar las tramas liberticidas de la Comuna sin disponer de otros medios policiales que los dependientes de la propia Comuna o los casi testimoniales del Consejo Ejecutivo Provisional. Además tenía que ejercer sus funciones en paralelo al poderoso Comité de Salud Pública controlado por el sector *montagnard* liderado por Danton. Demasiados obstáculos para un empeño por lo demás muy difuso e inconcreto.

El siguiente asunto que tuvo que debatir la Convención fue la suerte definitiva del general Miaczinski, una vez escuchadas todas sus denuncias. Antes de decidir, los diputados escucharon el rocambolesco informe que en su propio nombre y en el de su

colega Drouet presentó el moderado Rouzet.

Desde su primer encuentro con el condenado a muerte en la propia mañana del sábado notaron que ocurría algo extraño, pues Miaczinski «pareció sorprendido» y «dudó durante algunos momentos» antes de reconocer como propia la carta en la que pedía el aplazamiento de la ejecución e insinuaba que haría graves revelaciones. Todo indicaba que el general había bebido profusamente y asomaba la cabeza que quería hurtar a la guillotina entre las brumas de la resaca.

Según el acta que redactaron tras esa primera conversación, «Miaczinski ha reconocido que el proyecto de Dumouriez era apropiarse de Brabante y negociar el matrimonio del joven Égalité con la pequeña prisionera del Temple», o sea, con la hija de Luis XVI. Pura especulación sin consecuencias. Más relevantes para la Convención parecían ser en cambio sus denuncias políticas: «Delacroix siempre le había parecido ligado a Dumouriez»; el general además «estimaba a Pétion y Gensonné y estaba en correspondencia con ellos». Pero lo más grave de todo era la acusación de corrupción contra el lugarteniente de Danton. Según lo confesado, Delacroix le habría dicho en Bélgica al propio Miaczinski: «Escuchad, vos sois extranjero. Saquead y nos lo repartiremos».

Fue después de oír todo esto cuando los dos emisarios de la Convención solicitaron el aplazamiento de la ejecución y permiso para reunirse con el Comité de Salud Pública al que pertenecía el principal implicado. Lo que se acordó entonces fue volver a interrogar a Miaczinski, pero esta vez en presencia de Delacroix, ya que Pétion y Gensonné rehusaron acudir para no darle el menor crédito. Interpelado por el propio Delacroix, el general polaco fue incapaz de concretar en qué lugar y circunstancia le había dicho esas palabras comprometedoras. «Miaczinski estaba extremadamente perturbado e incluso nos dijo que había bebido mucho durante el día».

Aún hubo una tercera conversación el domingo en la que fue Delacroix quien pretendió refrescar la memoria de Miaczinski, manifestando que lo que había ocurrido es que él había perdido los carruajes de su unidad y que, como representante de la Convención, le había dicho delante de Danton: «Estáis en territorio enemigo, saquead y recuperaos de vuestra pérdida». Además una prueba caligráfica demostró que ni siquiera era Miaczinski quien había escrito la carta a la Asamblea Nacional. «Su mujer enrojeció [...]. La atribuyó a un amigo de su marido, pero no quiso decir su nombre». Cuando la falsificación quedó en evidencia, Miaczinski les dijo que «al día siguiente les hablaría de una fábrica de asignados falsos en la que Delacroix estaba implicado». Rouzet aportó entonces sus propias conclusiones:

—He examinado a Miaczinski con cuidado durante el curso de nuestras pesquisas. Siempre he visto en él al hombre obligado a mentir para servir a los intrigantes, que cree que puede salvar su vida denunciando a otros. En Delacroix siempre he visto, por el contrario, al hombre firme y virtuoso que, sintiendo su conciencia pura, no teme ni siquiera a la calumnia.

La suerte del general polaco estaba echada y la Convención acordó levantar el aplazamiento de su ejecución. Delacroix no quiso, sin embargo, dejar de aprovechar la oportunidad para atacar a quienes habían aventado la sombra de la sospecha sobre Danton y sobre él:

—Tengo que dar las gracias a Miaczinski por haberme acusado de haber aconsejado el pillaje en Bélgica, puesto que no me ha acusado de haber participado en los saqueos que se han cometido. Por lo demás esta acusación es el resultado de una intriga que puede que haya partido de vuestro seno. Miaczinski no ha dicho otra cosa que lo que han dicho en esta tribuna Barbaroux, Pénières, Lasource, Salle y otros diputados. Según el informe de vuestros comisarios, la carta que se os ha escrito no era de Miaczinski. ¿Quién ha podido escribirla sino quienes me calumnian?

Esta sugerencia de que tal vez la carta de Miaczinski había salido de la pluma de algún diputado moderado calentó el debate. Thuriot puso incluso bajo sospecha a Isnard, preguntándole quién y cómo se la había entregado.

—La encontré sobre la mesa junto con los demás documentos —balbució irritado el presidente.

Delacroix planteó entonces que para que no quedara la menor sombra de duda se creara una comisión que investigara su conducta en Bélgica. Pronto se convino en que sus pesquisas se extenderían también a Pétion y Gensonné. Deperret sostuvo que en consecuencia la ejecución de Miaczinski debía seguir suspendida pues podía ser necesario para la investigación. Thuriot le dijo que eso era ridículo e incluso le reprochó que quisiera «eternizar el suplicio» del condenado, por lo que la Convención se mantuvo en sus trece. *Révolutions de Paris* criticaría esta actitud incoherente: «Por un lado suponía admitir que se le concedía alguna importancia a la denuncia y por el otro suponía negarlo. Por un lado implicaba reconocer que se quería esclarecer la conducta de tres diputados y por el otro ponerse en la imposibilidad de obtener esos esclarecimientos».<sup>[186]</sup>

Miaczinski fue guillotinado al mediodía siguiente. Durante el trayecto el general polaco, con fama de ser mucho más valiente en los cuarteles que en los campos de batalla, no dejó de dirigirse al público agolpado para ver pasar su carreta, proclamando a voz en grito su inocencia. Según *Le Journal Français*, «el desgraciado esperaba sustraerse a la ejecución del fatal decreto apelando a la piedad de los espectadores benévolos».<sup>[187]</sup> Según *Révolutions de Paris*, lo que brotaban de su boca eran mayormente insultos: «Entre todas las palabras que ha proferido no ha habido ni una que fuera sensata», y ello se debía a que «había continuado bebiendo hasta el último momento y ha muerto borracho».

Dutard, cómo no —este hombre no se perdía una—, estaba al pie de la guillotina en la antigua plaza de Luis XV. Escuchó cómo, al bajar de la carreta, Miaczinski gritaba: «¡Viva la nación, viva la libertad, viva la República!». Luego presenció el momento en que intentó dirigirse al público desde la plataforma del patíbulo. «Pero el pueblo de todos los partidos, demasiado consciente de su cobardía, no ha querido

dejarle hablar. Unos gritaban: “¡Viva la nación!”. Otros: “¡Es un perro, un traidor, un cobarde que tiene miedo a la muerte!”. Otros por fin opinaban que se le debía dejar hablar. Pero como allí no había campanilla y no se podía distinguir a la Montaña del Marais, la cuchilla cayó en medio de esta confusión».<sup>[188]</sup>

Sin tratar de terciar en la polémica sobre el estado de sobriedad del condenado, lo cierto es que el *Boletín* del Tribunal Revolucionario constató que en el momento en que el verdugo mostró su cabeza cortada al pueblo «estaba tan rojiza como antes de su muerte y sus ojos abiertos parecían pasear todavía sus miradas sobre la multitud innumerable que llenaba la plaza de la Revolución».<sup>[189]</sup>

## DIECIOCHO

A Anaxágoras Chaumette no le había importado que el diputado Masuyer pidiera el sábado su detención, pero le había llegado al alma que Barère dijera en la Convención que había sido monje. ¡El que detestaba a todos los miembros del clero, el que había adoptado el nombre de un mártir del ateísmo de la antigüedad! Le ofendió hasta tal extremo que se sintió impulsado a escribir una carta a sus conciudadanos contándoles, literalmente, su vida, y a pegarla como un pasquín en las paredes de París. «Tengo curiosidad por saber en qué convento hice votos monásticos, en qué iglesia dije la misa», comentaba mordazmente en uno de sus primeros párrafos. Para él era una calumnia equivalente a la de quienes «me denunciaron como uno de los masacradores del 2 de septiembre cuando en ese momento estaba a cien leguas de París».<sup>[190]</sup>

Remontándose a cuando aún no era Anaxágoras, sino un muchacho llamado Gaspar, hijo de un zapatero de la ciudad fluvial de Nevers, el procurador síndico de la Comuna de París explicaba que primero había sido grumete o «marinero novicio» en las embarcaciones que surcan el Loira y que llegó a timonel. Que luego estuvo a punto de embarcarse para Egipto pero que prefirió quedarse a estudiar botánica —y, aunque no lo decía, medicina— e implicarse en los preámbulos de la Revolución: «Desenmascaraba a los curas, plantaba resistencia a los nobles, he aquí mis primeros crímenes».

Chaumette aseguraba que, una vez instalado en París, «en 1790, poco tiempo después de la muerte de Loustalot, Prudhomme me acogió y me dio trabajo». Toda vez que el prematuramente fallecido Elysée Loustalot había sido una de las plumas más brillantes y respetadas del periodismo revolucionario y Chaumette parecía dar a entender que él había ocupado su puesto, el editor y propietario de *Révolutions de Paris* se sintió obligado a precisar en una nota a pie de página de su siguiente número que «fue un año después de la muerte de Loustalot, en 1791, cuando Chaumette me vino a ver» y que le dio un trabajo subalterno, de forma que en el semanario sólo llegaron a publicarse «tres o cuatro pequeños artículos salidos de su pluma».<sup>[191]</sup>

La aclaración formaba parte de un análisis de la situación política en París y el periódico de Prudhomme comentaba que «Chaumette se ha hecho más enemigos que nadie [...], porque los cabecillas de la Comuna, de las secciones y de las sociedades tienen contra ellos no sólo a buena parte de la Convención, sino también a todos los rentistas, comerciantes, panaderos, antiguos firmantes [de las protestas burguesas del año anterior], funcionarios y a todos los que han calificado de monárquicos, de moderados y de indiferentes».

Para el principal órgano de la burguesía revolucionaria era obvio que Chaumette era quien dirigía o al menos coordinaba la maquinaria radical que desde la Comuna empujaba a la Revolución hacia un nuevo desbordamiento político y tal vez hacia un

nuevo baño de sangre. Esa misma sensación tenía Dutard, que a la vez que mostraba su honda antipatía por él, llamándole una y otra vez «borracho», no podía dejar de expresar cierta admiración por su capacidad de ir tejiendo una clientela de intereses que potenciaba al movimiento de los *enragés*. El último ejemplo que puso en el informe que remitió a Garat el 22 de mayo era el de «un joven lleno de ardor y con más talento de lo ordinario» al que Chaumette había ofrecido precisamente «la antigua plaza que él había ocupado con Prudhomme». La veracidad de la oferta no había quedado constatada, ya que su destinatario la había rehusado, pero se trataba de una prueba de que «Chaumette no pierde ocasión de enrolar incluso a las personas que le son más contrarias».<sup>[192]</sup>

«¿Por qué no imitáis a Chaumette?», llegaba incluso a plantearle el informador a su ministro. «Si él tuviera algo de lo que a vos os sobra o si vos tuvierais algo de lo que le sobra a Chaumette, haríais que la Revolución fuera perfecta». Es decir, que el buen político debía tener para Dutard la sabiduría y prudencia del ministro del Interior, pero también la determinación y la capacidad de asumir riesgos del procurador de la Comuna.

Tan obsesionado estaba con el personaje que, fijándose desde la tribuna del parlamento municipal en la «fisionomía» de aquel hombre a punto de cumplir treinta años, de estatura media, cabellos rubios, ojos azules, rostro cuadrado y mirada maliciosa, Dutard imaginaba incluso las palabras que podrían salir de su boca si tuviera que resumir sus expectativas: «La guillotina me espera, pero antes de que yo perezca apuesto a que perecerán muchos otros. Además de a las heroínas de la libertad, tengo también a trescientos o cuatrocientos funcionarios a los que les he dado cargos, sin contar con aquellos a los que se los he prometido. Todas estas personas estarán conmigo».

Al margen de su don para la futurología,<sup>[193]</sup> este pasaje imaginario pone de relieve que Dutard no tenía ninguna duda de que la mano que manejaba a las que llamaba con sarcasmo «heroínas de la libertad», o sea a las Ciudadanas Republicanas Revolucionarias y sus zarrapastrosas seguidoras, era la de Chaumette.

El 21 por la tarde el aventajado aprendiz de policía secreto se había mezclado con ellas en la terraza de las Tullerías y había escuchado en primera persona la reconstrucción del diálogo que una de las más lanzadas acababa de tener con un miembro de la Convención que le reprochaba que obstaculizara la entrada:

—¿Qué hacéis aquí? ¿Quién os ha dado permiso para estar aquí?

—La igualdad. ¿No somos todos iguales? Y si todos somos iguales yo tengo tanto derecho como cualquiera.

—Venís aquí para molestar a la Asamblea. Yo encontraré la manera de haceros salir.

—Marchaos, *monsieur*. Vuestro lugar no está aquí. Vuestro lugar está en la sala. Y pese a todos vuestros esfuerzos, nosotras seguiremos aquí y obstaculizaremos vuestras iniquidades.<sup>[194]</sup>



No es de extrañar que Dutard las relacionara con el procurador de la Comuna. Si alguien lideraba y resumía a finales de mayo en París ese espíritu de desafío del pueblo llano contra la burguesía que desde hacía cuatro años había controlado la Revolución era Chaumette. El cura Jacques Roux predicaba las ideas más extremas, y visionarios truculentos como Varlet, aventureros como Guzmán o profesionales de la intriga como Desfieux maniobraban para llevarlas a cabo, pero quien controlaba las riendas de esa nueva maquinaria política que se había ido implantando en París al hilo de los disturbios motivados por la carestía de la vida y las denuncias de complots y traiciones aventadas por los Jacobinos era el procurador de la Comuna, «un hombre del pueblo que sabía servirse del pueblo».<sup>[195]</sup>

Había sido Chaumette quien más claramente había planteado ante la Convención la cuestión de las subsistencias, augurando la «insurrección legal» y declarando a la Comuna en «estado de revolución» hasta que no se resolviera el problema; el primero en plantear que los ricos que se habían beneficiado de los cambios políticos y de las subastas de los bienes de la aristocracia y el clero estaban en deuda con los pobres que no habían obtenido nada; el más ardiente partidario de los precios subsidiados, de la prohibición de los pagos en metálico, de la implantación del máximo sobre los granos y del préstamo forzoso para armar a los *sans-culottes*; el más activo impulsor de la alianza entre la Montaña y la Comuna, entre las secciones y la Asamblea del Arzobispado, entre los Clubes de los Jacobinos y los Cordeleros. Él mismo se había afiliado en enero al club de la calle Saint-Honoré, después de haber medrado políticamente como cordelero, a la sombra de Danton y Marat, en la Sección del Théâtre-Français.

«A veces melodramático, siempre sentimental, mezclando lo sublime con lo horrible en perfecta sintonía con la sensibilidad popular»,<sup>[196]</sup> Chaumette había logrado convertirse en la voz más genuina de los desfavorecidos de París. Hablaba como nadie el lenguaje de los mercados, hasta el extremo de que si un día se definiría a Danton como el «Mirabeau de los desagües», a él podría cuadrarle el título de «Danton de las verduleras». Y aunque decía en su pasquín que «todo París sabe que nunca he servido a ningún partido», Chaumette tenía muy claro cuáles eran sus seguidores. Era el campeón del pan a 3 perras la libra, el magistrado capaz de ir con zuecos por la calle, el promotor del embargo de los caballos de lujo sin excluir tan siquiera a los médicos de los barrios burgueses, el tribuno capaz de sostener que «los frutos de la tierra, como el aire, pertenecen a todos los hombres», el político que, empecinado en mantener su nombramiento incluso tras la dimisión del interesado, acababa de advertir en la Comuna que «Boullanger no será el general de los abogados, sino el de los *sans-culottes*».<sup>[197]</sup>

Apoyándose en una moción de la Sección de la Halle-au-Blé, Chaumette había logrado que el Consejo General aplazara la decisión, manteniendo a Boullanger en funciones. Dutard le había oído entonces incitar a la fraternización de las secciones más radicales con las burguesas. Es decir, estimular a los «fuertes por la patria» a

hacer honor a su nombre rompiendo unas cuantas sillas sobre las cabezas de los moderados que osaran plantar cara en las asambleas.

—¡Nuestros hermanos de Les Halles! ¡Nuestros hermanos de los Cordeleros! Me siento orgulloso de esta adhesión porque espero que, como en la mayor parte de las secciones la aristocracia ha corrompido el espíritu público, nuestros hermanos de la Sección de Les Halles irán a socorrer a los *sans-culottes* de las otras secciones tan pronto como sean requeridos.<sup>[198]</sup>

Esa trayectoria y esa estrategia habían convertido a Chaumette en el blanco favorito no sólo de *Révolutions de Paris*, sino del conjunto de la prensa burguesa. Para Gorsas era «la ineptitud en echarpe», «el protector de los asesinos de septiembre» y «un ridículo maniquí de Marat».<sup>[199]</sup> Para *Le Journal Français*, «el tirano de Nevers».<sup>[200]</sup> Para *Le Patriote Français*, «un predicador del asesinato y el pillaje».<sup>[201]</sup> Circulaban insinuaciones sobre su presunta condición homosexual<sup>[202]</sup> y sobre su enriquecimiento súbito.

Puesto que como procurador general síndico de la Comuna tenía un nada desdeñable sueldo de 15.000 libras al año —doce o quince veces mayor que los de sus protegidos *sans-culottes*—, Chaumette se sintió obligado a dar explicaciones en su pasquín: «He dedicado los ingresos vinculados al cargo que ejerzo a extinguir deudas contraídas en la época de mi honorable indigencia y a hacer un poco el bien cuando la ocasión se ha presentado».

Además resumía su estilo de vida: «No tengo muebles ni vestidos lujosos de los que avergonzarme. Mi puerta está abierta a cualquier *sansculotte* que quiera comprobar la verdad». Tenía una esposa o compañera llamada Henriette y una hija de muy pocos años. Chaumette vivía en una casa de dos pisos en la calle de l'Observatoire, pero según su última biógrafa, «su único lujo eran tres bustos de escayola bronceada sobre la chimenea: los de Franklin, Rousseau y Bruto», y pese a las acusaciones de Baillemont y otras similares, «sus enemigos no lograrían probar que se hubiera enriquecido de manera ilícita».<sup>[203]</sup>

Chaumette concluía la misiva con la que había empapelado las paredes de París dando por hecho que sería atacado de nuevo, pero advirtiendo que a partir de ese momento ya no volvería a «distraerse» contestando a sus detractores. Era plenamente consciente de que «había focalizado sobre su cabeza todos los miedos, todos los egoísmos de las clases medias»,<sup>[204]</sup> pero él lo consideraba el precio inevitable de su compromiso social. Como le había escrito el 12 de abril el que un día sería considerado como precursor y mártir del comunismo, Gracchus Babeuf, «todo hierve en un punto furioso, los *sans-culottes* quieren ser felices».<sup>[205]</sup>

La formulación era inapelable, pero el problema no estaba en el qué, sino en el cómo; lo «furioso» no eran los fines, sino los medios. Esa misma noche del miércoles 22 de mayo, en la asamblea del Club de los Cordeleros, tan afín a Chaumette, el diputado Léonard Bourdon planteó desde la tribuna, según un testigo presencial, que

«los esfuerzos de la Montaña no podían salvar a la República si el pueblo no se levantaba en bloque para actuar como en la Revolución del 10 de agosto».

A continuación varios miembros del club se sucedieron en la tribuna y «expresaron opiniones que harían temblar a todos los ciudadanos de París, pues se trataba de nada menos que de secuestrar nocturnamente a veintidós diputados de la Convención, y esta cifra incluso se elevaba a trescientos y pico, aunque sin aclarar qué se haría con ellos». Reaparecía pues, corregida y ampliada, la propuesta formulada por los policías Marino y Martin setenta y dos horas antes en la alcaldía.

Habló luego «una mujer con toda la energía de su sexo» proponiendo que todos los *sans-culottes* se dirigieran al día siguiente a la Convención y no se retiraran hasta que no hubieran logrado que se aprobaran los decretos que permitieran «abatir a los enemigos de la Revolución». Fue muy aplaudida y, aprovechando la euforia general, el gigantón Varlet, «celoso —según Michelet— de que Marino le estuviera robando su masacre»,<sup>[206]</sup> propuso «medidas extremas de salud pública en quince artículos». Incluían «secuestros de diputados de la Planicie, así como de miembros de las asambleas Constituyente y Legislativa» y también «de todos los nobles, curas y golillas».

En los quince puntos de Varlet no faltaba la propuesta sanguinaria de «exterminar a toda la raza de los Borbones» ni el radicalismo político de la «completa supresión de los ministros». Pero tal vez la medida estrella de lo que definía como «una insurrección de la que no pudiera hacerse nadie idea» era recorrer en procesión la sede de la Convención transportando un ejemplar de la *Declaración de los Derechos del Hombre*, vigente desde 1789, recubierto por un velo negro en señal de luto.<sup>[207]</sup> Varlet proponía pues organizar un cortejo fúnebre como expresión de duelo por la muerte de una idea. Pero ni él, ni ninguno de los que le precedieron o sucedieron en el uso de la palabra, ni por supuesto el propio Chaumette, explicaron esos días a los *sans-culottes* el modo de «asesinar sólo las ideas» de los moderados, sin hacerlo también con las personas que las sustentaban. No en vano el periódico de Gorsas había resumido ese miércoles la situación en términos inequívocos: «El termómetro de esta ciudad ha alcanzado la temperatura propia de las masacres».<sup>[208]</sup>

## DIECINUEVE

El jueves 23 de mayo la sección burguesa de Fraternité dio un nuevo paso adelante más allá de su bastión dorado de la isla de Sanit-Louis y compareció ante la Convención para denunciar lo que, según las notas que había tomado uno de sus delegados antes de ser expulsado, había ocurrido el domingo en la alcaldía: «Se trató de hacer una jornada del 10 de agosto que sería seguida de un 2 de septiembre. Se trataba además de detener, en un día y a una hora convenidos, a veintidós miembros de la Convención, matarles y publicar enseguida que habían emigrado». Si bien los denunciadores reconocían que al día siguiente el alcalde «se opuso a que estas propuestas se reprodujeran», el sentido de su comparecencia era ofrecer su respaldo a la Asamblea para que adoptara de una vez medidas enérgicas.

—No consintáis que la impunidad siga envalentonando a los conspiradores. Contad con los buenos ciudadanos que han decidido liberar a su patria del yugo infame que se le prepara. Basta de medidas tímidas: acrecentarían la audacia de los facciosos y os envilecerían. Tened en cuenta que no puede haber transacción entre el instinto bueno y el instinto malo de la República. Es preciso que el uno triunfe y que el otro sea abatido. Salvaremos la Revolución purgándola de los canallas que la ensucian.

Viendo corroboradas así sus denuncias, Isnard no se limitó a elogiar el gesto cívico de los comparecientes y a otorgarles los honores de la sesión, sino que presentó el curso de los acontecimientos como la fatal ejecución de un negro designio exterior.

—Pitt ha dicho: «En tal momento y en tal lugar de Francia estallará la guerra civil y los ciudadanos de París se matarán entre sí». Temblad, ciudadanos, porque lo que ha pronosticado se va a cumplir.

Varios diputados pedían ya que se detuviera a los autores de las propuestas de la alcaldía, cuando el neófito Viger, uno de sus miembros, pidió un voto de confianza para la recién constituida Comisión de los Doce:

—Conocemos los hechos que acaban de ser denunciados. Tenemos en la mano el hilo de una gran conspiración. El alcalde y el ministro del Interior estuvieron en nuestra reunión de ayer. Le hemos pedido al alcalde un informe que debe entregarnos.

Pero su intervención no calmó a los diputados. La exigencia de detenciones se redobló, mientras unos clamaban contra Pache y otros pedían la destitución inmediata de Boulanger. Marat trató entonces de cambiar el curso del debate con uno de sus golpes de efecto que tanto irritaban a los moderados y tanto acrecentaban el entusiasmo que por él sentían los anfitratros.

—Ciudadanos, yo también tengo hechos que denunciar. Ayer debía estallar un complot liberticida en vuestro seno. El Comité de Seguridad General se ha apoderado de una carta circular escrita por Dufriche-Valazé a Lacaze, por la cual le insta a acudir armado a la Convención con el mayor número de colegas que pueda, es decir,

con el mayor número de hombres de Estado. Termina así: «Cobarde el que falte».

Marat recordó que «es en casa de Valazé donde se reúne el directorio de los hombres de Estado» y pidió su detención. Antes de que pudiera haber reacción alguna, el pastor Lasource reveló nuevos hechos inquietantes:

—Anuncio a la Convención que el martes a las cuatro de la mañana vinieron a mi casa a detenerme. Un testigo declarará que vio a los hombres, el coche de punto, que escuchó los silbidos y que notó los movimientos que se produjeron. Acreditará que costó mucho convencerles de que yo había salido.

Lasource añadió que si no durmió esa noche en su casa fue porque «había sido advertido». Su relato aumentó la inquietud de gran parte de la cámara, pues indicaba que, al menos en un caso, los conspiradores habían intentado pasar de las palabras a los hechos.<sup>[209]</sup> En esa atmósfera caldeada Valazé explicó el trasfondo de «la novela vergonzosa y maligna» que acababa de contar Marat, situando los hechos en la misma peligrosa madrugada del martes:

—Reconozco que una nota que dirigí a mi colega Lacaze a las dos de la mañana del día 21 ha sido entregada, por una infidelidad que no es rara hoy en día, a la sección de Marat. Escribí treinta o cuarenta [iguales] esa misma madrugada. Decían así: «En armas en la Convención a las diez en punto. Os pido que aviséis al mayor número posible de vuestros colegas. Cobarde el que no venga».

Tras admitir irónicamente su «delito», Valazé explicó lo que le había impulsado a realizar tal convocatoria:

—El motivo es el que acaba de decirnos la Sección de Fraternité. El motivo es la certeza que me habían transmitido buenos ciudadanos de que los malvados, los canallas, iban a venir ese mismo día a pedirnos la detención de treinta y tres miembros de esta asamblea, y de que su petición iba a ser secundada por hombres armados. Desde ese momento me ocupé de mi defensa personal y os invité a que adoptarais la vuestra.

Entre aplausos de sus colegas Valazé concluyó reivindicando el derecho de reunión «en un pueblo libre». El comerciante de Libourne y diputado por la Gironda, Jacques Lacaze, aclaró por su parte que aunque no había recibido la nota porque su portero le había sido infiel, era consciente de los peligros que les amenazaban y por eso había acudido a la Convención «armado con pistolas». Buzot pidió que todos los testimonios fueran remitidos a la Comisión de los Doce y resumió la situación límite en la que se hallaba la Asamblea.

—Ciudadanos, esta serie continuada de conspiraciones debe haceros ver que si no hacéis perecer bajo la espada de la ley a los traidores que os rodean, sucumbiréis bajo sus golpes.

Cambon quiso dejar entonces claro quién seguía teniendo las riendas del poder ejecutivo:

—Vuestro Comité de Salud Pública fue informado del complot antes de que se estableciera la Comisión de los Doce y todos sus miembros temblaron indignados

ante el atentado que se quería cometer contra la representación nacional. Escribimos de inmediato al alcalde de París, que no tardó ni diez minutos en presentarse ante el comité.

Cambon eximió de toda responsabilidad a Pache, subrayando que no estaba presente cuando se plantearon las mociones asesinas y que al día siguiente «se opuso fuertemente a ellas». El carnicero Legendre puso el broche final al debate con sus gesticulaciones de siempre, sus mohínes de fanfarrón y un compromiso personal:

—Declaro aquí que si hubiera un solo individuo que pretendiera actuar contra la representación nacional, para llegar a su objetivo necesitaría acabar conmigo antes.

La Convención pasó a otros asuntos, el más notable de los cuales era la solicitud por parte de la Comuna y del Departamento de París de sendos anticipos a cuenta de los impuestos pendientes de recaudar: «Nuestra buena Comuna necesita dinero porque, como sabe perfectamente Chaumette, el dinero es el nervio de toda insurrección», había advertido *Le Journal Français*. «Los millones concedidos por la Convención para las subsistencias se han disipado ya y de estas cuentas no se habla. Pero en fin hace falta dinero. ¿Qué hacer? Ir a la Convención».<sup>[210]</sup>

La Comuna pedía seis millones «para aprovisionarse» y Mallarmé, en nombre del Comité de Finanzas, propuso darle dos y medio. La Convención lo aprobó, desoyendo las voces partidarias de bloquear toda nueva entrega de dinero a cuenta hasta que Pache y Chaumette no justificaran el destino de anticipos anteriores por importe de siete millones. El Departamento pedía algo más de 600.000 libras para retirar de la circulación alguno de los llamados billetes de conveniencia y las obtuvo sin discusión. Más de un siglo antes de que Lenin pronosticara que los burgueses proporcionarían a la Revolución la cuerda con la que serían ahorcados, la Convención Nacional francesa establecía así el precedente.

La denuncia de la Sección de Fraternité tuvo además consecuencias esa misma tarde en el Consejo General de la Comuna. A uno de sus miembros, un tal Frémont, que había formado parte de la delegación denunciante, se le pidieron explicaciones de por qué no había informado primero al órgano municipal al que pertenecía. Frémont dijo que aunque militaba en la Sección de Fraternité, sólo había acompañado a la delegación «por pura curiosidad». La respuesta fue interpretada como «un mal subterfugio» y, a instancias de Chaumette, se acordó requerir de inmediato a los denunciantes para que comparecieran ante el Consejo e identificaran a los «autores de complots tan abominables» como los expuestos en la Convención, para proceder contra ellos.

La respuesta mordaz de la asamblea de Fraternité reunida esa noche en la isla de Saint-Louis da buena medida de la percepción que las secciones burguesas tenían del doble juego de las autoridades municipales: «La asamblea decreta por unanimidad que se responda al Consejo General que el administrador de policía que presidía el domingo en la alcaldía la reunión de miembros de los comités revolucionarios y el alcalde que presidía la reunión del lunes pueden darle todas las informaciones que

deseo».

Pero Chaumette no estaba para ironías. Dutard, que no le quitaba ojo desde la tribuna, lo vio «vivamente agitado, casi desconcertado».<sup>[211]</sup> La ira con que acogió la contestación que llegó al Ayuntamiento desde el otro lado del Pont Marie —cordón umbilical de la isla de Saint-Louis— antes de que levantaran la sesión, quedó constatada en su acta: «El Consejo General decreta que sus miembros se presentarán mañana ante la Convención para pedir que todos los calumniadores que han participado en la redacción del mensaje de la Sección de Fraternité sean conducidos ante el Tribunal Revolucionario».<sup>[212]</sup>

Entre tanto en el Club de los Cordeleros, Legendre, que había sido abucheado la víspera por su oposición a las mociones más sanguinarias, se sintió obligado a precisar el compromiso que había adquirido por la mañana ante el resto de los diputados. Es el mismo testigo de la víspera quien lo cuenta: «Legendre ha denunciado a todos los granujas del lado negro [de la Convención], granujas a los que él vería perecer a su lado sin oponerse a su destrucción, pero por los cuales expondría su vida si se les atacara dentro de la Convención por considerarlos inviolables. Fuera de la Asamblea no son más que canallas cuya muerte salvaría a la República, sin que Francia pudiera considerar mala esta justicia del pueblo».<sup>[213]</sup> La frontera entre el crimen execrable y la depuración saludable estaba pues para Legendre en las puertas de acceso controladas por las «heroínas de la libertad».

Aún hubo tiempo para que, a propuesta de Léonard Bourdon, se aprobara exigir la formación de una «guardia a sueldo de entre seis y doce mil hombres elegidos entre los *sans-culottes* de París» y para que «el ciudadano Marino», en pleno apogeo de su popularidad tras su propuesta de degollina parlamentaria, «se quejara de que la sociedad no tenía la misma energía que en el 10 de agosto y el 2 de septiembre, y de que hacía falta actuar y no sólo proponer actuar».



## VEINTE

A la mañana siguiente la Sección de Butte-des-Moulins, asentada en el otrora aristocrático barrio del Palais Royal y con sede en la iglesia de Saint-Roch de la calle Saint-Honoré, repitió la jugada de comparecer ante la Convención denunciando lo ocurrido en la alcaldía, pero endureciendo considerablemente el tono de su mensaje:

—Que los patriotas franceses verdaderamente republicanos formen como nosotros una santa coalición y pronto habremos derribado a estos monárquicos disfrazados de patriotas que para engañar mejor al pueblo y robarle se dan insolentemente el título de *sans-culottes*.

Su portavoz se permitió dirigirse no sólo a los diputados, sino también a las tribunas:

—Legisladores y vosotros, espectadores que nos escucháis, desafiad pues a estos aduladores, a estos hombres envueltos en una falsa popularidad que os hablan sin cesar de vuestros derechos, sin jamás recordar vuestros deberes.

Y concluyó instando vehementemente a la mayoría moderada de la Convención a tomar la iniciativa contra sus enemigos:

—Haced un llamamiento a los buenos ciudadanos de París y, de entrada, podemos aseguraros que nuestra sección contribuirá, y no poco, a devolver al polvo a todos estos insectos venenosos que os rodean y amenazan. Hasta la muerte juramos aniquilar tanto a la anarquía como a los anarquistas. Hasta la muerte defenderemos a la representación nacional, así como a los diputados en particular, sean cuales sean sus opiniones.

Isnard se sintió representado como pocas veces, tanto por la forma como por el fondo de tal explosión de beligerancia burguesa. Su respuesta incluyó esta vez una nada velada amenaza a la capital en su conjunto. Fue un anticipo de la idea truculenta que ya iba anidando en su mente.

—Sabemos que la aristocracia vierte el oro para mantener la anarquía y disolver la representación nacional mediante asesinatos. La conspiración, desbaratada sin cesar, renace sin cesar. Pero las secciones de París cada vez se dan más cuenta de que si un atentado parecido se diera entre sus muros, esta ciudad se perdería sin remedio y sería tachada para siempre de la República Francesa.

El novato Viger, convertido en portavoz de la Comisión de los Doce, presentó a continuación la primera batería de propuestas de ese nuevo órgano de la Convención. Su introducción, fruto de la pasión del recién llegado y la conciencia de la gravedad de la situación, arrancó grandes aplausos entre los moderados y risas irónicas y murmullos en la Montaña.

—Ciudadanos, cuando habéis creado una comisión extraordinaria dotándola de grandes poderes, habéis sentido que era la última tabla arrojada en medio de la tempestad para salvar a la patria. Hemos descubierto una trama horrible contra la República. Cada paso que hemos dado nos ha traído pruebas nuevas. Dentro de unos

días la República no existiría, vosotros ya no estaríais...

Poco acostumbrado a la presión de las tribunas, Viger se sintió obligado a subir el monto de su apuesta, a medida que los murmullos iban creciendo de tono, y pronunció una frase que terminaría siendo lapidaria, en el sentido más estricto del término, para él mismo y para unos cuantos de sus compañeros:

—Declaro bajo la responsabilidad de los miembros de la comisión que si Francia entera no ve tan claro como el día que ha existido una conspiración tendente a asesinaros a muchos de vosotros y a establecer el despotismo más horrible y envilecedor sobre las ruinas de la República, declaro que si nosotros no aportamos pruebas de la existencia de esas conspiraciones, estamos dispuestos a llevar nuestras cabezas al patíbulo.

Pronto llegaría el día en que Viger desearía no haber arrancado tan entusiastas aplausos entre sus compañeros con un envite tan extremo. Pero su vehemencia contribuyó esa mañana a predisponer a la Asamblea a favor de las medidas que presentó a continuación. Estaban integradas en un decreto de once artículos, el primero de los cuales tenía un hondo significado: «La Convención Nacional pone bajo la salvaguardia especial de los buenos ciudadanos la fortuna pública, la representación nacional y la ciudad de París». Era la cruda expresión de una impotencia, la inversión de los términos propios del Estado democrático: puesto que la única institución representativa no estaba en condiciones de garantizar las libertades de los ciudadanos al no haberse dotado de fuerza alguna para ello, debían ser los ciudadanos quienes de forma poco menos que espontánea protegieran a sus representantes de los peores crímenes.

Los siguientes artículos desarrollaban esa filosofía en términos prácticos. Cada ciudadano debería presentarse de inmediato en el lugar de reunión de su compañía de la Guardia Nacional (artículo 2), donde se tomaría nota de los ausentes (artículo 3), para reforzar como prioridad la protección de la Convención mediante la aportación de dos hombres por cada compañía (artículo 4) o para ocupar el puesto que se le asignara a cada uno (artículo 5). Como fórmula para terminar de desmontar la «Operación Boulanger» urdida por la Comuna, se ordenaba que hasta que no se hubiera nombrado legalmente al nuevo jefe de la Guardia Nacional, el comandante de sección más antiguo ejerciera sus funciones (artículo 6). Pero las medidas que verdaderamente podían tener incidencia en la situación política de París eran las que a continuación regulaban la vida de las secciones. Todas las asambleas deberían terminar a las diez de la noche (artículo 7), ningún extraño a la sección podría tomar parte en sus deliberaciones (artículo 8), y en las comunicaciones entre ellas todos los delegados tendrían que acreditar siempre sus poderes (artículo 9). No más «fraternización», en suma. El decreto terminaba reiterando el mandato de la Comisión de los Doce para «proponer continuamente las grandes medidas que deben asegurar la libertad y la tranquilidad públicas» (artículo 10) —lo que equivalía casi a una carta en blanco para ampliar sus competencias— y ordenando su distribución a

las cuarenta y ocho secciones de París (artículo 11).

Entre los gritos de «¡Que se vote, que se vote!» con que los moderados instaban a zanjar la cuestión, se abrió paso una vez más, cual tábano inasiquible al desaliento, la voz discrepante de Marat:

—Se acaban de presentar medidas contra un complot imaginario. Me opongo a que se discuta un proyecto de decreto basado en una fábula en el aire. En Francia no hay ninguna conspiración si no es la que se trama en los conciliábulos en casa de Dufriche-Valazé.

El doctor Lehardi acuñó entonces un nuevo concepto que no pudo por menos que arrancar risas irónicas entre los propios diputados de la Montaña:

—Que se someta a votación el proyecto. Y si se trata de denunciar, yo denunciaré a la facción de los «hombres de presa».

Como quiera que bastantes *montagnards* hicieran comentarios sumándose a la tesis de Marat del complot imaginario, Boyer-Fonfrède asumió su papel de líder de la Comisión de los Doce. Tras anunciar que en el plazo de tres días Rabaut Saint-Étienne presentaría, «con las pruebas escritas en la mano», un informe minucioso que «os aportará la convicción de tantos horrores» y acusar de «pirronismo»<sup>[214]</sup> a los escépticos, el joven diputado por Burdeos dirigió a sus colegas una de sus más vibrantes arengas:

—¡Ah, ciudadanos! Salvad a París, salvad a la República. La patria alarmada os conjura con mi voz. Ved a nuestros departamentos en pie. Están en armas por la República, están en armas por la representación nacional. Si vosotros sois los únicos en Francia sin coraje, la República será disuelta.

Henchido de emoción, Boyer-Fonfrède reprodujo, en términos mucho más dramáticos y sentidos, el irónico planteamiento del día en que se hizo el ofendido por no haber sido incluido en la lista de los veintidós diputados a los que se pedía la dimisión:

—Si los colegas a los que tanto quiero perecen, yo no deseo vivir después de ellos. Si no comparto su honorable proscripción, mereceré al menos perecer tras ellos. El día mismo de ese atentado, proclamaré desde esta tribuna una escisión funesta, aborrecida aún hoy, posiblemente fatal para todos, pero que, tras la violación de lo más sagrado sobre la Tierra, se habrá vuelto legítima y necesaria. Sí, yo la proclamaré, los departamentos no serán sordos a mi voz y la libertad encontrará todavía asilos [en los que refugiarse].

Boyer-Fonfrède estaba amenazando explícitamente con la guerra civil y el cisma de los departamentos —lo que pronto sería la revuelta federalista— en caso de que se atentara contra los diputados moderados. El fervor de sus palabras, la generosidad personal que irradiaban, causó un fuerte impacto en la Convención. Boyer-Fonfrède terminó pidiendo el voto de la mayoría a favor del decreto de la Comisión de los Doce y todo indicaba que lo iba a obtener fácilmente. Entonces intervino Danton, criticando con habilidad la esencia misma del artículo primero:

—No tiene nada de malo en sí mismo. Es indudable que la representación nacional debe de estar bajo la salvaguardia de la nación. ¿Pero cómo es que os sentís hoy tan dominados por las circunstancias como para decretar lo que ya está en todas vuestras leyes? Es indudable que la aristocracia amenaza con derribar la libertad, pero cuando los peligros son comunes a todos es indigno hacer leyes para nosotros solos, cuando nuestra seguridad reside en las que protegen a todos los ciudadanos. Digo pues que decretar lo que se os propone es decretar el miedo.

—¡Es que yo tengo miedo!

La ingenua exclamación de un diputado del ala derecha era el mejor punto de apoyo que podía esperar Danton para desarrollar su argumento.

—No me opongo a que se tomen medidas para proteger a cada individuo que tema por su seguridad. No me opongo a que pongáis una escolta a cada ciudadano que aquí tiemble. ¿Pero puede la Convención Nacional anunciar a la República que se deja dominar por el miedo? Daos cuenta de hasta qué punto este temor es ridículo.

Danton alegó entonces que aunque «los aristócratas y los agentes a sueldo de las potencias extranjeras» pudieran haber organizado la trama que se denunciaba, las leyes lo tenían todo previsto.

—La prueba de que las leyes se cumplen es que la Convención Nacional está intacta y que si uno de sus miembros ha perecido, él era de los que no temblaban.

Al contraponer así el valor de Le Peletier a la supuesta cobardía del centro y la derecha, Danton creó un fuerte malestar entre la mayoría de la Asamblea. Pero sus argumentos no dejaban de tener peso.

—Yo digo que si en la reunión de la que se habla ha habido hombres lo suficientemente perversos para proponer tocar el arca santa de la libertad, esta propuesta ha sido vivamente rechazada. Y si estos hombres son capturados y entregados a la justicia, no encontrarán aquí defensores.

Danton rompió luego una lanza a favor de Pache, recordando que el alcalde ya había denunciado los hechos en el Comité de Salud Pública antes de que las secciones burguesas acudieran a la Convención. Concluyó con un efectista llamamiento a la serenidad:

—No hagamos nada por miedo, no hagamos nada pensando en nosotros mismos, no nos vinculemos más que a consideraciones nacionales, no nos dejemos llevar por las pasiones. Es preciso que los criminales sean identificados y sería propio de vuestra sabiduría esperar al informe preliminar sobre el conjunto para tomar las medidas de seguridad o judiciales que determine la naturaleza de los hechos.

Era un planteamiento que parecía razonable: esperemos esos tres días al informe de Rabaut Saint-Étienne y a la vista de lo que diga tomemos estas u otras medidas. Pero tanto la Comisión de los Doce como los principales líderes moderados tenían ya la sensación de estar jugando una partida contra el reloj y necesitaban ir dando pasos tan concretos como arriesgados, esa misma tarde a ser posible, para los que necesitaban la cobertura del respaldo de la Convención. Había pues que neutralizar el

impacto que pudiera haber causado Danton entre los diputados indecisos. Por eso intervino Vergniaud. Y su arranque captó la atención de todos. El líder momentáneo de la etérea mayoría parlamentaria había decidido contestar al jefe *de facto* del embrionario gobierno jacobino en sus mismos términos:

—No hablaré con menos sangre fría que Danton porque estoy personalmente afectado por la conspiración y quiero convencer a los hombres que tienen proyectado asesinar-me de que no les tengo miedo.

Tras precisar una vez más, a propósito del origen de la conspiración en marcha, que «la anarquía es cómplice de la aristocracia», Vergniaud entró de lleno en el debate sobre la supuesta cobardía de los diputados que impulsaran el nuevo decreto, explicando que a título individual cada uno podía ser más o menos valiente, aunque «si todo hombre debe la vida a su patria, ninguno se la debe a sus asesinos». Además la cuestión no era esa.

—Como representantes del pueblo estáis obligados a adoptar precauciones extraordinarias por el sólo hecho de que vuestra seguridad esté amenazada. Como representantes del pueblo vuestra salud está vinculada a la suya, a la suerte de la libertad, a la unidad de la República. Se os propone actuar con moderación porque se trata de vuestra seguridad personal. Y yo respondo: es porque se trata de vuestra seguridad personal por lo que hay que actuar con energía y rapidez. Si no disipáis con vuestro coraje todos los peligros de los que os rodean los viles conspiradores, si no aseguráis, yo no diría solamente vuestra vida, sino vuestra independencia, traicionaréis la causa del pueblo, la de la libertad, y comprometeréis la unidad de la República.

Con sus prodigiosos reflejos parlamentarios Vergniaud estaba logrando darle la vuelta al argumento de Danton de forma espectacular. Su primer corolario llegó entre grandes aplausos:

—No, el que tiene miedo no es el que se defiende contra un asesino, sino el que se deja asesinar. El que tiene miedo no es el que castiga el crimen, sino el que le permite reinar.

Vergniaud repasó después los acontecimientos de los últimos meses para rebatir la tesis de Danton de que las leyes vigentes y las autoridades constituidas bastaban para hacer frente a cualquier eventualidad.

—En febrero existían leyes que prohibían el pillaje y, sin embargo, hubo pillaje. Existían autoridades constituidas para ejecutar las leyes y, sin embargo, hubo pillaje. En marzo existían leyes rigurosas contra quienes intentaran violar la representación nacional y, sin embargo, se ha conspirado contra ella. Existían autoridades constituidas para hacer ejecutar las leyes y, sin embargo, se ha conspirado impunemente. Mediante un decreto especial enviasteis al Tribunal Revolucionario a los responsables de la conjura y, sin embargo, vuestro decreto no ha sido ejecutado. Ciudadanos, es la impunidad de la conjura del 10 de marzo la que ha llevado el desorden a vuestras sesiones y os ha entregado a todas las iniciativas de los facciosos.

Asumiendo con tanta dignidad como coraje su papel de líder moral del aún magmático y nunca organizado partido girondino, Vergniaud concluyó su improvisado discurso con una emotiva apelación contra la alternativa del apaciguamiento. Su envergadura moral trasciende a sus propias circunstancias y adquiere un timbre universal, válido para cualquier época:

—Porque esta nueva conjura no ha tenido el éxito que se prometía, se os habla de moderación; se os presiona para que no deis pie a que se piense que estáis agitados por temores mal fundados. Ciudadanos, escuchad este lenguaje y pronto seréis los juguetes de tramas diestramente combinadas. Ciudadanos, mostraos dignos de vuestra misión. Atreveos a atacar de frente a vuestros asesinos. Les veréis volver al polvo. ¿Queréis esperar cobardemente a que vengan a hundir su puñal en vuestro pecho? Si es así, traicionaréis el más sagrado de vuestros deberes. Aquí la debilidad sería cobardía. Golpead a los culpables y no volveréis a oír hablar nunca más de conspiración y la patria estará salvada. ¿Que no tenéis valor para ello? Abdicad de vuestras funciones y pedid a Francia unos sucesores más dignos de su confianza.

Movida por el efecto magnético de esta intervención la Convención aprobó con entusiasmo «por una mayoría de alrededor de dos tercios»<sup>[215]</sup> el decreto presentado por Viger. Vergniaud había derrotado a Danton en la limpia lid de las palabras este 24 de mayo, de igual manera que había derrotado el 10 de abril a Robespierre. Pero a la Montaña, los jacobinos y la Comuna les quedaba una importante baza que jugar en el propio ámbito parlamentario. Era la esperada versión del alcalde sobre lo ocurrido en el Ayuntamiento y llegó en forma de carta al presidente de la Convención.

Su preámbulo era concluyente: «La Sección de Fraternité se ha presentado ayer en la barra para denunciar un complot contra la representación nacional, aunque debía de saber que no existe ningún complot». A continuación se centraba en los hechos. Pache explicaba en primer lugar que el propósito de las reuniones de la alcaldía había sido «identificar a los individuos que en las diferentes secciones se oponen más constantemente a la marcha de la Revolución, para poder vigilarles y estar en condiciones de detenerles antes de la consumación del mal». Como no podía por menos, reconocía después que en uno de esos encuentros de los administradores de la policía con los comités revolucionarios de las secciones se había propuesto «detener a los miembros de la Convención que pasan por desconocer los intereses y los derechos del pueblo y se llegó al extremo de enunciar que en lugar de detenerlos había que eliminar a todos los considerados como traidores».

Tras estos circunloquios y eufemismos que en definitiva contribuían a criminalizar a los señalados como víctimas, y sin tan siquiera identificar a los promotores de la pretendida masacre, Pache alegaba que así como ese día la «oposición» a tal medida desencadenó «violentos debates», al día siguiente, tras su intervención horrorizada ya sólo se habló «con una voz». O sea, que todo había quedado en un mero enunciado sin continuidad. «Añadiré que desde que estoy en la alcaldía he tenido grandes preocupaciones sobre otros asuntos, pero nunca las he

tenido sobre la seguridad personal de los miembros de la Convención», alegaba además Pache. «Termino asegurando que si algunos miembros de la Convención Nacional tuvieran a bien olvidar sus odios y dejar a la Asamblea ocuparse del gran asunto de la Constitución, no hay ninguna ciudad en la que pueda sentirse más respetada y en la que las personas de los diputados estén tan seguras como París».

Los *montagnards* sintieron que el viento podía cambiar y trataron de explotar de inmediato este desmentido formal —alarde de paternalismo final incluido— de Papá Pache, utilizando a Legendre como portavoz:

—Ha quedado demostrado que este pretendido complot no ha sido más que una propuesta de una cabeza exagerada. Pido la impresión de la carta del alcalde de París y su inserción en el *Boletín*.

Entonces Viger sacó su último as de la manga:

—Pido que se adjunte a esta carta el informe del alcalde de París enviado esta misma mañana a la Comisión de los Doce en el que se dice que el pueblo de París está tan exasperado por el precio excesivo de las mercancías que cree poder anunciar que se prepara un gran movimiento y que este movimiento está muy próximo. Doy lectura a su contenido.

El texto aportado por Viger no era un informe «del» alcalde, sino un informe «al» alcalde, elaborado por el Departamento de Vigilancia de la policía, que, deliberadamente o no, había sido remitido a la Comisión de los Doce. Pero esa circunstancia, más que debilitar su credibilidad, la fortalecía. Máxime cuando lo que leyó Viger era aún más alarmante de lo que él mismo había anunciado: «La desunión de algunos miembros de la Convención de un lado y el precio excesivo de los víveres del otro son las principales causas de la fermentación del pueblo [...]. No se puede disimular que el levantamiento será inevitable y está muy próximo si no se toman las medidas más eficaces para aliviar al pueblo».

Lo que los servicios de la alcaldía vaticinaban no era pues un movimiento, sino un levantamiento. Y no sólo lo vinculaban al alza de los precios, sino también a la conducta de «algunos» diputados. ¿Cómo se casaba eso con la carta tranquilizadora del alcalde y su idílico final? Una mezcla de indignación y alarma fue extendiéndose por los bancos del centro y la derecha. En esa atmósfera sombría sólo faltaba una mala noticia militar. La aportó enseguida uno de los secretarios, esgrimiendo la última carta de los comisarios ante el Ejército del Norte.

—Valenciennes está a punto de quedar cercada por el enemigo.<sup>[216]</sup>



## VEINTIUNO

La Comisión de los Doce ordenó esa misma tarde detener a los policías Marino y Michel por haber incitado al asesinato en la reunión de la alcaldía, al ciudadano Brichet por haber hecho manifestaciones similares, al irremediable Varlet por lo que había dicho en el Club de los Cordeleros, y —este fue su gran error— al adjunto al procurador de la Comuna, Jacques Hébert, por lo publicado en el último número de su *Père Duchesne*.

Como si no hubieran aprendido de lo ocurrido con Marat, los diputados moderados volvían a decretar el arresto de un líder radical basándose en un texto periodístico tan repulsivo como inconcreto. Su interminable encabezamiento en el número 239 del periódico ya lo decía todo: «La gran denuncia del *Père Duchesne* a todos los *sans-culottes* de los departamentos a propósito de los complots organizados por los brissotinos, los girondinos, los rolandinos, los buzotinos, los petionistas y toda la jodida secuela de los cómplices de Capeto y Dumouriez para hacer masacrar a los valientes *montagnards*, los jacobinos y la Comuna de París a fin de dar el golpe de gracia a la libertad y restablecer la Monarquía. Sus buenos consejos a los bravos muchachos de los *faubourgs* para desarmar a todos los imbéciles que se mean en el hielo en la canícula y que, en lugar de defender a la República, intentan encender la guerra civil entre París y los departamentos».<sup>[217]</sup>

Al margen del tono grosero y el toque escatológico, este enunciado viene a demostrar que incluso para alguien tan significativo como Hébert, en una fecha tan tardía como el 24 de mayo, los «girondinos» eran tan sólo los diputados por la Gironda que actuaban en paralelo a Pétion, Roland, Brissot o Buzot y sus respectivas camarillas, y no un partido que los englobara a todos. En cuanto a la tesis de fondo, Hébert no sostenía nada distinto de lo manifestado esa misma mañana por Marat en la Convención o de lo que iba a decir esa misma noche Robespierre en su reaparición en el Club de los Jacobinos: quienes preparaban una matanza de los líderes de la izquierda eran los moderados.

Su falta de fundamento no convertía este planteamiento en delito. Es cierto que el texto del *Père Duchesne* también incluía dos líneas que podían ser interpretadas como una amenaza o incluso como una incitación al crimen: «La hora de su muerte va a sonar. Cuando su sangre impura sea vertida, los perros ladrones de la aristocracia volverán a sus sótanos como el 10 de agosto». Pero, al margen de que iban precedidas de una referencia genérica a «los traidores que conspiran contra la República», no era un lenguaje diferente del que se había hecho habitual en ese periódico,<sup>[218]</sup> en el de Marat o incluso en textos de los moderados como la carta abierta de Pétion o el artículo en el que Girey-Dupré también auguraba el 13 de mayo la muerte de los radicales.

En todo caso mandar detener a Hébert tenía la contraindicación de que suponía

actuar contra un alto cargo de la Comuna sin haber logrado controlar antes, o al menos neutralizar, su maquinaria de poder. Era obvio que Pache y sobre todo Chaumette no se iban a quedar de brazos cruzados, teniendo a su alcance múltiples instrumentos de respuesta, empezando por la Guardia Nacional, siguiendo por los comités revolucionarios de las secciones y terminando por la administración de la policía. Cuestión distinta habría sido si la Comisión de los Doce hubiera hecho suya la principal propuesta de Guadet y hubiera arrancado de la Convención la destitución de todas las autoridades municipales. Tal vez eso habría precipitado el «levantamiento», pero al menos habría permitido a los moderados constituir una nueva Comuna, movilizar a las secciones burguesas y pedir ayuda a los departamentos con la legalidad de su lado.

El camino elegido era el peor de todos, en la medida en que convertía a un individuo como Hébert nada menos que en víctima de la libertad de expresión y en símbolo de la resistencia municipal al poder de los «hombres de Estado». Era difícil imaginar un banderín de enganche más eficaz para arrastrar a los *sans-culottes* que encarcelar al periodista identificado con el personaje que les servía de espejo y referencia. Para colmo la detención de Hébert introducía un factor de confusión que diluía la responsabilidad de los demás y les proporcionaba una coartada política. Para las autoridades municipales habría sido casi imposible reaccionar en favor de Marino y Michel —Danton había dicho en la Convención que nadie les defendería— o no digamos de un Varlet, expulsado del Club de los Jacobinos y señalado ya por todos como un loco peligroso, si el *Père Duchesne* no hubiera sido incluido en la redada.

Hébert supo que había una orden de detención contra él a las nueve de la noche en plena reunión del Consejo General de la Comuna. La mejor prueba de que desde el principio la iniciativa fue percibida como un paso en falso de los Doce es que, a diferencia de lo ocurrido con Marat, en ningún momento se planteó esconderse. Según el relato de la sesión, Hébert «dijo que se le arrancaba de sus funciones pero que iba a obedecer la ley». También añadió que no le importaría sacrificar su vida, pero sí que sus conciudadanos «cayeran en la esclavitud».

«Extraña sumisión», dice la biógrafa de Chaumette. Pero pronto añade: «Los magistrados municipales eran muy conscientes de que la detención de Hébert iba a multiplicar las adhesiones al proyecto insurreccional a nada que tomara una forma seria».<sup>[219]</sup> La escena concluyó con un emotivo abrazo a Destournelles como vicepresidente del Consejo y otro a Chaumette, quien le despidió con aires de melodrama —«Vete, amigo, espero reunirme contigo pronto»—, y prometió socorrer a su familia así como a las de los demás detenidos.<sup>[220]</sup>

Hébert fue conducido por gendarmes dependientes del ministro de Justicia ante la Comisión de los Doce, que había elegido al experimentado Mollevault —antiguo alcalde de Nancy— como presidente. Fue él quien dirigió su interrogatorio, resumido por el propio Hébert en un pasquín que circuló días después.

—¿Con qué intención habéis escrito estas hojas abominables?

—Con la intención de iluminar a esta importante porción del pueblo a la que los *messieurs* de gustos refinados han desdeñado siempre. He creído que hablando el lenguaje más cercano a la naturaleza, jurando igual que juran ellos, podría enseñar importantes verdades a ciudadanos honrados.

—¿Qué entendéis por los brissotinos y los girondinos?

—Ya os he dicho que habiéndome apropiado de su lenguaje, debía utilizar las expresiones familiares a los *sans-culottes*. ¿Es que no sabéis, ciudadanos inquisidores, que en Les Halles o en los mercados, cuando se habla de un brissotino o un girondino, es como si se hablara de un Maury<sup>[221]</sup> o de un Dumouriez?

Esta respuesta corroboraba el sentido de lo publicado. Hébert estaba identificando a dos grupos del bando moderado con dos figuras de gran relieve en el pasado, asociadas ya a la contrarrevolución en el imaginario colectivo, pero sin ningún vínculo concreto entre ellos. Nadie se planteaba que el abate que tanto brillara en la Constituyente y el general que acababa de pasarse al enemigo actuaran de manera concertada —tal vez ni siquiera se conocían— dentro de un mismo partido.<sup>[222]</sup>

Tras la marcha de Hébert, el Consejo de la Comuna se declaró en sesión permanente, desechó algunas propuestas improvisadas de retener a los voluntarios que debían partir hacia la Vendée y ordenó reforzar los puestos de la Guardia Nacional en la Convención para prevenir una respuesta incontrolada de los sectores más radicales. Esa misma madrugada recibió las primeras noticias que indicaban que Hébert había sido ingresado en la cárcel de la Abadía tras el interrogatorio. Hubo algunos brotes de indignación, pero prevaleció la prudencia y se optó por preparar la respuesta para el día siguiente.

Robespierre había reaparecido entre tanto en el Club de los Jacobinos tras sus once días de silencio. «Había huido a su sótano, donde maquinaba algún tipo de conspiración», aclararía *Le Journal Français*.<sup>[223]</sup> La expectación era grande. El debate estaba centrado en la comparecencia del general Kellerman, que antes de partir para la Vendée había querido desmentir en la calle Saint-Honoré los rumores que le vinculaban a Dumouriez, pero el Incorruptible dijo que lo importante no eran sus palabras, sino sus actos futuros, y se centró en lo que había ocurrido por la mañana en la Convención. Una vez más acusó a «la facción», atribuyéndole propósitos criminales imaginarios:

—Esta facción habla de asesinatos cuando está probado que ella ha intentado asesinar a la Montaña. Está probado que ha intentado que los aristócratas de París caigan sobre la Sociedad de los Jacobinos. Esta probado, en fin, que conspira contra la libertad y la igualdad. ¡Y es ella la que habla de conspiración!<sup>[224]</sup>

Siguió después una interpretación muy *sui generis* del decreto aprobado a instancias de la Comisión de los Doce:

—¡Ciudadanos, enteraos de lo que ha pasado esta mañana! Esa Guardia Departamental, rechazada durante tanto tiempo, ha sido al fin establecida. Se ha acordado que la Convención Nacional no estaba segura en París y que por

consiguiente necesitaba una guardia. ¡Y en qué momento se adoptan estas medidas liberticidas! En un momento en que París pierde a sus defensores más enérgicos y la aristocracia levanta la cabeza, llegará una guardia suministrada por los cuerpos administrativos vendidos a la facción y pronto la facción habrá asesinado a los patriotas a través de los tribunales revolucionarios que le serán fieles.

El Incorruptible manipulaba con descaro lo acordado, convirtiendo el refuerzo en la protección de la Asamblea, a razón de dos hombres por cada compañía de la Guardia Nacional de París, en la demonizada Guardia Departamental que los moderados reclamaron sin éxito durante las primeras semanas de la Convención. Y para colmo lo relacionaba con la renovación de los jurados del Tribunal Revolucionario, para dar entrada por sorteo a representantes de todos los departamentos, según lo dispuesto desde su creación en el mes de abril. El final de su intervención tampoco decepcionó a sus acólitos:

—Ignoro hasta qué punto están fundados ciertos rumores sobre planes contra las personas de algunos diputados. Pero hay una conspiración que es ampliamente conocida y nadie puede negar su existencia: es la que tiene por jefes a todos los miembros corruptos de la Convención. Declaro que combatiré hasta la muerte a los agentes de esta conspiración. No hay ningún sacrificio que no esté dispuesto a realizar para salvar la libertad, comenzando por el de mi propia vida. No hay ejército revolucionario que pueda hacerme palidecer, ni facción que pueda hacerme temblar cuando tengo el rayo de la verdad para lanzarlo contra ella.

La imagen no podía ser más expresiva: ¡«El rayo de la verdad»! El hombre de la levita verde, los chalecos bordados, las corbatas a juego, las medias de seda, el pelo espolvoreado y las gafas levantadas sobre su peligrosa mirada de gato había vuelto, pues, esgrimiendo como un venablo el fuego de la cólera divina.

## VEINTIDÓS

«La orgullosa Comuna tiembla, la anarquía pasará, la libertad será eterna», proclamaba el periódico de Gorsas en su edición del sábado 25, refiriéndose a las detenciones.<sup>[225]</sup> Seguro que también hubo diputados moderados que esa mañana se las prometían muy felices tras el gesto de autoridad de la Comisión de los Doce. Y su optimismo tuvo que acrecentarse después de que una delegación de las secciones de Marsella les proporcionara la satisfacción de comprobar la evolución de la ciudad, pues su portavoz denunció a los jacobinos locales como «Catilinas modernos». Pero esos mismos diputados no pudieron por menos que torcer el gesto cuando una nutrida representación del Consejo General de la Comuna se presentó ante la barra con aire muy irritado.

Antes de salir del Ayuntamiento la delegación municipal había recibido detalles más emocionales que sustanciales sobre la situación del alto cargo detenido. Chaumette había acudido a visitar a su adjunto a la Abadía, pero no había podido hablar con él porque estaba dormido. Conclusión del procurador de la Comuna: «Esto demuestra que Hébert es inocente porque el crimen no duerme».<sup>[226]</sup> Pero además de esta prueba tan poco científica Chaumette había aportado el dato de que la única acusación contra él se refería al último número del *Père Duchesne*. Eso tranquilizó a quienes temían que Hébert hubiera podido estar implicado en algún plan para convertir sus sanguinarias predicciones en una profecía autocumplida y permitió plantear la cuestión como un asunto de libertad de prensa.

El portavoz municipal ante la Convención comenzó reprochando a los denunciantes de las secciones burguesas que no hubieran identificado a los que habían propuesto asesinar a los diputados, porque «este silencio cruel deja caer la sospecha sobre todos los ciudadanos de París». Pidió por eso que las denuncias fueran remitidas al acusador público de forma que si no aparecían los culpables «el hierro vengador caiga sobre la cabeza de los calumniadores». Pero enseguida quedó claro que el propósito de su comparecencia era otro.

—Venimos a denunciaros un atentado que la Comisión de los Doce acaba de cometer en la persona de Hébert, sustituto del procurador de la Comuna. No nos corresponde juzgar los motivos que han impulsado a vuestra comisión a encarcelar a un ciudadano recomendable por sus luces y virtudes cívicas. Pero el Consejo General, fiel a sus principios, defenderá la inocencia hasta la muerte.

Las risas irónicas de la derecha al oír invocar el «civismo» del *Père Duchesne* — se notaba por su ampuloso tremendismo que el texto había sido redactado por Jacques Roux— fueron acalladas por los aplausos entusiastas del lado izquierdo y el público asistente.

—Los magistrados del pueblo de la ciudad de París esperan de vuestra justicia, con respetuosa inquietud, que devolváis a sus funciones al ciudadano Hébert o que

sea juzgado rápidamente. La soberanía del pueblo resulta violada cuando sus magistrados son arrancados arbitrariamente de sus puestos, sin acusación ni delito probado. A este precio, el Consejo General se vanagloriará de las persecuciones. Los arrestos arbitrarios son para el hombre de bien una corona cívica.

¿Hébert un «hombre de bien»? ¿Hébert con una corona cívica al modo de Marat? Isnard encajó ese provocador final como si hubiera recibido sendos puñetazos y su sucesivo impacto fue desencadenando en él una indignada reacción en cadena.

—La Convención no permitirá que un ciudadano permanezca en prisión si no es culpable. Podéis estar seguros de que obtendréis rápida justicia, pero escuchad las verdades que voy a deciros. Francia ha confiado a París el depósito de la representación nacional. Es preciso que París lo respete, es preciso que las autoridades constituidas de París utilicen todo su poder para garantizar ese respeto. Pero si alguna vez la Convención fuera envilecida, si alguna vez mediante una de esas insurrecciones que desde el 10 de marzo se reproducen sin cesar y de las que los magistrados no han advertido nunca a la Convención...

El timbre ardiente de Isnard no dejaba indiferente a nadie. Los abucheos y aplausos se mezclaban, pero la indignación de la Montaña iba en aumento.

—¡Eso no es una respuesta! —espetó un diputado.

—¡Presidente, pido la palabra contra vos! —protestó Fabre d'Églantine, antiguo número dos de Danton en el Ministerio de Justicia.

Sin embargo, el vehemente perfumista no se arredró por las interrupciones y repitió sus últimas palabras, elevando la voz, para que no se perdiera el sentido de su frase:

—Si mediante estas insurrecciones siempre recurrentes se llegara a atentar contra la representación nacional, yo os declaro, en nombre de Francia entera...

—¡No, no, tú no debes hablar en nombre de Francia!

Las nuevas protestas de la Montaña tuvieron su réplica inmediata en los bancos de la Planicie.

—¡Sí, sí, dilo en nombre de Francia!

Con todos los diputados en pie, lanzándose imprecaciones recíprocas, Isnard siguió adelante:

—... yo os declaro en nombre de toda Francia que París sería aniquilado...

Mientras algunos diputados asentían con entusiasmo —«¡Sí, toda Francia contestaría a este atentado con una venganza reluciente!»—, Marat comenzó a gesticular y vociferar como sólo él podía hacerlo.

—¡Descended del sillón! Presidente, deshonoráis a la Asamblea. Protegéis a los hombres de Estado.

Sin embargo, el pedante Isnard no podía concluir sin una imagen campanuda y rotunda, «grandiosa y terrible».<sup>[227]</sup>

—Yo os declaro que París sería aniquilado y que pronto se buscará junto a las orillas del Sena si París existió alguna vez.

La frase cayó como un proyectil incendiario. Era, según Jaurès, «una especie de profecía bíblica inflada por el engolamiento provenzal».<sup>[228]</sup> En medio de un enorme pandemonio en el que se implicaron de una u otra manera la práctica totalidad de los diputados presentes —gritos, pateos, ademanes violentos, carreras hacia la tribuna—, el presidente se sintió obligado a matizar su proclama, dirigiéndose a los enviados de la Comuna:

—Esto no va dirigido a los ciudadanos de París. Sabemos distinguirlos de una facción que lo único que quiere es dominar la Convención. La Asamblea os concede los honores de la sesión.

Al incongruente paso atrás de Isnard siguió otro equivalente del portavoz municipal, como si quisiera poner la venda antes de que se abriera la herida del pánico burgués a nuevos pillajes:

—Los magistrados del pueblo que vienen a pedirnos el castigo de los culpables han jurado defender la seguridad de las personas y las propiedades.

Pero ya nadie escuchaba nada. La imagen utilizada por Isnard tenía tanta fuerza visual, era tan potente, representaba tan bien la truculenta amenaza formulada —las dos orillas del Sena arrasadas y desiertas—, que quedó clavada de inmediato en la retina de todos los presentes y pronto se extendió hasta los barrios más extremos de París, causando «el efecto de una tempestad».<sup>[229]</sup>

¿Quién le daría la réplica? Era la ocasión perfecta para que Danton volviera a erigirse en paladín de la capital amenazada. Cuando subió a la tribuna el hombre fuerte del Comité de Salud Pública, jefe oficioso del gobierno de Francia, aprovechó que en el ínterin habían desfilado los voluntarios de su propia Sección del Théâtre-Français y que Isnard les había entregado un estandarte capturado al enemigo para marcar las distancias con lo que había dicho antes.

—Si el presidente hubiera presentado el olivo de la paz a la Comuna con tanto arte como ha presentado el símbolo del combate a los guerreros que acaban de desfilar aquí, habría aplaudido su respuesta. Pero debo examinar cuál puede ser el efecto político de sus palabras. Demasiadas veces, hace demasiado tiempo, se calumnia a París en masa.

Bastantes diputados protestaron, tratando de aclarar que Isnard no había hecho eso, pero Danton se negó a ponerse a la defensiva:

—No es para disculpar a París por lo que me presento en esta tribuna. No lo necesita. Es por toda la República. Es importante destruir ante los departamentos la impresión desfavorable que podría causar la respuesta del presidente. ¿A qué viene esta imprecación contra París? Es bastante extraño que se hable de la devastación que producirían los departamentos en París si esta ciudad fuera culpable.

—¡Sí que la producirían!

La advertencia brotó de forma reiterada de los bancos del centro y la derecha. Danton adoptó la actitud de quien se siente más dolido que ofendido.

—En la respuesta del presidente se ha introducido un sentimiento de amargura.



¿Por qué suponer que un día se buscará vanamente sobre las orillas del Sena si París ha existido? Un presidente debería alejar tales sentimientos, sólo debería presentar ideas consoladoras.

Danton no sólo quería hacer un reproche moral que descolocara para siempre a Isnard, sino que también pretendía aprovechar la ocasión para recolocarse él mismo ante la crisis que se avecinaba. Muy aplaudido por la Montaña, planteó el que podía ser el gran dilema de cualquier republicano adepto a la Revolución:

—Que se sepa que los representantes del pueblo transitan entre dos escollos; los que sirven a un partido le aportan tanto sus vicios como sus virtudes. Si en el partido que sirve al pueblo se encuentran algunos culpables, el pueblo sabrá castigarlos. Pero prestad atención a esta gran verdad: si fuera preciso elegir entre dos excesos, sería preferible precipitarse del lado de la libertad antes que retroceder hacia el de la esclavitud.

Era la doctrina del mal menor. Danton predijo entonces que las «vejaciones» de los «aristócratas» en las secciones estaban llegando a un punto tal que «pronto el pueblo les hará entrar de nuevo en la nada»; y advirtió que eso obligaría a tomar decisiones a «los legisladores que estamos en el centro de los acontecimientos». Él tenía clara la suya:

—Entre los buenos ciudadanos los hay que son demasiado impetuosos. ¿Pero por qué hacer un delito de la energía que emplean para servir al pueblo? Si no hubiera habido hombres ardientes, si el pueblo mismo no hubiera sido violento, no habría habido Revolución.

Era Danton en estado puro. El pragmático apasionado dispuesto a alternar los sentimientos humanitarios con el más absoluto desdén por el daño provocado al servicio de la causa. El estadista cruel capaz de mirar para otro lado durante las matanzas de septiembre y de abrazar incluso a Fournier *el Americano* tras el exterminio de los prisioneros que tenía encomendado trasladar. El revolucionario cínico del «seamos terribles para ahorrarle al pueblo la necesidad de serlo».

Así como siempre quedará la duda sobre su papel en la insurrección abortada en marzo, si por Danton hubiera sido no habría habido levantamiento alguno ni en mayo ni en junio. Él había vuelto al poder, anhelaba centrarse en la política exterior para negociar la paz y estaba a punto de casarse por segunda vez con una mujer a la que doblaba en edad. Su apuesta era por la estabilidad. Pero Danton conocía como nadie la psicología colectiva de la masa parisina y era consciente de que, una vez alcanzado un determinado nivel de calentamiento, no existía medio humano alguno que pudiera evitar su entrada en ebullición y su metamorfosis hasta transformarse en un animal violento y peligroso. Lo que en definitiva había venido a aclarar ante la Convención era que, en la duda, puestos a «elegir entre dos excesos», siempre preferiría montarse sobre ese tigre que permitirle salir de caza sin él.

## VEINTITRÉS

Por una vez Dutard parecía estar de acuerdo con la templanza de su ministro. En un encuentro celebrado esa misma tarde su informante le dijo a Garat que «la Convención debía dar por hecho que se iba a ver forzada a liberar a Hébert» y que más le valía prepararse para hacerlo de la forma menos «deshonrosa» posible.<sup>[230]</sup> El muy a menudo intrépido Dutard había tomado el pulso de la calle y había llegado a la conclusión de que empeñarse en el «embastillamiento» del *Père Duchesne* suponía «correr el riesgo de alumbrar la guerra civil» a cuenta de alguien tan repulsivo en su función simbólica como poco peligroso en su papel real.

Tras su reunión con el titular de Interior, Dutard presenció durante la noche del sábado 25 al domingo 26 escenas de enorme tensión en el parlamento municipal. La mala acogida de la Convención a la petición a favor de Hébert —amenaza apocalíptica de Isnard incluida— había creado una mezcla de ira e impotencia que impregnó las deliberaciones del Consejo General de la Comuna. Según el relato del informador, «Chaumette se batió como un pequeño diablo», acusando a los periodistas de «ser los soplones de la facción brissotina», y a pesar de que «lloró [y] dio golpes con los pies y con las manos», no logró el efecto que pretendía: «El pueblo estaba frío y el Consejo abatido».

Dutard no recogió la literalidad del pasaje más impactante de Chaumette, pero al menos un periódico sí lo hizo.

—Soplones que escucháis lo que pasa aquí para ir a repetirlo a la Convención, decidles que Chaumette está en cólera. Que quiere ser guillotinado. ¡Guillotinado, sí! Por decir la verdad, por defender los principios, seré posiblemente encarcelado como muchos otros, pero habré dicho la verdad.<sup>[231]</sup>

Ni siquiera tendrían que transcurrir once meses para que este ardiente deseo de Chaumette, fruto de su «sensibilidad fascinada por lo mórbido»,<sup>[232]</sup> se viera plenamente colmado por Sansón y sus ayudantes. Pero hasta que ese momento llegara él seguiría siendo, con su mezcla de vis histriónica y conciencia social, el principal abogado de causas perdidas que el lumpen de París podía encontrar en los centros de poder. No en vano había sido quien el propio jueves, la víspera de que se desencadenara la tormenta, se había hecho eco de una denuncia según la cual en la picota de la plaza de la Grève, reservada para exponer a la vergüenza pública a los ladrones y otros delincuentes menores, justo delante del propio Ayuntamiento, había encadenadas varias mujeres embarazadas. Chaumette pidió a la Convención «que se aboliera esa terrible costumbre» y que entre tanto «las personas exhibidas en la picota sean puestas al abrigo de la inclemencia del tiempo».<sup>[233]</sup>

En la sesión nocturna del sábado en el Consejo General, en medio de ese discurso que Jaurès fustigaría como «apologético y gimoteante»,<sup>[234]</sup> Chaumette tuvo en todo caso la doble habilidad —o la doble coherencia— de situar la detención de su adjunto

en el contexto de la lucha por fijar los precios máximos de las mercancías. Eso le permitió apelar a la cohesión de los *sans-culottes* en torno a lo que podría ser considerado como un esbozo de la lucha de clases.

—Nuestro gran crimen es haber mantenido el pan a 3 perras la libra. Hemos hecho todo por los pobres y este es nuestro gran crimen a los ojos de los ricos, que son nuestros mayores enemigos. Otro crimen es el de permanecer unidos, porque nuestra unión nos hace temibles para los malvados.

Entre tanto, en una dependencia anexa del propio Ayuntamiento, trece secciones de fuerte peso obrero del noreste de París, encabezadas por la de Droits-de-l'Homme, a la que pertenecía Varlet, y la de Gravilliers, de Jacques Roux, y tres secciones de la *rive gauche*, con la tradición de activismo revolucionario de Théâtre-Français, Unité y Panthéon-Français, se concertaban para acudir a la Convención a exigir la libertad de los detenidos. Querían ser además la punta de lanza de un movimiento que contrarrestara las denuncias de las secciones burguesas del oeste y terminara arrastrando al resto.

El domingo 26 la agitación fue enorme en las calles de París. Unas trescientas mujeres se manifestaron a tambor batiente precedidas de una especie de estandarte. Gritaban «¡Abajo los Doce! ¡Viva la Montaña! ¡Los brissotinos a la guillotina! ¡Viva Marat! ¡Viva el *Père Duchesne!*!». <sup>[235]</sup> Según el periódico de Gorsas llevaban «pistolas y puñales» y su propósito era claro: «Querían que rodaran cabezas y emborracharse de sangre».

Otro de los informadores de Garat, apellidado Perrière, vino a decir lo mismo cuando relató que «se produjeron concentraciones considerables en las Tullerías, en los Jacobinos y en el *faubourg Saint-Antoine*». Aunque carecía tanto del sentido del detalle como de la agudeza de Dutard, no pudo por menos que señalar que «la de las Tullerías se componía sobre todo de mujeres [...]; tenían sed y era sobre todo en los cráneos de Brissot, de Buzot y de sus partidarios donde querían beber». <sup>[236]</sup>

El calado del desafío de las secciones en manos de los *sans-culottes* y el contraste con la aquiescencia de las más burguesas pudo constatarse hacia el final de la sesión dominical de la Convención. Después de que la Sección de Mail, feudo del París de las finanzas, hubiera comunicado a la Asamblea que ya estaba aplicando los principales puntos del decreto de los Doce aprobado la antevíspera y denunciara el carácter «liberticida» de la Comuna, la delegación de las dieciséis secciones conjuradas compareció ante la barra, arrogándose la representación de toda la ciudad.

—Venimos en nombre del pueblo de París a reclamar a uno de sus más queridos magistrados encarcelado desde hace tres días. Se ha violado en su persona la libertad de los ciudadanos y la soberanía nacional. Las secciones, justamente espantadas por estas primeras tentativas de tiranía, ejercidas contra uno de sus más ardientes defensores por la Comisión de los Doce, os denuncian este atentado. Ha sido encarcelado por haber expresado sus opiniones en sus escritos. Los derechos humanos han sido pues pisoteados. Tened en cuenta, legisladores, que no hemos roto

el cetro de la tiranía para agachar la cabeza bajo el yugo de este nuevo despotismo.

Fue esta velada amenaza la que desencadenó los mayores aplausos que continuaron arrojando a la delegación hasta el final de su perorata.

—¡Representantes, devolvednos a nuestro magistrado! Dieciséis secciones, sin esperar la voluntad de un número mayor, se han levantado espontáneamente para reclamar su libertad y la de otros patriotas encarcelados por el mismo despotismo.

Isnard se sintió obligado a otorgarles los honores de la sesión y Legendre aprovechó para pedir la supresión de la Comisión de los Doce. Cuando se propuso votar el envío de la petición de las secciones al propio órgano que había decretado las detenciones, los *montagnards*, secundados por el público, montaron una gran gresca y, al cabo de tres tentativas baldías, el presidente levantó la sesión.

La tensión se trasladó entonces a la Comuna y al Club de los Jacobinos, con las tribunas atestadas en ambos recintos. Era domingo y, tal y como anhelaba Chaumette y temía Dutard, los *sans-culottes* habían acudido en masa a las asambleas de las secciones, revirtiendo la correlación de fuerzas en la mayoría de ellas. Varias secciones se adhirieron durante la sesión del Consejo General a la petición de las dieciséis e incluso una —la de Réunion— anunció que ponía a Hébert y Varlet «bajo su protección». El golpe de efecto de la tarde llegó cuando el secretario municipal, Dorat-Cubières, enviado a comunicar a Hébert la petición formalizada ante la Convención, reveló que le había encontrado «acostado sobre un mal jergón en un granero» y que —¡oh, infamia!— no sólo Varlet, sino también el general Marcé y otro militar acusado de traición compartían la misma celda.

—Me ha sorprendido ver confundidas así las naranjas podridas con una sana.

El Consejo aprobó de inmediato una moción solicitando a la policía que Hébert fuera separado de los dos generales. A medida que avanzaba la noche iban llegando noticias de enfrentamientos en las secciones. Era obvio que muchos *sans-culottes* no iban a acatar por las buenas las restricciones de la Comisión de los Doce. Sobre las diez y media, Réal, el otro adjunto de Chaumette, comunicó que «las secciones de Arcis, de Montreuil y de Marseille (Théâtre-Français) —firmantes de la petición de las dieciséis— se han dirigido a la del Arsenal —que no lo había hecho— y la calma se ha restablecido».<sup>[237]</sup>

Con reflejos de sabueso, a mitad de camino entre la vena policial y la periodística, Dutard salió del Ayuntamiento y se plantó en la cercana iglesia de Saint-Louis-la-Culture, sede de la polémica asamblea. «Vuelo a la Sección del Arsenal y me encuentro a todo el mundo alegre, algunos heridos por golpes de sillas, [entre ellos] un capitán al que habían llevado a un sillón», le explicará a Garat. «Pero finalmente los chicos de los recados, los dependientes de las tiendas habían huido, y los *sansculottes* se habían hecho los dueños».<sup>[238]</sup> Efectivamente se había «restablecido la calma».

Una vez más su testimonio ocular quedó documentalmente corroborado. Pronto se informó al Consejo General de la Comuna de que «un patriota y tres aristócratas»

habían resultado heridos en ese proceso de «fraternización» en el que también habían intervenido contingentes de al menos tres secciones más.

Estaba a punto de concluir la sesión cuando un nuevo mensajero elevó el nivel de alarma. Había dos nuevos detenidos. Se trataba del presidente de la Sección de la Cité, Dobsent, y de su secretario, Protaix, acusados de negarse a entregar las actas de las sesiones a la Comisión de los Doce.<sup>[239]</sup> Aunque no era una elección casual, porque la Sección de la Cité, en la isla del mismo nombre, albergaba la sede del Arzobispado en la que se reunían los radicales y Dobsent estaba considerado como muy cercano a Hébert, todos sus colegas de las secciones más alineadas con la Comuna se sintieron desde ese momento amenazados.

Entre tanto en el Club de los Jacobinos Marat y Robespierre habían protagonizado, en el apogeo de su etapa de colaboración y sintonía, dos intervenciones de enorme impacto y trascendencia. Tras advertir que el complot denunciado por los moderados «no existe más que en su cabeza», el no hace tanto tiempo marginado Ami du Peuple llamó a filas como si estuviera en el patio de su cuartel:

—Es importante reunirse mañana para cerrar el paso a sus proyectos. Es importante obligar a suprimir la comisión contrarrevolucionaria de los Doce cuya pretensión es entregar a los amigos enérgicos del pueblo a la espada de la ley. Es preciso que toda la Montaña se levante contra esta indigna comisión, que sea condenada a la execración pública y eliminada de forma irreversible.<sup>[240]</sup>

Aunque Legendre y Couthon se mostraron escépticos sobre el impacto de tal convocatoria, alegando que en el Club de los Jacobinos no habría en ese momento más allá de quince diputados, lo esencial era que Marat estaba indicando que algo iba a pasar, que algo tenía que pasar en la Convención el lunes. En ese contexto las palabras que a continuación pronunció Robespierre adquieren un significado inequívoco. Después de dar rienda suelta a su inquina hacia Vergniaud, pidiendo que se distribuyera su carta a los ciudadanos de Burdeos con una serie de anotaciones que recordaran sus presuntas maniobras para salvar la Monarquía, y después de pronosticar que «cuando el pueblo se levante [...] el *faubourg* Saint-Antoine aplastará a la Sección de Mail»,<sup>[241]</sup> el Incorruptible dio el paso que probablemente había estado madurando durante sus días de reclusión.

—Cuando el pueblo está oprimido, cuando no se tiene más que a sí mismo, quien no le dijera que se levantara sería un cobarde. Cuando todas las leyes son violadas, cuando el despotismo llega al colmo, cuando se pisotean la buena fe y el pudor, es cuando el pueblo debe sublevarse. Ese momento ha llegado. Nuestros enemigos oprimen abiertamente a los patriotas. Quieren en nombre de la ley volver a arrojar al pueblo a la miseria y a la esclavitud. Yo no seré nunca el amigo de estos hombres corruptos por muchos tesoros que me ofrezcan. Prefiero morir con los republicanos que triunfar con esos canallas.<sup>[242]</sup>

Con cuatro sencillas palabras —«Ese momento ha llegado»— el enamorado de la

historia clásica que tanto detestaba a César acababa de cruzar su propio Rubicón. El eterno dubitativo había dado el paso. El escrupuloso defensor de la legalidad republicana acababa de alzarse contra ella. Y por si quedara alguna sombra de ambigüedad que disipar, enseguida añadió:

—Declaro que me pongo en insurrección contra los diputados corruptos. Invito a todos los diputados *montagnards* a unirse y a combatir a la aristocracia; y digo que no tienen más alternativa que resistir con toda su fuerza... o presentar la dimisión.

La fiel parroquia jacobina fue plenamente consciente de lo que su jefe espiritual estaba diciendo; o así al menos quedó fielmente reflejado: «Aplausos. Toda la Sociedad se levanta y se declara en insurrección contra los diputados corruptos».<sup>[243]</sup> No había vuelta atrás para el Incorruptible.

## VEINTICUATRO

A la una y media de la madrugada alguien avisó al ministro del Interior de que se estaba preparando «un gran movimiento» en la puerta de Saint-Bernard, en la *rive gauche*, «encabezado por mujeres [...] acompañadas de hombres armados». Garat envió a dos gendarmes a comprobarlo y, pese a que era noche cerrada, salió de su casa, cruzó por delante de las Tullerías y se plantó en el Hôtel de Breteuil, sede de la Comisión de los Doce. Se trataba de un edificio muy próximo a la Convención, situado al fondo de la plaza del Carrusel, que había servido de emplazamiento histórico a las caballerizas reales. Allí solo estaba el diputado Rabaut Pommier, que no era miembro de la Comisión pero ayudaba siempre a su hermano Rabaut Saint-Étienne. Al ver a Garat dijo que iría a buscarle y poco después el ministro del Interior y el supuesto *primus inter pares* de los Doce se reunían en las dependencias del Comité de Salud Pública a la luz de los candelabros.

Eran dos intelectuales, dos hombres pusilánimes, casi dos almas gemelas. «Yo estaba ligado a Rabaut Saint-Étienne [...], sabía que amaba la verdad, que recurría a la razón para discernirla y reconocerla», escribirá el ministro en sus *Memorias*<sup>[244]</sup> tras admitir que el pastor protestante había sido uno de los hombres determinantes de su acceso al gobierno. Esa relación previa facilitó que esa conversación de madrugada fuera «larga e íntima». Lo de la puerta de Saint-Bernard había resultado ser una falsa alarma, pero Garat estaba convencido de que «movimientos mucho más reales seguirían a esta amenaza». Como miembro de un Consejo Ejecutivo mermado en sus funciones pero responsable de ejecutar los mandatos de la Convención, Garat se sentía entre la espada de la Comisión de los Doce y la pared de la Comuna. Aunque había sido su colega el titular de Justicia, Gohier, quien había tenido que enviar a los gendarmes de los tribunales a detener a Hébert, Garat habló de ello como si le hubiera tocado a él:

—¿Os olvidáis de que vivimos en un momento en el que todo está permitido y en el que existen bellas palabras para nombrar cualquier cosa que se haga? A la comisión le han enseñado un pasaje horrible de una hoja de Hébert que yo no he leído nunca. Pero no es más horrible que cien pasajes de este Marat al que un tribunal acaba de devolver con la cabeza coronada de laureles. No cabe duda de que si viviéramos bajo el imperio de las leyes Marat debería estar al menos donde vosotros habéis puesto a Hébert. Pero es demasiado peligroso poner a Hébert en la Abadía cuando Marat está en la Convención. La multitud no podrá soportar que después de haber coronado a uno de laureles, el otro esté cargado de cadenas.

Los dos habían formado parte de la Constituyente, los dos se habían hecho un nombre en la prensa moderada,<sup>[245]</sup> los dos sentían espanto por la violencia verbal y física. Sabían pues muy bien de lo que hablaban. El ministro alegó que las detenciones estaban siendo contraproducentes al haber impulsado a los *sans-culottes*



a recuperar el control de las secciones en detrimento de «las gentes razonables». Es una lástima que no haya trascendido la versión del pastor protestante pero, según Garat, Rabaut vino a darle la razón y le dijo que «él también se había opuesto con todas sus fuerzas al arresto de Hébert». Cuesta creerlo porque Rabaut era el ponente encargado de justificar esa y las demás medidas ante la Convención e iba a presentar su informe en la propia sesión del lunes. Garat sostiene que al día siguiente Boyer-Fonfrède y Viger le dijeron lo mismo, confirmando que la comisión estaba dividida. Según Jaurès era el propio Garat quien «inoculaba en secreto la duda» a los moderados.<sup>[246]</sup> No obstante, lo más importante de la conversación no fue la crítica del ministro del Interior por haber detenido a Hébert, sino su esbozo de un plan alternativo.

—Yo considero tan necesario como el que más que la fuerza descansa en la ley, pero para que la fuerza descansa en la ley es preciso que, de entrada, la ley tenga la fuerza. Vosotros se la habéis dado a la Comuna. Si no queréis que la fuerza, en lugar de descansar en la ley, descansa en la Comuna, retirádsela. Antes de hacer grandes actos de gobierno es preciso tener un gobierno y, en este momento en el que estáis en mayoría, me parece que sería mejor organizar en silencio, sin crear alarma, la potencia ejecutora con la cual someteríais a la ley a todos los enredadores y a todos los malvados.

Garat estaba sugiriendo a Rabaut que la mayoría moderada de la Convención o bien arrebatara a la Comuna el control de la Guardia Nacional de París o bien creara una nueva fuerza armada, al modo en que venía proponiéndoselo a él Dutard. ¿Pero era viable organizar alguna de esas dos alternativas «en silencio» y «sin crear alarma» cuando la Montaña y los Jacobinos ejercían de centinelas del poder militar de la Comuna y cuando había bastado pedir un refuerzo de unas docenas de hombres en la protección de la Convención para que Robespierre resucitara el fantasma de la Guardia Departamental? Todo indica que el ministro estaba más tratando de justificar su distanciamiento del sector al que originalmente debía el cargo que proponiéndole otro plan en el que él mismo estuviera dispuesto a implicarse. Ese mismo día, en cuestión de horas, quedaría en evidencia.

Isnard se encontró esa mañana del lunes 27 con dos cartas sobre la mesa presidencial junto a su sombrero y su campanilla. Mediante la primera el coronel Bouchotte, «obligado a perder el tiempo en los comités y calumniado sin cesar sin ninguna prueba», presentaba la dimisión como ministro de la Guerra. Tras una serie de avatares su renuncia quedaría sin efecto,<sup>[247]</sup> pero de momento añadía aún más dramatismo a las alarmantes noticias militares que llegaban del norte. Mediante la segunda carta Pache aclaraba que el informe policial anunciando «un levantamiento inevitable y muy cercano» que Viger había presentado como si recogiera sus propias opiniones estaba basado en «palabras escuchadas en los grupos, los cafés y otros lugares públicos» y que la mayoría eran «vagas, insignificantes y sin ningún fundamento».

Papá Pache se reafirmaba por lo tanto de forma categórica en el diagnóstico de su carta anterior: «No hay nada que temer». Pero no dejaba de aprovechar la ocasión para lanzar una buena coz a la Comisión de los Doce: lo único peligroso eran «ciertas medidas que pueden inspirar un gran terror, como recibir delaciones de hombres interesados o detener a los periodistas».

Viger leyó el informe completo que había manejado el viernes, subrayando que el descontento se vinculaba a la situación económica, y añadió la principal conclusión del nuevo parte policial que se había distribuido esa misma mañana, empeñándose en presentarlo como la voz de Pache:

—Yo pregunto si la Convención puede disminuir el precio de las mercancías, si puede conseguir que el pan se venda por debajo de las 3 perras la libra. Para conocer las intenciones del alcalde de París, he aquí lo que nos dice en su informe de hoy: «Los dos partidos están muy decididos y la explosión está a punto de estallar».

El *montagnard* Lévasseur hizo suya esa tesis, señalando despectivamente a la derecha:

—Sí, los dos partidos están muy decididos: el partido de los patriotas y el de los aristócratas. Ha llegado el momento de decidir. Vosotros, los que os sentáis en ese lado, os dejáis engañar por los aristócratas.

Marat fue mucho más lejos, teatralizando como siempre sus invectivas y poniendo abiertamente sobre la mesa lo que había planteado unas horas antes en el Club de los Jacobinos.

—Apelo a vuestro pudor, si es que el pudor todavía puede entrar en vuestra alma. Desde el momento en que se decretó el préstamo forzoso sobre los ricos, habéis intentado sembrar la división en las secciones de París. ¿Cómo habéis podido nombrar una comisión extraordinaria para saber lo que pasa en las secciones? Temo a las comisiones extraordinarias cuando sólo incluyen un lado de la Asamblea. ¿Qué otro fin pueden proponerse si no es la opresión de los patriotas, si no es hacer caer la pluma de un escritor patriota como Hébert? Además esta noche el presidente y el secretario de la Sección de la Cité han sido encarcelados. ¿Creéis que después de haber encarcelado a todos los patriotas quedaréis dueños del campo de batalla? Desengañaos. Si los patriotas declaran una insurrección, será vuestra obra. Yo pido que la Comisión de los Doce sea suprimida por ser enemiga de la libertad y estar provocando la sublevación del pueblo.

El bumerán no podía ser más perverso: los Doce serían los responsables de que cuajara la conjura que trataban *in extremis* de abortar. Isnard cortó los aplausos de la Montaña y las tribunas y las protestas de los moderados —a los que Marat terminó amenazando una vez más con el patíbulo—, para dar pie a la reanudación del debate constitucional. Pero al cabo de tres intervenciones de diputados de segunda fila, comunicó a la asamblea que una delegación de la Sección de la Cité pedía ser escuchada. Tras unos momentos de indecisión se les admitió en la sala, a la que entraron esgrimiendo una pica con un gorro frigio en su punta al que habían colocado

un crespón negro en señal de luto. Un jovenzuelo habló en nombre de todos. No sólo exigían la liberación de Dobsent y del secretario de la sección, sino que equiparaban su detención «con nocturnidad» a las *lettres de cachet* del Antiguo Régimen y, en consecuencia, proponían que los Doce fueran enviados ante el Tribunal Revolucionario.<sup>[248]</sup>

Isnard respondió con la misma sonoridad pero con más ponderación y medida que el sábado:

—Ciudadanos, la Convención Nacional perdona el ofuscamiento de vuestra juventud. Vosotros queréis ser libres. Es fácil reconocer en estos pasos la efervescencia del sentimiento de la libertad. Pero para mantenerlo es preciso obedecer a las leyes. Sabed que la tiranía, por el hecho de que se esconda en un sótano o se muestre en las plazas públicas, de que esté sobre un trono o sobre la tribuna de un club, de que se presente brillante de oropel o *sans-culotte*, de que lleve una corona o un gorro, no es menos tiranía. El pueblo francés ha jurado no sufrir ninguna. La Convención, órgano de su voluntad, no se dejará influir por ninguna violencia.

Como quiera que cundieran los abucheos y protestas, con el episodio de la antevíspera en la memoria de todos, Isnard quiso obtener el aval de la cámara y sometió a votación si se respaldaba o no su respuesta. Cuando el resultado le fue favorable, Robespierre —tal vez dándose por aludido por lo del sótano— pidió la palabra «en nombre de la salud pública», pero Isnard se la negó. Lo que sucedió después se correspondió, punto por punto, con lo anunciado la noche anterior en el Club de los Jacobinos.

—Sois un tirano, un infame tirano, pido la palabra contra vos —clamó Marat.

—Yo soy el portavoz de la Asamblea —replicó el presidente.

—¡Disparemos el cañón de alarma! ¡Resistencia a la opresión! ¡Que el pueblo se haga justicia a sí mismo! —vociferó l'Ami du Peuple, fiel a su guion.

—Marat, la Constitución, y no la sublevación, es lo que está en el orden del día —repuso Isnard.

—¡Esto es una opresión, tenemos derecho a resistir! —gritó Thuriot.

—Si yo hubiera sido el presidente de la Sección de la Cité, le habría levantado la tapa de los sesos al que hubiera venido a detenerme —añadió Bourdon de l'Oise.

—Pido que Marat sea expulsado porque insulta a sus colegas —contraatacó Lanjuinais.

Hasta «sesenta oradores» hablaban «a la vez», según los *Archives Parlementaires*. La izquierda insistía en que se escuchara a Robespierre, la derecha en que se votara seguir debatiendo la Constitución. La Montaña se empeñó en cebarse con Isnard, echándole al público encima.

—Presidente, sois un tirano... ¡A la Abadía! —rugió Thuriot.

—Yo te acuso de ser el perturbador de la Asamblea —le dijo su circunstancial homólogo en el Club de los Jacobinos, Bentabole.

—Quiero la palabra para responder al presidente —insistió Robespierre.

—Voy a consultar a la Asamblea —resolvió Isnard.

—¡No, no, no! —gritaron los *montagnards*.

—Si queréis que la Convención resuelva, permitidme que la consulte.

—Es contra la tiranía de la Asamblea contra la que reclamo —precisó Marat, estimulando con sus gestos a las tribunas a manifestarse.

—¡Resistiremos a la opresión! —clamaron otros *montagnards*.

—Yo resisto a la de las tribunas desde hace dos horas —les contestó con sorna Isnard.

Vergniaud, respaldado por La Révellière-Lépeaux, Chambon y otros moderados, hizo una propuesta que suponía un cambio radical respecto a su actitud del mes anterior:

—Hay que salir de esta opresión. Vayamos a una votación nominal para saber si se convocan las asambleas primarias. Sólo eso puede salvar a Francia.

Mientras la derecha le aplaudía con fervor, Marat le plantó cara, desafiante:

—¡Que se dispare el cañón de alarma en medio del tumulto y veremos si gobernareis o no la República!

Entonces pidió la palabra Rabaut Saint-Étienne para presentar el informe de la Comisión de los Doce, anticipado tres días antes por Viger. Es decir, las pruebas del complot municipal que justificarían las detenciones acordadas. No podía haber intentado hablar en peor momento, pues bastó su petición para que la Montaña entrara en erupción.

Ahora eran los diputados de izquierdas los que pedían la votación nominal para impedir que se le escuchara. Encabezados por Thuriot, decenas de *montagnards* se dirigieron hacia la mesa de los secretarios bloqueando los accesos a la tribuna. En medio de la confusión Robespierre logró encaramarse hasta ella. Las imprecaciones de los moderados le impidieron hablar pero, como si quisiera escenificar su sublevación anunciada horas antes en el Club de los Jacobinos, se quedó recostado sobre la barandilla. Isnard consultó a la Asamblea y le negó por segunda vez formalmente la palabra. Los insultos llovieron de nuevo sobre él. Entonces el parálítico Couthon lanzó la consigna que más podía sorprender procediendo de su boca:

—¡Levantémonos y salvemos a la patria, porque esta gente quiere perderla!

Las tribunas le aclamaron y, desde el cepo de su sillón rodante, volvió a alzar la voz en medio del tumulto:

—Pido que el presidente sea cesado por haber comprometido deliberadamente la libertad pública y haber rehusado dos veces dar la palabra a Robespierre.

—¡Votación nominal, votación nominal! —corearon los *montagnards* y el público.

—Nadie se opone a la votación nominal —balbució cada vez más harto Isnard.

En el momento en que un secretario iba a proceder a iniciar la consulta, diputado

por diputado, las tribunas elevaron el nivel de la bronca y el centro y la derecha exigieron que se levantara la sesión. Isnard se cubrió en vano. Robespierre seguía apalancado en la tribuna. Entonces tronó Danton:

—Os advierto que tanta impudicia empieza a cansarnos. Os plantaremos resistencia.

Barbaroux lo interpretó como una amenaza y pidió que constara en acta. El propio Danton lo apoyó porque, según el reglamento, eso le daba derecho a aclarar lo que había querido decir.

—Declaro a la Convención y a todo el pueblo francés que si se insiste en mantener encarcelados a ciudadanos que sólo son presuntos culpables y cuyo único crimen es un exceso de patriotismo; y que si se niega constantemente la palabra a quienes quieren defenderles... Declaro que, si aquí hay cien buenos ciudadanos, plantaremos resistencia y salvaremos a la patria.

Era el hombre fuerte del Comité de Salud Pública el que hacía esa advertencia, formando un frente unido con Marat y Robespierre. Pocas veces se había percibido de forma tan clara su alianza. Fue Boyer-Fonfrède quien le dio la réplica:

—Hace más de una hora que el ponente de la Comisión de los Doce ha pedido la palabra sin obtenerla. Es Robespierre el que le impide hablar a él.

Pero Thuriot volvió a cebarse con Isnard, regodeándose en la frase que había pronunciado el sábado sobre la desaparición de París de las orillas del Sena.

—¡En qué siglo vivimos si nos preside un hombre así! ¡Y este presidente dice a personas que tienen mil veces más experiencia que él que perdona su juventud! Es demasiada perfidia: pido que deje el sillón.

Isnard hizo ademán de responderle, pero Lanjuinais y Barbaroux le pidieron que no se «rebajara» y que dejara a Guadet contestar en su lugar.

—No es por vos ni por mí por quien quiero hablar, sino por la representación nacional —dijo el larguirucho diputado de Burdeos.

Sin embargo, la voz de Guadet también fue acallada, pese a que la mayoría respaldó darle la palabra. Entonces Isnard pareció recurrir a una especie de última arma secreta:

—Esto es demasiado. Voy a escribir a toda Francia.

Esgrimiendo la pluma, Isnard comenzó a pergeñar una solemne declaración de protesta. Para la Montaña también eso era en sí mismo una agresión.

—Queréis encender la guerra civil —protestó el exactor y dramaturgo fracasado Collot d'Herbois.

—Si el presidente es lo bastante osado como para proclamar la guerra civil, lo asesino —amenazó truculento Bourdon de l'Oise.

—Dejadme hablar para que pueda romper lo que tengo en la mano —pidió en vano Isnard, esgrimiendo el texto que había escrito y volviendo a dejarlo sobre la mesa.

Aprovechando el caos, el pícaro Basire se acercó al estrado del presidente y con

un movimiento rápido y furtivo se apoderó de un papel y lo exhibió en triunfo, creyendo que era la declaración. Las tribunas le aplaudieron, pero pronto quedaron chasqueadas al ver como Isnard se guardaba su original en un bolsillo, haciendo un gesto ostensible que indicaba que quien lo quisiera, tendría que arrebatárselo por la fuerza.

—Yo quería arrancar de manos del presidente la consigna de la guerra civil —se justificó Basire al comprobar que se había equivocado de papel.

La crónica enviada al *Times* de Londres por un anónimo corresponsal con fecha 30 de mayo incluyó, sin embargo, una versión mucho más dramática de este incidente que decía haber presenciado desde las tribunas: «Cuando [Isnard] acabó de escribir su carta, un diputado de la Montaña se la arrebató de las manos, la rompió en pedazos y la refrotó sobre su cara como muestra de desprecio mientras tiraba de él para quitarle de la silla».<sup>[249]</sup> Su relato encaja más con la exasperada reacción de Barbaroux que los *Archives Parlementaires* consignan a continuación.

—Pido, presidente, que declaréis que ya no existe la Convención Nacional y que las asambleas primarias quedan convocadas.

Entonces empezó a escucharse un ruido creciente tras las puertas que separaban el salón de sesiones de la Sala de la Liberté. En medio de la confusión se supo que un gran número de ciudadanos había desbordado a los guardias de servicio y a los ujieres, se agolpaba por los pasillos y bloqueaba las puertas de acceso.

—He querido salir y me han puesto un sable en el pecho —se quejó el moderado Lidon.

Barbaroux estaba ya apelando al heroísmo clásico frente a los «asesinos» cuando Barère anunció que había varias compañías de la sección burguesa de Butte-des-Moulins alineadas frente a la sala, del lado de la plaza del Carrusel, en orden de batalla. Pero en lugar de fijarse en lo providencial que resultaba que estuvieran ahí y se podía pedir su ayuda, justo cuando la Convención estaba siendo invadida, lo que más pareció importarle fue que no quedaba claro quién las había convocado.

Su capitán, Raffet, candidato de las secciones moderadas para el puesto de jefe de la Guardia Nacional de París otorgado a Boulanger, fue llamado a la barra y aclaró enseguida que sus hombres habían sido reclamados por la Comisión de los Doce para proteger a la Convención. También contó que, al llegar, el comandante del puesto le había pedido ayuda para tratar de despejar los pasillos invadidos y que cuando iba a hacerlo había tenido un incidente con un diputado.

—Marat, al que no conocía, se ha presentado ante mí con una orden muy superior: una pistola en la mano.

—¡Sí, sí! —admitió de entrada l'Ami du Peuple ante el estupor de sus colegas.

—Me ha pedido mis órdenes. Yo le he dicho que sólo se las mostraría al presidente y que no sabía quién era. Entonces Marat ha dicho que le conocería en cuestión de diez minutos y ha mandado detenerme.

L'Ami du Peuple cambió de actitud y se encaramó a la tribuna.

—El comandante del batallón os ha mentado impúdicamente. Es un aristócrata. Él estaba en el complot. ¡Dejadme hablar, hombres de Estado!

Marat tampoco logró ser escuchado. Al cabo de horas y horas de bronca parlamentaria la situación seguía bloqueada y nadie conseguía hacerse oír. Isnard se retiró exhausto y fue sustituido por Boyer-Fonfrède en su condición de antecesor en el cargo. Entonces llegaron casi simultáneamente el ministro del Interior y el alcalde de París. Los dos bandos guardaron silencio para que hablara Garat, erigido de repente en árbitro de la situación.

—Ciudadano presidente, no he venido a pedir la palabra. No he sido llamado por la Convención Nacional. Pero como funcionario público, como ministro del Interior, he corrido al lugar en el que se me ha dicho que había un gran peligro. Ese era mi puesto. He seguido desde su nacimiento los disturbios que estallan en este momento con tanta violencia. Hablaré ante la representación nacional con tanta verdad como si lo hiciera ante el Padre Eterno.

Debían de ser las siete de la tarde. Una hora antes Dutard se había presentado en casa del ministro —le había encontrado de charla con su sobrino— y, según Garat, [250] le había advertido muy alarmado de que «la Convención estaba en el mayor de los peligros, asediada por una multitud inmensa y por una fuerza armada», y de que «se habla de asesinar a los apelantes al pueblo y todo presagia un combate y una carnicería».

Garat se había puesto en marcha cruzando el jardín de las Tullerías, donde vio, sí, grupos de personas, pero «ni demasiado numerosos ni demasiado tumultuosos». En cambio, una vez en el vestíbulo comprobó que en la Gran Escalera se agolpaba una «multitud muy grande y muy agitada» que llegaba hasta la Sala de la Liberté y presionaba hacia las puertas de la sala de sesiones, «pero sin ningún arma, al menos visible». También contempló la fuerza armada dispuesta al otro lado del palacio. Entonces se encontró con Lidon, que le contó lo que le había ocurrido y le dijo que iba a denunciarlo a la sede de los Doce. Garat fue con él al contiguo Hôtel de Breteuil y allí coincidieron también con Pache y Destournelles, que terminaron discutiendo con varios de los integrantes de la Comisión. Rabaut Saint-Étienne, «exhausto por la fatiga», tras su estéril forcejeo por intervenir ante la Asamblea, se estaba tomando un caldo. Fue entonces cuando el alcalde explicó al ministro que había tenido que firmar, a instancias de la Comisión de los Doce, un requerimiento para que tres secciones moderadas —Butte-des-Moulins, Quatre-Vingt-Douze y Mail— desplazaran trescientos hombres cada una para proteger a la Convención. Garat se indignó por no haber sido informado de la iniciativa.

A continuación decidieron acudir a la sala de sesiones, saliendo a la plaza del Carrusel y cruzando delante de los soldados de Butte-des-Moulins. El ministro comprobó cuál era su ánimo al escuchar comentarios contra las autoridades municipales: «¡Ahí van esos echarpes villanos!», «¿Cómo puede ir Garat con esos granujas?». En cambio, un nutrido grupo de hombres y sobre todo mujeres situados al



final de la hilera de soldados expresaron la opinión opuesta: «Esos que pasan son nuestros buenos padres». La concentración popular no era espontánea porque el toque de llamada había batido en las secciones más soliviantadas contra los Doce.<sup>[251]</sup>

Garat dice en sus *Memorias* que al entrar en la sala de la Convención tuvo la impresión de llegar a un campo de batalla en el que había dos ejércitos frente a frente. Y añade que fueron los diputados los que le pidieron que hablara. «¿Qué es lo que debía decir? Yo no sabía nada». Sin embargo, la lectura de su intervención indica que el ministro tenía claro el mensaje que quería transmitir.

Tras su enfática introducción apelando al Padre Eterno, Garat admitió que «todo lo que sucede hoy y todo lo que nos amenaza tiene como causa principal el rumor extendido de que en un conciliábulo presidido por el alcalde de París se había tramado un gran complot contra la libertad». A partir de ahí su gran empeño fue blanquear la conducta de Pache, dando por buena su versión de que el complot había sido atajado de raíz, y sembrar las dudas sobre el buen juicio de la Comisión de los Doce. Lo hizo poco menos que interpelando a Boyer-Fonfrède.

—Ignoro, ciudadano presidente, si la Comisión de los Doce ha recibido otras informaciones. ¿Pero se debe dar el nombre de conciliábulo tenebroso a un comité convocado de forma pública ante el cielo y la tierra? ¿Las propuestas hechas en una asamblea deliberativa, sean las que sean, constituyen un complot? ¿Esas proposiciones execrables, pero rechazadas con execración por la Asamblea, constituyen un complot cuya existencia sea preciso denunciar?

En medio de fuertes aplausos de la Montaña y una creciente sensación de estupor corroyendo ya a los moderados, Garat pasó a justificar la posición de fondo de la Comuna en los debates sobre el reclutamiento y el impuesto sobre los ricos. Era cierto que se trataba de «verdaderos actos de soberanía» que podían dar la impresión de que las autoridades municipales se erigían como un poder rival de la Convención, pero había sido esta la que le había marcado la pauta al aprobar los decretos del Departamento de Hérault.

—La Comuna no ha usurpado poderes. No ha hecho más que ejercer los que había recibido de la propia Convención.

Garat no añadió a esta reflexión la que había transmitido esa misma madrugada a Rabaut Saint-Étienne en el sentido de que la Asamblea debía «retirar» a la Comuna el control sobre la fuerza armada. Ni tampoco dijo que «bajo el imperio de la ley» el lugar de Hébert y Marat era la cárcel. El ministro «temía a los furiosos [...], no quería exponerse ni siquiera levemente a su furor».<sup>[252]</sup> Al contrario: comentó que tanto el alcalde como su viejo amigo Destournelles le habían dado las mejores referencias de Hébert y que lo único que podía objetar es que los textos del *Père Duchesne* eran «indignos de un magistrado». Pero incluso esto debía ser matizado.

—Siento, naturalmente, una gran aversión por todos estos escritos. Pero acabamos de cumplir cinco años de Revolución en los que todas las crisis han sido tan violentas, en los que se ha visto aparecer todos los días innumerables escritos de

todos los bandos excitando al pueblo a las medidas más sanguinarias, que sorprende que en este caso haya habido tanta susceptibilidad.

El ministro del Interior sugería pues que no era justo encarcelar a Hébert por lo que era moneda de uso corriente. El público prorrumpió en aplausos, la Montaña se vino arriba y la Planicie y el centro se sumieron en el desconcierto. Birotteau trató de interrumpir a Garat y Lévasseur le hizo callar. Guadet pidió la palabra y Legendre se dirigió hacia él en ademán de agredirle. Lasource y otros moderados se interpusieron. Boyer-Fonfrède tuvo que cubrirse.

Cuando renació la calma Garat continuó la labor de demolición de la credibilidad de sus supuestos amigos y aliados. Quitó importancia a las aglomeraciones en torno a la Convención e incluso al bloqueo de sus accesos, pues si bien no había podido entrar «por ese lado», dijo señalando el flanco izquierdo del presidente que daba a la Sala de la Liberté, sí que lo había podido hacer por el otro, «por el que la entrada y la salida son muy fáciles».

—Eso no es verdad, yo he sido insultado —protestó Lidon.

—Pero basta un solo hombre para insultar a otro. Para eso no hace falta la multitud. Y eso no prueba que todas las puertas de la Convención estén cerradas y asediadas.

Y para demostrar lo que no era sino un sofisma, Garat hizo una propuesta que en sí misma suponía reconocer que la situación era extraordinaria y grave:

—Propongo que los miembros de los dos lados de la Convención, mezclados y precedidos de las autoridades constituidas, salgan de esta sala y se presenten delante del pueblo. Si hay algún peligro yo seré el primero en correrlo. Pero me atrevo a garantizar que no lo hay.

Los nutridos aplausos del público, encantado con el curso de los acontecimientos, llevaron al ministro a recrearse, con una mezcla de malicia y bobaliconería, en el episodio que él mismo había creado.

—¿Escucháis, ciudadano presidente, con qué entusiasmo aplauden estos *sans-culottes* el compromiso que adquiero aquí en su nombre? ¿Creéis que me aplaudirían si albergaran en su corazón intenciones criminales?

Estimulado por las reiteradas ovaciones que de repente transfiguraban al burgués gafoso, profesoral y elitista en nuevo héroe de las masas populares, Garat no quiso acabar sin terminar de apuñalar a los miembros de la Comisión de los Doce. Lo hizo con «un aire benevolente» que a ojos de Jaurès le volvía «casi despreciable».

—He creído ver en ellos una mezcla extraordinaria de sospechas contra las personas que no les gustan, de terror en el que su imaginación es golpeada por la cosa pública, y de deseo de mostrar un gran coraje, de dar la impresión de que rinden un gran servicio a la República. Y ha sido todo esto lo que les ha llevado a cometer errores que me parecen incomprensibles. Son hombres de bien, pero la virtud misma tiene sus errores y no son los menos peligrosos.

En medio del delirio de unos y la consternación de otros, el ministro del Interior

culminó su perorata insistiendo —era en definitiva su mensaje— en que en París no pasaba nada.

—La Convención podrá salir sin peligro de su sala de sesiones. Todos volveréis sanos y salvos a vuestros domicilios.

Ignorando la acumulación de acontecimientos de las últimas semanas y meses, el pillaje de comercios en febrero, la abortada conspiración de marzo, las resoluciones furibundas de los clubes, la agitación callejera, las listas de diputados a proscribir, las reuniones del Arzobispado o la condición policial de los instigadores a la masacre, Garat actuaba así como un avestruz diletante e irresponsable. Y encima pretendía erigirse en referencia de equidistancia y racionalidad. La prueba de que por un momento lo consiguió fue la inmediata intervención de Danton, poco menos que pidiéndole un «certificado de moderación».

—Emplazo al ministro a que diga si yo no he ido muchas veces a su casa a pedirle que calmara los disturbios, que apaciguara todos los odios, que predicara la unión. Hay hombres que no se pueden despojar de un resentimiento. A mí la naturaleza me ha hecho impetuoso pero exento de odio.

¿A qué venía este paso atrás de quien siendo el líder del comité más poderoso de la Convención se había declarado dispuesto poco antes a «plantar resistencia» a los designios de la mayoría? ¿Mala conciencia anticipada o simple vanidad patológica en un hombre que casi siempre controlaba sus emociones? Todo indica que Danton no se sentía cómodo en el papel hacia el que le arrastraba la fuerza de las cosas. Tal vez porque presentía que iba a encontrarse de nuevo en una tesitura en la que, en palabras de Jaurès, «ya no sería posible seguir cubriendo con la violencia de las palabras la moderación de los actos».<sup>[253]</sup>

Tras la faena del ministro, el alcalde tenía el toro en suerte. Pache sólo necesitó remachar el clavo que Garat había introducido en el seno de la Asamblea.

—París estaba en estado de calma hasta que la Comisión de los Doce ha ordenado arrestos que son generalmente considerados como arbitrarios.

Su martillazo definitivo, «obra maestra del maquiavelismo y la hipocresía»,<sup>[254]</sup> fue la denuncia de que los Doce le habían obligado a movilizar la fuerza armada de tres secciones de su confianza, próximas a la Convención, sin tener facultades legales para ello.

—Advertiré que estas secciones en armas son ahora muy republicanas, pero en tiempos más lejanos tuvieron la desgracia de mostrar otros sentimientos y el prejuicio sobre ellas no se ha destruido del todo.

La hábil alusión de Pache al pasado monárquico de esos barrios burgueses de París y su implicación en la defensa de las Tullerías el 10 de agosto terminó de encender los ánimos de la Montaña y las tribunas. Pese a lo avanzado de la hora fue entonces cuando se redobló la ofensiva para disolver la Comisión de los Doce, anular sus decretos y castigar a sus miembros. Sin lograr recuperarse del daño causado por la intervención de Garat, los moderados trataron de levantar la sesión como fuera,

«empleando contra sus adversarios —según la propia *La Chronique de Paris*— armas que deberían prohibirse a las dos partes».<sup>[255]</sup> Es decir, el obstruccionismo a base de pateos y abucheos.

En esos mismos momentos los principales dirigentes jacobinos que no eran diputados informaban en el Club de los Jacobinos de la marcha de los acontecimientos. La voz cantante la llevaba el arquitecto Dufourny, hombre fuerte del Departamento de París, que acababa de regresar de la Convención.

—Los patios estaban llenos de ciudadanos. Cuando estaban en una actitud muy pacífica y respetuosa, doscientos hombres de la Sección de Butte-des-Moulins se han presentado armados de fusiles y bayonetas. La gente les ha gritado: «¡Abajo las bayonetas!». Y esta fuerza armada ha replegado sus bayonetas y se ha dispersado momentos después.<sup>[256]</sup>

Mientras se celebraba la noticia, el químico Hassenfratz, hombre de confianza de Pache, exclamó:

—¡No sé por qué fatalidad el castillo de las Tullerías está destinado a ser la madriguera del despotismo!

El radical Mazuel, futuro comandante de caballería del Ejército Revolucionario, resumió entonces el pulso de la calle e hizo una propuesta:

—No debéis ignorar que el pueblo se levanta y que se levanta en masa. He estado en el *faubourg* Saint-Antoine. La gente leía con indignación la respuesta amenazante de Isnard. ¿Qué debemos hacer? Levantarnos todos, rodear la Convención sin armas y preguntarle si quiere salvar al pueblo.

Dufourny advirtió entonces que ya se estaba dando cauce a la rebelión popular y que en las próximas horas habría acontecimientos.

—Anuncio a la Sociedad que mañana a las cinco habrá en el Arzobispado una asamblea compuesta por electores y patriotas.

—Reunámonos para pedir el aniquilamiento de la odiosa Comisión de los Doce —repuso otro de los asistentes.

Entonces tomó la palabra una representante de las Ciudadanas Republicanas Revolucionarias.

—Es hora de que no veáis en nosotras a mujeres serviles o animales domésticos. Es hora de que nos mostremos dignas de la causa gloriosa que defendéis. Queremos secundar vuestro celo y compartir vuestros peligros. Indicadnos el lugar donde nuestra presencia sea necesaria.<sup>[257]</sup>

Puesto que la sesión se levantó en el Club de los Jacobinos a las nueve y media, al menos media hora antes de lo normal, es fácil deducir que la mayoría de los asistentes se dirigieron a la Convención dispuestos a contribuir a llevar a cabo sus planes. Allí pudieron comprobar cómo los diputados moderados habían ido retirándose, desanimados y hastiados tras tantas horas de lucha a pulmón partido con las tribunas. En cambio, según el relato de *Le Patriote Français*, «un gran número de peticionarios y de extraños llenaban los bancos» y «el tumulto era espantoso [...],

porque los anarquistas habían logrado infiltrarse entre sus adversarios y las provocaciones e insultos tenían lugar a cada palabra». [258]

Tal vez por cansancio o para propiciar la desbandada, Boyer-Fonfrède dijo que dejaba el sillón presidencial, seguro de que ninguno de sus predecesores moderados que estuviera presente aceptaría reemplazarle. Pero quien sí lo hizo fue un diputado de ademanes aristocráticos y rasgos apolíneos que había ocupado la presidencia en el ya remoto mes de noviembre y acababa de regresar de una misión de casi seis meses en Saboya. Era Jean-Marie Hérault de Séchelles.

Íntimo amigo de Michel Le Peletier e hijo de una familia aristocrática vinculada a la abogacía como él, Hérault de Séchelles había seguido también su misma evolución ideológica. Tras haber hecho carrera como cortesano protegido por María Antonieta, gracias a la amistad de la reina con su prima la marquesa de Polignac, se había vinculado a los *feuillants*, al ala derecha de la Asamblea Legislativa y a la Planicie de la Convención —por eso había sido elegido presidente—, para evolucionar después hacia posiciones más radicales. A Saboya había llegado para respaldar el proceso de anexión a Francia junto con un diputado nacido allí, el exsacerdote Simond. Ambos se hicieron amantes de dos atractivas hermanas apellidadas Bellegarde y ello contribuyó a que su tarea se prolongara durante tanto tiempo.

Su colega Paganel dice que «era uno de los hombres más guapos de Francia, de estatura elevada, rostro moreno, muy noble, tenía los modales de la corte». Y añade: «La pereza dominaba todos sus gustos y el amor por las mujeres todas las demás pasiones». [259] Kuscinski ve a Hérault como un hombre aislado que «se había lanzado al movimiento revolucionario sin saber demasiado por qué». [260] Aulard sostiene que «el bello Séchelles pasó por todas las fuerzas revolucionarias sin quedarse en ninguna [...]; indolente, egoísta, complacía a todos [...]; no fue un hipócrita sino un epicúreo que probaba la flor de cada opinión». [261] Su prioridad a finales de ese mes de mayo era recolocarse en París y de su conducta se desprende que se había dado cuenta de que el viento soplaba en dirección a la Montaña.

Eran ya las diez de la noche y uno de los Doce, el expansivo Henry-Larivière, exigió que, si no se levantaba la sesión, se escuchara el informe de su comisión que la Montaña y las tribunas habían logrado bloquear. Pero el nuevo presidente no optó ni por lo uno ni por lo otro, sino por dar paso a una serie de delegaciones de las secciones más radicales de París, alegando que llevaban tres horas de espera. Henry-Larivière dijo entonces que dimitía como miembro de los Doce, pero nadie le hizo el menor caso, pues había llegado el turno de los *sans-culottes*.

«¡Qué delegaciones, Dios mío!», escribiría el sensible y desazonado Buzot en sus *Memorias*. «Parecía que se hubiera buscado en todos los desagües de París y otras grandes ciudades todo lo más sucio, lo más espantoso, lo más infecto. Villanos de rostros terrosos, negros o cobrizos, recubiertos de una espesa mata de cabellos grasientos, con los ojos hundidos a mitad de la cabeza. Con sus alientos nauseabundos proferían las más groseras injurias entre gritos agudos de bestias

carniceras». [262]

El primer orador, tocado de un gorro frigio, aseguró hablar en nombre de veintiocho secciones —las dieciséis de la víspera más una docena de nuevas adheridas— y mezcló las grandes declamaciones en la estela de Robespierre con las exigencias concretas:

—El vicio y la virtud no pueden formar un todo homogéneo. Es preciso que el vicio desaparezca del globo y que la virtud triunfante se establezca sobre los escombros de un trono ensangrentado por demasiados desmanes. Devolvednos a los verdaderos republicanos, destruid a una comisión tiránica y odiosa y que de inmediato la virtud triunfe.

Hérault de Séchelles les respondió con una frase rotunda que resume como ninguna otra el credo o, para ser más exactos, la propaganda jacobina del momento.

—Ciudadanos, la fuerza de la razón y la fuerza del pueblo son la misma cosa.

—Presidente, habéis dicho una gran verdad —le jaleó el «asesinado» Léonard Bourdon.

Espoleado por tales elogios y por los fuertes aplausos de la concurrencia, el «bello Hérault», «patriota por apariencia, anarquista por miedo» según la prensa moderada, [263] fue un paso más lejos:

—Venís a reclamar a vuestros magistrados. Venís a reclamar justicia. La justicia es en estos momentos la parte más esencial de nuestros deberes. Os la daremos.

—Someted a votación, presidente, la libertad de los ciudadanos y la supresión de la Comisión de los Doce —concretó Bourdon.

Antes de que se tomara ninguna decisión compareció en la barra un portavoz de la combativa Sección de Gravilliers, arropado por un gran número de *sans-culottes*. Su mensaje concluyó con una especie de ultimátum, dirigido al ala izquierda de la Convención:

—Diputados de la Montaña, vosotros que habéis aplastado la cabeza del tirano, os conjuramos a que salvéis a la patria. Si lo podéis y no lo queréis, sois unos cobardes y unos traidores. Si lo queréis y no lo podéis, confesadlo. Ese es el objeto de nuestra misión. Cien mil brazos están armados para defenderos. Pedimos la liberación de los patriotas encarcelados, la supresión de la Comisión de los Doce y el procesamiento del infame Roland.

Esta inesperada propina redobló los entusiasmos. Hérault de Séchelles les concedió, al igual que a la anterior delegación, los honores de la sesión. Como las tribunas estaban llenas, una parte de los peticionarios siguió ocupando los bancos vacíos de los diputados en los que ya se habían colado numerosos espontáneos. Hacía tiempo que los guardias nacionales de las secciones burguesas habían sido devueltos a sus casas y ni el minúsculo contingente de servicio ni los ujieres tenían la menor capacidad de impedirlo.

Guadet intentó hablar en vano y Hérault dio paso a un nuevo orador popular, esta vez de la Sección de la Croix-Rouge. Se repitieron los argumentos, los aplausos, los



hombres de confianza de Danton, convirtieron sus peticiones en una doble moción, por la que se suprimía la Comisión de los Doce y se ponía en libertad a los detenidos. Fue sometida a votación entre las protestas de unos doscientos diputados, acalladas por los abucheos del público. Era poco menos que imposible determinar quién votaba y quién no, quién se levantaba para respaldar las propuestas y quién para despotricar contra ellas. En pleno caos, Héroult de Séchelles proclamó, sin embargo, que la doble moción había sido aprobada.

El propio Garat admite que «la supresión de la Comisión de los Doce fue puesta a votación sin que [a sus portavoces] se les hubiera permitido hablar, y el decreto de su supresión fue pronunciado por el presidente sin que quedara demostrado que había sido aprobado».<sup>[264]</sup> El diputado de Bayona, Arnaud Meillan, sostiene en sus *Memorias* que él estaba a diez pasos del presidente, mirándole «cara a cara», y añade: «Puedo acreditar que no he visto ni oído someter a votación el decreto».<sup>[265]</sup>

Según Héroult de Séchelles, la Convención había decretado que Hébert, Varlet, Dobsent y los demás fueran excarcelados y que la Comisión de los Doce había dejado de existir. Ni siquiera se permitió la lectura de una carta en la que sus miembros declaraban haber cumplido con su deber.

¿Pero de dónde habían salido los votos para que la Convención se desautorizara a sí misma? La nueva mayoría había quedado configurada por una mezcla de diputados *montagnards*, delegados de las secciones e invasores del hemiciclo a los que se les había permitido votar. Se había aplicado pues la receta de Legendre. Algo «conforme a las ideas populares en materia de soberanía»,<sup>[266]</sup> según escribirá Soboul. La sesión se levantó a las doce y media de la noche al cabo de casi quince horas de bronca ininterrumpida.

El presunto cabecilla de la Planicie, Durand de Maillane, asistió con el mutismo de siempre al espectáculo, pero luego escribió en sus *Memorias* que «no hubo escena más humillante que esta», considerándola además «el inicio de todas las tragedias cuyo desenlace ha sido la muerte violenta de los actores de los dos partidos».<sup>[267]</sup> En la Convención había habido ya más que palabras. Es imposible resumir lo ocurrido mejor que como lo hizo el ministro que tanto contribuyó a ello con la untuosa cobardía del filósofo rancio: «En las palabras todo violaba la razón, en los hechos todo violaba las leyes».<sup>[268]</sup>



## VEINTICINCO

«La obra de la iniquidad acaba de ser consumada», resumió *La Chronique de Paris*, arremetiendo contra «los tarados de la Montaña que han lanzado al asalto sus pulmones para neutralizar con sus vociferaciones las justas reclamaciones de los diputados fieles a sus deberes».<sup>[269]</sup> «¡Hérault, tú responderás un día ante Francia por el oprobio de una sesión como esta! ¡Garat, tú responderás un día ante Francia de las desdichas inevitables en las que va a sumirnos este triunfo de la anarquía a la que prestas tu apoyo por debilidad!», clamó *Le Patriote Français*<sup>[270]</sup> señalando a los culpables directos de lo ocurrido.

Sin embargo, aunque la prensa moderada quedara impregnada de estos sentimientos de frustración y fatalismo, algunos diputados no estaban dispuestos a consentir que las cosas quedarán así. Y menos que ninguno Lanjuinais, «el hombre al que no le asustaba nada»,<sup>[271]</sup> siempre por libre, siempre dispuesto a alzar su voz en defensa de los principios democráticos por perdida que pareciera su causa. Apenas se abrió la sesión del martes 28, pidió la palabra para oponerse a la aplicación de lo acordado por la noche:

—Sostengo que no se aprobó ningún decreto. Y si se aprobó alguno, pido su anulación. La cuestión que os someto es la más importante que ha sido tratada desde que Francia se ha dotado de un cuerpo como nación. Si cometo errores, desveladlos; pero escuchadme.

Pese a los murmullos de la Montaña, el diputado bretón proyectó de forma rotunda y descarnada su opinión sobre el recinto:

—Todo está perdido, ciudadanos. Quiero denunciaros que el decreto aprobado ayer supone una conspiración mil veces más atroz que todas las tramadas hasta ahora. En París se pone en libertad a los que predicán el asesinato y la anarquía a dos perras la hoja. El domingo se ha planteado en los Jacobinos la moción de masacrar a la Convención y a los ricos de París. Esta tarde se reanudará esa deliberación infernal en el Arzobispado. ¡Existen las pruebas y vosotros no queréis reprimir esas atrocidades! ¡Hay monstruos ávidos de sangre y de dominación y vosotros los protegéis!

Los murmullos se convirtieron en ruidosas protestas, pero Lanjuinais siguió haciéndose oír:

—Hoy uno se vuelve asesino y bandolero como antes se convertía en hechicero al llegar el sabbat. Ayer no erais libres, habéis sido dominados por los predicadores del asesinato y la anarquía.

Entonces Legendre, «carnicero de carne humana» según el abate Fauchet,<sup>[272]</sup> dio rienda suelta a la exasperación que el diputado bretón producía siempre en la Montaña.

—Advierto a Lanjuinais que si sigue por ese camino, voy a subir a la tribuna y lo tiraré abajo.

El público le aplaudió con vehemencia, pero eso cargó de razón a los moderados.

—Pido que la declaración de Legendre no se pierda, que conste en acta —reaccionó Barbaroux.

—Nada prueba mejor la tiranía ejercida ayer contra la Convención que lo que acaba de ocurrir —corroboró el propio Lanjuinais.

El debate se centró enseguida en si la votación de la víspera había quedado adulterada o no por la participación de personas ajenas a la cámara. Lévasseur lo negó y Defermon dijo que en las deliberaciones habían intervenido «borrachos, mujeres y niños». Guadet y Jeanbon Saint-André —recién reintegrado a la cámara tras su misión evangelizadora en varios departamentos— se enzarzaron en torno al sentido y papel de la Comisión de los Doce. Finalmente se acordó decidir, mediante votación nominal, si se restablecía o no. Mientras tenía lugar el escrutinio, Robespierre obtuvo la palabra que se le negó la víspera y, dando por hecho que la Montaña sería la perdedora del recuento, se dejó llevar por uno de sus periódicos ataques de masoquismo político.

—Que los criminales acaben su odiosa carrera. Les cedo esta tribuna: que vengan a destilar sus venenos, que vengan a expandir las llamas de la guerra civil, que mantengan correspondencia con los enemigos de la patria. Que lo que hay de más cobarde, más impuro y más vil sobre la Tierra triunfe y devuelva a la esclavitud a una nación de veinticinco millones de hombres que querían ser libres.

Sin embargo, aunque el triunfo de los moderados quedó acreditado enseguida, tenía todos los visos de una victoria pírrica porque su margen había sido muy inferior a lo esperado: 279 votos a favor de reponer a la Comisión, 238 en contra. Eso significaba que docenas de diputados de la Planicie e incluso destacadas figuras del bando moderado como Condorcet habían asumido las tesis apaciguadoras y habían votado junto a la Montaña. También que el Comité de Salud Pública en pleno había votado contra el restablecimiento de la Comisión, y eso incluía, para pasmo de ingenuos, a su oportunista promotor Barère. Y también que si los 67 diputados que, según el recuento, aún seguían en misión hubieran estado presentes, las tornas se habrían invertido. Teniendo en cuenta que sólo había transcurrido un mes y medio desde que se acordara el enjuiciamiento de Marat por 226 votos contra 92, era obvio que, por muy distintos que fueran los dos asuntos, la Asamblea se había seguido desplazando hacia la izquierda. La coacción de las tribunas y los errores de los moderados jugaban, pues, a favor de la Montaña.

El anuncio del resultado encorajinó tanto al público como a los diputados radicales, que volvieron a concertarse para impedir de nuevo que Rabaut Saint-Étienne —quien se había abstenido en la votación, al igual que Bergoeing y Bertrand — leyera su prometido y anunciado informe. Tan sólo logró subir a la tribuna.

—Ciudadanos, en nombre de la salud pública...

Por tres veces la voz del clérigo protestante que negociara con los grandes juristas del viejo régimen el Edicto de Tolerancia a favor de la libertad de culto fue acallada

por los abucheos de quienes no estaban dispuestos a tolerarle a él. A la tercera se dio por vencido y anunció, completamente desanimado, que dimitía como miembro de la Comisión de los Doce. En medio de la confusión alguien propuso que se confirmara la puesta en libertad de los detenidos y la Convención cedió, según Isnard, como prueba de «clemencia».<sup>[273]</sup>

Desde el punto de vista de los moderados era el peor de los desenlaces imaginables. La Comisión de los Doce —patrocinada diez días antes por Barère como sucedáneo a las medidas contundentes propuestas por Guadet— volvía a ser el espantapájaros que la Montaña, los Jacobinos y la Comuna podían agitar ante los airados sans-culottes, las Ciudadanas Revolucionarias y demás furias desatadas en mayo; pero además quedaba debilitada, descabezada y desautorizada en una misma carambola.

Sin embargo, el informe que iba a leer Rabaut Saint-Étienne, cuya impresión y distribución fue acordada a modo de desagravio, acredita que en sus «cuatro días y cuatro noches de trabajo incesante» la Comisión había llegado a una evaluación de lo que estaba en marcha en París bastante cercana a la realidad. En concreto veía a la Convención rodando «sobre la pendiente de su ruina» mientras «varias conspiraciones diversas, combinadas para llegar a un mismo objetivo» estaban «a punto de estallar». Precisamente la estrategia que había adoptado la Comisión tras su irrupción *in extremis* en el escenario de la crisis consistía en «cortar los hilos que anudaban» esas tramas convergentes.

Eso era lo que justificaba la detención de Hébert. Rabaut Saint-Étienne no sólo no expresaba ninguna discrepancia con la medida, sino que mostraba su indignación al relatar el momento del interrogatorio en el que el creador del Père Duchesne les había explicado que «sus expresiones eran siempre figuradas, en un estilo que sin exageración carecería de sal»: «¡Exageración, cuando se trata de entregar vidas a los puñales de los asesinos! ¡Sal y gracia cuando se incita al pueblo a la masacre! ¡Menudo lenguaje para un magistrado!».

No era la condición de periodista de Hébert la que les había llevado a dar el paso, alegaba Rabaut en el pasaje clave de su argumentación, sino el cargo público que ocupaba. «¿Podíamos no atraer vuestra atención sobre los escritos de un magistrado, miembro de una Comuna que rivaliza con vuestra autoridad, que adopta decretos que pueden ser denominados leyes, que parece aspirar a sustituir vuestra autoridad ya fuertemente quebrantada y cuyo jefe ha firmado él mismo la relación nominativa de los veintidós de vosotros cuya muerte sería la señal que iniciaría la guerra civil?». Cualquiera diría que la pregunta —alusión a Pache incluida— iba formulada en primer lugar a su amigo Garat.

Los moderados aún recibieron una última muestra de apoyo a través de la comparecencia de la sección burguesa de Gardes-Françaises, adhiriéndose al planteamiento de las que habían denunciado lo ocurrido en la alcaldía o enviado tropas a defender la Convención. Bastó que su portavoz arremetiera contra «los

canallas escondidos bajo la máscara del patriotismo» para que la cámara se dividiera sonoramente y las tribunas inclinaran en su contra la balanza del ruido. «¡Id a Coblenza!», gritaron desde la Montaña aludiendo a la capital de la contrarrevolución monárquica.

Basire y otros diputados de su laya fueron más allá y comenzaron a hostigar a los peticionarios delante de la misma barra. Los moderados se movieron en su defensa y Basire le dio un ostensible codazo al anodino diputado de Mont-de-Marsan, Lefranc, quien le respondió con un puñetazo. Como en una riña tabernaria, diputados de uno y otro bando sujetaron a los contendientes, mientras otros trataban de entrar en liza. El presidente se cubrió en vano y sólo los esfuerzos de los más juiciosos impidieron que el médico montagnard de la Dordogne, Jean-Baptiste Taillefer, terminara de desenfundar la espada con la que parecía querer hacer honor a su apellido.

Restablecida una calma provisional y con los peticionarios que acababan de comprometerse a proteger a la Convención —«No tenéis más que decir una palabra y estaréis rodeados de defensores»— admitidos a los honores de la sesión e instalados dentro de la sala, Danton puso el broche al debate con otro de sus característicos bandazos. Si la víspera había buscado la vitola de la centralidad al paio de la intervención de Garat, ahora que la Montaña y las tribunas habían doblado la mano de la Convención y todo parecía a punto de precipitarse, su reacción no podía ser otra sino la de volver a intentar ponerse a la cabeza de la sublevación, ya se vería si para tirar de ella o más bien para taponarla.

—Es hora de que el pueblo no se limite a la guerra defensiva y ataque a todos los factótum del moderantismo... Es hora de que nos coaliguemos contra los complots de todos los que querrían destruir la República. París será siempre el terror de los enemigos de la libertad. Y puesto que el pueblo se reunirá en masa, las secciones de los grandes días harán desaparecer para siempre a estos miserables feuillants, a estos cobardes moderados cuyo triunfo es de un momento.

Un discurso parecido aunque más convulso había salido poco antes de labios de Chaumette ante el Consejo General de la Comuna. De sus palabras se deduce que el procurador síndico había sido informado de la reposición de la Comisión de los Doce pero aún no de la puesta en libertad de los detenidos. Según un periodista presente, «Chaumette estaba muy agitado: el sudor corría por su rostro y estaba sentado en la tarima con la cabeza apoyada entre las manos; de repente se levantó bruscamente y revolviendo los papeles que llevaba comenzó a gritar»:<sup>[274]</sup>

—¡Hemos sido traicionados, la libertad está perdida, todos los principios han sido violados! ¡Un poder monstruoso se levanta, un poder dictatorial aniquila el pensamiento, la libertad de opinión, la libertad de prensa! El lado derecho de la Convención Nacional, periodistas, anotadlo bien... Sí, el lado derecho conspira contra la Revolución y la República. ¡Es preciso que el pueblo se muestre, es preciso! Pero sobre todo nada de sangre, ciudadanos. Aunque me pinten como un hombre sanguinario, a mí no me gusta la sangre.

Todavía estaba interviniendo Chaumette cuando entró en la sala Hébert, seguido de Varlet y acompañado de un cortejo de desarrapados que celebraba su «triunfo» a semejanza del de Marat. En medio de escenas de júbilo, grandes abrazos y una enorme ovación, alguien le entregó al procurador una corona de hojas y flores para que ciñera las sienes de su adjunto. Era el momento cuya mera ensoñación tanto había sulfurado a Isnard. Chaumette fue a hacerlo realidad, pero Hébert no se lo permitió. Cogió la corona y la colocó sobre un busto de Rousseau, alegando que esos homenajes correspondían a los muertos ilustres. Entonces una ciudadana descendió de la tribuna y colocó otra sobre el de Bruto. Chaumette propuso pedir a la Convención que los miembros de la Comisión de los Doce fueran conducidos ante el Tribunal Revolucionario. La moción quedó aprobada.

Dutard llegó a las tribunas casi a la vez que se levantaba la sesión y enseguida se dio cuenta de que se había perdido algo importante. Como conocía al secretario Dorat-Cubières, se acercó a su despacho para que se lo contara y en ese momento llegó también el policía Marino, quien, según Dutard, «tenía la moral y el físico de un carnicero o de un marinero [...] brutal y grosero».<sup>[275]</sup>

—¿Qué ha pasado? ¿Qué hay de nuevo? —preguntó el policía adorador de Marat.

—¡Ay, amigo mío! No ha habido nunca una sesión tan interesante como esta. Hébert, Varlet... —respondió el secretario.

—Pardiez, ya sé que Hébert y Varlet han venido. Pero yo hablo de lo que nos concierne. ¿Qué pasa con la Comisión de los Doce?

Era obvio que individuos como Marino no se conformarían nunca con que la partida acabara en tablas. No en vano, según un reciente estudio sobre la policía de París, «su destino era convertirse en una especie de serial killer de la Revolución».<sup>[276]</sup>

## VEINTISÉIS

Desde primera hora de la propia tarde del martes 28 de mayo, cuatro o cinco gendarmes a caballo caracoleaban sobre el empedrado de la plaza del Arzobispado. Una treintena de guardias nacionales con los uniformes sucios y rotos, pertenecientes probablemente a la Sección de la Cité, daban la sensación de proteger el recinto. Dos centinelas apostados a la puerta controlaban la entrada. Tal y como había adelantado Dufourny la víspera en el Club de los Jacobinos, sólo podían acceder los «electores» y los «patriotas». Es decir los miembros de la Asamblea Electoral designados en septiembre por las secciones, como parte del proceso para elegir a la Convención, y aquellos que mostraran sus tarjetas acreditativas de pertenecer al Club de los Jacobinos, al de los Cordeleros o las Ciudadanas Republicanas Revolucionarias.

La convocatoria podía ser considerada como una continuación de las reuniones celebradas a lo largo de abril y mayo con el motivo o pretexto de tratar sobre el precio de las mercancías, la fijación del *maximum* o el impuesto sobre los ricos. Pero también era una prolongación de las polémicas asambleas organizadas por los responsables de la policía en la alcaldía para tratar el desarme de sospechosos. En realidad los encuentros del Arzobispado se habían ido convirtiendo en la principal plataforma de oposición a la mayoría moderada de la Asamblea, y no por casualidad había salido de allí la petición del 15 de abril contra los veintidós diputados señalados con sus nombres y apellidos. Era además el lugar de convergencia en el que los Jacobinos y la Comuna coordinaban sus estrategias con las de los sectores más radicales.

Había llegado la hora decisiva de tomar las medidas necesarias para «salvar a la Patria», lo cual, para la mayoría de los asistentes, quería decir sublevarse contra la Convención que legítimamente representaba la soberanía nacional. Pero tanto Robespierre como las propias autoridades municipales habían inculcado al movimiento insurreccional la obsesión de que una legitimidad sólo podía combatirse desde otra legitimidad. De ahí que esa tarde la Asamblea del Arzobispado lo único que pudo constatar fue que carecía de los poderes necesarios para tomar acuerdos de fondo. Entre los cientos de activistas radicales asistentes había cerca de ochenta delegados de las secciones, pero ni representaban a la mayoría ni tenían un mandato lo suficientemente amplio como para comprometerse a nada.

Su principal acuerdo fue, por lo tanto, nombrar un comité de seis miembros liderado por el propio Dufourny para que fuera el que diera los siguientes pasos. Y fue este clandestino Comité de los Seis —nunca se llegó a conocer su composición completa— el que concertó que fueran sus anfitriones de la Sección de la Cité los que realizaran una nueva convocatoria para que todas las secciones «se reunieran fraternalmente en su seno» al día siguiente, a las cuatro de la tarde, «para deliberar en común sobre los medios a tomar en la circunstancia presente».<sup>[277]</sup>

La Comisión de los Doce tuvo información de lo que estaba sucediendo casi sobre la marcha, pues esa misma noche supo que la asamblea la componían «unas quinientas personas, cien de ellas mujeres», que además había otro centenar de meros espectadores, que se había acordado enviar una delegación a la alcaldía para tratar del nombramiento de un nuevo «comandante provisional» de la Guardia Nacional de París, que la Comisión de los Seis había pedido «confianza sin límite» para ejecutar lo que se fuera decidiendo, y que el propio Dufourny había «impuesto silencio dos o tres veces a oradores a los que tachó de imprudentes porque parecían querer tratar sobre las medidas a adoptar».<sup>[278]</sup>

Estos detalles han alentado la interpretación de que, al margen de la asamblea oficial, en el Arzobispado existía un conciliábulo mucho más reducido en el que se tomaban las decisiones operativas. En todo caso lo que se había dicho públicamente tampoco dejaba mucho espacio para la duda. «El asunto del que se han ocupado todos los oradores ha sido el de una insurrección rápida, general y a base de grandes medidas en París», advertía la nota manejada por los Doce.

Al día siguiente, la sala del Arzobispado apareció presidida por una enorme pancarta con una leyenda sobre fondo rojo: «Sólo la instrucción y las buenas maneras pueden volver a los hombres iguales». No es de extrañar que el informante se preguntara qué tenía que ver ese lema con el motivo de la convocatoria.<sup>[279]</sup>

Al margen de que se constató que faltaban representantes de al menos una docena de secciones a las que se acordó reiterar la invitación, lo más significativo del nuevo relato remitido a la Comisión de los Doce es que en plena reunión se anunció que se había interceptado una correspondencia según la cual «los hombres de Estado de la Convención» habían pedido ayuda «a los rebeldes de la Vendée» de forma expresa y directa: «Venid deprisa, reuníos con nosotros para destruir París». También se dijo, mentira sobre mentira, que la Convención estaba debatiendo el asunto en ese momento.

Todo indica que fue durante esa misma jornada cuando de forma secreta el Comité de los Seis pasó a ser el de los Nueve y que, con el añadido del recién liberado Dobsent, se convirtió ya en una especie de estado mayor de la sublevación.<sup>[280]</sup> También parece claro que el hecho de que el grupo estuviera dominado por *enragés* incontrolables como Varlet y Guzmán fue determinante para que la Comuna y el departamento de París convocaran la reunión de las secciones con las autoridades constituidas para el viernes por la mañana, no ya en el Arzobispado, sino en el propio club de la calle Saint-Honoré. Los Jacobinos no podían permitir que la insurrección se les fuera de las manos.

La propia propuesta presentada esa tarde en la Convención por Barère para que el Comité de Salud Pública eligiera a cinco diputados que, a modo de adjuntos, trabajaran en su seno para presentar de inmediato un proyecto de Constitución debe ser interpretada en este contexto. El gobierno *de facto* que el diputado equilibrista de los Altos Pirineos encabezaba junto a Danton y Cambon trataba de ampliar su propia



base ante la percepción de que podía surgir un poder paralelo que lo desbordara. No en vano este quinteto incluiría al día siguiente a dos referentes de la izquierda *montagnard* como Couthon y Saint-Just y a Hérault de Séchelles, súbitamente en boga por el servicio rendido a la causa.<sup>[281]</sup>

Y también fue en esta atmósfera de vísperas de un desenlace, que se presentía a la vez inminente e incierto, en la que se inscribió el nuevo ataque de masoquismo autocompasivo de Robespierre de ese miércoles por la noche en el Club de los Jacobinos, mucho más agudo que el de la víspera en la Convención. Ante una audiencia a la vez excitada y sobrecogida, él mismo dijo ser consciente de haber llegado ya al borde del abismo:

—Yo digo que un nuevo despotismo monárquico va a levantarse sobre los cadáveres de los patriotas. Yo digo que las noticias, a veces positivas, otras nefastas, que van llegando según las circunstancias, no son más que señuelos para llevarnos al precipicio. El pueblo ha sido engañado hasta ahora. Lo sigue siendo y la consecuencia de este error será la muerte de todos los patriotas. Yo digo que si el pueblo no se levanta al completo, la libertad está perdida. Yo digo que en poco tiempo veréis París invadido por todas las potencias extranjeras a las que habrán entregado vuestras plazas fuertes.<sup>[282]</sup>

Lo natural, lo probable, era pues la derrota de la virtud. La consumación de los peores horrores para la patria en su conjunto y para cada patriota en particular. La senda que unía la traición —¿Valenciennes en manos austriacas?— con la masacre estaba ya trazada. Sólo había una posibilidad de bloquearla *in extremis* y no dependía de la Convención elegida por sufragio universal, sino del otro poder, constituido por la fuerza durante el estallido del 10 de agosto, que rivalizaba con su autoridad, pese a representar sólo a una pequeña parte de la nación.

—Yo digo que si la Comuna de París no forma con el pueblo una estrecha alianza, violará el primero de sus deberes y no merecerá la reputación y la popularidad de la que ha estado investida hasta este día. Yo digo que en la crisis en la que nos encontramos la municipalidad debe resistir a la opresión y reclamar los derechos de la justicia contra la persecución de los patriotas.

Robespierre no sólo no retrocedía pues ni un ápice en el plano político, sino que concretaba el paso al frente —«El momento ha llegado»— que había dado tres días antes en esa misma tribuna tras un largo periodo de incubación. El pueblo debía sublevarse de la mano de las autoridades municipales, formando esa «estrecha alianza» en la que cada parte fortalecería a la otra. Pero en el plano personal la cuestión era distinta. El Incorruptible había guiado al pueblo escogido durante la travesía del desierto, pero a la hora de entrar en combate ante las murallas de la tierra prometida se retiraba de la primera línea.

—Yo soy incapaz de prescribir al pueblo los medios de salvarse. Eso no me corresponde a mí, que estoy agotado por cuatro años de Revolución y por el espectáculo abrumador del triunfo de lo más vil y lo más corrupto. Indicar estas

medidas no me corresponde a mí, que estoy consumido por una fiebre lenta, por la fiebre del patriotismo. Ya lo he dicho, no me queda ningún otro deber que cumplir.  
[283]

¿Qué había detrás de tan «melancólicas palabras»? ¿Cansancio? ¿Temor al riesgo físico? ¿Cobardía moral? ¿Cálculo político? ¿O un sentimiento de culpabilidad por haber decidido al fin vulnerar la ley que, como sugiere el psiquiatra Artarit, «le aplastaba y arrastraba entre pulsiones de muerte hacia la tumba que él mismo evocaba»? [284]

El hilo de voz de Robespierre dio paso a una extraña mezcla de aplausos, suspiros, lamentaciones y gemidos. Pero aún hubo otro orador tras él que dejó las cosas más claras:

—Robespierre os lo ha dicho veinte veces: estamos tocando nuestra propia muerte. Es preciso que esta noche o mañana suene el bronce, se oiga la campana. Todos los que no estén con nosotros, estarán contra nosotros. Nadie podrá permanecer como espectador pasivo. Los canallas quieren cortarnos la yugular. Es preciso que nos bañemos en su sangre. [285]

Era Antoine Roussillon, magistrado juez del Tribunal Revolucionario.

## VEINTISIETE

El jueves 30 era la Fête-Dieu, el día del Corpus Christi, una de las jornadas clave en el calendario del Antiguo Régimen y en el pulso urbano de París, la fiesta en la que las custodias de oro con la hostia consagrada eran transportadas en procesión por los alrededores de las parroquias, mientras los comerciantes y vecinos de cada barrio tapizaban con flores el pavimento a su paso. La tradición venía del siglo XIII y constituía, además de una celebración religiosa, todo un acontecimiento social; pero la Revolución forcejeaba por expulsarla del espacio público y obligar a los fieles a replegarse al interior de las iglesias.

Concretamente el año anterior, la Comuna de París, a propuesta de Manuel, antecesor de Chaumette como procurador síndico, había aprobado un decreto que instaba a los ciudadanos a no colgar nada en el exterior de sus fachadas y no tapizar la calzada. Además impedía a la Guardia Nacional participar en ningún acto relacionado con el culto. «No está lejos la hora en la que cada secta religiosa se encerrará en el recinto de su templo y dejará de obstruir la vía pública en determinadas épocas del año», alegaba Manuel antes de su viraje hacia la moderación.<sup>[286]</sup>

Buena parte de los parisinos desafiaron ese decreto y mantuvieron las procesiones. Es más, había bastado que el entonces alcalde Pétion planteara que cada ciudadano decidiera si quería trabajar o no el día del Corpus para que le recibieran a pedradas en la Sección de Arcis y nunca más volvió a hablarse del asunto.<sup>[287]</sup> Pero en el tiempo transcurrido desde entonces habían caído torres muy altas, incluida la Monarquía, y era impredecible lo que pudiera suceder un año después.

Dutard, católico ferviente, recorrió esa mañana varios templos en los que se hacían las procesiones intramuros y vio «mucho pequeño pueblo y sobre todo esposas de *sans-culottes*».<sup>[288]</sup> Su colega Perrière informó al ministro de que había visto «un cartel bastante sabio» del párroco de Saint-Germain-l'Auxerrois, la iglesia en la que el hijo de Luis XVI había hecho la primera comunión, en el que anunciaba que la procesión se haría dentro del templo «para preservar a la religión de los insultos que pudieran hacersele».<sup>[289]</sup>

No era una prevención descabellada, pues los gérmenes de lo que pronto sería un amplio movimiento de descristianización, estimulado por la propia Comuna y muy en especial por Chaumette, ya podían percibirse en muchos barrios de París. De ahí la alegría de Dutard cuando, recorriendo la calle Saint-Martin, junto al viejo París de los mercaderes de Les Halles, escuchó el sonido de un tambor y vio acercarse una bandera. Era una modesta procesión de la iglesia de San Lupo con una docena de frailes y otros tantos voluntarios armados acompañando al Santísimo que iba bajo palio. «A lo largo de la calle todo el mundo se prosternaba y no vi un solo hombre que no se quitara el sombrero», escribió Dutard.

Luego, al acercarse a uno de los mercados, se dio cuenta de que muchas de las vendedoras se habían visto sorprendidas por la llegada de la procesión y trataban de tapizar improvisadamente el suelo con telas y tableros. «Cuando Dios ha pasado casi todas se han hincado de rodillas». Dutard oyó también más de cien disparos espontáneos de fusil en honor del Santísimo Sacramento y creyó leer en los rostros «con lágrimas en los ojos» de muchos de los presentes «la privación que experimentaba el pueblo por la abolición de una de las ceremonias más hermosas de la Iglesia».

Sin embargo, para la Convención era una jornada de trabajo más y las únicas procesiones que podía esperar eran las de los voluntarios y peticionarios de las secciones. Tras aprobar numerosos decretos propuestos en su mayoría por el Comité de Finanzas, la Asamblea debió atender a una delegación del propio Consejo General de la Comuna que acudía a presentar las dos cartas del diputado Gardien que venían circulando hacía tiempo como prueba de sus tendencias aristocráticas. Eran de abril y mayo de 1790 e iban dirigidas a un amigo noble. En la primera decía que si nadie acudiera a las subastas de los bienes del clero, «la bancarrota sería inevitable y los valientes parisinos serían víctimas de la Revolución, lo cual se tendrían bien merecido». En la segunda se jactaba de haber pronunciado un discurso «mitad demócrata, mitad aristocrático».

El hecho de que Gardien formara parte de la Comisión de los Doce era sin duda un estímulo para la cacería que sobre la marcha se desató contra él. Tallien dijo que el destinatario de las cartas era «el agente de todos los monárquicos». Charlier pidió que se precintaran los documentos de Gardien y Bourdon de l'Oise, que directamente se le detuviera porque «podría escaparse a la Vendée». El interesado aclaró entonces que había dejado de tener relación alguna con aquella persona y que era víctima de una venganza política.

—Ahora comprendo por qué Bourdon, a quien me encontré ayer, me dijo que me iban a mandar al Tribunal Revolucionario. Fue un error sonreír ante sus amenazas. Mi gran crimen es haber abandonado la Montaña, en la que he estado mucho tiempo. Es para castigarme, para hacer que me arrepienta de no ir ya a los Jacobinos. Por eso se han divulgado estas dos cartas.

Sin embargo, la literalidad de la primera era para Bentabole motivo más que suficiente para proceder contra él.

—¿Cómo? ¿Gardien ha escrito que los parisinos serían víctimas de la Revolución y se lo tendrían bien merecido y no se le arresta de inmediato?

Delacroix propuso entonces que quedara bajo custodia domiciliaria mientras se enviaba a una delegación a su lugar de origen en el Departamento de Indre-et-Loire para investigar sus documentos. Sentando el peligroso precedente de quien se acoge con fruición al mal menor, el propio Gardien pidió a la Convención que apoyara esas medidas, cosa que por supuesto sucedió.

Garat había recibido entre tanto con escepticismo la primera nota del día de

Dutard. Era de las cuatro de la tarde, y aunque hablaba de «los acontecimientos prestos a precipitarse sobre nosotros»,<sup>[290]</sup> luego se perdía en sus habituales consideraciones filosóficas, para desembocar en la quimera de que el ministro del Interior reclutara una fuerza de diez mil hombres entre los burgueses de París que entre otras cosas le permitiera proteger la Convención. Este Dutard...

La sesión de tarde comenzó a las siete en la Asamblea con un mal augurio para los moderados. El *montagnard* Mallarmé, diputado por el Departamento de la Meurthe y mano derecha de Cambon en el Comité de Finanzas, fue elegido nuevo presidente de la Convención, tras imponerse a Lanjuinais por un cómodo margen de 194 votos sobre 111. Probablemente el diputado bretón, empeñado en jugar por libre, siempre con un pie en el estribo dispuesto al combate, no fuera el mejor candidato para aglutinar el voto del centro y la derecha. Y menos después de la traumática experiencia de la presidencia de Isnard. Pero era muy significativo que a las cuarenta y ocho horas de su apurado triunfo al restablecer la Comisión de los Doce los moderados perdieran el sillón presidencial que habían mantenido durante los últimos tres mandatos. Y precisamente cuando más iban a necesitarlo.

El primer debate bajo el nuevo presidente se suscitó cuando Bourdon de l'Oise denunció que «la infame Comisión de los Doce que el pueblo creía aniquilada» seguía actuando «pese a la dimisión de varios de sus miembros, avergonzados por los inmensos poderes que se había atribuido». En concretó exhibió el que habría de ser su último decreto, solicitando al comandante del puesto de la Guardia Nacional que enviara una patrulla armada al Hôtel de Breteuil «para velar por la seguridad del local y de los documentos allí depositados».

Boyer-Fonfrède se limitó a replicar que las dimisiones no habían sido aceptadas y a justificar esa elemental medida de precaución, pero Lanjuinais fue al fondo del asunto con todo lujo de detalles.

—Me sorprende, ciudadanos, que se quiera suprimir la Comisión de los Doce en un momento en el que nadie ignora que existe un complot. Uno de los lugares en los que en este momento se conspira es el Arzobispado. Es allí donde se reúnen los electores nombrados ilegalmente el 10 de agosto pasado, los más audaces cabecillas de los Jacobinos y de las secciones, los ciudadanos más dispuestos a favorecer los horrores. Esta asamblea ha formado un comité ejecutivo, un comité dictatorial.

Concretando aún más su denuncia y entre crecientes protestas de la Montaña y el público, Lanjuinais acusó entonces a Hassenfratz, Varlet —siempre Varlet— y al diputado Chabot de haber intervenido en la Asamblea del Arzobispado con expresiones que inequívocamente incitaban a la rebelión. El diputado bretón llegó hasta el extremo de citar literalmente una larga arenga que Hassenfratz «acababa» de lanzar «en presencia de miles de ciudadanos»: «Acordaos del 10 de agosto —habría dicho el *alter ego* del alcalde—. Antes de esa época las opiniones sobre la República estaban divididas; pero apenas disteis el golpe decisivo todo el mundo guardó silencio. El momento de golpear de nuevo ha llegado. No temáis nada de los

departamentos. Yo los he recorrido, yo los conozco: con un poco de terror e instrucciones modificaremos las opiniones a nuestro gusto [...]. Sí, la insurrección contra la mayoría corrupta de la Convención se ha convertido en un deber».

¿Cómo podía Lanjuinais repetir con tanta precisión, palabra por palabra, lo que decía que acababa de ocurrir en el Arzobispado? Por la sencilla razón de que él mismo había estado allí. Así lo desvelaría treinta años después en un texto sobre la sublevación: «El 30 de mayo fui al Arzobispado a asistir desde el patio de butacas a las sesiones del Comité de Insurrección de la Comuna. Escuché adoptar las últimas medidas y en concreto la de hacer sonar el tocsín a una hora próxima a la medianoche. A continuación anuncié estos proyectos, en calidad de testigo, en la sesión vespertina de la Convención».<sup>[291]</sup>

Lanjuinais nunca explicó cómo logró introducirse en el Arzobispado ni cómo se las arregló para pasar desapercibido, pero todo indica que desde el momento en que la asamblea, en la que habían convergido *enragés* de todo tipo, había creado su Comité de los Nueve, circunscribiendo a ellos la ejecución de la insurrección, las medidas de seguridad de la obra de teatro que seguía representándose de cara al público se relajaron. De ahí que el diputado bretón hablara de «miles» de asistentes.

Lanjuinais estaba proponiendo que se llevara a cabo de inmediato el refuerzo de la guardia en torno a la Convención y que se volviera a detener a Varlet, cuando el fogoso y siempre desgreñado Chabot pidió la palabra para responderle —era el único de los tres mencionados que era diputado— y se abalanzó hacia la tribuna. Mallarmé le frenó en seco y le dijo que podría contestar al día siguiente porque la prioridad era para una delegación de veintidós secciones parisinas que solicitaba comparecer ante la barra.

Estaba de nuevo encabezada por Rousselin, el mismo joven acólito de Danton que había presentado el 15 de abril la lista de diputados a proscribir. Pero en esta ocasión no les acompañaba Pache, y numerosos diputados del centro y la derecha quisieron saber por qué. Rousselin respondió con aplomo impropio de un apenas veinteañero:

—La ley permite a las secciones requerir la compañía del alcalde, pero no ordena que venga necesariamente a su cabeza.

Probablemente Pache tenía previsto acudir pero no podía estar en la Convención porque carecía del don de la ubicuidad. A última hora de la tarde le habían avisado de que los acontecimientos se estaban precipitando en el Arzobispado y había decidido ir a obtener allí información de primera mano, lo que ya de por sí indica que esperaba ser bien acogido. A su regreso al Ayuntamiento fue cuando coincidió con Garat, alertado a su vez por la segunda nota de Dutard en la que le avisaba de que esa misma noche «se cerrarían las barreras, se haría sonar el tocsín y se dispararía el cañón de alarma».<sup>[292]</sup>

A Garat le impresionaron las pistolas de los diez o doce guardaespaldas que acompañaban al alcalde mientras subía la escalera que llevaba a la sala del Consejo General de la Comuna, pero más aún las palabras que le dijo Pache casi entre

SUSURROS:

—He intentado oponerme pero no lo he podido impedir. Acaban de declarar mediante un decreto que la Comuna y el Departamento de París, a los que representan, están en estado de insurrección.

Es imposible saber si Rousselin conocía este hecho y el entusiasmo con que la noticia había sido acogida en el Ayuntamiento cuando dijo ante la Convención que aunque iba a transmitir la «opinión unánime, tranquila y reflexiva de veintidós secciones», su voz representaba a las cuarenta y ocho, «incluidas aquellas con las que la Comisión de los Doce contaba para llevar a cabo sus proyectos». Venía a pedir tres cosas, y aunque advirtió que no haría un largo discurso «porque los espartanos se expresaban con pocas palabras», no por eso dejó de trasladar a los diputados un intencionado paralelismo histórico:

—¡Oh, despotismo, oh, tiranía! El perverso Mazarino, ese ministro cardenal y pérfido, permitía al pueblo que cantara, y la Comisión de los Doce, delegada sin duda por la Inquisición de Madrid, ha cerrado las bocas de los republicanos reunidos en familia a las diez de la noche.

Muy en línea con esta introducción estrafalaria, Rousselin estableció las exigencias de las secciones que le enviaban:

—Primero, la anulación de todos los acuerdos adoptados por la Comisión de los Doce, en especial el decreto que fija el cierre de las sesiones a las diez de la noche. Segundo, el envío de los miembros de la Comisión al Tribunal Revolucionario. Tercero, que para estrechar los lazos de la unidad que tratan de romper sus enemigos, establezcáis una [fiesta de la] Federación Republicana el próximo 10 de agosto, día en el que los parisinos demostrarán que son dignos del abrazo de toda Francia.

Estimulado sin duda por la buena acogida de esta última propuesta de carácter festivo, Mallarmé otorgó a Rousselin y sus acompañantes los honores de la sesión. Más conflictivo resultó ser el paso por la barra de dos comisarios de la ciudad de Rennes que denunciaron que los diputados tuvieran que «deliberar sobre los destinos del género humano en medio de las vociferaciones caníbales de los sanguinarios agentes de Pitt y de Coburgo».

—Son dos aristócratas —resumió Marat mientras las tribunas tronaban contra ellos.

Tras una cierta bronca se acordó la impresión y distribución de su protesta y la sesión se levantó a la una de la madrugada. Hacía rato que l'Ami du Peuple había entregado a la imprenta la relación de domicilios de los doce miembros de la Comisión para facilitar la tarea de quienes pudieran intentar secuestrarlos o asesinarlos. A las dos Garat recibió en su casa el tercer y más fulminante mensaje de Dutard: «A las siete la República estará de luto».<sup>[293]</sup> Fue entonces cuando envió a su secretario a ver a Pache, cuando este le transmitió un mensaje tranquilizador y cuando Garat pensó que no sucedería nada, «a menos que la Comuna fuera un nido de conjurados y el alcalde su jefe». A las tres y media sonó el tocsín.



# **CAPÍTULO VI. VIERNES, SÁBADO Y DOMINGO**

# UNO

¿Quién tenía razón? Desde el mismo momento en que los jacobinos se hicieron con el poder mediante el golpe de Estado en el que confluyeron los planteamientos diversos pero concordantes de Robespierre, Danton y Marat, comenzaron más de dos siglos de interpretaciones retrospectivas en las que cada historiador fue filtrando los hechos a través de sus propios sentimientos y prejuicios ideológicos. Más allá de la inclinación de cada uno, y al servicio de la utilidad narrativa o analítica, el denominador común fue presentar lo ocurrido como el desenlace de la pugna entre dos partidos, grupos o entidades equivalentes: la Montaña y la Gironda, los jacobinos y los girondinos.

Partiendo de este error esencial de apreciación, consistente en equiparar a una maquinaria política organizada, en la que existían tendencias y sectores pero primaba la unidad de acción a través de cauces y resortes establecidos, con un archipiélago magmático de grupúsculos e individuos cuya afinidad ideológica sólo se traducía en espasmódicos impulsos de colaboración<sup>[1]</sup> cada intérprete de la Revolución fue introduciendo en el marco de esa confrontación los argumentos de uno y otro bando.

En la mayoría de los casos se trataba de planteamientos finalistas vinculados a la mayor o menor capacidad de influencia en el curso de la Revolución que se atribuía a cada sector, e incluso de juicios hipotéticos —qué habría pasado si...— insertos en el oxímoron de la historia ficticia. Jaurès llegó a dar por hecho que si los vencedores hubieran sido los derrotados habría existido un «terror girondino».<sup>[2]</sup> Con una barra libre tan abigarrada y succulenta a disposición de las plumas más audaces, es fácil entender que la ideología, la filosofía de la historia o la propia literatura camparan a sus anchas a través de millones de páginas desiguales de las que brotaban nuevas realidades que siempre desbordaban el modelo original con más o menos agudeza y vehemencia.

La publicación del ensayo de Sydenham *The Girondins* en 1961 supuso un punto de inflexión en la medida en que colocó la interpretación tradicional a la defensiva. Su conclusión de que «si lo examinamos, el “partido girondino” se desintegra»<sup>[3]</sup> queda avalada con un creciente arsenal de pruebas y argumentos cuanto más minucioso es el relato documentado de los hechos. Desmontadas ya todas las falacias sobre el monarquismo de los girondinos, su connivencia con el enemigo o su perfil socioeconómico diferenciado e incluso antagónico al de los *montagnards*, la última trinchera de quienes siguen asumiendo en una medida u otra la percepción jacobina de los hechos es la de las «diferencias tácticas»,<sup>[4]</sup> ora en relación a la alternativa entre «detener la Revolución» o sumarse «al dinamismo del movimiento popular», ora partiendo de la disyuntiva entre responder a la rebelión de la Vendée y la traición de Dumouriez con el «inmovilismo» o con el «movimiento».

Para apuntalar esta tesis, cual si de una retirada ordenada se tratase y en pro de una mayor homogeneidad del colectivo resultante, Patrice Higonnet publicó en 1985

un largo artículo en el que separó los que para él fueron verdaderos girondinos de los «pseudogirondinos», asimilados al grupo en función de sus protestas posteriores al 2 de junio. Eso redujo de repente la nómina del «partido» desde los 137 catalogados por Jacqueline Chaumié, los 165 de Aulard, los 178 de Alison Patrick, o los 200 recopilados por el propio Sydenham, a sólo 47 diputados.<sup>[5]</sup>

Aunque su criterio declarado fuera el de incluir solamente a los habituales asistentes a los salones políticos moderados —«sobre todo al de Valazé»— y a los miembros de la Comisión de los Doce, en la práctica su nómina no es, salvo contadísimas excepciones, sino la refundición de los incluidos en la lista del 15 de abril, los finalmente expulsados de la Convención el 2 de junio y los posteriormente ejecutados. De ahí que aparezcan Fauchet, Dusaulx, Lanjuinais o el dimisionario Kersaint, a quienes nadie vinculó nunca a los salones de Vergniaud, *madame* Roland o Valazé, y tampoco pertenecieron a la efímera Comisión de los Doce. De nuevo queda patente que los elegidos no están en esta lista porque fueran girondinos, sino que se les llama girondinos porque estuvieron en aquellas listas de proscritos.

Para mayor sofisticación el propio profesor Higonnet, en su libro *Goodness beyond Virtue*, publicado en Harvard trece años después, identificaría a los girondinos como «jacobinos regresivos» que, habiendo abandonado la «Sociedad Madre» y «vinculados unos a otros por lazos de amistad e interés mutuo», llegaron a la conclusión de que «había que estabilizar la Revolución para salvarla». Se encontraron en frente a los «jacobinos progresistas», que pensaron que «la salvación consistía en moverse hacia un universalismo intransigente, con ayuda popular si era necesario». Y como a los primeros, en expresión de Saint-Just, «les faltaba energía», y los segundos, movidos por un «antiguo instinto» creyeron que la mejor manera de resolver los conflictos era recurrir a la represión militar, los jacobinos regresivos recibieron «el castigo que merecían» por parte de los jacobinos progresistas.<sup>[6]</sup>

Por algo esta interpretación forma parte de un capítulo titulado «A Narrative from a Jacobin Perspective». Tiene, sin embargo, la esclarecedora virtud de enraizar históricamente el tantas veces demostrado aserto totalitario de que fuera del partido —fuera del club, fuera de la sociedad madre—, como fuera de la Iglesia, no hay salvación. *Extra Ecclesiam nulla salus*. La implacable proclama del Concilio de Letrán adquiriría plena vigencia, en el sentido más literal de la expresión, a partir del 2 de junio de 1793 en el antiguo templo de la calle Saint-Honoré.

Denominaciones, identidades y «salvaciones» al margen, aunque se tratara de una pugna desigual entre dos magnitudes incomparables, y aunque un bando fuera el agresor y otro el agredido, es indiscutible que en el seno de la Convención Nacional se desencadenó una confrontación fratricida. Y la pregunta pertinente es: ¿de qué lado debe inclinarse la balanza de un tribunal ecuánime? Es tal la importancia que la Revolución Francesa ha adquirido en la forja de la cultura política contemporánea que resulta literalmente imposible establecer una versión incontestable de los hechos y menos aún alcanzar un veredicto definitivo sobre el papel de cada protagonista

desvinculado del juicio global sobre el acontecimiento histórico. Lo que sí permite esta minuciosa reconstrucción de lo ocurrido, a partir de las actas de instituciones como la Convención, la Comuna y el Club de los Jacobinos, fuentes periodísticas variadas y abundantes, y los recuerdos subjetivos de tantos actores y testigos directos, es acreditar quién decía la verdad o al menos quién se acercaba más a ella en función de los elementos de juicio de que disponía. Quién era sincero y quién no lo era.

Merece la pena examinar para ello a fondo los dos textos más extensos y representativos de las posiciones de uno y otro bandos, publicados y divulgados en la segunda mitad de mayo de 1793. Se trata, por un lado, de la *Histoire des brissotins*, de Camille Desmoulins,<sup>[7]</sup> editada y sufragada por el Club de los Jacobinos como compendio de su *casus belli* contra los diputados moderados. Por el otro lado tenemos la extensa carta dirigida por el propio Brissot —obsesivamente presentado como jefe del centro-derecha de la Convención— a sus electores del Departamento de Eure-et-Loire,<sup>[8]</sup> exponiéndoles cuál era la situación. La impresión del panfleto de Desmoulins fue acordada por el club de la calle Saint-Honoré en su sesión del 19 de mayo, mediante una resolución firmada por Bentabole como presidente; y el de Brissot está fechado en París el 22 de mayo, lo que indica que ambos fueron escritos simultáneamente, bajo una misma presión ambiental y un mismo estado de ansiedad.

Uno y otro textos pretenden ser además una exposición completa, una especie de causa general del conjunto de denuncias, quejas y agravios que cada autor, considerado portavoz de su grupo, dirigía contra sus enemigos políticos. No en balde Desmoulins difundió su escrito con el título alternativo de «Fragmento de la historia secreta de la Revolución o de los seis primeros meses de la República»,<sup>[9]</sup> y Brissot incluyó un subtítulo aún más elocuente y ambicioso como introducción del suyo: «Sobre la situación de la Convención Nacional, sobre la influencia de los anarquistas y los males que ha causado, sobre la necesidad de anularla para salvar a la República».

La primera sensación que produce la lectura del panfleto de Desmoulins es la enorme desproporción entre los efectos que le atribuyeron no ya historiadores como Michelet, Hamel, Jaurès o Claretie,<sup>[10]</sup> sino sus propios contemporáneos, y el contenido real de sus cincuenta y seis páginas. Es verdad que se difundieron cerca de cuatro mil ejemplares y que el propio Desmoulins, en una carta a su padre, se jactó de haber escrito «el manifiesto de la revolución del 31 de mayo».<sup>[11]</sup> No obstante, sólo el clima de caza de brujas que había ido gestándose en ese momento en París explica que el mero enunciado de su contenido en una sesión del Club de los Jacobinos llevara a Dutard a escribir que «quien lo lea preguntará al instante: ¿dónde está el patíbulo?».<sup>[12]</sup>

Es cierto que su acusación básica contra «el lado derecho de la Convención» de conspirar para restablecer la Monarquía en «complicidad» con Dumouriez y Beurnonville y bajo la dirección «de los agentes de Pitt, de Orleáns y de Prusia» no podía ser más grave. Pero como ha subrayado uno de sus primeros estudiosos, Marc

Dufraise, luego resulta que todo se queda en una «acumulación de comadreo, anécdotas apócrifas y chismorreos [...] y su panfleto no articula sino acusaciones cuya falsedad ha probado la historia».<sup>[13]</sup>

De hecho, tras un encendido exordio —«¿Hubo nunca una misión más hermosa, una mayor ocasión para la gloria?»—, buena parte de sus primeras páginas más parecen destinadas a exonerar a la Montaña de las acusaciones de connivencia con el duque de Orleáns que a establecer una vinculación creíble entre esta rama de la realeza y los llamados brissotinos. Con su habitual mezcla de fantasía literaria y megalomanía, Desmoulins describía su paso por el «Salón de Apolo» —las veladas de *madame* Sillery—, donde, junto a la hija del duque de Orleáns, la rubia Pamela y una tercera amiga, a las que presentaba como «las tres gracias» bailando sensualmente cual nuevas Herodías, situaba a Brissot, Pétion y otros dirigentes moderados. Pero si él mismo reconocía que también estaba allí, si esos ahora denostados conspiradores habían sido nada menos que sus testigos de boda, ¿es que acaso el propio Desmoulins formaba parte de la «facción de Orleáns»? Su respuesta le autoexoneraba con desparpajo, pero igual que para él servía para los demás: «En los primeros tiempos de la Revolución esta coalición se confundía con la de los amigos de la libertad y la República».

Después de alegar falazmente que Robespierre —sin duda la mano que había mecido la cuna en la que se había arrullado el texto— «se había opuesto con todas sus fuerzas» a la elección del duque de Orleáns como diputado,<sup>[14]</sup> Desmoulins aportaba una explicación tan retorcida como descarada para justificar su presencia en las filas de la Montaña: «¿No sería el colmo de la habilidad de los brissotinos que mientras ellos trabajaban tan eficazmente para la facción de Orleáns, nos hubieran enviado a la Montaña el busto inanimado de Philippe y un autómatas tirara de sus hilos desde el lado derecho, sentándolo y levantándolo, para que se moviera con nosotros, haciendo ver que si existía una facción de Orleáns estaba entre nosotros?».

Al borde mismo de la desfachatez, Desmoulins trataba de salvar al príncipe aperturista cuya efigie había sido paseada en triunfo el mismo 12 de julio de 1789 en que él había llamado a la sublevación en el Palais Royal, alegando retorcidamente que «no es imposible que el propio Philippe de Orleáns no formara parte de la facción de Orleáns». Quienes en todo caso sí estaban implicadas, según su tesis, en la conspiración, eran las tres personas más allegadas al duque —su hijo Chartres, su examante *madame* de Genlis, y su amigo y marido de esta última, Sillery— por lo que «siempre quedará probado que existía una facción de Orleáns y que el espacio de esta facción estaba en el lado derecho y el Marais».

Sin ser plenamente consciente de ello, Desmoulins reconocía a continuación quiénes eran los que se habían erigido en un grupo aparte —en un partido o, por usar su misma expresión, en una facción— dentro de la Asamblea, pues explicaba que «en los primeros tiempos estábamos repartidos por todos los lugares de la sala», pero al descubrir «la perfidia y la maldad de gran parte de la Convención», sus amigos

jacobinos y él tomaron la decisión de emular la migración de los plebeyos romanos a la colina del Aventino: «Nos retiramos a la Montaña».

Comenzaban luego las acusaciones concretas contra los brissotinos —sólo una vez añadía como variedad aparte a «los girondinos»—, pero eran del tenor de que el extravagante Anacharsis Cloots, autodenominado «orador del género humano», había denunciado que en su presencia se había abogado en casa de Roland «por la República federativa y el desmembramiento de Francia»; que Brissot, al que llamaba «el Jeremías del 2 de septiembre», había celebrado la retirada francesa de Bélgica y los Países Bajos; o que el diputado Carra, que en su día había propuesto elevar al trono de Francia al duque de York, tenía «una tabaquera de oro con el retrato del rey de Prusia».

Seguía luego la fundada acusación de que Dumouriez había permitido a los prusianos salvar su ejército tras la derrota de Valmy, pero Desmoulins quedaba en evidencia al resaltar los «conciliábulos» del general con «el lado derecho» y minimizar los que había mantenido con sus amigos más cercanos. «Guadet ha dicho que ha visto a Dumouriez en la Ópera con Danton. Era natural que aparentara estar al lado de Danton, pero no es en la Ópera donde se conspira, sino al salir de la Ópera».

Deliberadamente o no, Desmoulins incurría en una flagrante falsedad al asegurar que «Dumouriez no ha visto más que a los brissotinos en su segunda estancia en París durante el juicio del rey». Es posible que ignorara el encuentro promovido por dos jacobinos con vara alta en la calle Saint-Honoré como Jeanbon Saint-André y Desfieux, pero más dudoso que desconociera las dos reuniones con Cambon, interlocutor de la Convención para los asuntos de Bélgica, quien de ninguna manera podía ser presentado como brissotino.

Igual nivel de distorsión se apreciaba luego cuando Desmoulins denunciaba que Dumouriez había escrito una supuesta carta pidiendo que no se ejecutara al rey, la cual habría sido «brissoteada», o sea, escamoteada, en la secretaría de la Convención, y nada decía de la bien cierta misiva del general que a finales de marzo había sido —recurriendo a sus propios términos— «dantonizada», «delacroixizada» o «breardizada» para ganar tiempo y tratar de recomponer su relación de cercanía con los diputados jacobinos oficialmente enviados a Bélgica y quién sabe si con los emisarios oficiosos del club acreditados por Lebrun.

Desmoulins acometía otra descarada pirueta cuando poco después fustigaba «la oposición simulada del lado derecho a la nominación de Beurnonville [...] por la Montaña». Entraba luego en los indicios de corrupción económica de sus enemigos, pero no iba más allá de señalar que el rey de Prusia había reconocido que destinaba «seis millones de *ecus* para corrupciones en Francia», que Roland «simulaba» una falsa pobreza llevando «trajes raídos», y que Pétion recibió 30.000 francos al mes del Ministerio de Asuntos Exteriores, cuando su titular era Dumouriez, para gastos de la alcaldía.

Su siguiente paso era incurrir en la bajeza de hacer pública la desdicha conyugal

del exministro del Interior mediante la técnica de atribuir a Pétion una presunta confidencia a Danton. Se la habría hecho con motivo del decreto de la Convención que ordenaba precintar los documentos del exministro: «Lo que entristece al pobre Roland es que se conocerán sus penas domésticas y lo amargo que le resultará el cáliz de aparecer como un cornudo».

Resucitaba luego la acusación contra el exministro de haber hecho desaparecer las pruebas que afectaban a sus amigos moderados, tras abrir en solitario el Armario de Hierro de las Tullerías, y daba por hecho, sin inmutarse, que «quedará probado ante la posteridad que es el “virtuoso” quien ha robado el guardamuebles [...] de acuerdo con el cautivo Luis XVI, como un rico suplemento de la lista civil para corromper a la Convención».

Desmoulins llevaba su temeridad hasta el extremo de afirmar que del producto de ese robo habían salido importantes sumas ingresadas recientemente por los diputados moderados Duprat y Barbaroux.<sup>[15]</sup> ¿Con qué pruebas, argumentos o al menos indicios? Con los mismos que había empleado *madame* Roland al endosárselo a Danton: es decir, ninguno.

Y ahí concluían las imputaciones. Si ya de entrada había establecido que «en materia de conspiraciones es absurdo pedir pruebas judiciales porque los conspiradores no tienen la costumbre de ponerse en evidencia», Desmoulins se curaba ahora en salud con una vaga cláusula retórica —«He suprimido una multitud de hechos que acrecentarían la impresión de horror»— y entraba en una miscelánea de reflexiones que indicaban que no sabía muy bien cómo terminar su panfleto. Curiosamente era en esta parte final donde, en forma de nota a pie de página, incluía una atinada recomendación: la Convención sólo debería celebrar tres o cuatro sesiones por semana «porque no se ha visto a ningún pueblo condenar a los legisladores a hacer leyes como si fueran un caballo ciego dando vueltas a la noria día y noche».

También pertenece a estas últimas páginas uno de los más genuinos arrebatos de idealismo de Camille: «Hemos intentado una experiencia sublime que nos daría la gloria eterna incluso si sucumbiéramos, la de hacer feliz y libre al género humano». Pero a modo de contraste se refería enseguida a los campesinos fanáticos que en la Vendée o en Bretaña —«el país de Lanjuinais», decía aviesamente— pedían ser guillotinos cuanto antes «para resucitar en tres días» y les negaba la propia condición humana: «Deshonran a la guillotina como la horca quedaba deshonrada por esos perros que, tras ser capturados durante el contrabando, eran ahorcados con sus dueños».

A base de estirar el texto con las más diversas derivas —«Apresurémonos a abrir escuelas primarias», «Traigamos el mar a París»—, Camille terminaba cerrándolo con uno de los tópicos más ramplones de la literatura política del momento: «Basta el sentido común para darse cuenta de que sólo la República puede cumplir en Francia la promesa que la Monarquía ha hecho en vano desde hace doscientos años: la gallina



en la cazuela para todo el mundo».

Con razón sus biógrafos coinciden en que esta fue su peor obra. Se nota que estaba escrita por encargo y que Camille «no se había sentido cómodo»<sup>[16]</sup> perpetrándola. Para alguien con su amor propio como escritor político no podía haber un estrambote más indigno. Acababa de pedir algo tan tremendo como que «los brissotinos sean vomitados fuera de la Convención Nacional», y no lo sustentaba ni en las necesidades de la defensa nacional, ni en el avance de la Revolución, ni en los requerimientos de una política económica más social, como harían retrospectivamente durante los dos próximos siglos todos los jacobinos de nuevo cuño. Ni siquiera invocaba la utilidad o conveniencia de esa «una voluntad una» que de forma imperativa reclamaba su más temido que amado Robespierre. No, la pluma del progreso, el heraldo del moderno periodismo de opinión, el «decano de los Jacobinos», como él mismo se autodenominaba, sólo era capaz de rubricar su asesinato literario por encargo, apelando como Enrique IV a «*la poule au pot pour tout le monde*».<sup>[17]</sup>

Veamos ahora lo que se decía desde el otro lado. El inicio del panfleto de Brissot produce una cierta sensación simétrica al de Desmoulins: también se trata de un cántico a la oportunidad perdida por la Convención —«¡Ah, qué prodigios podría haber obrado [...] si sólo la razón hubiera presidido sus deliberaciones!»—, y también se denuncia una conspiración urdida para restablecer la Monarquía, utilizando al duque de Orleáns, comodín de cualquier mejunje, como «el maniquí necesario para la facción». Basta sustituir a sus seguidores por sus perseguidores, a los «brissotinos» por los «anarquistas», para que la primera impresión sea la de que se responde a la fobia con la fobia, a la fábula con la fábula y a la distorsión con la distorsión.

Sin embargo, el escrito de Brissot a sus electores tomaba pronto otros derroteros, al pasar a analizar la conducta de la Convención, presentándola como un sujeto colectivo que una y otra vez tendía a adoptar resoluciones firmes para conciliar la libertad con la defensa del orden, luego vacilaba y finalmente se retractaba de ellas. Así había ocurrido con la propuesta de crear la Guardia Departamental, con la idea de apelar al pueblo para que tuviera la última palabra sobre la suerte del rey, con la decisión de perseguir a los autores de las masacres de septiembre, de los pillajes de febrero o de la conjura abortada en marzo; y más recientemente con las mociones para convocar las asambleas primarias, trasladar la sede de la Convención o destituir a las autoridades de París. Al entusiasmo inicial siempre sucedían el bloqueo, la parálisis y la indefectible marcha atrás. «¿Cuál es la fuente de todas estas variaciones?», se preguntaba Brissot. Y él mismo añadía que bastaba una palabra para explicarlo: el miedo. Un miedo que, según él, atacaba «a los propietarios, que temen el asesinato físico, y a los pretendidos independientes, que temen el asesinato moral».

A partir de ahí adoptaba la actitud de un entomólogo político —«Es un estudio curioso el del progreso del miedo»— y explicaba la experiencia del diputado llegado

de cualquier departamento remoto: «Se escuchan temblando los detalles ignorados de las masacres del 2 de septiembre; se teme su repetición; se teme sobre todo ser su víctima; se cree que haciendo algunos sacrificios se apaciguará a los anarquistas; y es así como se transige con su no rendición de cuentas; como se transige con sus usurpaciones de la autoridad; como se transige con los asesinatos y los pillajes [...]. Peor aún: se denomina patriotismo a estos actos de debilidad dictados por el temor personal».

Brissot asumía entonces un tono admonitorio, dirigiéndose a sus compañeros de asamblea para diseccionar su entreguismo: «Hombres débiles, cuya rectitud no discuto, ved ahora vuestra obra; ved el abismo al que nos ha precipitado vuestro funesto sistema de eternas capitulaciones. Si ahora somos esclavos de los anarquistas es porque vosotros lo habéis preparado [...]. ¿Cuál ha sido el fruto de vuestra complacencia hacia ellos? Los bandidos han levantado audazmente la cabeza. De acusados se han convertido en acusadores [...]. Ayer estaban a los pies de la Convención y hoy pisotean su dignidad [...]. Son ellos los que, dictadores perpetuos del Comité de Inspectores de Sala, han encontrado la manera de llenar las tribunas de hombres devotos, pagados para aplaudir sus extravagancias y abuchear a sus adversarios».

Era un diagnóstico certero, pero también la expresión de la incapacidad de la mayoría plural y desorganizada de la cámara para hacer frente a una minoría tan reducida en su núcleo inicial —Brissot había hablado al principio de «veinte anarquistas»— como compacta y bien orquestada ahora. Según él, «tanto los diputados que se colocan en el lado derecho como los que se sitúan en el medio o en la Planicie» compartían los mismos principios. ¿Por qué no habían sido capaces entonces de organizarse y hacer valer su clara mayoría frente a la agresiva minoría *montagnard*?

Quizá la principal respuesta sea que no habían adquirido conciencia ni de su propia identidad política ni, sobre todo, de la de sus adversarios. Gran parte de esos diputados, ahora moderados —y desde luego sus principales líderes—, habían estado en la punta de lanza de la Revolución durante los últimos años, y más en concreto en la primera línea de choque contra la Monarquía durante los meses de la Asamblea Legislativa, y no terminaban de asimilar su nueva posición como factor de estabilidad en el tablero. Estaban acostumbrados a la tarea de destruir el Antiguo Régimen y no sabían cómo construir uno nuevo, máxime cuando ahora eran víctimas de la misma medicina que ellos habían suministrado con similar falta de contención y escrúpulos a la que denunciaban.

Contra la Monarquía vivían mejor. De ahí la insistencia de Brissot en reproducir el esquema anterior, denunciando una y otra vez que el objetivo final de la Montaña era restablecer la realeza, lo que le llevaba al delirio de equiparar a sus integrantes con los «negros» o defensores de los privilegios de la sociedad estamental —representada por sus vestimentas severas— en la Asamblea Constituyente. «Sería

fácil de probar que el verdadero lado derecho está hoy en la Montaña», desbarraba Brissot. Era incapaz de comprender que lo que se estaba fraguando entre quienes física e intelectualmente se ubicaban en la izquierda de la sala era un nuevo totalitarismo tendente a la destrucción del orden burgués o, al menos —en palabras de Michelet—, «el republicanismo romántico de cien cabezas y mil escuelas que hoy llamamos socialismo»,<sup>[18]</sup> y que a ellos les había tocado tener enfrente a una de sus peores variedades.

Brissot se daba cuenta de que quienes iban haciéndose con el dominio de la Convención pretendían convertirla en una simple «máquina de decretos»; definía al Tribunal Revolucionario —establecido por cierto con el apoyo de gran parte de sus amigos— como «este instrumento creado por los conspiradores, bien para asustar a los simples ciudadanos que tuvieran la tentación de oponerse a sus furiosos, bien para hacer perecer bajo la espada de la ley a los diputados republicanos que hubieran escapado al hierro de sus asesinos»;<sup>[19]</sup> se lamentaba de ver a «esta municipalidad ordenar a la representación nacional sacrificios enormes de dinero» para luego «cerrar a su gusto las barreras, los espectáculos, prohibir tales o cuales obras, tales o cuales periódicos»; y comparaba con agudeza a los miembros del Comité de Salud Pública con «los salvajes que se abren la cabeza para curarse una migraña».

Sin embargo, su pasaje más lúcido era aquel en el que sostenía que donde en realidad residía la «soberanía nacional» era en el Club de los Jacobinos, controlado por «una veintena de bandidos que hacen doblegarse ante ellos a todas las autoridades constituidas de la nación». «Es allí donde dominan los anarquistas de la Convención», sostenía Brissot. «Es allí donde se fabrican los decretos que deben ser dictados [...]. Es allí, en ese taller de calumnias, donde cada día se desorganiza todo, el ministerio, las administraciones y el ejército. Es allí donde se ordena que comparezcan, que se arrodillen humildemente los diputados, los ministros y los generales. Es allí donde ellos rinden sus cuentas, responden a las denuncias y obedecen a los decretos del Club que destituye o condena a sus subalternos [...]. Es desde allí desde donde parten las órdenes al Tribunal Revolucionario para enjuiciar, condenar o absolver [...]. Es allí donde son instruidos y asalariados los emisarios que van a predicar por doquier la guerra de los *sans-culottes* contra los propietarios [...]. Sí, yo lo declaro desde la profunda convicción de mi alma: mientras no exista un poder capaz de reprimir los desmanes de los cabecillas de los Jacobinos, no podrá haber ni Convención ni gobierno».

Brissot se daba pues perfecta cuenta de cuáles eran los resortes que un pequeño grupo autoerigido en vanguardia revolucionaria manejaba en su provecho. Entendía el problema, pero no sabía cómo hacerle frente. La parte intermedia del panfleto estaba dedicada a defender a Roland —al que «después de cuatro meses, después de diez cartas», se le negaba hasta el «derecho natural de ir a respirar el aire del campo»—, a fustigar a Garat —«¿Si ha visto la imposibilidad de establecer una paz duradera entre la virtud y el crimen [...], no debería dejar su puesto a un ciudadano

con más carácter para mantener a raya a los facciosos?»— y a arremeter en términos durísimos contra Pache: «A tal exceso de demencia o hipocresía le ha llevado el terror, que se ha convertido en caníbal por miedo [...]. Nunca me perdonaré haber participado en la elevación de este hombre que es el más loco de los anarquistas, si no el más imbécil o el más cobarde».

Tras permitirse ese desahogo —¡«Caníbal por miedo»!— y repasar los principales problemas de la política interior y exterior, culpando de todos ellos a los «anarquistas denominados Jacobinos de París», Brissot dedicaba sus treinta últimas páginas a analizar las posibles soluciones, y era en ese terreno en el que, muy a su pesar, terminaba transmitiendo la sensación de que todo estaba perdido. Veía con gran lucidez que la clave consistía en liberar a la Convención de la coacción de las «tribunas en las que domina el soberano masacrador», y que para ello había que «rodearla de una fuerza capaz de hacer respetar la libertad de cada individuo» y eliminar esa fuente alternativa de soberanía antes descrita, «ordenando la clausura de las sesiones de los Jacobinos». ¿Pero cómo hacerlo si los diputados no habían sido capaces de dotarse de los medios más elementales para ejecutar sus resoluciones y convertir en efectivos sus poderes?

Brissot planteaba cinco alternativas, pero tras descartar las tres primeras —trasladar la Convención a Versalles, convocar a los suplentes en otra ciudad, añadir nuevos diputados a los ya existentes—, se centraba en las dos últimas, que no eran sino variantes de la medida tantas veces amagada por diversos dirigentes moderados: convocar a las asambleas primarias para que o bien aprobaran las líneas generales del caótico proyecto constitucional presentado en febrero por Condorcet y Gensonné y dieran paso a una nueva legislatura, o bien declararan disuelta la Convención y eligieran otra, excluyendo a todos los diputados con mandato en vigor.

La conclusión a la que se llegaba no podía ser más desoladora, pues Brissot no era capaz de proponer otra cosa sino que la Convención se hiciera cuanto antes el haraquiri, recurriendo a fórmulas que ni siquiera habían obtenido nunca el respaldo suficiente dentro de las propias filas moderadas. Algunas de sus últimas líneas estaban dedicadas de hecho a criticar las soluciones tibias planteadas por Lasource y Condorcet en la misma dirección, pues en su opinión ni tenía sentido que las asambleas primarias depuraran a la Convención votando si confiaban o no en cada uno de los setecientos y pico diputados, ni se podía prolongar la situación hasta noviembre.

Al cabo de ciento sesenta y dos páginas que hacen honor al certero diagnóstico de que «había convertido en virtud el vicio de utilizar diez palabras donde habrían bastado cinco»,<sup>[20]</sup> no quedaba, pues, sino la expresión de un fracaso. El fracaso de Brissot y sus amigos y aliados a la hora de encauzar los principios del liberalismo burgués que, al menos inicialmente y en términos relativos, habían constituido el denominador común del pensamiento político de la mayoría de los miembros de la Convención. Todo lo habían fiado a la fuerza de la razón y a la elocuencia, olvidando

de dotar a la razón de su fuerza legítima y a la elocuencia de su continuidad ejecutiva en forma de iniciativas parlamentarias consistentes.

Habían creído, con la fe de «un geómetra en sus teoremas»,<sup>[21]</sup> que bastaba con convencer a la opinión a través de sus periódicos, sin darse cuenta de que además necesitaban vencer en la lid diaria de la Asamblea para poder trasladar sus ideas desde el papel a la realidad. Habían caído en la ingenuidad de pensar, como con ácida ironía alegará Dutard después de su derrota, que «en lugar de cañones bastaba llevar al combate una edición de las obras completas de Maquiavelo, Montesquieu o Rousseau».<sup>[22]</sup> Habían desdeñado la importancia vital de las propias reglas del juego parlamentario, permitiendo que el caos se apoderara de la vida de la Convención. No habían sido capaces de contraponer nada equivalente a la maquinaria política jacobina —ni siquiera se lo habían planteado—, y ese error habría de resultarles fatal. Porque si a finales de mayo la posición de los jacobinos, tal y como había sido expuesta por Desmoulins, se caracterizaba por su descarada impostura, la de los diputados que estaban siendo amalgamados como brissotinos o girondinos sólo se distinguía por su desconcertada impotencia. Nunca hubo «hombres de Estado» con menos sentido práctico del Estado.

## DOS

Eran las seis de la mañana del viernes 31 de mayo de 1793. Apenas había un centenar de diputados en la antigua Sala de Máquinas de las Tullerías, pero la Convención se declaró constituida en sesión extraordinaria bajo la presidencia del moderado Defermon, elegido para el cargo en la ya remota segunda quincena de diciembre. Sus primeras palabras constataron una obviedad, el febril motivo que había reunido a todos los presentes:

—El tocsín suena, casi todas las secciones están tocando la generala y parece que los ciudadanos se disponen a disparar el cañón de alarma.

Entre gestos de asentimiento, muestras de zozobra y la observación de algún diputado de que tal o cual sección se había declarado en insurrección, la Convención hizo lo único que estaba en su mano: convocar de inmediato al Consejo Ejecutivo Provisional, al Departamento de París y a la Comuna para que rindieran cuentas de la situación en la capital.

Entre los primeros que habían ido ocupando sus lugares habituales destacaba la presencia compacta de seis diputados moderados que habían pasado la noche juntos en un refugio seguro en el que había «tres malas camas pero buenas armas y buenos dispositivos de defensa».<sup>[23]</sup> Se trataba de Buzot, Barbaroux, Guadet y Louvet, incluidos en la lista de los veintidós estigmatizados desde abril, y de los miembros de la Comisión de los Doce, Bergoeing y Rabaut Saint-Étienne. El tocsín los había puesto en movimiento y al acceder a las Tullerías fueron reconocidos por algunos de los primeros militantes concentrados en la plaza del Carrusel. «Hicieron además de atacarnos y lo habrían hecho si no hubieran visto nuestras armas», recordaría en sus memorias Louvet.

Había sido entonces cuando, en el momento de entrar en el salón de sesiones, el propio diputado novelista le había señalado a Guadet la «horrible esperanza» que «brillaba» sobre el «rostro repelente» de Danton. Lo detestaban tanto que sólo podían ver en él una amenaza repulsiva. Los seis amigos estaban allí dispuestos a vender cara su piel, y tal era también la actitud de Vergniaud, recién llegado, junto a los cuñados Ducos y Boyer-Fonfrède, desde su común vivienda de la calle de Clichy. Pero como pronto quedaría en evidencia, ni siquiera en esa situación límite serían capaces de adoptar una táctica común.

La presencia de Garat en el recinto facilitaba las cosas a la Convención. El ministro del Interior aún no se había recuperado ni del abrupto despertar que puso en evidencia cuán falaz era el tranquilizador mensaje nocturno de Pache, ni de la inquietante conversación en la que Danton acababa de decirle que los sublevados se contentarían con «romper algunas prensas», pero que convenía «estar vigilantes». En el mismo momento en que iba a comparecer en la barra, llegó Mallarmé, el economista *montagnard* elegido la víspera como presidente, y reemplazó a Defermon

en el sillón, acentuando la trascendencia del momento.

Garat relató de forma prolija sus vivencias de las últimas horas, pero tenía muy poco que añadir sobre los hechos a lo que todos habían podido ya constatar sobre la marcha.

—No puedo dejar de reconocer ante la Convención que existe una gran agitación en París; que todos los ciudadanos han sido arrancados del reposo por el tocsín en plena noche. Una asamblea compuesta por comisarios de las secciones, electores del 10 de agosto, etcétera, parece haber impulsado el movimiento.

El ministro del Interior no sabía nada más pero, en cambio, sí tenía una explicación política que, muy en línea con sus últimas intervenciones, situaba el foco del problema no en los sublevados, sino en sus ya designadas víctimas:

—La causa de estos disturbios es la reposición de vuestra Comisión Extraordinaria de los Doce. Se le acusa de haber calumniado a París, de haber encarcelado arbitrariamente a los magistrados, de haber proyectado oprimir a los patriotas.

Garat presentó incluso la insurrección bajo una especie de apariencia de normalidad, casi como una expresión más de la rutina urbana:

—Las barreras han sido cerradas momentáneamente. Todos los ciudadanos están en estos momentos en armas en sus secciones respectivas bajo las órdenes de sus jefes habituales. Las patrullas son muy numerosas y se hacen de forma ordenada.

Su única propuesta fue coordinarse con el Comité de Salud Pública y la alcaldía y «adoptar las medidas adecuadas para mantener la tranquilidad y evitar disturbios». Le sucedió en la tribuna uno de los hombres del momento, el robespierrista Lullier, procurador síndico del Departamento de París y convocante de la reunión entre las secciones y las autoridades locales, prevista para las nueve de esa misma mañana en el Club de los Jacobinos. Lullier incorporó enseguida a la versión de Garat la coartada autoindulgente de su mentor político.

—El movimiento extraordinario que se manifiesta en la ciudad de París debe ser considerado como una insurrección moral que tiene por objeto la reparación de las numerosas calumnias difundidas desde hace tiempo contra esta ciudad.

La «insurrección moral» —el golpe blando— adquiriría así carta de naturaleza por boca de una autoridad cualificada. Sólo faltaba que Pache, al frente de una delegación municipal, rindiera cuenta de la mezcla de rendición y farsa que acababa de tener lugar en la alcaldía.

—Los comisarios de la mayoría de las secciones de París nos han comunicado que tenían el encargo de suspender a la municipalidad. El Consejo ha verificado los poderes de los comisarios y los ha encontrado en regla. El presidente ha abandonado entonces el sillón, los secretarios, la mesa, y la asamblea se ha retirado de la sala. Un instante después los comisarios nos han hecho volver y nos han comunicado que no habíamos perdido la confianza de nuestros conciudadanos y que en consecuencia nos reintegraban provisionalmente a nuestras funciones. Hemos aceptado con



agradecimiento. Entonces ha llegado el decreto de la Convención pidiéndome dar cuenta de la situación en París. Vengo a ponerme a sus órdenes.

Papá Pache quería pues seguir sirviendo a dos señores: a los sitiadores y a los sitiados. No en sentido figurado, sino literal: sobre las ocho de la mañana ya había cerca de diez mil *sans-culottes*, movilizados por las secciones, rodeando la sede de la Convención.<sup>[24]</sup> Por eso tres delegados de la sección burguesa de Molière-et-Lafontaine acudieron a pedir explicaciones sobre lo que estaba ocurriendo y a ofrecerse a proteger a la Asamblea. En esos momentos no sólo los tradicionales feudos de los moderados, sino secciones tan diversas como la del Marais, plagada de profesionales y comerciantes, o la de Finistère en el proletario *faubourg* Saint-Marcel, se inclinaban por rechazar la sublevación. La posibilidad de un choque armado en la calle flotaba en el ambiente.

En un clima de tensa incertidumbre, en la Asamblea quedaron pronto establecidas las dos posiciones entre las que transcurrió el debate de los diputados durante toda la mañana. Aprovechando el nuevo golpe bajo que Garat acababa de propinar a la Comisión de los Doce, la Montaña redobló la ofensiva pidiendo su definitiva supresión y el castigo de sus integrantes. La punta de lanza fue esta vez el atrevido Tallien, recién regresado de su misión a los departamentos fronterizos con la Vendée, quien insistió una y otra vez en los agravios de los moderados al pueblo de París y sus magistrados. Frente a él fue Dufriche-Valazé quien llevó la voz cantante de quienes exigían que ante todo se adoptaran medidas contra los muñidores de la insurrección.

Esta segunda postura encontró enseguida un punto de apoyo en una carta en la que el presidente de la Sección del Pont Neuf relataba a la Convención cómo había recibido «una orden sin fecha», firmada por Hanriot, el fiero comandante de la Sección de Sans-Culottes recién designado jefe de la Guardia Nacional por el Comité Revolucionario y la Comuna, «para disparar el cañón de alarma». El responsable del puesto se había negado, escudándose en esa falta de fecha, y el mensajero había advertido que volvería, pero con fuerzas suficientes para obligarle a ejecutar la orden. El presidente de la sección pedía instrucciones en función del decreto que castigaba con la pena de muerte a quien diera ese paso, que en la práctica suponía decretar el estado de guerra, sin autorización de la cámara. Crispado e indignado, Valazé expuso sus conclusiones:

—Pido que el comandante general provisional sea convocado a la barra y arrestado; y que la Comisión de los Doce rinda cuentas de las informaciones que haya recogido.

Thuriot le dio la contrarréplica y durante varias horas se discutió estérilmente sobre qué se debía discutir primero. La propia comparecencia de una delegación del Pont Neuf, detallando de viva voz lo ya adelantado en la carta, acrecentó en vano el dramatismo del debate.

Entre tanto, la reunión convocada en el Club de los Jacobinos para embridar la sublevación a través de las autoridades de la Comuna y el departamento iba dando los

frutos esperados por Pache, Lullier y los propios anfitriones. El Comité de los Nueve —o si acaso de los Diez, una vez incorporado Dobsent— fue ampliado en dos fases. Por la mañana se le añadieron ocho representantes del Departamento de París, y por la tarde otros tantos de la Comuna, hasta sumar los veinticinco miembros que constituyeron el definitivo Comité Central Revolucionario. En realidad habrían sido veintiséis si uno de los pioneros no hubiera quedado descabalgado sobre la marcha como pronto veremos.

La influencia de los elementos más extremistas que habían controlado la Asamblea del Arzobispado, como Varlet y Guzmán, fue quedando diluida ya desde esa misma mañana por la inclusión de hombres estrechamente vinculados a las autoridades locales, como el propio Hassenfratz, lugarteniente del alcalde y nuevo adjunto al jefe de la Guardia Nacional, el joven dantonista Rousselin, el impresor Marquet, socio y amigo tan íntimo de Hébert como para alojarse en su casa, o el comerciante de la Sección de Bon-Conseil —feudo de Lullier— Jean-Baptiste Loys, que sucedió a Dobsent como presidente.<sup>[25]</sup>

Como escribió Mortimer-Ternaux, se trataba de «dos máquinas de guerra, diseñadas para actuar por separado y confiadas a agitadores diferentes, pero que podían unirse a conveniencia».<sup>[26]</sup> Ese ensamblaje es el que se operó —cómo no— en el útero de la sociedad madre de la calle Saint-Honoré. No fue fruto de un pulso violento, pero sí implicó el desplazamiento del centro de gravedad de la sublevación hacia el polo más institucional, en detrimento de los espontáneos radicales que habían tomado la iniciativa durante las primeras horas. Todo un precedente en la historia contemporánea de los golpes de Estado.

Fue probablemente esa nueva correlación de fuerzas que permitía tenerlo todo bajo control lo que empujó a Pache a dar el paso definitivo en la senda de la insurrección. A última hora de la mañana un representante del Comité Revolucionario aseguró ante el Consejo General de la Comuna, que «no ha sido aún posible conseguir que se dispare el cañón de alarma porque ha habido un contraorden del alcalde».<sup>[27]</sup> El vicepresidente Destournelles vino a corroborar el hecho, pero explicó que «el alcalde cumplió con su deber porque cuando dio esa orden aún no se había establecido el poder revolucionario».

Aclaradas las cosas, «el Comité Revolucionario dio nuevas órdenes para que se disparara el cañón de alarma» con la obvia anuencia de Pache. Eso es lo que finalmente sucedió poco después de la una del mediodía sin que los burgueses del Pont Neuf pudieran hacer ya nada por evitarlo.

Todos los diputados oyeron el estruendo seco y contundente. Era la voz lúgubre del bronce, advirtiendo que aquello no tenía vuelta atrás. Sólo era un símbolo sonoro, pero su impacto emocional y su influencia política fueron enormes. Los *montagnards* sintieron que la jornada se decantaba a su favor y los moderados constataron con frustración cómo la fuerza de los hechos iba imponiéndose a la de sus palabras.

Unos remaban a favor del viento y los otros jugaban ya en desventaja. Para colmo

del ultraje, Mallarmé anunció enseguida que «una delegación del Comité Central Revolucionario» solicitaba ser escuchada. ¿Qué otra cosa sino la rendición podían querer pedir los sitiadores a los sitiados? Pero también las secciones burguesas estaban en armas. Por eso tomó la palabra Vergniaud, dando por hecho que existía un inminente riesgo de derramamiento de sangre:

—Estoy tan convencido de que este combate, al margen de cuál sea el resultado, comprometería de forma grave la libertad y la República que, a mi entender, cualquiera que desee que se lleve a cabo es cómplice de nuestros enemigos exteriores.

Como si el acabar de franquear el umbral de la cuarentena —menudo cumpleaños le esperaba— acentuara el equilibrio entre su firmeza y su prudencia, el más admirado de los diputados bordeleses ofreció una especie de compromiso a sus adversarios:

—Se pide que la Comisión de los Doce sea destituida porque ha cometido actos arbitrarios. Sin duda debería ser destituida, si así fuera. Pero antes habría que escucharla. Sin embargo, la Convención no debe ocuparse en este momento de ese debate. No debe escuchar su informe porque ese informe haría chocar inevitablemente las pasiones y eso debe evitarse en un día de excitación. Para que la Convención pruebe que es libre no necesita destituir hoy a la comisión. Pido que eso se aplase hasta mañana. Lo que le importa ahora a la Convención es saber quién ha ordenado que suene el tocsín y que se dispare el cañón de alarma.

Estaba por lo tanto dispuesto a dejar a la Comisión de los Doce en una especie de vía muerta e incluso a aceptar su definitiva defunción a cambio de que la prioridad fuera tratar de atajar la sublevación. Y quiso dejar claro que esa oferta no era un acto de cobardía:

—Pido que el comandante general sea convocado a la barra y que todos juremos morir en nuestros puestos.

Vergniaud habría necesitado el respaldo de un grupo al menos tan sólido y compacto como la Montaña para resistir la presión y hacer valer su mayoría. Fue Danton quien le replicó, insistiendo en que lo urgente era disolver la comisión que se había convertido en el símbolo de los agravios de los diputados moderados al pueblo de París:

—Habéis creado una comisión inoportuna. Y si no lo sabéis es preciso decíroslo. Sí, vuestra comisión se ha hecho merecedora de la indignación popular. Yo no pido su disolución, sino su supresión.

Danton no explicó en qué consistía el matiz, pero dentro de su guante de hierro también había una mano de seda camuflada:

—Sí, no hay duda de que el cañón ya ha retumbado. Pero si lo único que hubiera querido París fuera daros una gran señal para presentaros sus quejas, en vez de condenar esta explosión, podríais darle la vuelta a favor de la cosa pública, corrigiendo vuestros errores, cesando a la comisión.

Y al escuchar los murmullos de desaprobación que se alzaban entre los bancos del centro y la derecha, Danton hizo una significativa aclaración:

—Sólo me dirijo a quienes han recibido algunos talentos políticos, no a esos hombres estúpidos que sólo saben hablar a través de sus pasiones. Considerad la grandeza de vuestro objetivo: ¡salvar al pueblo de su propia cólera! Pido la supresión de la comisión y que se someta a juicio la conducta concreta de sus miembros. Vosotros los consideráis irreprochables, yo creo que se han dejado llevar por sus resentimientos. Es preciso que este caos se esclarezca, pero hay que hacerle justicia al pueblo.

—¿A qué pueblo? —le contestaron.

—¿A qué pueblo, decís? Pues al pueblo de París. A este pueblo inmenso, centinela avanzado de la República.

—¿Y la violación de la ley?

—No hay violación de la ley allí donde una gran voluntad del pueblo se manifiesta.

—No es la suya, es la vuestra.

—No abuséis de mi agudeza. Reto a cualquiera a que diga que yo he tenido algo que ver con lo que acaba de ocurrir. ¡Dad la vuelta en beneficio de la patria a esta energía que sólo los malos ciudadanos pueden considerar funesta! Y si cuando vosotros hayáis hecho justicia, algunos hombres peligrosos, no importa a qué partido pertenezcan, pretendieran prolongar un movimiento que se habrá vuelto innecesario, París mismo les devolverá a la nada.

En este diálogo apasionado de Danton con los bancos de sus adversarios quedó resumida su estrategia. Su «salvar al pueblo de su propia cólera» significaba lo mismo que aquel «seamos terribles para que el pueblo no tenga que serlo» con que promovió el 10 de marzo el Tribunal Revolucionario. Puesto que acababa de decir, como Héroult de Séchelles, que la ley debía quedar supeditada a los desbordamientos populares, se trataba de aplacar a las turbas con algunos sacrificios rituales hasta hacer «innecesario» su furor; y de pararle a continuación los pies a los extremistas más «peligrosos». O sea, se trataba de domesticar al mismo tigre cuya jaula había abierto y sobre cuyo lomo cabalgaba.

Hay quienes sostienen que estaba haciendo un guiño, enviando un «consejo sibilino» a los diputados indecisos para que dejaran caer a sus compañeros marcados por las secciones.<sup>[28]</sup> Más bien parecía un mensaje dirigido al propio Vergniaud y otros líderes con «talento político» para que asumieran una política de control de daños y sacrificaran a la Comisión de los Doce en nombre del mal menor. Danton tenía claro que, una vez desatada la insurrección, debía haber vencedores y vencidos. Si Vergniaud pedía que la partida quedara en tablas, él —en nombre del Comité de Salud Pública— sólo podía ofrecer ya una rendición honorable a cambio de que la derrota tuviera consecuencias limitadas.

Sin embargo, el grupo de prohombres moderados que había pasado la noche

velando sus armas ni iba a darse por vencido tan fácilmente ni había coordinado su estrategia con la de Vergniaud.

—Pido la palabra en nombre de la Comisión de los Doce —clamó un día más Rabaut Saint-Étienne.

—¡No, no! ¡Abajo, abajo! —replicaron la Montaña y las tribunas, reproduciendo la bronca de jornadas anteriores.

—Si la comisión subsiste, yo la asesinaré —advirtió Basire con su habitual tono camorrista.

—No temo ni a las amenazas ni a los puñales. Espero de la justicia que la Asamblea no se pronuncie antes de haberme escuchado. Estas interrupciones me hacen creer que tenéis miedo a escucharme.

Louvet recordaría que Rabaut había llegado a la Convención en un estado de gran excitación, invocando fragmentos del *Dies Irae* sobre el juicio final, muy propios de su condición eclesiástica.<sup>[29]</sup> El presidente Mallarmé trató de apartarlo de la tribuna. No podía hacerlo sin desdoro dando paso a quienes se habían autoproclamado nueva autoridad en París, pero sí anunciando que el Comité de Salud Pública quería presentar un informe sobre la situación. Rabaut tampoco se plegó a eso.

—¡Qué importa! Yo debo ser escuchado.

—¡Tu estás acusado! —le gritaron desde la Montaña.

—Razón de más para que se me oiga.

Siguió un interminable forcejeo en el que Rabaut se empeñaba en denunciar los datos sobre la insurrección de que disponía la Comisión de los Doce, y Basire, Marat o Billaud-Varenne dirigían el coro de quienes acallaban una y otra vez su voz. De forma intermitente, en medio de la turbamulta, se le oía referirse a las reuniones de miembros de la Comuna con los mentores de la Asamblea del Arzobispado o a un presunto plan para que Santerre se diera la vuelta y regresara a París al frente de las tropas recién despachadas hacia la Vendée. Pero en el fragor de la bronca era imposible hilar nada coherente con esos mimbres. Instado una y otra vez a terminar de hablar, al final Rabaut tiró la toalla.

—Bien, concluyo con que ya no existe la Comisión de los Doce porque lo que quiero es que haya un centro único [de poder] y pido que sea el Comité de Salud Pública el encargado de todas las investigaciones.

Entonces bajó de la tribuna y la Montaña prorrumpió en una gran ovación dirigida hacia sí misma para celebrar que había logrado hacerle callar. A algunos diputados moderados les pareció la señal de que todo estaba perdido. Unos cuantos recriminaron a Rabaut que renunciara a la palabra sin culminar su denuncia. El más indignado de ellos<sup>[30]</sup> se abalanzó sobre el pastor protestante, lo agarró por el brazo y lo condujo de vuelta a la tribuna. La bronca fue monumental.

—¡Un representante del pueblo bajo la opresión! —fue casi lo único que logró añadir Rabaut.

—Pido que a la primera interrupción se decrete que no habrá deliberación antes

de que las tribunas hayan sido desalojadas —reclamó en vano Vergniaud.

Desviándose de sus propias intenciones anteriores, Mallarmé anunció de repente que iba a dar la palabra a «una delegación del Consejo General Provisional de la Comuna».

—¡No reconocemos a ningún Consejo General Provisional! —clamaron los moderados.

—Queréis la guerra civil —les espetó Basire.

—Sólo puede haber miembros de comunas legales, no de comunas revolucionarias —protestó Masuyer.

—¡Pero si son miembros de la antigua Comuna! —le replicaron desde la Montaña, avalando el retorcido vodevil municipal de esa madrugada.

—Sí, pero han usurpado los poderes de quienes les eligieron.

Guadet forzó entonces a Mallarmé a preguntar al portavoz si acudían o no en nombre de quienes habían destituido y repuesto a la Comuna. El interpelado se salió por la tangente:

—No hemos sido enviados por ningún Comité Revolucionario. Nuestros poderes proceden de las asambleas generales de nuestras secciones. Por lo tanto somos mandatarios directos.

Tras alardear de ese presunto título de superioridad sobre unos diputados fruto de una elección de segundo grado, el portavoz aseguró que su misión era «seguir la pista de un complot que hemos descubierto y salvar la cosa pública», pero a continuación pasó a leer dos acuerdos adoptados, según él, por «la Asamblea General de la Comuna».<sup>[31]</sup>

—La primera medida revolucionaria del pueblo de París ha sido poner bajo la responsabilidad de los republicanos *sans-culottes* todas las propiedades. Los habitantes de París han jurado perecer antes que permitir que sufran el más leve ataque.

Grandes aplausos subrayaron este primer anuncio y se encadenaron enseguida con los que mereció el segundo.

—Pero como los obreros, los buenos *sans-culottes* de París, tan necesarios para mantener la tranquilidad en estos momentos, son poco adinerados, venimos a advertiros que hemos acordado que todos aquellos que no tengan medios para sacrificar su tiempo a la República recibirán 40 perras por día hasta que la calma se restablezca y los proyectos de los enemigos de la libertad sean desbaratados.

El entusiasmo con que los anfiteatros y la Montaña acogieron la entrada en el hemiciclo de la nutrida delegación camufló el estupor con que la mayoría de los diputados escuchó la coletilla final:

—Firmado: Loys, presidente; Guzmán, secretario.

O sea, que en efecto no eran ni las secciones de París como tales, ni siquiera el Consejo General de la Comuna revigorizado por el impulso insurreccional, sino el Comité Central Revolucionario —instalado en la misma sala de la Reina del

Ayuntamiento en la que el alcalde había hecho su duermevela— el que «comunicaba», es decir, imponía a la Convención el pago de una soldada a los mismos *sans-culottes* que en número creciente estaban cercándola. Al doblegarse y asumir como propia tal decisión, la Asamblea reconocería *de facto* al final de la jornada a ese nuevo órgano de poder en el que un aristócrata español seguía apareciendo como representante cualificado de los *sans-culottes* parisinos. Nunca Don Tocsinos pudo imaginar que iba a ser arrojado a una posición tan alta —y efímera— por la catapulta de la historia.

Hacía falta tener coraje para plantar cara a lo que estaba sucediendo, y eso no le faltó nunca a Guadet. Como si tomara el relevo de su compañero de escondite nocturno Rabaut Saint-Étienne, el larguirucho diputado de Saint-Émilion subió a la tribuna y se expresó con el más cáustico de los registros:

—Los peticionarios que acaban de comparecer en la barra han hablado de un gran complot. Sólo se han equivocado en una palabra. En lugar de decir que lo habían descubierto, deberían haber anunciado que lo querían llevar a cabo.

Entre violentos murmullos Guadet continuó en el mismo tono:

—De entrada me asombra que los ciudadanos de París nombren comisarios para decir cómo hay que salvar a la República. ¿Es que no saben que tienen representantes en la Convención Nacional?

—Todo eso no es más que un galimatías. El problema viene de la existencia de la Comisión de los Doce —le espetó Bourdon de l'Oise.

—¡Dejad hablar a Dumouriez! —gritó con sorna otro *montagnard*.

—A lo mejor hay quien cree que la Comisión de los Doce ha sido creada sólo para París, pero las leyes están en vigor en toda la República y establecer una autoridad por encima de la ley es violar los derechos de la República. Y no imputo a las secciones de París esta infracción criminal, sino a algunos canallas.

—Estáis calumniando a París.

Guadet giró la cabeza hacia el lugar de donde había salido la última imprecación y reaccionó como movido por un resorte.

—Yo soy el amigo de París; los enemigos de París sois vosotros.

Las tribunas prorrumpieron en nuevos alaridos —«¡Calumniador, sinvergüenza, abajo, abajo!»— y Guadet se encontró, como antes Rabaut, ante la imposibilidad de hacerse oír por mucho que se desgañitara. Vergniaud pidió, indignado, el desalojo de las gradas, pero Mallarmé se limitó a solicitar «fraternalmente» respeto a los oradores. Guadet aprovechó los breves instantes en los que amainó la tempestad para hacer sus propuestas, muy en línea con las de Valazé:

—Pido que la Convención acuerde no deliberar sobre nada que no sea su propia libertad. Propongo que anuléis las medidas adoptadas por la municipalidad. Propongo que encarguéis a la Comisión de los Doce que averigüe quiénes han tocado el tocsín, han detenido la circulación de los correos y han disparado el cañón de alarma, y que presente un informe dentro de tres días.



Era valiente pero no era realista. Tras el estampido del cañón, el tocsín había seguido sonando de forma intermitente hasta bien entrada la tarde.<sup>[32]</sup> Los diputados eran conscientes de que cada vez había más militantes rodeando la Convención en espera de algún desenlace, y si los bancos del centro y la derecha habían presentado ya desde primera hora de la mañana significativos claros, la tentación de buscar una componenda con el bando que se perfilaba como vencedor no cesaba de ganar adeptos. Así quedó de relieve cuando un nuevo portavoz de la Comuna Revolucionaria compareció con una insólita propuesta:

—Legisladores, en estos momentos de crisis la municipalidad ha pensado que sería muy ventajoso establecer una relación directa con la Convención, de forma que la municipalidad sea informada hora a hora de sus decisiones y la Convención conozca el estado de París. Os pedimos que nos indiquéis un local en el que los comisarios de la Comuna puedan reunirse.

El lenguaje no podía ser más preciso. Un ayuntamiento sublevado contra la legalidad pretendía incrustar a cuatro comisarios políticos en la propia sede de la soberanía nacional asediada por su fuerza de choque, y a la mayoría de los miembros de la Convención les parecía bien. La única salvedad, en forma de enmienda —presentada de hecho por el moderado Defermon—, fue acordar que, junto a ellos, se reunieran también los ministros y los representantes del Departamento de París. Por inaudito que parezca, desde la propia Convención se decretaba coordinar la ilegalidad con la legalidad, facilitando así la tarea a los insurrectos. La medida se aplicó de inmediato.

Couthon fue izado entonces a la tribuna para replicar a Guadet:

—Se le ha hecho a la Comuna de París el reproche de haber mandado tocar el tocsín. Debo advertir a este respecto que nos encontramos en un momento de crisis y que la Comuna está autorizada a tomar este tipo de decisiones con tal de que avise a la Convención. Como lo ha hecho, [su conducta] es irreprochable. Guadet ha dicho que la Comuna de París había preparado la insurrección. ¿Dónde está la prueba?

El jacobino paralítico alentaba la tesis de Danton y Robespierre, verbalizada por Lullier, de que aquello no era sino una «insurrección moral», y añadió que era la Comisión de los Doce la que quería darle otra amplitud «para alumbrar la guerra civil, proporcionar a nuestros enemigos la ocasión de entrar en Francia y proclamar a un tirano». Tras formular este diagnóstico tan sesgado de lo que ocurría, Couthon pretendió situarse, sin embargo, entre las dos fuerzas enfrentadas para realizar un remedo de llamamiento a la unidad, explotando ese cierto aire de conciliación que emanaba de su fragilidad y sus ademanes suaves:

—Que todos los que quieran salvar a la República se junten. Yo no soy ni de Marat, ni de Brissot. Yo soy de mi conciencia. Que todos los que no son más que del partido de la libertad se unan y entonces la libertad estará a salvo.

Pero, claro, esa unidad y esa libertad sólo eran concebibles bajo la pauta de las consignas jacobinas.

—Propongo el envío al Comité de Salud Pública de todas las propuestas formuladas y que paséis al orden del día, es decir, a la supresión de la Comisión de los Doce.

Los *montagnards* estaban ya reclamando que fuera eso lo que se votara, cuando Vergniaud volvió a pedir la palabra para dejar estupefactos a propios y extraños:

—Se os acaba de decir que todos los buenos ciudadanos deberían unirse. Esa era ciertamente mi intención cuando he propuesto a todos los diputados jurar que morirían en sus puestos para salvar a la República. Estoy lejos de acusar ni a la mayoría ni a la minoría de los habitantes de París. Este día será suficiente para dejar constancia de lo mucho que París ama la libertad. Basta recorrer las calles, ver el orden que reina en ellas, las numerosas patrullas que circulan, para decretar que París ha sido digna de la patria.

Tras unos segundos de estupor, desde la Montaña brotaron gritos de «¡Sí, sí, sí!» con la firmeza de quien recibe la espada del vencido, y fueron tibiamente secundados desde el centro y la derecha con la confusión de quien cree haberse subido a una tabla de salvación sin siquiera saber si flota. Consciente de que aún había quienes se frotaban los oídos, Vergniaud insistió:

—Sí, pido que decretéis que las secciones de París han sido dignas de la patria, manteniendo la tranquilidad en este día de crisis, y que les invitéis a continuar ejerciendo la misma vigilancia hasta que todos los complots sean desbaratados.

Ni que decir tiene que la Montaña cogió la ocasión al vuelo y apoyó que una moción —redactada de su puño y letra por Vergniaud en esos términos— fuera votada de inmediato: «La Convención Nacional decreta por unanimidad que las secciones de París han sido dignas de la patria por el celo que han puesto hoy en restablecer el orden, en hacer respetar a las personas y las propiedades, y en asegurar la libertad y la dignidad de la representación nacional».

No obtuvo tal «unanimidad», pero fue aprobada mediante el procedimiento de ponerse de pie, por la gran mayoría de los presentes. Pocos minutos después la noticia corría por todo París y era anunciada con chanzas y alborozo en el Consejo General de la Comuna. «La Convención acaba de decretar que las secciones de París han sido dignas de la patria y tal vez os sorprenderá saber que ha sido a propuesta de Vergniaud», escribieron los cuatro comisarios de la Comuna, instalados ya junto a la sala de sesiones, en su primer parte «político-militar» de las tres de la tarde.<sup>[33]</sup>

## TRES

¿Por qué? A diferencia de algunos de sus más notables compañeros de infortunio, Vergniaud nunca escribiría ningún tipo de memorias y por lo tanto la respuesta al enigma de qué pasaba por su cabeza cuando hizo esta propuesta que tanto entusiasmó a sus enemigos y tanto desconcertó a sus amigos sólo puede proceder de una deducción lógica.

Aunque según Louis Blanc, «en los oídos complacidos de la Montaña resonó como el grito del miedo»<sup>[34]</sup> y el propio *montagnard* Lévasseur de la Sarthe creyó al oírle que sus adversarios «no tenían ni voluntad ni fuerza para combatir»,<sup>[35]</sup> esa interpretación no encaja con la pauta de conducta de Vergniaud durante toda la crisis, plantándose en la Convención en cuanto escuchó el tocsín, dando la cara una y otra vez en la tribuna, proponiendo a los diputados juramentarse para morir en sus puestos y durmiendo todas las noches en su domicilio. Su iniciativa tampoco parece obedecer a un impulso de ingenuo idealismo como el que le había llevado en abril a anunciar que estaba dispuesto a «precipitarse en el abismo» con tal de salvar a Francia de la guerra civil que desencadenaría convocar las asambleas primarias. De hecho ya había cambiado de opinión sobre ese asunto. Ni siquiera encaja en la idea de que fuera un ejercicio de prudencia como el que le llevó a omitir la implicación de los Jacobinos en su gran discurso de denuncia de la conspiración del 10 de marzo.

Más certera parece la hipótesis coincidente de dos de sus principales biógrafos de que se trataba de un acto de astucia política. «Maniobraba para dividir al adversario, oponiendo a la Comuna el poder de las secciones», sostiene Lintilhac.<sup>[36]</sup> «Su propósito era abrir una brecha entre las secciones por un lado y la Comuna y el Arzobispado por el otro; y entre los miembros de las secciones y sus delegados escogidos por los extremistas», corrobora Bowers.<sup>[37]</sup> Las propias tachaduras del manuscrito, en el que Vergniaud había sustituido la genérica expresión «ciudadanos de París» por la más concreta «secciones de París», vienen a avalar esta lectura.<sup>[38]</sup>

Además había un dato objetivo. Doce horas después de que hubiera sonado el tocsín, dos horas después de que hubiera tronado el cañón, no había sucedido nada irreparable. Fuera del entorno directo de la Convención, el ambiente en la calle seguía siendo más festivo que bélico. Incluso el repique de las campanas, al margen de lo que tuviera de molesto y con la excepción de su impacto en quien pudiera sentirse amenazado, había terminado convirtiéndose con el transcurso de las horas en una especie de travesura colectiva. Un redactor de *Le Journal Français* relató su experiencia cuando, al pasar nada menos que junto al campanario de la Abadía, sintió curiosidad por ver «un tocsín vivo y activo»: subió escaleras arriba y se encontró con dos niños que eran los hijos del campanero, turnándose en el empeño. «Nos han dicho que debía sonar hasta que pasara la alarma», le explicaron los chavales. «Era como si les hubieran dicho: prenderéis fuego a la casa hasta que se apague el

incendio», concluía el periodista, al menos tan en broma como en serio.<sup>[39]</sup>

Como escribió nada menos que Condorcet en *La Chronique de Paris*, «la jornada era soberbia, y puesto que hasta el mediodía no había habido ningún acontecimiento siniestro, cada uno se paseaba, se reía libremente y todas las mujeres estaban sentadas tranquilamente en las puertas de sus casas para ver pasar la insurrección».<sup>[40]</sup> La única alteración de este mar en calma la había constituido «la azotaina de un culo en las tribunas de la Convención». Pero eso no era ya ni siquiera noticia pues, tras lo sucedido a Théroigne de Méricourt, no había nalgas femeninas que pudieran sentirse seguras en el templo de la soberanía nacional y sus aledaños.

Si el propio Vergniaud había advertido del riesgo de que se desencadenara un combate era porque daba por hecho que las secciones burguesas del centro y noroeste de París también se estaban movilizandando para defender a la Convención. Incluso es muy probable que él hubiera salido a la calle y, «confuso e inseguro sobre lo que estaba sucediendo»,<sup>[41]</sup> detectara más expectación que hostilidad, más mezcla que uniformidad, entre los congregados tanto en la plaza del Carrusel como en el Jardín Nacional. «Vio claramente que había miles que no sabían por qué estaban allí», aventura Bowers. «En una maniobra a la vez hábil y confiada reivindicó para sí, para sus ideas, para su causa, este vasto París, animado pero pacífico, que esperaba acontecimientos», sostiene Jaurès.<sup>[42]</sup>

Su problema era que mientras los jacobinos y los *enragés* limaban sus diferencias mediante la ampliación del Comité Revolucionario y su coordinación con la Comuna, no había centro de referencia alguno desde el que se apuntalaran las posiciones de los diputados moderados y las secciones burguesas. Por inteligente que pudiera parecer su estrategia, pronto fue quedando claro que no dejaba de ser un ejercicio teórico, un salto en el vacío, en palabras de Edgar Quinet una «estratagema a la desesperada» por parte de la «elocuencia acorralada».<sup>[43]</sup>

A medida que avanzaba la tarde, mientras a los diputados se les iba la fuerza por la boca, los insurrectos seguían afianzando el ejercicio de su poder desde la sede de la Comuna. El Consejo General Provisional, reforzado por algunos de los extremistas más pragmáticos, adoptó un decreto, a propuesta de Hébert, que convocaba a todos los «miembros de los distintos tribunales, cargos públicos y funcionarios de las cuarenta y ocho secciones» para que prestaran juramento de fidelidad a la nueva situación.<sup>[44]</sup> Pronto comenzó el desfile de cientos de personas que acudieron a hacerlo: era la prueba definitiva de que una fuente de legitimidad estaba desplazando a otra. Además, desde la Casa Común se reiteraba el cierre a cal y canto de las barreras, hasta el extremo de que a un capitán destinado en Versalles se le prohibió salir y se le ordenó incorporarse a una unidad en París.

Una nueva prueba del control municipal de la situación fue la respuesta que se le dio a una delegación de las Ciudadanas Republicanas que solicitaba incorporar a alguna representante al Comité Central Revolucionario: «El Consejo felicita a estas ciudadanas por su celo republicano y les notifica que siente no poder admitirlas en el

Comité Revolucionario de los hombres. Les hace notar que este comité no es una sociedad que se reúna como un club, sino que está compuesto por delegados de las cuarenta y ocho secciones. Las ciudadanas están invitadas a asistir a la sesión».<sup>[45]</sup> En definitiva, que Claire Lacombe, Pauline Léon y sus seguidoras estaban muy bien para las arengas, los desfiles y las azotainas, pero el golpe de Estado era cosa de hombres.

A lo largo de la tarde la inercia que sigue a toda demostración de fuerza —y en París no cabía mayor alarde incruento que dominar el tocsín, el cañón de alarma y las barreras— fue haciendo mella incluso en las secciones que más se habían distinguido por apoyar a los diputados moderados. Sendas delegaciones de Fraternité y Buttes-Moulins comparecieron ante la Comuna anunciando «la victoria de los verdaderos patriotas sobre los intrigantes», y representantes de la de Quatre-Vingt-Douze que controlaba el batallón de Filles Saint-Thomas acudieron a prestar el juramento cívico.

En cuanto a los siguientes pasos a adoptar, «la Comuna osciló durante todo el día entre los templados y los furiosos como un mar durante la tormenta».<sup>[46]</sup> Varios espontáneos criticaron las «medidas pusilánimes» que se estaban adoptando y pidieron directamente la toma por la fuerza de la Convención para «detener a sus miembros gangrenados». Chaumette y Pache se opusieron una y otra vez a esas iniciativas porque, según el alcalde, «el pueblo de París distingue a sus verdaderos amigos de los energúmenos y los imbéciles»; pero impulsaron que el Consejo acordara acelerar el desarme de los «sospechosos», proceder al cobro del préstamo forzoso sobre los ricos para pagar al nuevo ejército revolucionario, y sobre todo concretar y endurecer sus exigencias a la Convención.

El Comité Central Revolucionario había ido actuando entre tanto en paralelo de forma mucho más enérgica. Sobre las diez de la noche uno de sus miembros resumió sin ambages ante la Comuna las iniciativas adoptadas por su cuenta. Según el *Moniteur*, «las dividió en dos clases de medidas: las medidas secretas y las que podían ser hechas públicas». No explicó cuáles eran las primeras. «Entró en el detalle de las segundas, entre las que se encuentra la medida de detener a todas las personas que han dado lugar al movimiento contrarrevolucionario en estos últimos tiempos».

<sup>[47]</sup> Los «desarmes» se convertían, pues, en detenciones.

Su orden de arresto más importante había ido dirigida contra el exministro Roland. Estaba firmada por Marquet —el íntimo amigo de Hébert— a modo de «presidente en funciones», y quien ejercía esta vez de secretario era Clémence, otro hombre de la Sección de Bon-Conseil y por lo tanto muy afín a Loys y Lullier. Su ejecución fue encomendada a media docena de militantes de la Sección de la Cité, controlados por Dobsent, quienes se presentaron sobre las cinco y media de la tarde en el apartamento de la calle de La Harpe. En ese momento no había ningún criado en casa. Un aventajado Roland los recibió junto a su esposa y reaccionó con firmeza a la lectura de la orden del Comité Central:

—No conozco ninguna ley que haya establecido la autoridad que me citáis y no

obedeceré las ordenes que emanen de ella. Si empleáis la violencia no podré oponer otra resistencia que la de un hombre de mi edad, pero protestaré hasta el último momento.<sup>[48]</sup>

El cabecilla del grupo le respondió entonces que no tenía instrucciones de utilizar la fuerza, que notificaría su respuesta al Consejo de la Comuna y que dejaba entre tanto en la casa a sus cinco compañeros.

Había llegado el momento de ejecutar el plan que anidaba en la mente de *madame* Roland. Mientras los *sans-culottes* permanecían en la puerta, ultimó los detalles con su marido, escribió una carta al presidente de la Convención pidiendo ser oída, se echó un chal negro encima de la bata de casa que llevaba puesta y se dirigió a la calle para coger un coche de punto. En sus *Memorias* no especifica si salió por la entrada principal —sobre ella no pesaba aún orden de detención alguna— o si utilizó el patio interior y el piso de su casero Cauchois como vía de escape hasta la calle de Maçons-Sorbonne. En todo caso tal fue la ruta que siguió poco después su marido para sustraerse a sus guardianes.

Cuando *madame* Roland llegó al patio de las Tullerías lo encontró repleto de hombres armados. Se tapó la cara con el chal para no ser reconocida y cruzó entre ellos «saltando como un pájaro». Trató de acceder al vestíbulo por varias puertas, pero estaban cerradas y había centinelas que le impedían el paso. Tras insistir inútilmente, recurrió «al lenguaje de cualquier devota de Robespierre»:

—Ciudadanos, en este día tan saludable para la patria, en medio de traidores a los que debemos temer, no sabéis la importancia que pueden tener estas notas que debo llevar al presidente. Haced venir a un ujier para que se las entregue.

Ante ese argumento los centinelas la pasaron directamente a una sala en la que había otros peticionarios. Allí volvió a preguntar por un ujier y al cabo de un cuarto de hora sintió un pequeño golpe de buena suerte, pues el que apareció, un tal Rôze, era el mismo que la había atendido medio año antes cuando había logrado desbaratar desde la barra, de forma tan convincente, las acusaciones urdidas contra ella. Sin embargo, enseguida se dio cuenta de que la situación no era la misma: «Entonces era una invitada, ahora una suplicante».

A pesar de todo Rôze estuvo comprensivo y amable. Recogió su carta y le prometió llevarla a la mesa de los secretarios y presionarles para que la leyeran. «Pasó una hora. Yo me paseaba a grandes pasos y miraba hacia la sala cada vez que se abría la puerta. Pero un guardia la cerraba enseguida. En los intervalos se escuchaba un ruido espantoso».

No era para menos, pues la propuesta de Vergniaud no había supuesto sino una efímera tregua tras la que se habían reanudado las hostilidades con gran agresividad. El moderado Simon Camboulas, que había heredado de su tío, el abate Raynal,<sup>[49]</sup> la pasión por la filosofía y la retórica, consiguió que la Convención acordara encargar al Consejo Ejecutivo —o sea, a Garat— que averiguara quién había desatado la insurrección. Diversos historiadores consideran el lance como el último triunfo



parlamentario de los «girondinos», pero la votación se produjo en medio de tal caos —con el hermano de Robespierre y el carnicero Legendre como arietes de los *montagnards*— que su resultado enseguida fue discutido y anulado.

Delacroix y Deperret intercambiaron entonces graves insultos. Marat se subió a la tribuna exigiendo poder hablar, mientras Barère seguía esperando para intervenir en nombre del Comité de Salud Pública. Al final Mallarmé dio preferencia a una nueva delegación de la Comuna y el Comité Revolucionario, acompañada esta vez de un gran número de *sansculottes*. Su mensaje no se perdía en vaguedades grandilocuentes, sino que se ceñía a nueve exigencias de significado inequívoco:

1. Pedimos la formación de un ejército revolucionario central, compuesto por *sans-culottes*, costado por el impuesto sobre los ricos a razón de cuarenta perras por día y la extensión de esta medida saludable a todas las ciudades de la República en proporción a su población.

2. Pedimos que se presente un decreto acusatorio contra los veintidós diputados designados por las secciones de París y la gran mayoría de los departamentos, y también contra los miembros de la Comisión de los Doce [...]. Los ciudadanos de París se ofrecen como rehenes para responder ante todos los departamentos.

3. Pedimos que el precio del pan sea fijado en tres perras la libra en todos los departamentos y que esta disminución se opere haciendo que los ricos paguen perras adicionales.

4. Pedimos que en todas las plazas de la República se establezcan de inmediato talleres dedicados únicamente a fabricar toda clase de armas para todos los *sans-culottes* [...].

5. Pedimos que todos los nobles que ocupen cargos superiores en los ejércitos de la República sean licenciados.

6. Pedimos el envío inmediato, a Marsella y a los departamentos del Midi en los que se han producido movimientos contrarrevolucionarios, de comisarios encargados de estrechar los lazos de unión y fraternidad con los ciudadanos de París y de acudir en ayuda de los patriotas oprimidos.

7. Pedimos una declaración en la que venguéis a los patriotas de París de todas las calumnias de los escritores pagados para encender la guerra civil, haciéndoles al fin justicia.

8. Pedimos el arresto hoy mismo de los ministros Clavière y Lebrun [...].

9. Pedimos por fin que la República garantice los auxilios debidos a las madres, a las esposas y a los hijos de los generosos guerreros muertos combatiendo por la igualdad.

Aunque nadie terminó de entender lo del ofrecimiento de «rehenes», los puntos más aplaudidos fueron el segundo y el último. Las cartas iban quedando sobre la mesa y, como si supiera o intuyera cuál era el as que se guardaba en la manga el



Comité de Salud Pública, Robespierre rompió el voto de abstinencia que había formulado la antevíspera en el Club de los Jacobinos y pidió intervenir después de que lo hiciera Barère. Pero antes volvió a subir a la tribuna Lullier al frente de una delegación del Departamento de París. Se le veía mucho más crecido que por la mañana. Su tono imperativo era el de quien ya se veía ganador. Enseguida quedó claro que actuaba en plena coordinación con la Comuna, adobando de pasión e ira las peticiones recién presentadas, hasta el punto de invertir las tornas entre acosadores y acosados:

—¡Legisladores, es hora de acabar esta lucha de los patriotas contra los furiosos que les asedian continuamente! La razón del pueblo se irrita ante tanta resistencia. Que sus enemigos tiemblen. ¡Su cólera majestuosa está a punto de estallar! Que ellos tiemblen. El universo se estremecerá con su venganza.

La Révellière-Lépeaux y el propio Lanjuinais trataron de contestarle, pero quedaron sucesivamente sepultados por los abucheos. Tanto los seguidores de Lullier como los miembros del nutrido séquito municipal fueron admitidos a los honores de la sesión y entraron en la sala, apretándose junto a los bancos de los diputados *montagnards*, que los recibieron con abrazos. A la vista de que los lugares del centro y la derecha estaban ya medio vacíos, los miembros de la Montaña dejaron sus asientos para que los peticionarios pudieran acomodarse mejor, mientras ellos ocupaban los de sus compañeros moderados, incitados a marcharse por cuanto habían visto y oído.<sup>[50]</sup>

Cuando al cabo de esa hora interminable regresó a la sala en la que aguardaba *madame* Roland, el ujier Rôze le explicó todo esto a grandes rasgos.

—En la Asamblea reina un tumulto imposible de describir. Los peticionarios han pedido el arresto de los Veintidós. Acabo de ayudar a Rabaut a salir sin ser visto. Algunos otros se escapan. No se sabe lo que puede ocurrir...

—¡Ay, mi carta no será leída! Haced venir a un diputado con el que pueda hablar. Sólo conozco o estimo a los proscritos. Decidle a Vergniaud que le pido que venga.

No había reclamado ni a Buzot —por razones obvias— ni a Barbaroux ni a ninguno de los demás asiduos a su salón. *Madame* Roland parecía tener claro que en esa situación extrema sólo la elocuencia y la capacidad política de Vergniaud podrían cambiar el sesgo de las cosas. Pero a pesar de todos sus esfuerzos, el «águila de la Gironda» no había logrado que la mayoría moderada de la Convención remontara el vuelo. Aún le quedaban dos últimas bazas por jugar y no podía entretenerse demasiado con *madame* Roland. Estuvo con ella cinco minutos, fue a la secretaría a comprobar qué pasaba con su carta y volvió enseguida para hablarle con toda claridad.

—En el estado en que se encuentra la Asamblea no puedo agradaos y ni siquiera deberíais esperar. Si se os permitiera hablar en la barra, podríais obtener algún favor por ser mujer, pero la Convención no puede hacer ya ningún bien.

—Lo podría todo porque la mayoría de París sólo pide saber lo que tiene que

hacer. Si soy admitida me atreveré a decir lo que vos mismo no podéis expresar sin que se os acuse. No temo a nadie en el mundo, y si no salvo a Roland, al menos expresaré con fuerza verdades que serán útiles a la República.

—Pero en ningún caso vuestra carta será leída antes de al menos hora y media. Se va a discutir un proyecto de decreto de seis artículos. Los peticionarios delegados de las secciones aguardan en la barra. ¡Menuda espera!

*Madame* Roland asegura que estaba «en esa disposición anímica que te hace elocuente, llena de indignación, por encima de todo temor». Presa de una gran excitación, decidió marcharse, pasar por casa de Louvet a dejarle un mensaje, comprobar lo que había ocurrido en su propio hogar y regresar a la Convención para volver a intentarlo una vez concluido el importante debate que acababa de augurar Vergniaud. La alusión del diputado por Burdeos al «decreto de seis artículos» indica que o bien Barère acababa de intervenir, o bien él estaba al tanto de la propuesta que iba a presentar el portavoz del Comité de Salud Pública.

En lugar de hacer uno de sus habituales discursos, cargados de dialéctica y adornados con florituras retóricas, el camaleónico representante de los Altos Pirineos se limitó a resumir tan concisamente como pudo el contenido de la propuesta del principal órgano ejecutivo de la Asamblea:

—Este decreto pone la fuerza armada del Departamento de París a disposición de la Convención Nacional. Encarga al Comité de Salud Pública seguir, de acuerdo con las autoridades constituidas, la pista de los complots que puedan o pudieran existir contra la seguridad de la República y de la Convención. Declara la supresión de la Comisión de los Doce y ordena el depósito de sus papeles en el Comité de Salud Pública. Declara en fin que hoy mismo se hará una proclama a todos los ciudadanos de la República.

Pese a que Barère sostiene en sus *Memorias* que Danton y Delacroix estaban de acuerdo con los insurrectos, es inconcebible que un planteamiento tan atrevido no hubiera sido consensuado con ellos. Implicaba que, a la vez que se desembarazaba definitivamente de un órgano rival como la Comisión de los Doce, el Comité de Salud Pública neutralizaba a la Comuna sublevada, arrebatándole el control de la Guardia Nacional. Era una carambola maestra, una combinación audaz a la altura de Danton, perfectamente compatible con que además jugara de nuevo a dos barajas.

La trascendencia del planteamiento no pasó inadvertida a Vergniaud. De hecho, mientras Valazé seguía encastillado en que en esas circunstancias no se podía discutir nada, él subió a la tribuna y, como si estuviera asumiendo el envite matinal que Danton había dirigido a «quienes han recibido algunos talentos políticos», apoyó implícitamente las medidas.

—De acuerdo con el primer artículo del decreto propuesto por Barère, pido que el comandante de la fuerza armada que está en la plaza sea llamado a la barra de la Asamblea para recibir órdenes.

Vergniaud daba pues por perdida la Comisión de los Doce y trataba de poner un

dique a la insurrección, apuntalando el afán de dominio del Comité de Salud Pública y reavivando la dignidad de la Convención como máxima representación del pueblo soberano. En pocos momentos como en ese pudo percibirse lo diferente que habría sido todo si *madame* Roland, primero, y algunos intransigentes como Lasource o Guadet, después, no hubieran hecho imposible la colaboración entre Danton y los moderados.

Barère había puesto la partitura en el atril y Vergniaud había tocado la tecla clave. ¿Quién mandaba allí? Se trataba de eso por encima de cualquier otra consideración. Si el comité tomaba las riendas de la situación con el respaldo de los restos de la diáspora del centro y la derecha, la hipótesis de Danton de que tal vez París sólo estuviera lanzando «una gran señal para presentar sus quejas», a la que muy bien podría dársele la vuelta, pasaría a convertirse en una profecía autocumplida. Si la Convención cerraba filas en torno a su comité —convertido en ese «centro único» que al final había pedido Rabaut—, las secciones burguesas se sentirían respaldadas para plantar de nuevo cara a las pretensiones usurpadoras de la Comuna, los Jacobinos y los extremistas del Arzobispado. Incluso podía ocurrir que el medroso Pache y el impredecible Chaumette se echaran atrás como el 10 de marzo. Todo seguiría entonces más o menos como estaba, excepto que el comité dantonista habría quedado consolidado como el verdadero gobierno de Francia.

Por eso había pedido intervenir Robespierre, a pesar de que cuarenta y ocho horas antes había dicho que no le quedaba «ningún otro deber que cumplir». Porque su concepto de «insurrección moral» tenía mucho mayor alcance que el de Danton y Barère. No quería que se derramara sangre, pero no podía conformarse con nada que no implicara que la Convención «vomitara» —según la expresión de su pupilo Desmoulins— a los diputados que él había somatizado ya como traidores.

Numerosas voces reclamaban que se votaran los seis artículos de Barère, cuando el Incorruptible forzó la suya hasta el borde del chillido:

—Yo me opongo. Tengo la palabra.

Entonces el dantonista Philippeaux, demócrata sincero e íntegro, denunció la situación en términos equivalentes a como lo habían hecho a lo largo de todo el día los moderados:

—No somos libres. Estamos rodeados de individuos que no conocemos. El asilo de los representantes del pueblo está siendo violado.

Las tribunas reaccionaron con murmullos y chanzas sobre los sitiadores «desconocidos», pero Vergniaud creyó ver en el gesto de Philippeaux una oportunidad para movilizar a una mayoría de los diputados presentes que incluyera a los *montagnards* menos irreductibles. Por eso trató de llevar a la práctica la propuesta que cuatro días antes había formulado Garat.

—La Convención Nacional no puede deliberar en el estado en el que está. Pido que vaya a unirse a la fuerza armada que hay en la plaza y se ponga bajo su protección.

En el fondo se trataba de la misma maniobra que latía tras su incomprendida moción del mediodía, pues pretendía contraponer a las bases heterogéneas de las secciones que rodeaban la Convención, sin saber muy bien si estaban cercándola o protegiéndola, frente a los activistas desafortunados que de forma compacta y homogénea se habían adueñado de las tribunas. En el mejor de los casos se podía producir la anhelada simbiosis entre el pueblo y la Convención, lo que sin duda facilitaría poner a la Guardia Nacional bajo sus órdenes y atajar así la sublevación. Pero incluso si ese objetivo máximo no se conseguía, al menos Vergniaud impediría que la Convención escuchara a Robespierre y quedara bajo el efecto del entusiasmo que sin duda despertaría entre un público entregado de antemano.

Con lo que no contaba el diputado por Burdeos era con traspasar la estrecha frontera que separa lo sublime de lo ridículo al no ser acompañado en su amago de salida más que por un puñado, tal vez unas pocas decenas, de diputados. El esbozo de éxodo de los moderados fue de hecho celebrado por las tribunas —«¡Sí, sí, que se vayan!»—, pero no alteró el rumbo de la sesión más allá de un conato de recuento alentado por Chabot para dejarles en evidencia. Pocas veces quedó tan patente la inexistencia de un grupo parlamentario moderado similar a la Montaña. Si cien o doscientos diputados hubieran secundado resueltamente a Vergniaud, el centro de gravedad de la Convención se habría desplazado al exterior, dejando a Robespierre en una posición muy desairada. Pero ocurrió lo contrario, y el Incorruptible se permitió incluso aglutinar en sus primeras palabras el patinazo de Vergniaud y las propias recomendaciones de Barère:

—Ciudadanos, no perdamos este día en vanos clamores y medidas insignificantes. Este día tal vez sea el último en el que el patriotismo pueda combatir a la tiranía. Que los fieles representantes del pueblo se unan para garantizar su felicidad.

Tan efímera había resultado la excursión de Vergniaud y su grupito, que ya estaban de vuelta. Robespierre los acogió desdeñoso:

—Yo no entretendré a la Asamblea con la salida o el regreso de quienes han desertado de sus sesiones.

Humillado y desairado, Vergniaud pidió responder a la alusión, y como nadie le hizo el menor caso, se quedó en pie ante Robespierre, con su aire rechoncho y desgarrado, sin regresar a su puesto, esperando a que terminara. El Incorruptible insistió en su argumento inicial.

—Ya os he dicho que no será con medidas insignificantes como se salve a la patria. Vuestro Comité de Salud Pública os ha hecho varias propuestas. Una, que yo adopto, es la supresión de la Comisión de los Doce. ¿Pero creéis que esta medida tiene la suficiente importancia como para contentar a los patriotas inquietos? No. Suprimid esta Comisión, pero tomad medidas enérgicas contra los diputados que la componen. Los peticionarios que acaban de ser oídos os han indicado el camino que debéis seguir.

Robespierre no sólo quería dejar bien clara la finalidad de lo que estaba en marcha, sino que sobre todo pretendía preservar la capacidad de coacción que en ese momento ejercían los sublevados al contar con la Comuna Revolucionaria que planteaba exigencias y con las secciones armadas, movilizadas a sus órdenes, que cercaban el recinto. Por eso arremetió con aparente elegancia y malos trucos de sofista contra la propuesta clave del Comité de Salud Pública.

—Aun reconociendo los motivos patrióticos que han dictado esta medida, debo combatirla. ¿Cuál es la fuerza armada que se quiere poner a disposición de la Convención? Se trata de los ciudadanos armados para defender su libertad contra traidores como los que hay en la Convención. ¿No incluyen las deliberaciones de la Convención a individuos denunciados por París? Sería un absurdo devolver a sus manos la fuerza armada.

Era la mentira más burda al servicio de la demagogia más descarnada. Difícilmente se podía «devolver» a la Convención una competencia que jamás había tenido. Además la mera hipótesis —o para él certeza— de que en su seno hubiera «traidores» bastaba a Robespierre para condenar a la indefensión al órgano de la soberanía popular. Ya lanzado, comenzó a proponer nuevas medidas para extender la persecución de esos «traidores» a todos los ámbitos.

—¿Las únicas medidas que debéis adoptar son las propuestas por el Comité? No. Es preciso purgar el ejército. Es preciso...

En ese momento Vergniaud, agotado e impaciente por lograr algún tipo de desquite retórico, le interrumpió.

—¡Concludid, pues!

Robespierre hizo una pausa, fijó en él sus ojos felinos y dio rienda suelta a toda la inquina y el resentimiento acumulados tras los últimos combates oratorios con el diputado por Burdeos. Lo que siguió fue un furioso vendaval desatado por el odio. Una de esas explosiones de cólera en las que, según los recuerdos del dantonista Baudot, «su voz ronca cuando hablaba bajo se volvía falsete en los tonos elevados, convirtiéndose en una especie de chillido parecido al de las hienas».<sup>[51]</sup>

—¡Sí, voy a concluir contra ti! Contra ti que después de la Revolución del 10 de agosto has querido conducir al patíbulo a quienes la hicieron; contra ti que no has cesado de incitar a la destrucción de París; contra ti que has querido salvar al tirano; contra ti que has conspirado con Dumouriez; contra ti que has perseguido con encarnizamiento a los mismos patriotas cuya cabeza pedía Dumouriez. Pues bien, mi conclusión es el decreto acusatorio...

En medio del delirio de las tribunas y la Montaña, Vergniaud ni siquiera tuvo la posibilidad de responder. Sus más leves amagos fueron ahogados por los pateos y berridos de la plebe. Ante el sesgo de la situación, Barère accedió sin resistencia a que la fuerza armada continuara en manos de la Comuna, con la única salvedad de que «rindiera cuentas» de su uso a la Convención. Fue en ese momento cuando Delacroix propuso que, además del resto de los «seis puntos», se aprobara también la

soldada de 40 perras diarias, decretada unilateralmente por el Comité Central Revolucionario.

Sin debate de ninguna clase se acordó que su importe se deduciría de la recaudación del impuesto general sobre los ricos. Casi en un mismo acto la Convención confirmaba que aquel improvisado ejército de decenas de miles de *sans-culottes*, provistos de picas y rudimentarios fusiles, seguiría a las órdenes de los sitiadores, pero sería remunerado por los sitiados.

Robespierre se había salido con la suya en todo lo que coadyuvaba a mantener viva la sublevación, pero faltaba concretar cuáles serían las «medidas enérgicas» que acababa de pedir contra los líderes moderados. El decreto aprobado se limitaba a encomendar al Comité de Salud Pública que hiciera un informe dentro de tres días sobre la conducta de los miembros de la Comisión de los Doce tras haber analizado sus documentos. Pero eso no afectaba —con la excepción tal vez de Rabaut Saint-Étienne— a ninguno de los peces gordos que el Incorruptible quería sacar del estanque parlamentario. Se suponía que algunos de los peticionarios que aún hacían turno iban a plantear mociones en ese sentido, cuando ocurrió algo inesperado que alteró cualquier guion previo y cambió por completo la atmósfera con que concluyó la sesión.

Una delegación de la Sección de Sans-Culottes —de la que había salido Hanriot— acababa de pedir mano dura contra la «avaricia insaciable» de los monopolistas y acaparadores, «infames egoístas que trafican con la sangre de los desgraciados», cuando de repente la avanzadilla de un tropel de ciudadanos irrumpió en la barra dando muestras de alegría. Saltaba a la vista que entre ellos había burgueses con casacas, calzones, medias y zapatos, pero también *sans-culottes* con carmañolas, pantalones a rayas y zuecos. Unos y otros mostraban con euforia sus escarapelas tricolores. El más lanzado explicó el por qué de su júbilo:

—¡Legisladores, la unión acaba de producirse! Los ciudadanos del *faubourg* Saint-Antoine y de las secciones de Butte-des-Moulins, de Quatre-Ving-Douze y de Gardes-Françaises, que los malvados querían que se mataran entre sí, acaban de abrazarse y en estos momentos se mezclan sus gritos de alegría y sus lágrimas enternecidas.

¿Qué había ocurrido? En medio del frenesí de la jornada habían circulado rumores como que Valenciennes había caído por la traición de su comandante o que este había sido decapitado para impedir la entrega de la plaza. En el barrio obrero del noreste se expandió la especie —alentada por agentes de la Comuna— de que varias secciones burguesas del centro se habían sublevado para restablecer la Monarquía y estaban enarbolando la escarapela blanca de los Borbones. Para Michelet era «una calumnia páfida que incluía un cebo innoble», porque «la sección denunciada era la de los mercaderes, orfebres, relojeros y joyeros», y por lo tanto se trataba «a la vez de una incitación al asesinato y al pillaje».<sup>[52]</sup>

Si el 1 de mayo el *faubourg* Saint-Antoine había marchado sobre la Convención

para plantear sus peticiones, con mayor motivo debía hacerlo ahora para defender la Revolución. Sus preparativos corrieron de boca en boca y fueron interpretados como una operación destinada a desarmar masivamente a los burgueses del centro de París. Ante esa tesitura la Sección de Butte-des-Moulins había optado por atrincherarse en su fortaleza natural del Palais Royal, parapetándose tras la empalizada de sus rejas de hierro forjado, colocando cañones en las entradas al recinto y obteniendo refuerzos de las secciones vecinas.

Los dos «ejércitos» estuvieron frente a frente. «¿Cuáles habrían sido las consecuencias si se hubiera disparado un solo tiro?», se preguntaba *La Chronique de Paris*. «Incalculables. Pero de uno y otro lado no había más que hombres movidos por el santo amor a la patria».<sup>[53]</sup> Según Gorsas fue un cañonero del *faubourg* quien rompió el hielo: «¿Vamos a hacer correr la sangre de nuestros hermanos a cuenta de un rumor extendido por un hombre con echarpe? Camaradas, ante todo verifiquemos el hecho».<sup>[54]</sup>

Entonces se formó «una delegación de treinta *sans-culottes*». Al acercarse a uno de los antepatios del Palais Royal, lo primero que vieron fue que había numerosos gorros frigos y que en todo caso era la escarapela tricolor la que adornaba los sombreros. «Una discusión franca y amigable disipa todas las nubes, las puertas se abren [...] y los valientes que estaban a punto de llegar a las manos se echan en brazos los unos de los otros». Pero de repente un cuerpo uniformado rueda por tierra. Es Raffet, el mismo comandante de la Butte-des-Moulins que había acudido a proteger la Convención y había tenido el altercado con Marat el día 27. Parece que ha muerto. Algunos reaccionan con júbilo, otros con espanto. Pero un médico lo revive. Según *La Chronique de Paris* había sufrido un desmayo «al enterarse de la odiosa imputación extendida contra él». Según Gorsas lo que ocurría es que «estaba exhausto después de tres días sin haberse acostado ni un instante». Su «resurrección» fue acogida en todo caso con gritos de «¡Viva la República!».

Los detalles de lo sucedido comenzaron a circular por igual entre los bancos de los diputados, las tribunas del público y las masas de militantes que rodeaban la Convención. Quienes habían estado a punto de degollarse unos a otros llegaban juntos y revueltos al templo de la soberanía popular. En medio de grandes aplausos los «hermanos reunidos» pasaron de la barra al hemiciclo, donde fueron abrazados por numerosos miembros de la Asamblea.

Como si quisiera dar testimonio de este nuevo espíritu de fraternidad, el tantas veces rastrero Basire pareció transfigurarse:

—Voy a demostraros que el patriotismo no es incompatible con la equidad más imparcial.

Y ante la sorpresa general salió en defensa de Gardien, el miembro de la Comisión de los Doce acosado y acusado por su correspondencia «aristocrática». Como integrante del policial Comité de Seguridad General había examinado los documentos precintados en su lugar de residencia y había llegado a la conclusión de



que «lejos de contener proyectos de contrarrevolución, demuestran su civismo». A continuación Basire hizo una propuesta para estimular ese fogonazo de concordia que había irrumpido en la Asamblea.

—Entre treinta y cuarenta mil hombres rodean en este momento la Convención Nacional. Acaban de reunirse y abrazarse. Pido que se levante la sesión y que la Convención salga a confraternizar con ellos, improvisando una fiesta cívica que anticipe la federación de todos los corazones.

El «asesinado» Léonard Bourdon gozaba de la suficiente buena salud como para completar la propuesta:

—Pido que la Convención se reúna alrededor del Árbol de la Libertad y que convoque una Fiesta General de la Federación para el próximo 10 de agosto.

Al cabo de dieciséis horas sin interrupción de turbulentos debates, la Convención «levantó fraternalmente la sesión a las diez de la noche». Según el relato de *Le Journal Français*, el presidente Mallarmé, escoltado por dos ujieres, cuatro antorchas y una cincuentena de ciudadanos y ciudadanas, se dirigió «con majestad» hacia el Árbol de la Libertad, plantado ante la Asamblea. «Allí dijo que se había vivido una jornada hermosa, y se entonó el himno de los marseleses. Todo acabó con las canciones».<sup>[55]</sup>

## CUATRO

Hanriot no daba crédito al ver salir a Vergniaud, Guadet o Barbaroux mezclados con los *montagnards* y en aparente armonía. El nuevo comandante en jefe de la Guardia Nacional debió de tener la misma sensación que el gato apostado durante largas horas ante la ratonera al que de repente los roedores se le escapan entre las uñas. No era el guion bajo el que los cabecillas del Arzobispado y la Comuna le habían encomendado la noche anterior su nueva responsabilidad. Ni mucho menos el desenlace que todos tenían en la cabeza cuando esa misma mañana él había arengado a los militantes en armas de su propia Sección de Sans-Culottes: «¡Hace tiempo que el rico hace las leyes! ¡Es hora de que el pobre las haga a su vez y de que la igualdad reine entre el rico y el pobre!». [56]

Hasta su inesperado nombramiento Hanriot sólo era popular en su barrio, el miserable *faubourg* Saint-Marcel, en el que el vedado jardín de Plantas o jardín del Rey, dedicado a los estudios botánicos, servía de permanente referencia de las desigualdades sociales a los miles de indigentes que compartían en sus inmediaciones un entorno sucio, contaminado y a menudo fétido como consecuencia de las actividades de curtidores, cerveceros, carniceros y tintoreros que habían instalado sus negocios artesanales a orillas del Bievre, pequeño afluente que vertía sus sucias aguas por la orilla izquierda del Sena. Seguían así el ejemplo de la fábrica de tapices de los Gobelinos, pionera tanto de la contaminación del río como del desarrollo de un incipiente embrión de proletariado industrial desde su fundación en el siglo XV. Era el patio trasero de la *rive gauche*, el desagüe de la gran ciudad, un lugar a menudo sin ley en el que sólo los tipos verdaderamente duros lograban abrirse paso. Michelet resumiría así el relevo que acababa de tener lugar en la cima de su escalafón de popularidad: «La pobre gente del *faubourg* Saint-Marcel, que entre sus grandes miserias siempre ha necesitado querer a alguien, había perdido a Lazowski y adoptó a Hanriot». [57]

No es de extrañar que, al igual que había ocurrido con el cañonero polaco recién fallecido, Hanriot tuviera fama de borrachín o más bien de borrachazo. No por casualidad el Mercado de los Vinos ocupaba parte del espacio de su sección, primero denominada Jardin-des-Plantes, y rebautizada tras el 10 de agosto como de Sans-Culottes para rendir homenaje a la tipología de la gran mayoría de sus habitantes. Habida cuenta su posterior protagonismo durante el Terror, era inevitable que la más que probable propensión de Hanriot a la bebida sirviera para exagerar hasta el esperpento la caricatura que tanto los vencedores de Thermidor como los historiadores conservadores irían trasladando a la posteridad. El otro ingrediente de esa estampa terrible sería su presunta crueldad, repetida de boca en boca y de pluma en pluma.

Como tantos otros cabecillas de los *sans-culottes* parisinos, Hanriot tenía fama de

haber adquirido sus galones en la siniestra jerarquía de los masacradores durante las jornadas de septiembre. «Se dice que fue uno de los famosos *septembrizadores*», explicaría el diputado Loiseau a sus electores.<sup>[58]</sup> Y aunque, como en casi todos los demás casos, es imposible saber dónde termina la realidad y dónde empieza la leyenda, en el suyo concreto sí que hay algunos elementos indiscutibles. Hanriot fue nombrado comandante de la Guardia Nacional de su sección el mismo 2 de septiembre, y uno de los puestos bajo su mando estaba en el propio seminario de Saint-Firmin, convertido en cárcel para curas refractarios. Allí tuvo lugar una de las matanzas con mayor índice de mortalidad: de los 92 sacerdotes encarcelados, sólo 17 salvaron la vida. Al menos 3 de los 75 asesinados trataron de refugiarse en las dependencias de la sección, pero sus atacantes los arrojaron por la ventana y un grupo de mujeres los remató una vez que se habían estrellado contra el suelo.

Previamente Hanriot había sido uno de los seis comisarios encargados por la sección del control de la prisión, distinguiéndose por su ferocidad, según uno de los supervivientes, que lo describe como un personaje febril, atacado de frecuentes convulsiones, que «gritaba siempre», lanzaba «espumarajos sin cesar» y miraba «con los ojos centelleantes de un frenético o un rabioso».<sup>[59]</sup> No es un retrato demasiado diferente del que Dutard transmitió a Garat tras observarle detalladamente durante una fiesta cívica que tendría lugar en los Campos Elíseos tres semanas después del golpe de Estado: «*Monsieur* Hanriot es una especie de artesano de bajo rango que da la impresión de haber sido soldado. Mide todo lo más cinco pies y tres pulgadas —un metro sesenta—. Ronda los cuarenta. Tiene el rostro duro y hace el tipo de muecas que identifican a un hombre vulgar. Es de carácter colérico, poco reflexivo y muy grosero. Cuando habla vocifera como los que tienen escorbuto. Una voz sepulcral sale de su boca y su rostro no recupera el equilibrio sino después de que vibren los rasgos de su cara, guiñando tres veces el ojo. Da la impresión de no haber frecuentado sino a hombres indeseables. Estoy seguro de que se le descubrirá el amor al juego, al vino, a las mujeres y a todo lo propio de un mal sujeto».<sup>[60]</sup>

Salta a la vista que la opinión de Dutard sobre Hanriot no era mejor que la que su colega en las tareas de observación policial, el profesor de inglés Perrière, había comunicado al ministro el 29 de mayo, cuando le informó de que el aún comandante del batallón de Sans-Culottes —al que decía conocer bien, pues había vivido en su sección— iba predicando atacar a los burgueses no con picas, sino con «barras de hierro», y había augurado a un carretero que pronto tendría «cadáveres para transportar». Perrière volvería a la carga el 12 de junio advirtiéndole a Garat de que Hanriot «no tenía calzones al comienzo de la Revolución y acaba de adquirir una propiedad por 60.000 libras y está a punto de cerrar otros tratos». Según él ese enriquecimiento súbito sólo podía deberse «a las joyas encontradas a los curas liquidados en Saint-Firmin, cuartel general del batallón de Sans-Culottes, y a las ricas capturas de cálices y cartuchos de luses en las visitas domiciliarias nocturnas a los devotos».<sup>[61]</sup>

Miradas más recientes presentan, sin embargo, a Hanriot como el hijo de un humilde campesino de Nanterre hecho a sí mismo, obligado a subsistir trabajando como criado, soldado o titiritero, encarcelado en la cercana prisión de Bicêtre durante la «represión monárquica» que siguió a la quema del puesto de aduanas en el que trabajaba —a veces se omite el dato de que él mismo llevaba las teas—, interesado por el teatro —aunque fuera para censurarlo—, lector de las obras completas de Rousseau<sup>[62]</sup> y depositario de la confianza del barrio como miembro de la Asamblea Electoral de París. Desde esta perspectiva se ha llegado incluso a ensalzar su prudente ejercicio del mando, «apelando al civismo de todos, conteniendo sin reprimir, previniendo mediante la vigilancia los desórdenes a punto de estallar».<sup>[63]</sup>

¿Cuánto de cada uno de estos dos Hanriot había en el verdadero? De lo que no cabe duda es de cuáles eran sus propósitos políticos y de dónde estaban sus simpatías. Ya a finales de marzo, apenas se comenzó a sospechar de la traición de Dumouriez, había propuesto crear un Comité Revolucionario en la sección para que se coordinase con un Comité Central<sup>[64]</sup> —era la estrategia de la Asamblea del Arzobispado—, y en fecha tan reciente como el 15 de mayo había arrojado a Varlet en una de sus visitas de apostolado insurreccional al *faubourg* Saint-Marcel.

El propio contenido de la proposición que se acababa de presentar en la Convención, cuando irrumpieron los militantes hermanados del *faubourg* Saint-Antoine y el Palais Royal, demuestra que los líderes de la Sección de Sans-Culottes tenían una agenda política estrechamente vinculada al movimiento de los *enragés*. Además de pedir duros castigos contra los ricos comerciantes, se aprovechaba la insurrección para exigir que todos los artículos de primera necesidad, y no sólo el pan, tuvieran precios máximos. Habiendo hecho suyos tales planteamientos, Hanriot no podía conformarse desde luego con la supresión de la Comisión de los Doce. Si, desafiando una prohibición que llevaba aneja la pena de muerte, él se había empeñado en que tronara el cañón de alarma, no era sólo para eso.

Su decepción era compartida por todo el estado mayor de los sublevados y los líderes moderados que «habían recibido algunos talentos políticos» lo sabían. Vergniaud salió paseando con el resto de los diputados. Atravesó sin problema alguno el cinturón de militantes que rodeaba la Convención y, camino de su casa en la calle de Clichy, constató que numerosas viviendas tenían las luces encendidas. La Comuna había dado orden de que todos los primeros y segundos pisos permanecieran iluminados para facilitar las visitas domiciliarias, pero París parecía flotar en un estado de expectación y euforia. «Todo ha pasado, a Dios gracias, sin que haya ocurrido nada», escribió en su diario el anciano burgués Celestin Guittard de Floriban.<sup>[65]</sup> La prensa moderada interpretaría los acontecimientos de ese viernes como fruto de la negativa del pueblo a secundar las intenciones liberticidas y probablemente sanguinarias de los sublevados.<sup>[66]</sup> «Las secciones se han puesto en insurrección contra la sedición», llegó a escribir *Le Patriote Français*.<sup>[67]</sup>

Sin embargo, Vergniaud no se llamaba a engaño. Si le hubieran dejado hablar en

la Convención, habría respondido una por una a las acusaciones personales de Robespierre con argumentos tan demoledores como los del 10 de abril. Teóricamente todavía podía intentar hacerlo. La clave no estaba, sin embargo, en la Asamblea, sino en la calle. O para ser más exactos, en los hilos que manejaban el pulso de la calle.

A falta de un centro de poder o influencia alternativo al articulado por la Comuna y el grupo del Arzobispado —con el club de la calle Saint-Honoré detrás—, la batalla se había ido decantando en el seno de las secciones. Los militantes radicales tenían claras sus consignas, los burgueses no sabían bien a qué carta quedarse. Lo ocurrido en el Palais Royal no suponía un triunfo de la fraternidad, sino el preámbulo de la rendición de la libertad. El desenlace se parecía demasiado a los episodios de primeros de año, cuando los activistas del Club de los Jacobinos habían ido captando a los federados de los departamentos.<sup>[68]</sup>

Si Ducos y Boyer-Fonfrède tuvieron ánimo para preparar algún tipo de celebración del cuarenta cumpleaños de su admirado amigo, fue una celebración amarga. Esa misma noche Vergniaud volvió a escribir a sus electores de Burdeos: «Contábamos con la Comisión de los Doce y con la fuerza departamental que preparabais; pero la comisión acaba de ser disuelta y nuestros conciudadanos han tardado demasiado en decidirse. La anarquía acaba de obtener una victoria completa y eso va a poner de manifiesto la audacia de sus artífices».<sup>[69]</sup> Algo parecido había sentido Pétion: «Al salir de la Asamblea me di cuenta de que los grupos amenazantes, lejos de haber renunciado a sus planes, seguían en plena actividad».<sup>[70]</sup>

En el ánimo de Vergniaud y Pétion pesaba probablemente la consigna homicida que Hébert había incluido en su *Père Duchesne* de la víspera y que Gorsas había reproducido en el que sería último número de *Le Courrier des Départements*: «Todos los *sans-culottes* se han levantado y los brissotinos se han visto obligados a darse por vencidos [...]. Bravos *sansculottes*, yo he cumplido con mi deber, vosotros con el vuestro, pero no habéis obtenido más que una victoria a medias: los bribones, los intrigantes, los conspiradores viven todavía, joder».<sup>[71]</sup>

Aunque nadie lo expresara con tanta crudeza, en el Club de los Jacobinos también flotaba la sensación de trabajo a medio hacer. La supresión de los Doce había sido acogida con algarabía pero, en línea con la intervención de Robespierre en la Convención, dominaban las opiniones de quienes creían que eso no era suficiente.<sup>[72]</sup> Sobre todo desde que «el duro y receloso»<sup>[73]</sup> Billaud-Varenne transmitió a los asistentes su impresión de última hora:

—Vengo de la Convención. Se ha aprobado el proyecto de decreto propuesto por el Comité de Salud Pública. La Montaña, que ha luchado todo el día, se ha contentado con este triunfo. Yo pienso que, teniendo en cuenta la audacia de los conspiradores, la patria no está todavía a salvo. No entiendo cómo los patriotas han podido dejar sus puestos sin haber decretado la acusación contra los ministros Clavière y Lebrun. La insurrección no debe concluir hasta que no sean aniquilados todos los contrarrevolucionarios del lado derecho.

Sus palabras fueron acogidas con muestras de asentimiento general. Pero Billaud-Varenne quería comunicar además a los congregados que un nuevo peligro había surgido en su propio entorno:

—Declaro aquí que he escuchado decir a un miembro de la Montaña que había llegado la hora de que la nación eligiera un jefe. Yo proclamo ante los Jacobinos y ante el universo que no quiero agachar mi cabeza bajo ningún jefe y pido que cualquiera que se atreva a hacer esta propuesta sea castigado en menos de veinticuatro horas.

En medio de crecientes murmullos y un fuerte escándalo se aclaró que en realidad Billaud-Varenne no había oído nada directamente, sino que era el diputado Robert, muy próximo a Danton, quien había recibido la confianza de cuatro colegas de la Planicie a los que el protagonista del lance habría tomado por *montagnards*. Robert aclaró su identidad:

—A quien atribuyen esas opiniones es a Marat.

El excapuchino Chabot, siempre desgreñado y vestido como un genuino *sans-culotte*, hizo entonces una defensa muy *sui generis* de l'Ami du Peuple:

—Quizás haya sido desafortunado que Billaud-Varenne no haya perdido explicaciones a Marat antes de contaros este hecho. Pero no podéis pasar al orden del día ante semejante acusación. Por el honor de la Montaña, es preciso que Marat se justifique. Conozco el corazón de Marat, pero no me fío de su cabeza.

Y así, en plena insurrección, los Jacobinos acordaron enviar una carta a Marat pidiéndole que aclarara de inmediato lo que había querido decir al proponer que se nombrara «un jefe». Pero antes de que se levantara la sesión el propio Chabot añadió un nuevo comentario malévolamente sobre otro de los más notorios dirigentes del Club:

—Tengo una preocupación: Danton ha perdido su energía desde que se ha eliminado a la Comisión de los Doce.

La vanguardia revolucionaria miraba pues con recelo tanto a quien iba un paso por delante como a quien iba un paso por detrás. Todos debían marcar el compás del pueblo expresado en esa «una voluntad una» que Robespierre anhelaba trasladar desde las criptas de la iglesia jacobina a los poderes del Estado.

Puesto que los jacobinos se desbandaron pasadas las once —una hora después de lo habitual—, es probable que aquellos parroquianos que se dirigieran a sus domicilios a través de la plaza del Carrusel vieran bajarse de un pequeño carruaje, poco antes de la medianoche, a la misma mujer envuelta en un chal negro que horas antes se había abierto camino entre la multitud. Era *madame* Roland, que volvía al lugar de sus obsesiones después de haber comprobado que su marido había abandonado el domicilio y de haber visitado a algunos amigos para coordinar sus pasos.

Donde antes había encontrado una tupida muchedumbre, ahora sólo quedaban algunos *sans-culottes* cuidando perezosamente de los cañones allí estacionados. En sus *Memorias* consignaría la mezcla de sorpresa y temor que le produjo comprobar

que la Convención no se había constituido en sesión permanente: «¿Es que se había sometido por completo? ¿Es que había hecho todo lo que se le había ordenado?». [74] Y también el diálogo que mantuvo con varios de los cañoneros, en el que de nuevo queda patente su preocupación por la suerte de los veintidós diputados marcados, entre los que estaba Buzot:

—Ciudadanos, ¿ha ido bien la cosa?

—¡Oh, de maravilla! Se han abrazado y han cantado el himno de los marseleses, allí, en el Árbol de la Libertad.

—¿Se ha apaciguado ya el lado derecho?

—¡Pues claro! Falta hacía que entrara en razón.

—¿Y la Comisión de los Doce?

—Jodida en el hoyo.

—¿Y los Veintidós?

—Ah, la Comuna se ocupará de detenerlos.

—¡Vaya! ¿Acaso puede hacerlo?

—¡Como que no hay Dios! ¿Acaso no es soberana? Tiene que serlo para meter en vereda a estos tiparracos traidores y sostener a la República.

—¿Pero estarán de acuerdo los departamentos en ver cómo sus representantes...?

—¿Qué buscáis...? Los parisinos no hacen nada que no sea de acuerdo con los departamentos. Lo han dicho en la Convención.

—Eso no es tan seguro, porque para conocer su opinión habrían hecho falta las asambleas primarias.

—¿Es que hicieron falta el 10 de agosto? ¿No apoyaron acaso los departamentos entonces a París? Ahora harán lo mismo. Es París la que les salva.

—Podría ser que París sea la que se pierda.

Así termina el diálogo transcrito por *madame* Roland, pero no es probable que interlocutores de esa laya le dejaran tener la última palabra. A la vista de que su primera opción de intentar movilizar a la Convención mediante la persuasión era ya impracticable, ella volvió sobre sus pasos y regresó a su domicilio, decidida a asumir la más que probable segunda alternativa. «¿Por qué en estas circunstancias volvisteis a vuestra casa?, se me podría preguntar». El mero hecho de que incluyera estas palabras en sus *Memorias* ya indica que detrás de sus idas y venidas había una muy especial trastienda emocional. Y por si quedara alguna duda, añadió a renglón seguido: «Para responder, explicando por completo mi estado de ánimo, sería preciso entrar en detalles que reservo para otro momento».

Poco después de llegar a casa recibió una primera visita de una delegación municipal preguntando por su marido. Ella les contestó, desafiante, que no sabía dónde estaba, y al cabo de una hora volvieron con una doble orden de detención, firmada tanto por el Comité Central Revolucionario como por el Consejo General de la Comuna. Como sostiene Tuetey, «al ver que Roland se les escapaba, el Comité Central Revolucionario se desquitó encargando a uno de sus miembros, Marchand,



que encarcelara a su mujer». [75]

¿Con qué motivo? No constaba en ningún sitio. Hasta medio centenar de personas intervinieron en el registro de su piso, en el que se quedaron su hija Eudora y sus sirvientes. La profesora de música de la niña había sido una de las denunciadas. [76] Los trámites duraron toda la noche, ya que la Sección de Beaurepaire, a la que pertenecían, había puesto bajo su protección a los Roland y se oponía a que se consumara la detención. [77] Era ya de día cuando fue conducida a la prisión de la Abadía, siendo increpada durante el trayecto por algunas mujeres que gritaban: «¡A la guillotina! ¡A la guillotina!».

—¿Queréis que levante las portezuelas? —le preguntó uno de los comisarios que la acompañaban.

—No, *messieurs*. La inocencia, por muy oprimida que esté, no adopta nunca la actitud del culpable. No temo la mirada de nadie y no quiero ocultarme de nadie.

—Tenéis más carácter que muchos hombres. Esperaréis apaciblemente la justicia.

—¡Justicia! Si existiera, yo no estaría actualmente en vuestro poder. Pero un procedimiento inicuo me conducirá al patíbulo y yo subiré firme y tranquila, como me dirijo a la prisión. Gimo por mi país. Nunca he temido más que al crimen. Desprecio la injusticia y la muerte.

Tras reproducir este diálogo en el que con tanta lucidez anticipaba su suerte, *madame* Roland añadió un comentario irónico: «Esos pobres comisarios no entendieron gran cosa de este lenguaje y probablemente lo encontraron demasiado aristocrático». Menos aún habrían entendido que ella concibiera la cárcel como una liberación y que únicamente en su celda, tomando la pluma entre sus manos, pudiera sentirse lo suficientemente libre para expresar sus sentimientos hacia el hombre del que estaba enamorada: «¿No te das cuenta de que al encontrarme sola es contigo con quien vivo?». Sólo la poesía mística había empleado el lenguaje que ella utilizaría en sus cartas a Buzot.

## CINCO

Fue una ironía del destino. Al iniciar Mallarmé la sesión de la Convención del sábado 1 de junio con un aire de pretendida normalidad se encontró, a la hora de leer la correspondencia, con otra carta más de Roland. El exministro la había escrito la antevíspera sin poder imaginar que cuando llegara su misiva a la Asamblea él ya sería un fugitivo. Su planteamiento era impecable: puesto que había transcurrido el plazo de quince días que la cámara se había dado el 10 de mayo para examinar sus cuentas, lo mínimo que podía hacer ahora era permitirle salir de París. El moderado Defermon aprovechó la lectura para pedir que se le hiciera justicia y denunciar lo ocurrido pocas horas antes:

—La Convención se sorprenderá sin duda de que la pasada noche unos ciudadanos que querían detener a este exministro, al encontrar en su casa sólo a su esposa, la hayan llevado a la cárcel de la Abadía.

El actor fracasado Collot d'Herbois, encarnizado perseguidor de Roland, ni siquiera se dejó distraer por lo que a todas luces parecía un arresto sustitutorio. Lo único que le importaba era sentar claramente que los motivos para proceder contra Roland iban más allá de cualquier plazo legislativo:

—No basta con que Roland haya rendido cuentas para que deje de ser responsable. Son otras cuentas las que la nación le exige. Hace tiempo que está aplastado por el peso de la maldición pública y lo que pretende es escapar de esta acusación que formula contra él la nación entera.

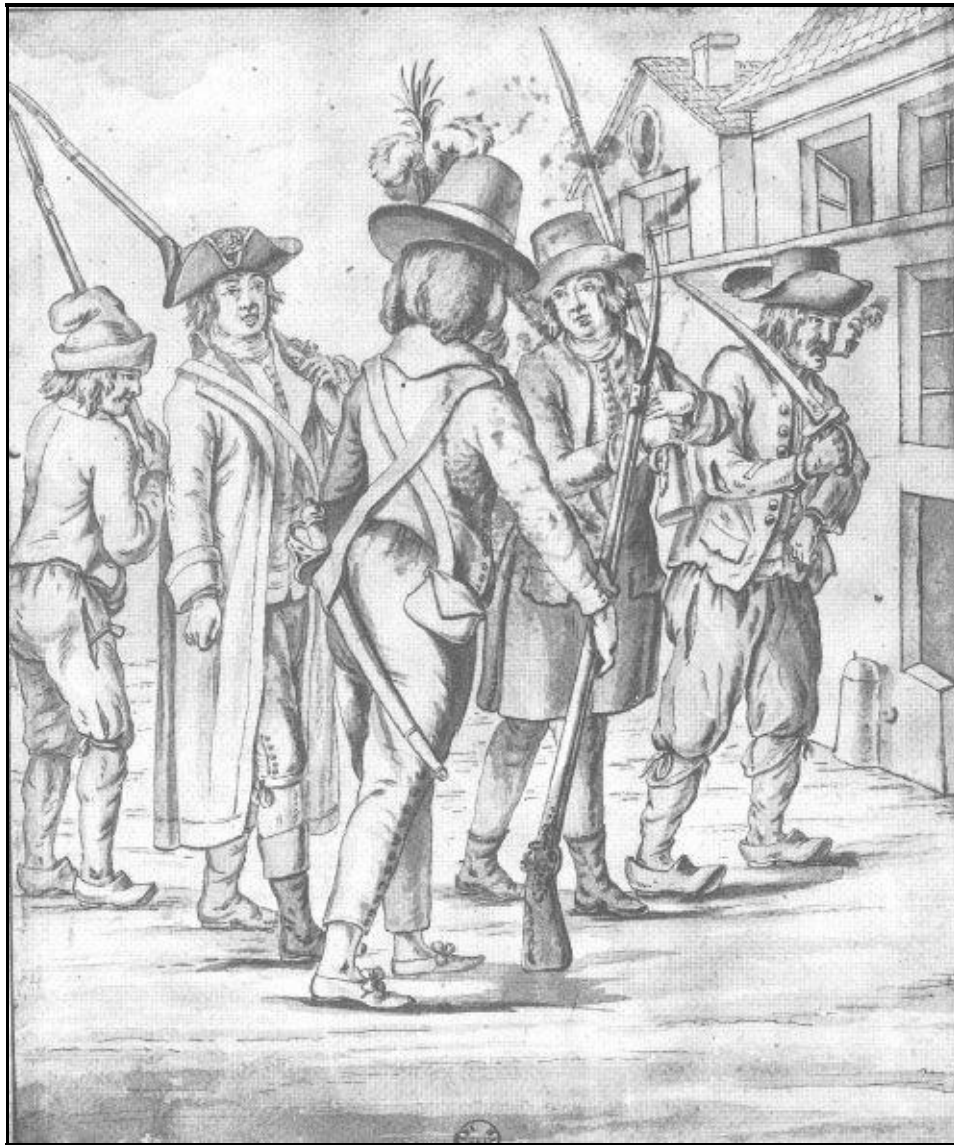
Tras ver rechazada su propuesta —la Convención acordó darse un nuevo plazo para examinar lo aportado por Roland—, Defermon denunció la interrupción del servicio de correos. Legendre le contestó con su simplonería habitual:

—Cuando un pueblo ve que se conspira contra su libertad, ¿no tiene derecho a retener las cartas?

La Asamblea acababa de ver así pasar fugazmente por delante de sus ojos dos de las medidas de fuerza que el poder insurreccional, fruto del ensamblaje de la máquina del Arzobispado y la de la Comuna, había puesto en marcha a sus espaldas durante las últimas horas. El control del servicio de postas había quedado en manos de un joven revolucionario recién llegado de Lyon, llamado Leclerc, que ya entonces mantenía estrechas relaciones con las jefas de las Ciudadanas Revolucionarias, Claire Lacombe y Pauline Léon.<sup>[78]</sup> En cuanto a las detenciones de sospechosos, el testimonio más claro de lo que estaba en marcha es el texto de un proyecto de mensaje a los parisinos que había sido discutido muy a primera hora de la mañana en el Consejo de la Comuna: «Ciudadanos, estabais al borde del abismo [...]. La libertad habría sido liquidada si no os hubierais levantado. Una conjura urdida en el seno mismo de la Convención amenazaba a los patriotas más firmes y a los magistrados más queridos por el pueblo. En medio de estos peligros los comisarios a los que

habéis revestido de vuestros poderes y vuestra confianza se han apresurado a adoptar las medidas extraordinarias que exigía el interés de la libertad [...]. Han ordenado el arresto de todos los sospechosos que se esconden en las secciones de París. Este arresto se efectúa en estos momentos en todas partes».<sup>[79]</sup>

Era la hora de las visitas domiciliarias, la hora del ajuste de cuentas políticas pero también personales. La iniciativa residía en el Comité Central Revolucionario cuando se trataba de personajes importantes, pero cada Comité de Vigilancia era dueño y señor del territorio de su sección. Si la primera orden de detención contra Roland había sido encomendada a la de la Cité, fue la Sección de Piques la que procedió a arrestar al ministro de Finanzas, Clavière,<sup>[80]</sup> mientras la de Contrat-Social hizo lo propio con el ciudadano Victor Fournier, cuyo gran delito era ser el casero de Buzot y Bergoeing y haber dado cobijo a Pétion. La de Unité, por su parte, detuvo tres veces al editor de *Révolutions de Paris*, Prudhomme, siendo obligada a ponerlo otras tantas en libertad por orden de la Comuna.<sup>[81]</sup> Si los jefecillos de un barrio comprobaban que se podía actuar así contra los ministros o las figuras más notables de la capital, cómo no iban a hacer lo propio con numerosos ciudadanos anónimos acusados simplemente de haberse opuesto en la madrugada anterior al repique del tocsín. A medida que avanzaba la jornada fue extendiéndose «una razia universal y simultánea».<sup>[82]</sup> Piquetes armados conducían a los detenidos al cuartel general de cada sección, donde se decidía quién era encarcelado y quién no.



*La patrulla revolucionaria de las visitas domiciliarias. Dibujo anónimo, Biblioteca Nacional, París.*

Durante toda la mañana tuvo lugar, sin embargo, un creciente debate en el Consejo General de la Comuna entre la actitud posibilista y prudente a la que seguían adscritos Pache y Chaumette, y la línea radical de quienes consideraban que el texto del mensaje en el que se anunciaban las detenciones masivas «no tenía la contundencia suficiente». En una habitación contigua al alcalde, recostado meditabundo sobre la repisa de una chimenea, se desahogó ante Marino y otros policías y cargos municipales que se quejaban de los magros resultados de la movilización de la víspera.

—Esto es lo que hay. Cada vez que pongáis a Varlet a la cabeza os pasará lo mismo.<sup>[83]</sup>

No por causalidad el primer indicio serio de que el encaje de ambas «máquinas» empezaba a ser conflictivo se manifestó poco después del mediodía, en torno a los mismos protagonistas, cuando un indignado Varlet subió a la tribuna para atacar a Pache, por su pasividad tras la insurrección, y a Dobsent por «obstaculizar las operaciones» del Comité Revolucionario. Le contestó Hébert describiendo la jornada

del 31 de mayo como «una de las más hermosas a ojos de los republicanos» y elogiando que los parisinos hubieran «contado más con la fuerza de la razón que con la de las armas». No es que el *Père Duchesne* se hubiera vuelto moderado, sino que las «autoridades constituidas» creían tener claro el rumbo a seguir y sentían ya la necesidad de ir soltando el lastre de los iluminados y fanáticos que llevaban a bordo.

Formalmente la interpretación de lo ocurrido que hasta ese momento hacía el Comité de Salud Pública coincidía con la de la Comuna. Así quedó de manifiesto en la Convención cuando Barère leyó el proyecto de mensaje a la nación incluido en los decretos de la víspera.

—Franceses, un gran movimiento ha tenido lugar en París. Los enemigos de la República se apresuran a pintároslo como una gran desgracia. Os dirán que el tocsín y el cañón de alarma han espantado durante una noche y un día a esta ciudad inmensa; que miles de hombres armados, surgidos de las secciones, se han precipitado en torno a la Convención Nacional y le han dictado sus voluntades como leyes de la República. Franceses, vuestros representantes están convencidos de que la felicidad de los imperios sólo puede estar fundada en la verdad, y os van a decir toda la verdad.

O sea, que lo ocurrido no era lo obvio, lo que cualquier parisino había podido ver, oír y palpar, sino que más allá de la verdad material existía una verdad política. Y había que comenzar señalando de nuevo a los culpables, aunque fuera del modo melifluo propio del orador.

—Medidas más rigurosas que las que le convienen a la libertad en una república naciente habían excitado al descontento. Se creyó que los derechos del hombre habían sido violados y las secciones de una ciudad que se ha sublevado dos veces con tanta gloria se han levantado de nuevo. Pero antes incluso de levantarse han puesto a todas las personas y todas las propiedades bajo la salvaguardia de los buenos republicanos. Si el tocsín y el cañón de alarma han resonado, al menos no ha habido ningún disturbio, ningún motivo de terror. El ruido de los talleres no se ha interrumpido y el curso de los negocios ha seguido igual.

Era la crónica bucólica de la «insurrección moral», extendiendo su manto protector incluso sobre la movilización militar y la coacción física a la que había sido sometida la Convención. La capacidad eufemística de Barère alcanzaba así su apogeo. No en vano dirá Taine que «nacido para ser criado para todo, puso su facundia meridional al servicio de la mayoría probable».<sup>[84]</sup> O añadirá Thiers que «siempre que se trataba de proporcionar a los débiles un buen pretexto para ceder ante los fuertes, le buscaban a él».<sup>[85]</sup>

—Todas las secciones han marchado con sus armas, pero para desplegarse con el mayor orden y respeto en torno a las autoridades constituidas y los representantes del pueblo. La libertad de opiniones se ha mantenido incluso en el calor de los debates de la Convención. Al pedir la reparación de sus agravios, con alguna exageración inseparable del celo cívico, pero con la valentía que caracteriza al hombre libre, los peticionarios han jurado morir por el mantenimiento de la ley, por la unidad e



indivisibilidad de la República y por la seguridad de la representación nacional.

Se trataba, pues, de dar por zanjada la sublevación con el castigo político de los moderados, que sin duda aprenderían la lección y dejarían de ser la izquierda de la derecha para transformarse en la derecha de la izquierda y respaldar al Comité. Danton lo había intentado la víspera pidiendo el sacrificio de los Doce para «salvar al pueblo de su propia cólera», y Barère ponía ahora al servicio de esa maniobra todo su virtuosismo en la simulación.

—La Convención a la que habían querido alarmar, hablándole hasta de riesgos para la vida de algunos de sus miembros, ha visto desaparecer estas alarmas justo en el momento en que la agitación era mayor. Mientras en el recinto de la representación nacional la reparación honorable de los errores preparaba para la reconciliación de los corazones, fuera todo daba la imagen no de la confusión y del desorden, sino de un pueblo enérgico que defendía las leyes y la libertad. Así es como el orden social se perfecciona a través de las infracciones pasajeras que sufre. Tal ha sido esta jornada: ha inspirado por un instante inquietudes, pero todos sus resultados han sido felices.

Era la apoteosis de la falsificación de la realidad a través del lenguaje. A mitad de camino entre lo hipócrita y lo cursi, Barère —el «Narciso francés», según Louvet,<sup>[86]</sup> probablemente celoso de su apostura— aún seguía escuchándose a sí mismo cuando Doulcet de Pontécoulant le hizo una enmienda a la totalidad:

—Pido poder demostrar que todos los hechos contenidos en este mensaje son falsos.

Lasource planteó entonces un texto alternativo mucho más breve, que difería en el origen de lo ocurrido, pero también tenía bastante de autoengaño respecto al resultado:

—Ciudadanos, los conspiradores travestidos de patriotas para engañar al pueblo y perder la libertad han hecho disparar el cañón de alarma y tocar el tocsín. Los ciudadanos de París, dignos de la República y de ellos mismos, se han reunido y han tomado las armas para hacer respetar las leyes, proteger a la Convención y mantener el orden. La calma más profunda reina en París.

Como quiera que Vergniaud intervino en apoyo de este texto, insistiendo en que había que perseguir a los responsables de que hubiera sonado el tocsín, Barère le replicó con el más elocuente de los pragmatismos aferrándose a la creativa tesis del «perfeccionamiento» mediante las «infracciones pasajeras»:

—¿Preguntasteis el 14 de julio y el 10 de agosto quiénes eran los individuos que habían tocado el tocsín? En vez de hacer el proceso a las revoluciones, tratemos de recoger sus frutos. Cuando el tocsín sonó por la mañana, ¿habríais creído que todo se terminaría con el espectáculo de un buen pueblo que se arma para defender la representación nacional, proteger a las personas y las propiedades? No soy de la opinión de los que vienen a pedirnos cabezas. Todo lo que ha ocurrido ayer prueba que los ciudadanos de París no quieren más anarquía. Si yo quisiera que sonara [otra vez] el tocsín, adoptaría el texto de Lasource.

Los últimos argumentos fueron decisivos. La Convención, muy mermada de asistencia en el centro y la derecha, hizo suya la relación de «hechos falsos» de Barère, refugiándose en su afirmación implícita de que todo se había terminado. Bien liquidada estaba la Comisión de los Doce —incluso si alguno de sus miembros tenía que afrontar ulteriores consecuencias— si se trataba del único precio a pagar para volver a ese infierno menor llamado normalidad, mientras los vencedores «recogían los frutos» de su desafío. La sesión se levantó a las seis de la tarde con la mezcla de nerviosismo y euforia propia de quienes tratan de convencerse de que cambiando la descripción de las cosas se cambia también su naturaleza. «Barère acaba de hacernos mentir ante los ojos del universo», escribiría el diputado Serres a sus electores del Departamento de los Altos Alpes.<sup>[87]</sup>

Si hubieran escuchado el comentario que Marat le hizo en ese momento al «Narciso francés», los apaciguadores habrían comprendido en el acto que esa antepenúltima humillación no iba a evitarles todos los demás traumas y horrores. «Me acerqué para decirle a Barère —explicaría l'Ami du Peuple— que esas medidas eran insuficientes, que la calma que había elogiado no era sino un adormecimiento momentáneo de los parisinos, y que el único medio de restablecerla era que se hiciera justicia de forma deslumbrante contra los traidores de la Convención».

Según su propio relato, al salir de la Asamblea y bordear las Tullerías para dirigirse al Comité de Salud Pública a través de la plaza del Carrusel, Marat se encontró con una gran aglomeración de gente en la pequeña calle Saint-Nicaise, que unía la de Saint-Honoré con la plaza del Carrusel. «Por todas partes se oían reclamaciones contra la falta de energía de la Montaña; por todas partes se pedía la detención de los diputados traidores y maquinadores; por todas partes se gritaba: “¡Marat, sálvanos!” [...]. Supliqué a la multitud que no me siguiera».<sup>[88]</sup> Esa escena tuvo lugar delante del Hôtel de Bourgogne en el que residían Barbaroux y su madre, además de otros diputados moderados. Según las memorias de Louvet, esa misma tarde —es imposible saber si antes o después de los gritos de apoyo a Marat— Lodoïska recogió a la madre de Barbaroux y se la llevó al domicilio seguro de unos parientes.

Una hora antes de que se levantara la sesión en la Convención las dos tendencias del movimiento insurreccional habían llegado a un acuerdo en el Ayuntamiento para presentar una petición definitiva, basada en el segundo de los nueve puntos de la víspera. Es decir, en la exigencia de enviar ante el Tribunal Revolucionario a un número variable de diputados que podía llegar hasta treinta y tres (los veintidós más otros doce, con la redundancia de Rabaut incluido por partida doble). El portavoz iba a ser el químico Hassenfratz,<sup>[89]</sup> acompañado de una docena de miembros del Consejo General de la Comuna y otros seis del Comité Central Revolucionario.

La delegación estaba a punto de salir de la plaza de la Grève camino de la del Carrusel cuando llegó la noticia de que la sesión había concluido en las Tullerías. Hubo un momento de desconcierto, pero el alcalde compareció enseguida,



acompañado por el propio Marat, para explicar la solución y apuntalar la cohesión de los sublevados. Pache anunció que venían del Comité de Salud Pública y habían encontrado «la mejor disposición» en su seno. Era evidente que lo que allí habían discutido era la urgencia de dar satisfacción a las exigencias de la calle, alentadas por ellos mismos.

—¿Cuál es la situación? Queremos presentar hoy ante la Convención un mensaje cuyo éxito interesa a toda la República. El pueblo de París sabe que la Convención ha levantado la sesión. Era de temer que este contratiempo diera lugar a algunos excesos por parte de quienes se sintieran frustrados. Pero el Comité de Salud Pública ha convocado para esta noche a todos los diputados para adoptar medidas urgentes. Podremos por lo tanto presentar hoy nuestro mensaje y Marat quiere daros un consejo.<sup>[90]</sup>

Investido de la autoridad moral que acababa de conferirle el alcalde, l'Ami du Peuple arengó a los representantes de los sublevados:

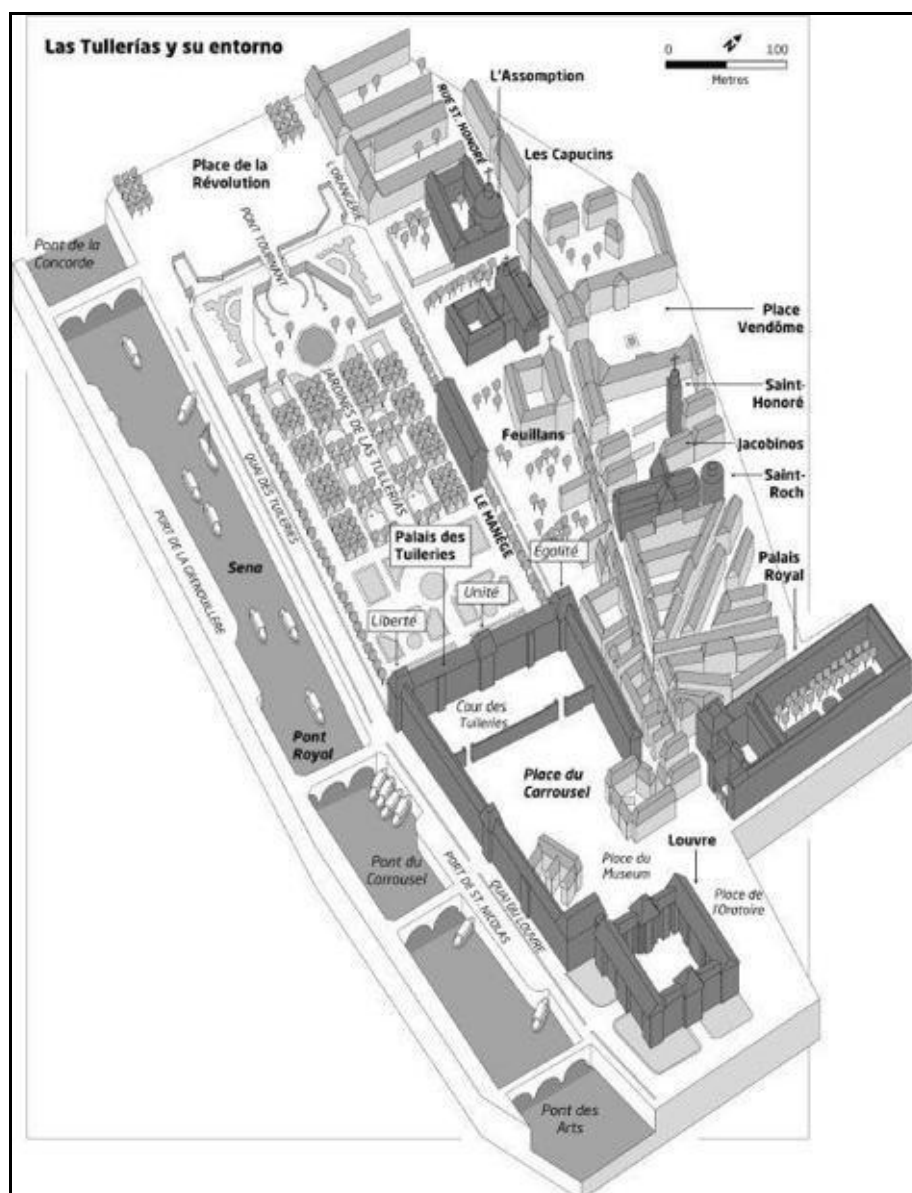
—Si el pueblo se da cuenta de que se ha equivocado en su elección y de que aquellos a los que ha elegido se han corrompido; si la representación nacional pone en peligro la cosa pública en lugar de salvarla, entonces, ciudadanos, el pueblo debe salvarse a sí mismo. ¡Levantaos, pues, pueblo soberano! Presentaos ante la Convención, leed vuestro mensaje y no abandonéis la barra hasta que no tengáis una respuesta definitiva.<sup>[91]</sup>

Era como si uno de los capellanes de los ejércitos católicos de la Vendée hubiera bendecido a sus fieles antes de entrar en combate. Marat, subido de nuevo en la cresta de la ola de los acontecimientos, aupado, según Jaurès, a la condición de «verdadero jefe del pueblo», abandonó la Casa Común entre aclamaciones y aplausos. A continuación se debatió si el tocsín y la generala debían volver a sonar en las secciones. Chaumette se oponía «para no cansar a los ciudadanos» pero, tal y como había ocurrido en la madrugada del viernes, los hombres del Arzobispado volvían a marcar el ritmo en la calle y, pasadas las siete de la tarde, París era de nuevo un repique continuo de campanas.

¿Se trataba de la puesta en marcha de una de esas «medidas secretas» aludidas pero no mencionadas la noche anterior por uno de sus portavoces? Una de las anotaciones en el acta de la reunión permanente del Comité Central Revolucionario de ese sábado no deja lugar a dudas de dónde partió la orden: «Se decreta que se disparará el cañón de alarma y se hará sonar el tocsín».<sup>[92]</sup>

Los hechos demuestran, como mínimo, que los *sans-culottes* ya sabían que eso significaba que debían volver a cercar la Convención de inmediato. «Las secciones reunidas se desplazaron con sus cañones y la fuerza armada invadió todos los accesos: el Pont National, los muelles, las Tullerías y todas las calles adyacentes fueron ocupadas por diferentes batallones», resumiría *La Chronique de Paris*.<sup>[93]</sup> Interpelados por un delegado de la sección burguesa de Molière-et-Lafontaine sobre lo que estaba sucediendo, Chaumette y Destournelles alegaron para salir del paso que

había habido un aviso de que los contrarrevolucionarios se estaban concentrando en los Campos Elíseos.



La confusión sobre el motivo de la convocatoria era la tónica reinante entre los propios hombres en armas. Así lo explicaría el diputado Loiseau tras deambular por el jardín de las Tullerías a la salida de la sesión: «Recorrí todo un batallón. Todos los soldados me dijeron que ignoraban la causa de este movimiento, que sólo lo sabía su jefe».<sup>[94]</sup>

En el lugar en el que se había refugiado con Lodoïska, la madre de Louvet clamaba, «temblorosa y desesperada» al oír el tocsín, como si se dirigiera a los insurrectos:

—¡Criamos hombres perfectos para que vosotros los degolléis!<sup>[95]</sup>

En el Club de los Jacobinos el joven Leclerc subió entusiasmado a la tribuna.

—Seré breve. La agonía de los aristócratas comienza. El tocsín suena, el cañón de alarma ha sido disparado, la Comuna está de pie, el pueblo se dirige a la Convención.

Vosotros sois pueblo y allí debéis acudir.<sup>[96]</sup>

Sobre la marcha, adaptándose una vez más a los hechos consumados, el Consejo de la Comuna dio instrucciones a las secciones para que enviaran «carruajes cargados de alimentos para nutrir a aquellos de nuestros hermanos que puedan tener necesidad». La noche se presentía larga.

Apenas un centenar de diputados, respondiendo a la única convocatoria del sonido del tocsín, estaban presentes en la antigua Sala de Máquinas del palacio. Como ni Mallarmé ni ninguno de los últimos presidentes hizo acto de presencia, fue el abate Grégoire —elegido durante la segunda quincena de noviembre, justo después de Hérault de Séchelles— quien ocupó el sillón. Y el primer asunto fue, naturalmente, el de si se podía dar por constituida la Convención con tan flagrante falta de quórum. El vacío reglamentario permitía cualquier cosa,<sup>[97]</sup> pero nadie podía olvidar que en el último artículo del propio decreto de convocatoria de la cámara, aprobado por la Asamblea Legislativa, se establecía que el traspaso de poderes se produciría a partir del momento en que doscientos diputados hubieran acreditado su condición.

Significativamente el dantonista Basire se mostró renuente y Cambon, en evidente sintonía con los otros hombres fuertes del Comité de Salud Pública —Danton y Barère—, contradijo lo anunciado por Pache en la Comuna:

—El alcalde se ha presentado y ha anunciado que la causa de esta [nueva] insurrección parece provenir de que no se ha atendido a las reclamaciones de las secciones. A vosotros os corresponde tomar las medidas que os parezcan necesarias. El Comité de Salud Pública no ha considerado oportuno asumir la iniciativa de convocar a la Asamblea, para no dar la impresión de favorecer al partido que se presente antes en su puesto.

Masuyer, uno de los poquísimos moderados presentes, observó que «el lado derecho está casi enteramente desierto» y que había quedado en evidencia que nadie, sino los propios sublevados, había convocado a la Convención.<sup>[98]</sup> Fue Legendre quien le dio réplica con su abrupta ligereza de siempre:

—Cuando un barco está en la rada y el marinero ve que hay buen viento, no duda en partir. Cuando tocan la generala todo funcionario público, todo legislador, todo soldado debe de estar en su puesto. Ciudadanos: a quien sólo le preocupa la salud pública le importa poco que los demás individuos no estén en su puesto. Los patriotas están aquí. Nos quedaremos y deliberaremos.

Varios de los presentes le secundaron y el abate Grégoire, «siempre dispuesto a deshonorarse por su propia seguridad», según su antiguo amigo Buzot,<sup>[99]</sup> se prestó a seguir adelante, dando paso a Hassenfratz. Arrojado por sus dieciocho secuaces, el hombre de confianza del alcalde, ocupado además del marcaje de Hanriot como flamante adjunto suyo, pasó a usurpar el papel del acusador público.

—Las cuarenta y ocho secciones de París, los cuerpos constituidos y el Departamento de París vienen a pedirnos el decreto acusatorio contra el Comité de los

Doce, contra los corresponsales de Dumouriez, contra quienes incitan a los habitantes de los departamentos frente a los habitantes de París, contra los que quieren hacer estallar la guerra civil en toda la extensión de la República, contra los que calumnian sin cesar a la ciudad que ha conquistado la libertad el 14 de julio y el 10 de agosto y que la conquistará una tercera vez, y contra los que han anunciado públicamente que pronto se buscará sobre cuál de las orillas del Sena ha existido París.

Tras la enumeración de los cargos vino la lista de acusados. Hassenfratz la leyó impertérrito. No eran ni veintidós ni treinta y cuatro, sino veinticinco. Componían una especie de aristocracia del talento dentro de los sectores moderados de la cámara:

—Pedimos el decreto acusatorio contra Gensonné, Guadet, Brissot, Gorsas, Pétion, Vergniaud, Salle, Barbaroux, Chambon, Buzot, Birotteau, Ducos, Isnard, Lanjuinais, Lidon, Rabaut, Lasource, Louvet, Fonfrède, Lanthenas, Dusaulx, Fauchet, Grangeneuve, Lehardi y Lesage.

Se habían caído cuatro de los primeros veintidós: Pontécoulant, Hardy, Valady y, sorprendentemente, el tantas veces denunciado Dufriche-Valazé. En cambio había siete incorporaciones: las de los dos miembros más prominentes de la Comisión de los Doce, Rabaut Saint-Étienne y Boyer-Fonfrède, la de su cuñado Ducos, tan activo en el combate contra los precios máximos, la de Isnard a cuenta de su profecía sobre París y las orillas del Sena, y la de tres moderados de segunda fila como el viejo Dusaulx, Lidon y Lesage. ¿Cuál había sido el criterio? Si había existido alguno, Hassenfratz no lo expuso. Se limitó a concluir encomendando la ejecución del designio de los sublevados al sector de la Convención dispuesto a prestarse a tan indigno papel.

—Representantes que os sentáis en la Montaña, esperamos de vosotros que salvéis a la patria y sólo podéis salvarla acusando a los hombres que os hemos denunciado. Si no podéis salvar a la patria, decídnoslo. Nosotros estamos en pie y la salvaremos como ya la hemos salvado dos veces.

Dusaulx era, a sus sesenta y cuatro años, un anciano según todos los baremos de la época. Hacía más de tres décadas que había luchado en la Guerra de los Siete Años contra los ingleses y poco después había adquirido fama como traductor de las *Sátiras* de Juvenal. Había mantenido una intensa correspondencia con Rousseau y asistido incluso a la lectura de sus *Confesiones* a un reducido grupo de discípulos selectos. Era uno de esos burgueses ilustrados de la primera hora de la Revolución y la Comuna de París le había elegido en 1790 nada menos que como portavoz para presentar ante la Asamblea Constituyente a los vencedores de la Bastilla y hacer su elogio histórico. Era el único de los veinticinco que estaba presente o al menos el único que intervino en esa sesión improvisada; y lo hizo desafiante y orgulloso de aparecer en la lista.

—Me siento muy feliz de quedar asociado a los diputados denunciados. Espero que este honor proporcione un nuevo brillo a la gloria que he adquirido escribiendo a favor de la libertad desde hace treinta años.

El *montagnard* Rühl salió en su defensa.

—Dusaulx tiene toda mi confianza y siempre le he tenido por un buen patriota.

Y significativamente Marat hizo lo propio:

—Sin duda ha sido por un descuido por lo que Dusaulx está en la lista.

Entonces Cambon, uno de los triunviros que en la práctica controlaban el Comité de Salud Pública, puso reparos de fondo a lo que se planteaba:

—El pueblo os pide justicia. Es preciso que sea rápida, pero que no parezca arrancada por las circunstancias. Si por haber emitido una opinión se hiciera caer la cabeza de un diputado, no nos atreveríamos a hablar. Como el asunto que se discute es de la más alta importancia, pido un aplazamiento.

Sin embargo, otros muchos, como el carnicero Legendre, se negaban a soltar la presa. Su única discrepancia con los peticionarios era que no se debía proceder contra veinticinco, sino contra bastantes más.

—Es preciso que todos los que votaron a favor de la apelación al pueblo sean arrestados hasta que lleguen sus suplentes. Entonces se tomarán las medidas que convengan.

Legendre pedía, por lo tanto, nada menos que 286 detenciones entre sus compañeros. Al final fue decisivo que Marat también apostara por ganar tiempo para hacer valer su ascendiente sobre el movimiento insurreccional y moldear a su gusto la lista de proscritos. Por un lado quería conceder indultos, aun a costa de vilipendiar a los beneficiados, tal y como había hecho el día que salvó a Théroigne de Méricourt de las garras de sus agresoras.

—He preguntado a los peticionarios por qué se había designado a Dusaulx, que es un viejo chocho incapaz de ser jefe de ningún partido. Se me ha respondido que era un error que debía ser achacable a Hassenfratz. También les he transmitido mi asombro respecto a Lanthenas, un pobre de espíritu que no merece que nos ocupemos de él. Y no me ha sorprendido menos ver a Ducos, que no puede ser considerado como uno de los jefes contrarrevolucionarios. Ha mantenido algunas opiniones erróneas, pero no sabría cómo imputarle un delito.

Y por otra parte, l'Ami du Peuple consideraba que faltaban algunos culpables y que había que revisar la lista a conciencia.

—Después de haber descartado a estos tres diputados sobre los que no pesa la indignación pública, creo que se debe perseguir a los jefes que han incitado al odio contra los diputados de París y contra la Comuna, que eran cómplices de Dumouriez y querían aplastar a la Montaña. Sin embargo, como no hay que prejuzgar nada, solicito que escuchéis el informe del Comité de Salud Pública. Es preciso que mañana nos ocupemos de depurar la Convención y que el pueblo no deje las armas hasta después del acto depuratorio.

Barère vio en estas discrepancias entre los peticionarios y la Montaña una oportunidad de recuperar margen de maniobra para el Comité, y lo hizo en varios sentidos mediante una intervención pletórica de habilidad. De entrada empezó

sugiriendo una salida alternativa para los proscritos:

—Si se me permite dar mi opinión personal, yo diría que si hubiera perdido la confianza popular o la de mis colegas presentaría mi dimisión y me iría a la Vendée a combatir a los rebeldes.

A continuación insistió en distinguir el derecho de los acusados a expresar sus ideas de los posibles delitos que se les atribuían:

—La persecución contra los diputados sería injusta si se basara en algo distinto de los hechos, porque la libertad de las opiniones debe ser sagrada.

Sin embargo, enseguida se apresuró a justificar a los insurrectos, a costa de incurrir en un ejemplo práctico de lo contrario de lo que acababa de predicar:

—En la situación actual París ha tenido razón al sublevarse porque se pretendía establecer una línea de demarcación entre París y los departamentos y eso, verdaderamente, era un delito nacional.

En todo caso, incluso ese abstracto «delito nacional», o las acusaciones contra la Comisión de los Doce, debían quedar documentados, y ello requería más tiempo del que ofrecía Marat.

—El Comité de Salud Pública no podrá presentar ningún informe sobre este asunto si los denunciantes no le proporcionan las pruebas de los hechos que tengan que alegar. Propongo pues que el Comité reciba todas las informaciones y denuncias que le sean suministradas por la Comuna de París y que en el plazo de tres días presente un informe sobre los diputados denunciados.

Fuera por la mala conciencia de estar adoptando decisiones en tan flagrante minoría o por la obsesión de conciliar el «acto depuratorio» de Marat con la «insurrección moral» de Robespierre, manteniendo la apariencia de respeto a la legalidad, los presentes respaldaron la propuesta de Barère y levantaron la sesión al filo de la medianoche. Fue un nuevo chasco para los sitiadores. Por segundo día consecutivo el general Hanriot contempló con sorpresa y rabia cómo la Convención abandonaba la Sala de Máquinas como si tal cosa.

Este desenlace fue muy mal acogido por los radicales instalados en el Ayuntamiento. Pache les había dicho que el mensaje de Hassenfratz estaba siendo debatido, y habían dado por hecho que, con tal correlación de fuerzas en la sala, su petición sería atendida esa misma noche. Pero el policía Marino les trajo la mala noticia desde la Convención. Los tres días que había ganado Barère implicaban sencillamente que el domingo transcurriría sin que nada quedara resuelto y el lunes los *sans-culottes* volverían al trabajo —máxime cuando nadie les había podido pagar las 40 perras diarias acordadas porque la Comuna no disponía del dinero suficiente —<sup>[100]</sup> y la Convención, libre de ese dogal, podría muy bien inclinarse por exonerar a los acusados, tal y como había ocurrido en abril.

De hecho, entrada ya la madrugada, el Consejo General, «considerando que los ciudadanos que componen la fuerza armada deben estar muy fatigados por el servicio que han realizado hoy», encargó al Comité Revolucionario que tomara las medidas



oportunas «para que vuelvan a descansar a sus hogares».

Al igual que el viernes, la jornada del sábado concluía con la desmovilización de la fuerza de choque de los insurrectos, y la tensión iba creciendo entre sus cabecillas. Tanto quienes optaban por la vía blanda de tratar de persuadir a la Asamblea para que sacrificara voluntariamente a los líderes moderados, como quienes estaban decididos a arrancarlos de su seno por la fuerza, eran conscientes, a medida que se acercaba la mañana del domingo, de que a la tercera tenía que ir la vencida y de que la crisis se volvería en su contra si concedían a la Convención y a los departamentos tiempo para reaccionar. Así parecía entenderlo al menos uno de los comisarios que, con una banda tricolor ceñida a la cintura, había formado parte del cortejo de Hassenfratz. «Mañana las cosas serán de otra manera», dijo de forma perfectamente audible para el diputado Saladin<sup>[101]</sup> mientras abandonaban la sala.

Eran ya casi las cuatro de la madrugada y las luces del Ayuntamiento seguían encendidas. El Consejo de la Comuna atendía quejas de unas secciones y adoptaba resoluciones, elogiando el compromiso cívico de otras, cuando volvió a escucharse el sonido distante del tocsín. Hanriot fue convocado para explicar lo que pasaba. Llevaba menos de cuarenta y ocho horas como comandante general pero tenía ya en sus manos las riendas de la situación. Aclaró «que él no había dado ninguna orden pero que, tras haberse levantado, el pueblo no quería volver a sentarse hasta que los traidores fueran detenidos».

A esa misma hora de la madrugada, en la habitación contigua que se les había asignado, los miembros del Comité Central Revolucionario aprobaban dos resoluciones demostrando que eran ellos quienes regulaban el caudal de la insurrección. De acuerdo con la primera se haría una gestión inmediata ante el Comité de Salud Pública, de modo que el informe comprometido para dentro de tres días se presentara durante la propia jornada del domingo.<sup>[102]</sup> La redacción de la segunda era inequívoca: «Se acuerda que el comandante [de la Guardia Nacional] rodeará la Convención desde por la mañana con una fuerza armada respetable para que los jefes de la facción sean detenidos en el día, en el caso de que la Convención rehuse acceder a la demanda de los ciudadanos de París».<sup>[103]</sup> Para los insurrectos sólo cabían ya dos opciones: cobrarse la pieza por las buenas en las próximas veinticuatro horas o hacerlo por las malas. Los tiempos los marcaban ellos.

Entre los moderados la percepción de que todo estaba desembocando en una encrucijada sin retorno también se acentuaba. No en vano la edición de *Le Patriote Français* que estaba a punto de ser distribuida explicaba que el sábado por la tarde la sublevación se había reavivado, y añadía: «El instante decisivo se acerca. ¡Republicanos, coraje!». En la página siguiente incluía, en términos inequívocos, el que habría de ser su último análisis político al cabo de cuatro años y veintisiete días de servir a la vez de cronista e impulsor de la Revolución: «La Convención quedará sometida por la Comuna si no es capaz de derribar a los clubes de los Jacobinos y los Cordeleros y cerrarlos».<sup>[104]</sup>



## SEIS

No fue una buena noche para Don Tocsinos. Las tensiones entre el núcleo inicial del Comité Revolucionario y las personas añadidas a instancias del Departamento de París y la Comuna a raíz del proceso catalizado en el Club de los Jacobinos habían terminado estallando en torno a la polémica y enigmática figura de Guzmán. A la una de la madrugada del sábado al domingo la Sección de Piques recibió la noticia de que había sido detenido por orden de sus propios compañeros de comité.

Parece obvio que a quienes habían iniciado la sublevación poco menos que por su cuenta, sacando de la cama a todo París e imponiendo su ley a la Comuna, no debió de gustarles ver cómo su peso e influencia iba diluyéndose mediante la adición de nuevos miembros hasta dejarles en minoría. Los Seis se habían convertido en los Nueve, los Nueve en los Diez y los Diez en los Veinticinco. Sólo eso explica que Guzmán iniciara la jornada del viernes en la cresta de la ola, compartiendo tareas militares con Hanriot, firmando documentos como secretario del nuevo órgano de poder y recibiendo peticiones de cañones, y la concluyera con una ácida denuncia ante la asamblea de su sección, reunida como siempre en los Capuchinos de la plaza Vendôme. Según Michelet, sus términos no pudieron ser más explícitos:

—Nunca se ha jugado más indecentemente con la majestad del pueblo. Los que le han empujado a la insurrección se entienden con sus enemigos. La Comuna, recreada por la generosidad del pueblo, ha tenido ya la ingratitud de olvidar a su creador. Propongo declarar que el Comité Revolucionario es indigno de la confianza de la Sección de Piques.<sup>[105]</sup>

Era evidente que Guzmán no podía estar satisfecho con el desenlace de la jornada del viernes. Él no había tocado el tocsín para que la Convención se limitara a disolver la Comisión de los Doce. Su planteamiento era mucho más radical tanto en los medios como en los fines, y su carácter turbulento le llevaba a la confrontación con quienes seguían moviéndose con pies de plomo. Si ellos se aferraban a la «insurrección moral», él apostaba por la insurrección brutal. Además, en el propio bando de los sublevados estaba librándose una áspera batalla en la sombra por el control del nuevo poder revolucionario, a la que no eran ajenas las maniobras del Comité de Salud Pública. Todo eso permite entender la rápida escalada del conflicto que desembocó en la detención de Guzmán el sábado por la noche. Es significativo que fuera el hombre de Danton en la sublevación, el casi adolescente Rousselin de Saint-Albin, quien relatará cuatro meses después lo sucedido en la gubernamental *Feuille du Salut Publique*, otorgándose un gran protagonismo: «Guzmán utilizaba en las deliberaciones del comité su voz individual para proponer medidas que, es cierto que eran revolucionarias, pero eran a la vez incoherentes y habrían resultado funestas si no hubiéramos estado en guardia. Yo hice una observación [...], la comuniqué y de repente surgió un grito de asombro general: “¡Cómo! ¡Un español entre nosotros!

¡Guzmán!”. Él era buen comediante y se tiró a mis pies, la cara contra el suelo, lloraba, se desgarraba la corbata, se arrancaba los cabellos, etc.». [106]

Según Rousselin, el dramatismo de la reacción de Guzmán «surtió su efecto, nos emocionó y por lo tanto nos engañó a todos, llegamos a creer en su inocencia, pero como la reflexión nos llamaba a nuestros deberes decidimos que quedara arrestado durante veinticuatro horas».

También Chaumette se apuntaría más adelante, durante su propio proceso, el mérito de haber denunciado a Guzmán, pero lo cierto es que el acta del Comité Central Revolucionario de esa noche no atribuye tal mérito ni al devoto monaguillo de Danton ni al oscilante procurador de la Comuna. Su literalidad no deja lugar a dudas: «El ciudadano Pereyra, residente en la calle Saint-Merry, en el Bonnet de la Liberté, nº 413, denuncia al ciudadano Guzmán, miembro del Comité Revolucionario, como persona sospechosa. Se decreta que quedará provisionalmente detenido en la alcaldía en una habitación privada. Ha entregado una pistola de bolsillo y un sable». [107]

Es decir, que el causante de su perdición era su compañero de aventuras reales e imaginarias del Café Corazza, el judío de origen portugués Jacob Pereyra, miembro como él —y como Robespierre— de la Sección de Piques. El mismo Jacob Pereyra que había estado expresamente implicado en la fallida sublevación del 10 de marzo; el mismo Jacob Pereyra que había acompañado a Proli y Dubuisson en su misión ante Dumouriez; el mismo Jacob Pereyra que, como demostraba la correspondencia interceptada en Burdeos, trabajaba codo con codo con el intrigante Desfieux en el Comité de Correspondencia del Club de los Jacobinos. El origen directo del movimiento contra Guzmán había que buscarlo pues en ese club de la calle Saint-Honoré que siempre le había sido hostil.

¡Pobre Don Tocsinos! Sus diez minutos o, para ser exactos, sus cuarenta horas de gloria habían acabado en una dependencia bajo llave de la alcaldía, justo en el momento en que sus compañeros se disponían a consumir la sublevación que él había iniciado. Nada muestra de forma tan elocuente su fulminante caída en desgracia como el documento descubierto y reproducido por Tuetey [108] con la lista de los miembros del Comité Central Revolucionario: su nombre aparece en tercer lugar, pero debajo de una implacable tachadura.

De acuerdo con el propio relato de Rousselin en su *Feuille du Salut Publique*, la ofensiva contra Guzmán adquirió casi de inmediato una dimensión grotesca: «Una mujer vino por la noche y aportó una denuncia muy larga y muy singular: entre otros datos incluía que Guzmán era una mujer disfrazada de hombre, que había trabajado para el embajador de España, que después había sido banquero del juego, que había llevado siempre un tren de vida de gran opulencia sin que se le conocieran recursos, etc.». ¿Guzmán, una mujer? La única denuncia documentada a la que podía aludir Rousselin fue la presentada con fecha 3 de junio ante el Comité de Seguridad General de la Convención por una tal Elisabeth Cavillier, residente en la misma calle Neuve

des Mathurins en la que vivía Guzmán, pero en otro número. En ella no constaba ni su presunto travestismo ni ninguno de los otros hechos recogidos luego en la *Feuille du Salut Publique*, pero sí una vieja historia de inconfundible aroma pasional. Resultaba que «unos veinte años atrás» Guzmán se había hecho pasar por un barón alemán apellidado Defrey, había cometido diversas estafas y «había solicitado asilo a la ciudadana madre de la declarante». Al cabo de varias peripecias y nuevas suplantaciones de personalidad —Guzmán aparecía ora como «Caballero de Saphano», ora como «hijo del elector de Colonia»— la «ciudadana madre de la declarante» había terminado alojándole «en un apartamento ricamente amueblado en el que le alimentaba y satisfacía todas sus necesidades». Lo cual, naturalmente, no había gustado al «ciudadano padre de la declarante», quien había llegado a la conclusión de que el protegido por su esposa era un aventurero sospechoso, denunciándolo por lo tanto ante la policía.<sup>[109]</sup>

¿Qué había detrás de todo esto? Al margen de que Guzmán asegurara después que la tal Elizabeth Cavillier estaba loca y había sido «soplona de Roland», está claro que alguien había maniobrado para sacar del escenario al grande de España convertido en *enragé* en el momento decisivo. Todo sugiere que Guzmán estaba ya en el punto de mira del Comité de Salud Pública y por eso Barère se rasgaría las vestiduras ante su papel en la sublevación durante una de sus intervenciones clave del domingo día 2 en la Convención. Pero más allá de su condición de extranjero o de las turbias leyendas que le rodeaban, su eliminación tenía un claro significado político.

El testimonio más orientador al respecto es el del diputado moderado y gran cronista de la vida cotidiana de París, Sébastien Mercier, quien fue detenido por apoyar a sus colegas proscritos tras el golpe de Estado y coincidió con Guzmán en la cárcel de La Force.<sup>[110]</sup> Entre ambos se estableció una relación de confianza y Guzmán le hizo una serie de «confesiones» que Mercier incluyó en su obra de costumbrismo político *Le Nouveau Paris*. Según él, Don Tocsinos —«así le llamábamos en alusión al tocsín que hizo sonar»— había actuado como una especie de «ministro de Chaumette» y le había reconocido ante testigos que «la insurrección del 31 de mayo y los días siguientes había estado dirigida por la Comuna contra toda la representación nacional y que se habría hecho desaparecer por igual a los jefes de los Jacobinos, a Robespierre y Marat, y a los girondinos» porque «la Comuna tenía la intención de usurpar todos los poderes».<sup>[111]</sup>

Es imposible saber si en algún momento Chaumette albergó ese propósito y llegó a inculcarlo en la imaginación fértil y audaz de un granuja como Guzmán. Más bien parece que el frustrado Don Tocsinos estaba refiriéndose a su propio plan, compartido con el lunático Varlet y el resto de los *enragés* más exaltados del Arzobispado. De hecho el sábado por la mañana lo que más había criticado Varlet en la Comuna había sido la tibieza del alcalde; y Pache y Chaumette siempre habían ido de la mano.

Michelet da crédito a esta teoría invocando la explicación del propio Guzmán, que aseguró que había sido detenido «por haber propuesto una gran medida de salud

pública». Tras preguntarse cuál podía ser esa medida, el gran historiador romántico formula dos hipótesis: «¿La masacre de una parte de la Convención? ¿La expulsión y el arresto de toda la Asamblea que sería sustituida por la Comuna de París?». Y junto a ellas incorpora la especulación sobre el tumulto que habría podido causar Guzmán con sólo repetir, en medio de los militantes armados que cercaban las Tullerías, las cosas que había dicho ante la asamblea de su sección. También afirma, por último, que resulta inverosímil que «la detención de un jefe del Arzobispado por los Jacobinos» pudiera llevarse a cabo sin el visto bueno de Robespierre.<sup>[112]</sup>

Al margen de todos estos detalles es indiscutible la decepción del círculo de radicales en el que se movía Guzmán por el *impasse* abierto en la Convención y la falta de resolución que detectaban en las autoridades municipales y los dirigentes jacobinos. El más explícito como siempre sería Varlet al hacer recapitulación meses después, también desde su correspondiente mazmorra: «El Comité Insurreccional contenía el germen de un gobierno revolucionario, concebido al principio en secreto. Los falsos insurgentes sustituyeron a Brissot por Robespierre. Al federalismo por una dictadura revolucionaria decretada en nombre de la salud pública. En cuanto a mí... yo era demasiado honesto para ser incluido. Me dejaron de lado».<sup>[113]</sup>

## SIETE

En los *faubourgs* se había cantado esa noche al son de *La Marsellesa*, pero con una letra adaptada a los enemigos interiores: «*Frappez, frappez, / tous les Guadet, les Louvet, les Fouchet. / Frappons, frappons, / tous les Brissot, les Guzot, les Frémont* [sic]». <sup>[114]</sup> Los dos últimos nombres aludían a Buzot y Defermon, pero buena parte de los *sans-culottes* ni siquiera sabían muy bien cómo se llamaban algunos de aquellos a los que tenían que golpear.

La Convención amaneció cercada. Hanriot había aprovechado la noche para planificar meticulosamente el dispositivo, formando un primer círculo con los batallones en los que más podía confiar. Había movilizado expresamente a cuatrocientos hombres dispuestos a todo de la sección radical de Droits-de-l'Homme, muy influida por Varlet. En el estratégico patio interior del palacio, junto a la plaza del Carrusel, colocó treinta y dos bocas de fuego de distinta procedencia a las órdenes de Petit, comandante de los cañoneros de la Sección de Bon-Conseil, de nuevo en manos del robespierrista Lullier y sus amigos. <sup>[115]</sup>

Además contaba con las tropas fieles de su propia Sección de Sans-Culottes y con los militantes más resueltos de otras secciones radicales, muchos de los cuales se habían mantenido sobre el terreno a pesar del consejo de la Comuna de volver a casa. «En las Tullerías hay tres o cuatro mil hombres que quieren pasar allí la noche y no se sabe por qué», había escrito el sábado en su dietario Guittard de Floriban. <sup>[116]</sup> Ese núcleo duro también incluía a varios batallones de voluntarios retenidos en las casernas de la localidad de Courbevoie cuando iban a partir para la Vendée, y a los revolucionarios alemanes de la Legión Rosenthal. Según Mortimer-Ternaux estos hombres, adscritos a la Escuela Militar, «no entendían una palabra de francés» y eran incondicionales de la Comuna, pues no en vano «se había asegurado su concurso a precio de oro». <sup>[117]</sup>

Diversas apreciaciones coinciden en que Hanriot había formado este primer anillo con unos cinco o seis mil hombres <sup>[118]</sup> y en torno a un centenar de cañones. La doble función de este contingente era presionar a los diputados en los términos establecidos por el decreto del Comité Revolucionario de las cuatro de la mañana e impedir que el resto de la heterogénea fuerza armada que había sido convocada durante la noche a través de las secciones por emisarios de la Comuna pudiera auxiliar a los sitiados si los acontecimientos se precipitaban. Esta hipótesis quedó expresamente reflejada en una carta que el representante de la propia sección de Hanriot en la Asamblea del Arzobispado, un tal Eynaud, envió el mismo domingo al Comité Central Revolucionario para denunciar «el riesgo de que las secciones hostiles pudiesen utilizar sus cañones contra los patriotas». Su recomendación era «concentrar estos batallones en lugares precisos y rodearlos de ciudadanos armados procedentes de secciones fiables». <sup>[119]</sup> Exactamente lo que hizo Hanriot tras las bambalinas de la

valla de madera que separaba la plaza del Carrusel de los accesos a las Tullerías.

Fue el establecimiento de ese cinturón de hierro y sus correspondientes tentáculos lo que permitió al resuelto y feroz nuevo comandante general asegurar esa misma mañana ante el Consejo de la Comuna que «todos los puestos están bien guarnecidos» y que «más de cuarenta traidores serán detenidos de aquí a esta noche».

[120] Hanriot fue muy aplaudido y Destournelles proclamó que «su conducta justificaba cada vez más que se le hubiera elegido para un puesto tan importante».

Alguien planteó entonces que sería conveniente enviar patrullas a los domicilios de esos «cuarenta traidores» para precintar sus papeles y apoderarse así de «las pruebas de sus desmanes».[121] El rumor de que eso estaba ya sucediendo les llegó a una parte de los afectados mientras estaban reunidos en el amplio domicilio de su colega Meillan, en la calle Des Moulins, paralela al Palais Royal. El acomodado comerciante de Bayona había convocado allí a algunos de ellos la noche anterior mientras Hassenfratz pedía su arresto ante la Convención. El curso de los acontecimientos les había aconsejado permanecer juntos, dormitando en sillas y sillones, e intentar reunir por la mañana al resto para adoptar una posición común. Ni siquiera en esas circunstancias fueron capaces de hacerlo. En primer lugar la concurrencia no llegó a la veintena, aunque estaban muchos de los grandes nombres del bando moderado: Brissot, Buzot, Guadet, Pétion, Gensonné, Barbaroux... Pero lo más importante es que no había acuerdo sobre el camino que convenía adoptar. Louvet defendió con gran ardor que había que abandonar París porque «sólo la insurrección de los departamentos podía salvar a Francia».[122] No era tal, sin embargo, el sentimiento dominante. En algún momento la conversación derivó morbosamente hacia si, llegado el momento, era mejor dejarse arrestar para ser conducido al patíbulo u optar por el suicidio. Ni en la teoría entonces, ni meses después en la práctica, hubo tampoco una respuesta común.

A tan macabro dilema se unió pronto la discusión sobre si acudir o no esa mañana a la Convención. De acuerdo con el relato del anfitrión, Buzot, que ya conocía la detención de *madame* Roland, lo tenía claro: «Quería ir a perecer a la tribuna».[123] Barbaroux era de la misma opinión. Pero así como el uno accedió a quedarse —«lo retuvimos por la fuerza»—, el ardoroso marsellés no se avino a razones y «encontró el medio de escaparse»[124] convenientemente armado. Los demás decidieron permanecer allí y que fuera el propio Meillan —mucho menos significado y no incluido en ninguna lista de proscripción— quien les fuera enviando información desde la Asamblea. Esa misma tarea ya la había asumido el temerario Gorsas, que había acudido por su cuenta a las Tullerías, tal vez más impelido por su instinto periodístico que por su deber parlamentario.

Individualista e impredecible como de costumbre, Vergniaud también se presentó por la mañana en la Convención, permaneciendo allí hasta la una del mediodía e incorporándose después a la reunión de la calle Des Moulins. Los diputados tuvieron que atravesar un bosque de cañones, picas y fusiles poblado por exaltados *sans-*



*culottes* —«¡Canalla, tendremos tu cabeza!», le gritaron a Barbaroux—,<sup>[125]</sup> pero la Asamblea había iniciado la sesión a las diez de la mañana con un aire de impostada normalidad. Se habían leído peticiones como la de los administradores del Departamento de Côtes-du-Nord a favor de la viuda de un teniente de la gendarmería con siete hijos a su cargo, denuncias como la de los diputados enviados como comisarios al ejército del Rin sobre la «negligencia culpable» de unos suministradores de caballos que no habían cumplido sus compromisos, a los que llamaban «vampiros del Estado», o arengas como la de los oficiales de un batallón de la Alta Sajonia que instaban a la Convención a «declarar la guerra a los tiranos, a los traidores y —significativamente— a los anarquistas». Tediosa normalidad, en suma.

Al igual que había ocurrido la víspera con la misiva de Roland, la anomalía de la situación quedó de repente reflejada en otra carta con los mismos tintes dramáticos pero firmada esta vez por un ministro en activo, el responsable de la cartera de Contribuciones Públicas. Clavière la había escrito el día anterior, justificando su momentánea ausencia por «las amenazas atroces que no han dejado de perseguirme». El financiero ginebrino, discípulo de Mirabeau y antiguo empleado del barón de Batz, al que acababa de hacer un último favor,<sup>[126]</sup> añadía que «hurtar a los asesinos la cabeza de un funcionario público es una forma de servir a la patria». Además se declaraba preparado para pasar «el examen más riguroso» de su gestión y se ponía a disposición de la Asamblea: «Si la Convención juzga que no debo regresar a mis funciones, espero sus órdenes. Si cree necesario que las retome, estoy dispuesto a volver al trabajo, puesto que la Convención considerará justo ponerme bajo la protección de las leyes».

Un *montagnard* poco notorio, el relojero Battellier, explicó entonces por qué no había lugar a debatir nada al respecto:

—Pido el envío de esta carta al Comité de Salud Pública. Clavière ha sido detenido esta noche por la Sección de Piques. Como esta sección está compuesta por patriotas, no hay que temer por la suerte de Clavière.

Nadie objetó nada en contra ni se sorprendió de que hubiera un ministro detenido; y aún fue mayor la indiferencia con que se acogió la lectura de una petición de la esposa enferma del exduque de Orleans, presa junto al resto de la familia, solicitando recuperar la libertad. Mucho mayor impacto causaron en cambio las malas noticias llegadas tanto de la Vendée, donde el avance de los rebeldes había obligado a las autoridades republicanas a refugiarse en La Rochelle, como del Departamento de la Lozère, donde se había producido una sublevación campesina de tinte monárquico.<sup>[127]</sup>

Fue en ese contexto de alarma creciente en el que Jeanbon Saint-André, uno de los jacobinos con mayor peso en la Montaña, recién regresado de su misión evangelizadora en el suroeste durante la que había hecho guillotinar a un pariente suyo que había osado dar vivas al rey por las calles de Montauban,<sup>[128]</sup> subió a la tribuna para proporcionar un dato terrible sobre lo que al parecer acababa de suceder



en la segunda ciudad de la República:

—La Convención no puede seguir cerrando los ojos a los peligros que amenazan a la libertad. Las antorchas de la guerra civil han sido prendidas, los rescoldos del fanatismo se manifiestan, los contrarrevolucionarios actúan por doquier. En la Vendée la rebelión ha hecho grandes progresos, en la Lozère brilla el estandarte de la revuelta, en Lyon ochocientos patriotas han sido degollados y la aristocracia avanza sobre los cadáveres ensangrentados de los amigos de la libertad. ¿Qué medidas adoptará la Convención para detener un incendio que se propaga a tal velocidad?

«La figura amarillenta y biliosa de Jeanbon Saint-André, cuya llama interior perforaba como una lámpara ardiente, aterrorizó a la Asamblea», subraya Michelet<sup>[129]</sup> transmitiéndonos el chisporroteo febril de la denuncia jacobina. ¡Ochocientos muertos! El número era tan abrumador como falso, y la imagen de la aristocracia hollando sus cadáveres, tan potente como fantasiosa. Pero la Convención, dominada por la izquierda en ausencia de la mayor parte de los moderados, se estremeció consternada. Con sus manufacturas textiles en crisis, Lyon era la otra gran urbe industrial de Francia y, a diferencia de Burdeos, donde la burguesía comercial mantenía el control de la situación, la alianza de jacobinos y *sans-culottes* había conseguido desplazar la balanza del poder local hacia la izquierda.

El papel que en la Comuna de París correspondía a Pache y Chaumette lo desempeñaban en la de Lyon el alcalde Bertrand y el presidente del tribunal del distrito, Chalier, un exdominico y exviajante de comercio de cráneo mondo y reluciente, nacido en el Piamonte, cuyas apelaciones al derramamiento de sangre superaban en frenesí y truculencia a las del propio Marat.<sup>[130]</sup> Chalier, «un fanático de lo imposible [...], uno de esos profetas que el pueblo considera inspirados porque están locos», según Lamartine,<sup>[131]</sup> era el cerebro; Bertrand, el brazo ejecutor. Uno y otro se habían hecho con el poder municipal, tradicionalmente en manos moderadas, a primeros de marzo. Su sintonía era tal que el director de *Le Journal de Lyon*, el moderado Fain, siempre se refería a «Bertrand-Chalier» como si fueran uno solo. Estaban arrojados por los elementos más radicales de la ciudad —denominados «los chaliers», cual si se tratase de una secta siguiendo a su mesías— y contaron con el respaldo de una comisión enviada por la Convención y compuesta por tres *montagnards* feroces como Rovère, Basire y Legendre.

A lo largo de sus ochenta días en el poder tanto sus medidas económicas tasando las mercancías, restringiendo el comercio y haciendo recaer el impuesto sobre los ricos en toda la clase media, como su régimen de terror, tratando de crear un Tribunal Revolucionario a semejanza del de París, aunaron contra ellos tanto a los moderados como a los nostálgicos del Antiguo Régimen. «Monarquizaron la ciudad mejor de lo que lo hubieran hecho nunca todos los curas y los nobles», concluye Michelet.<sup>[132]</sup> Poco a poco la mayoría de las treinta y cuatro secciones de Lyon se fueron decantando frente a la tiranía municipal y se organizaron militarmente para combatirla.

Esta era la crisis que había estallado en la tarde del miércoles 29 de mayo cuando dos columnas de unos dos mil hombres cada una habían avanzado por las orillas paralelas del Ródano y el Saona, convergiendo sobre la plaza del Ayuntamiento y entablando allí una verdadera batalla de dos horas de duración con las fuerzas leales a los radicales hasta alzarse con la victoria. Bertrand y Chalier —que sería guillotinado el 17 de julio, convirtiéndose en nuevo mártir de los jacobinos— habían sido detenidos y sobre el pavés quedaba, en efecto, una alfombra de cadáveres.

Era el desenlace de «una jornada exactamente contraria a las del 31 de mayo y 2 de junio en París».<sup>[133]</sup> Aunque no había habido ni mucho menos los «ochocientos patriotas degollados» de la denuncia de Jeanbon Saint-André —un balance contemporáneo habla de cuarenta y tres muertos y ciento quince heridos entre ambos bandos—,<sup>[134]</sup> su trascendencia iba más allá del número, porque los paralelismos eran tales que todo lo que ocurriera en Lyon bien podía repetirse en París. De ahí que el debate en la Convención quedara desde ese momento condicionado por un súbito ataque de paranoia que sólo podía favorecer los planes del Comité Revolucionario encomendados a Hanriot. Los jacobinos parisinos y especialmente los hombres de la Comuna y el Arzobispado «eran conscientes de que la contrarrevolución había triunfado en Lyon y de que ellos iban a verse envueltos en el contagio de ese movimiento si no propinaban ese mismo día el golpe definitivo al enemigo».<sup>[135]</sup>

El propio Louvet consideraría que las noticias llegadas de Lyon con sus correspondientes tres días de retraso marcaron el punto de no retorno en París porque «la Montaña sintió que sólo un golpe de desesperación podía salvarla y se agarró a las cuerdas del tocsín».<sup>[136]</sup> La situación no podía ser potencialmente más explosiva, teniendo en cuenta que cuando al mediodía Meillan llegó a la Asamblea, ya apreció que había unos «ochenta mil hombres armados»<sup>[137]</sup> rodeándola.

Quedaba por ver a quién obedecerían, y eso es lo que se planteó en una tensa reunión conjunta del Comité de Salud Pública y los ministros que en la práctica actuaban a sus órdenes. La detención de Clavière había supuesto todo un mazazo para el gobierno *de facto* elegido por la Convención. No en vano en la práctica era un subordinado suyo. El viernes por la tarde el Comité de Salud Pública había comunicado al Consejo General de la Comuna que esperaba «de su civismo y de sus luces» que la integridad e independencia de los ministros fuera respetada, pero su ruego había caído en saco roto.<sup>[138]</sup> También había advertido que «el ministro de Asuntos Extranjeros perdería su consideración, su crédito y su influencia» —tan relevantes para el interés de la República— si fuera arrestado y, sin embargo, Lebrun seguía en el punto de mira de los sublevados.

Además el propio Lebrun y Garat acababan de tener una mala experiencia al intentar salir a tomar el aire a un patio interior de las Tullerías y ser obligados a regresar a sus dependencias por hombres armados con sables y pistolas. Tal vez por eso el ministro del Interior se enfrentó airado a su compañero Bouchotte, siempre próximo a los *sans-culottes*.

—Ministro de la Guerra, no estamos ciegos. He visto que hay empleados de tus oficinas entre los cabecillas y dirigentes de todo esto.

Garat no explica en sus *Memorias* cuál fue la respuesta de Bouchotte, pero tampoco alude a un hecho más significativo aún que la participación de empleados del ministerio en la revuelta. Hacía apenas diez días, el 22 de mayo, el Ministerio de la Guerra había aprobado un decreto adjudicando subvenciones a diversos editores para la distribución de periódicos entre los ejércitos. No figuraba, por supuesto, ninguno moderado, y entre los radicales destacaba, muy por encima de las demás partidas, la concesión de 104.400 francos «al ciudadano Marquet, uno de los redactores [sic] de la hoja del *Père Duchesne*» por la compra de nada menos que 1.044.000 ejemplares a partir del 1 de junio.<sup>[139]</sup> Tras haber sucedido a los efímeros Varlet, Dobsent y Loys, en el momento de esa tensa reunión del gabinete Marquet ya era el cuarto presidente del Comité Central Revolucionario.

La conspiración estaba pues bien enraizada en la propia estructura del poder constituido. Sólo una reacción rotunda de los órganos de la Convención tenía alguna posibilidad de atajarla. Ninguno de los miembros de segunda fila del Comité de Salud Pública parecía estar a la altura de las circunstancias. Bréard sufría «un acceso de gota que apenas le permitía arrastrarse», y también Delmas y Treilhard estaban enfermos. Lindet y Guyton apenas si contaban. Eran Cambon, Barère y Danton, con su fiel Delacroix, quienes seguían dispuestos a intentar mantener bajo control una sublevación que se les estaba yendo de las manos. Al menos así lo expresaba una y otra vez Barère, identificando bien a su adversario:

—Habrà que ver si es la Comuna de París o es la Convención quien representa a la República Francesa.<sup>[140]</sup>

## OCHO

Una voz se alzó en medio de la tempestad como una vela desplegada contra el viento:

—Pido hablar sobre el toque de generala que está sonando en París.

La Convención acababa de dar los primeros síntomas de su reforzada paranoia, instando a las autoridades de cualquier lugar de la República a «detener a todas las personas notoriamente sospechosas de aristocracia e incivismo», cuando Lanjuinais, ajeno como siempre a la estrategia de los líderes moderados ausentes,<sup>[141]</sup> intentó centrar el debate en lo que estaba ocurriendo allí mismo. Hizo además de dirigirse a la tribuna, pero el público y los *montagnards* le abuchearon, exigiendo que se diera prioridad a una nueva delegación municipal recién llegada de la Comuna. Thuriot le salió al paso:

—¡Queréis dividir a la Asamblea! ¡Queréis encender la guerra civil! ¡Abajo!

Sin embargo, Mallarmé sometió a votación si se permitía hablar o no al osado diputado bretón y, tras varios intentos de recuento, apreció que eran mayoría los que se habían puesto de pie para que lo hiciera. Lanjuinais subió al estrado en medio de una enorme tensión.

—Vengo a pedir que os ocupéis de cómo parar los movimientos que siguen produciéndose en la ciudad de París y que son tan peligrosos para la libertad como los que estallaron en los dos últimos días. Mientras se me permita hacer oír aquí mi voz, no consentiré que se denigre mi carácter de representante del pueblo. Reclamaré mis derechos y la libertad. Os diré las verdades.

Entre crecientes murmullos Lanjuinais colocó a los diputados ante el espejo de lo que estaba ocurriendo.

—Es más que notorio que desde hace tres días casi no podéis deliberar. Que estáis siendo presionados desde dentro y desde fuera. Que existe un poder rival que os manda, que os rodea desde dentro con sus hombres a sueldo y desde fuera con sus cañones. Yo sé bien que el pueblo culpa a la anarquía y detesta a los facciosos, pero les sirve a la fuerza de instrumento. Se han cometido delitos que la ley castiga con la muerte. Una autoridad usurpadora ha hecho disparar el cañón de alarma.

Haciéndose oír a duras penas, Lanjuinais puso de relieve el autoengaño en que había incurrido la Asamblea el viernes y el sábado.

—Parecía que lo que había que hacer era correr un velo oficioso sobre todo lo que había pasado. Pero al día siguiente continuó el desorden y un día más tarde vuelve a comenzar.

Entonces Thuriot y Legendre se dirigieron hacia la tribuna con tono y ademán amenazantes:

—Todos los días estáis calumniando.

—No está permitido conspirar desde la tribuna. ¡Todos los días conspiráis desde la tribuna!

Jaleados por gran parte del público —«¡Abajo! ¡Abajo! ¡Que se vaya a la Vendée!»—, los dos *montagnards* se aproximaron más a Lanjuinais, dando la sensación de que iban a agredirle.

—¡Si nos asesináis sin escucharnos, nuestra sangre hablará por nosotros! —clamó Birotteau, quien, fiel a su crónica indisciplina, tampoco había acudido a la reunión en casa de Meillan.

—Legendre, ¿venís a tirarme de la tribuna? —preguntó Lanjuinais al ver cómo el diputado carnicero subía los peldaños con intenciones nada amistosas.

Varios *montagnards* secundaron a Legendre en su afán de impedirle seguir hablando. Hubo jadeos e imprecaciones masculladas entre dientes. En medio del forcejeo y de la bronca el diputado bretón interpeló a voz en grito a los bancos de la Montaña.

—¿Cómo vais a garantizar la libertad de la representación nacional si un diputado acaba de decirme en esta barra: «No dejaremos de actuar así hasta aniquilar a todos los sinvergüenzas como tú»?

—¿Y la contrarrevolución que tú has hecho en Rennes? —le espetó Billaud-Varenne.

—Estos *messieurs* han interceptado en la posta las cartas de las secciones de Rennes que decían que he sido digno de la patria —replicó Lanjuinais señalando a los que le acosaban.

Hubo risas irónicas en la Montaña. Pero Drouet, el antiguo encargado de posta que abortó la huida de Luis XVI, saltó de inmediato, ofendido en su dignidad gremial:

—En mi calidad de miembro de la Comisión de Inspección de las Postas yo mantengo que mientes y que eres un infame impostor.

No contento con tan cruda réplica, Drouet subió a la tribuna tratando de desplazar a su adversario.

—Estoy seguro de que no se ha violado el secreto de las cartas de Lanjuinais.

—Se lo he demostrado a diez de mis colegas —insistió el bretón.

—Debo comunicar a la Asamblea que yo he recibido un paquete abierto —corroboró Defermon.

Reafirmado en su determinación de hacerse oír hasta el final, Lanjuinais volvió al fondo del asunto:

—¿Qué habéis hecho para preservar la dignidad de la Convención, para conservar la integridad de la representación nacional atacada desde hace dos días? Nada. He aquí mis pruebas.

—¡Tú has jurado perder a la República con tus eternas calumnias! —gritó Thuriot.

Sin embargo, ninguna fuerza humana de carácter pacífico parecía poder callar al valiente parlamentario de Bretaña. Lanjuinais se crecía en el fragor de la trifulca.

—¡No sólo es que exista una asamblea usurpadora, no sólo es que delibere, sino

que actúa! En la noche del viernes al sábado ha conspirado. No la gran asamblea que seduce, engaña y equivoca a los ignorantes, sino el comité directivo y ejecutivo de esa asamblea. Es el que ha mandado tocar el tocsín ayer hasta las once de la noche, es el que volverá a hacerlo hoy. Esta Comuna sublevada, nombrada ilegalmente, existe aún. Si cuando el jueves por la noche os hablé de lo que se preparaba hubierais querido escucharme, estas escenas no se habrían producido. Pues bien, escuchadme ahora: cuando esta autoridad rival y usurpadora os cercó con armas y cañones, vino a reproducir esa petición arrastrada por el fango de las calles de París.

—¡Lanjuinai insulta al pueblo que ejerce su derecho de petición! —clamó alguien desde la Montaña.

—Insisto: esa misma petición que después de una larga discusión fue declarada calumniosa, se puede decir que por unanimidad. Se nos acusa de calumniar a París.

—¡Sí, sí, sí! —corearon los *montagnards* y gran parte del público.

—¡No, no! París es pura, París es buena. París está oprimida por los tiranos que quieren la sangre y la dominación —protestó Lanjuinai.

—¡Abajo, abajo, abajo!

Fue en ese momento cuando, jaleados por los gritos cada vez más frenéticos de quienes les rodeaban, un grupo de *montagnards* entre los que se encontraban Drouet, Bonbon Robespierre, Julien de Toulouse y desde luego Legendre volvieron a abalanzarse sobre la tribuna en la que resistía el orador. Según relataría en un texto publicado treinta años después,<sup>[142]</sup> Lanjuinai oyó entonces al carnicero proferir una inequívoca amenaza, mientras levantaba las dos manos en ademán de ir a golpearle con un imaginario mazo:

—¡Baja o te liquido!

Él le respondió con tanta sangre fría como ingenio:

—Haz decretar que soy un buey y podrás liquidarme.

Era una manera de decirle que su deformación profesional le llevaba a confundir la Convención con el matadero. Según Lanjuinai, Legendre, tocado en la fibra sensible del sentido del ridículo, se quedó por un momento desconcertado, dio media vuelta sobre sus pasos, «se calló y se sentó». Debió de ser para recobrar fuerzas. Pronto volvió a la carga con armas distintas a las de la palabra: «Vino a asaltarme a la tribuna con Chabot, Turreau, Robespierre *el Joven*, Drouet y otros, armados con pistolas. Legendre me puso inmediatamente la suya en la garganta para obligarme a descender. Otros vinieron en mi ayuda armados también con pistolas, entre ellos Birotteau, Defermon, Lidon, Pénieres, etc. Los unos me protegieron mientras los otros me agarraban, me empujaban y me amenazaban. Yo permanecí impasible aferrado a la tribuna».

Al no publicarse ya al día siguiente los principales diarios moderados, ningún relato contemporáneo recogió estos detalles del incidente. Especialmente chocante resulta su omisión en el siempre oficialista *Moniteur*, que se limita a acotar cómo «algunos diputados acusan a Legendre de haber querido arrancar [de la tribuna] a

Lanjuinais». <sup>[143]</sup> Eso es lo reproducido por Buchez y Roux y por los *Archives Parlementaires*. Sin embargo, todos los historiadores que han mencionado el episodio han dado por buena la versión de Lanjuinais, dramáticamente reconstruida a mediados del XIX en el cuadro de Charles-Louis Muller que hoy ocupa un lugar de honor en las paredes de la Asamblea Nacional francesa. El lienzo muestra al diputado bretón con chaleco claro y levita abierta, asíéndose a la tribuna con la mano izquierda mientras mantiene la derecha desplegada como si quisiera continuar su interrumpido discurso. Su semblante está rígido como consecuencia del contacto con la pistola colocada sobre su pecho por el brazo extendido de un Legendre de mirada furiosa. Otros dos *montagnards* le acosan a su espalda y un cuarto agarra por el cuello en las escaleras a uno de los moderados que acuden pistola en ristre en su auxilio. Desde la mesa del presidente, Mallarmé extiende impotente sus dos brazos para tratar de detener la explosión de violencia, mientras alguien blande un hacha a sus espaldas. Al pie de la tribuna una mezcla de desafortunados *sans-culottes*, mujeres con los brazos en jarras y militares con fusiles y picas resume las sucesivas invasiones del recinto por los peticionarios. Los diputados de la Montaña les arengan desde sus bancos con gestos bruscos y obscenos bajo un mar de puños amenazantes que cuelga de los anfiteatros.

Algo así tuvo que suceder cuando, según el propio *Moniteur* —y este es un factor decisivo para dar por verídicos los recuerdos de Lanjuinais—, Mallarmé se cubrió y, apenas pudo alcanzarse un atisbo de calma, se declaró abochornado, empleando términos que un presidente *montagnard* nunca habría utilizado si no hubiera presenciado algo especialmente grave:

—La escena que acaba de ocurrir produce una gran aflicción. La libertad sucumbirá si continuáis comportándoos de la misma manera. Os llamo al orden a los que os habéis portado así en esta tribuna. Os llamo a la calma y a la dignidad. Comportémonos como representantes de un pueblo libre.

Lanjuinais pudo concluir su accidentada intervención con una petición tan justificada como estéril:

—Pido que todas las autoridades revolucionarias de París y notablemente la Asamblea del Arzobispado y su comité central o ejecutivo sean disueltas y que sus actos durante los últimos tres días queden anulados. Pido que todos los que pretendan arrogarse una nueva autoridad sean declarados fuera de la ley y que se permita a todos los ciudadanos perseguirlos.

Sin tan siquiera someter la propuesta a votación, Mallarmé dio la palabra a la nueva delegación que, acompañada de un gran número de militantes, traía lo que ya era un ultimátum conjunto de la Comuna y el Comité Revolucionario. Estaba firmado por el impresor Marquet como nuevo presidente del órgano emanado de la sublevación y por Marchand como secretario. Tuetey aporta el texto manuscrito por este último, un joven militante del barrio de Montmartre que había participado en la toma de las Tullerías ayudado de muletas y era conocido en su sección como «el



pequeño Robespierre». <sup>[144]</sup>

—Delegados del pueblo, desde hace cuatro días el pueblo de París no ha dejado las armas. Sus mandatarios, ante los que no ha cesado de reclamar sus derechos indignamente violados, se ríen de su calma y de su perseverancia. La llama de la libertad palidece. Las columnas de la igualdad se estremecen. Los contrarrevolucionarios levantan la cabeza. ¡Qué tiemblen! El rayo ruge y los va a pulverizar.

Estas palabras desataron una entusiasta ovación del público y gran parte de los diputados *montagnards*. Sólo quedaba concretar los términos de la rendición exigida.

—Representantes, los crímenes de los facciosos de la Convención os resultan conocidos. Venimos por última vez a denunciarles ante vosotros. Decretad al instante que son indignos de la confianza de la nación. Ponedles en estado de arresto. Todos nosotros respondemos ante sus departamentos. El pueblo está cansado de veros aplazar su felicidad. Sigue estando en vuestras manos. Salvadlo o se salvará él mismo.

Mallarmé, ajeno al núcleo duro de la conspiración y cada vez más conmocionado por lo que estaba viviendo, trató de mantener a salvo la dignidad de la asamblea en su respuesta a los peticionarios:

—Si hay traidores entre nosotros es preciso que sean descubiertos y juzgados y que caiga sobre ellos la espada de la ley. Pero antes de castigarlos es preciso probar sus delitos. Acabáis de hacer a la Convención una petición que decís que es la última. La Convención la examinará, sopesará la medida que le dicte su inteligencia y la aplicará con el coraje que considere necesario. La Convención os invita a los honores de la sesión.

Era como pedir a un asaltante que aguardara en un sillón del salón mientras los dueños de la casa decidían si le entregaban o no el botín exigido a punta de pistola. A instancias de varios *montagnards* la Convención acordó enviar una petición al Comité de Salud Pública para que presentara una propuesta. Billaud-Varenne hizo entonces una importante acotación:

—Pido que el informe se haga sobre la marcha sin que se levante la sesión.

—¡El orden del día, el orden del día! —se reclamó desde los semidesiertos bancos de la derecha.

—¡El orden del día es salvar a la patria! —contestó Legendre con su pistola de nuevo enfundada.

Siguieron luego momentos de fuerte confusión. Mallarmé anunció que había otras dos delegaciones que pedían ser escuchadas para defender peticiones análogas. Una representaba directamente a las cuarenta y ocho secciones de París, y la otra, firmada personalmente por Pauline Léon, a la Sociedad de Ciudadanas Republicanas Revolucionarias. Aunque el presidente se limitó a preguntar si debían ser escuchadas, el nutrido contingente de *sans-culottes* que, tras acompañar a los representantes de la Comuna, se había instalado en los bancos y pasillos del hemiciclo lo interpretó como

una nueva maniobra dilatoria para seguir eludiendo el fondo del asunto, y reaccionó con ira.

Entre gritos de «¡No, no!», «¡Vayámonos todos!» y «¡Salvemos la cosa pública porque los representantes del pueblo se niegan a hacerlo!», la turba se precipitó hacia las salidas. El público de las tribunas inició un movimiento análogo y se pudo escuchar una clara consigna: «¡A las armas!». Luego alguien añadió: «¡Sí, vayámonos todos a nuestras secciones!». A la Convención le entró el miedo a estar ofendiendo a sus extorsionadores. ¿Qué sería de la Asamblea si de repente era abandonada a su suerte por quienes tan pertinazmente venían sojuzgándola? ¿Cuál sería el destino de los diputados si los gritos y las imprecaciones que ya les eran tan familiares daban paso al silencio de lo desconocido y todas las fuerzas que habían entrado en ebullición en París se concertaban desde el exterior contra ellos?

Muchos diputados del centro y la derecha aprovecharon la confusión para escabullirse y comprobar en el exterior cómo había ido completándose el impresionante cerco militar que rodeaba a la Convención. Uno de ellos fue Gorsas, quien tuvo que abrirse paso con su bastón entre la multitud y estaba a punto de ser atacado por un grupo de mujeres con machetes y cuchillos, cuando un agente municipal, acompañado de dos tambores, distrajo su atención y facilitó su huida.

En el hemiciclo fue un diputado moderado, acostumbrado a pasar prácticamente inadvertido, el exalcalde de Gisors, Louis Richou, quien expresó el pánico colectivo de los que se quedaron, tratando de aferrarse a lo malo conocido. Utilizó para ello la vieja coartada de Danton:

—Salvad al pueblo de sí mismo. Salvad a vuestros colegas. Decretad su arresto provisional.

Varios diputados de su mismo signo reaccionaron con espanto: «¡No, no, no!». Richou había votado a favor de la apelación al pueblo, contra la ejecución del rey y por el aplazamiento. También lo había hecho, naturalmente, a favor de la acusación contra Marat y por el restablecimiento de la Comisión de los Doce en la apretada votación del 28 de mayo. Si alguien de su perfil se rendía, es que todo estaba perdido. Pero una mezcla de fatalismo y sentido de la responsabilidad se había apoderado de Richou, empeñado, según Quinet, en «glorificar su miedo con un sofisma».<sup>[145]</sup>

—Así lo quieren las circunstancias. En estos momentos el pueblo está engañado y equivocado. Va a cometer actos indignos. No olvidéis que ante todo hay que salvar a la patria.

—¡No, todos iremos a la cárcel a compartir los grilletos de nuestros colegas! —replicó con su firme dignidad burguesa La Révellière-Lépeaux.

Alguien trató de parar el impacto devastador que entre los diputados de la Planicie estaba teniendo el brote de derrotismo de Richou, pidiendo que el Comité de Salud Pública comunicara de inmediato a qué conclusión había llegado —así lo acordó la Convención—, pero el exalcalde de Gisors tenía asumido ya hasta el propio lenguaje de sus enemigos:

—Habéis escuchado a los magistrados del pueblo transmitiros de forma imperiosa sus deseos. Os han hablado de las peligrosas consecuencias que tendría seguir aplazando el decreto que se os pide. La tormenta brama, amenaza. Ciudadanos, salvad al pueblo de las desgracias y a la República de su ruina. Adoptad un decreto de arresto provisional contra los miembros de esta Asamblea a los que acusan los magistrados de París. Lo repito: ¡así lo quieren las circunstancias!

A los «¡Sí, sí!» de la Montaña contestaron los cada vez más tenues «¡No, no!» del centro y la derecha. Según Kuscinski, la actitud de Richou supuso «la señal de la desbandada de su partido»<sup>[146]</sup> y habría estado en lo cierto si hubiera existido tal partido. En todo caso el *montagnard* Lévasseur de la Sarthe, médico especialista en partos, intervino para combatir lo que consideraba «el cobarde término medio del Marais». En sus *Memorias* desacreditaría la propuesta de Richou porque, según su extraña pirueta, «declarando implícitamente a los acusados inocentes, volvía estéril una insurrección que debía dar sus frutos y al mismo tiempo entregaba al furor popular a unos hombres cuya muerte estábamos lejos de desear».

Lévasseur planteó como alternativa que se les aplicara la recién aprobada Ley de Sospechosos. Según sus *Memorias* esa moción pretendía «destruir a la vez la perniciosa influencia del lado derecho y salvar la vida de sus principales jefes».<sup>[147]</sup> No es de extrañar que nadie la interpretara así, teniendo en cuenta las palabras con que la expuso:

—Se propone el arresto provisional de los diputados denunciados para salvarlos, se dice, del furor del pueblo. Yo sostengo que ese arresto debe ser definitivo si es que lo merecen y voy a probarlo. Existe una ley que dispone que todos los ciudadanos sospechosos serán detenidos; y la ley es igual para todos.

Eran momentos de especial caos en la sala. Cambon le interrumpió para anunciar que el Comité de Salud Pública estaba «redactando» un «proyecto de decreto» sobre las medidas a adoptar que sería presentado ante la Convención «dentro de media hora». Lévasseur aprovechó ese margen para dar a luz su propia acta de acusación en términos aún más burdos que los de Robespierre o Desmoulins:

—Sostengo que los que han calumniado sistemáticamente a París estaban de acuerdo con el tirano. ¿Qué hizo Luis XVI al comienzo de la Revolución? Acercar sesenta mil hombres a París para destruirla. ¿No tenía la Guardia Departamental propuesta por algunos diputados el mismo objetivo? El día en que Buzot hizo esa propuesta le dije: «Acabáis de lanzar una manzana de la discordia entre París y los departamentos». Buzot me respondió: «Jamás se podrá hacer una buena Constitución en París».

Reticencias como esta ya eran a sus ojos suficiente prueba para acusar a los moderados de alta traición.

—El delito más atroz del que puede ser culpable un hombre es el de querer encender la guerra civil dentro de su patria. Pues bien, las personas denunciadas son culpables de ese delito. Los que entre ellos hacen periódicos no han cesado de decir

que la Convención no era libre, que estaba bajo el cuchillo. Pues bien, yo voy a probar que sí erais libres y que habéis abusado con las intenciones más pérfidas de vuestra libertad, para provocar un gran movimiento en París y poder decir que estabais oprimidos.

Hasta los jacobinos más sectarios debieron de quedarse atónitos ante este razonamiento circular de Lévasseur que invertía los papeles con tanto desparpajo. ¿Cuál era la prueba de que los moderados eran libres y habían desencadenado la sublevación para poder presentarse como esclavos? Muy sencillo: el decreto acusatorio contra Marat. Lo habían aprobado sin tan siquiera debate previo, lo cual demostraba su «mala fe». No cabía pues otro desenlace que acceder al ultimátum municipal mediante el instrumento legal mencionado al comienzo de la intervención de Lévasseur.

—La ley que ordena detener a las personas sospechosas debe ser aplicada a los denunciados por la ciudad de París. En consecuencia pido a la Convención que decrete que serán arrestados.

Tras dar rienda suelta a su evidente mala conciencia insistiendo en que lo que quería era «ganar tiempo» con el propósito de «salvar sus vidas»,<sup>[148]</sup> Lévasseur se sorprende en sus *Memorias* de que «ningún miembro de la Convención pidió la palabra ni para apoyarme ni para combatirme, y mi moción no obtuvo ningún resultado». Al margen de su propia inconsistencia, a ello contribuyó sin duda el hecho de que fue justo al final de la intervención de Lévasseur cuando se produjeron las primeras denuncias de quienes acababan de constatar que su condición de diputados estaba siendo sustituida por la de prisioneros. Un moderado del Departamento del Jura, Laurenceot, dio la voz de alarma, contraponiendo no sin cierta sorna sus apuros fisiológicos con la cínica pirueta de Lévasseur:

—Ahora que el opinante dice que somos libres declaro que, teniendo una necesidad urgente, me he presentado en la puerta de la sala y que personas armadas me han impedido la salida. Ciudadanos, ya sé que la libertad existe para algunos diputados, pero desde hace tres días nosotros no podemos ni entrar ni salir ni hacer nada en este recinto. Pido que el presidente dé las órdenes para que los accesos de la sala queden libres.

Mallarmé trató de justificarse, alegando que ya había dado esas órdenes al comandante del puesto de guardia en la Convención y le hizo comparecer ante la barra. El oficial quitó gravedad a la situación, señalando los accesos más próximos a los bancos de la derecha.

—Ciudadanos, me he trasladado a ese lado en el que las mujeres se oponían a la salida de los diputados. Les he hablado el idioma de la ley. Ellas se han separado y los diputados han salido.

La Montaña le aplaudió, pero el viejo Dusaulx contradijo sus palabras:

—Yo os digo que las mujeres no obedecen. Dad órdenes u os declaro responsable de las desgracias que puedan suceder.

El excusa Simond, recién regresado de su Saboya natal, donde había compartido con Héroult de Séchelles tanto las tareas de comisario de la Convención como la pasión por las hermanas Bellegarde,<sup>[149]</sup> explicó que la situación era peor:

—No son las mujeres las que guardan la entrada a la sala, sino hombres armados que parecen muy decididos.

No obstante, vino a añadir que la Convención se lo tenía merecido.

—Toda elocuencia es inútil. El pueblo está ahí porque llevamos seis meses provocándole. Ante sus reclamaciones hemos pasado constantemente al orden del día.

Un diputado no identificado de la derecha dijo entonces —en alusión a las secciones burguesas— que «en París hay sesenta mil hombres que han jurado armarse para proteger la libertad de los representantes del pueblo», y pidió a Mallarmé que los convocase so pena de convertirse en responsable de lo que ocurriera. El presidente reiteraba que había dado «las órdenes necesarias» para proteger a la Convención cuando Robespierre pronunció las primeras y últimas palabras salidas de su boca que constaron en acta durante esa jornada:

—Pido que se cierre la discusión sobre este incidente.

Marat exhibió una vez más la estrecha sintonía que mantenía con el Incorruptible desde el inicio de la sublevación:

—Veis que todo esto no es más que una estratagema para abusar de la Asamblea y calumniar a París.

Sin embargo, Defermon insistió en la demanda de protección:

—Puesto que estamos rodeados por una fuerza armada, pido que se ejecute el decreto que establece que en momentos de gravedad se convocará a trescientos hombres de cada sección.

—Es una injuria contra el pueblo de París —le replicó Julien de Toulouse.

Fue entonces cuando llegó Barère con la propuesta del Comité de Salud Pública. En esa encrucijada en que todas las miradas quedaron depositadas en él y la suerte de la democracia pasó por sus manos, es inevitable fijarse en el célebre retrato que ese mismo año le hizo Jean-Louis Laneuville, uno de los discípulos más aventajados de David. El abogado de Toulouse aparece apoyado en una especie de tribuna, teniendo bajo su mano derecha el discurso que le sirvió durante el juicio contra Luis XVI para desbaratar la tesis de la apelación al pueblo. La mano izquierda reposa sobre su propia cadera en un ademán de serena seguridad en sí mismo. Su imponente chaleco rojo con botonadura cruzada, su mezcla de pañuelo y corbata de color blanco y amarillo y su impecable levita negra realzan esa imagen de dignidad y confianza de un hombre de pelo castaño con tupida melena, ojos penetrantes, labios sensuales y nariz algo torcida. Todo en él parece representar el triunfo de la elocuencia al servicio de la razón, pero también al mago capaz de sacar cualquier tipo de conejos o palomas del sombrero de la retórica.

Nunca ninguno de los denostados por Marat como «hombres de Estado» quedó

reflejado en un lienzo de forma tan coherente con esa condición como el Barère de Laneuville. Y tampoco ninguno de ellos, con la excepción del Vergniaud trasquilado la antevíspera, intentó desempeñar ese papel a la vez comovedor y atrevido como lo hizo Barère esa tarde del 2 de mayo.

—Ciudadanos, vengo a obedecer el decreto por el que habéis ordenado ayer a vuestro Comité de Salud Pública presentaros un informe sobre veintidós miembros de esta Asamblea. Para ser imparcial en este asunto el Comité ha tenido que situarse en medio de las pasiones y los intereses. Ha tenido que examinar la posición moral y política de la Convención. No ha creído que debiera adoptar la medida de la detención. Ha pensado que debía apelar al patriotismo, a la generosidad y al amor a la patria de los diputados acusados y pedirles [que accedan a] la suspensión de sus poderes, haciéndoles ver que es la única medida que puede terminar con las divisiones que afligen a la República y restablecer la paz.

Se trataba en suma de una variante más suave aún, pues no implicaba el arresto, de la propuesta de Richou, ese «cobarde término medio del Marais» combatido por Lévasseur. Pero Barère fue mucho más persuasivo que el asustado exalcalde de Gisors:

—La Convención tiene derecho a decirles en este momento: no ignoráis que vuestras medidas, vuestras acciones, vuestros discursos han sido la causa o el pretexto de nuestras divisiones. Apelamos a vuestra conciencia, a vuestro compromiso con el país. ¡Que los que producen desconfianza se muestren, que sacrifiquen su poder y tranquilicen por fin a la nación! No son medidas judiciales, son medidas dignas de nosotros, dignas de franceses. ¿En qué circunstancias estamos? La guerra civil ha estallado en la Vendée, ha estallado en la Lozère y amenaza al Cantal. [150] El campamento de Famars ha sido tomado por el enemigo. ¿Favoreceremos a la aristocracia que no vive más que de nuestros enfrentamientos? ¡No, favorezcamos al partido republicano, hagamos sacrificios!

Lo que proponía Barère no dejaba de ser una claudicación ante el chantaje, basada en su cínica indiferencia ante la disyuntiva de que la conducta de los Veintidós fuera «la causa o el pretexto» de la insurrección. Pero era una claudicación parcial, reversible y sin otras consecuencias inmediatas que el abandono provisional de sus funciones por los diputados en entredicho. La propuesta reflejaba bien la postura del Comité desde el inicio de la crisis, tal y como ya la había expuesto Danton el viernes al pedir la destitución de los Doce apelando «a quienes han recibido algún talento político».

Se trataba, en suma, de una operación de control de daños, inmersa en un conjunto de maniobras subterráneas encaminadas a apuntalar el poder del propio comité. La principal de todas ellas queda reflejada en el acta de la sesión permanente que esa tarde seguía celebrando el Consejo General de la Comuna: «Se comunica al Consejo que el Comité de Salud Pública plantea que sería necesaria una rápida remodelación del Comité Revolucionario. El Consejo decreta que solamente los



nueve ciudadanos nombrados por el Departamento de París formarán el Comité Revolucionario, pudiendo ellos añadir otros adjuntos con tal de que lo comuniquen al Consejo».<sup>[151]</sup>

Se había consumado pues una especie de golpe de Estado dentro del golpe de Estado. Los Veinticinco volvían a ser los Nueve, pero otros Nueve. Los cabecillas de la Asamblea del Arzobispado resultaban así definitivamente liquidados, en coherencia con la detención de Guzmán y la marginación de Varlet, y eran los hombres de Lullier quienes se quedaban a los mandos de la maquinaria insurreccional,<sup>[152]</sup> salvando a quienes, como era el caso de Dobsent o Marquet —el huésped e impresor de Hébert—, habían actuado desde el principio en sintonía con ellos. Puede sorprender que también los representantes de la Comuna quedaran formalmente excluidos, pero eso carecía de relevancia si se tiene en cuenta el ensamblaje existente entre el Comité Revolucionario y el Consejo General municipal al que pertenecían. En realidad en cuestión de sesenta horas se habían invertido las tornas y era la Comuna la que domesticaba al Comité Revolucionario que había osado destituirlo y reponerlo en sus funciones.

Detrás de todo esto latían los impulsos convergentes de Danton y su Comité de Salud Pública, y de Robespierre y sus agentes en el Departamento y la Comuna. Pero si bien unos y otros estaban de acuerdo en desembarazarse de los *enragés* y seguir por el camino de la cada hora más eufemística «insurrección moral», no lo estaban en cuanto a cuál debía ser el desenlace. Danton se contentaba con los ajustes cosméticos, Robespierre quería una cirugía profunda. De hecho el Consejo General de la Comuna acordó dar otra vuelta de tuerca a la situación, decretando la exclusión de cualquier exnoble o cura refractario de todo cargo público y la expulsión de los comités de las secciones de los miles y miles de firmantes de las peticiones monárquicas del año anterior. En la práctica era la mayor parte de la burguesía parisina la que, de acuerdo con la nota manuscrita de Robespierre —«para vencer a los burgueses hay que movilizar al pueblo»—, quedaba estigmatizada.

Las dos «máquinas de guerra» se habían vuelto a fundir en una, pues no había más espada desenvainada que la de Hanriot controlada por la Comuna, ni —por mucha que fuera la habilidad de Danton y Barère— más mando político efectivo que el de los jacobinos identificados con Robespierre. Cuando en el parlamento municipal se supo que la Convención seguía empantanada en el terreno de las medias tintas, uno de sus emisarios tranquilizó a los demás:

—La Convención ha aplazado la salud pública. Pero las máximas medidas han sido adoptadas y el pueblo se salvará a sí mismo.

A continuación uno de sus miembros anunció que el Comité Revolucionario ya tenía «entre sus manos» el dinero necesario «para pagar las cuarenta perras por día a los ciudadanos poco afortunados que están en armas». Este anuncio «fue acogido con vivos aplausos». Aunque no era del todo cierto. Según Michelet, los Jacobinos habían logrado convencer a Pache de que les entregara 150.000 francos correspondientes «a



la caja de socorros destinada a los colonos de Haití refugiados en París». <sup>[153]</sup> Si nos atenemos a la liquidación posterior, es probable que la cantidad liberada fuera menor. Menos creíble es la tesis de que el dinero procedía del barón de Batz a través de Dufourny. <sup>[154]</sup> En todo caso el pueblo iba a salvarse a sí mismo, pero alguien iba a pagar la cuenta. O al menos un anticipo.

## NUEVE

Para los líderes moderados el planteamiento del Comité de Salud Pública suponía un salvavidas en medio de la tormenta, pero también un acta de rendición, un reconocimiento implícito de culpa o como mínimo una humillante asunción de responsabilidades políticas sin motivo alguno para ello.

Era una disyuntiva moral. Sólo seis de los afectados estaban presentes y para ellos llegó la hora de retratarse. El primero en hacerlo fue Isnard. El fogoso perfumista era consciente de que su imprudente *boutade* sobre la desaparición de París le había convertido en el objetivo prioritario de los *sans-culottes* más desaforados y violentos, por lo que no dudó en aferrarse a la indigna tabla de salvación que le ofrecían. Y tampoco en ese trance fue capaz de desembarazarse de su truculencia grandilocuente.

—Cuando en la misma balanza se pone a un hombre y a la patria, mi elección no tiene duda. Me inclinaré siempre por la patria a la que adoro, a la que adoraré siempre, a la que adoraré hasta la tumba. Declaro que si mi sangre fuera necesaria para salvar a la patria, no haría falta verdugo. Yo mismo llevaría mi cabeza hasta el patíbulo, yo mismo haría deslizarse la cuchilla fatal que debería cortar el curso de mi vida, yo mismo sería el sacerdote que inmolaría a la víctima.

Ninguna intervención parlamentaria refleja como esta el frenesí dialéctico hacia el que la Revolución había empujado a sus hijos. Al ofrecerse a guillotinarsé a sí mismo, Isnard no estaba sino subiendo otro peldaño de la misma escalera del masoquismo revolucionario que había llevado a Vergniaud a expresar su disposición a dejarse engullir por el «abismo»; por la que con tan morboso deleite transitaba la propia *madame* Roland desde hacía unas horas; sobre la que Marat había escenificado su simulacro de suicidio pistola en ristre; en la que Danton había anunciado que si fuera culpable su cabeza sería «la primera» en rodar; o en la que Robespierre vivía instalado de forma permanente.

Unos y otros se habían declarado ya demasiadas veces dispuestos a perecer en su puesto, a ser degollados en la «silla curul», a subir al cadalso por el bien del pueblo; unos y otros habían ofrecido ya demasiadas veces su pecho desnudo en la tribuna en el sentido literal de la expresión —Couthon, David o el propio Isnard el 5 de marzo— como para no terminar generando la más truculenta profecía autocumplida. Aunque Isnard sobreviviría a su propio conjuro, uno de sus compañeros de proscripción, el doctor Salle, lo cumpliría al dedillo un año después al verse obligado a arreglar sobre la marcha un dispositivo obstruido de la guillotina que a continuación separó su cabeza del tronco en Burdeos. Pronto se popularizaría la imagen satírica de Robespierre «guillotinando al verdugo después haber guillotinado a todos los franceses».

Al margen de que Stefan Zweig no hablaba pues en sentido figurado cuando escribió en la biografía de Fouché que al final los revolucionarios «tienen que

guillotinar para no desmentir sus constantes alusiones a la guillotina»,<sup>[155]</sup> la imagen de la autoejecución invocada por Isnard tiene un significado político mucho más certero que la propia metáfora clásica de Vergniaud sobre Saturno devorando a sus hijos. Antes de que el implacable mecanismo se pusiera en marcha, el perfumista lenguaraz estaba anticipando el destino de un régimen no sólo incapaz de asumir la disidencia, sino fatalmente dedicado a perseguirla en un proceso de autodepuración permanente.

Quinet lo representaría imaginando una esfera en la que uno de sus dos polos siempre tuviera como objetivo la destrucción del otro mediante un constante ejercicio de automutilación y refiriéndose con espanto al «monstruo nunca visto de un Estado libre que no contenga ninguna divergencia ni de opinión ni de inclinación».<sup>[156]</sup> No en vano Robespierre recurriría pronto con sádico deleite a la imagen sanguinolenta del suicidio de Catón en Útica, abriéndose sus heridas y extrayéndose las entrañas con tal de no rendirse a sus enemigos. Incapaz de renunciar ni siquiera al último de los adornos, Isnard quiso dejar su impronta en la forma de dimitir, presentándola como la consecuencia natural de sus anteriores palabras:

—No me esperaba que un hombre que no ha dejado de trabajar por el bien del pueblo pudiera convertirse nunca en el objeto de su ira. Sin embargo, se dice que ese es mi caso, y es... para salvar la libertad para lo que se os propone suspender de sus funciones a algunos de sus mandatarios. Pues bien: yo no esperaré a que ese decreto se apruebe. Me suspendo a mí mismo y vuelvo a la clase de los simples ciudadanos.

Era el haraquiri político a la vista del público. En pleno alarde de teatralidad Isnard se dirigió entonces a la mesa de los secretarios y les entregó el documento que acreditaba su condición de diputado. A continuación descendió de la tribuna y fue a buscar asiento entre los representantes de la Montaña, muchos de los cuales le felicitaron efusivamente. Al cabo de un rato repitió la operación trasladándose a los bancos ocupados por los seguidores de la delegación que habían pedido su arresto, obteniendo similares muestras de aprecio. El diputado de los Alpes Marítimos creía que tan degradante penitencia bastaría para expiar los pecados de lesa patria que empezaba a asumir que había cometido.

Después de tanta exuberancia la mansedumbre con que el doctor Lanthenas y el tantas veces indómito y vitriólico abate Fauchet pasaron también por el aro hizo de sus renuncias poco más que un acto burocrático. El amigo renegado de los Roland, víctima de sus celos por el amor que Manon sentía hacia Buzot, era desde hacía meses una chalupa a la deriva. Había oído a Marat proponer su indulto y quería hacer méritos para obtenerlo. Utilizó la misma metáfora, la misma llamada de la tierra, de la que hacía tiempo ya se había apartado Vergniaud.

—Nuestras pasiones, nuestras divisiones o más bien la ambición, la ceguera, han cavado bajo nuestros pasos un abismo profundo. Los veintidós diputados denunciados deben precipitarse a él si su suerte, sea cual sea, puede llenarlo y salvar a la República. Sin dudarle me declaro voluntariamente suspendido de mis funciones y

ojalá pueda arrastrar conmigo todos los males que nos desgarran.

«*Te Deum Fauchet*», como le llamaría Carlyle, era consciente de que en el bando que se perfilaba como vencedor tenía encarnizados enemigos personales, desde Chabot a Robespierre, a los que más de una vez había zaherido con su especial don para la diatriba. El obispo de Calvados tampoco había acudido a la cita en casa de Meillan porque no formaba parte de ningún grupo o clan. Su única opción en ese momento era doblar el alzacuellos y adoptar un perfil lo más bajo posible. De ahí la fórmula escueta y sin brillo por la que optó esa tarde quien tantas veces había coronado la cumbre de la oratoria sagrada.

—No sólo consiento la suspensión de mis poderes, sino que mi vida es de la República. Los sacrificios, cualesquiera que sean, no me costarán nada con tal de salvar a la patria.

Bien distinta fue la respuesta de Lanjuinais:

—Creo que he demostrado hasta este momento algún coraje y cierta energía. No esperéis pues de mí ni la dimisión ni la suspensión [voluntaria].

Bastaron estas palabras para que una ola de murmullos e imprecaciones brotara de la Montaña. Al darse cuenta de que el excapuchino Chabot era uno de los más ruidosos, Lanjuinais se dirigió a él evocando los sacrificios humanos en algunas civilizaciones antiguas:

—Debo advertir a quien me interrumpe que he visto cómo se conduce al altar a las víctimas adornadas de flores. El sacerdote las inmola, pero no las insulta.

Y tras este inciso en el que de nuevo habían brillado su agudeza y sus reflejos parlamentarios, concretó la lógica de su actitud:

—Se habla del sacrificio de mis poderes. ¡Sacrificio! ¡Qué abuso de las palabras! Los sacrificios deben ser libres y vosotros no lo sois. La Convención está asediada, los cañones apuntan contra este palacio, está prohibido asomarse a la ventana, los fusiles están cargados. Declaro que en este momento no puedo emitir ninguna opinión y en este momento me callo.

Con este extraño y abrupto final concluye la versión de la intervención de Lanjuinais publicada en el *Moniteur* y reproducida habitualmente.<sup>[157]</sup> Sin embargo, él mismo difundió a los pocos días un texto en el que no figuraba esa última frase y sí una postrera apelación a la dignidad de la cámara para intentar que reaccionara:

—Todavía tengo la facultad de que se escuche aquí mi voz. Pues bien, la utilizaré para daros un consejo digno de vosotros que puede cubriros de gloria y salvar la libertad. Destituid en este momento a todas las autoridades no reconocidas por las leyes. No será en vano: los facciosos serán abandonados por los buenos ciudadanos de los que abusan. Si no tenéis coraje para ello, la libertad está perdida. Veo la guerra civil alumbrarse ya en mi patria. Veo al horrible monstruo de la dictadura o la tiranía avanzar bajo uno u otro nombre sobre los montones de ruinas y cadáveres; veo cómo os engulle a unos y otros y cómo derriba a la República.<sup>[158]</sup>

Se tratara tan sólo de un valiente ejemplo de resistencia estoica o llevara además

incorporada esta lúcida predicción de lo que se avecinaba, lo cierto es que la reacción de Lanjuinais pareció quebrar por un momento el derrotismo del bando moderado. Enseguida Barbaroux subió a la tribuna a decir lo mismo con otras palabras:

—Si mi sangre fuera necesaria para la consolidación de la libertad, pediría que fuera vertida. Si el sacrificio de mi honor fuera necesario para la misma causa yo os diría: quitádmelo, la posteridad me juzgará. En fin, si la Convención cree necesario suspender mis poderes, yo obedeceré su decreto. ¿Pero cómo puedo por mí mismo entregar los poderes de los que he sido investido por el pueblo? No, no esperéis de mí ninguna dimisión. He jurado morir en mi puesto y me atenderé a mi juramento.

El viejo Dusaulx no tenía ni fuerzas ni coraje para seguir esta estela. Su reacción desafiante al ser incluido en la lista se había ido diluyendo en el miedo de ver prosperar la iniciativa. También él confiaba en la protección de Marat. De hecho sólo pronunció cuatro palabras:

—Yo ofrezco mi dimisión.

Entonces un Mallarmé exhausto cedió la presidencia a Hérault de Séchelles. Eso significaba que, tal y como ya había ocurrido el 27 por la noche, ninguno de los catorce diputados que habían ocupado la presidencia de la Convención en el intervalo de siete meses que había transcurrido entre ambos estaba en la sala o quiso asumir tal responsabilidad.<sup>[159]</sup> Tan pronto como se produjo el relevo, Marat decidió poner las cosas en su sitio, denunciando lo que él consideraba una «farsa sentimental» pactada con los propios afectados.<sup>[160]</sup>

—Desapruebo la medida propuesta por el comité porque proporciona a los diputados acusados de conspiración los honores de la abnegación. Para ofrecer sacrificios a la patria es preciso ser puro. Soy yo, verdadero mártir de la libertad, el que tengo derecho a la abnegación. Ofrezco pues mi suspensión desde el momento en que hayáis ordenado la detención de los contrarrevolucionarios, añadiendo la cabeza de Louvet y de Valazé que no figuran [en la lista]...

A pesar de la tensión del momento, el súbito ataque de megalomanía de Marat provocó la respuesta desafiante de varios diputados del ala derecha, sin darse cuenta de que estaban jugando con fuego:

—¡Pedimos el mismo honor!

L'Ami du Peuple se limitó a insistir en la exoneración de sus protegidos:

—... borrando a Ducos, Lanthenas y Dusaulx, que no tienen por qué aparecer.

Dando la impresión de que desaprobaba tanto los excesos de Marat como la tibieza de Barère, Billaud-Varenne se sumó de inmediato a la ofensiva contra la propuesta del comité:

—Para ser justos no debemos sobrepasar nuestros poderes. La Convención no tiene derecho a provocar la suspensión de ninguno de sus miembros. Si son culpables hay que mandarlos ante los tribunales y si son inocentes hay que callarse. Pido pues la cuestión previa sobre el proyecto de decreto propuesto por Barère y el decreto acusatorio, mediante voto nominal motivado, contra los treinta diputados de los que

se trata.

Chabot había subido a la tribuna, sin duda para apoyar las mismas tesis, cuando de nuevo se produjo un fuerte tumulto en una de las puertas de la sala. En medio de la confusión se oyó a Delacroix discutir a voz en grito:

—O la fuerza que rodea este recinto ha venido para secuestrar a la Convención o ha venido para defenderla. Si habéis venido para defenderla, ¿por qué me detenéis? Soy diputado. Aquí está mi credencial. ¡Dejadme salir para dedicarme a mis asuntos!

Un gran número de representantes se dirigió hacia donde estaba con el propósito de ayudarlo. Fue en vano y el gigantón amigo de Danton, especialista en irrupciones dramáticas, se encaramó a la tribuna, desplazando a Chabot.

—Hemos jurado vivir libres o morir. Es preciso morir, pero morir libres. Declaro que la Convención no es libre. La fuerza armada rodea la sala. He intentado salir, he sido rechazado y amenazado. Pido que el comandante de la fuerza armada comparezca en la barra y dé cuenta de la consigna que tiene y de quién la ha recibido.

El abate Grégoire, probablemente con remordimientos por haber avalado la deliberación sin quórum de la víspera, no sólo apoyó a Delacroix, sino que fue más allá:

—No basta esta medida. Es preciso dar un ejemplo terrible. El que haya cometido este delito debe ser castigado con todo el rigor de las leyes.

Lo sucedido provocó un gran estupor entre los diputados del centro y la derecha. Que «uno de los más firmes campeones de la Montaña sufriera tal afrenta» sólo podía tener, según Meillan, tres explicaciones: o no le habían reconocido —la más improbable—; o la Comuna, a quien se atribuía el control de la fuerza armada, «no podía imaginar que los *montagnards* intentarían salir y había generalizado la consigna»; o las autoridades municipales estaban «engañando a sus propios cómplices» para «eliminar a toda la Convención y ocupar su lugar».<sup>[161]</sup>

Todo indica que el Comité de Salud Pública no dejó de sentirse amenazado por esta tercera hipótesis. La tensión se acrecentó en la sala cuando el culto y templado literato de origen protestante Boissy d'Anglas apareció con el abultado pañuelo que llevaba al cuello hecho jirones por la violencia de quienes bloqueaban las puertas. Deperret estaba quejándose de que a él tampoco le habían dejado salir y pidiendo que se hiciera comparecer a dos soldados que acababan de cerrarle el paso, cuando Barère volvió a subir a la tribuna con munición fresca para reforzar la dramática denuncia de Delacroix. Era obvio que tras la desbandada del centro y la derecha el comité sufriría una derrota política si se votaba la propuesta de Billaud-Varenne, y lo que trataba *in extremis* era de cambiar la posición del tablero; o incluso de tablero. Para ello necesitaba que el foco no estuviera en el ajuste de cuentas con los líderes moderados, sino en el agravio que sufría toda la Convención. Haciendo de tripas corazón, el diputado de los Altos Pirineos plantó cara por primera vez abiertamente a los sublevados:

—Hacer leyes no es algo propio de esclavos. Francia rechazaría las que emanaran

de una asamblea de siervos. ¿Cómo van a ser respetadas vuestras leyes si no las podéis hacer más que rodeados de bayonetas? Estamos amenazados porque nuevos tiranos nos vigilan. Esta tiranía reside en el Comité Revolucionario de la Comuna, y si el Consejo General no toma medidas para prevenir estas violencias, merecerá graves reproches. Entre sus miembros hay algunos de cuya moral yo no quisiera tener que responder.

Entonces Barère se sacó de la manga su carta «española»:

—El movimiento que nos amenaza procede de Londres, de Berlín y de Madrid. Uno de los miembros del Comité Revolucionario llamado Guzmán me resultaba conocido por ser español. Le he preguntado al alcalde de París cómo es posible que un español hubiera obtenido la condición de representante de la ciudad de París. El alcalde me ha prometido obtener las informaciones necesarias sobre este hecho y Guzmán no ha vuelto a aparecer en el comité.

Probablemente Barère ya sabía que Guzmán había sido detenido,<sup>[162]</sup> pero su caso le daba pie para elevar la anécdota a categoría, mezclándola incluso con la presencia del duque de York entre las tropas invasoras.

—¡Pueblo, se te traiciona, se abusa de ti! Un príncipe inglés ocupa el campamento de Famars y sus agentes están [infiltrados] entre vosotros. ¡Pueblo, tendrás la libertad si la quieres, pero no corramos riesgos! En este momento, ante mis ojos, se distribuyen asignados de 5 libras a los batallones que nos rodean.<sup>[163]</sup> Es preciso que caigan las cabezas de quienes osen atentar contra los representantes del pueblo.

Y erigiéndose en portavoz de lo que pudiera quedar de dignidad en la cámara, Barère, «elevado por encima de su propio valor cuando la majestad e integridad de la Convención estaban tan brutalmente amenazadas»,<sup>[164]</sup> arengó al conjunto de los diputados:

—¡Representantes del pueblo, ordenad que se os ponga en libertad, suspended vuestra sesión, haced que se inclinen ante vosotros las bayonetas que os rodean!

Delacroix, y ya sin tapujos el propio Danton, apoyaron a Barère. El subalterno pidió que se conminara a la fuerza armada a alejarse de la sala de sesiones, pero el hombre fuerte del comité fue bastante más lejos:

—Para que el movimiento que parece estar preparándose no se vuelva a favor de la aristocracia, pido que la Asamblea encargue a su Comité de Salud Pública remontarse hasta [descubrir] la fuente de esta orden. Podéis contar con su celo para que os presente los medios de vengar enérgicamente la majestad nacional que está siendo ultrajada en este momento.

La Asamblea aprobó la propuesta de Danton para inquietud del núcleo duro *montagnard*. ¿Cuál era el verdadero alcance de su actitud? ¿Estaba limitándose a «salvaguardar la dignidad de la Convención incluso en el momento de la necesaria amputación», como sostiene Jaurès,<sup>[165]</sup> o había decidido oponerse con todas sus consecuencias a esos «hombres peligrosos» empeñados en «prolongar un movimiento



innecesario», tal y como él mismo había advertido la antevíspera? En todo caso la crítica de Chabot en el Club de los Jacobinos sobre su «pérdida de energía» estaba ya calando entre las secciones más radicales, hasta el extremo de que dos semanas después un informante del Ministerio de Asuntos Extranjeros escribió que no le extrañaría «ver la cabeza de Danton levantada sobre una pica al lado de la de Clavière».<sup>[166]</sup>

En medio de la confusión alguien precisó que la orden de no dejar salir a los diputados había partido del ciudadano Lesain, capitán de la Sección de Bon-Conseil, pues no en vano eran sus hombres los que ocupaban la primera línea. Enseguida surgieron voces pidiendo que se le convocara de inmediato a la barra. Para Michelet era la prueba del nueve de quién movía los hilos en el exterior de la Convención: «Bon-Conseil, Lullier, Robespierre... tres palabras sinónimas».<sup>[167]</sup> Pero su palanca común era en todo caso Hanriot. Según Mortimer-Ternaux, cuando un ujier trasladó al nuevo jefe de la Guardia Nacional el texto de la resolución auspiciada por Delacroix, la grosería de su respuesta fue tal que ya permitía adivinar su actitud posterior.<sup>[168]</sup>

El Comité de Salud Pública había logrado que la suerte de los líderes moderados pasara por un momento a segundo plano. En medio del tumulto Barère subió por cuarta vez precipitadamente a la tribuna para concretar su propuesta:

—Ciudadanos, lo repito, probemos que somos libres. Propongo que para terminar con esto la Convención Nacional se traslade en medio del pueblo y de los hombres armados que la rodean para comprobar que los diputados no tienen nada que temer de ellos, testimoniándoles así su confianza en la lealtad de los parisinos.

La propuesta fue acogida con grandes aplausos por la mayoría de los diputados presentes. Incluso una parte del público se sumó a la idea: «¡Sí, sí, nosotros os defenderemos!», dijo una voz mientras algunos bajaban de las tribunas ofreciéndose a servir de escudos a los diputados en su salida. Sólo los jefes de la Montaña más afines a los Jacobinos veían con contrariedad cómo la situación tomaba un giro inesperado y podía escapárseles de las manos. Según relata Barère en sus *Memorias*, aún resonaban los aplausos y los diputados comenzaban ya a dirigirse a las puertas de salida cuando Robespierre subió los peldaños que les separaban y, quitándose la careta, mantuvo con él un tenso intercambio de palabras en voz baja.

—¿Qué estáis haciendo? Estáis montando un buen estropicio...

—El estropicio no está en la tribuna. Está allí, en el Carrusel.

La hora de la verdad había llegado.

## DIEZ

Poniéndose enfáticamente el sombrero en señal de duelo por el ultraje del que estaba siendo víctima la Asamblea, Hérault de Séchelles se dirigió hacia las puertas que comunicaban el hemicycle con las salas contiguas, seguido por un número importante de diputados, todos descubiertos. Los centinelas le abrieron paso entre el gentío y se encaminó por delante de la estatua de la Libertad hacia la gran escalera del palacio. Al ver que el bloqueo cedía, el cortejo fue nutriéndose de más y más parlamentarios.

La Montaña no terminaba de decidirse y eso hizo vacilar a parte de la Planicie, temiendo que se les estuviera tendiendo una trampa. Según Meillan fueron «los *montagnards* subalternos que no estaban en el secreto de la jornada y a los que les avergonzaba parecer menos valientes que nosotros» los que terminaron por decidirse y arrastraron ya a la gran mayoría de la Convención.<sup>[169]</sup> Sólo una treintena o cuarentena de diputados, jaleados por el sector más radical del público, permanecieron atornillados en sus bancos en torno a Marat y Robespierre. Pero la simbólica iniciativa, sugerida primero por Garat y amagada en falso luego por Vergniaud, cuajaba ahora: la Convención se dirigía al encuentro del pueblo y sólo una minoría se quedaba descolgada. Lo que los moderados no habían logrado prácticamente en ningún debate con razones y argumentos —romper la unidad de la Montaña— parecía a punto de lograrlo el Comité de Salud Pública con el concurso de Hérault de Séchelles —tantas veces identificado como próximo a Danton—, apelando a la dignidad esencial de los representantes del pueblo.

La comitiva descendió los peldaños en los que menos de diez meses antes habían sido pasados por las armas los guardias suizos que defendían las Tullerías, cruzó el vestíbulo y encaró la puerta principal que daba a la plaza del Carrusel. El anochecer se estaba cerniendo sobre París y un baile de sombras y resplandores emergió amenazante ante los diputados. Se encontraron con un bosque de picas refulgentes y varias hileras de fieros *sans-culottes* con tupidos mostachos y actitud nada amistosa. Vieron también seis cañones apuntándoles, flanqueados por sus respectivos hornos en los que crepitaban los carbones al rojo vivo, listos para calentar los proyectiles. La escena parecía extraída de un mal sueño. En medio de un ir y venir de antorchas se oyó el galope de unos caballos y pronto desmontó ante ellos Hanriot, acompañado de un grupo de ayudantes que probablemente incluiría a Hassenfratz y Boulanger.

Loiseau era uno de los diputados presentes y vivió la incertidumbre del momento: «El presidente avanzó con el decreto en la mano hacia el comandante provisional. Este no pareció prestar la menor atención a la dignidad de la representación nacional. Sólo forzados por la cantidad de diputados que iban llegando, los jinetes que le acompañaban retrocedieron para alinearse en orden de combate diez pasos más atrás».<sup>[170]</sup>

Cuando el presidente de la Convención y el nuevo Comandante de la Guardia

Nacional de París quedaron frente a frente también lo estuvieron dos concepciones de la soberanía popular: la imaginaria democracia directa y la imperfecta democracia representativa. No podían haber encontrado paladines de modales y trayectorias más opuestas. El bello y refinado Hérault, con su porte distinguido, con su elegancia natural, había pasado sin solución de continuidad de los salones de Versalles, en los que intimaba con las confidentes de María Antonieta, al puesto rotatorio de mayor rango en la jerarquía de la Revolución. El tosco y malcarado Hanriot, con su lenguaje violento, sus ademanes groseros y su enervante tic ocular, se había abierto camino a sangre y fuego, aupándose sobre las turbas del *faubourg* Saint-Marcel hasta alcanzar su liderazgo militar. Sólo la guillotina igualaría un día al guapo y al feo.<sup>[171]</sup> Uno y otro cumplieron su papel en el escueto diálogo que protagonizaron. Tras hacer leer a uno de los secretarios el decreto por el que se ordenaba la retirada de la fuerza armada, Hérault tomó la iniciativa con más benevolencia que firmeza:

—Hanriot, te insto a obedecer.

—Yo sólo sé cuáles son mis órdenes.

—¿Qué quiere el pueblo? La Convención sólo se ocupa del pueblo y de su bienestar.

—Hérault, sabemos que eres un buen patriota, que eres de la Montaña. ¿Respondes con tu cabeza de que los veintidós diputados serán entregados antes de veinticuatro horas?

—No.

—El pueblo no se ha levantado para escuchar frases, sino para dar órdenes soberanas.

Sólo en última instancia tuvo Hérault un efímero atisbo de firmeza, tan estéril como el de Beurnonville ante Dumouriez:

—En nombre de la nación y de la ley, ordeno a los soldados que detengan a este rebelde.

Ni un solo miembro de la Guardia Nacional presente hizo el menor ademán de obedecerle. Hanriot le replicó, crecido y áspero:

—Vosotros no tenéis ninguna orden que dar. Volved a vuestros puestos y entregad a los diputados que reclama el pueblo.<sup>[172]</sup>

Al escuchar cómo el agreste jefe militar requería al blandengue dignatario político la entrega de los acusados, apelando incluso a su condición de *montagnard*, los diputados que se apelotonaban tras Hérault en el vestíbulo y sobre los primeros peldaños de la gran escalera reaccionaron con indignación y esa indignación se tradujo en un movimiento hacia delante apenas esbozado.

Loiseau y otros colegas gritaron desafiantes:

—¡Muy bien, asesínados deprisa, pero no nos hagáis esperar!

El voluminoso Delacroix recurrió al gesto ritual de abrirse la camisa y presentar su pecho desnudo a la fuerza armada. Entonces la voz de mando de Hanriot sonó como el más amenazante de los rugidos. La tragedia parecía a punto de

desencadenarse.

—¡Cañoneros, a vuestras piezas!

Bastó que los servidores de los seis cañones que les apuntaban se colocaran en posición de disparar para que Hérault y todos los que habían llegado a salir a la plaza retrocedieran precipitadamente hasta volver a ser engullidos por el vestíbulo. Incluso los más audaces se habían arrugado al detectar que la amenaza iba en serio. La fuerza de la razón no le había durado ni siquiera un asalto a la razón de la fuerza. La «insurrección moral» se había impuesto mediante la demostración palpable de que estaba dispuesta a convertirse en brutal.

El historiador Georges Lefebvre viene a decir que el desenlace pudo ser peor e incluso observa un cierto sentido de la contención, la proporcionalidad y la medida cuando subraya que «para gran disgusto de Varlet, Hanriot se limitó a impedir el paso a la Convención».<sup>[173]</sup> Esa misma fue la reflexión *a posteriori* de Chaumette elogiando el autocontrol de quienes estaban en primera línea: «Los representantes del pueblo que habían provocado toda su cólera desfilaron ante sus ojos, al alcance de cualquiera y, sin embargo, nadie osó ponerles la mano encima».<sup>[174]</sup> Efectivamente se había evitado una masacre, pero lo esencial era que la Convención había constatado que no era dueña de sus actos. El Siglo de las Luces había dado paso al de los golpes de Estado.

El significado de ese momento está perfectamente captado, aunque con más intensidad dramática que exactitud histórica, por el tantas veces reproducido grabado de Tassaert que forma parte de la colección del Museo Carnavalet. Bajo las imponentes columnas que flanquean la puerta de las Tullerías los diputados van saliendo encabezados por un apolíneo Hérault, que extiende las manos hacia un desdibujado Hanriot. Enfrente tiene un océano de picas y banderas que recuerda la composición de *La rendición de Breda*, es decir de *Las lanzas* de Velázquez. Los cañones no aparecen por ningún sitio, pero mientras la primera línea de los guardias nacionales mantiene una actitud de recelo y desafío, varios de sus compañeros se acercan por detrás esgrimiendo sus armas blancas en disposición de ataque. Es en el grupo de figuras que sigue a Hérault donde se produce la principal falsificación, pues aparece el abate Fauchet pasando una mano sobre el hombro de Brissot, y detrás de ellos surgen Buzot, Pétion y Vergniaud. Ninguno de estos cuatro últimos estaba presente. Cuando a media tarde, espoleados por las noticias sobre la firmeza de Lanjuinais, habían decidido abandonar el piso de Meillan e incorporarse a la brega parlamentaria, llegó Gorsas y logró disuadirles al darles detalles de la hostilidad que había detectado entre la fuerza militar al salir confundido con los peticionarios.<sup>[175]</sup>

Por supuesto, en ese momento tampoco estaba presente Marat, quien en el grabado de Tassaert aparece con su característico atuendo de mugriento cuello de piel, dirigiéndose a dos guardias nacionales y haciéndoles unas cuentas con los dedos que obviamente se refieren al número de diputados que había que detener. Justo delante de este grupo, en el rincón inferior izquierdo del grabado, queda reflejada la

metáfora perfecta de lo que estaba a punto de suceder, pues una madre sentada abraza en su regazo a tres de sus hijos mientras repudia a un cuarto, apartándolo violentamente de su protección y cobijo. La purga de esa familia será la de la Convención.

En medio de la confusión del repliegue, varios diputados convencieron a Héroult de que cruzara al otro lado del vestíbulo, saliera por una de las puertas que daban al Jardín Nacional y buscara allí el apoyo de tropas menos hostiles que las que habían encontrado en el Carrusel. La Convención inició entonces un humillante peregrinaje por las avenidas desiertas del antiguo lugar de asueto de los reyes, pues el cerco dispuesto por Hanriot había vedado la entrada a los habituales paseantes. Las primeras salidas que tantearon estaban custodiadas por *sans-culottes* de similar catadura a la de los anteriores. No sólo les impidieron salir, sino que acogieron su llegada con gritos de «¡Viva la Montaña!», «¡Brissot, Guadet y Vergniaud a la guillotina!» o «¡Purgad la Convención, sacadle la mala sangre!».

Un hombre con un echarpe tricolor que acreditaba su condición de cargo municipal cogió entonces por el brazo al dantonista Basire y le espetó algo muy parecido a lo que Robespierre había insinuado a Barère: «Así es como sois. ¿Por qué queréis salir? Con vuestras medidas a medias hacéis fracasar todos los golpes». Loiseau escuchó a «un pequeño número de insolentes» que les increpaban: «No saldréis de aquí hasta que no hayáis aprobado el decreto que os pedimos». Meillan y otros moderados se encaramaron entre tanto a una especie de parapeto que vallaba el jardín y vieron al otro lado a guardias nacionales que por primera vez les hacían gestos amistosos, invitándoles a unirse a ellos.

La última oportunidad de salir de allí estaba en el puente giratorio, situado en el extremo del jardín más alejado del palacio, que servía de comunicación con la antigua plaza de Luis XV, renombrada como plaza de la Revolución y escenario sobre el que se erigía la guillotina. La comitiva se acercó con ansiedad que se trocó en frustración cuando los diputados comprobaron que el puente estaba cerrado y que el jefe del puesto de la Guardia Nacional tenía órdenes estrictas de no abrirlo. Taine les equipararía a «un rebaño de corderos dando vueltas en vano dentro de su cercado». Entonces llegó Marat «como un ladrador perro guardián, corriendo con toda la velocidad de sus cortas piernas, para hacerles volver al aprisco».<sup>[176]</sup> Le seguía un extraño cortejo, compuesto, según Meillan, por «una veintena de niños andrajosos».<sup>[177]</sup>

L'Ami du Peuple no había salido a la puerta del castillo, pero tampoco se había quedado quieto en su asiento. Arropado por sus fieles seguidores que gritaban «¡Viva Marat!», «¡Viva la Montaña!», se encaró con Héroult de Séchelles: «En nombre del pueblo os conmino a que volváis al puesto del que tan cobardemente habéis desertado». Y sin esperar su respuesta añadió: «Que los diputados fieles vuelvan a su puesto». La práctica totalidad, Héroult incluido, le siguieron dócilmente y regresaron a las Tullerías «con la cabeza gacha y la muerte en el corazón»<sup>[178]</sup>

La escritora inglesa Helen Maria Williams observó desde una ventana que daba a las Tullerías las idas y venidas de la Convención por el jardín, y pasada la media noche escuchó de labios del propio Barère el relato de su fracaso, constatando que «lamentaba la suerte de sus amigos con lágrimas en los ojos».<sup>[179]</sup> ¿Qué había pretendido él al poner en marcha lo que desembocó en esa errabunda mascarada? Todo indica que además de impedir que se votara la propuesta de Billaud-Varenne, Barère, «el hombre de las dos caras» —Michelet—,<sup>[180]</sup> el «especialista en nadar entre dos aguas» para promover «el opio del moderantismo» —Marat—,<sup>[181]</sup> el político «que había ponderado las posibilidades de victoria de los dos bandos» —Williams—,<sup>[182]</sup> intentaba que la Convención pudiera o bien conectar con las secciones armadas dispuestas a defenderla o bien desperdigarse por París para eludir la coacción a la que estaba sometida, sin adoptar acuerdo alguno que le comprometiera. Ganar tiempo, en suma, para que las obligaciones laborales de cada uno y la falta de dinero para seguir pagándoles dispersaran al ejército de *sans-culottes* y fuera el Comité de Salud Pública quien pudiera gestionar esa suspensión temporal y voluntaria de sus funciones que había ofrecido a los líderes moderados a modo de escapatoria.

Según uno de sus biógrafos, «Barère estaba convencido en el fondo de su corazón de que los girondinos, a los que llamaba “los niños grandes de la Revolución”, eran inocentes».<sup>[183]</sup> Sin embargo, su móvil no era altruista. Su gesto tenía una clara intencionalidad política, y cuando fracasó «admitió el resultado y no miró hacia atrás» porque, según otro de quienes han estudiado su figura, «él no era un héroe y tenía un decente respeto por su propia seguridad». De ahí que «antes del verano ya estaría hablando el lenguaje del Terror».<sup>[184]</sup>

En sus *Memorias* Barère culpó a Danton del fracaso de la intentona de la Convención, sugiriendo que estaba de acuerdo con los sitiadores; pero lo único que aporta en ese sentido es que vio como uno de los ayudantes de Hanriot les decía algo al oído tanto a él como a Delacroix y que Danton respondía: «Va bien eso, está bien eso», y estrechaba la mano del sublevado. Poca prueba para una imputación tan rotunda. La inquina con que Barère trató de endosar a su compañero de comité culpas retrospectivas queda patente cuando al quejarse de la conducta «educada» de Hérault hacia Hanriot lo describe como «falto de carácter y obediente a la influencia de Danton», y no digamos nada cuando habla de «Marat, ese atroz ayudante de Danton».<sup>[185]</sup>

Está claro que Danton mantuvo durante esas horas la suficiente ambigüedad como para poder acomodarse a cualquier desenlace. Pero exactamente lo mismo puede decirse de Barère y del conjunto del Comité de Salud Pública. De hecho, así como Danton había emergido como el gran vencedor de la jornada del viernes, al lograr aplicar a través de Rousselin la presión suficiente para acabar definitivamente con la Comisión de los Doce, pero manteniendo el control de la situación en el seno de la Asamblea, el balance de la del domingo le convertirá en el principal derrotado de la



crisis junto a los líderes moderados. Hasta el punto de que el triunfo del golpe de Estado, al producirse de forma distinta a la que había previsto, terminaría volviéndose como un auténtico bumerán contra él y los suyos, pues en lo ocurrido el 2 de junio está la clave de su salida del Comité de Salud Pública un mes después; y por lo tanto el antecedente de su fatal destino como principal opositor al «Gran Comité» de Robespierre.

Por segunda vez en dos meses quedaba patente que sólo una alianza realista entre Danton y los llamados «girondinos» podía haberse opuesto con garantías de éxito a la coalición formada entre los jacobinos fieles a Robespierre y Marat y los radicales de la Comuna. El fracaso de las conversaciones de finales de marzo adquiría así una importancia decisiva. A primeros de abril los moderados habían sido incapaces de actuar con la suficiente cohesión y prudencia como para vencer la tentación de utilizar la traición de Dumouriez contra Danton. Ahora, cuando eran ellos los obligados a pagar esa factura —sin duda con menor motivo—, tampoco Danton y sus socios del Comité de Salud Pública habían tenido la fuerza y determinación necesarias para salvarles.

Con el desistimiento de Héroult ante Hanriot no sólo quedaba sellada la suerte de los líderes moderados, sino que también se abortaba el embrión de guerra civil engendrado en el seno de la Montaña. Danton, Barère y Cambon habían sido capaces de eliminar a los extremistas del Arzobispado, fundamentalmente porque en ese empeño habían coincidido con los Jacobinos, la Comuna y el Departamento. Sin embargo, para imponerse a la poderosa maquinaria coordinada desde la calle Saint-Honoré habrían necesitado el apoyo de una mayoría rotunda de la Convención y la capacidad de movilizar a los batallones de las secciones burguesas, a modo de una Guardia Nacional alternativa. Esta alianza habría requerido no sólo de una visión estratégica muy superior a la de la mayoría de los actores en liza, sino sobre todo de una disciplina parlamentaria en un grado inimaginable en un momento en el que, al considerarse oprobioso formar parte de una facción, todo coadyuvaba a que quien se impusiera por la fuerza pudiera ejercer el monopolio del poder y hasta encarnar el propio sistema revolucionario en régimen de partido único.



## ONCE

«Marat estaba triunfante y sonreía como el tigre que va a caer sobre su presa», recordaría Barère al observar la fisonomía de los diputados en el momento de regresar a la sala.<sup>[186]</sup> El gran zarpazo lo dio, sin embargo, Couthon, alzado como de costumbre en volandas hasta la tribuna. Era como si, realzando su impedimento físico, la Montaña quisiera rendir homenaje al inmovilismo fiel de quienes se habían quedado en sus asientos a pesar del clima emocional creado momentos antes. Las palabras del diputado inválido demostraron que el cinismo puede no tener límite alguno cuando se destila al servicio de la causa.

—Ciudadanos, todos los miembros de la Convención deben sentirse ahora reafirmados en su libertad. Habéis caminado hacia el pueblo. Por doquier lo habéis encontrado bueno, generoso e incapaz de atentar contra sus mandatarios, pero indignado contra los conspiradores que lo quieren esclavizar. Ahora que reconocéis, pues, que sois libres en vuestras deliberaciones, pido un decreto acusatorio contra los veintidós diputados denunciados. Teniendo en cuenta que la opinión está muy decantada contra ellos propongo que sean arrestados en sus domicilios, al igual que los miembros de la Comisión de los Doce y los ministros Clavière y Lebrun.

Lévasseur asegura en sus *Memorias*<sup>[187]</sup> que «mientras que Couthon reclamaba el decreto acusatorio, Vergniaud le escuchaba con una sonrisa de indignación», hasta que «le interrumpió con esta exclamación»:

—Dadle un vaso de sangre a Couthon, tiene sed.

«Nunca olvidaré estas palabras», dice Lévasseur, volviendo a asombrarse de que «ni el *Moniteur* ni ninguno de los periódicos del momento» las reprodujeran. En este caso difícilmente podrían haberlo hecho, puesto que Vergniaud no se encontraba en la sala en esos momentos. Pese a ello, muy notables historiadores, incluidos Jaurès y Soboul, las han dado por ciertas. Sólo caben dos hipótesis: o que las pronunciara la víspera durante su toma y daca con Couthon —pero eso no encaja con la actitud «arbitral» que entonces adoptó el inválido— o que al casar bien con los acontecimientos posteriores —*se non è vero, è ben trovato*— no fueran hijas de los reflejos oratorios de Vergniaud, sino de los remordimientos del propio Lévasseur.

Algunos diputados intentaron en vano que Hérault de Séchelles rindiera primero cuentas de su conversación con Hanriot. «El presidente era como una estatua», informará esa misma noche el observador jacobino Boissel a sus cofrades de la calle Saint-Honoré.<sup>[188]</sup> Las voces de protesta fueron acalladas por los improperios de las tribunas. Sólo cabía ya tratar del cierre de la lista de proscritos con sus correspondientes regateos y rebajas. La Montaña se convirtió en una lonja en la que se traficaba con carne humana.

Legendre, que algo sabía del oficio de tratante, exculpó a Boyer-Fonfrède y a Saint-Martin-Valogne, alegando que se habían opuesto dentro de la Comisión de los

Doce a las órdenes de detención dictadas contra Hébert y los demás. Marat, apoyado por Couthon, obtuvo al fin la exoneración de Dusaulx, Ducos y Lanthenas a cambio de la adición de Louvet y Dufriche-Valazé. Lévasseur de la Sarthe convenció a sus colegas de que, ya que habían ofrecido su renuncia voluntaria, Isnard y Fauchet no fueran arrestados, aunque tuvieran prohibido abandonar París.

Tal vez de forma irónica, Chabot defendió a Lanjuinais —«Joder, es un buen tipo»—, pero fue rebatido por otros *montagnards* que corearon un único estigma:

—¡Católico, católico, católico!<sup>[189]</sup>

Al cabo de todos estos ajustes Durand de Maillane leyó como dócil secretario el texto del ignominioso y cínico decreto que se sometía a votación. Cada nombre era jaleado por el público y caía como un baldón sobre la cámara.

—La Convención Nacional acuerda que los diputados cuyos nombres se citan a continuación serán arrestados en sus domicilios y quedarán protegidos por el pueblo francés, por la Convención Nacional y por la lealtad de los ciudadanos de París: Gensonné, Guadet, Brissot, Gorsas, Pétion, Vergniaud, Salle, Barbaroux, Chambon, Buzot, Birotteau, Lidon, Rabaut Saint-Étienne, Lasource, Lanjuinais, Grangeneuve, Lehardi, Lesage, Louvet, Valazé.

Eran la flor y nata del centro y la derecha de la Convención. Tras incluir también a «Clavière, ministro de Contribuciones Públicas», y a «Lebrun, ministro de Asuntos Extranjeros» —Danton no había podido ni siquiera salvar a su protegido—, el decreto mencionaba a un segundo grupo de diputados:

—A estos nombres hay que añadir los de los miembros de la Comisión de los Doce, con excepción de los que han sido contrarios a sus órdenes de detención. Los nombres son: Kervelegan, Gardien, Rabaut Saint-Étienne —el clérigo protestante tenía que ser pues arrestado por partida doble—, Boilleau, Bertrand, Viger, Mollevaut, Henry-Larivière, Gomaire y Bergoeing.

En total veintinueve diputados y los dos ministros. Lo que quedaba del centro y la derecha pidió en vano la votación nominal. El decreto se dio enseguida por aprobado, aunque una parte de los presentes protestó airadamente indicando que no había sido debatido e incluso que ni siquiera había sido sometido a votación. Según Meillan, «dos tercios de los diputados fueron meros espectadores, dejando que el decreto lo aprobaran los *montagnards*, apoyados en un gran número de extraños situados, como el 27 de mayo, en los bancos de los legisladores cuyas funciones usurpaban».<sup>[190]</sup>

Las muestras de indignación quedaron engullidas por el júbilo del público y diluidas en el alivio de muchos otros diputados que veían como al menos la crisis había llegado a su fin. La cobardía siempre encontraba sus coartadas. «Yo escuché decir a mi lado —recordaría Meillan— que después de todo los proscritos no podían quejarse por ser obligados a permanecer apaciblemente en sus casas, que estarían seguros, que el pueblo lo quería así y que más valía un pequeño mal que exponerse a grandes desgracias».

Durand de Maillane, líder mudo de la Planicie y profesional de la supervivencia,

fue acusado luego de haber falsificado el acta de la sesión dando por aprobado el decreto y omitiendo las circunstancias de tan estrafalario sucedáneo de votación. En sus *Memorias* viene a reconocer que su sentido de la prudencia pudo más que su obligación como fedatario de la cámara: «Apenas aprobado el decreto, un gran número de diputados vinieron a mi mesa a dirigirme, como redactor del acta, reclamaciones y protestas contra la violencia ejercida en la Asamblea y contra los decretos absolutamente nulos, según ellos, porque no habían sido libres. Todos firmaron su protesta sobre una hoja volante que yo recogí. Pero esta iniciativa no tuvo ninguna consecuencia, lo que satisfizo a un buen número de estos firmantes que, viendo cómo el partido de Robespierre adquiría cada día más fuerza y consistencia, me rogaron que quemara la hoja en la que estaban sus firmas».<sup>[191]</sup>

La función tocaba a su fin. Tres miembros del Comité Revolucionario en su última versión reducida —Loys, Langier y Dunouy— acudieron con una carta que fue leída de inmediato. Suponía el certificado de que los sitiadores se habían dado por fin por satisfechos tras la rendición de los sitiados: «Ciudadano presidente, el pueblo entero del Departamento de París nos encarga decirnos que el decreto que acabáis de aprobar supone la salvación de la República. Venimos a ofrecer el constituirnos como rehenes, en número igual al de los diputados sometidos a arresto, para responder a toda Francia de su seguridad».

Mortimer-Ternaux comentará con estupefacción su iniciativa: «Tres individuos sin nombre, sin valor, sin consistencia, se las daban de representantes del pueblo de París y se ofrecían como rehenes para responder de la vida de los miembros más ilustres de la Convención».<sup>[192]</sup> Esta reedición de la vieja idea ya esbozada por Danton y reproducida en el segundo punto del pliego de exigencias presentado el viernes por la Comuna fue acogida de manera diferente por los dos únicos diputados afectados por la medida que seguían presentes. Barbaroux habló primero con gran emotividad:

—De igual manera que no he necesitado bayonetas para expresar mis valerosas opiniones, no necesito rehenes para garantizar mi vida. Me pongo confiadamente en manos del pueblo de París. Mis rehenes son mi conciencia y la virtud del pueblo.

Un espontáneo aplauso brotó de las tribunas mientras Lanjuinais hacía un planteamiento de mayor calado político:

—Yo no pido rehenes para mí porque hace tiempo que he sacrificado mi vida para impedir que estalle la guerra civil y mantener la unidad de la República.

Como si una vez consumada su purga, la Convención hubiera adquirido nuevo vigor y estuviera en mejores condiciones de cumplir con su principal obligación, Thuriot tuvo la desfachatez de someter una última propuesta a votación:

—Propongo que se decrete que a partir del lunes nos ocupemos todos los días de la Constitución desde el mediodía hasta las seis de la tarde.

Acordado lo cual, se levantó la sesión pasadas las diez de la noche. La Montaña no encontró ningún obstáculo para salir, pero los miembros de la Planicie

comprobaron que la puerta que les era más accesible seguía bloqueada. Reclamaron ante Mallarmé, que había vuelto en el último momento al sillón presidencial, pero él se llamó andana fingiendo que seguía enfrascado en ordenar algunos papeles. Entonces un ujier reveló ingenuamente que habían ido a la Comuna a buscar el permiso para dejarles salir y que llegaría en breve. Al cabo de un cuarto de hora los representantes del pueblo quedaron en libertad. Entre tanto, en los Campos Elíseos «los ineptos instrumentos de esta violencia»<sup>[193]</sup> desfilaban celebrando su triunfo.

## DOCE

Los reclusos en el piso de la calle Des Moulins habían ido recibiendo las dosis de malas noticias de forma acumulativa y creciente a lo largo de la tarde. Si Gorsas les había disuadido de regresar a la Convención, el siguiente mensajero fue Rabaut Pommier, hermano de Rabaut Saint-Étienne, que irrumpió jadeando y presa del pánico justo cuando empezaban a redactar una declaración dirigida al pueblo francés.

—¡La Convención ya no existe! Han invadido la sala, se han apoderado de los diputados. ¡Sálvese el que pueda!

La información era exagerada o al menos inexacta, pero la mayoría de los presentes la tomó al pie de la letra y, dejando de lado su manifiesto, optaron por emprender la huida. «Sólo tuvimos tiempo de decirnos: “Busquemos de prisa donde escondernos”. Y todos nos marchamos», recordará Pétion.<sup>[194]</sup> Fue la desbandada de quienes nunca habían formado ni siquiera una banda.

Gorsas asegura que fue el último en salir y que se dirigía a su domicilio de la calle Tiquetonne cuando en sus inmediaciones le salió al paso un amigo: «Huid, vuestra casa está siendo saqueada. En este momento se llevan a vuestro sobrino a la alcaldía y los canallas piden vuestra cabeza con grandes gritos». Según supo después, «sesenta sicarios armados de pistolas y de sables» bajo la dirección de «un hombre con echarpe» habían reproducido el asalto del 10 de marzo tanto en sus talleres como en la propia vivienda. Su mujer se había desmayado cuando vio que sacaban de la cama a su hija, convaleciente de unas quemaduras en las piernas.<sup>[195]</sup>

El propio Pétion huyó con Guadet y juntos intentaron cruzar las barreras para salir de París, pero al ver que estaban muy vigiladas se refugiaron en un granero y pasaron la noche errando de un sitio para otro. Aún de madrugada, tras intentar saltar en vano el muro que cercaba París, fueron reconocidos y conducidos al Ayuntamiento. «Entré pues como un reo a esta casa a la que tantas veces había llegado entre las aclamaciones del pueblo», escribirá Pétion. Pero lo que más impresión le causó no fue eso, sino la escena que contemplaron al ser conducidos a la Sala de la Reina, donde había instalado su sede el Comité Central Revolucionario. No es una descripción imparcial, pero se trata del único testimonio ocular sobre la tipología de quienes durante tres días se habían convertido en el gobierno *de facto* de Francia: «Los miembros de este comité inquisitorial roncaban, los unos extendidos sobre los bancos, los otros con los codos apoyados sobre la mesa. Unos iban descalzos, otros llevaban zapatillas. Casi todos iban mal vestidos, desaseados, completamente desabrochados, con los cabellos erizados, los rostros espantosos. Llevaban pistolas en el cinturón y sables y echarpes en bandolera. Había botellas tiradas por aquí y por allá, trozos de pan, restos de carne, huesos esparcidos por el suelo. El olor era infecto».<sup>[196]</sup> Al cabo de un rato apareció Pache, quien les dispensó todo tipo de «zalamerías» como si fuera ajeno a lo acordado contra ellos. Desde allí fueron

enviados a sus casas, donde quedaron bajo la vigilancia de sendos gendarmes.

Mejor suerte corrieron Brissot, Louvet o Buzot,<sup>[197]</sup> que lograron esconderse en domicilios de familiares o amigos a la espera del momento oportuno para salir de París. El diputado de Évreux portaba consigo las cartas de *madame* Roland y un camafeo con su retrato. «Pobre Buzot, llevaba en el fondo del corazón desdichas muy amargas que sólo yo conocía y que no debo revelar», escribiría Louvet, dando a entender que le había hecho depositario de su secreto.<sup>[198]</sup>

Al menos uno de los reunidos en la calle Des Moulins permaneció allí en medio de la desbandada. Meillan cuenta que cuando llegó a su casa por la noche se encontró a Gensonné y observó que conservaba una gran presencia de ánimo. Si el 10 de marzo había sido el primero en ponerse a salvo tratando de preservar la dignidad de la presidencia de la Convención, parecía como si ahora, que no era sino un diputado más,<sup>[199]</sup> quisiera dar un testimonio compensatorio de su serenidad y arrojo. De hecho había escrito a primera hora de la tarde una emocionante carta a sus electores, con todos los visos del testamento político de un patricio romano resignado a su destino:

«Yo, Armand Gensonné, representante del pueblo francés, convencido el 2 de junio de 1793 a las tres horas de la tarde de que voy a ser víctima de las conspiraciones que se traman contra la libertad de la República por parte de una facción a la que no he dejado de combatir con todos mis esfuerzos [...].

»Considerando que en el momento mismo en que trazo a toda prisa estas líneas tengo motivos para creer que la Convención Nacional va a ser obligada a ordenar mi arresto [...] y que puedo esperar convertirme dentro de pocos instantes en víctima de un movimiento popular o de un asesinato pretendidamente jurídico [...].

»Declaro a los ciudadanos de mi departamento y a toda Francia que bendeciré la suerte que me espera si mi muerte puede ser útil para el establecimiento de la República y para la felicidad del pueblo francés [...].

»Resignado a todo, seguro de mi conciencia, abrazo en mi pensamiento a todos mis queridos conciudadanos, a todos los amigos de la libertad y de la República Francesa y, sellándolo con mi sangre, bajo los puñales de los conspiradores y bajo el hacha de los facciosos, mi último suspiro será para mi patria y mi boca no se cerrará sino expresando el más ardiente de mis deseos. ¡Viva la República!». <sup>[200]</sup>

Meillan le ofreció que se quedara a pasar la noche, pero Gensonné rehusó:

—No, amigo mío, quiero volver a mi casa a esperar mi suerte.

Le pidió, eso sí, que le acompañara «para estar menos expuesto a los insultos de los alborotadores». Meillan comprobó *in situ* cómo el gendarme asignado a vigilar a su amigo era «un antiguo soldado de la Guardia Suiza al que Brissot y el propio Gensonné habían salvado la vida el 10 de agosto». <sup>[201]</sup> ¡Lo fácil que le habría sido «ganarlo para la causa» y emprender la huida como hicieron otros!, viene a decir el diputado de Bayona al recordar la determinación de su amigo a asumir lo que el destino le deparase.

Esa misma fue la pauta de conducta de Barbaroux, quien sabiendo a su madre a

salvo, volvió al Hôtel de Bourgogne para acatar de momento su arresto. Valazé o Vergniaud hicieron lo propio en sus respectivas viviendas. El diputado de Burdeos escribió esa misma noche una carta a Mallarmé como presidente de la Convención en la que le comunicaba que había decidido someterse al arresto domiciliario, pero que si hubiera estado presente cuando se debatió la renuncia voluntaria, él no habría accedido a ella porque no habría sido aceptada en su departamento. Es por lo tanto la prueba definitiva de que Vergniaud no estaba en la sala cuando Couthon pidió el decreto acusatorio y no pudo pronunciar, al menos en ese momento, la melodramática frase que tan nítidamente dice recordar Lévasseur.

«Dentro de algún tiempo París se sorprenderá de que se la haya mantenido tres días bajo las armas para asediar a algunos individuos cuyo único medio de defensa frente a sus enemigos era la pureza de sus conciencias», añadía Vergniaud desde su perpetua ingenuidad.<sup>[202]</sup> En sus oídos debía de resonar la advertencia de un amigo que se había ofrecido a esconderle hasta que pudiera salir de París y tal vez de Francia:

—En estos tiempos de Revolución no hay mayores culpables que los que sucumben.<sup>[203]</sup>

Sin embargo, según Baudot a esta o a otra proposición similar Vergniaud había respondido con una pregunta:

—Si yo huyera, ¿acaso me podría llevar a mi patria bajo la suela de mis zapatos?<sup>[204]</sup>



## TRECE

El barco de la Revolución, que tantas veces había surcado los océanos del idealismo y la fe en un mundo mejor, y tantas otras había sido azotado por las tempestades más frenéticas, reflejadas en los apasionados discursos, plagados de metáforas náuticas, de los principales oradores de la Convención, acababa de estrellarse contra el acantilado de una emergente dictadura de nuevo cuño, camuflada aún en medio de la bruma. Ni el «ancla de las propiedades» ni menos aún «la de la moral pública», a las que se había aferrado Barère tras los pillajes de febrero, habían bastado para sujetar el buque, «mal gobernado por nuestros odios recíprocos», según el dictamen de Vergniaud en abril.

Apenas diez meses después del derrocamiento de la Monarquía por la fuerza, apenas cinco meses después de la ruptura simbólica y material con el Antiguo Régimen mediante la ejecución del rey, la representación nacional había sido mutilada, igualmente por la fuerza. Había ocurrido sin derramamiento de sangre —a la hora de la verdad esta vez nadie defendió las Tullerías—, pero a través del mismo procedimiento insurreccional empleado para establecer la República, haciendo caso omiso a la voluntad general expresada en las urnas.

El episodio fundacional que, por imperfectas que hubieran sido, representaban las primeras elecciones democráticas realizadas a través del sufragio universal masculino en una de las principales naciones del mundo quedaba así desnaturalizado y en cierto modo extinguido. Al menos la fuente de legitimación que para un régimen nacido del impulso revolucionario suponía la expresión de la soberanía popular a través de la representación parlamentaria quedaba irreversiblemente obturada. A partir de ahí, como ha escrito François Furet, «la Revolución ya no desembocaba en la ley».<sup>[205]</sup> Saturno abría sus fauces. El «sacramento inverso» en el calvario de la guillotina enunciado por Robespierre —«Luis debe morir para que la patria viva»— comenzaba a fagocitar a sus propios sacerdotes.

Es cierto que los veintinueve diputados excluidos y arrestados apenas constituían el 3 por ciento de los elegidos para la Convención, pero al margen de su propia significación individual como líderes morales de lo que hasta ese momento había sido la magmática mayoría de la cámara, lo esencial era que la revocación *de facto* de su mandato y la violencia ejercida sobre sus personas no era la consecuencia de un procedimiento legal, sino el resultado de la coacción militar impuesta a la Asamblea por parte de quienes, en el mejor de los casos, podían arrogarse la representación de una pequeña parte de la República. El fruto del primer golpe de Estado de la historia contra un parlamento democrático.

Ocho de esos veintiocho diputados depurados pasarían por la guillotina el 31 de octubre junto con otros doce más, añadidos en distintas fases a la lista. Los cuñados Ducos y Boyer-Fonfrède acompañarían a su admirado Vergniaud al cadalso. El

cadáver de Valazé también viajaría en una de las carretas, después de que el anfitrión de aquellas veladas que tanto soliviantaban a los Jacobinos se clavara un cuchillo en el corazón al escuchar el veredicto. Otros seis de los diputados contra los que se dictó orden de arresto esa noche, así como el ministro Lebrun, subirían igualmente al patíbulo en París o Burdeos en fechas sucesivas. Lidon —el «hombre de los dientes más bellos del mundo»— y el ministro Clavière se suicidarían. Chambon sería linchado por la turba en su pueblo natal del Departamento de la Corrèze. El ardiente Barbaroux, el altivo Pétion y el intenso y combativo Buzot, destrozado por la ejecución de su amada, encontrarían la muerte huyendo campo a través en las cercanías de Saint-Émilion, probablemente de su propia mano, o tal vez por el ataque de las fieras salvajes que devoraron parcialmente sus cadáveres.

Sí, pronto quedaría patente que, hubiera o no pronunciado Vergniaud la frase estremecedora que le atribuye Lévasseur, era cierto que el inválido Couthon y otros colegas suyos que se creyeron ungidos de la potestad divina de disponer sobre la vida y la muerte, como Robespierre, Saint-Just, Collot d'Herbois o Billaud-Varenne, «tenían sed», mucha sed.<sup>[206]</sup> Sólo Lanjuinais, Louvet y Bergoeing vivirían para contarlo por escrito, y seis más para transmitir de palabra sus recuerdos a sus descendientes.<sup>[207]</sup>

Si en abril habían empezado a ser «girondinos» por estar en la lista, y no a la inversa, fue ese hermanamiento en la proscripción, la persecución y la tragedia lo que terminó por forjar retrospectivamente una identidad común para hombres de ideas más o menos similares que habían sido incapaces de actuar con continuidad de forma concertada. La enésima prueba de que ni siquiera sus adversarios les atribuían la identidad compacta con que pasaron a la historia la encontramos en la carta que Monestier, diputado *montagnard* por el Departamento del Puy-de-Dôme, dirigió a los jacobinos de Clermont-Ferrand el 4 de junio. Lo más significativo era el balance de lo que para él había sido una «insurrección legal»: «La lucha ha cesado así entre el Marais y la Montaña, y la ley ha caído definitivamente sobre el Marais».<sup>[208]</sup> No sólo no se refería para nada al imaginario partido girondino, sino que identificaba a los detenidos con el magmático Marais, con ese heterogéneo Pantano que subsumía a todo aquel que no era *montagnard*. Es decir, con la gran mayoría de la Convención.

Al final la mayor imputación que podrá formular Mathiez contra los arrestados es que «impedían el funcionamiento de la dictadura revolucionaria»,<sup>[209]</sup> y el único corolario apropiado a sus palabras es que lo hicieron de forma manifiestamente ineficaz. Thiers los verá «errantes de proyecto en proyecto» y les criticará por «comprometer la propia moderación al defenderla con acritud», pero no podrá evitar añadir: «¿Quién no desearía haber cumplido su papel? ¿Quién no querría haber cometido sus faltas?».<sup>[210]</sup>

Alguien tan poco dado a la exaltación romántica como Jaurès los describe como «jóvenes dioses, moviéndose sin obstáculo en los intervalos de mundos poco resistentes». También admite que «no conocían ninguna disciplina política».<sup>[211]</sup> Es el

diagnóstico coincidente de otro intelectual de izquierdas como Paolo Viola, que desde una perspectiva mucho más reciente admite que «la falta de unidad entre el personal moderado de las secciones y los dirigentes del lado derecho de la Convención, su incapacidad en suma de constituir un partido, aunque fuera de la forma fluida de los *montagnards* y sus aliados de las secciones, fue una de las principales causas de su perdición».<sup>[212]</sup>

Los «girondinos» habían vivido y en gran medida protagonizado las distintas fases de la Revolución y habían saboreado de forma parcial y efímera las mieles del poder; pero no habían sido capaces de entender que la esencia de la democracia está en el establecimiento de sus límites mediante leyes aplicadas a través del monopolio en el ejercicio de la fuerza; y, por ende, no habían llegado ni siquiera a darse cuenta de que la tarea histórica que les correspondía era organizar, con firmeza y constancia, la moderación política que anhelaba la gran mayoría de la burguesía francesa. Tal y como había explicado la *Feuille du Matin*, se parecían a los médicos del faraón, que «habían sido capaces de transformar las barras de pan en serpientes, pero no habían logrado transformar las serpientes en barras de pan».<sup>[213]</sup>

Basta leer las *Memorias* en las que el activo Meillan sostiene que «la única forma de someter a la facción habría sido asesinandola» y que «aunque eso no habría sido difícil porque todo París estaba tan cansado como nosotros de su yugo», el problema fue que «no teníamos ni la ciencia ni el gusto por las insurrecciones»,<sup>[214]</sup> para darse cuenta de que muchos de ellos ni siquiera llegaron a comprender lo fuerte que puede ser una mayoría parlamentaria resuelta a actuar como tal. Esa falta de sentido de su propio lugar en el espacio, aviniéndose a atribuir a conspiraciones aristocráticas y monárquicas las reiteradas expresiones del nuevo tipo de dictadura que engendraba la concepción integrista y patrimonial de la Revolución desarrollada desde los Jacobinos, fue su perdición.

Al asumir las tesis de sus adversarios sobre la unidad de acción —y sobre todo de pensamiento: «el dogma común»—<sup>[215]</sup> como requisito para preservar el régimen revolucionario amenazado, ellos mismos allanaron el camino que había de conducirles a la tumba. Como un combatiente sonado que se limita a reproducir sin fuerza los golpes de quien le machaca, ellos también denunciaban a la «facción» enemiga, en lugar de reconocer la lógica de su existencia, vertebrar el pluralismo y servir de cauce a la expresión de la mayoría social que representaban. En definitiva, es probable que si el «partido girondino» hubiera existido y actuado como tal, ni sus supuestos miembros habrían perecido ni la democracia habría naufragado.

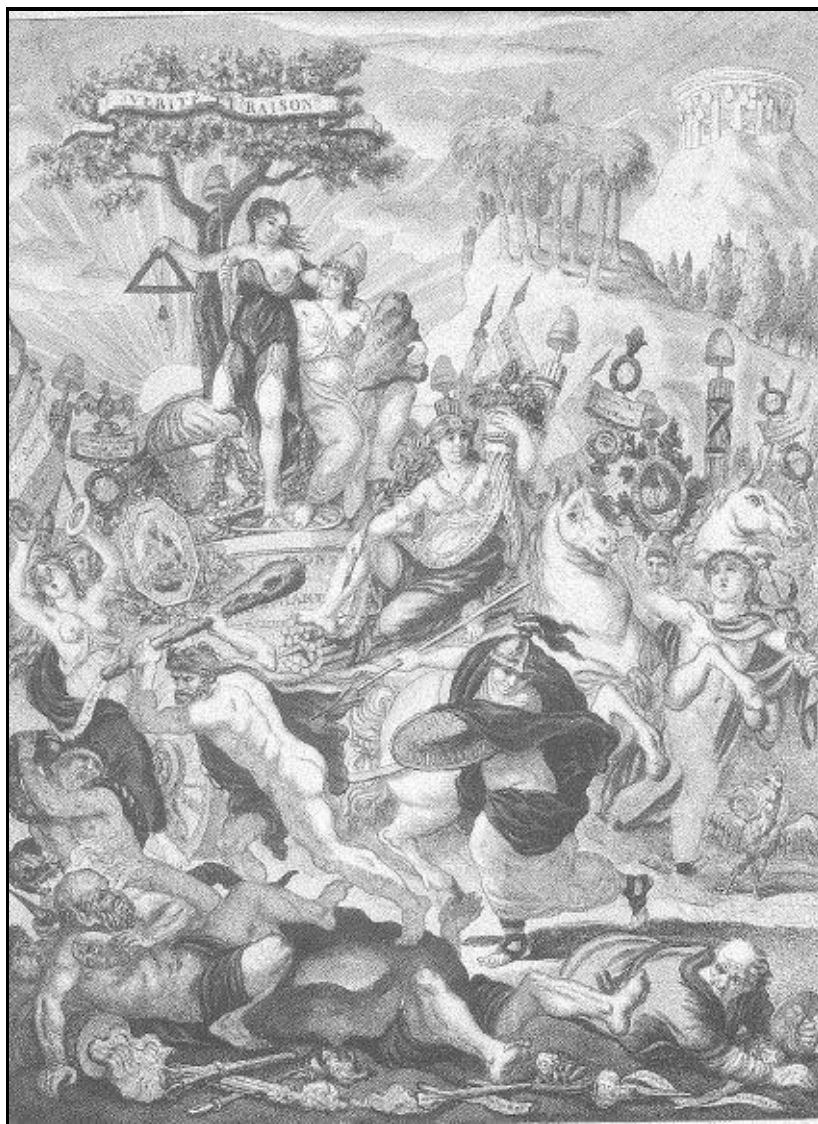
## CATORCE

Entre los restantes diputados hubo rendiciones más dignas que otras. Setenta y cinco firmaron en los días posteriores al golpe de Estado una protesta por la detención de sus colegas, poniéndose así en el punto de mira tanto de los activistas jacobinos como de los historiadores maniqueos. Más de un centenar dejaron de asistir de repente a las sesiones. Entre los que permanecieron dóciles, muchos se convirtieron en «figurantes mudos». El paradigma de todos ellos sería Durand de Mailland, que optó según sus propias palabras por «quedar al margen bajo la égida de mi silencio y de mi nulidad», lamentando tan sólo no ser invisible.<sup>[216]</sup> Otros alcanzarían pronto en cambio la condición de «maniqués homicidas».<sup>[217]</sup> En todo caso fue la Convención en su conjunto la que quedó convertida en un mero instrumento —la «máquina de decretos» augurada por Brissot— al servicio del grupo que había logrado hacerse con el poder por la fuerza. De hecho lo que no había sido posible en ocho meses se consiguió en tres semanas, y la nueva Constitución, elaborada a uña de caballo por Couthon, Saint-Just, Héroult de Séchelles y dos diputados comparsas,<sup>[218]</sup> se aprobó el 24 de junio, con una «Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano» muy parecida a la de Robespierre como preámbulo.

Como diría apologeticamente Esquiros, «la Montaña era ya el Sinaí de la ley nueva, terrible y tronante, rodeada de relámpagos, con un pueblo prosternado a sus pies y Dios en la cima».<sup>[219]</sup> El Incorruptible había desempeñado el papel de Moisés recogiendo las tablas de la ley y guiando al pueblo elegido —los jacobinos— durante la travesía del desierto que había precedido a la caída de las murallas de la Jericó «girondina» y la toma del poder. Significativamente esa nueva Constitución nunca entraría en vigor, al quedar primero en suspenso hasta que se alcanzara la paz y olvidada para siempre cuando el 10 de octubre se decretó el autodenominado Gobierno Revolucionario que llevaría el Terror hasta su paroxismo.

En ese Gobierno Revolucionario no habría lugar, por supuesto, para ninguno de los miembros del Comité del Arzobispado, ni siquiera en sus edulcoradas versiones posteriores. De hecho el propio lunes 3 de junio se fragó un acuerdo entre la Comuna y el Comité de Salud Pública para que el órgano que había coordinado la insurrección depusiera sus poderes y se disolviera,<sup>[220]</sup> a cambio de que la Convención aportara el dinero necesario para pagar las 2 libras diarias prometidas a los sublevados sin posibles. Es evidente que los asignados de 5 libras repartidos anárquicamente sobre el terreno el domingo por la tarde no contaban a estos efectos, sino que terminaron convirtiéndose en una especie de propina anticipada o sobresueldo.





*El triunfo de la Montaña, Sinaí de «la Verdad y la Razón». Grabado de Leleu, Museo Carnavalet, París.*

El acta de esa reunión a la que asistieron ocho de los nueve miembros del Comité de Salud Pública, encabezados por Danton, Barère y Cambon, el alcalde de París, «dos miembros del Comité Revolucionario» y «el adjunto al comandante general» — se supone que Hassenfratz—, incluye la hipócrita versión oficial de lo sucedido. Según ese anticipo de la neolengua imaginada por Orwell casi siglo y medio después, el «acercamiento» de hombres armados al Palacio Nacional se había debido a un «movimiento irresistible» mediante el cual «el pueblo quería expresar sus sentimientos a sus representantes». También aclaraba que «si los ciudadanos han pedido a los diputados que querían salir durante la sesión que permanecieran en sus puestos, eso no debe ser atribuido sino al deseo de todos de concluir con el estado de incertidumbre en el que se vivía».<sup>[221]</sup>

El texto precisaba que «los depositarios provisionales del poder insurreccional» iban a «deponer su autoridad y cesar inmediatamente en todas sus funciones». La documentación parcial de que se dispone sobre la liquidación de la deuda contraída es el mejor indicio de la dimensión e implantación geográfica de la insurrección que

propició el golpe de Estado. Veintiocho secciones incluyeron en sus listas a 22.103 militantes y recibieron pagos por valor de 120.261 libras.<sup>[222]</sup> Destaca la aportación de las tres secciones del *faubourg* Saint-Antoine —Quinze-Vingts, Popincourt y Montreuil— con casi 6000 insurrectos a sueldo, sobre todo si se la compara con los 59 de la Sección de Quatre-Vingt-Douze o los 13 de la del Pont Neuf.

Aunque, como se ve, no todas atendieron por igual el llamamiento a la sublevación, la proyección de estos datos sobre las cuarenta y ocho secciones arrojaría un número de algo menos de 38.000 militantes a sueldo en armas. Es imposible saber cuántos burgueses u obreros con posibles también participaron, pero cualquier cifra final entre 60.000 y 80.000 personas movilizadas resulta muy verosímil, si bien no todas habrían cercado la Convención al mismo tiempo. En todo caso existe un dato que se podría considerar como «oficial», en la medida en que fue facilitado por el hombre bajo cuyo mando se había efectuado la movilización, es decir, por el propio Hanriot, en el transcurso de una vehemente arenga que soltó ese mismo lunes día de 3 de junio en el Club de los Jacobinos:

—¡Ciudadanos, ayer habéis desplegado la más memorable de las energías! ¡Todos habéis sido Brutos y Scaevolas!<sup>[223]</sup> La jornada de ayer os ha dado una idea muy amplia del espíritu del pueblo. No tengáis miedo, jacobinos, habéis tenido con vosotros a cerca de 47.000 *sans-culottes*. ¡No hay que aflojar, este es un combate a muerte entre la Montaña y los sapos del Pantano!

Al margen de que Hanriot no parecía contentarse con la detención de los veintiocho diputados y los dos ministros —a los que también él vinculaba al Marais, sin mencionar a la Gironda—, su impresionante cifra, a la que habría que añadir los miles de burgueses en armas, le creaba al club de la calle Saint-Honoré un problema de concordancia que sus más perspicaces miembros no pudieron dejar de notar. Resultaba que la sesión había comenzado esa noche en medio de una gran euforia por lo obtenido la víspera, pero también con una denuncia concreta de un afiliado de base.<sup>[224]</sup>

—En las circunstancias en las que nos encontramos es importante que los ciudadanos destruyan la calumnia. Leo en *Le Journal des Lois*, redactado por Osselin: «Sitio de la Convención por la fuerza armada de París». ¡¿Cómo es posible?! Mientras que la Montaña ha reconocido que era perfectamente libre en sus deliberaciones, un miembro de la Montaña se atreve a imprimir lo contrario. Pido que el ciudadano Osselin sea obligado a retractarse de esta afirmación calumniosa y que sea borrado de la lista de miembros de esta sociedad.

La asamblea había aplaudido y apoyado la primera parte de la propuesta y convocado a Osselin, que además de diputado por París era miembro del Comité de Seguridad General, para que se explicase y desdijese —alegraría que el impresor había puesto ese título por su cuenta—,<sup>[225]</sup> pero si la Convención no había sido sitiada, ¿qué habían hecho todo el día los «47.000 *sans-culottes*» que acompañaban a Hanriot mientras se paseaba por las inmediaciones? Al margen de que ya se veía venir que

Osselin terminaría mal,<sup>[226]</sup> pocas veces quedó tan en evidencia que los Jacobinos no sólo querían conquistar el poder, sino también reescribir la historia. No en balde alguien tan significado dentro del pensamiento marxista como Gramsci explicaría que «fueron el único partido de la Revolución» porque representaban no sólo «las aspiraciones inmediatas» de los sectores en los que se apoyaban, sino también «las necesidades futuras del conjunto de la nación que debía unirse al grupo fundamental».<sup>[227]</sup>

Esa sesión del día siguiente al triunfo del golpe de Estado en el club de la calle Saint-Honoré resultó doblemente memorable no sólo por el clima de júbilo y celebración que la envolvía —no en vano ese recinto había sido el útero en el que se había gestado la sublevación—, sino porque su transcurso terminó reflejando toda una panoplia de los mitos, recetas y estrategias con que el bando vencedor pretendía encauzar la Revolución. Así, varios oradores, incluido el diputado y exsacerdote Châles,<sup>[228]</sup> coincidieron en que la nueva prioridad era «reorganizar por entero los comités de la Convención». Pronto quedó claro que bajo esta fórmula alentaba el deseo de eliminar a los moderados de segundo nivel de sus últimas plataformas de poder, ajustar cuentas con Danton y poner en las manos más seguras posibles el Comité de Salud Pública.

Todo eso sucedió durante el mes de julio. El día 10 la Convención entregó el poder ejecutivo al ala dura de la Montaña, renovando por completo el comité, con la excepción del ubicuo Barère y del organizador del Tribunal Revolucionario, Robert Lindet. Quedaba fuera Danton, refugiado ya en su segundo matrimonio con la adolescente Louise Gely —Robespierre le acusaría de haber dicho que no había «virtud más sólida» que la que «practicaba todas las noches» con ella—,<sup>[229]</sup> y quedaba fuera Cambon, abriéndose así la brecha entre política y economía que sería uno de los detonantes del golpe de Thermidor.

Couthon y el joven Saint-Just se convertían en los nuevos hombres fuertes de la situación. Junto a ellos el ardiente Jeanbon Saint-André, el tenaz Thuriot y el oportunista Héroult de Séchelles recibían su recompensa por la labor de acoso y derribo realizada contra los moderados durante las sesiones clave de la Convención. El hombre que denunció en enero los supuestos tratos de Vergniaud con la corte, Gasparin, y el incansable organizador militar, Prieur de la Marne, completaban el elenco.

Junto a los indicios de cómo iba a consumarse la conquista del poder, esa rica sesión del Club de los Jacobinos del 3 de junio también aportó una actualización de sus elementos doctrinales por boca de Chabot:

—Es preciso hacer nuestra profesión de fe. Queremos que todos los ciudadanos a los que se califica de *sans-culottes* gocen de bienestar y desahogo. Queremos que esta clase útil sea ayudada por los ricos en proporción a sus capacidades. No queremos violar las propiedades. ¿Pero cuál es la propiedad más sagrada? La de la existencia. Queremos que se respete esta propiedad y que se dé pan a todos los desgraciados. Si



los ricos no quieren compartir las ventajas de la Revolución, entonces dejan de ser miembros de la gran familia; ya no son propietarios.

Aunque la política jacobina se quedaría muy corta respecto a las expectativas de los *enragés*, se consumaba así, siquiera fuera en el plano declarativo, el giro social de una institución que durante las primeras fases de la Revolución había sido el punto de encuentro de aristócratas, comerciantes y profesionales de éxito; y que incluso cuando los *sans-culottes* habían servido de fuerza de choque, había prestado una muy limitada atención a su agenda social. Entre el desdén de Robespierre a propósito de los disturbios de febrero a cuenta de aquellas «miserables mercancías» saqueadas y esta nueva sensibilidad hacia la redistribución de la riqueza y la fijación de precios máximos mediaba un importante trecho, recorrido en poco más de tres meses. Lo cual no sería óbice —más bien todo lo contrario— para que en las próximas semanas se afanzara entre los parisinos la «miseria negra», ese «primer círculo del infierno» según Taine,<sup>[230]</sup> que serviría de prelude al apogeo del Terror.

Ni que decir tiene que la intervención de Chabot fue aplaudidísima por un público entregado que representaba la base sociológica del poder emergente. En ese abigarrado gentío destacaba, por razones obvias, un grupo de hombres de color que pronto desfilaría en la sala, al son de una música guerrera, con el pomposo rango de «Batallón de las Colonias». Era una representación de los negros y mulatos procedentes de Haití que se habían organizado en París a través de la llamada *Société des Citoyens* y se mantenían fieles a la República pese a la sublevación de Toissant l'Ouverture apoyada por británicos y españoles.<sup>[231]</sup> Llevaban un estandarte con la inscripción «Nuestra unión será nuestra fuerza», en el que sobre los colores azul, blanco y rojo de la enseña republicana aparecían respectivamente un negro, un blanco y un mestizo blandiendo sendas picas. Pero la principal arma de esa delegación era una anciana de piel apergaminada, natural de Puerto Príncipe, llamada Jeanne Odo, que fue alzada hasta la tribuna mientras el portavoz del grupo hacía de introductor de embajadores.

—Ciudadanos, os presento a nuestros valientes franceses de las colonias. Quieren llevar el nombre de jacobinos que ya está grabado en su corazón. Os presento a una chica de ciento catorce años.

La mención de tan elevada edad, broma incorporada, provocó una oleada de asombro no exenta de incredulidad. ¡Menuda «chica»! ¿Cómo podía acreditarse que en efecto esa mujer había nacido en 1679, en pleno reinado de Luis XIV, cuando la casa de Austria aún ocupaba el trono de España? El recelo derivó en entusiasmo cuando el orador explicó el motivo de su presencia.

—Esta venerable madre sólo quiere morir siendo republicana. Viene a prestar su juramento cívico entre los patriotas.

El presidente, a la sazón Bourdon de l'Oise, felicitó al portavoz:

—Acabáis de realizar dos acciones infinitamente loables. Habéis probado a la vez vuestro amor por la libertad y vuestro respeto hacia la vejez.

Maure, el habitual porteador de Couthon en la Convención, añadió una reflexión similar:

—Es un día glorioso para nosotros el de la reunión de los negros y los blancos. Se verá que los franceses no valoran a los hombres por su color, sino por sus sentimientos.

Sin embargo, el portavoz de la delegación haitiana no podía compartir ese optimismo:

—Francia se ha sacudido desde hace cuatro años el yugo del despotismo. Pronto el universo estará emancipado, pero el negro gemirá eternamente en las tinieblas del despotismo. Yo hablo en nombre de un gran pueblo. Me ha enviado para declararos que quiere ser libre.

Entre la creciente simpatía de la tribu jacobina, Bourdon de l'Oise trató de borrar el fatalismo impregnado en sus augurios con una enfática proclama:

—Anheláis la libertad en la Zona Tórrida. Habéis dicho que regáis con vuestras lágrimas ese suelo de servidumbre. Puesto que habéis reclamado el apoyo de una sociedad que ama la libertad, vosotros conseguiréis ser libres.

En medio de entusiastas aplausos el diputado *montagnard* fue dando el beso fraternal a los miembros de la delegación. Las paredes de la vieja iglesia temblaban de emoción cuando lo hizo con la anciana de ciento catorce años. De repente, aquella figura arrugada de color azabache a la que los grabados de la época representarían con un tocado y un vestido blancos,<sup>[232]</sup> apareció ante los congregados como la representación viva de la humanidad doliente, de ese legado de siglos de desdicha y servidumbre impuestos por los opresores a los oprimidos. También como el recordatorio de la misión emancipadora que la Revolución debía emprender a escala universal. Y como la prueba de que era allí, en el templo de la calle Saint-Honoré, donde se alumbraba, al fin, la salvación del mundo.

A la luz de los hachones que crepitaban entre los desconchados e iluminaban los rostros extasiados de los creyentes, surgieron dos propuestas concretas para aprovechar la magia del momento. La primera fue de Antoine Roussillon, juez del Tribunal Revolucionario, quien evocó sus vínculos con la Sociedad de Amigos de los Negros, promovida por Brissot y Condorcet.

—He tenido el placer de enjugar las lágrimas de los africanos. Brissot me había seducido por sus apariencias hipócritas y por su compromiso ficticio con la causa de los negros. Es un reconocido apóstata de la libertad. Pido que se le convierta en esclavo ante los ojos de los americanos.

El magistrado no precisó si eso implicaba vender al fundador de *Le Patriote Français* al mejor postor, cargarle de cadenas o hacerle trabajar en una plantación de algodón o caña de azúcar. El forzudo Maure fue más específico:

—Pido que probéis a los negros que les consideráis dignos de la libertad, comenzando por hacerles jacobinos.

Era la doctrina de la discriminación positiva aplicada a lo simbólico: ya que la

Revolución no podía de momento librar de su yugo a los hombres de color, al menos debía admitir a sus delegados en el reducto de los elegidos. No podía garantizarles la felicidad en su tierra, pero sí un pase preferente en esta antesala del edén. La popularidad de la propuesta quedó patente en su entusiasta acogida. Podía dar incluso pie a una fiesta de la fraternidad entre las razas del género humano, con desfiles y grandes discursos incluidos. Pero una voz de mucho peso, como la de Jeanbon Saint-André, se opuso. El razonamiento escolástico del alumno de los jesuitas y el ascetismo del pastor calvinista que seguían conviviendo en él pudieron más que cualquier entusiasmo revolucionario:

—Creo que no debéis admitir la propuesta de Maure. Puesto que tratáis a los ciudadanos de las colonias como hombres libres, no debéis hacer ninguna excepción a su favor. Les tengo en suficiente estima como para estar convencido de que ellos no buscan ningún trato especial.

El carnicero Legendre le secundó, fijando así la posición de los hombres de autoridad dentro de aquella iglesia.

—Tenéis un reglamento que no hace ninguna distinción entre un blanco y un negro. Pido que de acuerdo con ese reglamento paséis al orden del día.

Eso fue lo aprobado: que «las candidaturas de los hombres de color serían presentadas a la Sociedad en las formas habituales». Haciéndose eco de la decepción pintada en muchos rostros, un asiduo miembro del club llamado Anibal Ferrières planteó, sin embargo, una enmienda a tan draconiana decisión:

—Pido que se haga una excepción a favor de la anciana de ciento catorce años. Hay que proporcionarle una tarjeta de entrada.

Hubo gestos de asentimiento. Todas las miradas convergieron en la vieja caribeña. Jeanne Odo permanecía imperturbable, como si siempre hubiera estado allí, como si no procediera del siglo XVII, sino de la noche de los tiempos. Muchos de los asistentes debieron imaginar con deleite lo atractivo que resultaría verla llegar cada noche con su pase especial de invitada de honor y colocarla junto al busto de Le Peletier como un nuevo icono de la liturgia del club. Pero esta vez fue el propio Bourdon de l'Oise quien desde la silla presidencial abortó la nueva fantasía:

—Me parecería un insulto a la Sociedad someter a votación esta propuesta. El entusiasmo cívico que acaba de demostrar prueba hasta qué punto [la Sociedad] respeta a la vejez.

El debate se zanjó con un fuerte aplauso. No quedó claro si iba dirigido a Bourdon, a la anciana de ciento catorce años o a la propia Sociedad. Los Jacobinos habían antepuesto el reglamento a las emociones y al final lo que quedaba era ese sentido de la disciplina propio de la vanguardia revolucionaria. Ni padres, ni hermanos, ni amigos, ni anciana de ciento catorce años: la causa estaba por encima de todo.

Sin embargo, el momento estelar de la noche no iba a ser este, sino el del advenimiento de Marat, dispuesto a dar cumplida respuesta a la denuncia por haber

reclamado en mitad de la sublevación «un jefe» para el pueblo. Otros podían haberse olvidado del episodio, pero él no. L'Ami du Peuple llegaba avalado por el timbre de autoridad de quien acababa de quitar y poner, poco menos que a voluntad, unos u otros nombres de la lista de proscritos. Si en algún momento podía permitirse dar rienda suelta al desprecio intelectual que sentía por casi todos cuantos le rodeaban, era ahora.

—He sido denunciado en esta tribuna por haber pedido un amo, un jefe, es decir, un tirano. Yo no comparezco aquí para justificarme porque estoy convencido de que nadie da crédito a la calumnia de la que soy víctima. Declaro que es duro hablar francés delante de los ignorantes que no lo entienden o de los bribones que no quieren entenderlo.

Tras este desafiante preámbulo, Marat explicó que las delegaciones de varias secciones habían venido a pedirle consejo durante la insurrección sobre lo que debían hacer. Y añadió cuál había sido su respuesta, poniendo diálogo a la conversación:

—Les dije: «El tocsín de la libertad suena, ¿y me preguntáis lo que tenéis que hacer?». Entonces añadí: «No, no es posible que el pueblo se salve sin un jefe que dirija sus movimientos». Los ciudadanos que me rodeaban gritaron: «¡Cómo! ¿Pedís un jefe?». Yo les repliqué: «No, yo pido un guía. Un jefe y no un amo. Y estas palabras no son sinónimas».

Ah, bueno. Marat sólo pedía «un guía». Los jacobinos se tranquilizaron. Un «jefe» no es lo mismo que un «amo». Asunto aclarado: no eran «palabras sinónimas». Ni Billaud-Varenne, tan fuera de sí el viernes por la noche, ni Chabot, que había declarado no fiarse «de la cabeza» de Marat, ni ningún otro miembro pidió explicación adicional alguna. Si se trataba de «un guía» no tenía que haber problema a la hora de encajar los fines y los medios del proceso revolucionario. No se trataba de restablecer la Monarquía, sino solamente de «salvar al pueblo». Ante la sorpresa general, al final de la sesión el general Hanriot, muy crecido por su victoria sobre las «tropas» de Héroult de Séchelles en la «batalla» de la plaza del Carrusel, se ofreció para el puesto mientras el ojo parecía bailarle con un tic más frenético que nunca:

—Yo seré vuestro guía. Yo seré el primero en afrontar los peligros. Yo ambiciono el honor de recibir los primeros golpes. Defenderé hasta la muerte a los jacobinos y me comportaré como me he comportado ayer durante la sesión de la Convención.

Pero ni un espadón era un guía, ni Hanriot tenía aun ni remotamente el perfil de Bonaparte. ¿Seguía pensando Marat en sí mismo, pese a su desagradable enfermedad, para desempeñar esa misión? Si alentaba aún tal ambición, Charlotte Corday la cercenó el 13 de julio. Con Danton fuera de combate, el destino allanaba así el camino al hombre que se sentía llamado a implantar el reino de la virtud en la Tierra. El 27 de julio Robespierre entraba en el Comité de Salud Pública en sustitución de Gasparin. La Revolución tenía al fin un gobierno digno de tal nombre. Era ya el Gran Comité.

Doce meses y un día después de esa fecha todo se habría consumado en el

Gólgota del Terror. Pero fue durante aquella noche triunfal en la que los restos humanos del primer naufragio de la democracia se esparcían por la capital y los departamentos contiguos, mientras París era acariciada por cálidos vientos del este; [233] fue durante aquella noche de exaltación y catarsis en la que la negra de ciento catorce años sirvió de testigo mudo al despliegue de las dichas y venturas que el género humano podía esperar de la Revolución; fue durante aquella noche de redención y éxtasis, cuando un futuro basado en lo que Hannah Arendt describiría como el «pathos de la novedad», el «caos de la violencia» y la «apelación a la necesidad histórica» [234] quedó anunciado en el Club de los Jacobinos. El Amigo del Pueblo acababa de anticipar, con doce décadas de adelanto, el siglo de los totalitarismos, la era de los grandes conductores de hombres, el camino hacia los paraísos de las ideas falsas y la playa de las desventuras de la libertad traicionada.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Siempre que me preguntan por el motivo de la fuerte atracción que siento por el estudio de la Revolución Francesa respondo que nunca, en ninguna otra etapa de la civilización humana, se han planteado los problemas esenciales de la democracia de forma tan intensa y dramática en un periodo de tiempo tan breve —los cinco años que van de la caída de la Bastilla a la ejecución de Robespierre—, en un lugar tan reducido —el centro de París—, con un elenco de personajes tan deslumbrante y, encima, dejando una documentación tan copiosa y precisa de lo sucedido.

La suma de todo ello me ha empujado a escribir *El primer naufragio*: es decir, la posibilidad de reconstruir con precisión, a partir de fuentes originales, los debates y episodios que desembocaron en un acontecimiento tan importante para la cultura política contemporánea como el golpe de Estado jacobino contra el primer parlamento elegido por sufragio universal masculino en una de las grandes naciones de la Tierra. Por primera vez en la historia todo lo que se decía se anotaba. Y por primera vez en la historia el periodismo desempeñó un papel de primer orden reflejando los hechos y moldeándolos al mismo tiempo. Además, gran parte de los protagonistas escribieron sus memorias, aportando así un alud de testimonios directos tan subjetivos como definitorios de sus actitudes y opiniones.

No hay pues en este libro una sola concesión al respetable género de la novela histórica. De hecho, creo que este relato es un buen ejemplo de cómo la realidad proporciona a menudo elementos narrativos mucho más impactantes que la ficción gracias a la fuerza de su veracidad: así fue como ocurrió. Probablemente sea en esa obsesión por reconstruir los hechos hasta en su más mínimo detalle significativo, como condición previa a su interpretación, donde se enlacen la investigación histórica y la indagación periodística.

Es imposible garantizar que todas y cada una de las palabras de los protagonistas fueran pronunciadas en los términos literales en los que las he reproducido, pero siempre consta en algún sitio que les fueron atribuidas exactamente así por los secretarios encargados de redactar las actas de la Convención, el Club de los Jacobinos, la Comuna, los periodistas presentes en las respectivas sesiones o por otros testigos. He optado por una traducción lo más fiel posible a la alambicada retórica de la época, recogiendo lo sustancial y omitiendo los pasajes secundarios. Aunque cada cita va acompañada de su correspondiente atribución detallada en las páginas de notas, resumiré a continuación la bibliografía que he manejado, ordenándola tanto por su origen como por su temática. Salvo en los casos expresamente mencionados, todas las demás obras han sido editadas en París.

### **Actas de las sesiones y grandes recopilaciones.**

La principal fuente de documentación para escribir esta primera monografía sobre

el periodo comprendido entre la ejecución del rey —el momento en que la República rompe sus amarras con el pasado— y la alteración por la fuerza de la voluntad popular expresada en las urnas, han sido los *Archives Parlementaires*, cuya publicación se inició durante el II Imperio, en tiempos de Napoleón III, y se desarrolló, con diversas interrupciones, a lo largo de la práctica totalidad del siglo XX. Se trata de la reproducción de los debates de las distintas asambleas francesas a partir de las actas conservadas en los Archivos Nacionales y de los relatos de los periódicos del momento. Lo ocurrido durante los cuatro meses y medio que abarca mi relato está en concreto recogido entre los tomos LVII y LXVI, publicados en el quinquenio 1899-1904 «por orden del Senado y el Congreso de los Diputados» bajo la batuta de los profesores Mavidal y Laurent.

Una segunda fuente muy complementaria son los tomos XV y XVI de la reimpresión de 1840 de *L'Ancien Moniteur*, sin duda el periódico que con más detalle reflejaba los debates de las distintas asambleas. En tercer lugar me han sido de gran utilidad los tomos II, III y IV del *Récueil des actes du Comité de Salut Public*, publicado por Alphonse Aulard entre 1889 y 1891. Esta obra refleja las reuniones tanto de los comités clave de la Convención como de los ministros integrados en el Consejo Ejecutivo Provisional.

Desbordando ya el ámbito estricto de la documentación oficial u oficiosa, los tomos XXIV a XXVIII de la *Histoire parlementaire de la Révolution Française*, compilada por el historiador y periodista Buchez y su discípulo Roux a partir de 1834, han sido otro valioso instrumento de trabajo. Pese a su sesgo projacobino, fruto del socialismo católico que profesaba Buchez, se trata de una fuente de documentación muy apreciable para los debates parlamentarios y la prensa de la época, e insuperable en lo que se refiere al Consejo General de la Comuna de París. De forma más incompleta y selectiva, esos debates aparecen también reflejados en los *Procès verbaux de la Commune de Paris (1792-1793)*, publicados por Maurice Tourneux en 1894.

Es una lástima que la magna obra de Sigismond Lacroix, *Actes de la Commune de Paris pendant la Révolution*, quedara interrumpida en 1914 tras la publicación de quince tomos que sólo abarcan hasta finales de 1791. La actividad política de la ciudad y el Departamento de París durante los primeros meses de 1793 queda no obstante bien cubierta por la extensa documentación recopilada en los tomos VIII y IX de la obra de Alexandre Tuetey, *Répertoire général des sources manuscrites de l'histoire de Paris pendant la Révolution Française*, publicados en 1908 y 1910, así como en el tercer volumen de Étienne Charavay sobre la *Assemblée Électorale de Paris*, publicado en 1890.

Por lo que se refiere al Club de los Jacobinos, las fuentes fundamentales utilizadas han sido dos: el volumen V de la recopilación de sus actas y otros documentos, publicados a partir de 1889 por Alphonse Aulard, y *Le Journal des Débats*, que recogía exhaustivamente las sesiones de la Sociedad de la calle Saint-



Honoré. En el caso del Club de los Cordeleros la obra fundamental es la mucho más reciente de Jacques de Cock, *Les Cordeliers dans la Révolution Française. Textes et documents*, publicada en Lyon en 2002.

Mención aparte merecen las *Obras completas* de Robespierre, reeditadas a partir del año 2000 por la Fundación de Estudios Robespierristas, bajo la dirección de Claude Mazauric, en once tomos que incluyen todas sus intervenciones en cualquiera de los foros ya mencionados, así como su correspondencia y publicaciones periodísticas. El tomo IX es el que recoge los discursos del periodo estudiado, incluyendo todas las versiones que aparecieron en la prensa de la época.

Aunque el personaje desempeña un papel menos relevante de cara al objeto de este estudio, el tomo XII de las *Obras completas* de Condorcet, reeditadas en 1968 en Stuttgart, a modo de facsímil de la obra de Arago de 1847, también me ha sido de gran ayuda. Similar propósito, pero mucha menor envergadura, tienen la edición crítica de los discursos de Danton, de André Fribourg (1910), o las *Obras completas* de Saint-Just editadas por Kupiec y Abensour en 2004.

### **Periódicos del primer semestre de 1793.**

Los siete periódicos que fundamentalmente he manejado, además del *Moniteur*, son tres órganos moderados como *Le Patriote Français* en su reimpresión alemana de 1989, *Le Journal Français* y *La Chronique de Paris* en sus ediciones originales; dos diarios radicales como *Le Journal de la République Française* de Marat, con su mutación en *Le Publiciste de la République Française* —reedición japonesa de 1967—, y el *Père Duchesne* de Hébert —reedición francesa de 1969—; el más clasificable semanario *Révolutions de Paris*, de Prudhomme; y el *Bulletin du Tribunal Criminel Révolutionnaire*, ambos en ediciones originales.

También he consultado las *Oeuvres en prose* de André Chénier (1872), que recogen sus artículos periodísticos.

### **Panfletos y publicaciones unitarias.**

He utilizado los siguientes panfletos originales: «Correspondance du général Miranda avec le général Dumouriez et les ministres de la Guerre Pache et Beurnonville depuis janvier de 1793» (chez Barrois l'année 1793), «Beaumarchais à Lecointre son denunciateur» (1793), «Brissot à ses commettans» (París-Londres, 1794), «Adresse des parisiens à leurs frères des départements» (Montauban, 1793), «Desfieux à monsieur Dulaure» (Imprimerie Patriotique et Républicaine, 1793), «Précis rapide des événements qui ont eu lieu a Paris», de Gorsas (Imprimerie de la Veuve Gorsas), «La longue conspiration des jacobins pour dissoudre la Convention Nationale», de Bergoeing (Imprimerie de la Verité, rue du Puits Qui Parle, 1793), y «Proscription d'Isnard» (1795).

He utilizado las siguientes publicaciones unitarias en sus ediciones originales:

«Loi que determine les causes, le mode et les effects du divorce» (Imprimerie Nationale, 1792), «Appel nominal contre Marat» (Imprimerie Nationale, 1793), «Lettre de Marat à la Convention Nationale» (Imprimerie Nationale, 1793), «Adresse présentée à la Convention Nationale par tous les commissaires des autorités constituées du Département et des sections de Paris, reunis en la salle de la Société des Amis de la Liberté et de l'Égalité, séante aux cidevant jacobins. Du vendredi 31 mai 1793» (Imprimerie de Ballard), y «Rapports des representants du peuple Camus, Bancal, Quinette, Lamarque» (Berlín, 1796).

### **Memorias de los protagonistas.**

Las memorias del bando moderado que más he utilizado han sido las de Barbaroux (en las ediciones de Chabaud de 1836 y Perroud de 1866), Brissot (reeditadas por la Universidad de Cornell a partir del original de Claude Perroud), Buzot (en las ediciones del sobrino de Guadet de 1828 y de Dauban de 1866), Beugnot (publicadas por su nieto en 1868), Durand de Maillane (1825), Garat (editadas por Maron en 1862), Grégoire (en la reedición de 1989 de la obra editada por Hippolyte Carnot), Lanjuinais (editadas por su sobrino en 1832), La Révellière-Lépeaux (edición de 1920 a partir del original publicado por su hijo), Louvet (en la edición de Aulard de 1889), Meillan (reedición del texto de 1823 de la Biblioteca Municipal de Bayona), Paganel (1815), Pétion (también en la edición de Dauban de 1866), Pontécoulant (1861) y Roederer (reedición de 1942).

Mención aparte merecen las distintas ediciones de las *Memorias de madame Roland*. He manejado tanto la edición del año VIII (1801) de su amigo Champagneux, debidamente expurgada de toda referencia o alusión a su relación con Buzot, como la de Dauban de 1864, basada en el manuscrito íntegro y seguida de las cartas a Buzot desde la cárcel, como las posteriores de Perroud (1905) o Paul de Roux (1966). También me ha sido de gran valor para comprender la psicología del personaje, especialmente en sus relaciones con Lanthenas y el propio Buzot, las *Lettres de Madame Roland* editadas por Perroud en 1900 en dos gruesos volúmenes.

También podrían englobarse en este apartado, por sus simpatías hacia los moderados, las *Letters from France* de Helen Maria Williams, cuyo primer tomo, en su edición de Londres de 1795, me ha sido de gran utilidad. Otras memorias célebres de una escritora inglesa son *In the Shadow of the Guillotine* (Londres, sin fecha), de Grace Dalrymple Elliot, amante del duque de Orleáns, que sirvieron de base a la película de Chabrol *La inglesa y el duque*.

En el bando *montagnard* las memorias más importantes son las de Barère (edición de Hippolyte Carnot y David d'Angers, 1842) pese a sus múltiples alteraciones de la verdad. También he empleado las de Barras (tomo II de la edición de 2004), Billaud-Varenne (1893), Cambacérès (edición de 1991 de Jean Tulard y Chatel de Brancion), Choudieu (1897), Dubois-Crancé (reedición de 2003), Lévasseur de la Sarthe

(reedición del bicentenario), Thibaudeau (*Collection des mémoires relatifs à la Révolution Française*, 1824), y de Publicola-Chaussard *Sur la Révolution de la Belgique et de Pays du Liège*, en su primera edición de 1793.

Mención especial merecen las *Notes historiques* del diputado Marc-Antoine Baudot, legadas al historiador Edgar Quinet y publicadas muy tardíamente pese a su agudeza y detallismo (1893), y el diario que Lucile Desmoulins llevó entre los años 1788 y 1793, reeditado por Philippe Lejeune en 1995.

En el relato de los acontecimientos militares y diplomáticos he utilizado las *Memorias* de Dumouriez, también incluidas en esa *Collection des mémoires* editada por Berville y Barriere a partir de 1824, los *Papeles* del Archivo del general Miranda —tomos X-XIV— publicados en Caracas en 1931, las *Memorias* de Louis Philippe de Orleáns correspondientes al periodo revolucionario, y el tomo II de los *Papiers de Barthélémy* en la edición de Jean Kaulek de 1887.

En lo referente al estallido de la guerra de la Vendée me han resultado muy ilustrativas las *Mémoires de Madame la marquise de la Rochejaquelin*, en edición de 1822, y las *Mémoires d'un père a ses enfants*, de Boutillier de Saint-André, en su reedición de 1994 datada en Cholet.

En cuanto a la crónica mundana y la atmósfera social de París en esos meses me han sido de utilidad el *Memorial* de Jacques de Norvins (edición de 1896), las *Mémoires secrètes* del conde d'Allonville (1838), las *Memorias* del conde de Vaublanc (1833), las de *madame* de Chastenay y *madame* de la Tour du Pin en sus reediciones recientes, la correspondencia de *madame* Récamier editada en 1860 por su ahijada y heredera, los *Souvenirs d'une actrice* publicados por la amiga de los Talma, Louise Fusil, en 1841, y las *Mémoires et souvenirs* de *madame* Tussaud (edición de 2005).

También es obligado mencionar el *Journal d'un bourgeois de Paris sous la Révolution*, editado en 1974 por Raymond Aubert a partir del diario en el que el rentista jubilado Celestin Guittard de Floriban consignaba desde cuál era el tiempo atmosférico hasta el impacto que provocaban en su salud los acontecimientos de la calle. El diario fue complementado por un estudio del propio Aubert en el volumen *En pantoufles sous la Terreur*.

Asimismo he manejado, no sin cierto espanto, la obra anónima *Le glaive vengeur de la République Française* en su edición original de 1794, en la que «un amigo de la Revolución, de las costumbres y de la justicia», llamado al parecer Du Lac, elogiaba el funcionamiento de la guillotina y el Tribunal Revolucionario desde su posición de testigo presencial.

Dos obras de gran peso literario son, por último, *Le Nouveau Paris*, de Louis-Sébastien Mercier (reedición de 1994) y *Les Nuits de Paris*, de Restif de la Bretonne (reedición de 1975), si bien en esta última la ficción se apodera a menudo del relato.

## **Diccionarios, atlas y guías urbanas de París.**

En cuanto a los diccionarios y obras de referencia he manejado siete fundamentalmente: el *Dictionnaire de la Révolution Française* (1893), de Boursin y Challamel, el excelente y meritorio *Dictionnaire des conventionnels*, de Kuscinski en su reedición de 1973, el *Almanach de la Révolution Française* (1963), de Jean Massin, que recorre día a día los acontecimientos, los diccionarios más recientes dirigidos por Albert Soboul (1989) y Jean Tulard (1987), el *Dictionnaire critique de la Révolution Française*, de François Furet y Mona Ozouf, sin duda la obra más importante publicada en 1989 con ocasión del bicentenario, y el *Atlas de la Révolution Française*, de la misma fecha —en especial el tomo XI dedicado a París— bajo la dirección de Serge Bonin y Claude Langlois.

Para reconstruir la topografía urbana del París de 1793 me he servido de la reedición del monumental plano de Turgot de 1734 —realizada en 2005 por los Museos Nacionales—, del *Petit Atlas Pittoresque des Quarante-Huit Quartiers de la Ville de Paris*, de 1835, y de la *Guide pratique à travers le vieux Paris*, de Rochegeude y Dumolin (1923). También me ha sido de ayuda la *Guide du Paris révolutionnaire*, publicada por el Ayuntamiento de París con motivo del bicentenario.

Además me han sido útiles el *Dictionnaire des constituants*, de Edna Hindey Lemay, publicado en 1991 por la Fundación Voltaire de la Universidad de Oxford, el *Historical Dictionary of the French Revolution* (1985) de Scott y Rothaus, y el *Longman Companion to the French Revolution* (1988) editado por Colin Jones.

### **Historias generales de la Revolución.**

Entre las primeras historias generales de la Revolución que he consultado destacan los tomos IV y V de los *Essais historiques de la Révolution en France*, de Beaulieu (1801), el tomo I de la parte dedicada a la Convención en el *Précis historique de la Révolution Française*, de la pequeña edición en decimotavo de Lacretelle (1803), y el tomo II de los *Esquisses historiques des principaux événements de la Révolution Française*, del periodista y diputado Delaure (edición de 1823).

Las tres obras que más he estudiado, manejado y citado son con diferencia la *Histoire de la Révolution Française* de Jules Michelet —especialmente su libro X, que ocupa gran parte del tomo V en la maravillosa edición de Jean de Bonnot de 1974—, el tomo V de la *Histoire socialiste de la Révolution*, de Jean Jaurès, en la edición de 1969 anotada por Albert Soboul, y los tomos VI y VII de la *Histoire de la Terreur (1792-1794)*, de Mortimer-Ternaux, de 1863. Aunque se trata de tres obras escritas desde perspectivas ideológicas muy distintas, las tres destacan, además de por su brillante escritura, por la obsesión por el detalle y las aportaciones documentales. Especialmente ricos son algunos de los anexos de Mortimer-Ternaux. En cuarto lugar, muy cerca de estos tres trabajos clásicos, debo situar *La Révolution* de Edgar Quinet (edición de 1987), cuyos libros XII y XIII ofrecen grandes claves de interpretación de

los hechos estudiados.

También he utilizado en menor medida la más literaria que precisa *Histoire des girondins* de Lamartine —libros XXXV a XLIII en una atractiva edición ilustrada en cuarto de 1883—, el libro III de la inquisitorial pero bien documentada obra de Hippolyte Taine *Les origines de la France contemporaine*, en una edición en doceavo de 1904, los tomos III y IV de la minuciosa *La Révolution Française* de Adolphe Thiers en su edición de 1857, acompañada del atlas de las campañas militares, los libros VIII y IX de la apologética *Histoire de la Révolution Française* de Louis Blanc, en una gigantesca edición ilustrada de 1878, y los libros II y III del tercer volumen de la febril y relampagueante *The French Revolution* de Thomas Carlyle, en la exquisita edición que hizo The Folio Society con ocasión del bicentenario.

Entre las obras publicadas en el siglo XX citaré cuatro fundamentales: la *Histoire politique de la Révolution* de Alphonse Aulard —capítulos 1, 2 y 3 de la segunda parte dedicada a «La République Démocratique»— publicada en 1901, *La Révolution Française* de su primero discípulo y luego empecinado adversario Albert Mathiez, publicada en 1922, *La Révolution Française* de Georges Lefebvre publicada en 1930 —libros III y IV—, y *La Révolution Française* de François Furet —capítulo III dedicado a «La République Jacobine»—, publicado en 1978.

También me ha sido muy útil el segundo tomo de *La Révolution de 1789*, que recorre los acontecimientos a través de una antología de textos de muchos de los historiadores ya citados, recopilada en 1934 por Sagnac y Robiquet.

Además debo hacer una mención especial a dos obras que en vísperas del bicentenario activaron mi interés por la Revolución y que he seguido teniendo cerca al escribir este libro: *Citizens* de Simon Schama —una narración compacta pero a la vez cargada de brío y detalle— y la pedagógica y ricamente ilustrada *Grande histoire de la Révolution Française* de Georges Soria.

La otra gran fuente secundaria de carácter general a la que he recurrido una y otra vez son los *Annales Historiques de la Révolution Française*, publicación trimestral que fundó Albert Mathiez en 1908 bajo la advocación de la Sociedad de Estudios Robespierristas. Aunque la pasión de Mathiez por el Incorruptible impregnó sus páginas en su primera época, se trata de una publicación caracterizada ante todo por su rigor científico, su carácter poliédrico y su apertura a la polémica.

Tras la muerte de Mathiez fue dirigida por figuras de la talla de Lefebvre, Soboul o Godechot hasta desembocar en la etapa con Michel Biard al frente. La práctica totalidad de los principales especialistas de la Revolución ha colaborado en ella. Sólo dejó de aparecer durante los periodos correspondientes a las dos Guerras Mundiales.

La publicación en 2008 de las llamadas «Tables du centenaire» —un índice temático y onomástico, tanto de personajes como de autores, de los cien años de vida de la revista— supuso una ayuda inestimable para la consulta, de la cual se ha beneficiado notablemente mi trabajo.

## Obras específicas sobre el golpe de Estado.

El mejor trabajo publicado hasta ahora sobre las conspiraciones y sublevaciones, abortadas o consumadas, que tuvieron lugar en París durante la primera mitad de 1793 sigue siendo la extensa introducción que Alexandre Tuetey hizo en 1910 al tomo IX de su *Répertoire générale des sources manuscrites de l'histoire de Paris pendant la Révolution Française*, editado por el Ayuntamiento de la capital.

La única monografía sobre las jornadas del 31 de mayo y 1 y 2 de junio de 1793 es *The Making of an Insurrection*, publicada en 1986 por el profesor estadounidense Morris Slavin. La obra se centra en las tres jornadas del golpe de Estado y en sus antecedentes más inmediatos, sin examinar sistemáticamente la confrontación previa entre jacobinos y «girondinos». Incluye una aportación minuciosa de lo ocurrido en cada una de las secciones de París antes y después de la sublevación.

Dos referencias ineludibles para este libro han sido, por supuesto, *The Girondins*, de Michael Sydenham (1961), y *The Men of the First French Republic*, de la australiana Allison Patrick (1972). En ambas obras se debate en profundidad sobre la existencia o no del llamado «partido girondino» y se aportan significativos datos sobre la conducta de los diputados tanto a la hora de votar como de reunirse en salones y clubes. Es el mismo propósito del extenso artículo de Patrice Higonnet, «The Social and Cultural Antecedents of Revolutionary Discontinuity: Montagnards and Girondins», publicado en 1985 en la *English Historical Review*.

Además de en todas las historias generales de la Revolución, las tensiones políticas de este primer semestre de 1793 y los hechos que rodearon el golpe de Estado aparecen con cierto detalles en algunos trabajos de ámbito intermedio. Es el caso de *La Révolution du 31 mai et le fédéralisme en 1793*, publicado por Henri Wallon en 1886 con un elocuente subtítulo: «La France vaincue par la Commune de Paris». También es el caso de *La Commune de l'an 2*, publicado en 1946 por Paul Sainte-Claire Deville.

Mención aparte merece la obra *Journal d'un bourgeois de Paris* (1910), de Edmond Biré, cuyo segundo tomo está dedicado a ese primer semestre de 1793, con un personaje imaginario como hilo conductor de un relato minuciosamente apoyado en los periódicos del momento.

También he utilizado la escueta pero valiosa monografía *La Comision Extraordinaire des Douze*, publicada por Jacques Balossier en 1986, y desde luego los despachos de Dutard y otros informadores policiales contratados por Garat, incluidos en el primer tomo de los *Tableaux de la Révolution Française* (1867), publicados por Adolphe Schmidt en Leipzig.

## Historia política del periodo.

Además de en las obras generales mencionadas, he encontrado material muy

interesante sobre el sector moderado de la Convención en *Les Girondins* (1861), de J. Guadet, sobrino del diputado ejecutado, *La légende des girondins* (1881), de Edmond Biré, *La proscription des girondins* (1917), de Claude Perroud, *Les Girondins* (1969), de Bernardine Melchior-Bonnet, las *Actes du Colloque Girondins et Montagnards*, celebrado en la Sorbona bajo dirección de Albert Soboul en 1980, *Girondins et Montagnards* (1989), de Jeanne Grall, la recopilación del debate celebrado en Saint-Émilion con motivo del bicentenario *La Gironde et les girondins*, de François Furet y Mona Ozouf (1991), y *Girondins jusqu'au Tombeau* (Burdeos 2004), de Anne de Mathan.

Sobre la Montaña y los jacobinos las obras más interesantes a mi alcance han sido la *Histoire des montagnards* (1900), de Alphonse Esquiros, *The Jacobins* (Nueva York 1930), de Clarence Crane Brinton, la *Histoire des Jacobins* (1946), de Gérard Walter, *The Frozen Revolution, an Essay in Jacobinism* (Nueva York, 1987), de Ferenc Free, los tres tomos de *The Jacobin Clubs in the French Revolution* (1988), publicados en Princeton por Michael Kennedy, *Goodness beyond Virtue*, publicado por Patrice Higonnet en 1998 en Harvard como homenaje al profesor Brinton, y *The Terror* (2005), de David Andress.

Sobre la sociología política de los *sans-culottes* y la irrupción del movimiento de los *enragés* he manejado cuatro obras muy interesantes aunque desiguales: *Les sans-culottes parisiens en l'an 2* (1958), de Albert Soboul, fruto de una investigación exhaustiva aunque centrada en los episodios posteriores al golpe de Estado; justo lo contrario de lo que ocurre con *The Making of the Sans-Culottes* (1983), de R. B. Rose, que prácticamente concluye con la caída de la Monarquía; también la muy sintética *Les enragés* (1987), de Maurice Dommangeat, y el estudio de historia de las ideas *Sans-Culottes, an Eighteenth Century Emblem in the French Revolution*, de Michael Sonenscher, publicado en Princeton en 2008.

Sobre el papel político de las mujeres y las primeras sociedades en las que se organizaron las más radicales he utilizado *Le Club des Citoyennes Républicaines Révolutionnaires* (1966), de Marie Cerati, y *Citoyennes tricoteuses* (1988), de Dominique Godineau. Sobre la atmósfera política general he consultado *La démagogie en 1793 à Paris* (1863), de Claude Dauban.

Para entrar en detalles sobre la forma en que se vivieron los acontecimientos en determinadas zonas de París he recurrido a *Les Sections de Paris pendant la Révolution* (1898), de Ernest Melié, al segundo volumen de *La Rue Saint-Honoré* (1908), de Robert Hénard, a *Le Faubourg Saint-Antoine. 1789-1815* (1981), de Raymonde Monnier, a *The French Revolution in Miniature* (1984), publicada en Princeton por Morris Slavin y dedicada a la Sección Droits-de-l'Homme, que servía de feudo a Varlet, a *Le Palais-Royal* (1991), de Henri Veyrier, y a la exhaustiva obra sobre el quinquenio 1789-1794 en el *faubourg* Saint-Marcel *Une Révolution à l'oeuvre*, de Haim Burstin.

Sobre la historia electoral he utilizado *Elections in the French Revolution*



(Cambridge, 1996), de Malcolm Crook, y la obra colectiva *Voter, élire pendant la Révolution Française. Guide pour la recherche* (2002).

Sobre el paralelismo entre las revoluciones francesa y rusa y la función de la violencia en ambas, el preceptivo ensayo *The Furies* (Princeton, 2000), de Arno J. Mayer.

Por último debo consignar seis monografías que incluyen información valiosa sobre aspectos concretos del periodo estudiado: *Le Parlamentarisme sous la Révolution* (1911), de Gaston Dodu, *L'Assassinat de Le Peletier de Saint-Fargeau* (1934), de Jacques Herissay, *The Crowd in the French Revolution* (Oxford, 1958), de George Rudé, dedicado a la irrupción de las masas como actor político, *La corruption sous la Terreur* (1992), de Olivier Blanc, *Missionnaires de la République* (2002), de Michel Biard, sobre los diputados enviados a los departamentos, y *Douze tyrans minuscules* (2003), de Frédéric Lenormand, sobre Marino y otros comisarios de policía de la Comuna de similar perfil.

### **Historia militar y diplomática del periodo.**

Para tratar la historia militar de este primer semestre de 1793 he empleado especialmente el estudio clásico del general Jomini *Histoire critique et militaire des guerres de la Révolution* —concretamente su libro IV— en una edición en dieciseisavo de Bruselas de 1837, y el tomo V de *Les guerres de la Révolution* (1896), de Arthur Chuquet, dedicado a «La Trahison de Dumouriez».

También me han sido de utilidad *La Défense nationale à la fin de 1792* (1927), de Henri Libermann, el primer tomo de *Les armées révolutionnaires* (1961), de Richard Cobb, *La vie quotidienne des soldats de la Révolution* (1985), de Jean-Paul Bertaud, y *The War of Wars. The Epic Struggle between Britain and France* (Londres, 2006), de Robert Harvey.

Sobre el inicio de la guerra de la Vendée he utilizado especialmente el tomo III de la obra de Chassin *La préparation de la guerre de la Vendée*. También la *Histoire de la guerre de la Vendée* (1909), de Joseph Clemenceau, *Les grandes heures de la Vendée* (1963), de Émile Gabory, *Les guerres de la Vendée* (1974), de André Montagnon, *La Vendée et la France* (1987), de Jean-Clement Martin, *Paris contre la province* (2008), de Jean Tabeur, y *Une blessure française* (2008), de Pierre Péan.

Para la historia diplomática he recurrido a *Le Département des Affaires Étrangères pendant la Révolution* (1877), de Frédéric Masson, al tomo III de *L'Europe et la Révolution Française* (1906), de Albert Sorel, y a la *Histoire de la Belgique 1792-1793* (1934), de Suzanne Tassier.

### **Historia económica del periodo.**

En este apartado he comprobado la plena vigencia del fascinante y pequeño ensayo publicado en 1912 en Boston por el profesor de la Universidad de Cornell

Andrew D. White *Fiat Money Inflation in France*. Además he utilizado *Le coût de la Révolution Française* (1987), de René Sedillot, *La Grande Inflation. La monnaie en France de Louis XVI à Napoléon* (1993), de François Crouzet, y sobre todo la esclarecedora obra de Florin Aftalion *L'Économie de la Révolution Française* (2007).

Sobre las consecuencias sociales de la crisis económica, *La vie chère et le mouvement social sous la Terreur* (1927), de Albert Mathiez, el primer tomo de *La lutte de classes sous la Première République* (1946), de Daniel Guérin, *La protestation populaire en France. 1789-1820* (1975), de Richard Cobb, y *La longue patience du peuple* (2008), de Sophie Wahnich, si bien esta última se centra en el nacimiento de la República en 1792.

### **La justicia y el Tribunal Revolucionario.**

El mejor estudio de la justicia penal antes del establecimiento del Tribunal Revolucionario es *La Justice en France pendant la Révolution* (1913), de Edmond Seligman, cuyo segundo tomo incluye el periodo objeto de este libro. Por lo que se refiere a la jurisdicción civil, esa misma autoridad de referencia la aporta *Les tribunaux civils de Paris pendant la Révolution* (1905) de Douarche.

Sobre el propio Tribunal Revolucionario, al margen del *Boletín* ya consignado entre los periódicos de referencia, las dos obras principales son las de Henri Wallon, de 1880 —el primero de cuyos seis volúmenes me ha sido de gran utilidad—, y la de Campardon, en la reimpresión realizada en Ginebra en 1866. También he encontrado información de interés en la monografía de Lenôtre en su versión inglesa —*The Tribunal of the Terror* (Londres, 1909)— y en *Les coulisses du Tribunal Révolutionnaire* (1909), de Hector Fleischmann.

Sobre la sede del Tribunal he manejado la *Histoire de la Conciergerie du Palais de Paris* (1911), de Eugène Pottet, y *La Conciergerie. Palais de la Cité*, editada como guía turística por su antigua administradora, Monique Delon. Sobre el funcionamiento de la «cuchilla nacional», la reedición de 2002 de la *Note sur le supplice de la guillotine*, publicada por el doctor Pierre Cabanis en 1796, y *The Guillotine and the Terror* (1987), de Daniel Arasse.

### **Historia cultural y social del periodo.**

En este ámbito la referencia obligada sigue siendo la *Histoire de la société française pendant la Révolution* (1854), de los hermanos Edmond y Jules Goncourt, cuyo primer tomo me ha sido de especial utilidad. Para el conjunto de la vida cultural del momento he consultado *La Révolution culturelle de l'an 2* (1982), de Serge Bianchi.

Sobre la vida artística he consultado la *Histoire de l'art pendant la Révolution* (1863), de Jules Renouvier, *L'Atelier de David* (Londres, 1995), de Thomas Crow, y *Revolutionary Artists* —sobre David y Prieur— (Nueva York, 2000), de Warren

Roberts.

Sobre la vida teatral he recurrido a *Le théâtre Révolutionnaire*, de Eugène Jauffret (reimpresión de la edición de 1869), a *Le théâtre sous la Terreur* (1913), de Paul d'Estrée, al segundo tomo de *Les spectacles à Paris pendant la Révolution* (2002), de André Tissier, y a *Revolutionary Acts. Theater, Democracy and the French Revolution* (Baltimore, 2005), de la profesora de la Universidad de Berkeley Susan Maslan. Sobre la historia musical es digna de mención *Le tambour et la harpe* (1991), recopilación de Julien y Mongredien.

Sobre la historia de la prensa he manejado la *Histoire des journaux et des journalistes de la Révolution Française* (1845), de Léonard Gallois, *La Presse sous la Révolution Française* (Bruselas, 1898), de M. Van Schoor, *La Presse française sous la Révolution, le Consulat, l'Empire* (1945), de Fernand Mitton, *La Révolution et la liberté de la presse* (1964), de Raymond Manevy, *The Newspaper Press in the French Revolution* (Chicago, 1988), de Hugo Gough, *Les journalistes de la liberté et la naissance de l'opinion 1789-1793* (1989), de Alain Manevy, y *La Presse et le pouvoir de Louis XIII a Napoléon I* (2000), de Jean-Paul Bertaud.

Sobre la prostitución en París he recurrido a *Les filles publiques sous la Terreur* (1908), y a *Les demoiselles d'amour du Palais-Royal* (1911), ambas de Hector Fleischmann. Sobre la dimensión lúdica de las celebraciones en la calle es esencial *La fête révolutionnaire* (1976), de Mona Ozouf, y también he utilizado *Fêtes et Révolution*, obra colectiva editada por los ayuntamientos de París y Dijon con motivo del bicentenario. Sobre otros aspectos de la vida cotidiana me han resultado de interés *L'Industrie de la boucherie à Paris pendant la Révolution* (1914), de Hubert Bourgin, *L'Éclairage de Paris à l'époque révolutionnaire* (1916), del coronel Herlaut, *La crise du logement à Paris pendant la Révolution* (1928), de Jean de la Monneraye, y *Les américains à Paris pendant la Révolution* (1972), de Yvon Bizardel.

### **Biografías de líderes moderados.**

Sobre Brissot he utilizado la monografía de Alphonse Aulard *La politique et l'éloquence de Brissot* (1884), la biografía que la profesora Eloise Ellery publicó en Nueva York y Boston con el título de *Brissot de Warville. A Study in the History of the French Revolution* (1915), y la biografía de Suzanne d'Huart *Brissot. La Gironde au pouvoir* (1986).

Sobre Buzot, *Un Girondin. François Buzot* (1907), de Jacques Hérissay.

Sobre Condorcet, la monografía *Condorcet journaliste* (1931), de Hélène Delsaux, la gran biografía *Condorcet. Un intellectuel en politique* (1988), de Elizabeth y Robert Badinter, la compilación del *Colloque International Condorcet* (1988), y la biografía de su esposa *Sophie de Condorcet* (1988), de Thierry Boissel.

Sobre Deperret, *Un Girondin provençal. Lauze de Perret* (1990), de René Bruni.

Sobre el abate Fauchet, el segundo tomo de *Claude Fauchet. Évêque*

*constitutionnel de Calvados* (1909), de J. Charrier.

Sobre Grégoire, *L'Abbé Grégoire* (2000), de Rita Hermon-Belot.

Sobre Lasource, la obra de Camille Rabaul *Lasource. Député a la Legislative et à la Convention* (1889).

Sobre Louvet de Couvray, la obra de John Rivers *Louvet, Revolutionist and Romance Writer* (Londres, 1910), las actas del coloquio *Entre Libertinage et Révolution* (1999), celebrado en Estrasburgo con motivo del bicentenario de su muerte, y la monografía *Les mémoires de Jean-Baptiste Louvet ou la tentation du roman* (2000), de Valerie van Crugten-André.

Sobre Paine, la obra de John Keane *Tom Paine. A Political Life* (Londres, 1995).

Sobre Pénieres, la obra de Victor Faure *Jean-Augustin Pénieres. De la Corrèze à la Florida* (1989).

Sobre Pétion, la monografía del mismo título de Georges Michel (1876).

Sobre Pontécoulant, la monografía de Camille Cautru publicada en Calvados (Condé-sur-Noireau, 1962).

Sobre Rabaut Saint-Étienne, la obra de André Dupont del mismo título (1946).

Sobre los Roland, la obra de Ida Tarbell *Madame Roland. A Biographical Study* (Nueva York, 1896), la biografía *Madame Roland* (2004), de Pierre Cornut-Gentille, y la minuciosa monografía *Jean-Marie Roland et le Ministère de l'Intérieur* (1964), de Edith Bernardin.

Sobre Théroigne de Méricourt, las obras del mismo nombre de Marcellin Pellet (1886) y Otto Ernst (1935), *A Woman of the Revolution* (Nueva York, 1911), de Frank Hamel, *La vie trépidante de Théroigne de Méricourt* (1931) de George Laport, y la más solvente *Théroigne de Méricourt. Une femme mélancolique sous la Révolution* (1989), de Elizabeth Roudinesco.

Sobre Vergniaud, los *Manuscripts, lettres et papiers* editados en dos tomos por Vatel en 1873, y las biografías *Histoire parlementaire et vie intime de Vergniaud chef des girondins* (1847), de Touchard-Lafosse, *Vergniaud. Le drame des Girondins* (1920), de Eugène Lintilhac, y *Pierre Vergniaud. Voice of the French Revolution* (Nueva York, 1950), del exembajador de Estados Unidos en Madrid durante la II República, Claude Bowers.

Sobre Valady, la obra de Combres de Patris, *Valady. Des gardes françaises a la Convention* (1930).

Sobre Valazé, la biografía del mismo nombre de Paul Nicolle (1933).

### **Biografías de líderes montagnards.**

Sobre Barère he consultado la monografía del mismo nombre de lord Macaulay (Londres, 1844), *Barère de Vieuzac. L'Anacréon de la guillotine* (1929), de Robert Launay, *Bertrand Barère. A Reluctant Terrorist* (Princeton, 1962), de Leo Gershoy, y *Bertrand Barère. La voix de la Révolution* (1989), de Jean-Pierre Thomas.

Sobre Basire *La famille du conventionnel Basire* (1952), de Georges Bouchard.

Sobre Bouchotte, el primer tomo de *Le colonel Bouchotte. Ministre de la Guerre en l'an 2* (1946), de Herlaut.

Sobre Billaud-Varenne, las biografías de Jacques Guilaine, titulada «L'Ultra de la Révolution» (1969), y Arthur Conte, titulada «Géant de la Révolution» (1989).

Sobre Léonard Bourdon, *Le Léopard de la Révolution. L'Affaire d'Orléans* (1938), de Armand Le Corbeiller, y *The Career of a Revolutionary* (Waterloo, Ontario, 1999), de Michael Sydenham.

Sobre Cambon, la obra de F. Bornarel *Cambon et la Révolution Française* (1905), y la de Raoul Arnaud *Cambon et la débâcle financière de la Révolution* (1926).

Sobre Carnot, el tomo II de *Le Grand Carnot* (1950), de Marcel Reinhard, y el tomo II de su *Correspondance générale* (1894), anotada por Étienne Charavay.

Sobre Carrier, la biografía del mismo nombre de Alfred Lallié (1901), y *Carrier et la Révolution Française en 30 questions* (2004), de Corinne Gómez-Le Chevanton.

Sobre Chabot, la obra de vizconde de Bonald *François Chabot. Membre de la Convention* (1908), y la edición de su *Mémoire apologétique* (1914), por Albert Mathiez.

Sobre Chasles, *Le conventionnel Chasles et ses idées démocratiques* (Aixen-Provence, 1958), de Pichois y Dutry.

Sobre Cloots, las biografías de Georges Avenel *Anacharsis Cloots. L'O-rateur du Genre Humain* (reedición de 1976), *Anacharsis Cloots ou l'utopie foudroyée* (1995), de Roland Portier, y *Anacharsis Cloots. Le prussien francophile* (1999), de François Labbé.

Sobre Collot d'Herbois, la obra de Michel Biard titulada «Légendes noires et Révolution» (Lyon, 1995).

Sobre Danton, la entusiasta *Mémoire sur sa vie privée* (1865), del doctor Robinet, la en general positiva biografía de Louis Madelin (1914), la inquisitiva *Danton et la paix* (1919), de Albert Mathiez, la intensamente narrativa *Danton* (1932), de Louis Barthou, la trepidante obra de Hermann Wendel *Danton. Dictator of the French Revolution* (Londres, 1936), la simpatizante *Cet excellent monsieur Danton*, de Jacques Hérissay, y las con diferencia más científicas y ecuanímenes biografías de Norman Hampston (Oxford, 1978) y Frédéric Bluche (1984). También he manejado *Danton. Le tribun de la Révolution* (1987), de Daniel Lacotte, y *Danton. The Gentle Giant of Terror* (Londres, 2009), de David Lawday.

Sobre Camille Desmoulins, la gran biografía del mismo título de Jules Claretie (1908), *La vie turbulente de Camille Desmoulins* (1928), de Raoul Arnaud, la minuciosa y vibrante obra de Jacques Janssens *Camille Desmoulins. Le premier républicain de France* (1973), *Camille et Lucile Desmoulins. Un couple dans la tourmente* (1986), de Jean-Paul Bertaud, y *Camille Desmoulins ou la plume de la liberté* (2006), de Gérard Bonn.

Sobre Fabre d'Églantine, la obra de Louis Jacob titulada «Chef des fripons» (1944).

Sobre Gasparin, la biografía de Rose-Barral Mazoyer *Officier de l'Armée Royal et conventionnel. Thomas Augustin de Gasparin* (Marsella, 1982).

Sobre Héroult de Séchelles, las obras de Arnold de Contades *Héroult de Séchelles ou la Révolution fraternelle* (1978), y *Héroult de Séchelles* (1984), de Jean-Jacques Locherer.

Sobre Lebas, la biografía del mismo nombre de Stefane-Pol basada en las memorias de su viuda, de soltera Elisabeth Duplay, hija de los caseros de Robespierre (1900).

Sobre Robert Lindet, la biografía del mismo nombre de Amand Montier (1899).

Sobre Marat, la obra encomiástica de Louis Gottchalk *Jean Paul Marat. A study in Radicalism* (1927), la biografía crítica *Marat* (1933), de Gérard Walter, la de nuevo apologética *Marat* de Jean Bassin, y la más consistente y mejor documentada *Marat* (1993), de Olivier Coquard.

Sobre Jeanbon Saint-André, la obra de Léon Lévy-Schneider *Le Conventionnel Jeanbon Saint-André. Membre du Comité de Salut Public, organisateur de la Marine et de la Terreur* (1901), y *Jeanbon* (1989), de Daniel Ligou.

Sobre Robespierre sigue destacando por encima de todas las demás obras que he consultado la biografía canónica de J. M. Thompson (Oxford, 1935), en la que la información precisa y bien contrastada da siempre paso a relevantes líneas de interpretación. Por razones distintas también me han resultado de gran interés la más que biografía, epopeya, *Histoire de Robespierre* (edición ilustrada en cuarto de 1885), de su ferviente admirador Ernest Hamel, así como los trabajos siempre favorables pero bien argumentados de Albert Mathiez reunidos en los volúmenes *Robespierre terroriste* (1920) y *Autour de Robespierre* (1957). También la indagación psicológica *Robespierre* (1935), del periodista y diplomático filonazi Friedrich Sieburg, la biografía dual de Gérard Walter —vida y obra— (1961), la atractiva biografía de Hilaire Belloc en su edición española (Barcelona, 1969), *L'Histoire d'une solitude* (1968), de Max Gallo, o el apasionante estudio del psiquiatra Jean Artarit (2009). También me han sido muy útiles la recolección de Louis Jacob *Robespierre vu par ses contemporaines* (1938), la biografía comparada al modo plutarquiano *Quand Robespierre et Danton... inventaient la France* (1988), de André Stil, y el volumen editado por Colin Haydon y William Doyle (Nueva York, 1999) que incluye una contribución de Morris Slavin sobre el papel de Robespierre en el golpe de Estado jacobino. También me ha llamado la atención la reciente reivindicación del Incorruptible en *Robespierre entre vertu et Terreur* (2007), del ideólogo de extrema izquierda Slavoj Žižek. En mayor o menor medida también he consultado las biografías favorables de Jean Massin (edición de 1988) y François Ribadeau Dumas —*Robespierre, avait-il raison?* (1979)— y las abiertamente críticas de Laurent Dingli (2004) y Ruth Scurr, publicada esta última bajo el elocuente título de *Fatal*

*Purity* (Nueva York, 2006). Sobre las características y disposición de la casa de los Duplay he recurrido a *La maison de Robespierre* (1895), trabajo con el que Victorien Sardou entró en polémica con Hamel.

Sobre Augustin Robespierre, la monografía *Bonbon Robespierre* (2010), de Sergio Luzzatto.

Sobre Saint-Just destaca la biografía de Albert Ollivier *Saint-Just ou la force des choses* (1954), con prólogo de André Malraux. También he consultado la biografía de Norman Hampson (Oxford, 1991), la edición de sus discursos de Albert Soboul (1988), y las *Actes du Colloque Saint-Just* (1968), dirigido por el propio Soboul.

Sobre Tallien, la biografía de Thérèse Charles-Vallin, *Tallien. Le malaimé de la Fortune* (1997).

### **Biografías sobre líderes de la Comuna y enragés.**

Sobre Chaumette, el estudio de Ferdinand Braesch publicado como introducción a los *Papiers de Chaumette* (1908), y la minuciosa y pormenorizada biografía de Nicole Bossut *Chaumette porte-parole des sans-culottes* (1998).

Sobre Hassenfratz, la biografía de Emmanuel Grion *L'Étonnant parcours du républicain J. H. Hassenfratz* (1996).

Sobre Hébert, los trabajos de Gérard Walter *Hébert et le Père Duchesne* (1946), de Louis Jacob *Hébert. Le Père Duchesne. Chef des sans-culottes* (1960), el muy singular de Marina Grey *Hébert. Le Père Duchesne agent royaliste* (1983), y el de Morris Slavin *The Hebertistes to the Guillotine* (Baton Rouge-Londres, 1994).

Sobre Pache, la introducción de Adrien See a los documentos recopilados como *Le Procès Pache* (1911).

Sobre Jacques Roux, el opúsculo *Les curés rouges* (1976), de Maurice Dommanget.

Sobre las dirigentes de las Ciudadanas Republicanas Revolucionarias, *Claire Lacombe* (2005), de François Larue Langlois, y *Deux enragés de la Révolution. Leclerc de Lyon et Pauline Léon* (1993), de Claude Guillon.

### **Otras biografías consultadas.**

Sobre los generales implicados en los hechos del periodo, *Le Maréchal de Beurnonville* (1929), de Lucien Graux, *Miranda dans la Révolution Française* (Caracas, 1889), de Arístides Rojas, *Francisco de Miranda. A Transatlantic Life in the Age of Revolution* (Wilmington, Delaware, 2003), de Karen Racine, *Le général Dumouriez* (1914), de Pouget de Saint-André, *Dumouriez. Général de la Révolution* (2002), de su descendiente Isabelle Henry, *Dumouriez. Héros et proscrit* (2005), de Jean-Pierre Bois, y *Santerre. Général de la République Française* (Meaux, 1869), de A. Carro.

Entre lo militar y lo anecdótico, *Les demoiselles de Fernig* (1887), de Joseph



Bertal, y *Histoire des demoiselles de Fernig* (sin fecha), de J. Thiery.

Sobre el verdugo, *Une dynastie de bourreaux. Les Sanson* (1973), de Barbara Lévy, y *La Révolution Française vue par son bourreau* (reedición de 1988), de Charles-Henri Sanson, nieto del que con su mismo nombre ejerció el puesto durante la Revolución.

Sobre dos escritores, *Beaumarchais sous la Révolution. L’Affaire des fusils de Hollande* (Leiden, 1976), de Jeannette C. Gatty, *Beaumarchais* (Nueva York, 1999), de Maurice Lever, *Vie intime d’André Chénier* (1947), de Jeanne Galzy, *André Chénier. His Life and Work* (Oxford, 1965), de Francis Scarfe, *André Chénier: his Life, Death and Glory* (Athens, Ohio, 1965), de Vernon Loggins, y *Les Chénier* (1992), de Étienne Azais.

Y además he utilizado *Madame Récamier et ses amis* (1904), de Edouard Herriot, *Madame Récamier* (1912), de Joseph Turquan, *Madame Récamier* (1947), de Jules Bertaut, *Talma ou l’histoire au théâtre* (2007), de Madeleine y Francis Ambrière, y *The Romance of Madame Tussaud’s* (Nueva York, 1920), de su nieto John Theodore Tussaud.

### **Espanoles en esta fase de la Revolución.**

Las dos obras con documentación más interesante sobre los antecedentes directos de este periodo son las *Lettres de Domingo de Iriarte au premier ministre comte d’Aranda* (1946), y *Les Relations diplomatiques entre l’Espagne et la France. De Varennes a la mort de Louis XVI* (Burdeos, 1957), ambas de la hispanista Jacqueline Chaumié.

Sobre las relaciones entre España y Francia durante el periodo he consultado en primer lugar las *Memorias de Godoy* en su edición completa de la Universidad de Alicante (2008). También me han sido de utilidad *L’Ambassade Française en Espagne pendant la Révolution* (1892), de Geoffroy de Grandmaison, la separata de Gregorio Marañón *Verdadera actitud de los españoles durante la Revolución Francesa* (La Habana, 1957), la obra colectiva *Repercusiones de la Revolución Francesa en España*, que recoge las actas del coloquio organizado por la Universidad Complutense con motivo del bicentenario (Madrid, 1989), *España y la Revolución Francesa* (Barcelona, 1989), de Jean-René Aymes, *La guerra de España contra la Revolución Francesa* (Alicante, 1991), del propio Jean-René Aymes, *Les diplomats espagnols du XVIII siècle* (1992), de Didier Ozanam, editado por la Casa de Velázquez de Madrid, y la conferencia de Gonzalo Anes sobre el periodo revolucionario incluida en *España y Francia: una historia común* (Madrid, 2008), editada por la Academia de la Historia.

Sobre Teresa Cabarrús en este periodo, *Notre-Dame de Thermidor* (1867), de Arsène Houssaye, el primer tomo de *Histoire de la Terreur à Bordeaux* (Burdeos, 1877), de Aurelien Vivie, *Madame Tallien à Bordeaux pendant la Terreur* (Burdeos,

1930), de Maurice Ferrus, *Le Songe de Thermidor* (1986), biografía novelada de Xavier Laval pero con mucha información en sus notas, *Monsieur et Madame Tallien* (1987), de Marie-Hélène Bourquin, y *Madame Tallien. La reine du Directoire* (Biarritz, 1999).

Sobre Guzmán, el capítulo de Albert Mathiez incluido en *Autour de Danton* (1926), el capítulo de Pío Baroja «El enigma de Guzmán, el terrorista», incluido en *Vitrina pintoresca* (Madrid, 1935), el capítulo de Miguel de los Santos Oliver «Un grande de España, terrorista», incluido en *Los españoles en la Revolución Francesa* (Madrid, 1914), el estudio de Alfred Morel-Fatio «Le Révolutionnaire espagnol don Andrés María de Guzmán, dit Don Tocsinos», publicado en 1916 en la *Revue Historique*, y la biografía de Fernando Díaz-Plaja *Guzmán el Malo* (Barcelona, 1963).

Sobre Marchena, el trabajo de Alfred Morel-Fatio «José Marchena et la propagande révolutionnaire en Espagne», publicado en la *Revue Historique* en 1890, el estudio de Marcelino Menéndez Pelayo *El abate Marchena* (Buenos Aires, 1946), la edición de Fernando Díaz-Plaja de su *Obra en prosa* (Madrid, 1985), la obra de Juan Francisco Fuentes *José Marchena. Biografía política e intelectual* (Barcelona, 1989), y *La epopeya de los locos*, de José Manuel Fajardo (Barcelona, 1990).

### **Sobre la iconografía del periodo.**

Por encima de las demás obras destacan los *Tableaux historiques de la Révolution Française* basados en los grabados de Jean-Louis Prieur. Aunque he manejado sus cuatro tomos en una maravillosa edición de 1802, ha sido el tercero, dedicado a los protagonistas de la Revolución, el que me ha sido de mayor utilidad.

Entre todas las obras iconográficas publicadas con motivo del bicentenario destaca por su carácter exhaustivo *La Révolution Française. Images et récit*, editada en cinco volúmenes por el Club Diderot y acompañada de textos de Michel Vovelle.

Sobre la obra de David, el libro de V. R. Valentiner editado en Nueva York en 1929, la magnífica edición con dramáticas reproducciones en blanco y negro con texto de André Maurois realizada en 1948 por Éditions du Dimanche, *Le serment du jeu de paume de Jacques-Louis David* (1983), de Philippe Bordès, el libro de bolsillo *David. L'Art et le politique* (1988), de Régis Michel, y la rotunda obra *David* (1989), de Jean-Jacques Lévêque.

Otros libros tan útiles como gratificantes por su contenido plástico son *L'Art et la Révolution Française* (Neuchatel, Suiza, 1987), de Jean-Jacques Lévêque, *Les salons de peinture de la Révolution Française* (1989), de Jean-François Heim, editado por Christie's, los tres volúmenes del catálogo de la exposición *La Révolution Française et l'Europe*, organizada por el Consejo de Europa en el Grand Palais de París con motivo del bicentenario, el catálogo de la colección permanente del Musée de la Révolution Française de Vizille (1995), y los catálogos del Museo Carnavalet sobre

las exposiciones dedicadas a las acuarelas de Leuseur (2005) y a los grabados de Prieur (2006).

Sobre la sátira política, los dos volúmenes editados por Antoine de Baecque sobre *La caricature révolutionnaire* y *La caricature contrerrévolutionnaire* (1989), y *Estampes érotiques révolutionnaires* (1989), de Henri Veyrier.

También he consultado de cara a algunas descripciones el catálogo de la exposición *Modes et révolutions* organizada por el Museo Galliera con motivo del bicentenario, *Les Tuileries au XVIII siècle* (1990), editado por el Ayuntamiento de París, la *Histoire des édifices où ont siégé les assamblées de la Révolution Française* (1902), de Armand Brette, y las láminas y planos finales de la obra *Histoire et description pittoresque du Palais de Justice de Paris*, de Salvan y Schmit en una cuidada edición de 1825.

# ÍNDICE ONOMÁSTICO

Abarca de Bolea, Pedro Pablo, conde de Aranda  
Abdalónimo, rey de Sidón  
Adelaide, hermana del duque de Chartres, *mademoiselle* Égalité  
Adriano, emperador romano  
Alba, duque de, véase Álvarez de Toledo y Pimentel, Fernando  
Alba, Marc-David, *Lasource*  
Albitte, Antoine Louis  
Álvarez de Toledo y Pimentel, Fernando, duque de Alba  
Amar, Jean-Baptiste André  
Ami du Peuple, L'/Amigo del Pueblo, el, véase Marat, Jean-Paul  
Anes, Gonzalo  
Anitus, juez griego  
Antinoo, amante de Adriano  
Aranda, conde de, véase Abarca de Bolea, Pedro Pablo  
Arasse, Daniel  
Arendt, Hannah  
Aristides, estadista y estratega ateniense  
Armonville, Jean-Baptiste  
Arouet, François Marie, *Voltaire*  
Artarit, Jean  
Arthus, Charles-Melchior, marqués de Bonchamps  
Artois, duque de, véase Carlos X de Francia  
Atila  
Auckland, *lord*, embajador británico en Francia  
Audouin, François  
Auguis, Pierre Jean-Baptiste  
Auguste, comerciante de Forges-les-Eaux  
Aulard, Alphonse  
Babeuf, Gracchus  
Bachelard, guardia nacional  
Baillemont, contrarrevolucionario y agente doble  
Bailly, Jean Sylvain  
Bancal des Issarts, Jean Henri  
Barbaroux, Charles  
Barère, Bertrand, *Anacreonte de la Guillotina*  
Barnave, Antoine  
Baroja, Pío  
Basire, Claude  
Basset, grabador

Basterreche, Jean Pierre de  
Battellier, Jean César  
Batz, Jean de, barón  
Baudot, Marc-Antoine  
Beaulieu, Claude  
Beaumarchais, Pierre-Augustin Caron de  
Beauvert, Françoise  
Beauvoir, criado y amante de Madeleine de Kolly  
Bellegarde, Antoine Denis Dubois de  
Bellegarde, hermanas  
Bentabole, Pierre Louis  
Bérardier de Bataut, François-Joseph, abad  
Bergoeing, François  
Bernard, Jean  
Bernard, Juliette, *madame Récamier*  
Bernard, *madame, véase* Matton, Marie Julie Berruyer, Jean-François  
Berthélemy, François, marqués de  
Bertrand, Antoine-Marie  
Bertrand de la Hosdinière, Charles Ambroise  
Bethuis, Germain  
Beugnot, Jacques Claude  
Beurnonville, Pierre  
Billaud-Varenne, Jacques Nicolas  
Biron, Armand Louis de Gontautt  
Birotteau, Jean  
Bisé, ciudadano  
Blanc, Louis  
Blanc, Olivier  
Blanchard, autor de una carta  
Blanchelande, Philippe-François  
Blair, Eric Arthur, *George Orwell*  
Bluche, Frederic  
Boilleau, Jacques  
Boissy d'Anglas, François-Antoine de  
Bologne, Joseph, caballero de Saint-George  
Bonaparte, Napoleón  
Bonchamps, marqués de, *véase* Arthus, Charles-Melchior  
Bonne-Carrère, Guillaume de  
Bonnevillle, Nicolas de  
Bosc, amigo de Roland  
Bouchotte, Jean-Baptiste

Boufflers, pintor  
Bouillé, François de  
Boulangier, comandante de la Guardia Nacional de París  
Boulard, coronel  
Boulart, general  
Boullemer, juez de distrito  
Bourdon, Léonard  
Bourdon de l'Oise, François-Louis  
Bourgoing, Jean-François  
Bourquin, Marie-Hélène  
Boursiaux, escribano de la Comuna de París  
Bowers, Claude G.  
Boyer-Fonfrède, Jean-Baptiste  
Boze, Joseph  
Bozon, señor de  
Braesch, Ferdinand  
Bréard, comisario de la Marina  
Bréard, Jean-Jacques  
Bretonne, Restif de la  
Brienne, Lomenie de  
Brissac, duque de, véase Cossé-Brissac, Louis Hercule Timoléon de Brissot de  
Varville, Jacques Pierre  
Broglie, Victor de  
Brûlart, Charles-Alexis, marqués de Sillery, conde de Genlis  
Brune, Guillaume Marie-Anne  
Brunot, Ferdinand  
Brunswick, duque de, véase Ferdinand, Charles Guillaume  
Bruto, Marco Junio  
Buche, Philippe-Joseph-Benjamin  
Buzot, François  
Bylandt, Lodewijk van, conde de  
Caballero de Saint-George, véase Bologne, Joseph  
Cabanis, Pierre-Jean George  
Cabarrús, Francisco, conde de  
Cabarrús, Pierre  
Cabarrús, Teresa-Thérésia, *madame* de Fontenay  
Cahen, Léon  
Calonne, Charles Alexandre de  
Cambacérès, Jean-Jacques-Régis de, duque de Parma  
Cambon, Pierre Joseph  
Camboulas, Simón

Camilo, Marco Furio  
Campomanes, Pedro Rodríguez de  
Camus, Armand Gaston  
Candeille, Julie  
Capeto, Luis, véase Luis XVI de Francia  
Caritat, Marie-Jean-Antoine Nicolas de, exmarqués de Condorcet  
Carles, secretario de la embajada francesa en Madrid  
Carlomagno  
Carlos III de España  
Carlos IV de España  
Carlos X de Francia, duque de Artois  
Carlyle  
Carnot, Lazare  
Carra, Jean-Louis  
Carrese, Juan Antonio  
Carrier, Jean-Baptiste  
Catalina la Grande  
Cathelineau, Jacques  
Catilina, Lucio Sergio  
Catón  
Cauchois, Jean Alexandre  
Cavillier, Elisabeth  
Cervantes, Miguel de  
César, Julio  
Chabot, François  
Châles, diputado jacobino y exsacerdote  
Chalier, presidente del tribunal del distrito de Lyon  
Chambon, Aubin  
Chamfort, Nicolas  
Champagnac, presidente del Comité de Vigilancia de los Defensores de la República  
Champagneux, Luc-Antoine  
Charette, señor de  
Charpentier, Gabrielle  
Chartres, duque de  
Chateaubriand, François-René, vizconde de  
Châtelet, duque de, véase Lomont d'Haraucourt, Louis Marie Florent de  
Chaumette, Pierre Gaspard Anaxágoras  
Chaumié, Jacqueline  
Chaussard, Pierre, *Publícola*  
Chauveau-Lagarde, Claude François



Chauvelin, Bernard François  
Chénier, André  
Chénier, Louis  
Chénier, Marie-Joseph  
Chépy, comisario ejecutivo de Bruselas  
Choudieu, Pierre René  
Chuquet, Arthur  
Cicerón, Marco Tulio  
Cincinato, Lucio Quincio  
Clairfayt, general  
Claretie, Jules  
Clavière, Étienne  
Clémence, secretario del Comité Central Revolucionario  
Clère, Catherine  
Climent, impresor  
Cloots, Anacharsis  
Cobb, Richard  
Coburgo, Josias de Saxe-Coburg-Saalfeld, príncipe de  
Coligny, Gaspar de  
Collot d'Herbois, Jean Marie  
Colombeau, secretario-escribano de la Comuna de París  
Condorcet, exmarqués de, véase Caritat, Marie-Jean-Antoine Nicolas de  
Corday, Charlotte  
Cossé-Brissac, Louis Hercule Timoléon de, duque de Brissac  
Couthon, Georges  
Creso, rey de Lidia  
Crest de Saint-Aubin, Stéphanie Félicité du, *madame* de Genlis, *madame* Sillery  
Cromwell, Oliver  
Crouzet, François  
Custine, Adam Philippe de, conde de  
D'Abrancourt, ministro de la Guerra  
D'Alembert  
D'Allon, tía de Louis Guyot des Maulans  
D'Arçon, general  
D'Elbée, aristócrata y generalísimo  
D'Espagnac, abate y suministrador del ejército  
Damiens, François  
Dampierre, general  
Danton, George Jacques  
Dardenne, ciudadana  
Daujon, escultor

David, Jacques-Louis  
Davout, Louis-Nicolas, duque de Auerstädt y príncipe de Eckmühl  
Debry, Jean  
Defermon, Jacques Joseph  
Defrey, barón alemán  
Delacroix, Jean-François  
Delaunay, Pierre-Marie, *Delaunay el Joven*  
Delessart, ministro de Asuntos Exteriores  
Delmas, Jean François Bertrand  
Demóstenes, político ateniense  
Deperret, Lauze  
Descarrieres, cuñado de Santerre  
Deseine, Claude-André  
Dèseze, Raymond  
Desfieux, François  
Desmoulins, Camille  
Desmoulins, Lucile, *véase Duplessis Desmoulins, Lucile*  
Desormeaux, ciudadano  
Destournelles, Louis Deschamps  
Devaux, general  
Devin de Fontenay, Jean-Jacques  
Diderot  
Dillon, Arthur  
Dobsent, Emmanuel  
Dodun, *madame*  
Dorat-Cubières, secretario de la Comuna  
Douai, Merlin de  
Doulcet de Pontécoulant, Louis  
Drouet, Jean-Baptiste  
Dryander, pintor  
Du Lac, escritor  
Dubois-Crancé, Edmond  
Dubuisson, secretario del Club de los Jacobinos  
Ducos, Jean-François  
Dufourny, Louis Pierre  
Dufraisse, Marc  
Dufriche-Desmadeleines, hermano de Dufriche-Valazé  
Dufriche-Valazé, Charles Éléonor  
Dugazon, Jean Henri  
Duhem, Pierre Joseph  
Dulaure, Jacques Antoine

Dumas, juez  
Dumas, Thomas-Alexandre Davy de la Pailleterie  
Dumont, ciudadano  
Dumouriez, Charles François  
Duplay, carpintero  
Duplessis Desmoulins, Lucile  
Dupont, Félicité  
Duport, Adrien  
Duprat, Jean  
Duquesnoy, Adrien  
Durand de Maillane, Pierre  
Durero, Alberto  
Dusaulx, Jean Joseph  
Dutard, abogado y confidente de Garat  
Égalité, Philippe, exduque de Orleáns  
Elizabeth, *madame*, hermana de Luis XVI de Francia  
Elliot, Grace  
Enrique IV de Francia  
Esquiros, Alphonse  
Estat, Lucrece d'  
Eudora, hija de *madame* Roland  
Eustace, John Skey  
Évrard, Simonne  
Eynaud, representante en la Asamblea del Arzobispado  
Fabre d'Églantine, Philippe-François-Nazaire  
Fabricio, político y militar romano  
Fain, director de *Le Journal de Lyon*  
Fallot, ciudadano  
Faro, presidente de la Sección de Poissonnière  
Fauchet, Claude, abate  
Faure, acusador público en el tribunal del 10 de agosto  
Favier, viuda  
Fayau, Joseph  
Federico-Guillermo II de Prusia  
Felipe II de España  
Féraud, jurista  
Ferdinand, Charles Guillaume, duque de Brunswick  
Fernán Núñez, conde de  
Fernig, Félicité de  
Fernig, Théophile de  
Ferrand, Jean-Bertrand

Ferrières, Anibal  
Fersen, Hans Axel  
Fievée, Joseph  
Fleury, alcalde de Forges-les-Eaux  
Fleury, Marguerite  
Floridablanca, conde de, véase Moñino y Redondo, José  
Fontenay, marqués de  
Fortin, Jean-Joseph  
Foucaud, secretario del cuarteto de la Convención  
Foucalt, Étienne  
Fouché, Joseph  
Fouquier-Tinville, Antoine Quentin  
Fournerot, secretario de los *sans-culottes* de Finistère  
Fournier, Victor  
Fournier *el Americano*  
Francisco I de Austria  
Franklin, Benjamin  
Frémont, miembro del Consejo General de la Comuna  
Freron, Louis Marie  
Fuentes, Juan Francisco  
Furet, François  
Fusil, Louise  
Gabriel, dibujante  
Gadet, André  
Gadolle, agente de Lebrun  
Gamon, François Joseph  
Garat, Dominique-Joseph  
García Cañuelo, Luis  
Gardien, Jean-François Marie  
Garnery, editor  
Garnier-Launay, François Pierre  
Garran-Coulon, Jean Philippe  
Gasparin, Thomas Augustin  
Gaston, peluquero y líder de los rebeldes de la Vendée  
Gautier, policía de la Comuna de París  
Gély, Louise  
Genissieu, Jean Joseph Victor  
Genlis, *madame* de, véase Crest de Saint-Aubin, Stéphanie Félicité du  
Gensonné, Armand  
Gérard, pintor  
Gibbon, Edward

Girard, Antoine Marie Anne  
Girey-Dupré, Joseph-Marie  
Gisors, arquitecto  
Gluck, Christoph Willibald  
Godoy, Manuel, duque de Alcudia  
Goethe, Johann Wolfgang von  
Goguet, general  
Gohier, Louis Jérôme  
Gomaire, Jean René  
Gorsas, Antoine-Joseph  
Gossec, François-Joseph  
Gossuin, Constant Joseph Eugène  
Gottschalk, Louis  
Goupilleau, Philippe  
Grangeneuve, Jean Antoine Lafangue de  
Grégoire, abate  
Guadet, Élie  
Guillermo V de Orange-Nassau  
Guillotín, Joseph-Ignace  
Guitard de Floriban, Celestin  
Guyot des Maulans, Louis  
Guyton-Morveau, Louis Bernard  
Guzmán, Andrés María de, Don Tocsinos  
Hamel, Ernest  
Hanriot, François  
Hardy, Antoine  
Harmand de la Meuse, Jean-Baptiste  
Hassenfratz, Jean Henri  
Hébert, Jacques  
Heinsius, pintor  
Hendelet, Claude  
Henriette, esposa de Anaxágoras Chaumette  
Henry-Larivière, Pierre François Joachim  
Hérault de Séchelles, Jean-Marie  
Herissay, Jacques  
Herlaut, general  
Hevia, José  
Higonnet, Patrice  
Hobbes, Thomas  
Houssaye, Arsène  
Ingrand, François-Pierre

Iriarte, Domingo de  
Isnard, Maximin  
Jaurès, Jean  
Jeaufre, ciudadano  
Jefferson, Thomas  
Jerjes, rey de Persia  
Johnson, doctor  
Johnson, William  
Jomini, Antoine-Henri  
Jorge III de Inglaterra  
José II de Austria  
Jouneau, Jean Joseph  
Jourdan *Cortacabezas*  
Jourdeuil, ciudadano  
Jovellanos, Gaspar Melchor de  
Jullien, Marc-Antoine, *Jullien de la Drome*  
Justine, hermana de Ducos y esposa de Boyer-Fonfrède  
Kellerman, general  
Kennedy, Michael  
Kersaint, Armand de  
Kervelegan, Augustin  
Kolly, Paul de  
Kuscinski, Auguste  
La Harpe, Jean-François  
La Houlière, general  
La Noue, general  
La Révellière-Lépeaux, Louis-Marie de  
La Rochejaquelein, marquesa de  
La Villette, marqués de  
Lacaze, Jacques  
Laclos, Choderlos de  
Lacombe, Claire  
Lacretelle, Charles de  
Lacy, capitán general de Cataluña  
Ladevize, Nicolle de  
Lafaye, presidente del Club de los Jacobinos  
Lafayette, general  
Lage de Volude, *madame* de  
Lalanne, Pierre  
Laloue, Philibert  
Lamarque, François

Lamartine, Alphonse de  
Lamballe, princesa de  
Lameth, Alexander  
Lameth, Charles  
Lameth, Theodore  
Laneuville, Jean-Louis  
Languet, correo  
Lanjuinais, Jean-Denis  
Lanjuinais, Victor  
Lanthenas, François Xavier  
Laporte, Arnaud de  
Las Casas, embajador de España en Venecia  
Lasource, véase Alba, Marc-David  
Launay, Bernard René de  
Lavaud, Agathe  
Laya, Jean Louis  
Lazowski, Claude François  
Le Bas, Joseph  
Le Couteux de Canteleu, Jean-Barthélémy  
Le Peletier, Amedée  
Le Peletier, Felix, *Blondinet*  
Le Peletier, Suzanne  
Le Peletier de Saint-Fargeau, Louis Michel  
Lebrun-Tondu, Pierre  
Lebrun-Tondu, Civilis-Victoire-Jemappes-Dumouriez  
Leclerc, Théophile  
Lecointe-Puyraveau, Michel Mathieu  
Lecointre, Laurent  
Lecoq, Louis  
Lecretelle, Charles de  
Lefebvre, Georges  
Lefebvre, Simon  
Lefranc, Jean-Baptiste  
Legendre, Louis  
Legros, M., véase Marat, Jean-Paul  
Lehardi, Pierre  
Lemaître, Jules  
Lenin, véase Ulianov, Vladimir Ilich  
Lenormand, *madame*  
Léon, Pauline  
Lepage, Louis Pierre Nicolas Marie



Lerat, Louis  
Lerena, ministro de Hacienda español  
Leroux, juez de paz de la Sección de Unité  
Lesage-Senault, Gaspard Jean Joseph  
Lescalet, ciudadana  
Lesclapart, ciudadana  
Lescuyer, general  
Lestapis, Armand de  
Letort, cura  
Lévasseur de la Sarthe, René  
Licurgo, legislador de Esparta  
Lidon, Bernard François  
Lindet, Robert  
Lintilhac  
Lisle, Rouget de  
Lodoïska, nombre literario de la mujer de Jean-Baptiste Louvet de Couvray  
Loiseau, Jean-François  
Lomont d'Haraucourt, Louis Marie Florent de, duque de Châtelet  
Louis, Antoine  
Loustalot, Elysée  
Louvet de Couvray, Jean-Baptiste  
Loys, Jean-Baptiste  
Luis XIV de Francia  
Luis XV de Francia  
Luis XVI de Francia, Luis Capeto  
Luis XVII de Francia  
Luis XVIII de Francia, conde de Provenza  
Lullier, Louis Marie  
Macanaz, Rafael Melchor de  
Mack, Karl  
Madeleine, esposa de Paul de Kolly  
Madelin, Louis  
Magno, Alejandro  
Mahoma, profeta del islam  
Mailhe, Jean-Baptiste  
Malesherbes, abogado de Luis XVI  
Mallarmé, François René  
Malus, suministrador del ejército  
Manuel, Pierre  
Maquiavelo, Nicolás  
Marassé, general

Marat, Jean-Paul, L'Ami du Peuple, el Amigo del Pueblo, M. Legros  
Marcé, general  
Marchand, secretario del Comité Central Revolucionario  
Marchena, José  
Marguerite, mujer de Jean-Baptiste Louvet de Couvray  
María Antonieta de Austria, reina de Francia  
María Luisa de España  
Maribon-Montaut, Louis  
Marie-Françoise, monja  
Marino, Jean-Baptiste  
Marquet, impresor y presidente del Comité Central Revolucionario  
Martin, policía  
Martin, supuesto cordelero  
Martin, Jean-Clément  
Masaniello, Tommaso  
Massieu, Jean-Baptiste  
Masuyer, Claude  
Mathiez, Albert  
Matton, Marie Julie, *madame* Bernard  
Maupassant, Louis  
Maure, Nicolas Sylvestre  
Maury, abate  
Mazarino, Jules  
Mazuel, comandante de caballería del Ejército Revolucionario  
Méaulle, Jean Nicolas  
Meilhan, Senac de  
Meillan, Arnaud  
Meléndez Valdés, Juan  
Menéndez Pelayo, Marcelino  
Menuret, Jean, doctor  
Mercier, Sébastien  
Mère Duchesne, vendedora de golosinas  
Méricourt, Théroigne de  
Merlin de Douai, Philippe Antoine  
Miaczinski, general  
Michel, Étienne  
Michel, Guillaume  
Michelet, Jules  
Mingot, Desiré-Charles  
Mirabeau, conde de, véase Riqueti, Honoré Gabriel  
Miranda, Francisco

Moleville, Bertrand de  
Mollevaut, Étienne  
Momoro, Antoine-François  
Monge, ministro de Marina  
Montaigne, Michel Eyquem de  
Montané, presidente del Tribunal Revolucionario  
Montesquieu, barón de, véase Secondat, Charles Louis de  
Montjoye, coronel  
Montmorin, Armand Marc de  
Montpensier, hermano de Chartres  
Montron  
Moñino y Redondo, José, conde de Floridablanca  
Moreau, abate  
Morris, embajador de Estados Unidos en Francia  
Mortimer-Ternaux  
Muller, Charles-Louis  
Muriel  
Muzine, comisario de policía  
Narbonne, conde de  
Necker, Jacques  
Neuilly, general  
Neveu, Étienne  
Newton, Isaac  
Nicolle, Paul  
Niou, Joseph  
Noailles, Louis de  
Numa Pompilio  
Ocáriz y Baeza, José Joaquín  
Odo, Jeanne  
Oelsner, doctor  
Ollivier, artesano  
Orleáns, exduque de, véase Égalité, Philippe  
Orwell, George, véase Blair, Eric Arthur Osselin, Charles Nicolas  
Ovidio, Publio Nasón  
Ozouf, Mona  
Pache, Jean-Nicolas  
Paganel, Pierre  
Pagès, Raymond  
Paine, Thomas  
Pamela, *mademoiselle*, amiga de la hija del duque de Orleáns  
Panis, Étienne Jean

Papon, abate  
Pâris, Nicolas-Joseph, *Fabricius*  
Pâris, Philippe Nicolas Marie de  
Pascal, inconformista  
Pasquier, Étienne  
Patrick, Alison  
Payen, ciudadana  
Pénières, Jean-Augustin  
Peret, Paul  
Pereyra, Jacob  
Permes, Raymond  
Perret, Lauze de  
Perrière, informante de Garat  
Pétion, Jérôme, *el Inflexible*  
Philipon, Manon, *madame* Roland  
Philippeaux, Pierre  
Pierre, sobrino de Garat  
Pilatos, Poncio  
Pitt, William  
Plaisant de la Houssaye, presidente del Comité de Subsistencias  
Platón, filósofo griego  
Plessis, Armand-Jean du, duque de Richelieu, cardenal  
Plutarco, Lucio Mestrio  
Potemkin, Grigory Aleksandrovich, príncipe  
Poultier, exbenedictino y miembro del Comité de Guerra  
Poupel, secretario del Comité de Subsistencias  
Prieur, grabador  
Prieur de la Marne, Pierre Louis  
Proli, Pierre  
Protaix, secretario de la Sección de la Cité  
Provenza, conde de, véase Luis XVIII de Francia  
Prudhomme, Louis  
Publícola, Publio Valerio  
Pulcher, Publius Clodius  
Quinet, Edgar  
Quinette, Nicolas Marie  
Rabaut Pommier, Jacques Antoine  
Rabaut Saint-Étienne, Jean Paul  
Racine  
Raffet, capitán  
Ravillac, François

Raynal, abate  
Réal, André  
Réal, Pierre François  
Rebecqui, François Trophime  
Récamier, Jacques  
Récamier, *madame*, véase Bernard, Juliette  
Renard, Baptiste  
Reynaud, casero de Boyer-Fonfrède  
Reynon, cronista local de Bayona  
Ricardos, Antonio, general  
Richebraques, François  
Richelieu, duque de, cardenal, véase Plessis, Armand-Jean du Richou, Louis  
Riqueti, Honoré Gabriel, conde de Mirabeau  
Rivarol, Antoine de  
Robert, François  
Robespierre, Augustin, *Bonbon*  
Robespierre, Charlotte  
Robespierre, Maximilien, *el Incorruptible*  
Rocher, zapador  
Roederer, Pierre-Louis  
Roland, Jean-Marie  
Roland, *madame*, véase Philipon, Manon Romme, Charles Gilbert  
Roucher, poeta  
Roudinesco, Elisabeth  
Rousseau, archivero del Club de los Jacobinos  
Rousseau, Jean-Jacques  
Rousselin de Saint-Albin, Alexandre-Charles  
Roussillon, Antoine  
Roux, Jacques  
Roux-Lavergne, Pierre Célestin  
Rouzet, Jacques Marie  
Rovère, Joseph Stanislas François Xavier  
Rôze, ujier  
Ruamps, Pierre Charles  
Rudé, George  
Rühl, Philippe Jacques  
Sade, Donatien Alphonse François, marqués de  
Sade, Louis, véase Sade, Donatien Alphonse François  
Sagnier, pasante de Jean-Joseph Fortin  
Saint-André, Jeanbon  
Saint-Just, Louis Antoine de

Saint-Martin-Valogne, Charles Vaissière de  
Sainte-Claire Deville, Paul  
Saintes, Bernard de  
Saladin, Jean-Baptiste Michel  
Salas, Ramón de  
Salle, Jean-Baptiste  
Sanson, Charles-Henri  
Sanson, Gabriel  
Sanson, Henri  
Santerre, Antoine Joseph, el *General Espumoso*  
Santi-Lamaca, Elizabeth  
Sauvan, Jean-Baptiste  
Schama, Simon  
Schmidt, Tobias  
Secondat, Charles Louis de, barón de Montesquieu  
Serres, Jean Joseph  
Servan, Joseph  
Shakespeare, William  
Sieyès, Emmanuel, abate  
Sillery, véase Brûlart, Charles-Alexis Sillery, *madame*, véase Crest de Saint-  
Aubin, Stéphanie Félicité du  
Simond, Philibert  
Slavin, Morris  
Smith, Adam  
Soboul, Albert  
Sócrates, filósofo griego  
Soemmering, Samuel  
Solón, poeta y legislador ateniense  
Sophie, esposa de Marie-Jean-Antoine Nicolas de Caritat, exmarqués de  
Condorcet  
Sorel, Albert  
Souchu, René  
Soulès, policía  
Stäel, *madame* de  
Stengel, general  
Stofflet, guardabosques  
Suard, Jean-Baptiste  
Suleau, François  
Sydenham, Michael  
Taillefer, Jean-Baptiste  
Taine

Talleyrand-Perigord, Charles-Maurice de, obispo de Autun  
Tallien, Jean-Lambert  
Talma, François Joseph  
Talma, Julie  
Target, Guy Jean-Baptiste  
Taschereau, espía del Consejo Ejecutivo en Madrid  
Tassaert, grabador  
Tassin, banquero  
Ternois, secretario de la organización de hospitales de París  
Terrasson, miembro del Comité de Constitución del Club de los Jacobinos  
Terrasson, informador de Garat  
Théodore, hijo de Teresa Cabarrús  
Thibaudeau, Antoine Claire  
Thiers  
Thirion, Didier  
Thomas, Jean-Jacques  
Thompson, J. M.  
Thouvenot, jefe de Estado Mayor francés  
Thuriot, Jacques  
Tocsinos, Don, véase Guzmán, Andrés María de  
Toulouse, Julien de  
Tour du Pin, *madame* de la  
Treilhard, Jean-Baptiste  
T'Serclaes de Tilly, Alberto Octavio  
Tuetey  
Tulard, Jean  
Turgot, ministro de Finanzas  
Tussaud, *madame*  
Ulianov, Vladimir Ilich, Lenin  
Valady, Yzarn  
Valence, general  
Varlet, Jean  
Vergniaud, Pierre Venturin  
Verteuil, general  
Viard, Achille  
Viger, Louis François Sébastien  
Vignon, arquitecto  
Villers, François Toussaint  
Vincent, François Nicolas  
Vincenti, nuncio en España  
Viola, Paolo



Virgilio, Publio Marón  
Virginia Scipion, hija de Jacques Hébert y la hermana Marie-Françoise  
Voltaire, véase Arouet, François Marie  
Vonck, François  
Walter, Gerard  
Watel, presidente de la municipalidad de Lieja  
Watteville, redactor de *Gazette de France*  
Westermann, general  
Williams, Helen Maria  
Wolikow, Claudine  
York, duque de, hijo de Jorge III de Inglaterra  
Zinoviev, embajador ruso en España  
Zweig, Stefan

# Notas

# Notas Preámbulo

[1] El término sans-culottes —literalmente «sin calzones»— había sido utilizado por primera vez en marzo de 1791 por la prensa monárquica —en concreto por Le Journal de la Cour et de la Ville— como sinónimo despectivo de la canalla parisina. «Se pretende identificar al mismo tiempo la pobreza, la bestialidad, la incultura y la desnudez grosera». Pero a partir de las movilizaciones populares que desembocan en el asalto a las Tullerías y la caída de la Monarquía el 10 de agosto de 1792, «la injuria se transforma en timbre de gloria», y los sans-culottes se jactan de serlo (Mazauric, Claude, «Sans-culottes, sans-culotterie, sans-culottisme», en Dictionnaire Historique de la Révolution Française, Albert Soboul [édit.], PUF, 1989, págs. 957-964). <<

[2] Como en el caso anterior, el término enragés —«rabiosos», «airados»— se utiliza inicialmente desde las filas aristocráticas de forma peyorativa contra casi cualquier grupo revolucionario, incluidos los identificados luego como girondinos. Tras la caída de la Monarquía adquiere su acepción definitiva «al designar a una minoría activa de militantes de las secciones que reclaman medidas sociales y económicas radicales a favor de los más desheredados, como la requisición y tasación de las mercancías, o la pena de muerte contra los acaparadores» (Gotlib, Roland, «Enragés», en Soboul [édit.], op. cit., págs. 416-419). <<

[3] La Escuela Militar de Sorèze, en el departamento transpirenaico de Tarn, formaba parte de una red de doce colegios especializados en la formación militar creada por la Monarquía. Tenía como sede una antigua abadía benedictina, pasaba por ofrecer los métodos más avanzados de enseñanza militar y estaba especializada en atraer alumnos internacionales. <<

[4] «Un tribunal incompetente cuyo presidente me odiaba mortalmente fue movilizado contra mí», explicaría Guzmán. «Yo renuncié a justificarme sobre una acusación imaginaria, no delante de un juez, sino delante de un enemigo sin jurisdicción, y abandoné España» (Morel-Fatio, Alfred, «Le révolutionnaire espagnol don Andrés María Guzmán», Revue Historique, 1er fasc., 1916, pág. 38). <<



[5] Morel-Fatio, op. cit., pág. 48. <<

[6] Morel-Fatio, op. cit., pág. 42. <<

[7] «¿Cuáles fueron las relaciones de Guzmán con Danton y su grupo? Saint-Just ha dicho que cenaba con Danton tres veces por semana, pero el testimonio de Saint-Just debe ser verificado» (Albert Mathiez, «Un agent de l'étranger, l'espagnol Guzmán», *Annales Historiques de la Révolution Française*, 1916, pág. 415). <<

[8] La batalla de Valmy había tenido lugar el 20 de septiembre de 1792, cuando las tropas mandadas por Dumouriez cortaron el camino de Sedan a Valmy a los invasores prusianos del duque de Brunswick. El combate no pasó de ser un intercambio de disparos de cañón que dejó apenas quinientos muertos entre ambos bandos. Intimidados por los gritos de «¡Viva la Nación!» de los voluntarios franceses que se habían añadido a las tropas regulares, los prusianos se dieron la vuelta. <<

[9] La batalla de Jemmapes había tenido lugar el 6 de noviembre de 1792, cuando las tropas de Dumouriez habían obligado a los austriacos a abandonar sus posiciones en torno al pueblo del mismo nombre, dejando en sus manos el control de toda Bélgica.

<<

[10] Morel-Fatio. op. cit., pág. 52. <<

[11] Los «asignados» fueron inicialmente títulos de deuda emitidos a cuenta de la nacionalización de los bienes de la Iglesia. En 1789 se emitieron asignados en billetes de 1000 libras por valor de 400 millones a un tipo de interés del 5 por ciento. Pero en septiembre de 1790 la Asamblea Constituyente, compuesta por muchos abogados y muy pocos financieros, acordó otra emisión de 800 millones en billetes pequeños, convirtiendo en la práctica el asignado en moneda de curso legal y uso corriente. Teniendo en cuenta que la masa de moneda metálica simultáneamente en circulación era de sólo 2200 millones, es fácil entender que se disparara la inflación y se depreciara en picado el valor de los asignados. Pero eso sólo había sido el comienzo de lo que se convertiría en una loca huida hacia delante a base de nuevas emisiones.

<<



[12] Wendel, Hermann, «Danton, Dictator of the French Revolution», Constable, Londres, 1936. pág. 354. <<

[13] El título del escrito de fecha 28 de octubre de 1792 era «Observations présentées à l'Assemblée Administrative des Hôpitaux, contenant les vœux et les intentions de la Section des Piques, relativement à la manière dont elle veut que ses commissaires se conduisent dans la dite assemblée administrative, et lues à cette assemblée par les dits commissaires». Su tesis era que la Asamblea Administrativa de los Hospitales debía incluir un número equivalente de personas ajenas a la medicina para «equilibrar» la influencia de los médicos. También admitía la instalación en la Sección de Piques de un pequeño establecimiento «de diez o doce camas como máximo», y advertía que la sección no disponía de fondos para contribuir a la administración de los hospitales (Lever, Maurice, «Sade et la Révolution», Bartillat, 1998, págs. 176-178). <<

[14] Las masacres se desencadenaron el 2 de septiembre de 1792 al llegar a París la noticia de que los invasores prusianos habían tomado Verdún y en cuestión de días podían estar en la capital, donde contarían con la ayuda de los aristócratas detenidos en las prisiones. Excitados por buena parte de la prensa revolucionaria e indignados por algunas absoluciones dictadas por el Tribunal Extraordinario creado para castigar las muertes de los «patriotas» durante el asalto a las Tullerías, los sans-culottes más radicales comenzaron a tomarse la justicia por su mano, asesinando a casi la mitad de los detenidos en las cárceles. Unas mil trescientas personas fueron sacrificadas tras unos simulacros de juicios populares. <<

[15] Sade había utilizado el castillo de Lacoste, en el Departamento de La Vaucluse, junto al Mont Ventoux, como lugar de reunión con prostitutas y de experiencia sexual con criados de ambos sexos. Tanto su esposa como la hermana de esta participaban en sus juegos, pero su suegra obtuvo la primera «lettre de cachet» contra él a raíz de los escándalos que fueron trascendiendo. En la carta a su amigo Gaufridy —al que anteriormente había explicado cuánto odiaba a los jacobinos— Sade dice que «nada iguala el horror de las masacres que se han cometido». Sin embargo, luego añade entre líneas, pensando tal vez que la carta podía ser interceptada: «Pero eran justas» (Bartillat, op. cit., págs. 216-218). <<

[16] La Sección de Piques contaba 13.428 habitantes según el censo del año 3 (1795). De ellos 784 eran indigentes según un cálculo realizado el año anterior por el Journal de la Montagne (Soboul, Albert, Les sans-culottes parisiens en l'an 2, Clavreuil, 1958, pág. 1091). Otras fuentes reducen el censo de la sección a poco más de 10.500 habitantes, con entre 1300 y 2000 indigentes. En 1790 el número de ciudadanos activos y elegibles, o sea, con una renta suficiente como para ser considerados nobles o burgueses, había sido fijado en 2654 (Reinhard, Marcel, Nouvelle histoire de Paris. La Révolution, Hachette, 1971, págs. 360, 415, 434). <<

[17] En el compendio de las sesiones del club de los Jacobinos publicado por Alphonse Aulard en seis volúmenes no aparece consignada ni una sola intervención de Guzmán. Según documentos de la Sección de Piques fue comisionado en un par de ocasiones para intervenir ante el Club. Según Díaz Plaja, «se trata de asuntos menores» y «no se puede decir que ninguna de las proposiciones defendidas hiciera historia», lo cual «reconcome» al ambicioso Guzmán (Díaz Plaja, Fernando, Guzmán el Malo, Plaza y Janés, Barcelona, 1963, pág. 59). <<

[18] François Desfieux había llegado a París en los primeros días de la Revolución y su nombre figuraba entre los «vencedores de la Bastilla». Había vuelto a Burdeos y promovido el club del Café Nacional, hostil a la burguesía local. De nuevo en París, reproduce su hostilidad a los diputados de la Gironda, apoyándose tanto en los Cordeleros como sobre todo en los Jacobinos, entre los cuales ocupa puestos directivos, en especial la presidencia de su Comité de Correspondencia. «Ingeniándose para sembrar la discordia y ligado a individuos poco recomendables o sospechosos [...]. Desfieux fue siempre muy mal visto por Robespierre» (Tulard, Jean y otros, *Histoire et dictionnaire de la Révolution Française*, Robert Laffont, 1998, pág. 760). Al mismo tiempo el principal periódico moderado lo denunciaba como agente monárquico (*Le Patriote Français*, nº 1387, 1 de junio de 1793, Keip Verlag, Frankfurt am Main, 1989, t. VIII, pág. 606) <<



[19] Louis Pierre Dufourny de Villiers había sido ingeniero jefe de la villa de París con la Monarquía, pero su entusiasmo revolucionario le llevó a alinearse con las posiciones más extremistas. Muy activo tanto entre los jacobinos como entre los cordeleros, había entrado a formar parte, después del 10 de agosto, del Directorio del Departamento de París, del que llegó a ser presidente. Esto le daba derecho a asistir a las reuniones de los comités de la Convención y le depararía sonados enfrentamientos con Robespierre. <<

[20] Dupuy, Roger, artículo en Soboul, op. cit., pág. 96. Todo indica que el barón de Batz sirvió de inspiración a la baronesa de Orczy para el personaje de *sir* Percy Blakeney, protagonista de *La Pimpinela Escarlata*, novela publicada en 1905 en Londres <<

[21] Batz, barón de, La vie et les conspirations de Jean, baron de Batz, Calmann-Lévy, circa 1906, t. I, pág. I. <<

[22] El duque de Orleáns, primo del rey y gran maestro de todas las logias masónicas de Francia, había sido un personaje clave durante los tres primeros años de la Revolución, en la medida en que su sombra aparecía detrás de todos los acontecimientos que desestabilizaban el trono. Su influencia sobre cuanto sucedía en el Palais Royal —había alquilado sus tiendas como fuente de ingresos para pagar sus deudas— era patente, y tenía un grupo muy adicto a su causa encabezado por su secretario, el autor de *Les liaisons dangereuses* (Las amistades peligrosas), Choderlos de Laclos, su examante, *madame* de Genlis, y el marido de ésta y diputado en la Convención, el marqués de Sillery. Todos los clanes revolucionarios tuvieron relaciones en un momento o en otro con Orleáns y su entorno y todos contemplaron la hipótesis de una Monarquía constitucional «a la inglesa» encarnada por él. Tras el asalto a las Tullerías y la caída del trono, Orleáns pidió que la Comuna le asignara un nuevo nombre. Convertido ya en el ciudadano Philippe Égalité, había logrado ocupar el último escaño de la lista de París en la Convención. <<

[23] Wrigley, Richard, *The Politics of Appearances. Representations of Dress in Revolutionary France*, Berg, Oxford, 2002, pág. 105. <<

[24] Esta es la banda de precios recogida por el periodista Lebrun en el número de agosto de 1792 de *Le Journal de la Mode et du Gôut*, publicación precursora de las revistas femeninas («*Modes et Révolutions*», catálogo de la exposición realizada en el Museo Galliera con motivo del bicentenario, Éditions Paris-Musées, 1989, págs. 47-48). <<

[25] Anna Marie Grosholtz era hija del ama de llaves que probablemente era además amante del doctor Curtius, un médico suizo —al que la niña llamaba «tío»— que había comenzado ilustrando sus clases de anatomía con figuras de cera y había terminado realizando retratos de personajes de la época, empezando por el de la Du Barry, amante de Luis XV. Además del local del Palais Royal, tenía otro establecimiento en el bulevar del Temple. Anna Marie se casaría con François Tussaud y heredaría el talento y el negocio de su «tío». La Revolución le proporcionaría un gran número de cabezas que modelar, a menudo separadas de su tronco. <<



[26] Santerre era el propietario de la cervecería D'Acloque, también conocida como La Hortensia, considerada la más importante del popular faubourg Saint-Antoine, y tal vez la más moderna de París. Santerre era un próspero industrial que servía de puente entre la élite revolucionaria y sus clientes sans-culottes. Sus dotes de liderazgo y su capacidad militar quedaron patentes tanto en la toma de la Bastilla como en el asalto a las Tullerías. Elegido comandante en jefe de la Guardia Nacional de París, ni siquiera intentó evitar las masacres de septiembre y procuraba actuar siempre en sintonía con la Comuna. Una mezcla de patriotismo y vanidad le había impulsado a pedir ser destinado a luchar contra los rebeldes de la Vendée al frente del contingente de voluntarios parisinos. Dejó así vacante un puesto clave en un momento decisivo.

<<

[27] Barras habla en sus Memorias de «un gabinete en el Café Corazza» en el que se reunían por las noches él y otros conspiradores contra Robespierre en la etapa inmediatamente anterior a los sucesos de Thermidor (Barras, Paul, Mémoires, Paléo, 2004, t. II, pág. 7). <<

[28] Santos Oliver, Miguel de los, Los españoles en la Revolución Francesa, editorial Renacimiento, Madrid, 1914, pág. 250. <<

[29] intiéndose prisionero en las Tullerías, Luis XVI planeó y ejecutó un intento de fuga con el propósito de reunirse con sus hermanos emigrados y ponerse a la cabeza de un ejército que restableciera el absolutismo por la fuerza. Con la ayuda del conde sueco Axel de Fersen, enamorado de la reina, la familia real logró salir de las Tullerías en una berlina durante la noche del 20 de junio de 1791. Pese a que viajaban disfrazados, el encargado de la posta de Sainte-Menehould, un tal Drouet, que llegó a diputado de la Convención, reconoció al rey por su similitud con la figura que aparecía en los asignados de 50 libras. El 21 de junio por la noche fueron detenidos en Varennes. La Asamblea envió una comisión compuesta por Barnave, Pétion y Latour-Maubourg, que trajo de regreso a la familia real. París les recibió con un gélido silencio, y aunque la Asamblea fingió creer que se había tratado de un intento de secuestro por parte de monárquicos extremistas, nadie aceptó esa versión y la popularidad del rey cayó en picado. <<

[30] La petición presentada el 5 de agosto por Varlet había sido promovida por él mismo, primero en su sección y luego entre los federados que habían llegado a París a celebrar el tercer aniversario de la toma de la Bastilla. Comenzaba diciendo: «La patria está en peligro; estas terribles palabras significan que hemos sido traicionados». Entre las protestas de los diputados de la derecha y los aplausos de las tribunas y de la muy minoritaria Montaña, Varlet pidió que se velara la Declaración de los Derechos del Hombre, que se destronara a Luis, se convocara a las asambleas primarias y se introdujera el sufragio universal masculino (Slavin, Morris, *The French Revolution in Miniature. Section Droits-de-L'Homme, 1789-1795*, Princeton University Press, 1984, pág. 109). <<

[31] La Constituyente había decidido en octubre de 1789 que para poder ser elegible en la Asamblea Legislativa era preciso ser propietario de bienes raíces y pagar por ellos un impuesto equivalente al valor de un marco de plata, que equivalía a 244 gramos de peso y unas 50 libras de valor. Sólo 50.000 franceses cumplían ese requisito. <<

[32] Entre 1789 y 1792 el derecho al voto estuvo restringido a los ciudadanos activos, que eran los varones de más de veinticinco años con al menos uno de residencia estable y que hubieran pagado un impuesto directo equivalente al menos a tres días de salario. La Asamblea calculó que había algo más de cuatro millones de franceses en esta situación, lo que equivalía al 15 por ciento de la población y a algo más del 60 por ciento de los varones adultos. <<



[33] El panfleto había sido editado en la imprenta Didot y estaba fechado en «L'an premier de la verité, 1793, second de la République Française». Varlet aclaraba en una pequeña introducción que era «el séptimo que desde 1789 he hecho imprimir y distribuir entre la sans-culotterie». Existe una reedición de 1967 a cargo de Éditions de Histoire Sociale. <<

[34] Entre 683 y 707 de los 721 diputados presentes votaron que el rey era culpable, según los distintos cálculos realizados (Patrick, Alison, *The Men of the First French Republic*, The Johns Hopkins University Press, 1972, págs. 89-90). <<

[35] Danton había sido nombrado ministro de Justicia por la Asamblea Legislativa el 10 de agosto de 1792, la noche de la caída de las Tullerías, y había permanecido en el puesto hasta primeros de octubre al optar por mantenerse como diputado en la Convención, cargo incompatible con el ministerio. Durante esos dos meses escasos en el poder había tenido como principales altos cargos a sus amigos Fabre d'Églantine y Camille Desmoulins. <<

[36] Varlet, Jean, Déclaration solennelle des Droits de l'Homme dans l'État social, Dehis, 1967, pág. 23. <<

[37] El propio Varlet relató los hechos en su reaparición en el club el 6 de enero de 1793: «Mi débil constitución, que no ha estado nunca al nivel de mi valor, hizo sucumbir mi salud a la maligna influencia de la temporada. Durante el curso de mi enfermedad los patriotas creyeron que los brissotinos [partidarios del diputado Brissot] me habían hecho asesinar. Eso era tanto más verosímil en la medida en que el pueblo estaba privado de mis predicaciones cívicas y el Apóstol de la Libertad estaba como desaparecido. La sociedad, inquieta sobre mi suerte, nombró una comisión para ir en mi búsqueda y averiguar, en una palabra, si no había sido víctima de la facción de Roland [ministro del Interior próximo a los moderados]. Os agradezco sinceramente, ciudadanos, el interés que habéis tomado por mi existencia» (Aulard, Alphonse, La Societé des Jacobins, Jouaust-Noblet-Quantin, 1892, t. IV, págs. 648-649). <<

[38] Aulard, Alphonse, op. cit., t. V, pág. 188. <<

[39] Tuetey, Alexandre, Répertoire général des sources manuscrites de l'histoire de Paris pendant la Révolution Française, Municipalité de Paris, 1908, t. IX, documento 603, pág. 178. <<



[40] sta autodefinición consta en una carta justificativa dirigida por Varlet al Comité de Seguridad General el 16 de julio de 1795. <<

[41] El propio día de su reaparición en el Club de los Jacobinos tras su gripe, Varlet explicó que no había pasado su enfermedad «en una ociosidad culpable», sino que había aprovechado para componer «un himno en honor de los sans-culottes». Tras una apasionada «división de opiniones» en las tribunas, Varlet logró que se le permitiera entonarlo y arrancó numerosos aplausos de una parte de los asistentes (Aluard, Alphonse, op. cit., t. IV, pág. 650). <<

[42] Slavin, Morris, «Jean Varlet as Defender of Direct Democracy», *Journal of Modern History*, nº 39, diciembre de 1967, págs. 387-404. <<

[43] Moreau, Abbé, capítulo sobre Notre-Dame en *Les églises de Paris*, Marthinet, Mathieu et Curmer, 1843, págs. 12-13. Según el autor, el bourdon de la torre meridional se había llamado Jacqueline en una anterior versión. Tenía una hermana y vecina, algo más pequeña, llamada Marie, que fue fundida en 1792 para fabricar cañones. Igual suerte corrieron las ocho campanas de la torre septentrional llamadas Gabriel, Guillaume, Pasquier, Henriette-Thibault, Jean, Claude, Nicolas y Françoise.

<<

[44] Danton utilizó esas palabras en su célebre discurso del 2 de septiembre de 1792 ante la Asamblea Legislativa, instando como ministro de Justicia a la movilización para hacer frente en el norte de Francia a la invasión de austriacos y prusianos. <<

[45] Arrastrada por el traslado forzoso del rey y su familia de Versalles a las Tullerías, la Asamblea Constituyente se había instalado en el Arzobispado el 19 de octubre de 1793, a la espera de que quedara acondicionada la Sala del Manège —Pabellón de Doma— en el jardín del Palacio Real. El traslado sucedió el 6 de noviembre. Casualmente la decisión más importante que se adoptó durante esas dos semanas y media de asentamiento provisional fue la nacionalización de todos los bienes eclesiásticos, acordada el 2 de noviembre, Día de los Difuntos, tras un informe del entonces obispo de Autun, Charles-Maurice de Talleyrand-Perigord. <<

[46] Bertrand Barère, que antes de la Revolución se hacía llamar Barère de Vieuzac, rodeándose de un aura nobiliaria en los salones de París, era un brillante abogado de Toulouse con grandes dotes oratorias y muy buena presencia. Había sido una de las figuras más influyentes del sector avanzado de la Asamblea Constituyente, simultaneando la labor parlamentaria con la edición de un periódico, *Le Point du Jour*, que tuvo notable éxito. Intentó en vano bloquear la propuesta de Robespierre de que los constituyentes no pudieran ser elegidos para la Asamblea Legislativa, pero volvió a la Convención como diputado por los Altos Pirineos. Desde el primer momento apareció como una figura equívoca, capaz de votar a veces con los moderados y a veces con la Montaña, ganándose una merecida fama de hombre dúctil y componedor pero débil de carácter. Aunque había llegado a decir que «la República conviene tanto a los franceses como un gobierno inglés a los otomanos», fue un hombre clave en la definición del nuevo Estado, formando parte de todos los comités importantes de la Convención. En el debate sobre la suerte del rey fue decisiva su intervención contra la propuesta de Vergniaud sobre la «apelación al pueblo». Cuando votó por la muerte, su esposa —ya distanciada de él— decidió no volver a dirigirle la palabra en su vida. No consta que rompiera su promesa <<



[47] Jacques Pierre Brissot se autodenominaba Brissot de Warville al utilizar un anglicismo para denominar las propiedades de su familia en Ouarville, cerca de su Chartres natal. Había llegado, pues, a la Revolución con unas ciertas ínfulas aristocráticas y una turbulenta trayectoria como aventurero que le había llevado a la Bastilla por publicar panfletos contra la reina en Londres y a los Estados Unidos como enviado del banquero Clavière. Elegido miembro de la Asamblea Legislativa, había tenido la habilidad, apoyándose en su periódico *Le Patriote Français*, de convertirse en el portavoz del «partido de la guerra», es decir, de quienes pedían que se declarara la guerra a Austria y Prusia por el apoyo que prestaban a los emigrados. Robespierre se oponía, totalmente a contra corriente y casi en solitario, porque veía en ello una maniobra de la corte para facilitar la entrada de tropas extranjeras en Francia, y desconfiaba de los generales de origen aristocrático que mandaban el ejército. Con la caída de la Monarquía el tiempo había empezado a darle la razón. Brissot había sido expulsado de los Jacobinos y se había convertido en la bestia negra y el gran enemigo a batir por los sectores radicales de la Convención y la Comuna.

<<

[48] Jean-Marie Roland de la Platière era un oscuro inspector de manufacturas que la ciudad de Lyon envió a París en 1791 a renegociar la deuda municipal. Esa misión, a la que acudió acompañado por su esposa, la brillante y ambiciosa parisina Jeanne-Marie Philipon —veinte años más joven que él— le permitió entrar en estrecho contacto con Brissot y los diputados de la Gironda en la Asamblea Legislativa. En marzo de 1792 es nombrado ministro del Interior, pero el rey le destituye tres meses después, tras recibir una carta intempestiva firmada por él pero escrita por *madame* Roland. Tras la toma de la Bastilla es repuesto en sus funciones, mientras el salón de su esposa se convierte en centro de toma de decisiones para los moderados y en obsesión para los radicales. <<

[49] François Buzot procedía de una familia burguesa de Évreux, vinculada a la «nobleza de la toga». Había sido elegido por el tercer estado a los Estados Generales, y cuando estos se habían transformado en Asamblea Constituyente había formado parte junto a Robespierre y Pétion del pequeño núcleo de demócratas que fueron identificados con la izquierda. Durante el final de ese periodo había entrado en contacto con el matrimonio Roland, convirtiéndose en asiduo del primer salón de *madame* Roland en la calle Guenegaud de la rive gauche. Tras el paréntesis de la Asamblea Legislativa, había regresado a París como diputado a la Convención y se había convertido en uno de los puntales del ala moderada. <<

[50] Según Edmond Biré «la apelación de girondinos, desconocida bajo la Asamblea Legislativa, empieza a aparecer en el mes de enero de 1793, pero es todavía muy poco utilizada en el mes de febrero y no entrará verdaderamente en el lenguaje político hasta bastante más tarde» (Biré, Edmond, *Journal d'un bourgeois de Paris pendant la Terreur*, Perrin, 1910, t. II, pág. 46). <<

[51] Biré, Edmond, op. cit., t. II, pág. 314. <<

[52] Baroja, Pío, «El enigma de Guzmán, el terrorista», en *Vitrina Pintoresca*, Espasa-Calpe, Madrid, 1935, pág. 91. <<

[53] Morel-Fatio, Alfred, op. cit., pág. 56; Tuetey, Alexandre, op. cit., t. VIII, doc. 2587, pág. 405. <<



[54] Tuetey, Alexandre, op. cit., t. VIII, doc. 2629, pág. 413. <<

[55] Según la documentación manejada por Tuetey, además de por Varlet, Guzmán y Fournerot, ese primer Comité de los Nueve estuvo integrado por otras seis personas de perfil relativamente bajo: Bonhomme, juguetero de la calle de Saint-Dennis que representaba a la activa Sección de Bon Conseil; un tal Clémence, también de Bon Conseil; el pintor y dorador Simon, de la Sección de Halle-au-Blé; un tal Wendling, de la misma sección del Mercado del Trigo; un tal Mithois, de la Sección de Unité, que más adelante desarrollaría una mediocre carrera periodística; y un tal Laurent, miembro de la Sección de Marseille (Tuetey, Alexandre, op. cit., t. IX, pág. LIX). <<

[56] Tuetey, Alexandre, op. cit., t. IX, pág. LLXJ. <<

[57] «Con el nombre de Don Tocsinos lo distinguirá la chusma de los arrabales y se verá aclamado en su furiosa Sección de las Picas» (Santos Oliver, Miguel de los, op. cit., pág. 258). <<

[58] El barón de Batz se había presentado en su despacho con una carta de uno de esos «antiguos clientes», el conde de La Châtre, quien desde su exilio en Londres le pedía a Lullier que defendiera los intereses de su amante, *madame* De Beaufort —a quien había cedido parte de su patrimonio— frente a las reclamaciones de su propia esposa (Grey, Marina, *Le Baron de Batz, le D'Artagnan de la Révolution*, Perrin, 1991, pág. 65). <<

[59] Después de la dimisión de Pétion por incompatibilidad con su condición de diputado, la alcaldía de París se había dirimido en una elección directa a mediados de noviembre de 1792. Tras un apretado escrutinio de las votaciones realizadas en las secciones, el candidato moderado, el exintendente Lefebvre d'Ormesson, se había impuesto por 4910 votos frente a 4896 al jacobino Lullier. Pero el vencedor se negó a asumir el cargo y fue entonces cuando entró en liza el médico Chambon. Los moderados se movilizaron y logró la alcaldía por 8358 votos contra los 3906 de Lullier. Las elecciones de Chaumette y Hébert para los puestos de procurador síndico y adjunto al mismo dejaron en evidencia que Chambon no tenía mayoría en el Consejo General de la Comuna y, tras varias escaramuzas y episodios de tensión, presentó la renuncia al cargo (Sainte-Claire Deville, Paul, La Commune de l'an 2, Plon, 1946, págs. 22-23). <<

[60] *Madame* Roland, Mémoires, Mercure de France, 1986, págs. 154-162. <<



[61] Jean-Henri Hassenfratz, hijo del dueño de uno de los merenderos más famosos de Montmartre, era un hombre hecho a sí mismo. Logró estudiar en la Escuela de Minas, ser admitido en el laboratorio de Lavoisier y realizar viajes de estudio por Europa. En el Ministerio de la Guerra Pache le nombró responsable de la División de Material. Tenía una presencia constante entre los jacobinos y era el hombre fuerte del club en el faubourg Montmartre. <<

[62] François-Nicolas Vincent era hijo de un conserje de prisiones y llevaba una existencia miserable al comienzo de la Revolución en el barrio donde surgió el Club de los Cordeleros. Fue uno de sus miembros más exaltados y logró convertirse en su secretario de actas. Eso le sirvió de trampolín al ministerio, donde Pache le responsabilizó del reclutamiento. <<

[63] François Audouin, secretario general del Ministerio de la Guerra, tenía veintiocho años cuando el 15 de enero de 1793 contrajo matrimonio con Marie-Silvie Pache, de quince, una edad bastante habitual para casarse en esa época. Pache aprovechó la ocasión para reforzar sus lazos con las autoridades de París, pues tanto Santerre como Hébert estuvieron entre los testigos. <<

[64] *Madame* Roland le escribió una carta el 11 de noviembre «para hacerle saber en tono amistoso los murmullos que circulaban contra él» —se refería a sus reuniones con el excapuchino Chabot y otros montagnards—, pero recibió la callada por respuesta (*Mémoires*, op. cit., pág. 159). <<

[65] Jean-Louis Laya «no era más que un autor dramático de tercer orden, un versificador mediocre y un poeta desprovisto de inspiración [...], pero *L'Ami des lois* fue la noble protesta de un hombre indignado por la arbitrariedad de una minoría facciosa y violenta» (D'Estrée, Paul, *Le théâtre sous la Terreur*, Émile-Paul Frères Éditeurs, 1913, pág. 138). La función se basaba en la pugna por la mano de una bella heredera entre Forlis, amigo de la ley y el orden —prototipo del burgués acomodado—, y Nomófago, hipócrita disfrazado con la máscara del patriotismo al que ayudaban dos periodistas de la misma ralea. La obra fue acogida inicialmente sin polémica, y prueba de ello es una nota manuscrita —que forma parte de mi colección de autógrafos— en la que el jacobino Tallien felicita «por anticipado» a Laya por el éxito reflejado en los periódicos y le propone tomarse «un té en el Café des Arts cuando haya visto la función» (Documento 110 de la *Collection Historique Barbier-Mueller* subastada por Pierre Bergé en 2008). El escándalo estalló, sin embargo, cuando corrió la voz de que Nomófago recordaba a Robespierre y uno de los periodistas a Marat. Los radicales de la Comuna se tomaron como una cuestión de amor propio acabar con la función y Laya tuvo poco menos que pasar a la clandestinidad. <<

[66] En su carta de dimisión Chambon alegaba que «desde ese momento» se había encontrado con «las mayores dificultades para presidir el Consejo General», lo que había afectado a su garganta hasta el punto de que ni siquiera podía lograr hacerse oír, y eso le impedía cumplir «una parte importante» de sus funciones (Le Moniteur Universel, 4 de febrero de 1793, reimpresión de 1840, t. XV, pág. 342). <<

[67] Así había quedado establecido por un decreto aprobado el 19 de agosto de 1792 por la Asamblea Legislativa bajo el fuerte influjo del control ejercido por la Comuna Insurreccional sobre gran parte de los guardias nacionales que participaron en el asalto a las Tullerías, una vez que su jefe, Antoine Mandat —sucesor de Lafayette por un sistema rotatorio—, fue destituido y asesinado en la propia sede del Ayuntamiento (el decreto figura en Archives Parlementaires, t. XLVIII, pág. 393). <<



[68] Lafayette, apodado ya el «Héroe de los Dos Mundos» por su activa participación en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos, había sido el hombre fuerte de la etapa inicial de la Revolución gracias a su cargo de jefe de la Guardia Nacional. Y el primero que, en vano, había tratado de estabilizarla. Su momento culminante había sido la Fiesta de la Federación en el primer aniversario de la toma de la Bastilla, en la que bajo su supervisión el rey había prestado juramento de fidelidad a la nación en la explanada del Campo de Marte. La fuga de Varennes y la masacre de civiles en el propio Campo de Marte habían minado un año después su prestigio. Lafayette dimitió como jefe de la Guardia Nacional y aceptó el mando de uno de los ejércitos destinados a contener la invasión extranjera. Tras la revuelta del 20 de junio de 1792, estimulada por Brissot y otros líderes luego moderados, cuando las turbas entraron por primera vez en las Tullerías intentó invertir las tornas. Sobrestimando su capacidad de persuasión, Lafayette se presentó solo en París, se dirigió a la Asamblea Legislativa, se ofreció a las Tullerías y planeó sublevar a la Guardia Nacional. Fue entonces cuando María Antonieta habría pronunciado su famosa frase: «Veo que *monsieur* de Lafayette quiere salvarnos, ¿pero quién nos salvará de *monsieur* de Lafayette?». Avisado por las Tullerías, el alcalde Pétion desconvocó la revista en los Campos Elíseos en la que pensaba intervenir Lafayette y este regresó como había llegado a su puesto de mando. Tras la caída de la Monarquía no le quedó otra opción para eludir ser detenido y guillotinado que la de pasarse a los austriacos. Eso le permitió salvar la vida, pero no conservar la libertad, pues fue acogido como un enemigo y encerrado en lóbregas prisiones hasta el fin de la Revolución. <<

[69] Reinhard, Marcel, Nouvelle histoire de Paris. La Révolution, Hachette, 1971, pág. 423. <<

[70] Wallon, Henri, La Révolution du 31 mai et le fédéralisme en 1793, Hachette, 1886, t. I, pág. 6. <<

[71] Wallon, op. cit., t. I, pág. 8. <<

[72] Wallon, op. cit., t. I, pág. 10. <<

[73] Wallon, op. cit., t. I, pág. 71. <<

[74] Wallon, op. cit., t. I, págs. 21-22. <<



[75] Uno de los últimos decretos de la Asamblea Constituyente había otorgado al rey una guardia constitucional de 1200 infantes y 600 jinetes. El 29 de mayo de 1792 la Asamblea Legislativa la había disuelto, privando al rey y a su familia de un contingente especialmente leal y dejándoles indefensos ante los asaltos a las Tullerías del 20 de junio y del 10 de agosto. <<

[76] Wallon, op. cit., t. I, pág. 33. <<

[77] Wallon, op. cit., t. I, pág. 13. <<

[78] Bertaud, J. P., «Fédérés», en Soboul (edit.), op. cit., pág. 441. <<

[79] En uno de los debates el montagnard Étienne-François Letourneur preguntó a la cámara: «¿Es vuestra intención que permanezcan ociosos y pagados a todo trapo?». Varias voces se alzaron entonces: «¡Con treinta perras al día!». Y Letourneur añadió: «¿Es vuestra intención entretener a esta juventud en esta segunda Capua? Porque ellos se pasan el tiempo con las mujeres públicas de París». <<

[80] Wallon, op. cit., t. I, págs. 75-76. <<

[81] El emplazamiento de la casa de los Duplay se corresponde con el actual número 398 de la calle Saint-Honoré. Robespierre se trasladó allí por razones de seguridad y comodidad el 7 de julio de 1791. <<

[82] Jordan, David P., «The Robespierre Problem», en Robespierre, Colin Haydon y William Doyle (ed.), Cambridge University Press, 1999, pág. 18. <<



[83] Oeuvres de Maximilien Robespierre, Société des Études Robespierriennes, Phenix Éditions, 2000, t. VIII, pág. 311. <<

[84] Citado por Marisa Linton en Robespierre, op. cit., pág. 49, Oeuvres, op. cit., t. X, pág. 446. <<

[85] Gueniffey, Patrice, «Robespierre», en Dictionnaire critique de la Révolution Française, François Furet y Mona Ozouf (ed.), Flammarion, 1988, págs. 321 y 327.

<<

[86] Jaurès, Jean, Histoire socialiste de la Révolution Française, Éditions Sociales, 1982, t. V, pág. 674. <<

[87] Jordan, David P., op. cit., pág. 28. <<

[88] Él había sido el promotor de la resolución adoptada por la Asamblea Constituyente el 18 de mayo de 1791 prohibiendo que ninguno de sus miembros pudiera ser elegido diputado de la siguiente Asamblea Legislativa. En su caso concreto esto supuso concentrar casi toda su actividad política durante el año siguiente en el Club de los Jacobinos. <<

[89] Un retrato de Robespierre aparecido antes de su muerte describe así cómo comenzaba el día: «Se levanta muy pronto y lo primero que hace es ir a dar los buenos días a la tienda a su casero. Trabaja entonces varias horas sin tomar otra cosa que un vaso de agua. Nadie le puede molestar. Después se hace peinar y esta operación tiene lugar habitualmente en el patio, sobre una galería abierta que conduce al dormitorio. Desde que es tan popular, ese es el momento en que las gentes se aprietan para verle... Jamás recibe visitas por la mañana a menos que alguien acepte aprovechar el momento en que le van a peinar» (Jacob, Louis, Robespierre vu par ses contemporains, Armand Colin, 1938, pág. 147). <<

[90] Jacob, Louis, op. cit., pág. 145. <<



[91] Louvet era entonces un parisino de treinta y dos años que antes de la Revolución había causado revuelo y escándalo con la publicación por entregas de *Les amours du chevalier de Faublas*, obra en la que se inspiraría Strauss para su *Caballero de la Rosa*. Roland le había subvencionado para que publicara el periódico mural *La Sentinelle*, que hasta la dimisión del ministro había servido de punta de lanza a los moderados. Louvet había protagonizado el 29 de octubre ese primer gran ataque contra Robespierre en la Convención, pero había salido trasquilado. Ni siquiera había logrado que sus amigos moderados le apoyaran para hacer su contrarréplica. Louvet vivía con Marguerite Denuelle, una amiga de la infancia a la que había convencido de que abandonara a su marido, el viejo joyero Cholet, y a la que se refería con el nombre de la heroína de su novela: Lodoïska. <<

[92] El texto ha sido atribuido tanto a Rabaut Saint-Étienne como a Nicolas de Condorcet, ambos diputados y responsables de la rúbrica parlamentaria del periódico de orientación moderada (*La Chronique de Paris*, 9 de noviembre de 1792). Elisabeth y Robert Badinter, biógrafos de Condorcet, dan por hecho que Robespierre tenía muy claro quién era el autor y se basan en un comentario que hizo apenas un mes después en el Club de los Jacobinos: «Para enseñar al público a distinguir los artículos envenenados pido que se lean todos los días los dos peores periódicos que conozco: *Le Patriote Français* y *La Chronique de Paris*. Y sobre todo el artículo sobre la Asamblea Nacional redactado por el señor Condorcet. No conozco nada más malvado ni pérfido». (Badinter, Elisabeth y Robert, *Condorcet. Un intellectuel en politique*, Fayard, 1988, pág. 515). <<

[93] Estas expresiones corresponden al texto que Jérôme Pétion había preparado para el debate suscitado por Louvet pero no llegó a leer. Fue publicado poco después en el Moniteur (Gazette Nationale ou Le Moniteur Universel, nº 315, sábado 10 de noviembre de 1792, t. XIV, pág. 430). <<

[94] El 17 de julio de 1791 miles de personas —se ha llegado a hablar de cincuenta mil— se congregaron en la explanada del Campo de Marte para firmar una petición, promovida por los Cordeleros, pidiendo la abolición de la Monarquía como consecuencia de la fuga y captura del rey en Varennes. El linchamiento de dos presuntos espías, descubiertos escondidos bajo el Altar de la Patria, sirvió de pretexto al alcalde Bailly —mejor astrónomo que político— para decretar la ley marcial, y a Lafayette para irrumpir con sus tropas en el lugar. Entre treinta y cincuenta civiles murieron como consecuencia de la descarga de fusilería que se desencadenó, y activistas como Marat, Danton y Desmoulins tuvieron que pasar durante un tiempo a la clandestinidad para no ser detenidos. Bailly pagaría lo ocurrido en la guillotina. <<

[95] Jourdan, A., «Robespierre and Revolutionary Heroism», en Robespierre, op. cit., pág. 74. <<

[96] Jordan, David P., op. cit., pág. 27. <<

[97] Oeuvres, op. cit., t. VI, pág. 184. Esta referencia procede del periódico L'Ami des Patriotes, en el que el diputado Duquesnoy, partidario de la Monarquía constitucional, relataba los debates de la Asamblea Constituyente. Lo irónico del caso es que el propio Duquesnoy, que fustigaba de esta manera la propensión de Robespierre al piensa mal y acertarás, quedaría en evidencia y daría argumentos a los malpensantes al aparecer en una de las listas de personajes a sueldo de la Corona halladas en el llamado Armario de Hierro de las Tullerías. <<

[98] Cubitt, Geoffrey, «Robespierre and Conspiracy Theories», en Robespierre, op. cit., pág. 80. <<



[99] El 20 de abril de 1792 la Asamblea Legislativa, a propuesta del rey y con sólo siete votos en contra, había declarado la guerra al «rey de Hungría y de Bohemia», es decir, al emperador de Austria Francisco II, sobrino de la reina María Antonieta. El pretexto era la negativa del emperador a aceptar las anexiones francesas a costa de algunos príncipes imperiales en Alsacia y Lorena. Sólo dos voces de peso se desmarcaron en la prensa y en los Jacobinos de la euforia belicista impulsada por Brissot desde el Comité Diplomático de la Asamblea: la muy marginal de Marat y la de Robespierre. La tesis de este —en gran medida corroborada por el descubrimiento de la correspondencia secreta de Luis XVI y María Antonieta con la corte de Viena— era que el partido monárquico pretendía perder la guerra para restablecer el absolutismo y destruir la Revolución. <<

[100] Tras haber sido considerado la figura de más peso del «partido democrático» durante la mayor parte de la vida de la Asamblea Constituyente, su súbita muerte el 2 de abril de 1791 convirtió al conde Mirabeau en el primer sujeto del culto revolucionario, siendo enterrado con todos los honores en el Panteón. Sería un viaje de ida y vuelta, porque su cadáver fue arrancado de tal cripta después de que en el Armario de Hierro aparecieran las pruebas de su provechosa relación financiera con la corte. <<

[101] En el propio debate que se suscitó en la Asamblea tras la huida frustrada del rey, Robespierre dejó constancia el 13 de julio de 1791 de su accidentalismo sobre la forma de Estado: «Se me ha acusado en el seno de la Asamblea de ser republicano. Eso me honra, pero no lo soy. Si se me hubiera acusado de ser monárquico, me habría deshonrado, pero no lo soy tampoco. Observaré ante todo que para muchos individuos las palabras “República” y “Monarquía” están vacías de contenido. La palabra “República” no significa ninguna forma concreta de gobierno. Pertenece a todo gobierno de hombres libres que tengan una patria. Sin embargo, se puede ser tan libre con un monarca como con un senado. ¿Qué es la constitución francesa actual sino una República con un monarca? No es por lo tanto ni Monarquía ni República, es lo uno y lo otro» (Oeuvres, op. cit., t. VII, pág. 552). <<

[102] En su discurso ante la Convención el 13 de noviembre de 1792 un casi desconocido Saint-Just pronunció esa famosa frase, sostuvo la tesis de que «todo rey es un rebelde y un usurpador», pidió el inmediato juicio de Luis XVI por la Convención y concluyó diciendo: «Pueblo, si el rey llegara a ser absuelto, acuérdate de que ya no seremos dignos de tu confianza y de que podrás acusarnos de perfidia».

<<

[103] «Si la muerte de Luis hubiera sido la obra de un solo hombre, ese hombre habría sido Robespierre» (Thompson J. M., Robespierre, Basil Blackwell, 1988, pág. 311).

<<

[104] Oeuvres, op. cit. <<

[105] Robespierre incluyó este argumento en el que asume la tesis de que el fin justifica los medios en el discurso que pronunció el lunes 5 de noviembre de 1792, respondiendo en la Convención al duro y detallado ataque que le había dirigido la semana anterior el diputado Louvet de Couvray, muy próximo a Roland y los representantes de la Gironda. Robespierre puso como ejemplo la forma en que Cicerón sofocó durante su consulado la conspiración de Catilina: «Se le acusó de haber violado las leyes, pero cuando el cónsul rindió cuenta al pueblo de su administración, juró que había salvado a la patria y el pueblo le aplaudió» (Oeuvres, op. cit., t. IX, págs. 87-89). <<

[106] En su primer discurso sobre el juicio y condena del rey, de 3 de diciembre de 1792, Robespierre trató de justificar ante la Convención la voltereta que desembocó en esa famosa ecuación: «Yo aborrezco la pena de muerte prodigada por vuestras leyes, y no tengo por Luis ni amor ni odio, sólo odio sus crímenes. Yo he pedido la abolición de la pena de muerte en la Asamblea que llamabais entonces Constituyente y no es falta mía si los primeros principios de la razón parecieron entonces herejías morales y políticas. Pero si no os preocupasteis nunca de reclamar a favor de tantos desgraciados cuyos delitos eran mucho menores que los del gobierno, ¿por qué fatalidad os acordáis ahora para pedir clemencia para el mayor de todos los criminales? ¿Pedís una excepción contra la pena de muerte a favor del único que puede legitimarla? Sí, la pena de muerte en general es un crimen y por esta razón es por la que, según los principios indestructibles de la naturaleza, sólo puede estar justificada en los casos en los que sea necesaria para la seguridad de los individuos o del cuerpo social [...]. Ni el exilio ni la prisión pueden hacer indiferente para el bienestar público la existencia de un rey cuyo solo nombre atrae el flagelo de la guerra; y esta cruel excepción a las leyes ordinarias que la justicia reconoce no puede ser imputada más que a la naturaleza de sus crímenes. Por eso Luis debe morir para que la patria viva» (Oeuvres, op. cit., t. IX, págs. 129-130). <<



[107] Thompson, op. cit., pág. 341. <<

[108] Gueniffey, Patrice, op. cit., pág. 319. <<

[109] La madre de Robespierre murió en 1764 de resultas de su quinto parto. Maximilien tenía seis años y era el mayor de cuatro hermanos. Inmediatamente su padre, abogado del Consejo de Arras, abandonó a la familia y, tras fugaces reapariciones, se desentendió para siempre de ella. Todos sus biógrafos coinciden en que esto marcó el carácter taciturno y desconfiado del futuro líder revolucionario. <<

[110] Aunque no será hasta octubre de 1793 cuando se adopte el nuevo Calendario Republicano, la Convención había establecido ya que el 22 de septiembre de 1792 — fecha de la abolición de la Monarquía— fuera considerado como el inicio del «Año Primero de la República Francesa». <<

[111] Discurso del 3 de abril de 1793 en el Club de los Jacobinos. Robespierre respondía a una moción de Desfieux en la que se pedían drásticas medidas contra todos los diputados que hubieran votado por la «apelación al pueblo» (Oeuvres, op. cit., t. IX, págs. 370-371). <<

[112] Oeuvres, op. cit., t. IX, pág. 537. <<

[113] Oeuvres, op. cit., t. IX, pág. 538. <<

[114] Thompson, op. cit., pág. 334." <<



[115] Haydon y Doyle, op. cit., pág. 13. <<

[116] Oeuvres, op. cit., t. IX, pág. 537. <<

[117] En el transcurso de ese mismo debate su hermano mayor, identificado como Garat el Viejo, alegó: «No sé si cuando un pueblo ha conservado durante siglos un carácter excelente y costumbres patriarcales, puede ser moral y políticamente bueno mezclarlo con pueblos más civilizados». La enmienda de los hermanos Garat fue rechazada y sus protestas, acalladas entre los murmullos de la Asamblea (Le Moniteur Universel, reimpresión de 1840, t. III, págs. 114-115). <<

[118] «Yo me dedicaba, pues, a funciones que contrariaban todos mis gustos y que rompían todas mis costumbres» (Mémoires de Garat, Poulet-Malassis, 1862, pág. 11).

<<

[119] Garat aseguró habérselo planteado en esos términos a Rabaut Saint-Étienne, añadiendo: «Vosotros se la habéis dado [la fuerza] a la Comuna. Retirádsela pues, si no queréis que la fuerza en lugar de apoyarse en la ley se apoye en la Comuna» (op. cit., pág. 187). <<

[120] En el prólogo a sus Memorias, Eugène Maron precisa que Garat expresaba esa opinión «privadamente», y como era consciente de que eso podía deteriorar su imagen, «en los clubes y entre los montagnards» procuraba «contrabalancearla» mostrándose contrario a la «apelación al pueblo» (op. cit., pág. XXVI). <<

[121] En las Memorias dice que «en el lado derecho tenía un gran número de conocidos y algunos amigos, mientras que en el lado izquierdo no tenía ni un solo amigo y muy pocos conocidos [...], pero los afectos no deben dirigir la conducta de un hombre público» (op. cit., pág. 13). <<

[122] Schmidt, Adolphe, Tableaux de la Révolution Française publiés sur les papiers inédits du Département et de la Police Secrète de Paris, Veit & Comp, 1867, t. I, pág. 119. <<



[123] Garat había contratado a media docena de informantes para que tomaran el pulso a la ciudad y le tuvieran al tanto de lo que se decía en la calle. Dutard era el más activo. Había vivido en Burdeos —donde había entrado en contacto con los Garat— y ejercido seis años como abogado (Schmidt, Adolphe, op. cit., pág. 140). <<

[124] Schmidt, op. cit., t. I, pág. 121 <<

[125] Schmidt, op. cit., t. I, pág. 124 <<

[126] Cuando en septiembre de 1793 Garat estuvo detenido durante breves días por el Comité Revolucionario de la Sección de Mont-Blanc también fue interrogada, según sus actas, «una ciudadana que estaba acostada con él». Declaró ser Marie Sanjal, nacida en Auxonne, en Borgoña, hija única, sin profesión y sin otros ingresos que el dinero que le daba Garat. Aseguró que vivía con Garat «desde hace ocho años». Igualmente fue interrogado un sobrino al que se identifica como «el célebre cantante», quien declaró que vivía con su tío «desde diciembre de 1792», lo que implica que había compartido con él sus momentos más difíciles como ministro del Interior (Mathiez, Albert, «L'Arrestation du ministre Garat», *Annales Historiques de la Révolution Française*, 1932, págs. 156-162). <<

[127] El retrato forma parte de la colección del Museo Carnavalet y aparece reproducido en la gran recopilación iconográfica del Club Diderot firmada por Michelle Vovelle con motivo del bicentenario de la Revolución (La Révolution Française. Images et récit, Messidor, 1989, t. III, pág. 28). <<

[128] En el panfleto publicado en Caen por el diputado de la Gironda François Bergoeing poco después de su proscripción se afirma que alguien que respondía a las iniciales A. M.Q. había denunciado ante la Comisión de los Doce que «el 23 de mayo hubo una gran reunión en Charenton de unas sesenta personas entre las que estaban Robespierre y Danton» (Buche et Roux, op. cit., t. XXVIII, pág. 128). Aunque Paul Sainte-Claire Deville afirma que «la realidad de estas reuniones no es dudosa» (op. cit., pág. 45), muy pocos autores adoptan una postura tan crédula. «Verdadera o falsa», dice Michelet (op. cit., t. V, pág. 464), curándose en salud sobre la noticia. <<

[129] Es obvio que se refiere a la palabra «rey» o a la palabra «monarquía», pues lo que quiere decir es que muchos parisinos preferían tener un solo rey a tener setecientos diputados como amos. <<

[130] Schmidt, Adolphe, op. cit., t. I, págs. 347-348. <<



[131] Schmidt, Adolphe, op. cit., t. I, pág. 364. <<

[132] Mémoires de Garat, op. cit., pág. 222. Táuride era el nombre con el que era conocida en la Antigüedad la actual península de Crimea. Según Herodoto los tauros eran un pueblo cruel que vivía de la guerra y el saqueo y realizaba sacrificios humanos. Esa costumbre inspiró la obra de Eurípides Ifigenia en Táuride. <<

[133] Schmidt, Adolphe, op. cit., t. I, pág. 365. <<

[134] La barra o barandilla de la Convención era un pequeño estrado situado ante la mesa del presidente y la tribuna desde la que hablaban los diputados. En la barra comparecían tanto los peticionarios como las autoridades o personas convocadas por la propia Convención. <<

[135] El gorro de color rojo evocaba la libertad recuperada por los esclavos frigios de la Antigüedad. Había empezado a ser empleado como símbolo en algunas fiestas revolucionarias y Le Patriote Français de Brissot promovía el 6 de febrero de 1792 su uso entre la burguesía, apoyándose en las teorías de un inglés llamado Pigott. Durante la primera invasión de las Tullerías —20 de junio de 1792— el rey había sido obligado a ponérselo. Sin embargo, eran los sans-culottes los que en la práctica lo habían incorporado a su indumentaria. Para congraciarse con los radicales, el propio general Dumouriez había comparecido en el Club de los Jacobinos tocado con un gorro frigio. <<

[136] Aunque habitualmente esa denominación se le atribuye al convencional Lequinio —la habría utilizado por primera vez el 27 de octubre de 1791—, según el historiador de la prensa revolucionaria Léonard Gallois, Brissot podría haber sido incluso el primero en hablar de la «Montaña» para referirse al pequeño grupo de diputados radicales que como Basire, Chabot o Merlin de Thionville ocupaban el rincón superior izquierdo de la Asamblea Legislativa. Brissot se identificaba a menudo con ellos y atribuía la condición de moderados —como más adelante haría el propio Vergniaud— a los aristócratas. «¿No veis a la facción aristocrática resucitar bajo el nombre de moderados? Hijos de la Montaña, cerrad filas, reuníos en un haz. Oponed vuestro amor a la patria y a la libertad a las facciones corruptas que quieren hacer recular la Revolución. ¡Aplastemos a la hidra!», escribió en *Le Patriote Français* (Brunel, Françoise, Soboul, op. cit., artículos sobre Lequinio y la Montaña, págs. 668 y 757. Gallois, Léonard, *Histoire des journaux et des journalistes de la Révolution Française*, Société de l'Industrie Fraternelle, 1845, t. I, pág. 219). <<

[137] Ambas facciones habían colaborado en la jornada del 10 de agosto pero, según las memorias del diputado de la Asamblea Eustache-Antoine Hua, «la diferencia entre estos dos partidos consistía en que uno quería abatir el trono y el otro quería simplemente destronar al rey» (Biré, Edmond, La légende des girondins, Société Générale de Librairie Catholique, 1881, pág. 82). <<

[138] L'Ami du Peuple, n° 678, martes 13 de agosto de 1792, Society for Reproduction of Rare Books, Tokio, 1967, t. XIV, págs. 299-307. <<



[139] Gregoire había pasado de cura de pueblo a obispo constitucional tras ser elegido por el tercio eclesiástico a los Estados Generales y haber sido el primero en jurar la llamada Constitución Civil del Clero, que ponía a la Iglesia bajo la dependencia del Estado. En la sesión constitutiva de la Convención —21 de septiembre de 1792— Gregoire también dijo: «Sabemos demasiado bien que todas las dinastías no han sido sino razas devoradoras que sólo vivían de la sangre de los pueblos». A continuación, según el diario de sesiones, «todos los miembros de la Asamblea se levantan por un movimiento espontáneo; y entre aclamaciones unánimes expresan su odio por una forma de gobierno que ha causado tantos males a la patria». <<

[140] La elección de la primera mesa de la cámara marcó la correlación de fuerzas de la que se partía. Pétion, que había renunciado a la alcaldía para conservar el escaño, fue elegido presidente, y otros seis moderados ocuparon los puestos de secretarios: Brissot, Lasource, Condorcet, Rabaut Saint-Étienne, Camus y el propio Vergniaud.

<<

[141] «En ninguna era se pronunció jamás un discurso más valiente», llegará a escribir su biógrafo Claude G. Bowers, con el mismo entusiasmo que le llevaría a defender la memoria de la II República Española, ante la que fue embajador de los Estados Unidos (Bowers, Claude G., Pierre Vergniaud. *Voice of the French Revolution*, MacMillan, 1950, pág. 292). <<

[142] Vergniaud había ridiculizado la lastimera expresión de Robespierre de que «la virtud» siempre había estado en minoría, alegando que eso también podía decirse de Catilina y sus conspiradores, y le había acusado de estar escondido «en un sótano» el 10 de agosto mientras él proponía la suspensión del rey ante la Asamblea Legislativa.

<<

[143] Lintilhac, Eugène, Vergniaud, le drame des girondins, Hachette, 1920, pág. 131.

<<

[144] Según un también entusiasta Michelet, Vergniaud había alcanzado aquel día «cimas inaccesibles para sus amigos». Bowers hace una atinada reflexión que pone en evidencia que ni siquiera los más íntimos de entre los moderados se sentían obligados a votar lo mismo: «Hombres libres todos ellos, ninguno peleó nunca contra los dictados de la conciencia de sus amigos. Una de las características de Vergniaud es que nunca se aprovechó de su intimidad para hacerles actuar o votar en contra de sus convicciones» (Bowers, op. cit., pág. 312). <<

[145] Al cabo de casi dos siglos durante los que los historiadores franceses habían presentado a los girondinos como objeto de exaltación romántica (Lamartine) o como culpables de todos los males de la Revolución y de su propio sino (Buche y Roux), utilizándolos como herramienta contra Robespierre (Aulard) o contra Danton (Mathiez), en 1961 el profesor M. J. Sydenham agitó las aguas con un sólido ensayo —The Girondins— en el que alegaba que ese supuesto partido no había sido sino «un mito político fabricado por un pequeño grupo de jacobinos para servir a sus propios intereses», o sea, para que la «minoría agresiva de la Montaña» dominara una Convención de carácter más o menos magmático. En 1972 le contestó la australiana Alison Patrick, quien en *The Men of the First French Republic* trató de restablecer la división clásica entre Montaña, Gironda y Planicie, analizando los seis votos nominales de la primera mitad de 1793 (los cuatro durante del juicio del rey, la decisión sobre el envío de Marat al Tribunal Revolucionario y la votación sobre el restablecimiento de la Comisión de los Doce). Lo consiguió sólo a medias pues, tal y como acredita el trabajo de los profesores Lewis-Beck, Hildreth y Spitzer —presentado en el coloquio sobre los girondinos organizado en Saint-Émilion bajo los auspicios de François Furet con motivo del bicentenario de la Revolución—, así como esas tablas prueban una gran cohesión en el voto de la Montaña, las fronteras entre la Gironda y la Planicie están mucho más difuminadas y son frecuentes los casos de notorios girondinos votando con la Montaña. En 1985 Patrice Higonnet redujo en la *English Historical Review* el grupo de los girondinos a 47 integrantes, insistiendo en su identidad a partir de meras «diferencias tácticas» con la Montaña.

<<

[146] El diputado del Alto Garona, Harmand de la Meuse, escribió en sus Memorias que la víspera de esa votación había escuchado a Vergniaud decir en una cena que en ningún caso votaría por la muerte (Lintilhac, Eugène, op. cit., pág. 152). Eso mismo sostiene el conde de Ségur: «¿Votar yo por la muerte? Creerme capaz de una acción tan indigna es insultarme», le habría dicho Vergniaud (citado por Hyppolite Taine en *Les origines de la France contemporaine. La Révolution. La conquête jacobine*, Hachette, 1904, libro III, pág. 206). <<



[147] Jean-Baptiste Mailhe era un diputado de los Altos Pirineos ubicado, como la gran mayoría de la Convención, a caballo entre la Planicie y la Gironda. Por su buena preparación jurídica formaba parte del Comité de Legislación y le había tocado presentar el informe por el que la cámara se declaraba competente para juzgar a Luis XVI. Luego había votado contra la apelación al pueblo, y cuando llegó el momento de decidir sobre la pena le tocó por sorteo ser el primero en pronunciarse. Optó por la muerte, pero con la salvedad de que hubiera un escrutinio adicional sobre la conveniencia de aplazar sine día la ejecución. Otros 25 diputados secundaron su equívoca actitud sobre la que planeó pronto la sospecha de corrupción. <<

[148] En su discurso a favor de la apelación al pueblo, Vergniaud había dicho que quien no acatara la opinión de la mayoría de los diputados sería un «traidor a la patria», porque una vez debatidas y votadas las distintas posiciones «la obediencia es un deber». Lintilhac sostiene que ahora él «obedecía con una especie de fatalismo razonado y resignación estoica», aunque añade que «esta resignación parecería incomprensible si no se tuviera en cuenta hasta qué punto el sentimiento de sumisión a la cosa votada, muy frecuente entre los legisladores, era algo dominante para el leal girondino» (Lintilhac, Eugène, op. cit., págs. 153-154). <<

[149] Lamartine considera que la debilidad de Vergniaud, conmocionado por la contundente derrota de su propuesta de apelación al pueblo, fue el factor decisivo para que Luis XVI fuera ejecutado: «La muerte, deseo de los jacobinos, fue el acto de los girondinos. Vergniaud y sus amigos se convirtieron en los ejecutores de Robespierre. La muerte del tirano, que para el pueblo era una pasión, fue para la Gironda una concesión» (Lamartine, Alphonse de, Histoire des girondins, Armand Le Chevalier, 1883, t. II, libro XXXV, pág. 298). <<

[150] Bredin, Jean-Denis, «Vergniaud ou le génie de la parole», en La Gironde et les girondins, François Furet y Mona Ozouf (dir.), Payot, 1991, pág. 379. <<

[151] Jaurès, Jean, Histoire socialiste de la Révolution Française, Éditions Sociales, 1972, t. V, pág. 163. <<

[152] «El placer va para él delante del deber o los negocios» (Biré, Edmond, Journal..., t. II, pág. 46). <<

[153] Mathiez, Albert, «Robespierre et Vergniaud», *Annales Historiques de la Révolution Française*, 1929, pág. 117. <<

[154] Lefebvre, Georges, La Révolution Française, PUF, 1989, pág. 208. <<



[155] Vatel, Claude, Vergniaud, manuscrites, lettres et papiers, J. B. Dumoulin, 1873, t. II, pág. 83. <<

[156] Aulard, Alphonse, Les grands orateurs de la Révolution Française, citado por Bredin, op. cit., pág. 375. <<

[157] «No me gusta Vergniaud [...]. Como desdeña a los hombres, tal vez porque les conoce bien, no se molesta por ellos» (*madame* Roland, Mémoires, Mercure de France, 1986, pág. 163). <<

[158] Lamartine, Alphonse de, op. cit., t. I, libro XVIII, pág. 422. <<

[159] Michelet, Jules, Histoire de la Révolution Française, Éditions de Saint-Clair, 1967, t. IX, pág. 12. <<

[160] Durante la noche del 25 de abril de 1792 el capitán de ingenieros Claude Joseph Rouget de Lisle destinado en Estrasburgo había compuesto, en el transcurso de una velada en casa del alcalde de la ciudad, la letra y música de una marcha patriótica. Bautizada por él como Canto de guerra para el Ejército del Rin, muy pronto se convertiría en La Marsellesa, al ser el himno adoptado por los voluntarios marseleses que iban hacia París y difundirlo estos por todos los lugares que atravesaban. Paradójicamente Rouget de Lisle fue primero suspendido de empleo y sueldo y luego apartado del ejército al negarse a aceptar la abolición de la Monarquía y el curso radical de la Revolución. <<

[161] El jefe del destacamento se llamaba Plainville y había podido constatar cómo hasta las mujeres del barrio estaban armadas para impedir que ejecutara su orden. «El distrito de los Cordeleros entero había venido a defender su independencia, su libertad» (Olivier, Coquard, Marat, Fayard, 1993, págs. 251-255). <<

[162] Según Louis Barthou, «después de haber visto en él un demagogo del que desconfiaba, le atribuía las cualidades de un hombre de Estado». Las explicaciones que Condorcet daría *a posteriori* a quienes le reprochaban la elección de Danton ilustran muy bien las contradicciones de los luego llamados girondinos ante una insurrección que a la vez asumían y repudiaban: «En el ministerio hacía falta un hombre que tuviera la confianza de ese mismo pueblo cuya agitación acababa de derribar el trono, un hombre que por su ascendente pudiera contener los instrumentos muy despreciables de una revolución útil, gloriosa y necesaria» (Barthou, Louis, Danton, Albin Michel, 1932, págs. 93-94). <<



[163] Los diez que representaron a París fueron Danton, Manuel, Boucher Saint-Sauver, Billaud-Varenne, Desmoulins, Sergent, Marat, Fabre d'Églantine, Robert y Fréron. Por su parte, Pons de Verdun fue elegido diputado por el Departamento de Meuse. Entre los veintiséis electores de la Sección de Marseille figuraban también el impresor Momoro, Chaumette y el alto cargo del ministerio de Defensa, Vincent. <<

[164] Todos los biógrafos de Danton se hacen eco del relato de Rousselin de Saint-Albin fruto de las confidencias del interesado: «Danton había sido alimentado por una vaca. Un toro que se había escapado se precipitó un día sobre ella y le dio a Danton una cornada que le arrancó el labio. Es a esa cicatriz a la que debía la deformidad de su labio superior. Algunos años más tarde el niño, hacia la edad de siete u ocho años, quiso tomarse la revancha y luchar contra un toro, pero un golpe con un cuerno le aplastó la nariz». <<

[165] Lefebvre, Georges, *Études sur la Révolution Française*, Presses Universitaires de France, 1954, pág. 55. <<

[166] Fue una arenga de apenas cinco minutos pronunciada a las nueve de la mañana. Sus primeras palabras fueron: «Es muy gratificante, señores, para los ministros del pueblo libre poder anunciarle que la patria va a ser salvada. Todo se conmueve, todo se estremece, todo arde por combatir». Hay que tener en cuenta que el rumor de la caída de Verdún se había extendido por París. Danton planteó enseguida su concepto clave: «La Asamblea Nacional tiene que convertirse en un auténtico comité de guerra». <<

[167] Se consideraban bienes nacionales tanto los expropiados al clero como los incautados a los emigrados que habían abandonado precipitadamente el país para sumarse a la contrarrevolución. En 1791 se había comenzado a proceder a su subasta. Entre el 24 de marzo y el 12 de abril Danton había comprado tierras por valor de 56.000 libras, a la vez que adquiría su casa de Arcis por otras 25.300. Teniendo en cuenta que la venta de su antiguo despacho de abogado le había servido para saldar deudas, que no llegaría a pasar ni dos meses en el ministerio, y que el sueldo de los diputados era de 540 libras al mes, Georges Lefebvre —tratando de mediar entre las acusaciones de corrupción formuladas por Albert Mathiez y las exculpaciones de Robinet, Barthou y otros historiadores dantonistas— concluiría que «es difícil no admitir que Danton gastó unas cincuenta mil libras cuya procedencia no se llega a explicar ni con la mejor voluntad del mundo» (Lefebvre, Georges. op. cit., págs. 35-38). <<

[168] Aunque la corrupción de Danton ha dado pie a numerosas polémicas entre sus partidarios y detractores, en estos momentos el veredicto histórico es claro. Como escribe Mona Ozouf, «sus contemporáneos no dudaban de su venalidad, y hoy en día, incluso eliminando los testimonios evidentemente recusables de sus enemigos [...], se duda todavía menos». Y más adelante añade: «Sembrar el oro a manos llenas le había parecido siempre adecuado para hacer avanzar la causa de la Revolución, y es verosímil que no se excluyera a sí mismo de esta facilidad mágica. El juicio parece pues visto para sentencia y carecería de interés si la historiografía robespierrista —se refiere fundamentalmente a Mathiez y en parte a Lefebvre— no hubiera hecho derivar de esta venalidad toda la política exterior e interior de Danton» (Furet, François, y Ozouf, Mona, *Dictionnaire critique de la Révolution Française*, Flammarion, 1988, págs. 253-254). <<

[169] Tras el 10 de agosto Danton había ayudado a salir de Francia al tercer hermano de la saga —los tres militares y constituyentes—, Charles Lameth, así como al propio triunviro Duport y al aliado de todos ellos, Talleyrand, salvándoles de una segura detención y una muy probable liquidación en las masacres de septiembre. <<

[170] Lameth, Théodore de, Mémoires, Fontemoing & Cie., 1913, pág. 240. <<



[171] Godoy había intentado inicialmente la vía diplomática mediante una carta transmitida por Ocáriz al ministro de Asuntos Exteriores, Lebrun, que fue leída el 28 de diciembre en la Convención. España ofrecía una garantía de neutralidad mutua como medio «para poder influir favorablemente en la suerte del exrey». La gélida acogida a su iniciativa impulsó a Godoy a instar a Ocáriz a «redoblar sus esfuerzos y seguir sus oficios, ora privados y secretos», y a recurrir a cuantos medios «le sugiriesen su lealtad y su talento» con tal de que quedara a salvo «el honor de la Corona» (Godoy, Manuel, Memorias, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2008, págs. 153-154). <<

[172] En 1926 un descendiente del banquero Le Couteulx de Canteleu escribió una carta a la revista *Annales Historiques de la Révolution Française* —dirigida entonces por Albert Mathiez— explicando que según la documentación en poder de su familia su antepasado había entregado 2.300.000 francos a Ocáriz el 3 de enero de 1793 para salvar al rey. Según él los contactos entre ambos, con la corte de Madrid de por medio, se habían iniciado en octubre, coincidiendo por lo tanto con la visita clandestina de Lameth a Danton. También daba por bueno que medio millón de francos había ido a parar a Chabot (*Annales Historiques de la Révolution Française*, 1926, págs. 180-183). <<

[173] Omer Talon, antiguo fiscal del tribunal del Châtelet de París —máxima instancia penal durante el Antiguo Régimen— y entonces exiliado en Londres, fue quien se entrevistó con el primer ministro Pitt para transmitirle el planteamiento de Danton que le había hecho llegar su agente Noël. Pero el primer ministro inglés no quiso saber nada. Talon llegó, horrorizado, a la conclusión de que Pitt prefería la ejecución de Luis XVI para que Francia se sumiera en la guerra civil y el caos. Interrogado en 1802 por la policía de Bonaparte a su regreso a Francia, Talon declaró que Pitt y otros gobernantes europeos con los que también había contactado «se negaron a los sacrificios pecuniarios demandados por Danton, pese a que había puesto la condición de que la suma no le sería facilitada sino cuando la familia real hubiera sido entregada a los comisarios designados para recibirla» (Annales Historiques de la Révolution Française, 1928, pág. 10). <<

[174] Godoy, Manuel, op. cit., pág. 145. <<

[175] Godoy, Manuel, op. cit., págs. 154-155. <<

[176] Mathiez, Albert, Danton et la paix, La Renaissance du Livre, 1919, pág. 94. <<

[177] Tanto Lefebvre como Bluche coinciden en que Bertrand de Moleville iba de farol. No porque no hubieran existido esas pruebas —la más importante una nota autógrafa de Danton a un intermediario—, sino porque aunque Montmorin pudiera habérselas enseñado tanto a él como a Brissot, Moleville no las tenía consigo. Todo indica que habían permanecido en los archivos del ministerio de Asuntos Extranjeros, donde habrían sido destruidas por Lebrun, colega de Danton en el gobierno del 11 de agosto. No comparten pues la tesis de Mathiez de que Moleville habría enviado esos documentos al defensor del rey para que los usara durante el juicio, y el ministro de Justicia Garat, en buenas relaciones con Danton, los habría interceptado (Lefebvre, op. cit., pág. 41; Bluche, Frédéric, Danton, Perrin, 1999, pág. 266; Mathiez, op. cit., pág. 93). <<

[178] Hampson, Norman, Danton, Basil Blackwell, 1978, pág. 96. <<



[179] Le Patriote Français, nº 1386, viernes 31 de mayo de 1793, pág. 1. Reimpresión de Keipp Verlag, 1989, t. VIII, pág. 599. <<

[180] Bluche, op. cit., pág. 330. Jacques-Claude Beugnot, activo miembro del ala derecha de la Asamblea Legislativa y diputado en la Convención por el Departamento del Aube, hizo caso a Danton, cesando en toda actividad política. Aunque fue encarcelado en octubre de 1793, a diferencia de muchos de sus amigos no fue enviado ni al Tribunal Revolucionario ni a la guillotina. Excarcelado después de los sucesos de Thermidor, llegó a ministro tanto en la etapa napoleónica como en la restauración borbónica. Falleció a la avanzada edad de setenta y cuatro años tras haber publicado sus Memorias. <<

[181] Lévasseur de la Sarthe, Mémoires, Messidor/Éditions Sociales, 1989, pág. 261.

<<

[182] Barère, Bertrand, Mémoires, Jules Labitte, 1842, t. II, pág. 91. <<

[183] Bluche, op. cit., pág. 335. <<

[184] Desde la ejecución del rey el sillón presidencial de la Convención había sido ocupado por seis de los principales líderes moderados —Vergniaud, Rabaut Saint-Étienne, Gensonné, Lasource, Boyer-Fonfrède e Isnard—, intercalados por cuatro no alineados con simpatías jacobinas —Bréard, Dubois-Crancé, Debry y Delmas—. Desde la propia constitución de la cámara ni un solo montagnard puro había logrado el puesto antes de Mallarmé. <<

[185] Danton se refería a los sucesos del 9 de marzo, cuando grupos armados entre los que figuraban Varlet, Lazouski, Fournier el Americano y posiblemente Guzmán habían destrozado las imprentas de dos periódicos moderados: Le Courier des Départements de Gorsas y La Chronique de Paris, cuya rúbrica parlamentaria corría a cargo de Rabaut Saint-Étienne y Condorcet. <<

[186] Barthou daba por hecho que Guadet y Louvet debían conocer la tragedia de Voltaire, Sócrates, en la que Anitus aparece retratado desde esa perspectiva (Barthou, Louis, Danton, Albin Michel, 1932, págs. 267 y 269). <<



[187] Vovelle, Michel, artículo sobre Marat en Soboul, op. cit., pág. 712. <<

[188] Tulard, J., op. cit., pág. 970. El propio Vovelle, simpatizante de la figura de Marat, admite que «se deja arrastrar a una escalada» (Vovelle, op. cit., pág. 712). En la sesión del 24 de octubre de 1792 el curtidor Vermont, diputado por las Ardenas, declaró que Marat le había dicho que «aún hacía falta que rodasen 270.000 cabezas», y el propio Marat lo corroboró desafiante: «Y bien, ¡sí! Esa es mi opinión y la repito» (Buche et Roux, Histoire parlementaire de la Révolution Française, t. XIX, pág. 379). <<

[189] Zweig, Stefan, Fouché. El genio tenebroso, Editorial Juventud, Barcelona, 2007, pág. 51. <<

[190] Ozouf, Mona, artículo sobre Marat en Dictionnaire critique de la Révolution Française, François Furet y Mona Ozouf, Flammarion, 1988, pág. 282. <<

[191] «Marat dit l'Ami du Peuple», reproducción completa del periódico, Society for Reproduction of Rare Books, Tokio, 1967, t. XIV, nº 648, jueves 3 de mayo de 1792, págs. 6-8. <<

[192] El 24 de agosto de 1790 tres regimientos de la guarnición de Nancy se insubordinaron contra sus mandos, crearon comités de soldados y se adhirieron al club local de los jacobinos. A instancias de Lafayette, la Asamblea Constituyente envió al marqués de Bouillé a reprimir la rebelión al frente de 4500 hombres. Cuarenta y dos soldados fueron ahorcados y otros tantos enviados a galeras. Sin embargo, la Asamblea Legislativa reivindicaría la memoria de los amotinados e incluso celebraría una fiesta en su honor el 15 de abril de 1792. <<

[193] El 5 de octubre de 1789, en un clima de gran descontento por la carestía del precio del pan y por los rumores de que el rey quería vetar la abolición de los privilegios nobiliarios, una multitud en su mayor parte integrada por mujeres se había trasladado a pie de París a Versalles para protestar ante Luis XVI. La situación se le había ido de las manos a Lafayette, a la sazón comandante de la Guardia Nacional, y al amanecer del día siguiente las turbas habían invadido el palacio con el consiguiente derramamiento de sangre. Para evitar una tragedia mayor, el rey había accedido a trasladarse a París con la reina y el delfín, escoltado —en realidad era su prisionero— por los asaltantes. «Nos traemos al panadero, a la panadera y al pinche», proclamaron triunfantes las sublevadas. La familia real se instaló en las Tullerías y el Tribunal del Châtelet —máxima instancia penal durante el Antiguo Régimen— llevó a cabo una investigación que concluyó responsabilizando a Mirabeau y al duque de Orleans de lo sucedido. Según Albert Soboul se trató en realidad «de una empresa conjunta del pueblo llano de París y de la burguesía revolucionaria» (Soboul, op. cit., pág. 796).

<<

[194] Ozouf, Mona, op. cit., pág. 281. <<



[195] Henri Wallon recoge esta cita de Marat: «He propuesto varias veces dar una autoridad instantánea a un hombre sabio y fuerte bajo la denominación de tribuno del pueblo, de dictador, etc. El título es lo de menos. Pero una prueba de que yo quería encadenarlo a la patria es que yo pedía que se le atara una bola a los pies y que no tuviera autoridad más que para abatir las cabezas criminales». Y el propio Wallon exclama a continuación: «¡El verdugo!» (op. cit., t. 1, pág. 11). <<

[196] Gottschalk, Louis, The Life of Jean Paul Marat, Haldeman-Julius, Girard, Kansas, 1923, págs. 42-43. <<

[197] Ozouf, Mona, op. cit., pág. 281. <<

[198] Brissot, Mémoires, The Cornell University Library Digital Collections, 1991, t. I, pág. 197. <<

[199] Brissot, Mémoires, op. cit., t. I, pág. 204. <<

[200] En vísperas de la insurrección, Marat había pasado por uno de sus peores periodos de abatimiento. Carente de medios para pagar la imprenta y sintiendo que todos sus desvelos caían en el vacío de «la negra ingratitud del pueblo y el cobarde abandono de los patriotas», había llegado a anunciar que abandonaba su lucha publicando el 22 de julio un texto titulado «Motivos que han determinado la retirada de L'Ami du Peuple». El pretexto era la detención del diputado Laurent Lecointre por tomar medidas arbitrarias contra personas que presuntamente trataban de emigrar: «A la vista de este último rasgo de perfidia [...] he desesperado de la cosa pública y la pluma se me ha caído de las manos». El periódico no reaparecería sino el 7 de agosto con un llamamiento «A los federados de los ochenta y tres departamentos», que él intentaría presentar, sin demasiado crédito, como desencadenante de la sublevación (L'Ami du Peuple, nº 676, pág. 1 y nº 677). <<

[201] L'Ami du Peuple, nº 680, 19 de agosto de 1792, pág. 7. <<

[202] Gérard Walter sostiene que Marat sabía perfectamente que cientos de «curas sediciosos» y «aristócratas gangrenados» —por usar sus propias expresiones— habían sido encarcelados en otras prisiones y, sin embargo, «sólo se ocupa de la prisión de la Abadía, sólo los “traidores suizos” son entregados por él a la implacable “justicia nacional”, se mueve en un círculo bien limitado y preciso» (Walter, Gérard, Marat, Albin Michel, 1933, pág. 236). <<



[203] Los Comités de Vigilancia Revolucionaria eran el fruto de las distintas disposiciones legislativas —la última del propio 11 de agosto— por las que se depositaba en las comunas municipales el control de la fuerza pública y la labor de policía. Dos miembros de ese comité parisino —Panis y Sergent—, considerados próximos a Danton, fueron los promotores de la incorporación de Marat con el argumento de que conocía bien las tramas contrarrevolucionarias que había que desbaratar. <<

[204] Gottschalk, Louis, op. cit., pág. 40. <<

[205] Marat quería vengarse de Roland porque éste se había negado a concederle a modo de subvención una parte de las 100.000 libras que la Asamblea Legislativa le había asignado para «esclarecer el espíritu público». En concreto Marat le había pedido 15.000 para solventar las dificultades financieras por las que atravesaba L'Ami du Peuple, y Roland le había dado largas. El periódico de Marat había tenido que interrumpir su publicación desde el 21 de agosto hasta el 13 de septiembre. <<

[206] Coquard, Olivier, Marat, Fayard, 1993, pág. 360. Mortimer-Ternaux, Histoire de la Terreur, t. III, pág. 308. <<

[207] En el momento clave en que se debatía su candidatura, Robespierre había intervenido para pedir que los electores «fijen su preferencia en los hombres que desde la primera Revolución se han mantenido invariables en los principios de la libertad». Si a alguna idea estaba asociada la imagen de Marat —además de a la ferocidad— era a la tenacidad y a la persistencia. <<

[208] Fusil, Louise, Souvenirs d'une actrice, Librairie de l'Art du Théâtre, Charles Schmid Éditeur, págs. 190-192. <<

[209] Ambrière, Madeleine y Francis, Talma ou l'histoire au théâtre, Éditions de Fallois, 2007, pag. 157. <<

[210] Así lo explicaría en su elogio fúnebre Felix Le Peletier, quien llegaría a afirmar que «Marat fue tanto más grande en la medida en que volteó el prejuicio más arraigado que había existido nunca: el que cubría de infamia y vergüenza a cualquier denunciador, por traidor que fuera el denunciado». <<



[211] Lévasseur de la Sarthe, op. cit., pág. 94. <<

[212] Lacretelle, Charles de, Histoire de France au XVIII siècle, 12 vol., Treutel et Wurtz, 1821-1825, t. X, pág. 8. Citado por Coquard, op. cit., pág. 368. <<

[213] Buzot, François, Mémoires sur la Révolution Française, Pichon et Didier, 1828, págs. 92-93. <<

[214] Lévasseur de la Sarthe, op. cit., pág. 94. <<

[215] Marat conoció a Simone Evrard, trabajadora primero del textil y luego de una fábrica de agujas para relojes, cuando en 1790 se escondió en casa de su cuñado que era tipógrafo en la imprenta de L'Ami du Peuple. Pronto se convirtió en su amante, colaboradora, sirvienta y enfermera. Ella había alquilado la casa de la calle Des Cordeliers. <<

[216] L'Ami du Peuple, op. cit., nº 206, 31 de mayo de 1793, pág. 8. El periódico de Marat había cambiado dos veces de nombre. En septiembre de 1792, a raíz de su elección como diputado, se había transformado en Le Journal de la République Française. Cuando en marzo la Convención había decretado durante un tiempo la incompatibilidad entre el cargo de diputado y la actividad como periodista, Marat había desobedecido la norma, camuflando su desafío bajo un nuevo cambio de nombre del periódico que había pasado a ser Le Publiciste de la République Française. <<

[217] Tras participar en la guerra de la independencia de los Estados Unidos el conde de Custine había sido uno de los aristócratas que con más entusiasmo se había sumado a la Revolución, formando parte de la Asamblea Constituyente. Como militar había obtenido notables éxitos al frente del Ejército del Rin, el más importante de ellos la conquista de Maguncia. Ignorando las órdenes de la Convención, prosiguió su ofensiva hasta Fráncfort, pero el contraataque prusiano le hizo perder todo lo conquistado. Robespierre le defendió, pero los periódicos de Marat y Hébert se cebaron contra él acusándole de pretender imponer una dictadura militar. Acabó en la guillotina. <<

[218] Janssens, Jacques, Camille Desmoulins, le premier républicain de France, Libraire Academique Perrin, 1973, págs. 243 y 247. <<



[219] El biógrafo de Desmoulins, Jules Claretie, descubrió un contrato por el que él se comprometía a pagar 3000 de esas 10.000 libras a su amigo, el luego también diputado, Freron, a cambio de que redactara un cuarto pliego con noticias de actualidad. Pero como explica Jacques Janssens, «la colaboración de Fréron no se identifica en ningún momento en el periódico que, con la excepción de cuatro números, continuó apareciendo con tres pliegos, es decir con cuarenta y ocho páginas» (Janssens, op. cit., pag. 260). <<

[220] Wolikow, Claudine, «Révolutions de France et de Brabant», en Dictionnaire Historique de la Révolution Française, Albert Soboul (edit.), op. cit., págs. 906-907.

<<

[221] Edward Gibbon había publicado su monumental obra Declive y caída del Imperio Romano entre 1776 y 1788, y mantenía mucha relación con Francia debido, entre otras razones, a su estrecha amistad con Necker y su esposa, de la que había estado enamorado. Pese a la gran similitud del estilo ampuloso e irónico de ambos y las constantes alusiones de Desmoulins a la historia e historiadores de Roma, en su obra no aparece, sin embargo, ninguna referencia directa a Gibbon. <<

[222] Ahí habían sido ahorcados el intendente general de Finanzas, Joseph Foulon —a quien se le atribuía haber comentado que si no tenía pan el pueblo «comería hierba»—, y su yerno, Louis Bertier de Sauvigny, pero también un panadero llamado François acusado de acaparamiento. <<

[223] «Discours de la Lanterne aux parisiens», Chez Garnery, L'an Premier de la Liberté, 1789, pág. 10. Desmoulins también presentaba el hecho de que durante los linchamientos de Foulon y Bertier se hubiera roto dos veces la cuerda como «una señal de descontento» del farol. <<

[224] Desmoulins había conocido a François Suleau en el colegio de Luis el Grande. Dotado de una pluma tan ácida y casi tan brillante como la suya, Suleau era uno de los principales redactores del periódico monárquico *Les Actes des Apôtres*. Fue masacrado el 10 de agosto en la Terraza de los Feuillants tras ser denunciado —y probablemente atacado— por la revolucionaria Théroigne de Méricourt, a quien ridiculizaba en sus páginas. <<

[225] Janssens reproduce una supuesta conversación entre ambos en vísperas del 10 de agosto: «Tu cabeza está amenazada, ven a asilarte aquí y no tendrás nada que temer», le habría dicho Desmoulins. «No, estoy dedicado de alma y corazón a la familia real, no les abandonaré», habría replicado Suleau (op. cit., pág. 419). <<

[226] Coquard, op. cit., pág. 337. <<



[227] Las danaidas eran las cincuenta hijas del rey Danao, protagonistas de la tragedia de Esquilo Las suplicantes. Los barmécidas son uno de los linajes más citados en Las mil y una noches. He aquí una muestra típica de la mezcla de erudición y pedantería de Desmoulins. <<

[228] Janssens, op. cit., pág. 263. <<

[229] Al comienzo de la Revolución Desmoulins y Fréron habían propuesto a Marat sumar sus fuerzas en un único periódico. Marat lo había rechazado con un comentario especialmente ácido: «El águila vuela sola, los gansos van en grupo». <<

[230] Janssens, op. cit., pág. 327. En el puerto bretón de Saint-Malo se utilizaba a los llamados «perros de patrulla» («chiens de get») como vigilantes nocturnos de los accesos a la ciudad. Eran unos perros especialmente adiestrados para el combate, y así lo muestra el escudo de la villa. <<

[231] *Revolutions de France et de Brabant*, n° 77, t. VI, pág. 529. <<

[232] El palacio de Luxemburgo, antigua posesión de María de Medicis, había sido donado por Luis XVI a su hermano el conde de Provenza —futuro Luis XVIII— y expropiado por la Revolución junto con el resto de sus bienes al haber emigrado este. Pronto será habilitado como cárcel y en ella terminarán algunos de los personajes más notorios del barrio. <<

[233] Bertaud, Jean Paul, Camille et Lucile Desmoulins. Une couple dans la tourmente, Presses de la Renaissance, 1986, pág. 128. <<

[234] Sébastien Mercier era ya uno de los escritores más reputados del momento, después de haber publicado su Tableau de Paris a modo de compendio de sus memorias y paseos por la capital del Antiguo Régimen. Mercier sería elegido diputado a la Convención y se alinearía con el sector moderado, lo que le valdría la prisión. <<



[235] En su propia revista y aprovechando una polémica con un eclesiástico que le reprochaba sus posiciones, Desmoulins justificó haberse casado en una ceremonia religiosa, presentando a sus cinco testigos como «un antídoto contra las trampas de la aristocracia» (*Révolutions de France et de Brabant*, nº 59, pág. 301). <<

[236] Janssens, op. cit., pág. 297. <<

[237] Lucile vivió las horas de la insurrección con el corazón en un puño, preocupada por la suerte de Camille. Su diario muestra su consternación por la muerte de algunos voluntarios marseleses a los que la víspera había invitado a cenar en casa. Se hace eco, en cambio, del linchamiento de su amigo Suleau con el frío fatalismo de una espectadora: «A Suleau le han cortado la cabeza. La han paseado por París. Camille le dijo: “Querido, si vas a batirte por el rey, mañana estarás colgado”. Camille sólo le dijo la verdad» (Desmoulins, Lucile, Journal, Éditions des Cendres, 1995, págs. 93-97. Bertaud, op. cit., pág. 182). <<

[238] Camille se permitía incluso sugerir a su padre que en sus manos estaba concederle un ascenso, pero él no se dio por aludido. La carta estaba pomposamente firmada por «Camille Desmoulins, secrétaire général du Département de la Justice». La mención al «palacio de los Maupeou y de los Lamoignon» era, según Gérard Bonn, «como el sonido del clarín o más bien como el grito de victoria de la ambición colmada». Se refería a la suntuosa sede del ministerio en la plaza Vendôme y a dos de las familias que durante los reinados de Luis XV y Luis XVI habían dado grandes ministros y juristas eminentes. El último notable de los Lamoignon —Guillaume Chretien de Lamoignon de Malesherbes—, protector de los enciclopedistas como director de la Biblioteca, habría de convertirse muy pronto en el principal abogado defensor del rey (Bonn, Gérard, Camille Desmoulins ou la plume de la liberté, Éditions Glyphe, 2006, págs. 407-408). <<

[239] En un momento en que el artesano contaba las rebanadas de pan para distribuir las entre sus hijos, Camille, al igual que Danton y a diferencia de Robespierre, iba de fiesta en fiesta. Frente a esta acusación la respuesta de Camille estaba lista: «¿Por qué predicar para todos el pan negro de la igualdad de la antigua Esparta, si Francia va a ser pronto la ciudad floreciente de Pericles?» (Bertaud, op. cit., pág. 191). <<

[240] Lucile anotaba meticulosamente en su diario las insinuaciones amorosas o directamente sexuales de los amigos de su marido, especialmente insistentes en el caso de Freron, y consultaba con su madre cómo responder a ellas. Todo indica que estimulaba ese juego en el que también intervenía la mujer de Robert, la escritora Louise Keralio, pero que permanecía fiel a Camille. <<

[241] Desmoulins, Lucile, Journal, Éditions des Cendres, 1995, pág. 96. <<

[242] Buchez y Roux hablan sin concretar de que Desmoulins habría «sustraído de la muerte a otros prisioneros», pero Janssens reproduce un fragmento del relato del abogado Maton de la Varenne elocuentemente titulado «Mi resurrección», en el que dice que «el sensible Desmoulins, contra el que yo había hecho pronunciar en 1790 condenas desagradables y al que yo debía creer mi enemigo, se elevó por encima de todo resentimiento, no vio en mí más que a un hombre de bien perseguido e hizo todos sus esfuerzos ante Panis —miembro del Comité de Vigilancia de la Comuna e íntimo como él de Danton— para que fuera interrogado y liberado» (Janssens, Jacques, op. cit., pág. 435). <<



[243] Bonn, Gérard, op. cit., pág. 415. La cita corresponde al capítulo quinto del libro segundo de El contrato social. <<

[244] Prudhomme contaría en su *Histoire generale et impartiale des erreurs, des fautes et des crimes commis pendant la Révolution* que cuando el tocsín convocaba ya a la matanza había acudido al despacho de Danton a pedirle que interviniera para parar aquello y que Desmoulins había terciado ante el ministro: «¿No le has dicho que no se confundirá a los inocentes con los culpables?». También escribió que el 4 de septiembre Camille le habría dicho: «Bien, todo se ha hecho ordenadamente...» (Janssens, Jacques, op. cit., pág. 436). <<

[245] Madelin, Louis, Danton, Hachette, 1914, pág. 27. <<

[246] Madelin, Louis, op. cit., pág. 26. <<

[247] Citado por Janssens, op. cit., pág. 433. <<

[248] Révolutions de France et de Brabant, nº 39, t. III, pág. 725. En esa época — mediados de 1790— Desmoulins trataba de congraciarse con su antiguo compañero de colegio y se refería a menudo a él como «mon cher Robespierre». No era, sin embargo, correspondido por Robespierre, quien le envió una carta de rectificación sobre un asunto menor «dirigiéndose a él en un tono de fría reserva, como si se tratara de un desconocido, llamándole “*monsieur*” y tratándole de “usted”». Camille no se desanimó y a través del siguiente número le dijo con ironía: «Deberías saludar al menos a un antiguo camarada con una leve inclinación de cabeza» (Janssens, op. cit., pág. 256-257). <<

[249] Janssens, op. cit., pág. 440. <<

[250] Citado por Janssens, op. cit., pág. 433. <<



[251] Histoire des Brissotins ou fragment de l'histoire secrète de la Révolution, Imprimerie Patriotique et Républicaine, rue Saint-Honoré, n° 355, vis-à-vis l'Assomption, 1793, pág. 5. <<

[252] Citado por Janssens, op. cit., pág. 496. <<

[253] Soboul, Albert, Portraits de révolutionnaires, Messidor, 1986, pág. 125. <<

[254] Michelet, Jules, Histoire de la Révolution Française, Jean de Bonnot, 1974, libro X, cap. VII, t. V, pág. 413. <<

[255] Era la etapa en la que el Club de los Jacobinos estaba en la órbita de la burguesía progresista que se sentía representada por Brissot, Pétion o los diputados de la Gironda. Roland había sido admitido a finales de 1791, coincidiendo con el inicio de su segunda estancia en París, gracias al apoyo de amigos influyentes como el notario Bancal des Issarts, el botánico Louis-Agustin Bosc o el médico François Lanthenas. Formó parte de su Comité de Correspondencia y a comienzos de 1792 llegó a ser su secretario. *Madame* Roland seguía regularmente sus sesiones desde la tribuna. <<

[256] Al igual que en su primera etapa, los Roland se habían instalado en el Hotel Britannique de la calle Guenegaud, junto al muelle de Conti, en el barrio de la Moneda. Pero así como la primera vez, cuando llegaron comisionados por la municipalidad de Lyon, alquilaron algunas de sus mejores estancias —y en ellas se estableció el primer salón de *madame* Roland—, la segunda vez se conformaron con unas habitaciones más modestas en uno de los pisos superiores. La Asamblea había suprimido la plaza de inspector de Manufacturas que él había desempeñado durante muchos años y, a la espera de obtener alguna compensación, quería dedicarse al Diccionario Técnico en el que ya llevaba largo tiempo trabajando. <<

[257] «Plutarco me había predisuesto a hacerme republicana: había despertado en mí esta fuerza y esta dignidad que forman el carácter; él me había inspirado el verdadero entusiasmo por las virtudes públicas y la libertad» (*madame* Roland, *Mémoires*, *Mercure de France*, 1986, pág. 464). <<

[258] La comparación procede de un contemporáneo, el diputado lionés en la Asamblea Legislativa Pierre-Édouard Lemontey, que recuerda así a toda la familia: «Su marido parecía un cuáquero y ella parecía su hija: y su hija daba vueltas alrededor de ella con los cabellos flotando hasta la cintura. Cualquiera creería ver a habitantes de Pensilvania trasplantados al salón de *monsieur* de Calonne». Calonne había sido ministro de Finanzas de Luis XVI y por lo tanto inquilino del Hotel del Control General (Dauban, C. A., *Étude sur Madame Roland et son temps*, Henri Plon, 1864, pág. CXXXV). <<



[259] Explicará en sus Memorias que tal atuendo «produjo el asombro y el escándalo de todos los lacayos, esos seres que no existiendo más que para la etiqueta, creían que la salud del reino estaba vinculada a su conservación». También añadirá la respuesta irónica de Dumouriez al consternado maestro de ceremonias: «¡Ah! *Monsieur*, todo está perdido» (*madame* Roland, *Mémoires*, *Mercure de France*, 1986, pág. 97). <<

[260] *Madame* Roland, Mémoires, op. cit., pág. 92. <<

[261] Ozouf, Mona, en *La Gironde et les girondins*, op. cit., pág. 314. <<

[262] La medida era complementaria a la disolución de la Guardia Constitucional del rey y, con el pretexto de la defensa de París, suponía situar un elemento de coacción militar permanente que reducía aún más el margen de maniobra política de la Corona, toda vez que esos veinte mil hombres iban a ser miembros de la Guardia Nacional llegados de todos los departamentos y fieles a los ideales revolucionarios. <<

[263] Jaurès, Jean, Histoire socialiste de la Révolution Française, Éditions Sociales, 1970, t. II, pág. 564. <<

[264] Michelet, Jules, Histoire de la Révolution Française, Éditions Jean de Bonnot, 1974, t. III, libro VI, cap. VIII, pág. 387. <<

[265] Así como en la primera entrega de sus Memorias, que con el subtítulo de «Notices Historiques» resumía toda su vida política, *madame* Roland escribió que «decidimos entre los dos su famosa carta al rey», en un relato posterior más detallado la afirmación es inequívoca: «Je fis la fameuse lettre» (Mémoires, op. cit., págs. 102 y 232). <<

[266] Mémoires, op. cit., pág. 110. <<



[267] Mémoires, op. cit., págs. 207-208. <<

[268] Dauban, C. A, Étude sur *Madame* Roland et son temps, Henri Plon, 1864, pág. CXXXIII. <<

[269] Mémoires, op. cit., págs. 113 y 206. <<

[270] Así es como la describe Dumouriez en sus Memorias, subrayando que durante la Revolución «ninguna mujer ha desempeñado un papel más noble e interesante que ella». Según el general traidor, en torno a *madame* Roland «se había formado una sociedad de metafísicos, literatos, diputados de la Convención y ministros que acudían todos los días a recibir sus órdenes» («La vie et les mémoires du general Dumouriez», Collection des Mémoires Relatifs a la Révolution Française, Baudoin Frères, 1823, t. III, pág. 374). <<

[271] Desmoulins la había comparado a Circe, la diosa y hechicera de la mitología griega, capaz de convertir a las personas en animales, alegando que «aunque no sepa más que transformar en cerdos a los compañeros de Barbaroux [...] tiene una magia aún mayor». Tras sugerir que Desmoulins desconocía sus verdaderos dones, ella añadió en sus Memorias que «si hubiera hablado con un personaje de su especie, habría estado fría y silenciosa o incluso repulsiva» (Mémoires, op. cit., pág. 390). <<

[272] «El examen de los borradores en los que las escrituras se alternan demuestra que sería imposible tratar de buscar entre líneas una acción tan bien armonizada» (Bernardin, Edith, Jean-Marie Roland et le Ministère de l'Intérieur, Société des Études Robespierriéristes, 1964, pág. 19). <<

[273] Cornut-Gentile, Pierre, *Madame Roland*, Perrin, 2004, pág. 256. <<

[274] Tarbell, Ida, *Madame Roland*. A Biographical Study, Charles Scribner's Sons, 1896, pág. 217. <<



[275] Esta descripción corresponde a una de las cartas en las que *madame* Roland relató lo ocurrido al diputado Bancal des Issarts. En esa carta se declaraba avergonzada de una Revolución que se había vuelto «repugnante» para ella. Desde entonces reiteraría una y otra vez su repulsión por París y los parisinos (*Lettres de Madame Roland*, Claude Perroud (ed.), Imprimerie Nationale, 1902, t. II, pág. 436).

<<

[276] Lettres, op. cit., págs. 434-435. <<

[277] Lettres, op. cit., pág. 436. <<

[278] Archives Parlementaires, Paul Dupont, 1896, t. XLIX, pág. 266. <<

[279] El Guardamuebles era el edificio de la plaza de la Revolución —antes llamada de Luis XV— en el que estaban depositados los objetos más valiosos —joyas, tapices, regalos costosos— que eran propiedad de la Corona. En la noche del 16 al 17 de diciembre de 1792 una banda organizada asaltó el recinto y robó gran parte de las joyas, incluidos los diamantes Sanci y Regente. Dos de los ladrones —Cambon y Doulligny— fueron guillotinado y gran parte de las joyas recuperadas. Las sospechas de *madame* Roland —le dijo a su marido que «un golpe tan atrevido sólo puede ser obra del audaz Danton» (Mémoires, op. cit., pág. 132)— nunca se verían corroboradas por el menor indicio serio. <<

[280] Según Aulard esto quedó patente «tanto para la posteridad como para sus contemporáneos» porque «en las horas supremas el recuerdo de *madame* Roland fue para los girondinos una religión que les unió; a algunos hasta el patíbulo, a otros hasta la dispersión final» (Aulard, Alphonse, *Histoire politique de la Révolution Française*, Armand Colin, 1926, pág. 392). <<

[281] Mona Ozouf ha puesto de manifiesto la significativa coincidencia entre la historiografía dantonista representada por Aulard y la robespierrista encarnada por Mathiez a la hora de desplegar «un juicio globalmente negativo» de *madame* Roland. El uno la responsabilizó de «inspirar a la Gironda sus rencores personales» y el otro nada menos que de «haber apartado del buen camino al compañero de Robespierre [en la Constituyente], Buzot» (La Gironde et les girondins, op. cit., pág. 309). <<

[282] Dauban, op. cit., pág. CLXIII. El autor se refiere a Hébert como «el chacal de la prensa, el rastreador de cadáveres, la bestia salvaje que espía al moribundo, el buitre que le come vivo si está encadenado». <<



[283] Le Père Duchesne, nº 202, Edhis, 1969, t. VII, págs. 4-5. <<

[284] Walter, Gérard, Hébert et le Père Duchesne, J. B. Janin, 1946, pág. 101. <<

[285] Le Père Duchesne, op. cit., t. VI, n° 199, págs. 4-7. <<

[286] Dauban, op. cit., pág. CLXIV. <<

[287] Mémoires, op. cit., págs. 387-390. <<

[288] «El incivismo marcado de Buzot —declarará contra él su compañero de departamento, Duroy— data del 13 de septiembre. En esa época recibió una carta de la mujer Roland. Me la leyó: la mujer Roland se quejaba de que la comuna revolucionaria había lanzado una orden de detención contra el virtuoso Roland» (Dauban, op. cit., pág. CXLI). <<

[289] Perroud, Claude, Mémoires de *Madame* Roland. Nouvelle édition critique, Plon-Nourrit, 1905, pág. XIV. <<

[290] Mémoires, op. cit., págs. 58 y 114. <<



[291] François Xavier Lanthenas era un joven comerciante ocupado en el negocio familiar de venta de cera cuando conoció a Jean-Marie Roland en uno de sus viajes a Italia. El inspector de Manufacturas le convenció de que siguiera su vocación y estudiara medicina. Años después Lanthenas sirvió de puente entre Roland y Brissot y tradujo al francés la obra de Tom Paine. Durante la segunda etapa de su ministerio Roland lo puso al frente del Departamento de Instrucción Pública, pero dejó el puesto al ser elegido diputado. *Madame* Roland, que lo trataba como a un «hermano», critica en sus Memorias su desafección política y la atribuye a los celos: «No quería seguir viendo las cosas como yo, y menos como aquel al que me veía querer» (Mémoires, op. cit., pág. 514). <<

[292] Todas estas citas proceden de los documentos números 508 a 516 incluidos por Claude Perroud en su edición de las cartas de *madame* Roland (op. cit., t. II, págs. 449-458). <<

[293] Mémoires, op. cit., pág. 512. <<

[294] Citado por Paul de Roux en la introducción a *Mémoires*, op. cit., pág. 29. <<

[295] Durante casi setenta años la identidad de la persona a la que amaba *madame* Roland fue un misterio, ya que las primeras ediciones de sus Memorias fueron oportunamente censuradas por sus amigos Bosc y Champagneux. Eso alimentó la especie de que se trataba de Barbaroux, cuya apariencia física ella elogiaba. Sólo la publicación en 1864 por C. A. Dauban de la versión completa de las Memorias, así como de las cartas escritas a Buzot desde la prisión, desveló la verdad. <<

[296] Memories, op. cit., págs. 49-50. <<

[297] Cornut-Gentile, op. cit., pág. 271. <<

[298] Le Moniteur Universel, n° 315, Lunes 10 de diciembre de 1792, t. XIV, págs. 691-692. <<



[299] Le Journal de la République Française par Marat, L'Ami du Peuple, n° 71, lunes 10 de diciembre de 1792, págs. 7 y 8, t. XVI, págs. 169 y 170. <<

[300] Ozouf, Mona, en *La Gironde et les girondins*, op. cit., pág. 323. <<

[301] Tanto las reflexiones sobre su marido como esta interpelación a su amado forman parte de la primera carta de *madame* Roland fechada en la cárcel de la Abadía el 22 de junio de 1793 (Dauban. C. A., op. cit., Lettres Inédites, pág. 20). <<

[302] Ozouf, Mona, op. cit., pág. 325. <<

[303] Wallon, Henri, La Révolution du 31 mai et le fédéralisme en 1793, Librairie Hachette, 1886, pág. 255. <<

[304] Tuetey, Alexandre, Répertoire général des sources manuscrites de la Histoire de Paris pendant la Révolution Française, Municipalité de Paris, 1908, t. VIII, doc. 2657, pág. 418. <<

[305] Todos los diálogos y entrecomillados de este relato proceden de la declaración prestada por Bachelard el 15 de Fructidor del año 3 ante el Comité Civil de la Sección de Luxembourg y recogidos por A. Sée en su obra *Le procès Pache*, Société de Histoire de la Révolution Française, París, 1911. <<

[306] Biré, Edmond, Journal d'un bourgeois de Paris pendant la Terreur, Perrin, 1910, pág. 332. <<



[307] Tuetey, Alexandre, op. cit., t. VIII, doc. 2659, pág. 419. <<

[308] La carta a Guzmán va firmada por «el ciudadano Pyron, presidente del Comité Revolucionario de la Sección de Piques» (Tuetey, op. cit., t. VIII, doc. 2723, pág. 430). <<

[309] El cargo de comandante general de la Guardia Nacional había quedado vacante tras la marcha de Santerre a combatir a los rebeldes de la Vendée. La Comuna había nombrado el 17 de mayo, para sustituirle, a Boulanger, comandante de la popular Sección de Halle-au-Blé (Mercado del Trigo), pero la oposición de buena parte de las secciones le llevó a presentar la dimisión sin haber llegado a ejercer el cargo. El mando recaía entonces de forma interina en los jefes de cada una de las cinco legiones en que estaba dividida la Guardia Nacional. Claude Mulot d'Anger era el jefe de la 5ª Legión y residía en la Sección del Marais. <<

[310] Lenotre, G., Vieilles maisons, vieux papiers, troisième série, Librairie Académique Perrin, 1940, pages 309-311. <<

[311] Schmidt, Adolphe, op. cit., t. I, págs. 334-335. <<

[312] Slavin, Morris, en Robespierre, Colin Haydon y William Doyle (ed.), Cambridge University Press, 1999, pág. 147. <<

[313] Varlet utilizará esta expresión al relatar un año después, desde la cárcel, lo sucedido entre el 31 de mayo y el 2 de junio. <<

# Notas Capítulo I



[1] Henri Bancal des Issarts era hijo de un rico comerciante de seda de Clermont-Ferrand y había hecho carrera como notario en París, incorporándose a la vivencia de la Revolución desde la propia toma de la Bastilla. Había entrado en contacto con los Roland a través del doctor Lanthenas, y su pasión inicial por Manon se había transformado en una sólida amistad. Tal vez fuera en su propio salón donde conoció a la escritora inglesa Helen-Maria Williams, prendada también de la Revolución. Bancal volvió a verla en Londres, y durante su segunda estancia en París a finales de 1792 le hizo proposiciones matrimoniales. Ella mantenía ya una relación con su compatriota John Hurford Stone y le rechazó. Bancal buscó el consejo de su amiga y Manon Roland —abstrayéndose de su propia crisis— le escribió tres cartas llenas de afecto que Claude Perroud data en «los primeros meses de 1793», en las que le aconsejaba perseverancia y se ofrecía a interceder en su favor ante *miss Williams* (Lettres de *Madame Roland*, Claude Perroud (éd.), Imprimerie Nationale, 1902, t. II, págs. 466-469). <<

[2] Desmoulins, Lucile, Journal 1788-1793, Éditions des Cendres, 1995, pág. 100. <<

[3] Según el relato de uno de sus descendientes, el barón de Batz había convocado a varios centenares de monárquicos en una zona suficientemente amplia del trayecto para haber provocado una auténtica avalancha humana sobre el carruaje, apoderarse de Luis XVI y esconderlo en una casa cercana. Según las memorias del propio activista contrarrevolucionario, a la hora de la verdad, sólo «cuatro franceses» —él y tres de sus más próximos— intentaron detener el vehículo, instando a los demás a secundarles. «¡Estéril llamamiento, vana esperanza!». Al parecer la policía había impedido salir de sus casas a muchos conocidos monárquicos con los que contaba el barón (Batz, barón de, *La vie et les conspirations de Jean, barón de Batz*, Calmann-Lévy, circa 1907, t. I, págs. 434-446). <<

[4] Durante el Antiguo Régimen los parlamentos cumplían la doble función de tribunales territoriales de justicia y órganos encargados de convalidar las leyes, edictos y ordenanzas del rey. Durante las guerras de religión y de la Fronda del siglo XVII los parlamentos se habían convertido en plataforma de los derechos nobiliarios frente a la Corona. Luis XIV les cortó las alas, pero a su muerte volvieron a recuperar su beligerancia tanto frente a Luis XV como frente a Luis XVI. La resistencia del Parlamento de París a aceptar que los nobles y el clero pagaran impuestos, y en general su tendencia a bloquear las iniciativas con las que la Corona pretendía hacer frente a la quiebra financiera, determinó al rey a convocar los Estados Generales. En ese momento el Parlamento de París contaba con ciento sesenta y cuatro miembros o jueces. <<

[5] Según revelaría Brissot en su carta a sus electores del 22 de mayo, al menos veinte miembros del Comité de Legislación, controlado por los moderados, escucharon a Le Peletier pronunciarse a favor de la apelación al pueblo o, en su defecto, de la reclusión del monarca (Brissot à ses commettans, Imprimerie Provost, 1794, pág. 18).

<<

[6] Lanjuinais, Victor, «Notice historique sur le comte Lanjuinais», en Oeuvres de J. D. Lanjuinais, Dondey-Dupré, 1832, t. I, pág. 22. <<

[7] Coblenza era la ciudad alemana al borde del Rin en la que se habían instalado los dos hermanos del rey —el conde de Provenza y el duque de Artois— junto con buena parte de los principales nobles emigrados, estableciendo una especie de corte paralela desde la que se tramaban las operaciones militares y políticas contra la Revolución (Beaulieu, C. F., *Essais historiques sur les causes et les effets de la Révolution de France*, Maradan, 1803, t. IV, pág. 293). <<

[8] Hijo de un modesto carpintero, Thuriot había hecho carrera como abogado primero en Reims y luego en París. El día de la toma de la Bastilla había sido enviado a negociar con el gobernador de la fortaleza, obteniendo la promesa —luego incumplida— de que los cañones no dispararían si no se producía el ataque. Muy activo en el Club de los Jacobinos, había apoyado desde la Asamblea Legislativa la insurrección contra la Monarquía y fue una especie de asesor jurídico de la Comuna. El 28 de diciembre había sido el diputado que había liderado la enérgica oposición a que se leyera la carta del encargado de negocios Ocáriz en la que se ofrecía la neutralidad de España a cambio de la conservación de la vida del rey (Kuscinski, A., *Dictionnaire des conventionnels*, Société de l’Histoire de la Révolution Française, 1916, pág. 587). Formaba parte del círculo de Danton, y sus avances sexuales hacia *madame* Robert y Lucile Desmoulins llevaron a esta a calificarle de «cerdo perdido» en una anotación de su diario del 21 de diciembre de 1792 (Desmoulins, Lucile, op. cit., pág. 97). <<



[9] André Jeanbon, más conocido como Jeanbon Saint-André, había nacido en Montauban, capital del Departamento del Tarn, en el seno de una familia de hugonotes obligada a disimular su fe. Jeanbon —traducción del occitano Tsambou, diminutivo de Tsan o Jean— había sido bautizado como católico, había estudiado en los jesuitas y había estado a punto de ingresar en la Compañía de Jesús. El conflicto con sus orígenes familiares lo había aplazado embarcándose en la marina mercante y haciendo varios viajes transoceánicos como capitán. La fuerza de su fe le había llevado, sin embargo, al seminario calvinista de Lausanne, volviendo a su ciudad de origen como pastor de la minoría protestante encuadrada en la llamada «Iglesia del Desierto» por la discriminación y penalidades que debía sufrir. Los historiadores distinguen entre el «Primer Desierto» o «Desierto Heroico» de protestantismo clandestino que siguió a la revocación del Edicto de Nantes y el «Segundo Desierto», en el que pastores como Jeanbon —que asumió el nombre eclesial de Saint-André— podían ejercer su ministerio con mayor tolerancia. <<

[10] El abogado Charles Jean-Marie Barbaroux aún no había cumplido los veinticinco años cuando se instaló en París a comienzos de 1792 enviado por el Departamento de Bouches-du-Rhône y por su capital, Marsella, para defender sus intereses ante la Asamblea Legislativa. Fue uno de los asiduos del primer salón de *madame* Roland en la calle de Guenegaud. Ella lo describirá como «activo, trabajador, franco y valiente», aunque «amante del placer» (Mémoires, op. cit., pág. 165). Él organizó la mítica marcha de los voluntarios marseleses sobre París y la compra de los seis mil fusiles que utilizaron para participar en el asalto a las Tullerías. Su popularidad en su departamento era tal que fue elegido diputado a la Convención con 775 votos sobre 776 votantes. Como Vergniaud, había votado por la apelación al pueblo, por la muerte del rey y contra el aplazamiento. Su repulsa por las masacres de septiembre y la influencia de *madame* Roland habían contribuido a convertirle en uno de los más activos adversarios de la Comuna, la Montaña y los jacobinos, y en el *alter ego* parlamentario de Buzot. <<

[11] Ligou, Daniel, Jeanbon, Messidor, 1989, pág. 60. <<

[12] El otro dimisionario había sido Pierre Manuel, procurador de la Comuna de París hasta la convocatoria de la Convención y hombre con pretensiones literarias. Participó activamente en la insurrección del 10 de agosto. Su papel durante las masacres de septiembre aún es objeto de controversia, pues mientras su cargo le comprometía expresamente, diversos testimonios —entre ellos el de *madame* de Stäel— indican que salvó a numerosas personas, ayudándolas incluso a salir de París. En todo caso, en noviembre tuvo el coraje de reprobear enérgicamente lo ocurrido en el Club de los Jacobinos y, tal vez pensando en evitar que se repitiera, apoyó sin éxito la propuesta de guardia departamental de Buzot. Tras votar en vano por la apelación al pueblo y por la reclusión del rey, cuando este fue condenado a muerte dimitió horrorizado sin tan siquiera esperar al voto sobre el aplazamiento. <<

[13] A sus veintiséis años recién cumplidos en enero de 1793 Jean-Lambert Tallien tenía ya una notable biografía como revolucionario. Era hijo del mayordomo del marqués de Bercy, el cual sufragó sus estudios. Su inteligencia y don de gentes le permitieron ser secretario del diputado de la Constituyente Jean-Baptiste Brostaret y relacionarse con los hermanos Lameth, que desempeñaron un papel clave en los primeros meses de la Revolución. Según algunas versiones, fue a través de ellos como conoció a la que luego sería su amante y esposa, Teresa Cabarrús. Entre tanto pasó de corrector de pruebas en una imprenta a periodista y lanzó con apoyo de los Jacobinos su propio semanario mural, L'Ami du citoyen, desde el que presionó al rey para que aceptara la nueva Constitución. Fue delegado de su sección en la Comuna Insurreccional del 10 de agosto y se convirtió en el secretario de la misma. Colaboró con Manuel en ayudar a escapar a algunos prisioneros, pero firmó los pagos de los «salarios» de quienes habían ejercido como asesinos. Robespierre recelaba de su ambición y torpedeó su elección como diputado por París, lo que había obligado a Tallien a hacerse elegir por el contiguo Departamento de Seine-et-Oise. Había votado contra la apelación al pueblo, por la muerte del rey y contra el aplazamiento. <<

[14] Las visitas domiciliarias eran el mecanismo de control revolucionario por excelencia y uno de los primeros síntomas de la deriva del proceso hacia un Estado policial. Eran efectuadas por los dirigentes de las secciones con la participación de la Guardia Nacional o de piquetes de espontáneos, y tenían por objeto requisar armas y descubrir emigrados que hubieran vuelto a París para promover la contrarrevolución. Proliferaron en los días posteriores a la toma de las Tullerías y habían quedado asociadas a las masacres de septiembre, ya que la mayoría de las víctimas habían llegado a la cárcel por ese procedimiento. Teóricamente la ley obligaba a realizarlas de día. <<

[15] *Madame de Genlis*, Mémoires, Mercure de France, 2004, pág. 323.<<

[16] El abogado Jérôme Pétion fue elegido representante del tercer estado por Chartres. En la constituyente formó pareja con Robespierre en la defensa de las posiciones más avanzadas. Buzot era de los pocos que les secundaba. Compatibilizó su estrecha amistad con el Incorruptible con una creciente colaboración con Brissot. En noviembre de 1791 —en la cima de su popularidad— fue elegido alcalde de París frente a Lafayette. Apoyó la primera invasión de las Tullerías el 20 de junio de 1792 y el rey le destituyó, pero la presión tanto de las secciones parisinas como de la propia Asamblea Legislativa le obligaron a reponerle en el cargo. El 10 de agosto actuó con especial doblez. «Traté de cumplir a la vez mi deber como ciudadano sin faltar al de magistrado», escribió. En la práctica eso supuso que pactó con los insurrectos su propio arresto domiciliario para no poder obstaculizar la sublevación. Relegado a figura decorativa por la Comuna, asistió pasivo a las matanzas de septiembre, antes de dimitir para ser diputado a la Convención. Lo intentó por París, pero fue derrotado por Robespierre, y lo consiguió por Eure-et-Loire. En compensación había sido el primer presidente de la Convención gracias al apoyo entusiasta de la mayoría moderada de la cámara. Su respaldo a la propuesta de guardia departamental de Buzot le había terminado de apartar de los jacobinos. Había votado por la apelación al pueblo, por la muerte del rey y por el aplazamiento. <<



[17] Tanto la historiadora de la etapa de Roland al frente del ministerio, Edith Bernardin (op. cit., pág. 70, nº 142), como el biógrafo de *madame* Roland, Pierre Cornut-Gentile (op. cit., pág. 300), consideran muy probable que el celoso y resentido Lanthenas le hubiera contado a Danton lo que había averiguado sobre *madame* Roland y Buzot, y que este estuviera al tanto de la nueva actitud de hostilidad del diputado que hasta entonces había formado parte del círculo íntimo de ambos. <<

[18] Pétion se refería probablemente al llamado «beso de Lamourette», que se había escenificado el 7 de julio de 1792 en la Asamblea Legislativa cuando el obispo constitucional de Lyon, Antoine Lamourette, instó a las facciones rivales a «jurar confundirnos en una sola masa de hombres libres». Transportados por el impacto emocional de ese llamamiento, gran parte de los diputados se abrazaron y prometieron superar sus diferencias... hasta el día siguiente, en que reanudaron las hostilidades. <<

[19] Aunque la intervención de Thuriot no aparece consignada en los Archives Parlementaires, que concluyen el relato de la sesión con el anuncio de Vergniaud sobre la reducción del número de miembros del Comité de Seguridad General, sí que consta en la información publicada en el Moniteur del viernes 25 de enero (Le Moniteur Universel, op. cit., t. XV, pág. 265). <<

[20] Considerado la bestia negra de los aristócratas de Dijon, Claude Basire se había casado con la hija de su padrastro y había dilapidado la fortuna de su familia antes de dedicarse a la política. En la Asamblea Legislativa había constituido con Chabot y Merlin de Thionville el núcleo montagnard más a la izquierda de la cámara y había contribuido a la sublevación del 10 de agosto en los barrios populares, en estrecha sintonía con Danton. Regicida entusiasta, había votado contra la apelación al pueblo, por la muerte y contra el aplazamiento. Con fama de libertino y corrupto, Albert Mathiez le atribuye la condición de amante de la espía a sueldo del gobierno holandés, Etta Palm (Mathiez, Albert, *Autour de Danton*, Payot, 1926, págs. 42-46).

<<

[21] Robespierre se refería probablemente a la propuesta que Condorcet — considerado todavía como una de las personalidades más respetadas de la Convención— había realizado el 19 de enero durante el debate sobre el aplazamiento de la ejecución del rey: «Abolid la pena de muerte para todos los delitos privados y reservaos el derecho de examinar si es preciso conservarla para los delitos contra el Estado». Condorcet alegó que con medidas como esa Francia podría jactarse de tener «leyes más sabias y humanas» que las de Inglaterra. La Convención decretó por amplia mayoría que el discurso fuera impreso y enviado a los departamentos. <<

[22] Chambon añadía que había dado las órdenes oportunas al Departamento de Policía «a fin de prevenir las disputas que podrían producirse con este motivo» (Tuetey, Alexander, op. cit., t. VIII, doc. 1152, pág. 164) <<

[23] Aulard, Alphonse, La Société des Jacobins. Récueil de documents, Joaust-Noblet-Quantin, 1892, t. IV, págs. 689-697. <<

[24] François Chabot había recibido la tonsura como capuchino a los dieciséis años, permaneciendo en el convento de Rodez hasta los treinta y tres. Poseído inicialmente de un gran fervor religioso, había ido cambiando de actitud y de pensamiento al leer los libros prohibidos de los filósofos en la biblioteca del convento. Con la llegada de la Revolución había sido uno de los primeros en exclaustrarse y acogerse a la Constitución Civil del Clero, que convertía a los sacerdotes en funcionarios del Estado y les obligaba a jurar fidelidad a los principios revolucionarios. En la Asamblea Legislativa había formado parte junto con Basire y Merlin de Thionville del llamado «trío cordelero», que mantenía las posiciones más extremas dentro de la cámara. Tras contribuir activamente a la insurrección del 10 de agosto, había sido comisionado por la Asamblea para tratar de detener las masacres de septiembre. Chabot se limitó a salvar al abate Sicard, admirado por su labor en pro de los sordomudos, y a constatar que era imposible frenar «la justicia del pueblo». <<



[25] La luego célebre *madame* Tussaud coincidió a su lado durante la Fiesta de la Federación de 1790 en la que se conmemoraba el primer aniversario de la toma de la Bastilla, y comprobó con espanto cómo Legendre se dedicaba a blasfemar e insultar a los cielos cuando la lluvia empezó a deslucir el acto (*Madame* Tussaud. *Mémoires et souvenirs*, Arléa, 2000, pág. 186). <<

[26] Joseph Rovère era hijo de una familia acomodada con ínfulas de nobleza —se hacía llamar marqués de Fontvielle, pero el título era probablemente falso— afincada en las inmediaciones de Avignon. Partidario de la anexión de la ciudad papal a Francia, formó parte del contingente de voluntarios enviado desde París para conseguirla por la fuerza. Uno de sus jefes era el carnicero —por oficio y actitud— Mathieu Jourdan, que se había distinguido por su crueldad en los primeros episodios de la Revolución. Jourdan consolidaría su apodo de «Cortacabezas» durante la matanza de la cárcel de La Glacière, que tuvo lugar el 16 y 17 de octubre de 1791 en Avignon. Más de sesenta partidarios del papa fueron pasados a cuchillo. Rovère no participó, pero trabajó activamente como miembro de la Asamblea Legislativa hasta lograr la amnistía para los implicados. <<

[27] Su compañero montagnard Baudot se burlaría de él en sus recuerdos: «Jean Débry había querido formar una compañía de tiranicidas. Él solo formaba la tropa y el estado mayor. General y soldado [...], le correspondía el honor de no tener que compartir su gloria. Era fácil porque a nadie se le pasaba por la cabeza ni ponerse a su servicio ni disputarle el mando» (Baudot, Marc-Antoine, Notes historiques sur la Convention, Jouaust, 1893, pág. 223). <<

[28] El Comité de Defensa General había sido creado el 1 de enero, a propuesta de Kersaint, para «ocuparse sin interrupción con los ministros de las medidas que exigen la campaña [militar] próxima y el estado presente de los asuntos». Igualmente se había acordado que «sus informes formarán siempre parte del orden del día» de la Convención. Lo integraban tres miembros de cada uno de los comités de Guerra, Finanzas, Colonias, Marina, Diplomacia y Constitución, controlados todos ellos por los moderados. La Montaña, por boca de Thuriot y Marat, combatió en vano su creación. <<

[29] Considerado como una especie de precursor de la democracia cristiana e incluso del socialismo cristiano, Claude Fauchet era un gran orador sacro. Durante los últimos años del Antiguo Régimen predicaba en la parroquia de Saint-Roche, en plena calle Saint-Honoré, y su fama le llevó a adquirir la condición de predicador real. Sin embargo, su apoyo a la Revolución fue tal que participó en la toma de la Bastilla y se jactaba de que su sotana había sido agujereada por las balas disparadas desde la fortaleza. Pronunció el elogio fúnebre de los asaltantes muertos con el título «Discurso sobre la libertad francesa». Fue el promotor de la sociedad Círculo Social, que reunía miles de personas en sus actos del circo del Palais Royal, y editaba el periódico La Bouche du Fer. Tras ser nombrado obispo constitucional de Calvados, fue elegido diputado en la Asamblea Legislativa y luego en la Convención, haciéndose cada vez más afín al grupo de Brissot y los moderados. A ello contribuyó sin duda su expulsión del Club de los Jacobinos a finales de septiembre de 1792 bajo la acusación de haber ayudado a escapar de París al exministro de Defensa Narbonne, amante de *madame* de Stäel. <<

[30] Jean Denis Lanjuinais votaba casi siempre con los amigos de Brissot y los diputados de la Gironda, pero alardeaba de su independencia de cualquier facción. Su talento precoz le había convertido en abogado a los dieciocho años y pronto obtuvo la cátedra de Derecho Canónico de la Universidad de Rennes. Fue muy activo en la lucha contra los privilegios de la nobleza y el clero, y eso le llevó a representar al tercer estado en la Asamblea Constituyente. Fue uno de los principales promotores de la Constitución Civil del Clero, pero se opuso a la expropiación de los bienes religiosos. Tan moderado en sus planteamientos políticos como vehemente en sus expresiones, se opuso a que la Convención juzgara a Luis XVI y defendió luego la apelación al pueblo, la reclusión del rey y la suspensión de su ejecución. También había apoyado en vano la propuesta de Buzot de crear la Guardia Departamental. <<

[31] «La carta de dimisión del 22 de enero de 1793, ardiente requisitoria contra el partido jacobino, fue redactada por ella. Tenemos el borrador, escrito completamente por su mano con diversas tachaduras, superposiciones e incisos. Solamente uno de todos ellos corresponde a la escritura de Roland» (Perroud, Claude, op. cit., t. I, pág. XI). La carta de Roland fue leída en la sesión del 23 de enero. <<

[32] En su discurso preliminar a la primera edición de las Obras de *madame* Roland su editor y antiguo número dos del ministerio, Champagneux, reproduce un manuscrito del que fue su jefe en el que Roland explica que «aunque todo el mundo atribuye la causa de mi salida del ministerio a los hombres sanguinarios y feroces que se ensañaban contra mí», la verdadera razón de su abandono había sido la falta de respuesta de los moderados. La descripción de sus motivaciones es toda una radiografía de lo que siglo y medio después se conocerá como «política del apaciguamiento». «Algunos temían los puñales que a mí me amenazaban en todo instante; otros, creyendo que tenían cierta popularidad, temían perderla. Pretextaban a veces la necesidad de conservar su influencia para las ocasiones importantes. Algunas veces se decía afectadamente o de buena fe: “¿Qué más da? Dejémosles que digan lo que quieran, no hay que irritarlos, lo que quieren es darse a conocer, pueden ser útiles”. No ha habido ineptitud o debilidad de la que no haya sido paciente testigo» (Oeuvres de J. M. Ph. Roland, femme de l'exministre de l'Intérieur, Chez Bidault, año VIII [1801], t. I, págs. xij-xiiij [12-13]). <<



[33] La literalidad del breve texto denota la preocupación de *madame* Roland, aferrada a un pretexto para intentar recuperar el control de Lanthenas: «¿Os sería posible, *monsieur*, pasaros por mi casa un instante? M. R. [Roland] va a publicar su cuenta financiera; hay algunos apartados sobre los que necesitaría entreteneros. Os escribí hace algunos días. ¿Puedo hoy esperar una respuesta?» (Lettres, op. cit., t. II, pág. 466). <<

[34] Jaurès, Jean, Histoire socialiste de la Révolution Française, Éditions Sociales, 1970, t. IV, pág. 566. <<

[35] Marie-Joseph Chénier había obtenido un extraordinario éxito en noviembre de 1789 al conseguir estrenar en el Théâtre de la Nation, después de casi un año de pugna con la censura, la obra Charles IX, inspirada en el débil rey que consintió la masacre de la noche de San Bartolomé, bajo la instigación de su madre Catalina de Medicis. El paralelismo histórico con el caso de Luis XVI y María Antonieta era obvio, y Chénier cargaba las tintas contra la nobleza y el clero. Sus siguientes obras Henri VIII, Jean Calas o Caius Gracchus habían tenido la misma intencionalidad política pero menor éxito. Protegido por Danton, Marie-Joseph Chénier había llegado a ser secretario del Club de los Jacobinos y fue elegido diputado por el Departamento de Seine-et-Oise, vecino a París. Siempre votaba dócilmente con la Montaña. <<

[36] Jacques-Louis David era ya durante la última década del Antiguo Régimen el mejor pintor de temas históricos de su tiempo. Formado en la Academia de Francia en Roma, dominaba los temas clásicos con lienzos de enorme impacto popular como El juramento de los Horacios, La muerte de Sócrates o Bruto, que en 1789 rindió homenaje al fundador de la República Romana Lucio Junio Bruto —líder de la revuelta que derrocó a Tarquinio el Soberbio—, capaz de anteponer la salud de la patria a la de sus propios hijos, condenándolos a muerte como conspiradores. Su adhesión a la Revolución se consolidó con el proyecto de pintar un gran lienzo sobre el juramento del Jeu de Paume. El Club de los Jacobinos abrió una suscripción, pero tanto lo ocurrido en Versalles como sus protagonistas fueron quedando superados por los nuevos acontecimientos revolucionarios y David dejó el proyecto a medias. La organización de los fastos con motivo del traslado de los restos de Voltaire al Panteón y del homenaje a los suizos de Chateauvieux le habían convertido en una especie de productor de las fiestas revolucionarias y en protegido de Robespierre, que apoyó su elección como diputado por París a la Convención. <<

[37] François-Joseph Gossec era un belga establecido en París que había aprendido música en la iglesia de su pueblo y había llegado a director de la Escuela Real de Canto, tras ser protegido por Rameau. Su primera contribución a las fiestas revolucionarias fue el Te Deum pour la Fête de la Fédération, que contribuyó a realzar el gran desfile del 14 de julio de 1790 en el Campo de Marte. También había compuesto la música para el traslado de Voltaire y la Marcha Lúgubre que recibió a los suizos de Chateaufieux. <<

[38] La Asamblea Constituyente había acordado convertir la iglesia de Sainte-Geneviève dedicada a la patrona de París en un Panteón de Hombres Ilustres. Antes que Le Peletier, en el Panteón habían sido enterrados Mirabeau y el comandante Beaurepaire, que había muerto cuando se resistía a rendir la ciudad de Verdún a los prusianos. También habían sido trasladados los restos de Voltaire. La «panteonización» estaba considerada como la máxima recompensa que la Revolución podía tributar a un ciudadano. <<

[39] Su retrato, de autor desconocido, forma parte de la colección permanente del Museo Carnavalet de París. <<

[40] Azais, Étienne, Les Chénier, La Pensée Universelle, 1992, pág. 153. <<



[41] El Club de 1789 había sido fundado como una escisión del Club Bretón creado durante la Constituyente, cuando este dio pie al Club de los Jacobinos. Sus principales promotores eran el alcalde Bailly, Mirabeau y el propio Lafayette, a la sazón jefe de la Guardia Nacional. A ellos se sumaron otras figuras de la nobleza progresista, la alta burguesía parisina y el sector más intelectual de la Revolución, como La Rochefoucauld o Sieyès. El Club de 1789 tuvo su sede en un primer piso del Palais Royal y sirvió de antecedente al Club de los Feuillants, efímero competidor del de los jacobinos. En su revista, además de André Chénier, colaboraba asiduamente Condorcet. <<

[42] Walter, Gérard, André Chénier. Son milieu et son temps, Robert Laffont, 1947, pág. 214. <<

[43] El título del artículo era «De la Cause des desordres qui troublent la France» (Chénier, André, Oeuvres en prose, Charpentier, 1872, págs. 119-130). <<

[44] Walter, Gérard, op. cit., págs. 218-219. <<

[45] Marie-Joseph Chénier fue el primer firmante, por delante de la revolucionaria belga Théroigne de Méricourt y del pintor David, de una carta presentada el 24 de marzo de 1792 ante el Consejo General de la Comuna de París solicitando su adhesión y presencia en el acto. <<

[46] «¡Apresuraos, volved inmortales / al gran Collot d’Herbois, a sus clientes helvéticos, / este descaro que dan a los héroes / la virtud, la taberna y el auxilio de las picas!». <<

[47] Chénier, André, op. cit., págs. 163-165. <<

[48] Blanc, Louis, Histoire de la Révolution Française, Maurice Lachatre, circa 1875, t. I, pág. 643. <<



[50] Gazette Nationale ou Le Moniteur Universel, viernes 11 de mayo de 1792, reimpresión de 1842, t. XII, págs. 347-349. <<

[51] Se refería a los defensores del sistema bicameral a la inglesa con una cámara alta equivalente a la Cámara de los Lores y considerada por lo tanto como una plataforma aristocrática. La referencia no era casual, pues al margen de que muchos monárquicos constitucionales pudieran propugnar ese modelo, Marie-Joseph sabía perfectamente que André había pasado unos meses en Londres como integrante de la embajada francesa que encabezaba Chauvelin. <<

[52] Esta dúplica está fechada el 12 de mayo y se publicó en dos partes, el 15 y el 16, en *Le Journal de Paris*, con el título inequívoco de «Réponse à une Lettre de Marie-Joseph Chénier» (Chénier, André, op. cit., págs. 189-207). <<

[53] Gazette Nationale ou Le Moniteur Universel, martes 19 de junio de 1792, op. cit., t. XII, págs. 693-695. <<

[54] Gallois, Léonard, Histoire des journaux et des journalistes de la Révolution Française, Société de l'Industrie Fraternelle, 1846, t. II, pág. 456 <<

[55] «Acabado el proceso [André Chénier] guardaría en su casa numerosos papeles del encargado de negocios de España. Llegará un día en que la conservación de ese depósito será para él causa de graves problemas» (Walter, Gérard, op. cit., pág. 267).

<<

[56] Meunier, Louis, «Albitte, conventionnel en missions», *Annales Historiques de la Révolution Française*, 1946, pág. 50. <<

[57] Azais, Étienne, op. cit., pág. 158. <<



[58] Michel Le Peletier vivía en realidad en el Marais, en una suntuosa mansión construida por su abuelo que hoy sirve de sede a una parte del Museo Carnavalet, especializado en la historia de París y con una importante sección dedicada a la Revolución Francesa. La residencia de la plaza Vendôme era la vivienda que su padre había ocupado con su segunda esposa, Louise-Adelaïde Randon. Tras su muerte ella seguía viviendo ahí con sus tres hijos —hermanastros del diputado asesinado— o, para ser más exactos, con dos de ellos, Felix y Amedée, ya que el joven Daniel se había sumado al éxodo de los emigrados políticos. <<

[59] Todo el relato del entierro está basado en lo publicado en Révolutions de Paris (nº 185, 19 al 26 de enero de 1793, t. XV, págs. 224-229) y en la crónica de Le Courier des Départements glosada por Edmond Biré (op. cit., t. II, págs. 8-20). <<

[60] Souvenirs inédits de M. Comte de Tocqueville, citados por Biré (op. cit., t. II, p. 13). <<

[61] Beaulieu, C. F., Essais historiques sur la Révolution de France, Maradan, 1803, t. V, pág. 19. <<

[62] Bourdin, Philippe, crítica sobre la monografía de Laurence Constant «Felix Le Peletier de Saint-Fargeau», en *Annales Historiques de la Révolution Française*, 1996, nº 305, pág. 574. <<

[63] Dada la fijación que existía en la élite de la sociedad francesa y especialmente entre los dirigentes revolucionarios con la historia de Roma, no es de extrañar que Felix Le Peletier invocara el ejemplo de los hermanos Tiberio Sempronio Graco y Cayo Sempronio Graco, pues procedían de una familia patricia y, como en el caso de su hermano, dieron la vida por alinearse con el bando popular. La única ironía de la comparación es que el asunto concreto por el que pelearon los Graco —la reforma agraria— fue un tabú para todos los sectores de la Revolución Francesa, hasta el extremo de que pronto llegaría a decretarse la pena de muerte para quien la defendiera. <<

[64] Francisco Cabarrús había nacido en 1752 en Bayona en el seno de una familia de comerciantes. A los dieciocho años su padre le había enviado a España, concretamente a Valencia, donde tenía un socio llamado Antonio Gelabert. Pero el socio tenía una hija que causó tanto impacto en el recién llegado como para casarse en secreto y huir con ella. Aquí es donde entra en juego el abuelo y padrino de la chica, propietario de la fábrica de jabón de Carabanchel de Arriba, quien para amortiguar el escándalo y darle una salida a la pareja nombró a Cabarrús director de la fábrica. <<

[65] El contrato matrimonial había sido negociado con todo detalle por Léon Lalanne, uno de los tíos de Teresa, hasta el extremo de determinar que las 100.000 libras de diferencia se pagarían en diez años sin intereses. Una parte de la dote estaba constituida por cuatro viviendas que Cabarrús poseía en París. Una de ellas era la futura Chaumière —Choza— situada en la avenida de las Viudas (actual Avenue Montaigne), en la que Teresa daría las grandes fiestas de la Francia del Directorio. <<



[66] «Jóvenes vestidas con túnicas blancas esperaban en la verja a los invitados de París con ramos de flores, como en una pastoral antigua», explica una crónica de la época. «Se cenó en el parque bajo los tupidos castaños con los pies sobre la hierba como en la Arcadia. La cena, tal vez demasiado formal durante el primer plato, fue amenizada de repente por un golpe de viento que logró llevarse la mesa y las pelucas. El propio señor Robespierre quedó despeinado» (Bourquin, Marie-Hélène, *Monsieur et Madame Tallien*, Perrin, 1987, pág. 78). <<

[67] Aulard, Alphonse, La Société des Jacobins. Récueil des documents, Jouaust-Noblet-Quantin, 1889, t. I, págs. XXXIV a LXXVI. <<

[68] Se trataba de Marie-Anne Picot, más conocida como «Dondon Picot», con quien Teresa había coincidido como interna en el convento de la Presentación de París. Estaba casada con Charles Lameth. <<

[69] Gilles, Christian, *Madame Tallien*. La reine du Directoire, Atlántica, Biarritz, 1999, págs. 54-55. El autor cita el testimonio de un tal *monsieur* D'Espinchal, quien asegura haber estado presente en la ceremonia de recepción: «Nunca se había presentado una novicia más guapa, simpática y espiritual. La admisión se hizo por aclamación y todos los que asistimos hemos podido recordar que desde aquella época la hermana Cabarrús, fiel a su juramento y a los verdaderos principios de la masonería, no ha cesado de socorrer, ayudar y servir a sus hermanos y hermanas». <<

[70] Y por si se quedaba corto, Norvins aún añade en el párrafo siguiente, aludiendo a la posterior trayectoria de Teresa: «La Providencia, por otra parte, tenía sus designios al crearla superior a todas las mujeres [...]. Su belleza fue doblemente la obra del Cielo, del que había recibido también el don de la bondad» (Memorial de J. de Norvins. Souvenirs d'un historien de Napoléon, Plon, 1896, t. I, pág. 169). <<

[71] Houssaye, Arsène, Notre-Dame de Thermidor, Henri Plon, 1867, pág. 21. <<

[72] La Tour du Pin, marquesa de, *Journal d'une femme de cinquante ans*, Chapelot, 1913, t. I, pág. 337. <<

[73] «Esta mujer era de una talla por encima de la media», explicaba la autora después de coincidir con Teresa en una fiesta. «Pero la armonía perfecta en toda su persona impedía percibir el inconveniente de las estaturas demasiado altas» (Mémoires complets et authentiques de Laure Junot Duchesse D’Abrantès, Jean de Bonnot, 1967, t. I. pág. 323). <<



[74] Marie-Hélène Bourquin considera «este último detalle poco verosímil», ya que Teresa y su marido vivían en casa de sus suegros y sostiene que ellos «no lo habrían consentido» (Forneron, H, Histoire générale des émigrés pendant la Révolution Française, Plon, 1884, t. II, pág. 157). <<

[75] Gastine, Louis, La Belle Tallien. Notre-Dame de Septembre, Albin Michel Éditeur, pág. 145. <<

[76] El redactor era un escritor satírico llamado Gautier de Syonnet, por lo que el propio *Le Journal de la Cour et de la Ville* era también conocido como el «Petit Gautier». Christian Gilles apunta la tesis de que el autor fuera el marido (op. cit., pág. 54). <<

[77] Le Moniteur Universel, n° 197, viernes 16 de julio de 1790, t. V, pág. 129. <<

[78] El Santo Oficio había abierto en 1789 un expediente de calificación inquisitorial contra Cabarrús por entender que su «Elogio de Carlos III», leído en la Sociedad Económica Matritense, contenía pasajes que «defendían el moderno filosofismo francés y denostaban el tradicional y ortodoxo escolasticismo». El procedimiento estaría vivo hasta 1793 (García Regueiro, Ovidio, Francisco de Cabarrús. Un personaje y su época, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid 2003, pág. 32). <<

[79] La expresión procede de una carta que dirigió al embajador Fernán Núñez tras la toma de la Bastilla: «Aquí no queremos ni tanta luz ni sus consecuencias». <<

[80] Ortega Costa, Antonio de, y García Osma, Ana María, Noticia de Cabarrús y de su procesamiento, edición de los autores, Madrid, 1974, pág. 108. <<

[81] Jovellanos se trasladó a Madrid para hacer gestiones a favor de Cabarrús. «Valgo poco, pero nada dejaré de hacer por salvar de la ruina a un amigo inocente», le escribió a Campomanes, a la sazón presidente del Consejo de Castilla. Pese a haber sido quien le había presentado a Cabarrús, Campomanes le respondió con una mezcla de evasivas y consejos disuasorios. Finalmente Jovellanos recibió la orden fulminante de que abandonara la corte. Cabarrús se sentiría tan unido a él como para dedicarle sus famosas Cartas sobre los obstáculos que la naturaleza, la opinión y las leyes imponen a la felicidad pública, escritas durante su encarcelamiento. Sólo su dispar actitud ante la invasión napoleónica quebraría década y media después esta estrecha amistad. <<



[82] Me refiero, por supuesto, a la emocionante biografía de Carmen Martín Gaité (Espasa Calpe, Madrid, 1999) sobre el que fue fiscal del Consejo de Castilla durante el reinado de Felipe V, Melchor Rafael de Macanaz, obligado a pasar gran parte de su vida en el exilio por la persecución del Santo Oficio. <<

[83] La Asamblea Constituyente había abolido las lettres de cachet el 15 de enero de 1790, ordenando el 13 de marzo la inmediata puesta en libertad de todos los detenidos mediante ese instrumento legal. Entre los beneficiados, que incluían a numerosos dementes y jóvenes internados por influencia de sus familias, estuvo el marqués de Sade, tras trece años de prisión sin juicio. <<

[84] Gastine, Louis, op. cit., pág. 152. Véase también Gilles, Christian, op. cit., pág. 51. <<

[85] La Asamblea Constituyente había suspendido la actividad de los parlamentos por un decreto del 3 de noviembre de 1789 y los había suprimido definitivamente el 24 de marzo de 1790 «sin que nadie saliera en su defensa» (Tulard, op. cit., pág. 1021). <<

[86] Pasquier aprovecha la ocasión para dejar constancia de que «al margen de lo que se pueda pensar de su vida privada, todos los que han tenido ocasión de conocerla bien serían incapaces de negarle el tributo de una sincera estima por la bondad de su corazón» (Mémoires du chancelier Pasquier, Plon, 1893, pág. 76). <<

[87] Bourquin, Marie-Hélène, *Monsieur et Madame Tallien*, Perrin, 1987, pág. 122. <<

[88] En una carta fechada en noviembre de 1801, la marquesa de Lage de Volude, antigua dama de la degollada princesa de Lamballe, le cuenta a su amiga española la condesa de Montijo cómo Teresa le había hecho esa confidencia ocho años antes en Burdeos, mostrándole un retrato de Felix Le Peletier. Es significativo que Teresa siguiera refiriéndose a él por su título nobiliario —Saint-Fargeau— y no por su apellido como ciudadano. Además le dijo que «si hubiera amado a alguien del “partido bueno”», ella «habría sido monárquica» (marquesa de Lage de Volude, *Souvenirs d’émigration. Lettres a Madame la comtesse de Montijo*, Auguste Herissey, Évreux, 1869, págs. 171-175). <<

[89] Pérez de Guzmán y Gallo, Juan, «La embajada del conde de Fernán Núñez en París», discurso leído ante la Academia de la Historia el 16 de junio de 1907, Viuda e Hijos de M. Tello, Madrid, 1910, págs. 60-61. <<



[90] El 19 de abril de 1791, un día después del intento frustrado de desplazarse a Saint-Cloud, María Antonieta dirigió un llamamiento angustiado a Fernán Núñez: «¿Si el rey logra salir de aquí y retirarse a una plaza fuerte y reclama entonces el socorro de España, podrá contar con él, sí o no?». Durante las semanas que precedieron a la fuga de Varennes, Fernán Núñez estuvo en estrecho contacto con la reina y transmitió a Madrid sus planteamientos e inquietudes (Chaumié, Jacqueline, *Les Relations diplomatiques entre l'Espagne et la France de Varennes à la mort de Louis XVI*, Feret & Fils, Bordeaux, 1957, pág. 18). <<

[91] Mousset, Albert, Un Témoin ignoré de la Révolution. Le comte de Fernán Núñez, Edouard Champion, 1924, págs. 275-277. <<

[92] Chaumié, Jacqueline, op. cit., pág. 68. <<

[93] Así se lo explicó al capitán general de Cataluña, Lacy, en una carta fechada el 14 de febrero de 1792 (Chaumié, Jacqueline, op. cit., pág. 89). <<

[94] Así se lo expuso Condorcet al propio Aranda en una carta de cuya autenticidad se llegó a dudar, pero cuyo estilo e ideas corresponden plenamente a los del filósofo, quien utiliza tanto la tercera como la segunda persona para referirse al ministro español: «El destructor de los jesuitas será el enemigo de todo género de tiranía. Helo ahí, armado de la maza de Hércules en el país más infectado de los prejuicios más vergonzosos. Me parece ver al propio Hércules limpiando el establo de Augias, al veros aplastar a esta vil canalla que, bajo el nombre de curas y nobles, es el flagelo de los Estados. Yo envidio vuestro puesto y lo envidiaría más si no estuviera ocupado en mi patria en la misma tarea» (Chaumié, Jacqueline, op. cit., pág. 92). <<

[95] Chaumié, Jacqueline, «Lettres de Domingo de Iriarte, chargé d’Affaires d’Espagne en France au premier ministre comte d’Aranda», Bulletin de la Société de l’Histoire de France, 1946, págs. 129-130. <<

[96] Aunque su iniciativa fue acorde con la desbandada diplomática que siguió al asalto a las Tullerías y la suspensión del rey, «Iriarte había dejado Francia bajo el temor de los acontecimientos, sin ninguna orden de su gobierno. En realidad en la reunión del Consejo de Estado de 24 de agosto de 1792, después de la lectura de las cartas de Iriarte sobre los acontecimientos del 10 de agosto —adviértase el intervalo de catorce días fruto de la lentitud de las comunicaciones y tal vez de la burocracia— se examinó el inconveniente que supondría una ruptura diplomática» (Chaumié, Jacqueline, *Les Relations...*, op. cit., pág. 122) <<

[97] Ozanam, Didier, Les diplomats espagnols du XVIII siècle, Colección de la Casa de Velázquez, 1998, pág. 373. <<



[98] Chaumié, Jacqueline, op. cit., pág. 147. <<

[99] Blanc, Olivier, *La corruption sous la Terreur*, Robert Laffont, 1992, pág. 124. El poeta André Chénier mantenía una estrecha relación con Fanny, esposa de uno de los banqueros Le Couteulx y amiga de Lucrèce d'Estat. Regnaud de Saint-Jeand'Angely había sido diputado durante la Constituyente y colaboraba con Chénier en periódicos monárquicos moderados como *Le Journal de Paris* o *L'Ami des Patriotes*. <<

[100] Completamente inverosímil resulta el resto del planteamiento que Chabot pondría en boca de Ocáriz: «He gastado inútilmente veinte millones para salvar al rey. Tengo todavía cuatro millones para ofreceros con cartas de crédito ante todas las potencias de Europa [...]. Tendréis una silla de posta a la puerta de los Jacobinos por si teméis ser censurado. Y si vais a España podéis estar seguro de ser acogido por mi corte y de ocupar uno de los primeros lugares». Es obvio que Chabot, sobre quien ya pesaban graves sospechas de corrupción, trataba de poner la venda antes de sufrir la herida (Buche et Roux, op. cit., t. XXX, págs. 55-56). <<

[101] De entre todos los diputados de la Gironda, Marguerite-Élie Guadet era el que siempre parecía estar dispuesto a ir un paso más lejos que los demás. Eso le hizo mantener el peso de buena parte de los debates en los que se vio implicado su grupo tanto en la Asamblea Legislativa como en la Convención. Tal vez su experiencia de juventud como secretario del abogado Élie de Beaumont, amigo personal de Voltaire, moldeó en él un carácter mordaz, ingenioso y a veces cáustico. Esa dimensión volteriana le había llevado incluso a atacar a Robespierre en el propio Club de los Jacobinos, allí donde más podía dolerle. Como quiera que —a propósito de la súbita muerte del emperador Leopoldo de Austria— el Incorruptible hubiera evocado el efecto benéfico de la Providencia sobre la Revolución, Guadet replicó: «Reconozco que nunca habría pensado que un hombre que ha trabajado con tanto valor durante tres años para sacar al pueblo de la esclavitud del despotismo pudiera contribuir tan pronto a someterlo a la esclavitud de la superstición». Desde ese día Robespierre lo consideraba su enemigo personal. <<

[102] Era conocido así no porque hubiera nacido allí, sino porque había ejercido en Toulouse su magisterio como pastor protestante. Era fiel seguidor de la Montaña y muy activo en el Club de los Jacobinos. Ya por entonces empezaba a relacionarse con los suministradores de material al Ministerio de la Guerra. <<

[103] Al filo de cumplir los cincuenta años, Jean-Paul Rabaut Saint-Étienne era una de las figuras más sólidas del sector moderado de la Convención y uno de los aliados más solventes de la Gironda. Pastor protestante en Nimes como su padre, su juventud había estado marcada por la lucha contra la discriminación de las personas en función de su credo. Por encargo de su Iglesia participó en París en las negociaciones que desembocaron en el Edicto de Tolerancia de 1787. Partidario siempre del pragmatismo, Rabaut Saint-Étienne pediría, sin embargo, que los constituyentes dieran un paso más allá: «¡No reclamo la tolerancia, sino la libertad! ¡La tolerancia! Pido que se proscriba esta palabra injusta que nos presenta como ciudadanos dignos de piedad, como culpables a los que hay que perdonar». Con la misma vehemencia había argumentado que debía ser el pueblo quien decidiera la suerte del rey. Activo colaborador de los periódicos, Rabaut Saint-Étienne llevaba la rúbrica parlamentaria de La Chronique de Paris. <<

[104] Su nombre completo de bautismo era Augustin-Bon-Joseph Robespierre. El apelativo de Bonbon —utilizado por ejemplo por el prohombre de Arras y destacado protector de la familia Buissart— se refería, pues, a su segundo patronímico, pero también a su carácter superficial y tal vez a su éxito con las mujeres. <<

[105] Jean-Jacques Régis de Cambacérès alcanzaría el rango de archicanciller imperial de Napoleón y adquiriría notoriedad por su «gusto inmoderado por la representación» y su «pueril vanidad». Hijo de un alcalde de Montpellier bajo el Antiguo Régimen, en la Convención destacó por su competencia jurídica en el Comité de Legislación y por su astucia al mantener el equilibrio entre el sector moderado del que procedía y la Montaña con la que colaboraba. En el juicio del rey había votado contra la apelación al pueblo y a favor del aplazamiento de la ejecución, pero en el voto decisivo sobre la pena había logrado que no quedara claro para casi nadie si había votado por la muerte o no. Lo más aproximado es decir que había votado por la muerte en el caso de que Francia fuera invadida. <<



[106] El apodo de «Topo de la Revolución» se lo pondría Robespierre a Sieyès tratando de subrayar el contraste entre su soterrada labor de zapa contra lo que él entendía que eran los principios revolucionarios y la abierta tarea de demolición que él atribuía a otros líderes moderados. Sieyès había adquirido notoriedad nacional cuando inmediatamente antes de la convocatoria de los Estados Generales y siendo canónigo de la catedral de Chartres publicó el famoso panfleto en el que resumía así lo insostenible de la sociedad estamental: «¿Qué es el tercer estado? Todo. ¿Qué ha representado hasta ahora en el orden político? Nada. ¿Qué desea ser? Lo que se proponga». <<

[107] Suzanne Le Peletier se convirtió en 1806 por su segundo matrimonio con un primo suyo en *madame* de Mortefontaine. El regalo que hizo a su marido fue un retrato suyo realizado por David. Él era partidario de la restauración borbónica y ella fue poco a poco pasándose a su causa. Ya muerto él, Suzanne compró en 1826 por 100.000 francos el cuadro que David comenzó a pintar ante el público el día del entierro de su padre. El cuadro había sido entregado a la Convención el 29 de marzo de ese mismo 1793 y colocado tras la mesa del presidente, pero tras la llegada del Directorio David lo recuperó y lo conservó hasta su muerte. La hija de Le Peletier lo compró, pagando un gran sobreprecio cuando iba a ser subastado, para retirarlo de la circulación de forma que ningún museo pudiera recordar las circunstancias de la muerte de su padre. Cuando ella murió el cuadro simplemente desapareció dando pie a la hipótesis de que lo había destruido (Wiener, Bernadette, Suzanne-Louise le Peletier de Saint-Fargeau: from *Mademoiselle* Nation to *Madame* de Mortefontaine, catálogo de Sotheby's para la subasta del retrato de Suzanne pintado por David, 1997, págs. 14-20). <<

[108] Le Journal de la République Française par Marat L'Ami du Peuple, nº 107, 26 de enero de 1793, pág. 4. <<

[109] Biré, op. cit., t. II, pág. 5. <<

[110] Révolutions de Paris, n° 186, 26 de enero al 2 de febrero de 1793, t. XV, pág. 245. <<

[111] Hérissay, Jacques, L'Assassinat de Le Peletier de Saint-Fargeau, Émile-Paul Frères, 1934, pág. 52. <<

[112] Tulard, op. cit., pág. 622. <<

[113] Edgar Quinet precisaría que «los que llevaban esta librea del pueblo, por afecto o por petulancia, no eran más de seis» y, además de a Chabot, mencionaría a «Granet de Marsella, futuro chambelán de Cambacérès», y a «Thibaudeau, futuro conde del emperador» (Quinet, Edgar, *La Révolution*, Éditions Belin, 1987, t. I, pág. 445). <<



[114] En una carta fechada el 30 de enero Barbaroux explicó a sus amigos de Marsella que en el acuartelamiento de los marseleses se había constituido «una sociedad de federados», y que así como él sólo había ido una vez a visitarlos, «las tentativas de seducción» del ministro de Defensa Pache y su entorno más directo habían sido constantes, pues «se ofrecieron numerosas cenas a nuestros cañoneros». Barbaroux reconocía con desaliento que «el resultado de estas cenas fue que nuestros marseleses se encontraron ligados a quienes antes les habían maltratado». Y no se llamaba a engaño sobre su propia situación: «Yo corro peligro [...], juzgad cuál ha debido de ser en medio de estas agitaciones el estado del batallón» (Mémoires inédits de Pétion et Mémoires de Buzot et de Barbaroux, C. A. Dauban (ed.), Henri Plon, 1866, págs. 476-480). <<

[115] Hérissay, Jacques, op. cit., pág. 49. <<

[116] La Feuille du Matin, uno de los últimos periódicos camufladamente monárquicos que quedaban en París, le apodaba también «General Lúpulo». <<

[117] Révolutions de Paris describía a Désormeaux como «profesor de partos» y dejaba constancia de su condición de buen patriota. Al mismo tiempo denunciaba que la patrulla había llamado putas a las mujeres que asistían al curso y aristócratas a los médicos que lo impartían (nº 188, del 9 al 16 de febrero de 1793, t. XV, pág. 343). <<

[118] Las tarjetas cívicas o tarjetas de seguridad eran emitidas por las secciones a todos los mayores de catorce años. Las había de dos tipos, unas para los domiciliados en París y otras para los viajeros o residentes eventuales. Incluían los datos personales, la descripción física y el domicilio del titular. Cualquier persona interceptada sin ese documento era considerada sospechosa. <<

[119] NOTBiré, op. cit., t. II, pág. 34.A119 <<

[120] Révolutions de Paris, n° 186, del 26 de enero al 2 de febrero de 1793, t. XV, pág. 246. <<

[121] Biré, op. cit., t. II, pág. 39. <<



[122] El Consejo General de la Comuna acordó al mismo tiempo archivar la denuncia contra los federados del actor que hacía el papel de Azarías, haciendo constar en acta que «no puede inspirar más que el desprecio» (Biré, op. cit., t. II, pág. 41). <<

[123] Aulard, Alphonse, op. cit., t. V, pág. 10. <<

[124] Aulard, Alphonse, op. cit., t. V, pág. 11. <<

[125] Kennedy, Michael L., *The Jacobin Clubs in the French Revolution*, vol. II, «The Middle Years», Princeton University Press, 1988, pág. 303. <<

[126] Lenotre, G., Paris révolutionnaire, Perrin, 1912, pág. 290. <<

[127] El motivo o más bien el pretexto de la escisión de los defensores de la Monarquía constitucional fue la aprobación en el Club de los Jacobinos de una moción inspirada por el novelista Choderlos de Laclos —secretario del duque de Orleans— pidiendo la destitución de Luis XVI por la fuga de Varennes. Como esta iniciativa chocaba con la decisión de la Asamblea de exonerar al rey, nada menos que 264 miembros abandonaron en bloque la sociedad para promover un club alternativo en el cercano convento de los Feuillants. Según J. M. Thompson hasta 400 sociedades de provincias enviaron mensajes de apoyo a los Feuillants durante la primera quincena tras la escisión, pero Michael Kennedy rebaja a 72 las que lo hicieron formalmente. <<

[128] La colaboración con Robespierre de Buzot y Brissot, pero sobre todo de Pétion, en el pináculo de su popularidad tras ser elegido alcalde de París, fue decisiva para que el Club de los Jacobinos no quedara desmantelado por las deserciones en masa y en el otoño recuperara el respaldo de la gran mayoría de las sociedades de provincias. Tanto Robespierre como Pétion difundieron sendos escritos justificando su posición, que tuvieron un enorme impacto fuera de París (Kennedy, Michael L., op. cit., vol. I, págs. 294-295). <<

[129] Alineado con el sector más liberal de la aristocracia, Narbonne había adquirido una cierta aura caballeresca al haberse prestado a escoltar a las tías del rey cuando decidieron abandonar Francia e instalarse en Roma. Aunque ni Luis XVI ni María Antonieta le tenían en demasiada estima, ambos vieron en él una especie de contrapeso a Lafayette. Desde diciembre de 1791 hasta marzo de 1792 ocupó la cartera de la Guerra distinguiéndose por su gran actividad organizativa de los ejércitos responsables de contener la ya previsible invasión austroprusiana. El 10 de agosto permaneció junto al rey y fue *madame* de Stäel, con quien mantenía una relación tormentosa —estaba embarazada de seis meses de su segundo hijo en común—, la que le escondió en su casa y consiguió el pasaporte falso que le permitió exilarse en Londres. <<



[130] La carta concluía diciendo: «Nada hará vacilar mi valor. Sostendré hasta la muerte que es imposible instituir una gran sociedad sin religión y que el Evangelio es el fundamento más seguro e inquebrantable de la República». Y hasta la muerte lo sostuvo (Charrier, J., Claude Fauchet, évêque constitutionnel de Calvados, Honoré Champion, 1909, t. II, pág. 193). <<

[131] Citado por Charrier, op. cit., págs. 189 y 195. <<

[132] Las acusaciones incluían haber recomendado a candidatos moderados para su elección como diputados, haber escrito que la Comuna mejoraba tras la elección de sus miembros más «bribones» para la Convención, o haber ignorado la requisitoria del club de dar explicaciones sobre todo ello (Aulard, Alphonse, op. cit., t. IV, pág. 377). Las referencias al «partido desorganizador» proceden del artículo publicado el domingo 23 de septiembre, comentando el debate de la víspera en el que se había rechazado la pretensión de excluir a los jueces de la Monarquía a la hora de elegir a los jueces de la República. Según este texto, las dos posiciones obedecían a dos sistemas o partidos. «El uno tiende a la destrucción de toda institución existente [...], el otro tiende a mantener provisionalmente lo que existe y a reformarlo sucesivamente sin desorganizarlo todo de golpe. El uno proclama eternamente la soberanía del pueblo, pero tiende hacia la anarquía que mata al pueblo; el otro no halaga al pueblo, pero le sirve mejor tendiendo al orden que es lo único que permite al pueblo existir» (Le Patriote Français, nº 1140, t. VII, pág. 339). <<

[133] Aulard, Alphonse, op. cit., t. IV, pág. 385. <<

[134] D'Huart, Suzanne, Brissot. La Gironde au pouvoir, Robert Laffont, 1986, pág. 184. <<

[135] Según la autora, Brissot «continuó siendo considerado como el principal enemigo del club al menos hasta noviembre, pero cuando durante el invierno Buzot se hizo más prominente, le dedicaron los principales ataques a él» (Ellery, Eloise, Brissot de Warville. A Study in the History of the French Revolution, The Riverside Press, Cambridge, Boston, 1915, pág. 308). <<

[136] Su propio periódico se limitó a incluir un párrafo irónico y despectivo al día siguiente: «Los Jacobinos han comenzado su escrutinio depuratorio pero en sentido inverso. Han borrado a Roland, Lanthenas, Louvet y Girey-Dupré. Y el hermano Chabot ha anunciado para la próxima vez una cosecha mucho más abundante. Las sociedades de los departamentos deben tomar nota del cuidado de la sociedad madre a la hora de separar el buen grano de la cizaña» (Le Patriote Français, nº 1025, miércoles 28 de noviembre de 1792, t. VII, pág. 614). <<

[137] Kennedy, Michael L., op. cit., pág. 296. <<



[138] «Desfieux había llamado oportunamente la atención a sus colegas sobre este artículo» (Walter, Gérard, Histoire des Jacobins, Aimery Somogy, 1946, págs. 369-370). <<

[139] Grégoire se jactaba de que mediante esa «táctica sencilla» los Jacobinos lograban que sus propuestas fueran discutidas por «cuatrocientas o quinientas sociedades» y en cuestión de «tres semanas» sobre la Asamblea «lloviera» tal número de mensajes apoyándolas que sus colegas terminaban asumiendo que el debate había «madurado en la opinión pública» (Mémoires de l'Abbé Grégoire, Éditions de Santé, 1989, pág. 79). <<

[140] Nicolle, Paul, Valazé. Député de l'Orne à la Convention Nationale, Felix Alcan, 1933, págs. 135-136. <<

[141] Tal afirmación aparece en el prólogo de la biografía de Valazé (Nicolle, Paul, op. cit., pág. VIII). <<

[142] Nicolle, Paul, op. cit., pág. 27. <<

[143] Nicolle, Paul, op. cit., págs. 31-32. <<

[144] Nicolle, Paul, op. cit., pág. 87. <<

[145] Nicolle, Paul, op. cit., pág. 93. <<



[146] Vatel, Charles, Charlotte Corday et les girondins, Henri Plon, 1864, t. I, pág. LXXXIX, y t. II, págs. 403-404. <<

[147] El pasaje descrito corresponde con toda seguridad a los primeros días de enero, en los que Roland convenció a su esposa de que debían dormir fuera del ministerio por temor a ser atacados durante la noche (Nicolle, Paul, op. cit., págs. 130-131). <<

[148] Meillan, Arnaud, Mémoires d'un proscrit, Olivier Bervialle, Burdeos, 1989, pág. 31. <<

[149] La lista incluiría por orden alfabético a Barbaroux, Bourgoing, Brissot, Buzot, Chambon, Duchastel, Deperret, Duprat, Gensonné, Girard, Gorsas, Grangeneuve, Guadet, Hardy, Lacaze, Lehardi, Lesage, Lidon, Louvet, Mollevaut, Meillan, Pétion, Rabaut Saint-Étienne, Salle y al propio Valazé (Sydenham, Michael, op. cit., págs. 227-228). <<

[150] Estos datos proceden del cruce de la lista de Sydenham con las tablas de votación incluidas como apéndices por Allison Patrick en el libro en el que intenta demostrar la consistencia del partido girondino (Patrick, Allison, *The Men of the First French Republic*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1972, págs. 318-339). <<

[151] El autor invoca a modo de indicio que en casa de Valazé se encontraron copias de los panfletos de Pétion y una relación en la que constaba que el diputado Salle debía recibir cincuenta ejemplares (Vatel, Charles, op. cit., t. I, pág. XC). <<

[152] El autor añade que «parece improbable que [el comité Valazé] adoptara ninguna otra política de carácter positivo» (Sydenham, Michael, *The Girondins*, The Athlone Press, Londres, 1961, pág. 96). <<

[153] Su diagnóstico sobre el fracaso de los moderados no puede ser más contundente: «No supieron coaligarse porque no se dieron cuenta de que hacía falta un partido de la verdad; desdeñaron a los Jacobinos porque allí se sentían mal recibidos; no intrigaron porque no tenían para ello ni dinero ni astucia» (*madame* Roland, *Mémoires*, Mercure de France, 1986, p. 556). <<



[154] Nicolle, Paul, op. cit., pág. 133. <<

[155] Nicolle, Paul, op. cit., pág. 133. <<

[156] Mathiez, Albert, La Révolution Française, La Manufacture, 1989, pág. 298. <<

[157] En esa estrategia habría que inscribir las iniciativas sucesivas de Buzot pidiendo la proscripción de todos los Borbones —incluido el exduque de Orleáns, Philippe Égalité, que como diputado seguía fielmente los dictados de la Montaña— y la pena de muerte para quien pidiera el restablecimiento de la Monarquía bajo cualquier modalidad, alusión sin duda dirigida a las supuestas pretensiones dictatoriales de Marat, Danton o Robespierre. En ambos casos se trató de claras maniobras de distracción y así fueron percibidas por gran parte de la cámara. <<

[158] La tesis de Freeman es que, al construir ese escondite, más que proteger con el secreto nada inconfesable, Luis XVI buscaba la garantía de conservar para la posteridad una serie de documentos que constituían su archivo personal e incluían la correspondencia que explicaba la evolución de su actitud ante la Revolución (Freeman, Andrew, *The Compromising of Louis XVI. The Armoire de Fer and the French Revolution*, Exeter Studies in History, 1989, pág. 1). <<

[159] La propia *madame* Roland criticaría la «falta de cautela» de su marido al no tener por testigos más que al propio cerrajero que había terminado —y denunciado— el Armario de Hierro, un tal François Gamain, y al inspector general de los Edificios Nacionales, Heurtier. En su *Enquête sur le procès du Roi* (F. X. de Guibert, 1992) Paul y Pierrette Girault de Coursac llegarían a la sorprendente y un tanto temeraria conclusión de que «había sido Roland quien había hecho construir el Armario de Hierro» (p. 88), basándose para ello en que su intervención ante la Convención indicaba que conocía el contenido de los centenares de documentos incautados y en que la llave que correspondía a la cerradura era una llave maestra que abría otros cofres y cajones, lo cual nunca habría ocurrido si Gamain hubiera ejecutado un encargo del rey. <<

[160] Barère, tan hábil en la manipulación del pasado como lo había sido en la del presente, llega a escribir que ese supuesto cambio de modales de Valazé «fue sentido y apreciado por parte de Luis XVI, quien, a través de sus miradas y de un ligero movimiento de cabeza, pareció agradecermelo» (Barère, Bertrand, Mémoires, Jules Labitte, 1842, t. II, págs. 63-64). <<

[161] El periódico de Prudhomme cometió, sin embargo, el error de atribuir a Mailhe —otro de los secretarios y ponente del Comité de Legislación que había dictaminado que la Convención podía juzgar al rey— el comportamiento que tanto los *Annales Parlementaires* como el *Moniteur* atribuyen inequívocamente a Valazé (*Révolutions de Paris*, nº 179, del 8 al 15 de diciembre de 1792, t. XIV, pág. 550). <<



[162] Blanc ya había subrayado la «forma declamatoria y arrebatada» de Valazé (pág. 76) con motivo de su primer informe del 6 de noviembre (Blanc, Louis, Histoire de la Révolution Française, Maurice Lachatre, 1878, t. II, pág. 98). <<

[163] Sydenham, Michael, op. cit., pág. 207. <<

[164] Nicolle, Paul, op. cit., pág. 85. <<

[165] Journal Français ou Tableau Politique et Littéraire de Paris, n° 66, 20 de enero de 1793, l'an deuxième de la République, pág. 4. <<

[166] Hasta tal punto calaría esa extrapolación que el único autor de una monografía sobre el crimen utilizaría siglo y medio después estas dos expresiones completamente ajenas al breve suelto de *Le Journal Français* (Hérissay, Jacques, op. cit., pág. 59). <<

[167] Pastorello, Thierry, «La Sodomie masculine dans les pamphlets Révolutionnaires», *Annales Historiques de la Révolution Française*, n° 361, julio/septiembre de 2010, págs. 101-103. <<

[168] Journal Français..., nº 67, 68, 69, 70, 71 y 72. <<

[169] Jean-Baptiste Carrier se convertiría en el impulsor de algunas de las modalidades más extremas del Terror en Nantes, la ciudad importante más próxima a la Vendée. Puesto que la guillotina y los fusilamientos no daban abasto para liquidar a los contrarrevolucionarios que caían en sus manos, Carrier inventaría los ahogamientos masivos en el Loira, incluyendo entre ellos los «matrimonios revolucionarios», consistentes en arrojar al río a dos personas de distinto sexo desnudas y atadas entre sí. Según diversos cálculos hasta tres mil personas debieron de perecer en esas circunstancias. <<



[170] Le Journal Français lo reproduciría al día siguiente. Tras narrar las vicisitudes de su detención nocturna, Ladevize alegaba desde la Abadía: «¿Cuál es mi crimen, ciudadanos representantes? Helo aquí: siendo redactor de Le Journal Français no he podido domesticar mi indignación a la vista de estos seres cuyo atrevimiento compite con su nulidad; yo he vertido sobre ellos el ridículo a manos llenas; yo he arrancado una parte de la máscara con la que se cubren; ellos han sentido horror de su propia desnudez y desde entonces han jurado perderme. ¡Ah! Si yo hubiera pedido doscientas mil cabezas en las hojas incendiarias, si yo hubiera incitado al crimen o al asesinato, si yo me hubiera declarado en insurrección, andaría tranquilamente por las calles de la ciudad y sería el patriota por excelencia» (Le Journal Français, nº 74, 29 de enero de 1793, l'an deuxième de la République, pág. 3). <<

[171] Gabriel era un joven dibujante que acudía a las tribunas de la Convención o del Consejo General de la Comuna «ávido de espectáculos revolucionarios» y sobre la marcha dibujaba «con un acento de veracidad a menudo cruel» a las figuras que más impacto le causaban. Además del retrato de Léonard Bourdon se conocen otros igualmente impactantes de Marat, Couthon, Hébert, Hanriot o el cabecilla de las matanzas de septiembre, Maillard (Renouvier, Jules, Histoire de l'art pendant la Révolution, Veuve Jules Renouard, 1863, t. II, págs. 371-372). <<

[172] Hijo del médico principal de la corte y protegido de Étienne Choiseul y de *madame* Pompadour, Gabriel Senac de Meilhan había hecho una gran carrera administrativa durante el reinado de Luis XV. Tras la subida al trono de Luis XVI su gran aspiración era convertirse en controlador general de Finanzas, pero en un momento clave el rey prefirió a Jacques Necker y él se dedicó a la escritura tanto de novelas como de ensayos. En 1790 tomó el camino de la emigración, siendo acogido en sus continuos viajes por las principales cortes de Europa. <<

[173] En su solicitud dirigida a Luis XVI en 1788 Bourdon adelantaba el primer punto de su programa: «Me empeñaré con ardor en estimular y cultivar en los miembros de esta Sociedad Real de Educación ese sentimiento que la naturaleza ha grabado en todos los corazones franceses y que constituye el carácter distintivo de una nación generosa: el amor por su rey» (Le Corbellier, Armand, *Le léopard de la Révolution*, Perrin, 1938, pág. 1). <<

[174] Claude Fournier era conocido como «el Americano» por su dilatada estancia en Haití, donde trabajó como capataz de esclavos en una plantación y tuvo su propia hacienda hasta que fue devastada por un incendio tal vez provocado por él mismo. De vuelta a Francia participó en la toma de la Bastilla y en las principales jornadas revolucionarias, incluidos los dos asaltos a las Tullerías. Su cara era «lívida y siniestra», según Aulard. Considerado como brutal y sin escrúpulos, nunca salía sin una doble hilera de pistolas que él presentaba como su «resistencia a la opresión» (Gendrán, François, en Dictionnaire Historique..., Albert Soboul (edit.), op. cit., pág. 473). <<

[175] Aunque tras lo ocurrido en París Danton firmó una orden para que los prisioneros de Orleáns fueran trasladados a la segura fortaleza de Saumur, Fournier —comisionado por la Comuna de París y respaldado por Roland, pese a la antipatía que inspiraba a su esposa— se empeñó en conducirlos a la capital. Al llegar a Versalles también desatendió la propuesta del alcalde Richaud para que la comitiva rodeara la ciudad. Al atravesarla una multitud rodeó los carruajes y a pesar de la denodada oposición del alcalde y ante la pasividad de Fournier y sus hombres, masacró a la mayoría de los prisioneros (Seligman, Edmond, *La Justice en France pendant la Révolution*, Plon, 1913, t. II, págs. 266-276). Según el diputado moderado Meillan, «Danton, desde el balcón del edificio de la plaza Vendôme que ocupaba como ministro de Justicia, felicitó públicamente con expresión de alegría a los asesinos que venían de degollar en Versalles a los prisioneros de Orleáns» (Meillan, Arnoud Jean, *Mémoires d'un proscrit*, Olivier Bervialle, 1989, pág. 27). Pierre Caron sostiene que «Danton recibió y felicitó a Fournier» y que le dijo: «Quien os da las gracias no es el ministro de Justicia, sino el ministro del Pueblo» (Caron, Pierre, *Les massacres de septembre*, La Maison du Livre Français, 1935, págs. 248-249). <<

[176] Sydenham admite que «Bourdon apareció en las celdas de los prisioneros» cuando se les desposeyó de sus efectos valiosos y que por eso se le ha acusado de robarlos. Y a continuación parece dar por buena la versión del propio Bourdon de que sólo habría trasladado esos objetos a su posada para protegerlos, depositándolos después en el registro del Alto Tribunal de Orleáns. Sin embargo, Mortimer-Ternaux incluye en su *Histoire de la Terreur* el testimonio prestado tres años después ante un tribunal por la criada de la posada, Rosalie Edouard, quien aseguró que «Bourdon se fue a las prisiones y que trajeron a su habitación diferentes carteras, objetos y asignados, así como varias cruces de San Luis, y que el general Fournier [sic] puso una de ellas en la cabeza de su caballo». Sydenham digiere este testimonio alegando que pudo haber «pequeños hurtos generalizados», pero no «robo premeditado» (Sydenham, Michael J., *Léonard Bourdon. The Career of a Revolutionary*, Wilfrid Laurier University Press, 1999, pág. 84. Mortimer-Ternaux, Louis, *Histoire de la Terreur*, Michel Lévy Frères, 1863, t. III, pág. 607). <<

[177] Se refiere a la defensa que los delegados de su nueva Sección de Gravilliers hicieron ante la Asamblea Electoral de París tras la denuncia realizada contra Bourdon por los representantes de su antigua Sección de Finistère sobre la apropiación del dinero destinado a la compra de harina y trigo. Pese a que estuvo entre los candidatos e incluso el moderado Louvet había incluido su nombre en una lista publicada en La Sentinelle, Bourdon no fue elegido diputado por París y tuvo que ser repescado por el Departamento de Loire gracias a los buenos oficios de su amigo el alcalde de Orleáns (Sydenham, Michael J., op. cit., pág. 89). <<



[178] Ni los Archives Parlementaires ni el Moniteur identifican al diputado que hizo esta proposición práctica que habría mejorado sensiblemente el reglamento. <<

[179] Dodu, Gaston, Le parlementarisme et les parlementaires sous la Révolution, Plon, 1911, pág. 233. <<

[180] Los feuillants o fuldenses eran una orden monástica vinculada a los cistercienses que seguía la regla de San Bernardo. Al igual que en el caso de los jacobinos, su convento de la calle Saint-Honoré adquirió una notable importancia al convertirse en sede del club fundado a modo de escisión y alternativa por los partidarios de la Monarquía constitucional, como Barnave, los Lameth, Bailly o Lafayette. Uno de sus errores más graves fue impedir el acceso del público a sus sesiones, pese a lo cual sufrieron constantes invasiones de la sala por parte de los sans-culottes. Con la caída de la Monarquía la partida se inclinó completamente del lado de los Jacobinos y el Club de los Feuillants no sólo quedó disuelto, sino que el mero hecho de haber pertenecido a él se convirtió en motivo de persecución política. Una parte importante de la iglesia de los Feuillants fue cedida durante un tiempo al pintor David para que llevara a cabo su monumental y nunca concluida obra sobre el Juramento del Jeu de Paume. El papel central que en el lienzo correspondía al exalcalde Bailly —detestado por su papel en la matanza del Campo de Marte— contribuyó sin duda a la pérdida de todo interés por el proyecto. <<

[181] El 18 de diciembre de 1792 el Comité de Inspectores de Sala integrado por los diputados Calon, Robin, Huguet, Projean y Sergent examinó «los desórdenes causados por las mujeres que piden limosna a la entrada de la sala, del lado del corredor de los Feuillants», advirtiendo que «se pegan diariamente y en particular esta mañana en que muchas de ellas estaban borrachas y se tiraban de los pelos». Su decisión fue que «estas mujeres sean excluidas de los Feuillants». Posteriores acontecimientos probarán que esa orden no fue ejecutada (citado por Armand Brette en *Histoire des édifices où ont siégé les assemblées parlementaires de la Révolution Française et de la Première République*, Ville de Paris, Imprimerie Nationale, 1902, t. I, pág. 261). <<

[182] La llamada Conspiración de la Pólvora fue abortada el 5 de noviembre de 1605 en Londres con la detención del aventurero Guy Fawkes y una serie de miembros de la nobleza católica que se proponían volar el parlamento durante una sesión solemne a la que iba a asistir el rey Jacobo I. Aunque existen distintas teorías sobre lo avanzado de la trama y sobre su manipulación por infiltrados del gobierno, lo cierto es que habían logrado colocar un número importante de barriles de pólvora en el subsuelo de Westminster. Con este antecedente como referencia La Chronique de Paris se hacía eco en su número del 10 de agosto de 1791 de «unos ruidos subterráneos en la cloaca que pasa bajo la Sala del Manège». Pocos días antes el alcalde de París había pedido que se sellaran las cuevas o sótanos que conectaban con esa cloaca. (Brette, Armand, Histoire des édifices..., op. cit., t. I, págs. 190-191). <<

[183] Citado por Armand Brette en Histoire des édifices..., op. cit., t. I, pág. 168. <<

[184] Ese pequeño palco desde el que se tomaba nota para la posteridad del contenido de cada sesión había servido de marco a dos situaciones de significado opuesto protagonizadas por la familia real. El 14 de septiembre de 1791, en el momento en que el rey iba a iniciar su discurso sancionando la Constitución, las cortinas se abrieron y la reina apareció sentada dando la mano al delfín, lo que provocó grandes aplausos entre los miembros de la Constituyente y el propio público de las tribunas. Fueron las últimas ovaciones que Luis XVI y María Antonieta escucharían en el Manège. Menos de un año después Vergniaud les daría asilo, tras el asalto a las Tullerías, manteniéndolos durante horas, expuestos como figuras de la feria del horror, en ese mismo palco del Logotaquígrafo. <<

[185] Citado por Armand Brette en Histoire des édifices..., op. cit., t. I, pág. 252. <<



[186] Baudot, Marc-Antoine, *Notes historiques sur la Convention Nationale*, Jouaust, 1893, pág. 150. En muchos otros pasajes de esas Notas Baudot habla muy negativamente de los «girondinos», pero en el prefacio firmado por la viuda de Edgar Quinet —que es quien había encontrado el manuscrito— se precisa que debió de redactarlas entre 1828 y 1834. <<

[187] Biré, Edmond, Journal..., op. cit., t. II, pág. 271. <<

[188] Se denominaba cadogan a un tipo de turbante o sistema de recogerse el cabello sobre la nuca puesto de moda por el general británico William Cadogan (Le Grand Robert de la Langue Française, 1989, t. II, pág. 407). <<

[189] Citado por Biré, Edmond, *Journal...*, op. cit., t. II, pág. 272. <<

[190] Cabanis hizo estas reflexiones en su *Journal de la Maladie et de la Mort de Mirabeau l'Ainé*, publicado en abril de 1791, pocos días después de la inesperada muerte de la principal figura de la Asamblea Constituyente. En su opinión, una de las causas que habían contribuido a ese fatal desenlace había sido «el traslado brusco desde un local amplio y bien ventilado en el que la buena estación había permitido por otra parte dejar siempre las aperturas libres [la sala del Arzobispado] hasta estas salas húmedas, estrechas, en las que el invierno obligaba a tener habitualmente grandes estufas encendidas y cerrar con cuidado las puertas y ventanas». Según Cabanis, «a la Sala del Manège le faltaban chimeneas para la evacuación del aire corrupto y tubos interiores para su renovación» (Cabanis, P. J. G., *Du Degré de certitude de la Médecine*, Imprimerie de Crapelet, 1803, pág. 236). <<

[191] El Café Beauquene había sido instalado en el interior del recinto de los Feuillants, y el Hottot estaba adosado al muro que separaba el Jardín de las Tullerías de la Sala del Manège, con la que se comunicaba a través de una puerta trasera (Biré, Edmond, *Journal...*, op. cit., t. II, pág. 50). <<

[192] Hérissay, Jacques, op. cit., pág. 63. <<

[193] Aulard, Alphonse, op. cit., t. V, pág. 7. <<



[194] Hérissay, Jacques, op. cit., pág. 63 <<

[195] Hérissay, Jacques, op. cit., pág. 60. <<

[196] Hérissay, Jacques, op. cit., pág. 84. <<

[197] El propio Felix Le Peletier recibiría a lo largo de los años numerosas denuncias en ese sentido. Si bien al principio no les dio crédito alguno, más adelante, coincidiendo con su propia radicalización política, terminaría otorgando pábulo a la tesis de que el suicidio de Forges-les-Eaux había sido un montaje destinado a encubrir al asesino de su hermano una vez que ya había hecho el servicio requerido en provecho de la Montaña. Louis Blanc lo recoge en estos términos: «Se decía que en Forges-les-Eaux él [Pâris] había asesinado a un viajero y reemplazado sus papeles por los suyos propios. Es lo que el mismo hermano de Le Peletier creyó más tarde» (Blanc, Louis, Histoire de la Révolution Française, Maurice Lachatre, 1878, t. II, pág. 132). <<

[198] Mémoires de *Madame* Roland, *Mercure de France*, 1986, pág. 557. <<

[199] Jaurès, Jean, op. cit., t. V, pág. 487. <<

[200] Stéphane-Pol (seudónimo de Paul Coutant), Le Conventionnel Le Bas, Flammarion, circa 1900, págs. 45-46. <<

[201] Walzer, Michael, Regicide et Révolution. Le procès de Louis XVI. Discours et controverses, Critique de la Politique, Payot, 1989, pág. 355. <<



[202] Walzer, Michael, op. cit., pág. 11. <<

[203] Stéphane-Pol, op. cit., pág. 47. <<

[204] Quinet, Edgar, La Révolution, Belin, 1987, t. I, pág. 456. <<

[205] Así se lo explicaba el agente de Danton en Londres, Hughes-Bernard Maret, al ministro de Asuntos Exteriores, Lebrun, en una carta fechada el 31 de enero en la que también le explicaba que no podía salir de casa «para no estar expuesto a los insultos y tal vez a la ferocidad de esa parte ignorante y engañada de la nación a la que aquí todavía se le llama el populacho» (Sorel, Albert, *L'Europe et la Révolution Française*, Plon, 1906, t. III, pág. 207). <<

[206] Madelin, Louis, Danton, Hachette, 1914, pág. 205. <<

[207] Tassier, Suzanne, Histoire de la Belgique sous l'occupation française, Falk Fils, Bruselas, 1934, pág. 258. <<

[208] Tassier, Suzanne, op. cit., pág. 244. <<

[209] La vie et les mémoires du general Dumouriez, Collection des Mémoires Relatifs a la Révolution Française, Baudoin Frères, 1823, r. III, pág. 338. <<



[210] La carta formaba parte de los papeles de Dumouriez y fue publicada íntegramente por primera vez por Albert Mathiez en 1918 como prueba de los estrechos lazos de Danton con el general. «Aunque de la misma forma que no se atrevió a intervenir en la Convención a favor de Luis XVI, tampoco se atrevió a intervenir en los Jacobinos a favor de Dumouriez» (Annales Historiques de la Révolution Française, t. X, 1918, págs. 549-554). <<

[211] La vie et les mémoires..., op. cit., t. III, págs. 350-351. <<

[212] Ligou, Daniel, Jeanbon, op. cit., pág. 63. <<

[213] Considerado como discípulo de Voltaire, el abate D’Espagnac se había distinguido durante el viejo régimen por sus ataques corrosivos contra el orden constituido, por lo que Necker le prohibió predicar en una ocasión señalada delante del rey. Eso le acercó al bando del duque de Orleans y a sus primeros negocios especulativos en comandita con Calonne. Decepcionado por no haber sido elegido para los Estados Generales, fundó la compañía Masson, dedicada al abastecimiento militar. Las primeras acusaciones contra él —que habían determinado su arresto domiciliario— consistían en que estaba alquilando al ejército material que en realidad le había vendido previamente. <<

[214] La vie et les mémoires..., op. cit., t. III, págs. 339, 341. <<

[215] La vie et les mémoires..., op. cit., t. III, págs. 343. <<

[216] Citado por Suzanne Tassier, op. cit., pág. 251. <<

[217] Oeuvres de Maximilien Robespierre, Phenix Éditions, 2000, t. V, Lettres à ses commettants, págs. 265-273. <<



[218] Jaurès, Jean, op. cit., t. V, pág. 178. <<

[219] Según las Memorias de Grace Elliot, tanto ella como Dumouriez habían sido citados el sábado 19 de enero por el duque de Biron —también general y carne de guillotina— como parte de un pequeño grupo que siguió desde el Hotel Saint-Marc el resultado de la votación sobre la pena a imponer al rey. Cada media hora recibían información de la Convención con la lista de lo que había votado cada cual. «Sobre las diez llegó la triste y fatal lista con la condena del rey y con el deshonor del duque de Orleáns [...]. Todos sentimos una honda aflicción y derramamos lágrimas» (Dalrymple Elliot, Grace, *Journal of my Life during the French Revolution*, Richard Bentley, Londres, 1859, págs. 118-120). Lo significativo del caso en lo que concierne a Dumouriez es que el hijo mayor de Orleáns —el duque de Chartres, que un día llegaría a reinar como Louis Philippe— era uno de sus más destacados oficiales. <<

[220] En una carta fechada el 23 de enero Dumouriez le explicaba a su lugarteniente Francisco Miranda que «no sabemos el partido que tomará Inglaterra y eso determinará nuestra conducta en Holanda». También le comunicaba que el Consejo Ejecutivo había decidido enviarle a Londres «en una embajada extraordinaria, a fin de hacer decidir a esta nación de forma categórica entre la paz y la guerra». Dumouriez fantaseaba equiparando su misión a la de Catón en Cartago y calculaba que no duraría más de ocho días. La dura reacción del gobierno de Pitt al regicidio impidió a Maret —encargado por Lebrun de hacerlo— tan siquiera plantear el viaje de Dumouriez (Sorel, Albert, op. cit., t. III, pág. 206). <<

[221] Bluche, Frédéric, Danton, Perrin, 1999, pág. 272. <<

[222] Madelin, Louis, op. cit., pág. 207. <<

[223] La Convención acababa de aprobar por unanimidad la anexión del antiguo condado de Niza, arrancado por las armas a la casa de Saboya. <<

[224] Tanto las 64 secciones de la ciudad como los 378 ayuntamientos de la comarca se inclinaron por la unión con Francia al considerar que la República era «el único puerto seguro al abrigo de las tempestades», pero más de 80.000 ciudadanos se abstuvieron de votar (Chuquet, Arthur, Jemappes, Léon Chailley Editeur, sin fecha, pág. 223). <<

[225] Seis días antes en el Club de los Jacobinos, Chabot —siempre próximo a Danton — había anticipado esta visión codiciosa de la expansión de la República sin pararse en los Pirineos: «¿Dónde encontraremos el oro para hacer la guerra? En Ámsterdam y en Madrid. Llevad la libertad a Holanda, ella os tiende los brazos, ella os ofrece su oro y sus navíos...» (Aulard, Alphonse, op. cit., t. V, pág. 9). <<



[226] Jaurès, Jean, op. cit., t. V. págs. 184-185. <<

[227] Madelin, Louis, op. cit., págs. 205, 211-212. <<

[228] Taine, Hypolite, Les origines de la France contemporaine, Hachette, 1904, libro 3º, pág. 139. <<

[229] Jaurès, Jean, op. cit., t. V, pág. 256. <<

[230] Mathiez, Albert, *La vie chère et le mouvement social sous la Terreur*, Payot, 1927, pág. 136. <<

[231] La prueba de que el juego de bolos y en especial el de la petanca eran muy populares en Francia ya antes de la Revolución son las referencias que hace a ambos el segundo tomo de la Enciclopedia, en su página 362, dentro de las diversas acepciones de la palabra boules. En concreto la entrada sobre la petanca comienza diciendo que es «un ejercicio muy conocido». El hecho de que en algunos lugares su práctica estuviera restringida a los aristócratas, estimuló su auge tras la Revolución. El 29 de abril de 1792 una partida de petanca terminó en el convento de los Recoletos de Marsella con el balance de treinta y ocho muertos. El motivo: el recinto se había convertido en un almacén de pólvora y los jugadores utilizaron balas de cañón para sus lanzamientos. <<

[232] Arasse, Daniel, *The Guillotine and the Terror*, Allen Lane, Londres, 1989, pág. 5. <<

# Notas Capítulo II



[1] «Nos ha sorprendido bastante ver a un hombre que en el pasado se jactaba de respetar los principios, violarlos abiertamente y entregarse bajamente a un partido que no perdona nunca a los que tienen el coraje de pintar en su espantosa desnudez a los apóstoles del bandidaje», añadía sin arrugarse el periódico (Le Journal Français, nº 79, 3 de febrero de 1793, l'an deuxième de la République, pág. 1). <<

[2] En su propia autodefinición a través de un personaje imaginario, Brissot aseguraba al inicio de sus Memorias: «Phedor habría podido ser un orador si se hubiera ejercitado a tiempo en el arte de la oratoria. Su voz sonora, su mirada viva, le auguraban el éxito. Pero él leía en la tribuna y el mejor discurso, cuando se lee, no causa tanta impresión como cuando se improvisa o se recita de memoria» (Brissot, Jacques-Pierre, Mémoires, The Cornell University Library, 1991, t. I, pág. 12). <<

[3] Aulard, Alphonse, La Société des Jacobins, op. cit., t. V, pág. 15. <<

[4] Sorel, Albert, L'Europe et la Révolution Française, Plon, 1906, t. III, pág. 209 <<

[5] Según el cuadro estadístico atribuido a Eugène White el último año en que las cuentas del Estado tuvieron en Francia un modesto superávit fue 1781. Desde entonces hasta 1789, con unos ingresos fiscales entre los 460 y 475 millones de libras, el déficit osciló entre un máximo de 117 millones y un mínimo de 50, es decir, entre un 22 y un 11 por ciento (Crouzet, François, La Grande inflation. La monnaie en France de Louis XVI à Napoléon, Fayard, 1993, pág. 60). <<

[6] De acuerdo con las cifras presentadas por Necker, el presupuesto de 1788 se elevaba a 629 millones de libras. En contra de algunos tópicos, los gastos de la corte sólo suponían el 5,67 por ciento, correspondiendo el 29,59 por ciento al pago de intereses de la deuda, el 11,70 por ciento a la devolución de capital y el 16,83 por ciento a la guerra. Según cálculos recientes, coincidentes con los de White, los ingresos habrían sido inferiores a los 500 millones de libras (Aftalion, Florin, *L'Économie de la Révolution Française*, Les Belles Lettres, 2007, págs. 31 y 49). <<

[7] El banquero ginebrino Jacques Necker había sido el director general de Finanzas de Luis XVI —el equivalente a ministro de Hacienda— entre noviembre de 1777 y mayo de 1781, distinguiéndose por su esfuerzo de transparencia que desembocó en la llamada *Compte Rendu* de 1781, que pretendía reflejar el estado de las cuentas del reino. Al margen de sus inexactitudes, fue el énfasis en los excesivos gastos de la Corona lo que provocó su destitución. Siete años después el rey volvió a llamar a Necker para que le salvara de la bancarrota a través de sus hábiles maniobras financieras. Sus desencuentros con la corte provocaron una rápida segunda destitución el 10 de julio de 1789, que fue la chispa que desencadenó la toma de la Bastilla. El rey dio marcha atrás y Necker siguió en su puesto hasta que en septiembre de 1790 dimitió en protesta por la decisión de la Asamblea de emitir nuevos asignados y convertirlos en moneda de pago. Desde entonces hasta su muerte en 1804 vivió en la localidad suiza de Coppet. <<

[8] La Constituyente empezó decretando, a instancias de Mirabeau, que los impuestos existentes habían sido «ilegalmente establecidos y percibidos». Aunque autorizó su mantenimiento provisional, eso supuso —unido a los acontecimientos de julio de 1789 durante los que se equiparó el absolutismo con sus impuestos— el «golpe fatal a la fiscalidad del Antiguo Régimen» (Crouzet, François, *La grande inflation. La monnaie en France de Louis XVI à Napoléon*, Fayard, 1993, págs. 94-96). <<



[9] Citando los trabajos de Ferdinand Braesch, Aftalion cifra en sólo 249 millones de libras lo recaudado en 1791, frente a unos gastos de 822, atribuyendo este enorme déficit «a los malos cálculos y sobre todo a la voluntad deliberada de no ejercer el rigor fiscal por parte de la mayoría de los miembros de la Asamblea» (op. cit., págs. 125-126). <<

[10] Aftalion, Florin, op. cit., pág. 102. <<

[11] Se trataba de billetes emitidos por la llamada Banque Générale creada por el escocés John Law en 1716 y transformada dos años después en la Banque Royale. Su implicación en negocios ruinosos relacionados con el comercio marítimo desembocó en una emisión desmesurada de papel moneda y en una aparatosa bancarrota a finales de 1720. <<

[12] Necker presentó la creación de los asignados como una especie de último recurso una vez que él mismo hubo agotado todo el repertorio de su creatividad financiera (Necker, Jacques, De la Révolution Française, Maret, 1797, t. I, 2ª parte, págs. 58-59)

. <<

[13] Un luis de oro equivalía a 24 libras y había ecus de plata por valor de 6 y de 3 libras. <<

[14] Bruguière, Michel, artículo sobre los asignados en el Dictionnaire critique de la Révolution Française, François Furet y Mona Ozouf (edit.), Flammarion, 1988, pág. 464. <<

[15] Aftalion, Florin, op. cit., pág. 129. <<

[16] White, Andrew Dickson, Fiat Money Inflation in France, IndyPublish, reimpresión de 2009, pág. 33. <<



[17] El llamado «metal de campana» era muy quebradizo y fácil de falsificar. La Constituyente decidió por eso que el resultado de su fundición se mezclara con cobre para darle más consistencia. Entre 1791 y 1794 la fundición de campanas produjo 15.000 toneladas de metal que, mezcladas con cobre, permitieron acuñar 288 millones de piezas de 1 y 2 perras por un valor de 14 millones de libras (Crouzet, François, op. cit., págs. 149-150). <<

[18] White, Andrew Dickson, op. cit., pág. 27. <<

[19] Aftalion, Florin, op. cit., pág. 138. <<

[20] En un panfleto elocuentemente titulado «Conjuration sur les finances» Clavière atribuía el boicot al pago de impuestos a «las intrigas de los curas que alumbran el fanatismo en algunos distritos en los que faltan las luces y en los que la fuerza pública no basta para contener a los facciosos» (Aftalion, Florin, op. cit., pág. 139).

<<

[21] Así llamada por haber sido enunciada por *sir* Thomas Gresham, comerciante inglés del siglo XVI y asesor financiero de Isabel I <<

[22] White, Andrew Dickson, op. cit., pág. 33. <<

[23] Crouzet, François, op. cit., pág. 226.. <<

[24] Los estudios de Dominique Margairaz sostienen que esta pérdida de poder adquisitivo fue menor en los productos de primera necesidad e incluso que el precio relativo del pan bajó levemente en París. R. Cobb alega a este respecto que los sans-culottes de la capital eran en el fondo unos «privilegiados» respecto al conjunto de la población obrera o campesina (Crouzet, François, op. cit., pág. 236). <<



[25] Pasó de entre 22 y 25 perras a 60 perras la libra, lo que significaba que para conseguir algo menos de medio kilo de azúcar —454 gramos— algunos sans-culottes tenían que pagar el equivalente a dos jornadas de trabajo <<

[26] La iniciativa fue adoptada a instancias del entonces procurador municipal, Manuel, quien haciéndose eco de una propuesta de la Sección de la Croix-Rouge advirtió que «sin las obras, la fe no vale nada». Louvet le secundó pese a su fama de goloso, planteando que se dejara de consumir azúcar «hasta que vuelva a valer veintidós perras». Manuel pidió que tampoco se consumiera café, pero Collot d'Herbois protestó alegando que «un hombre de letras» como él no podía trabajar de noche sin café. «Lo tomaré sin azúcar», añadió para facilitar el acuerdo (Walter, Gérard, Histoire des Jacobins, págs. 236-238). <<

[27] Kaplan, Steven L., Le meilleur pain du monde, Fayard, 1996, pág. 595. <<

[28] Crouzet, François, op. cit., págs. 226-227. <<

[29] «No hay casi ningún ciudadano que pueda o que ose dedicarse hoy al comercio. Si transporta granos, se le acusa de acapararlos. En muchos departamentos se forman patrullas que van a los mercados, tasan los granos y se los llevan incluso sin pagarlos». En esa misma carta Roland proponía restablecer la libertad de comercio, castigar como «perturbadores del descanso público» a quienes la interrumpieran y obligar a la Comuna de París a vender el trigo al mismo precio que lo comprara. La Convención le respaldó, pero las prácticas restrictivas sobrevivieron a la derogación de las normas. <<

[30] Carro, A., Santerre. Général de la République Française, Meaux, 1869, págs. 192-193. <<

[31] Arnoud, Raoul, Cambon, Perrin, 1926, pág. 185. <<

[32] La extrapolación de Roland suponía que existían otros 40.000 emigrados sin patrimonio alguno que incautar. <<



[33] Arnoud, Raoul, op. cit., pág. 178. <<

[34] De hecho el gobierno municipal de Chambon había intentado, al quedarse sin fondos, dejar de subvencionar el trigo, justificándolo en un bando que fue distribuido por la capital: «No hay más que un medio para devolver la abundancia a París y es pagar la harina a lo que vale y a lo que la pagan nuestros hermanos de los departamentos». Las secciones protestaron en masa ante el Ayuntamiento, y el Consejo General de la Comuna bloqueó la iniciativa (Mathiez, Albert, *La vie chère et le mouvement social sous la Terreur*, Payot 1927, pág. 119). <<

[35] Jaurès, Jean, op. cit., t. V, pág. 222. <<

[36] Se refería en concreto al dinero destinado a tapar el agujero de las entidades emisoras de billetes de confianza. <<

[37] Aulard, Alphonse, *La Société des Jacobins*, op. cit., t. V, pág. 18. <<

[38] Roussillon había intervenido en 1791 en los sucesos del Campo de Marte a raíz de los cuales había sido encarcelado durante la represión desatada por Lafayette y el alcalde Bailly. Más recientemente «su voz sonaba en los clubes y asambleas populares para hacer la apología de las masacres de septiembre». Pronto sería elegido miembro del Tribunal Revolucionario (Castelnau, Jacques, *Le Tribunal Révolutionnaire*, Sfelt, 1950, pág. 89). Había motivos sobrados para describirle como «un tipo ridículo que soñaba con la fraternidad universal», mientras incitaba a todas las violencias (Lenotre, G., *The Tribunal of the Terror*, William Heinemann 1909, pág. 51). <<

[39] Además de haber sido el primer diputado en comparecer en la Asamblea con el gorro frigio, Grangeneuve había tenido la iniciativa de que las comunas fabricaran picas para distribuir las entre el pueblo. De esa época data el rumor de que Chabot y él habían urdido un plan para matarse entre sí y hacer recaer la responsabilidad sobre la corte. De ahí que Mortimer-Ternaux considere que «era el único girondino que no debería haber tomado la palabra» en un debate sobre la persecución de los crímenes de septiembre (Kuscinski, Dictionnaire des conventionnels, Éditions du Vexin Français, 1973, págs. 307-308). <<

[40] Aulard, Alphonse, *La Société des Jacobins*, op. cit., t. V, págs. 22-23. <<



[41] La Chronique de Paris, nº 36, martes 5 de febrero, l'an 2 de la République, pág. 143. Precisamente la víspera el mismo periódico se había quejado de que, al haber sido muy lluviosa la temporada de la cosecha, el trigo daba ese año menos rendimiento que cuando el tiempo era seco; y de que los habitantes de los alrededores de París iban a comprar el pan a la capital, aprovechándose de que el precio era una perra más bajo, lo que contribuía también a la escasez. <<

[42] Révolutions de Paris, nº 187, del 2 al 9 de febrero de 1793, t. XV, pág. 306. Prudhomme abría ese número de su semanario haciéndose eco de algunos avisos «de que se podrían ejercer sobre mi persona y sobre mis prensas actos arbitrarios» (p. 289). Pero tranquilizaba a sus lectores porque «un hombre acostumbrado desde hace cuatro años a luchar contra todos los tipos de despotismo no teme nada y se queda fielmente en su puesto a defender la libertad hasta la muerte». También contestaba a «los ladradores [...] que dicen que estoy vendido a una facción: no hay nadie suficientemente rico como para comprar a un periodista consagrado a sus principios».

<<

[43] Biré, Edmond, Journal d'un bourgeois de Paris pendant la Terreur, Perrin, 1910, t. II, págs. 57-58. <<

[44] Révolutions de Paris, n° 187, del 2 al 9 de febrero de 1793, t. XV, pág. 306. <<

[45] La Chronique de Paris, nº 44, miércoles 13 de febrero de 1793, l'an 2 de la République, pág. 174. La propuesta ocupaba tres cuartos de la página 2 del diario y era presentada bajo el título de «Moción patriótica». <<

[46] Citado por Edmond Biré, op. cit., t. II, pág. 62. <<

[47] Jaurès reconoce que no está claro el sentido de este punto, ya que las intervenciones de las autoridades en el comercio de granos eran para subvencionarlos, comprando a un precio y vendiendo a otro más barato, y esto debía satisfacer a los peticionarios. Él mismo sugiere que tal vez pensarán que la falta de control sobre las compras municipales contribuía a subir los precios o que lo que querían decir es que no se permitiera a los particulares actuar en nombre de las comunas y obtener un beneficio por ello (op. cit., t. V, págs. 243-245). <<

[48] No se debe confundir la libra como unidad monetaria compuesta por 20 perras, que pronto empezará a ser denominada franco, con la libra como unidad de peso, equivalente a 454 gramos. <<



[49] En esa época se hablaba indistintamente de 83, 84 u 85 departamentos en función de que el cómputo incluyera sólo a los 83 de la división administrativa de 1790, tuviera en cuenta también la incorporación de la Vaucluse —el departamento que se creó en torno a Avignon— arrebatada a los Estados Pontificios, o considerara también la más reciente anexión del departamento alpino del Mont-Terrible, desgajado del reino de Cerdeña. <<

[50] Soboul, Albert, Saint-Just, discours et rapports, Messidor, 1988, pág. 15 <<

[51] Hampson, Norman, Saint-Just, Basil Blackwell, 1991, pág. 85. <<

[52] El de Saint-Nicolas era uno de los dieciocho pequeños puertos fluviales de París. Estaba incrustado en la terraza del Louvre, en las inmediaciones del Pont Royal, y se especializaba en el desembarque de tintes y cereales. La obsesión por el pan blanco y la consideración de que emplear trigo negro era una de las mayores ofensas que podían hacerse al pueblo estaba arraigada en París desde tiempo inmemorial y había aflorado veinte años atrás durante la llamada Guerra de las Harinas. <<

[53] Ollivier, Albert, Saint-Just et la force des choses, André Sauret, 1954, t. I, pág. 244. <<

[54] Como elemento adicional de confusión los «Defensores» mantenían una colaboración permanente con la llamada «Sociedad Fraternal de los Dos Sexos», una de las pocas que admitía también mujeres, cuyas reuniones se celebraban en otra sala del edificio de los Jacobinos. De hecho Hendelet y sus compañeros de delegación presentaron ante el Comité de Seguridad General un acta de una deliberación conjunta de ambos grupos. Más que una «vecindad comprometedora y molesta» para los Jacobinos (Jaurès, op. cit., t. V, pág. 247), aquello era un totum revolutum en el que a menudo los mismos individuos actuaban bajo una identidad u otra. <<

[55] Révolutions de Paris, nº 188, del 9 al 16 de febrero de 1793, t. XV, pág. 320. El relato abría la edición del semanario bajo el significativo título de «Táctica de nuestros enemigos interiores y extranjeros». <<

[56] Le Journal de la République Française, nº 121, miércoles 12 de febrero de 1793, Society for Reproduction of Rare Books, Tokio, 1967, t. XVII, págs. 164-165. <<



[57] Le Journal de la République Française, núm. cit., pág. 167. <<

[58] Marat aportaría como supuestas pruebas en ediciones sucesivas de su periódico que el tal Plaisant de la Houssaye que aparecía como presidente había sido secretario del exabogado general del reino, Fleury (nº 121); que Poupel, secretario del comité, se había quedado con la caja de auxilio a los indigentes de la Sección de Piques; y que otro de los miembros de la delegación, Bouland, había denunciado ante la policía al ahora diputado Freron cuando tuvo que huir tras los sucesos del Campo de Marte (nº 125). <<

[59] Jaurès, Jean, op. cit., t. V, pág. 249. <<

[60] Tanto Mathiez como Soboul —en sus notas a la obra de Jaurès— sostienen que la petición del 12 de febrero lleva la marca del que ellos mismos denominan «el cura rojo» (Mathiez, Albert, *La vie chère...*, op. cit., pág. 140. Jaurès, Jean, op. cit., t. V, pág. 243). <<

[61] Coquard, Olivier, Marat, Fayard, 1993, pág. 318. <<

[62] Walter, Gérard, Marat, Albin Michel, 1933, pág. 329. La tesis de este autor es que, sin embargo, la separación se produjo en términos amistosos, y añade que aunque la suma de 15 libras «era más que modesta», ni Marat ni Roux eran ricos, y sólo la posterior «ofuscación» de este le llevaría a considerar el episodio como un agravio. <<

[63] Mathiez, Albert, *La vie chère...*, op. cit., pág. 131. <<

[64] Jaurès vincula esta expresión al hecho de que Roux se jactaba de haberse negado a hacerse cargo del testamento que Luis le pidió que entregara a la Comuna. «Yo sólo estoy encargado de conducirlos al cadalso», le habría contestado acremente Roux. Dando por buena esta versión, Révolutions de Paris recordó que era «cura, es decir, sin entrañas», y afirmó que su conducta había sido «más propia de un ayudante del verdugo que de un representante del pueblo soberano» (Révolutions de Paris, nº 186, del 26 de enero al 2 de febrero de 1793, t. XV, págs. 200 y 204). <<



[65] «Teniendo a las mujeres, tenía a los maridos», sostiene Albert Mathiez (*La vie chère...*, op. cit., pág. 132). <<

[66] Jaurès, Jean, op. cit., t. V, pág. 256. <<

[67] Haciéndose eco de un panfleto anónimo que circuló durante esos meses, Albert Soboul expone todo un catálogo de los nuevos tipos de enemigo: «Aristócrata es, naturalmente, el que echa de menos el Antiguo Régimen y reprueba la Revolución, el que no hace nada para sostenerla, el que no ha prestado el juramento cívico, el que no se ha inscrito en los registros de la Guardia Nacional, el que no ha comprado bienes nacionales teniendo capacidad y ocasión para ello, el que deja sus tierras sin cultivar y sin quererlas vender a su justo precio [...]. Aristócrata es también el que, aun pudiendo, no proporciona trabajo a los obreros y a los jornaleros a un precio progresivo, adecuado al incremento del coste de la vida, el que no ha suscrito las colectas para los voluntarios, el que no ha mejorado la suerte de la humanidad indigente y patriota [...]. Un orador de la Sección de Mail declaró que “aristócratas son todos los ricos [...], todos los que tienen algo”» (Soboul, Albert, *Les sans-culottes parisiens en l’an 2*, Librairie Clavreuil, 1958, págs. 412-413). <<

[68] Aunque se atribuye a Marcel Reinhard la estimación de que «la población parisina alcanzaba entonces los 660.000 habitantes o más» (Atlas de la Révolution Française, Émile Ducoudray, Raymonde Monnier y Daniel Roche (dir.), Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, París, 2000, t. XI, pág. 24), en el anexo de una de sus obras se incluye un censo de 1796 que la rebaja hasta los 556.304 habitantes (Reinhard, Marcel, Nouvelle Histoire de Paris, Hachette, 1971, pág. 434). <<

[69] Soboul, Albert, op. cit., pág. 435. <<

[70] Mercier, Louis Sébastien, Le Nouveau Paris, Mercure de France, 1994, pág. 17

<<

[71] Cobb, Richard, La protestation populaire en France (1789-1920), Calmann-Lévy, 1975, pág. 111. <<

[72] Soboul, Albert, op. cit., pág. 436. <<



[73] La hostilidad al comercio como legítimo medio de prosperar en la vida se manifestó en una propuesta de la Sección de Sans-Culottes —antes Jardin des Plantes — reclamando una ley para que nadie pudiera poseer más de una tienda o establecimiento (Soboul, Albert, op. cit., pág. 473). <<

[74] «Los sans-culottes no distinguían entre los distintos elementos de la población rural», y cuando integraron el llamado Ejército Revolucionario trataron con similar ferocidad a los señores de los castillos y a los modestos agricultores cuyas tierras y viviendas depredaban (Cobb, Richard, op. cit., pág. 284). <<

[75] Soboul, Albert, op. cit., pág. 432. <<

[76] Soboul, Albert, op. cit., pág. 460. <<

[77] Petersen, Susanne, L'Aprovisionnement de Paris en farine et en pain pendant la Convention Girondine, Annales Historiques de la Révolution Française, 1984, pág. 367. <<

[78] En una fase posterior de la Revolución se generalizó la sospecha de que «mientras los pobres debían contentarse con un pan apenas comestible, y a veces ni siquiera apto para el consumo, las personas acomodadas podían encontrar un panadero que les suministrara hogazas de pan blanco» (Cobb, Richard, op. cit., pág. 230). <<

[79] Atlas de la Révolution Française, op. cit., t. XI, París, págs. 30 y 40. <<

[80] Cobb, Richard, op. cit., pág. 256. <<



[81] Atlas de la Révolution Française, op. cit., t. XI, pág. 34. <<

[82] Atlas de la Révolution Française, op. cit., t. XI, pág. 35. <<

[83] Soboul, Albert, op. cit., pág. 669. <<

[84] Cobb, Richard, op. cit., pág. 235. <<

[85] Kaplan, Steven L., op. cit., pág. 47. <<

[86] «Ofreciendo al pueblo la garantía del pan sobre el altar de la paz social, el Estado renunciaba a comportarse de manera neutral o indiferente [...]. Por este sacrificio el Estado expiaba los abusos cotidianos a los que sometía al individuo corriente» (Kaplan, Steven L., op. cit., pág. 595). <<

[87] Atlas de la Révolution Française, op. cit., t. XI, págs. 36 y 41. <<

[88] Aunque no existe un censo de prostitutas, su número podía cifrarse en unos cuantos millares a partir del dato del número de arrestos, que en 1791 llegó a 661. Un 57 por ciento de las detenidas tenía menos de veinticinco años, la mitad menos de veintiuno, y un 30 por ciento entre quince y diecinueve. El 73 por ciento habían llegado a París desde sus provincias. El 60 por ciento se habían dedicado al textil y algo más del 20 por ciento al comercio. Ejercían su actividad principalmente en los entornos del Palais Royal y la plaza de Grève, con los Campos Elíseos como tercera zona en alza (Atlas de la Révolution Française, op. cit., t. XI, pág. 37). <<



[89] Cobb aporta otra referencia para calcular el número de prostitutas que podía haber en París: «Según Mercier, en los hospitales había una población flotante de entre quinientas y seiscientas mujeres públicas» (Cobb, Richard, op. cit., págs. 220-221).

<<

[90] Cobb, Richard, op. cit., pág. 229. Soboul se limita a afirmar que «el peso del pan en el presupuesto popular parece haberse mantenido a lo largo del año 2 (1793-1794) a un nivel peligrosamente alto, imposible de precisar a falta de una documentación estadística suficiente» (Soboul, Albert, op. cit., pág. 668). <<

[91] Cobb, Richard, op. cit., pág. 238. <<

[92] Le Père Duchesne, Edhis, reimpresión de 1969, t. X, nº 341, pág. 3. <<

[93] Atlas Historique de la Révolution Française, op. cit., t. XI, pág. 48. <<

[94] Bourgin, Hubert, L'Industrie de la boucherie à Paris pendant la Révolution, Ernest Leroux, 1911, pág. 154. <<

[95] Boursin, E. y Challamel, Augustin, Dictionnaire de la Révolution Française, Jouvot et Cie, 1893, pág. 86. <<

[96] Boursin y Challamel, op. cit., pág. 882. El dato corresponde en concreto al periodo 1781-1786. <<



[97] Soboul, Albert, op. cit., págs. 668-669. <<

[98] Soboul, Albert, op. cit., pág. 669. <<

[99] Soboul, Albert, op. cit., pág. 669. <<

[100] Cobb, Richard, op. cit., págs. 275-276. <<

[101] Citado por Soboul, op. cit., págs. 459 y 464. <<

[102] Soboul, Albert, op. cit., pág. 467. <<

[103] Se refería al «lecho de Procustes», mezcla de bandido y tirano a quien la mitología griega apoda «el Estirador». <<

[104] La Chronique de Paris, nº 19, sábado 19 de enero de 1793, l'an deuxième de la République. El artículo apareció en la segunda y tercera de las cuatro páginas del diario bajo el título «De l'Égalité», firmado por las iniciales «J. P. R.». <<



[105] El argumento de Roederer aparece recogido en una de las notas de Albert Soboul a la obra de Jaurès, op. cit., t. V, pág. 231. <<

[106] La Chronique de Paris, nº 27, domingo 27 de enero de 1793. El artículo volvió a ocupar gran parte de las páginas 2 y 3 bajo el epígrafe «De l'Égalité, nº III, J. P. Rabaut à Roederer». La entrega intermedia de la serie se había publicado el 21 de enero. <<

[107] Buchez et Roux, Histoire parlementaire de la Révolution Française, Paulin, 1836, t. XXIV, pág. 300. <<

[108] Hasta tal punto estaba implicado el Club de los Jacobinos en el respaldo a la candidatura de Pache que el resumen de la sesión del domingo 10 de febrero, celebrada bajo la presidencia de Jullien de la Drome, comienza de la siguiente manera: «Tras la lectura del acta, el presidente ha anunciado que los malintencionados extienden el rumor de que Pache es adjunto al ministro de la Guerra —se refería a su sucesor Beurnonville— a fin de destruir la mayoría de los sufragios que le van a llevar a la alcaldía y ha instado a los buenos ciudadanos a estar en guardia contra esta astuta suposición» (Aulard, Alphonse, *La Société des Jacobins*, op. cit., t. V, pág. 21). <<

[109] Armonville, elegido gracias a su predicamento entre la población obrera del Departamento del Marne, acudió a la reunión constitutiva de la Convención en las Tullerías del brazo del exduque de Orleans, Philippe Égalité, para dar testimonio de los principios de igualdad y fraternidad. Llevaba el gorro frigio de lana con el que acudiría a todas las sesiones de la cámara. <<

[110] El también montagnard Baudot, próximo a los dantonistas, sólo recordará de esta guisa, además de a Armonville, a Léonard Bourdon, Chabot, Granet, Thibaudeau y Marat, que no llevaba gorro frigio, sino una especie de casquete de piel raída (Baudot, Marc-Antoine, Notes historiques, Imprimerie D. Jouaust, 1893, págs. 291-292). <<

[111] Arthur Dillon era un general de origen irlandés y temperamento ardiente. Estaba bajo las órdenes de Lafayette en el Ejército del Norte y su reacción tras el 10 de agosto indica que habría estado dispuesto a secundar una reacción militar a la caída del trono. Días después se retractó de su actitud y tuvo un papel destacado en la campaña de Valmy, reconquistando personalmente Verdún. Cuando la Convención decretó en noviembre que había perdido la confianza de la nación, Dillon recurrió y comenzó a mover sus hilos para ser rehabilitado. El argumento clave del informe del Comité de Guerra fue que cuando pidió que sus tropas juraran fidelidad al rey lo hizo basándose en las informaciones falsas de las que disponía. <<

[112] Révolutions de Paris, n° 187, del 2 al 9 de febrero de 1793, t. XV, págs. 306-308.

<<



[113] Révolutions de Paris, n° 188, del 9 al 16 de febrero de 1793, t. XV, págs. 337-339. <<

[114] Journal de la République Française, nº 118, domingo 10 de febrero de 1793, op. cit., t. XVII, pág. 140. Marat también advertía de que si algo así se volvía a repetir «invito a los amigos de la patria a que me informen del día y el lugar porque me presentaré allí con las mujeres de nuestros bravos sans-culottes para reprender a estos sibaritas como se merecen». <<

[115] En la sesión del 10 de febrero una representante de la llamada Sociedad Fraternal de los Dos Sexos había intervenido airadamente: «Ciudadanos, os denuncio a Garat, ministro de Justicia, que el miércoles pasado tenía treinta personas a cenar, entre ellas Brissot, Louvet, Barbaroux y Beurnonville. Los patriotas aún no han entrado en casa del ministro y Brissot está allí a todas horas» (Aulard, Alphonse, *La Société des Jacobins*, op. cit., t. V, págs. 23-24). Garat sabía de puertas adentro a quién debía el cargo, pero lo disimulaba bien de puertas afuera. <<

[116] Hamel da por hecho que la redactó él (Hamel, Ernest, Histoire de Robespierre, A. Cinqualbre Éditeur, t. II, pág. 378), y la propia Fundación de Estudios Robespieristas la incluyó en sus Obras completas dentro de la «Segunda serie de las Cartas a sus comitentes» (Oeuvres de Maximillien Robespierre, Phenix Éditions, t. V, págs. 287-291). <<

[117] Se refería a la intervención de Danton con motivo del asesinato de Le Peletier en la que se preguntó qué no se habría dicho si la víctima hubiera sido uno de los diputados moderados que habían tratado de salvar la vida del rey. <<

[118] Tal era la confianza que Luis XVI tenía en Laporte que le había hecho depositario de la carta en la que justificaba la huida de Varennes y dejaba instrucciones a sus ministros para negarse a colaborar con la Asamblea. Laporte había sido guillotinado el 23 de agosto bajo la acusación de haber destruido documentación comprometedora tras el asalto a las Tullerías. <<

[119] Mercier, Louis Sébastien, op. cit., 1994, pág. 238. <<

[120] Condorcet hizo esta reflexión comentando la carta de Rousseau a Voltaire sobre su poema dedicado al mortífero terremoto de Lisboa de 1755. En palabras de Condorcet, «Voltaire ataca la opinión muy extendida a comienzos de este siglo entre los filósofos de Inglaterra y Alemania de que todo está bien», y por su parte Rousseau le contesta que «él piensa que debe deducirse de la existencia de un Dios justo que todo está bien y no deducir de la perfección del orden del mundo la existencia de un Dios justo». Condorcet, ateo militante, se alinea con Voltaire pero refuta el pesimismo que quedará reflejado en Cándido: «La naturaleza ha condenado a los hombres a males crueles [...]. Ignoro cuál es su origen, pero la naturaleza me ha dado el poder de desviar una parte de esos males a los que me ha sometido [...]. Enseñemos a los hombres a conocer sus verdaderos intereses, acostumbremosles a manejarse a través de la razón» (Condorcet, *Oeuvres complètes*, Firmin Didot Frères, 1847, reedición de Stuttgart-Bad Canstatt, 1968, t. IV, págs. 219-225). <<



[121] Baker, Keith Michael, «Condorcet», en Dictionnaire critique de la Révolution Française, François Furet y Mona Ozouf (edit.), Flammarion, 1988, pág. 237. <<

[122] Delsaux, Hélène, Condorcet journaliste, Honoré Champion, 1931, págs. 71-75.

<<

[123] Dorigny, Marcel, «Condorcet, liberal et girondin», en Colloque International Condorcet, Minerva 1989, pág. 340. En este mismo volumen figura una excelente comunicación de Ernest Lluch sobre la introducción de las ideas de Condorcet en España. <<

[124] «Remerciements aux électeurs de l'Aisne», citado en Condorcet, de Elisabeth Badinter y Robert Badinter, Fayard, 1988, pág. 545. <<

[125] Su condición de inspector de la Tesorería le daba derecho a vivir en un lujoso apartamento en el entresuelo del Hôtel des Monnaies, en el muelle de Conti, hasta que su ruptura con la Monarquía tras la fuga de Varennes implicó la supresión del cargo. Entonces él y su mujer se trasladaron al más modesto piso de la calle de Bourbon, que pocos meses después pasó a llamarse de Lille. La estatua de Condorcet le recuerda hoy ante la Maison de la Monnaie, al pie de la orilla izquierda del Sena.

<<

[126] «En los cafés que frecuentaban los criados de los aristócratas se comentaba que Sophie, su marido y Tom Paine formaban una pareja de tres y que a Sophie le gustaba reinar sobre un borracho (el inglés) y sobre un impotente» (Boissel, Thierry, Sophie de Condorcet, Presses de la Renaissance, 1988, pág. 132). <<

[127] Dorigny, Marcel, op. cit., pág. 338. <<

[128] Jaurès interpreta correctamente que Condorcet estaba proponiendo «una especie de apelación a término», de forma que el pueblo pudiera pronunciarse una vez aprobada la Constitución (Jaurès, Jean, op. cit., t. V, pág. 129). <<



[129] Cahen, Léon, Condorcet et la Révolution Française, Slatkine Reprints, Ginebra, 1970, págs. 467-468. <<

[130] Hijo de un fabricante de corsés —él mismo se dedicó de joven al oficio—, Paine había alcanzado notoriedad universal al emigrar a Filadelfia y publicar en 1776 el panfleto *The Common Sense*, en el que preconizaba la ruptura de las colonias con la metrópoli. A su regreso a Inglaterra se convirtió en el gran defensor de la Revolución Francesa frente a los ataques de Burke y otros conservadores. Su obra *The Rights of Man* terminó de consagrarle como el gran teórico del pensamiento democrático de la época. La Asamblea Legislativa le hizo ciudadano francés a título honorario y varios departamentos le eligieron para la Convención. Su estrecha relación con los Condorcet y Brissot le permitió participar en el Comité Constitucional sin haber aprendido francés. <<

[131] Cahen, Léon, op. cit., pág. 468. <<

[132] os cinco suplentes habían sido, por este orden, Barbaroux, Hérault de Seychelles, Fauchet, Lavicomterie y Lanthenas. Era evidente que en las primeras semanas de la Convención la Montaña estaba en rotunda minoría. <<

[133] El que, según un testigo tan destacado de aquel momento histórico, Robespierre percibiera a sus adversarios como «el partido de Pétion», es otro indicio más del carácter nebuloso del que luego sería definido como «partido girondino» (Durand de Maillane, Pierre, Histoire de la Convention Nationale, Baudouin Frères, 1825, pág. 50). <<

[134] La Chronique de Paris, 21 de octubre de 1792, citado en Condorcet, de Elisabeth Badinter y Robert Badinter, Fayard, 1988, págs. 526-527. <<

[135] «Avis aux espagnols», Oeuvres complets de Condorcet, op. cit., t. X, págs. 123-136. <<

[136] Baker, Keith Michael, op. cit., pág. 241. <<



[137] Badinter, Elisabeth y Robert, op. cit., pág. 549. <<

[138] Badinter, Elisabeth y Robert, op. cit., pág. 550. <<

[139] Las Petites Maisons eran el manicomio del barrio de Luxemburgo próximo a la antigua abadía de Saint-Germain-des-Prés (Le Journal de la République Française, nº 126, op. cit., t. XVII, pág. 205). <<

[140] Pertué, Michel, «La Censure du peuple dans le projet de Constitution de Condorcet», en Colloque Internacional Condorcet, op. cit., pág. 327. <<

[141] «Los derechos naturales, civiles y políticos de los hombres son: la libertad, la igualdad, la seguridad, la propiedad, la garantía social y la resistencia a la opresión», decía ese artículo primero. El concepto más equívoco era el de «garantía social», que en posteriores artículos se relacionaba tanto con el «socorro público» como con la protección de la ley. <<

[142] Baker, Keith Michael, op. cit., pág. 242. <<

[143] Pertué, Michel, op. cit., pág. 323. <<

[144] «¡Como si con cualquier constitución, y sobre todo con una constitución como esa, se pudiera amordazar a la bestia! ¡Como si ella fuera a tener el detalle de extender el cuello para aceptar la mordaza que se le presenta!», añadiría Taine. Es evidente que el brillante historiador conservador no compartía la fe de Condorcet en el poder taumatúrgico de las leyes (Taine, Hypolite, Les origins de la France contemporaine, Hachette, 1904, libro III, pág. 154). <<



[145] Ibid., pág. 149. <<

[146] «El escrutinio se cerrará en la sesión de tarde del segundo día a las 4 horas»  
(título III, sección V, artículo VI). <<

[147] Badinter, Elisabeth y Robert, op. cit., pág. 551. <<

[148] La Chronique de Paris, nº 48, domingo 17 de febrero de 1793, l'an 2ème de la République. <<

[149] Terrasson, autor de un opúsculo titulado «El catecismo del ciudadano», acababa de llegar de Burdeos e incluyó esa definición el 3 de febrero en el preámbulo a una intervención en la que dio cuenta del pulso que la minoría jacobina mantenía con los moderados en la capital de la Gironda (Aulard. Alphonse, La Société des Jacobins, op. cit., t. V, págs. 15-16). <<

[150] Garat alegrará en sus Memorias que Robespierre no tenía «ni una sola idea precisa ni una sola idea nueva», pero que se empeñaba en «imitar las formas del lenguaje que tienen elegancia, nobleza e impacto». También recordará que, más allá de su «charlatanería insignificante», veía en él «los gérmenes de un talento que al crecer podrían hacer algún día mucho bien o mucho mal» (Garat, Joseph-Dominique, Mémoires, Poulet-Malassis, 1862, págs. 84-85). <<

[151] Los otros seis eran Dubois-Crancé, Thuriot, Bentabole, Anthoine, Robert y Anacharsis Cloots. Los dos primeros también estuvieron inicialmente en el Comité de Salud Pública, pero lo abandonaron antes del apogeo del Terror. <<

[152] El retrato se exhibe hoy en día en el Museo de Arte Moderno de Troyes. <<



[153] El inventario de los bienes precintados en el domicilio de los Danton ocupa nada menos que veinte páginas de un acta notarial reproducida como anexo a los apuntes del más entusiasta de los biógrafos del líder revolucionario (Robinet, Dr., Danton, *mémoire sur sa vie privée*, Librairie Chamerot et Lauwereyns, 1865, págs. 224-244).

<<

[154] Garat, Joseph-Dominique, Mémoires, op. cit., págs. 314 y 309. <<

[155] Collot d'Herbois hizo estas manifestaciones —entre grandes aplausos— en la sesión del Club de los Jacobinos del 3 de marzo. Parece claro que aludía a la referencia del girondino Grangeneuve a Danton durante el debate del 8 de febrero en la Convención. Collot presentó diez acusaciones contra Roland que incluían desde «haber corrompido a la opinión pública haciendo circular escritos a favor de Luis Capeto» hasta «haber enviado a Inglaterra una suma de doce millones de la que no ha rendido cuentas» (Aulard, Alphonse, *La Société des Jacobins*, op. cit., t. V, pág. 64).

<<

[156] Todo indica que debió de tratarse de una réplica del busto que Felix Le Peletier había entregado la tarde anterior a la Convención. Su autor, al que el hermano del protomártir se refirió como «un joven artista, el ciudadano Fleuriot», era el escultor y estudiante de arquitectura Jean-Baptiste Fleuriot-Lescot, que un año después tendría un final trágico, tras convertirse en alcalde de París durante los meses anteriores a termidor. <<

[157] Jacques-Nicolas Billaud-Varenne era hijo de un abogado de La Rochelle y, tras una breve experiencia como novicio en un convento, había tratado en vano de hacer carrera como autor dramático y ensayista político. Muy activo en el Club de los Jacobinos, había participado en los preparativos del asalto a las Tullerías y reemplazó a Danton como adjunto o sustituto del procurador de la Comuna cuando él fue nombrado ministro. Diversos autores le han señalado como uno de los responsables de las masacres de septiembre. Alejo Carpentier muestra su fascinación por el personaje en su novela *El siglo de las luces*. <<

[158] Jacques-Nicolas Billaud-Varenne era hijo de un abogado de La Rochelle y, tras una breve experiencia como novicio en un convento, había tratado en vano de hacer carrera como autor dramático y ensayista político. Muy activo en el Club de los Jacobinos, había participado en los preparativos del asalto a las Tullerías y reemplazó a Danton como adjunto o sustituto del procurador de la Comuna cuando él fue nombrado ministro. Diversos autores le han señalado como uno de los responsables de las masacres de septiembre. Alejo Carpentier muestra su fascinación por el personaje en su novela *El siglo de las luces...* <<

[159] Delmas, Jean, Dubois-Crancé, citoyen de Charleville et la naissance de l'Armée Nationale, Charleville-Mezieres, 1975, pág. 7 <<

[160] Ciotti, Bruno, prólogo a *Analyse de la Révolution Française*, Dubois-Crancé, Paleo, 2003, pág. 6. <<



[161] El cuadro inacabado de David convirtió de hecho a Dubois-Crancé en uno de los grandes protagonistas del momento al representarlo como la figura dominante de la mitad derecha de la composición, subido sobre una silla y extendiendo su mano derecha hacia el alcalde Bailly en señal de juramento. Su mano izquierda aparece aferrada al pomo de una espada enfatizando así su trayectoria militar. A su lado, pero en un plano inferior, está representado Robespierre, echándose dramáticamente las manos al pecho. La estrecha amistad entre David y Dubois-Crancé contribuyó sin duda al protagonismo pictórico de este. <<

[162] Iung, Th., Dubois-Crancé. L'Armée et la Révolution, Charpentier, 1884, t. I, págs. 283-286. <<

[163] Se refería al decreto de noviembre de 1790 por el que la Asamblea Constituyente había refundido las emisiones de moneda en metales preciosos en una sola aleación con catorce partes y media de plata por una de oro, estableciendo su compatibilidad y equivalencia como medio de pago con los asignados (White, Andrew Dickson, op. cit., pág. 25). <<

[164] El hospicio de los Quinze-Vingts o de los Trescientos era una institución ya legendaria en París, pues había sido fundado nada menos que por San Luis a la vuelta de la VII Cruzada con ese número de plazas para atender a los ciegos de la capital. El hecho de que una de las prácticas usuales de los turcos fuera sacarles los ojos a los cruzados que caían en sus manos contribuyó, al parecer, a la iniciativa. Durante el propio reinado de Luis XVI se había trasladado su emplazamiento de la calle Saint-Honoré a la de Charenton, en el bulevar de Saint-Antoine, ampliándose considerablemente el número de plazas. Tal era su peso en el entorno que dio nombre a una de las pocas secciones de la capital que no cambiaron de denominación durante toda la Revolución. Actualmente sigue siendo el principal centro público especializado en oftalmología. <<

[165] «Sus quejas amargas ya se habían hecho oír en las tribunas del Consejo General de la Comuna. “Id a quejaros a la barra de la Convención”, les habían contestado. Y siguieron el consejo» (Révolutions de Paris, nº 190, del 23 de febrero al 3 de marzo de 1793, t. XV, pág. 390). <<

[166] Godineau, Dominique, Citoyens tricoteuses, Perrin, 2004, pág. 23. <<

[167] En un artículo publicado en La Chronique de Paris el 18 de noviembre de 1792 Condorcet alegaba que la bajada de los asignados era excesiva y lo relacionaba con que la gente fijaba su valor en relación con las monedas de oro y plata. Por eso proponía eliminarlas del comercio interior de manera que se pudiera establecer una relación directa entre las mercancías y los asignados como único medio de pago (Badinter, Elisabeth y Robert, op. cit., pág. 524). <<

[168] Tal es al menos la atinada interpretación de Mathiez en su reconstrucción de los hechos previos al 25 de febrero (Mathiez, Albert, *La vie chère...*, op. cit., Payot, 1927, pág. 146). <<



[169] Révolutions de Paris, num. cit., t. XV, pág. 390. <<

[170] Mathiez, Albert, op. cit., pág. 145. <<

[171] Révolutions de Paris, num. cit., t. XV, pág. 391. <<

[172] El gran escritor y líder socialista va esta vez demasiado lejos cuando dice que «a buen seguro Marat deploraba esta jornada más que nadie» (Jaurès, Jean, op. cit., t. V, pág. 264). <<

[173] Le Journal de la République Française, nº 133, lunes 25 de febrero de 1793, págs. 1-3, op. cit., t. XVII, págs. 259-261. <<

[174] Hasta el 90 por ciento de las ventas de los periódicos de la Revolución se realizaban mediante suscripciones, distribuidas a través de corresponsales en librerías o comercios que las entregaban al público. Algo menos de la mitad de esas ventas se quedaban normalmente en París. En el caso de L'Ami du Peuple y de los títulos que le sucedieron los datos más concretos son de 1791, cuando llegó a tener 4000 suscriptores (Gough, Hugh, *The Newspaper Press in the French Revolution*, The Dorsey Press, 1988, pág. 211). Concretamente en la Sección de Lombards, Marat contaba con un máximo de cuatro distribuidores. (*Atlas de la Révolution Française*, op. cit., t. XI, pág. 81). <<

[175] Aunque Mathiez dice que la revuelta estalló a las diez en la Sección de Lombards y Georges Rudé en su estudio publicado en 1953 en los *Annales Historiques de la Révolution Française* asume esa versión, el mucho más reciente *Atlas Historique de la Révolution Française* incluye un gráfico con los horarios de cada brote de violencia elaborado a partir de las actas de los comisarios de policía y establece un foco a las ocho y otro a las nueve muy cercano al propio Ayuntamiento. En ambos casos precisa que se trata de la hora exacta. <<

[176] Biré, Edmond, Journal d'un bourgeois de Paris pendant la Terreur, Perrin, 1910, t. II, pág. 63. <<



[177] Rudé, George, «Les émeutes parisiennes de février 1793», Annales Historiques de la Révolution Française, 1953, pág. 39. <<

[178] Un tal Commard, de la Sección de Gardes-Françaises, aseguró no haber recibido sino 1158 libras o francos por sacos de azúcar, café y cassonade que valían 27.043. Su colega Cain, mayorista de la Sección de Arcis, denunció haber recibido 2829 libras o francos por mercancías cuyo precio era de 26.267 (Rudé, George, op. cit., pág. 41). <<

[179] Rudé, George, op. cit., pág. 43. <<

[180] ortimer-Ternaux, Histoire de la Terreur, Michel Lévy Frères, 1867, t. VI, pág. 50.

<<

[181] «A la puerta de un tendero de la calle de Venise habían desfondado una pieza de aguardiente y los miserables, extendidos sobre el pavimento, bebían incluso en el arroyo» (Biré, Edmond, op. cit., t. II, pág. 70). <<

[182] La propia forma en que Restif de la Bretonne introduce el episodio ya lleva a sospechar de su veracidad: «Me han contado que en casa de un tendero muy rico que no quiere airear su desgracia...». Otro tanto cabe decir de los detalles morbosos que aporta sobre los violadores: «... que habían repetido tres veces, dejando reposar y acariciando a sus víctimas, a veces dulcemente, a veces con arrebatos». E incluso del hecho de que esta descripción vaya seguida de otro episodio igualmente truculento — y sin identificación alguna— en el que un tendero y su mujer habrían sido torturados quemándoles los pies hasta que indicaron a los asaltantes dónde escondían su dinero (Restif de la Bretonne, *Les nuits révolutionnaires*, Le Livre de Poche, 1978, pág. 318). <<

[183] «La distribución de las rapiñas se hacía con orden. El que se hubiera avergonzado de [participar en un] robo, se apresuraba a comprar en esta venta pública», añade este historiador conservador, testigo ocular de los acontecimientos (Lacretelle, Charles de, Histoire de la Convention, Didot Jeune, 1803, t. I, pág. 239).

<<

[184] Révolutions de Paris, n° cit., t. XV, pág. 391. <<



[185] Rudé, George, op. cit., págs. 46-47. <<

[186] Rudé, George, op. cit., pág. 51. <<

[187] Jaurès, Jean, op. cit., t. V, pág. 224. <<

[188] Taine, Hypolite, Les origines de la France contemporaine, Hachette, 1904, libro III, págs. 170-172. <<

[189] Rudé recoge el caso de un tal «ciudadano Joly, capitán de la compañía de su sección», sorprendido cerca del mostrador del tendero Rousseau cuando se llevaba jabón tras haberlo pagado al nuevo precio de tasación (op. cit., pág. 44). <<

[190] Rudé, George, op. cit., pág. 38. <<

[191] Mathiez, Albert, *La vie chère...*, op. cit., pág. 150. <<

[192] «Imitando hasta el final a Pétion», escribe Mathiez, aludiendo a cómo el antecesor de Pache en la alcaldía siempre fingía ser desbordado por las revueltas populares que él mismo estimulaba (op. cit., pág. 147). Mortimer-Ternaux llega a escribir que el alcalde y sus acompañantes «renunciaron enseguida a hacer entrar en razón a aquellos con los que tal vez estaban en secreta connivencia» (op. cit., t. VI, pág. 51). <<



[193] Lyon era la única ciudad de Francia, además de París, que sobrepasaba los cien mil habitantes. Se trataba además de la única ciudad industrial en el sentido moderno de la palabra, pues las fábricas textiles y en especial la industria de la seda daban trabajo a miles de obreros. La Revolución había acelerado la decadencia del sector, y eso había creado un escenario en el que el paro convivía con una crisis de subsistencias más agudizada que en París. Si al principio de la Revolución la burguesía mercantil se había impuesto a la aristocracia, tras la ejecución del rey la tensión se había polarizado entre los propietarios de uno y otro origen y las fuerzas populares agrupadas en torno al Club Central vinculado a los jacobinos y liderado por el exfraile exaltado de origen italiano Joseph Chalier. El alcalde Nivière-Chol había plantado cara a su propio Consejo General de la Comuna y, tras un amago de dimisión, había sido restablecido en el cargo por lo que se percibía como una coalición de aristócratas y moderados. El Club Central había sido saqueado y, según el informe de Tallien, tanto el Árbol de la Libertad como el busto de Rousseau habían sido profanados. Ante tamaño ultraje la Convención decretó enviar tres comisarios con plenos poderes para imponerse e incluso arrestar a los magistrados locales. <<

[194] Se trata del diputado moderado Aubin Bigorie de Chambon, representante del Departamento de la Corrèze, y no debe ser confundido con el recién dimitido alcalde de París, Nicolas Chambon de Montaux. <<

[195] Jaurès, Jean, op. cit., t. V, pág. 364. Para él Roux fue el inspirador y organizador de lo que Prudhomme definió en *Révolutions de Paris* como «la tercera Revolución» tras la toma de la Bastilla y el asalto a las Tullerías. «Lejos de negar su participación se jactó de ella [...]. Estaba a la cabeza de un partido numeroso y potente», añade Mathiez.<<

[196] «Esta revuelta no habría tenido lugar, según todas las apariencias, sin una propaganda previa —y posiblemente sin un plan organizativo— por parte de Jacques Roux y los enragés» (Rudé, George, op. cit., págs. 53-55). <<

[197] Révolutions de Paris, num. cit., t. XV, pág. 395. <<

[198] Todo el relato de lo ocurrido esa tarde en el Consejo general de la Comuna está recogido en Buchez et Roux, Histoire parlementaire de la Révolution Française, Paulin, 1836, t. XXIV, págs. 338-342. <<

[199] Révolutions de Paris, num. cit., t. XV, pág. 393. <<

[200] Se refería al secretario de Estado de Asuntos Exteriores británico William Grenville, partidario de la guerra contra Francia, líder de los whig y primo del primer ministro William Pitt. <<



[201] El relato de la sesión del Club los Jacobinos del 25 de febrero aparece tanto en la obra de Aulard (op. cit., t. V, págs. 41-45) como en la de Buchez y Roux (op. cit., t. XXIV, págs. 343-348). Ambas recogen en extenso la intervención de Robespierre, pero sólo la segunda incluye la aportación inicial de Marat. <<

[202] La orden fechada el martes 26 de febrero aparece publicada en el Moniteur del viernes 1 de marzo (Gazette Nationale ou Le Moniteur Universel, reimpresión de 1840, t. XV, pág. 575). <<

[203] La Sección de Piques invitaba incluso a sus «hermanos» de la Sección de Gravilliers a censurar a Roux por sus manifestaciones durante la reunión del Consejo General de la Comuna (Mathiez, Albert, *La vie chère...*, op. cit., pág. 158). <<

[204] Taine, Hypolite, Les Origines de la France contemporaine, Hachette, 1904, libro III, pág. 146. <<

[205] Desde la apertura de la Convención y como respuesta a las masacres de septiembre, Barère, obsesionado por ocupar siempre el centro del arco político, venía denunciando por igual tanto a los nostálgicos de la Monarquía —aunque recelara de la República— como «al monstruo de la anarquía cuya cabeza se alza en el seno de la Comuna de París». <<

[206] La reseña del *Républicain Français* no consta en los *Archives Parlementaires*, pero aparece reproducida por Mortimer-Ternaux (op. cit., t. VI, págs. 57-58). <<

[207] Los otros cuatro que no firmaron —obviamente por razones distintas— fueron el dimitido Manuel, el sexagenario moderado Dusaulx y los montagnards Osselin y Sergent. <<

[208] Anacreonte fue un poeta griego del siglo VI a. de C. que se distinguió por sus poemas de amor y sus loas a los placeres de la vida en un tiempo turbulento en el que su nativa Asia Menor era escenario de todo tipo de vaivenes, tiranías y crueldades. Según Kuscinski, fue el diputado de la Constituyente Charles Alquier, quien impuso a Barère este mote (Kuscinski, A., Dictionnaire des conventionnels, Éditions du Vexin Français, 1973, pág. 26). Según uno de los biógrafos de Barère, fue el político y filósofo inglés Edmund Burke quien le distinguió con ese apodo por su supuesta «disposición a travestir elegantemente el Terror» (Launay, Robert, Barère de Vieuzac, l'Anacréon de la guillotine, Éditions Jules Tallandier, 1929, pág. 349). <<



# Notas Capítulo III

[1] Chuquet, Arthur, Les guerres de la Révolution. La trahison de Dumouriez, Léon Chailley, sin fecha, t. V., pág. 36. <<

[2] Chuquet, op. cit., pág. 37. <<

[3] «Irán a echar a los ingleses de la India y se divertirán pasando por Río de Janeiro y por el cabo de Buena Esperanza», le escribía Beurnonville a Dumouriez el 14 de febrero. «Me gustan el oro y los diamantes de los portugueses, el trigo y los corderos de los holandeses, y para dar valor a nuestros valientes será preciso que beban el vino de Constanza» (Chuquet, op. cit., pág. 23). <<

[4] Chuquet, op. cit., pág. 27. <<

[5] La vie et les mémoires du général Dumouriez, Baudouin Frères, 1823, t. IV, pág. 12. <<

[6] La vie et les mémoires..., op. cit., t. IV, pág. 14. <<

[7] Miranda había nacido en Caracas en 1750. Era hijo de un emigrante canario y estaba dotado de gran inteligencia y curiosidad universal. De joven se trasladó a España y completó su formación en el Madrid de Carlos III, ingresando en el ejército. Formó parte del cuerpo expedicionario que participó en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos contra los ingleses e intervino en la batalla de Pensacola. Conoció a George Washington y a una parte de la élite dirigente de los nuevos Estados Unidos. De vuelta a Europa viajó a Rusia, donde tuvo la protección de Catalina la Grande y su favorito, el príncipe Potemkin. Pero su obsesión era la independencia de las colonias españolas de América, y para ello trató de obtener la colaboración de Inglaterra, llegando a reunirse con el propio primer ministro Pitt, a quien interesó en el proyecto y entregó numerosos documentos. Pese a haber estado a sueldo del gobierno inglés, Miranda se trasladó a Francia en marzo de 1792, y en cuestión de meses logró deslumbrar al alcalde de París, Pétion, y al ministro de Defensa, Servan, que le hizo general y le puso a las órdenes de Dumouriez. Brissot y Vergniaud llegaron incluso a proponerle para el cargo de gobernador de Haití. <<



[8] Jomini, Antoine de, Histoire critique et militaire des guerres de la Révolution, J. B. Petit, Bruselas, 1837, libro IV, pág. 54. <<

[9] Jomini, op. cit., libro IV, págs. 63-69. De hecho el propio Dumouriez alegraría en sus Memorias que él ya era consciente de «hasta qué punto la posición en el Mosa era insostenible», culpando a Pache de no haberle dado más medios durante su etapa como ministro de Defensa para conquistar Maastricht, Vanlo o alguna otra plaza fuerte de los alrededores (La vie et les mémoires..., op. cit., t. III, pág. 292). <<

[10] El general Jean le Michaud d'Arçon era uno de los mejores ingenieros militares de su época y se había especializado en el asedio de plazas difíciles de tomar desde su participación una década antes en el sitio de Gibraltar, durante el que inventó las llamadas «baterías flotantes». <<

[11] El 27 de febrero los comisarios de la Convención en el ejército de Bélgica informaron por carta de que el pueblo de Bruselas había votado la unión con Francia. El 28 había llegado la carta confirmando los rumores desmentidos la víspera sobre la conquista de Breda. El 1 de marzo una nueva misiva anunciaba que de las 330 comunas que formaban parte de la provincia del «Hainaut austriaco» — correspondiente al sur de Bélgica—, 300 habían «votado unánimemente» por la «reunión». Ese mismo día una diputación de la ciudad de Gante pidió lo mismo ante la Convención. <<

[12] Muy en la línea fantasiosa y paranoica del periódico de Marat, la denuncia del tal Tompson contra Dumouriez incluía también desde ser el amante de la mujer del opresor austriaco Heinrich von Crumpipen, hasta facilitar los asesinatos de centinelas franceses para poder achacárselos a los «patriotas» belgas (Le Journal de la République Française, nº 135, op. cit., t. XVII, págs. 275-282). <<

[13] Le Patriote Français, nº 1297, op. cit., t. VIII, págs. 247-248. <<

[14] Chuquet, op. cit., pág. 51. <<

[15] Chuquet, op. cit., pág. 55. <<



[16] Chuquet, op. cit., pág. 60. <<

[17] «Dumouriez consideró esta decisión como un error grave y afirmó que Miranda debería haber podido reunir todas sus fuerzas para hacer frente a las tropas [austriacas]» (Bois, Jean-Pierre, Dumouriez. Héros et proscrit, Perrin, 2005, pág. 300). <<

[18] El general Cyrus Valence estaba muy ligado a la familia Orleáns, pues durante el Antiguo Régimen había sido caballero mayor del primo del rey y estaba casado con una hija de su antigua amante, *madame* de Genlis, y del diputado Sillery, puntal orleanista en la Convención. <<

[19] Rojas, Arístides, Miranda dans la Révolution Française. Récueil de documents authentiques, Imprenta del Gobierno Nacional, Caracas, 1889, págs. 92-93. <<

[20] Rojas, op. cit., pág. 96. <<

[21] Como el propio Rojas aclara en una nota sobre esta carta, Miranda se sentía muy orgulloso de su condición de venezolano, pero ante la dificultad de explicar dónde estaba su país solía decir que había nacido en el Perú, sede del virreinato español y mucho más conocido por los franceses (Rojas, op. cit., págs. 100-103). <<

[22] Chuquet, op. cit., pág. 67. <<

[23] Bluche, Frederic, Danton, Perrin, 1999, pág. 278. <<



[24] Rojas, op. cit., págs. 109-111. <<

[25] La Asamblea Electoral del Departamento de París seguía integrada por los electores designados por las secciones con motivo de las elecciones a la Convención. Actuaba como un órgano permanente que se reunía todas las mañanas —incluidas a veces las de los sábados y domingos— en la sede del Arzobispado y se ocupaba sobre todo de elegir a los jueces de los distintos tribunales y a los responsables de servicios administrativos como el correo. <<

[26] Durand de Maillane, Pierre, Histoire de la Convention Nationale, Baudouin Frères, 1825, pág. 69. <<

[27] Todo indica que el propio Beurnonville se había enterado sólo unas horas antes de dirigir esa carta a la Convención. La víspera, lunes día 4, le había tocado presidir la reunión del Consejo Ejecutivo Provisional, y en el acta no hay mención alguna a la situación militar en Bélgica. El principal asunto de la reunión fue de hecho la comparecencia del alcalde Pache, quien «detalló las disposiciones adoptadas para descubrir a los emigrados que se encuentran en gran número en París». Tampoco en el acta de la sesión del 4 del Comité de Defensa General hay la menor alusión al cruce del Rur por los austriacos (Aulard, Alphonse, *Récueil des Actes du Comité de Salut Public*, Imprimerie Nationale, 1889, t. II, págs. 254-255). <<

[28] Tuetey, Alexandre, Répertoire général des sources manuscrites de l'Histoire de Paris pendant la Révolution, Imprimerie Nouvelle, 1910, t. IX, n° 450, pág. 92. <<

[29] Aulard, Alphonse, *La Société des Jacobins*, op. cit., t. V, pág. 67. <<

[30] Oeuvres de Maximilien Robespierre, Phénix Éditions, 2000, t. IX, págs. 295-301.

<<

[31] Jean-François Bourgoing había sido primer secretario de la embajada francesa en Madrid a comienzos de la década de 1780 como número dos de Armand Montmorin, luego ministro de Exteriores de Luis XVI y asesinado durante las masacres de septiembre. Toda vez que Madrid había retirado a su embajador Fernán Núñez de París, la Convención le acreditó en Madrid con el título de Enviado Extraordinario, pero su rango fue degradado luego al de encargado de Negocios. Fruto de sus dos estancias en Madrid fue el libro de viajes *Tableau de l’Espagne moderne*. <<



[32] Aymes, Jean-René, La guerra de España contra la Revolución Francesa (1793-1795), Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante, 1991, pág. 34. <<

[33] Aymes, Jean-René, op. cit., pág. 35. <<

[34] «Además de prohibirla [la obra] y de recoger los ejemplares que se hallasen [...], recomendaron en su dictamen que se enviara carta-orden a las audiencias, corregidores y capitanes generales del reino, y especialmente a los de la frontera francesa y puertos de mar, para que extremasen su cuidado con el fin de que no entrara ningún ejemplar del Avis y enviasen al Consejo cuantos hubiesen entrado y recogiesen, y que examinasen los equipajes “evitando toda vejación posible”. Sugirieron asimismo que guardias y dependientes de rentas colaborasen en este asunto» (Anes, Gonzalo, «Francia y España, 1789-1796. Revolución, guerra y paz», en España y Francia: una historia común, ciclo de conferencias organizado por la Real Academia de la Historia, Alstom, Madrid 2008, págs. 420-421). <<

[35] Chaumié, Jacqueline, Les relations diplomatiques entre l'Espagne et la France. De Varennes a la mort de Louis XVI, Féret et Fils, Burdeos, 1957, pág. 191. <<

[36] Simón de Las Casas era un avezado diplomático muy vinculado a los príncipes y aristócratas emigrados a Coblenza a través de la red de espías del duque de Antraigues, definido como el «ministro de la policía de la contrarrevolución». Las Casas venía abogando por la guerra desde la huida de Varennes y había chocado con Lacy y con Aranda. Había sido muy crítico con las ofertas de neutralidad planteadas por Ocáriz ante la Convención. <<

[37] Entre los mejores argumentos de Aranda estaba el de la dispar motivación de los ejércitos francés y español. Muy en línea con lo percibido por Goethe en Valmy, alegaba: «El fanatismo por la libertad dará suma fuerza a los ejércitos franceses. Es grande la diferencia entre los que pelean por una opinión y los que van a la guerra por sólo cumplir con la obligación de su oficio. Cuando hay entusiasmo se sufren mejor los trabajos de la guerra» (Muriel, Andrés, Historia de Carlos IV, Imprenta y Fundición de Manuel Tello, Madrid, 1893, t. II, págs. 86-87). <<

[38] Muriel, Andrés, op. cit., pág. 93. <<

[39] Godoy, Manuel, Memorias, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2008, pág. 155. <<



[40] En un escrito en el que pedía a Carlos IV que Godoy no interviniera en el proceso que se le había incoado, Aranda explicó su reacción: «Me pareció el pensamiento descabellado y creí que el duque [de Alcudia] habría consultado solamente los mapas en donde largos espacios se manifiestan cortos, lisos, llanos y sin los estorbos que suele haber en ellos. Tanto por servicio de Vuestra Majestad como por propio decoro y acierto del duque, le ofrecí una breve demostración de la imposibilidad de tal proyecto por tierra y por mar» (Muriel, Andrés, op. cit., t. II, pág. 99). <<

[41] Citado en Aymes, Jean-René, op. cit., pág. 39. <<

[42] Citado en Molina Cortón, Juan, «El proceso de Luis XVI y la política exterior española: la ruptura de una constante diplomática», en Repercusiones de la Revolución Francesa en España, Universidad Complutense de Madrid, 1990, págs. 204-205. <<

[43] Godoy, Manuel, op. cit., pág. 165. <<

[44] Godoy, Manuel, op. cit., pág. 165. <<

[45] Aymes, Jean-René, op. cit., pág. 38. <<

[46] Godoy, Manuel, op. cit., págs. 166-171. <<

[47] Aymes, Jean-René, op. cit., pág. 41. <<



[48] Citado en Muriel, Andrés, op. cit., t. II, pág. 200. <<

[49] El doctor Marañón asegura que «está su vida llena de aventuras amorosas a las que se lanzaba valerosamente a pesar de su pequeñez y su fealdad, sin reparo alguno cualquiera que fuera la calidad estética y social de sus elegidas». Y añade que la «descripción que tenemos de la figura de Marchena corresponde a cierta especie de enanos en los cuales la exigüidad de la talla tiene otras compensaciones anatómicas que les permiten extrañas victorias en la amorosa lid» (Marañón, Gregorio, «Verdadera actitud de los españoles durante la Revolución Francesa», separata del Libro jubilar de Emeterio Santovenia en su cincuentenario de escritor, La Habana, 1957, págs. 16-17). <<

[50] Citado en Fuentes, Juan Francisco, José Marchena. Biografía política e intelectual, Crítica, Barcelona, 1989, pág. 20. <<

[51] Menéndez Pelayo, Marcelino, El abate Marchena, Espasa Calpe, Buenos Aires, 1946, pág. 36. <<

[52] El semanario El Censor fue promovido y elaborado por el abogado Luis García del Cañuelo con la ayuda de su colega Pereira y Castrigo a partir de 1781. Inspirado en el británico The Spectator, pronto se convirtió en una especie de órgano oficioso de la débil Ilustración española, fustigando la superstición clerical y el patrioterismo. De hecho, su cierre por Floridablanca en agosto de 1787 tuvo que ver con su burla de los apologistas que defendían a la cultura española frente a las críticas extranjeras. Fue en concreto un artículo titulado «Oración apologética por el África y su mérito literario», en el que se parodiaba al protegido del valido Juan Pablo Forner, el que mereció ocupar su «Discurso 165» y último. <<

[53] En el «Discurso segundo» de El Observador Marchena se lamentaba de que «el teatro, que debería ser la escuela de las costumbres de la nación, es en España la escuela de la superstición, del engaño y de todos los vicios». Lo atribuía a la falta de un público a la vez formado y exigente, y reconociendo que «sería un medio inicuo prohibir a ninguna clase de hombres [...] ir a la comedia», proponía «subir el precio de todos los asientos». Ante el riesgo de que disminuyera mucho el número de espectadores también tenía respuesta: «Al principio el Erario tendría que sacrificar algunas sumas de dinero a la reforma del teatro» (Abate Marchena, *Obra en prosa*, Alianza Editorial, Madrid, 1985, págs. 22-28). <<

[54] Fuentes, Juan Francisco, op. cit., pág. 54. <<

[55] El Santo Oficio estableció que el «Tercer discurso» de El Observador «contiene doctrina falsa errónea, temeraria, que ofende a los oídos piadosos, inductiva al puro materialismo y con imágenes obscenas». En relación al «Sexto discurso» concluyó que «es claro que esto es extremadamente injurioso a todo el cuerpo de teólogos y canonistas católicos», por lo que «merece ser prohibido». Todo ello desembocó en un edicto inquisitorial de marzo de 1791 prohibiendo la lectura de El Observador (Fuentes, Juan Francisco, op. cit., págs. 59, 61 y 64). <<



[56] Fuentes, Juan Francisco, op. cit., pág. 88. <<

[57] Citado por Antoine Richard en «Marchena et les girondins», Annales Révolutionnaires, t. XV, 1923, pág. 129. <<

[58] Abate Marchena, *Obra en prosa*, op. cit., págs. 159-164. <<

[59] Le Patriote Français, nº 1131, viernes 14 de septiembre de 1792, pág. 4. <<

[60] De este manifiesto se habían impreso cinco mil ejemplares, gran parte de los cuales habían sido enviados a España por correo o introducidos por viajeros que pasaban al País Vasco. La Inquisición detectó copias en Almedralejo, Logroño, La Almunia de Doña Godina e incluso en Sudamérica (Fuentes, Juan Francisco, op. cit., pág. 94). <<

[61] Brissot, Jacques Pierre, Mémoires, The Cornell University Library Digital Collections, 1991, t. II, pág. 266. <<

[62] Reproducido por Morel-Fatio, Alfred, «José Marchena et la propagande révolutionnaire en Espagne en 1792 et 1793», Revue Historique, n° XV, 1890, pág. 73. <<

[63] Es posible que, tal y como declararía él en un interrogatorio policial, Hevia ya hubiera conocido a Marchena en Madrid. Había llegado a la embajada en París en los últimos meses de Fernán Núñez, tras haber tenido su primer destino diplomático en Londres. Allí se había hecho amante de una joven llamada Fanny Merrick, con la que había tenido una hija. Ambas le habían seguido a Francia. Marañón lo presenta como un joven enamorado e inconsciente y a la vez como un «inquieto y excelente español» (Marañón, Gregorio, op. cit., págs. 358-359). <<



[64] Ibid., pág. 80. <<

[65] Morel-Fatio, Alfred, «Le Révolutionnaire espagnol don Andrés María Guzman»,  
Revue Historique, fasc. 1, 1916, págs. 54-55. <<

[66] Según Guzmán, como consecuencia de esa denuncia, la Sección de Piques envió nada menos que a ocho comisarios a precintar sus papeles, pero él quedó exonerado y Gadolle, «reconocido como calumniador». Sin embargo, «a pesar de que la asamblea general envió una delegación a Lebrun para transmitirle su indignidad [...], el ministro siguió confiando en él» (Morel-Fatio, op. cit., pág. 52). <<

[67] Carnot, Lazare, Correspondance, t. I, pág. 289. <<

[68] El incidente se suscitó cuando varios diputados de la Montaña, al verse en minoría, trataron de aplazar la votación. Châles fue acusado de alterar el orden y un pequeño grupo hizo ademán de lanzarse hacia él desde el lado derecho. Tallien, Duhem y Bentabole corrieron en su defensa. Cuando Pétion y Guadet votaron por Gensonné el tumulto se reprodujo, y Louvet, Buzot, Barbaroux, Rebecqui y Valazé formaron piña con ellos ante el riesgo de ser agredidos. Dubois-Crancé tuvo que cubrirse por dos veces durante este último acto de su ajetreada presidencia. <<

[69] Se refiere a la localidad de Saint-Truden, a mitad de camino entre Lieja y Bruselas. <<

[70] Esta propuesta provocaría la reacción indignada no sólo de la prensa vinculada a los diputados moderados, sino también de la más independiente. En su siguiente número *Révolutions de Paris* le increpó abiertamente: «Elige, Duhem, eres un mal ciudadano o un cobarde» (*Révolutions de Paris*, op. cit., nº 192, t. XV, pág. 473). <<

[71] «Parisinós, salvad una vez más la cosa pública; dad una vez más ejemplo», decía el bando aprobado tras evocar los triunfos del otoño. «Levantaos, armaos, marchad y estas bandas de esclavos recularán una vez más ante vosotros; es preciso darles un golpe terrible; un último golpe; es preciso que esta campaña decida la suerte del mundo; es preciso espantar, exterminar a los reyes. ¡Hombres del 14 de julio, del 5 de octubre, del 10 de agosto, despertaos!» (BucheZ et Roux, Histoire parlementaire de la Révolution Française, Paulin, 1836, t. XXV, pág. 13). <<



[72] «Robespierre ha incitado al pueblo a sublevarse contra los que llama intrigantes y moderados», dirá Le Patriote Français del domingo 10 de marzo. «Y el sentido de sus palabras ha sido tan bien captado que un cañonero que le acompañaba ha presentado la moción de degollar a los firmantes de las peticiones de los ocho mil y los veinte mil. Ha estallado la indignación general. El cañonero ha huido y ha sido herido en el tumulto, y Robespierre ha hecho el elogio de este excelente ciudadano» (Le Patriote Français, op. cit., t. VIII, pág. 284). El acta de la Sección de Bonne-Nouvelle sólo dice que los dos diputados «juraron abatir a los enemigos interiores». Identifica al cañonero como «ciudadano Poirier» y añade que «hizo una proposición que fue mal acogida por la asamblea» y que «fue atacado por varias personas, una de las cuales le hirió gravemente». Pero ni lo relaciona con Robespierre, ni dice que el Incorruptible saliera en su defensa (Buche et Roux, op. cit., t. XXV, pág. 29). <<

[73] Toda la biografía del marqués Charles de la Villette transcurre a la sombra de su protector Voltaire, estrechamente unido a su madre. Ambos pasaron largas temporadas con el filósofo en el castillo de Fernay. Voltaire quería que el joven marqués fuera poeta y, pese a su condición homosexual, le convenció de que se casara con una de sus discípulas favoritas, Philiberte de Varicourt. El gran hombre murió en la casa de ambos en el muelle de los Teatinos, rebautizado como Quai Voltaire, y Villette guardó su corazón hasta su traslado a Fernay. Durante la Revolución fue uno de los primeros aristócratas que quemó públicamente sus títulos de nobleza. Elegido diputado a la Convención por el Departamento de Seine-et-Oise, votó contra la muerte del rey pese a haber sido amenazado si lo hacía, y enseguida dejó de acudir a la Asamblea, alegando motivos ciertos de salud, pues fallecería a finales de 1793. <<

[74] La Harpe incluyó el relato de esta conversación en un escrito publicado en 1794 con el título «La Salut publique o la verité dite à la Convention par un homme libre», y Biré lo recogió en un capítulo —«La Harpe et la Gironde»— de su *Journal d'un bourgeois de Paris*, op. cit., t. II, págs. 77-81. <<

[75] El 9 de marzo la temperatura no subió de cinco grados y de madrugada heló mucho, hasta el extremo de que los desagües quedaron bloqueados. Así consta en el diario de Celestin Guittard de Floriban, un rentista que apuntaba cada día tanto los grandes acontecimientos como las minucias que le ocurrían (Aubert, Raymond, *Journal d'un bourgeois de Paris sous la Révolution*, Éditions France-Empire, 1974, pág. 234). <<

[76] Calvet, Henri, «Les origines du Comité de l'Evêché», Annales Historiques de la Révolution Française, 1930, pág. 15. <<

[77] Tuetey, Alexandre, Répertoire général des sources manuscrites de l'histoire de Paris pendant la Révolution Française, Imprimerie Nouvelle (Association Ouvrière), 1910, t. IX, pág. xv. <<

[78] La presencia de Jean de Batz en París esos días queda acreditada por el hecho de que el 7 de marzo se extendió una orden de detención contra él, firmada por el propio procurador síndico del departamento, Lullier, con quien el barón había realizado ya negocios. Tras engañar a los enviados a detenerle haciéndose pasar por otra persona, Batz se habría plantado en el propio despacho de Lullier y este le habría asegurado que se trataba de un error. Según su biógrafo y descendiente, Batz «y los aristócratas que quedaban en París resolvieron unirse enérgicamente a los revolucionarios para ir contra la Convención». Todo indica que se trata de una exageración encaminada a magnificar el papel del audaz activista contrarrevolucionario (Batz, barón de, *Les conspirations et la fin de Jean, baron de Batz*, Calmann-Lévy, 1911, págs. 48-51 y 69). <<

[79] Aulard, Alphonse, op. cit., t. V, pág. 74. <<



[80] Boursier, A. M., «L'Émeute parisienne du 10 mars 1793», Annales Historiques de la Révolution Française, 1972, pág. 210. <<

[81] Mortimer-Ternaux, Louis, Histoire de la Terreur, Michel Lévy Frères, 1867, t. VI, págs. 184-185. <<

[82] La firma de Garnier-Launay aparecía en calidad de comisario encargado de trasladar el documento a la Sección de Panthéon-Français, por cierto una de las cuatro en las que se acababa de pedir la creación del Tribunal Revolucionario. La de Pereyra —nombrado erróneamente por Mortimer-Ternaux como «Le Perigerais»— fue identificada por Alexandre Tuetey en la introducción de su compilación de documentos sobre los disturbios de 1793 en París (op. cit., t. IX, pág. xvi). <<

[83] Révolutions de Paris, n° 192, del 9 al 16 de marzo de 1793, t. XV, pág. 479. <<

[84] Mortimer-Ternaux, Louis, op. cit., t. VI, pág. 186. <<

[85] Le Patriote Français, op. cit., n° 1306, t. VIII, pág. 284. <<

[86] «Si alguien puede aplicarse el famoso verso de Horacio “Non civium ardor prava iubentium mente quatit solida”, es Lanjuinais. Inflexible, se empecina. La libertad o la muerte, grita. Se le cubre de injurias» (Le Patriote Français, op. cit., nº 1306, t. VIII, pág. 284). <<

[87] En uno de los extractos de los informes remitidos el 11 de marzo al Servicio de Vigilancia de la Policía de París se afirma: «El 9 de marzo tuvo lugar en los Campos Elíseos una concentración bastante considerable, compuesta de voluntarios de diversos departamentos, reunidos en un Club de Defensores de la República. Tenían a la cabeza al llamado Fournier, joven conocido por algunos miembros de la policía. Cenaron en varios albergues y complotaron vagamente acerca de dirigirse a algunas imprentas aristocráticas, pero por la noche se dispersaron» (Tuetey, Alexander, op. cit., t. IX, nº 459, pág. 96). Según Thiers, el que lideraba el grupo era Lazowski (Histoire de la Révolution Française, Furne et Cie., 1853, t. III pág. 325). <<



[88] Antoine-Joseph Gorsas era hijo de un zapatero y había tratado de salir adelante montando una escuela en Versalles que pretendía ser preparatoria de la carrera militar. Acusado de corromper a la juventud con la propagación de las ideas nuevas, pasó por la cárcel del absolutismo. La convocatoria de los Estados Generales le permitió descubrir su vocación periodística, pues comenzó a elaborar su primer diario denominado *Le Courier de Versailles à Paris et de Paris à Versailles*. El título resumía bien su propio trajín personal, pues todos los días se desplazaba a la capital para elaborar e imprimir el periódico y regresaba a Versalles a tiempo de asistir a la siguiente sesión de la Constituyente. El periódico de Gorsas fue el que desveló que en un banquete de oficiales monárquicos celebrado en Versalles se había pisoteado la escarapela tricolor en presencia de la reina María Antonieta, lo que sirvió de detonante para el traslado forzoso de la corte a París el 5 de octubre de 1789. Convertido en *Le Courier des 83 Départements* el diario de Gorsas se erigió en la primera fuente de información de lo que ocurría fuera de París y contribuyó a movilizar a la opinión pública contra la Monarquía. Tras su caída, Gorsas aprobó inicialmente las masacres de septiembre como «justicia terrible pero necesaria». Enseguida cambió de opinión y, tras ser elegido diputado, se alineó con los moderados y votó por la apelación al pueblo y contra la muerte del rey. <<

[89] Fievée publicó su testimonio de lo ocurrido el 14 de marzo cuando reapareció La Chronique de Paris. Según él «ni ocho mil libras ni cuatro obreros trabajando durante cuatro meses bastarían para restablecer lo que tan poco ha costado destruir». Su relato incluía sus palabras a los asaltantes: «Un impresor no es más responsable que el niño que amasa la pasta del papel. Si queréis vengaros de los autores os habéis equivocado porque no hay nada en común entre ellos y yo. Me arruináis a mí y eso a ellos les da igual porque mañana pueden encontrar otro impresor. A menudo ni siquiera leo lo que imprimo y desde la Revolución personalmente no he escrito nada, ni a favor ni en contra» (La Chronique de Paris, nº 73, jueves 14 de marzo de 1793, l'an 2 de la République Française). Fievée no decía la verdad, porque había pertenecido al Club de los Feuillants y además de imprimir La Chronique colaboraba en ella. Tras muchas peripecias se convertiría en asesor de Napoleón y prefecto con Luis XVIII. <<

[90] «Los bandidos se trasladaron a casa de un periodista en la calle de Guenegaud, donde en un acceso de rabia hirieron gravemente a dos mujeres que vivían en la misma casa» (Révolutions de Paris, nº 192, t. XV, pág. 475). <<

[91] A raíz de lo ocurrido, Le Journal Français no pudo salir el lunes 11. «Nuestro impresor no ha tenido el valor de imprimirlo», aclararía la redacción en el número del martes 12. También denunció el asalto frustrado a medias y la omisión que del mismo había hecho el alcalde Pache al informar a la Convención de los hechos. «Continuaremos nuestra carrera con la misma intrepidez [...]; la libertad de prensa o la muerte: esa es nuestra divisa», afirmaba un suelto firmado en la portada por «Les Redacteurs du Le Journal Français» (Le Journal Français, nº 115, martes 12 de marzo de 1793, l'an deuxième de la République). <<

[92] La denuncia había sido formulada precisamente por la Sección del Théâtre-Français en la que estaba enclavada la imprenta de Fievée de la calle Serpente (Tuetey, Alexander, op. cit., t. IX, pág. xvi). <<

[93] Correspondance et mémoires de Barbaroux, publiées para Claude Perroud, Société de l'Histoire de la Révolution Française, 1923, pág. 349. <<

[94] Révolutions de Paris, n° 192, del 9 al 16 de marzo de 1793, t. XV, pág. 474. <<

[95] Le Patriote Français, nº 1307, lunes 11 de marzo de 1793, l'an 2 de la République, t. VIII, pág. 288. <<



[96] ulard, Alphonse, op. cit., t. V, págs. 79-80. <<

[97] «Estos señores salían de una orgía en los Campos Elíseos», afirmaría Le Patriote Français en ese mismo número del lunes 11 de marzo. <<

[98] En su libro *Missionaires de la République* (CTHS, 2002, págs. 51-53) Michel Biard califica de «totalmente errónea» la tesis de que la Gironda y sus aliados buscaron deliberadamente este resultado para quedar en mayoría en la Convención. Se apoya en la reacción airada de *Le Patriote Français* y sostiene que «al menos dos, sin duda tres y posiblemente los cuatro» que confeccionaron la lista eran montagnards. <<

[99] Michelet, Jules, Histoire de la Révolution Française, Jean de Bonnot, 1974, t. V, pág. 349. <<

[100] Según Michelet, Cambacérès, notorio homosexual, «se acercaba a los hombres que tenían en mayor grado la energía viril que a él le faltaba». De ahí su sintonía con Danton y su futuro entendimiento con Napoleón Bonaparte hasta alcanzar la dignidad de archicanciller del Imperio (op. cit., t. V, pág. 350). <<

[101] Oeuvres de J. D. Lanjuinais, Dondey-Dupré, 1832, t. I. pág. 24. <<

[102] Delacroix fue el segundo presidente de la Convención después de Pétion. Kuscinski atribuye su elección al hecho de que ya había presidido la Asamblea Legislativa y había demostrado su personalidad enfrentándose a un intento de Robespierre de provocar la destitución del directorio del Departamento de París. «Además, en ese momento todavía dudaba entre la Gironda y la Montaña» (Kuscinski, Auguste, Dictionnaire des conventionnels, Éditions du Vexin Français, 1973, pág. 187). <<

[103] «La libertad de prensa debe ser completa e indefinida o no existirá», había proclamado en un discurso sobre la materia el 11 de mayo de 1791 en el Club de los Jacobinos. «La prensa libre es la guardiana de la libertad [...]. La opinión pública: he aquí al único juez competente de las opiniones privadas, el único censor legítimo de los escritos». Y añadió: «¡Que todos mis conciudadanos me acusen y castiguen como un traidor a la patria si alguna vez os denuncio algún libelo, sin exceptuar aquellos en los que los enemigos de la Revolución me designen al furor de los facciosos como una de sus víctimas, cubriéndome de las más infames calumnias!». Nadie se lo recordó ni ese día ni ninguno de los siguientes. <<



[104] Biré, Edmond, La légende des girondins, Société Générale de Librairie Catholique, 1881, pág. 311. <<

[105] Según informó al día siguiente a la Comuna un comisario de la Sección de Finistère, Varlet y sus compinches también aseguraron que eran portadores de numerosas adhesiones de otras secciones. Pero examinadas estas pretendidas adhesiones, se comprobó que «no llevaban ningún sello» (Buche et Roux, op. cit., t. XXV, pág. 62). <<

[106] Michelet, Jules, op. cit., t. V. pág. 355. <<

[107] Tuetey, Alexander, op. cit., t. IX, nº 458, pág. 96. <<

[108] Mémoires de Garat, Poulet-Malassis Éditeur, 1862, págs. 148-149. <<

[109] La hasta entonces calle D'Artois había sido rebautizada en memoria del recién fallecido Joachim Cerutti, agitador de origen turinés, diputado de la Legislativa y fundador del periódico La Feuille Villageois. Por su estrecha amistad con Mirabeau, Cerutti fue quien pronunció su elogio fúnebre. La calle adquiriría en 1830 su actual nombre de Lafitte. <<

[110] Aulard, Alphonse, op. cit., t. V, pág. 82. <<

[111] Le Journal Français, nº 115, martes 12 de marzo de 1793. <<



[112] Los entrecomillados corresponden al compendio de Aulard. La reproducción de las intervenciones procede en su literalidad del relato del redactor de Le Journal Français, que a todas luces estaba presente en la sala del Club de los Jacobinos. <<

[113] Mémoires de Louvet de Couvrai sur la Révolution Française, Libraire des Bibliophiles, E. Flammarion, 1889, t. I, pág. 76. <<

[114] Meillan, Arnaud, Mémoires d'un proscrit, Olivier Bervialle, Burdeos, 1989, págs. 36-37. <<

[115] Mémoires de Garat, op. cit., págs. 149-151. <<

[116] Tuetey, Alexander, op. cit., t. VIII, nº 2194, pág. 333. <<

[117] La relación de hechos y los entrecomillados proceden hasta aquí de la crónica de la Feuille de Paris del 12 de marzo recogida por Jacques de Cock en *Les Cordeliers dans la Révolution Française*, Fantasques Éditions, Lyon 2002, documento 569, pág. 1150. <<

[118] Así denominada por albergar en su seno el colegio de las Quatre-Nations, construido por Mazarino a modo de reflejo del carácter internacional de la universidad parisina. <<

[119] «La destitución de Beurnonville, el decreto de acusación contra Dumouriez y su estado mayor, contra Roland y contra el ministro de Contribuciones Públicas [Clavière], dirigiendo los más graves reproches contra la Convención en relación, sobre todo, al nombramiento de Gensonné como presidente» (Tuetey, Alexander, op. cit., t. VIII, nº 2184, pág. 331). <<



[120] La Chronique de Paris, nº 74, viernes 15 de marzo de 1793. <<

[121] Le Journal Français, nº 116, miércoles 13 de marzo de 1793. <<

[122] Michelet, Jules, op. cit., t. V, pág. 337. <<

[123] Révolutions de Paris, n° 192, del 9 al 16 de marzo de 1793, t. XV, pág. 478. <<

[124] El primero de ellos fue frustrado por una actriz del Teatro Feydeau llamada Adelina, la cual recibió la confidencia de que Santerre iba a ser envenenado durante una cena. Ella asistió al convite y se las arregló para volcar la fuente de champiñones —plato favorito del general— presuntamente envenenados. El segundo intento se enmarca en la propia alcaldía y habría quedado abortado por la rápida intervención de un médico (Carro, A., op. cit., págs. 198-200). <<

[125] Buchez et Roux, op. cit., t. XXV, pág. 63. <<

[126] Mémoires de Garat, op. cit., pág. 153. <<

[127] Garat asegura en sus Memorias que entre los «asesinos a crédito» que intentaron atacar a Beurnonville estaba Ronsin, hijo de un tonelero a quien Pache había nombrado comisario ante el ejército de Dumouriez con responsabilidad sobre los abastecimientos. Ronsin había denunciado la corrupción de los proveedores y Beurnonville le había apartado de toda responsabilidad al llegar al ministerio. El general Herlaut, biógrafo amable de Ronsin, sostiene que «no hay ninguna prueba» de la acusación de Garat y añade que Ronsin «no debió participar en esta revuelta» con el nada concluyente argumento de que «no fue más que una escaramuza y no puede ser comparada con las grandes jornadas parisinas de la Revolución» (Herlaut, *Le général rouge Ronsin*, Librairie Clavreuil, 1956, pág. 61). <<



[128] Mémoires de Louvet de Couvrai..., op. cit., t. I, pág. 77. <<

[129] Mémoires de Garat, op. cit., págs. 154-155. <<

[130] Meillan, Mémoires d'un proscrit, op. cit., pág. 37. <<

[131] Así constaba en los decretos aprobados el 9 de noviembre de 1791, el 16 de septiembre de 1792, el 23 de octubre de 1792, el 8 de noviembre de 1792, el 4, 5 y 6 de diciembre de 1792, el 16 y 17 de diciembre de 1792 y el 5 de marzo de 1793. <<

[132] Así constaría en los decretos que serían aprobados el 18 y 19 de marzo, el 27, 28 y 29 de marzo, el 1 de abril, el 4 de abril, el 13 de abril, el 23 de abril y el 4 de mayo de 1793. <<

[133] Tan poca credibilidad merecía a los moderados la enfática renuncia de Danton que dos días después Le Patriote Français le incluiría en la lista del supuesto gobierno parlamentario que habría pretendido formar la Montaña: «Danton era ministro de Asuntos Extranjeros, Dubois-Crancé de la Guerra, Jeanbon Saint-André de la Marina, Thuriot o Cambacérès de Justicia, Fabre d'Églantine de Interior y Collot d'Herbois de Contribuciones Públicas». Respecto a su juramento de no aceptar un ministerio, el órgano de Brissot añadiría: «¡Danton jurando por la patria! ¡La patria de un ambicioso! ¡Me ha parecido oír a un ateo jurar por el Ser Supremo!» (Le Patriote Français, nº 1308, miércoles 13 de marzo de 1793, t. VIII, pág. 295). <<

[134] Definido como un hombre «del justo término medio» y arquetipo de la burguesía revolucionaria igualmente contraria a la vuelta al Antiguo Régimen y a la democracia avanzada, Louis Marie de La Révellière-Lépeaux había nacido cerca de Anjou en el seno de una familia terrateniente. Tuvo por preceptor a un cura extremista que le golpeaba con frecuencia y a eso se atribuye tanto su aspecto deforme y jorobado como su odio a la Iglesia católica. Miembro de la Constituyente, escandalizó a sus paisanos de la Vendée al pedir la destitución del rey tras la fuga de Varennes. En la Convención estuvo siempre cerca de los principales líderes moderados y trató de convencerles de que votaran a favor de la muerte de Luis XVI —tal y como él hizo— para no dejar esa bandera de legitimación revolucionaria a los radicales. Llegaría a ser miembro del Directorio durante cuatro años, hasta el golpe de Brumario que dio el poder a Napoleón. <<

[135] Albert Mathiez sostiene que esta alusión iba directamente dirigida a Danton. En concreto que se hacía eco de «los rumores que circulaban con insistencia sobre el incremento súbito de la fortuna de Danton y la vida de placeres que llevaba» (Danton et la paix, La Rénaissance du Livre, 1919, pág. 114). <<



[136] La escena tuvo lugar en el salón de *madame* Olivier, cuñada del general Pierre de Montesquiou, y la relató el conde de Allonville en sus memorias (M. le comte d'Allonville, *Mémoires secrets*, Werdet, 1841, t. III, pág. 190). <<

[137] Los otros tres diputados elegidos eran Delaunay el Joven —compañero de Rabaut Saint-Étienne en la redacción de La Chronique de Paris—, Gomaire y el ubicuo Bréard. Este último renunció sobre la marcha alegando «no tener ningún conocimiento en materia de legislación criminal». Fue sustituido por el primer diputado de la candidatura montagnard derrotada, que era Prieur de la Marne. Los otros que aspiraron en vano a cumplir esa función eran diputados de peso como Robert Lindet, Thuriot y Lamarque —muy implicados en la puesta en marcha del tribunal— y en menor medida Charlier y Amar. <<

[138] Esta vez Allonville sitúa la conversación en casa de una tal *madame* Montagnon, «mujer de mi provincia a la que él [Vergniaud] había hecho un favor» (M. le comte d'Allonville, op. cit., t. III, 194). <<

[139] Los franceses habían sido ya atacados en varios lugares. En Tournai habían tirado a algunos invasores por las ventanas y unos tres mil campesinos habían entrado en Grammont gritando «¡Viva el emperador!» y «¡Al diablo los franceses!». Medio centenar de voluntarios franceses habían tenido que salir huyendo dejando unos cuantos cadáveres detrás (Chuquet, Arthur, op. cit., págs. 80-82). <<

[140] Rojas, Arístides, op. cit., pág. 116. <<

[141] Publícola-Chaussard, Mémoires historiques et politiques sur la Révolution de la Belgique et du Pays de Liège en 1793, Chez Buisson, 1793, pág. 143. <<

[142] ublícola-Chaussard, op. cit., págs. 152-153. <<

[143] *La vie et les mémoires du général Dumouriez*, op. cit., t. VI, pág. 63. La versión de Chaussard pone en boca del general palabras menos sutiles: «Yo no soy un visir... Soy el primer agente del poder ejecutivo y si es necesario asumiré la dictadura en toda Bélgica», pero los puntos suspensivos bien podrían obedecer al deseo de omitir la parte de su respuesta que le ridiculizaba (*Publícola-Chaussard*, op. cit., pág. 153)

<<



[144] Tassier, Suzanne, Histoire de la Belgique sous l'occupation Française en 1792 et 1793, Falk Fils, Bruselas, 1934, pág. 333. <<

[145] La vie et les mémoires du général Dumouriez, op. cit., t. IV, págs. 63-64. <<

[146] «Forzaron las puertas, rompieron los relicarios, dispersaron los huesos de los santos, violaron las tumbas [...], robaron los registros bautismales. Los oficiales se lanzaban las hostias o las pisoteaban. Los soldados, vestidos con casullas y cantando canciones obscenas, formaban a través de la catedral una procesión bufonesca» (Chuquet, op. cit., págs. 79-80). <<

[147] La vie et les mémoires..., op. cit., t. IV, pág. 67. <<

[148] La vie et les mémoires..., op. cit., t. IV, pág. 72. <<

[149] Se refería al supuesto acuerdo entre Dumouriez y Brunswick —masones ambos — para facilitar la retirada del derrotado ejército prusiano tras la batalla de Valmy. Esta tesis ya había sido alimentada el 27 de febrero en el número 135 del periódico de Marat por las escandalosas denuncias del tal Tompson contra el general. <<

[150] Es verdad que Roland dio cobertura a la expedición de Fournier a Orleáns que desembocó en la masacre de los presos trasladados en Versalles e incluso aprobó sus cuentas en la ignorancia del expolio a que habían sido sometidas las víctimas. Esa protección puntual es sin duda una de las claves de la inquina de Marat. Pero ya en octubre de 1792 se había producido una denuncia ante el tribunal criminal de París en la que un tal Merodière aseguraba que Fournier le había dicho que había que «completar» las jornadas de septiembre con una «nueva sangría» en la que «era preciso deshacerse de la cábala de Roland». Bajo esa expresión Fournier había englobado a Vergniaud, Lasource, Guadet, Barbaroux y Brissot, entre otros. Además había sostenido que «Robespierre es el único que puede salvar a la patria» (Gazette Nationale ou Le Moniteur Universel, nº 305, miércoles 31 de octubre de 1792, t. XIV, pág. 337). <<

[151] Se trata del primer ministro inglés y de los emperadores Federico-Guillermo II de Prusia y Francisco II de Austria. <<



[152] Michelet, Jules, op. cit., t. V, págs. 354-355. <<

[153] En la sesión del 19 de diciembre de 1792 Lanjuinais se había autodefinido como «extraño a todos los partidos, aislado de todas las sociedades, no conociendo otra sino la Convención Nacional». <<

[154] Se trataba de una flagrante manipulación de las palabras de Dubois-Crancé oponiéndose a la sublevación del domingo por la noche. <<

[155] «La capacidad del grupo dirigente del club de asumir claramente la solución terrorista sin dejarla, sin embargo, a la práctica espontánea de los contrarrevolucionarios —prosigue Viola—, sino proponiéndola en el nivel de las instituciones como reforma del Estado, me parece el punto principal para explicar la victoria de la hegemonía jacobina» (Viola, Paolo, «Luttés pour l'hégémonie au printemps 1793», Actes du Colloque Girondins et Montagnards, Sorbonne, 14 de diciembre de 1975, Société des Études Robespierristes, 1980, pág. 138). <<

[156] Mémoires de Louvet de Couvrai..., op. cit., t. I, pág. 78. <<

[157] Mathiez, Albert, Robespierre et Vergniaud, AHRF, 1929, págs. 120 y 127. <<

[158] Lintilhac, Eugène, Vergniaud. Le drame des girondins, Hachette, 1920, pág. 166.

<<

[159] Soboul, Albert, La civilisation et la Révolution Française, Arthaud, 1983, t. II.,  
pág. 338. <<



[160] J. P. Brissot a ses commettans, Imprimerie de P. Provost, 1794, pág. 35. <<

[161] Thompson, J. M., *Leaders of the French Revolution*, Basil Blackwell, Oxford, 1932, pág. 95. <<

[162] Mémoires de Louvet de Couvrai..., op. cit., t. I. pág. 79. <<

[163] El panfleto se titulaba *À la Convention Nationale et à mes commettans sur la conspiration du 10 de mars et la faction d'Orléans*, y Louvet lo presentaba como su testamento político. Su tesis era que existía un proyecto de restauración monárquica a favor del exduque de Orleáns, pactada con Dumouriez y respaldada por la Montaña, que le había acogido como Philippe Égalité. En el centro de esa conspiración, que utilizaba el estigma de la apelación al pueblo para desembarazarse de los «devotos a la libertad», estaría Robespierre, a quien Louvet comparaba con el dictador romano Sila, famoso por sus proscripciones. Frente a los intentos de conciliación su posición era clara: «¡Guerra implacable, guerra eterna entre la virtud y el crimen!» (*Mémoires de Louvet de Couvrai...*, op. cit., t. II, págs. 212-268). <<

[164] Brissot, J. P., «À tous les républicains de France», reproducido en Buchez et Roux, op. cit., t. XX, pág. 129. <<

[165] Mémoires de Louvet de Couvrai..., op. cit., t. I, pág. 82. <<

[166] Maribon-Montaut había sido uno de los acompañantes de Marat durante su irrupción en la fiesta de Talma, en la que interpeló abruptamente a Dumouriez. <<

[167] El verdadero nombre de Diez de Agosto era Nicholas Leroy, exmarqués de Monflabert. Era alcalde de la localidad de Colommiers y profundamente sordo. Terminó siendo ejecutado por el propio Tribunal Revolucionario. <<



[168] De los diez jueces elegidos como titulares y suplentes sólo aceptaron cuatro; y de los veinticuatro jurados designados, sólo diez accedieron a asumir tal función. Cabanis fue uno de ellos, pero dimitió al cabo de seis semanas. En el caso del acusador público el más votado fue Faure, que ya desempeñaba ese papel ante el Tribunal Criminal de París, pero tampoco quiso aceptar. El puesto pasó por un solo voto a Fouquier-Tinville porque con 163 sufragios había sido el más apoyado de los propuestos para el papel de adjuntos. Verteuil y Jean-Baptiste Floriot-Lescot, con 162 votos cada uno, se convirtieron en sus inmediatos colaboradores. <<

[169] Este fragmento del discurso no figura en el compendio de Aulard, pero está recogido en las Obras completas de Robespierre, atribuido a Le Journal des Debats (Oeuvres, op. cit., t. IX, pág. 322). <<

[170] En Burdeos existían dos clubes rivales: el de los Recoletos, vinculado a la burguesía moderada que dominaba la ciudad, y el Club Nacional, afiliado a los Jacobinos. Desfieux acababa de informar ese mismo día de que, tras unos disturbios por la carestía del pan, el Club Nacional —del que él mismo procedía— había sido clausurado y sus archivos incautados. <<

[171] También parece exagerado decir que el Club de los Cordeleros y los Defensores de la República «pasaban por ser todos devotos de Danton» (Mathiez, Albert, Danton et la paix, op. cit., pág. 111). <<

[172] Mathiez, Albert, «Les notes de Robespierre contre les cantonistes», *Annales Révolutionnaires*, 1918, pág. 458-459. <<

[173] Mémoires de Bertrand Barère, Jules Labitte, 1842, t. II, págs. 313-314. <<

[174] Tal vez fuera excesivo hablar de «la mayor parte», pero entre los diputados por París había en efecto al menos siete muy próximos a Danton: Desmoulins, Legendre, Panis, Sergent, Robert, Freron y Fabre d'Églantine. <<

[175] Le Journal Français, nº 117, jueves 14 de marzo de 1793, págs. 3-4. <<



[176] Pese a que Lazowski había acompañado a Fournier tanto en los ataques a las imprentas del día 9 como en el intento de convencer a la Comuna de que cerrara las barreras la noche del día 10, y a que Marat había sido el primer denunciante del Americano, l'Ami du Peuple intervino a favor del cañonero polaco del faubourg Saint-Marcel. En ese momento Lazowski se presentó: «Veo con sorpresa mi nombre escrito en los periódicos como conspirador». Entonces Thuriot —de nuevo el dantonista Thuriot— dijo que se había «expedido por error» un decreto contra él de resultas de la acusación de Vergniaud. Añadió que no había nada ni contra él ni contra Desfieux porque «la Asamblea ha encargado tan sólo al Consejo Ejecutivo que persiga a los miembros del Comité de Insurrección». Aclarado eso, Gensonné negó la palabra a Lazowski mientras Robespierre pedía que se le concedieran los honores de la sesión. La Convención no llegó a tanto. <<

[177] Aulard, Alphonse, Récueil des actes du Comité de Salut Public, Imprimerie Nationale, 1889, t. II, pág. 364. <<

[178] Pierre Paganel era un exsacerdote de tendencia moderada y reflejó este episodio en su *Essai historique et critique de la Révolution* publicado en 1806. <<

[179] Melchior-Bennet, Bernardine, Les Girondins, Librairie Académique Perrin, 1969, pág. 240. <<

[180] Madelin, Louis, Danton, op. cit., pág. 225. Según la versión de Bailleul, recogida por Aulard, las palabras de Danton habrían sido algo diferentes: «Guadet, tú no sabes sacrificar tus opiniones a la patria; tú no sabes perdonar; serás víctima de tu tozudez» (Aulard, Alphonse, Histoire politique de la Révolution Française, Armand Colin, 1926, pág. 408). <<

[181] Le Publiciste de la République Française, nº 147, martes 19 de marzo de 1793.

<<

[182] Aulard, Alphonse, op. cit., pág. 432. <<

[183] Le Patriote Français, nº 1319, domingo 24 de marzo de 1793. <<



[184] Durand de Maillane, Histoire de la Convention Nationale, Baudouin Frères, 1825, págs. 36-37. <<

[185] Meillan asegura que «Buzot aterró a los montagnards cuando les dio a entender que sabía de la existencia de un comité formado por siete de ellos cuya misión era preparar una insurrección que se aprovecharía para realizar una nueva masacre. Robespierre le interrumpió acaloradamente diciendo: “Pero yo no formo parte de ese comité”» (Mémoires d’un proscrit, op. cit., págs. 40-41). <<

[186] Mémoires de B. Barère, op. cit., t. II, pág. 314. <<

[187] Le publiciste de la République Française, nº 146, sábado 16 de marzo de 1793.

<<

[188] El viernes 15 el Consejo General de la Comuna había decidido adherirse en pleno a la convocatoria de la Sociedad de Defensores para «darse el beso fraternal» con motivo de la partida de los voluntarios hacia Bélgica. La cita era para el domingo 17 a las diez de la mañana en la plaza de la Reunión (Buche et Roux, op. cit., t. XXV, pág. 120). Al llegar ese día a la Asamblea, el diputado Yzarn Valady —el mismo cuyo cartel oponiéndose a la ejecución del rey había irritado tanto a los montagnards— se alarmó ante el número de personas congregadas y su actitud amenazante y recorrió varios puestos de la Guardia Nacional para dar la voz de alarma. Sólo consiguió ser detenido en el del Oratoire, desde donde escribió a la Convención pidiendo que le rescataran. Tras la lectura de su carta, el amigo de Marat Maribon-Montaut aclaró que el origen del «terror pánico» de Valady era el encuentro de la Sociedad de Defensores con «una diputación de la municipalidad» y delegados de las secciones «en el momento del adiós». <<

[189] Chassin, Charles-Louis, La préparation de la guerre de la Vendée, Imprimerie Paul Dupont, 1892, t. III, pág. 459. <<

[190] Gabory, Émile, Les grandes heures de la Vendée, Librairie Académique Perrin, 1963, pág. 33. <<

[191] El rectángulo de la Vendée Militar incluía el sur del Departamento de Loire-Inférieure con Nantes como gran centro urbano al otro lado del río, el oeste del Departamento de Indre-et-Loire con Angers, Saumur y Chinon como referencias externas, el norte del Departamento de Deux-Sèvres con pueblos como Porthenay o Fontenay-le-Comte en las proximidades, y el propio Departamento de la Vendée, limitado al sur por el puerto de Les Sables d'Olonne. <<



[192] Martin, Jean-Clément, La Vendée et la France, Éditions du Seuil, 1987, pág. 59.

<<

[193] Marie-Louise-Victoire de Donnissan había nacido en Versalles en el seno de una de las principales familias nobiliarias originarias de la Vendée. Su padre, el marqués de Donnissan, era una de las figuras de referencia en la región. También lo fue su primer marido, el marqués de Lescure, quien se sumó activamente a la revuelta de 1793. Encontrándose moribundo por las heridas recibidas en una de las batallas, Lescure cedió el mando a su joven primo, Henri de La Rochejaquelein, a quien previamente había dado refugio en su casa. El legado incluyó también a su viuda, quien volvió a casarse con el pronto nuevo «generalísimo» de la causa vendeana. Pero tanto el mando como el matrimonio fueron efímeros, porque el 28 de enero de 1794 el joven caudillo murió a manos de un granadero en una escaramuza. La doble viuda le sobreviviría durante sesenta y tres años, dejando sus notables Memorias como última contribución a la causa. <<

[194] La Rochejaquelein, marquesa de, Mémoires, Bourlonton Éditeur, 1889, Lafitte Reprints, Marseille, 1977, págs. 88-89. <<

[195] El fortalecimiento del catolicismo en la Vendée desde el inicio del siglo XVIII había sido en gran medida obra del sacerdote Louis-Marie Grignon de Monfort, fundador de la orden de los Misioneros del Espíritu Santo, más conocidos como monfortianos o mulotinos —por su discípulo el padre Mulot—, establecida en Saint-Laurent-sur-Sèvre. «Su pastoral era ante todo popular. Convertían las canciones profanas en cánticos. Organizaban las ceremonias con gran sentido del espectáculo y llevaban las misiones con mano maestra. Queriendo renovar el espíritu cristiano, apostaron más por la emotividad que por la racionalidad» (Martin, Jean-Clément, *La Vendée et la France*, Éditions du Seuil, 1987, pág. 57). <<

[196] Montagnon, André, Les guerres de la Vendée, Librairie Académique Perrin, 1974, pág. 27.<<

[197] Montagnon, André, op. cit., pág. 42. <<

[198] Chassin, op. cit., t. III, págs. 336-337. <<

[199] Jaurès, Jean, op. cit., t. V, pág. 416.<<



[200] Grille, François-Joseph, La Vendée en 1793, Chamerot, 1852, t. III, págs. 3-4. <<

[201] Jaurès, Jean, op. cit., t. V, pág. 417. <<

[202] Chassin, op. cit., t. III, pág. 332. <<

[203] El «hallali» era el sonido gutural con el que los cazadores celebraban que la pieza había sido abatida o estaba acorralada a su merced <<

[204] Schama, Simon, Citizens, Penguin, Londres, 1989, pág. 693. <<

[205] «El argumento de que los campesinos han ido a buscar a los nobles a sus castillos, sacándolos por así decirlo a la fuerza, para ponerlos a su cabeza, cuando lo último en lo que pensaban era en emprender la guerra civil, no tiene ningún valor», escribirá el diputado vendeano La Révellière-Lépeaux, paradigma del burgués revolucionario. «¿A quién puede engañar esta ridícula afirmación? ¿Puede acaso la población de una o varias provincias levantarse el mismo día sin que haya dirigentes y un plan concertado? Estos dirigentes eran y no podían ser más que los curas y los nobles» (Mémoires de La Révellière-Lépeaux, Plon, 1895, t. I, pág. 109). <<

[206] «Los obreros masacrados de Machecoul, enrolados por el fanatismo clerical y la insolencia feudal, no eran históricamente parte del pueblo. Eran agentes de la contrarrevolución, como los campesinos supersticiosos, egoístas y bárbaros. Había en estas ejecuciones un plan político siniestro», escribirá Jaurès buscando cómo conciliar la realidad con su identificación de la Revolución con el pueblo y del avance hacia el socialismo con el progreso (Histoire socialiste de la Révolution Française, op. cit., t. V, pág. 420). <<

[207] Martin, Jean-Clément, op. cit., pág. 56. <<



[208] Martin, Jean-Clément, op. cit., pág. 34. <<

[209] Boutillier de Saint-André, Marin-Jacques, Une famille vendéen pendant la Grand Guerre, Les Éditions du Bocage, Poitiers, 1994, pág. 122. <<

[210] Gabory, Émile, op. cit., pág. 41. <<

[211] Solyma —o ciudad de Suleyman— era el nombre literario que se daba a Jerusalén cuando debía ser liberada por los cruzados (Boutillier de Saint-André, op. cit., pág. 81). <<

[212] Chassin, op. cit., t. III, pág. 330. <<

[213] Montagnon, André, op. cit., pág. 19. <<

[214] Chassin, op. cit., t. III, pág. 455. <<

[215] Una comisión formada por representantes de los departamentos afectados por la sublevación se reunió los días 18 y 19 en Saint-Hermand y acordó entre otras cosas enviar de inmediato a la columna del general Marcé cuarenta y seis pares de zapatos aportados por la cercana localidad de Fontenay e instar a otros pueblos a hacer otro tanto (Chassin, op. cit., t. III, págs. 469-470). <<



[216] Chassin, op. cit., t. III, pág. 475. <<

[217] Chassin, op. cit., t. III, pág. 476. <<

[218] Furet, François, y Ozouf, Mona, Dictionnaire critique de la Révolution Française, Flammarion, 1988, págs. 194 y 186. <<

[219] Si la agresión hubiera tenido la contundencia y gravedad que Bourdon describió de manera reiterada habría sido imposible que, como dice su biógrafo Sydenham, «lograra escapar gracias a su agilidad y fuerza». El mismo autor, más comprensivo que hostil hacia Bourdon, sostiene a partir de los diversos partes médicos que aunque sufrió varios cortes en la cara y un costado, la herida más grave fue un «tajo severo en un brazo» (Sydenham, Michael J., Léonard Bourdon. *The career of a Revolutionary*, Wilfried Laurier University Press, Waterloo [Ontario], 1999, págs. 155-156). <<

[220] También destituyeron al anciano general Verteuil al descubrir que uno de sus hijos había emigrado y escucharse rumores de que podía haber vuelto a unirse a la sublevación. <<

[221] Gabory, op. cit., pág. 48. <<

[222] Louis Philippe, Mémoires 1773-1793, Plon, 1974, t. II, pág. 345. <<

[223] Chuquet, op. cit., pág. 96. <<



[224] Jomini, Antoine de, Les guerres de la Révolution, Hachette, 1998, págs. 144 y 130. <<

[225] Bois, Jean-Pierre, Dumouriez, op. cit., pág. 250. <<

[226] Jomini, op. cit., pág. 139. <<

[227] La vie et les mémoires du général Dumouriez, op. cit., t. IV, pág. 92. <<

[228] Chuquet, op. cit., pág. 109. <<

[229] Rojas, Arístides, Miranda dans la Révolution Française, Imprimerie et Lithographie du Gouvernement National, Caracas, 1889, pág. 129. <<

[230] La vie et les mémoires..., op. cit., t. IV, pág. 93. <<

[231] Chuquet, op. cit., pág. 111. <<



[232] Chuquet, op. cit., pág. 115. <<

[233] Louis Philippe, Mémoires 1773-1793, Plon, 1974, t. II, pág. 346. <<

[234] Jomini, op. cit., pág. 141. <<

[235] Bois, Jean-Pierre, Dumouriez, op. cit., pág. 312. <<

[236] Rojas, op. cit., págs. 136-137. <<

[237] Wenzel Anton Kaunitz-Rietberg había sido canciller de Estado durante los reinados de María Teresa y José II. Artífice de la alianza entre las monarquías austriaca y francesa sellada en 1770 con la boda de María Antonieta con el futuro Luis XVI, fallecería en 1794 a los ochenta y tres años. <<

[238] La lista incluía también a diputados montagnards como Dubois-Crancé, Panis o Albitte, al joyero Boulanger, comandante de la Guardia Nacional en la Sección de Halle-au-Blé, al presidente del directorio del Departamento de París, Dufourny, y al mismo Lafaye que presidió la sesión del domingo 10 y arengó a los reunidos para que se reunieran con los Cordeleros y se trasladaran con ellos a presionar a la Convención. <<

[239] Le Publiciste de la République Française, miércoles 20 de marzo de 1793, op. cit., t. XVII, págs. 379-386 <<



[240] O a Marat le falló la memoria o en su imprenta alguien cometió un error al copiar el original a la hora de fundir el plomo, porque en efecto ese pronóstico había aparecido, pero no en el ejemplar del 13, sino en el del 31 de octubre anterior (Le Journal de la République Française, nº 37, miércoles 31 de octubre de 1792, pág. 7, t. XV, pág. 297). <<

[241] Bluche, Frederic, Danton, op. cit., pág. 291-292. <<

[242] «Estamos muy presionados para hablar con Dumouriez de su carta del 12 de marzo. Nos han hecho una campaña que ha tenido un efecto deplorable», le había dicho también Danton. «Yo no sé nada de eso, yo me ciño al consejo que me habéis dado: no me ocupo más que de mi servicio como militar y no me mezclo en política», le contestó Chartres, aludiendo a una anterior conversación entre ambos (Louis Phillippe, Mémoires, Plon, 1974, t. II, pág. 370). <<

[243] La vie et les mémoires..., op. cit., t. IV, pág. 106. <<

[244] Le Journal Français, nº 129, martes 26 de marzo de 1793. <<

[245] Mathiez, Albert, Danton et la paix, op. cit., pág. 131. <<

[246] En la edición de *Le Journal Français* del 26 de marzo un anónimo redactor —tal vez Ladevize— concretó aún más sus especulaciones de unos días antes al referirse al encuentro entre Danton y Dumouriez en estos términos: «Danton cenó con el general vencido, y como él mismo venía de perder una gran batalla en París en la noche del 9 al 10, no pudo evitar hacerse algunas reflexiones dolorosas sobre la inestabilidad de las cosas humanas. Imaginándome a Danton en la mesa de Dumouriez me parece ver a Mario llorar sentado sobre las ruinas de Cartago» (*Le Journal Français*, nº 129, martes 26 de marzo de 1793). <<

[247] Pierre Lebrun-Tondu, afincado en Lieja, había sido primero sacerdote y periodista y fundador y director en Bruselas del Journal Général de l'Europe. A su llegada a París en 1791 se había relacionado con Brissot y fue nombrado por Dumouriez jefe del Primer Departamento del Ministerio de Asuntos Extranjeros, encargado de la correspondencia con las potencias marítimas y los Estados Unidos. Fue designado ministro la noche del 10 de agosto, a la vez que Danton, y sirvió de gozne a sus relaciones con los prohombres de la Gironda. De acuerdo con el minucioso estudio de Lefebvre sobre las cuentas de Danton, Lebrun le proporcionó 147.910 libras para gastos secretos, procedentes de la partida asignada a Asuntos Extranjeros. Danton jamás justificó su uso (Lefebvre, Georges, «Sur Danton», en Études sur la Révolution Française, op. cit., págs. 47-48). <<



[248] General Herlaut, Deux témoins de la Terreur. Le citoyen Dubuisson et le cidevant baron de Haindel, Librairie Clavreuil, 1958, pág. 29. <<

[249] General Herlaut, op. cit., pág. 30. <<

[250] La autodefinition procede de unos versos escritos por Beaumarchais en 1796: «Un bon vieillard grand, gris, gros, gras» (citado por Edmond Biré en Journal d'un bourgeois de Paris, op. cit., t. II, pág. 136). <<

[251] El hecho de que la carta esté fechada el 3 de abril induce a Janette C. Gatty, autora de la excelente monografía *Beaumarchais sous la Révolution, l'affaire des fusils de Hollande* (E. J. Brill, Leiden, 1976), al error de que el autor «absorto por sus problemas sólo pudo acudir a la segunda representación, quince días después» del estreno del miércoles 20 de marzo. Basta consultar el ejemplar del viernes 22 de *La Chronique de Paris* para comprobar que fue ese día cuando se representó de nuevo la ópera. Todo indica que Beaumarchais, al estar, en efecto, «absorto por sus problemas», dilató casi dos semanas la escritura y envío de su carta a los actores. <<

[252] Gatty, op. cit., pág. 2. <<

[253] Habían sido incautados dos años antes por los austriacos a los brabanzones sublevados y vendidos a una empresa privada con la condición de que los exportara a las Antillas. Un librero de Bruselas con buenas relaciones con los austriacos le había ofrecido el negocio a Beaumarchais. <<

[254] Durante su segunda estancia en los Países Bajos un corsario llamado Constantini trató de comprarle a la baja el derecho a adquirir los fusiles. Una serie de claves llevaron a Beaumarchais a sospechar que se trataba de un hombre de paja de Lebrun y que era el propio ministro quien quería hacer el negocio (Lever, Maurice, Beaumarchais. A Biography, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 1999, pág. 325).

<<

[255] Beaumarchais había sido conducido el 23 de agosto a la alcaldía e interrogado sobre la situación de las armas. El dantonista Panis, que controlaba el Comité de Vigilancia de la Comuna, creyó su versión, pero Marat no, y eso bloqueó su puesta en libertad. Otra denuncia le llevó enseguida a la Abadía, donde coincidió con el exministro Montmorin y algunos de los aristócratas que serían masacrados poco después. El 29 de agosto Manuel en persona le excarceló tras las gestiones realizadas por *madame* de la Marinaie, con quien Beaumarchais había sido al parecer muy generoso durante una relación intermitente. <<



[256] Gatty, op. cit., pág. 106.<<

[257] Laurent Lecointre era hijo de un comerciante de telas de Versalles, y siendo allí teniente coronel de la Guardia Nacional adquirió notoriedad al denunciar el 1 de octubre de 1789 a los oficiales que habían pisoteado la escarapela tricolor en una cena presidida por la reina. Esta vocación de denunciante dominaría toda su posterior trayectoria como diputado tanto en la Asamblea Legislativa como en la Convención. Kuscinski lo resume así: «Sin instrucción y sin talento pero turbulento y orgulloso, Lecointre debutó en su carrera parlamentaria por sus denuncias y terminó esta carrera por sus denuncias. Eso fue para él una monomanía, una conducta exenta de todo discernimiento» (Dictionnaire des conventionnels, op. cit., pág. 388). <<

[258] «Beaumarchais à Lecointre son dénonciateur: ou compte rendu des neuf mois les plus pénibles de ma vie». Estos párrafos figuran en las páginas 79 y 80 de la Sexta Etapa en el original de la época —sin pie de imprenta alguno— que forma parte de mi colección.<<

[259] Según Lebrun, en España se había adoptado «una proscripción general» contra los franceses: «Los viajeros, los negociantes pacíficos, las mujeres, los viejos son expulsados de sus domicilios; sus propiedades, todos sus documentos son confiscados; ellos mismos son abandonados [...] a la intemperie y a los insultos bárbaros de un pueblo engañado al que los curas fanáticos incitan al asesinato [...]. Se ha visto a mujeres con niños de pecho expuestas casi desnudas en las calles, temiendo la pena de muerte con la que les amenazaba un pueblo armado por el fanatismo».<<

[260] Lo que había tenido lugar en Montargis —localidad de poco más de seis mil habitantes en el Departamento del Loire— era uno de los múltiples disturbios que habían estallado en toda Francia con motivo de la ejecución del decreto de reclutamiento. La cuota que había correspondido al pueblo era de 78 soldados y sólo había habido 21 voluntarios. El 14 de marzo, día previsto para adjudicar las otras 57 plazas por sorteo, jóvenes borrachos provocaron alborotos y exigieron que se incluyera en el cupo a Pierre Manuel, recluido entre sus libros en los alrededores. Pese a que tenía más de cuarenta años y diversas lesiones físicas —y por lo tanto no podía ser elegido—, su condición de exdiputado y exprocurador de la Comuna de París permitían identificarle con las autoridades que imponían el reclutamiento. Cuando compareció tratando de aplacar los ánimos, Manuel fue agredido una primera vez, refugiándose en casa de su hermana. La multitud se congregó allí excitada, según un testigo presencial, por «mujeres convertidas en tigres». Tras un forcejeo con las autoridades, Manuel fue conducido al exterior, golpeado una y otra vez y arrastrado hasta el Árbol de la Libertad, donde iba a ser ahorcado. Sólo la decisión de sus defensores de encerrarlo en la cárcel le permitió salvar su vida, «mientras los monstruos se repartían en mil pedazos los despojos de su ropa teñidos de sangre» (*Le Patriote Français*, nº 1314, martes 19 de marzo de 1793, t. VIII, págs. 321-322). <<

[261] Le Patriote Français, nº 1317, viernes 22 de marzo de 1793, t. VIII, pág. 324. <<

[262] Le Publiciste de la République Française, nº 150, viernes 22 de marzo de 1793, t. XVII, pág. 396. <<

[263] Carlyle, Thomas, *The French Revolution*, The Folio Society, Londres, 1989, vol. III, pág. 130. <<



[264] Desde su reaparición, La Chronique de Paris había eliminado de su cabecera la mención de Condorcet, Rabaut y Delaunay como ilustres redactores y había sustituido el lema «Liberté, Verité, Impartialité» por uno mucho menos ambicioso: «Un Journal est un Écho». La carta ocupaba las tres cuartas partes de las páginas 2 y 3 del periódico (La Chronique de Paris, nº 83, domingo 24 de marzo de 1793) y su encabezamiento remitía a una pequeña nota a pie de página que decía: «Esta carta no ha sido leída en la Convención; ha sido impresa y repartida por toda Bélgica». <<

[265] El comité se completaba con los moderados Pétion, Gensonné, Isnard y Lasource; con los montagnards Jean Debry, Rühl, Quinette y Fabre d'Églantine; y con los centristas Guyton-Morveau, Camus y Delmas. Las ausencias más notables eran las de Brissot y Marat. <<

[266] Según un informe enviado por Coburgo al emperador de Austria, en esa conversación el coronel Montjoye ya le adelantó que «Dumouriez estaba dispuesto a poner fin a las calamidades que desolaban a su patria restableciendo la Monarquía constitucional». Al día siguiente el general francés le mandó una carta pidiéndole que tuviera «la gentileza de enviar a un oficial de vuestro estado mayor con la lista de prisioneros franceses [...] conforme a lo que se ha convenido ayer». Dumouriez se dirigía a Coburgo como «mi príncipe» y se despedía como «vuestro muy humilde y muy obediente servidor» (Mortimer-Ternaux, op. cit., t. VI, pág. 308). <<

[267] La literalidad de la conversación procede del informe dirigido al día siguiente desde Bruselas por el coronel Mack a Francisco II, tal y como fue dialogado primero por Mortimer-Ternaux (op. cit., t. VI, págs. 309-316) y después por Chuquet (op. cit., t. V, págs. 140-146), quien incorporó detalles de un nuevo relato de Mack y de la versión recibida por el rey de Prusia. <<

[268] La vie et les mémoires..., op. cit., t. IV, pág. 120. <<

[269] Dumouriez justificó su petición económica, alegando que «aunque la caja del ejército contiene suficiente dinero, sería imprudente utilizarlo porque despertaría sospechas» (Chuquet, op. cit., t. V, pág. 145). <<

[270] Mortimer-Ternaux, op. cit., t. VI, pág. 317. <<

[271] Este mismo autor se refiere a la estrecha relación que los tres enviados de Lebrun mantenían tanto con Desfieux como con Guzmán (Beaulieu, C. F., *Essais historiques sur la Révolution de France*, Maradan, 1803, t. V, págs. 84-85). <<



[272] General Herlaut, op. cit., pág. 40. <<

[273] La vie et les mémoires..., op. cit., t. IV, pág. 127. <<

[274] Thibaudeau, A. C., Mémoires sur la Convention et le Directoire, Baudoin Frères, 1824, t. I, pág. 16. <<

[275] Mémoires de R. Lévasseur de la Sarthe, Messidor/Éditions Sociales, 1989, pág. 133. <<

[276] Thibaudeau, A. C., op. cit., t. I, págs. 16-17. <<

[277] Chuquet, op. cit., t. V, pág. 160. <<

[278] Mathiez, Albert, Danton et la paix, op. cit., 1919, págs. 129-130. <<

[279] Mémoires de Garat, op. cit., pág. 317. <<



[280] Thibaudeau, A. C., op. cit., t. I, pág. 21. <<

[281] Le Moniteur Universel, nº 93, miércoles 3 de abril de 1793, t. XVI, págs. 18-21.

<<

[282] Dumouriez se refería a la toma del poder en Egipto en el siglo XIII por parte de los esclavos turcos contratados como mercenarios por los sultanes, a los que derrocaron. En ese caso sí que fue «durante mucho tiempo», pues dos dinastías de mamelucos, catalogadas como de los «reyes esclavos», se sucedieron en el trono durante casi trescientos años. <<

[283] Lafayette había huido de Francia tras no lograr sublevar a la Guardia Nacional de París a favor de la Monarquía, con el propósito de trasladarse a los Estados Unidos. Pero los austriacos lo habían tratado como a un prisionero de guerra, encarcelándolo en duras condiciones en Magdeburgo. <<

[284] El septuagenario duque de Broglie, mariscal de Francia, considerado como el mejor general del fin del reinado de Luis XV, fue situado al frente de las tropas leales a Luis XVI que cercaban Versalles y París el 11 de julio de 1789. Al día siguiente fue nombrado ministro de la Guerra, cargo del que dimitió setenta y dos horas después, tras la toma de la Bastilla. Había emigrado y participado junto a los austriacos y prusianos en la campaña que terminó con la batalla de Valmy, ganada por Dumouriez.

<<

[285] La vie et les mémoires..., op. cit., t. IV, pág. 127. <<

[286] Chuquet, op. cit., pág. 152. <<

[287] La vie et les mémoires..., op. cit., t. IV, pág. 128. <<



[288] En realidad la Convención se limitó a dar por buenas las medidas que el Consejo General de la Comuna había aprobado la noche anterior y empezado a aplicar esa misma mañana. En una circular remitida a los presidentes de todas las secciones se establecía que en todo caso tendrían la condición de sospechosos los portadores de un pasaporte que les autorizara a desplazarse a los puertos próximos al Canal de la Mancha. También debía ser retenido todo aquel que llevara un certificado de civismo emitido en el último mes o quien utilizara «caballos de lujo» (Buche et Roux, op. cit., t. XXV, pág. 170). <<

[289] Aubert, Raymond, *Journal d'un bourgeois de Paris sous la Révolution, France-Empire*, 1974, pág. 238. <<

[290] Biré, Edmond, Journal d'un bourgeois de Paris, op. cit., t. II, pág. 160. <<

[291] Morris, Anne Cary, *The Diary and Letters of Gouverneur Morris*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1888, t. II, pág. 41. <<

[292] Bajo ese criterio, solamente en la Sección de Réunion y en la primera jornada, se procedió al desarme de cincuenta y siete personas denunciadas «por actos de incivismo o por manifestaciones contrarias a la República» (Taine, Hyppolite, op. cit., libro III, pág. 216). <<

[293] Buchez et Roux, op. cit., t. XXV, págs. 167-168. <<

[294] Le Patriote Français, nº 1324, viernes 29 de marzo de 1793, t. VIII, pág. 352. <<

[295] Ozouf, Mona, artículo «Girondins», en Dictionnaire critique de la Révolution Française, François Furet y Mona Ozouf, Flammarion, 1988, pág. 382. <<



[296] Esta carta aparece reproducida en la obra de C. A. Dauban *La démagogie en 1793 à Paris*, Henri Plon, 1868, págs. 123-124. <<

[297] Chuquet, op. cit., pág. 154. <<

[298] Mortimer-Ternaux, op. cit., t. VI, pág. 330. <<

[299] Chuquet, op. cit., pág. 156. <<

[300] Thibaudeau, op. cit., t. I, pág. 19. <<

[301] Chuquet, op. cit., págs. 160-161. <<

[302] Thibaudeau, op. cit., pág. 18. <<

[303] Danton desveló la literalidad de sus palabras en la sesión del Club los Jacobinos del 31 de marzo, poniendo por testigo a Marat, quien sin duda asistió a la reunión del ampliado y abierto Consejo de Defensa General (Aulard, Alphonse, *La Société des Jacobins*, op. cit., t. V, pág. 113). <<



[304] Aulard, Alphonse, Récueil des actes du Comité de Salut Public, op. cit., t. II, pág. 564. <<

[305] Después de que desde la Montaña se oyeran gritos como «¡Bancal no tiene mi confianza!», Marie-Joseph Chénier propuso sustituirles a él y a Lamarque por Dubois-Crancé y Bréard. Barbaroux le salió al paso y finalmente la Asamblea aprobó los cuatro nombres por mayoría absoluta. <<

[306] Esta última frase le sirvió de argumento a Albert Mathiez para apuntalar su tesis de que Danton se había reunido con Dubuisson, Pereyra y Proli: «Danton no se habría expresado así si los comisarios no le hubieran visto manos a la obra en el curso de su misión» (Danton et la paix, op. cit., pág. 131). Sin embargo, es evidente que no podía referirse al trío enviado por Lebrun, sino a los anteriores «comisarios del poder ejecutivo» —Chepy, Chaussard y compañía—, ya que, a finales de marzo, tras la derrota de Neerwinden y en plena retirada francesa, la causa de la «reunión» de Bélgica a la República, estimulada por el polémico decreto del 15 de diciembre, a la que en efecto se oponía Dumouriez, había dejado de tener sentido. <<

[307] Aulard, Alphonse, *La Société des Jacobins*, op. cit., t. V, pág. 117. <<

[308] Ibid., págs. 117-118. <<

[309] Identificada erróneamente en el acta como «ciudadana Beauvais», Françoise-Julie de Beauvert era hermana del brillante periodista monárquico Rivarol, exilado tras la primera fase de la Revolución. Ella misma se movía en círculos aristocráticos y se hacía llamar «baronesa Ángel». Con fama de bella, intrigante y corrupta, su relación con el general sobrevivió a todos los avatares de su vida, exilio incluido. <<

[310] Aunque *madame* de Genlis la hacía pasar por una huérfana inglesa, diversas versiones coinciden en que Pamela era su propia hija, fruto de sus amores con el duque de Orleáns. En 1791 el duque acordó concederle una renta de 6000 libras y el entonces constituyente Barère de Viezac firmó en su nombre, pues Pamela todavía era menor de edad. Eso le convertiría tres años después, por medio de la ácida pluma de Camille Desmoulins, en el «tutor de Pamela». La joven se había educado con los hijos del duque de Orleáns y, efectivamente, había residido en Tournai junto a *madame* de Genlis y *mademoiselle* Égalité, pero semanas antes de los encuentros de los jacobinos con Dumouriez se había casado con el independentista irlandés lord Edward Fitzgerald y se había ido a vivir a Irlanda con él. <<

[311] Jaurès, Jean, op. cit., t. V, pág. 469. <<



[312] Montansier era el nombre artístico de una conocida actriz de la época llamada Margerite Brunet. Ella y su troupe habían alquilado en 1790 el antiguo Théâtre de Beaujolais en las arcadas del Palais Royal, y se habían especializado en óperas cómicas, muchos de cuyos libretos estaban escritos por el mismo Ulric Dubuisson que había liderado la embajada jacobina ante Dumouriez. La Montansier —a quien también se atribuían íntimas relaciones con el general— y su compañía aparecían en ese momento bajo sospecha porque durante la ocupación francesa de Bélgica habían estado actuando en uno de los principales teatros de Bruselas y acababan de regresar a París como consecuencia de los reveses militares. <<

[313] Hacía exactamente cincuenta años que Voltaire había estrenado, en febrero de 1743, *Mérope* en la Comédie Française. Se trata de una obra inspirada en el mito de la viuda de Cresfontes, rey de Messenia, obligada a casarse con Polifontes, asesino de su marido y de dos de sus tres hijos. La denuncia de Genissieu asimilaba, sin embargo, a los «dos hermanos ausentes» con el conde de Provence y el duque de Artois, hermanos de Luis XVI exilados en Coblenza. Más sentido habría tenido identificar al pequeño delfín encarcelado en el Temple con el hijo superviviente, Epytus, que termina matando a Polifonte. <<

# Notas Capítulo IV

[1] Brennus o Brenno era el nombre de dos legendarios jefes de los galos que combatieron sucesivamente contra Roma en los siglos IV y III a. C. El término se utilizaba genéricamente como sinónimo de valentía o coraje. <<

[2] El propio Lasource había votado a favor de la muerte y contra el aplazamiento, tras haber estado ausente, cumpliendo una misión de la Asamblea, el día en que se votó sobre la apelación al pueblo. <<

[3] Su verdadero nombre era Marc-David Alba. El apodo de Lasource identificaba a su familia y respondía a la tradición de los pastores protestantes que debían moverse en la clandestinidad antes del Edicto de Tolerancia de 1787, que en la práctica estableció la libertad de culto. Lasource ejerció su ministerio en Castres, capital del departamento meridional del Tarn, y había mantenido una estrecha relación con Jeanbon Saint-André, estropeada luego por sus diferencias políticas. <<

[4] Mémoires de R. Léveseur, op. cit., pág. 137. <<

[5] Mortimer-Ternaux, op. cit., t. VII, pág. 15. <<



[6] Mémoires de R. Lévesseur, op. cit., pág. 137. <<

[7] Mathiez, Albert, Danton et la paix, op. cit., 1919, pág. 134. <<

[8] Se refería a los elogios de Robespierre y Danton a Dumouriez en la Convención durante la sesión del 10 de marzo. «Dumouriez ama la gloria —añadía— y no querrá compartir su infamia. Dumouriez ama a la patria. La salvará con los republicanos, no querrá perderla con los anarquistas» (Le Patriote Français, nº 1307, martes 12 de marzo de 1793, t. VIII, pág. 292). <<

[9] «Hasta entonces sólo había habido ligeras dudas sobre Danton, pero al escuchar su defensa se han convertido casi en certezas [...]. En lugar de establecer una justificación fría y razonada, se ha dejado llevar por su temperamento fogoso [...]. Danton ha aparecido por debajo de la mediocridad. Se le ha comparado con Cromwell [...], mientras que Danton no tiene más que el instinto feroz de un jefe de bandoleros» (Le Journal Français, nº 137, miércoles 3 de abril de 1793). <<

[10] Mémoires de Lévasseur, op. cit., págs. 140-141. <<

[11] Quinet, Edgar, La Révolution, Belin, 1987, t. I, pág. 479. <<

[12] Aulard, La Société des Jacobins, op. cit., t. V. págs. 120-121. <<

[13] Mathiez, op. cit., pág. 135. <<



[14] Sydenham, M. J., The Girondins, University of London, 1961, pág. 161. <<

[15] En el informe que presentaron en 1796, al término de su cautiverio, los diputados comisionados por la Convención describieron a Miaczinski como un «hombre vil» que de forma deliberada les retuvo en Orchies para tener tiempo de enviar un mensajero a Dumouriez, previniéndole de su llegada. <<

[16] Este regimiento había sido fundado a comienzos de siglo por el noble húngaro Ladislav Ignace de Bercheny y se había distinguido por su destreza militar al servicio de la Corona de Francia. Incluía a numerosos soldados de origen alemán. <<

[17] Todos los diálogos de este relato proceden literalmente del informe de los diputados ante el Consejo de los Quinientos establecido por el Directorio y/o de las Memorias de Dumouriez. Ambas versiones coinciden en todo lo sustancial (Rapports des représentants du peuple Camus, Bancal, Quinette, Lamarque, Unger, Berlín, 1796, págs. 23-94; La vie et les mémoires..., op. cit., t. IV, págs. 144-161). <<

[18] Beurnonville se refería a su defensa del campamento de Maulde, sito en la frontera francesa, durante la primavera anterior frente a un número muy superior de austriacos. El propio Dumouriez le había apodado «el Ajax francés» a raíz de este episodio en el que acreditó su valor y resistencia. <<

[19] Lucien-Graux, Docteur, Le Maréchal de Beurnonville, Champion, 1929, págs. 71-72. <<

[20] Ibid., pág. 75. <<

[21] Le Patriote Français, nº 1328, martes 2 de abril de 1793, t. VIII, pág. 367. <<



[22] La asamblea general de la Sección de Droits-de-l'Homme del 27 de marzo «tras deliberar sobre los peligros que amenazan a Francia» había decidido «alzarse para salvar al país y a la libertad», y en consecuencia convocaba a las demás secciones a una primera reunión en el Arzobispado a las 10 de la mañana del sábado 30. También se acordó imprimir cien copias de esta resolución y enviarlas a las secciones (Slavin, Morris, *The French Revolution in Miniature*, Princeton University Press, 1984, págs. 135-136). <<

[23] Bossut, Nicole, *Chaumette, porte-parole des sans-culottes*, Éditions de CTHS, 1998, pág. 243. La autora atribuye la cita a *Le Journal de Sablier* y a *La Chronique de Paris*. Sin embargo, este periódico se limita a informar el 3 de abril de la decisión de pagar los costes de secretaría. En cambio la invitación de Chaumette a sumarse a la «insurrección legal que se prepara» sí que aparece en *Le Patriote Français* del 4 de abril. <<

[24] «No hay ninguna duda de que los habituales al Café Corazza, tales como los extranjeros Guzmán, Proli, Lazowski y los indígenas Desfieux y Varlet, eran los principales agitadores en el Arzobispado» (Schmidt, Adolphe, Tableaux de la Révolution Française publiés sur les papiers inédits du Département et de la Police Secrète de Paris, Veit & Comp, Leipzig, 1867, t. I, pág. 151). <<

[25] Osselin, Carrier y el propio Albitte. <<

[26] Antoine Dubois de Bellegarde era a sus cincuenta y cuatro años uno de los diputados de mayor edad de la Convención y tenía una dilatada experiencia militar desde que ingresara a los diecisiete años en la Guardia de Corps del rey. Repetía como diputado tras haber representado ya a la Charente en la Asamblea Legislativa. Como buen montagnard había votado contra la apelación al pueblo, por la muerte de Luis XVI y contra el aplazamiento de la ejecución. <<

[27] Se trataba de Cochon y Lequinio. <<

[28] Ferrand, Henri-Bécays, Précis de la défense de Valenciennes, Lemaître, Valenciennes, 1834, pág. 57. <<

[29] Joseph Bologne, más conocido como el caballero de Saint-George —por el título heredado de su padre— o como el «Mozart negro» —por su extraordinaria y precoz facilidad para la composición musical—, había nacido en la isla de Guadalupe de la unión entre una esclava negra emancipada y un plantador blanco. Allí había estudiado violín y ya en Francia había tenido a François-Joseph Gossec como maestro de composición. Durante el Antiguo Régimen había destacado como director de orquesta, aunque fue discriminado por su condición de mulato. También alcanzó fama como espadachín y jinete. Su obra incluye veinticinco conciertos para violín y orquesta, cinco óperas y numerosas canciones y sonatas. <<



[30] Mémoires de Louis-Philippe duc d'Orléans, Plon, 1974, t. II, pág. 397. <<

[31] El joven Montpensier estaba destinado en Niza como ayudante del general Biron. Chartres obtuvo permiso de Dumouriez para enviarle un mensaje, advirtiéndole de lo que podía ocurrirle, e incluso logró que el alcalde de Saint-Amand le dejara su cabriolé al oficial de confianza que mandó como correo. Sin embargo, cuando este llegó a Niza el segundo hijo del duque de Orleáns había sido ya detenido (Mémoires de Louis-Philippe..., op. cit., t. II, pág. 407). <<

[32] La vie et les mémoires..., op. cit., t. IV, pág. 136. <<

[33] Chuquet, op. cit., pág. 212. <<

[34] Beaulieu, C. F., Essais historiques sur la Révolution de France, Maradan, 1803, t. V, pág. 88. <<

[35] Se trataba de Gossuin, Merlin de Douai y Treilhard. <<

[36] Esta descripción física de Claire Lacombe procede de un pasaporte que obtuvo en 1794 para dirigirse a Dunkerque (Cerati, Marie, *Le club des citoyennes républicaines révolutionnaires*, Éditions Sociales, 1966, pág. 37). <<

[37] En su comentario sobre Lacombe el diputado Choudieu la comparaba con Théroigne de Méricourt, dejando claro hacia quién iban sus preferencias: «Tenía como *mademoiselle* Théroigne una gran influencia en los grupos; no tenía ninguna de sus brillantes cualidades, pero sus modales le gustaban a la masa del pueblo» (Mémoires et notes de Choudieu, Plon, 1897, pág. 479). <<



[38] Larue-Langlois, François, Claire Lacombe, citoyenne révolutionnaire, Punctum, 2005, pág. 26. <<

[39] Ni el Moniteur ni los Archivos Parlamentarios especifican su identidad, pero el planteamiento de la intervención fue el mismo y sólo cabría la alternativa de que Lacombe se hubiera repartido el trabajo con Pauline Léon o alguna otra de las ya por entonces promotoras de la Sociedad de Ciudadanas Revolucionarias. <<

[40] La comida tuvo lugar el 2 de febrero. Consistió en un conejo y una botella de sidra. La esposa de Jullien, Rosalie, que sin duda compartía sus aficiones literarias, dejó testimonio de lo ocurrido en una carta enviada a su hijo, también llamado Marc-Antoine, quien con sólo diecisiete años hacía ya sus pinitos como alevín de comisario jacobino en el ejército de los Pirineos: «Me quedé muy contenta con la familia Robespierre. La hermana es ingenua y natural como tus tías [...]. Maximilien es tan apropiado para ser jefe de partido como para coger la luna con los dientes. Es abstracto como un pensador, seco como un hombre de despacho, pero dulce como un cordero [...]. Su hermano es más vivo, más abierto, excelente patriota [...], pero de una petulancia que resulta a veces desfavorable para la Montaña» (Gascar, Pierre, *L'Ombre de Robespierre*, Gallimard, 1979, pág. 173). <<

[41] Vaublanc, Comte de, Mémoires sur la Révolution en France, Dentu, 1833, t. I, pág. 454. <<

[42] En una carta dirigida a los administradores del Departamento del Yonne, Louis-Nicolas Davout explicó el 2 de junio lo ocurrido: «El Escaut estaba allí cortándole toda retirada. Estábamos a punto de cogerle porque nuestras balas le alcanzaban y fue ese momento el que alguien eligió para gritar: “¡Retirada!”. Nuestros voluntarios ignoraban lo que pasaba a sus espaldas y, no pudiendo hacer otra cosa que obedecer esta orden, Dumouriez se nos escapó» (Le Marechal Davout raconté par les siens et par lui-même, Didier et Cie., 1879, t. I, pág. 307). <<

[43] Chuquet, op. cit., pág. 210. <<

[44] Tras participar en la campaña de Egipto y en jornadas gloriosas como las de Austerlitz o Ulm, el mariscal Davout obtuvo su mayor éxito personal el 14 de octubre de 1806 en la batalla de Auerstädt, al derrotar con sólo 26.000 hombres a 60.000 prusianos comandados por el duque de Brunswick —auténtica némesis de la Francia revolucionaria—, quien murió en ese combate. <<

[45] Chuquet, op. cit., págs. 220-221. <<



[46] Esta expresión estaba incluida en el llamamiento dirigido por Carnot y su colega Lesage-Senault desde Douai el 3 de abril (Chuquet, op, cit., pág. 203). <<

[47] Bois, Jean-Pierre, Dumouriez. Héros et proscrit, Perrin, 2005, pág. 330. <<

[48] Mémoires de Louis-Philippe..., op. cit., t. II, pág. 422. <<

[49] Thompson, J. M., *Leaders of the French Revolution*, Basil Blackwell, Oxford, 1932, pág. 265. <<

[50] La vie et les mémoires..., t. IV, pág. 164. <<

[51] Massin, Jean, Marat, Club Français du Livre, 1960, pág. 258 <<

[52] Le Journal Français, n° 142, lunes 8 de abril de 1793, pág. 4. <<

[53] Citado por Walter, Gérard, Marat, Albin Michel, 1933, pág. 352. <<



[54] Aulard, Alphonse, *La Société des Jacobins*, op. cit., t. V, págs. 126-128. <<

[55] La descripción procede del diputado Baudot, quien también habla del «insípido hermano de Robespierre» (Baudot, Marc-Antoine, Notes historiques sur la Convention Nationale, Jouaust, 1893, pág. 6). <<

[56] Aulard, Alphonse, op. cit., t. V, pág. 125. <<

[57] Pottet, Eugène, Histoire de la Conciergerie du Palais de Paris, Asselin et Houzeau, circa 1911, pág. 19. <<

[58] «El primer reloj público de París fue instalado en el siglo XIV en la torre que lleva su nombre. En 1585 el escultor Germain Pilon realizó la esfera enmarcada por las dos figuras que simbolizan la Ley y la Justicia. Las figuras fueron restituidas tras haber sido maltratadas a golpe de martillo durante la Revolución» (Delon, Monique, La Conciergerie. Palacio de la Cité, Éditions du Patrimoine, pág. 41). <<

[59] Según el minucioso estudio de Pierre Caron, «un mínimo de cien» de los 499 presos que había en la Conciergerie el 2 de septiembre de 1792 fueron masacrados por las turbas. El propio Caron admite que la cifra podría subir incluso hasta 350, aunque esto no haya podido ser acreditado. Uno de los asesinatos más horribles fue el de una mujer apellidada Gredeler, detenida por haber mutilado a su amante, que fue atada a un poste, torturada y quemada viva. También se vio en el patio de Mayo a un hombre con un niño de la mano al que hacía morder los cadáveres y beber su sangre para «aprender a volverse sanguinario» (Caron, Pierre, *Les massacres de septembre, La Maison du Livre Français*, 1935, págs. 57-58 y 91). Los masacradores llegaron en su audacia hasta el extremo de intentar arrebatarse al Tribunal Extraordinario creado el 17 de agosto al oficial de los guardias suizos Bachmann, que en ese momento estaba siendo juzgado. El tribunal se opuso con firmeza para poder enviarlo de forma legal a la guillotina. <<

[60] Almanach des Prisons, Chez Michel, l'an 3 de la République, págs. 21-22. <<

[61] Pottet, op. cit., págs. 71-72. <<



[62] La Tour de Cesar fue nombrada así porque ocupaba el lugar en el que el conquistador romano había erigido un fuerte. La de Argent, porque había guardado el tesoro de San Luis. <<

[63] El fanático católico François Ravailac asesinó el 14 de mayo de 1610 al rey Enrique IV, apuñalándole en su carruaje. Declaró que había actuado solo y durante varios días fue torturado en la Conciergerie con la vana pretensión de que denunciara a sus presuntos cómplices. Fue ejecutado en la plaza de la Grève, donde cuatro caballos atados a sus brazos y piernas le descuartizaron vivo. Robert François Damiens intentó emularle el 5 de febrero de 1757 al acuchillar al rey Luis XV. El monarca se salvó, pero Damiens siguió el mismo destino que Ravailac: tortura en la Tour Bonbec y descuartizamiento en la plaza del Ayuntamiento, con la salvedad de que la tarea correspondió esta vez al verdugo Sanson, tío del que ejercería el cargo durante la Revolución. <<

[64] Pottet, op. cit., pág. 21. <<

[65] Campardon, Émile, Le Tribunal Révolutionnaire de Paris, Slatkine-Magariotis Reprints, Ginebra, 1975, t. I, pág. 11. <<

[66] Wallon, Henri, Histoire du Tribunal Révolutionnaire de Paris, Hachette, 1880, t. IV, pág. 111. <<

[67] Lenotre, G., The Tribunal of the Terror, Heinemann, Londres, 1909, pág. 51. <<

[68] En la sesión del 26 de junio de 1793 Roussillon compareció ante el Club de los Jacobinos para defenderse de la acusación de haber absuelto a un emigrado, y en la del 13 de diciembre Foucault justificó el trato dado a un grupo de guardias franceses que se habían sublevado contra la Monarquía al inicio de la Revolución y las razones que le habían impulsado a pedir la detención de su propia esposa (Aulard, *La Société des Jacobins*, op. cit., t. V, págs. 276 y 558). <<

[69] Matton, M., Correspondance inédite de Camille Desmoulins, Ébrard, 1836, págs. 144-145. <<



[70] Wallon, op. cit., t. I, pág. 88. <<

[71] Bulletin du Tribunal Criminal, Chez Clément, 1793, t. II, n° 1 y 2, págs. 2-6. Cada número estaba encabezado por un pareado: «Celui qui met un frein à la fureur des flots, sait aussi des méchants [sic] arreter les complots» (El que pone freno al furor de las olas, sabe también detener los complots de los malvados). Era la traslación rimada de la filosofía de Danton: «Seamos terribles para que el pueblo no tenga que serlo».

<<

[72] Le glaive vengeur de la République Française, Ch.-F. Galletti imprimeur, l'an 2 de la République Française, pág. 69. <<

[73] Bulletin du Tribunal Criminel Révolutionnaire, n° 2, pág. 6. <<

[74] La factura no sería pagada hasta el 27 de septiembre, más de cinco meses y medio después. Las administraciones públicas ya maltrataban en esa época a sus proveedores (Campardon, op. cit., pág. 27). <<

[75] Lévy, Barbara, Une dynastie de bourreaux. Les Sanson, Mercure de France, 1989, pág. 115. <<

[76] En una carta dirigida en junio de 1791 al entonces ministro de Justicia, Duport, Sanson advertía de que en los casos de ejecuciones múltiples «la inmensidad de la sangre que se produce llevará el espanto y la debilidad al alma del más intrépido» y que, al no estar sujetos los condenados, en el ajusticiamiento de cada reo «la ejecución se convertirá en una lucha y en una masacre». También advertía de que tras cada corte de cabeza había que volver a afilar la espada y que él sólo disponía de dos adquiridas por el Parlamento de París al precio de 600 libras cada una (Sanson, Charles-Henri, *La Révolution Française vue par son bourreau*, Éditions de l'Instant, 1988, págs. 42-43). <<

[77] Ibid., pág. 50. <<



[78] Sanson, Charles-Henri, Mémoires des Sanson, Dupray de la Mahérie, 1863, t. IV, págs. 77-78. <<

[79] Carlyle, Thomas, *The French Revolution*, The Folio Society, Londres, 1989, t. III, pág. 9. <<

[80] Encyclopédie ou Dictionnaire Raisonné des Sciences, des Arts et des Métiers, Samuel Faulche et Cie., Neufchastel, 1765, t. X, pág. 726. <<

[81] Citado por Daniel Arasse en *The Guillotine and the Terror*, Allen Lane, Londres, 1989, pág. 40. <<

[82] Ibid., pág. 39. <<

[83] Cabanis, Pierre-Jean-Georges, «Note sur l'opinion de MM. Oelsner et Soemmerring et du citoyen Sue, touchant le supplice de la guillotine», dentro del volumen *Du Degré de certitude de la Médecine*, Imprimerie de Crapalet, 1803, págs. 519-545. <<

[84] Révolutions de Paris, n° 198, del 20 al 27 de abril de 1793, t. XVI, pág. 225. <<

[85] Las cifras proceden del clásico estudio publicado en 1935 por D. Greer, *The Incidence of Terror in the French Revolution*, y están recogidas por Colin Jones en *The Longman Companion to the French Revolution*, Longman, Londres, 1988, pág. 119. <<



[86] Ferrus, Maurice, *Madame Tallien à Bordeaux pendant la Terreur*, Feret et Fils, Burdeos, 1930, pág. 54. <<

[87] Chassin, Charles-Louis, La préparation de la guerre de la Vendée, Joseph Floch, Mayenne, 1973, t. III, pág. 492. <<

[88] Marcé no compareció ante el Tribunal Revolucionario hasta el 9 de Pluvioso del año 2 (29 de enero de 1794). En el acta de acusación redactada por Fouquier-Tinville se daba por hecho que estaba de acuerdo con los rebeldes vendeanos e incluso se sugería que el cañonazo disparado contra ellos, al no asumir la tesis del diputado Nyot de que se trataba de refuerzos llegados desde Nantes, era una señal convenida. Marcé fue declarado culpable, condenado a muerte y ejecutado de inmediato. <<

[89] Bluche, Frederic, Danton, Perrin, 1999, pág. 302. <<

[90] Una de las primeras decisiones del nuevo Comité de Salud Pública fue ordenar el traslado del duque de Orleans junto a su hijo menor, el duque de Beaujolais, que tenía trece años, y otros familiares a Marsella. Allí permanecería internado en el Fuerte de San Juan hasta su regreso a París para comparecer ante el Tribunal Revolucionario y ser guillotinado.<<

[91] Fue inmediatamente después de la votación cuando, ya de madrugada, se leyeron tres cartas firmadas conjuntamente desde Lille por los diputados Lequinio, Cochon y Bellegarde, en las que se iban relatando los acontecimientos de la víspera. La tercera estaba datada a las nueve de la tarde del 5 de abril y daba cuenta de que «Dumouriez, Valence y Égalité [...] y la mayor parte de los húsares de Bercheny se han pasado al enemigo. Todos los demás están con nosotros». La Convención acogió su lectura con muestras de júbilo. <<

[92] Mathiez, Albert, Danton et la paix, op. cit., pág. 138. Bluche, Frédéric, Danton, op. cit., pág. 324. <<

[93] El cochero era un comisario de embargos nombrado por Danton y fue encarcelado en Arras. La desaparición del acta levantada por la comuna de Bethune —que sus detractores achacan a la larga mano de Danton— impide establecer si lo que transportaban los carruajes eran modestas adquisiciones de ropa, vajillas y otros objetos personales, como sostendrían los implicados ante el Tribunal Revolucionario, o valiosas prendas y joyas procedentes del tesoro de María Cristina de Austria —hermana de María Antonieta y durante un tiempo gobernadora de los Países Bajos—, como quedaría reflejado en una denuncia recibida por Fouquier-Tinville. Ni el doctor Robinet tendrá la menor duda en exculpar a Danton, ni Mathiez en inculparle. Aunque ambos juicios son parciales, el segundo parece mejor fundado (Robinet, *Danton, Mémoire sur sa vie privée*, Chamerot et Lauwereyns, 1865, págs. 115-127. Mathiez, Albert, *Autour de Danton*, Payot, 1926, págs. 165-174). <<



[94] Récueil des Actes du Comité de Salut Public, Publié par F. A. Aulard, Imprimerie Nationale, 1890, t. III, pág. 182. <<

[95] Deperret tenía tierras y fábricas de aceite, pero se había situado en la extrema izquierda de la Asamblea Legislativa y había tenido un gran protagonismo en el Club de los Jacobinos durante la crisis de la caída de la Monarquía. Como secretario del club propuso primero enviar una circular a todas las sociedades afiliadas explicando la visión jacobina de lo ocurrido y luego cambiar el nombre de Sociedad de Amigos de la Constitución por el de Sociedad de Amigos de la Libertad y la Igualdad. La influencia de Barbaroux fue decisiva para atraerle al bando moderado, y en el proceso contra el rey votó por la apelación al pueblo, por la pena de cárcel y por el aplazamiento de la ejecución. <<

[96] El candidato de los moderados había sido el general Achille Duchatelet, que en la votación celebrada el 4 de febrero en la Convención había obtenido 216 votos. Beurnonville le había superado claramente con 356, fruto de la suma de los votos de la Montaña y los de los numerosos diputados que le respaldaron por sus notorios méritos militares. <<

[97] Mathiez, Albert, Robespierre et Vergniaud, AHRF, 1929, pág. 132. <<

[98] Michelet, Jules, Histoire de la Révolution Française, Jean de Bonnot, 1974, t. V, pág. 414. <<

[99] Hamel, Ernest, Histoire de Robespierre, Cinqualbre, t. II, pág. 410. <<

[100] Thompson, J. M., Robespierre, Blackwell, 1988, pág. 326. <<

[101] Vergniaud hizo en ese discurso hasta tres alusiones distintas a la supuesta cobardía de Robespierre el día de la caída de la Monarquía, asegurando en una de ellas que había planeado huir a Marsella. Es cierto que no existe dato alguno que le atribuya ningún papel activo ni durante la jornada del 9 de agosto ni durante la mañana del 10, como lo tuvieron Danton, Desmoulins, Léonard Bourdon o Barbaroux, pero tampoco existe el menor indicio de que se escondiera en un lugar distinto al domicilio de los Duplay en el que ya vivía. Algunos autores sostienen que pasó parte de la madrugada en el sótano que servía de bodega a la familia: de ahí lo de la «cueva». En todo caso en la tarde del 10 intervino en la sesión del Club de los Jacobinos y al día siguiente fue elegido miembro de la Comuna por la Sección de Piques. Para Hilaire Belloc esta conducta prueba que «Robespierre era la negación de la acción». Por eso «no huyó, ni se ocultó, ni se retractó, pero estuvo completamente al margen» (Belloc, Hilaire, Robespierre, Juventud, Barcelona, 1969, pág. 158). <<



[102] Vergniaud reveló que «durante los primeros días de la Convención fui invitado a cenar por un diputado de París en cuya casa estaba Orleáns». Preguntado a quién se refería, Vergniaud aclaró que se trataba de Robert, considerado muy próximo a Danton. <<

[103] En realidad las dos versiones eran ciertas. Robespierre había abrazado a Dumouriez el 14 de octubre a su llegada al Club de los Jacobinos acompañado de Santerre como comandante de la Guardia Nacional de París. Tras la intervención del general y unas breves palabras de Danton como presidente en ejercicio del club, fue en efecto Collot d'Herbois quien hizo el elogio de Dumouriez concluyendo con estas palabras: «En Bruselas la libertad va a renacer bajo tus auspicios [...]. Los niños y niñas, los ciudadanos, las mujeres [...], todos te abrazarán como a su padre. ¡De qué felicidad vas a gozar, Dumouriez! Mi mujer, que es de Bruselas [...], también te abrazará» (Aulard, Alphonse, *La Société des Jacobins*, op. cit., t. IV, págs. 386-390).

<<

[104] Esta primera intervención de Robespierre de esa noche no aparece en la recopilación de Aulard, pero sí en Le Journal des Débats (nº 392, pág. 3) y en las Obras completas (Oeuvres, op. cit., t. IX, pág. 414). <<

[105] Aulard, Alphonse, *La Société des Jacobins*, op. cit., t. V, págs. 132-133. <<

[106] La había planteado el 8 de abril la Sección del Arsenal, pidiendo que se especificaran el tamaño, el material, la proporción de los colores y el lugar y modo en que debía ser exhibida, tratando de combatir así las llamadas «escarapelas al eclipse», semiocultas bajo la banda del sombrero (Wrigley, Richard, *The Politics of Appearance*, Berg, Oxford, 2002, pág. 105).<<

[107] Las acusaciones y rumores sobre la colaboración entre Marat y Orleáns habían comenzado en 1790, cuando ambos estaban exilados en Londres y compartían la inquina hacia Lafayette, hombre fuerte del momento. En una carta enviada al duque para explicarle lo ocurrido en octubre de 1789, cuando Luis XVI y su familia fueron trasladados por la fuerza a París, su secretario y confidente Choderlos de Laclos incluyó un pasaje muy comprometedor para l'Ami du Peuple: «Yo hago bramar a Marat. Todos los días su hoja, que en verdad está bien pagada, anuncia que el 14 de julio próximo será la época de una gran revolución [...]. Yo [le] hago gritar porque no hay que quedarse atrás [...]. Permitidme recomendaros que os preocupéis de que no falte la financiación y os juro que me ocuparé con el mayor cuidado de su distribución». Tras la caída de la Monarquía el propio Marat reconoció que había pedido a Orleáns la cantidad mencionada por Barbaroux —15.000 libras— para reanudar su actividad periodística, pero «parece que la demanda no fue satisfecha» y eso podría explicar su agresividad contra la «familia Égalité» tras la traición de Dumouriez (Coquard, op. cit., págs. 297-299). <<

[108] Aulard, Alphonse, L'Éloquence parlementaire pendant la Révolution Française, Hachette, 1886, t. II, pág. 52. <<

[109] Rigault, Georges, Les contemporaines, Hebdomadaire, 17 de marzo de 1912, págs. 1-2. <<



[110] Michel, Georges, Pétion, Librairie de la Société Bibliographique, 1876, pág. 4.

<<

[111] Aulard, op. cit., t. II, pág. 52. <<

[112] En los primeros compases de la Convención su amigo Pierre Manuel había propuesto que Pétion y sus eventuales sucesores al frente de la Asamblea vivieran en las Tullerías con la dignidad propia del «presidente de Francia». La moción fue rechazada. <<

[113] Tan pronto como se supo que la fuga del rey había sido abortada en Varennes, la Asamblea envió a Barnave y Pétion con el mandato de regresar con la familia real. Pocos textos de la época revolucionaria han generado tanta rechifla como el relato que el propio Pétion hizo de su contacto con la hermana del rey durante ese viaje de vuelta: «*Madame Elizabeth* me miraba con ojos enternecidos, con ese aire lánguido que da la desgracia [...]. Nuestros ojos se encontraban con una especie de inteligencia y atracción. La noche caía, la luna comenzaba a extender su dulce claridad [...]. Yo extendí mi brazo, *madame Elizabeth* extendió el suyo sobre el mío. Nuestros brazos estaban enlazados [...]. Yo sentía movimientos que se precipitaban, un calor que traspasaba los vestidos [...]. Sus ojos estaban húmedos, la melancolía se mezclaba con una especie de voluptuosidad. Puedo equivocarme [...], pero pienso que si hubiéramos estado solos, si como por encantamiento todo el mundo hubiera desaparecido, ella se habría dejado ir en mis brazos y se habría abandonado a los impulsos de la naturaleza» (Mémoires inédits de Pétion et mémoires de Buzot et de Barbaroux, Plon, 1866, pág. 195). <<

[114] Rigault, op. cit., pág. 1. <<

[115] Mémoires inédits de Pétion et mémoires de Buzot et de Barbaroux, op. cit., págs. 105-106. <<

[116] Rigault, op. cit., pág. 11. <<

[117] Le Publiciste de la République Française, nº 169, martes 16 de abril de 1793, t. XVIII, págs. 149-150. <<



[118] Aulard, op. cit., t. II, pág. 52. <<

[119] Mémoires de *Madame* Roland, Mercure de France, 1986, pág. 162. <<

[120] Estas propuestas no aparecieron en el texto publicado en el Moniteur, pero sí figuran en el que el propio Guadet entregó para su impresión, tal y como consta en el Quinto Anexo a la sesión del 12 de abril incluido en el tomo LXI de los Archives Parlementaires. Guadet también proponía que se nombrara un nuevo comandante de la Guardia Nacional de París y que se dirigiera «un mensaje a las sociedades populares para aleccionarles sobre los complots de los hombres que han usurpado el nombre de Jacobinos de París». <<

[121] Le Journal Français, nº 148, domingo 14 de abril de 1793, pág. 2. <<

[122] Le Patriote Français, nº 1340, domingo 14 de abril de 1793, t. VIII, pág. 417. <<

[123] Aulard, La Société des Jacobins, op. cit., t. V, pág. 133. <<

[124] Robespierre, Oeuvres, op. cit., t. IX, págs. 419-422. <<

[125] Buchez et Roux, op. cit., t. XXV, pág. 440. <<



[126] Mathiez da por hecho que Proli volvía a actuar al servicio de Danton cuando el 5 de abril escribió a su madre, residente en Bruselas, en estos términos: «Mostrad mi carta a los que gobiernan hoy en Bélgica y si la casa de Austria quiere poner término a la efusión de sangre y a la ruina de sus finanzas, que ratifique la tregua decretada por el traidor Dumouriez, que esta suspensión de armas se prolongue por acuerdo de los gobiernos francés y austriaco y que este último envíe de inmediato a un negociador a la frontera [...]. Dos interlocutores políticos irán desde París para determinar las bases sobre las que se podrá abrir una negociación más oficial y explícita» (Mathiez, *Albert, Danton et la paix*, op. cit., págs. 140-142). <<

[127] Le Patriote Français, nº 1341, lunes 15 de abril de 1793, t. VIII, pág. 420. <<

[128] Dauban, C. A., La démagogie en 1793, Henri Plon, 1868, pág. 147. <<

[129] Jean-Bertrand Féraud demostraría ese valor tanto durante los sucesos de termidor, uniéndose a las tropas comandadas por Barras que asaltaron el Ayuntamiento donde permanecían Robespierre y sus seguidores, como durante las llamadas «jornadas de Prairial» de mayo de 1795, oponiendo resistencia física al asalto de la sala de sesiones de la Convención por la multitud. En este caso pagó con su vida por ello, y la suya fue la única cabeza de un diputado paseada en la punta de una pica dentro del propio recinto parlamentario. <<

[130] Tanto Sydenham como Alison Patrick —tan discrepantes en muchas cosas— coinciden en catalogar el voto de Isnard como una abstención. Sin embargo, en el segundo anexo a la sesión del 13 de abril de los Archives Parlementaires su voto aparece incluido entre los «no» consignados por orden alfabético. <<

[131] Según Le Journal Français los diputados que se recusaron a sí mismos actuaron «como si hubieran sido mordidos por la bestia feroz» (nº 150, martes 16 de abril de 1793). <<

[132] Patrick, Alison, *The Men of the First Republic*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore 1972, pág. 112. <<

[133] Ibid., pág. 114. <<



[134] Dauban, op. cit., pág. 144. <<

[135] Le Journal Français, n° 150, martes 16 de abril de 1793. <<

[136] El que terminaría convertido durante la restauración monárquica en conde Alexandre Rousselin Corbeau de Saint-Albin se había sentido fascinado por el magnetismo de Danton desde que presenció como adolescente los primeros compases de la Revolución. Tras la ejecución de Danton y partiendo de sus confidencias escribiría el relato de su infancia y juventud que serviría de base a todos sus biógrafos tras ser publicado en 1864 por un hijo de Rousselin. <<

[137] Kuscinski, op. cit., pág. 325. <<

[138] Kuscinski, op. cit., pág. 395. <<

[139] La estimación se basa en el cuadro sinóptico publicado por Sydenham como fruto de su recopilación de todas las fuentes bajo el título «Asistencia de diputados asociados a Brissot a reuniones privadas». Sólo cuatro de los veintidós habían asistido al salón de Vergniaud en casa de *madame* Dodun y sólo cinco habían sido miembros del efímero Club de la Reunión (Sydenham, M. J., *The Girondins*, University of London, 1961, págs. 227-228). <<

[140] Jaurès, Jean, op. cit., t. V, págs. 491-493. <<

[141] Sydenham, op. cit., pág. 207. <<



[142] Soboul, Albert, Actes du colloque girondins et montagnards, Société des Études Robespierriéristes, 1980, pág. 7. <<

[143] Ozouf, Mona, artículo «Girondins» en Dictionnaire critique de la Révolution Française, François Furet y Mona Ozouf, Flammarion, 1988, pág. 374. <<

[144] «*Monsieur* Fonfrède llevaba en Burdeos tacones rojos —símbolo de los cortesanos— y un penacho blanco y hoy se cree un gran legislador —añadió Dubuisson—. He ahí el mal» (Le Journal des Débats, nº 356, recogido en Buchez et Roux, op. cit., t. XXVI, pág. 20). <<

[145] Con su poco rigor habitual, Lasource se refería a la decisión de la secretaría del club, del 10 de abril, de «enviar mañana al Arzobispado a presidir la nueva redacción del mensaje de la Sección de la Halle-au-Blé a los ciudadanos Nosy, Lafaye, Sauvey y Dubuisson». Eso y no otra cosa es lo que se había publicado en Le Journal des Débats como secuela de la intervención crítica de Robespierre. <<

[146] Michelet, Jules, Histoire de la Révolution Française, Jean de Bonnot, 1974, t. VI, pág. 119. <<

[147] Se trataba de los diputados Paganel y Garrau. <<

[148] En una carta dirigida el 20 de mayo por Barbaroux a su amigo el dimisionario Rebequi también identificaría a Desfieux como «el jefe de los malvados en cuyas manos estamos» y como «el hombre que dirige a los Jacobinos de París», añadiendo que en el Armario de Hierro se habían encontrado pruebas de que había estado en tratos económicos con las Tullerías (Correspondance de Barbaroux..., op. cit., pág. 359). <<

[149] Bulletin du Tribunal Criminel, n° 11, t. II, pág. 43. <<



[150] El semanario de Prudhomme aseguraba que así como «el público ha confirmado con sus aplausos la sentencia del Tribunal Revolucionario contra Blanchelande — aristócrata y exgobernador de Santo Domingo—, guillotinado el lunes pasado [...], no ha quedado igualmente satisfecho por la sentencia dictada contra una desgraciada cocinera» (Révolutions de Paris, nº 197, del 13 al 20 de abril de 1793, t. XVI, págs. 166-167). <<

[151] Wallon, H., Histoire du Tribunal Révolutionnaire de Paris, op. cit., t. I, pág. 137.

<<

[152] Révolutions de Paris, n° 198, del 20 al 27 de abril de 1793, t. XVI, pág. 187. <<

[153] Buchez et Roux,. op. cit., t. XXVI, págs. 53-55. <<

[154] Fauchet se jactaba de que su sotana había sido agujereada por las balas de los defensores de la Bastilla cuando abrieron fuego contra la multitud que asediaba la vieja fortaleza; y mostraba la tela perforada como prueba de la compatibilidad entre los valores revolucionarios y el Evangelio. <<

[155] Ni el Moniteur ni ningún otro diario de la época recogió el discurso, excepto el propio Journal des Amis que editaba Fauchet y que, según su principal biógrafo, «no justificaba su título y hubiera merecido llamarse Journal des Ennemis por sus virulentas diatribas» (Charrier, J., Claude Fauchet, Honoré Champion, 1909, t. II, pág. 298). <<

[156] Bowers, Claude G., Pierre Vergniaud. Voice of the French Revolution, MacMillan, Nueva York, 1950, pág. 378. <<

[157] Aulard, Alphonse, La politique et l'éloquence de Brissot, Charavay Frères, 1884, pág. 11. <<



[158] Thompson, J. M., Robespierre, Basil Blackwell, Nueva York, 1988, pág. 358. <<

[159] Tanto *Le Journal Français* como *Le Patriote Français* publicaron que Marat se había entregado en la cárcel de la Abadía y así lo han repetido biógrafos tan solventes como Gérard Walter (op. cit., pág. 375) o Jean Massin (*Marat*, Club Français du Livre, 1960, pág. 264). Sin embargo, una breve reseña de *La Chronique de Paris* indicaba su alta en la Conciergerie el día 23. La polémica queda zanjada por el acta del interrogatorio previo al que Marat fue sometido por Montané en presencia de Fouquier-Tinville a las siete de la tarde en una de las salas del Palacio de Justicia. Ese documento fue publicado en 1866 por Émile Campardon (*Le Tribunal Révolutionnaire de Paris*, Slaktine-Magarotis Reprints, Ginebra, 1975, págs. 30-34).

<<

[160] Jean-Baptiste Marino era hijo del jardinero del conde de Eu —uno de los nietos de Luis XIV— y ejercía como pintor de porcelanas en una tienda del Palais Royal. Representó a su sección en la Comuna Insurreccional del 10 de agosto e, incorporado ya al Departamento de Policía, participó activamente en las masacres de septiembre en la cárcel de La Force, iniciando así su trayectoria sanguinaria. <<

[161] Coquard, Olivier, Marat, op. cit., pág. 395. <<

[162] Le Publiciste de la République Française, nº 179, 27 de abril de 1793, t. XVIII, pág. 228. <<

[163] Michelet, Jules, Histoire de la Révolution Française, Jean de Bonnot, 1974, t. V, pág. 434. <<

[164] «No se debería inundar los pórticos del Tribunal Revolucionario armados de pistolas, el santuario de las leyes no debería tolerar en su recinto otras armas que la espada de la justicia», se quejaría *Révolutions de Paris* (nº 198, t. XVI, pág. 189). <<

[165] Así se lo habían prometido los directivos de la Sección Quatre-Nations a los radicales de Auxerre con quienes mantenían correspondencia (Massin, Jean, Marat, Club Français du Livre, 1960, pág. 265). <<



[166] Le Journal Français, n° 159, jueves 25 de abril de 1793, pág. 4. <<

[167] Walter, Gérard, Marat, op. cit., pág. 378. <<

[168] Le Patriote Français, nº 1343, miércoles 17 de abril de 1793, t. VIII, pág. 429.

<<

[169] Bulletin du Tribunal Criminel, nº 16, pág. 63. <<

[170] Walter, Gérard, op. cit., pág. 379. <<

[171] 1Bulletin du Tribunal Criminel, n° 17, pág. 67. <<

[172] Le Patriote Français, nº 1351, jueves 25 de abril de 1793, t. VIII, pág. 461. <<

[173] Le Publiciste de la République Française, n° 181, lunes 29 de abril de 1793, t. XVIII, pág. 244. <<



[174] Walter, Gérard, op. cit., pág. 384. <<

[175] Gayo Fabricio Luscino fue un cónsul y general romano del siglo III a. C. famoso por su integridad —rechazó sobornos del rey Pirro— y por su modo de vida austero. Creso fue el último rey de Lidia —en la actual Anatolia— y en el siglo VI a. C. era considerado el hombre más rico de su tiempo. Arístides fue un estadista ateniense del siglo V a. C. apodado «el Justo». Jerjes fue el rey de Persia que invadió Grecia al comienzo de ese mismo siglo y derrotó a los espartanos en las Termópilas. <<

[176] Michelet, Jules, op. cit., t. V, pág. 437. <<

[177] Michelet, Jules, op. cit., t. V, pág. 435. <<

[178] Morel-Fatio, Alfred, «José Marchena et la propagande révolutionnaire en Espagne en 1792 et 1793», *Revue Historique*, 1890, t. XV, pág. 84. <<

[179] Ibid. <<

[180] Taschereau se había caracterizado por el radicalismo de sus intervenciones en el Club de los Jacobinos durante los días posteriores a la caída de la Monarquía, pidiendo que se persiguiera a los implicados en la resistencia de las Tullerías y respaldando la candidatura de Marat como diputado a la Convención. Una vez enviado a Madrid remitía escritos al club, de acuerdo con Carles, poniendo en entredicho el republicanismo de Bourgoing, quien «tras descubrir una parte de la trama creyó estar obligado a explicarse y justificarse en una larga carta dirigida a Lebrun, mostrando una educación obsequiosa —era el signo de los tiempos— hacia estos dos delatores» (Grandmaison, Geoffrey de, *L'Ambassade française en Espagne pendant la Révolution*, Plon, 1892, pág. 83). <<

[181] Biré, Edmond, Journal..., op. cit., pág. 229. <<



[182] Herriot, Edouard, *Madame Récamier et ses amis*, Plon, 1904, t. I, pág. 2. <<

[183] Según esta versión, recogida sin duda de labios de *madame* Récamier, tanto el banquero como el resto de la familia «escaparon al cuchillo revolucionario en gran medida gracias a la protección de Barère», que era uno de los asiduos a casa de los Bernard (*Souvenirs et correspondance de Madame Récamier*, Michel Lévy, 1860, t. I, pág. 14). <<

[184] Lemaître, Jules, *Madame Récamier*, Helleu et Sergent, 1930, pág. 7. <<

[185] La carta fue dirigida por Récamier el 22 de febrero a un familiar apellidado Delphin y residente en Lyon (Herriot, op. cit., t. I, págs. 12-16). <<

[186] Biré, op. cit., pág. 230 <<

[187] Le Patriote Français, nº 1351, jueves 25 de abril de 1793, t. VIII, pág. 461. <<

[188] Le Publiciste de la République Française, n° 181, lunes 29 de abril de 1793, t. XVIII, págs. 243-245. <<

[189] Le Courier des Départements, sábado 27 de abril de 1793, citado por Walter, op. cit., pág. 384. <<



[190] Citado por Walter, op. cit., pág. 385. <<

[191] El testimonio de Harmand de la Meuse aparece recogido en *La démagogie en 1793 à Paris*, C. A. Dauban, Henri Plon, 1868, págs. 272-273. <<

[192] Le Patriote Français, nº 1356, martes 30 de abril de 1793, t. VIII, pág. 480. <<

[193] Mémoires de *Madame* Roland, op. cit., págs. 172-173. <<

[194] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVI, pág. 348. <<

[195] Aulard, A., *La Société des Jacobins*, op. cit., t. V, págs. 153-154. <<

[196] Sorel, Albert, L'Europe et la Révolution Française, Plon, 1906, t. III, pág. 277.

<<

[197] Le Publiciste de la République Française, sábado 6 de abril de 1793, t. XVIII, pág. 93. <<



[198] Armstrong Kelly, George, *Victims, Authority and Terror. The Parallel Deaths of d'Orléans, Custine, Bailly and Malesherbes*, The University of North Carolina Press, 1982, pág. 124. <<

[199] Aymes, Jean-René, La guerra de España contra la Revolución Francesa, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante, 1991, pág. 49. <<

[200] Chassin, Ch. L., La préparation de la guerre de la Vendée, Paul Dupont, 1892, t. III, pág. 355. <<

[201] Doré Graslin, P., Itinéraires de la Vendée militaire, Garnier, 1979, pág. 46. <<

[202] Los jefes insurrectos D'Elbée y Sapinaud habían encargado al monárquico Guerry de Tiffauges que obtuviera de Inglaterra y España «la pólvora que les faltaba», así como «municiones de guerra y tropas de línea» (Chassin, op. cit., t. III, págs. 539-540). <<

[203] Papiers de Berthélemy, Jean Kaulek (ed.), Felix Alcan, 1887, t. II, pág. 226. <<

[204] Tras el primer reparto de Polonia en 1773, el estallido de la Revolución Francesa había venido a coincidir con el intento de los polacos por sacudirse el yugo extranjero. El 3 de mayo de 1791 el rey Estanislao II, con el apoyo de la nobleza reformista y de la corte de París, había proclamado una Constitución similar en algunos aspectos a la que ese mismo año se aprobaría en Francia. Rusos y prusianos invadieron, sin embargo, Polonia, derrotando al ejército de patriotas comandado por Poniatowski y Kosciusko y sentando las bases del que sería en septiembre de 1793 el segundo reparto. <<

[205] Sorel, Albert, op. cit., t. III, pág. 300. <<



[206] Aulard, A., *Récueil des Actes du Comité de Salut Publique*, Imprimerie Nationale, 1889, t. II, págs. 533-534. <<

[207] Bornarel, F., Cambon et la Révolution Française, Felix Alcan, 1905, pág. 398.

<<

[208] Bulletin du Tribunal Criminel, n° 20, pág. 87. <<

[209] Biré, Edmond, Journal d'un bourgeois de Paris pendant la Terreur, t. II, págs. 240-241. <<

[210] Fue en concreto Destournelles, vicepresidente del Consejo General de la Comuna, quien planteó el asunto en esos términos (Aulard, A., *La Société des Jacobins*, t. V, pág. 170). <<

[211] Révolutions de Paris, n° 199, 27 de abril al 4 de mayo de 1793, t. XVI, pág. 265.

<<

[212] Burstin, Haim, Une Révolution à l'oeuvre. Le faubourg Saint-Marcel (1789-1794), Champ Vallon, 2005, pág. 556. <<

[213] Schmidt, Adolphe, Tableaux de la Révolution Française publiés sur les papiers inédits du Département et de la Police Secrète de Paris, Veit & Comp, 1867, Leipzig, t. I, págs. 161-163. <<



[214] Garat tenía dos sobrinos, hijos ambos de su hermano mayor, Dominique Garat Hiriart, diputado como él en la Constituyente. Aunque resultaría más literario que el confidente Dutard se hubiera relacionado con el ya célebre cantante Pierre Garat Gouteyron, todo indica que el que vivía con el ministro era su hermano pequeño, Jacques-Joseph Garat Gouteyron. El equívoco se vería alimentado cuando el ya exministro fue detenido en septiembre de 1793 y en el acta del Comité Revolucionario de la Sección de Mont-Blanc consta que se interrogó «al sobrino de Garat, Jacques-Joseph de Morilla, el célebre cantante» (Annales Historiques de la Révolution Française, op. cit., 1932, pág. 161). Es imposible saber si el error de aquellos inquisidores de ocasión fue inducido por el propio interrogado, pero la falsedad de la identificación queda patente cuando explica que tiene veintiséis años, que ha trabajado en el Ministerio de Exteriores y que forma parte de la redacción de la Feuille du Salut Public. Ninguno de esos datos corresponde al «célebre cantante», cinco años mayor y dedicado por completo a su carrera artística. No hay que descartar que el hermano pequeño quisiera burlarse de los sans-culottes que le interrogaban haciéndose pasar por el mayor. La inclusión del apellido «de Morilla» en ese nombre artístico avalaría esa idea, pues se trata de una variante con sonoridad castiza de la casa solariega de Mailla que la familia Garat poseía en Ustaritz. <<

[215] Schmidt, op. cit., pág. 164. <<

[216] Sorel, Albert, op. cit., t. III, pág. 290. <<

[217] Le Patriote Français, nº 1357, jueves 2 de mayo de 1793, t. VIII, pág. 490. <<

# Notas Capítulo V

[1] La Chronique de Paris, nº 124, 4 de mayo de 1793. Un informe de Santerre presentado ante el Consejo General de la Comuna el 2 de mayo elevaba las tropas a sueldo a 2948 efectivos y añadía que «estos destacamentos sólo esperan para partir a que se complete su vestuario y armamento» (Buche et Roux, op. cit., t. XXVI, pág. 342). <<

[2] El Consejo General de la Comuna distribuyó un bando titulado «Enrolamiento pasajero», y envió una circular a las secciones pronosticando que «dentro de ocho días la guerra civil habrá terminado y dentro de ocho días los parisinos volverán vencedores» (Colonel Herlaut, «La Levée des Volontaires pour la Vendée à Paris», *Annales Historiques de la Révolution Française*, 1931, pág. 386). <<

[3] Michelet, Jules, La Révolution Française, Jean de Bonnot, 1974, t. V, pág. 442. <<



[4] Teniendo en cuenta que el total de la población del faubourg Saint-Antoine en ese momento ha quedado establecida en poco más de 46.000 habitantes —distribuidos en las secciones de Popincourt, Quinze-Vingts y Montreuil— si realmente los peticionarios hubieran llegado acompañados de 9000 personas eso habría incluido a uno de cada cinco y tal vez a uno de cada cuatro, descontando ancianos y niños (Monnier, Raymonde, *Le Faubourg Saint-Antoine, 1789-1815*, Société des Études Robespierriéristes, 1981, pág. 297). <<

[5] Según un informe policial de los días 2 y 3 de mayo los cabecillas del faubourg Saint-Antoine tenían un plan bastante burdo: «Si sus comisarios hubieran sido detenidos, tal y como lo deseaba el Pantano (Marais), estaban decididos a llegar hasta las últimas consecuencias. Se habrían apoderado de los veintidós diputados considerados como muy sospechosos. Se proponían conducirlos ellos mismos hasta sus respectivos departamentos y devolvérselos a sus conciudadanos diciendo: “Haced con ellos lo que queráis”» (Tuetey, Alexander, op. cit., t. IX, pág. 146). <<

[6] Le Patriote Français, nº 1358, viernes 3 de mayo de 1793, t. VIII, pág. 493. Según el diario moderado, «esta conducta de Danton no ha sorprendido más que por su extrema torpeza, que ponía al desnudo los proyectos de la facción». <<

[7] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVI, pág. 331. <<

[8] A propuesta de Legendre el Club de los Jacobinos ofreció acondicionar su sede para que «las ciudadanas de Versalles» pasaran allí la noche. Sin embargo, la Sección de las Tullerías terminó resolviendo el problema al organizar una cena cívica para los peticionarios de ambos sexos y poner a su disposición para que pernoctaran el antiguo convento de la Asunción en el que celebraba sus asambleas. <<

[9] Mathiez, Albert, La vie chère et le mouvement social sous la Terreur, Payot, 1927, pág. 180. <<

[10] Schmidt, op. cit., t. I, pág. 165. <<

[11] Tuetey, op. cit., t. IX, nº 553, pág. 150. <<



[12] Herlaut, Colonel, «La Levée des Volontaires pour la Vendée à Paris», Annales Historiques de la Révolution Française, 1931, pág. 396. <<

[13] El precio máximo quedaba fijado en cada departamento en el promedio entre los valores mayor y menor que hubieran tenido los granos y harinas entre el 1 de enero y el 1 de mayo de ese año. Se establecía también que el 1 de junio se produjera una reducción del 10 por ciento y se fijaban bajadas bastante menores para los meses sucesivos. <<

[14] «Examinad cómo el golpe estaba preparado desde hace tiempo», le decía el confidente al ministro. «Desde hace dos meses Chaumette hablaba a cada instante de las comunas de Versalles y Nevers (su país natal). Pues bien: Versalles ha venido y se asegura que muchos voluntarios de Nevers están aquí desde hace días» (Schmidt, op. cit., t. I, pág. 175). <<

[15] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVI, pág. 349. <<

[16] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVI, pág. 348. <<

[17] Tersitas es un soldado raso, de carácter envidioso y egoísta, que Homero utiliza como personaje secundario en la *Ilíada* y al que Shakespeare otorga un perfil similar en *Troilo y Crésida*. <<

[18] Schmidt, op. cit., t. I, pág. 184. <<

[19] El documento policial también añadía que «uno de sus cómplices se arrojó al Sena, donde se ahogó», corroborando así la buena información de Dutard (Tuetey, op. cit., t. IX, nº 566, pág. 156). <<



[20] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVI, págs. 358-362. <<

[21] Se refería a lo ocurrido en la asamblea de la Sección de Contrat-Social —a la que pertenecía el propio Dutard—, cuyas reuniones se celebraban en la iglesia de Saint-Eustache, en las inmediaciones del mercado de Les Halles. También le decía que «en la Sección de Les Halles se ha acordado que cuando los sans-culottes no dominaran, se marcharían e irían a unirse a los sans-culottes de otra sección». Para Dutard era muy significativo que esto se hubiera llegado a plantear allí, puesto que «esta sección ha sido una de las más enragés durante toda la Revolución» (Schmidt, op. cit., t. I. pág. 188). <<

[22] Le Publiciste de la République Française, n° 188, martes 7 de mayo de 1793, t. XVIII, pág. 301. <<

[23] Tuetey, Alexandre, op. cit., t. IX, pág. xxxviii. <<

[24] Quien difundió esa falacia fue el diputado Maure, protegido por Le Peletier de Saint-Fargeau, muy apreciado por Marat y porteador habitual de Couthon. <<

[25] Un decreto del Comité de Salud Pública de ese mismo día establecía que el ministro de la Guerra proporcionaría de inmediato cartucheras, sacos de piel y dos carros para los pertrechos a la compañía de granaderos gendarmes. Asimismo preveía que sus diez oficiales recibieran otros tantos «caballos de lujo» de entre los incautados a las familias pudientes de París (Tuetey, op. cit., t. VIII, nº 2108, pág. 317). <<

[26] Lenormand, Frédéric, Douze tyrans minuscules. Les policiers de Paris sous la Terreur, Fayard, 2003, pág. 67. <<

[27] Tuetey, op. cit., t. IX, pág. xxxix. <<



[28] Morel-Fatio, Marchena et la propagande révolutionnaire en Espagne, op. cit., págs. 85-86. <<

[29] El Consejo General de la Comuna acordó no volver a celebrar sesiones los domingos por la tarde «mientras el patriotismo no domine en las asambleas de las secciones» para que sus propios integrantes pudieran intervenir en ellas. También creó un Comité de Vigilancia en contacto permanente con los comités revolucionarios de las secciones (Buche et Roux, op. cit., t. XXVI, pág. 370). <<

[30] Una delegación de la Sección de Lombards había comparecido ya el 21 de abril en la iglesia de Saint-Eustache, sede de Contrat-Social, «para testimoniar el dolor que les producen las intrigas, la anarquía y los disturbios sin cuento provocados por el partido monárquico». La asamblea acordó devolverles la visita dos días después «para fraternizar con ellos y agradecerles el ardor y el celo republicano que les anima» (Tuetey, op. cit., t. VIII, nº 2384, pág. 366). La semana siguiente Contrat-Social repitió la operación con Gardes-Françaises, cantándose durante su encuentro «el himno de los marseleses y coplas a favor del patriota Marat» (Tuetey, op. cit., t. VIII, nº 2404, pág. 370). <<

[31] Slavin, Morris, *The Making of an Insurrection*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1986, pág. 23. <<

[32] Atlas de la Révolution Française, Émile Ducoudray, Raymonde Monnier y Daniel Roche (dir.), Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1989, t. XI, pág. 60.<<

[33] Le Journal Français, n° 170, lunes 6 de mayo de 1793, pág. 3. <<

[34] Así concluía el ejemplar del periódico de Hébert titulado «La Grande colère du Père Duchesne contre Jérôme Pétion» (t. VII, nº 232). «¡Y son magistrados del pueblo los que se permiten tales perversidades!», denunciaba Le Patriote Français (nº 1359, sábado 4 de mayo de 1793, t VIII, pág. 496), aludiendo al cargo de Hébert como adjunto al procurador de la Comuna. «¿Es que no son denunciados, perseguidos y castigados? Que los departamentos mediten sobre estos hechos y se pregunten si es posible establecer alguna vez el orden, cuando los magistrados del pueblo lo subvierten impunemente cada día». <<

[35] La expulsión del redactor de Le Journal des Débats, llamado Deflers, había tenido lugar el 21 de diciembre «empujado por el viento de los abucheos generales», según su propio relato. A partir de ese momento el único periódico que satisfacía a los Jacobinos era el Créole Patriote, elaborado por un tal Miscent, pero su cierre a las pocas semanas acrecentó su orfandad informativa (Walter, Gérard, Histoire des Jacobins, Aimery Somogy, 1946, págs. 261-263). <<



[36] Walter, *ibid.* <<

[37] Le Journal Français, n° 169, domingo 5 de mayo de 1793, pág. 3. <<

[38] Wallon, Henri, Histoire du Tribunal Révolutionnaire de Paris, Hachette, 1880, t. I, pág. 123. <<

[39] Le Journal Français, n° 173, jueves 9 de mayo de 1793, pág. 3. <<

[40] Wallon, op. cit., t. I, pág. 128. <<

[41] Gaulot, Paul, «*Madame de Kolly*», La Revue Hebdomadaire, nº 33, Plon Nourrit Éditeurs, 14 de julio de 1900, pág. 190. <<

[42] Según el autodenominado «amigo de la Revolución, de las leyes y de la justicia», que firmaba así la obra, la señora Kolly «había vivido seis meses de más para morir cada día, cada hora, cada minuto» (*Le glaive vengeur de la République Française*, Galletti, 1794, pág. 76). <<

[43] Numa Pompilio, segundo rey de Roma, solía vagar por los bosques y en ellos se le atribuían encuentros clandestinos con la ninfa Egeria. Esta era, según la leyenda, la fuente de su autoridad. La alusión a la «paloma de Mahoma» se refiere a la creencia de que el profeta recibía los mensajes de Alá a través de un ave que le susurraba en el oído. Algunos cristianos alegaban que Mahoma colocaba guisantes en sus orejas para atraer a la paloma. El «demonio familiar de Sócrates» se refiere al que, según el filósofo, le empujaba a la pasividad y la indolencia. <<



[44] Mathiez, Albert, op. cit., AHRF, 1929, pág. 121. <<

[45] Mossé, Claude, L'Antiquité dans la Révolution Française, Albin Michel, 1989, pág. 93. <<

[46] Es obvio que Robespierre estaba confundiendo el caso del tal Permes de la Sección de Lombards con el de Sagnier, de la de Bon-Conseil, que era el que trabajaba como pasante del exprocurador Fortin. Todo indica que Fortin había pasado a ocupar el puesto de ujier en la segunda acepción que a la palabra da el Diccionario Grand Robert: «Oficial ministerial encargado de notificar los actos del procedimiento y de poner en ejecución las decisiones de la justicia y los actos autenticados que tengan fuerza ejecutiva». Desempeñaría pues funciones equivalentes a las de un secretario judicial. <<

[47] Oeuvres de Maximilien Robespierre, Phénix Éditions, 2000, t. IX, pág. 491. <<

[48] Por su buena exposición a los vientos, Meudon había servido ya de escenario en la década anterior a algunas de las primeras experiencias de los hermanos Montgolfier y otros pioneros de la ascensión en globo. Los archivos municipales constatan en 1787 la llegada de un artilugio con el duque de Chartres a bordo. Durante la primera mitad de 1793 el diputado y químico Guyton Morveau ultimaba la fundación de la École Aérostatique de Meudon que, con el también químico Conté como director, albergaría la Primera Compañía Aerostática que, con el capitán Coutelle al frente, habría de rendir, a partir de la batalla de Fleurus, grandes servicios a la Revolución. <<

[49] Hautecoeur, Louis, Histoire de l'architecture classique en France, Picard, 1953, t. V. pág. 117. <<

[50] «Su inventario exhibía los decretos de los comités, las listas de sospechosos, los periódicos, los informes, los últimos panfletos [...]. Una mañana la tienda permaneció cerrada [...], todo el mundo se sorprendió. Los curiosos se informaron: la ciudadana Lesclapart había sido detenida por la noche y guillotizada al día siguiente» (Lenôtre, G., Paris révolutionnaire, Perrin, 1912, pág. 108). <<

[51] Un escultor llamado Roger había recibido 5 libras por hacer ese trabajo, que también incluía «la destrucción de una corona de Francia» (Lenôtre. G., op. cit., pág. 99). <<



[52] Barère publicó en sus Memorias que se enteró de que un célebre escultor llamado Houdon tenía a medio hacer una estatua de mármol de Italia que representaba a Santa Eustaquia, destinada a la iglesia de los Inválidos, y que le convenció de que la adaptara a la imagen alegórica de la Libertad. Todo indica que se trató de una fabulación de Barère, puesto que Lenôtre reprodujo la factura pagada por el trabajo al artista Dupasquier, en la que por cierto no figura el mármol por ninguna parte y sí 600 libras por el «precio en yeso», amén de otras tantas por su «bronceado» (Lenôtre, op. cit., pág. 102). <<

[53] El diputado adscrito a la Planicie Jacques-Antoine Dulaure, gran amante y conocedor de la arquitectura —había trabajado en un estudio e inventado incluso un aparato para el levantamiento de planos—, publicó su evaluación de la sala en el ejemplar del 13 de mayo de su periódico *Le Thermomètre du Jour*. Todas las descripciones del recinto recogen desde entonces sus impresiones. <<

[54] Couty, Mathieu, «Le Chateau de 1789 à 1799», en Les Tuileries au XVIII siècle, Delegation à l'Action Artistique de la Ville de Paris, 1990, pág. 111. <<

[55] A la vista de su situación el redactor del Logotachygraphique anunció a la Convención que suspendía la publicación, describiendo así sus condiciones de trabajo: «Apretado como todos los periodistas en los lugares ridículos que se nos han asignado y que nos impiden toda comunicación con la Asamblea, privado de las notas y de los decretos indispensables para seguir los debates de las sesiones...» (Biré, Edmond, *Journal...*, op. cit., t. II, pág. 253). <<

[56] La referencia a «toda clase de bastones» parece aludir a que también estaban permitidos los muy populares que guardaban incrustada una espada en su seno. El decreto establecía además que los diputados debían ir siempre con su tarjeta acreditativa o recurrir a un ujier para ser reconocidos si se les olvidaba, y prohibía el estacionamiento de carruajes ante la puerta del Palacio Nacional (Couty, Mathieu, op. cit., pág. 125). <<

[57] Révolutions de Paris, n° 201, del 11 al 18 de mayo de 1793, t. XVI, pág. 339. <<

[58] Schmidt, op. cit., t. I. pág. 230. <<

[59] Le Journal Français, nº 175, sábado 11 de mayo de 1793, pág. 2. <<



[60] Le Patriote Français, nº 1366, sábado 11 de mayo de 1793, t. VIII, pág. 524. <<

[61] Cuando Desfieux hablaba de un «arquitecto patriota» no se refería a Vignon, sino a un tal Boyer, autor de un proyecto anterior. De hecho en su intervención añadió: «Haced venir a Boyer para conocer las razones por las que su plan fue descartado. Entonces haremos que detengan a Roland» (Buche et Roux, op. cit., t. XXVI, pág. 456). <<

[62] Le Patriote Français, viernes 10 de mayo de 1793, nº 1365, t. VIII, pág. 522. <<

[63] «Roland quiere irse al campo a respirar un poco, lejos de las guaridas del crimen y bandidaje. El Comité de Finanzas encargado del examen de sus cuentas permanece mudo y entre tanto los asesinos afilan, a su gusto, los cuchillos» (Le Journal Français, nº 175, sábado 11 de mayo de 1793, pág. 2). <<

[64] El incidente se produjo cuando Delacroix propuso en nombre del Comité de Salud Pública nombrar a una decena de diputados como nuevos comisarios ante los ejércitos desplegados en la Vendée y sus alrededores. Marat dijo que algunos de ellos eran autores de «los libelos que han llevado la revuelta a los departamentos». Uno de los aludidos, el diputado moderado Dandenac el Joven —así llamado para distinguirlo de su hermano mayor, alineado con la Montaña—, inició su réplica diciendo que no eran las personas como él las que habían «provocado el saqueo y la invasión de las propiedades». Lasource le interrumpió invocando un decreto adoptado tres días antes, cuando l'Ami du Peuple había acusado a los también moderados Chambon y Lidon de connivencia con los suministradores del ejército, y la Convención había decretado que en adelante no tendría en cuenta las insidias de Marat. <<

[65] La idea había sido ya esbozada por Desmoulins en el Club de los Jacobinos, en vísperas del asalto a las Tullerías, invocando un precedente clásico: «En Atenas los pobres no pagaban por ser ciudadanos y por ir a la sección, sino que por el contrario se les pagaba: a cada ciudadano que iba a la Pnyx, a la asamblea del pueblo, se le daban tres óbolos» (Mossé, Claude, *L'Antiquité dans la Révolution Française*, Albin Michel, 1989, pág. 77). <<

[66] Artarit, Jean, Robespierre, CNRS Éditions, 2009, pág. 245. <<

[67] Aulard, La Société..., op. cit., t. V, pág. 186. <<



[68] «Tened en cuenta que si la facción hace alguna tentativa seguro que será un domingo o un día de fiesta. Recordad que fue un domingo cuando tuvo lugar la orgía del Campo de Marte», había escrito Dutard al ministro el jueves día 9. El martes 14 insistiría sobre ese extremo (Schmidt, op. cit., t. I, págs. 198 y 222). <<

[69] Le Patriote Français, nº 1363, miércoles 8 de mayo de 1793, t. VIII, pág. 513. <<

[70] Schmidt, op. cit., t. I, pág. 202. <<

[71] Le Patriote Français, nº 1364, jueves 9 de mayo de 1793, t. VIII, pág. 517. <<

[72] Todo sugiere que se trataba de una fantasía destinada a alimentar la tesis de la conjura jacobina al servicio de los Orleáns, «representados» por el novelista y secretario del duque encarcelado en Marsella, Choderlos de Laclos. La hipotética presencia de «algunos militares de uniforme» mantenía viva la idea de que la rebelión de Dumouriez había sido manejada por Danton para llevar al trono al duque de Chartres. <<

[73] En los días anteriores habían circulado rumores sobre corrupción en el tribunal que afectaban tanto a los jueces como al acusador público y a los propios miembros del jurado. Tanto es así que dos de estos últimos —Dumont, primer jurado en el juicio contra Marat, y el exaristócrata Leroy, rebautizado «Dix-Août»— se habían sentido obligados a declarar expresamente que eran «inaccesibles a la seducción» durante la sesión del 9 de mayo (Campardon, Émile, *Le Tribunal Révolutionnaire de Paris*, Megariotis Reprints, Ginebra, 1975, pág. 40). <<

[74] La prórroga se había decretado a instancias de los montagnards Lévassour y Thuriot —apoyo habitual de Danton— mediante voto a mano alzada. Los moderados Lanjuinais, Salle y Barbaroux cuestionaron el resultado de la votación sin lograr que se repitiera y pidieron en vano abrir un debate sobre el asunto. Buzot propuso que se renovara la mitad del Comité, pero Collot d’Herbois se alzó contra la mera discusión de su enmienda. <<

[75] La portavoz de la delegación había logrado impactar a la Convención: «Unas madres, esposas y ciudadanas vienen a pedirnos que les devuelvan a sus maridos, a sus padres, a sus parientes, a sus conciudadanos. Unos han sido arrancados de su lado en medio de las tinieblas de la noche con el imponente despliegue de una fuerza armada y han sido arrojados a las prisiones sin miramiento a la edad o a las enfermedades. Otros permanecen cautivos en sus casas sin duda porque no quedan ya locales para encarcelarles. La ciudad entera está encadenada desde hace seis semanas». Boyer-Fonfrède les concedió los honores de la sesión entre los abucheos de las tribunas. Cuando Louvet había pedido la palabra para hablar a su favor, Thuriot y Collot d'Herbois convencieron a la cámara de que «sería penoso» tratar el asunto «delante de las ciudadanas» y se acordó pedir un informe a dos comités. <<



[76] Según una pequeña reseña publicada en el Moniteur, el 10 de mayo «algunas ciudadanas se han presentado en la secretaría de la municipalidad y, de acuerdo con la ley sobre policía municipal, han declarado tener la intención de reunirse y de formar una sociedad en la que sólo las mujeres podrán ser admitidas. Esta sociedad tendrá por objetivo deliberar sobre los medios para desbaratar los planes de los enemigos de la República. Llevará el nombre de Sociedad Republicana Revolucionaria y se reunirá en la biblioteca de los Jacobinos en la calle Saint-Honoré» (Gazette Nationale ou le Moniteur Universel, lunes 13 de mayo de 1793, t. XVI, pág. 362). <<

[77] Godineau, Dominique, Citoyennes tricoteuses, Perrin, 2004, pág. 129. <<

[78] Larue-Langlois, François, Claire Lacombe, citoyenne révolutionnaire, Punctum, 2005, pág. 30. <<

[79] La biógrafa de Théroigne de Méricourt, Elisabeth Roudinesco, sostiene que la primera sociedad revolucionaria formada exclusivamente por mujeres fue la Sociedad de Amigas de la Verdad, fundada en marzo de 1791 por Etta Palm. Sin embargo, su actividad fue muy escasa y siempre condicionada por el hecho de que Etta Palm alternara su compromiso feminista con sus relaciones íntimas con diputados como Chabot o Basire y su carácter de espía al servicio de los Países Bajos. <<

[80] Godineau, op. cit., págs. 131-132. <<

[81] Schmidt, op. cit., t. I, pág. 210. <<

[82] Schmidt, op. cit., t. I, pág. 213. <<

[83] El autor de esta propuesta fue el diputado por el Departamento de la Creuse, Jean-François Baraillon, médico de profesión y catalogado por Kuscinski como «monárquico en el fondo» (Dictionnaire des conventionnels, op. cit., pág. 21). <<



[84] En su informe del 13 de mayo Dutard le contó a Garat la historia de un tal *monsieur* Saule o Sole, «un viejo gordo encanijado, toda su vida borracho», que siendo uno de los enragés más notables de la Sección de la Halle-au-Blé, había logrado la plaza de inspector de las tribunas desde la época de la Constituyente. El resultado era que «durante cerca de tres años ha dirigido la conducta del público en la tribuna que tenía confiada. Antes de entrar, cada uno iba al café a informarse por *monsieur* Sole de lo que había que decir y de cuál era el orden del día para los aplausos» (Schmidt, op. cit., t. I, pág. 216). Taine lo identificará como «el espécimen medio por sus ambiciones, sus principios y su lógica» del Partido Jacobino (op. cit., libro III, pág. 181). <<

[85] Aulard, La Société..., op. cit., t. V, pág. 189. <<

[86] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVI, págs. 473-474. <<

[87] «Los muros de París están tapizados de un cartel firmado por “los Resucitados”. Son los pretendidos Defensores de la República Una e Indivisible. Invitan buenamente a los ciudadanos de París a apresurarse a degollar a los hombres de Estado» (Le Patriote Français, martes 14 de mayo de 1793, nº 1369, t. VIII, pág. 536). <<

[88] El ochavo era una antigua moneda francesa en desuso. Equivalía a un cuarto de perra, lo que implicaba que Legendre sostenía que el pan valdría la mitad del precio subvencionado por la Comuna si los moderados no hicieran peticiones como la de los representantes de Burdeos. <<

[89] Schmidt, op. cit., t. I, pág. 225. <<

[90] Le Patriote Français, nº 1369, martes 14 de mayo de 1793, t. VIII, pág. 536. <<

[91] Le Patriote Français, nº 1371, jueves 16 de mayo de 1793, t. VIII, pág. 544. <<



[92] Buzot sostiene que la verdadera jefa del grupo era «la Colombe». Se refería a Anne-Félicité Colombe, dueña de una imprenta en la plaza Dauphine, donde se había editado el periódico de Marat. Era una de las más activas entre las Ciudadanas Revolucionarias. Buzot la tildaba de «vieja ladronzuela» (Mémoires sur la Révolution Française, Pichon et Didier, 1828, pág. 84). <<

[93] Tuetey, op. cit., t. IX, pág. 174, nº 598-1. <<

[94] Su verdadero nombre era Anne-Josèphe Terwagne. Su nombre de guerra, familiarizado por la prensa monárquica, procedía de la adaptación fonética tanto de su apellido como del nombre del pueblo —Marcourt— en el que había nacido. Su leyenda se había agrandado tras haber sido secuestrada a comienzos de 1791 por una trama de aristócratas franceses y haber estado encarcelada durante casi un año en prisiones austriacas. <<

[95] Baudot, Marc-Antoine, Notes historiques sur la Convention Nationale, D. Jouaust, 1893, pág. 111. <<

[96] Roudinesco, Elisabeth, Théroigne de Méricourt. Une femme mélancolique sous la Révolution, Seuil 1989, págs. 144-148. <<

[97] Ibid., pág. 149. <<

[98] Ernst, Otto, Théroigne de Méricourt, Payot, 1935, pág. 280. <<

[99] Barras, Paul, Mémoires, Paleo, 2004, t. I, pág. 127. <<



[100] Roudinesco, op. cit., pág. 152. <<

[101] Duprat, Annie, «La Trésorière des Miramionnes n'avait qu'une fesse...», AHRF, n° 361, julio/septiembre de 2010, pág. 53. <<

[102] AHRF, nº 361, «Entre scatologie et fantasmes sexuels, le cul et son imaginaire», cuadernillo final de ilustraciones, números 25, 27, 28, 29 y 30, en Vovelle, Michel, La Révolution Française. Images et Récit, Livre Club Diderot, 1986, t. III, pág. 126. <<

[103] Tuetey, op. cit., t. IX, pág. 174, nº 597-13.<<

[104] Tuetey, op. cit., t. IX, pág. 173, nº 597-10. <<

[105] Ernst, op. cit., págs. 278-279. <<

[106] Pellet, Marcellin, Théroigne de Méricourt, Quantin, 1886, págs. 109-110. <<

[107] Tuetey, op. cit., t. IX, pág. 204, nº 659; Schmidt, op. cit., t. I, pág. 375. <<



[108] Roudinesco, op. cit., pág. 170. <<

[109] En esa misma sesión del Consejo General de la Comuna, Chaumette echó más leña al fuego leyendo textos de Brissot y de Gorsas dando a entender que en un primer momento habían aprobado las masacres de septiembre y habían cambiado luego de opinión para utilizarlas contra la municipalidad. En medio de una gran indignación se acordó imprimir carteles que reflejaran en dos columnas las opiniones de «el Gorsas de entonces» y «el Gorsas de hoy» (Buche et Roux, op. cit., t. XXVII, pág. 24). <<

[110] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVII, pág. 25. <<

[111] Tuetey, op. cit., t. IX, pág. 174, nº 598-2. <<

[112] Venezuela ni siquiera formaba parte entonces del Virreinato del Perú, sino del de Nueva Granada creado en 1717 con capital en Bogotá. Desde 1777 había quedado constituida como ente autónomo bajo el nombre de Capitanía General de Venezuela. Y desde luego Miranda suspiraba y peleaba por la independencia de Venezuela, encuadrada en todo caso dentro del imperio de la Gran Colombia. <<

[113] Bulletin du Tribunal Criminel Révolutionnaire, Chez Clément, 1793, n° 32, pág. 127. <<

[114] Ibid., nº 34, pág. 136. <<

[115] Ibid., nº 36, págs. 141-142. <<



[116] Ibid., nº 35, pág. 138. <<

[117] Ibid., nº 36, pág. 142. <<

[118] Archivo del general Miranda, Parra Leon Hermanos, Editorial Suramérica, Caracas, 1931, t. XII, págs. 321-322. <<

[119] Chauveau-Lagarde desveló una supuesta conversación entre Dumouriez y Miranda, después del arresto de los generales La Noue y Stengel: «Dumouriez aprovechó la oportunidad para preguntar a Miranda qué haría si recibía una orden parecida de detenerle a él. Este hombre valiente le respondió que como servidor fiel de la República, obedecería; pero que en todo caso la orden no iría dirigida a él por ser el general Valence el más antiguo [...]. Parece que, desde ese mismo momento, Dumouriez juró perderle» (Ibid., t. XII, pág. 328). <<

[120] Ibid., t. XII, pág. 329. <<

[121] Ibid., t. XII, pág. 334. <<

[122] Ibid., t. XII, pág. 344. <<

[123] Bulletin du Tribunal Criminel Révolutionnaire, Chez Clément, 1793, n° 36, pág. 143. <<



[124] Ibid., nº 37, pág. 146. <<

[125] Según la especialista en el papel de las mujeres durante la Revolución, Dominique Godineau, la Mère Duchesne se llamaba en realidad Dubouy o Debuis. Era una cocinera sin trabajo, estaba separada de su marido y se pasaba el día vociferando por la mañana en el Tribunal Revolucionario, por la tarde ante las Tullerías y por la noche en la Comuna o en el Club de los Jacobinos. Tras la muerte de ambos, aseguraría que «los dos únicos hombres a los que había querido en la Convención eran Marat y Robespierre» (Citoyennes tricoteuses, op. cit., pág. 370).

<<

[126] Schmidt, op. cit., t. I, pág. 240. <<

[127] Tuetey, op. cit., t. IX, nº 602-6, págs. 177-178. <<

[128] Lestapis, A. de, «Un Grand corrupteur: le duc du Châtelet. III Partie: l'affaire Baillemont», Annales Historiques de la Révolution Française, 1955, págs. 5-27. <<

[129] Le Journal Français, viernes 17 de mayo de 1793, nº 180, pág. 2. <<

[130] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVII, pág. 138. <<

[131] Blanc, Olivier, La corruption sous la Terreur, Robert Laffont, 1992, págs. 87-91.

<<



[132] La forma en la que se expresa Montané sugiere que hubo división en el tribunal y que ese «uno de mis colegas» tuvo que ser, atendiendo a su perfil, Dufriche-Desmadelaines, mientras que Foucault no habría compartido tal admiración por el acusado. La propia composición del tribunal ya fue favorable para Miranda. Si hubiera formado parte del mismo el jacobino Roussignol y no el hermano de Valazé, la correlación de fuerzas le habría probablemente perjudicado. <<

[133] Archivo del general Miranda, Parra Leon Hermanos, Editorial Suramérica, Caracas, 1931, t. XII, págs. 347-348. <<

[134] Proscription d'Isnard, chez l'Auteur et chez les marchands de nouveautés, l'an 3 de la République, págs. 11-12. <<

[135] Cada sección debía enviar tres delegados al Arzobispado para «discutir sobre los medios más rápidos, más seguros y más uniformes de recaudar el préstamo forzoso, sobre el lugar en el que se depositarán las sumas obtenidas y convenir por quién y cómo serán administradas; y en fin para tomar medidas para que este préstamo no afecte más que a los ricos y preservar lo más posible a la clase simplemente acomodada que tantos sacrificios ha hecho por la Revolución» (Buche et Roux, op. cit., t. XXVII, pág. 75). <<

[136] Le Patriote Français, sábado 18 de mayo de 1793, nº 1373, t. VIII, pág. 552. <<

[137] Le Journal Français, domingo 19 de mayo de 1793, nº 182, pág. 3. <<

[138] Le Patriote Français, nº 1373, sábado 18 de mayo de 1793, t. VIII, pág. 553. <<

[139] Le Patriote Français, *ibid.* <<



[140] Ni los Archives Parlementaires ni el Moniteur dan cuenta del momento en que Couthon se abrió la camisa, pero tanto Le Patriote Français (nº 1373), como Le Journal Français (nº 182) coinciden en incluir el episodio en las crónicas de sus reporteros presentes. <<

[141] Durante el juicio ante el Tribunal Revolucionario, Vergniaud negó haber escrito esas palabras. Según el editor de su correspondencia «probablemente fueron añadidas por la Sociedad de los Recoletos de Burdeos» (Vergniaud. Manuscrits, lettres et papiers, C. Vatet, Dumoulin, 1873, t. II, pág. 151). <<

[142] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVII, págs. 91-92. <<

[143] «Las lágrimas de alegría corren por mis ojos», escribía Vergniaud en esa segunda carta al comprobar cómo su ciudad se movilizaba para respaldar a sus diputados. «Estad preparados: si me fuerzan os llamaré desde la tribuna para que vengáis a defendernos si hay tiempo y para vengar a la libertad exterminando a los tiranos. Si nosotros ya no estamos, Burdeos puede salvar a la República» (Vattel, op. cit., t. II, págs. 152-153). <<

[144] Aulard, Alphonse, *La Société des Jacobins*, op. cit., t. V, pág. 193. <<

[145] Schmidt, op. cit., t. I, pág. 245. <<

[146] Ibid., págs. 245-246. <<

[147] En la votación realizada esa misma tarde Boulanger había obtenido el apoyo de 74 de los 75 miembros del Consejo municipal presentes. Sin embargo, desde ese mismo momento su nombramiento ya empezaba a encontrar un alto índice de oposición entre las secciones. <<



[148] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVII, pág. 100. <<

[149] Proscription d'Isnard, op. cit., pág. 12. <<

[150] Dauban, C. A., La démagogie en 1793 à Paris, Henri Plon, 1868, pág. 192. <<

[151] Le Journal Français, lunes 20 de mayo de 1793, nº 183, pág. 3. <<

[152] Mortimer-Ternaux, op. cit., t. VII, pág. 562. <<

[153] Révolutions de Paris, del 18 al 25 de mayo de 1793, nº 202, t. XVI, pág. 372. <<

[154] El más notable era el batallón de las Filles Saint-Thomas, así denominado por el convento de monjas que había dado nombre al barrio más importante englobado en la Sección de la Bibliothèque, rebautizada luego como Quatre-Vingt-Douze. El batallón de las Filles Saint-Thomas, integrado en su totalidad por hombres, se caracterizaba por su tradición aristocrática y su apego a la Monarquía constitucional, hasta el extremo de haber participado activamente en la defensa de las Tullerías. Su comandante era el banquero Tassin, presente en la boda de *madame* Récamier, quien sería guillotinado al año siguiente. <<

[155] Bonneville era un notable periodista, impresor y editor vinculado al sector más intelectual de la élite revolucionaria. Había fundado, en efecto, con el abate Fauchet, el Círculo Social, editando junto a él el periódico La Bouche du Fer. Había tratado en vano de ser elegido diputado tanto a la Asamblea Legislativa como a la Convención, y dirigía la publicación mensual Chronique du Mois, en la que colaboraban con artículos de fondo figuras como Thomas Paine o Condorcet. <<



[156] Révolutions de Paris, del 18 al 25 de mayo de 1793, nº 202, t. XVI, pág. 371. <<

[157] Guadet, J., Les Girondins, Didier, 1861, pág. 238. <<

[158] Le Patriote Français, lunes 20 de mayo de 1793, nº 1375, t. VIII, pág. 560. <<

[159] Ese fue el término utilizado por Le Journal Français: «*Monsieur* Barère ha venido a destruir con su parloteo el efecto que el discurso de Guadet había producido sobre los ánimos [de los diputados]; en lugar de las medidas grandes y necesarias propuestas por Guadet, *monsieur* Barère ha propuesto paliativos que no harán más que acrecentar el mal» (nº 183, lunes 20 de mayo de 1793, pág. 3). <<

[160] Danton dijo primero que no había «hechos» que motivaran la detención de Chaumette, pero luego añadió contradictoriamente que la Asamblea debía imitar a uno de los sabios cuyas estatuas la presidían: «Licurgo fue atacado durante una sedición por un hombre del pueblo y perdió un ojo. Pues bien, él dio cobijo en su casa al que le había atacado. Sed tan grandes como él». <<

[161] Schmidt, op. cit., t. I, pág. 255. <<

[162] Según el relato de Dutard al menos dos secciones, la del Arsenal y la del Panthéon-Français, expresaron su protesta por la forma en que había sido elegido Boulanger durante el propio acto de su toma de posesión (Schmidt, op. cit., t. I, pág. 255). También la Sección del Temple había hecho la víspera algo parecido (Buche et Roux, op. cit., t. XXVII, pág. 134). <<

[163] El testigo que relató lo ocurrido ante la Comisión de los Doce es identificado con la inicial «L», y su deposición figura en la página 16 del panfleto «La longue conspiration des jacobins pour disoudre la Convention Nationale», publicado por el diputado Bergoeing durante su proscripción. La obra incluye al final como única referencia editorial una imaginaria «Imprenta de la Verdad, calle del Pozo que Habla». <<



[164] Todo indica que se trataba de Mathieu-Jean Brichet, individuo al que Morris Slavin (op. cit., págs. 59-61) identifica como «subjefe en el Comité de Seguridad General», y Tuetey (op. cit., t. IX, pág. 1) como «funcionario de la Oficina de Suministros Militares» y miembro del Comité Revolucionario de la Sección de Mail. Brichet fue uno de los primeros cinco sospechosos a los que la Comisión de los Doce ordenaría detener. <<

[165] Este nuevo testigo aparece identificado con la inicial «D» y su relato ocupa las páginas 18 a 22 del panfleto. La referencia a la muerte del líder hugonote no se corresponde con la realidad, ya que el almirante Gaspard de Coligny sufrió un atentado el 22 de agosto de 1572 tras la boda de Enrique de Navarra con Margarita de Valois, y se encontraba convaleciente en su domicilio cuando la noche del día siguiente —tras una visita del débil Carlos IX— fue asesinado en su cama y arrojado por la ventana, probablemente por orden de la reina madre, María de Medicis, como inicio de la Masacre de San Bartolomé. <<

[166] En este caso se trataba de un testigo de referencia identificado como «Louis P» quien aseguraba haber recibido esa confidencia del también comisario de policía Froidure. El panfleto de Bergoeing añade (pág. 18) una nota entre paréntesis: «Froidure, a quien se le ha comunicado esta declaración, ha reconocido verbalmente su veracidad, advirtiendo que, al ser Marino y Michel sus colegas, había estimado que él no debía ser su denunciante». Según Schmidt (op. cit., t. I, pág. 250), otro de los administradores de policía, Soulès, presentó al día siguiente de la reunión su dimisión «porque no quería implicarse en un complot de degolladores». <<

[167] Lenormand, Frédéric, Douze tyrans minuscules. Les policiers de Paris sous la Terreur, Fayard, 2003, pág. 23. <<

[168] La Sección de Fraternité había dado un ultimátum de tres días para que la Comuna convocara a las secciones para elegir al sucesor de Santerre en los términos establecidos por la ley, advirtiendo que en caso contrario denunciaría ante la Convención «la nominación arbitraria del ciudadano Boulanger» (Tuetey, op. cit., t. VIII, nº 2487, pág. 386). <<

[169] Oeuvres de Maximilien Robespierre, t. IX, pág. 518. <<

[170] Schmidt, op. cit., t. I, pág. 244. <<

[171] Sainte-Claire Deville, Paul, La Commune de l'an 2, Plon, 1946, págs. 43-46. <<



[172] Sainte-Claire Deville invoca tres argumentos a favor de que las reuniones de Charenton tuvieron lugar y sirvieron para preparar la sublevación. En primer lugar lo declarado por un testigo —identificado como A. M. Q.— ante la Comisión de los Doce denunciando que «el 23 de mayo hubo una gran reunión en Charenton de unas sesenta personas, entre las que estaban Danton y Robespierre». Bergoeing (op. cit., págs. 36-37) relaciona ese testimonio con el de quien escuchó el día 19 en la alcaldía que Robespierre y Marat preparaban el plan de la insurrección en el Club de los Jacobinos. El segundo argumento es que Cambon denunció un año después algo parecido ante la Convención. Y el tercero una referencia poco concreta de las Memorias de Garat. Todo encaja pero no parece suficiente como para dar por probado que la creciente coordinación de los líderes jacobinos entre sí y de ellos con la Comuna llegara a explicitarse de esa manera. <<

[173] Artarit, Jean, Robespierre, CNRS Éditions, 2009, pág. 250. <<

[174] Slavin, Morris, «Robespierre and the Insurrection of 1793», en Robespierre, Colin Haydon y William Doyle (ed.), Cambridge University Press, 1999, pág. 153.

<<

[175] Michelet, Jules, La Révolution Française, Jean de Bonnot, 1974, t. V, pág. 459.

<<

[176] Artarit, Jean, op. cit., pág. 250. <<

[177] Según Desfieux eso sólo representaba el 10 por ciento de sus fortunas (Buche et Roux, op. cit., t. XXVI, pág. 463). Ya el día 15 Le Patriote Français había reproducido una de las cartas recibidas por numerosos ciudadanos acomodados de París. El Comité Revolucionario de Bon-Conseil comunicaba a Francoeur, empresario de la Ópera, que «no queriendo exigirle de momento más que una parte de lo superfluo» debía entregar 1200 libras en cuarenta y ocho horas, otras tantas antes de quince días y otras tantas antes de un mes. «Si te niegas a pagar esta suma tus muebles e inmuebles serán incautados y vendidos por el Comité Revolucionario y tu persona declarada sospechosa» (nº 1370, t. VIII, pág. 540). <<

[178] Taine, Hyppolite, op. cit., libro III, pág. 219. <<

[179] Aunque la Convención dejó en manos del Comité de Finanzas la fijación de la cuantía del «préstamo forzoso», Barbaroux se refería a lo aprobado por el Consejo General de la Comuna de París, estableciendo una tabla según la cual aquellos a quienes se les atribuyeran unos «ingresos netos presuntos» de 20.000 libras en adelante deberían entregar la mitad (Buche et Roux, op. cit., t. XXVI, pág. 400; Herlaut, «La Levée des Volontaires...», AHRE, 1931, pág. 397). <<



[180] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVII, pág. 154. <<

[181] Bergoeing, op. cit., pág. 17. <<

[182] Bergoeing, op. cit., págs. 22-23. <<

[183] Jean-François Loiseau, diputado por Eure-et-Loire, escribió tras el golpe de Estado una larga relación de los hechos dirigida a los administradores del distrito de Marennes (Mortimer-Ternaux, op. cit., t. VII, pág. 564). <<

[184] El exmarino Viger había sido elegido diputado suplente por el Departamento de Maine-et-Loire y se había incorporado a la Convención sustituyendo al dimisionario De Houlières, quien, sea por el rechazo que le produjo la ejecución del rey —era de origen aristocrático—, sea porque, tal y como alegó, se hallaba enfermo, el caso es que había dejado de acudir a la Convención desde enero. <<

[185] Balossier, Jacques, La Comission Extraordinaire des Douze, Presses Universitaires de France, 1986, pág. 30. <<

[186] Révolutions de Paris, del 18 al 25 de mayo de 1793, nº 202, t. XVI, pág. 394. <<

[187] Le Journal Français, jueves 23 de mayo de 1793, nº 186, pág. 1. <<



[188] Schmidt, op. cit., t. I, pág. 267. <<

[189] Bulletin du Tribunal Criminel Révolutionnaire, n° 40, t. II, pág. 160. <<

[190] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVII, págs. 171-173. <<

[191] Révolutions de Paris, n° 202, del 18 al 25 de mayo de 1793, t. XVI, pág. 377. <<

[192] Schmidt, op. cit., t. I, pág. 269. <<

[193] Chaumette sería guillotinado el 13 de abril de 1794 tras ser acusado por Fouquier-Tinville de haber «intentado borrar toda idea de divinidad y fundar el gobierno francés sobre el ateísmo». <<

[194] Schmidt, op. cit., t. I, pág. 272. <<

[195] Braesch, Ferdinand, Introduction aux papiers de Chaumette, Société de l'Histoire de la Révolution Française, 1906, pág. 16. <<



[196] Bossut, Nicole, Chaumette, porte-parole des sans-culottes, Éditions du CHTS, 1998, pág. 185. <<

[197] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVII, pág. 133. <<

[198] Schmidt, op. cit., t. I, pág. 271. <<

[199] Le Courrier des Départements, 16 de mayo de 1793, citado por Bossut, op. cit., pág. 266. <<

[200] Le Journal Français, n° 181, sábado 18 de mayo de 1793, pág. 2. <<

[201] Le Patriote Français, nº 1381, domingo 26 de mayo de 1793, t. VIII, pág. 585.

<<

[202] La correspondencia subida de tono entre el joven Gaspard Chaumette y un compañero de colegio apellidado Dion desencadenaría a comienzos del siglo XX toda una polémica historiográfica sobre la supuesta homosexualidad latente del procurador de la Comuna. Mientras Braesch, Caron y otros conservadores sostenían que esta podía ser muy bien la explicación de la campaña puritana emprendida por Chaumette contra la prostitución, Mathiez y otros republicanos arremetieron contra esta tesis. Nicole Bossut parece descartarla pero, según Jacques Bernet (AHRF, nº 321, 2000, pág. 153), «sin resultar convincente». Bernet sostiene que «podría ser una de las claves para la comprensión del personaje que, lejos de desacreditarle, le restituiría, como a Robespierre o a Saint-Just, su auténtica humanidad». <<

[203] Bossut, op. cit., pág. 183. <<



[204] Bossut, op. cit., pág. 266. <<

[205] Camille Babeuf, autodenominado Gracchus en honor de los hermanos que fueron paladines del partido popular en Roma, fue guillotinado en 1797 por el Directorio tras liderar la llamada Conspiración de los Iguales. En mayo de 1793, tras haber sido secretario de Fournier el Americano —lo que permite aventurar su implicación en la frustrada insurrección de marzo—, trabajaba como funcionario municipal en la Sección de Subsistencias. El autor del manifiesto de la Conspiración de los Iguales, Sylvain Maréchal, es considerado por Nicole Bossut como una especie de padre espiritual de Chaumette, con quien había coincidido en la redacción de *Révolutions de Paris*. La correspondencia entre Babeuf y Chaumette fue incluida por V. Daline en *Gracchus Babeuf à la veille et pendant la Révolution Française*, Éditions du Progrès, 1987. <<

[206] Michelet, Jules, op. cit., t. V, pág. 463. <<

[207] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVIII, págs. 111-112. <<

[208] Citado por Bernardine Melchior-Bonnet en Les Girondins, Perrin, 1969, pág. 287. <<

[209] El diputado Meillan asegura en sus Mémoires d'un proscrit (op. cit., págs. 48-49) que el Comité Revolucionario del Arzobispado había hecho suya la propuesta de Marino y Michel y había elegido ya una casa de tres habitaciones en la planta baja y un pequeño patio al final de la última en el que iban a ser enterrados los diputados una vez asesinados. «La noche fijada sobrevino algún obstáculo [...]; la operación fue aplazada», pero «la contraorden no llegó a los ejecutores de la Sección de Lasource que se presentaron en su casa». <<

[210] Le Journal Français, n° 184, martes 21 de mayo de 1793, pág. 2. <<

[211] Schmidt, op. cit., t. I, pág. 287. <<



[212] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVII, págs. 178-180. <<

[213] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVIII, pág. 112. <<

[214] Al acusar a los montagnards de pirronismo Boyer-Fonfrède hacía gala de su conocimiento de la cultura clásica, pues se refería al filósofo del siglo IV a. de C. Pirrón de Elis, considerado como el padre del escepticismo. También es probable que hubiera leído las referencias de Montaigne a Pirrón y más concretamente al «cochinillo de Pirrón», que en plena tempestad ignora cuanto sucede alrededor. <<

[215] Balossier atribuye al Mercure de France esta estimación del resultado (La Comisión Extraordinaire des Douze, op. cit., pág. 46). <<

[216] La noticia concreta de la que informaban los comisarios a la Convención era la toma por los austriacos del campamento de Famars, que, situado al sur de Valenciennes, constituía la principal defensa de la ciudad. El hecho tenía un enorme valor estratégico y simbólico en la medida en que Valenciennes era considerada como la puerta de entrada al norte de Francia. El sitio de Valenciennes propiamente dicho comenzó ese mismo 24 de mayo y duró hasta el 28 de julio, en que los defensores de la ciudad se rindieron a las tropas aliadas comandadas por el duque de York. <<

[217] Como todos los días durante esa etapa, la portada del periódico de Hébert estaba presidida por una viñeta en la que se veía al Père Duchesne fumando su pipa, con dos pistolas al cinto, un hacha en la mano y una pica recostada en la pared junto a una botella, mientras a su derecha pedía perdón arrodillado un cura. Debajo ponía: «¡Yo soy el verdadero Père Duchesne, joder!». El texto de ese número no era sino una repetición en tono grosero del relato de Robespierre sobre los crímenes históricos de «la facción» (Edhis, nº 239, t. VII, 1969). <<

[218] «Trescientos hombres menos y Francia se habrá salvado», decía uno de los últimos números de Le Père Duchesne por el que también interrogó a Hébert la Comisión de los Doce, en obvia referencia a los diputados del centro y la derecha. <<

[219] Bossut, Nicole, op. cit., pág. 276. <<



[220] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVII, págs. 202-204. El relato está tomado de un periódico nada simpatizante con Hébert y la Comuna como La Chronique de Paris.

<<

[221] El abate Maury había hecho carrera como predicador en la corte y continuó haciéndola en la Constituyente tras ser elegido como representante del clero. Destacó por su mordacidad oratoria en defensa de lo establecido y por su valor al enfrentarse a los revolucionarios. Tras la disolución de la Constituyente se vio obligado a emigrar a Roma. El papa le nombró primero obispo y luego cardenal. Durante el régimen napoleónico tomó, sin embargo, partido por el emperador, y eso condicionó negativamente la última etapa de su vida, en la que fue proscrito por Luis XVIII y pasó por las cárceles pontificias. <<

[222] El interrogatorio, tal y como lo reprodujo Hébert, se centró luego sobre sus incitaciones al asesinato. El adjunto al procurador de la Comuna dijo que «quiera el cielo que todos los conspiradores sean asfixiados». Preguntado por lo de «si hubiera trescientos hombres menos», añadió que se consideraba un moderado porque «otro os habría dicho, puede ser que con razón, que haría falta abatir trescientas mil cabezas para garantizar la libertad» (Jacob, Louis, Hébert, chef des sans-culottes, Gallimard, 1960, pág. 155). <<

[223] Le Journal Français, n° 190, lunes 27 de mayo de 1793, pág. 2. <<

[224] Oeuvres de Maximilien Robespierre, t. IX, págs. 521-523. <<

[225] Citado por Bossut, op. cit., pág. 277. <<

[226] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVII, pág. 230. <<

[227] Jaurès, Jean, op. cit., t. V, pág. 656. <<



[228] Ibid. <<

[229] Michelet, Jules, op. cit., t. V, pág. 467. <<

[230] Schmidt, op. cit., t. I, pág. 308. <<

[231] Publicado en Le Courrier Français del 27 de mayo y citado por Nicole Bossut, op. cit., pág. 280. <<

[232] Bossut, op. cit., pág. 178. <<

[233] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVII, pág. 180. <<

[234] Jaurès, op. cit., t. V, pág. 660. <<

[235] arue-Langlois, François, Claire Lacombe, citoyenne révolutionnaire, Punctum, 2005, pág. 44. <<



[236] Schmidt, op. cit., t. I, pág. 311. <<

[237] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVII, pág. 236. <<

[238] Schmidt, op. cit., t. I, pág. 313. <<

[239] A Dobsent también se le acusaba «de haber ordenado poner los precintos en casa de cuatro personas y arrestar a una quinta con el único pretexto de que habían hablado mal de Robespierre y Marat» (Balossier, op. cit., pág. 38). <<

[240] Aulard, La Société des Jacobins, op. cit., t. V, pág. 207. <<

[241] «No os asustéis por esta serie de mensajes enviados por los comerciantes contrarrevolucionarios, por los negociantes monárquicos», dijo Robespierre. La Sección de Mail ocupaba el espacio urbano en torno a la plaza des Victoires. <<

[242] Oeuvres de Maximilien Robespierre, op. cit., t. IX, págs. 526-527. <<

[243] Buchez et Roux (op. cit., t. XXVII, pág. 244) recogen la cita del periódico de Gorsas, pero sostienen que él a su vez la había tomado de Le Journal des Débats. <<



[244] Mémoires de Garat, Poulet-Malassis, 1862, págs. 186-188. <<

[245] Garat había sido algo así como el redactor jefe de Le Journal de Paris; Rabaut Saint-Étienne seguía redactando —sin firmarla desde los sucesos de marzo— la sección parlamentaria de La Chronique de Paris. <<

[246] Jaurès, op. cit., t. V, pág. 677. <<

[247] La dimisión de Bouchotte fue debatida y aceptada por la Convención en la sesión vespertina del miércoles 29. El Comité de Salud Pública recibió el encargo de presentar un candidato para reemplazarle al día siguiente, pero la dificultad de encontrar un sustituto para un puesto en el que se habían quemado ya figuras como Narbonne, Servan, Pache o Beurnonville dilató el proceso. Entonces se precipitaron los acontecimientos y Bouchotte aceptó continuar después del golpe de Estado. <<

[248] La Comisión de los Doce había enviado al ministro de Justicia, Gohier, la orden de detención de Dobsent y Protaix durante la mañana del domingo 26. Sin embargo, no se había ejecutado hasta la noche. Al día siguiente Mollevaut comunicó a la Convención por carta que la comisión había protestado «por esta infracción de la ley» ante Gohier. El tumulto desatado en la Convención impidió que se leyera esta carta.

<<

[249] The French Revolution. Extracts from The Times, Times Books, 1975, pág. 99.

<<

[250] Garat no nombra en sus Memorias a Dutard, sino que se refiere a él como a «uno de los ciudadanos cuyas observaciones me daban cuenta del estado de París en esta época y uno de aquellos cuya correspondencia era constantemente favorable a todo lo que iba a favor del lado derecho». Parece como si el ya exministro quisiera restar así credibilidad a las reiteradas advertencias recibidas de Dutard. <<

[251] Tras avisar al ministro, Dutard había ido a la sede de su sección en la iglesia de Saint-Eustache contigua a Les Halles y había escuchado el toque de llamada (Schmidt, op. cit., t. I, pág. 324). <<



[252] Schmidt, op. cit., t. 1, pág. 320. <<

[253] Jaurès, op. cit., t. V, pág. 687. <<

[254] Balossier, op. cit., pág. 69. <<

[255] La Chronique de Paris, nº 149, miércoles 29 de mayo de 1793. <<

[256] Aulard, op. cit., t. V, págs. 209-211. <<

[257] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVII, pág. 275. <<

[258] Le Patriote Français, nº 1384, miércoles 29 de mayo de 1793, t. VIII, pág. 592.

<<

[259] Paganel, Pierre, Essai historique et critique sur la Révolution Française, Panckoucke, 1815, t. II, pág. 247. <<



[260] Kuscinski, A., Dictionnaire des conventionnels, Éditions du Vexin Français, 1973, pág. 331. <<

[261] Citado por Alphonse Aulard en Les orateurs de la Législative et de la Convention, Hachette, 1886, t. II, pág. 270. <<

[262] Esta terrible descripción no aparece en la edición que el sobrino de Guadet publicó de las Memorias de Buzot en 1826. Está incluida, sin embargo, en la edición publicada cuarenta años después, en la que Dauban aseguró haber incorporado «notas inéditas de Buzot» (Mémoires inédits de Pétion et mémoires de Buzot et de Barbaroux, Henri Plon, 1866, pág. 57). <<

[263] Le Patriote Français, nº 1384, miércoles 29 de mayo de 1793, t. VIII, pág. 592.

<<

[264] Mémoires de Garat, op. cit., pág. 212. <<

[265] «Si hubo decreto fueron ellos los que lo aprobaron», asegura Meillan refiriéndose a los ocupantes de la sala que no eran diputados. «Pero tiendo a creer que ni siquiera se tomaron la molestia» (Meillan, Arnaud, Mémoires d'un proscrit, Olivier Bervialle, Burdeos, 1989, pág. 51). <<

[266] Esta reflexión de Albert Soboul está incluida en una de sus notas a la edición de la *Histoire socialiste de la Révolution Française*, de Jaurès (op. cit., t. V, pág. 691). <<

[267] Durand de Maillane, Histoire de la Convention Nationale, Baudouin Frères, 1825, pág. 113. <<



[268] Mémoires de Garat, op. cit., pág. 212. <<

[269] Le Journal Français, n° 192, miércoles 29 de mayo de 1793, pág. 2. <<

[270] Le Patriote Français, nº 1384, miércoles 29 de mayo de 1793, t. VIII, pág. 593.

<<

[271] Michelet, Jules, op. cit., t. V, pág. 480. <<

[272] Citado en Le girondins, de Bernardine Melchior-Bonnet, Perrin, 1969, pág. 230.

<<

[273] Según la versión del Mercure la propuesta fue del montagnard Charrier; según la del Moniteur, del propio Boyer-Fonfrède; y según la de Le Patriote Français, de Mollevault, que ejercía de presidente de los Doce. <<

[274] La descripción de Chaumette corresponde al redactor de Le Courier Français citado por Bossut (op. cit., pág. 382). Las palabras de Chaumette fueron publicadas en el Moniteur (t. XVI, págs. 505-506). <<

[275] Dutard explicaría a Garat que «cuando veo a *monsieur* Marino sentado en la silla curul del Comité de la Policía, no me atrevo a compararlo con Sancho Panza convertido en gobernador porque el escudero de don Quijote tenía cierta educación» (Schmidt, op. cit., t. I, pág. 330). <<



[276] Lenormand, Frédéric, *Douze tyrans minuscules*, Fayard, 2003, pág. 24. Marino presidiría la Comisión Extraordinaria encargada de juzgar y condenar a los implicados en la revuelta federalista de Lyon. Hasta Collot d’Herbois se escandalizaría de su ferocidad y sus abusos, logrando su destitución. De vuelta a París quedaría al frente de las prisiones y de la vigilancia de la moral pública, actuando de manera arbitraria y corrupta hasta su destitución por supuesta complicidad —movido por el mero ánimo de lucro— en un plan para ayudar a escapar a María Antonieta. Sus enemigos le implicarían luego en el atentado que sufrió Collot d’Herbois, y eso le llevaría a la guillotina. <<

[277] Tuetey, op. cit., t. VIII, nº 2622, págs. 411-412. <<

[278] Bergoeing, op. cit., págs. 32-33. <<

[279] Bergoeing, op. cit., pág. 35. <<

[280] «Es en este momento, según todas las apariencias, cuando se sentaron las bases del Comité Revolucionario que iba a funcionar en el gran día, tal y como figuran en un proyecto de organización muy estudiado que forma parte de los papeles del Comité Central Revolucionario» (Tuetey, op. cit., t. IX, pág. lvi). <<

[281] Los otros dos diputados elegidos fueron Ramel-Nogaret, miembro del Comité de Finanzas, y Mathieu, exabogado del Parlamento de París y ponente de las represalias adoptadas contra la ciudad de Orleáns tras el «asesinato» de Léonard Bourdon. <<

[282] Oeuvres de Maximilien Robespierre, op. cit., t. IX, pág. 537. <<

[283] Esta versión recogida de forma preferente por los editores de las Obras completas de Robespierre procede del periódico Le Point du Jour. Pero también se incluye la versión aún más lúgubre y macabra de Le Journal Français: «No esperéis nada más de mí. Una fiebre lenta, la fiebre del patriotismo, mucho más terrible que las peores angustias, me corroe desde hace cuatro años y yo ya he casi terminado mi carrera. Pero si muero, que al menos no muera deshonrado» (nº 194, pág. 2). <<



[284] Artarit, op. cit., pág. 245. <<

[285] Le Journal Français, n° 194, viernes 31 de mayo de 1793, pág. 2. <<

[286] Révolutions de Paris, n° 152, del 2 al 9 de junio de 1792, t. XII, pág. 455. <<

[287] Dutard le recordó el episodio a Garat en su informe del 25 de mayo, en el que le hablaba de que «el Corpus Christi se acerca», y le decía que «si la Convención no respeta esta festividad, temo que el 2 de septiembre se repita contra ella» (Schmidt, op. cit., t. I, pág. 302). <<

[288] Schmidt, op. cit., t. I, pág. 350. <<

[289] Schmidt, op. cit., t. I, pág. 353. <<

[290] Schmidt, op. cit., t. I, pág. 348. <<

[291] Oeuvres de J. D. Lanjuinais, Dundey-Dupré, 1832, t. I, págs. 195-196. <<



[292] Mémoires de Garat, op. cit., pág. 221. <<

[293] Mémoires de Garat, op. cit., pág. 217. <<

# Notas Capítulo VI

[1] Desde su perspectiva marxista, y apoyándose concretamente en Gramsci, Soboul resolvió esa asimetría identificando a los jacobinos con la «Revolución activa, ofensiva y creadora», y a los girondinos con la «Revolución pasiva, siempre tentada por la búsqueda del compromiso» (Soboul, Albert, *La Civilisation et la Révolution Française*, Arthaud, 1982, t. II, pág. 321). O sea, que uno era un partido en movimiento y el otro, un partido en reposo. <<

[2] Jaurès, op. cit., t. III, pág. 188. <<

[3] Sydenham, Michael, The Girondins, op. cit., pág. 207. <<

[4] Higonnet, Patrice, The Social and Cultural Antecedents of Revolutionary Discontinuity: Montagnards and Girondins, *English Historical Review*, Oxford, 1985, págs. 520-521, 523, 530. Ozouf, Mona, *Dictionnaire critique...*, op. cit., págs. 382-384. <<

[5] Higonnet sostiene que «la conclusión de Sydenham de que los girondinos existieron sólo como un producto de la imaginación de los montagnards no puede mantenerse» (pág. 520), pero no explica por qué. Además alega que al incluir a muchos de esos pseudogirondinos en su relación de doscientos —fruto de una mera labor recopilatoria— Sydenham «diluye la identidad de los verdaderos girondinos», a partir de lo cual «le resulta bastante sencillo argumentar que no formaban un grupo» (pág. 525). <<



[6] Higonnet, Patrice, Goodness beyond Virtue. Jacobins during the French Revolution, Harvard University Press, 1998, págs. 39, 42-43. <<

[7] Oeuvres de Camille Desmoulins, Charpentier et Cie., 1874, t. I, págs. 301-357. <<

[8] Brissot à ses commettans, Imprimerie de P. Provost, reimpresión de Edwards and Spilsbury, Londres, 1794. <<

[9] En la sesión del Club de los Jacobinos del viernes 17 de mayo Desmoulins presentó su obra con el título alternativo de «Los hombres de Estado desenmascarados», claramente tributario del léxico de Marat. Se acordó designar a unos comisarios para que revisaran la obra. Es obvio que su informe fue favorable, pues a las cuarenta y ocho horas se acordó su impresión y distribución con cargo a las arcas del club (Aulard, *La Société des Jacobins*, op. cit., t. V, pág. 193). <<

[10] «Verdaderamente, cuando los partidos empiezan a sospechar y a denunciarse así, no les queda más que diezmarse lo más deprisa posible y matarse los unos a los otros» (Jaurès, op. cit., t. V, pág. 624). «La Historia de los brissotinos sirvió para precipitar la lucha contra la Gironda» (Claretie, Jules, Camille Desmoulins, Hachette, 1908, pág. 193). «Sirvió no poco para acabar de perder a esta facción ante la opinión pública» (Hamel, Ernest, Robespierre, Ledrappier, 1987, t. II, pág. 449) <<

[11] En la carta fechada el 9 de julio Desmoulins se sorprendía de que su padre no le hubiera hecho ningún comentario sobre su panfleto, del que le había enviado dos ejemplares. Más adelante se jactaba de que su escrito «había contribuido no poco a destruir la mina de los brissotinos, que era una obra maestra de trabajo subterráneo» (Oeuvres de Camille Desmoulins, op. cit., t. II, págs. 370-371). <<

[12] Schmidt, op. cit., t. I, pág. 245. <<

[13] Oeuvres de Camille Desmoulins, op. cit., pág. 291. <<



[14] Ninguna de las actas de la Asamblea Electoral de París refleja intervención alguna de Robespierre ni a favor ni en contra de quien en las primeras votaciones aparece como «Orleáns» y fue elegido en la última —19 de septiembre de 1792— como «Égalité». Louvet criticó su inclusión en la Convención y se la atribuyó a Robespierre. En cambio Chabot, en un debate con Lanjuinais, dijo que el Incorruptible había sido el antagonista del exduque. Ninguno de los dos testimonios es fiable por su patente parcialidad, pero lo cierto es que Robespierre fue elegido primer diputado por París, que su hermano, sin apenas trayectoria política alguna, también entró en la lista, y que la Asamblea Electoral celebró sus sesiones en el Club de los Jacobinos. Es obvio que si él se hubiera «opuesto con todas sus fuerzas» el duque de Orleáns no habría sido elegido diputado (Assemblée Électorale de Paris, Megarotitis Reprints, Ginebra, 1978, t. III, págs. XLII-XLIII). <<

[15] Jean Duprat, nacido en Avignon y diputado por Bouches-du-Rhone como Barbaroux, había sido acusado por su propio hermano mayor —miembro de los Jacobinos— de corrupción y de haber intentado asesinarle junto con Pierre Mainville, sustituto del dimisionario Rebecqui en la Convención. Él, a su vez, se había lamentado en la propia Convención de que su hermano le había llevado a la bancarrota. Según Desmoulins había recibido 60.000 libras pendientes de justificar. En el caso de Barbaroux el panfleto explicaba en una nota a pie de página que «había dicho que había heredado ochenta mil libras de una sucesión que le venía de América [...], cuando es de notoriedad pública que nunca ha tenido en los dos mundos parientes poseedores de tal fortuna». Sobre Duprat y Barbaroux pesaría la sospecha de haber recibido parte del dinero español distribuido por Ocáriz para salvar al rey. Alfred Chabaud, editor de las Memorias del segundo, aseguraría, sin embargo, que Barbaroux «manejaba fondos importantes provenientes de suscripciones abiertas por los comerciantes marseleses» (Mémoires de Barbaroux, Armand Colin, 1936, pág. 205). <<

[16] Bonn, Gérard, Camille Desmoulins ou la Plume de la Liberté, Glyphe, 2006, pág. 465. <<

[17] Enrique IV resumió con esa expresión su objetivo de prosperidad para todos los franceses cuando el duque de Saboya, de visita en París, le humilló ofreciendo una paga adicional a sus guardias reales, que sólo cobraban cuatro ecus al mes. El rey de Francia advirtió que ahorcaría a quienes aceptaran su oferta, subrayando que él les garantizaba «la poule au pot» como al resto de sus súbditos. <<

[18] Michelet sostiene que «los republicanos clásicos», para él los girondinos y una parte de la Montaña, tenían ya tras ellos ese monstruo que les perseguía «ganándoles en velocidad». El «abismo infranqueable» que según él se abría entre unos y otros era la muy diferente idea que tenían de la propiedad (Michelet, Jules, op. cit., t. VI, libro XI, cap. III, pág. 58). <<

[19] La inconsistencia del propio Brissot en su crítica al Tribunal Revolucionario quedaba en evidencia en un «Aviso a los lectores» que antecedió a su extenso panfleto. Se trataba de una adenda de última hora en la que celebraba la absolución de Miranda y «rendía homenaje» al tribunal por haberse comportado «con la lealtad, la firmeza y la imparcialidad que debe esperarse de los verdaderos republicanos». <<

[20] Thompson, J. M., *Leaders of the French Revolution*, Basil Blackwell, Oxford, 1932, pág. 71. <<

[21] Taine, Hyppolite, op. cit., libro III, pág. 150. <<



[22] Schmidt, Adolphe, op. cit., t. II, pág. 4. <<

[23] Mémoires de Louvet de Couvray, Librairie des Bibliophiles, 1889, t. I, pág. 90.

<<

[24] Biré, Edmond, Journal d'un bourgeois de Paris pendant la Terreur, op. cit., t. II, pág. 339. <<

[25] Loys había dado sus primeros pasos como revolucionario en Marsella y había llegado a París a comienzos del año anterior de la mano de Barbaroux. Tras resultar herido en el asalto a las Tullerías había ido radicalizándose, hasta el extremo de que su antiguo mentor lo consideraba ya «un loco, exaltado y ambicioso». Barbaroux pondría como ejemplo que Loys le había dicho que no había «constitución más filosófica» que la de los antiguos griegos, cuando la plebe y el Senado «deliberaban en las calles y en los tejados» (Slavin, Morris, *The Making of an Insurrection*, op. cit., págs. 78-79). <<

[26] Mortimer-Ternaux, M., Histoire de la Terreur, Michel Lévy, 1869, t. VII, pág. 307. <<

[27] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVII, pág. 310. <<

[28] Hampson, Norman, Danton, Blackwell, 1978, pág. 115. <<

[29] Mémoires de Louvet de Couvray, op. cit., t. I, pág. 91. <<



[30] El casi siempre silencioso Laurenceot, diputado por el Jura y miembro de una familia de largo abolengo. <<

[31] El acta de la sesión de la Convención recogió esa expresión. Pudo ser una manipulación o un error del orador o una equivocación del copista. En un breve comentario publicado en 1932 en los Annales Historiques Henri Calvet disipó cualquier duda, aclarando que el original de este mensaje, depositado en la Biblioteca de la Ciudad de París, deja claro que fue adoptado por el «Comité de las Cuarenta y Ocho Secciones de París reunidas en asamblea general y revolucionaria». Es decir, por el Comité del Arzobispado (AHRF, 1932, pág. 354). <<

[32] El Consejo General de la Comuna y el Comité Central Revolucionario no acordaron hasta las dos y media de la tarde que el tocsín dejara de sonar, y aún hubo de transcurrir un cierto tiempo para que todas las secciones de París se dieran por enteradas. <<

[33] Los cuatro comisarios de la Comuna insurreccional —Naudin, Garelle, Cavaignac y Henry— informaban también en ese primer escrito de que «la mayoría de las opiniones que se manifiestan en la Convención son satisfactorias para quienes desean el triunfo de la libertad y la igualdad». Es decir, de que la cosa iba bien para ellos (Mortimer-Ternaux, op. cit., t. VII, pág. 339). <<

[34] Blanc, Louis, Histoire de la Révolution Française, Maurice Lachatre, 1878, t. II, libro VIII, cap. 10, pág. 222. <<

[35] Mémoires de R. Lévasseur de la Sarthe, Messidor, 1989, págs. 193-194. <<

[36] Lintilhac, Eugène, Vergniaud. Le drame des girondins, Hachette, 1920, pág. 205.

<<

[37] Bowers, Claude G., Pierre Vergniaud. Voice of the French Revolution, MacMillan, Nueva York, 1950, pág. 406. <<



[38] El manuscrito indica que Vergniaud había dudado sobre qué mérito específico debía atribuir a las secciones, pues había escrito los verbos «proteger», «mantener» y «asegurar» antes del definitivo «restablecer el orden público». Finalmente era como si las secciones hubieran reprimido o al menos abortado la insurrección convocada por el tocsín y el cañón de alarma (Mortimer-Ternaux, op. cit., t. VII, pág. 338). <<

[39] La experiencia del irónico periodista anónimo —tal vez Ladevize— no terminó ahí. «Todavía subí a dos o tres campanarios para darme el placer de ver de cerca el tocsín. Por doquier me tomaban por un aficionado y me ofrecían educadamente pasar una hora agradable o dos permitiéndome relevar a los infatigables tocsinadores. Yo rehusaba con modestia este honor excesivo y continuaba mi peregrinación, cubierto por mi blusa de insurrección». No podía imaginar que estaba escribiendo para el último ejemplar que publicaría su periódico (Le Journal Français, nº 196, domingo 2 de junio de 1793, pág. 2). <<

[40] Este texto atribuido a Condorcet por Vatel fue publicado en el número 153 de La Chronique de Paris el domingo 2 de junio (Vatel, C., Vergniaud. Manuscrits, lettres et papiers, Dumoulin, 1873, t. II, págs. 160-161). <<

[41] Slavin, op. cit., pág. 102. <<

[42] Jaurès, op. cit., t. V, pág. 762. <<

[43] Quinet, Edgar, La Révolution, Bélin, 1987, t. I, pág. 491. <<

[44] El texto adoptado decía: «Juro ser fiel a la República una e indivisible; mantener con todas mis fuerzas la santa libertad, la santa igualdad, la seguridad de las personas y el respeto a las propiedades o morir en mi puesto defendiendo estos derechos sagrados del hombre; juro además vivir con mis hermanos en la unión republicana; juro, en fin, cumplir con fidelidad y valor las misiones concretas que me pudieran encargar» (Buche et Roux, op. cit., t. XXVII, pág. 323). <<

[45] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVII, pág. 313. <<



[46] Michelet, op. cit., t. V, libro X, cap. X, pág. 490. <<

[47] Gazette Nationale ou Le Moniteur Universel, n° 154, lunes 3 de junio de 1793, t. XVI, pág. 535. <<

[48] Mémoires de *Madame* Roland, *Mercure de France*, 1986, pág. 51. <<

[49] El abate Raynal (1711-1796) fue una de las grandes personalidades de la Ilustración francesa. Tras una corta carrera eclesiástica que terminó con su destitución de la parisina parroquia de Saint-Sulpice, dedicó toda su vida a la literatura, la filosofía y la vida social. Trabajó en el *Mercure de France* y escribió o compiló obras históricas como la *Historia del Parlamento de Inglaterra*, de gran éxito popular. Considerado como un precursor de las ideas que inspiraron la Revolución, fue elegido para los Estados Generales, pero rechazó el puesto por motivos de edad. En mayo de 1791 envió una carta premonitoria a la Constituyente advirtiéndole de los peligros de un régimen de terror. <<

[50] El desplazamiento colectivo de los montagnards fue consecuencia de una propuesta de Lévasseur de la Sarthe, quien se jacta en sus Memorias de haberla planteado para demostrar que los debates de la Convención eran libres y no intervenían en ellos más que los diputados. Sin embargo, también añade que su gesto fue acogido con «aclamaciones reiteradas de los peticionarios y las tribunas» (Mémoires de R. Lévasseur de la Sarthe, Messidor, 1989, pág. 193). <<

[51] Baudot, Marc-Antoine, op. cit., pág. 170. <<

[52] Según Michelet las actas de la Sección de los Quinze-Vingts —una de las tres del faubourg Saint-Antoine— indican que hubo dudas sobre la veracidad de la denuncia (Michelet, op. cit., libro X, cap. X. t. V, pág. 499). <<

[53] La Chronique de Paris, domingo 2 de junio de 1793, citado por Buchez et Roux, op. cit., t. XXVII, pág. 409. <<



[54] Gorsas describió el episodio en un panfleto publicado en el Departamento de Calvados, en el que se había refugiado, bajo el título «Précis rapide des événements qui ont eu lieu à Paris» (Buche et Roux, op. cit., t. XXVIII, págs. 10-11). <<

[55] Le Journal Français, nº 195, sábado 1 de junio de 1793, pág. 4. <<

[56] Esta arenga fue uno de los motivos que llevó a la vecina Sección de Finistère, dentro del propio faubourg Saint-Marcel, a adoptar una actitud de rechazo a la insurrección. Aunque su base social era muy parecida a la de Sans-Culottes, algunos de sus dirigentes, como el comerciante de madera Poiré, recelaban del radicalismo de Hanriot, pues temían que «quisiera golpear con el mismo anatema a los ricos honestos que deben su fortuna a su trabajo y a especulaciones útiles y lícitas, y a esos ricos culpables que no deben su oro más que a las intrigas y los cálculos delictivos». Poiré y su colega Berberat —antiguo sargento mayor de un regimiento suizo— pidieron la detención de Hanriot y de los cabecillas del Arzobispado (Burstin, Haim, *Une révolution à l'oeuvre. Le faubourg Saint-Marcel, 1789-1794*, Champ Vallon, 2005, pág. 576). <<

[57] Michelet, op. cit., libro X, cap. XI, t. V, pág. 528. <<

[58] Mortimer-Ternaux, op. cit., t. VII, pág. 566. <<

[59] ste testimonio, correspondiente a un sacerdote llamado Claude Ignace Laurent, ha sido recogido por Burstin (op. cit., pág. 426), quien acertadamente subraya su coincidencia con posteriores descripciones de Hanriot. <<

[60] En su relato Dutard admite no obstante la popularidad de Hanriot entre el pueblo bajo: «Era curioso ver los numerosos saludos que recibía por parte de los pequeños artesanos que, mezclados entre las filas, se adelantaban casi para hacer notar a sus camaradas que conocían a *monsieur* Hanriot» (Schmidt, op. cit., t. II, pág. 85). <<

[61] La inquina de Perrière hacia Hanriot quedaba patente en este informe al achacarle nada menos que haber «denunciado a su propia madre como aristócrata empedernida», lo cual no encaja en absoluto con sus orígenes humildes (Schmidt, op. cit., t. II, pág. 28). <<



[62] Hanriot fue uno de los promotores de la protesta contra la obra *L'Ami des lois*, estrenada a comienzos de 1793 y finalmente prohibida por la Comuna. Siendo ya jefe de la Guardia Nacional, tenía un abono anual para un palco de seis plazas en la Ópera Cómica (Burstin, op. cit., págs. 529-530). <<

[63] Monnier, Raymonde, artículo sobre Hanriot en el Dictionnaire Historique de la Révolution Française, Albert Soboul, op. cit., págs. 531-532. <<

[64] «Su iniciativa, avanzada en el tiempo, no fue bien acogida en la sección: se le reprochaba que se comportara como un jefe militar incluso en las asambleas, subiéndose a la chepa de más de un miembro de la sección. Hanriot fue obligado a presentar la dimisión, que fue rechazada días más tarde» (Burstin, op. cit., pág. 546).

<<

[65] Al viejo rentista de la Sección de Luxembourg le habían despertado el tocsín y los redobles de tambor de madrugada, y había pasado la jornada en vilo. Sobre todo desde que oyó el disparo del cañón, «lo que redobló el espanto». Durante todo el día había tenido «temblores en las piernas y ganas de vomitar» a causa de la angustia que sentía. De ahí su alivio al comprobar que París se acostaba en calma (Aubert, Raymond, *Journal d'un bourgeois de Paris sous la Révolution*, France-Empire, 1974, pág. 253). <<

[66] Según Le Journal Français, «han sido la sabiduría y la firmeza de los parisinos lo que esta vez ha salvado la cosa pública [...]; los bandidos estaban todos encendidos, pero la masa del pueblo ha permanecido helada» y por eso «el único fruto que han obtenido los Jacobinos [...] es la disolución de la Comisión de los Doce», y «cualquiera diría que los brissotinos han preparado esta jornada expresamente para ellos» (nº 196, págs. 1-2). Según La Chronique de Paris muchos hombres engañados no distinguían entre la Planicie y la Montaña, acusaban a toda la Convención del prodigioso encarecimiento de las mercancías y creían que con su disolución llegaría el fin de sus males, pero su actividad consistía más en palabras que en hechos». Finalmente «todas las secciones se retiraron tranquilamente» (Buche et Roux, op. cit., t. XXVII, pág. 409). <<

[67] Le Patriote Français, nº 1386, sábado 1 de junio de 1793, t. VIII, pág. 605. <<

[68] El hecho de que fueron los militantes de Butte-des-Moulins los contagiados por los sublevados del faubourg Saint-Antoine y no al revés queda acreditado por una carta que, con fecha del 14 de junio, le remitió uno de ellos a un amigo del Departamento de la Gironda. El remitente, un tal Brun-Lafont, granadero de la compañía de Butte-des-Moulins, le explicaba a un tal Giresse que, una vez evitado el enfrentamiento, quedó claro que «nosotros manteníamos las mismas posiciones que ellos sobre la petición de arresto contra los diputados» (Buche et Roux, op. cit., t. XXVIII, pág. 57). <<

[69] Vatel, C., Vergniaud. Manuscrits, lettres et papiers, Dumoulin, 1873, t. II, pág. 171. <<



[70] Pétion decidió pasar la noche en el mismo hotel de la calle de Rousseau en que se alojaban Buzot y Bergoeing, propiedad del ciudadano Fournier. «El marido, buen patriota y capitán de la guardia nacional, estaba perseguido por los maratistas. En ese momento estaba a punto de ser interrogado y su mujer tenía mucho miedo de que se le detuviera». Eso es lo que finalmente ocurrió (Mémoires inédits de Pétion, de Buzot et de Barbaroux, Henri Plon, 1866, pág. 109). <<

[71] Le Père Duchesne, t. VIII, n° 241, pág. 8. <<

[72] El asociado Terrasson dijo que los sans-culottes «no debían descansar» hasta que hubieran «destruido» a la Comisión de los Doce. Cuando se comunicó que había sido disuelta, un jacobino no identificado añadió: «Yo digo que todos los ciudadanos deben perseguir a estos exdictadores y a los veintidós diputados indignos de la confianza del pueblo. El pueblo no debe dejar de estar de pie hasta que estos veintidós hayan recibido la pena que merecen sus crímenes» (Aulard, op. cit., t. V, págs. 215-216). <<

[73] Jaurès, op. cit., t. V, pág. 785. <<

[74] Mémoires de *Madame* Roland, op. cit., págs. 55-63. <<

[75] Tuetey, op. cit., t. IX, pág. lxxv. <<

[76] «La ciudadana Mignot (residente en la Sección de Panthéon-Français, también en el faubourg Saint-Marcel) había suministrado al Comité Revolucionario más de una información sobre quiénes frecuentaban al antiguo ministro del Interior — esencialmente los miembros del estado mayor “girondino”— y sobre lo que allí se hablaba. Se propuso que la ciudadana Mignot fuera interrogada por el Comité de Salud Pública y que sus declaraciones fueran conservadas como prueba de cargo» (Burstin, op. cit., pág. 578). <<

[77] En el resumen de la sesión nocturna del Consejo General de la Comuna se describe ese tira y afloja en los siguientes términos: «Un miembro anuncia que el exministro Roland y su esposa han sido arrestados, pero que la Sección de Beaurepaire los ha puesto bajo su salvaguardia. El Consejo nombra seis comisarios para que se desplacen a la Sección de Beaurepaire y la obliguen a entregar a Roland al poder de la ley». <<



[78] El 12 de mayo el joven de veintiún años Théophile Leclerc se había definido en los Jacobinos como «soldado revolucionario de la ciudad de Lyon», había denunciado que «la Montaña no puede salvar la cosa pública porque la mitad está corrompida», y había advertido a los miembros del club que «no haréis la Revolución sin derramar sangre». Su súbita notoriedad se acrecentó pocos días después cuando fue víctima de una agresión —otro patriota «asesinado»— en el muelle de las Tullerías, de la que salió con contusiones leves. Enseguida se vinculó a las reuniones del Arzobispado. Poco después de la insurrección se publicó que vivía con Claire Lacombe —ella lo negó—, y un año después Pauline Léon firmaría una carta desde la cárcel como «Femme Leclerc», y hablaría de él como su «esposo». <<

[79] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVII, pág. 353. <<

[80] Los comisarios de la Sección de Piques se presentaron el propio día 31 en casa de Clavière en la calle Des Capucines, pero no lo encontraron. El ministro estaba «probablemente» en su casa de campo de Suresnes. Fue a la mañana siguiente cuando fue detenido en el momento en que se disponía a acudir a la reunión del Consejo Ejecutivo. La Comuna acordó como medida de prudencia que permaneciera en arresto domiciliario (Tuetey, op. cit., t. IX, pág. lxxv). <<

[81] Las sucesivas detenciones y puestas en libertad de Prudhomme descritas con todo detalle en el número 204 de Révolutions de Paris (t. XVI, págs. 457-473) dieron lugar a un duro pulso entre el presidente de la Sección de Unité, Sébastien Lacroix, que consideraba que el editor había hecho «circular semanalmente un veneno lento en los departamentos», y el Comité Central Revolucionario, que llegó a alegar en medio del caos y la arbitrariedad, que «las revoluciones se hacen para proteger y no para oprimir a los ciudadanos». Finalmente tuvieron que intervenir personalmente Pache y Chaumette, recordando tal vez el segundo la época en que trabajó para Prudhomme (Tuetey, op. cit., t. IX, pág. xcv). <<

[82] Taine, Hyppolite, op. cit., libro III, pág. 248. <<

[83] Este episodio está incluido en el testimonio que prestó durante el juicio contra Pache el dirigente moderado de la Sección de Bon-Conseil, Langlois, quien continuaba detenido en la alcaldía desde el 19 de mayo y fue puesto en libertad esa mañana del 1 de junio tras escuchar tal comentario de labios del alcalde (Sée, Adrien, *Le procès Pache*, Société de l'Histoire de la Révolution Française, 1911, págs. 176-177). <<

[84] aine, Hyppolite, op. cit., libro III, pág. 205. <<

[85] Thiers, Adolphe, Histoire de la Révolution Française, Furne et Cie., 1858, t. IV, pág. 463. <<



[86] Mémoires de Louvet de Couvray, Librairie des Bibliophiles, 1889, t. I, pág. 19.

<<

[87] Joseph Serres había hecho su carrera militar de soldado raso a capitán, y en la Convención se había distinguido por combatir la doctrina de la inviolabilidad del rey. Sin embargo, luego votó por la apelación al pueblo, por la detención y expulsión de Luis XVI, y por el aplazamiento de la ejecución, alineándole todo ello con el bando moderado. Su carta sobre los acontecimientos del 31 de mayo al 2 de junio está recogida como apéndice número 15 en la obra de Henri Wallon *La Révolution du 31 mai et le fédéralisme en 1793* (Hachette, 1886, pág. 485). <<

[88] Le Publiciste de la République Française, nº 208, t. XIX, pág. 62. En esa misma callejuela de Saint-Nicaise en la que fue aclamado Marat, situada entre la actual calle de Rivoli y la de Saint-Honoré, tendría lugar el 24 de diciembre de 1800 el atentado fallido contra Napoleón, mediante la colocación de un artefacto explosivo —la «máquina infernal»— al paso de su carruaje. <<

[89] Jaurès insinúa que Hassenfratz fue designado como desagravio a las acusaciones lanzadas contra él por Lanjuinais en la sesión de la antevíspera. Esa misma noche el químico y hombre de confianza de Pache leyó en el Club de los Jacobinos la carta que había dirigido al diputado bretón: «Tú eres un impostor. Yo nunca he mantenido un discurso tan tonto, tan plano, tan injurioso hacia los departamentos como el que me atribuyes» (Jaurès, op. cit., t. V, pág. 797. Aulard, op. cit., t. V, pág. 222). <<

[90] Marat explicaría cuatro días después en su periódico que había hecho este planteamiento respondiendo a la pregunta de Destournelles —al que tildaba de «moderado»— de si no era cierto «que un pueblo levantado contra los traidores debía confiar únicamente en sus magistrados y no emplear otros medios que los prescritos por la ley para obtener justicia». Según él esa pregunta era una trampa dialéctica (*Le Publiciste de la République Française*, nº 208, miércoles 5 de junio de 1793, t. XIX, pág. 63). <<

[91] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVII, págs. 356-358. <<

[92] Según consta en ese documento, previamente se había acordado el toque de generala. Unas cuantas líneas después se especifica que a las ocho de la noche «se decreta que cesarán el tocsín y el cañón» (Tuetey, op. cit., t. IX, pág. Lxxxviii). <<

[93] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVII, pág. 410. <<



[94] Mortimer-Ternaux, op. cit., t. VII, pág. 566. <<

[95] Mémoires de Louvet de Couvray, op. cit., t. I, pág. 94. <<

[96] NOAulard, op. cit., t. V, pág. 222.TA96 <<

[97] El reglamento ni siquiera se refería en ningún momento al número de diputados que componían la Convención. La única disposición que era de aplicación en una situación así era la del artículo 3 del capítulo II, dedicado al orden en la sala. Según el mismo, «en el caso de que antes de que se levantara la sesión la Asamblea se encontrara reducida a menos de doscientos miembros, si uno sólo de ellos solicitara votación nominal, el presidente deberá acceder de inmediato». <<

[98] El propio Marat reconocería que tras haber anunciado en la Comuna que el Comité de Salud Pública había convocado a la Convención, volvió a su sede y comprobó la dificultad de llevar a cabo esa resolución: «Era imposible hacerle el encargo al presidente. La mayor parte de los diputados se habían dispersado y no se sabía dónde encontrarlos. Pero se tocaba la generala en diferentes barrios, el tocsín sonaba y el cañón de alarma iba a ser disparado. Era pues muy sencillo esperar a que los diputados acudieran a su puesto» (Le Publiciste de la République Française, nº 208, miércoles 5 de junio de 1793, t. XIX, pág. 64). <<

[99] Mémoires inédits de Pétion et mémoires de Buzot et de Barbaroux, Henri Plon, 1866, pág. 67. <<

[100] Poco después de que Marat arengara al Consejo General de la Comuna, el Comité Central Revolucionario propuso que las secciones enviaran la lista de los sans-culottes que habían tomado las armas para que al día siguiente la Comuna pagara 6 libras a cada uno por los tres días de movilización. «El tercero era el día decisivo y se trataba de pagarlo por adelantado», apunta Jaurès (t. V, pág. 798). Chaumette preguntó entonces que dónde estaban los fondos para pagar a varias decenas de miles de personas y el portavoz del Arzobispado le contestó que se los pedirían en las próximas horas a la Convención (Buche et Roux, op. cit., t. XXVII, pág. 357). <<

[101] El diputado por el Departamento del Somme, Jean-Baptiste Saladin, formaba parte de la Montaña, pero tras el golpe de Estado fue moderando sus posiciones y terminó siendo el ponente del informe presentado contra sus antiguos compañeros después de Thermidor. <<



[102] El Comité Central Revolucionario se había dado cuenta de que si el Comité de Salud Pública agotaba el plazo, los sans-culottes se desmovilizarían. Así lo corroboró una delegación de la Sección de Halles durante la mañana del domingo, advirtiéndole a la Comuna de que «no podía esperar el retraso de tres días fijado por la Convención» (Buche et Roux, op. cit., t. XXVII, pág. 369). <<

[103] Tuetey, op. cit., t. IX, pág. lxxxix. <<

[104] Le Patriote Français, nº 1388 [y último], domingo 2 de junio de 1793, t. VIII, págs. 609-610. El primer número del periódico de Brissot está fechado en Versalles el 6 de mayo de 1789. <<

[105] Michelet, op. cit., libro X, cap. XI, t. V, pág. 512. La biógrafa de Chaumette, Nicole Bossut (op. cit., pág. 92), atribuye la cita de Guzmán a Mortimer-Ternaux. En el pasaje mencionado (t. VII, págs. 357-358) se recoge, sin embargo, una versión menos rotunda de esas palabras, en una nota a pie de página, pero sin mencionar a Guzmán y con la introducción siguiente: «He aquí cómo se expresaba la Sección de Piques, a la que pertenecía Robespierre, quien no dejó de dirigirla más o menos abiertamente». El que una crítica contra la tibieza de la Comuna pueda ser interpretada a la vez como hostil y favorable a Robespierre es un indicio más del doble juego que el líder de los Jacobinos mantenía en ese momento a la espera de que los acontecimientos decantaran la situación. <<

[106] Mathiez, Albert, «Un agent de l'étranger, l'espagnol Guzmán», Annales Historiques de la Révolution Française, 1916, págs. 418-419. <<

[107] Tuetey, op. cit., t. IX, pág. lxxxix. Mathiez sostiene que, al margen de para alimentar su propio ego, Rousselin ocultaba el papel de Pereyra como denunciante de Guzmán porque en ese momento ya era el activista judío de Burdeos quien estaba siendo denunciado, como agente del extranjero, por otro amigo de Danton como Fabre d'Églantine (op. cit., pág. 420). <<

[108] Tuetey, op. cit., t. IX, pág. lx. La lista aparece firmada y encabezada por Marquet como presidente e incluye veinticinco nombres más, lo que indica que se trata de un manuscrito del 31 por la tarde, una vez completada la incorporación de los representantes de la Comuna y el Departamento. Bajo el nombre tachado de Guzmán aparece el de Varlet. <<

[109] Esta denuncia aparece reproducida como documento nº 13 en los anexos de Guzmán el Malo de Fernando Díaz Plaja (Plaza y Janés, Barcelona, 1963, págs. 150-151). <<



[110] Tras el triunfo de la insurrección, el arrestado Guzmán quedó a disposición del Comité de Seguridad General de la Convención, que el 4 de junio acordó prorrogar su detención y examinar sus papeles. Al día siguiente le puso, sin embargo, en libertad. Sólo podría disfrutar de ella hasta el 29 de agosto, en que fue de nuevo detenido por orden del mismo comité. En ese intervalo intentó en vano obtener un nombramiento en el ejército que le permitiera salir de París, tal y como lo prueba una carta de su amigo, el exmarqués de Girardin, a Camille Desmoulins (AHRF, 1927, pág. 172). Al cabo de un periodo de arresto domiciliario fue internado en La Force, donde coincidió con Mercier, y de donde no saldría sino para ser juzgado y enviado a la guillotina junto a Danton y el propio Desmoulins en abril del año siguiente. <<

[111] Mercier, Sébastien, Le Nouveau Paris, Mercure de France, 1994, págs. 114, 128 y 735. <<

[112] Michelet también vincula la detención de Guzmán a la preponderancia alcanzada por el procurador del departamento, Lullier —al que consideraba un fiel peón de Robespierre— en el Comité Revolucionario a través de los hombres que había incorporado al mismo. «Un correo a caballo no tarda ni diez minutos en ir del Ayuntamiento a las Tullerías. Lullier, en ese momento dictador en el Ayuntamiento como jefe de los Jacobinos, seguro que consultó la detención de Guzmán con su amo» (libro X, cap. XI, t. V, pág. 520). A este respecto cabe añadir que el despacho privado de Lullier gestionaba o había gestionado los intereses de Pereyra, denunciante de Guzmán, (Barón de Batz, op. cit., t. II, pág. 39). <<

[113] Slavin, Morris, «Jean Varlet as Defender of Direct Democracy», *Journal of Modern History*, nº 39, diciembre de 1967, págs. 387-404. <<

[114] Roland y el dimitido y agredido Manuel también eran mencionados en la letra (Melchor-Bonnet, Bernardine, Les Girondins, Perrin, 1969, pág. 314). <<

[115] Tuetey, op. cit., t. IX, pág. xc. <<

[116] «Todo ha estado muy tranquilo hasta las cuatro o las cinco de la tarde. No parecía que hubiera tanta gente sobre las armas como ayer, pero a las seis de la tarde se ha vuelto a convocar a la fuerza armada y grandes patrullas han recorrido las calles», explicaba el diario de este anciano rentista. Tras explicar la situación de los que querían dormir en las Tullerías, añadía: «Sin duda es que se teme algo» (Aubert, Raymond, op. cit., pág. 254). <<

[117] Mortimer-Ternaux, op. cit., t. VII, pág. 379. <<



[118] Jaurès, op. cit., t. V, pág. 801. Slavin, op. cit., pág. 112. <<

[119] Burstin, Haim, Une révolution à l'oeuvre. Le faubourg Saint-Marcel, 1789-1794, Champ Vallon, Vizille, 2005, pág. 578. <<

[120] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVII, pág. 370. <<

[121] Así consta en una nota hallada entre los documentos del Comité Central Revolucionario y firmada por Eynaud, «comisario de la Sección de Sans-Culottes», es decir, de la de Harriot (Sainte-Claire Deville, Paul, La Commune de l'an 2, Plon, 1946, pág. 91). <<

[122] Mémoires de Louvet de Couvray, op. cit., t. I, pág. 93. <<

[123] Meillan, Mémoires d'un proscrit, op. cit., págs. 57-58. <<

[124] Antes de acudir a la sala de sesiones, Barbaroux pasó por el Comité de Salud Pública, donde había quedado depositado un paquete con correspondencia dirigida a él desde Marsella. Había sido interceptado por los comisarios colocados en la administración de Correos por el Comité Revolucionario y se había extendido el rumor de que contenía pruebas de sus conspiraciones. El envío fue abierto en presencia del propio Barbaroux y otros diputados de su departamento. Constaba de más de una docena de cartas que no sólo no desvelaban conspiración alguna, sino que probaban el apoyo que Barbaroux seguía teniendo entre sus electores. <<

[125] Mémoires de Barbaroux, Alfred-Chabaud (ed.), Armand Colin, 1936, pág. 217.

<<



[126] Clavière había enviado los días 3 y 6 de mayo sendas cartas a Lullier — probablemente pactadas de antemano con este— pidiendo que se levantaran los precintos a los documentos del barón de Batz y que el Departamento de París le reconociera «la condición de negociante». Para ello invocaba los «verdaderos servicios» que el agitador monárquico había supuestamente rendido a la República para conseguir a través «de las primeras casas de comercio de Ámsterdam y de Londres» la aceptación de los asignados como forma de pago en las transacciones exteriores (Barón de Batz, op. cit., t. II, págs. 102-107). <<

[127] La Lozère era el departamento situado al norte de la región meridional de Languedoc-Rousillon. Contaba con poco más de cien mil habitantes, con capital en Mende y tenía como segunda ciudad a Marvejols. Una carta de los administradores del distrito, leída esa mañana, aseguraba que Marvejols estaba en poder de los rebeldes, pero un diputado lo desmintió. <<

[128] La víctima era un guarnicionero apellidado Cladel que el 10 de marzo había encabezado una manifestación de unas ciento cincuenta personas contra el reclutamiento por sorteo. Jeanbon consideró que si le hubiera perdonado por su parentesco lejano él habría «perdido toda autoridad» como representante de la Convención. Se negó, sin embargo, a asistir a su ejecución —la única que tuvo lugar en Montauban en toda la Revolución—, tal y como le pidieron los jacobinos locales (Ligou, Daniel, Jeanbon, Messidor, 1989, págs. 69 y 73). <<

[129] Michelet, op. cit., libro X, cap. XI, t. V, pág. 517. <<

[130] Chalier pidió tras la ejecución del rey que la Comuna de Lyon «diera gracias a los dioses» y anunció ante los miembros del Club Central: «Todavía hay entre vosotros quinientas cabezas que merecen la suerte del tirano». Pocos días después juró «exterminar todo lo que existe bajo el nombre de aristócratas, feullants, moderados, egoístas, monárquicos, agiotistas, acaparadores, usureros y [miembros] de la casta sacerdotal». Luego propuso instalar la guillotina junto al Ródano para que bastara arrojar los cadáveres a su cauce. Cuarenta y ocho horas antes de su caída aún recibía jubiloso a un contingente militar que reforzaba a los radicales, invocando a la masacre: «Regocijaos, bravos sans-culottes. Las trescientas cabezas que hemos marcado no nos faltarán hoy».<<

[131] Lamartine, Alphonse de, Histoire des girondins, Armand le Chevalier, libro IXL, cap. XVII, t. III, pág. 191. <<

[132] Michelet, op. cit., libro X, cap. III, t. V, pág. 327.<<

[133] Suratteau, J. R., artículo sobre Lyon en Dictionnaire Historique... de Albert Soboul, op. cit., pág. 691.<<



[134] Étevenaux, Jean, Lyon 1793. Revolte et écrasement, Horvath, Lyon, 1993, pág. 67. <<

[135] Jaurès, op. cit., t. V, pág. 800. <<

[136] Mémoires de Louvet de Couvray, op. cit., t. I, pág. 90.<<

[137] Meillan, op. cit., pág. 58. <<

[138] Récueil des actes du Comité de Salut Public, Imprimerie Nationale, 1891, t. IV, pág. 394.<<

[139] Mathiez, Albert, «La Presse subventionnée a l'an 2», AHRF, 1918, pág. 112. <<

[140] Mémoires de Garat, op. cit., pág. 231. <<

[141] Según escribiría su sobrino, Victor Lanjuinais, en el prólogo de las Obras completas de su tío, «la moral de Lanjuinais era demasiado severa y su probidad política demasiado absoluta como para que le fuera posible regular sus acciones de acuerdo a los arreglos de las circunstancias y las exigencias de un partido». He aquí un nuevo testimonio de cómo para los moderados organizarse políticamente constituía poco menos que un estigma (Oeuvres de Jean-Denis Lanjuinais, Dondey-Dupré, 1832, t. I, pág. 17). <<



[142] Ibid., pág. 197. <<

[143] Gazette Nationale ou Le Moniteur Universel, nº 155, martes 4 de junio de 1793, t. XVI, pág. 548. «El Moniteur se plegó prudentemente a todas las inflexiones de la política durante los años revolucionarios, al no tener en cuenta [su editor] Panckoucke nada más que la prosperidad financiera de la publicación» (Tulard, Jean, Histoire et dictionnaire de la Révolution Française, Robert Laffont, 1998, pág. 991).

<<

[144] Tuetey (op. cit., t. IX, págs. lxxv y xc). Guillaume-Simon Marchand había sido soldado en un regimiento de dragones, distinguiéndose por su ardor revolucionario y su amor por el teatro. Actor y autor fracasado, siempre de obras patrióticas, el 10 de agosto estaba hospitalizado pero participó en el ataque a las Tullerías, volviendo después a la cama. Tras la traición de Dumouriez había presentado un escrito a la Convención pidiendo permiso para intentar asesinarlo (Calvet, Henri, Un instrument de la Terreur à Paris. Le Comité de Salut Public ou de Surveillance du Département de Paris, Nizet et Bastard, 1941, págs. 60-61). <<

[145] Según Quinet fue el primer momento clave en el que quedó claro que los diputados de la Planicie «se alinearían en todos los peligros del lado de la fuerza» (Quinet, Edgar, La Révolution, Bélin, 1987, t. I, pág. 493). <<

[146] Kuscinski, A., Dictionnaire des conventionnels, Éditions du Vexin Français, 1973, pág. 526. <<

[147] Mémoires de Lévasseur de la Sarthe, op. cit., pág. 197. <<

[148] La mala conciencia de Lévasseur queda patente en los propios términos de su justificación retrospectiva: «Se ve que en este discurso me cuidé muy mucho de presentar como inocentes a nuestros eternos adversarios. No debía hacerlo. En primer lugar porque les creía culpables y en segundo lugar porque tal manera de proceder me parecía indigna de nosotros. Pero yo no les imputaba, sin embargo, ningún delito capital. Me contentaba con presentarles como afectados por las medidas legales dirigidas contra los sospechosos» (ibid., pág. 199). <<

[149] Como quiera que Simond tenía como amante a la hermana más joven, Aurore, Hérault, que había elegido a la mayor, Adèle, le dedicó un pareado bastante ramplón: «Tu aimes les fruits verts, je les préfère plus ouverts» (C. Wolikow en el artículo sobre Hérault de Séchelles del Dictionnaire historique de Albert Soboul, op. cit., pág. 548). <<



[150] El Cantal era un departamento de unos doscientos mil habitantes perteneciente a la región de Auvergne y lindante por el sureste con el de la Lozère. Barère jugaba con el miedo al contagio de la sublevación monárquica desatada allí. <<

[151] Buchez et Roux, op. cit., t. XXVII, pág. 372. <<

[152] Según la documentación manejada por Tuetey, los nuevos Nueve habrían salido de entre los doce miembros del comité nombrados por el Departamento de París: Marchand, Rousselin, Loys, Clémence, Laugier, Dunouy, Seguy, Bouin, Bezot, Crespín, Auvray y Moessard. <<

[153] Michelet, op. cit., libro X, cap. XI, t. V, págs. 524-525. <<

[154] En las Memorias del barón de Batz recopiladas por uno de sus descendientes se sostiene esta tesis (op. cit., t. II, pág. 113), apoyándola en lo publicado por Sénar, agente policial durante el Terror. Según él cada uno de los miembros del primer Comité de los Seis, formado para dirigir la insurrección desde el Arzobispado, habría recibido 2500 libras. Como elemento de verosimilitud había aportado el detalle de que Dufourny había escondido su dinero durante una de las reuniones entre dos floreros y Desfieux se lo había quitado para gastarle una broma (Sénar, Gabriel-Jérôme, *Révélations prises dans les cartons de deux Comités de Salut Publique et Sûreté Générale*, París 1824, pág. 92). <<

[155] Zweig, Stefan, Fouché. El genio tenebroso, Juventud, Barcelona, 2007, pág. 51.

<<

[156] Quinet, Edgar, op. cit., t. I, pág. 504. <<

[157] Gazette Nationale ou Le Moniteur Universel, nº 156, miércoles 5 de junio de 1793, t. XVI, pág. 553. <<



[158] Oeuvres de Jean-Denis Lanjuinais, op. cit., t. I, págs. 202-203. <<

[159] En función de las intervenciones que se produjeron ese día, sólo consta la presencia de Isnard, Defermon, Barère y Grégoire. Pero ninguno de los tres primeros pudo asumir la presidencia por ser parte en el debate, y el clérigo parecía haber tenido suficiente con la experiencia de la víspera. Según Michelet, Grégoire alegó que se encontraba mal, «deseando poco como cura y como montagnard tener que sentarse en el sillón para defender a los girondinos» (libro X, cap. XI, t. V, pág. 526). <<

[160] «Una medida tan falsa sólo podía agriar los espíritus y revolver al pueblo, haciéndole presentir que no podía esperar ninguna satisfacción» (Le Publiciste de la République Française, nº 209, jueves 6 de junio de 1793, t. XIX, pág. 72) <<

[161] Meillan, op. cit., pág. 61. <<

[162] Hay quien sostiene que al anunciar que había pedido explicaciones al alcalde sobre la preeminencia alcanzada por un extranjero, Barère estaba lanzando una advertencia al propio Pache, suizo de nacimiento. <<

[163] «Este hecho era verdad», escribe Michelet. «Los Jacobinos, en lucha a la vez contra el Arzobispado y contra la Convención, habían recurrido al argumento irresistible sobre el terreno» (ibid., págs. 524-525). <<

[164] Jaurès, op. cit., t. V, pág. 804. <<

[165] Ibid., pág. 805. <<



[166] Calvet, Henri, op. cit., p 30. <<

[167] Michelet, op. cit., pág. 525. <<

[168] «Dile a tu jodido presidente que me cago en él y en su Asamblea y que la fulminaré si dentro de una hora no me entrega a los Veintidós» (Mortimer-Ternaux, op. cit., t. VII, pág. 406). Ningún testigo presencial se ha referido nunca, sin embargo, a estas palabras. <<

[169] Meillan, op. cit., pág. 62. <<

[170] Mortimer-Ternaux, op. cit., t. VII, pág. 568. <<

[171] Hérault de Séchelles sería ejecutado junto a Danton, Camille Desmoulins y un heterogéneo grupo de condenados, que incluyó también a Guzmán, el 5 de abril de 1794. Hanriot fue ejecutado junto a Robespierre, Couthon y Saint-Just el 28 de julio de 1794. <<

[172] La reproducción del diálogo entre Hérault y Hanriot fue incluida en el informe presentado ante la Convención en abril de 1795 por el diputado Saladin «sobre las jornadas del 27 y 31 de mayo y el 1 y el 2 de junio» (Buche et Roux, op. cit., t. XXVIII, págs. 45-46), y completada a partir del relato de Loiseau y otros testimonios por Mortimer-Ternaux (op. cit., t. VII, págs. 410 y 568-569). <<

[173] Lefebvre, Georges, La Révolution Française, Presses Universitaires de France, 1989, pág. 336. <<



[174] Papiers de Chaumette, Société de l'Histoire de la Révolution Française, 1908, pág. 184. <<

[175] «Llegué a la calle Des Moulins en el momento justo en que mis amigos iban a dirigirse en masa a la Convención. Les informé de lo que pasaba. Les conminé en nombre de la patria a no ir a entregarse impunemente a sus asesinos. Les demostré que serían inevitablemente sacrificados sin que su sacrificio fuera útil para la cosa pública» (Gorsas, Antoine, «Précis rapide des événements qui ont eu lieu à Paris», Buchez et Roux, t. XXVIII, pág. 17). <<

[176] Taine, Hyppolite, op. cit., libro III, pág. 253. <<

[177] Meillan, op. cit., pág. 65. <<

[178] Mortimer-Ternaux, op. cit., t. VII, pág. 412. <<

[179] Williams, Helen Maria, Letters Containing a Sketch of the Politics of France, Robinson, Londres, 1795, pág. 85. <<

[180] Michelet, op. cit., libro X, cap. XI, t. V, pág. 526. <<

[181] Marat incluyó esta opinión sobre Barère en su periódico tres semanas después, a propósito de su oposición al ministro de la Guerra, Bouchotte, por su radicalismo. Según él, Barère era «el más peligroso de los hombres, un político fino y astuto» (*Le Publiciste de la République Française*, nº 223, viernes 21 de junio de 1793, t. XIX, pág. 181). <<



[182] Williams, Helen Maria, op. cit., pág. 80. <<

[183] Thomas, Jean-Pierre, Bertrand Barère. La voix de la Révolution, Desjonquères, 1989, pág. 125. <<

[184] Gershoy, Leo, Bertrand Barère. A Reluctant Terrorist, Princeton University Press, 1962, pág. 165. <<

[185] La fabulación de Barère queda también patente cuando al introducir ese episodio invierte la relación causa-efecto de lo sucedido en el patio de las Tullerías: «Nuestra presencia detuvo el brazo de los cañoneros que tenían la mecha encendida» (Mémoires de Bertrand Barère, op. cit., t. II, págs. 92-93). De forma más matizada también Michelet hizo suya la tesis de la influencia negativa de Danton en la salida en falso de la Convención: «La flojera de Héroult de Séchelles venía en realidad de la ambigüedad de su jefe y amigo Danton» (op. cit., libro X, cap. XI, t. V. pág. 529). <<

[186] Barère, op. cit., t. II, pág. 93. <<

[187] Lévasseur de la Sarthe, op. cit., pág. 208. <<

[188] Aulard, op. cit., t. V, pág. 224. <<

[189] Oeuvres de J. D. Lanjuinais, op. cit., t. I, pág. 199. <<



[190] Meillan, op. cit., pág. 66. <<

[191] Durand de Maillane alega también que las actas originales tanto de la sesión del 31 de mayo —redactada por Ducos— como de la del 2 de junio —redactada por él mismo— fueron sustituidas por otras «a fin de presentar al partido vencedor de forma más favorable». En el segundo caso sostiene que las alteraciones fueron introducidas por Thuriot (Durand de Maillane, *Histoire de la Convention Nationale*, Baudouin Frères, 1825, págs. 124-128). <<

[192] Mortimer-Ternaux, op. cit., t. VII, pág. 419. <<

[193] Michelet, op. cit., libro X, cap. XI, t. V, pág. 532. <<

[194] Mémoires de Pétion, Plon, 1866, pág. 110. <<

[195] Gorsas, Antoine, op. cit., Buchez et Roux, t. XXVIII, pág. 19. <<

[196] Mémoires de Pétion, op. cit., pág. 116. <<

[197] Brissot pasó dos noches en casa de Lepage, impresor de Le Patriote Français, luego se dirigió a Versalles, acogido por un amigo de Talma, y desde allí emprendió camino hacia su Chartres natal. Louvet estuvo escondido en casa de los parientes de Lodoïska hasta que pudo dejar la capital. Buzot fue el que antes logró salir de París, pues el lunes día 3 ya pasó la noche en Evreux, en casa de un sacerdote. <<



[198] Mémoires de Louvet de Couvray..., op. cit., t. I, pág. 221. <<

[199] Baudot aseguraría que era Gensonné —y no Brissot o Vergniaud— «quien dirigía el consejo de los girondinos», dejando así un nuevo testimonio de la confusión existente sobre este falso partido y su supuesto liderazgo (Notes historiques..., op. cit., pág. 177). <<

[200] La carta aparece reproducida íntegramente en uno de los apéndices del tomo VII (págs. 555-557) de Mortimer-Ternaux. <<

[201] Meillan, op. cit., pág. 67. <<

[202] Vergniaud. Manuscrits, lettres et papiers, clasificados y anotados por C. Vatel, Dumoulin, 1873, t. II, págs. 183-184. La carta empezaba diciendo: «Yo salí ayer de la Asamblea entre la una y las dos [...]. Pronto me vinieron a decir en una casa, en la que estaba con algunos colegas, que los ciudadanos de las tribunas se habían apoderado de los accesos que conducen a nuestra sala de sesiones y que allí detenían a los representantes del pueblo cuyos nombres se encuentran en la lista de proscripción elaborada por la Comuna de París. Dispuesto siempre a obedecer la ley, creí que no debía exponerme a violencias que ya no está en mi poder reprimir. Me he enterado esta noche de que un decreto me ponía en arresto domiciliario; me someto a él». <<

[203] El amigo al que se atribuye esta advertencia se llamaba Audiffret y había sido comandante de la Guardia Nacional de Aviñón. Vergniaud le habría contestado: «Mis amigos están acostumbrados a verme caminar con ellos hacia el objetivo de la Revolución. Si muero por la libertad, mi cabeza llevará la corona del martirio» (Melchor-Bonnet, Bernardine, Les Girondins, Perrin, 1969, pág. 327). <<

[204] Baudot, Marc-Antoine, op. cit., pág. 201. <<

[205] Furet, François, La Révolution Française, Gallimard, 1978, pág. 355. <<



[206] La presunta frase de Vergniaud —«Dadle un vaso de sangre a Couthon, tiene sed»— inspiró a Anatole France el título de su gran novela sobre la Revolución, *Los dioses tienen sed*, enlazando lo ocurrido durante el Terror con los sacrificios humanos de los aztecas y otras culturas primitivas. <<

[207] Los ocho guillotizados el 31 de octubre procedentes de la lista de los arrestados el 2 de junio fueron Brissot, Gensonné, Vergniaud, Lasource, Lehardi, Gardien, Boilleau y Viger. Los doce diputados añadidos a ese proceso y condena fueron Boyer-Fonfrède, Ducos, Deperret, Carra, Sillery, Fauchet, Lesterot-Beauvais, Duchastel, Mainvielle, Lacaze, Antiboul y Duprat. Los seis guillotizados por separado procedentes de la lista del 2 de junio fueron Gorsas —que inauguró la serie el 7 de octubre—, Guadet, Birotteau, Grangeneuve, Rabaut Saint-Étienne y Salle. Los únicos seis supervivientes además de Lanjuinais, Louvet y Bergoeing fueron Lesage, Kervelegan, Bertrand, Mollevaut, Henry-Larivière y Gomaire. <<

[208] Mege, Francisque, Le Puy-de-Dôme en 1793 et le proconsulat de Couthon, Auguste Aubry, 1877, págs. 463-466. <<

[209] Mathiez, Albert, «Robespierre et Vergniaud», AHRF, 1929, pág. 239. <<

[210] Thiers, Adolphe, op. cit., t. III, pág. 311; t. IV, pág. 184. <<

[211] Jaurès, op. cit., t. V, pág. 824. <<

[212] Viola, Paolo, «Luttes pour l'hégémonie au printemps 1793», en Actes du Colloque Girondins et Montagnards, Société des Études Robespierriéristes, 1980, pág. 141. <<

[213] Citado en Les Girondins, de Bernardine Melchior-Bonnet, Perrin, 1969, pág. 271. <<



[214] Meillan, Arnaud, op. cit., pág. 31. <<

[215] Taine, Hyppolite, op. cit., libro III, pág. 209. <<

[216] Durand de Maillane, Histoire de la Convention Nationale, Baudouin Frères, 1825, págs. 38-39. <<

[217] Taine, Hyppolite, op. cit., libro III, pág. 204. <<

[218] El montagnard Mathieu, exabogado del Parlamento de París, y el moderado Ramel-Nogaret, exabogado del Parlamento de Toulouse. Dos jurisconsultos al servicio de los tres políticos jacobinos. <<

[219] Esquiros, Alphonse, Histoire des montagnards, Garnier Frères, circa 1900, pág. LXI. <<

[220] Buena parte de sus miembros pasaron a formar parte del llamado Comité de Salud Pública del Departamento de París, que desempeñaría funciones subordinadas en la aplicación de las políticas del Terror. <<

[221] Aulard, A., Récueil des actes du Comité de Salut Public, Imprimerie Nationale, 1891, t. IV, pág. 431. <<



[222] Calvet, Henri, «Remarques sur la participation des sections au mouvement du 31 mai-1-2 juin 1793», AHRF, 1928, págs. 366-369. En este estudio basado en los documentos del Comité de Salud Pública no figuran secciones como la de Campos Elíseos, en el noroeste más burgués, en donde la participación debió de ser muy baja, pero tampoco las de Bon-Conseil o Sans-Culottes, de cuya intensa implicación hay sobrada constancia. También es indicativo que en su última sesión de ese 3 de junio el Comité Central Revolucionario acordara enviar a Loys y Dunouy a los comités de Finanzas y de Seguridad General a pedir 500.000 libras para hacer frente a los pagos prometidos (Tuetey, op. cit., t. IX, pág. xciv). Eso hubiera permitido pagar tres jornales a razón de 2 libras diarias a 83.333 militantes. <<

[223] Que hasta un hombre tan tosco como Hanriot pusiera como referencia a grandes figuras de la historia romana, prueba lo hondo que había calado entre los revolucionarios la imitación de los ejemplos heroicos de la Antigüedad clásica. El Bruto más admirado no era el asesino de César, sino el fundador de la República idealizado por David al haber ordenado la ejecución de sus dos hijos partidarios de la Monarquía. Scaevola era el jurista, educador y pontífice máximo próximo al partido popular de los Graco. Las secciones de Molière-et-Lafontaine y Luxembourg mutarían sus nombres a finales de 1793 por los de Brutus y Mutius Scaevola. <<

[224] Tanto Le Journal des Débats como la recopilación de Aulard (op. cit., t. V, pág. 226) se limitan a identificar al denunciante con una «C» de citoyen. El relato de cuanto ocurrió y se dijo en la sesión del 3 de junio procede de Le Journal des Débats cuyo contenido resulta accesible a través de la página de Internet «Notes et Archives de la Révolution Française 1789-1794», puesta en marcha por Philippe Royet. <<

[225] Osselin dio su versión durante la sesión del 12 de junio: «Nunca di mi consentimiento. Había permitido al impresor utilizar mi nombre con tal de que no abusara de ello. Él me ha comprometido. Retiro mi firma y declaro que mi nombre no aparecerá más en ese periódico» (Aulard, op. cit., t. V, pág. 250). <<

[226] Osselin sería encarcelado en diciembre de 1793, bajo la acusación de haber escondido a una aristócrata con la que mantenía una relación amorosa, y guillotinado en junio de 1794 tras ser implicado en la llamada «conspiración de las prisiones». <<

[227] Gramsci, Antonio, Quaderni dei Carcere, Torino, Einaudi, 1975, t. XIX, pág. 24.  
Citado por Viola, op. cit., pág. 124. <<

[228] El 8 de mayo, de regreso de una misión en la Vendée, Châles había sido criticado en el Club de los Jacobinos por su antiguo estado eclesiástico. Su respuesta había sido contundente: «Se me reprocha el haber sido cura. Yo me aplaudo por haber sido sacerdote, porque viviendo con ellos, es decir, con todo lo más corrupto del universo, he aprendido a despreciar y a combatir a esos canallas a los que se llama sacerdotes» (Aulard, op. cit., t. V, pág. 182). <<

[229] Robespierre incluiría esta acusación entre las notas que facilitó a Saint-Just para que redactara el discurso contra Danton y sus seguidores con el que justificó ante la Convención su detención y envío a la guillotina. «¿Cómo podía ser el defensor de la libertad un hombre al que toda idea de moral le era ajena?», añadiría el Incorruptible (Mathiez, Albert, Robespierre terroriste, La Renaissance du Livre, 1921, págs. 97-98)

. <<



[230] Taine, Hyppolite, Les origines de la France contemporaine. La Révolution, Hachette, 1904, libro IV, pág. 241. <<

[231] Al inicio de la Revolución Francia controlaba la parte más rica de la isla La Española, con cerca de medio millón de habitantes, la mayoría esclavos negros traídos de África. La proclamación de los derechos del hombre estimuló su ansia de emancipación y desató una auténtica guerra civil frente a los colonos blancos. La entrada en juego de España —que controlaba el resto de la isla— y el Reino Unido avivó el conflicto. Toissant de Breda era un antiguo esclavo al que su amo había educado y dado la libertad. Cambió su apellido por el de L'Ouverture —«el inicio»— cuando se puso al frente del ejército negro que lograría la abolición de la esclavitud y controlaría la isla hasta el periodo napoleónico. <<

[232] En un artículo publicado en 2003 en la revista Cahiers des Anneaux de la Mémoire, editada en Nantes, Florence Gauthier reproduce un grabado de 1791 y otro de 1794 en los que una figura identificada como Jeanne Odo aparece con el mismo pañuelo en la cabeza y el mismo atuendo blanco. <<

[233] Eso es lo que dice el diario de Guittard de Floriban: «Lunes 3. Termómetro 22. Ha hecho bastante calor; viento del este». «Martes 4. Termómetro 25. Viento del sureste. No había hecho tanto calor en lo que va de año» (op. cit., pág. 255). <<

[234] Arendt, Hannah, On Revolution, Penguin. <<

=



PEDRO J. RAMÍREZ (Logroño, 1952). Considerado por *The Guardian* «el más importante periodista europeo del último cuarto de siglo», Pedro J. Ramírez ha sido director de *Diario 16* y *El Mundo* —fundado por él en 1989— durante treinta y cuatro años. Ha obtenido prestigiosos galardones internacionales como el Premio Montaigne, concedido por la Universidad de Tubinga, o el Isaiah Berlin por su trayectoria liberal. Es doctor *honoris causa* por la Universidad San Ignacio de Loyola de Lima y el Lebanon Valley College de Pennsylvania, donde fue profesor de literatura.

Tras haber publicado el primer volumen de *Mis 100 mejores cartas del director* (1980-2005), así como libros de actualidad política de gran éxito —*Amarga Victoria* o *El desquite*—, su obra *El primer naufragio*, dedicada a la Revolución Francesa, le catapultó como historiador con cinco ediciones vendidas y grandes elogios de la crítica. En Francia se ha publicado bajo el título *Le coup d' Etat* (Éditions Vendémiaire). Es también autor de *La desventura de la libertad*, su primer libro sobre la historia de España, acogido con gran éxito tanto por el público como en medios académicos.